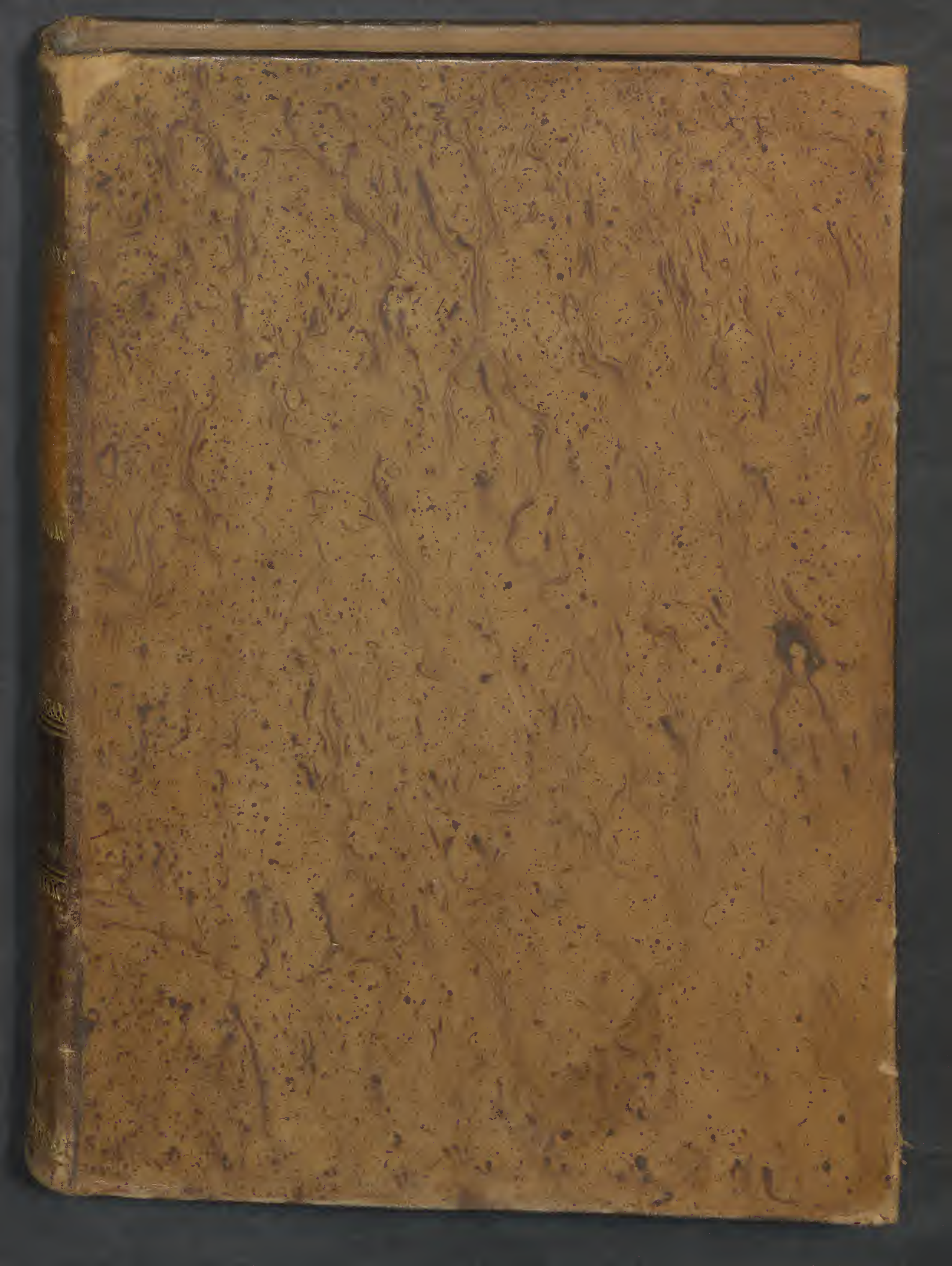
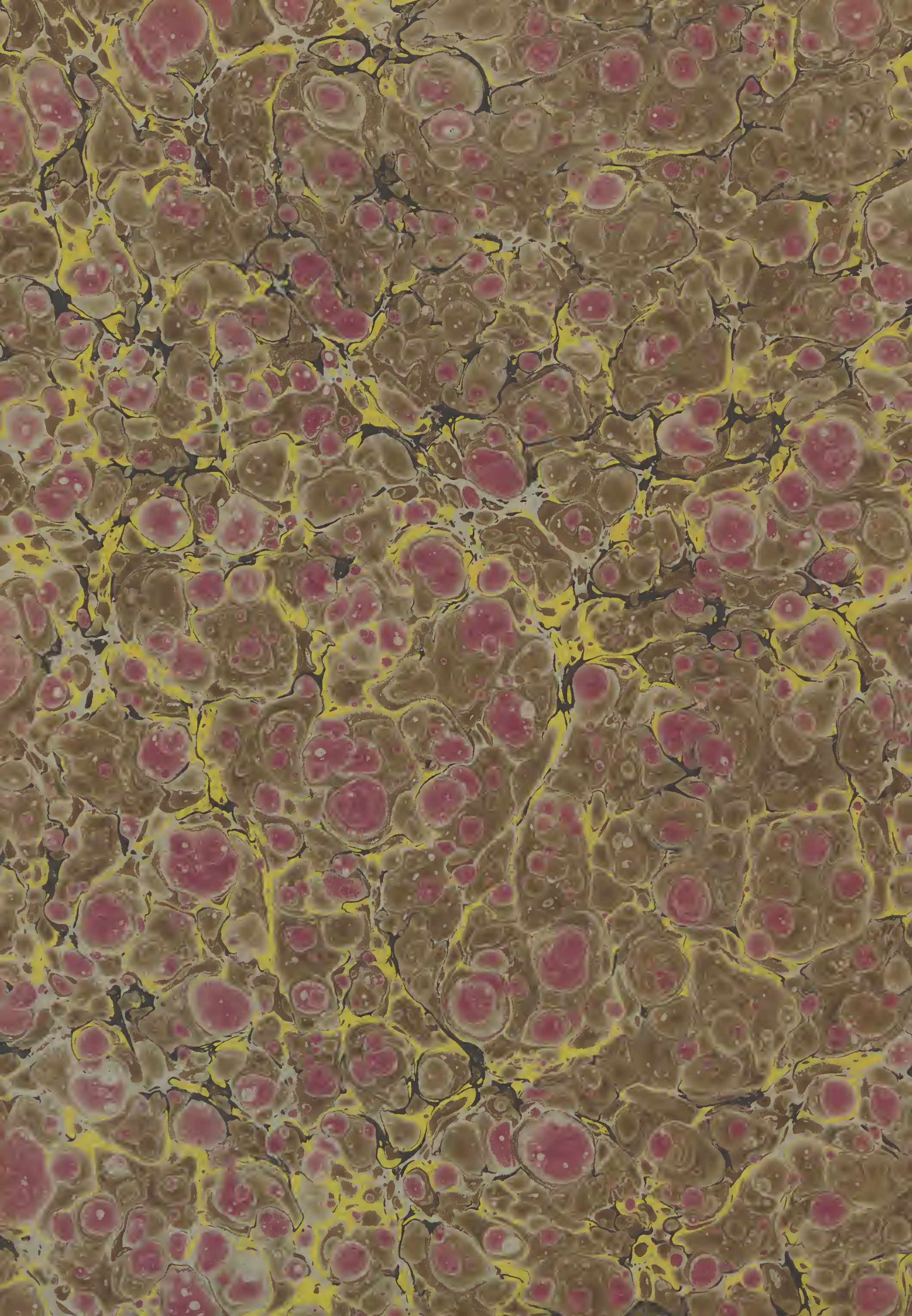
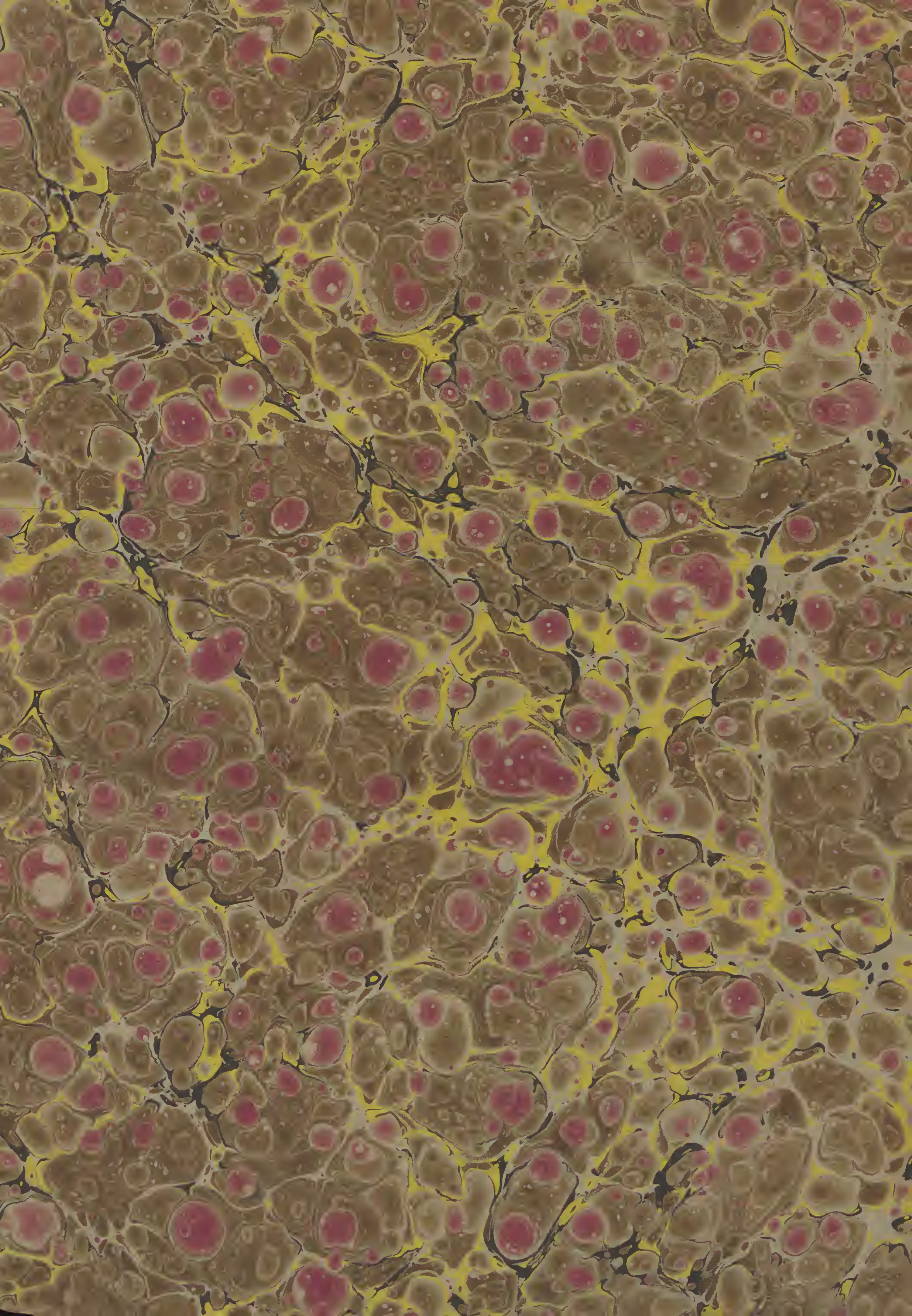
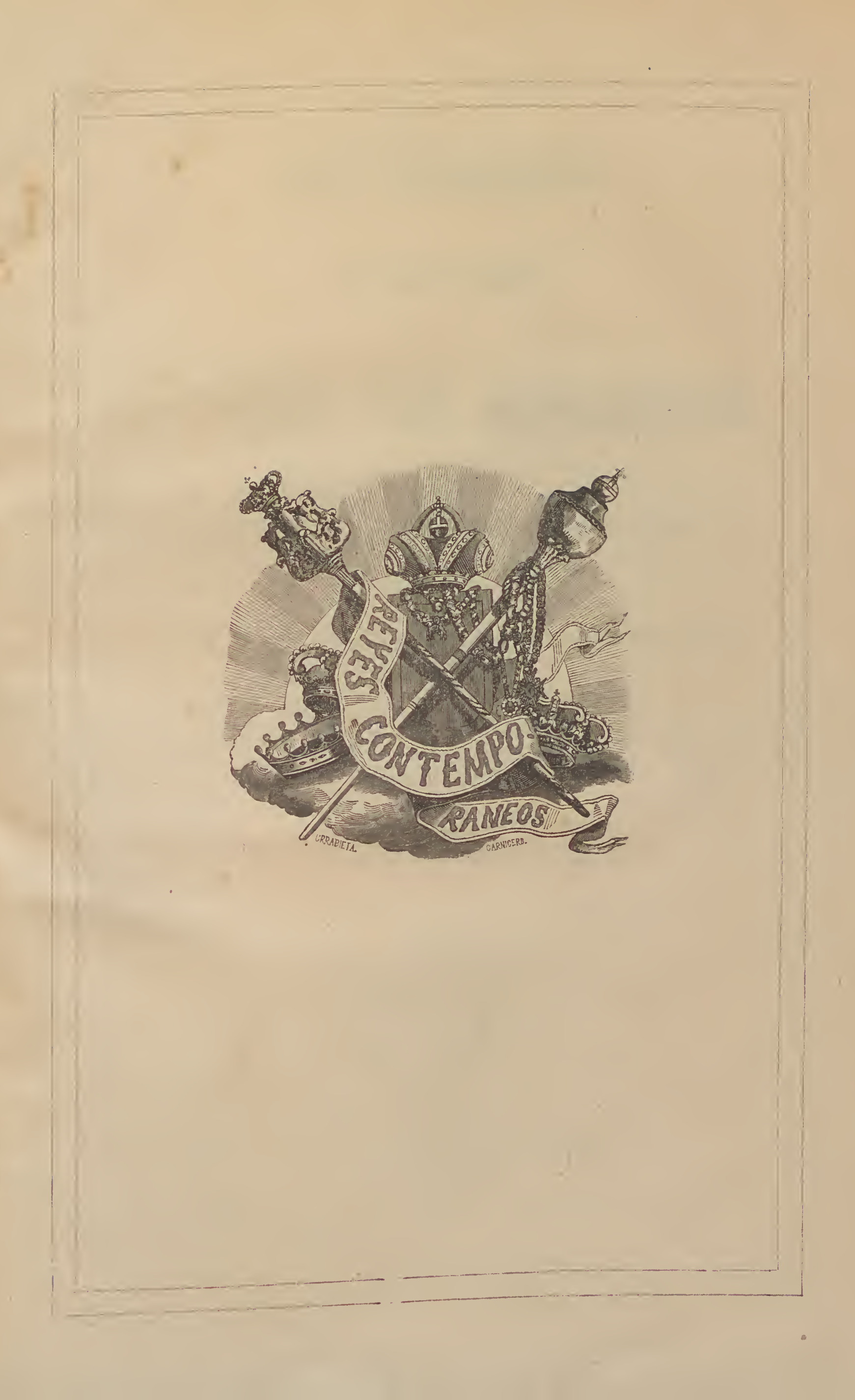
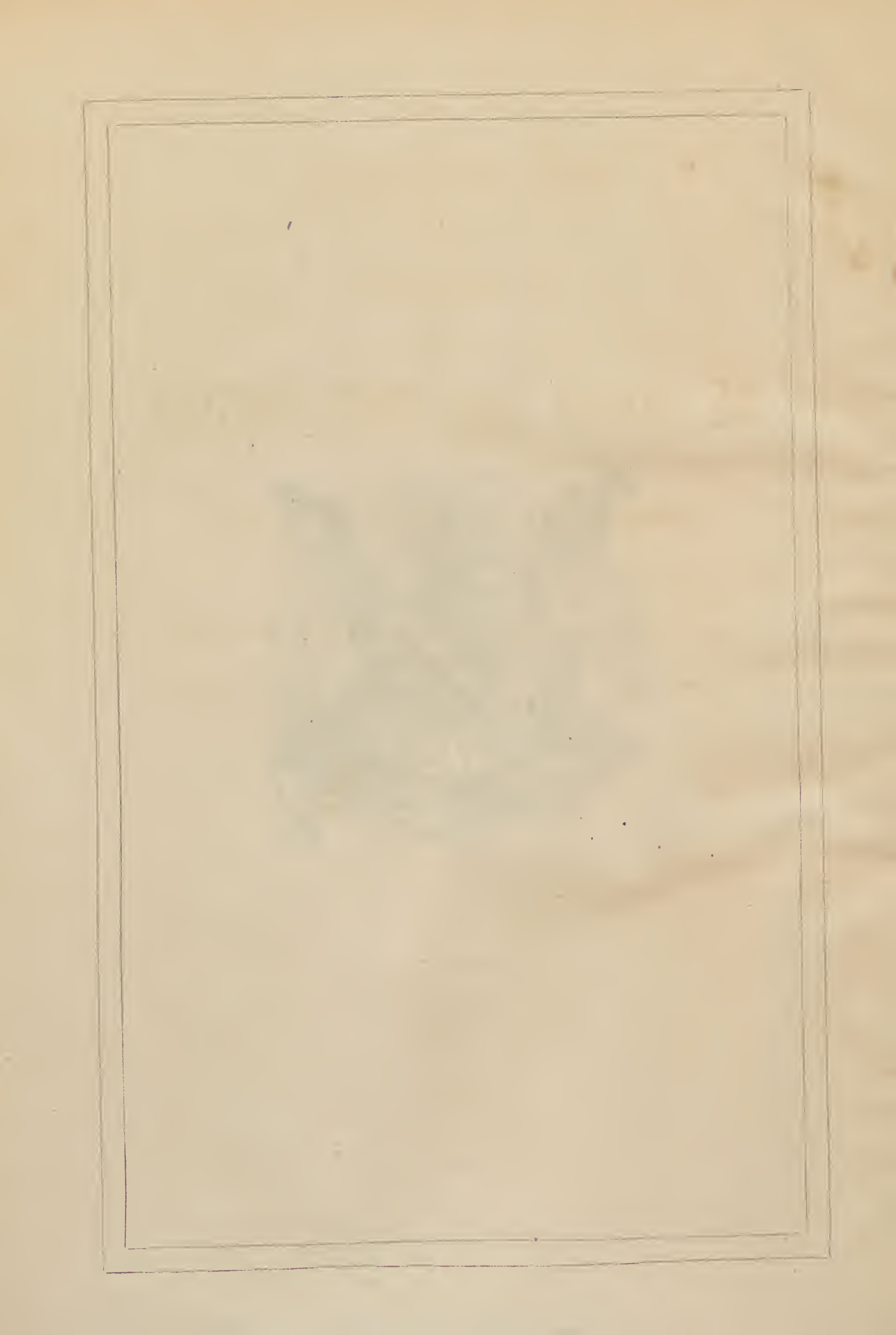







REYES CONTEMPO-
RANEOS
URRABIETA.
CARNICERO.



REYES CONTEMPORÁNEOS.

COMPENDIO

HISTÓRICO FILOSÓFICO

DE TODAS LAS MONARQUIAS,

CON LAS

BIOGRAFÍAS DE TODOS LOS REYES

Y PRÍNCIPES REINANTES, HASTA EL DIA.

OBRA ILUSTRADA

CON LOS RETRATOS DE CUERPO ENTERO DE TODOS LOS REYES, REINAS Y PRINCIPES HEREDEROS.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA.
Salon del Prado, núm. 8.

1852.

Valdivieso lit°

Lit de Mart[illegible]



FEDERICO AUGUSTO II

Rey de Sajonia.



SALOMEA.

I.



SAJONIA.

FEDERICO AUGUSTO II.

I.

Antes de ocuparnos ligeramente, como nos proponemos hacerlo, de uno de los estados mas interesantes de la confederacion alemana, séanos permitido considerar, siquiera por breves momentos, la historia del gran pueblo que le prestó orígen, preparó su gloria y ha perpetuado después el nombre de su raza en la memoria de las gentes, extendiéndolo por el ámbito de la tierra, victoreándolo por la superficie de los mares, y llenando, por último, con él los confines de entrambos hemisferios.

Sigámosle desde el centro del Asia hasta los bosques seculares de la primitiva Germa-

nia, veámosle echar los cimientos de su futura grandeza, trocar su nombre de tribu, cruzar los mares y fundar una heptarquía poderosa; asistamos con él á sus luchas temerarias contra el cetro de hierro de Carlo-Magno, y no le perdamos de vista hasta que en los anales eternos de la historia aparezca Sajonia como un nuevo reino en el centro de Europa.

Noble ejemplo de las extrañas vicisitudes que la mano reguladora del Altísimo impone al destino de los pueblos, la Sajonia ha visto destrozar su unidad, lacerar su territorio y repartir sus despojos, mientras los descendientes de su raza, esparcidos por remotos climas, ensanchaban los límites de la tierra, estrechos ya para contener su ambicion. Ella desfallecia bajo el peso fatal de su decadencia, en tanto que la raza sajona, obedeciendo á la misteriosa ley que recorre desde la infancia hasta la caducidad de las naciones, devuelve á su cuna primitiva, á las regiones de la India, la civilizacion de occidente, y describe en el espacio inmensurable de los siglos el círculo trazado al progreso de las generaciones y los pueblos. ¡Tal vez la primitiva sangre de sus hijos, inoculada en las nuevas generaciones de oriente, esté llamada á realizar el símbolo mitológico del Asia, que hace renacer al fénix de sus cenizas, y como el ave misteriosa, después de devorar su propia substancia, encuentre en su transfiguracion una civilizacion mas nueva y mas perfecta! ¡Feliz en tanto la envidiable raza que ha logrado alcanzar ese período de incesante progreso, en que la vida de los pueblos desborda por todas partes, y como las aguas vivificadoras del Nilo, va á fecundar las mas remotas esferas de la inteligencia humana! Pero abandonemos aquí las dilatadas márgenes del torrente caudaloso y crecido; dejémosle seguir su rumbo misterioso por ignoradas llanuras, y remontemos paso á paso hasta el humilde manantial de sus aguas.

La huella que dejaron al pasar del centro del Asia al norte de Europa los primeros habitantes de la Germania, antes de establecerse y poblar este vasto país, ha desaparecido envuelto en las tinieblas de los tiempos primitivos, sin que nada sepamos ni de la época ni de la causa de aquella emigracion. Reducidos así aun los historiadores mas severos á recorrer el campo de las inducciones, sin vestigios ni documentos que alcancen á guiarlos en tan difícil empeño, fuera ocioso y aun ajeno á la índole de nuestro trabajo el seguirlos en estas investigaciones, mas curiosas por lo que tienen de eruditas que fecundas por lo que les sobra de ingeniosas. Basta pues á nuestro propósito saber que entre las numerosas tribus de procedencia y razas diferentes que poblaron los incultos bosques de la antigua Germania, figuran los sajones como una de las mas antiguas, de las mas indómitas y apegadas á sus primeras costumbres, siendo de creer que antes de abandonar el Asia ocupaba ya este pueblo un lugar preferente entre las tribus escitas de mayor importancia. Acerca de la etimología de su nombre difieren los historiadores, creyendo unos, con la autoridad de Plinio de su parte, que los persas designaban con el nombre general de *saci* á los escitas. Aquel historiador los llama, sin embargo, *sacassani*, voz corrompida aparentemente de *sakaisuna*, ó hijos de

Sakai, que se abrevió después en *saksun* ó *saxon*. Piensan otros que toma orígen este nombre del puñal ó cuchillo, llamado *sachs*, que usaban aquellos pueblos en sus combates; y por último, no pocos encuentran una interpretacion mas plausible en la palabra *sassen*, que tanto quiere decir como *establecerse* ó *fijarse*. Sin pronunciarnos por ninguna de estas versiones, igualmente admisibles para nosotros, debemos notar, sin embargo, que la última se acomoda muy bien á la conocida aversion de los sajones hácia la vida errante y vagabunda que llevaban en su principio otros pueblos, tales como los *suevos*, así llamados de *shweifen*, que expresa perfectamente la existencia aventurera é incierta que afeccionaba aquella tribu. Por este contraste entre la etimología atribuida á los nombres de dos razas importantísimas en la historia de los pueblos germánicos, puede venirse en conocimiento desde luego de la diferencia esencial que los separaba en sus hábitos y costumbres. Así que, mientras otras tríbus lograban, por medio de rápidos y continuos movimientos, mantener en los individuos de su raza el amor al peligro, la pasion por los azares de la guerra, y el despego á la vida ordenada y fácil de las poblaciones, el sajon, con residencia fija, con lazos é intereses domésticos que le ligaban á su modesta cabaña, gustaba en la seguridad y en el reposo las tempranas primicias de la vida social.

La agregacion voluntaria de padres y jefes de familia, acostumbrados á gobernar en sus chozas, á ser reyes en sus cercados, árbitros y dueños absolutos en el hogar doméstico, debia producir necesariamente un gobierno libre, como el mas favorable á los intereses comunes. Tal era en efecto el gobierno de los pueblos sajones. En los momentos de peligro, cuando la insaciable codicia de otras tribus amenazaba la seguridad del territorio, elegíase de entre ellos mismos un jefe supremo para la guerra, y fácil es concebir que en manos de un pueblo agricultor eran las armas casi siempre un medio de rechazar la agresion, muy rara vez un instrumento de pillaje ó de venganza. Muy presto, sin embargo, hubieron de cambiar esa vida pacífica y laboriosa de sus primeros dias en otra mas turbulenta é inquieta : la reja del arado trocóse por la lanza del combate, y á las tranquilas faenas de los campos sucedieron los rudos quehaceres de la guerra. Desde entonces el nombre sajon bastaba á difundir el terror entre las razas enemigas, por su valor temerario, por su crueldad atrevida y por el apego indomable que profesaron siempre á su independencia, á sus costumbres y á sus dioses.

Ocupaban los sajones, al decir de Ptolomeo, que es el primero que los nombra, el mediodía de la península de Jutlandia ó Quersoneso Címbrico, en compañía de los *anglos*, extendiéndose mas tarde, por sus conquistas, sobre las orillas del Oder. Con estos sajones, que habitaban del otro lado del Elba, debieron unirse sin duda alguna los pueblos que por los últimos años del siglo III aparecieron por primera vez en el nordeste de Germania tambien con el nombre de sajones, y con los cuales se habian juntado particularmente los queruscos, los angrivarios de entrambos lados del Weser, y una parte considerable de los caucos.

De todos modos, hasta mediado ya el siglo VIII de nuestra era no los encontramos divididos en tres círculos ó tribus, á saber: los *ostfalianos*, que ocupaban la derecha del Weser, en el Hannover y Brunswick; los *westfalianos*, establecidos en las orillas del Ems y del Lippe, hácia Munster, y los *angrivarios*.

Tan valerosos por tierra como osados en la mar, hiciéronse temibles los sajones por sus piraterías sobre las costas británicas y las Galias, y á una de estas invasiones marítimas debemos atribuir sin duda el encontrar algunos á principios del siglo V en la costa norte de la Armórica, que hoy decimos Normandía, y cuyo distrito llamóse *Limes Saxonicus*, del nombre de sus nuevos habitantes.

Cuando la fortuna de las armas romanas comenzó á abandonar á sus legiones, victoriosas hasta entonces, determinaron los diferentes pueblos germánicos robustecer sus esfuerzos por medio de asociaciones ó alianzas dirigidas á la comun defensa de la patria, combatiendo el yugo de los emperadores, que á duras penas podian conservar sus conquistas ni menos establecerse en el interior del país. Ya porque estas alianzas fuesen de escasa importancia en los primeros momentos, ya porque no fuesen conocidas de los romanos antes del siglo III de nuestra era cristiana, ó por cualquiera otra causa, las obras de los historiadores que han llegado hasta nosotros apenas se ocupan de tan importante asunto. Consta, sin embargo, que en estas coaliciones de los pueblos germánicos contra el poder de Roma figuraba al lado de otras, la liga sajona, y de ella nos hace mencion Eutropio por los años 288. Tambien la recuerda Amiano Marcelino á mediados del siglo IV, y con él varios autores, y es lo cierto que bajo el reinado de Juliano verificaron los sajones, en union de otros pueblos, una correría importante en el territorio ocupado por las huestes romanas, los mismos que fueron derrotados en 373 por el emperador Valentiniano en Deutz, muy cerca de Colonia.

Pero la mas considerable de estas ligas fué la de los godos, nombre que se dió á una vasta coalicion de pueblos que ocupaban desde las orillas del Báltico hasta los bordes del mar Negro, y que dirigian sus ataques hácia el mediodía, mientras las fuerzas combinadas de los alamanes, los francos y los sajones atacaban la parte septentrional.

Por los mismos años vióse aparecer un pueblo bárbaro, desconocido, que, saliendo del fondo del Asia, llevaba la desolacion y el espanto por donde quiera que enderezaba sus pasos. Los *hunos*, horda vagabunda y cruel, á quien la sed de sangre y de rapiña venia acosando desde el mar de Asof hasta las orillas del Vístula y del Don. En su furor fanático aquellos bárbaros habian inmolado al espíritu de sus antiguos príncipes y jefes los primeros europeos que cayeron en sus manos implacables, y desde aquel momento un rastro no interrumpido de sangre y de terror acompañó sus huestes hasta los campos llamados entonces *cataláunicos*. En estas llanuras, que riega el Marne y domina una elevada colina cerca de Mury, mediado ya el quinto siglo de la era cristiana, se libró una formidable batalla, en que vinieron á las manos *Atila* ó *Etzel*, á quien nombraban los pueblos

el *Azote de Dios*, y las tropas mandadas por Aecio, Teodorico y Sangipan. El jefe terrible de los hunos fué derrotado en aquel combate en que dos pueblos se disputaban el porvenir de la humanidad; la victoria coronó los esfuerzos supremos del Occidente contra la barbarie, y el germanismo vió escapar á la Europa de entre los brazos de la raza mongólica, que amenazaba sofocarla. En esta memorable jornada vemos tambien á los pueblos sajones combatir entre las filas del ejército vencedor, y contribuir no poco á asegurar el triunfo de las armas coaligadas contra el yugo sangriento de los bárbaros.

Poco antes, en el año 449, dos héroes, dos hermanos sajones, Hengisto y Horsa, habian abordado á la Gran-Bretaña, conduciendo en tres miserables bajeles mil y seiscientos aventureros, en su mayor parte sajones y algunos anglos y jutas, con los que posesionados de la isla, y después de vencer á los pictos y escoceses, sometieron á su dominacion, andando el tiempo, toda la Inglaterra hasta el país de Gáles. Refiérese que los romanos, después de reedificar la muralla de Severo, habian abandonado para siempre la Gran-Bretaña, cuando los caledonios y los pictos, precipitándose sobre la parte meridional, arrasaron el país, entregando al fuego y al saqueo lo que no alcanzaba á destruir el temple de sus espadas; de tal suerte, que los angustiados bretones, incapaces de rechazar sus ataques, imploraron mas de una vez el auxilio de las armas romanas.

Mas el poder de los emperadores, minado ya en sus cimientos mas profundos, no se bastaba á sí solo para contener la ruina de su pasada grandeza, y mal pudiera prestar amparo en aquel trance quien á sí propio no alcanzaba á ayudarse. En tamaño conflicto, y no dando espera lo apremiado del caso, acudieron entonces los bretones en demanda de auxilio á las tribus sajonas establecidas enfrente de sus costas, que se lo otorgaron de buen grado, y conducidos por sus valientes jefes, atravesaron el estrecho y devolvieron la paz al territorio.

Muy grande fué el servicio, pero mayor el precio en que pagaron los incautos bretones el auxilio extranjero; que tienen tambien las armas sus usuras en el cobrar, y aun logreros que prestan solo por alzarse dueños al fin de la jornada. Sosegada pues la isla, y dado fin á las sangrientas correrías de los escoceses y los pictos, trocaron en breve los sajones la intervencion de sus armas en verdadera conquista, y dueños del país, fundaron con el tiempo los siete reinos conocidos en la historia con el nombre de *Heptarquía sajona*, que comienza en ellos y concluyó con Eduardo III.

Otra gloria tan grande, aunque de resultados mas fecundos, debia coronar el éxito de aquella expedicion, que acertó á colocar los poderosos cimientos de un reino y daba orígen á una estirpe de reyes que habia de durar seiscientos años. De entre aquellos aventureros idólatras, que al abandonar el continente profesaban la religion de Wodan y de Hertha, rendian culto á las supersticiosas imposturas de Gauna y de Weleda, y pretendian interpretar la voluntad de sus dioses por medio de las varas rúnicas, habian de salir los ardientes apóstoles del cris-

tianismo encargados de esparcir su doctrina entre los pueblos germánicos. Hacia ya tiempo que los godos, los lombardos y los francos habian abrazado la ley de Cristo, y sin embargo, aun pasaron dos siglos antes que la doctrina del Salvador penetrase en Alemania. Los francos, á cuya dominacion estaban sometidos los turingios y los bávaros, no se habian curado de extender la divina simiente del Evangelio entre aquellos pueblos, obcecados todavía con las supersticiosas prácticas de su primitiva creencia. Fué necesario pues que de un país mas lejano, de las islas británicas, convertidas ya al cristianismo, vinieran hombres celosos y doctos en la fe á predicarles la palabra de Dios y á abrir sus ojos á la luz de la eterna verdad. Kiliano, Emmerano, Ruperto, Willibrod fueron del número de estos apóstoles de la Germania en los siglos VII y VIII, y por último, Winfredo, que mas tarde recibió de la cristiandad el dulcísimo nombre de *Bonifacius*, y que durante treinta y siete años no cesó de propagar las saludables máximas del Evangelio en Franconia, Turingia, sobre las orillas del Rin y entre los pueblos sajones.

II.

Al advenimiento de Carlo-Magno, la Alemania propiamente dicha disfrutaba de paz. Las razas vencidas y sujetas al poder de los francos se habian acostumbrado poco á poco al yugo soportable y benigno de los extranjeros. El vencedor les habia conservado hasta entonces sus costumbres, garantido sus propiedades y respetado sus leyes, reemplazando únicamente los duques de las familias reinantes con gobernadores y jefes vitalicios. De este modo se procuraba destruir con el punto central de sus perpetuas agitaciones el antiguo espíritu de independencia, demasiado vivo todavía en aquellos pueblos guerreros é inconstantes. Los sajones, que ocupaban entonces desde el Báltico hasta la Turingia, y desde el Elba hasta el caudaloso Rin, fueron los primeros que intentaron resistir al poderoso monarca. En medio de las vicisitudes que el tiempo y las continuas guerras habian hecho experimentar á la constitucion germánica, y obligado á otros pueblos á acomodarse á sus nuevas modificaciones, la raza sajona continuaba todavía en el uso de sus primeras costumbres, sin reconocer un jefe comun. Protegida su independencia en el interior del país por selvas espesísimas, por bosques milenarios y cuasi impenetrables á los rayos del sol; rodeados de pantanos, que sepultaban en sus aguas someras y cenagosas á los que intentaban salvarlas, y dueños, en fin, de algunas fortalezas sobre el Ruhr, el Weser y el Elba, que defendian sus fronteras, habian sido inútiles hasta entonces los esfuerzos conjurados de los demás pueblos para sojuzgarlos é imponerles las instituciones comunes á todos.

Apenas empuñó Carlo-Magno el cetro de los francos, en 772, cuando convocó

la dieta de Worms é hizo presente á la asamblea los continuos ataques que sufria el país por parte de los sajones, y cuán meritorio debia aparecer á los ojos de la cristiandad el reducir á la verdadera religion á aquellos revoltosos idólatras. Fácil fué conseguir que la nacion declarase esta guerra, la primera que se presentaba al genio militar de Carlo-Magno; pero al mismo tiempo la mas larga de cuantas emprendió en el discurso de su vida, pues duró, si bien con interrupciones, hasta 803, es decir, treinta y dos años.

Salió Carlo-Magno de Worms decidido á hacer sentir el rigor de sus armas á los inquietos sajones, y cruzando la Hesse hasta el Dimel, sorprendió á los rebeldes en su fortaleza de Eresburgo, situada no léjos del rio Weser, sobre una montaña escarpadísima; se apoderó de ella, y destruyó á un tiempo el famoso ídolo *Irminsul* ó estatua de Arminio, objeto sagrado y venerando del culto sajon. El enemigo brindó con la paz, y ofreció en rehenes doce individuos de sus principales familias, que el vencedor aceptó y se llevó consigo. Pero no pasó largo tiempo sin que nuevas sublevaciones y disturbios hiciesen necesaria su vuelta al país ocupado por los sajones, en ocasion en que, proclamado rey de lombardos, se encaminaba á Monza para recibir la corona. Emprendió pues una segunda campaña, venció á los revoltosos y exigió nuevos rehenes de los sajones ostfalianos, cuyo duque Hassion recibió además el agua del bautismo. De vuelta á Italia Carlo-Magno, y no pasado todavía un año, como se dirigiese á Roma, alcanzóle en el camino la noticia de que los sajones habian recobrado por las armas su fortaleza de Eresburgo, y aun llevado la osadía hasta poner cerco á Sigberga por añadidura. Volvió con toda diligencia al lugar del peligro, y venciendo los improvisados obstáculos con que se propusieron cortarle el camino y dilatar sus marchas, penetró hasta Lippespring, castigó á los mas díscolos, los sujetó á todos, y recabó de muchos la promesa formal de que abrazarian el cristianismo. Así las cosas, y llegado el año 780, ocurrió que un jefe sajon de nombre Witikindo, de valor temerario y de crédito entre los suyos, se hizo seguir de algunos descontentos; y sacando provecho de la ausencia de Carlo-Magno, á quien tenian alejado de Alemania negocios de cuantía, cayó sobre el territorio de los francos, devastando el país hasta las mismas márgenes del Rin. Acudió el Emperador con la celeridad del rayo, que es tanto como decir con la presteza de Carlo-Magno; les hizo abandonar el terreno invadido, y los persiguió hasta encerrarlos en sus propios hogares, levantando de camino algunas fortalezas sobre el Elba, que bien guarnecidas y encomendadas á jefes de confianza, tuviesen á raya á los sajones en caso de nuevas intentonas. Por algun tiempo permanecieron tranquilos; pero el recuerdo de su antigua independencia vivia todavía en el fondo de aquellos corazones inflexibles, con toda la fuerza de los primeros instintos, con todo el apego de una pasion salvaje y exclusiva. El cristianismo, impuesto por la espada de un extranjero á quien aborrecian, no habia ganado sus ánimos ni suavizado la rudeza de sus pasiones; la voluntad de un jefe desconocido para ellos parecíales odiosa,

afrentoso el yugo de un extraño, insoportable é injusto cualquier impuesto que se les obligaba á pagar. Así que, cuando el osado Witikindo volvió á requerir de nuevo su valor y á excitar el mal reprimido encono de sus antiguos soldados, creyeron muchos llegado el momento de sacudir para siempre la opresion de los francos y recobrar la independencia perdida. Empuñadas las armas y ganada la aspereza y soledad de los montes, discurria Witikindo á la cabeza de los sublevados las orillas del Weser, cuando acertó á tropezar en el bosque de Sandel con los generales francos Geilon y Adalgis, que á toda prisa acudian por órden del Emperador á reducir á la obediencia á los sorbios, que se habian levantado. Atacáronles los sajones de improviso, venciéronlos por sorpresa, y empañaron el lustre de su triunfo con una horrorosa carnicería, en que no perdonaron la vida á un solo prisionero. Irritado Carlo-Magno con este sangriento suceso, y cansado de no dar fin á las continuas revueltas de los sajones, pasó á su país, lo devastó por completo, y en represalias del ejército traidoramente degollado por el rebelde Witikindo, hizo decapitar cuatro mil quinientos sajones en Verden, sobre el Aller.

Este acto de venganza, demasiado severo, que la historia no trata de justificar, pero que puede excusar el estado de las costumbres en aquella época, hizo sublevar en 783 á toda la Sajonia, bajo el mando del mismo Witikindo y de Alboino, con mas furor, con mas fuerza y mas union que nunca. Dos batallas bastaron, sin embargo, para que las armas imperiales exterminasen la rebelion, penetrasen hasta el Elba, y pareciese asentada para siempre la paz con los sajones. Sus jefes juraron obediencia á Cárlos, abrazaron la religion cristiana, y en 785 el mismo Emperador fué padrino del duque Witikindo y de su esposa Gera en el acto religioso de recibir entrambos el bautismo. Duraba la tranquilidad en Sajonia desde entonces, sometiéndose con resignacion á las instituciones de los francos, y de mejor grado á los preceptos del cristianismo, para cuyo desarrollo fundó el Emperador sucesivamente diversos obispados y seminarios en Minden, Osnabruck, Verden, Brema, Paderborn y otros, encargados de enseñar y difundir la doctrina de Cristo entre aquellos paganos. Pero desgraciadamente el gérmen de la discordia no habia sido arrancado todavía de raíz de aquel suelo tantas veces regado con la sangre de sus hijos en infructuosas revueltas contra un poder invencible. Los sajones, como los otros pueblos vencidos que componian el dilatado imperio de Carlo-Magno, tenian que seguir al incansable caudillo en sus continuas y distantes expediciones, reforzar su ejército, abandonar el país, y combatir á sus órdenes en campos extranjeros. Este servicio oneroso fué llevado con paciencia al principio, pero dió orígen mas tarde á nuevas sublevaciones y disturbios por una parte, á nuevos rigores y escarmientos por otra. Los sajones se negaron por último á seguir las banderas de Cárlos, arrastrando además á hacer lo propio á los frisones; de suerte que de 793 á 797 tuvo el Emperador que hacer de nuevo la guerra á aquellos pueblos, hasta que en 803 firmó con los sajones una paz sólida y duradera en Selz. Por ella renun-

ciaron estos á la idolatría, y fueron definitivamente reunidos al imperio de los francos, mediante algunas condiciones estipuladas en favor de su libertad y de sus leyes, de tal modo, que mas que sumision tenia visos de convenio aquel tratado. Cárlos, para asegurar el cumplimiento de la paz ajustada, trasportó diez mil sajones de las orillas del Elba y el mar del Norte al interior del país de los francos, logrando así alejar para siempre el mas remoto peligro de nuevas tentativas.

Así concluyó esta lucha tenaz, en que una sola raza osó contrarestar el poder colosal de Carlo-Magno, cuando los pueblos mas numerosos é importantes de Germania habian cedido ya á la fuerza irresistible de sus armas. En esta guerra notable entre una tribu y un imperio, vemos á los sajones interrumpir mas de una vez la carrera triunfal del gran Monarca, que perseguia en ellos los últimos restos de la barbarie y de la idolatría; admiramos la larga lucha que hubo de mantener el cristianismo antes de que la esplendente luz de su doctrina arrojase á los dioses gentiles del inviolable asilo que habian encontrado en la espesura de sus bosques; y observamos, por fin, al pueblo sajon ser el último entre los pueblos germanos que dobla la cerviz á la coyunda extranjera. Raros ejemplos nos presenta la historia de una constancia tan maravillosa, de un heroismo tan perseverante, en medio de tan escasos elementos para resistir, y tan desiguales recursos para empeñar la contienda; y aunque lucharon, es cierto, contra un destino superior á la voluntad de los hombres, contra la ley regeneradora del cristianismo, contra la civilizacion y la cultura, no nos admiran menos sus esfuerzos ni sorprende menos el temple de sus corazones.

El imperio de Carlo-Magno, levantado y sostenido por la grandeza de su alma, por la actividad de su espíritu y la superioridad de su genio, se desplomó en manos de una posteridad demasiado débil para llevar sobre sí el grave peso de tan dilatados dominios. Después de la batalla fratricida de Fontenay, una de las mas sangrientas que nos recuerda la historia, y en que, al decir de las crónicas, perecieron cien mil combatientes, dividióse el vasto imperio de los francos entre los hijos de Luis *el Débil*, único sucesor de Carlo-Magno, quedando separada para siempre la Alemania de la Francia por el tratado de Verdun (843). Tocó la primera á Luis *el Germánico*, á Lotario la Italia, y la parte occidental de Francia á Cárlos *el Calvo*. Fraccionada así la unidad del imperio, desgarrado el país por combates intestinos, que relajaban sus fuerzas, entregado el poder en manos inexpertas y privadas de aquella vigorosa actividad que era la base del sistema político de Carlo-Magno, la situacion de Alemania comenzó en breve á ofrecer un aspecto desconsolador y alarmante. Carlo-Magno habia revestido el poder real de una fuerza desconocida hasta entonces; su genio político le habia robustecido despojando á los antiguos duques de la autoridad omnímoda que ejercian sobre provincias enteras, porque el brazo poderoso de aquel monarca alcanzaba á todas partes, á las ciudades mas distantes como á las mas allegadas al centro del imperio. Pero

en manos de sus sucesores, y en el estado de postracion que habia sucedido al reinado glorioso de Cárlos, era el poder de los reyes demasiado débil para que fuera simultánea su accion sobre un territorio que amenazaban por todos lados los húngaros, los eslavos, los vénedos y los normandos. Era preciso arrojarse de nuevo en brazos del feudalismo, restablecer los antiguos ducados, y confiar, por decirlo así, á cada provincia y á cada raza el cuidado de atender á su propia defensa y de poner un jefe al frente de sus tropas. Consideráronse al principio estos duques como unos ministros ó lugartenientes de los reyes, en cuyo nombre gobernaban el país, mandaban las tropas en la guerra y administraban justicia; pero muy en breve, aprovechándose algunos de la indolencia de los príncipes, ó alentados con su debilidad, alzáronse con el poder absoluto, haciendo traicion á la confianza de sus soberanos. De esta suerte se hallaron constituidos poco á poco, y en virtud de esta necesidad apremiante, los ducados de Franconia, de Turingia y de Baviera, con otros muchos que se formaron después, llegando con el tiempo á ser, entre todos, el mas considerable el de Sajonia, que abrazaba, en el momento de su mayor desarrollo, desde el Rin hasta el Oder, y desde el mar del Norte hasta el Eider.

III.

El antiguo ducado de Sajonia comienza con el conde Ludolfo, á quien lo cedió Luis *el Germánico*, en 850, para atender á la invasion de los normandos, que lo estrechaban muy de cerca. Sucedió á Ludolfo su hijo Bruno, muerto desgraciadamente en una batalla contra los mismos normandos, y que al morir dejó el ducado á su hermano Oton, llamado *el Ilustre*, que fué el primero que lo ocupó por derecho hereditario. El mismo Oton, después de extinguida la rama de los Carlovingianos por muerte de Luis *el Niño*, como se hallasen reunidas las principales razas alemanas para elegir entre sus príncipes al mas digno, y darle el título de rey, rehusó la corona que se le ofrecia, y designó en su lugar á Conrado, duque de Franconia, como el mas á propósito para desempeñar tan elevado puesto. Heredó á Oton en el ducado de Sajonia su hijo Enrique I, conocido en las crónicas latinas con el nombre de *Henricus auceps* ó *el Pajarero*, y uno de los mejores príncipes de aquellos tiempos. Recobró Enrique la Turingia, de que habia sido despojado; colocó á la Sajonia en un estado floreciente, fundó varias ciudades importantes, y fué, por último, elegido rey de Alemania en 919, para suceder á Conrado; comenzando con él la casa real de Sajonia, que reinó hasta el año de 1024, y concluyó con Enrique II *el Piadoso*. Varias son las versiones que acerca de la eleccion de Enrique *el Pajarero* nos ofrecen las crónicas antiguas. Dicen unas que, herido mortalmente Conrado en una expedicion contra Baviera, y sintiendo cercano el último instante de su vida, sofocó en el lecho de la muerte el sentimiento de rivalidad que

habia mantenido siempre contra Enrique; y recordando tal vez en aquellos momentos el noble ejemplo de Oton *el Ilustre*, llamó á su hermano Everardo, y entregándole la espada, la lanza, el cetro y la corona, le encomendó llevase aquellas insignias reales á Enrique de Sajonia, único príncipe entre todos, que, por sus cualidades, su poder y su prudencia, podia sucederle en el trono. Everardo cumplió fielmente la voluntad de su hermano moribundo, y saludó el primero á Enrique como rey de Alemania. Los grandes y los ancianos de Franconia, obedeciendo al consejo de Conrado, se reunieron en Fritzlar en los primeros dias del año de 919, y eligieron por rey á Enrique, en medio de los aplausos y vítores del pueblo. Halagaba naturalmente á los sajones la eleccion hecha por la nobleza de Franconia en favor de un duque de su raza; pero ignorábase cómo seria acogida por los demás pueblos germánicos, harto inclinados á disentir en opinion y en deseos. No era pues de extrañar que alguna agitacion de mayor ó menor importancia viniese á turbar aquel reinado, inaugurado bajo tan felices auspicios; pero muy pronto los primeros rebeldes, Arnoldo, duque de Baviera, y Burkardo, que lo era de Suabia, fueron reducidos á la obediencia por la fuerza de las armas, y obligados á acatar la eleccion de Enrique; de manera que en 921 prestaba homenaje toda la Alemania al antiguo duque de Sajonia. No le fué tan fácil conquistar la Lorena, que solo después de innumerables batallas, victorias y reveses consiguió reunir á la corona de Alemania, asegurando mas tarde la agregacion definitiva de esta provincia por el matrimonio de su hija Gerberga con el duque Gisilberto. Desembarazado así de las cuestiones interiores, pudo al fin ocuparse el infatigable Monarca de los enemigos que le amenazaban en el exterior, esto es, los eslavos y los húngaros, que hacia tiempo turbaban con sus desmanes el sosiego de los estados germánicos. Con varia suerte llevó á cabo Enrique esta empresa importante, pues derrotado en el primer encuentro, invadieron los húngaros la Sajonia y devastaron sus mas fértiles campiñas, forzándole á encerrarse con el resto de sus tropas en el castillo de Werle. Pero quiso su buena estrella, que para mas altos fines lo tenia reservado, que al verificar una salida del castillo hiciese prisionero, en las inmediaciones de Goslar, á uno de los personajes mas importantes del ejército húngaro, y que por precio de su rescate obtuviese un armisticio de nueve años, en que se obligaba el enemigo á abandonar durante todo el tiempo el país que ocupaba. Aprovechó Enrique el descanso que le proporcionaba aquella tregua en disciplinar su ejército, organizar una caballería capaz de resistir á los húngaros, levantar fortalezas, como Duderstadt, Nordhausen, Quedlimburgo, Meissen y otras; arreglar la prestacion del servicio militar, reprimir las revueltas y los desafueros en el interior del país, y trasformar, en fin, la Alemania de tal suerte, que pudiera en adelante reprimir sin esfuerzo las rebeliones intestinas, y rechazar con ventaja las extrañas. Para ejercitar á sus soldados en el duro servicio de la guerra antes de que llegase el plazo señalado, batió á los eslavos en el Brandeburgo, á los hevelos sobre el Havel; venció á los daleminzianos, que ocupaban parte de las orillas del

Elba, y entrando en la Bohemia, puso sitio á Praga, y obligó á rendirse á su duque Wenceslao. Concluido el armisticio de nueve años, presentáronse los emisarios húngaros á reclamar el tributo que vergonzosamente habia pagado hasta entonces la Alemania; pero el noble Enrique los despidió de su presencia con las mayores muestras de desprecio, y se aprestó á la defensa. Irritados los húngaros con la respuesta de Enrique, dispusiéronse sin pérdida de momento á atacarle, dividiendo para ello sus tropas en dos columnas ó cuerpos, de los cuales el primero fué derrotado por los sajones, no léjos de Sondershausen, degollados sus jefes, y muertos por los rigores del frio ó los tormentos del hambre los pocos que lograron escapar del combate. El segundo cuerpo, mas numeroso, y formado de lo mas escogido del ejército húngaro, llegó á la caida de la tarde cerca de Marseburgo, en la ribera del Saale, y supo allí la derrota completa de sus compañeros. Llenos de espanto y dominados por el terror pánico que habia infundido en sus jefes el desastre de Sondershausen, disponíanse á abandonar el terreno y entregarse al pillaje; pero Enrique, avanzando hácia ellos, con muy escasa fuerza, y en la apariencia con temor, logró atraerlos al grueso del ejército, que formado en buen órden, aguardaba el resultado de la estratagema, para caer sobre los enemigos y destrozarlos sin piedad. Tuvo lugar esta batalla en el año de 933, en los alrededores de Marseburgo, cuyo obispado celebra todavía en la iglesia de Keushberga el aniversario de esta memorable jornada, en que la prevision y el talento militar de Enrique I libertó á su reino del furor y de las perpetuas rapiñas de los húngaros. En el año siguiente alcanzó nuevos laureles en su expedicion contra los daneses, á cuyo rey Gorm hizo firmar la paz, convirtiendo además á la religion cristiana á su primogénito Knud, segun unos historiadores, ó al hijo segundo, llamado Haroldo, segun otros. Con esta última campaña vió el prudente Enrique colmados sus deseos, teniendo sujetas á las razas del norte, que por espacio de un siglo venian aterrorizando la Europa, pero que en los últimos años de su reinado reconocian ya su autoridad, acataban su poder, y respetaban los límites de su imperio. Después de un reinado esclarecido, mas que por los gloriosos hechos de sus armas, por los inmensos beneficios que introdujo en el estado moral de los pueblos, mejorando la condicion social de sus vasallos, dando realce á la nobleza, lustre y prestigio á la corona imperial, murió este gran príncipe en Memleben, á los sesenta años, dejando el gérmen de instituciones fecundas que el tiempo y el progreso de la civilizacion vinieron á desarrollar mas tarde, y que colocaron por último á la nacion alemana en el estado de prosperidad y de fuerza en que la verémos después. Antes de morir encomendó muy encarecidamente á los grandes del reino reconocieran á su hijo Oton por sucesor en el trono, temiendo acaso que la preferencia de su esposa Matilde por su segundo hijo Enrique no produjese alguna complicacion embarazosa en la sucesion á la corona.

Fué proclamado Oton, á la muerte de su padre, en Aquisgran, en donde algunos prelados del Rin se disputaron el privilegio de conferirle la investidura real,

cabiéndole por último esta honra á Hidelberto, arzobispo de Maguncia; el cual, asiendo de la mano al jóven Monarca, pronunció estas palabras en presencia del pueblo: «Aquí os presento al elegido de Dios, al designado por Enrique I, al aclamado por todos los príncipes: si le quereis por soberano, alzad la diestra en señal de adhesion y prestadle homenaje.» El pueblo, conmovido, acogió al sucesor de Enrique con muestras vivísimas de entusiasmo; y lleno de las mas lisonjeras esperanzas en su porvenir, le proclamó rey de Alemania. Un exterior frio, alguna rudeza en el carácter y un excesivo orgullo hicieron, sin embargo, que el jóven Oton no llegase á adquirir jamás sobre el corazon de sus súbditos aquella preponderancia que habia conseguido su padre. No fué por eso un monarca menos digno, menos poderoso y respetado que aquel; antes bien, siguiendo la noble senda que le trazara su predecesor en el mando, aplicó todos sus esfuerzos á la regeneracion del país, al fomento de la riqueza pública y á la seguridad y engrandecimiento del imperio.

En sus sienes la corona de Carlo-Magno recobró su perdido esplendor, y la Europa pudo contemplar en breve en el sucesor de Enrique al primero de los príncipes cristianos. La irritabilidad de genio y la severidad, un tanto exagerada, que mostró en determinadas ocasiones y que le han censurado despues, no le hicieron jamás hollar los sagrados límites de la justicia ni doblegar á su capricho la inflexible condicion de la ley. Tal vez esos mismos defectos, la audacia y el orgullo que empañaron ligeramente el brillo de otras dotes peregrinas, pudieran estimarse como prendas recomendables en aquella época y en las circunstancias especiales que rodeaban su trono. En tiempos normales, cuando impera la paz y se robustecen las instituciones sociales á la sombra de la justicia y del órden, sin que el menor peligro amenace trastornar su equilibrio, puede regocijarse un pueblo de ver á su cabeza á un príncipe pacífico, mas dado al fomento de los intereses públicos por la sabiduría de sus leyes, que al engrandecimiento de su territorio por las conquistas de las armas; pero cuando una monarquía ha llegado á postrarse en la molicie y en las dulzuras de una paz infecunda, cuando en su seno se encuentra entronizado el vicio, acosada la virtud, válida la ociosidad, apuradas las fuerzas y mudo el corazon á la voz del honor nacional, entonces se recibe á deseo de buen rey un príncipe como Oton, audaz, emprendedor, y cuyo espíritu caballeresco y orgulloso levanta el ánimo acongojado del pueblo, y despierta en la nobleza el apego al honor y la ambicion por la gloria.

No faltaron á Oton, desde el principio de su reinado, señores descontentos ó vasallos inquietos que se sublevasen contra su autoridad, siendo los francos y los lorenos los primeros que alzaron el estandarte de la insurreccion, aunque con escasa fortuna, pues fueron vencidos y obligados á reconocer su poder. Tambien hicieron armas contra él, negándole obediencia, sus hermanos Tancmar y Enrique, de los cuales el primero fué muerto en el campo de batalla, y perdonado el segundo, que, arrepentido de su crímen, se arrojó á los piés del magnánimo Oton. Al per-

donar á su hermano Enrique, aquel príncipe generoso no solo olvidó que se habia sublevado tres veces contra su autoridad y aun atentado á su vida, sino que le hizo merced del ducado de Baviera, vacante á la sazon, y le prestó un apoyo eficaz mientras duró su reinado. Volvióse el Rey, después de apaciguadas estas tormentas interiores, hácia sus vecinos del norte, con quienes hubo de sostener una larga y sangrienta lucha, hasta hacerlos tributarios de la corona. Después de establecer algunos obispados en aquellos pueblos idólatras, se encaminó á Bohemia y á Polonia, cuyos duques le juraron obediencia; persiguió á los daneses, que habian devastado el margraviado de Shleswig, fundado por su padre, hasta la punta del Jutland, y dió el nombre de Otensund á un brazo de mar que se extiende por aquellas playas.

Gravísimos sucesos habian ocurrido en Italia después de la extincion de la rama carlovingiana : la mas completa anarquía destrozaba aquel hermoso suelo, mientras los numerosos pretendientes á la corona apresuraban su aniquilamiento y su ruina. Berenguer, después de dar muerte al rey Lotario, se habia apoderado por la violencia, de un trono que su crímen habia dejado vacante. Su infernal ambicion intentó mas tarde unir á su hijo Adelberg con la hermosa y desgraciada Adelaida, viuda de Lotario, que, huyendo del tirano, aprovechó una ocasion propicia para ponerse en salvo y frustrar sus infames proyectos. Alcanzada desgraciadamente por sus perseguidores cerca de Como, volvió de nuevo la infeliz Adelaida á manos de Berenguer y de su esposa Willa, digna consorte en sus horrosos crímenes, pero que le superaba en maldad y en odio hácia la víctima de sus tormentos. Arrojada en un oscuro calabozo del castillo de Garda, después de sufrir los tratamientos mas crueles y los mas vergonzosos ultrajes, esperaba aquella desventurada princesa que la muerte pusiera fin á sus desdichas, cuando un monje llamado Martin, compadecido de tan inmerecidas desgracias, consiguió penetrar en la prision, sacarla del castillo, y atravesar con ella en una barca el lago de Garda. Llegados á la otra parte del lago, ocultó Martin á la noble fugitiva en lo mas espeso de un bosque, y encomendó su guarda por algunos dias á un generoso pescador que les habia auxiliado en la fuga, mientras él mismo se dirigia al margrave Azzon, que le ofreció su amparo, y el castillo de Canosa como un asilo seguro contra la cólera de Berenguer. Luego que el infatigable monje hubo depositado en él á la viuda de Lotario, partió en seguida hácia Alemania, portador de una carta de Adelaida para el emperador Oton, en que esta le ofrecia su mano y por dote la corona de Italia. Oton, viudo hacia tiempo de Edith, hija del rey de Inglaterra, acogió con gusto una oferta que tanto halagaba á su carácter y á sus intereses. La idea de libertar á una reina oprimida, jóven y bella, y el alto premio que iba unido á esta singular aventura, eran motivos suficientes para entusiasmar su espíritu caballeresco y decidirle á acometer la empresa sin demora. Con fuerzas suficientes atravesó los Alpes, libertó á Canosa del sitio que le tenia puesto Berenguer, y después de apoderarse de Pavía, se ciñó la corona de Italia y celebró sus bodas

con la hermosa Adelaida, cuya mano y corazon habia conquistado como rey poderoso y cumplido caballero.

Pasados estos acontecimientos, y reconciliado ya con Berenguer, á quien entregó en feudo la corona de Italia, resucitaron los antiguos enemigos y devastadores de Alemania, los húngaros, que, en union con los eslavos, quisieron probar si serian mas afortunados en su empresa contra el sucesor de Enrique que lo habian sido con su ilustre padre. Aprovecháronse para esto de una coyuntura favorable, y era el desacuerdo de Oton con su hijo Ludolfo y su yerno Conrado de Franconia, descontentos ambos por su matrimonio con Adelaida, y que habian olvidado sus deberes hasta el punto de llamar en su ayuda á los húngaros. Pero no tardaron mucho tiempo aquellos nobles corazones en comprender lo horroroso de su traicion; y avergonzados de ella, pidieron y alcanzaron el perdon de un extravío que juraron borrar con su propia sangre en el campo de batalla y en servicio de su patria y de su rey. Hallábase acampado el ejército de Oton, dividido en ocho cuerpos, sobre las orillas del Lech, que protegia la retaguardia del campamento de tal suerte, que no era de temer ningun ataque por el lado del rio. Mas los húngaros, resueltos á vencer por la astucia, lo atravesaron á nado, y cargando de improviso sobre las tropas alemanas, introducen la confusion en el campo, ponen en fuga á los bohemios y suabios, y saquean ó destruyen cuanto les viene á las manos. Afortunadamente el valeroso Conrado, á quien se habia confiado el mando de uno de los cuerpos del ejército, acude en socorro de los suyos, y consigue restablecer el órden, reanimando con su ejemplo el valor de los dispersos. Al dia siguiente, que lo era el de la festividad de San Lorenzo, debia darse la batalla formal. Al rayar el alba empuñó Oton la lanza sagrada, y desplegando á la vista de sus valientes soldados la gloriosa bandera que habia llevado su padre á la batalla de Marseburgo, dió la señal de acometer, y seguido de Conrado, se arrojó el primero sobre las tropas enemigas.

Muy importante fué la victoria conseguida por las tropas alemanas en este sangriento combate, si bien comprada á un precio inestimable. El duque Conrado, herido por una flecha en el momento en que, sofocado por el calor, alzaba la visera de su casco para respirar con libertad, murió á las pocas horas, después de haber ejecutado, durante la accion, los hechos mas heróicos de temeridad y de arrojo. La derrota de los húngaros fué completa, y tan inmensa la pérdida que experimentaron en sus filas, que renunciaron para siempre á sus incursiones en el país aleman. En el mismo año de 955, y poco después de la batalla de Lech, escarmentó Oton á los eslavos, que, con algunos descontentos de Sajonia, habian renovado sus ataques y sus rapiñas en combinacion con los húngaros. Estos últimos fueron despojados poco á poco de la deliciosa ribera del Danubio, que formó posteriormente el margraviado de Austria, y reemplazada su poblacion por colonos alemanes, que convirtieron aquel hermoso país en uno de los mejores de Alemania.

Las persecuciones y desafueros que ejercia entre tanto, contra los adictos al imperio aleman, el miserable Berenguer, rey de Italia, que no habia tardado en olvidar las singulares mercedes de que era deudor á Oton, obligaron á este último á reprimir sus demasías, enviando un ejército poco numeroso, á las órdenes de su hijo Ludolfo. A pesar de sus escasas fuerzas, consiguió el esforzado Príncipe apoderarse del traidor; pero, dando crédito á las protestas de arrepentimiento y á las promesas de obediencia que el prisionero le hacia, y confiado tal vez en que la generosidad de su conducta influiria en aquel corazon corrompido, le dió la libertad bajo palabra. Pero solo aguardaba Berenguer á verse libre, para pagar con la mas villana ingratitud la generosa condescendencia del vencedor, contra quien emprendió desde luego nuevas hostilidades y traiciones. Reducido por segunda vez á entregarse á las tropas de Ludolfo, y cuando consideraba agotados sus recursos y desvanecidas las últimas esperanzas de salvarse, logró su esposa Willa envenenar al jóven héroe, que murió en la flor de su vida y aun no cumplidos los veinte y siete años. Para vengar tan alevosa muerte pasó mas tarde el mismo Oton á Italia (961), y no sin trabajo, pudo apoderarse de Berenguer y de su infame cónyuge, que, ocultos en una fortaleza, aguardaban el castigo de sus numerosos crímenes.

En este viaje á Italia habia sido acogido el monarca aleman en todas partes con muestras inequívocas de adhesion: recibíanle con júbilo las ciudades mas populosas del reino, y las plazas fuertes le abrian sus puertas á medida que adelantaba su marcha hácia la capital. Oton creyó que era llegado el momento en que, por su propia gloria y por la del país cuyos destinos le estaban encomendados, debia añadir á la corona germánica la púrpura romana, que Carlo-Magno habia reunido otra vez bajo el solio mismo. El jefe de la Iglesia necesitaba del apoyo de un poder temporal vigoroso y enérgico que robusteciese su influencia moral sobre los pueblos de la cristiandad, entre cuyos príncipes soberanos era Oton el único que podia prestarle una proteccion digna de tan elevado objeto. Con mas severidad que justicia tacharon algunos de ambiciosa la pretension del emperador de Alemania, sin tener en cuenta tal vez las circunstancias en que se hallaba la península itálica, y que exigian de una manera imperiosa la union íntima entre el trono de Oton y el jefe visible de la Iglesia. Si andando el tiempo los pueblos alemanes tuvieron que deplorar la pérdida de lo mejor de sus ejércitos, consumido en las expediciones á Italia, mientras el interior de Alemania quedaba olvidado y expuesto á todo linaje de desórdenes, forzoso es declarar tambien que á estas mismas campañas debieron en gran parte, no solo su engrandecimiento y su gloria militar, sino que con ellas importaron de la península la civilizacion y el adelanto en las costumbres, en el comercio y en las artes.

Apenas habia colocado Oton sobre sus hombros la púrpura imperial, cuando tuvo que ejercer los derechos de protector de la Iglesia contra el mismo papa Juan XII, que le habia coronado; pero que hizo abandonar su destierro al hijo de

Berenguer, refugiado en Córcega desde la derrota de su padre, para conspirar con él y trabajar de concierto contra la autoridad del nuevo emperador. Agregábanse á esto otras acusaciones de diferente naturaleza, que existian contra el Papa, y cuya apreciacion sometió el Emperador á un concilio de diez y seis cardenales y cuarenta obispos, ante los cuales se negó á comparecer el acusado, por cuya contumacia fué despojado de la dignidad pontificia, y elegido en su lugar Leon VIII. Tanto el clero como el pueblo de Roma juraron en aquella ocasion no elegir en lo sucesivo ningun papa sin el beneplácito del Emperador: promesa que olvidaron, sin embargo, tan luego como se vieron libres de su presencia. Mientras tanto Juan XII, auxiliado por sus partidarios, quitó la tiara á su rival, despreciando el resentimiento de Oton, que volvió segunda vez á Roma, tomó venganza ejemplar de sus enemigos, reunió el concilio Lateranense, y obtuvo de los obispos el reconocimiento formal y solemne del derecho absoluto que, como emperador, le competia, de elegir el Papa, dar la investidurá de la corona de Italia, y nombrar para todos los obispados vacantes. En este segundo viaje á Roma hizo coronar por el Papa á su hijo Oton, y envió además embajadores á Constantinopla, encargados de solicitar para el mismo la mano de Teófana, hija del difunto Romano, á quien habia sucedido en el imperio de Oriente Nicéforo Fócas, que contrajo matrimonio mas tarde con su viuda. Negóse Nicéforo á consentir en la union que para su hijo proyectaba el emperador aleman, cuyos embajadores regresaron muy poco satisfechos del recibimiento que habian tenido en la degradada corte de Constantinopla. Asesinado Nicéforo por intrigas de su esposa, como lo habia sido su predecesor, sucedióle en el imperio Juan Zimisceo, el cual se apresuró á conceder al hijo del poderoso emperador de Alemania la mano de la jóven Teófana, que fué coronada en Roma, en 972, por el papa Juan XIII, y desposada con Oton. Vuelto el Emperador á su país, concluyó su gloriosa carrera en el año siguiente de 973, en el mismo castillo de Memleben, en que habia fallecido su padre; habiendo vivido sesenta y un años, y ocupado por espacio de treinta y ocho el trono de Alemania. La posteridad ha enaltecido el nombre de Oton I con el dictado de *Grande,* que lleva en la historia, y que pocos príncipes han alcanzado con mayor justicia ni con títulos superiores á la inmortalidad, en la memoria y en la gratitud de sus pueblos.

Faltábanle á su hijo Oton, sin carecer de todas, muchas de las grandes cualidades que habian distinguido á su padre. Dotado de un carácter inconstante y voluble, en que andaban apareadas la energía y la prudencia con la flaqueza de ánimo y la poquedad de corazon, hubiera comprometido tal vez el glorioso legado que recibió con la corona, si la emperatriz Adelaida no hubiese velado sobre su infancia y prestádole el ilustrado apoyo del talento y de la experiencia en los primeros años de su juventud. Llegó, sin embargo, el momento en que, ofendida aquella noble madre por la desobediencia de su hijo y el desprecio con que eran escuchados sus prudentes consejos, abandonó la celosa intervencion que habia

tenido hasta entonces en los negocios del Estado. El duque Enrique II de Baviera, unido con Haraldo de Dinamarca, Boleslao de Bohemia y Mizislao de Polonia, confiados en la inexperiencia del jóven Monarca, se sublevaron contra él; pero fueron vencidos en 977, y despojado Enrique del ducado, que pasó á Oton de Suabia, sobrino del Emperador. Tambien el rey de Dinamarca, que habia entrado á la cabeza de sus tropas en tierra de Sajonia y destrozado el país, fué batido poco después por el valiente duque Bernhardo, que le obligó á huir con pérdida considerable. Durante el reinado de Oton II verificó Lotario, rey de Francia, la primera tentativa, repetida mas tarde, para separar la Lorena del imperio germánico; pero, socorrida á tiempo aquella provincia, y defendida con denuedo por las fuerzas imperiales, fueron expulsados los franceses y perseguidos por Oton hasta los mismos muros de Paris, cuyos arrabales entregó al furor de las llamas.

Las revueltas de Milan y de Roma, promovidas por el rebelde Crescencio, hicieron necesaria la presencia del Emperador en Italia por los años de 980, adonde le llevaba al mismo tiempo la esperanza de entrar en posesion de algunos estados que aun conservaban en el mediodía los emperadores griegos, y á los que el sajon se consideraba con derecho, por su esposa Teófana.

Llegado á Italia, castigó á la faccion de Crescencio, se apoderó de Nápoles, de Salerno y de Tarento, y batió á los griegos, que habian llamado en su socorro á los árabes de Africa y de Sicilia. Embriagado con el triunfo que en los primeros encuentros habia obtenido contra el emperador de Oriente, dejóse arrastrar por la confianza hasta dar en una emboscada cerca de Basantello, en Calabria, que costó la vida á lo mejor de su ejército y á lo mas escogido de sus capitanes. En esta vergonzosa derrota el mismo Oton tuvo que arrojarse al mar sobre su caballo y abordar á un bajel griego, y por lo tanto enemigo, que acertaba á encontrarse en aquellas aguas, y á quien pudo ocultar su condicion y su estado. Salvóle de aquel apurado trance la serenidad y la astucia, pues como insistiese en ser conducido á Constantinopla, y aparentase deseos de evitar las costas italianas, no recelaron sus libertadores la importante presa que sin querer habian hecho, hasta que, pasando por frente de Rossano, en donde se hallaba la Emperatriz, y con pretexto de recoger algunas provisiones y efectos, dió tiempo á que se acercasen al buque algunas lanchas, en que hubo de reconocer á amigos y partidarios suyos; con lo que, arrojándose al mar, fué por ellos recogido y presentado con grande júbilo á su esposa Teófana, que lo lloraba muerto ó prisionero. Resintióse la salud de Oton de estos azarosos quebrantos, y cuando se preparaba para una nueva expedicion contra los árabes y los griegos, le sorprendió la muerte en Roma, en 7 de diciembre de 983.

Tres años de edad contaba apenas su hijo Oton III cuando fué coronado emperador en Aquisgran. Su minoría hubiera sido fatal al imperio germánico si Teófana no hubiese empuñado las riendas del gobierno, y si la prudente Adelaida, durante la permanencia de su hijo Oton II en Italia, no hubiera hallado traza de reprimir

con éxito á los eslavos en el norte y en el oeste de Alemania. Enrique de Baviera alegaba derechos á la tutela del reino, y aun se apoderó del augusto infante para hacer valer sus pretensiones; pero la oposicion general que encontró por todas partes le obligó á reducir sus exigencias y á contentarse con que le fuera devuelto el ducado de Baviera, que le habia quitado el difunto Oton. Desde su mas tierna edad hizo concebir el nuevo emperador las esperanzas mas risueñas á todos los que admiraban las felices disposiciones de su espíritu y los elevados sentimientos que dejaba entrever en todas sus acciones. Fué confiada su educacion al célebre Gerberto, uno de los hombres mas eminentes de su siglo, y de erudicion tan rara en aquel tiempo, que por ser prodigiosa, acusáronla muchos de sobrenatural, con puntos de diabólica. No habia aun cumplido los quince años cuando, invitado por el Papa, pasó Oton á Italia, en donde el infatigable Crescencio habia vuelto á sumir al país en sangrientas divisiones y trastornos, poniendo en peligro con sus atrevidas empresas el trono pontificio. Con la llegada del jóven Emperador restablecióse al punto la disciplina y el buen órden en sus tropas, no sin admiracion y asombro de los capitanes mas experimentados, que apenas podian dar crédito á sus ojos, contemplando el exquisito tacto de Oton y sus precoces disposiciones para el noble oficio de las armas. Muerto Juan XV en aquellos momentos, influyó el Emperador en la eleccion de uno de sus deudos, llamado Bruno, que con la tiara tomó el nombre de Gregorio V; y después de batir á los rebeldes italianos, fué coronado por el nuevo papa en 31 de mayo de aquel año. De regreso á Alemania, llegáronle noticias de una nueva sublevacion en Roma, capitaneada por el rebelde Crescencio, que habia depuesto á Gregorio y proclamado en su lugar á Juan XVI, conmoviendo los estados romanos de tal suerte, que era urgente la presencia del Emperador para calmar la agitacion de los ánimos y castigar la osadía de los insurrectos. Trasladóse Oton á Roma, se apoderó del papa intruso, restituyó la tiara á Gregorio V, consiguiendo por fin hacer prisionero al faccioso Crescencio, que con doce de sus cómplices fué decapitado en presencia del pueblo. Al año siguiente, último del siglo x, murió el papa Gregorio, y fué elevado á la dignidad pontificia el sabio Gerberto, dignísimo maestro del Emperador, y á la sazon arzobispo de Ravena, el cual llevó entre los papas el nombre de Silvestre II.

Habíase entibiado el entusiasmo que despertó en un principio el advenimiento de Oton entre sus súbditos alemanes, siendo causa de ello la marcada preferencia que mostraba el Emperador hácia las costumbres y usanzas romanas y orientales, con menosprecio de los hábitos, mas rudos, si bien mas varoniles y francos, de su patria. El espíritu nacional sufria en silencio la injusta postergacion de las costumbres tradicionales; pero hubo de manifestarse en público despecho cuando el Emperador, seducido por la belleza de la ciudad de Roma, por el lujo oriental que desplegaba su corte, y los delicados modales de los cortesanos, trató de asentar en aquella capital la residencia del imperio germánico. Este propósito, que

realizado hubiera trastornado acaso la faz de Europa y dado un nuevo giro á los destinos del mundo, no pudo llevarle á efecto, porque sitiado el Emperador en el castillo de San Angelo por una turba amotinada, y cuando menos era de temer este suceso, habria perecido á mano de los sediciosos, si la fidelidad y el valor de los pocos alemanes que formaban su séquito no le hubiesen salvado. El obispo Bernwardo de Hildesheim detuvo con su lanza á la turba furiosa que intentaba penetrar en el aposento de Oton, y auxiliado por el duque de Baviera, consiguió arrojarla del palacio é intimidar á Ptolomeo, senador romano y cabeza de aquel desenfrenado motin. Comprendió entonces el Emperador, aunque tarde, cuánto va de la fidelidad de un pueblo, por rudas y groseras que puedan ser sus costumbres, á la inconstancia y arteros sentimientos, aun cuando los encubran las mas seductoras apariencias. Preparábase á castigar á aquella ciudad desleal, cuando murió envenenado, á la edad de veinte y dos años, por la viuda de Crescencio, que vengó de esta manera la muerte de su esposo. Así pues fué Italia la tumba de toda la descendencia masculina de Oton el Grande, habiendo fallecido en aquel país sus dos hijos Ludolfo y Oton II, y su nieto Oton III.

No quedaba otro representante de la familia imperial de Sajonia que el duque Enrique de Baviera, biznieto de Enrique *el Pajarero,* y cuya casa no inspiraba en verdad las mayores simpatías á los estados alemanes. Contaba, sin embargo, con la adhesion é influjo del clero, que se habia granjeado por sus piadosas liberalidades en favor de la Iglesia y el ardiente celo que desplegaba en los asuntos eclesiásticos, tan arduos como frecuentes en aquella época; de suerte que, conquistándose poco á poco la voluntad de todos, y sin que se convocase la Dieta, fué reconocido sucesivamente por cada uno de los estados como emperador de Alemania, con el nombre de Enrique II *el Piadoso*. Después de la muerte del último Oton, hubo de pasar el Emperador á Italia en 1004, con objeto de restablecer el órden, alterado por una nueva sublevacion, que no le fué tan fácil sofocar. Acontecióle en Pavía que, habiéndose aventurado á entrar en la ciudad con una pequeña escolta de alemanes, fué sitiado su palacio por los rebeldes, y puesta su persona en tanto aprieto, que tuvo que arrojarse por una ventana para salvar su existencia, rompiéndose en la caida una pierna, de donde le vino después el sobrenombre de Enrique *el Cojo*. Este acontecimiento, y la conducta de los habitantes de Pavía, produjo en el corazon leal y noble de Enrique II una profunda aversion hácia los italianos, que le hizo abandonar el país tan pronto como pudo verificarlo sin perjuicio de los graves intereses que le habian llevado á él. Volvió en efecto á Alemania; pero tampoco allí consiguió encontrarse al abrigo de desavenencias y revueltas, antes bien las tuvo muy frecuentes en la Silesia y en Bohemia, ocasionadas por el espíritu ambicioso é inquieto de Boleslao, duque de Polonia. En el año de 1013 pasó por segunda vez á Italia para restablecer la autoridad de Benedicto VIII, y de regreso á Alemania, fijó su residencia en Bamberg, que habia sido siempre la ciudad de su predileccion, consagrando

los últimos años de su vida á obras piadosas, á fundaciones eclesiásticas y á la organizacion de nuevos obispados en el reino, hasta que en el año de 1024 murió en Grona, muy cerca de Gotinga. Con su muerte se extinguió la casa real de Sajonia, que, semejante á la de los Carlovingianos, se habia inaugurado con gloriosos auspicios, habia llegado al apogeo del poder y la grandeza; pero tocó á su término, mas débil, mas impotente y degenerada que la de Carlo-Magno.

IV.

Oton el Grande habia concedido en 960 el ducado de Sajonia al valiente Herman de Billung, en premio de los eminentes servicios que habia prestado en la guerra contra los húngaros. Cuando por muerte de Enrique II el Piadoso quedó extinguida la casa de los príncipes sajones, sucediéndola en el imperio la de Franconia, hallábase aquel ducado en manos de Bernardo II, nieto de Herman, que lo ocupaba desde 1010, y que fué uno de los que asistieron en 1024 á la eleccion de Conrado II, primer emperador de la familia de Franconia.

Sucedió á Bernardo, en 1062, su hijo Ordulfo, que, despues de algunos descalabros en sus guerras contra los eslavos, falleció en 1073, dejando por sucesor en la corona ducal á Magnus, su hijo, en ocasion en que ocupaba el trono de Alemania Enrique IV, célebre por su enemistad contra los sajones. Habia sido educado Enrique por Adalberto, arzobispo de Bremen, prelado ambicioso, y uno de los que disputaban al obispo Hannon la influencia suprema en la gestion de los negocios del imperio. Dirigíase el odio de Adalberto contra los príncipes temporales, y muy particularmente contra los sajones, que, en su sentir, se oponian á sus interesados proyectos de hacer ilimitada y única la autoridad imperial. Estos mismos sentimientos habia conseguido inculcarlos en el corazon del jóven Emperador, haciéndole considerar al pueblo sajon como un pueblo díscolo y rebelde, ansioso de adquirir su independencia de la corona. Los sajones, á pesar de estar persuadidos de la animosidad de que eran objeto, habian llevado con resignacion hasta entonces las injusticias, los vejámenes y los malos tratamientos que contra ellos y sus nobles ejercian los consejeros de Enrique IV.



Aconteció algun tiempo despues que el conde Oton de Norheim fué ultrajado públicamente por el Emperador sin otra causa que sus relaciones de amistad con el obispo Hannon, y esta ofensa, inferida á uno de los personajes mas populares y queridos en Sajonia, llevó á su colmo la exasperacion entre los grandes, y sobre todo entre las gentes del pueblo, que cifraban en Oton las esperanzas mas halagüeñas para el porvenir del país. Pero el Emperador, bajo pretexto de que habia atentado á su vida, despojó á Oton del ducado de Baviera, que habia recibido de su madre, arrasó sus propiedades, y le obligó á buscar un asilo al lado del duque

Magnus de Sajonia, príncipe generoso y leal, que hizo suya la demanda del infortunado proscripto. Desgraciadamente Enrique se apoderó de ambos antes de que hubieran podido aprestarse á la defensa, y pasado un año, concedió la libertad á Oton, reteniendo, sin embargo, prisionero á Magnus, que rehusaba acceder á las exigencias del Emperador, dirigidas á hacerle renunciar sus derechos á la corona ducal. En vano solicitaba el noble Oton de Nordheim trocar su libertad por la de su amigo y cómplice; Enrique no prestó oido á sus súplicas, demostrando con esto claramente que en la prision del duque de Sajonia le animaba mas el deseo de apoderarse de sus estados que el interés de satisfacer una ofensa. Los sajones, mandados por Oton, formaron una poderosa liga para rescatar á su duque, compuesta de los grandes, eclesiásticos y seglares de Sajonia y de Turingia; y cuando menos lo esperaba Enrique, se presentó en Goslar una diputacion sajona, encargada de hacer al Emperador, en nombre de los coaligados, las peticiones siguientes : que fuesen destruidas las fortalezas que se habian levantado en el territorio sajon; que el duque Magnus fuese restituido á la libertad; que la antigua constitucion del país fuese restablecida y observada; y que en los asuntos de gobierno no diese el Emperador oido á sus malos consejeros, sino al consejo de los Estados; añadiendo, por último, que si el Emperador accedia á tan justos deseos, no encontraria en toda Alemania un pueblo mas fiel y decidido que el sajon. Enrique escuchó con desprecio á los delegados de la coalicion, y los despidió de su presencia, negándose á contestar á lo que solicitaban; pero los sajones, llevando á efecto sus amenazas, avanzaron, en número de sesenta mil, hasta la residencia del Emperador, que tuvo que refugiarse con sus tesoros en el castillo de Harzburgo. El ejército sajon no tardó en apoderarse de aquella fortaleza; y corriendo los mayores peligros, sufriendo las mas duras privaciones y contratiempos, pudo Enrique escapar de sus perseguidores, hasta llegar á Tribur sobre el Rin, en donde expidió la órden á todos los estados del imperio para que se levantasen en masa contra los rebeldes. Pero estos habian destruido entre tanto los castillos y fortalezas mas importantes, y canjeado á su duque Magnus por la guarnicion del castillo de Luneburgo, que habian hecho prisionera al apoderarse de la fortaleza.

No habian llegado á su término las humillaciones por donde tenia que pasar el Emperador: el infortunio se las reservaba mayores todavía en la indiferencia, en la tibieza y en la defeccion de aquellos á quienes mas habia favorecido, y cuya amistad le habia granjeado un número considerable de enemigos. Los estados del mediodía le habian abandonado; su antiguo favorito, el arzobispo de Maguncia, se pronunciaba contra él; y por último, uno que fué su amigo en la bonanza, el caballero Reginger, se presentó á acusarle públicamente de haber maquinado contra la vida de los duques de Suabia y de Carintia, con tan escaso fundamento tal vez como lo habia hecho antes el mismo Enrique IV contra el valeroso Oton de Nordheim; pero con éxito parecido, pues halló crédito la falsedad, y fué declarado el Emperador indigno de ocupar el trono de Alemania. Para conservar la corona

no le restaba al desgraciado Monarca otro recurso que suscribir á las duras condiciones con que el ejército sajon le brindaba la paz, que aceptó al fin en 1074, abandonándole todas las fortalezas, inclusa la de Harzburgo. Olvidaron los sajones en el triunfo que el enemigo mas temible, después de conseguida una victoria, suele serlo la excesiva confianza en sí mismo: así que, una vez depuestas las armas, se dejaron seducir por las promesas del astuto Enrique. Este abandonó en verdad la política de Adalberto, que tan funesta habia sido á sus intereses personales, sin desmayar por eso en el propósito de recobrar la preponderancia perdida, y de que necesitaba mas que nunca para satisfacer su solapado encono contra el pueblo sajon. Logró pues, con la sagacidad de sus artes, conquistar separadamente la adhesion de los estados que colectivamente le hubieran sido contrarios en las asambleas, y cuando estuvo seguro de la buena voluntad de los mas poderosos, publicó un manifiesto contra los sajones, que por esta vez fueron abandonados á la venganza imperial y derrotados completamente en Hohenburgo, por el año de 1075. Enrique persiguió á los vencidos hasta Magdeburgo y Halberstadt, arrasó á sangre y fuego su territorio; dejándose llevar tan léjos por el resentimiento y la sed de venganza, que para hacer cesar sus crueldades contra los infelices sajones hubieron de interponerse los mismos pueblos que habian contribuido á su derrota. El Emperador prometió al fin la reconciliacion y la paz, cumpliendo á medias su promesa, pues aun les hizo sentir por algun tiempo los efectos del odio inveterado que abrigaba contra ellos.

Muerto el duque Magnus en 1106 sin dejar sucesion, y concluyendo con él la descendencia de Herman de Billung, otorgó Enrique IV el ducado de Sajonia á Lotario de Supplinburgo, hijo del conde Gebehardo de Querfurt. Durante el reinado de Enrique V, que sucedió en el imperio al IV de este nombre, se sublevó el duque Lotario contra el Emperador en 1113, habiendo tenido que implorar por ello su perdon en la dieta que tuvo lugar en Maguncia al año siguiente. Casó Lotario por la misma época con Richenza, nieta de Oton de Nordheim, allegando con este enlace un rico patrimonio á los estados que constituian el ducado de Sajonia, y que se aumentaron después, por haberle devuelto Enrique varios feudos y tierras que habian sido agregadas al imperio.

La casa de Franconia, que habia sucedido en la corona imperial á la rama sajona, concluyó en 1125 con la muerte del emperador Enrique V, y con el objeto de nombrarle un sucesor reuniéronse en las cercanías de Maguncia diez príncipes, elegidos entre las cuatro razas principales de Alemania: francos, bávaros, sajones y suabos. Tres eran los candidatos al imperio: Federico de Hohenstaufen, duque de Suabia; Lotario, duque de Sajonia, y Leopoldo de Austria. Los dos últimos suplicaban, con lágrimas en los ojos, se les eximiese de tan pesada carga si el voto general llegaba á conferirles la corona. No así el orgulloso Federico, que creia que tamaña dignidad le correspondia de derecho. Fué elegido, por último, Lotario contra su propia voluntad, y en odio á las arrogantes pretensiones del de

Suabia, cuya poderosa familia de Hohenstaufen apoyaba su resentimiento, dando orígen á una larga contienda durante todo el reinado del emperador sajon, y de que fueron víctimas las provincias de Franconia, Suabia y Alsacia, hasta que se sometieron al imperio. Para robustecer su partido contra los Hohenstaufen habia dado Lotario la mano de su hija Gertrudis á Enrique *el Soberbio*, duque de Baviera, príncipe poderoso de la casa de los Güelfos, que recibió al mismo tiempo del Emperador el ducado de Sajonia, reuniéndose así, y por la primera vez, estas dos coronas ducales sobre la misma frente. Hízole tambien donacion mas tarde, á título de feudo, con consentimiento del Papa, del pingüe patrimonio que poseia en Italia la princesa Matilde, con cláusula de reversion á la iglesia romana después de la muerte de Enrique; de manera que los dominios del duque de Baviera y de Sajonia se extendian desde el Elba hasta el otro lado de los Alpes, y eran, por consiguiente, superiores á los del mismo Lotario.

Esta alianza impolítica de la hija única del Emperador con Enrique *el Soberbio*, y las excesivas liberalidades que le acompañaron, fueron causa de cien años de desolacion y de trastornos, tomando orígen en ella la famosa rivalidad entre los Güelfos y los Hohenstaufen, llamados tambien Weiblingen ó Gibelinos, del nombre de uno de sus principales castillos. Esta lucha desastrosa contra los Hohenstaufen en Alemania é Italia absorbió la atencion y las fuerzas del emperador Lotario á tal punto, que no le fué posible realizar ninguna de las esperanzas que justamente tenian fundadas en su prudencia, en su energía y la nobleza de su carácter la mayor parte de los pueblos alemanes, viniendo á morir, en 1137, de regreso de una de sus expediciones á Italia, en un pueblo del Tirol. Muerto el emperador sajon, creyóse que pasaria la corona á manos de su yerno Enrique *el Soberbio*, y aun así lo pensaba él mismo; pero los príncipes alemanes, ofendidos del indiscreto orgullo de Enrique, eligieron en 1138 á Conrado, duque de Franconia, de la familia de los Hohenstaufen, en el que tuvo principio la casa imperial de Suabia. Negóse Enrique *el Soberbio* á reconocer al nuevo emperador de Alemania, siendo exonerado de la dignidad ducal, en castigo de su desobediencia, y repartidos sus estados entre Leopoldo, margrave de Austria, que recibió la Baviera, y Alberto de Brandeburgo, llamado *el Oso*, que le sucedió en el ducado de Sajonia. El proscripto Enrique apeló á la fidelidad que profesaban los sajones á la familia de los Güelfos, resistiéndose con las armas contra el nombramiento de Alberto, que tuvo que abandonar el país sin tomar posesion del ducado. En el año siguiente murió Enrique, dejando un hijo de diez y seis años, que se dió á conocer entre los príncipes mas célebres con el nombre de Enrique *el Leon;* el cual continuó por cuenta propia la resistencia de su padre, hasta que Alberto *el Oso* consintió en hacerle cesion de los estados de Sajonia, conservando para sí el margraviado de Brandeburgo, con total independencia del ducado, los derechos y título de elector, y los de duque en tiempo de guerra; cuya transaccion fué confirmada, en 1142, en la dieta celebrada en Francfort.

Reintegrado así en una parte considerable de los que debieron ser sus estados hereditarios de Sajonia, proseguia Enrique *el Leon* sus pretensiones sobre el ducado de Baviera, que habia pertenecido á su padre, cuando el advenimiento de Federico I, llamado *Barbaroja*, al trono imperial, en 1152, vino á allanar los obstáculos que se oponian á la realizacion de sus deseos. Federico I, descendiente de los Gibelinos por el lado paterno, y deudo de los Güelfos por la familia de su madre, probó á extinguir el odio encarnizado que dividia ambos bandos, con diferentes medidas de conciliacion, siendo una de las primeras devolver el ducado de Baviera á Enrique *el Leon*, que por esta circunstancia logró reunir los dos ducados, como le habia acontecido á su padre.

Mientras el emperador Federico ilustraba su reinado con el engrandecimiento del imperio, y restablecia la tranquilidad en sus posesiones de Italia, el valeroso duque de Sajonia y de Baviera extendia sus conquistas contra los vénedos en el Holstein y en el Mecklemburgo, cuyo territorio pobló con colonias flamencas y alemanas, fundó diferentes obispados y seminarios, trasformó los pantanos y los bosques en campos fertilísimos, estableció por todas partes condes y jueces encargados de administrar la justicia, reedificó la villa de Hamburgo, destruida por los vénedos, y echó los cimientos de Munich, capital hoy del reino de Baviera. Era su propósito someter las inmensas posesiones que formaban los dos ducados, y que excedian en mucho las dependencias inmediatas del imperio, á una misma direccion política, restringiendo al propio tiempo, en cuanto posible fuese, el poder de la grandeza eclesiástica y seglar, demasiado preponderante en sus dominios. Los príncipes vecinos y cantidad considerable de condes y caballeros, excitados por la envidia, se unieron contra Enrique, formando una confederacion imponente, en que tomaron parte los arzobispos de Magdeburgo, de Brema y de Colonia, los obispos de Lubeck y de Hildeshein, el landgrave de Turingia, y otros; pero fueron ineficaces todos sus esfuerzos contra el valor de Enrique, que los derrotó en el primer encuentro, recobró todas las ciudades insurreccionadas, é impuso un severo castigo á la Turingia y al arzobispado de Magdeburgo.

Por los años de 1174 emprendió el emperador Federico su quinta expedicion á Italia, donde reclamaban su presencia los rebeldes lombardos. Negábanse á seguirle en estas campañas los señores alemanes, por la insalubridad del clima, mas temible para sus soldados que el hierro y el acero del combate. Logró, sin embargo, á duras penas reunir un ejército mediano, con el que puso cerco á Alejandría, que tuvo que levantar á toda priesa, y entablar negociaciones en Pavía, que tampoco ofrecieron resultado. Federico I contaba, para una expedicion definitiva contra los enemigos de Italia, con el valor y la ayuda del duque de Sajonia, su antiguo amigo, y á quien consideraba obligado por los importantes servicios de que le era deudor. Habia contestado este á la demanda de Federico con pretextos especiosos, que escasamente encubrian el propósito de una negativa formal, pero confiaba todavía el Emperador en que sus palabras alcanzarian lo que no

habian conseguido sus cartas, con cuyo objeto hízole venir á Chiavena, en el lago de Como. Las súplicas, las protestas, las promesas fueron infructuosas : Enrique *el Leon* permaneció inflexible á los ruegos de Federico, y aun á las desabridas expresiones de la Emperatriz, que habia sorprendido á su esposo á los piés del duque de Sajonia. La negativa de este tuvo por consecuencia la derrota de las armas imperiales en la batalla de Lignano, en que el mismo Emperador estuvo á punto de perecer ó caer en poder del enemigo.

No olvidó Federico I la conducta de su amigo : así que, vuelto á Alemania después de la paz de Venecia, en 1178, fué emplazado Enrique para comparecer en la dieta de Worms á contestar á los cargos que contra él levantaban por todas partes los Estados. Enrique no compareció; y como tampoco lo verificase en las citaciones que sucesivamente le fueron hechas en Magdeburgo, Goslar y Wurzburgo, se erigió el Emperador en juez supremo de su conducta y rebeldía, siendo condenado por los príncipes á perder sus dignidades y feudos, confiscados sus bienes, y distribuidos por el mismo Federico entre los que consideraba mas acreedores á su munificencia. Habia comprendido el Emperador el constante peligro que encerraban contra su corona estados tan poderosos y extensos como los que formaban el ducado de Enrique *el Leon*, y decidió desde entonces fraccionarlos y disminuirlos, de suerte que no pudieran en lo sucesivo inquietar al imperio ni menoscabar su autoridad. Bernardo de Ascanio, segundo hijo de Alberto *el Oso*, recibió pues en 1180, con la dignidad de duque de Sajonia, la parte oriental y el círculo de Witemberg, territorio muy reducido en extension é importancia, comparado con lo que habia formado hasta aquella época el patrimonio de sus predecesores. La parte oeste del mismo ducado, que comprendia la Marca, el Limbour, Arensberg, la Westfalia, Paderborn, y la mitad del Ravensberg, fué concedida al arzobispo de Colonia. Los obispos de Magdeburgo, Halberstadt, Hildesheim, Bremen, Verden y Meinden fueron declarados independientes del ducado de Sajonia, y aumentados sus respectivos dominios, mientras Oton de Wittelsbach y los dos hermanos Casimiro y Boleslao recibian los estados de Baviera.

Después de la sentencia del Emperador, todavía resistió el esforzado Enrique algun tiempo contra los que se habian repartido sus estados, hasta que el mismo Federico, á la cabeza de sus tropas, le obligó á deponer las armas y á implorar un perdon, que le fué concedido á condicion de que abandonase la Alemania durante tres años, los cuales pasó al lado de su suegro Enrique II, rey de Inglaterra. En este destierro dió á luz su esposa Matilde al príncipe Guillermo, que habia de ser jefe de la casa de Hannóver, cuya ilustre descendencia ocupa hoy el trono de la Gran-Bretaña.

De su pasada grandeza y de los inmensos dominios que habia reunido bajo el mismo cetro, solo quedaron al infortunado Enrique, en sus últimos dias, los estados hereditarios de Brunswick y Luneburgo, habiendo fallecido en la primera ciudad en 1195, bajo el reinado del emperador Enrique VI.

V.

Con Enrique el Leon desapareció pues la importancia política que habia tenido el ducado de Sajonia entre los principales estados alemanes; quedando desde entonces reducidos sus sucesores á la efímera condicion de tantos otros príncipes dependientes del imperio, sin autoridad individual, sin voluntad propia y sin fuerzas para resistir al poderoso influjo de los emperadores. Así que, al recibir Bernardo de Ascanio, por la investidura imperial, el título de duque de Sajonia y la dignidad de mariscal del imperio, entraba en posesion de la sombra de un trono, cuyos estados habian desaparecido, ocupando su lugar un territorio diferente del que hasta 1180 habia llevado el nombre del antiguo ducado de Sajonia. A la muerte de Bernardo, en 1212, sucedióle en la dignidad ducal su hijo Alberto I, y en los bienes patrimoniales que poseia en Anhalt su segundo hijo Enrique. Alberto ilustró su reinado con la gloriosa victoria que consiguieron sus tropas contra Valdemaro, rey de Dinamarca, en Boharet, y por otros triunfos no menos importantes que alcanzó contra los sarracenos en la expedicion dirigida por Federico II á la Tierra-Santa. Murió este príncipe en 1260, y el territorio del ducado de Sajonia, aunque pequeño, fué dividido á su muerte entre sus dos hijos, Juan, á quien tocó el Lauenburgo, y Alberto II, que recibió la alta Sajonia y los derechos de elector con el vicariato del imperio; desde cuya época no volvieron á reunirse estos dos dominios, de los cuales la casa de Lauenburgo no se extinguió hasta 1689. Sucedieron á Alberto sucesivamente sus hijos Rudolfo I y Rudolfo II, que murió en 1370 sin dejar descendencia, por lo que le reemplazó en el ducado su hermano Wenceslao, muerto valerosamente en el sitio de Zelle por el año de 1388. Su hijo Rudolfo III murió envenenado en 1416, y le sucedió su hermano Alberto III, último elector de la familia de Ascanio. El emperador Sigismundo le confirmó en su dignidad el año 1422, en que murió sin hijos.

Federico *el Belicoso*, landgrave de Turingia y margrave de Misnia, compró entonces al emperador Sigismundo el electorado de Sajonia, en el círculo de Witemberg, por la cantidad de cien mil marcos, y recibió la investidura en el año de 1425 en Buda de Hungría. Le sucedió en 1428 su hijo Federico II, llamado *el Bondadoso*, y uno de los que mas tuvieron que sufrir en las sangrientas incursiones de los husistas. Estos fanáticos, dirigidos por Ziska, se habian propuesto vengar la muerte de Juan Hus, quemado por órden del emperador Sigismundo, en Constanza el año de 1415, y propagar al mismo tiempo su doctrina con el hierro y el fuego. Achacaban los partidarios y compatriotas de Hus el desgraciado fin de su maestro al rencor de los alemanes contra el pueblo de Bohemia, y para convenir en los medios de saciar su venganza reuniéronse en gran número, acom-

pañados de algunos doctores en la nueva doctrina, sobre el monte llamado *Tabor*, de donde les vino tambien el nombre de *taboritas*. El rey de Bohemia Wenceslao no podia sujetar á los rebeldes, y fuéle necesario pedir socorros al Emperador, cuyas tropas fueron rechazadas en algunos encuentros, y aun batidas completamente cerca de Riesenberg. Los husistas invadieron entre tanto la Misnia, la Sajonia, el Brandeburgo y otros estados importantes, ejerciendo en ellos las mas inauditas crueldades y los atentados mas horrorosos, porque era uno de los dogmas de su fanática doctrina «que el nuevo reino de su santo maestro no habia de comenzar hasta que todas las ciudades de la tierra hubiesen sido quemadas y reducidas á cinco». Los dominios del elector de Sajonia fueron uno de los teatros privilegiados de tan repugnantes excesos, quedando destruidas sus aldeas, arrasados sus campos, y reducidos sus infelices moradores á la mas espantosa miseria.

Terminada esta guerra, que podemos llamar de religion, y que fué como precursora de las que en el siguiente siglo habian de perturbar el país por largos años, commoviéndole en sus cimientos mas profundos, vinieron á ocupar la atencion de Federico otros sucesos no menos tristes y enojosos en el seno de su propia familia.

Al entrar en posesion del electorado de Sajonia encontrábase Federico *el Bondadoso*, que aun no habia cumplido diez y seis años, en las circunstancias mas difíciles que pueden rodear á un príncipe en los primeros dias de su reinado. Veíase en la necesidad de proteger contra el implacable fanatismo de los husistas, no solo los estados de su corona ducal, sino los bienes patrimoniales de sus tres hermanos menores, Sigismundo, Enrique y Guillermo, cuya administracion le estaba encomendada. Apenas habian pasado aquellos terribles momentos de prueba para el ánimo bondadoso del Duque, cuando la ingratitud de sus hermanos comenzó á proporcionarle nuevos sinsabores y á acibarar para siempre su existencia. Muerto Enrique, el segundo de sus hermanos, en 1435, fué reservado el usufructo de sus bienes para Sigismundo, mozo disoluto y de perversas pasiones, y que llegado á la mayor edad, se rebeló contra Federico, haciendo alianza con el burgrave de Meissen y otros enemigos de su familia, hasta que, reducido á la razon, obtuvo de su hermano, no solo el olvido de sus pasados extravíos, sino el consentimiento, solicitado por él mismo, para abrazar bajo su proteccion la carrera eclesiástica; lo que verificó en efecto, recibiendo al poco tiempo el obispado de Wurzburgo, con que le agraciara Federico. Durante tres años ocupó Sigismundo aquella importante silla; pero su desenfrenada conducta, y las enérgicas reclamaciones que se elevaron contra él, obligaron al duque de Sajonia á despojar á su indigno hermano de la dignidad episcopal, despidiéndole para siempre de su presencia. Sigismundo se rebeló de nuevo, promovió desórdenes y motines contra la autoridad de Federico, hasta que, apurado el sufrimiento de este, y convencido de que eran inútiles todos los esfuerzos para atraer á su hermano á la senda de la prudencia y del honor, tuvo que encerrarlo en una prision por todo el resto de sus dias.

Después de tomada esta dolorosa rosolucion contra Sigismundo, suscitó en 1445 su segundo hermano Guillermo otras disensiones no menos graves y violentas, con motivo de sus derechos hereditarios sobre el Osterland y la Turingia, en cuyo reparto se consideró perjudicado. Todos los medios arbitrados por el prudente Federico para dar fin á esta desavenencia con su hermano, fueron infructuosos contra las pérfidas sugestiones de los infames consejeros de Guillermo, Apel, Busso y Vitzthum, que con sus interesados manejos exacerbaban el encono de aquel, hasta el punto de estallar en una guerra fratricida y sangrienta, que terminó en 1451, merced á la oficiosa intervencion del Emperador.

No concluyeron aquí los acerbos disgustos que estaban reservados al noble corazon del Duque, pues la guerra con su hermano Guillermo dió ocasion en 1455 á un suceso singular, que tuvo por objeto el rapto de los dos príncipes de Sajonia, Ernesto y Alberto, únicos hijos de Federico, y que aconteció con las circunstancias siguientes : Kunz de Kaufungen, uno de los oficiales que habian estado al servicio del Elector en la última campaña contra Guillermo, creyéndose mal recompensado por sus trabajos, concibió el proyecto de vengarse de Federico arrebatándole sus dos hijos y exigirle por su vida un cuantioso rescate. En la noche del 7 de julio, seguido de Mosen, Shoenfels y otros cómplices en el atentado, llegó Kunz al castillo de Altenburgo, residencia del Duque, pero que en aquel momento lo ocupaba sola su esposa Margarita. Favorecidos por algunos criados desleales, lograron entrar en el aposento en que reposaban los niños, y apoderándose Mosen de Ernesto, y Kunz del tierno Alberto, los condujeron fuera del castillo, á pesar de las súplicas, del llanto y de las promesas de la angustiada madre, que desde un balcon lo habia presenciado todo y reconocido el semblante de los criminales. Tomaron estos distintas direcciones para encaminarse á Bohemia con sus inocentes prisioneros; pero, dada la alarma en el castillo y extendida á toda la comarca, levantóse número considerable de gentes en seguimiento de los culpables, que estaban ya cercanos á la frontera. Aconteció, sin embargo, que, habiéndose detenido Kunz y los suyos á dar descanso á sus caballos y á tomar ellos mismos un poco de alimento, un carbonero llamado Schmidt, que dormia muy cerca de aquel sitio, fué despertado por el ruido confuso de las campanas de la inmediata aldea, que tocaban á rebato, y sospechando alguna cosa al ver aquellos hombres armados, acercóse cautelosamente al Príncipe, que le declaró quién era; con lo que asombrado Schmidt, llamó á los compañeros, y descargando su hacha sobre la cabeza del escudero de Kunz, lo dejó muerto en el acto, apresando á toda la comitiva, que fué entregada al abad Liborio de Grünhain. Mosen y Shoenfels se habian refugiado con Ernesto en una cueva no léjos de Hartenstein; pero, sabedores de la prision de Kunz, solo pensaron en poner á salvo sus vidas, para lo que escribieron al gobernador Federico de Shinburg, ofreciéndole entregar el príncipe Ernesto si se les prometia el indulto, amenazando, de lo contrario, con que le quitarian la vida. Alberto y Ernesto fueron devueltos á sus angustiados padres, Kunz y

tres de sus cómplices pagaron con sus cabezas el infame proyecto que una venturosa casualidad les impidió realizar por completo.

Murió Federico *el Bondadoso* en 1464, sucediéndole en el electorado su hijo Ernesto, que, en compañía de Alberto, su hermano, gobernó por mucho tiempo los estados de Sajonia, hasta que después de la muerte de su tio Guillermo, que no dejó sucesion masculina, en 28 de agosto de 1485 firmaron en Leipsick un tratado, por el que se dividió entre ambos el territorio electoral. En esta division, de la cual proceden las dos principales líneas sajonas, la *Ernestina* y la *Albertina*, correspondió á Ernesto, además del ducado y el título de elector de Sajonia, la Turingia con algunas posesiones anejas á ella en el Woigtland y Franconia, Naumburgo-Zeitz y la mitad del Osterland; quedando declaradas de propiedad comun entre ambos hermanos las ricas minas de Freiberg y otras, descubiertas ya en aquella época. Alberto recibió el Meissen y una parte del Osterland, cuya reparticion confirmó el Emperador en 1486, confiriendo á uno y otro la investidura de los títulos que respectivamente les correspondian en virtud del tratado. Ernesto administró el ducado con exquisita prudencia, dejando en él los recuerdos mas favorables de honradez, de energía y de inteligente solicitud por el bienestar de sus vasallos. En los principios de su reinado compró para sí y su hermano Alberto el principado de Sogan, en Silesia, por cincuenta mil florines de oro, así como los señoríos de Sorau, Bees-Kow y Stor-Kow; redujo á su obediencia á las ciudades de Halle, Halberstadt y Erfurt, que se resistieron á reconocer su autoridad, y murió en 1486, á los cuarenta y cinco años de edad, dejando cuatro hijos, de los cuales el primogénito, Federico *el Prudente*, le reemplazó en el electorado, administrando los demás dominios de la casa Ernestina, juntamente con su hermano Juan, apellidado *el Constante*.

VI.

El elector Federico ha sido considerado justamente como uno de los personajes mas importantes en los extraordinarios sucesos con que se inauguró en Europa el siglo XVI. Cuando, después de la muerte de Maximiliano, la sucesion al imperio de Alemania agitaba profundamente los ánimos en favor de dos rivales poderosos, el rey de España y Francisco I de Francia, encontrábase aquella ambicionada corona en manos de los electores del imperio, cuyos votos habian de conferirla al mas afortunado de los candidatos. Los príncipes electores, acostumbrados á ver la salvaguardia de sus intereses y el principal fundamento de una inveterada política en la limitacion del poder de los emperadores, que solo podia engrandecerse á costa de sus privilegios y de su independencia, repugnaban aquellos pequeños soberanos conceder sus sufragios á un pretendiente poderoso, que

iba á reunir en sus manos el imperio del mundo. Esta consideracion de tamaña importancia para los intereses de los electores, que podia acaso trocar su condicion de príncipes en la de súbditos de la corona de uno de los dos monarcas que elevaban á ella sus mas ardientes pretensiones, hízoles pensar en el duque de Sajonia Federico *el Prudente*, á quien su honradez y su capacidad habian hecho acreedor á las mas altas consideraciones. Federico, sin embargo, no se dejó deslumbrar por el brillo de la corona con que le brindaban sus colegas; y después de haber reflexionado un instante, la rehusó con una generosidad y un desinterés que llenó de asombro á todo el mundo. En su sentir, conveníales en tiempos de tranquilidad y de bonanza un emperador cuyo poder no alcanzase á sojuzgar el de los príncipes alemanes ó á menoscabar sus privilegios; pero en las circunstancias peligrosas en que se encontraba el país, inquieto por el resultado de las guerras de Italia, debilitado por la situacion de la Hungría, que no podria contener la invasion de los turcos; amenazado por los ejércitos numerosos de estos y la audacia de su belicoso sultan, era preciso poner el cetro del imperio en manos mas hábiles, y sobre todo mas poderosas que las suyas. Era fuerza que la Alemania se arrojase en brazos de uno de los dos soberanos rivales, porque solo ellos podian disponer de medios y de ejércitos suficientes para protegerla contra el enemigo comun. Este parecer desinteresado y prudente resolvió la cuestion en favor de Cárlos, por quien se inclinaba el elector de Sajonia con preferencia al pretendiente francés.

Elegido Cárlos V emperador de Alemania en 1519, no pasó, sin embargo, á tomar posesion del nuevo trono hasta el año siguiente, en que fué convocada la Dieta en Worms, para tratar en ella del nuevo cisma promovido por Lutero, cuyas doctrinas se extendian por los estados á pesar de los esfuerzos del famoso Eccius, de Tetzel y de Prieiras. Witemberg, residencia del elector de Sajonia, y su célebre universidad, eran el campo de batalla de estas ardientes polémicas, que Federico veia en los principios sin marcado disgusto, más tal vez por consideraciones encaminadas á un resultado político, que por simpatías hácia las nuevas doctrinas religiosas. Acusaron, sin embargo, al Elector de proteger á Lutero, y aun de favorecer secretamente la propagacion de la herejía en sus dominios; de suerte que Leon X le dirigió por ello una carta en que deploraba su conducta, rogándole abandonase á su suerte al indigno monje que con sus escándalos habia sumido á la Iglesia en la mayor afliccion. Después que el papa Leon hubo agotado todos los medios de conciliacion y de indulgencia para atraer á Lutero á la retractacion de sus reprobadas doctrinas, y accedido á sus deseos de ser juzgado en Alemania, y no en Roma, presentóse este al cardenal Cayetano, en quien habia delegado el Papa sus facultades; pero, requerido para que abjurase sus errores y ofreciese abandonar el camino que habia seguido hasta entonces, negóse á ello el heresiarca, fugándose secretamente de la poblacion. El Cardenal se dirigió al elector de Sajonia, de quien era súbdito Lutero, para que, en

interés de la paz de la Iglesia y de la autoridad pontificia, le hiciese preso y lo mandase á Roma á disposicion del Papa. Federico, sin negarse á la peticion del Cardenal, evadió su cumplimiento bajo diferentes pretextos, asegurándole por lo demás, de su obediencia y sumision á la autoridad de la Iglesia romana; con lo que se aumentaron las sospechas de que la causa de Lutero no era indiferente al Elector. En 1520 apareció por fin una bula de Leon X que declaraba heréticos todos los escritos de Lutero, condenándolos al fuego; pero, obligado este á comparecer á la dieta de Worms, se presentó en ella, y con toda la impetuosidad y violencia de su carácter se negó á retractar su herejía y á reconocer la autoridad de la Iglesia; por lo que se le declaró hereje contumaz, fué despojado de los privilegios de súbdito del imperio, y requeridos los príncipes y vasallos para apoderarse de su persona tan luego como espirase el salvoconducto que se le habia facilitado para acudir á la Dieta. Dícese que Federico favoreció la libertad de Lutero en aquella ocasion, haciendo que á su salida de Worms, cerca de Altenstein, en Turingia, le saliese al encuentro una partida de gente disfrazada, que, asiendo de él, le trasladaron con el mayor sigilo al castillo de Wartzburgo, en donde permaneció oculto por espacio de ocho meses.

Una complicacion de importancia vino por esta época á añadir gravísimos elementos de discordia á los que desgarraban hondamente aquel desventurado país, y que, coincidiendo con el cisma religioso y la animosidad de los partidos, lo puso á dos dedos de su ruina.

Las instituciones feudales habian sobrevivido á las frecuentes vicisitudes y mudanzas por que habia pasado el imperio; la propiedad territorial continuaba en manos de los barones ó nobles, de quienes la recibian sus vasallos con condiciones de la mas repugnante injusticia. El pueblo bajo dependia directamente de sus señores, sumido así en la mas degradada esclavitud personal; y en algunas partes, entre otras en Sajonia, pertenecia el pechero al territorio del señor, formando parte de la propiedad, sin que sus tierras fuesen trasmisibles á sus hijos, que para entrar en posesion de los bienes del padre estaban obligados á satisfacer una suma considerable. La costumbre hacia conllevar en silencio estas y otras exacciones menos justificables, con que los barones atendian al lujo y á las extravagancias de una vida de disipacion y de desórdenes; pero, creciendo la opresion hasta llegar á hacer insoportable la existencia á aquellos infelices, corrieron por último á las armas con el furor que inspira la desesperacion y la miseria. La Suabia dió en 1526 la señal de este terrible levantamiento, conocido por *la guerra de los paisanos*, al que se agregaron inmediatamente las comarcas vecinas, extendiéndose después de provincia á provincia, hasta abrazar toda la Alemania. Todo cede ante el furioso empuje de aquellos hombres, á quienes no contiene ningun freno: penetran por todas partes, arrasan las tierras de sus señores, derriban sus palacios, incendian sus casas, sacrifican á su venganza los niños, los ancianos y las mujeres que caen en su poder; saquean y arruinan los monasterios, sin que nada

pueda contener aquel sangriento vandalismo, ni sea bastante á desarmar su implacable violencia. Los príncipes y los nobles de Suabia y del Bajo-Rin reunieron sus vasallos, marcharon contra los revoltosos, y atacando á los unos en el llano, sorprendiendo á los otros con emboscadas y astucias en las gargantas de las montañas, y después de haberles hecho perder en diferentes encuentros mas de veinte mil aldeanos, forzaron á los restantes á regresar á sus hogares, mas desesperanzados que nunca de poner remedio á la miserable situacion en que se hallaban.

Las pasiones religiosas, excitadas por el mismo espíritu de innovacion que habia dado orígen á la reforma de Lutero, alimentaban las fuerzas de esta sedicion popular. Los que habian osado derribar en las ciudades un órden de cosas asentado sobre las bases mas dignas del respeto y de la veneracion de los hombres; los que por sí propios se habian erigido en jueces supremos de los dogmas mas importantes del cristianismo, y en árbitros de las investigaciones del criterio humano en el santuario de la fe, debian aplicar tambien los esfuerzos del espíritu de emancipacion á las instituciones sociales, y recusar la intervencion legítima de todo principio de autoridad en los conflictos producidos por los intereses temporales. Así que, cuando la sedicion se hubo comunicado á la Turingia, una de las provincias del ducado de Sajonia en donde el protestantismo habia conseguido mayores triunfos, tomó en ella una forma mas horrible, mas extravagante y absurda que las conocidas hasta entonces. Tomás Muncer, uno de los discípulos predilectos de Lutero, habia propagado entre las últimas clases del pueblo las opiniones mas fanáticas y ridículas pero que halagaban demasiado las pasiones del vulgo, para que no fuesen acogidas con entusiasmo por los proletarios, y sostenidas con interesado fervor por sus adeptos. Ya entonces no se contentaban estos nuevos creyentes con reprimir el poder ó la codicia de los nobles; dirigíanse nada menos que á abolir las distinciones sociales, á nivelar las fortunas y á retroceder á la primitiva igualdad que existió entre el género humano en los primeros tiempos. Las jerarquías civiles ó eclesiásticas, segun ellos, eran contrarias á los designios de la voluntad divina, que habia creado la tierra para que fuese el patrimonio comun de los verdaderos creyentes. Muncer fomentaba la credulidad de sus prosélitos haciéndoles creer que tenia revelaciones celestes y apariciones sobrenaturales, en que le eran trasmitidas directamente las órdenes del Todopoderoso, y que debia ejecutar sin tardanza. Seducidos aquellos desgraciados campesinos con estas misteriosas apariencias, no solo procedieron con igual desenfreno que los suabos, sino que, exaltados por el celo religioso que les inspiraba su fanático apóstol, depusieron á los magistrados de las ciudades de que pudieron hacerse dueños, secuestraron las propiedades de los nobles, y obligaron á los que no pudieron escapar de sus manos á vestir el traje de las gentes del campo, y á tomar, en lugar de sus títulos, los nombres mas comunes entre la clase plebeya. Afortunadamente carecia el supuesto profeta de todas las cualidades necesarias para dirigir á aquellas masas indisciplinadas; y entre otras, faltábale el valor personal, con que á las veces se alcanza el predo-

minio material sobre los hombres mas díscolos. Resistia Muncer cuanto le era posible el salir á campaña, aunque contaba á la sazon con ocho mil hombres; pero no habiendo podido evitar la persecucion del elector de Sajonia, auxiliado por las tropas de Hesse y de Brunswick, se dejó arrollar por ellas, después de apurados todos los recursos con que hasta el último extremo procuró fascinar á sus prosélitos. Antes de que llegaran á las manos, probaron los príncipes de Hesse y de Sajonia diferentes medios para atraer á la obediencia á aquellos mal aconsejados labriegos, ofreciéndoles completo perdon por sus desafueros si entregaban á su infame jefe. Este, al ver dentro de su campo al mensajero encargado de intimar á los sediciosos las proposiciones del enemigo, comenzó á exhortarles con su acostumbrado fervor para que permaneciesen fieles á lo que él llamaba la causa de Dios y de la libertad cristiana; pero la inminencia del peligro presente producia, sin embargo, un sentimiento mas profundo en los rebeldes que la fanática elocuencia del visionario profeta, y ya se disponian á ceder con la incertidumbre y el miedo pintado en el semblante, cuando apareció en el horizonte un arco-íris, que era precisamente el símbolo que habia adoptado Muncer en las banderas de su ejército. El sagaz corifeo hízoles ver en aquel fenómeno natural un signo misterioso con que la Providencia los invitaba al combate, dándoles confianza en la victoria y seguridad en el triunfo de su doctrina. Impresionada la multitud, y pasando del terror á la mas frenética ira, hizo pedazos al infeliz emisario del elector de Sajonia, y pidió que se la condujera sin tardanza á la pelea. Mas de cinco mil insurgentes quedaron en el campo de batalla, huyendo los restantes en el mayor desórden, y á su cabeza el profeta, que cogido al dia siguiente, fué condenado al suplicio que merecian sus atroces crímenes, y que sufrió con la mas vergonzosa cobardía. Con la muerte de Muncer terminó por el momento esta guerra sangrienta, sin que desapareciera del todo la funesta semilla de tan perniciosa doctrina, resucitada mas tarde en otros puntos de Alemania por Matías de Harlem y Juan de Leyde.

En este mismo año de 1525 murió Federico *el Prudente*, sucediéndole en el electorado su hermano Juan *el Constante,* el cual, sin abandonar la política de su predecesor, se pronunció desde luego sin rebozo partidario de la reforma luterana. Unido estrechamente al landgrave de Hesse, Felipe *el Generoso*, uno de los defensores mas ardientes del cisma, promovió juntamente con él la formacion de una alianza defensiva entre los príncipes adictos á la nueva doctrina, para el caso en que los católicos intentasen llevar á ejecucion el edicto de Worms por medio de la fuerza.

Tuvo lugar esta liga en Turgau, el año de 1526, entre el referido elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Brunswick-Luneburgo, el de Mecklemburgo, los príncipes de Anhalt, los condes Gebhardo y Alberto de Mansfeld, la villa libre de Magdeburgo y otras ciudades. Esta liga acabó de fijar la posicion tomada por los príncipes del imperio en ambos partidos, y ratificada des-

pués en la dieta de Espira, que convocó Cárlos V el año de 1529, en que recibieron los partidarios de Lutero el nombre de *protestantes*, por haber redactado una protesta contra lo decidido por la mayoría católica en aquella Dieta. Para presidir la de Augsburgo trasladóse el Emperador el año siguiente á Alemania, con ánimo de poner término á la grave agitacion que venian produciendo en el Estado las contiendas religiosas; pero cuando se acercó el momento de tratar estos asuntos, presentaron los reformistas su profesion de fe, comprendida en una disertacion escrita por el famoso Melanchton, y que desde entonces se conoce con el nombre de *Confesion de Augsburgo*, y forma todavía la base de la creencia protestante en Alemania. Viendo así Cárlos V cada vez mas lejana la probabilidad de reducir á los disidentes por medio de la persuasion y la dulzura, les señaló un plazo, dentro del cual debian manifestar si querian ó no reunirse en el seno de la Iglesia bajo la autoridad del sumo Pontífice y la proteccion del Emperador, quedando obligados á no publicar ningun escrito relativo á la reforma, ni hacer prosélitos entre los súbditos del imperio hasta tanto que se reuniese el concilio. Rehusaron los protestantes sujetarse á estas condiciones, é instigados por el elector de Sajonia, procedieron los confederados de Torgau á formar una alianza mas sólida y mas íntima en Smalkalda, que debia, no ya rechazar la fuerza con la fuerza, sino conseguir por medio de las armas la realizacion de su independencia religiosa.

Al partir de Augsburgo dirigióse el Emperador á Colonia, en donde debian reunirse los electores del imperio para nombrar rey de romanos á su hermano Fernando, á quien habia hecho cesion de los estados hereditarios de Austria. Accedieron los electores á los deseos de Cárlos V, sin otra oposicion que la del duque de Sajonia, que no desperdició aquella ocasion de manifestar el espíritu de rivalidad que abrigaba contra Cárlos, presentando, después de haberle negado su voto, una protesta contra la eleccion verificada por la Dieta en favor de Fernando, cuyo nombramiento no reconoció formalmente hasta el tratado de paz de Cadan, en Bohemia.

Juan *el Constante* fué reemplazado en 1532 por su hijo Juan Federico, llamado *el Magnánimo*, el cual, desde su advenimiento al electorado de Sajonia, se colocó al frente de los príncipes protestantes y de la liga de Smalkalda.

Poco después surgieron entre este príncipe y el landgrave de Hesse desavenencias, tanto mas serias, cuanto que formaban estos personajes el alma de la liga protestante; mientras que otras disensiones relativas al dogma traian divididos los ánimos entre Lutero, Carlstadt y Zwingle, y que hubieran conducido la reforma á su completa ruina si los católicos hubieran sabido aprovecharse de ellas. Un acontecimiento inesperado vino, en 1539, á reforzar la confederacion de Smalkalda con los estados del duque Jorge de Sajonia, llamado *el Barbudo*. Este príncipe, jefe de la rama Albertina, poseia, como margrave de Misnia y de Turingia, considerables dominios, entre los cuales se hallaban comprendidas las ciu-

dades de Dresde, de Leipsick y otras de menor importancia, que le habian cabido en la division verificada por el tratado de Leipsick en 1485. Desde la aparicion del cisma religioso en Alemania habíase mostrado Jorge como el mas decidido entre los defensores de la unidad católica, combatiendo con todas sus fuerzas el progreso del protestantismo en sus estados; pero, muerto sin sucesion, pasaron estos á su hermano Enrique, que, por el contrario, profesaba la religion reformada, y que tan luego como entró en posesion del ducado, se adhirió á la liga de Smalkalda, cuyos límites se extendieron con este nuevo refuerzo desde el mar Báltico hasta el Rin. Faltábale, sin embargo, á esta confederacion la unidad en el plan y en el propósito que se habian trazado los encargados de dirigirla, sin lo cual hubieran podido ser mayores sus progresos y mas fecundos sus resultados contra el partido católico. Además muchos de los príncipes del imperio habian ofrecido sus servicios á Cárlos V, negándose terminantemente á tomar parte en la confederacion protestante, y entre otros, el duque Mauricio de Sajonia, primo del Elector y yerno del landgrave de Hesse. Este jóven, una de las grandes figuras históricas que mas resplandecen en esta guerra de religion, pertenecia á la secta luterana; pero su perspicacia le habia hecho comprender la dificultad de luchar contra la prudencia, la fuerza y la habilidad del Emperador, que, por otra parte, podia mejor que nadie satisfacer sus ambiciosas esperanzas con los despojos de los mismos príncipes ilusos que osaban contrarestar el poder del dueño de dos mundos. Dotado de una actividad infatigable y de un arrojo sin igual en el campo de batalla, se mostraba en las deliberaciones con el aplomo y la tranquilidad de la edad madura, á tal punto, que el Emperador, que siempre tuvo en poco á los alemanes, se unió á él con una estrecha prediléccion, prefiriendo su consejo al de los numerosos cortesanos que le rodeaban.

Durante la dieta de Ratisbona, en 1546, habia celebrado Cárlos V una alianza con el Papa, proponiéndose con ella tranquilizar los estados alemanes por la fuerza de las armas. Los protestantes, por su parte, levantaron al mismo tiempo un ejército considerable en la alta Alemania, poniendo á su cabeza á Shaertlin de Burtenbach, capitan entendido, avezado á los quehaceres de la guerra, cuyo aprendizaje habia hecho en diferentes campañas contra el Turco. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse pusiéronse tambien en marcha para reforzar el ejército de la Liga con las armas de sus respectivas provincias; y reunidos que fueron los príncipes coaligados, representaron al Emperador en términos descorteses y duros, reiterando sus reclamaciones y protestas, y haciéndole responsable de las consecuencias de aquella guerra. Cárlos V, después de haberse negado á recibir el mensaje, declaró perjuros y rebeldes al elector de Sajonia y á su compañero el Landgrave, despojándolos de sus dignidades, y desterrándolos para siempre de los dominios del imperio.

Uno y otro ejército permanecieron largo tiempo sin llegar á una accion decisiva. Los protestantes, superiores en número, habian dado lugar con su inercia á que

los imperiales recibiesen considerables refuerzos, hasta que, viendo llegar á Buren al frente de las tropas que ellos creian ocupadas en los Países-Bajos, consideraron prudente levantar el campo y dirigirse al Emperador, pidiéndole la paz, ó al menos una suspension de armas, que era lo mismo que confesar su impotencia ó la debilidad de sus medios para resistirle. Cárlos V leyó esta solicitud al frente de su ejército, é intimó al enemigo por medio de sus emisarios que no les quedaba otro camino al Elector y al Landgrave que entregarse á discrecion y poner á merced del vencedor sus tropas, territorios y vasallos. Casi en los momentos en que el Emperador notificaba á toda prisa esta severa resolucion á los vencidos, recibia Juan Federico un mensaje que ponia en su noticia cómo el duque Mauricio, á quien antes de emprender la campaña habia encargado la direccion y defensa del electorado de Sajonia, se habia apoderado de sus dominios so pretexto de que era el único medio de impedir que el rey Fernando de Bohemia, encargado de la ejecucion del despojo decretado por el Emperador, agregase para siempre á la corona los estados sajones. El Elector, lleno de despecho, se presentó en el país, en donde no tardó en recobrar sus posesiones, aumentándolas con algunas que tomó del patrimonio de Mauricio.

Cárlos entre tanto se ocupaba en someter las ciudades protestantes del mediodía, dirigiéndose paso á paso hácia las orillas del Elba, que al parecer eran el principal objeto de su movimiento estratégico, mientras que el Elector no daba crédito á la aproximacion de su enemigo.

Muy pronto hubo de ceder, sin embargo, á la evidencia; y cerciorado de que ocupaban las tropas imperiales las cercanías de Meissen, hizo destruir el puente que se encontraba cerca del pueblo, y pasando con su ejército á la derecha del rio, sentó sus reales en un pueblecillo llamado Muhlberg, desde donde podia observar el movimiento de los enemigos y proteger mas fácilmente á su capital Witemberg. Resuelto Cárlos V á terminar de una vez aquella enojosa campaña atacando al Elector, una vez colocado en la orilla opuesta, en frente del ejército sajon, se decidió á pasar el Elba á todo trance, contra el parecer del duque de Alba y de Mauricio, que tenian por peligroso aquel partido. Al ser de dia, y sin tener en cuenta la extension y la profundidad del rio por aquella parte, abrió el fuego desde la orilla un cuerpo de infantería española, que, arrastrado después por el entusiasmo de sus jefes, se metió en el rio, y con el agua hasta el pecho, causaba grande estrago en los sajones, en tanto que al abrigo de los mosqueteros españoles hacia construir el Emperador un puente para la infantería, y el duque de Alba, auxiliado de un mozo del país, que ofreció enseñarle un vado practicable para las gentes de á caballo, disponia lo necesario para el paso de sus jinetes. Los sajones observaban con asombro la actividad de aquellos decididos soldados, y con objeto de hacer imposible la conclusion del puente, comenzaban á quemar algunas barcas, cuando diez españoles, desembarazándose de sus uniformes, se arrojan al agua con la espada entre los dientes, atraviesan á nado, ponen en fuga á los que pro-

curaban detenerlos, y salvan de las llamas el número de barcas suficiente para concluir los trabajos. Al mismo tiempo lòs jinetes, tomando un infante en cada grupa, atraviesan el rio, llevando al Emperador á la cabeza de los escuadrones; y llegados á tierra, emprenden con los sajones, cuyo jefe, el Elector, permanecia en la mas inexplicable inaccion, confiado en que los imperiales no intentarian jamás atacarle en su propio campo. No pudiendo dudar del peligro, dió órden á sus tropas de retirarse á Witemberg; pero, viendo que era ya tarde, y que no le quedaba medio de evitar el encuentro, las arengó en términos enérgicos, y con la mayor presencia de espíritu se preparó para el combate. Este no hubiera sido largo ni dudoso sin la presencia del Elector, que animaba con su voz y con su ejemplo á los sajones; pero el centro de su ejército no pudo resistir el choque de la caballería imperial, y cediendo á la disciplinada infantería española é italiana, hubieron de ponerse en precipitada fuga, arrastrando en ella al desgraciado Juan Federico, que fué herido en la refriega. Perdieron los sajones en esta memorable jornada mil y doscientos hombres y ochocientos prisioneros, mientras que la de los imperiales no excedió de ciento cincuenta combatientes.

El príncipe electoral, herido tambien en la batalla, se habia retirado á Witemberg con su madre la princesa Sibila de Cléveris, esposa del malparado Elector. Los habitantes de la capital, resueltos á resistir á Cárlos V hasta el último extremo, confirieron el mando de la plaza á esta magnánima y desventurada señora; pero, enterado el Emperador de los recursos con que contaba para la defensa de la plaza, declaró á su prisionero Juan Federico que no le haria merced de la vida si antes no entregaba Sibila la ciudad á las tropas imperiales. La desgraciada princesa creia imposible la realizacion de esta amenaza, pues bien se la alcanzaba que no podia ser juzgado su esposo sino por un tribunal de príncipes del imperio; con lo que persistió en la defensa de la capital, sin curarse de los enojos de Cárlos ni de las intimaciones del duque Mauricio. El Emperador entre tanto reunió un consejo de guerra presidido por el duque de Alba, y habiendo sometido á su fallo la conducta de Juan Federico, en cuyo nombre su esposa y sus rebeldes súbditos osaban resistir todavía á la autoridad imperial, fué juzgado el Elector como reo de traicion y sentenciado á muerte. Oyó este con la mayor impasibilidad la lectura de la sentencia, sin interrumpir la partida de ajedrez que jugaba con él su compañero de infortunio el duque de Brunswick; pero tan pronto como llegó á saber su angustiada esposa la desgracia que le amenazaba, sin vacilar un momento renuncia á su temeraria aunque heróica resistencia, y con sus súplicas y sus lágrimas consigue del Elector que se resigne á la inevitable fuerza del destino. Juan Federico accedió á las condiciones que le impuso el vencedor, renunciando en su nombre y en el de sus sucesores á la dignidad electoral, recibiendo en cambio de esta concesion, además de la vida, la ciudad y el territorio de Gotha, con una pension anual de cincuenta mil florines, y cierta cantidad por una sola vez para pagar sus deudas.

Tan luego como las tropas sajonas hubieron evacuado la plaza de Witemberg, cuidó el Emperador de remunerar los importantes servicios de Mauricio, otorgándole la dignidad electoral de Sajonia, de que habia sido despojado su primo Juan Federico; viendo así aquel sagaz y astuto cortesano de Cárlos colmados por entonces sus deseos, aunque no satisfecha del todo su ambicion. El nuevo elector de Sajonia comenzó muy luego á abandonar el sendero que le habia conducido al logro de sus esperanzas y á la intimidad y favor de Cárlos V; pero encubriendo siempre sus designios y el móvil de sus ulteriores acciones en un enigma irresoluble para la historia. Después de la derrota de Muhlberg, solo quedaba en actitud hostil contra el Emperador el landgrave de Hesse, que no habia depuesto las armas, creyendo conseguir de este modo condiciones mas favorables que sus desgraciados compañeros cuando llegase el caso de rendirse. Era el Landgrave, como se ha indicado, suegro de Mauricio, y del favor que disfrutaba este cerca del Emperador esperaba un lenitivo en su inevitable desgracia. Fueron encargados para decidirle á una capitulacion, su yerno y el marqués de Brandeburgo, quienes le ofrecieron en nombre del Emperador la libertad, garantizándole uno y otro esta promesa bajo su palabra, y firmando además un compromiso, en que se obligaban ambos negociadores á sufrir la misma pena que el Emperador impusiese al Landgrave. Estas seguridades, y los tristes colores con que le representaba Mauricio el porvenir de su familia si persistia en una resistencia temeraria, le obligaron por fin á ceder, y licenciando un ejército todavía imponente, consintió en entregar su persona y sus estados al Emperador, y aun pedirle perdon de rodillas por su rebeldía. Cárlos V le recibió, sin embargo, con dureza, y cuando el desgraciado príncipe creia haber alcanzado un perdon, comprado á costa de su dignidad y de su amor propio, tuvo que experimentar nuevas humillaciones y desprecios por parte de su vencedor. El elector Mauricio quedó sorprendido de la expresion severa con que el Emperador habia tratado á su suegro; pero fué mayor su asombro cuando, invitados todos á la mesa del duque de Alba, y llegado el fin de la comida, comunicó el Duque al Landgrave una órden de su soberano, en que le declaraba prisionero.

Mauricio de Sajonia y el marqués de Brandeburgo prorumpieron en un mismo grito de indignacion contra semejante arbitrariedad, estando de por medio la palabra del Emperador y el honor de los que estipularon en su nombre. Cárlos V permaneció inflexible á las súplicas de su prisionero y á las de los dos príncipes que, sin pensarlo, habian servido de instrumento á su venganza. Mauricio, indignado, disimuló por entonces y aparentó conformarse con la voluntad del Soberano.

La guerra contra la villa de Magdeburgo sirvió de pretexto al astuto Mauricio para levantar un ejército considerable sin despertar sospechas en el Emperador y sus ministros; y habiendo puesto sitio á la ciudad, y conducido las operaciones con la mayor lentitud, concluyó en el año siguiente de 1551 una suspension de armas bajo las condiciones menos onerosas para los sitiados, pero sin licenciar

por eso ninguna de sus tropas. Llegaron á oidos de Cárlos V rumores que ponian en duda la fidelidad del elector de Sajonia, y entre otros, el que corria acerca de negociaciones entabladas por este con la corte de Francia y algunos jefes rebeldes. Era lo cierto que, resuelto Mauricio á abandonar la supersticiosa política que habia hecho excluir de la confederacion de Smalkalda todo género de alianza con los extranjeros, y prevenido por la experiencia contra aquel error tan funesto á la causa de la Liga, solicitó con ahinco la proteccion poderosa de Enrique II de Francia, y aun la de Eduardo VI de Inglaterra. Seguro del apoyo del primero, quiso, ante todas cosas, hacer el último esfuerzo para conseguir la libertad del landgrave de Hesse; y con este objeto mandó á Inspruck una magnífica embajada, encargada de reclamarla del Emperador, en su nombre y en el del margrave de Brandeburgo. El Elector palatino, los duques de Wittemberg y de Mecklemburgo, y los marqueses de Brandeburgo, Bareuth y de Baden hicieron por su parte idénticas gestiones, aunque sin resultado positivo. Acercábase el momento de obrar, y ya Mauricio habia logrado disponerlo todo para la primera señal, sin que la corte del Emperador sospechase en lo mas mínimo sus intenciones. Cárlos V confiaba demasiado en la fidelidad y gratitud del Elector; y su primer ministro Granvella, obispo de Arras, y uno de los hombres políticos de mas sagacidad de aquella época, creia haber contraminado los proyectos del astuto sajon por medio de las confidencias que mantenia en la corte misma de Mauricio; así que, nada alcanzaria á retratar la sorpresa de todos cuando en marzo de 1552 vieron al Elector invadir la Franconia á la cabeza de veinte mil infantes y de las fuerzas del mardgrave Alberto. Al mismo tiempo publicaron ambos príncipes un manifiesto al país, en el que justificaban su conducta contra el Emperador, apoyándose principalmente en la indefinida cautividad del Landgrave, y en la eleccion hecha por Cárlos V en la persona de un extranjero para primer ministro de su gobierno. Seguian otros cargos mas ó menos exagerados, pero en los que se echaba de ver cierto espíritu de despecho, por parte de los alemanes, contra la preferencia que manifestaba la corte á los extranjeros, y en particular hácia los españoles y flamencos. En el manifiesto del margrave Alberto se añade á otras acusaciones, una que merece mencion particular por lo curiosa, y es la queja que formula contra el español Luis Dávila, historiador de la liga de Smalkalda, y á quien apellida malvado y falsario por haber hablado de los alemanes como de un pueblo de salvajes. El Emperador contestó á estos manifiestos con la mayor dignidad, contentándose con calificar ambas acusaciones de absurdas y pueriles.

Comenzada la campaña, resolvieron Mauricio y el jóven Guillermo de Hesse separarse del margrave Alberto, cuya conducta al frente de sus tropas se asemejaba mas, por sus devastaciones y robos, á la de un jefe de incendiarios ó bandidos que á la de un príncipe; y desembarazados de tan deshonroso compañero, comenzaron las conferencias con el Emperador, que, falto de hombres y dinero, procuraba dar largas á las pretensiones del Elector. Este comprendió al punto la



[illegible] Mauricio [illegible]

[illegible]

dos. En [illegible] Mauricio [illegible]

[illegible]

[illegible] la casa de [illegible] Enrique II de Francia, y con la de Eduardo VI de Inglaterra [illegible] grave de Hesse [illegible] con este objeto [illegible] de Emperador, en su nombre y en el del margrave de Brandeburgo. El Elector [illegible] los duques de Wirtemberg y de Mecklemburgo [illegible] y de Baden [illegible] Mauricio [illegible] Emperador [illegible] Carlos V [illegible] Fernando [illegible] Granvela, obispo de Arras [illegible] aquella [illegible] el Elector [illegible] Emperador [illegible]

[illegible]

Lit. de J. J. Martinez Madrid

MARIA  ANA

Reina de Sajonia.

posicion embarazosa de Cárlos; y dando de mano á las conferencias diplomáticas, salió repentinamente de la Suabia, cayó sobre el Tirol, y marchando con una celeridad prodigiosa, se apoderó de Ehrenberg, y hubiéralo hecho del mismo Inspruck si una de sus compañías no se hubiese sublevado en el camino. Cárlos V habia abandonado la noche anterior su residencia, y dirigídose á Trento con su hermano, el prisionero Juan Federico y el resto de su corte; pero, viendo que tambien esta ciudad amenazaba caer en poder de los enemigos, tuvo que abandonarla, después de una permanencia en ella de cortísimos instantes. El elector Mauricio penetró en Inspruck, distribuyó el botin que habia hecho en los equipajes del Emperador, y retrocedió en seguida hácia Passau, en donde debia celebrarse una asamblea de príncipes del imperio.

El rey Fernando fué el encargado por el Emperador para tratar con Mauricio en la reunion de Passau, acordada para el 31 de julio de 1552. En el famoso tratado que lleva el nombre de este pueblo se convino, después de serias deliberaciones, que Cárlos V devolveria la libertad al landgrave de Hesse; que seria levantada la proscripcion que sufrian los que habian tomado parte en la liga de Smalkalda; que en cuanto á las demás dificultades se convocaria una nueva dieta encargada de darlas cumplida solucion, y que mientras tanto la cámara imperial, compuesta únicamente de alemanes, obraria con la misma imparcialidad respecto á los intereses de los dos partidos religiosos. Tambien el antiguo elector de Sajonia, Juan Federico, obtuvo en virtud de este tratado su libertad, tomando en consecuencia posesion de aquella parte de su territorio que le habia sido reservada por Mauricio al tiempo de apoderarse del electorado. Después de firmada la convencion, y como prueba de la sinceridad de sus intenciones, licenció Mauricio sus tropas extranjeras, y seguido del ejército sajon, pasó á Hungría en socorro del rey Fernando.

La paz de Passau habia restablecido la tranquilidad en Alemania, y solo el turbulento Alberto de Brandeburgo continuaba en medio de ella entregado á los mas impudentes excesos contra los obispados y ciudades, y particularmente contra la baja Sajonia; de modo que Mauricio, que en aquellos momentos solo deseaba la calma y la seguridad del país, se unió con el duque Enrique de Brunswick para atacar al Mardgrave cerca de Siverhausen. El combate fué horrible: Alberto fué vencido; pero quedando en el campo de batalla dos hijos del duque de Brunswick, un príncipe de Luneburgo, catorce condes y cerca de trescientos caballeros de la nobleza alemana. El mismo Mauricio en lo mas empeñado de la refriega fué mortalmente herido de una bala, y murió á los dos dias, en el 11 de julio de 1553, á los treinta y dos años. Este príncipe debe ocupar un lugar distinguido en la historia de aquel siglo guerrero; y por mas que su excesiva ambicion, su disimulo profundo y la injusta usurpacion de los títulos y estados del elector de Sajonia, su pariente, impidan tributarle los elogios reservados á la virtud, su prudencia política, su actividad militar y la constante fortuna que dirigió siempre sus empresas, le colocan por lo

menos en el rango de los grandes príncipes de Alemania. La sucesion á sus títulos y dominios dió motivo á querellas y desavenencias entre los que pretendian tener á ellos indisputable derecho. Por una parte su hija única, casada con Guillermo, príncipe de Orange, tenia un hijo que podia reivindicar la herencia de su abuelo. Por otra, Juan Federico reclamaba desde sus modestos estados las dignidades y la porcion de su patrimonio de que fué desposeido después de la funesta liga de Smalkalda; y en fin, Augusto, único hermano de Mauricio, pretendia, no solo los bienes hereditarios que este príncipe habia recibido de su familia, sino tambien el electorado de Sajonia, que poseyó posteriormente en los últimos seis años de su vida. El talento, el candor y la afabilidad de este pretendiente hicieron olvidar á los estados sajones los derechos y los infortunios de su primer soberano, declarándose positivamente por Augusto, que contaba además con la proteccion del rey Fernando y la influencia del padre de su esposa, el rey de Dinamarca. Juan Federico, aunque secretamente favorecido por el Emperador, tuvo que renunciar á la postrimera esperanza que conservaba en su desgracia, y contentarse, en cambio de sus derechos, con un ligero aumento en su territorio, y con la sucesion eventual para su familia en la rama Albertina, á falta de herederos varones. Este desventurado monarca sucumbió á tan amargos contratiempos en el año siguiente, poco después de la ratificacion de este arreglo, que colocaba al heredero de su odioso rival en el trono de Sajonia.

VII.

Ocupólo Augusto primero de este nombre hasta 1586, con gran provecho de sus súbditos y considerable aumento de sus estados, enriquecidos con las posesiones de los bailiatos de Meisen y Plauen, y con otras granjeadas por su sagacidad diplomática.

No fué de menor importancia el beneficio que realizó en favor de sus pueblos, consiguiendo el privilegio de que fuesen estos declarados independientes de la organizacion judicial del imperio; con lo que pudo perfeccionar la de sus estados y publicar un código con el nombre de *Constituciones*, que introdujo nuevas y trascendentales reformas en la administracion de justicia, mereciendo ser llamado por algunos escritores el *Justiniano sajon*. Tambien es digna de memoria la particular preferencia con que trató de elevar las fuerzas interiores del país por medio de la administracion comunal, el fomento de la agricultura y el desarrollo del comercio y de la industria, que debieron un considerable impulso á las ingeniosas y eficaces disposiciones de sus leyes. Los principales establecimientos científicos y literarios, la magnífica biblioteca de la capital, y otros monumentos notables que existen todavía como testimonio de la naciente cultura del pueblo ale-

man en aquella época, fueron asimismo fundados en su tiempo. Solo turbaron algun tanto los prósperos dias de su reinado las cuestiones teológicas, suscitadas ya en un principio entre Lutero y Calvino sobre puntos muy importantes de doctrina, y que después de la muerte del primero dieron orígen á la secta de los *cripto-calvinistas*, que eran como los conciliadores de la creencia luterana con la ortodoxia de la iglesia reformada de Ginebra. Para poner término á estas disidencias religiosas expidió Augusto en 1580 la famosa *Fórmula de concordia*, que fué suscrita por otros tres electores protestantes; con lo que se calmó la intranquilidad de los ánimos en los primeros momentos, hasta que en el breve reinado de su hijo y sucesor, Cristian I, volvieron á renovarse las cuestiones entre las dos sectas disidentes, aunque llevando esta vez lo mejor de la batalla los cripto-calvinistas, favorecidos por el canciller Crell, preceptor, ministro y favorito de Cristian. Después de la muerte de este príncipe, acaecida á los cinco años de haber ocupado el trono, y habiéndose encargado de la tutela de su hijo Cristian II y de la administracion del reino el duque Federico Guillermo de Sajonia-Weimar, fueron perseguidos de nuevo los cripto-calvinistas, y en 1601 sentenciado á muerte el favorito Crell, en quien tenian estos su mas decidido apoyo, quedando desde entonces condenada esta secta en los estados de Sajonia. Juan Jorge I, hermano del precedente elector, le sucedió en 1611, pasándose la mayor parte de su largo reinado en la célebre guerra de los treinta años, y en la que su dudosa conducta obligó á representar á la Sajonia un papel lamentable. Acostumbrado á seguir el parecer de interesados consejeros, que dirigian su voluntad á calculados fines, llegó á perder en sus manos el sentimiento de la independencia, y sacrificándolo todo en aras de la necesidad, solo se curaba del engrandecimiento momentáneo de sus estados. Después de haber rehusado la corona con que le brindó la Bohemia, hizo alianza con Fernando II en 1620, y le recobró las provincias de Lusacia y Silesia, que posteriormente le fueron otorgadas por el tratado de Praga. Esta buena inteligencia con el Emperador fué interrumpida, sin embargo, á consecuencia del edicto de Restitucion, que despojaba al Elector de algunos bienes eclesiásticos anejos á la corona; y así vemos á los sajones, unidos á la causa de Gustavo Adolfo de Suecia, pelear en 1631 contra las tropas de Tilly en la batalla de Breitenfeld, y al año siguiente en Lutzen contra el célebre Wallenstein, hasta la paz ajustada en Praga por el Emperador en 1635. Pero, si escasa fué la honra reportada por el Elector en estos acontecimientos, fué aun menor el provecho que produjo la paz á sus estados; pues, vuelta á declarar la guerra en el mismo año á la Suecia, su antigua aliada, fué tan maltratado el territorio sajon por el ejército imperial, y después por el francés, como por los soldados enemigos, hasta que se verificó la paz en 1645.

Nada que merezca particular mencion ocurrió durante el reinado de sus sucesores Juan Jorge II, III y IV, que desde la muerte del primero, en 1680, ocuparon sucesivamente el electorado hasta 1694, en que Augusto II, llamado *el Fuer-*

te, tomó las riendas del gobierno, vacante por el fallecimiento de su hermano Jorge IV, que no dejó sucesion. Habia recorrido este príncipe casi toda la Europa, y de vuelta de sus viajes, trabó en Viena una estrecha amistad con el rey José, la cual tuvo una importante influencia en la política que se vió obligado á seguir cuando ascendió al trono. Después de la batalla de Oslach dejó este príncipe el mando superior del ejército austro-sajon, que condujo á Hungría contra el turco, y de regreso á Viena, concibió allí el proyecto de apoderarse del trono de Polonia, vacante á la sazon por muerte de Juan Sobieski; en cuyo propósito le alentaba la política austriaca, dando pábulo á su desmedida ambicion. Fuéle preciso, no solo contraminar las intrigas del embajador francés en Varsovia, el abate de Polignac, hombre sagaz, y que á toda costa procuraba agenciar el trono para el príncipe de Conti, sino ofrecer además á los grandes, para que recayesen en él sus sufragios, diez millones de florines, que se proporcionó vendiendo y empeñando una parte cuantiosa de su patrimonio. Removidos así los primeros obstáculos que podian contrariar su eleccion, le restaba, para habilitarse, únicamente entrar en el seno de la iglesia católica, sin cuyo requisito no hubiera podido conseguir su deseo; y habiendo abjurado sus errores religiosos en Baden, cerca de Viena, fué proclamado rey de Polonia en la dieta general reunida en 27 de junio de 1697. Habíase declarado, sin embargo, una fuerte oposicion en favor del príncipe de Conti, y para sofocar de una vez sus pretensiones, fué necesario que Augusto entrase en su nuevo reino á la cabeza de diez mil soldados, con los que alejó á su rival del país, y se coronó en Cracovia el 15 de setiembre.

Muy pronto comenzó la desgraciada Sajonia á sentir el peso de esta nueva corona. Unido á la Rusia y á la Dinamarca en la desastrosa guerra del Norte contra uno de los capitanes mas grandes que es dado admirar en la historia, contra Cárlos XII, consumió en ella lo mejor de sus leales sajones, apurando además los escasos recursos del país, agotado ya con anteriores sacrificios. Viéronse los daneses obligados á deponer las armas y á aceptar las condiciones impuestas por Cárlos en el tratado de paz de Travendal, á que siguió después la derrota del ejército del Czar en la batalla de Herva, quedando por consiguiente Augusto como el único campeon contra las tropas vencedoras, hasta el año de 1702, en que, cabiéndole igual destino que á sus aliados, fué sucesivamente derrotado en Klissow y en Pultusk, y excluido, por último, del trono de Polonia por disposicion de la Dieta. Permaneció Augusto en el país, refugiado en el ejército ruso; pero, convencido de que eran infructuosos sus esfuerzos para recuperar la corona, colocada ya en las sienes de Estanislao Lesczinski, volvió los ojos hácia la olvidada Sajonia, cuyas fronteras invadia Cárlos XII después de la brillante victoria alcanzada por sus armas en Fraustadt contra el general Shulenberg. Esta repentina invasion obligó á Augusto á entablar negociaciones con el rey de Suecia, que dieron por resultado el convenio de Altranstädt, no sin haber apurado antes las vergonzosas humillaciones con que el vencedor quiso mortificar su ambiciosa soberbia.

Cuando la voluble fortuna de las armas hubo abandonado al esforzado Cárlos en Pultawa, dirigióse el ex-rey de Polonia en 1709 hácia Varsovia á la cabeza de un numeroso y escogido ejército, y reanudando sus relaciones con el Czar, volvió á comenzar la guerra contra Suecia con igual, si no con mayor encarnizamiento que la primera vez, hasta que la muerte de Cárlos XII, en 1718, vino á dar nuevo giro á los asuntos del Norte. Los polacos entre tanto, al volver Augusto al trono de Polonia, habian formado en el país una confederacion imponente contra los sajones, capitaneada por un noble llamado Ledekuski, y ante la cual tuvieron estos que rendirse; pero por mediacion del Czar se convino en un tratado firmado por Augusto, en que se obligaba á retirar del reino las tropas extranjeras, renunciando de este modo á dominar por la fuerza la antipatía de sus súbditos. En cambio, lo consiguió muy presto empleando la corrupcion y la prodigalidad para enervar á los unos, las riquezas y los honores para seducir á otros, y los placeres y el fausto para fascinarlos á todos. Los grandes, complacientes imitadores por lo general de las debilidades y flaquezas de los príncipes, aunque no lo sean siempre de sus virtudes, se apresuraron á seguir el ejemplo del Soberano, haciendo así de la corte de Polonia una de las residencias mas seductoras, pero al mismo tiempo la mas corrompida de Europa. Los estados sajones continuaban mientras tanto agoviados bajo el terrible peso de las prodigalidades de Augusto: el sudor de estos pueblos habia pagado la corona de Polonia, la sangre de sus hijos habia inundado los campos inhospitalarios de Kislow y de Pulstuck, sin que de la union de estos dos cetros alcanzase el electorado otras ventajas que el abandono, la miseria y las exacciones con que contribuia al sostenimiento de una corte extranjera. Tuvo Augusto un hijo de legítimo matrimonio, que le sucedió en la corona, además de dos hijos naturales, el famoso Mauricio, conde de Sajonia, habido de su favorita Rosa de Königsmark, y el conde Rukowski, fruto de sus relaciones con la condesa de Cosel. La irregularidad de su conducta le habia hecho separarse de su legítima esposa, que, dedicada á la educacion de su hijo, pasaba la vida en el retiro en el castillo de Lichtenau. El jóven Augusto habia sido criado en la religion protestante, que profesaban su madre y su abuela; y llegado á la edad de quince años, emprendió sus viajes por Alemania y Francia, y por último hasta Italia. La corte romana fundaba las mayores esperanzas en la rama Albertina de Sajonia para la defensa y propagacion del catolicismo en los países del norte, de manera que no descuidó el captarse la benevolencia del presunto heredero del Elector, que sin grandes esfuerzos accedió á abrazar secretamente la religion católica en Bolonia. Esta importante conversion fué conocida en Sajonia el año de 1717, siendo posible que influyesen en el ánimo del jóven príncipe para hacerla pública, á mas de otras razones, sus esperanzas sobre la corona de Polonia y su matrimonio con la princesa Josefa de Austria, que se celebró dos años después. Muerto su padre en 1733, ocupó sin obstáculo el electorado de Sajonia; pero Luis XV de Francia habia restablecido á Estanislao Lesczinski en el de Var-

sovia, y fueron necesarias gestiones muy activas y difíciles para que la mayoría de la nobleza polaca concediese á Augusto III sus sufragios, como lo hizo en el mismo año, si bien no fué reconocido como rey de Polonia hasta el año de 1736, en el congreso celebrado para la paz de Varsovia. Aunque carecia del talento de su padre, siguió el nuevo soberano el mismo sistema de política de su antecesor, y aun parecia imitarlo en su indiferencia respecto al verdadero adelanto y progreso del país, cuyos destinos encomendó á su ministro y favorito Brühl, hombre en quien el orgullo reemplazaba al carácter, y la vanidad á la verdadera importancia en la direccion de los negocios; pero que en lo demás estaba ciegamente sujeto á la dependencia de la Rusia.

Comenzaba el gran Federico de Prusia á dar por entonces los primeros pasos en la gloriosa carrera que habia de ilustrar todo un siglo con su nombre, sirviendo de envidiable modelo á la prudencia de los monarcas y capitanes futuros. Habíase apoderado de la Silesia, y amagaban sus armas las otras provincias mas cercanas, con grande inquietud del Austria, la Sajonia y los estados del norte, que presentian el rápido engrandecimiento de aquel émulo aventajado de Gustavo Adolfo, cuyos altos hechos se habia propuesto imitar. Unióse pues Augusto á la emperatriz María Teresa, obligándose por el tratado secreto de Leipsick (1745) á contribuir con treinta mil hombres, los que, unidos al ejército imperial, penetraron en la Silesia, pero fueron derrotados en Hohenfriedberg por las tropas de Federico, que á consecuencia de esto invadió el territorio sajon, apoderándose uno de sus generales, Leopoldo de Dessau, de la capital, que tuvo que abandonar el Elector con pérdida considerable de gentes y de efectos. La paz de Dresde restableció á Augusto en el trono de Sajonia en el año siguiente, hasta que los acontecimientos generales y la incapacidad de su ministro envolvió al pais en una nueva guerra contra Prusia. Brühl aborrecia á Federico: así que, cuando el príncipe de Kaunitz, ministro de María Teresa, y Bestuschef, favorito del emperador de Rusia, requirieron al elector de Sajonia para que, asociado con sus respectivos soberanos, contribuyese á la ruina del rey de Prusia, el ministro de Augusto opinó por la alianza como único recurso para contrarestar la ambicion de Federico. Este habia ganado á su servicio un secretario de Sajonia, que con la mayor exactitud le trasmitia las notas y tratados entre las cortes de Viena, San Petersburgo y Dresde, y por consiguiente tuvo noticias anticipadas de la alianza formada contra él. Preparado secretamente para la campaña, invadió Federico la Sajonia con setenta mil prusianos, con pretexto de pedir paso para sus tropas, que conducia á Praga; si bien no era su intencion obrar contra los sajones, tanto como forzar al Elector á unirse á sus banderas, pues para atacar á la Bohemia necesitaba contar con la Sajonia como punto de apoyo de sus operaciones militares. El ministro Brühl se contentaba con ofrecerle la neutralidad del país; pero Federico, rechazando todo lo que no fuera aceptar una alianza, atacó á los sajones, que, sorprendidos y en el escaso número de diez y siete mil hombres, se refugiaron sin provisiones ni pertrechos

á un campamento improvisado entre Pirna y Koenigstein. Allí permanecieron por espacio de tres dias en la mayor ansiedad y privados de alimento para los hombres y caballos, sin poder dirigirse á Bohemia, cuyo paso tenia interceptado una columna, que con encargo de vigilarlos habian dejado los prusianos. Después de haber conseguido la victoria de Lowositz, el primer cuidado de estos fué apoderarse del campamento de Pirna, que se entregó en efecto en número de catorce mil hombres, quedando los oficiales prisioneros bajo su palabra, y los soldados incorporados al ejército prusiano. La Sajonia estaba de hecho en poder de Federico, y el desgraciado Elector se encaminó á Varsovia, en donde le aguardaban mayores desengaños. La antipatía de los polacos hácia Augusto tomaba cada dia proporciones mas crecidas, y su reciente desgracia, léjos de entibiar el odio de sus súbditos, lo aumentó en mayor grado, persuadidos, como lo estaban, de que halagaban de este modo los deseos de la emperatriz Catalina de Rusia, que á toda costa queria arrojar de Polonia á los príncipes sajones. Augusto no regresó á Dresde hasta la conclusion de la paz de Hubersburgo, que en 1763 puso fin á esta guerra, conocida en la historia con el nombre de la *guerra de los siete años;* muriendo á poco de su vuelta, y teniendo por sucesor, en el trono de Polonia á Estanislao Poniatowski, y en el electorado á su hijo Federico Cristian, que solo le sobrevivió algunos meses.

Mas que nunca exigian las circunstancias gravísimas en que se encontraba la Sajonia la intervencion de un príncipe capaz de cicatrizar sus profundas heridas, y de levantar el crédito público por medio de una inteligente economía, de la postracion á que lo habian traido los despilfarros y desórdenes de los dos últimos monarcas y los inmensos gastos de la guerra de siete años. La Providencia deparó á esta sufrida y heróica nacion tan inestimable beneficio con la regencia del príncipe Xavier, que desde la muerte de Cristian se encargó de la administracion del reino y de la tutela del príncipe heredero Federico Augusto. El primer objeto de su cuidado tan luego como empuñó las riendas del gobierno, fué la disminucion de los gastos, la amortizacion de la deuda nacional, regularizándose el pago de sus intereses, á que destinaba anualmente un millon y cien mil talers. La agricultura, la industria y el comercio, como únicos elementos de la riqueza pública, recibieron durante su administracion nuevos elementos de vida, fomentando convenientemente su progresivo desarrollo bajo la vigilancia de un consejo instituido al efecto en el año de 1764. La escuela de minas de Freiberg, una de las mas célebres y mas frecuentadas de Europa; la escuela de artillería, la academia de Nobles Artes de Leipsick y la magnífica residencia de los reyes de Sajonia en Pillnitz, se deben igualmente á la administracion del Regente, cuyo celo ilustrado y patriótico abarcaba á un tiempo cuanto constituye la fuerza, la riqueza, el bienestar y la cultura de un pueblo.

Llegado á la mayor edad el príncipe Federico Augusto I, se posesionó del reino en 1768; y poniendo en práctica la provechosa enseñanza de su dignísimo tutor,

continuó prestando un poderoso impulso á la administracion pública, basada con tanto acierto por el Regente sobre la economía, la regularidad y el buen órden. Enteramente consagrado al cumplimiento de los difíciles deberes y á la realizacion de saludables reformas, rehusó el trono de Polonia, que le fué ofrecido, creyendo superior á sus fuerzas, y perjudicial á los estados sajones, el colocar sobre su frente aquella corona fatídica, que tantos males y tan dolorosos recuerdos habia proporcionado á sus pueblos.

Este justo y benéfico príncipe habia logrado ver casi realizadas las importantes reformas de que tanto necesitaban sus estados. La condicion de todas las clases del pueblo habia mejorado considerablemente; el crédito público habia llegado en brevísimo tiempo al estado mas floreciente de prosperidad y de confianza; las comunicaciones interiores, la navegacion fluvial, particularmente la del rio Saale; la industria ganadera, enriquecida con la introduccion de la raza merina española, y las manufacturas de tejidos de lana y de lino habian trasformado completamente la actividad industrial del país; así como la reforma de los códigos, la abolicion del tormento, con otros restos de la barbarie de la edad media; la instruccion pública y el adelanto de las bellas artes, vinieron á ejercer una saludable influencia en su estado intelectual y político.

VIII.

La revolucion francesa vino á sorprender á Federico Augusto en medio de la provechosa tarea que la divina Providencia encomienda al brazo poderoso de los reyes. La Francia estaba impaciente de recoger en los últimos años del siglo XVIII el venenoso fruto de las doctrinas que venian esparciendo sus filósofos entre todas las clases del Estado. En todos los países, pero particularmente en Alemania, estas nuevas ideas exaltaron en alto grado los espíritus: el gérmen revolucionario fermentaba por todas partes; los partidos comenzaban á ocupar sus respectivas posiciones, los unos para conservar lo existente, los otros para erigir las nuevas utopías sobre las ruinas de lo antiguo. El Austria y la Prusia fueron los primeros estados que desde su principio trataron de oponerse á los inconsiderados proyectos de la república francesa, levantando en 1792 un numeroso ejército sobre las orillas del Rin. La Sajonia, sin embargo, rehusó tomar parte en esta expedicion, ya porque no considerase entonces las funestas consecuencias que la revolucion francesa habia de producir en el resto de Europa, ya porque creyese que la guerra extranjera, siendo un elemento de cohesion y de fuerza para los pueblos insurreccionados, habia de ser un beneficio incalculable para la Francia debilitada en aquellos momentos por sus divisiones interiores. Pero cuando la batalla de Jemmapes, ganada á los austriacos por Dumouriez, y la invasion de Custine en las

provincias, á que siguieron poco después la ejecucion impía de Luis XVI y otros sangrientos excesos de los jacobinos, no dejaron lugar á la duda sobre el carácter y tendencias de la revolucion, Federico Augusto se unió con el imperio aleman para declarar la guerra á la república francesa, y fué de los primeros á contribuir con el contingente de sus tropas.

Continuaron estas prestando importantes servicios á la causa nacional, aun después del tratado de Basilea, por el que se separaron de la alianza concertada contra la república francesa los estados del rey de Prusia; y así vemos á los regimientos sajones contribuir en Wetzlar á la honrosa victoria conseguida en junio de 1779, por el archiduque Cárlos contra Jourdan, que, á consecuencia de ella, tuvo que retirarse á Neuwied, sobre las orillas del Rin. En el congreso de Rastadt distinguiéronse los embajadores de Federico Augusto por los increibles esfuerzos con que procuraron evitar la disolucion del imperio germánico, y salvar particularmente de aquella catástrofe á los pequeños estados. Otro tanto aconteció en el congreso de Ratisbona, en donde fué designado el elector de Sajonia para entender en las negociaciones relativas á la indemnizacion que habia de concederse á los príncipes que, por la exigua importancia de sus territorios, estaban condenados á perder sus estados y á verlos embebidos en otros mas poderosos. Abstúvose, sin embargo, de seguir al Austria en la nueva guerra que en 1805 se vió obligada á declarar esta potencia al emperador Napoleon; pero en el año siguiente, arrastrado por las gravísimas circunstancias que hacian insostenible la neutralidad de un país en medio de las espantosas convulsiones en que se agitaba la Europa, se reunió á los prusianos, y bajo las órdenes de Hohenlohe combatieron veinte y dos mil sajones en los campos de Turingia contra el ejército francés, hasta que el doble descalabro de Auerstadt y de Jena vino á decidir de los destinos del norte de Alemania.

Ya habian capitulado Hohenlohe y Blücher, el primero en Prenzlau, y el segundo en Ratkau, cuando Federico Augusto, viendo amenazada la existencia nacional de Sajonia, consiguió salvarla por el tratado de Posen, evitando así que esta corona, en manos del insaciable perturbador de Europa, hubiera servido para satisfacer la anhelante codicia de alguno de sus favoritos, como una joya recogida al acaso entre los sangrientos despojos del botin. Por este convenio recibió el Elector la dignidad y título de rey de Sajonia, y como príncipe soberano de la confederacion del Rin, se obligó á contribuir con veinte mil hombres para la guerra que estaba á punto de emprender Napoleon contra las potencias del Norte. Mas tarde, en la paz de Tilsitt, fuéle adjudicado igualmente el ducado de Varsovia, de reciente creacion, sin que por lo demás ejercieran estos sucesos notable influencia en la condicion política de Sajonia.

Con la campaña de 1809, en que el ejército sajon, al mando del príncipe de Ponte-Corvo, se distinguió en varias acciones, y particularmente en la célebre batalla de Wagram, se aumentaron los estados de Federico Augusto en Polonia con la

Cracovia y una parte de la Galitzia; pero sus posesiones en Alemania se acrecieron únicamente en la Lusacia, con algunos pueblos, que no entraron precisamente en su dominio, sino que quedaron abandonados hasta que, después de larguísimas negociaciones, fueron incorporados á la corona en 1845. El resultado de la campaña de Rusia, tan tristemente fatal para el orgullo de las águilas francesas, obligó en 1813 á las tropas sajonas que sobrevivieron á aquellas horrorosas catástrofes, á retirarse á su país, bajo la direccion del general Reynier, después de infinitas pruebas de sufrimiento y de valor. Napoleon queria, sin embargo, detener á la fortuna, que le abandonaba con precipitado paso; y el suelo sajon, el suelo clásico de la libertad alemana, estaba destinado á ser el teatro en que el mundo entero iba á presenciar el terrible desquiciamiento de aquel formidable coloso, de cuyos labios altaneros pendia el destino de los reyes y la nacionalidad de los pueblos. Federico Augusto se habia retirado á Plauen, desde allí á Ratisbona, y por último á Praga, en donde aguardaba el resultado de tan importantes acontecimientos. Después de la batalla de Lutzen, vino á arrancarle de su retiro un mensaje del Emperador, en que le exigia volviese á su capital, amenazándole con tratar á la Sajonia como país conquistado si la ciudad de Torgau no le era entregada inmediatamente, y si sus tropas no venian á reforzar sin tardanza las filas imperiales. El Rey no podia vacilar. Napoleon ocupaba militarmente todos sus estados, y en aquellos críticos momentos era imposible efectuar la reunion de las fuerzas sajonas con el ejército austriaco, que era su propósito; así que, hubo de obedecer á la violencia de las circunstancias, y trasladarse á la capital. Cuando verificó su entrada en ella al lado del Emperador, dijo este, dirigiéndose al consejo municipal, mostrándole á Federico Augusto: «Hé aquí á vuestro salvador; á su presencia entre nosotros y á su fidelidad debeis el que mis armas no hayan tratado á la Sajonia como país enemigo.» Este discurso, dirigido tal vez á escarnecer la coaccion que pesaba sobre el desgraciado monarca, era la mejor defensa de su conducta á los ojos del pueblo y la justificacion mas completa de sus actos ante la opinion del país.

Bautzen y Wurschen vieron todavía combatir á los sajones al lado de los enemigos de Alemania; pero en la batalla de Leipsick el sufrimiento de aquellos llegó á su colmo, y su defeccion en medio de la batalla, quebrantando de una vez los lazos ominosos que los habian sujetado hasta entonces al subyugador de la patria comun, decidió la suerte del combate y el destino futuro de la libertad nacional. El Rey, sin embargo, fué declarado prisionero por las potencias aliadas después de la expulsion del francés, y confinado á Berlin y Friedrichsfelde hasta que obtuvo permiso para fijar su residencia en Presburgo, mientras el congreso de Viena fallaba sobre la suerte futura de sus estados. Pensóse en los primeros momentos en agregar el territorio sajon á la corona de Prusia, indemnizando á Federico Augusto con algun ducado en Westfalia ó en una de las provincias del Rin; pero el Rey, en términos resueltos, aunque dignos, protestó contra cualquier

medida que tuviese por objeto la enajenacion de sus estados. Una declaracion del parlamento inglés, que se oponia á la reunion de los dos reinos, no dejó de influir en que abandonase el Congreso su primitivo pensamiento, haciendo mejor la condicion del rey de Sajonia en el arreglo definitivo del tratado, si bien á costa del desmembramiento de algunas provincias en favor de la Prusia. Después de interminables negociaciones, suscribió Federico Augusto, en 18 de mayo de 1815, al tratado de Viena, por el que cedia á la Prusia las dos Lusacias, el círculo de Witemberg, el de Turingia, una parte del de Leipsick, todo el círculo de Neustadt, los obispados de Merseburgo y Naumburgo-Zeitz, el principado de Querfurt, y otras posesiones, comprendiendo en todo 373 millas cuadradas y 845,218 habitantes. El ducado de Varsovia fué reunido á la Rusia, y repartido entre la Prusia y el Austria lo que habia constituido los dominios de Federico Augusto en Polonia, excepto la Cracovia, que fué declarada independiente.

El 7 de junio del mismo año regresó el Rey á Dresde en medio del júbilo y de las aclamaciones de sus súbditos, y sin perder momento dirigió su atencion á borrar las tristísimas huellas que la invasion extranjera habia dejado en aquel trabajado país. No era difícil para aquel celoso monarca proseguir en sus estados la tarea interrumpida por la revolucion de Francia; y así, satisfaciendo á las necesidades de la época, conciliando sus exigencias con la situacion política de la Europa, y dirigiendo el impulso de los espíritus hácia el desarrollo progresivo y tranquilo de los elementos sociales, atravesó el segundo período de su reinado, conservando hasta el término de su carrera el amor y el agradecimiento de sus pueblos, habiendo ocupado el trono desde 1768 hasta 1827, esto es, cincuenta y nueve años.

Después de la restauracion, el espíritu público habia exagerado la esperanza de un repentino cambio en el órden político. El artículo 13 de la dieta celebrada en Francfort por la confederacion germánica, en 1816, prescribia á todos los soberanos que la formaban la convocacion de los estados provinciales en sus respectivos dominios. Federico Augusto habia sido uno de los primeros que llenaron este sagrado deber en sus estados, si bien desde el principio tuvo que reprimir los impacientes esfuerzos con que las facciones políticas procuraban precipitar la marcha del gobierno sajon en la senda de las reformas constitucionales. Su hermano Antonio le habia sucedido en el trono bien á su pesar; porque, dedicado al estudio de las bellas artes, habia pasado su juventud léjos de los asuntos públicos y de las cuestiones políticas que se agitaban entonces. El ministro Einsiedel, que habia merecido por espacio de muchos años la confianza de su augusto antecesor, continuó pues al frente de los negocios, supliendo con sus consejos la inexperiencia del nuevo soberano, hasta que en la reunion de los Estados, verificada en 1830, la excitacion de los ánimos y las exigencias de una oposicion borrascosa dieron lugar á graves é importantes acontecimientos. La convocacion de los Estados habia sido prorogada por el Gobierno en vista de la actitud hostil

que habian tomado las cámaras; y este suceso, hábilmente explotado por sus enemigos, produjo en el momento la insurreccion de algunas ciudades, como Dresde, Leipsick, Chemnitz y otras en el Woigtland. A pesar de todo, este levantamiento no tenia en las provincias objeto verdaderamente político, y mas bien habia tomado orígen de cuestiones parciales ó de pretendidos agravios inferidos por el Gobierno á los intereses de las localidades insurrectas. En la capital, sin embargo, habia tomado proporciones mas serias. El ministro Einsiedel era el blanco de la animosidad de los descontentos y la causa ó pretexto de aquel azaroso conflicto, complicado de propósito por algunos que habian despertado las antiguas rencillas religiosas entre protestantes y católicos, y que acusaban al Gobierno de favorecer á los últimos, con detrimento de las libertades de la iglesia alemana.

El Rey, angustiado dolorosamente con tales acontecimientos, decidió entonces calmarlos en su orígen, y afianzar para lo sucesivo el sosiego y la tranquilidad de todos, llamando á su sobrino Federico Augusto, hijo del príncipe Maximiliano, para dividir con él la autoridad suprema del reino, con el título de coregente, admitiendo al mismo tiempo á Einsiedel la dimision del ministerio, que fué confiado al consejero Lindenau. El nuevo gobierno inauguró sus actos con la promesa de completas reformas en la constitucion del Estado, en la ley electoral, en la administracion pública, y otras que venia reclamando la generalidad del país. Los Estados, convocados al efecto, procedieron en marzo de 1831 al exámen de estos importantes proyectos, y en 4 de setiembre fueron disueltas las antiguas cámaras, y abiertas otras conforme á la nueva constitucion sajona, promulgada y jurada en ellas por el Rey. El Gobierno habia dado un paso inmenso en la senda constitucional, satisfaciendo dentro de los límites de una política prudente y conciliadora los deseos de todos, y en breve tiempo la conducta del Soberano y la del ministerio Lindenau alcanzaron una popularidad inmensa en Alemania. La opinion pública atribuia al jóven Coregente este favorable cambio en la marcha política del Gobierno, así como las sabias disposiciones con que desde su advenimiento á la participacion del poder habia logrado reprimir los elementos de trastorno en las provincias, inaugurando una nueva era de conciliacion y de adelanto en el país; de forma que la renuncia de los derechos á la corona, hecha por el príncipe Maximiliano, hermano del Rey, en favor de Federico Augusto, fué acogida por todo el mundo con el mas vivo y mas sincero entusiasmo. Sus vastos conocimientos en las ciencias políticas y morales, debidos á las lecciones del consejero Stübel, uno de los hombres mas eruditos de Alemania, y los no menos profundos que adquirió en las teorías del arte de la guerra bajo la direccion de sus preceptores, los generales Forell y Watzdorff, habian preparado su inteligencia desde muy temprano á recoger un provechoso fruto en la escuela de la experiencia, al lado del difunto Federico Augusto I, su tio. Después de haber recorrido sucesivamente todos los grados del ejército, y practicado en el servicio de las diferentes armas

la aplicacion de sus conocimientos militares, á las órdenes del coronel Cerrini, fué nombrado general de una brigada de infantería en 1822, tomando parte al mismo tiempo en el consejo íntimo del Rey, que le iniciaba de este modo en la direccion de los negocios que estaba llamado á presidir un dia. La literatura, las artes y las ciencias naturales fueron siempre para el jóven príncipe una ocupacion llena de encantos, á que consagraba sus horas de solaz, y entre las últimas, la botánica debe á su cooperacion personal algunas observaciones y trabajos curiosos.

IX.

En 6 de junio de 1836, después de la muerte del rey Antonio, fué llamado á sucederle en el trono, que ocupa todavía con el nombre de Federico Augusto II, y que ha sabido salvar de las convulsiones políticas que han afligido la Europa en estos últimos años, sin menoscabo de su prestigio ni del respeto y veneracion de sus súbditos. Apenas reunió en sus manos la autoridad suprema del Estado, hizo valer Federico Augusto las eminentes cualidades que adornan su espíritu, perseverando con admirable tacto en el escabroso camino de un moderado pero inteligente progreso. La legislacion, la instruccion pública, la hacienda, la administracion provincial, el fomento de la industria y la prosperidad del comercio, fueron desde entonces el objeto constante de sus desvelos y de la actividad de su gobierno en las cámaras. Desgraciadamente, después de la legislatura de 1843, se vió privada la corona del poderoso auxilio de uno de los hombres de estado mas dignos de inspirarla con sus luminosos consejos. El ministro Lindenau solicitó por aquella época el permiso de abandonar los negocios, y de acabar en el sosiego de la vida privada los últimos años de su ilustre carrera. Esta resolucion produjo un sentimiento general y profundo en todas las clases de la sociedad. Lindenau era un hombre eminente en las ciencias, que habia enriquecido con publicaciones de la mayor importancia, un distinguido astrónomo y un matemático consumado; su nombre simbolizaba una regeneracion política en los fastos de Sajonia, inaugurada con su subida al poder en 1831, y continuada sin tropiezos mientras el timon del Estado permaneció confiado á su experiencia. El Rey, sin embargo, no pudo disuadir á este dignísimo consejero, y bien á su pesar tuvo que acceder á lo que respetuosamente solicitaba como remuneracion de sus servicios.

Aunque privada de ellos, atravesó Sajonia tranquilamente los años que precedieron á la revolucion de 1848, sin otra alteracion en la marcha normal de los negocios que los deplorables sucesos ocurridos en Leipsick por una disposicion del Gobierno, que prohibia ciertas reuniones en que manifiestamente se contro-

vertian asuntos religiosos bajo la influencia de las predicaciones del célebre Ronge, apóstol de una nueva reforma en la iglesia luterana, conocida con el nombre de *catolicismo aleman*. Un pequeño tumulto y una insignificante manifestacion contra las autoridades, que tuvieron por resultado algunas aunque pocas víctimas entre las clases del pueblo, obligaron al Gobierno á adoptar medidas severas, y á ponerse en guardia contra las exigencias de la oposicion en las cámaras. Los trabajos de las diferentes legislaturas que se sucedieron hasta 1847, bajo el reinado del actual soberano, no habian sido infecundos en el órden económico ni estériles para los intereses materiales del país. Los caminos de hierro, la navegacion fluvial, el sistema de contribuciones, la regularizacion del servicio militar y el sostenimiento de cultos, habian ocupado la atencion y la actividad de los cuerpos colegisladores, sin distraerlas por eso de otras cuestiones importantes, en que la solicitud paternal del Monarca cimentaba el bienestar y la seguridad de sus súbditos.

Anunciábase en esto el año de 48 con una crísis fatal para las constituciones políticas de Europa, y una conmocion tenebrosa y profunda amenazó por un momento desquiciar el edificio germánico. Entre todas las naciones del continente, la Alemania fué la primera que sintió las funestas consecuencias de la revolucion de febrero. Apenas se habia consumado en Paris el repentino cambio de las instituciones establecidas por las jornadas de julio, cuando una asamblea alemana reemplazaba en Francfort á la antigua dieta germánica, arrojando del venerando recinto en que se coronaran sus emperadores y sus reyes los últimos restos del tratado de 1815. Desde aquel instante el verdadero partido constitucional quedaba sofocado, y una democracia turbulenta se preparaba á imponer al país sus descabelladas teorías, sus sueños humanitarios y sus ilusiones sociales. Federico Augusto creyó posible conjurar la tempestad en sus estados, sustituyendo el ministerio Koeneritz con otro mas liberal, compuesto de personajes conocidos hasta entonces por su espíritu de oposicion al Gobierno, aunque adictos á los principios monárquicos. Los acontecimientos del 18 de marzo en Berlin vinieron á probarle muy pronto lo ineficaz de aquella concesion, y la necesidad de encomendar el gobierno á un nuevo gabinete reclutado entre los jefes del movimiento revolucionario. La democracia designaba para el futuro ministerio á Roberto Blum, conocido ya por su participacion en las revueltas de Leipsick en 1845, y tristemente célebre después por su desastroso fin en los sucesos de Viena.

El Rey se negó á depositar su confianza en el violento tribuno, y conservando á Von-der Pfordten en el gabinete, confirió la cartera del Interior á Oberlaender, cuyo principal apoyo consistia en la popularidad de que disfrutaba en los clubs. La reunion de las cámaras fué decretada al mismo tiempo; pero estos cuerpos, sin estar absolutamente contagiados con la fiebre demagógica, sentian, sin embargo, toda la impotencia de sus esfuerzos contra el huracan popular, y cedieron muy luego á las intimidaciones de los demagogos, arrastrando consigo al poder

real, que tuvo que ceder á su vez y transigir con el desbordamiento revolucionario. Quedó pues consagrado el derecho de reunion, reconocida la libertad absoluta de la prensa, admitido el sufragio universal, y satisfecho el partido democrático con el ejercicio de estas libertades, cuyos mismos excesos habian de producir muy pronto una saludable reaccion en los espíritus alemanes.

Una de las creaciones mas fantásticas del fanatismo revolucionario fué sin duda alguna la dieta de Francfort, cuya mayoría habia proclamado el principio de raza como el fundamento de la regeneracion política que estaba llamada á realizar. Estas teorías de la *unidad alemana*, profesadas durante muchos años en las aulas de las universidades, y tan elocuentemente debatidas en los clubs y en las reuniones populares, iban por fin á entrar en el dominio de los hechos. El aislamiento del Austria fué el primer obstáculo con que tropezó al nacer este gigantesco proyecto; el partido radical y el católico, unido á los representantes de aquella potencia, protestaron tambien contra el principio de unidad entendido de esta manera; solo la Prusia, deslumbrada un momento con la perspectiva de la púrpura imperial, se mantuvo en una prudente reserva. Este contratiempo no hizo desmayar á la Dieta en su primitivo propósito, y otorgadas algunas concesiones al partido domagógico, fué elegido el rey de Prusia por mayoría de votos, y encargada una comision de ofrecer á Federico Guillermo la corona de Alemania.

La cuestion del reconocimiento de la constitucion federal y de la eleccion del rey de Prusia como emperador unitario comenzó á tomar un carácter inquietante en los pequeños estados, en donde, sin embargo, el espíritu público principiaba á recobrarse de los primeros trastornos. El rey de Wurtemberg habia sido obligado por la fuerza á reconocer las decisiones de la dieta de Francfort; en Hannóver y en Baviera fermentaba la insurreccion por idénticas causas, sin que, á pesar de todo, llegase en ninguno de aquellos estados la violencia revolucionaria á los terribles excesos que en Sajonia.

Una cuestion internacional vino á servir de aparente pretexto á los desórdenes que tuvieron lugar en 1849 en Dresde. El tribuno sajon Roberto Blum, diputado en la asamblea de Francfort, comprometido gravemente en la revolucion de Viena, habia caido en manos del general Windishgraetz, y juzgado con todo el rigor de las ordenanzas militares, condenado á muerte. El partido demagógico interpeló rudamente al ministro de Negocios extranjeros, Von-der Pfordten, sobre la conducta del representante de Sajonia en Austria, Mr. de Koeneritz, que no habia impedido la ejecucion de la sentencia. En vano se probó hasta la saciedad que las gestiones del funcionario sajon habian sido todo lo decorosas y activas que podia apetecerse, aunque fatalmente tardías: el Ministerio tuvo que presentar su dimision ante la actitud que, con motivo de este asunto, tomaban las cámaras y el pueblo. En los primeros momentos el nuevo gabinete tuvo alguna dificultad en ponerse de acuerdo sobre las bases de su programa político, por estar divididos los pareceres acerca de dos cuestiones importantes: la ejecucion de Roberto Blum y el recono-

cimiento por el Gobierno de los *derechos fundamentales*, proclamados en Francfort. Transigióse al cabo sobre el primer extremo, y se convino en acceder al segundo. Esta determinacion, sin embargo, no satisfizo á las cámaras, cuya mayoría, eco dócil de los clubs y de los corifeos de la demagogia, insistió en que se reconociesen á la vez los derechos fundamentales y la constitucion federal de Francfort en su integridad absoluta y sin género alguno de reserva. El Ministerio no creyó prudente suscribir á semejantes pretensiones; y después de haber dimitido la mayor parte de sus miembros, fueron disueltas las cámaras en medio de la agitacion general.

El 5 de mayo estalló el movimiento en Dresde, apoderándose un grupo armado del Arsenal, de la casa de Ayuntamiento, é interceptando la circulacion de las calles con barricadas y otras fortificaciones improvisadas al efecto. En el mismo dia, después que la familia real abandonó la ciudad, trasladando su residencia á Koenigstein, fué proclamado un gobierno provisional, compuesto de los republicanos Zschirner, jefe de la insurreccion; Heurnetz y Todt. A la mañana siguiente la artillería sajona, auxiliada con los refuerzos prusianos, que llegaban á toda prisa por el camino de hierro, rompió el fuego contra los amotinados, se tomaron algunas barricadas á la bayoneta, con gran pérdida de gentes de una y otra parte, y continuó el combate por espacio de cuatro dias, habiendo sido necesario en todos ellos desalojar al enemigo casa por casa, y siempre por asalto, sin que la decision de la tropa ni los continuos destacamentos que á cada instante llegaban de Berlin disminuyesen el encarnizamiento y la obstinacion de los sublevados, hasta el dia 9, en que el Gobierno Provisional fué puesto en fuga, quedando la ciudad en poder del ejército.

El partido conservador hubiera deseado que el Gobierno, aprovechándose de estos acontecimientos y del triunfo conseguido por las tropas sobre los demagogos, revocase las concesiones hechas á la revolucion desde 1848; pero, mejor inspirados el Rey y sus ministros, comprendieron que en el estado general en que se encontraba la Alemania, una precipitacion imprudente podria traer gravísimas complicaciones á la causa del órden.

La Prusia acababa de prestar á Federico Augusto un señalado servicio, contribuyendo con la eficaz intervencion de sus tropas para el restablecimiento de la tranquilidad en su reino. A consecuencia de esto firmó la Sajonia el 26 de mayo un tratado con aquella potencia y el Hannóver, que tenia por objeto una asociacion de mutua defensa contra las insurrecciones que pudieran ocurrir en sus respectivos estados, si bien con la precisa condicion de que no tendria efecto el convenio hasta el dia en que el Austria se adhiriese á él. Pero tanto este tratado como otros varios dirigidos á establecer una especie de union entre los estados del noroeste de Alemania, quedaron sin efecto, y desde entonces la Sajonia, siguiendo una marcha diametralmente opuesta á la política de la Prusia, unió sus esfuerzos á los del Austria para conseguir el restablecimiento de la dieta de Francfort.

2

[illegible] [illegible]

[illegible] [illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

J. Vallejo dib° y lit°

Lit de J. Donon. Madrid

EL PRINCIPE ALBERTO.

HEREDERO DE SAJONIA.



En el intervalo que separó las sangrientas jornadas de Dresde hasta las conferencias entabladas en la misma capital para el arreglo definitivo de los grandes intereses que dividieron á la nacion alemana por algun tiempo, Federico Augusto se decidió á tomar un partido decisivo respecto á la constitucion sajona. Las leyes votadas en 1848 no podian subsistir en vigor sin nuevas concesiones al partido democrático; era preciso derogarlas, y para ello ningun medio mas adecuado al objeto que restablecer la constitucion promulgada en 1831. El anuncio indirecto de esta resolucion, hecho en las Cámaras el 28 de mayo de 1850 por el ministro de Negocios extranjeros, M. Beust, suscitó una discusion tempestuosa, que obligó á disolver inmediatamente la legislatura, convocando para el 22 de julio la reunion de otras cámaras elegidas con arreglo á la ley electoral de 1831. Las elecciones, aunque agitadas al principio, no confirmaron en su resultado los temores que abrigaba el Gobierno, que, por el contrario, encontró en el nuevo parlamento la moderacion, la buena voluntad y el apoyo necesarios para consolidar los principios esenciales de la constitucion monárquica que ha regido la Sajonia durante veinte años.

El congreso de Dresde, promovido por Federico Augusto y celebrado en 1851, ha tenido por objeto establecer la verdadera union alemana sobre las bases de los intereses comerciales de cada uno de los estados de la confederacion. Cualesquiera que sean sus resultados ulteriores y la influencia que por medio de la union aduanera estén llamados á ejercer en los destinos de Alemania, la gloria de su iniciativa corresponde al ilustrado monarca de Sajonia, que, sin olvidar las lecciones de la experiencia, ha penetrado el nuevo espíritu de las necesidades actuales, estrechando el único lazo federal que puede constituir la fuerza y el engrandecimiento de la raza germánica.

Federico Augusto no ha tenido sucesion en ninguno de sus dos matrimonios; pero la Providencia le ha compensado suficientemente, deparándole en las perfecciones y en las nobles cualidades de su augusta consorte el modelo de las reinas, y á sus súbditos, en la caridad inagotable de su católico corazon, un dechado de todas las virtudes cristianas.

El príncipe Juan, hermano del Rey, es el presunto sucesor á la corona, y ¡ojalá que, heredando con ella la cuerda intrepidez, el tacto político, la superioridad de miras y la patriótica perseverancia que han conquistado á Federico Augusto II un merecido renombre entre los soberanos de Europa, comience para la Sajonia la era de prosperidad y de ventura que le reserva el porvenir en los fastos futuros de la nacionalidad alemana!

Madrid, enero de 1853. F. Millan y Caro.





REYES CONTEMPORÁNEOS.

Lit. de J. Donon, Madrid.

AHMED-PACHÂ.  BEY DE TUNEZ.





TÚNEZ.

AHMED BAJÁ-BEY.

«Altrix bellorum bellatorumque virorum
Tellus, nec fidens nudo sine fraudibus ensi.»
(SILIO ITALICO, *Punicorum*, lib. I, v. 218 *y* 219.)

«La mayor parte dél (Túnez) es todo tierra llana, donde andan grandes pueblos de alárabes y de africanos muy poderosos, que viven en tiendas en el campo.»
(MÁRMOL, *Descripcion general de Africa*, lib. VI, cap. I.)

«Se alza allí Túnez cerca de Cartago,
De hispana y mora sangre tan bañada,
Que no es ya arena, sino tinto lago.»
(*Soneto inédito.*)

ALLÍ en donde mas ensancha sus ámbitos el Mediterráneo, antes de rodear el antiguo promontorio de Mercurio para vaciar sus aguas en los peligrosos bajíos de las Sirtes, mirando de soslayo la parte occidental de la Sicilia, frontero, aunque en opuesto continente, á su poderosa y mas afortunada rival, se mira sobre las costas de Africa el antiguo asiento de la desgraciada Cartago. Aquí las olas, ó mas recias y codiciosas que en

otros mares, ó la tierra menos firme, ó tratable en demasía, como arredrándose y dejándose sojuzgar por ellas, se humilla y zahonda para dejar formar un espacioso golfo; y todavía no satisfechas, siguiendo en su incesante empuje, practican un estrecho ó fauce para rematar sus límites en un mar pequeño ó albufera de cuatro leguas de circúito. Este, que bojea desde el cabo Farina hasta el cabo Bueno, es el golfo de Túnez. Aquel canal estrecho por donde se entran las aguas, es el pasaje de la Goleta, y aquel mar pequeño, el Estaño, á cuya orilla superior se levanta desde siglos remotos, y acaso, segun algunos geógrafos é historiadores, desde edad anterior á la fundacion de Cartago, la ciudad de Túnez: parajes todos famosos en nuestras crónicas, y regados copiosamente, siempre con gloria, aunque á veces trágica y lastimosamente, con la sangre de soldados y héroes españoles.

Se cuenta pues que ciento y mas años antes de la llegada de Dido, con su colonia de fenicios, habian ya tomado asiento y posesion de Túnez otra porcion de aventureros salidos tambien de la Fenicia; siendo esta la causa por que los nuevos aventureros pasasen á establecerse mas al occidente de la costa africana, porque siempre se deja notar que las colonias venidas del oriente se apartaban mas y mas hácia el occidente conforme era posterior la época de su establecimiento. Ello es que toda aquella parte de costa tiene el propio orígen, pues en lengua fenicia *Utica* significa ciudad antigua, *Carthago* ciudad nueva, y *Túnez* ó *Tunah* significa morada ó habitacion, en el propio idioma: indicio claro de que los pobladores venian de las regiones de Tiro.

Túnez, puesto que cediese el primer lugar en importancia y opulencia á su vecina Cartago, todavía se la encuentra con gran nombre desde los tiempos de la primera guerra púnica; porque en los conciertos y tratados de paz celebrados entre romanos y cartagineses en aquella edad, se encuentra el nombre de la ciudad de Túnez después de Cartago y de Utica, como ocupando el tercer lugar. Los azares de las guerras púnicas hicieron á Túnez trocar frecuentemente de señores; porque, si Régulo la ocupó después de su victoria sobre Almícar y Hannon, volvió á poder de los cartagineses cuando el lacedemonio Xantipo derrotó á Régulo; y cuando Escipion sitió á Cartago hizo de Túnez su plaza de armas, y aun aquí fué en donde recibió á los treinta embajadores que le enviaron los cartagineses para pedirle la paz. Como tan vecina á Cartago, Túnez participaba de su buena ó mala ventura, devastada ó reedificada y engrandecida, conforme los favores de la fortuna ó las catástrofes y las desgracias dominaban en aquel país. Cuando Augusto, con una colonia de cinco mil soldados, restauró los muros de Cartago, pocos años después de la era cristiana, Túnez participó de los efectos de la munificencia imperial, así como en los tiempos de Hadriano miró aumentarse su recinto con nuevos muros para hacer de Túnez punto fortificado contra la sedicion y las turbulencias de la poblacion indígena, que sufria siempre con mala voluntad el yugo extranjero. Las historias romanas, al referir la sublevacion del nú-

mida Tacfarmas, y los esfuerzos que hubo de emplear el procónsul Camilo, después de una guerra de siete años, para comprimir tal rebelion, que no se apagó sino con la muerte del jefe de los rebeldes, dejan entender la dificultad de mantener en obediencia aquellas regiones. En los siglos posteriores, nuevas sediciones exigian nuevos esfuerzos de los romanos para mantener en sumision á las tribus bereberes. Para ello era forzoso tener en aquellos países muchas legiones romanas, capitaneadas por procónsules ó legados, de las primeras familias; lo cual fué parte para que en los disturbios que sobrevenian con frecuencia en el imperio en órden á la sucesion del poder supremo, apareciesen en aquella parte de Africa varios emperadores aclamados por las tropas. Los dos Gordianos, el padre y el hijo, elevados al imperio por sus legiones en el año 237 de la era cristiana, residieron en Cartago durante el período fugaz de su mando, y tambien en Cartago fué donde pocos años después Sabiniano, queriendo oponerse al advenimiento al trono imperial del tercer Gordiano, se puso á la cabeza de una sedicion militar, sofocada inmediatamente por el gobernador de la Mauritania, pagando aquel jefe con la vida su arriesgada tentativa. Fuera largo por extremo entrar en pormenores sobre los sucesos posteriores á esta época, relatando las vicisitudes que corrió Túnez con las otras provincias del Africa cuando el imperio se dividió, primeramente entre los hijos de Constantino el Grande, y después entre Arcadio y Honorio, sucesores de Teodosio. Bastará apuntar que Bonifacio, gobernador de Africa, descontento de ambos emperadores, se sublevó en Túnez y en Cartago, llamando en su socorro á los vándalos de España. Estos pasaron al Africa sin que nada pudiera resistirles. Enseñoreados de la mayor parte de la costa septentrional de Africa, pronto hicieron conocer al rebelde Bonifacio que no podian contentarse con el título de auxiliares y aliados los que en verdad eran dueños y conquistadores. Bonifacio quiso resistir; y aunque la ignorancia en que los vándalos se encontraban, para poder reducir fácilmente los recintos fortificados, fuese parte para resistir en Hipona por mas de catorce meses, no por ello fué mas afortunado, y Genserico pudo dilatar sus conquistas á Cartago, á Túnez, á Biserta y á Utica. Genserico negoció con Valentiniano II, logrando que este le cediese las tres Mauritanias y la Numidia, reservándose, empero, el dominio de Cartago y de Túnez con sus territorios y aledaños. Pero los nuevos conquistadores, que, como fuertes, no cuidaban mucho de ser escrupulosos en el cumplimiento de los tratados, y conociendo los empeños en que andaba embarazado el emperador Valentiniano, no pensaron en acceder á sus demandas; antes bien asentaron su dominacion con mayor ahinco en Cartago y en Túnez. Entonces fué cuando estos dos emporios como que quisieron recobrar el esplendor antiguo; porque en sus mares y en sus puertos volvió á aparecer una marina no menos formidable que las antiguas armadas de los cartagineses. De aquellos dos puertos, en tiempo de Genserico y de sus sucesores, se veian salir escuadras formidables, que amenazaban á Constantinopla, que devastaban las costas de la Dalmacia y de la

Iliria, que saqueaban á la misma Roma, poniendo en continuo ahogo á la Italia y á todo el Mediterráneo. Las hordas duras y belicosas que con Genserico habian sojuzgado el Africa, tomando, con los palacios y costumbres de los romanos vencidos, su depravacion y su sensualidad, iban poco á poco perdiendo los medios para mantener su superioridad. Sin embargo, mas de un siglo pasó desde el establecimiento de los vándalos en Africa hasta la rota y prision de su último rey Gilimer: victoria conseguida en tiempo del emperador Justiniano por su capitan Belisario. Gilimer fué conducido preso á Constantinopla, y de su pueblo, unos fueron muertos, otros reducidos á la esclavitud, algunos pocos fueron alistados en las banderas bizantinas, y las pocas reliquias restantes se confundieron en las tribus bereberes de aquellas regiones, sin que la historia recuerde después el nombre siquiera de los vándalos. Aquellas provincias del Africa sufrieron bajo la mano de los sucesores de Justiniano todas las alteraciones y turbulencias que ocasionaban la flojedad de tales príncipes, la distancia del solio imperial y la inquietud constante de la poblacion indígena. Pudo una expedicion de persas en los tiempos de Cosróes penetrar hasta Túnez, entrándola y destruyéndola casi totalmente; y si bien esta conquista no produjo resultados, pues los invasores se retiraron luego, todavía se echa de ver el desórden de aquellos tiempos y de tal imperio, en que enemigos situados á la parte contrapuesta podian llegar triunfantes hasta los términos mas occidentales del imperio de Constantino. Pero ya la Providencia, para azote de aquel imperio degenerado, y para castigo de aquellos emperadores tiranos y crueles, aprestaba otros enemigos mas temibles por su valor fanático, su frugalidad maravillosa, y por su perseverancia en caminar adelante conquistando siempre. Señalamos aquí la irrupcion tremenda de los árabes, que, no pudiendo ponerla dique la inercia é incapacidad del imbécil Heraclio, se abrió paso por la Siria, para sojuzgar después el Egipto, y llegar al cabo de pocos años hasta señorear las aguas del Atlántico, dejando á la espalda conquistada toda el Africa. No viene á nuestro propósito relatar una por una ni con todos sus pormenores las expediciones sucesivas que los capitanes árabes acaudillaron, predicando el islamismo y sujetando tantas provincias á los sucesores de Omar. Después de la conquista de España por Thárec y Musa-ben-Nosseir, y aun en tiempos posteriores, cuando ya el imperio de los Omiadas se habia inaugurado en Córdoba, las provincias de Africa corrian bajo la mano de gobernadores venidos de oriente; y hasta los tiempos de Harun-Arraxid, quinto califa de los Abbasidas, vino proveyéndose al gobierno y administracion de las costas occidentales de Africa por medio de estos emires. Pero con la investidura no traian ni la sumision ni la fidelidad que debian al Califa; y aunque en el nombre reconocian aquella autoridad civil y religiosa, ni su obediencia era cabal, ni reintegraban en el tesoro los impuestos y riquezas que sacaban de aquellas opulentas ciudades y países. Queriendo acabar con tanto desman, Arraxid puso los ojos para ello en *Ibrahim-ben-Aghlab*, que por sus prendas y sus servicios daba fian-

zas de apartarse del pernicioso ejemplo de sus predecesores. Ebn-Aghlab burló las esperanzas del Califa. Era de aquellos hombres que tomaban los servicios pasados y la fidelidad guardada como medio poderoso é inevitable para dar su golpe mas en seguro. Llegado apenas á su gobierno, sacudió el yugo de la obediencia, y se proclamó independiente en Cairvan el año 184 de la egira, ú 800 de nuestra era. Este fué el fundador de la dinastía de los Aghlabitas, y el primero que devolvió su independencia al reino de Túnez. Su obra, si no contrastada por el poder de los Abbasidas, que comenzaba á declinar, sufrió, sin embargo, oposicion extremada por otros emires y gobernadores subalternos, que, á su ejemplo, se atrevieron á declararse independientes. Ibrahim-ben-Aghlab resistió como esforzado, negoció como hábil, y después de varia fortuna, triunfó de todos sus enemigos, que de ellos el mas temible era *Edris-ben-Edris*, descendiente de Abu-Tháleb. Al morir, después de doce años de reinado, dejó el imperio fundado por su habilidad, por su astucia y resolucion, por derecho hereditario á su hijo *Abul-Abbás-Abdalláh*. Como á la muerte de su padre este príncipe se encontraba en Trípoli, un hermano suyo, llamado *Aláss*, se hizo proclamar como sucesor en Cairvan, si bien por el pronto regreso de su primogénito al año siguiente 197, 813 de nuestra era, y por el poder que le acompañaba, le restituyó el trono, el cual no tardó en volver á ocupar por la muerte de Abul-Abbás, su hermano, que fué asesinado en Cairvan cinco años después. Esta dinastía de los Aghlabitas siguió reinando por mas de un siglo en las provincias de Túnez, no sin gloria y esplendor, puesto que conquistó la Sicilia, donde se estableció una rama de la familia, sabiendo rechazar las expediciones de los emperadores de Constantinopla y las correrías y sobresaltos de los zenetes y demás tribus bereberes. El último príncipe de tal dinastía, llamado *Abu-Násser*, hubo de ceder el trono á un rebelde afortunado, llamado *Abdalláh*, quien no solo le derrotó, obligándole á dejar sus estados, sino que tambien venció y mató á otro príncipe Aghlabita, llamado *Ibrahim*, que, entrando en Cairvan á la cabeza de sus partidarios, ayudándole la fortuna y ocupando gran parte del país, presumió nada menos que llegar á la restauracion cumplida del trono de los Aghlabitas. Abandonándole la fortuna, quedó pacífico poseedor del trono Abdalláh, que no por ello gozó largos dias de su usurpacion, puesto que, andando ya por aquel tiempo poderoso en armas y secuaces *Mohammed-Almahdi*, que codiciaba aquellos dominios, lo provocó, lo atacó y lo venció, dándole muerte lastimosamente, y agregando de tal modo á sus inmensas conquistas la rica posesion de los Aghlabitas, de quien á un tiempo fué heredero y justo vengador. Este Mahdi fué fundador de la dinastía de los Fathimitas, que, considerando campo estrecho para su ambicion estas partes occidentales de Africa, pasaron á establecerse en Egipto, fundando la ciudad del Cairo (*Cahira*), desde donde mirando con mas aficion las cosas del oriente que las de estas partes del Africa, las confiaron á grandes vasallos feudatarios, que las gobernaban menos como vireyes que como príncipes del todo al todo independientes.

Yúsuf, apellidado *Abul-Fatuh*, era un capitan esforzado que habia acompañado al Egipto á Moezzeddin, el fundador del Cairo. A este le cedió el Califa el gobierno de las regiones occidentales, que, entre otras mas, comprendian las de Trípoli, de Túnez y la Sicilia. Este fué el fundador de la dinastía llamada de los *Zeiritas*. Yúsuf no desmintió el nombre de esforzado guerrero, y no solo apagó con sangre las diversas rebeliones que le suscitaron los malcontentos, sino que dilató sus conquistas hasta Fez y Segyelmesa y otras partes de Almoghreb. Muerto Yúsuf en el año 894 de nuestra era, siguió el trono de Túnez ocupado por su descendencia, siempre en lucha con muchos rebeldes y con las tribus del desierto, cediendo y recuperando alternativamente muchas ciudades y provincias, hasta que subió al trono su rebiznieto *Temim*, que no se miró menos embarazado con otras sediciones y guerras peligrosas. Redujo al fin las ciudades que se le habian sustraido de la obediencia, tomando á Cairvan y recuperando á Túnez, donde se habia establecido cierto aventurero afortunado, llamado *Ahmed-ben-Nusria*, logrando tambien rechazar de Mehdia á otro árabe emprendedor y esforzado, *Malec-ben-Alavi*, que al huir de esta ciudad logró echarse sobre Cairvan, de donde tambien lo desalojó.

En tanto los griegos de Constantinopla y los normandos, conquistadores de Sicilia, se apoderaron de la isla Panthelaria, desde donde tenian en continuo rebato á Biserta, Túnez y á toda la costa africana. Temim trató y negoció con ellos, y por una gran suma de doblas de oro logró la paz, renunciando á intervenir en favor de los árabes de Sicilia; y ya desembarazado, pudo acudir adonde le llamaban otros peligros de mayor apremio y gravedad; porque un turco llamado *Xamálec*, capitaneando una expedicion de aventureros, tenia en grande aprieto á la ciudad de Trípoli, con el intento sin duda de formar un establecimiento peligroso para Túnez. Acudió Temim y logró rechazarlo. En tanto la ciudad de Quebez, la de Sfax, y aun el mismo Túnez, habíanse sustraido de la obediencia; con que, acudiendo Temim, logró reducirlas, no sin peligro y sangre. Temim, al fin, después de cuarenta y ocho años de reinado, si laborioso y contrastado, no sin gloria y esplendor, murió en el año 501 de la egira, ó 1108 de nuestra era. Le sucedió su hijo *Yahya*, y á este el suyo *Alí*, que dejó el trono al desgraciado *Hasan*. En verdad que su reinado fué una serie incesante de desgracias y desastres. El hambre convirtió su reino en un vasto cementerio, en tanto que Roger, rey de Sicilia, allegando gran número de naos cerca de la isla Panthelaria y teniendo en alarma toda la costa africana, se apoderó de Trípoli, Mehdia, Sfax y Quebez. El desdichado Hasan, abandonando á Mehdia, iba resuelto á buscar asilo en Egipto, cuando, ya caminando, trocó su resolucion, y vino á echarse en los brazos de *Abdelmumen*, el jefe victorioso de los Almohades. Este príncipe acogió con satisfaccion al desgraciado Hasan, porque á vueltas de repeler de la costa africana á los aventureros de Sicilia, aprovechaba la buena ocasion de agregar á su imperio otras vastas provincias. Ello es que Abdelmumen limpió

toda la costa de los invasores cristianos, apoderándose de las ciudades que habian logrado ocupar; pero ni un palmo de tierra supo devolver al desgraciado Hasan, que murió desposeido y pobre, extinguiéndose así, después de dos siglos muy corridos de imperio, la dinastía de los Zeiritas. Túnez y las provincias comarcanas se gobernaron por mucho tiempo por emires y gobernadores nombrados en Fez ó en Marruecos durante la dinastía de los Almohades. En las guerras que estos príncipes sostuvieron en España, y en las que se señala con tanta gloria para nuestras armas la batalla de Las-Navas, vino acompañando al emir Almumenin-Nasserledin-Allah, llamado *Mohamad el Verde* por nuestras crónicas, cierto bereber de la tribu de los Hentetas, apellidado *Abdelváhed*, descendiente del jeque Omar-abu-Hafss, que, creyendo mejorar de orígen, pretendia no ser de una tribu africana, sino de las tribus del Yemen, contando entre sus ascendientes al mismo califa Omar. El jefe de los Almohades le confió pues el gobierno del Africa oriental, y singularmente de Túnez, adonde se estableció con tal investidura por el año de 1206 de nuestra era. Su sagacidad y poder, y mas que todo, el menos valer á que vinieron las cosas de los Almohades, fueron parte para que este Abdelváhed cobrara alientos para declararse independiente, como lo logró al fin, dilatando sus conquistas con la ocupacion de Bugía, siendo este el fundador de la dinastía de los Hafssitas, que fué la tercera y última que mantuvo en independencia el reino de Túnez. Los reinados de sus hijos *Abu-Faras* y *Abu-Zacaria* no ofrecieron suceso alguno de importancia; antes bien este último, lleno de zozobras y sobresaltos por los peligros que le rodeaban, volvió á someterse á los Almohades, muriendo sin gloria y oscuramente. Pero su hijo *Abu-Abdalláh*, desdiciendo del apocamiento del padre, se declaró independiente á su advenimiento al trono, adoptando por distintivo el sobrenombre regio de *Almostansser-Billah*. En el reinado de este príncipe, que llena un período de siete años, cumpliéronse dos grandes acontecimientos que es oportuno apuntar aquí. Fué el primero la conquista por D. Jaime de Aragon de las islas Baleares, que, sublevándose poco tiempo después, pidieron socorro á los moros de Africa, y singularmente á los de Túnez, con quienes, por la vecindad, mantenian relaciones mas estrechas. El rey Don Jaime, sabiendo comprimir la rebelion de sus nuevos vasallos, hizo entender al de Túnez el enojo con que miraba la ayuda y los socorros que de allí venian para los moros de Mallorca; y el rey de Túnez, temeroso del esfuerzo y del poder de D. Jaime, que fácilmente pudiera saltearlo en su propia capital, no solo retiró y cortó los socorros que pudieran venir de aquellos estados á las Baleares, sino que ajustó con el de Aragon treguas y paces, que por sus capítulos ofrecian grandes ventajas á toda la gente mercante de la Provenza, Cataluña y Aragon. Estas ventajas y beneficios, de que disfrutaban los estados cristianos del Mediterráneo, se desvanecieron completamente por la cruzada que contra Túnez llevó el rey San Luis de Francia, que con la de los catalanes y aragoneses al Oriente, fueron las últimas de estas expediciones guerreras y caballerescas. La guerra pues volvió á

estallar con nueva furia. S. Luis, partiendo de Aguas-Muertas el 1.° de julio de 1270, después de contratiempos y borrascas, desembarcó el 27 del mismo mes en las costas de Túnez con mas de sesenta mil hombres y sus tres hijos. Derrotando la muchedumbre mora que se le opuso al paso, y tomando por asalto la fortaleza, parecian ser estos asomos de mayores y mas prósperos sucesos. Pero los moros, fortificándose diestramente en la ciudad, defendiéndose con porfía y resolucion, y no viniendo nunca á empeño campal y decisivo, detuvieron los progresos de los cristianos, trayéndolos siempre en sobresalto y alarma, asediándolos casi en su propio campo; lo que, allegado á la fatiga y al rigor del clima, insoportable para aquellos soldados, preparó, con la escasez y el hambre, los rigores de otro mayor azote, que fué la peste. La enfermedad se cebó en aquellos soldados, hiriendo mortalmente al mismo Monarca, que murió en Puerto-Farina, no léjos de Cartago, el 25 de agosto. Aunque la llegada del rey Cárlos de Sicilia con tropas y refrescos alentó algun tanto las esperanzas de los cruzados, las dificultades no se allanaban, y las privaciones podian sobrevenir de nuevo; y en tal trance conoció el rey de Túnez que en ninguna mejor ocasion pudiera emplear parte de los inmensos tesoros allegados por su padre, que en desviar á peso de oro aquel ejército invasor, que ponia en peligro su vida, sus riquezas y su reino: se habló, se negoció, no sin contradicciones por parte de la gente menuda del ejército, que querian á todo trance entrar en Túnez, viniendo en conclusion á celebrarse una tregua de diez años, en dar al rey de Francia y á sus barones doscientas diez mil onzas de oro puro, suma inmensa para aquel tiempo, con otras estipulaciones de gran ventaja para los cristianos que quisieran avecindarse en Túnez en sus tratos de comercio, y concediéndoseles el libre ejercicio de la religion cristiana, pudiéndose edificar iglesias, tener campanas y hacer predicaciones para la conversion de los moros. El rey Cárlos de Sicilia sacó para sí mayor ventaja, puesto que el de Túnez se obligó á satisfacerle doble tributo del que de antiguo pagaba á Sicilia, aprontando además el corrido de cinco años por atrasos. Así el rey Cárlos, que habia empeñado á S. Luis á empresa tan azarosa por estas miras interesadas, logró cumplidamente su objeto. Felipe *el Atrevido*, que habia ceñido la corona en el mismo campamento de Túnez, concluido el tratado, volvió á Francia con su ejército y con el cuerpo de la heróica y santificada víctima de aquella expedicion. En cuanto á Mostansser-Billah, sobrevivió muy poco á la ida de los cruzados, muriendo en el año 1277 de nuestra era.

El cetro de Túnez prosiguió por tres siglos mas en las manos de esta dinastía de los Hafssitas, siendo su historia una serie continua de rebeliones, de usurpaciones y de asesinatos entre los príncipes de la misma familia; y con ello dióse lugar á que un oscuro aventurero originario de la ciudad de Bugía, llamado *Ahmed-ben-Marzuc*, valiéndose de la semejanza que en su gesto y persona tenia con un tal *Alfádhel*, uno de los príncipes asesinados, se apoderase del trono, en el que mantúvose por tiempo de tres años, hasta que, concertados y reuniendo sus

fuerzas dos príncipes de la dinastía antigua, lograron expulsarlo del trono y del territorio de Túnez. *Omar-Abu-Hafss*, uno de estos dos príncipes, empuñó el cetro, repitiéndose entre sus sucesores las mismas muertes y violencias, dándose lugar con ellas á que los Beni-Merines de Fez se introdujesen en las cosas de Túnez, ya como árbitros, ya como conquistadores. Después de todo este tiempo, y bien entrado ya el siglo XVI de nuestra era, el reino de Túnez habia venido á manos de *Muley-Mohammed*, uno de los últimos reyes de los Beni-Hafss, de quien nos habla la historia, mereciendo el que nos detengamos razonablemente sobre este período, por la mucha parte que tomó España en los acontecimientos que en él sobrevinieron. Este Muley-Mohammed, de condicion flaca, tenia muchos hijos de sus diversas mujeres; pero, sojuzgado por los halagos y condicion altiva de una de ellas, dama árabe principal, llamada *Gesia*, hija del jeque poderoso Ismael, resolvió dejarle el trono al hijo que de ella tenia, nombrado *Hasan*, puesto que fuese el menor, contando para el buen resultado de esta preferencia con la ayuda de las tribus de los *Valed-Yahya*, cuya era la alcurnia de su mujer. Muerto Muley-Mohammed después de treinta y tres años de reinado, su hijo *Almamun*, que era el mayor, quiso soltarse del castillo en que estaba preso, con acuerdo del alcaide; pero, acudiendo Hasan, le hizo matar con tiro de escopeta, y juntando sus parciales, que de secreto le habian jurado en vida de su padre, se señoreó de Túnez y se hizo proclamar rey. Otro hijo de Muley-Mohammed, llamado *Arraxid*, entendiendo el caso, tomó la huida, que pudo bien hacer porque moraba fuera del castillo; y puso tan buena diligencia en ello, que al fin logró escapar sin que alcanzarlo pudiesen los buenos corredores que Hasan envió en su seguimiento. Este en tanto hizo prender á sus demás hermanos y hermanas, de aquellos matando á unos y cegando á otros, y echando las mujeres en oscuras prisiones. Arraxid llegó á Bescara, ciudad de la Numidia, donde fué bien recibido del jeque que á la sazon era señor de aquella ciudad, llamado *Abdalláh*, casándolo con una su hija para mayor honra. Arraxid vino contra Túnez con todas las tribus de aquellas cercanías, que habian tomado su voz; y saliendo á él Hasan con sus tropas y sus guardias de turcos y de cristianos, fué desbaratado, aunque peleó bravamente, y obligado á encerrarse en los muros de la ciudad. Estos cristianos llamábanlos *rabatines* (1) los árabes, y eran descendientes de los cristianos que en tiempo de los Almohades habian pasado al Africa desde España para sostener las partes de Almamun, y de los que razonable número habia morado en Túnez para guarda del emir que allí habia quedado por los Almohades. Pues como Arraxid echase de ver la gallarda defensa que detrás de los muros de Túnez le hacian estos soldados cristianos y los turcos que seguian las partes de Hasan, grandes es-

(1) Segun Mármol, llamáronse así estos cristianos muzárabes por vivir en Marruecos, en un *arrabal* cercano á los palacios del Rey, que los tenia para su guardia : aquel sitio se llamaba *Bora*.

copeteros y tiradores de ballesta, y como no trajese tampoco artillería con que poderse ayudar, y viendo el poco efecto que de los bereberes sacaba, que todo se reducia á quemar y estragar los huertos y olivares, los despidió para sus desiertos, y él se vino la vuelta de Argel para pedir mano y socorro á *Barbaroja*. Este célebre pirata, llamado por los árabes *Haireddin*, y mas conocido en Europa con el nombre de *Barbaroja*, era natural de Lésbos, é hijo de un renegado siciliano y de una española andaluza. Su padre, que, dejando su oficio de alfarero, habia abrazado la profesion de corsario, crió en ella á sus dos hijos, siendo el mas famoso este Haireddin, que, si por sus piraterías llenó de espanto todas las costas del Mediterráneo y á todos los navegantes cristianos, por sus hazañas habia logrado toda la gracia y favor del sultan de Constantinopla, hasta verse investido con el título de *capitan-bajá* y de gobernar casi como soberano en Argel. Barbaroja holgó mucho de la llegada de Arraxid, dándole á entender que encaminaria bien sus negocios, pero por otra senda de la que el moro desterrado pensaba; porque desde luego imaginó el famoso pirata en anejar los estados de Túnez á los del Gran Señor. Y dándole á entender á Arraxid que para tan grande empresa era útil dar cuenta á Constantinopla, lo persuadió, como fácilmente se persuade al necesitado, á ir allá; y cogiéndolo en sus naves, lo presentó al Gran Señor. Acaso este hubiera concedido sencillamente su ayuda para la restauracion de Arraxid; pero las sugestiones del astuto Barbaroja fueron tan poderosas, que *Soleiman*, el Gran Señor, entró en los designios de incorporar al poder otomano los dominios de Túnez. Quedando en son de preso Arraxid en Constantinopla, aparejó Barbaroja una poderosa armada de sesenta velas con nueve mil turcos de desembarco; y soltando cuidadosamente la voz de que Arraxid le acompañaba, tomó la vuelta para las playas de Túnez. Llegada la armada turquesca á Biserta, se le entregó la ciudad de primera mano, puesto que el odio que Hasan se habia suscitado por sus crueldades disponia los ánimos para ello. Y tal aborrecimiento de sus vasallos le era tan conocido al Rey, que de antemano tenia acordado el dejar á Túnez y recogerse, con sus tesoros, riquezas y mujeres, bajo el amparo de los *Valed-Yahya* y de los *Valed-Aixa*, sus parientes. Este rey, puesto que afeado por las crueldades que ponia en ejecucion, y con otros vicios hijos del poder, de que usaba como bárbaro, le asistian sin embargo prendas propias de príncipe. Era cortés y liberal, animoso para pelear, y pasaba por uno de los mejores hombres de á caballo que hubo en Africa en su tiempo; siendo muy diestro en el manejo de las armas y alcanzando grandes fuerzas; de modo que pudiera pasar por un gran príncipe, sin la fatalidad que le obligó á traer señores extraños á su reino; pecado que jamás cometen los soberanos sin llevar tremendo castigo ó en su persona ó en su dinastía. Este Muley-Hasan se preciaba mucho de su linaje, diciendo que con él se contaban treinta y cinco reyes de su casa en Túnez; pregonando que de varon en varon descendia de Melchor, uno de los tres reyes magos, sin duda para tapar así la boca á los que, negándole ascendencia del Yemen, le suponian venir

de una de las tribus del Sudan ó la Nigricia. Ya fuese por imitar á los príncipes y varones cristianos, ó bien porque fuese empresa adoptada por su familia, traia por armas una lanza y dos espadas á los lados con las puntas para arriba, tres medias lunas sobre ella, cobijado todo por una corona, y encima un lucero, blason heráldico, que mostraba con satisfaccion después su hijo Muley-Mohammed á los caballeros cristianos en Italia.

Pero estas señales de que hablaba el rey Hasan sin duda era cosa propia, ó cuando mas, de su padre ó abuelo; porque los de Túnez llevaban antes en sus banderas otras insignias. En un manuscrito original del siglo XIV, importantísimo para la geografía de la edad media, escrito en pergamino con adornos y paramentos de oro y colores, que hemos registrado, dice el viajero estas palabras: «Ende víneme para Çuçia è dende para Túnez, que es una grand cibdat è rica è muy abondada è es cabeça de toda la Berberìa: el rey dende à por señales un pendon blanco con una luna prieta.»

Volviendo á nuestro relato, dirémos que Barbaroja pasó después á Puerto-Farina, y doblando el cabo Cartago, se presentó ante el fuerte de la Goleta, comenzando á disparar sin pelota la artillería de sus naos, como en salva de regocijo, á la que respondió la del castillo por la propia manera. Barbaroja preguntó á los de la Goleta por quién tenian el fuerte; á lo que dijeron que por quien mandase y señorease en Túnez. Como Hasan, que se encontraba en el castillo de la ciudad, entendido ya que aquella armada era de turcos, y que su hermano Arraxid podria venir en ella, puesto que habia sabido su viaje á Constantinopla en demanda de favor, quiso bajar á arengar al pueblo, como en persuasion de que tomasen su defensa. Pero los naturales, representándoseles entonces vivamente el recuerdo de sus violencias y crueldades, le volvieron silenciosamente las espaldas, dejándole solo. Ademan, en verdad, y resolucion que perturbó tanto el ánimo de Hasan, que, descuidando poner en cobro todos sus tesoros, telas y preseas, sin mas entrar en su palacio, se salió de la ciudad. Contaba años después este príncipe á algunos capitanes del ejército imperial, de los que vinieron en favor suyo al Africa, que cuando bajó del castillo habia puesto en una bolsa de terciopelo carmesí doscientas sortijas de oro puro con riquísimas piedras de inestimable valor, pensando llevarlas consigo, y que fué tal la turbacion con que se levantó del estrado, que se dejó olvidado allí el bolsillo; por manera que el primero que llegó al sitio se encontró é hizo suyo aquel riquísimo tesoro. Desembarazados ya los de Túnez de la presencia del Rey, hicieron entender á Barbaroja que podia venirse á la ciudad, enviándole hermosos caballos ricamente enjaezados para que pudiesen entrar cabalgando en ellos y como en triunfo, así él y los demás capitanes turcos como el príncipe Arraxid, á quien contaban en su compañía. No tardó Barbaroja en entrar en Túnez con sus nueve mil turcos por la puerta de *Bab-Aleva* ó del Ahullido, y atravesando el arrabal adelante, llegó hasta la puerta de *Bab-Zeit* ó del Aceite, y de allí á la aljama de *Zeitun* y al castillo. Como la algazara y el regocijo fuera mucho, todavía es-

peraban los de Túnez el saludar al príncipe Arraxid, escandalizándose no poco de oir solo entre los vivas los nombres de Barbaroja y de Soleiman, y de ningun modo el del príncipe que esperaban. Y como algunos criados de Arraxid, que acompañaban á Barbaroja en la armada, les relatasen secretamente que su amo allí no venia, sino que quedaba preso en Constantinopla, los vecinos, aumentado el desabrimiento y el enojo, se recogieron á la plaza como en intentos de oponerse á los turcos y de combatirlos en el castillo, adonde se habian alojado, despachando al propio tiempo correos para llamar á Muley-Hasan. Mal lo pasara Barbaroja, tanta fué la furia con que le cercó en la fortaleza el Mesuar ó gobernador de la ciudad, sin la industria de un renegado llamado Baeza, que hizo subir de presto á la torre una culebrina, y disparándola con gran brio, puso en los de la ciudad grandísimo temor y espanto. Pero llegado Muley-Hasan con un tio suyo, hermano de *Gesia* (1), llamado *Doray*, y siendo cada vez mas furioso el ataque de los de la ciudad, Barbaroja se vió reducido de nuevo á grande extremidad de trabajo y peligro. Todo su ingenio y militar experiencia no le sugerian medios con que salir de tan apurado trance; cuando, llegándose á él otro renegado español, natural de Málaga, que habia sido soldado de Pedro Navarro, y se llamaba *Halis*, aconsejóle que saliese animosamente á pelear, porque los moros eran gente vil y para poco, y no sufririan la furia de los turcos. Hízolo así Barbaroja; y saliendo en contra de los tunecíes y cargándolos con su escopetería y ballesteros, hizo tal estrago en aquella gente baldía y desmandada, que, matándoles hasta tres mil hombres de los ciudadanos é hiriéndoles seis mil, viniéronsele á rendir; con que recibieron por señor á Soleiman de Constantinopla. Muley-Hasan y su tio saliéronse huyendo de la ciudad, yéndose para Constantina; pasando esto por los años de 1533. Aquietada la ciudad, propúsose Barbaroja aplacar con buenos tratamientos á los vecinos, echó guarnicion turquesca en los pueblos mas granados, trató de ganarse las amistades de las tribus de los campos; y como quisiese hacer de Túnez un gran puerto, empleaba los brazos de mas de veinte y cuatro mil cautivos cristianos que tenia, en abrir el canal de la Goleta para hacer pasar el mar á la Albufera ó Estaño.

Cargado de tristeza y mal avenido con su fortuna, andaba en tanto Hasan entre las tribus de su parentela, adonde buscó asilo, no encontrando en ellas suficientes medios para contrarestar á Barbaroja. Entonces un su esclavo genovés, que mucho privaba con él, le representó que ningun príncipe de la tierra podia tener mano poderosa para devolverle á su reino como el emperador Cárlos V, que acaso se alegraria mucho de tomar ocasion para destruir aquel corsario, que tanto mal causaba á la cristiandad. Tomó Hasan este por el mejor consejo, y encomendó al mismo *Ximaa* (que así se llamaba este esclavo ó renegado) la ejecucion de su embajada. Tan bien la desempeñó el genovés, y tan buenas razones supo dar al

(1) Illescas nombra á esta dama árabe *Lentigesia*, sin duda por *Lela Gesia*.

Emperador, que, inflamado de buen celo como cristiano y como caballero, se resolvió á tentar la empresa con todos los medios que le procuraba su gran poder. Las armadas de Sicilia, de Flándes y de España recibieron mandato para aprestarse, debiendo allegarse á ellas las galeras de Génova y un poderoso galeon y varias carabelas, con que acudia á la empresa el rey D. Juan de Portugal. El Emperador se vino para Barcelona, en donde pasó el mes de mayo de 1535, dando calor con su presencia á los aprestos. Con que sabiendo que la infantería vieja de soldados españoles, tudescos é italianos se reuniria en Cerdeña para principios de junio, se embarcó el 30 de mayo en el mismo puerto de Barcelona en una hermosa galera de á cuatro remos por banco, fabricada expresamente en Génova á la vista del famoso Andrea Doria, embarcándose con el Emperador el infante D. Luis, su cuñado, y largo número de caballeros castellanos, catalanes y aragoneses. No bien se habia hecho á la mar la armada, cuando soplando un viento contrario y recio, la desbarató, y disparándose las naves por una y otra parte, pudieron recogerse en fin en las aguas de Mallorca, de donde pasaron todas á reconocerse y unirse en el puerto de Mahon, en Menorca. Volviendo el buen tiempo, navegó toda la armada la vuelta de Cerdeña, tomando puerto en Caller y en otros lugares de la isla : en los mismos dias llegó á Caller el marqués del Vasto con los soldados de Italia ; con lo que el Emperador recibió gran contento, haciendo meter en las naves inmensa cantidad de bizcocho y mucha cecina y carne salada preparada para el efecto. Al siguiente dia llegó una fusta fugitiva de Túnez, que conducia algunos cristianos cautivos que venian huyendo, y trajeron por nueva los grandes preparativos que hacia Barbaroja para su defensa. Los intentos del Emperador no habian sido tan secretos, que no llegasen en lenguas á los oidos de Barbaroja, que inmediatamente despachó enviados á Constantinopla pidiendo socorros ; en donde con buenas palabras se le hizo entender que para conjurar aquella tempestad debia atenerse á sus propias fuerzas, porque el Gran Turco se encontraba empeñado con todo su poder en las guerras de Asia, teniendo á su cargo los demás bajáes del imperio otros empeños de no menor apuro. Haireddin ó Barbaroja, como resuelto y animoso, creyó bastarse á sí propio. De la Goleta, que antes era, menos que castillo, un edificio propio solo para aduana, hizo una fortaleza respetable ; llamó á Túnez á todos los turcos y genízaros de los demás puertos de Berbería; tambien se trajo todos los corsarios, dejando solo doce galeras para navegar por el Estaño y otras doce para correr los mares, traer y llevar avisos. Recogió en Túnez cuantas provisiones pudo sacar de los campos y pueblos de tierra adentro ; pidió hombres y armas á todas las tribus, haciendo entender á las demás ciudades y provincias de toda el Africa que su defensa se cifraba en que los cristianos no sentasen el pié en Túnez ; porque, señoreándose de ella, fácilmente conquistarian todo el demás territorio. Así como el Emperador supo por los cautivos fugitivos que Barbaroja resolvia defenderse en la Goleta, ordenó que se apresurase con gran diligencia la partida,

zarpando la armada de Caller al siguiente dia, y navegando con tiempo bonancible todo él y aquella noche, siguiendo las naves los tres faroles encendidos que enarbolaba la capitana de Andrea Doria. Y al amanecer llegó la vanguardia á Puerto-Farina, atravesando así en pocas horas las sesenta leguas que se miden á este puerto desde Caller. La armada contaba mas de cuatrocientas velas entre naos grandes y pequeñas, entre ellas noventa galeras reales, muchas urcas para la carga, y gran número de galeotas y fustas; de modo que no parecia sino que el mar habia abortado una inmensa floresta movible. Esta poderosa armada llevaba, además de los marineros y gente de cuenta, veinte y cuatro mil soldados; de ellos cuatro mil españoles, cuatro mil italianos y siete mil tudescos, todos soldados viejos; además iban ocho mil españoles, tropas de nueva leva, y algunos portugueses. A los tercios viejos de España los mandaba el marqués del Vasto, á los italianos el príncipe de Salerno, y á los tudescos Maximiliano Piedra-Buena, conduciendo á los reclutas españoles el famoso duque de Alba. Iban tambien mil y quinientos caballos de señores y gente principal, los mil armados de armas graves ó á la ligera, nobleza de todas naciones, y quinientos jinetes andaluces al mando de D. Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar. La armada pues, reconociendo á Puerto-Farina, vino costeando el cabo de Cartago y la playa llamada Marsa, teniendo á la vista los jardines del rey de Túnez, desde donde envió el Emperador con el marqués del Vasto cuatro galeras para que reconociesen el fuerte de la Goleta; quien se adelantó tanto, que pudo dar buena relacion de los reparos y fortificaciones de aquel castillo. A otro dia comenzó á desembarcar la gente, siendo los primeros que pusieron el pié en tierra los soldados españoles del tercio de Francisco Sarmiento, con algunas piezas de campaña y una banda de caballos ligeros. En seguida desembarcó el Emperador con el infante D. Luis y con los caballeros y señores de su séquito, sin que se encontrase resistencia en los turcos ni en los moros, reduciéndose solo el trance á algunas leves escaramuzas con ciertos árabes de á caballo que andaban voceando y corriendo por la marina, que al fin la dejaron limpia, deslizándose por entre los edificios arruinados de Cartago. En seguida desembarcaron los soldados de Italia, manteniendo los capitanes recogidos á sus soldados bajo las banderas, permaneciendo toda la noche sobre las armas. Al dia siguiente tomó tierra la gente nueva de España con artillería, municiones y pertrechos, cañoneando y rindiendo al fin Andrea Doria la torre llamada *del Agua*, nombrada así por guardar en su recinto algunos pozos manantiales, aunque algo salobres. Tambien se ganó cierta torre llamada *del Almenara:* lugar que, por fuerte y señorear toda la tierra, pareció útil asegurar bien, echándose en ella por lo mismo un presidio de trescientos españoles. En un otero que se alzaba entre la torre del Agua y las ruinas de Cartago se alzaron los pabellones y tiendas del Emperador y del infante D. Luis, alojándose las tropas todo en derredor.

Cierto ya Barbaroja de tener sobre sí todo el poder del emperador Cárlos V y

su propia persona, aseguró el ánimo de los suyos con razonamientos llenos de buen ánimo y esperanzas, prometiéndose sacar gran provecho de sus aprestos y defensas. Y como por el grande espacio que abarcaba el asiento de Túnez, sojuzgado por muchos padrastros que lo dominaban desde fuera, y conociendo que no podian arrasarse los arrabales por ser la parte mas noble de la ciudad, cosa que jamás consentirian de buena gana los vecinos, resolvióse á hacer la mayor defensa en la parte de la Goleta. Ya hemos dicho que esta, antes torre de poca monta, la habia trocado Barbaroja en poderosa ciudadela, si bien no tuvo tiempo para concluir de mampostería todas las obras que su pericia le habia sugerido. Como la Goleta caia á la parte occidental del canal, desde que se certificó de la venida de la armada imperial, hizo sacar un lienzo muy fuerte de muralla desde la marina hasta cerca de la torre del Agua, desde donde volvia el muro hasta el Estaño, y sobre el ángulo de este muro levantó un baluarte á manera de bastion, con saeteras y traveses, que respondia á todas partes. Y como el tiempo no le alcanzase para concluir el lienzo del muro, cumplió lo que faltaba para llegar al Estaño ó lago con los remos inmensos de las galeras desarmadas, que, hincados en dos ó mas andenes en la arena, y terraplenados poderosamente con tierra y rama, oponian harto mayor defensa á la artillería cristiana que si fuesen de piedra. Por la parte de afuera de estas obras se practicó un ancho foso, que se henchia con el agua del mar; y para formar las troneras y reparos se valió de las sacas de lino que á dicha ofrecian tres navíos de Alejandría que habian arribado cargados de ellas, y con mucha lana que hizo venir para el caso desde Túnez. Por la parte que miraba al levante, y frontero al Estaño, levantó con maderos, tierra y maleza un reparo; y para salvar el brazo del canal hizo echar un razonable puente, que entraba en el ámbito de la fortaleza, de anchura holgada, para que pudiese pasar la gente y artillería. A la parte del mar ordenó alzar otro reparo á modo de caballero, tan alto, que descubria toda la marina, defendiendo así las doce galeras que se mantenian armadas fuera del Estaño; y finalmente, por el resto de la parte de poniente se parecian muchos bajeles varados en tierra, y entre ellos encabalgadas no pocas piezas de artillería, que tiraban á la armada, al propio tiempo que las galeras, puestas á recaudo dentro del Estaño y al abrigo de la Goleta, podian disparar al través y por donde mejor trance se ofreciese. Esta, que aunque de extraña traza y singular estructura, no dejaba de ser una fortaleza formidable, la aseguraba Barbaroja por la manera siguiente: encerró en ella siete mil hombres de pelea, de ellos cuatro mil turcos y renegados, mil genízaros y dos mil moros tunecíes, y por cabos de todos muchos arraeces y hombres principales. Los proveyó largamente de municion y vitualla, al propio tiempo que las barcas iban y venian continuamente por el Estaño desde la Goleta á Túnez. Dió por órden Barbaroja á esta gente resuelta que, en caso de verse en grande aprieto, se metiesen todos, hecho escuadron, por el Estaño, y que caminasen por los bajos señalados para ello con filas de estacas y banderolas, lo mas recogidos que pudiesen, la

vuelta de Túnez; porque, si tenia en mucho el defender y mantener la Goleta, preciaba en mas el conservar á soldados tan señalados. El Emperador hubo consejo con sus capitanes sobre si seria mejor el ir sobre Túnez desde luego, ó avanzar resueltamente sobre la Goleta: consejo que al fin se siguió, por no dejar á la espalda enemigo tan peligroso. Barbaroja consideró bien, como hombre práctico de guerra, que los ataques habian de venir por la parte de la Goleta que mira á Cartago; porque por el lado opuesto, aunque mas fácil y accesible, no ofrecia comodidad de agua, de leña ni de fagina; el ancoraje no era tan seguro para los navíos, ni era posible que el ejército cristiano quisiera dividirse en dos trozos. Y por ello, como ya se indicó, la mayor defensa y las obras mas respetables habíanse levantado en la parte amenazada. El lugar era angosto y arenoso, y no se podia venir al puño y á la espada, en que se cifraba la ventaja de los españoles, sin gran derramamiento de sangre; pero, como el inconveniente no podia excusarse, fué preciso arrostrar por todo. Partiendo pues el Emperador de los primeros alojamientos, puso las tropas por el órden siguiente: á los soldados viejos españoles les dió su puesto de vanguardia, caminando los alemanes á la espalda hácia la parte del Estaño. Los italianos se dividieron en tres trozos: el uno quedó en los alojamientos; el segundo, capitaneado por el marqués de Fural, se colocó á la derecha de los soldados viejos españoles, fortificándose con botas llenas de tierra, reparándose por una parte con las aguas del Estaño y por la izquierda con el cuartel ya señalado de los españoles; por la espalda le servia de defensa cierto foso que habia comenzado á practicar Barbaroja para traer mas agua del mar al Estaño, y para que las barcas de Túnez pasasen por allí sin entrar en la Goleta: obras todas que quedaron sin cumplirse, por la pronta aparicion de la armada. El otro trozo de italianos, acaudillado por el conde de Sarno, adelantándose hasta quinientos pasos del enemigo, se fortaleció entre el Estaño y la marina. Los trabajos del sitio caminaban lentamente, porque siendo todo aquel terreno arenales muertos, era forzoso traer la rama y la fagina á fuerza de remos en las galeras, por una parte desde el cabo de Apolo, y por otra de la costa de Nebel, siete leguas al levante de la Goleta. Adelantábalos, empero, cuanto era posible la presencia y solicitud del Emperador, quien, mezclándose entre los gastadores, poco le faltaba para tomar parte con ellos en las faenas de levantar los reparos y trincheras. Dió lugar este cerco á que acudiesen al campo, ya de Nápoles, Sicilia y otras partes de Italia, y ya de España, muchos mercaderes y tratantes para proveer el real, buscando su ganancia. Desde la torre del Agua hasta muy cerca de la Goleta se dejaba ver una gran plaza abastecida con cuanto pudiera desear el regalo y la ostentacion. Las preseas y las telas, si se dejaban ver de un lado, por otro se veia larga provision de bastimentos y de frutas; porque el marqués de Labal, siciliano, supo empeñar á muchos aventureros á que emprendiesen este tráfico, yendo y viniendo continuamente de Mallorca, de Cerdeña y otras partes fustas y bergantines cargados de pan fresco, vinos, carnes y todo lo necesario.

Al propio tiempo, al lado de la marina, cavando á cuatro ó cinco palmos, se habia encontrado agua dulce, con que así las gentes como los caballos refrescaban á todo su sabor; por manera que el campo de nada carecia. En tanto el Emperador esperaba al rey de Túnez, Hasan, que, habiendo prometido gran golpe de los suyos, así de á pié como de á caballo, para ayudar eficazmente á la empresa, no acudia con el socorro; y era que Barbaroja con sus dádivas, promesas y amenazas habia hecho que desamparasen á aquel rey la mayor parte de sus adictos y deudos, derramando en esto largas sumas; y tan estrechamente lo seguia con su espionaje y asechanzas, teniéndole tomados los pasos, que hartos peligros corrió de caer en manos del célebre corsario. Al fin llegó al campo Hasan, menos como rey que como fugitivo, acompañado solo de ciento cincuenta jinetes. Con todo ello, lo recibió graciosamente el Emperador, por conocer que no estaba en su mano hacer mayores demostraciones; llegando á tanto su grandeza, que le alargó dinero para pagar á aquellos árabes de su comitiva, encontrándose exhausto su tesoro. Mucho contribuyeron, por otra parte, para el buen logro de esta empresa de Túnez los consejos y avisos que inspiró Muley-Hasan á los cristianos, instruyéndoles de la calidad de la tierra, el asiento y fuerzas de la ciudad, los pozos y cisternas en que pudieran proveerse de agua los sitiadores cuando llevasen su real hasta los muros; de cómo debian cortarse los olivares que se hallarian al paso, para evitar celadas; en qué disposicion presentaria su campo Barbaroja; y dando, en fin, otras muchas y muy importantes noticias, y comunicándose con él todas las cosas de guerra, por tener en ellas muy buen voto. Dióle por huésped S. M. al marqués del Vasto, el cual le trató espléndidamente como á quien era. El desgraciado rey, al pasear aquellos reales tan bien dispuestos y abastecidos, y con la flor de la cristiandad que los poblaba, cobró las muertas esperanzas de volver á su reino.

En este tiempo se escaramuzaba continuamente, sucediéndose á veces rebatos y reencuentros, en que se peleaba con grande encarnizamiento y varia fortuna. En una de estas salidas los turcos lograron penetrar en el puesto de los italianos que mandaba el conde de Sarno, matando á muchos y poniendo en huida á los demás; pero el animoso Conde, recogiendo á los unos y animando á los otros, peleó tan bravamente, que recobró su bastion; y bien hiciera en refrenar allí su cólera, porque, llevado del ardimiento, arrancó detrás de los turcos que huian, mezclándose tanto con ellos, que, como los moros de la Goleta les diesen voces á los suyos que los cristianos eran pocos, revolvieron caras, haciendo retirar á las trincheras á los cristianos y matando al Conde. Ensoberbecidos con el pasado suceso los turcos, salieron otro dia antes de amanecer, en número de tres mil, por dos partes, en contra de los españoles soldados viejos, llegando con tanto ímpetu, que mataron á muchos que reposaban, penetrando en las trincheras; pero los nuestros, tomando las armas, pelearon con tal desesperacion, que dieron lugar á que llegasen otras compañías de socorro, que, arredrando á los turcos, los siguie-

ron con tal ardimiento y tan de cerca, què entraron tras ellos por la parte del Estaño hasta llegar á la plaza misma de la Goleta, gritando á grandes voces : *¡España, España, escalas, escalas!* Y ciertamente si fueran seguidos de mas gente, ó los que llegaron á los reparos trajesen escalas, aquel dia se ganara la Goleta; mas, como no les acudió mas infantería, todos los que entraron dentro fueron muertos peleando, y los otros se retiraron dejando en el campo ciento cincuenta de los suyos, sin mas de trescientos que vinieron heridos. Fuera prolijo referir todos los reencuentros que se sucedian en aquel sitio, perdiéndose muchas gentes de entrambas partes; porque, si el valor de los nuestros causaba harto estrago en los infieles, estos traian grandes escopeteros y tiradores, que hacian notable daño en los cristianos. En una de estas escaramuzas fué herido el marqués de Mondéjar, D. Luis Hurtado de Mendoza, corriendo gran riesgo de ser muerto ó preso, si no le socorriera D. Alonso de la Cueva, comendador de Bedmar, con sus criados y familiares, bien que el Marqués mató por su propia mano á un renegado llamado *Said-Sesi*, que iba acaudillando los turcos y los moros de á caballo, que venian mezclados con las muchedumbres de árabes que así por la parte del campo como del lado de la Goleta habia disparado Barbaroja con gran concierto en contra de los sitiadores; siendo preciso que el mismo Emperador acudiese en persona con cuatrocientos caballos para que los moros diesen á huir, dejando en el campo tres piezas de artillería. El marqués de Fural fué herido malamente en una de estas escaramuzas de un escopetazo que le entró por los pechos, y llevándole á curar á Sicilia, murió á pocos dias en Trápani. Como la astucia de Barbaroja era tanta, no dejaba pasar ocasion alguna en que pudiera sacar ventaja en aquella incesante pelea, y lastimándose mayormente por el cuartel de soldados viejos españoles, resolvió darles un rebato en ocasion provechosa para él. Como cerrase una noche de viento tempestuoso, que heria de rostro á los españoles, hizo salir de la Goleta, cuando mas soplaba el viento, cuatro mil turcos determinados, llevando delante muchos moros armados de pailas, para que, removiendo la arena, enturbiasen el aire con grandes remolinos de polvo, cegando á los españoles, acometiendo al mismo tiempo los turcos con alaridos y resueltamente: sobresalto y azar que causaron harta turbacion en los soldados, y que en otros de menos valor y práctica de guerra hubieran podido traer algun grande fracaso. Empero ayudados de su mucha resolucion y experiencia, y recogidos en derredor de sus banderas, hicieron tanto de sus personas, que, arrostrando á los enemigos valerosamente, los rechazaron de las trincheras con pérdida de mucha gente.

Ya en esto los alojamientos y trincheras se miraban tan cercanos al muro, que se consideró llegado el trance de batir en recio la fortaleza. El Emperador dispuso pues plantar tres baterías de brecha. En la mayor y mas principal se asestaron veinte y cuatro cañones gruesos y culebrinas, con que batiesen los soldados viejos españoles el bastion grande, que estaba entre la mar y la torre de la Goleta, el propio torreon y el lienzo nuevo; y cien pasos mas adelante de esta pla-

taforma, que señoreaba el terreno, se pusieron seis cañones mas, con algunas compañías del propio tercio; y á la mano diestra, en el cuartel de los italianos, se plantaron otras diez y seis piezas para batir el reparo que desde el muro iba al Estaño. El Emperador andaba de un cabo á otro dando sus órdenes, visitando las plataformas y la artillería, y arengando á los soldados por razones blandas y sentidas; con que, ocupando las naos y galeras sus puestos, y estando el dia claro y sereno y el mar bonancible, comenzó á jugar la artillería. Las galeras de Andrea Doria desde bien cerca batian la torre de la Goleta y el bastion de la marina; las del conde de la Anguilara, con las del Papa y de San Juan, los galeones y otras naves y carabelas, combatian por el frente las seis galeras que mantenian los turcos fuera del canal (pues las otras seis las habian traido dentro) y todos los reparos que respondian á la parte del mar. Antonio Doria, con otra escuadra de galeras y naos por la parte de Levante, batia por costado las seis galeras y los reparos, que por aquella parte llegaban hasta el Estaño, y por cima la carraca de Ródas hacia tiro contra gran pieza del muro nuevo. El galeon de Portugal disparaba desde donde estaba surto por cima de la demás armada, y las carabelas portuguesas y otras naves gruesas y carracas batian adonde mejor efecto y mayor estrago podian hacer. Puédese representar la imaginacion el estruendo horrible que sublevaria tanta boca de fuego disparando á un tiempo, surcando el mar y el aire tanto hierro y pelota, y crujiendo por todas partes los muros que se desmoronaban y las galeras y buques que se abrian, que ni el mayor terremoto ni el fragor de altas montañas que se desquiciasen podrian igualarlo. Duró esta batería por largas horas desde el amanecer hasta el mediodía, cuando en este punto el muro nuevo, ya cascado y cansado de resistir, se dejó venir al suelo, arrastrando tras de sí un gran casco de la torre grande de la Goleta; con que los escombros y ruinas cegaron las baterías y plataformas que estaban debajo, cubriendo los cañones que jugaban desde las lombarderas, matando los artilleros y proporcionando acceso no difícil. Viendo esto el Emperador, y que ya era tiempo de subir al asalto, mandó dar seis escalas por cada compañía de los soldados viejos españoles, animándolos al trance con un hermoso razonamiento, diciéndoles que aquella empresa tan peligrosa era propiedad solo de los españoles, y que ninguno como ellos tenia tanta obligacion de mostrar su valor en aquel dia, porque al través de tantos riesgos, la victoria era segura con la ayuda del santo patrono de España, Santiago, cuya festividad se acercaba. Se dejó pasar un cuarto de hora de silencio como en recogimiento y oracion, y primero se disparó una culebrina para que la gente se aprestase, y luego se tocó una trompeta para que se arremetiese á la batería. Los soldados viejos españoles y muchos caballeros principales que quisieron formar con ellos, como en puesto de tanto peligro, inflamados con las palabras del Emperador, se soltaron valerosamente sobre los reparos de los turcos. Estos, que para tal trance estaban prevenidos, dispararon á un tiempo su escopetería y sus bocas de fuego con rociada tal, que los italianos se detuvie-

ron, y los españoles, que marchaban entre bastion y bastion, confundieron algunas hileras con los muertos y heridos que caian. Acudiendo á ellos entonces el Emperador, les gritó: « ¡Oh mis soldados los primeros, oh mis leones de España! » Y crecido con esto el ardor de los españoles, como si no tuvieran delante de sí la muerte, llegaron al muro y comenzaron á subir, quién con las escalas, quién ayudado de las picas, quién en los hombros de sus compañeros; y despreciando el fuego y el hierro, señorearon los reparos, matando cuantos turcos salian al paso. El grande escuadron de ellos que se miraba ordenado en la plaza de la Goleta, viendo el furor de aquellos soldados invencibles, y conociendo cuán poco les aprovecharia defenderse, disparando antes su escopetería, se metieron luego por el Estaño, en número de cuatro mil hombres, caminando por los bajíos que con palos hincados tenian señalados como sendas, y torciendo después á mano derecha, tomaron tierra y se fueron á Túnez. Otros dos mil pasaron el canal por el puente de que hemos hablado, y hundiéndolo después de pasado, caminaron la vuelta de *Arrades*, poblacion á dos leguas de Túnez. Algunos turcos mas resueltos y feroces, como en número de cuatrocientos, quedaron en los reparos para poner fuego á ciertas minas que tenian preparadas, cuando los españoles llenasen aquel espacio. Pero el ímpetu de estos fué tal, que, arrojándose dentro, los mataron á todos sin recibir daño. Algunos caballeros españoles tambien llegaron á la torre de la Goleta á tiempo que un turco, poniendo fuego á unos barriles de pólvora dentro de ella, hizo saltar el sobrado alto, hendiendo la torre por varias partes. Mas á vueltas de aquel humo y de tantas llamas, el célebre D. Diego de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, Martin Alonso de los Rios, famoso soldado, y otros españoles, entraron por aquellas hendiduras fulminantes como si hollasen alfombras; pero no bien eran entrados en la torre diez y ocho ó veinte destos hombres animosos, cuando se prendió fuego á otro barril de pólvora, que hizo harto daño, abrasando una mano á D. Diego de Mendoza y todo un costado. Aquellos hombres valerosos, á pesar de todo, siguieron adelante, matando á los cuarenta turcos que allí habia; acabaron de ganar la torre, y un valeroso soldado puso luego una bandera en lo alto de ella, en señal de victoria. Sin duda tan extremado esfuerzo de estos españoles dió motivo al dicho que se le atribuye á *Sinan*, judío renegado y uno de los principales oficiales de Barbaroja. Cuéntase pues que, como se presentase, huyendo de la Goleta, ante los ojos de Barbaroja, que estaba desesperadísimo por la pérdida de sus galeras, y este le dijese muchas palabras injuriosas, respondióle Sinan con mansedumbre: « Yo te digo, Señor, que si yo hubiera de pelear con hombres, que no huyera; mas no me pareció cordura tomarme con Satanás, y por eso me quise guardar para mejor tiempo. » En esto ya la gente de la armada, saliendo en los bateles y esquifes, y la gente de los reales derramándose en persecucion de los fugitivos, disparando sobre los que iban por el Estaño, hicieron gran mortandad en los turcos. Tomáronse en esta fortaleza inmensa cantidad de piezas de artillería, entre ellas

trescientas de bronce, además ochenta y siete naves, en que se contaban cuarenta y dos galeras reales, siendo una de ellas la capitana llamada *de Portundo*, porque habia pertenecido á este caballero, general de las galeras de España, á quien la tomó Barbaroja, con siete galeras mas, cuando le desbarató y mató en el año de 1529, volviéndose de llevar al César á la coronacion. Contáronse además, entre las galeras recobradas, otras doce que habian sido de cristianos, y que fueron tomadas por los infieles en diversos tiempos. Así se ganó la Goleta, entrando en ella el Emperador á poco entre sus españoles, acompañado del infante D. Luis, del rey Hasan y de otros muchos caballeros.

Fueron muchos los soldados que pretendian haber sido los primeros en trepar á la muralla. Y esto no fué extraño; porque, como aportillaron y escalaron el muro por varias partes á un tiempo, porfiaban muchos ser los primeros, cuando en verdad sentaron allí la huella en un mismo punto. El Emperador recompensó largamente á estos soldados valerosos. A Fuensalida, alférez de Hernando de Vargas, concedió doscientos ducados de renta de por vida ; á Mendoza, alférez del capitan Carrillo, otros tantos ; al alférez Alonso de Toro, doscientos; y fuera de estos, dió á cada cien ducados de por vida al capitan Miguel Navarro, á Miguel de Salas, á un tal Herrera y á Diego de Isla, que, con ser capitan de un galeon, vino á tomar parte en el asalto y fué de los primeros que treparon. Acaso el primero que subió no pudo gozar del premio de la victoria, porque ya arriba fué clavado por las dos piernas al muro con un tiro grueso, y cobrando su arcabuz, abrazado á él, murió este valiente español, cuyo nombre se ignora. Estos situados los llevó cada cual por juro en el pueblo que señaló. Con tales mercedes concedidas á los mas valerosos de estos soldados, tan bravos á la presencia, á los ojos de toda la cristiandad, y mandados por un general como el mismo Cárlos V, no es extraño el que subiese de punto por aquel tiempo en España el espíritu militar.

En todos los combates que van referidos mezclóse el Emperador, ora esforzando á los soldados, yendo de uno en otro, ora peleando él mismo valentísimamente. Entre las muchas proezas que ejecutó en aquellos trances, solo mencionarémos el haber dado socorro con sus hombres de armas á Garcilaso de la Vega, acosado por los moros y puesto ya en gran extremo de peligro, y el haber librado de la muerte, lidiando poderosamente, á Andrés Ponce, caballero andaluz, á quien sacó de entre los piés de los enemigos, en donde andaba revuelto, muerto su caballo.

Lograda esta empresa, muchos querian que se diese por satisfecho el Emperador, sin cuidarse de entrar en Túnez; pero otros caballeros pensaron de diverso modo; cuya resolucion siguió el Emperador como mas animosa, sosteniéndole en ella señaladamente el infante D. Luis, su cuñado, príncipe de gallardo espíritu. Se caminó pues definitivamente sobre Túnez el dia 30 de julio. Barbaroja, fértil en recursos, puesto que su mayor esperanza la tenia en la Goleta, todavía quiso tentar fortuna defendiendo á Túnez. Podia contar con sesenta ó setenta mil hombres de pelea entre los árabes del campo y los tunecíes, fuera de sus diez ó do-

ce mil turcos: el camino de la Goleta á Túnez ofrecia ventajas para emplear aquella muchedumbre: tenia razonable número de piezas de artillería; con que, y sabiendo alentar y entusiasmar á sus soldados, resolvió esperar al Emperador en cierto sitio acomodado, como á legua y media de Túnez, ventajoso para sus designios y con agua abundante para refrescarse. El calor era insoportable, el terreno enojoso para marchar, y el sol insufrible, como lo es á fines de julio y en aquellos climas. El ejército cristiano marchaba pues en esta forma: la vanguardia la formaban dos escuadrones de á cada cuatro mil hombres; el uno de los soldados viejos españoles, que llevaba la derecha, que era la parte descubierta, y el otro de los italianos, que caminaban á la parte del Estaño, marchando hechos escuadrones con poco frente é hileras prolongadas, por no consentirlo de otra manera ni la anchura ni el desahogo del terreno. Delante del escuadron de los italianos, y como descubriendo el terreno, marchaban por la parte del Estaño unas compañías de jinetes, para estorbar que los árabes, entrándose por los bajíos, tirasen de mampuesto sobre las tropas. A la mano derecha, y poco mas adelante de los dos escuadrones, se dejaba ver un hermoso batallon de señores y caballeros, como en número de cuatrocientos de á caballo, con el estandarte imperial todo colorado, para ser conocido de todas las naciones, llevándolo Luis de Quijada, el ayo de D. Juan de Austria. En medio de los dos escuadrones iban las banderas y atambores, rodeados de la gente armada de armas cortas y rodelas; en cuanto á la arcabucería, iba toda formando mangas por defuera, asegurando el campo. Mas arredradas y de la propia manera caminaban doce piezas de artillería al paso de la infantería, tiradas por algunas escuadras de tudescos y de marineros. Tras de toda esta gente, como á ciento veinte pasos, iba un escuadron de seis mil alemanes con su general Maximiliano Piedra-Buena: escuadron que se dejaba ver por traza diversa que los dos delanteros, porque era ancho y en frente igual á entrambos, si bien era de poco fondo. Después caminaba todo el carruaje y recua del ejército, frisando con el Estaño, y para asegurar la parte de la derecha, la guarnecia un cuerpo de trescientos jinetes andaluces mandados por el marqués de Mondéjar, ya restablecido de las dos lanzadas que recibió el dia de los alojamientos. Finalmente, por retaguardia de todo el ejército se dejaba venir el duque de Alba con el resto de los españoles, cubriéndole el costado de los olivares un golpe de jinetes, y trayendo otro por la parte de la marina. Con tan gentil y bien dispuesta ordenanza se movia compasadamente el ejército por aquellos arenales enojosos, hasta que, llegados los escuadrones á terreno mas firme, crecieron su frente; pero la fatiga y el calor del dia agoviaban mucho á los soldados. Y como llegasen á un pozo que mostraba encerrar buen agua, la gente comenzó á desmandarse en busca de ella; con que hubo el Emperador de acudir en persona, porque ya los alárabes y la chusma de los moros asomaban por entre los alcores y olivares. Era tanta la sed, que los soldados se arrojaban al Estaño, tragando por consuelo aquel agua salobre, aumentándoseles la sed hasta arderse y consumirse; y harto trabajó el Emperador de su persona para hacer que los soldados

se recogiesen á sus banderas. Barbaroja tenia dispuesto el que los diez mil turcos se echasen sobre los españoles, y que quince mil árabes de á caballo se mezclasen con los italianos atropellándolos, al propio tiempo que otra inmensidad de moros y alárabes armados de escopetas rodeasen los escuadrones, disparando sobre ellos. A retaguardia puso Barbaroja el resto de los turcos y moros de á caballo y demás caballería, que todos eran treinta mil combatientes. Barbaroja se mantenia en el sitio que ya apuntamos, lleno de huertas y de pozos de agua manantial, dando direccion á todos, viendo la buena ordenanza con que se le acercaba el ejército cristiano. Y como ya hubiese largo tiempo que venia escaramuzando, Barbaroja hizo soltar contra los cristianos aquellas turbas de árabes, que lo hicieron con tal ímpetu y con tales alaridos, que pudieran perturbar á otros soldados menos animosos y experimentados que aquellos; pero las mangas de arcabuceros les dieron sus cargas con tal acierto, que los hicieron arredrar tan recios como habian venido acometiendo, sin que mas osasen acercarse mucho. Pues como el Emperador se vió libre de los sobresaltos de aquella gente importuna, y que los turcos no se desviaban del lugar de las huertas, y que su gente moria de sed, arengó con breves y animosas palabras á los dos escuadrones de la vanguardia, singularmente á los españoles; y haciendo pasar de antemano la artillería á la vanguardia, los dejó ir rabiosamente contra los turcos, invocando el nombre de Cristo. Disparada la artillería de entrambas partes, que no hizo grande efecto, llegaron los soldados viejos españoles y los italianos á los turcos, que, descargando su escopetería, no atreviéndose á aguardar el choque, se desbarataron, siendo perseguidos y muertos sin piedad. Los cristianos al llegar á ganar los pozos se desordenaron, buscando aliviar su sed, bebiendo agua y sangre todo revuelto, porque los moros habian echado en los pozos cáñamo y los muertos de las heridas; por lo que el Emperador andaba de un cabo á otro, metiendo en las vasijas un pedazo de unicornio que llevaba pendiente de un cordon largo de seda, recelando que el agua tuviese ponzoña. Como muchos de los alárabes anduviesen ordenados entre los olivares, temiéndose el Emperador de sus intentos, por andar la gente de la vanguardia desmandada buscando agua, mandó al escuadron de los tudescos que cerrase con ellos para desbaratarlos; y poniendo en ejecucion el mandato, arredraron tanto á los moros, que ya no hubo recelo por entonces de nuevo acometimiento. Los tunecíes y los demás moros comenzaron tambien á cejar, retirándose hácia la ciudad, como para poner á recaudo sus casas y haciendas; con que Barbaroja, queriendo retirarse con alguna autoridad, mandó tocar á recoger, caminando hácia Túnez con la gente de á caballo que le asistia, ya después de anochecido. El Emperador, temiendo las asechanzas de enemigo tan cauteloso, mandó tocar al arma é hizo recoger la gente á sus banderas, pasando la noche en vela y sobre las armas á poca distancia del Estaño. Todavía Barbaroja pensaba renovar la batalla al siguiente dia en los mismos muros de Túnez, tomando para ello sus disposiciones, animando á los turcos, á los alcaides y je-

ques de las tribus, y mostrándose en todo como buen soldado y capitan animoso; pero las cosas se le trocaron muy de otra manera. En las mazmorras de Túnez habia gran número de cautivos cristianos, que aquel hombre feroz habia querido volar por medio de la pólvora en sus mismas prisiones, antes de salir á dar batalla al Emperador. Dos renegados muy sus familiares, Vicente Cataro, que se decia *Gyafar*, y Francisco de Medellin, español, á quien llamaban *Memin*, le contradijeron el intento, así por lo cruel del caso como por no ser el trance tan apurado, segun ellos, que fuera forzoso apelar á tan bárbaros extremos, pues debia reservarse tal trance para cuando todo estuviese perdido. Convino Barbaroja por entonces con este perdon, si bien para cuando llegara el caso, hizo entrar en el castillo muchos barriles de pólvora, y con ellos algunos renegados feroces, para que volasen todos, y con ellos los cautivos, llegado el último apuro. Entrado en la ciudad después de la batalla, fué sabiendo que la mayor parte de los vecinos desamparaban el pueblo, y que los alárabes y las tribus se retiraban igualmente á sus campos; lo cual le hizo ya desconfiar de poder emprender otra nueva batalla; y como al amanecer viese que todo el mundo le desamparaba, excepto los turcos y alguna gente principal, le llegaron ciertos familiares de los que habia dejado en el castillo, que venian á reunirse con él para tomar juntos la huida. Ellos le dijeron que, como viesen que sus criados embalijaban su recámara y recogian los tesoros para tenerlo todo á punto, creyeron que estaba todo perdido, y que al entender los cautivos que se les queria volar en el castillo, se habian sublevado, prestándoles facilidad para ello dos renegados que no habian tenido resolucion para tal crueldad, llamados, como antes dijimos, Gyafar-Agá y el español Memin. Entendiendo tal desastre Barbaroja, fuera de sí como loco, corrió en su caballo hácia el castillo, seguido de pocos; y como llegase á las puertas, comenzó á dar gritos, llamando con alaridos á sus renegados y familiares, sin que nadie le respondiese; antes bien los cautivos, ya libres, comenzaron á denuestos y á pedradas con él desde las almenas y reparos. Aunque el Alcaide, que era un renegado de Baeza, quiso remediar el mal, y aun mató algunos de los sublevados, tuvo que huir, salvando de su hacienda lo que pudo y á una mujer y su hija: cosa que le costó la vida; porque, reparando después Barbaroja en la ciudad de Bona que habia cuidado de poner á recaudo las prendas propias, y no las de su amo y señor, le mandó cortar la cabeza. Pues los cautivos, viéndose á riesgo de volver á caer en peor fortuna, porque ni tenian órden ni armas, subieron á las almenas, haciendo humaradas, llamando á los cristianos y disparando algunas piezas de artillería. En tanto el Emperador venia marchando cuidadosamente hácia la ciudad, suspenso del silencio que por todas partes reinaba, interrumpido solo con los disparos de alguna artillería ó escopetas, viendo á lo léjos turbas de gentes y nubes de polvo, que no se podia entender si iban ó si venian, y sin que los corredores que habian ido á descubrir le trajesen nueva cierta de nada. Pues como llegase á una puerta de la ciudad, llamada *Bab-Darb-el-Hadra*, quedó todavía mas confuso, por-

que el silencio seguia, sin acabar de entender cosa que le satisfaciese; con lo que el Emperador llamó á los capitanes y maeses de campo, encargándoles que tuviesen la gente bien recogida sin desmandarse, de suerte que no se interrumpiese la victoria por algun desórden. Estando en esto, llegaron algunos moros al rey de Túnez con un cautivo cristiano huido, quienes dijeron que los cautivos habian roto sus prisiones, señoreando el castillo, que lo tenian por el Emperador, y que al pié de él andaban algunos turcos que procuraban volverlo á cobrar, y que los cristianos pedian socorro. Añadieron que la ciudad quedaba medio despoblada, porque la gente se iba á mas andar, y que Barbaroja, viendo que la gente no le queria acudir para resistirse, estaba al otro cabo de la poblacion con algunos turcos y alárabes, aguardando que los cristianos entrasen para irse huyendo. Entendido esto por el Emperador, mandó al marqués del Vasto que con los españoles arcabuceros de su tercio fuese á dar socorro al castillo, y él con el resto del ejército se acercó al muro. Llegado el marqués del Vasto, fué alegremente recibido de los del castillo, al propio tiempo que Barbaroja, después de haber visto cómo se iba acercando el ejército cristiano, no teniéndose por muy seguro en aquel sitio, tomó la huida para Argel, atravesando las huertas del Bardo, sitio de placer de los reyes de Túnez, no distante de la ciudad. Ya en esto algunos hombres principales habian venido al rey Hasan para rogarle que intercediese con el Emperador que de sus personas y bienes hiciese lo que fuese su placer; pero que excusara el que la gente de guerra entrase á su libertad en la ciudad. Bien quisiera el Emperador complacer al de Túnez, y sobre ello tuvo consejo con sus capitanes, quienes dijeron que los soldados se alborotarian quitándoles el premio de la victoria, que era el saqueo de la ciudad, y que el mismo Emperador habia prometido el dia antes en recompensa de los trabajos sufridos. El Emperador entonces dijo al de Túnez que viese los barrios ó casas principales que queria libertar, para entregar lo demás á voluntad de los soldados, y en verdad que el de Túnez no tenia motivos de estimacion ni preferencia para con ninguno de los tunecíes. En esto los soldados se habian acercado á los muros, y como viesen que el castillo era tomado y los turcos iban huyendo, subieron á ellos trepando por las picas, y andando por el recinto, abrieron las puertas á los escuadrones, poniendo todas las casas á saco, usando de las crueldades y de los estragos que la ley de guerra concede en tales casos; lo cual entendido por el rey de Túnez, suplicó al Emperador el que no se tomasen los tunecíes por cautivos; lo cual divulgado entre los soldados, les arreció la ira, matando á cuantos encontraban, como cosa de que no podian aprovecharse; y los alemanes se mostraban tan crueles, que no daban cuartel á edad alguna; por manera que el propio Rey pidió al Emperador que mandase echar bando publicando que todos fuesen cautivos y que el saco era general de personas y haciendas; con lo cual aplacó la furia de la mortandad y comenzaron á cautivar. Murieron este dia pocos cristianos á manos de los moros; pero fueron muchos los que se mata-

allá; y como el generoso caudillo viese algunos de sus capitanes que todavía defendian cuerpo á cuerpo sus banderas, quiso correr su suerte con ellos, volviendo á la orilla, donde murió peleando gloriosamente. Muley-Hasan, viendo su perdicion, se derribó del caballo, y arrojando su aljuba, se procuró esconder entre unos cañizales de la marina. Pero el olor de sus perfumes atrajo á los moros, tomándolo prisionero cierto hombre principal, quien le trató como á persona real. Llevado á su cruel hijo, le prodigó los mayores denuestos, y si le perdonó la vida, fué para abacilarle los ojos, pasándole un pedazo de azófar candente por ellos, y lo cegó. Los árabes dijeron al intento que de quien habia recibido la luz, lo habia sumido en eternas tinieblas.

Pues como Hamida se apoderase del reino, desposeyendo de él á su padre y cegándolo, como llevamos dicho, salió de la ciudad para Biserta, en contra de ciertos turcos que se habian enseñoreadó de ella. En tanto habian llegado á la Goleta mil y quinientos españoles, enviados desde Nápoles por el virey D. Pedro de Toledo, á cargo del maese de campo Alonso Vivas, para asegurar la fortaleza y las cosas de España, puesto que el desbarato y prision del rey Hasan daba cuidado de mayores daños. Con este socorro D. Francisco Tobar, que mandaba en la Goleta, pensó restaurar el partido poniendo en Túnez otro rey. Era este un hermano de Hasan, llamado *Abdelmelic*, hombre de resolucion y atrevido. Cierto dia por la siesta, embozado con unas tocas para no ser conocido, entró en la ciudad, cogiendo descuidados á los tunecíes; y ayudado por los españoles, algunos rabatines y otros moros, sus partidarios, que le aguardaban apostados por las calles y plazas, pudo apoderarse del castillo, matando á los guardas. Cogió á *Said*, el hijo mayor de Hamida, le abaciló los ojos, y se hizo llamar rey de Túnez. Pero este Abdelmelic solo reinó treinta y seis dias, veinte y cinco sano y once enfermo; pagando en este tiempo las parias convenidas al Emperador y los seis mil ducados de oro para satisfacer la paga de los soldados de la Goleta. Muerto Abdelmelic, los tunecíes pidieron por rey á Mohammed, hijo de Hasan, que á la sazon se encontraba en la Goleta; pero Tobar no vino en ello, antes quiso poner en el trono á otro hijo de Abdelmelic, llamado *Mohammed* tambien, niño de doce años, llevándolo á bien el pueblo; pero solo reinó cuatro meses, porque Hamida, viéndose desposeido del reino, se recogió en los Gelves, en donde fué solicitado por algunos hombres principales de Túnez para que tentase de nuevo la fortuna, disgustados, como estaban, del gobierno de aquel rey muchacho. Hamida se fué á los de *Abu-Said*, y allegando muchos de ellos, pudo entrar en Túnez tan secretamente, que, apoderándose llanamente de la ciudad y del castillo, apenas pudo huir el rey niño á la Goleta. Hamida ejecutó grandes crueldades con sus contrarios, llegando hasta echar á algunos de ellos para que fuesen comidos de perros. Reinó, sin embargo, veinte y ocho años, hasta que al fin, aborrecido de todos, cierto alcaide le hizo traicion; y ayudado de otros hombres principales, muy contrarios tambien de Hamida, entregó la ciudad á *Uluch-Ali* ó

Uchalí, en el año de 1570. Este alcaide llamábase *Abu-Taib*, persona por cierto muy querida de Hamida, y por ello le envió cerca de Uchalí, que gobernaba en Trípoli por el Gran Señor. Allí traia grandes disturbios y guerras con los naturales, y para apaciguarlas envió Hamida á este Abu-Taib como medianero. Pues en Trípoli este alcaide, por su natural perverso ó por granjearse mejor fortuna variando de señor, entró en tratos con Uchalí para entregarle á Túnez, y que la tuviese y gobernase por el turco. Abu-Taib le encareció la facilidad de la empresa, ya por el descuido del gobierno de Hamida, y ya por el aborrecimiento que los de Túnez le profesaban. Y como por este tiempo se hubiese Uchalí apoderado tambien de Argel, teniéndolo con el título de dey por el Gran Señor, y contando con mayores fuerzas, creyeron así él como Abu-Taib que era llegado el caso de acometer la empresa. Uchalí pues salió de Argel con un cuerpo de treinta mil infantes, así turcos como andaluces moriscos de los venidos de España, y con siete mil caballos de las tribus bereberes. Advertido Hamida, salióle al encuentro cerca de la ciudad de Bona con tropas muy inferiores en calidad, pues el mayor número consistia en su guardia de negros llamada *zamizamiá*, y mil setecientos caballos, siendo fácilmente derrotado y obligado á refugiarse en el Gerid. Hamida tenia á su sueldo un cuerpo de setecientos turcos, y al saber la venida de Uchalí, dándoles sus pagas, les arengó, y les dijo que él no queria obligarles á pelear con sus parientes y amigos, y que así, les dejaba en libertad para irse donde mejor quisiesen. Pero aquellos soldados respondieron que ellos no tenian otra amistad ni deuda que la de su señor, y que dispusiese de ellos á su mejor voluntad. Agradecióles Hamida su buen afecto y los conservó á su servicio; pero, no creyendo útil el llevarlos á pelear entre sus tropas, los envió á Queff, en donde se mantuvieron fieles hasta que, apoderado de Túnez Uchalí, como después verémos, vinieron á besarle la mano, agregándose á las tropas turcas que en su ejército habia. Uchalí, después de la batalla de Bona, siguió su marcha y se apoderó de Biserta; y Hamida, regresando del interior y allegando los restos de sus tropas, volvió á tentar la fortuna, siendo de nuevo desbaratado al paso del rio Magerda, que atravesó Uchalí con un puente de tablas que hizo traer de Biserta. Los turcos, aumentado su ardor y confianza con la mala calidad de las tropas de Hamida, eran irresistibles. Por lo mismo le derrotaron por tercera vez junto á *Sidi-Abdelvahhab*, que es una mezquita en el campo cerca de Túnez, en cuyos muros hubo de refugiarse aquel príncipe, que si por el valor que daba al reino y al reinado habia cometido tanta crueldad é iniquidades, manifestaba al menos empeño honroso, aunque desgraciado, en conservarle. Pero no pudiendo sostenerse en Túnez, hubo de salir fugitivo para Arradés en una noche con pocos de los suyos, pasando el Estaño, que en aquel tiempo contenia menos agua, pudiendo ganar apenas la Goleta, porque desde muy cerca le perseguian los turcos; en donde el nuevo gobernador Pimentel, conociéndole desde la muralla y abriéndole las puertas, le quiso dar asilo en la fortaleza. Uchalí en tanto amane-

ció sentado en la Alcazaba, en el lugar acostumbrado de la audiencia, en donde todos fueron á besarle la mano, y los pregoneros andaban por la ciudad gritando *¡Paz! Paz!* Los turcos al servicio de Hamida y la demás soldadesca vinieron á reducirse, despidiendo á estos é incorporando á los otros entre los turcos de Argel.

Comenzó á poner Uchalí órden en el gobierno de la ciudad; y como Abu-Taib era muy entendido en aquellas cosas, le instruia en la entrada de los tributos y en la manera de coger todo impuesto y farda. Pero Abu-Taib se engañó en los aumentos que pensaba tener con su traicion, entrando á la par con Uchalí en el gobierno del reino; pues este, teniendo por insoportable carga á este acreedor de la perfidia, le hizo matar. Uchalí regresó para Argel, dejando en el gobierno de Túnez á cierto moro llamado *Ramadhan*, con trescientos turcos y otros tantos moros zuagos.

De regreso Uchalí en Argel, se preparó para navegar á levante con sus galeras, asistiendo á la famosa batalla de Lepanto, siendo el almirante turco que salvó algunos restos de la armada, y el que, dando ánimos á Selim II después de golpe tan funesto, le prestó esperanzas, trazas y recursos con que remediar lo perdido, puesto que los cristianos no supieron cumplir la heróica inspiracion de D. Juan de Austria, que era el presentarse al punto delante de Constantinopla. No recogiéndose pues de la batalla de Lepanto mas que una gloria estéril, vino D. Juan de Austria, no sin poner los ojos en las cosas de Africa. Al ojo lince de D. Juan no podia escaparse la mala vecindad que adquirian España, Italia y todo el Mediterráneo teniendo á las puertas enemigo tan terrible cuanto lo era Uchalí, apoderado de dos puestos tan ventajosos como Argel y Túnez. Despachó pues á Madrid á su secretario Juan de Soto, para que supiese de su hermano Felipe II cuál empresa le seria mas conveniente, la de Argel ó la de Túnez. Juan de Soto volvió con brevedad, excluyéndose de sus instrucciones todo pensamiento sobre Argel; y aunque de Túnez no se le dió resolucion alguna, á poco le llegaron órdenes á D. Juan de Austria para que aparejase expedicion contra él.

Hechos los aprestos necesarios, salió D. Juan para Palermo en 4 de setiembre de 1573, en donde se detuvo hasta el 20 del propio mes, por los contrarios vientos que soplaron; y finalmente, en 7 de octubre hizo velas la armada para el Africa, compuesta de ciento y cuatro galeras, treinta y cuatro naves de carga, doce grandes barcas y veinte y cinco fragatas, en que llevaban veinte y nueve mil hombres, arribando el 8 del propio mes al muelle de la Goleta. En cuanto los de Túnez divisaron la armada, abandonaron la ciudad; de modo que cuando llegaron á ella dos mil soldados prácticos que habia mandado D. Juan por vanguardia, al mando del marqués de Santa Cruz, solo encontraron algunos viejos y gente mezquina. El 11 de octubre llegó á Túnez D. Juan, acompañado del duque de Sesa y de Camilo Capisuchi, marqués de Puicatin, que con cuatrocientos gentileshombres le formaban la guardia. La ciudad se dió al saco, encontrándose muchas ropas y vitua-

llas que los moros no habian podido llevarse, ricas tiendas de campaña y veinte y nueve piezas de artillería, con grande abundancia de pólvora y balas; y como se supiese que Biserta se hallaba tambien despoblada por fuga de los moros y turcos, fué asimismo tomada y saqueada. Es fama que D. Felipe II, conociendo cuánto se arriesgaba, así en dineros como en hombres, queriendo sostener las conquistas de Berbería, habia hecho prevencion á D. Juan que, arrasando completamente á Túnez para quitar aquel nido de piratas del Mediterráneo, y que habia ocupado Uluch-Alí, que nuestras crónicas llaman Uchalí, dey de Argel, terror entonces de aquellos mares y digno sucesor de Barbaroja, volviese con toda la armada á Italia, dejando bien asegurada la Goleta. Don Juan, que abrigaba altos pensamientos, no puso en práctica las órdenes de su hermano. Creyó posible mantener á Túnez y las otras provincias de la Libia con título de rey feudatario de España, y por ello quiso conservar la ciudad. Como tales eran sus intentos, le propuso á Muley-Hamida que lo pondria en posesion del reino, pero con pacto de que él habia de tener parte en él, administrando en nombre de ambos, y que para ello habia de quedar sujeto al gobernador de la Goleta, representante del mismo D. Juan. Muley-Hamida se resistió á ello; porque, si estaba pronto á reconocerse como tributario del rey D. Felipe, pagándole las parias convenidas, habia de quedar siempre con cumplida soberanía. Don Juan le repuso que habia órden del rey Católico para que el reino se gobernase por sus generales, añadiéndole que si él no aceptaba los partidos, ya habria otro que se contentase con ellos; y como Muley-Hamida no consintiese, fué puesto en su lugar su hermano *Muley-Mohammed*, hijo tambien de Hasan. Temiéndose de la mala satisfaccion del moro, fué enviado muy á su pesar y lamentando su desgracia á Sicilia. Como D. Juan conociese que Túnez era infortificable, habido consejo con sus capitanes, dispuso que para sostener la ciudad se levantase entre ella y el Estaño una gran fortaleza, compuesta de seis baluartes, á quien le llamaron después el *Bastion*, para que, dándose la mano con la otra, se asegurasen entrambas fuerzas. Para el gobierno general dejó D. Juan al conde Gabrio Cervellon, milanés, á quien igualmente, por su mucha práctica en la fortificacion y otros conocimientos militares, le confió el levantar el fuerte del Bastion, dejándole para asegurar el puesto tres mil infantes italianos bajo la conducta de Pagano Doria, y otros tantos españoles. El gobierno de la ciudad lo confió al capitan Andrés de Salazar, dejándole una compañía de caballos y largo número de gastadores para las obras que habian de emprenderse. Con que, dejándole D. Juan buenas instrucciones al rey Mohammed para que gobernase con justicia y templanza, apartándose de las prácticas crueles de su familia, y encargándole que poblase la ciudad y se conformara con los consejos del Gobernador, visitando antes la Goleta, y dejando en ella como cabo principal á D. Pedro Portocarrero, muy adicto suyo, partió para Mesina, entrando en Nápoles en los primeros de noviembre.

Por lo mismo que habia intercedido el papa Pio V después de la batalla de Le-

panto, volvió á interceder con Felipe II, después de esta empresa de Túnez, el papa Gregorio XIII; á saber, que diese á D. Juan el título de rey de Túnez, con las demas provincias limítrofes; pero el rey Católico con palabras corteses respondió que por graves razones no lo podia esto conceder. Se dice que esta honrada ambicion de D. Juan, desaprobada de su hermano, ó, como quieren otros, de sus émulos, le sugirió al Rey pensamientos de recelo contra D. Juan; y como este mostrase deseos de pasar á España, temiéndose no fuese á mover tratos sobre este negocio, se le hizo entender que fuese á Milan para estar á la mira de las cosas de Francia, haciéndosele después pasar á Flándes.

En tanto quedó gobernando en Túnez Muley-Mohammed, habitando á la par en el castillo con el general cristiano, presentándose juntos ambos en el estrado para dar audiencia diaria y hacer justicia; porque, como ya se ha apuntado, por los pactos puestos nada podia hacer el Rey sin acuerdo del Gobernador. Los fallos, empero, eran con toda igualdad, y ni moro agraviaba á cristiano sin pena, ni cristiano á moro sin ser castigado. Mohammed cuidó, como se lo encomendara D. Juan, de repoblar la ciudad, para lo cual persuadió á los vecinos que se habian retraido en las montañas llamadas *Gibel-Arrasal*, á tres leguas al mediodía de Túnez, que volviesen á sus casas, como lo hicieron por la mayor parte, bien que hallando las unas hundidas y las otras ocupadas por los cristianos; de modo que en muchas de ellas moraban juntos los soldados y los moros. En esta ocasion se perdieron muchos libros y curiosidades arábigas, porque destruyéndolos creian los cristianos consumir mentiras del Alcoran y futilidades de la Sunna, cuando á vueltas de ellos habia muchos libros de historia y de otras facultades. A pesar de la buena justicia que se administraba, cierto dia hubo un gran levantamiento en el arrabal llamado *Babzueca*, el mas distante de la Alcazaba, y como les quisiesen ayudar los del arrabal de *Babsira*, fueron los que mas sufrieron, por estar sojuzgados por los tiros del castillo. Trabajábase al propio tiempo en la fábrica del Bastion, para lo cual suministraban los moros materiales, bestias y brazos para los acopios (menester que trajo muchos disgustos entre moros y cristianos), guarneciéndose con buena artillería; pero nunca llegó á perfeccionarse, como volverémos á notar mas adelante. Tambien aconteció otro triste suceso poco tiempo después, y fué que, estando en el sitio llamado *Bab-al-Benat* ó *Puerta de las Doncellas*, queria comprar un cristiano cierto pedazo de tela, y como lo quisiese tambien un moro, le asestó el cristiano un golpe; con que, acudiendo otros árabes, mataron al cristiano. Otros soldados acudieron con sus armas, trabándose entre unos y otros una contienda sangrienta, que duró desde la mañana hasta la noche; pero, llegando el rey Mohammed y algunos capitanes cristianos, lograron separar á los combatientes, apaciguándose la pelea. Se dice que quien barajó y encendió mas la pelea después del primer encuentro fué un moro llamado *Ebn-Zafar*, que moraba en el arrabal de *Azafin* ó de los laneros.

Selim II, que mandaba á la sazon en Constantinopla, habia visto con enojo la

ocupacion de Túnez por D. Juan de Austria; porque, además de considerar aquel estado como provincia suya, perdian los corsarios turcos una guarida segura para infestar el Mediterráneo y saltear las costas de la España y de la Italia. Su enojo lo enardecian mas las reclamaciones del famoso Uluch-Alí ó Uchalí, como lo llaman nuestras crónicas; el famoso pirata y dey de Argel, que dominaba á la sazon en Túnez cuando fué sobre ella D. Juan de Austria. Este Uchalí era un renegado calabrés que, estando al remo en las galeras de Dragut-Arraez, recibió una afrenta de otro forzado, y como no se le hiciese justicia, renegó para libertarse de la cadena y tomar venganza de su ofensor. Abrazando la vida de corsario, hizo tales hazañas, que en pocos años, no solo era almirante de la mar entre los turcos, sino que el Gran Señor le dió tambien la investidura de dey de Argel. Pero quien resolvió la voluntad del Gran Señor para reconquistar á Túnez fué *Sinan-Bajá*, que con sus buenos ánimos y la autoridad que alcanzaba por su esfuerzo y prudencia, facilitó todos los obstáculos que se oponian á la empresa. Este Sinan-Bajá era un renegado albanés, soldado feroz y esforzado, que desde esclavo de turco habia logrado encumbrarse hasta ser yerno del Gran Señor, á fuerza de proezas y de hechos maravillosos. Lo que mas le sublimaba en la estimacion del Gran Señor eran las guerras que venia de terminar en la Arabia y en el Asia, sujetando á los poderosos rebeldes que allí se habian sublevado. Sinan-Bajá pues, llevado de su arrogancia, llegó á prometerle á Selim II que en quince dias le daria tomada á Túnez, y limpia de cristianos toda la costa berberisca. A la fama de su nombre y al aliciente de su liberalidad, que era mucha, se alistaban á porfía en sus banderas y para su empresa todos los aventureros levantinos y la mejor soldadesca del imperio otomano. La fama de sus riquezas era tal, que se decia poseer el secreto de hacer el oro; y si con la chusma armada era dadivoso, no era menos limosnero para con los pobres, dando por todas partes largas sumas para los hospicios y hospitales. No parecerá maravilla pues que á los pocos dias contase para su expedicion con una armada de mil y quinientas velas, entre chicas y grandes, y con ochenta mil soldados de desembarco. El Gran Señor, que era sagaz por extremo, supo separar á los venecianos de la liga con el Papa y el rey Católico, asegurándose así de que su escuadra no encontraria dique ni en los mares de Levante ni en el Archipiélago : perfidia grande de los venecianos si lo hicieron con intento, inadvertencia culpable si no cayeron en ello, y falta irreparable en los consejos de Felipe II, el no hacer todo linaje de sacrificios para evitar la paz en aquel trance entre Venecia y Turquía. Mas entendido que todos el papa Gregorio XIII, é interesándose mas que nadie en el bien de la cristiandad, no pudo acabar con que se concertase de nuevo la liga, pues los venecianos se negaron á ello, sin embargo de haber probado nuevos disgustos por parte de Selim en aquellos dias. Cada cual, al ver la tempestad que se concitaba, y no sabiendo dónde iria á descargar, buscaba prevenciones con que defenderse. El Papa fortificó sus costas, D. Juan de Austria volvió desde Milan á Nápoles para remediar lo que pudiese, despachando

desde allí para Madrid á D. Cárlos de Avalos para dar cuenta de todo al Rey; D. Juan de Cardona pasó á Túnez y á la Goleta para mirar en las fortificaciones, así de aquella fortaleza como de Túnez, llevando consigo al ingeniero napolitano Brancaño; el cardenal Granvela, que era virey de Nápoles, proveyó por su parte lo que pareció mas conveniente, que fué ordenar que no quedasen en Túnez sino cuatro mil hombres, metiendo en la Goleta dos mil españoles, pues no queria soldados de otra nacion el gobernador D. Pedro Portocarrero; y para ello se sacaron de Biserta doscientos españoles con el capitan Francisco Doria, y se trajeron de Túnez otros doscientos á cargo del capitan Francisco de Borja, sacándose tambien del mismo Túnez á los capitanes D. Martin de Benavides, Gonzalo de Barahona, Antonio de Velasco y Pero de Artieda, con sus compañías. Y como todavía no se cumpliese el número de los dos mil españoles, entraron en la Goleta cinco compañías de italianos, de veinte que se contaban en Túnez; con que las cosas de la Goleta se pusieron mas en órden. Tambien pasó allí Gabrio de Cervellon, por órden del cardenal de Granvela, para aumentar las defensas de la fortaleza, haciéndose así, y levantándose cierta fortificacion en un islote que se parecia en medio del Estaño, y que se llamó la *Torre de Xiquili*. En cuanto al fuerte del Bastion en Túnez, no tenia las prevenciones necesarias, porque al Gabrio Cervellon no se habian facilitado los materiales y oficiales que habia pedido y el caso requeria; pero su buena industria y diligencia habian sido parte, sin embargo, para ponerlo en respetable defensa. Sinan-Bajá y el Uchalí zarparon al fin de Constantinopla en 17 de junio de 1573; en cuya capital se celebraron grandes fiestas y regocijos, porque á la vista de tan grande armamento tuvieron por seguro el buen éxito; y por lo pronto dieron fondo en un paraje que los turcos llaman Mina de Aurin. Desde allí navegaron para poniente, pasando cerca de Thica, que se mantenia por los cristianos, en donde, echando fuera los turcos algunas tropas, salieron á ellos los cristianos, trabándose reñida pelea, en que murió mucha gente de entrambas partes; pero sufriendo mas los turcos, y dejando muertos en el campo algunos beyes y otra gente principal. Siguiendo su rumbo la armada turquesca, hizo muchos daños en las costas de Italia y Sicilia, saqueando y cautivando, arribando á la isla de Calipsia el 1.º de julio, donde tomaron algun reposo; y partiendo de aquí, dieron vista al puerto de la Goleta en 22 del propio mes.

Es el caso que algunos dias antes de la venida de la armada habian llegado sobre Túnez *Haidar*, bajá de Cairvan, y *Mustafá*, bajá de Trípoli, con diez y seis ó veinte mil hombres, con intento, si no de tomar la ciudad, de hacer alarde de sus ánimos y poder. A este Haidar de Cairvan se le habian allegado los turcos que guarnecian á Túnez cuando llegó D. Juan de Austria meses antes, y que se habian dejado huir con harto descalabro de los cristianos, por no tomar para la persecucion de ellos las cautelas y prevenciones de mas provecho. Fué pues que las compañías que salieron de Túnez en persecucion de los turcos no marcharon con la prevencion conveniente; con que, revolviendo los fugitivos con ventaja,

desbarataron el escuadron cristiano, no dejando hombre á vida, porque al ver las plumas que llevaban los oficiales, los cabos y capitanes, creyeron que era la señal de tantos moros ó turcos muertos por cada cristiano. Como las fuerzas no habian sido bastantes para castigar á Haidar ni á Mustafá, ni para tomar venganza de estos turcos, pronto recobraron ánimo para venir sobre los cristianos de Túnez. Pero como al dia siguiente de poner el sitio vieran cubrirse los mares de naves y galeras, creyendo que fuera la armada cristiana que venia al socorro de las fortalezas, pensaron en retirarse prontamente, no sin enviar algun hombre práctico para tomar lenguas del caso. Y como Sinan-Bajá hubiese echado á tierra gente vieja para adquirir nuevas del estado de la tierra, y pudo entender la verdad de las cosas, regocijóse sobremanera, enviando mensajeros á Haidar y á Mustafá, anunciándoles su venida y significándoles que estrechasen mas de cerca la ciudad. El rey Mohammed y el gobernador cristiano, ciertos ya del estado de las cosas, y conociendo que el recinto de Túnez no sufria resistencia, ni por la ruina de los muros ni por el corto número de los defensores, dejaron la ciudad disimuladamente y se metieron en el Bastion así los cristianos como la familia del rey Mohammed, y todos los rabatines y moros vueltos cristianos.

Sinan-Bajá pues, viéndose dueño de tantas gentes y recursos, resolvia emprender y proseguir á un tiempo el sitio de la Goleta y del Bastion, puesto que se encontraba embestida ya Túnez por un ejército numeroso, como acabamos de apuntar.

Desde el primer dia de su llegada desembarcó el mismo Sinan-Bajá, haciendo levantar sus tiendas, bien que á salvo de los tiros de la Goleta. Tambien desembarcaron todos los turcos, mas de doscientos cañones, entre ellos algunos de inmenso calibre, y todo el material inmenso de los pertrechos y provisiones. El primer cuidado de los sitiadores fué ponerse á cubierto de las salidas de los españoles, que inspiraban harto temor por el nombre adquirido. Se atrincheraron pues con reparos poderosos, con baterías de trecho en trecho, defendido todo con fosos anchos y profundos. Los españoles, sin arredrarse de aquella muchedumbre, salieron osadamente de la fortaleza á cruzar sus picas con las de los turcos, y en algun tiempo los tuvieron alejados del recinto con daño propio, pero con mortandad horrible de los enemigos. A pesar de la desigualdad de las fuerzas, se vió á veces en aquel combate incesante quedar tan en fiel y vacilante la fortuna, que el propio Sinan-Bajá tenia que mezclarse en la pelea para animar á los suyos, que cejaban, haciéndose notar en la refriega, segun dicen los historiadores árabes, por ir todo rojo con la sangre ajena y propia que lo bañaba. El sitio no adelantaba conforme á la impaciencia de Sinan-Bajá y á los inmensos medios con que contaba. Y como por la parte de Túnez el poco efecto fuera todavía mas notable, Sinan-Bajá hubo de reforzar aquel ataque, enviando mil genízaros escopeteros y mil voluntarios, mandados por su agá *Habil-Bey*, con varios cañones de grueso calibre y muchos esmeriles y falconetes y otras piezas menores.

Y puesto que hablamos tanto de esta fortaleza, será útil ofrecer aquí, aunque en pocas palabras, la imágen de lo que fué la Goleta, puesto que la fama que ha alcanzado en la historia militar y el suceso sangriento de su destruccion pueden interesar la curiosidad del lector. Ya fuese que Cárlos V pensase seriamente en fundar establecimientos durables en las costas berberiscas, ó bien que quisiese solo ocupar los puntos y puertos principales, para tener limpios de piratas y corsarios los mares del Mediterráneo, ello es cierto que proveyó á trocar la Goleta en una ciudadela inexpugnable. Estos pensamientos se prosiguieron con perseverancia y diligencia desde el tiempo de su rendicion, en 1535, hasta los dias de su destruccion, que fué en 1574; de modo que el trabajo incesante y las obras duraron cerca de cuarenta años. Y así es que cuando llegaron Sinan-Bajá y el Uchalí y pusieron mano al sitio, bien echaron de ver que no estaban demás los inmensos preparativos que traian y las muchedumbres con que contaban. Y todavía sin los socorros sucesivos é inesperados que encontraron de Argel, de Trípoli y de los alárabes del campo, acaso hubieran dado al traste en sus intentos. La traza de la Goleta habíase levantado por los mas hábiles ingenieros de su tiempo, empleándose en su ejecucion largas sumas. Para las fábricas se tenian á la mano canteras inagotables, pero canteras que ofrecian la piedra ya labrada en las dimensiones de mayor alcance, pues para aprovecharlas no habia mas que tomarlas y traerlas de las ruinas de Cartago, de sus acueductos y cisternas. Con materiales tan adecuados y poderosos, y ajustados después con todo el primor y las reglas del arte, no fué maravilla que al cabo de tanto tiempo apareciese una fábrica émula de las mayores maravillas de la antigüedad; y á su vista decian los árabes y turcos, por su manera oriental y pintoresca, cuando sentaron los reales sobre ella, que no parecia ciudad fabricada de piedras y cantos, sino mole vaciada de golpe en una turquesa. El cuerpo de la plaza formaba un inmenso cuadrado, levantándose en cada ángulo un castillo con cuatro torres ó alcázares, flanqueadas aquellas cortinas por otras torres y castillos de no menor poder y fortaleza. El foso que rodeaba todo el recinto, dicen los historiadores árabes que media sesenta piés de profundidad, y tan ancho, que navegaban por él dos galeras á la par. Es claro que, pudiendo rodearse la Goleta con las aguas del mar y del lago, estos fosos habian de abrazar grande anchura y profundidad: las galeras que navegaban por ellos anclaban en una especie de puerto que entraba bajo la jurisdiccion de dos de los castillos, hasta dar frente á la puerta principal de la Goleta, que se abria en una de las cortinas del cuerpo de la fortaleza, entre levante y norte. La altura de los muros era en demasía, siendo espaciosos lo bastante para caminar siete jinetes por ellos sin embarazarse. A la parte de poniente dicen que se veia la poblacion de los moros hechos cristianos, formada de mas de doscientas casas; que entre esta parte y los alojamientos de los soldados se levantaba otra muralla poderosa, alzándose en medio del cuadrado la iglesia; que las cisternas para recoger el agua del cielo eran tan acabadas, con pavimen-

to tan terso y limpio y bóvedas tan altas y poderosas, que ofrecian recurso seguro y agradable para el presidio mas numeroso en muchos meses de sequía; en fin, que toda la fortaleza era un portento de arte, de prevision y de defensa. Ciento y cincuenta cañones de todos calibres coronaban la muralla, en los almacenes habia municiones y vituallas para mucho tiempo; y si la guarnicion no era muy numerosa, por la mayor parte, salvo un corto número, era de españoles, si hombres de hierro para las fatigas, mas recios de corazon todavía para la pelea.

A todo esto seguia el sitio laboriosamente, no habiendo dia en que no se pelease brazo á brazo. A un tiempo jugaba la artillería de la fortaleza y de las baterías turcas, de las galeras, del foso y de las naves de Sinan-Bajá. Segun dicen los propios escritores árabes, un humo espeso, impenetrable á los rayos del sol, cobijaba todo aquel recinto, que rugia, tronaba y se estremecia como las entrañas de un volcan. En tanto los sitiadores de Túnez volvieron á pedir refuerzos á Sinan-Bajá, que no tardó en enviarlos con el mismo Uchalí, capitan-bajá, á su cabeza. Llegado este al ataque del Bastion, vió las cosas de manera, que hubo de pedir mayores socorros á Sinan-Bajá, quien al punto envió otros cuatro mil genízaros, al mando de *Megyi-Bajá* y de *Ali-Agá-Salahdar*, que era el que llevaba el estoque ó sable de ceremonia delante del Gran Señor, acompañándole una batería de ocho cañones gruesos y de seis pedreros. Los españoles, sin aterrorizarse con preparativos tan formidables, no solo peleaban sin miedo, sino que hacian salidas tan impetuosas, que penetraban en los mismos retrincheramientos de los turcos, haciéndoles sufrir pérdidas enormes.

Las cosas llegaron á punto que Sinan-Bajá tuvo por cosa forzosa el dejar sus reales de la Goleta y trasladarse al sitio del Bastion, y no regresar á su puesto primero sin reformar todo el plan del ataque, animar á los soldados y dejar sus instrucciones á los dos bajáes que allí mandaban. En tanto que á un tiempo se proseguia en el sitio de las fortalezas, vió llegar Sinan-Bajá á su campo otro nuevo refuerzo de tropas frescas y numerosas que le traia *Ahmed-Bajá*, nuevo bey de Argel, á quien ordenó de establecer sus reales por delante de la parte meridional de la Goleta. Como si tantas tropas no fueran suficientes para asegurar la ventaja de los turcos, les llegó otro nuevo contingente de cerca de diez mil hombres, mandados por *Ramadhan-Bajá*, á quien Ahmed habia dejado en su ausencia el gobierno de Argel, y que, estimulado de su valor, quiso tomar parte en la empresa. Este cuerpo recibió órden de unirse á los dos bajáes que estrechaban á Túnez, para apresurar así su total rendicion.

Ya en esto corridos muchos dias, la fuerza del número habia sacado su inevitable ventaja; y despejado de todo reparo y fortificacion el terreno exterior de la Goleta, venian acercándose los turcos con sus faginas y trincheras, como las olas que se adelantan sobre un suelo mas inferior y bajo. Los españoles entonces apelaron atrevidamente á llegar con minas hasta la misma estancia de Sinan-Bajá

para volarlo. Los trabajos se siguieron con perseverancia é inteligencia ; pero apercibidos por los turcos, contraminaron estos con la misma diligencia, pero con la superioridad que les daba la muchedumbre de su número. Los combatientes se encontraron en las entrañas de la tierra, batallando con incansable rabia, aumentándose mas en el corazon de Sinan-Bajá, por entender el ánimo de los cristianos y por el peligro que habia corrido. Los españoles se redujeron pues al solo recinto de la fortaleza. Los escuadrones turcos ya la rodeaban ni mas ni menos, como dicen los árabes, que como la manilla al brazo. Sinan-Bajá no se cuidó ya de batir en brecha la fortaleza, sino que acudió á uno de esos medios gigantescos que le facilitaba la muchedumbre de sus tropas y los medios y recursos sin cuento de que disponia. Se propuso pues asaltar la Goleta de arriba abajo, si se permiten la expresion y la imágen. Para ello era necesario cegar el foso y alzar muros superiores á los de la Goleta. Sus intentos se pusieron al punto en obra. Para cegar el foso, de dimensiones tan grandes y con agua corriente, eran forzosos esfuerzos de gigantes, y los cumplió al punto. Segun los historiadores árabes, hizo traer setenta mil cargas de lana de á cada cien vellones, y enredando en cada una dos quintales de plomo la hacia hundir en el foso para dar cimiento á la obra de aterrarlo y allanarlo. Al propio tiempo, no solo las tropas turcas, sino los beduinos y árabes de muchas leguas á la redonda, estuvieron prontos para allegarse disparados al foso, cargados de tierra, ramaje, fagina, para apisonarlo y colmarlo. El fanatismo y la rabia de aquellas gentes era tanta, que no quisieron valerse de camellos ni de otro recuaje para el caso, sino que lo aporteaban todo con sus manos y sobre sus espaldas. Si aquí caian heridos unos, ciento les reemplazaban con igual furor, y la muerte de aquellos servia de aliciente para el valor de otros miles. Dice Abu-Dinar, historiador de Túnez, casi testigo ocular del caso, que viendo un turco á otro que porteaba una fagina, pero que, ya exánime por las heridas, se acercaba al foso casi arrastrando, quiso arrancársela para cumplir él la obra, y que el herido no lo consintió hasta llegar al foso y derribarse en él con la fagina, para acelerar con su mísero cuerpo el cumplir y acabar la obra : ejemplo infernal de rabia y desesperacion. En tanto los de la fortaleza barrian desapiadadamente con su artillería aquellas turbas bárbaras, sin aterrorizarse por ver crecer á la inmediacion de sus muros, y casi tocando á ellos, otro recinto, no ya de reparos ó faginas, sino de alturas y de cerros, como dicen los mismos historiadores árabes. Allí se iban colocando otros cañones mas numerosos y de mayor calibre que los que disparaban desde la Goleta, tirando los turcos desde allí sobre la fortaleza y sobre los españoles á caballero y á mampuesto. La guarnicion española, reducida á menos de la mitad por mas de cuarenta dias de sitio y de pelea, no cejaba, sin embargo, aguardando resueltamente y con corazon de fiera aquel asalto de nueva especie. En fin, llegó el caso del asalto en el dia 23 de agosto de 1574 de nuestra era. Precedido en el trance un rato de silencio, y despues el clamor de una trompeta, mandó Sinan-Bajá por sí mismo, y desde lo alto

de uno de aquellos caballeros, la última señal, haciendo disparar sobre la Goleta su artillería, en cuyas bocas habia puesto los heridos cristianos cogidos en los ataques de las minas, volándolos y fulminándolos sobre sus compañeros de la plaza. Sinan-Bajá en altas voces prometió, hablando con los mas delanteros y valerosos de los suyos, que daria mil cequíes al año de ventaja al primero que trepase al muro, al segundo y al tercero; con que aumentó, si mas era posible, la furia y la codicia de aquellos bárbaros. Y al punto los turcos se lanzaron sobre la muralla rabiosos y enfurecidos, quién subiendo por las escalas, el alfange entre los dientes, quién pasando y bajando desde sus reparos por tablas y maderos hasta el recinto de la plaza. Allí la pelea fué horrible, dándose y recibiéndose la muerte sin piedad y sin misericordia y con igual odio por entrambas partes. Ni uno solo de los españoles quedó vivo, salvo, segun dicen algunos, el ilustre D. Pedro Portocarrero, que, lleno de heridas, lo quiso reservar Sinan-Bajá para presentárselo al Gran Señor, en señal de su triunfo. Tambien se cuenta que el ingeniero que llevó las minas hasta cerca de los pabellones de Sinan-Bajá sufrió un suplicio espantoso, como para castigarle los intentos que estuvo cerca de cumplir. La Goleta fué tomada pues un lúnes, á 23 dias del mes de agosto de 1574, después de cuarenta y tres dias del horrible sitio que hemos descrito.

Sinan-Bajá, considerando los gastos enormes que demandaba la reparacion de la fortaleza después de sitio tan desastroso, y queriendo tambien borrar á los españoles hasta la esperanza de volver á sentar la huella en aquellas playas apartadas del centro del poder otomano, resolvió arrasar enteramente tan formidables fortificaciones. Todas las tropas turcas pusieron mano á la demolicion, segundadas, como en todas aquellas obras, por los innumerables moros de los campos. No tardó en desconformarse y desaparecer aquel portento de arquitectura militar, conservándose solo, y viviendo hasta el dia, uno de los castillos que flanqueaba el recinto, y adonde se rasgaba una de las puertas de la Goleta. No hace todavía muchos años que los viajeros podian contemplar sobre ella el glorioso escudo de España, distinguiéndose el cordon del Toison, el bosquejo de los castillos y leones, y reliquias de las barras aragonesas. El gran caudal de aguas que rebosó de los fosos y brazos del mar, cuando fueron cegados por la manera espantosa que dejamos señalada, inundó el campo vecino, formando un espacioso lago, que llamaban la Balsa Negra. Con el trascurso del tiempo se evaporó el agua, quedando un banco de sal enorme, que por muchos años sirvió de salina abierta para los habitantes y los bajeles, y cuyos restos pueden contemplarse hoy dia. Las huellas de tales estragos sirvan de medida á los portentosos medios que pudo emplear Sinan-Bajá para su conquista.

Dadas estas disposiciones, Sinan-Bajá pasó al punto á Túnez para acabar con los españoles del Bastion, que no daban asomos de rendirse. Así como llegó, proveyó las cosas para un asalto general, poniéndose él mismo á la cabeza. Los españoles se defendieron con intrepidez tal, que será asombro eterno en la

memoria de los hombres, rechazando gloriosamente á los turcos. Otro asalto se ordenó al punto, y al fin lograron enarbolar los turcos sus medias lunas en aquellos reparos nunca bien acabados, ahora desmoronados casi. Tres mil cristianos perecieron en estos dos combates de fieras. El resto, que eran como cinco mil combatientes, echándose por la muralla, pues las puertas estaban barreadas por los turcos, como se encierran las fieras en el coso, se retiraron á la playa, levantando al vuelo unos malos reparos de arena. Los moros no tardaron en llegar en su seguimiento. Los españoles pelearon con ardor, con furor, con rabia. En la refriega se peleaba cuerpo á cuerpo, de pecho á boca, hierro con hierro, aferrándose, luchando, mordiéndose, despedazándose; los alfanges, el puñal y la espada se quebraban y saltaban en piezas, no dando en el acero de las armaduras, sino en los cráneos y en los huesos. Los dientes y las garras sustituian el oficio de las armas; todos rugian, ninguno se quejaba. Todos los españoles fueron exterminados, ningun cristiano quedó á vida en la tierra de Túnez. Fué la toma del Bastion por los turcos un lúnes, á 13 dias del mes de setiembre de 1574.

Por en medio del Estaño ya hemos dicho que se levantaba la torre de Xiquili, en donde se habian refugiado algunos soldados, casi todos mutilados, ninguno sano. Su número era poco mas de doscientos hombres, y por su alcaide D. Juan de Zanoguera, caballero valenciano. Sinan-Bajá quiso concederles la vida, cansado ya de tanto matar, y movido acaso por su vanidad y su provecho. Entre aquellos cautivos habia muchos oficiales y menestrales que podian servirles para restaurar su artillería, que habia sufrido mucho, y después para atestiguar su victoria en Constantinopla, y poblar con utilidad los arsenales del Gran Señor.

Los turcos tomaron en las fuerzas de Túnez doscientos y cincuenta cañones, que por la mayor parte y los de mayor precio se llevaron á Constantinopla, quedando solo treinta y cinco en los castillos que permanecieron en pié para guarda de la costa. Los turcos hicieron además una gran presa en granos, bastimentos y todo género de pertrechos y municiones. Las riquezas que se perdieron fueron tambien muchas; porque, además que los capitanes y soldados poseian gran recámara en dineros, telas y preseas, así Muley-Mohammed como los demás moros fieles encerraron con ellos grandes haciendas y tesoros. Abu-Dinar cuenta en su *Historia* que oyó decir á un turco que, encontrándose herido en el trance del saqueo, no era poderoso para disfrutar de él, y que llegaron otros compañeros y le dejaron debajo del lecho tres mil cequíes. Así se perdieron la Goleta y los otros fuertes, sobre los cuales vinieron setenta y cinco mil turcos de paga y mas de cuatrocientos mil moros de los campos, gente rasa y gastadores, que todos peleaban y afligian á los cristianos, y que, como dice Cervántes, casi testigo ocular del trance, eran tantos, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. De los moros y turcos murieron, segun confiesan los mismos historiadores árabes, mas de cincuenta mil soldados. Pero lo que hace ver el empeño y encarnizamiento de la pelea, es el número de generales que murieron:

perdieron la vida dos bajáes, que fueron *Mustafá*, de Trípoli, uno de los primeros en embestir á Túnez, y Ahmed-Bajá, que mandaba un cuerpo de genízaros con Sinan-Bajá. De los beyes y gente principal cayeron *Zabar-Bey*, sangiaco de Damasco; *Bayacid-Bey*, sangiaco de Jorasan; *Jaradan*, agá de los turcos; *Guarás, Zumaran-Ben-Abin;* sin contar mayor número de capitanes y gente de cuenta, los mas adelantados en valor entre los genízaros y soldados de Levante. De los defensores, salvo el pequeño número de que hemos hablado, solo quedaron vivos D. Pedro Portocarrero, que murió en la travesía á Constantinopla, de sentimiento y por sus heridas; Gabrío Cervellon, el gobernador del Bastion, y Muley-Mohammed, hijo de Hasan y último de los Hafssitas, reyes de Túnez. Los turcos se negaron al rescate de Cervellon, sin embargo de ofrecerse por él cuantiosas sumas; pues, como ya se ha dicho, era sobrino del papa Paulo IV, poseia grandes riquezas y encomiendas, y los príncipes cristianos, singularmente el rey de España, estimaban en tanto su persona, que hubieran alargado cualquier cantidad, por grande que fuese, para su rescate. Los que hablan de las cosas de los turcos guardan profundo silencio sobre la suerte de estos dos personajes desgraciados : es de creer que muriesen oscuramente en la fortaleza de las Siete-Torres, en Constantinopla, si no es ya que acabaron degollados, para vengar así las grandes pérdidas que sufrieron los turcos. De la familia de Muley-Hasan solo quedó un hijo de Hamida, que en los viajes de Italia y con su permanencia entre cristianos se aficionó á nuestras cosas y se convirtió, con gran despecho de su padre Hamida. Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de D. Pedro de Túnez, y anduvo en la corte de Felipe II por muchos años, con razonable renta y acostamiento para mantener la autoridad de su persona; pero sin alcanzar los estados y el título de grande, que solicitaba.

Conquistada Túnez con tanto estrago y ruina, Sinan-Bajá no quiso partir de allí sin dejar asegurado para el Gran Señor el dominio de aquella ciudad y estado, puesto que Haidar, el de Cairvan, presumia quedar independiente. Para conseguir su pensamiento, sugirióle su prudencia el establecer un gobierno autorizado, que supiese tener á raya los revoltosos y amigos de novedades. Fió pues el poder supremo del Estado en manos de dos autoridades, á saber : un bajá con título de bey, y súbdito inmediato del Gran Señor, y un divan ó consejo; teniendo aquel á su cargo la administracion civil y este los asuntos de guerra. Bajo la mano de este consejo puso asimismo al ejército, compuesto de cinco mil genízaros; linaje de tropas que, por ser turcos de nacion, mirarian siempre, sobre toda otra consideracion, por los derechos del Gran Señor. Pero no tardó mucho en alterarse la forma de este gobierno : los jefes llamados *boluc-baxies*, que formaban parte del Divan, adquirieron tanta influencia, y con ella tal soberbia, que, sin dejar de oprimir al pueblo con sus vejaciones, tiranizaban tambien á la soldadesca rasa de los turcos. Exasperó esto de tal manera á unos y otros, que en cierto dia, de comun acuerdo se lanzaron sobre la casa del Divan, asesinando al Agá ó pre-

sidente y á cuantos miembros pudieron alcanzar. Esto pasaba dos años después de la ausencia de Sinan-Bajá. Los sublevados se convinieron en formar nuevo divan, dándole la presidencia á un jefe, que llamaron *day* ó *dey*; pero siempre bajo la dependencia y autoridad de la milicia turca. La dignidad del Bajá-Bey, representacion del Gran Sultan en el gobierno del Estado, conservóse; y así permanecieron las cosas por el tiempo de diez años. Pero cierto bajá, rapaz en extremo y que supo sustraer del erario público cien mil cequíes, alteró de nuevo los ánimos, y congregados los genízaros con el pueblo, le depusieron, proponiéndose abolir aquella dignidad; mas el divan de Constantinopla se opuso tenazmente á tal innovacion, por querer mantener siempre la representacion del Gran Señor; y después de mucho negociar, vinieron los de Túnez en admitir el nuevo bajá con diversos capítulos, que todos les eran favorables. Era el primero que no pudieran unirse en una sola persona la dignidad del Bajá y la del Bey; que el representante del Gran Señor se mudaria cada tres años, sin que tomase parte en la administracion; y por último, que el tesoro del Estado correria á cargo del Bey exclusivamente. La dignidad del Dey seria siempre la primera del Estado, estándole subordinado el Bey, cuyas facultades se limitaban á coger los tributos y á desempeñar las funciones de tesorero general del Estado.

Con tales capítulos se sucedieron en la dignidad de dey, primeramente *Ibrahim* y después *Musa*, personajes ambos que, no conociéndose con fuerzas para dominar ni la insolencia de la soldadesca turca ni la veleidad feroz del Divan, tuvieron á buen partido el irse á Oriente, bajo pretexto, uno después de otro, de hacer la peregrinacion á la Mecca y Medina. Entonces cada capitan ú hombre principal de los turcos quiso tomar el título de dey; y como dicen los escritores árabes, cada cual de ellos se creia rey de sí mismo, llegando el desórden al último extremo. En aquella discordia continua y en tal estado de violencia descollaban por mas poderosos, acaso por mas feroces, un turco llamado *Cara-Tdafar* y otro nombrado *Otzman*. Mas, puesto que aquel contase con mas partidarios, todavía Otzman logró, por mas hábil ó mas resuelto, apoderarse exclusivamente del poder con el título de dey, haciendo que su competidor saliese de Túnez y se fuese á Argel, en donde permaneció por muchos años; no volviendo hasta los dias de *Yusuf-Dey*, que le hizo llamar, dejándolo vivir en Túnez, pero en condicion privada.

La dureza y aun ferocidad de Otzman-Dey fueron parte para poner freno á la insolencia de los turcos, para restablecer la gobernacion en Túnez y en las demás ciudades, reprimiendo los robos y violencias de los soldados, y castigando cruelmente todo linaje de malhechores. El miedo saludable que inspiró á la gente de mal vivir podrá medirse por el siguiente caso. Un pobre vecino de Túnez vino á quejársele de que en la mañana, volviendo del mercado con la carne y el menester para su casa, habia sido despojado por un turco; y que queriendo defender su hacienda, habia sido cruelmente maltratado. Otzman-Dey enderezó con el mo-

ro á la casa del turco, y llegando á la inmediacion, le dijo al moro que llamase, y que demandase al turco su hacienda por mandato del Dey. El moro llamó, pidió lo que era suyo, y el turco le despidió amenazando. Volvió á Otzman-Dey, quien le mandó agriamente que tornase á repetir sus instancias; y como así lo hiciese el moro, aunque temeroso, hé aquí que baja el turco armado de su alfange, y aun mas de su ira, para rematar al moro, persiguiéndolo; cuando ya lo alcanzaba con el hierro levantado, salió Otzman-Dey, y súbitamente se le puso delante, dando un alarido de amenaza. De tal modo se sobrecogió el turco, que, balbuceando algunas palabras, desarmando el brazo y torciendo los ojos, quedó muerto en el acto. En una palabra, quejándose los dueños de los jardines y huertos que ningun provecho sacaban de sus haciendas, pues los turcos tomaban los frutos aun antes de madurar, porque las guardas no tenian autoridad contra aquella soldadesca, el mismo Otzman se declaró el guarda general de todos los frutos, logrando asegurar el aprovechamiento de las haciendas y la custodia de los términos.

Pero tal aspereza de condicion y sobrada expedicion en los castigos las hermanaba Otzman-Dey con sentimientos de humanidad. En su tiempo fué cuando, por la expulsion de los moriscos, se cubrieron las costas africanas de muchos millares de aquellos infelices desterrados, principiando á llegar á Túnez en el año 1018 de la egira, que responde en parte á 1610 de nuestra era. Otzman-Dey los recibió con gran benignidad, levantó cierta gabela de cien escudos, que pagaba cada bajel por la entrada, con que los maestres de las naves se animaban á llevar á Túnez los moriscos. Otzman-Dey tambien les dió hospedaje por la ciudad y pueblos de Túnez, repartiéndoles tierras para que poblasen y buscasen su acomodo, y distribuyéndoles trigo y cebada para hacer la sementera. Concedióles además exencion de tributos por tres años, y que tuviesen jeque ó justicia de su nacion, con otras muchas mercedes y beneficios. Estos moriscos, á quien los de Africa llamaron moros andaluces, como llevaban consigo los hábitos del trabajo y de la industria, convirtieron á poco en jardines y vergeles muchos despoblados, dando vida los menestrales y oficiales á las calles y zocos de Túnez con sus oficios y mercaderías, que una y otra cosa no fué mas que llevar á tierra extraña y enemiga la fecundidad, riqueza y abundancia, que se vaciaban locamente del suelo de España, que quedó estéril y yermo por mucho tiempo, como es sabido. Los moriscos plantaron viñas, olivares y toda clase de árboles; buscaron fuentes y manantiales, abrieron acequias, dirigieron los riegos, establecieron caminos y los frecuentaron con sus recuas y carros: la vida, el movimiento y la prosperidad que infiltraron en el territorio de Túnez fué lo bastante, como en todas las partes de Africa á que aportaron, para asegurar por do quiera la riqueza y la preponderancia, sin la tiranía de los príncipes y beyes, sin la barbarie de los turcos y sin el fanatismo de los santones, del populacho y de los beduinos. Aquellos peregrinos, que venian expulsos por su olor al mahometismo, eran vejados y maltratados en Africa por considerarlos como cristianos; y por la mayor parte ig-

norantes de la lengua arábiga, se les aumentaba su desvalimiento y desventura. Si en el pasaje habian sido desbalijados por la codicia de los patrones y marineros que los conducian, al llegar al Africa eran desposeidos de la poca hacienda que les quedaba por la codicia y crueldad de los nuevos huéspedes. Y si muchos en la travesía eran anegados en el mar para heredarlos del todo al todo, y volver mas pronto para hacer nuevo pasaje, otros eran muertos al llegar á la orilla, y acaso atormentados tambien por los alárabes y cabilas de los campos: ¡pueblo infeliz y peregrino, y época de lágrimas y quebrantos! Los que sobrevivieron á tantos desastres en las costas de Túnez, alentados con los beneficios de Otzman-Dey, fundaron y poblaron varios pueblos y ciudades, en donde, fuera de las ceremonias del Morabito y los gritos del Muedin, conservaron, con la lengua castellana los usos todos de España. Aun en el recinto de los pueblos y ciudades sufrian los moriscos la persecucion del populacho y las vejaciones de los arraeces y alcaides. Daban motivo á ello las bizarrías y gentilezas que traian de España, singularmente las mujeres, que á veces ostentaban en su atavío y preseas mas caudal que el de las tiendas mas ricas de Túnez; riquezas que sobrepujaban á las que nunca llevaron las reinas de aquella tierra: aliciente poderoso para la codicia feroz de aquellos moros empobrecidos y fanáticos. Tambien los moriscos fundaron desde luego *madrisas* ó colegios para la enseñanza de sus hijos y descendientes. Los pueblos principales que fundaron fueron *Soleiman*, *Turqui*, *Puerto-Farina*, *Taborba*, *Zaguan*, *Gedida*, ó la poblacion nueva, *Beitin*, ó las casas, y otros varios; siendo el principal la ciudad de *Textor*, en donde se recogieron y moraron mayor número de moros, viviendo como en cuerpo de nacion; de modo que, antes que africana, semejaba una poblacion española. Les prestó grandes servicios á estos desterrados otro morisco que, anteviendo la desdicha y expulsion de los suyos, tres años habia que moraba en Túnez, habiendo dado la vuelta por Francia, que se llamaba *Sidi-Bulgaiz*. Este recibió y consoló á sus compatriotas, y empleando el ascendiente de que gozaba, en piedad de ellos, les buscaba acomodos y limosnas de los naturales menos endurecidos. El fué quien indujo á los mas entendidos de los expulsos, vista la ignorancia en que estaba el comun de ellos en las cosas arábigas, á que tradujesen en lengua castellana muchos libros alcoránicos y de la ley ó *Sunna;* libros todos en que, al través del odio mas intenso contra sus perseguidores de España, resalta sobremanera, con el estilo mas puro y castizo, la melancolía mas tierna y profunda, recordando las cosas y costumbres de su antigua patria. Por la lectura de tales libros se deja conocer que sus autores, mitad cristianos, mitad moriscos, no eran hombres vulgares, y que habian frecuentado con los ingenios de nuestra edad de oro las escuelas y universidades de Aragon y las Castillas. Es cierto que cuando se escriba una historia circunstanciada de aquella tremenda catástrofe y lastimoso drama, estos libros proporcionarán amplios materiales para el caso, y un ejemplar de estudio curiosísimo sobre nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestra legislacion y literatura.

A poco de la llegada y establecimiento de los moriscos murió Otzman-Dey, segun se suena en las historias árabes, por el despecho que le causaba el notar que su autoridad iba menoscabándose al propio tiempo que crecia la importancia de los beyes; menoscabo que dió fin con trasladarse enteramente el poder del Dey á manos de los beyes, como verémos en breve. Después de la muerte de Otzman-Dey, le sucedió Yusuf, que con otro llamado *Haxem* compartia el ascendiente y autoridad entre los turcos. Como Otzman se hallase ya muy postrado en la última enfermedad, los turcos principales le instaban á que señalase sucesor, y entonces el moribundo les respondió que, puesto que Haxem fuese mas merecedor del cargo, era soberbio y de altiva condicion, y por lo mismo, si querian dey mas tratable y manso, deberian aclamar á Yusuf; diciendo acaso esto para atraer sobre él la suprema autoridad, puesto que habia pensado darle su hija en matrimonio. Este Yusuf vino de Trípoli años antes, y encontrándose con una caravana de árabes cierto moro llamado *Alí-Zabet*, señalado por adivino, ó por mejor decir, siendo astuto y conocedor de los hombres, entrando en pláticas con él y pudiendo apreciar sus prendas, le vaticinó que habia de reinar en Túnez. Yusuf, acogiendo agradablemente el vaticinio, le prometió largos galardones si se cumplia; y llegando á Túnez, asentó plaza en los turcos de paga, en donde, por su resolucion y consejo llegó pronto como al cargo de *chauz*, que era uno de los principales de la milicia turquesca, sirviendo siempre con tan buena voluntad las partes de Otzman-Dey, que este depositó en él todo su cariño y confianza. Muerto Otzman-Dey, el Divan envió por Haxem, que estaba en Bugía, para aclamarlo por dey. Pues como estuviesen todos los turcos principales, y con ellos Yusuf, en el patio de la casa de Otzman-Dey, se levantó y salió de entre todos ellos Alí-Zabet aquel moro adivino, besándole la mano á Yusuf, cuyo ejemplo siguieron todos los presentes, y llevándolo después á la Alcazaba, con aplauso universal lo colocaron en el asiento de los deyes, adonde acudieron todos los tunecíes, alcaides y gente principal, aclamándolo por tal con grande regocijo. A otro dia llegó Haxem de Bugía, presumiendo gozar de la suprema autoridad; pero, como encontrase ya á Yusuf aclamado por dey, tuvo por mejor partido el conformarse con lo hecho, y él mismo le besó la mano á Yusuf, quien lo recibió con mucho agasajo, sentándolo á su lado, tratándolo siempre con grande amor. Alí-Zabet privó mucho, como era de esperar, con el nuevo dey, manejando por sí todos los negocios del Estado y disponiendo á su voluntad del ánimo de Yusuf. Este príncipe fué muy dado á cosas de fábricas y edificios, levantando una hermosa mezquita y el zoco llamado *de los Turcos*, que hoy se conserva todavía. Tuvo tambien muchas galeras para hacer el corso, no mandadas por arraeces moros, sino por capitanes cristianos, hombres aventureros que seguian su fortuna, llamados el uno Samson y el otro Guardia, que hicieron mucho lucro en tan infame tráfico, renegando al fin. Tambien mantuvo guerra con los argelinos; y después de varia fortuna, en que hubo harta sangre derramada, vinieron á hacerse las paces, siendo negociador en ellas, an-

tes caudillo del ejército y bajá por mucho tiempo, que era la segunda dignidad de entonces, aquel Alí-Zabet, hijo de *Xanuf*; pues, como ya se deja entender, por su sagacidad y entendimiento fué siempre el consejero de Yusuf y partícipe con él de su buena fortuna. Después de estos sucesos murió Hagi-Alí-Zabet, sucediéndole en el cargo de bajá *Estamurad-Bey*, que habia sido gobernador de Queff. Seis años después falleció tranquilamente Yusuf, en la egira 1047, que corresponde á 1637 de nuestra era.

Como ya habrá podido entenderse, en todo este tiempo corrido, aunque la dignidad de dey era la principal, al menos en la apariencia y el nombre, iba, sin embargo, creciendo progresivamente el poder de los beyes, no sin lucha, conspiraciones y sangre, ocurriendo la absoluta trasformacion de las cosas en los tiempos de *Murad-Bey*, como ya verémos muy pronto. Desde la muerte de Yusuf hasta el advenimiento de Murad trascurrieron treinta y ocho años, cuyo período de tiempo se lo dividieron, si bien por plazos no iguales, teniendo el poder con el cargo de deyes, *Estamurad*, que sucedió á Yusuf, *Ahmed-Joxa*, *Hagi-Mohammed-Laz*, *Hagi-Mustafá-Laz* y *Hagi-Mustafá-Caracús*; siendo enojoso, cuando no inútil, el relatar y el apreciar los altos y bajos, los accidentes y vicisitudes que vinieron sufriendo ambas dignidades, la del Bey y la del Dey.

Este Murad, á quien ya hemos recordado, era hombre de buen linaje y poderosamente emparentado; pues su padre, llamado *Hamuda*, obtuvo tambien la autoridad de bey, y sus dos hermanos *Mohammed* y *Hasan* lograban tambien iguales títulos. Como por la expulsion del dey *Hagi-Ogli* se tratase entre los principales del Divan, entre los cuales se contaban Murad-Bey y Hagi-Mohammed-Bisara, quién habia de subir á tal dignidad, Mohammed-Bisara propuso á *Ussum-Yusuf*, para lisonjear sin duda á Murad-Bey, por ser el capitan de las galeras de este. Pues como á la siguiente mañana se encontrase Bisara á *Xaban-Joxa*, otro personaje de valer, y que, además de desear llenar el puesto de dey, contaba con muchos partidarios en el Divan, se le acercó, y trocándole el relato de lo sucedido en la junta celebrada, le dijo que Murad habia propuesto en ella para la dignidad de dey á su arraez ó capitan Ussum-Yusuf; y manifestándole que por su voluntad él debiera ser, y no otro, el elegido, acompañando la demostracion mas elocuente á la palabra, allí mismo le besó la mano, saludándolo como dey. Fácil es pensar el desabrimiento y desconfianza que tal mudamiento de verdad engendraria en el ánimo de Xaban-Joxa, en aquel mismo dia en que, y como en fuerza de la demostracion de Bisara, fué aclamado dey. Fueron vanas cuantas finezas y sumisiones puso de su parte Murad-Bey para recobrar la confianza de Xaban-Joxa; y como la suspicacia extremada aleja todo buen acomodamiento y aviva mas la ojeriza, quedaron ya frente á frente y como contrarios Xaban-Joxa y Murad-Bey. Podrá formarse juicio de la condicion opuesta y del diverso manejo de estos dos personajes, sabiendo que Murad-Bey cedió en posesion á Xaban-Joxa una casa principal en Túnez, comprándola para el caso; pues hasta entonces los deyes ha-

bian morado siempre en el castillo; y el Dey, admitiendo tal demostracion de generosidad, no tuvo la suficiente en su corazon para deponer su ceño y sus recelos. Viniendo al fin á abierto rompimiento, se apeló á las armas; y como Murad-Bey llevase la ventaja por las prendas del corazon y las larguezas de que usaba, muy presto puso de su parte á la fortuna con el mayor número de sus partidarios y lo mas granado de los jefes turcos. Estas gentes se le aficionaban porque á su liberalidad, sus altos ánimos, el buen término y acierto en los negocios, allegaba tambien disposicion agradable en la persona, robusto en los miembros, con hermosos ojos zarcos, y con tal gesto y continente, que á un tiempo infundia respeto y temor. Llegadas las cosas á tal punto, quiso Xaban-Joxa venir á los tratos y á la negociacion, enviando para ello á sus mas confidentes y familiares al campo de Murad-Bey. Este, como hábil, y conociendo serle la ocasion propicia, desechó todo acomodamiento; y poniendo en obra el ascendiente de que gozaba, tales razones les supo décir y tales descargos dar, que de negociadores y mensajeros los trocó en confidentes y cómplices. Murad-Bey, con mas alientos, como ya mas favorecido y acompañado, vínose sobre Túnez; y Xaban-Joxa, incapaz, como receloso y desconfiado, de la noble resolucion de morir defendiendo su dignidad, consintió en dejarla; pues le obligaron á retirarse á Zaguan, donde á poco tiempo murió, no sin sospechas de envenenamiento. Desde este punto sin duda es desde donde arranca verdaderamente la superioridad de los beyes de Túnez, preparada muy de atrás, pero que fué aquí su estable afianzamiento. Si después hubo intentos de restaurar la antigua autoridad del dey, fueron vanos todos, y para servir, dando al traste, de títulos victoriosos al nuevo poder.

Arbitro ya Murad-Bey de los sucesos en Túnez, instaló y destituyó varios deyes, sojuzgó á los contrarios que quisieron oponérsele, y venció y mató á los que se atrevieron á rebelársele y á medir el campo con él, siendo el último de estos *Ebn-Cassem-Axxuc*, secretario ó escribano que fué del Divan, y que, huyéndose á las montañas de Ussulat, fué vencido y obligado á darse á sí propio la muerte con el mismo puñal que le sirvió para arrancar la vida á su mujer, que, por hermosa, no queria que pasase á poder de su rival. Murad-Bey sobrevivió poco á esta victoria, muriendo en el palacio del Bardo un sábado á 25 dias de rabia el avval de la egira 1086, que corresponde á 19 de agosto de 1675 de nuestra era, á los cuarenta y cinco años de su edad.

No hay cuadro histórico que ofrezca menos interés, y al propio tiempo mas asesinatos, catástrofes y ejemplos de príncipes depuestos que el estado de Túnez mientras estuvo el poder en manos del Divan y de la milicia turca, con facultades de elegir el Bey. Pocos de estos príncipes murieron en su lecho, pues todos acabaron lastimosamente ó en el destierro, pudiendo asegurarse que el cadáver de un bey servia de escabel á su sucesor para subir al trono; llevando entendido el que se atrevia á tentar semejante fortuna que habia de correr igual peligro. Tal estado de cosas vino corriendo, como ya se ha visto, hasta muy adelantado

el siglo xvii, en que unos hermanos osados, no escasos de valor y habilidad, y aprovechando las larguezas y la reputacion que habia sabido adquirir entre los turcos su padre, que fué este Murad de quien acabamos de hablar, bey que fué electivo, como hemos visto, supieron hacer hereditario el poder en su familia. Estos tres hermanos, hijos de Murad, eran *Mohammed*, *Alí* y *Ramadhan*. A la muerte del padre los dos primeros aspiraron al poder, porque Ramadhan era tan niño, que no podia entrar en tales pretensiones. Aquellos dos eran hermanos enteros, y Ramadhan hijo de otra madre. Este es el período que, si no menos sangriento que los anteriores, ofrece un interés dramático por los continuos vaivenes que sufrieron en su fortuna todos estos príncipes, y por las trasformaciones y mudanzas que probó el estado de Túnez.

Muerto pues Murad-Bey en el año 1086 de la egira y 1675 de nuestra era, como ya queda apuntado, sucediéronle en el poder y señorío de Túnez sus dos hijos Mohammed y Alí. Hízose esto con acuerdo de los agás de las tropas y gente principal de Túnez, que con las solemnidades acostumbradas, y en un propio dia, alzaron beyes á uno y otro príncipe, vistiéndoles el caftan. Leyéronse á la par en público divan los nombramientos de entrambos, resonaron los atambores, y desplegáronse sobre sus cabezas las banderas y estandartes, segun era uso en tales ocasiones. Puesto que á los dos hermanos se les confiriese igual poder y participacion en los negocios del Estado, entendióse empero por los que concurrieron á tal eleccion, que el respeto y veneracion que profesaria á su hermano mayor el mas mozo, seria parte para evitar toda desavenencia y para que el mando supremo residiese en realidad en el primero. Y en verdad que Mohammed-Bey comenzó á gobernar con gran acierto y humanidad, y por mas que su nacimiento le diese justa superioridad, nada disponia sin acuerdo de su hermano; pero aquel buen concierto no tardó en turbarse por desgracia, porque sembraron entre ellos, mal intencionados ó ambiciosos, semillas de desconfianza y discordia. Rota la buena fe entre los dos hermanos, Mohammed-Bey, á título de mayor y de que ya en vida de su padre habíansele fiado á él solo las riendas del Estado, protestó que no queria menguar en su dignidad y derechos, sino ejercer únicamente el mando supremo; y como Alí-Bey porfiase que debia caberle participacion en todos los negocios del gobierno, después de grandes altercados, llevaron sus mutuas querellas al Divan. Como ninguno aflojase en sus intentos y pretensiones, el Divan, en cuya presencia pasaba este altercado, echó el montante de su autoridad, disponiendo que entrambos abdicasen la soberanía, nombrando en su puesto á su tio *Abu-Abdallah*, llamado por otros *Mohammed-el-Hafssi*. Puesto ya en el trono este príncipe, deseoso de ganarse el afecto de los soldados y tunecíes, comenzó á usar con ellos de grande liberalidad; pero Mohammed no pudo sufrir que las riquezas del Estado, las cuales consideraba como su propio patrimonio, se menoscabasen; y puesto de acuerdo sin duda para el caso con su hermano menor, desposeyeron al tio de su autoridad. Abu-Abdallah vióse precisado á huir de Túnez en el mes de

xaban del propio año, retrayéndose á la ciudad de Queff con algunos de sus servidores y amigos. Con la generosidad de que dió muestras este príncipe en los breves dias de su reinado, y que no desmintió mientras residió en Queff, acudieron á él numerosos partidarios; pero, mas desinteresado todavía en no querer levantar su fortuna sobre la ruina y los desastres de las disensiones civiles, renunció á todo, y embarcándose con su familia y bienes en el puerto de Arradés, tomó la vuelta de Constantinopla. Ido este príncipe, el poder recayó de nuevo en los dos hermanos, que se mantuvieron por algun tiempo en buena inteligencia, para volver á la rivalidad antigua; porque Mohammed y Alí con igual ambicion quisieron cada cual gobernar solo : contienda que hizo derramar harta sangre, haciendo sufrir mucho á la tierra. Al fin Mohammed, menos resuelto, y después de algunas derrotas, afectando un exceso de recogimiento y devocion, se retiró á Cairvan para vivir en la soledad y en la oracion, dejando en manos de su hermano Alí el hijo *Ahmed*, como por prenda de la sinceridad de su resolucion, y procurar tambien los aumentos y el advenimiento de su mismo hijo. Con esto era de esperar que el sosiego se restableciese en el reino; pero muy pronto volvió á encenderse la guerra, porque Alí, faltando al deudo de la sangre y á la fidelidad que debia, hizo matar á Ahmed, sin duda por ver en él un futuro competidor. Por dos motivos se dejó llevar Alí á semejante crueldad y perfidia. El primero por sobrado recelo y suspicacia, y el segundo por su credulidad supersticiosa; porque cierto dia hallándose Alí-Bey con su sobrino Ahmed y otros jefes y hombres principales sentados en el Divan, entró un moro para tratar de negocios con Alí-Bey; y como no conociese á este ni lo sacase por las distinciones del vestido, pues todos se miraban adornados con iguales riquezas, preguntó el solicitante : «¿Quién es aquí el bey Alí?» Y entonces Ahmed, ó por la altivez de su nacimiento ó por la inconsideracion de mancebo, respondió : «Aquí todos somos beyes.» Esta palabra bastó en la siniestra desconfianza del tio para prepararle la muerte. Siendo Alí supersticioso, como la mayor parte de los moros, quiso oir los pronósticos y venturas de un sortero mágico, y como este le dijese que habia de sufrir asechanzas de un sobrino, bastó esto para hacerle decretar la muerte de Ahmed. Por este y otros sucesos semejantes no andan fuera de razon los poetas árabes cuando dicen que en los poderosos y príncipes no vive el deudo de la sangre. Era á la sazon dey de Túnez *Mohammed* ó *Ahmed-Chelebi*, moro de grandes cualidades, como después verémos, y que debiendo su dignidad á Alí, por las revueltas y trances que sobrevinieron, se propuso reducir la autoridad del bey á sus antiguos términos, resucitando ó afirmando los derechos de la dignidad de dey que desempeñaba. Ningun medio le pareció mas á propósito que encender de nuevo la enemistad de los dos hermanos, para triunfar fácilmente con la recíproca ruina de ellos. Por lo mismo hizo informar á Mohammed de la muerte de su hijo, ofreciéndose á ayudarle en su justa venganza. Mas para entender los intentos de estos personajes y conocer la condicion de cada cual, es fuerza tomar

desde mas arriba la corriente de los sucesos. En la contienda sangrienta entre los dos hermanos se habia señalado extremadamente, sirviendo los intereses de Alí, un tal *Mohammed-Tabac*, que siempre habia mantenido por su señor el castillo de Túnez, á pesar de que Mohammed-Bey señorease la ciudad. Ni el asedio, ni los asaltos, ni el halago, ni la seduccion, fueron parte para separarlo de su fidelidad. Mohammed, para deshacerse de adversario tan incontrastable, puso en práctica una artería, que no por trivial dejó de producir el fruto que deseaba: para ello escribió simultáneamente ciertas cartas á Tabac como si mantuviera tratos con él en perjuicio de Alí-Bey, y entregándolas á un mensajero diestro en tales simulaciones, le encargó las llevase á su hermano, como queriendo ganar su gracia y sus albricias en deservicio de Mohammed. Alí-Bey, al volver del Gerid de recoger los tributos, recibió las cartas del pérfido confidente, cayendo en el lazo que le tendia Mo'.ammed y creyendo la traicion de Tabac. Llegado Alí-Bey al Bardo, vino á visitarle su fiel servidor, á quien hizo prender al instante, dándole escolta para que lo llevasen á Puerto-Farina. Los soldados llevaban órden de ahogarlo, y como llegasen á la huerta llamada de *Resatabia*, entendiendo Tabac la suerte que le esperaba, pidió allí á los soldados que consumasen el hecho; se hizo anudar las manos con un lienzo para estorbarse á sí mismo el defender la vida, y ciñéndose el cuello con el dogal, entregó los cabos á los esclavos cristianos, ministros forzados para tales trances, encomendándoles que le acabasen prontamente, no ejecutando el triste oficio con el desaliño é impiedad que en otras ocasiones; siendo así á un propio tiempo director, víctima, y casi verdugo de su propio suplicio. En el castillo, por la ausencia de Tabac, quedó Ahmed el Chelebi como su teniente alcaide, quien, entendiendo el triste fin de Tabac, se encerró en la fortaleza y los que con él estaban, resueltos á vender caras sus vidas; pero Alí-Bey, queriendo ganarse á un hombre de sus prendas y que alcanzaba gran reputacion entre turcos y moros, le envió á su hermano Ramadhan y al alcaide Murad con grande acompañamiento, llamándole á su servicio, dándole cargo y título de dey y enviándole el caftan, que los mismos mensajeros le vistieron. Cuentan que Ahmed el Chelebi tomó tal miedo mientras duraba aquella ceremonia, puesto que fuese animoso por extremo, que temblaban todos sus miembros como las hojas en el árbol. Además de ser esforzado este Ahmed-Chelebi, era entendido y de gran discrecion, siendo muy cursado en las tres lenguas arábiga, turquesca y persiana; y por tales prendas sin duda quiso Alí-Bey allegarlo á sus intereses. Ahmed el Chelebi no podia olvidar el triste fin de Tabac, desconfiando siempre de las intenciones de Alí-Bey; agregándose á todo la soberbia y desafuero de los familiares de este, que aumentaron motivos para un rompimiento. Un hecho atroz sin duda vino á dar causa para ello. Uno de los mas familiares de Alí-Bey, de una familia venida de Trípoli, llamada de *Abu-Ersefana*, y él nombrado *Jalifa-ben-Zeid*, tenia un hijo mancebo que habitaba en el lugar de Rasisbel. A la sazon pasaba una boda por la puerta de su casa, y fiado en el favor del Bey, sa-

lió á la comitiva, y arrebatando á la doncella, la entró en su casa, aprovechándose de ella y enviándola después á los suyos. Toda la familia, chicos y grandes, hombres y mujeres, descalzos, á pié y con las lágrimas en los ojos vinieron á Chelebi y contáronle el caso. Al punto mandó traer al desenvuelto mancebo y le echó en prisiones. El padre llegó á poco, intercediendo soberbiamente primero y denostando después. « No pienses, le dijo, que yo y mi hijo estamos bajo tu mandado; nosotros no obedecemos otro mando que el de nuestro amo, que es el amo de la tierra, Alí-Bey. » Agraviado Ahmed, mandó prontamente que ahogasen al hijo, y como el padre se ahincase mas en su grita y amenaza, ordenó que tambien le ahogasen, y en una misma hora sufrieron padre é hijo el propio tremendo castigo, echando los cuerpos á la puerta del castillo. Y no cabia en el pensamiento de nadie que Ahmed el Chelebi tuviese tal osadía; porque, puesto que aquella fuese buena justicia, todavía habíala de interpretar Alí-Bey como falta de respeto á su autoridad y persona. Ahmed el Chelebi miró bien que tenia sobre sí todo el enojo de Alí-Bey; y aunque su dignidad y puesto venia de las manos de este, recordaba tambien el desastroso fin que tuvo Tabac, el mal pago que llevaron sus servicios, y la condicion soberbia y pérfida de Alí. Este fué el punto en que descubrió á Mohammed quién fuese el autor de la desastrada muerte de su hijo, ofreciéndosele á servir su partido. Entonces Mohammed, á la cabeza de sus partidarios, se adelantó sobre Túnez; y como Alí se encontrase á la sazon fuera de la ciudad, al quererse poner en cobro en ella, el Chelebi le cerró las puertas. Fueron vanas las tentativas que probó para entrar en ella, y derrotado completamente, tuvo que refugiarse en Queff. Mohammed entonces, para ganarse la voluntad de los de Túnez, aseguró que nada mas queria que vengar en los asesinos la muerte de su hijo; y como ellos se aprestasen para tomar una nave y fugarse, fueron cogidos al fin, sufriendo una muerte espantosa. Mas al querer Mohammed entrar en Túnez, el Chelebi, que habia sabido poner de su parte la milicia de los turcos, á su vez le cerró las puertas, declarando que jamás obedeceria á unos hermanos que alternativamente arruinaban al Estado. Las tropas que acompañaban á Mohammed, por la mayor parte le abandonaron y se entraron en Túnez, pudiendo presumir el Chelebi haber conseguido sus intentos y reinar exclusivamente. Este suceso atrajo por lo pronto la reconciliacion de los dos hermanos; pero saliendo á ellos el Chelebi, los derrotó completamente. Y es cierto que si aprovechara la victoria, se hubiera deshecho de ambos competidores; pero su negligencia dió tiempo á entrambos hermanos á acudir á Argel, logrando de su dey *Ibrahim* el que les diese un socorro considerable de tropas, mediante la suma de cuarenta mil piastras. El dey de Argel pues, y uno y otro bey, pusieron sitio á Túnez, sitio que duró desde el mes de setiembre de 1685 hasta el mes de junio del año entrante. Los moros del campo que defendian la ciudad, cansados de sitio tan prolongado, abandonaron al Chelebi para volverse á sus montañas y desiertos. El jefe de la caballería de Túnez, llamado *Cara-Otzman* ú *Otzman-Agá*,

asegurando que iba en persecucion de aquellos desertores para castigarlos, montó á caballo, y ya en el campo, tuvo por mejor partido el unirse á los dos beyes y á Ibrahim-Dey. El Chelebi, abandonado de todos los suyos, se disponia á huir; pero, preso antes de conseguirlo, fué llevado á la tienda de Ibrahim, cargado de cadenas y herido malamente en la cabeza y en la mano, acompañado en su prision de su escribano ó secretario *Omar* y del bey que él habia nombrado, llamado *Mohammed-Meniot*. Los argelinos, entrando en la ciudad, cometieron las mayores crueldades, degollando á varios moros en la presencia del mismo Mohammed. En tanto algunos partidarios del Chelebi, queriendo en aquel desórden deshacerse á un tiempo de ambos hermanos, asegurándole así el trono á su patron, fueron á las tiendas del mismo Dey, y después á las de Alí; pero quedaron burlados en su intento, por no encontrarlos en parte alguna. Ellos habian huido con los diversos propósitos que sugiere la fortuna para dar motivo á sus terribles mudanzas. Mohammed, rodeado de un pequeño escuadron de los suyos, se mantuvo en el campo, esperando las resultas de aquellas revueltas y confusion. Alí-Bey, por el contrario, lleno de perturbacion, huia á toda rienda, acompañado de algunos servidores. Estos en su carrera le obligaron á detenerse, echándole en cara su flaqueza, mostrándole el ejemplo de su hermano Mohammed, que se mantenia en el campo. Detuviéronse pues en cierta altura, y en esto vieron que venia á toda priesa una banda de jinetes, que ellos creyeron ser de sus partidarios, que inquirian el paradero de Alí para llevarlo al campo. Pero los jinetes al llegar dispararon sus escopetas, cayendo muerto Alí y cortándole la cabeza. Pues Mohammed andaba sin resolucion, sin tomar partido en ocasion tan peligrosa. Entonces fué cuando un cuñado suyo, llamado *Ahmed-ben-Xuc*, que venia con las tropas argelinas, le hizo presente que era la ocasion de conquistar el poder, que su presencia restableceria el sosiego, y que Túnez era el lugar donde debiera morir ó reinar. Mohammed no tuvo resolucion para tanto; y tal timidez pudo perderle, porque los partidarios del Chelebi, que por nada se arredraban, quisieron ir á las tiendas de Ibrahim, donde estaba prisionero, para aclamarle bey; pero, como tal suceso no cuadrase á las miras de Ibrahim, á su propia presencia le hizo ahogar, exponiendo su cadáver á las puertas de su mismo pabellon. A su vista depusieron sus intentos los partidarios mas fieles que tenia el Chelebi, y todos reconocieron por su bey á Mohammed, quien, para libertarse del arriesgado hospedaje de los argelinos, dió otra igual suma que la anterior á Ibrahim-Dey para que los llevase. Mohammed, exento de toda carga y rivalidad, comenzó á gobernar con tal crueldad y tiranía, que nadie vivia seguro ni en sus bienes ni en su persona. El rasgo de Mohammed-Bey que vamos á relatar aquí representará elocuentemente las costumbres de aquellos hombres, la manera atroz con que se tratabán y la inconstancia de sus resoluciones. Con Ahmed el Chelebi habia sido preso, como ya dejamos relatado, Mohammed-Meniot, un renegado esclavo suyo, de cuyo valor y aficion mucho fiaba; por lo cual, y mas prendas que le asistian, le habia

elevado al cargo de bey, como en rivalidad y vituperio de los dos hermanos Mohammed y Alí. Entrambos le aborrecian por la privanza que de Ahmed habia gozado y por el título y cargo con que se honraba. Como este Mohammed-Meniot se mirase en la prision, considerando los vaivenes de la fortuna, se le presentó un esclavo de Mohammed-Bey con albañiles y trabajadores. Era el intento levantar en la estancia un calabozo ciego, alto del estado de un hombre, para encerrar allí á Meniot y emparedarlo. Levantaron á Meniot, le pusieron en aquel ataud de cal y canto, y proseguian alzando las paredes, y Meniot lloraba, pidiendo que de una vez le acabaran con la vida tales sufrimientos. En este tiempo Mohammed-Bey recordó de aquel infeliz, y pensando con mas piedad, dijo : «¿Por qué delito voy á dar á este hombre tal castigo? El es esclavo, y el esclavo no puede excusar la ejecucion de las órdenes de su amo.» Discurriendo así, mandó que se lo trajesen, y le dijo : «Yo te perdono cuantos males contra mí has ejecutado; pero ordeno que no estés aquí y vayas á Levante.» Fuera de allí ya, consideró de nuevo Mohammed y dijo : «No es honra mia que á este que ha tenido el título de bey de Túnez lo envie pobre á otras tierras.» Entonces le dió tres mil pesos de plata, ricos vestidos y abundantes provisiones para el viaje, trocándose en hombre libre y rico el que esperaba poco há morir enterrado vivo. Asistióle después la ventura; porque, sirviendo en las galeras del Gran Señor, llegó á ser capitan-bajá de ellas, muriendo mucho después en las guerras que el Turco sostenia contra los venecianos.

Los desafueros de Mohammed obligaron de nuevo á los tunecíes á acudir á los argelinos, que vinieron con fuerzas considerables, mandados por su mismo dey, para dar órden en aquellas cosas. Mohammed les salió al encuentro; pero, abandonado por la milicia de los moros, apenas pudo recogerse en la ciudad. La consternacion fué tal, que Ramadhan, el hermano de Mohammed, que obtenia entonces el cargo de bajá, el Dey y muchos turcos de distincion, escaparon en un buque francés que navegaba hácia el Archipiélago, quedando Ramadhan por huésped en la corte del duque de Toscana. Los argelinos saquearon las provincias; pero Mohammed defendió valerosamente la ciudad por cuatro meses; y llegado el último extremo, logró salvarse refugiándose en el país de Zahara. Ebn-Xuc, de quien ya hemos hablado, olvidando los vínculos que le unian con Mohammed, admitió el título de bey de Túnez, y un tal *Tatar* fué elevado á la dignidad de dey por los argelinos. Es imposible relatar las vejaciones, robos y crueldades cometidas por estos dos monstruos. Mas de setecientos vecinos, mercaderes y gente principal, vieron confiscados sus bienes, muriendo muchos de ellos en la tortura mas horrible. Como las de los últimos disculpan y aun hacen olvidar las infamias de otros anteriores tiranos, los tunecíes, no sabiendo hallar mejor remedio, volvieron los ojos hácia Mohammed, no recordando ya ni su crueldad ni su insaciable codicia. Cierto suceso aceleró la manifestacion de estos deseos. Ebn-Xuc, queriendo saciar su sensualidad, su venganza y su sed de oro, intentó saltear y prender á mas de quinientas personas, hombres y mujeres, que se habian retirado á Cair-

van como en asilo sagrado. Esto acabó con el sufrimiento general: la rebelion asomó por todas partes, y mensajeros de las primeras familias fueron en busca de Mohammed. Este moraba entre las tribus de un jeque poderoso, que, olvidando antiguos agravios sufridos, le concedió hospedaje en su destierro. Llegado el caso, este jeque le facilitó un cuerpo de diez mil jinetes, con cuyo auxilio y los nuevos partidarios que se le unieron pudo desbaratar Mohammed enteramente á su contrario y pariente Ebn-Xuc. Reinstalado en el trono, hizo llamar á su hermano Ramadhan de la corte de Toscana y le confirió la dignidad de dey.

Mohammed no tardó en morir súbitamente, y Ramadhan, su hermano, que tan varia fortuna habia corrido, subió al poder, apoyado por los argelinos. El Divan y el pueblo se inclinaban en favor de Murad, su sobrino, hijo del famoso Alí, de quien tanto hemos hablado; pero Ramadhan logró sobreponerse á todo. El nuevo bey puso toda la gobernacion del Estado en las manos de un músico italiano llamado Mezault, quien se hubo tan mal en su cargo, que el descontento y la murmuracion de los tunecíes manifestaban que se acercaba la sedicion mas grande. El italiano, para buscar pretextos que encubriesen la verdadera causa del descontento, le hizo entender á Ramadhan que todo era efecto de la mala voluntad de su sobrino Murad, que queria suplantarle en el trono y matarle. El Príncipe compareció ante el Consejo, compuesto todo de amigos y partidarios de Mezault, y fué condenado á perder la vista, como es costumbre en Africa. El cirujano encargado de la operacion, que era un renegado francés, dé acuerdo con Murad, bien que á vueltas de hacerle derramar mucha sangre y dejarle descompuestos los ojos, hizo de manera que conservó la vista. Ramadhan y los suyos, todavía no satisfechos del resultado de aquella ejecucion, hicieron pasar á Murad por pruebas muy ásperas y arriesgadas para quedar tranquilos de su ceguera. Le hicieron andar por un aposento de hornazas y braseros ardiendo, y blandian sobre su cuello y pecho espadas y alfanges desnudos, espiando en alguna seña ó movimiento involuntario el indicio de no haber perdido la vista. Murad pudo con su fingimiento engañar la suspicacia de sus verdugos; y dado por ciego, fue encerrado en una torre en la ciudad de Susa, poniéndole por alcaide á un agá que, por ser un fraile renegado, le llamaban *Soleiman Papaz Falso*. Este apóstata, suspicaz por extremo, no tardó en conocer la verdad del caso, y dió sus informaciones á Ramadhan de que su sobrino, si bien con ojos dolientes y desfigurados, conservaba casi ilesa la vista. Tal revelacion no pudo ocultarse á Murad, llegando á conocer que era forzoso echarlo todo al tablero para tener esperanza de salvarse. Su liberalidad y modo afable le habian granjeado el cariño de los turcos, renegados y moros de su guardia, y todos puestos de acuerdo, hizo matar al agá apóstata cuando se encontraba con él en un convite, huyéndose á las montañas de Ussulat, asilo comun de otros príncipes fugitivos, como á treinta leguas de Túnez. A la noticia de su fuga la mayor parte de las tropas de Ramadhan fueron á unírsele, y con ellas vino sobre Túnez.

Ramadhan, no pudiendo tener la campaña, y despavorido, quiso huir por mar; pero, cogido, fué llevado ante su sobrino, quien lo hizo ahorcar en su presencia y quemar su cadáver. El italiano Mezault fué encerrado en una caja de hierro armada de puntas, por manera que el cuerpo se despedazó desastrosamente, y entregado después al populacho, fué objeto de iniquidades inauditas. Murad, siguiendo la corriente de su cólera, no hubo extremo de venganza que no cometiese, llegando, segun dicen, hasta beber en su copa las cenizas de su tio. No pudiendo olvidar el que los argelinos habian apoyado las pretensiones de su tio en perjuicio suyo, les declaró la guerra; y así por ello como por sus profusiones, violencias y profanaciones de todo género, atrajo sobre Túnez las mayores calamidades. Juntábanse en su persona la crueldad de Neron, la insensatez de Calígula y la iniquidad de cuantos monstruos nos revelan los anales del bajo imperio y la historia del Oriente. Los objetos mas venerables á los ojos de aquellas gentes supersticiosas no se libraron de su escarnio. Recordando que los morabitos y gente de ley habian consentido en el decreto por el que su tio intentaba privarle de la vista, quiso vengarse de ellos, aunque por manera menos sangrienta que risible. Los forzó á comparecer á todos á su palacio, y haciéndolos desnudar, les obligó á echarse en el pavimento de las estancias y que pasasen allí una noche entera. Como para despertarles, y para colmo de la burla, á la mañana siguiente vinieron muchos esclavos con cubos de agua, y los hizo vaciar sobre ellos, ni mas ni menos que como se hace el baldeo de un buque. Después lanzó vergonzosamente de su palacio aquellas gentes, riéndose él mismo con sus cortesanos de tal burla. Pero en medio de tales extravagancias, que manifestaban tener en poco la religion musulmana, se refiere un hecho de él, que señala algun respeto por el culto cristiano. Visitando un dia la mazmorra de los cautivos, vió en la capilla la imágen de una santa; y preguntando la advocacion de ella, le dijeron que era Sta. Lucía, á cuya devocion se encomendaban los cristianos para implorar alivio en las dolencias de los ojos. « Si tal alivio (dijo) pudiera yo esperar de esta santa, no careceria ni de aceite ni de lámparas; » y lo mas singular es que por muchos años ardieron aquellas luces con el aceite suministrado por el Gobierno. Algunos relatan este hecho con circunstancias diversas, pero conformes en la sustancia. El baño ó mazmorra que visitaba el Bey era llamado de *Santa Cruz*, y sus visitas á aquel lugar tenian por objeto embriagarse con un esclavo, secretario de un agá que allí residia.

La muerte de Murad-Bey, aunque trágica, no fué tan dolorosa como merecian sus crueldades. Aborreciendo á los argelinos, no perdia ocasion de hacerles la guerra, como en venganza de los males que habian hecho á su familia. Resolvió pues entrar en el territorio argelino con su ejército en el verano de 1702. Las tropas de Murad, indisciplinadas y mas acostumbradas á las turbulencias de soldados que á las fatigas de la guerra, llevaban de mal ojo aquella expedicion. Murad-Bey, sin embargo, firme en su resolucion, salió con su ejército. Andaba á

la cabeza de esta conspiracion *Ibrahim el Xerif*, capitan de los turcos de á caballo, linaje de milicia á que llamaban *espahis*. Llegado á un lugar pequeño de moros andaluces, llamado *Vad-Azzarca*, volvió la soldadesca á manifestar su poca voluntad; pero Murad declaró que no habia de trocar de intencion. Pues á la mañana siguiente, como entrase en su carroza, costumbre que habian traido los soberanos de Túnez desde su abuelo el otro Murad, gozando así de los regalos de los príncipes de Europa, siguió la marcha algun tiempo por aquellos arenales; pero al llegar á cierto sitio llamado *Vad-el-Vol*, cerca de Becha ó Bugía, Ibrahim-Xerif se acercó á la carroza con veinte hombres de á caballo, como en ademan de apartar á muchos jeques y curiosos que se acercaban para saludar á Murad; y cogiendo buena ocasion, le disparó un arcabuz cargado de balas, que algunas alcanzaron á Murad-Bey, y las mas dando en su criado *Hamuda-Cara-Batac*, le dejaron en el sitio. Murad-Bey, herido como estaba, se derribó de la carroza y disparó el suyo á Ibrahim-Xerif, hiriéndole en el muslo, sin que le hiciese demasiado mal. Los compañeros de Ibrahim, acometiendo á Murad-Bey antes que se repusiese, le remataron y cortaron la cabeza. Los primos de este, Hasan y Murad, hijos de Mohammed-Bey, que venian en la comitiva, al sentir el rumor, quisieron escapar con sus caballos; mas Xerif, enviando algunos espahis, los alcanzaron y tambien les cortaron las cabezas, enviando todas las tres á Túnez. Aquí quedaba otro de la familia, llamado *Hamuda-ben-Hasan*, tio de Murad-Bey, medio insensato, á quien tambien ahogaron, con su hijo Hasan, de edad de cuatro años. Así se extinguió esta familia, que tanta sangre habia derramado en Túnez; y por cierto que si mirasen bien los poderosos y príncipes, y considerasen que en las razas no hay pecado ni delito que no se purgue y pague, mas atentos andarian en ajustar sus acciones á los preceptos de la justicia. Se dice que Hasan-ben-Alí, que era quiahya ó teniente de agá en Túnez, informado de lo que se tramaba, envió sus cartas á Murad-Bey, dándole cuenta de la conspiracion; pero que este, recibiendo el mensaje en la carroza, dejó de leer las cartas, siguiendo en su distraccion: negligencia que pagó con la vida. Este Hasan-Bey fué el que sucedió á Ibrahim-Xerif, como después verémos, siendo el fundador de la dinastía que hoy reina. Y por cierto que los que miren en el engrandecimiento de las personas y las familias el premio concedido por la Providencia á las buenas acciones, hallarán explicacion por esta muestra de lealtad de Hasan al advenimiento de la dinastía fundada por él, que es todavía la reinante.

Ibrahim-Xerif fue saludado dey en el mismo campo, como por premio de haber libertado á todos de aquel monstruo; y dando mano á la expedicion de Argel, revolvió sobre Túnez, donde fué reconocida su autoridad, aquietando la tierra y poniendo á raya á los que presumian oponérsele. Harto le dió que hacer un tal *Amed-ben-Soleiman*, que, en son de venir de un antiguo bey, quiso revindicar tal autoridad. Ibrahim, sin embargo, lo venció, así como tambien al bajá de Trípoli; y enviando sus procuradores á Constantinopla, le trajeron la investi-

dura de bajá y de dey; de modo que reasumió en su persona la autoridad de los tres cargos, caso hasta entonces nunca visto, leyéndose en su sello *Ibrahim-Xerif-Bajá-Bey-Dey*. Aumentó la marina, fortificó y reparó los muros de muchas ciudades, y todo le anunciaba próspero y dilatado reinado, cuando la guerra con los argelinos, que volvió á estallar, vino á desposeerle de su grandeza y á hundirle en los mayores desastres. Llevando su campo hasta Argel, los beduinos llamados de *Valed-Zeid* se le pasaron á los contrarios, y aunque peleó valerosamente en varios trances, y en algunos con ventaja, al fin en uno de ellos fué rodeado por los jinetes argelinos, y por mas que hizo para salir del apuro, fué derribado del caballo y llevado preso al dey de Argel, que lo cargó de cadenas, como tambien á su hermano Mohammed, llevándolos como trofeo de su expedicion y su victoria.

El ejército de Túnez eligió en lugar de Ibrahim-Xerif á *Hasan-Ben-Alí*, de quien ya hemos hablado, y que por su valor y buenas prendas podia remediar el desman sufrido. Su reputacion fué suficiente para que el Divan diese su aprobacion á Hasan-Ben-Alí. Este era hijo de un renegado llamado Alí, venido de Levante, cristiano cismático, y que por la propiedad y soltura con que hablaba la lengua turquesca era conocido con el nombre del Turqui. Los beyes anteriores le encomendaron el gobierno de un pueblo de moros, llamados los *charnies*, cerca de Fez, en cuya tierra nació y se habia criado Hasan, que, entrando en la milicia, logró por su valor, su habilidad y sus servicios llegar al cargo de quiahya de Ibrahim el Xerif. Este afortunado aventurero supo conservar el poder, manteniendo felizmente la campaña contra los argelinos, negociando con ellos y entrando en buenas relaciones con las potencias de Europa, singularmente con la Francia, con quien celebró un tratado de paz en 1720. Gobernó sin grandes sediciones ni turbulencias, administró con habilidad, sin echar mano de las violencias ni las crueldades. Si lo primero le daba estimacion entre sus pueblos, su templanza y su clemencia aumentaban el cariño que todos le profesaban. Todo le era favorable y le aseguraba un porvenir cierto y tranquilo; pero un hondo cuidado le amargaba todas estas satisfacciones. Ibrahim el Xerif vivia en Argel, instrumento poderoso de desavenencia en manos de los argelinos, que con su nombre y los socorros que podian prestarle, era ocasion perpetua de temor y de sobresalto para Túnez y su soberano. Por otra parte, los buenos recuerdos que de sus prendas habia dejado Ibrahim, y los muchos amigos que tenia en Túnez, aumentaban la inquietud de Hasan. Para librarse de este continuo sobresalto quiso apelar á la intriga y á la astucia. Le hizo entender á Ibrahim el Xerif que sus partidarios le aguardaban impacientes, y que solo con presentarse le seria restituido el trono, del cual Hasan no era mas que un fiel depositario. La ambicion y la vanidad, estos dos pérfidos consejeros de los príncipes, le hicieron caer miserablemente en el lazo que se le armaba. Huyéndose de la mano de los argelinos, ó facilitada la evasion por ellos propios, apareció Ibrahim el Xerif en Biserta, y cuando soñaba encontrar el trono, se halló con la realidad de su desastrado fin, pues Hasan lo pudo haber

á las manos y le hizo matar. Otros cuentan el hecho por diversa manera, diciendo que, sospechando Ibrahim al tocar en tierra la red que se le tendia, volvió á hacerse á la mar; pero saliendo en su persecucion otra nave de Hasan, viniéndose al fin á un reñido combate, murió en él Ibrahim el Xerif de un tiro de escopeta.

Libre Hasan de toda inquietud y peligro, nada le faltaba para su tranquilidad y satisfaccion, mas que un hijo que le heredase en el poder y en la grandeza. Desconfiando ya de allegar esta á las demás satisfacciones de que gozaba, puso los ojos para sucederle en su sobrino Alí-Bey, que en verdad merecia por sus prendas y sus servicios esperanzas tan encumbradas, y por lo mismo Hasan lo trataba y lo presentaba á su corte como su heredero presuntivo. Sin embargo, un azar inesperado vino á trocar la faz de las cosas. Un corsario tunecino, en una nave que apresó, encontró una dama genovesa de tan extremada hermosura, que consideró agraviar al soberano de Túnez no ofreciéndosela como la mejor joya de su presa. El corsario acertó en el hito de los antojos de Hasan, puesto que la esclava cautivó su aficion enteramente. No tardó en encontrarse en cinta, lo que puso el colmo al contento de Hasan, que desde luego se apresuró á participar el fausto acontecimiento al Divan, queriendo preparar así el que se reconociese al hijo por su heredero; pero sin ocultar que, si bien la esclava habia consentido en ser su esposa, se habia mantenido siempre firme en la observancia de la religion cristiana. Esto embarazó al Divan, le hizo dudar, y no se sabe cuál hubiera sido la resolucion definitiva, cuando la esclava, ora vencida por las instancias de Hasan, ó cediendo, en fin, lo que es mas cierto, á la ternura de madre, consintió en entrar en la religion mahometana, alzando así el obstáculo que pudiera perjudicar los derechos de su hijo. Con tan fausto acontecimiento, que cumplia los deseos todos de Hasan, vino este al Divan, y fácilmente alcanzó el que el nuevo infante, que habia recibido el nombre de Mohammed-Bey, fuese declarado heredero del trono; y acudiendo después á Constantinopla, alcanzó igualmente, mediante sus presentes y regalos, el que se le concediese la investidura del futuro poder. En pocos años tuvo Hasan otros dos hijos mas, llamados Mahmud-Bey y Alí-Bey. Hasan hubo de notificarlo á su sobrino Alí-Bey, que la fortuna habiendo trocado el estado de las cosas, la sucesion futura no podia ya corresponderle; mas, para endulzarle esta amarga nueva, le aseguró de la continuacion de su gracia y de sus beneficios, concediéndole para prueba y fianza de ello el título de bajá, con otros cargos y regalos considerables. Alí-Bey disimuló, pareciendo resignado á los decretos de la Providencia y adoptando como muestra de su docilidad inmediatamente el título de bajá; pero su vanidad le representaba que era una humillacion descender del puesto que hasta allí habia ocupado, haciéndole creer su ambicion que era usurparle sus derechos anteponiéndole otro sucesor, aunque fuese por ley de nacimiento. No pudiendo ocultar mas su enojo y malevolencia, se huyó á los montes de *Ussulat*, tantas veces nombrados, donde de

antemano habia procurado suscitarse en su favor un poderoso bando. A la cabeza de un cuerpo numeroso de partidarios descontentos se atrevió á bajar de las montañas y venir hasta Túnez; pero Hasan, que era soldado, convocó sus tropas, salió contra los enemigos, derrotó al rebelde y le obligó á refugiarse en el territorio argelino. Alí-Bajá en Argel buscó amigos, se insinuó en la buena gracia del Dey, hizo promesas, y alcanzó al fin el que se le diesen tropas para volver contra Túnez. Su tio Hasan salió contra él; pero en esta campaña fué menos afortunado que en la anterior; porque, estrechado muy pronto á abandonar la capital, fué derrotado después en una gran batalla, viéndose obligado á salvarse en las montañas de Cairvan, sucediendo esto por el año 1735. Los desastres le perseguian siempre: la hambre mas espantosa le obligó á abandonar aquel asilo, encerrándose en el puerto de Susa, situado en la parte oriental de la Regencia. Como los príncipes de Africa y del Oriente corren fortunas tan diversas y sufren contrastes tan extraños, y á los que va ya tambien familiarizándose la Europa, no parecerá inaudito el que aquel soberano, dueño poco há de vastas provincias y de riquezas y tesoros inmensos, se mirase forzado á recibir la subsistencia de manos de un extranjero. Ello es que, hallándose Hasan en Susa y privado de todo recurso, tuvo que apelar al medio de pedir adelantos cuantiosos á un mercader francés llamado Balillon, para subvenir á los gastos de su familia, persona y comitiva. Pero estrechándosele cada vez mas las esperanzas, resolvió recogerse en Argel, asilo de todos los príncipes destronados de Túnez, logrando al fin poner allí en salvo á su familia. En cuanto á él, fué menos afortunado. *Yunas-Bey*, hijo de Alí-Bajá, que le seguia las huellas con astucia é infatigable perseverancia, logró al fin haber á las manos al desgraciado Hasan-ben-Alí, y él por su propia mano le cortó la cabeza.

Alí-Bajá, libre del dogal de su tio, temible por sus prendas y por el derecho que le asistia, contaba con gozar tranquilamente de su buena fortuna. Para mayor seguridad quiso ratificar los tratados que años antes habia hecho con la Francia Hasan-ben-Alí, para excusar de tal manera cualquier revuelta con una nacion poderosa y con la que queria vivir á toda costa en buena inteligencia. Sus deseos se lograron tambien en este punto, pues los nuevos tratados se firmaron en 1742. Pero tanta prevision no fué bastante para que Alí-Bajá buscase quite al justo castigo de su ingratitud, porque á la Providencia le sobran siempre medios para dar su merecido á los príncipes perversos. Del seno de su propia familia tomó orígen la perdicion de Alí-Bajá y de todos los suyos.

Además de Yunas-Bey, de quien ya hemos hablado, Alí-Bajá tenia un hijo segundo llamado *Mohammed-Bey*, que habia logrado cautivar enteramente la aficion del padre, que la aprovechaba en interés propio y en perjuicio de su hermano. Esto disgustaba á Yunas-Bey, y de enojo en enojo, llegó el caso de que aquel príncipe se echase fuera de la casa del padre y apelase á las armas. Alí-Bajá envió tropas en persecucion suya, y viniendo á las manos con Yunas-Bey, fué der-

rotado, y á su vez buscó asilo en Argel. Mohammed-Bey con este primer suceso tomó alientos para proseguir adelante en sus culpables miras, para deshacerse del otro hermano suyo; porque, entrando en tan peligrosa senda, un delito cumplido exige necesariamente un crímen mayor. Mohammed-Bey pues apeló al veneno, y se deshizo de su desgraciado hermano; y libre ya de todo obstáculo, logró del Divan el ser declarado por sucesor de su padre. Pues en este punto, en que parecian quedar triunfantes y sin recelo Alí-Bajá y su hijo, fué justamente cuando estalló el castigo.

Por una de aquellas revueltas tan frecuentes en el gobierno de Argel, vino el poder á parar en las manos de *Baba-Alí-Agá*, que en otro tiempo habia estado de embajador en Túnez. En su permanencia hubo de sufrir ciertas mortificaciones y desaires por parte de Yunas-Bey, que las guardaba hondamente en la memoria, como en su corazon el deseo de la venganza; y ya á la cabeza de la regencia de Argel, llevó á cabo sus siniestros intentos en contra de la casa toda de Alí-Bajá, y para ello hizo suya la causa de la desgraciada familia de Hasan-ben-Alí, que, como ya se ha dicho, se encontraba en Argel. Así pues, en el año 1755 Baba-Alí reunió un cuerpo de tropas, y dándole el mando al bey de Constantina, le envió contra Túnez para restituir el trono á la familia que lo habia perdido por la injusticia y la ingratitud, coadyuvadas por el capricho de la victoria. El éxito de tal expedicion fué el mas venturoso, y los hijos de Hasan lograron restablecer el trono de su padre, y cogido Alí-Baja, le fué dada muerte sin misericordia. La justa venganza de la muerte de Hasan-ben-Alí y la restauracion de su familia se verificaba por el año de 1756. Mohammed-Bey, que se sentó en el trono, era príncipe afable y de condicion blanda, pudiéndose creer que su reinado se deslizaria tranquila y felizmente por muchos años en Túnez; pero la muerte le sorprendió á los dos años y medio de hallarse en el trono, en 11 de febrero de 1759, dejando dos hijos de muy tierna edad, llamados *Mahmud-Bey* é *Ismael-Bey*.

El hijo segundo de Hasan, llamado Alí-Bey, subió al trono en el mismo dia de la muerte de su hermano; pero siempre bajo promesa de devolver el trono al mayor de los hijos de su hermano en cuanto cumpliese la edad conveniente para tomar las riendas del gobierno; mas, ya fuese esto un vano pretexto, ó ya que el aliciente irresistible del poder le hiciese olvidar sus propósitos, ello es que muy luego comenzó Alí á trabajar en provecho de su hijo Hamuda, poniéndolo en evidencia lo mas posible, y apartando de los negocios á sus sobrinos y haciéndolos vivir en la oscuridad. A su hijo Hamuda le dió el mando de las tropas todas de la Regencia, y no contento con esto, solicitó de la Puerta Otomana la investidura de bajá para su hijo Hamuda, investidura que alcanzó al fin, haciendo hábilmente que valiese en su favor la intercesion de todas las potencias europeas. Por estos hábiles medios logró Alí-Bey el que su hijo Hamuda, autorizado ya con la dignidad de bajá, supiese ganar las voluntades de los tunecíes; y como este príncipe, aunque jóven todavía, no era menos diestro que su padre, supo adelantarse tanto

en el afecto de Mahmud y de Ismael, que ellos mismos se anticiparon á besarle la mano como futuro sucesor, resignándose á vivir en la condicion privada, léjos del rango á que podian ser llamados con el doble derecho de su nacimiento y de las formales promesas del tio. Veinte y tres años reinó Alí-Bey, los once primeros en paz profunda, si bien en los tiempos posteriores corrió graves peligros por la guerra que le suscitó contra la Francia la insolencia de sus corsarios, el poco miramiento que guardaba á los derechos de los pescadores franceses de coral, y finalmente, la violencia con que interpretaba el mismo Alí-Bey los artículos de los tratados sobre respetar la carga amiga en los buques apresados por los corsarios de Túnez. Aunque la guerra llegó á estallar y las escuadras francesas bloquearon la Goleta, bombardeando después á Puerto-Farina, Susa y Monaster, al fin, coincidencias favorables á los deseos de Alí-Bey, que ansiaba por la paz, trajeron las cosas á términos de que esta se firmase en 2 de setiembre de 1770 de una manera conveniente á las reclamaciones de la Francia, y no desairada ni desventajosa para la autoridad y los intereses del de Túnez. Alí-Bey prosiguió en el gobierno de sus estados con discrecion y buen pulso, encaminando siempre las cosas al blanco casi único de sus deseos, que era el asegurar el trono para su hijo Hamuda-Bajá.

Alí-Bey murió el 26 de mayo de 1782, después de haber reinado en Túnez por veinte y tres años. A la mañana siguiente de la muerte de este príncipe le sucedió su hijo Hamuda-Bajá, que ya años antes habia sido asociado al soberano poder por su padre, sin que el pueblo diese muestras de sostener los derechos de los hijos de Mohammed-Bey, á quien su tio Alí habia despojado de su herencia. Hamuda tenia dos hermanos y cinco hermanas : de aquellos uno murió sin sucesion, y el otro, habiéndole sobrevivido, hubo de sucederle, como verémos después. En cuanto á las hermanas, dos las casó con su favorito y primer ministro de la Regencia, nombrado *Mustafá-Codya*, la tercera con un sobrino de este magnate, llamado *Mohammed*, la cuarta con un *Ismael-Quiahya*, que habia sido capitan-bajá de la Puerta Otomana, y la última prefirió vivir en el celibato. Este Mustafá, que alcanzó tanta fortuna, era un esclavo georgiano que, sirviendo con fidelidad extrema á Hamuda, logró su libertad, que la consagró con no menos abnegacion y lealtad al servicio sucesivo de su señor. Reconocido este á tantas señales de afecto, no solo lo estrechó á su familia con este doble matrimonio, sino que lo elevó á la dignidad de su primer ministro. Fué buena esta inspiracion de Hamuda; porque su cuñado, circunspecto, entendido en la administracion y con pulso para gobernar bien, supo arreglarle sus rentas y mantenerle en paz todos sus estados. Al fallecimiento de este buen ministro no quiso nombrarle sucesor Hamuda, ya por no encontrar en la corte otra persona suficiente para aquel puesto, ó ya porque con las lecciones tomadas se sintiese con fuerzas para cargar sobre sí todo el peso del Estado. No tuvo que arrepentirse Hamuda de tal determinacion, pues que supo mantener en seguridad sus estados, rechazando las agresiones de

los argelinos, y alcanzando sobre ellos señaladas victorias por medio de dos esclavos suyos, que desempeñaba el uno el cargo de guarda-sellos y el otro el de capitan de sus guardias. Supo hacer que se contentasen los hijos de su tio Mohammed-Bey con la tranquila oscuridad en que vivian, logrando tambien desarmar las asechanzas de Ismael-ben-Yunas, que, como ya hemos apuntado, vivia en Argel, suscitando continuas conspiraciones en Túnez. Mas contemplando que sus intrigas no alcanzaban efecto alguno, solicitó de Hamuda el permiso de regresar á Túnez, que inmediatamente le otorgó el príncipe reinante, considerando que era mas fácil vigilar á un enemigo cercano que no á un rival tendiendo asechanzas en un país vecino. Ismael-ben-Yunas fué recibido con una guardia de honor, se le dió casa en los palacios del Bardo, y por muchos años se abstuvo de entrometerse en intriga alguna. Pero los argelinos, enemigos eternos de Túnez, presumiendo suscitar nuevos embarazos á Hamuda, pusieron los ojos para ello en Ismael-ben-Yunas, pues sin duda para servirse de él le habian dejado tomar á salvo las fronteras de Túnez. Estos conciertos no pudieron ocultarse á la vigilancia de Hamuda, que, interceptando los pliegos y los emisarios, y convenciendo de su traicion á Ismael-ben-Yunas, le hizo ahogar en los mismos palacios del Bardo. Por mucho tiempo tranquilo Hamuda de enemigos interiores y exteriores, pudo aplicarse al buen gobierno de sus estados, sobreviniendo solo algunas diferencias con la república francesa, que al fin tuvieron feliz término con un armisticio celebrado en 7 de agosto de 1807, que á poco se elevó á un tratado de paz definitivo. Pero en el año de 1811 presenció Túnez uno de esos grandes acontecimientos que dejan honda huella en la memoria de los pueblos.

Si bien los esfuerzos de Alí-Bey y de otros príncipes de su familia habian logrado fijar en ella el derecho hereditario, todavía la milicia turca ejercia una influencia exclusiva en la administracion del Estado, que solo se podia templar á fuerza de prodigalidades y de concesiones de toda especie. Hamuda de mucho tiempo atrás habia querido combatir esta tendencia, introduciendo en el gobierno del Estado un gran número de esclavos georgianos, renegados europeos y otros partidarios exclusivos de él y de su casa. Los turcos habian echado de ver tal política, como que dia por dia se les deslizaba alguna prerogativa ó se les cerraba alguna de las puertas por donde cumplir sus exacciones y sus violencias. El descontento iba cundiendo á medida que el buen órden se afirmaba, y se empleaban en la administracion manos y personas sospechosas á los turcos, que con el ejemplo inmediato de Argel, en que todo el gobierno les estaba confiado, ardian en deseos de vengarse. Concibieron pues el intento de exterminar toda la familia del Bey, castigando así el haber hecho hereditaria en ella tal dignidad, y volver al antiguo uso, esto es, de nombrar un bey de entre ellos mismos, como se practicaba en Argel. Fijaron pues el saltear á Hamuda y degollarle con toda su corte cuando, viniendo del Bardo, su residencia ordinaria, fuese un viérnes á la mezquita á cumplir con el precepto religioso, y encaminarse después al sitio mismo del Bardo para

acabar con todo su linaje, sus criados y familiares. Tuvo el Bey noticia de la conspiracion, y puesto que en un principio rehusase dar asenso á la delacion, todavía se abstuvo por aquel dia de asistir á la oracion de la mezquita. Esto descompuso los intentos de los turcos, porque sospecharon ser la conjuracion descubierta, ó temieron que dándose largas al negocio, cualquier accidente pudiera desconcertarle en su buen efecto; y así, resolvieron declararse. Estallaron pues aquella misma noche (era el 30 de agosto), y entrando en las tiendas y bazares, todo lo robaron y saquearon. Los habitantes, tomando las armas para reprimir aquel saqueo, obligaron á los turcos á evacuar la ciudad, dirigiéndose hácia la Alcazaba, que, presidiada por guarnicion turca, les abrió las puertas, y todos juntos pusieron mano al instante á constituir un gobierno y á elegir entre ellos mismos un bey. Hecha la eleccion, la celebraron inmediatamente con grandes salvas de artillería, que era la señal convenida para que se declarasen en su favor los fuertes de la Goleta, Queff, Biserta, Susa y las demás plazas de la costa. Por fortuna el quiahya de Puerto-Farina, que ejercia las funciones de ministro de Marina, en cuanto tuvo noticias del caso, armó á los árabes y zuavos, y sospechando que la guarnicion de la Goleta estuviese de acuerdo con los sublevados, la relevó al punto. Al propio tiempo el primer ministro del Bey entraba en Túnez con cuantas tropas habia podido recoger. Los turcos comenzaron por enarbolar el estandarte verde, signo de la Sublime Puerta, indicando así que no reconocian otra soberanía que la del Gran Señor, abatiendo de un golpe la independencia de Túnez. El Bey al punto dispuso que todos los demás castillos que tenian voz por él rompiesen el fuego contra la Alcazaba, en donde los turcos se mantenian firmes, empeñándose un recio cañoneo, que duró desde las seis de la mañana hasta el anochecer. En esto el cónsul de Francia, el mismo que pocos años antes habia intervenido en la celebracion del tratado que ya hemos apuntado, se presentó al Bey y puso en sus manos medios eficaces para reprimir la rebelion. Fué el caso que por aquellos dias habian llegado á Túnez, de Malta, muchos artilleros franceses, que volvian á su patria después de haber estado prisioneros de guerra por mucho tiempo; artilleros que entraron á dirigir las baterías de los fuertes. Con tal auxilio, fácil es representarse que la fortuna se declaró por el Bey, pues la artillería se sirvió desde entonces con tal habilidad y acierto, que la mayor parte de los turcos, atemorizados por al efecto del fuego, tuvieron por solo remedio el evacuar la Alcazaba. El Bey no les quiso cerrar el paso, así por no poner á prueba el valor de aquellos hombres desesperados, como por estar seguro de que pronto serian exterminados por los árabes de los campos, que, concitados por Hamuda, llenaban ya todas las cercanías, animados del odio que instintivamente profesaban á los turcos. De ellos quedaron como quinientos en la Alcazaba, que poco después de la salida de sus compañeros se entregaron á merced. Los treinta cabezas ó jefes comparecieron ante el Bey, quien les reprendió amargamente su traicion, y echándolos en las mazmorras, fueron sucesivamente degollados por la mayor parte. Ya mas sereno

Hamuda con el objeto conseguido, y porque ya podia medir la importancia de la conjuracion y el número de los rebeldes, envió emisarios á los árabes para que persiguiesen á los fugitivos sin tregua, encargándoles que tomasen vivos al mayor número posible. Los turcos, desfallecidos de hambre y de fatiga, y sin salida por parte alguna, resolvieron por último medio apoderarse de Tabarca, antiguo establecimiento de genoveses sobre la costa, para después entregarla á los argelinos, con quien Túnez se miraba entonces en guerra. Caminaban hácia ella trabajosamente, y los rezagados y enfermos que no podian seguir el paso del escuadron eran degollados inhumanamente por sus camaradas. Temian que cayendo con vida en manos de los alárabes, les arrancasen por medio de los tormentos cuáles eran los intentos que llevaban y el punto adónde se dirigian. Pero el mismo exceso de la crueldad los descubrió, porque á veces la exageracion de las precauciones descubre mas aína los secretos. Los perseguidores, encontrando mas de cincuenta de aquellos infelices degollados, y no hallando explicacion suficiente para tal barbarie, sacaron en claro que no podia ser otro su pensamiento que el entrarse en Tabarca, adelantando sus jornadas, sin dejar rastros ni lenguas de su camino. Por lo mismo aguijaron su marcha con mas ardor, y al segundo dia dieron vista á los turcos fugitivos. Estos, aunque cansados y desfallecidos, resolvieron vender caras sus vidas, y por conocer que no podian mantener el campo, siendo ellos escuadron de á pié y viniendo los beduinos á caballo, tomaron para mejorarse de terreno la montaña llamada de *Enssaria* ó de los cristianos, á veinte leguas de Túnez, preparándose para el combate. Llegados los alárabes al pié de la montaña, se dividieron en dos cuerpos : los unos cercaron cuidadosamente las alturas, y los otros, echando pié á tierra, subieron resueltamente al combate. Puesto que el escuadron turco se mirase cercenado á menos de mil y quinientos combatientes, todavía hicieron frente por mucho tiempo á los alárabes; pero al fin la superioridad del número decidió la victoria : seiscientos turcos rindieron las armas y todo el resto quedó tendido sobre el campo de batalla. Sabiendo muy pronto Hamuda el triunfo, señaló inmediatamente la suerte que debia cobijar á los prisioneros. Dispuso que le trajesen el bey electo por los conjurados, los hombres principales de que habia compuesto su ministerio, y veinte y siete muchachos que, siguiendo sin duda á sus padres, marcharon con el escuadron. En cuanto á los demás turcos otorgó el que se les pudiese degollar. La terrible concesion la pusieron en práctica los árabes al dia siguiente, el 5 del mes de *xaban* (4 de setiembre), saciando por su propia mano el hondo aborrecimiento que abrigaban contra los turcos. Ninguno murió sin sufrir quince ó veinte heridas del alfanje, del yatagan ó de la gumia. El bey electo, los turcos principales y ministros y los mancebillos fueron traidos al Bardo y presentados á Hamuda, quien desde luego mandó ahorcar al electo y á cinco de los mas señalados, echando en prisiones á los ministros y á los muchachos. Algun tiempo después sufrieron igual suerte los ministros; porque en Oriente corren frecuentemente tal fortuna los que

aspiran al supremo poder; y los muchachos, alcanzando gracia entera, fueron agregados como pajes entre los guardias y familiares del palacio. El Bey dejó á los beduinos toda la presa y los despojos de los turcos: cosa de grande valor, porque en aquel desbalijamiento se encontraba todo el oro, telas, joyeles, dinero, plata, armas y diamantes, fruto del sacomano de Túnez.

Así tuvo fin esta conjuracion, que á haber triunfado hubiera vuelto á poner á Túnez en el lamentable estado en que se encontraba cuando la suprema dignidad era electiva, aparte de volver al yugo afrentoso é insoportable de la soldadesca feroz de los turcos. Comprimiendo aquella rebelion, afirmando Hamuda su dinastía, restauró verdaderamente el reino de Túnez. Hamuda prosiguió en su administracion con un progreso lento, pero seguro, ajustándose, como hombre prudente, á los hábitos y creencias de su pueblo. Alcanzó reinado prolongado y cual nunca hasta entonces se habia visto en los anales de Túnez, pues desde 1782, en que subió al poder, hasta el 14 de setiembre de 1814 en que murió, se cumplieron treinta y tres años. Le sucedió su hermano Otzman-Bey, hijo, como él, de Alí-Bey, que apenas cumplió tres meses en el trono, porque á los noventa y seis dias de ocuparlo, lo perdió á un tiempo con la vida, en el 20 de diciembre de 1814, muriendo asesinado con todos sus hijos. Entró en su lugar su primo Mahmud-Bey, primogénito de los dos hijos de Mohammed-Bey, cuyos derechos desconoció y odió Alí-Bey para asegurar el trono en su descendencia. Se cuenta que de toda la familia de Otzman-Bey solo se salvaron sus dos hijos menores, niños todavía, y que no há mucho tiempo dicen que vivian encerrados con su madre en una torre. Con la muerte de Otzman-Bey se extinguió la línea colateral formada por Alí-Bey, viniendo el trono á la descendencia directa de Alí el Turqui. Mahmud, que se hizo proclamar el mismo dia de la muerte de su primo Otzman, vió coronados al fin sus deseos, llevados á cabo, si con disimulo, con mas perseverancia todavía; pero tal satisfaccion le duró solo nueve años, puesto que murió el 30 de marzo de 1824, dejando el trono á su hijo *Sidi-Husein-Bey*, que subió al trono el mismo dia del fallecimiento del padre. Andando el reinado de este príncipe ocurrió la expedicion francesa contra Argel; suceso que alteró esencialmente las condiciones de los estados berberiscos. A pesar de que el fanatismo religioso pudiera inclinar el ánimo de Husein-Bey á oponerse á los intentos de la Francia, todavía pudo mas el recuerdo de los odios y rivalidades que desde tanto tiempo separaban á Argel y Túnez; y solo con mostrarse indiferente, Husein-Bajá castigó las afrentas seculares de los argelinos, dejándolos borrar del mapa del Mediterráneo. No presenta la historia otro ejemplo de venganza mas cumplida. Husein-Bey, queriendo desde luego granjearse un lugar ventajoso en la estimacion de la Francia, se apresuró á suscribir en 18 de agosto de 1830 con el cónsul general Lesseps un tratado aboliendo en todos los estados de Túnez el corso y la esclavitud de los cristianos. En todo el curso de su reinado, que duró once años y dos meses, se le vió seguir siempre las huellas y la política de Hamuda, caminando siempre, aunque

con gran circunspeccion, en pos de los beneficios de la civilizacion europea. Husein-Bajá murió el 26 de mayo de 1835, trasmitiendo la soberanía á las manos de su hermano *Mustafá-Bey*, que tomó posesion del trono al siguiente dia, reinando por espacio de dos años y medio, y por su fallecimiento el 11 de octubre de 1837, dejó por heredero á su hijo *Sidi-Ahmed-Bey*, que es hoy el príncipe reinante.

Inmediatamente tomó posesion del trono, logrando el que á poco tiempo le otorgase la Sublime Puerta el título de bajá, dignidad concedida á muchos de sus predecesores. Desde esta concesion el soberano de Túnez se firma *Ahmed-Bajá-Bey*. Sin embargo, los primeros pasos de la administracion del nuevo príncipe se miraron de mal ojo en Constantinopla, y por ello se aprestó en aquellos arsenales una respetable escuadra al mando de *Tahir-Bajá*, con objeto sin duda de reformar las innovaciones introducidas en Túnez y Trípoli. La Francia puso los ojos en aquel armamento; y conociendo que á sus intereses no convenia, ni á las nuevas posesiones de Africa, el que retrocediese la civilizacion en Túnez y el que la Puerta Otomana volviese á tomar su antigua preponderancia, resuelta á impedirlo á todo trance, despachó á la rada de Túnez otra escuadra, no inferior á la turquesca, al mando de los almirantes Lalande y Gallois. Los intentos que Tahir-Bajá no pudo cumplir en Túnez, los llevó á cabo completamente en Trípoli, sufriendo el mas débil, con creces en sus padecimientos, la resistencia triunfante del mas afortunado ó mas poderoso. La Puerta Otomana, recordando entonces su política usual del disimular hoy, como buscando medios para castigar mañana, se apresuró á conceder á Ahmed-Bey el título de Bajá.

Este príncipe, ó ya por la rectitud de su juicio, ó ya siguiendo la política de su dinastía, que puede considerarse como verdaderas tradiciones de gobierno, ha ido estrechando cada vez mas sus amistades con la Francia, caminando resueltamente por la senda de las mejoras y de la civilizacion.

Como nada puede ser mas agradable á los ojos de la Europa que el borrar los últimos recuerdos de la piratería y de la esclavitud, Ahmed-Bey ha mantenido con la mayor firmeza en sus estados la abolicion de tan infame tráfico, que inauguró su padre Husein-Bey. Al propio tiempo, con miras superiores á la mayor parte de sus correligionarios, que tanto afectan despreciar á los cristianos, no solo recibe con benevolencia á cuantos europeos se establecen en sus estados, sino que convida con ofrecimientos y recompensas á todos los hombres distinguidos que quieren buscar á su lado ocupacion y la fortuna. Las tropas tunecíes, poco há hordas informes y medio salvajes, han venido trocándose poco á poco, merced á trabajos anteriores y á la asidua diligencia del actual príncipe, en un ejército lucido y numeroso. Las tropas regulares pues forman ya un contingente de veinte mil hombres de todas armas, endoctrinados enteramente á la europea, maniobrando con desembarazo, y observando una disciplina diversa de todo punto á la brutal insolencia de las antiguas milicias turcas. Para ello se ha valido de la in-

tervencion de oficiales franceses inteligentes, facilitados por los buenos oficios de la Francia, que á un tiempo así dilata y fortifica su influencia en aquellos países, como les asegura el no volver á sufrir el yugo insoportable de los turcos.

Antes del advenimiento del bey actual, todas las fuerzas regulares de Túnez se reducian á cinco mil hombres, divididos en dos regimientos de infantería; pero en cuanto subió al poder Ahmed-Bajá-Bey, las aumentó hasta diez mil hombres, creando un regimiento de á caballo. Después creó un regimiento de artillería, aumentando otro de caballería, y así sucesivamente hasta llegar al efectivo actual de veinte mil soldados.

Las tropas tunecíes visten casi á la europea. La infantería lleva pantalon rojo de rubia y un pequeño capote azul, semejante al que llevan en Francia las tropas ligeras. La caballería, así lanceros como cazadores, visten el mismo pantalon rojo y el capote azul, y la artillería lleva azules tambien todas las divisas. Todas las tropas cubren la cabeza con un birrete llamado *fez*, adornado de carrilleras y de una placa de laton coronada con adornos que indican el arma y el número del regimiento. En fin, entre las mejoras militares introducidas en Túnez por Ahmed-Bajá-Bey, merece muy alto lugar la fundicion de cañones, que corre al cargo del oficial de artillería francés Lecorbeiller.

Y hablando del ejército de Túnez, parece razonable decir algunas palabras sobre la marina. Ni aun en los tiempos en que el corso era una de las rentas del Estado fueron numerosas y temibles las fuerzas marítimas de Túnez. Sin embargo, el terror que inspiraban tales corsarios en el Mediterráneo sobrepujaba á todo encarecimiento. Si en aquellos tiempos la marina de Túnez no contaba mas que con una fragata, algunas goletas y bergantines y varias cañoneras, hoy dia, desterrado el corso y la piratería, no puede buscarse mayor número de buques ni en la Goleta ni en Puerto-Farina, que son los arsenales del Estado. Pero estos buques ofrecen en su aspecto, en su policía, y en lo bien armados y tripulados que se encuentran, una muestra mas de los adelantos que allí se alcanzan en todos los ramos.

Los oficiales franceses que han desempeñado la noble mision de disciplinar el ejército de Túnez, han sido señaladamente el coronel de infantería Lavelaine, el teniente coronel de artillería Lecorbeiller, de quien ya hemos hablado, y el comandante de batallon Gillard. No contento con esto, ha hecho levantar una carta geográfica de todas las provincias de la Regencia, que si bien se ha publicado en Francia en 1844 bajo la direccion del general Pelet, todos los datos y pormenores han sido recogidos sobre el país por el capitan de navío dinamarqués Monsieur Falbe y el capitan de estado mayor francés M. Pricot Sainte-Marie, todo á expensas y bajo los auspicios del mismo Ahmed-Bajá-Bey. Para cautivar mas y mas este príncipe la benevolencia de la Francia, ha permitido erigir una capilla consagrada á S. Luis en el mismo sitio en que exhaló su último suspiro este glorioso rey entre las ruinas de Cartago: concesion que habla muy alto en favor de

la ilustrada tolerancia de Ahmed-Bajá-Bey, por infringir terminantemente las prácticas fanáticas de los musulmanes. Puede asegurarse que desde los tratados entre el emperador Cárlos V y Muley-Hasan no se habrá repetido otro ejemplo semejante. Pero la innovacion mas trascendental que Ahmed-Bajá-Bey ha querido introducir en sus estados, es la fundacion del *Colegio europeo*, confiado en Túnez á la administracion y buen celo de misioneros entendidos y laboriosos. Es fácil conocer la influencia que ha de tener en la regeneracion de aquel país una fundacion que lleva allí en semilla todos los gérmenes de la civilizacion, para derramarse lenta y tranquilamente, pero con efectos inevitables, en aquellas regiones, tanto tiempo oscurecidas por las tinieblas del mas absurdo fanatismo y de la ignorancia mas estúpida. Este alcázar de la inteligencia ha de ser mas poderoso para resistir los intentos de la barbarie, sojuzgándola al fin, que no los esfuerzos de ejércitos enteros y las buenas intenciones de príncipes aislados, aunque entendidos y generosos. Las buenas disposiciones de Ahmed-Bajá-Bey y los lazos de amistad que por tanto tiempo unian á Túnez con la Francia, fueron parte para inclinar el ánimo de S. A. R. el duque de Montpensier para visitar aquellos países en 1845. Cerciorado Ahmed-Bajá-Bey de la honrosa muestra de amistad que iba á recibir de tan alto personaje, quiso concertar en el magnífico hospedaje que preparaba toda la ostentacion y magia del lujo oriental con el gusto exquisito de la civilizacion europea. Señaló el palacio llamado *Dar-al-Bey* para habitacion del augusto huésped, amueblándolo elegantemente á la europea, pero con todas las galas y maravillas que pudieran soñarse, para traer á realidad las imaginaciones y encantos de las *Mil y una noches*. El duque de Montpensier se embarcó en Argel al mediodía del 18 de junio de 1845, á bordo del buque de guerra *El Gomer*, su capitan Goubin, llegando á vista de la Goleta el 20 del propio mes por la mañana. El fuerte lo saludó con una salva de veinte y un cañonazos, recibiendo inmediatamente la visita de los dos primeros dignatarios, que los habia enviado Ahmed-Bey para dar la bienvenida, y que eran su guarda-sellos, llamado *Sidi-Mustafá*, y el ministro de la Marina, gobernador de la Goleta, nombrado *Sidi-Mahmud*, personaje ya conocido en Francia por haber asistido en 1825 á la consagracion de Cárlos X. Alojándose por lo pronto S. A. R. en un palacio que en la Goleta posee el Bey para la estacion de los baños, visitó la fortaleza, llamándole la atencion dos enormes cañones de bronce de calibre extraordinario, objetos verdaderos de estudio, llamados el uno *San Pedro* y el otro *San Pablo*, y que, coronados con las armas de los Médicis, daban á entender ser fundidos en Florencia, y regalados por los príncipes de aquella familia siglos há, cuando los pequeños señoríos del Mediterráneo necesitaban alcanzar por sus regalos la buena amistad de las potencias berberiscas.

Un carruaje arrastrado por siete caballos y enviado por el Bey condujo á Túnez al duque de Montpensier, escoltado por una guardia de honor, mandada por un oficial francés. La poblacion entera acudió curiosa y ansiosamente á contem-

plar la persona del gallardo y galan príncipe europeo que iba á visitarles; y la diversidad de trajes, el contraste de los colores y la traza extraña de figuras y gestos tan contrapuestos, era cosa de ver y que recreaba la imaginacion, pasándose así por alto la desnuda aridez de aquellos arenales. Entrando el Duque en el palacio que le estaba prevenido, aunque familiarizado con cuanto puede crear el poder y la elegancia de las artes, no estuvo en su mano el dejar de admirar la profusion de los mármoles, la riqueza de los embutidos, la suntuosidad de las estancias, el primor de los mosáicos y entalles, y la exquisita delicadeza de los florones y dibujos, que todo lo decoraban. La fineza de Ahmed-Bajá-Bey rayó lo mas alto posible, sacando de los tesoros de su cortesía medios adecuados para acabar de cautivar el afecto de su augusto huésped, porque todas las paredes se miraban cubiertas con grabados que representaban las victorias mas brillantes de las armas francesas, desde los primeros tiempos de la república hasta la toma de Constantina. Á poco tiempo se presentó en audiencia toda la corte de Ahmed-Bajá-Bey, á cuya cabeza se miraba el bey del campo, llamado *Sidi-Mohammed-Bey*.

Se llama así en Túnez el heredero presuntivo del príncipe reinante, que no es siempre su descendiente inmediato, pues es sabido que en la Regencia y en otros muchos estados mahometanos la corona no se trasmite necesariamente de padre á hijo, sino que salta al pariente mayor de la dinastía, habiéndose visto, por efecto de tal costumbre, que Mustafá-Bey fué sucesor de su hermano, aunque este tenia un hijo, y que ahora este hijo es el heredero presuntivo de Ahmed-Bajá-Bey, no siendo mas que su primo.

El duque de Montpensier recibió sucesivamente á todos los magnates y altos personajes del Estado, á las personas mas notables del país, á los misioneros y á una numerosa diputacion de los franceses residentes en Túnez. Al dia siguiente 21 Ahmed-Bajá-Bey recibió solemnemente la visita del duque de Montpensier: esperándolo en la estancia mas rica de su palacio, corrió á abrazar al Duque en cuanto se presentó, entrando con él en las pláticas mas íntimas y afectuosas. En seguida le fué mostrando todos los departamentos de palacio, la caserna llamada *La Manuba*, antiguo palacio de los reyes moros; el parque de la artillería, otra antigua estancia real, pero que por la sencillez de su arquitectura se lamenta menos el que se mire empleada hoy en oficina mas belicosa.

El dia 22 lo consagró S. A. R. á pagar el tributo de sus lágrimas y oraciones en la capilla de S. Luis, visitando después las ruinas de Cartago, y á admirar las obras gigantescas de las cisternas, portento del poder humano y asombro de cuantos viajeros y escritores han visitado aquellos lugares.

El 23 recibió el Bey al duque de Montpensier en otra residencia real llamada *Mohammedia*, distante algunas leguas de Túnez, con iguales demostraciones de solemne ostentacion; y á su regreso el augusto viajero visitó en su cuartel al alcaide ó coronel *Selim*, guerrero digno de los tiempos del Yemen, que habia sabido rendir cuerpo á cuerpo una formidable pantera que habia podido huir de la casa de

fieras del Bardo, dejándose ver todavía en su diestro brazo las huellas de los dientes del furioso animal.

El 24 recibió el príncipe francés en su mismo palacio la visita de Ahmed-Bajá Bey en persona: primera demostracion de tal género que ha hecho en toda su vida el soberano de Túnez. A esta visita siguió inmediatamente la presentacion de un magnífico regalo, compuesto de soberbios caballos de las castas mas famosas, de un alfanje ricamente guarnecido de diamantes, de una silla del trabajo mas exquisito, de telas orientales y otros efectos preciosos. En el siguiente dia, señalado por el duque de Montpensier para su partida, ya lo esperaba el Bey en su palacio de la Goleta, para darle el último adios, despidiéndolo con las mas vivas muestras de sentimiento. El Duque se dirigió para Alejandría á bordo del mismo *Gomer*.

Este viaje del duque de Montpensier y la visita que poco tiempo después hicieron tambien á Túnez el duque de Aumale y el príncipe de Joinville, sugirieron en el ánimo de Ahmed-Bajá-Bey un gran pensamiento propio de las elevadas miras de su inteligencia. Pensó pues pasar al continente europeo y visitar la Francia, porque nada mas propio en un soberano que quiere llevar á su pueblo por la senda de la prosperidad y de la civilizacion, que contemplar por sus propios ojos los portentos de las artes y las ciencias en el centro mismo de su creacion y en el propio manantial de sus raudales. Dando parte de sus intentos súbitamente á su corte, inmediatamente puso por obra su proyecto, pues para ello el gobierno francés le habia enviado el barco de vapor *El Dante*. Al despedirse de sus tropas en Puerto-Farina, y pasándoles revista, dijo á sus soldados . « Voy á Francia, camaradas; pero es solo por vosotros y para vosotros. » Dejó encomendada la gobernacion del reino á *Sidi-Hamda*, primo suyo, y á su primer ministro guarda-sellos, encargándole, sin embargo, que no cayese ninguna cabeza en Túnez durante su ausencia. Este recuerdo de ternura por su pueblo produjo un movimiento tan hondo de interés y afecto, que cuando fué á tomar el buque, una inmensa muchedumbre fué á acompañarle hasta la orilla y en fustas y en esquifes, despidiéndole con lágrimas. Llevaba en su acompañamiento á *Mustafá*, su *jaznadar* ó tesorero, y á *Mustafá-Agá*, su ministro de la Guerra, ambos cuñados suyos, y á propósito por sus funciones y talentos de observar y estudiar con provecho los secretos de la administracion civil y militar. Fueron tambien con él otros jefes del ejército y de la marina, con varias personas notables, contándose tambien en la comitiva dos miembros ancianos de su familia, que dejándolos en Túnez pudieran servir como de apoyo para las intrigas de los fanáticos ó malcontentos. Haciéndose á la vela el 5 de noviembre de 46, llegó á Tolon el 8 del mismo mes, si bien no desembarcó, por causa de las leyes sanitarias, hasta el 13 de noviembre. Desde luego fué recibido con todos los honores que se tributan á los príncipes reinantes y aliados, encontrando por todas partes las muestras mas finas y oficiosas para que en su viaje á Paris caminase con todo el boato

debido á su alto rango. En cada estancia de su viaje se le recibia con salvas de artillería, presentándosele todas las autoridades y encontrando siempre á su puerta una guardia de honor; la poblacion, curiosa, acudia á saludarle y aclamarle con entusiasmo: muestras de afecto que el Bey recibia con satisfaccion extremada. Como en la ciudad de Aix estas demostraciones subiesen de punto, el soberano de Túnez quiso bajar á la plaza para saludar cordialmente uno por uno á aquellos habitantes; mas encontrando con la vista una bandera tricolor, señalándola con la mano, dijo: «A ella rindo mi saludo para todos.» ¡Inspiracion feliz, que conmovió extremadamente al pueblo! En el ferro-carril de Orleans le esperaba un convoy especial, y embarcándose en él, llegó á Paris el 21 de noviembre á la una de la tarde.

El palacio de los Eliseos se puso á la disposicion de Ahmed-Bajá-Bey y de su comitiva, y al dia siguiente de su llegada fué recibido con toda ceremonia en el palacio de las Tullerías por Luis Felipe y toda su familia. Como el soberano de Túnez habla con facilidad el italiano, pudo entenderse agradablemente con Luis Felipe sin necesidad de intérprete, sin embargo de que se le habia puesto al lado el profesor M. Alejo Desgranges, primer secretario de la interpretacion de lenguas orientales en el ministerio de Estado.

Cerca de un mes pasó Ahmed-Bajá-Bey en Paris, ó visitando los depósitos inmensos de industria de la capital de la Francia, ó admirando los tesoros artísticos que encierra, estudiando las colecciones de los museos y bibliotecas, singularmente los manuscritos y objetos orientales, ó ya, en fin, disfrutando de las revistas y espectáculos militares con que el gobierno y la corte de Luis Felipe lisonjeaban sus gustos y aficion y sorprendian su curiosidad, en el campo de Marte y en el fuerte de Vincennes, desplegando en tales ocasiones todas las galas y todo el poder del ejército francés, si para cumplir así con un deber de galantería y de regia hospitalidad, para pagar tambien un tributo á la propia ostentacion y grandeza. En estas ocasiones solemnes, cuando la sorpresa, la inspiracion ó las grandes escenas le arrancaban alguna expresion inesperada, era siempre una muestra de sentimiento y de inteligencia, señal inequívoca de un ánimo elevado y de un entendimiento cultivado. Cuando entró en la iglesia de los Inválidos, al ver el sepulcro de Napoleon, exclamó: «Hé aquí el hombre que llenó con su nombre el universo, y cuya luz de gloria iluminará por siempre al mundo.» Cuando se le presentó la espada exclamó tambien: «Esta espada alcanzó muchas victorias; pero ninguna tan espléndida como evitando el que los franceses se matasen unos á otros, dándoles la paz doméstica.»

Al visitar la escuela politécnica contemplaba en el grande anfiteatro aquellos experimentos maravillosos, cuyos efectos y resultados, si cada cual abria en su imaginacion larga serie de pensamientos y de reflexiones grandiosas, para su séquito y comitiva era otra serie de admiraciones y sorpresas. Entonces dijo el ilustre viajero estas palabras: «No me maravillo que esta escuela alcance tanto nom-

bre en el mundo. Yo mismo le ofrezco ahora el tributo de mi agradecimiento, porque alumnos suyos han sido los hábiles oficiales é ingenieros con que la Francia me ha auxiliado para la regeneracion presente y futura de Túnez : la ciencia sola es la que comparte con la espada el alto privilegio de fundar y mantener los imperios. » En todas estas ocasiones se presentaba Ahmed-Bajá-Bey, en su traje y en sus modales, adoptando lo mas posible el traje y los usos europeos, ostentando los distintivos de los oficiales generales de la Francia, y vistiendo con satisfaccion el cordon de la Legion de Honor, que desde tiempo antes cruzaba su pecho. Cierto dia, visitando por segunda vez las bellezas arquitectónicas y naturales de Versalles, se le presentaron en una de aquellas anchas galerías todos los alumnos de la escuela militar de Saint-Cyr. Al pasarles revista les dijo estas lisonjeras palabras : « Visitando el cuartel de los Inválidos he contemplado la antigua gloria de la Francia, en la revista del campo de Marte he visto su gloria presente, y ahora en vosotros veo su gloria venidera. »

Si estos rasgos, tomados entre otros muchos, dan idea de los pensamientos, de la inteligencia y las miras de Ahmed-Bajá-Bey, las largas muestras de caridad y beneficencia que derramó por todas partes le encumbran mucho mas alto todavía en toda la distancia que media ventajosamente entre los buenos sentimientos del corazon y las abstracciones estériles y acaso estudiadas del entendimiento. Antes de su partida hizo entregar al prefecto del Sena veinte y cinco mil francos para distribuirlos entre las familias mas menesterosas de Paris. En su viaje no hubo pueblo en que no dejase tambien sumas proporcionadas para socorrer por todas partes la indigencia; y para la ciudad de Ruan, que habia sido poco antes teatro de una gran catástrofe, fruto de las disensiones civiles, mandó entregar cincuenta mil francos para su reparacion. El Bey dejó á Paris el 16 de diciembre, pasando á Fontainebleau, desde donde se dirigió á Tolon, tomando aquí el buque de guerra *El Labrador*, que le aguardaba para conducirlo á Túnez. El 30 de diciembre llegó á la Goleta Ahmed-Bajá-Bey, después de una travesía de cincuenta y dos horas.

Dejó en Francia grande estimacion en la familia real, recuerdos de ternura en las personas y clases objetos de su liberalidad, alta admiracion entre los hombres entendidos que lograron su conversacion y trato, y esperanzas dilatadas de verse ensanchada la esfera de la civilizacion, entre los hombres políticos que desean ver aclimatadas en Africa las artes, las ciencias y las costumbres europeas. Como en confirmacion de estos buenos deseos, y como por asomos de progresos venideros, el Bey ha dado la mano en sus estados para la fabricacion de ciertas manufacturas, empleando en ellas las lanas y las sedas tunecíes, fabricándose ya paños y telas que antes se importaban del extranjero. No anda léjos de realizar el proyecto de establecer una imprenta en Túnez, con otras miras no menos importantes, que se dirigen á asimilar mas y mas aquellas costas, poco há bárbaras, que no berberiscas, á los países civilizados de la Europa.

La edad de Ahmed-Bajá-Bey frisará en los cuarenta y dos años. Su estatura es mas que mediana, bien trabado y proporcionado de miembros, y en su continente y movimientos se deja ver cierta majestad, que se realzaria mucho mas vistiéndose las galas orientales. El rostro es apacible, la nariz bien conformada, la barba poblada y bella, y en sus ojos y en su frente aparece esa autoridad que tan bien asienta en los personajes que mandan á los estados y los hombres. Su firmeza y su justicia sabe ajustarlas á la clemencia, cuando la ocasion lo exige. Su prudencia es grande, y lleva los negocios públicos con ese pulso que es el distintivo de los buenos estadistas. Sus estudios y su atencion le han hecho familiares los conocimientos de guerra, que si inmediatamente puede aplicarlos á tener á raya á una poblacion indómita y belicosa, le pueden servir mas léjos para mantener los derechos de su dinastía y las conquistas que la civilizacion ha hecho en sus estados. Es buen hombre de á caballo, como todos los árabes, y maneja estas y las otras armas con soltura y destreza : en resolucion, Ahmed-Bajá-Bey es uno de esos hombres que, conociendo dentro de sí el punto adonde los lleva la Providencia, y sintiéndose con las fuerzas bastantes para cumplirlo, buscan todos los medios, perfeccionan todos los recursos, y allegan los materiales posibles para que su alta y noble mision no se frustre. En ella le acompañan con sus simpatías todos los hombres generosos del mundo, y la Francia con la voluntad firme sin duda de ayudarle en su propósito, así por su situacion especial como por haber tomado la iniciativa en esta grande obra. La dignidad que la Puerta Otomana otorgó á Ahmed-Bajá-Bey no fué signo definitivo de haber apagado su malevolencia, pues después de la tentativa de Tahir-Bajá, de que hemos ya hablado, en otras ocasiones posteriores ha hecho iguales armamentos y otros amagos en contra de Túnez; pero al punto ha acudido la Francia con sus escuadras para oponer un *veto* á aquellos antojos del divan de Constantinopla. La Francia pues tiene que seguir en esta política por su propia seguridad. La parte oriental de los de Argel confina con los estados de Túnez, y bien se echa de ver la ventaja que ofrece una frontera cubierta por un soberano amigo, á tenerla en manos de un adversario poderoso, que creyendo estar en territorio propio, tiene fijos los ojos siempre en otras provincias y territorios que tambien los cuenta por suyos, aunque secuestrados temporalmente, que es el derecho que sobre Argel concede la Puerta Otomana á la Francia. Este espíritu de hostilidad harto traspiró en Paris cuando la estancia de Ahmed-Bajá-Bey, pues algunas potencias miraban con disgusto las demostraciones de cordialidad que se prodigaban al de Túnez, formulando reclamaciones y reservas sobre los tratamientos que se le daban de príncipe soberano y aliado. La Francia no puede cejar en su política civilizadora en Africa, ni desmentir los grandes hechos que en este sentido ha ejecutado, sin poner á grave peligro la colonia de Argel, que tantos sacrificios le ha costado. Muchas veces la civilizacion, desde el tiempo de los romanos, ha sentado su huella en las costas africanas para ser lanzada de nuevo, y esto ha sido porque

nunca ha cobijado extension suficiente de terreno, ni ha echado raíces bastantes para resistir los embates del fanatismo y de las tribus bárbaras, que la acometian por todas partes y por un frente muy dilatado, desde los desiertos del Sahara y las cordilleras del Atlas. Cuando los Almoravides iban perdiendo su ferocidad y su barbarie, merced á su trato y comunicacion con los árabes de España, vinieron los Almohades á castigar lo que ellos llamaban la corrupcion de las costumbres moslémicas, y ahogaron las semillas de civilizacion que iban apuntando, para sufrir tiempos después iguales persecuciones y con idénticos pretextos por los rústicos Beni-Merines. En fin, cuando los moriscos con su expulsion llevaron á todas esas costas de nuevo los gérmenes de las artes y del saber, no tardaron mucho en desaparecer por el absurdo despotismo de los xerifes y por la brutal cimitarra de los turcos. Si á la civilizacion, poderosamente implantada en Argel, se le da el apoyo de una asimilacion semejante en toda la extension de los estados de Túnez, es muy probable que al cabo de algun tiempo cobre vigor bastante para resistir los sacudimientos de la barbarie interior y las asechanzas y embates de los fanáticos embrutecidos de Almoghreb y de los esclavos de Constantinopla. Entonces será cuando la parte septentrional de Africa, después de tantos laboriosos ensayos, perdidos siempre, encerrará en su seno, como cosa propia, la joya inestimable de la civilizacion, volviendo á ponerse en comunicacion con el mundo esas regiones desconocidas de la parte interior, y que eran tratables y familiares, como cualquiera otra provincia de Italia, en tiempo de los romanos. Si estas ideas alguna vez llegan á trocarse en realidades, es sin duda que le cabrá gran gloria á Ahmed-Bajá-Bey en haber puesto su mano, y por poderosa manera, en los preliminares de esta grande obra, aumentándosele todavía mas si dirige por esta via los pensamientos de su presuntivo sucesor, que es su primo Mohammed-Bey, que afortunadamente deja entrever la misma elevacion de miras y los propios instintos civilizadores del príncipe reinante.

Los sucesos sobrevenidos en Francia después de la revolucion de febrero no han alterado las íntimas relaciones que unen á Ahmed-Bajá-Bey con sus amigos y favorecedores los franceses, porque ese es el sello que tienen las alianzas verdaderas de pueblo á pueblo, de no alterarse por el hundimiento de las dinastías ni por las mudanzas políticas. El soberano de Túnez ha conservado desde 1838 la propia cordialidad con sus vecinos de la Argelia y con su metrópoli, y aun todavía se encuentra en Francia el gran dignatario *Raxid*, enviado por Ahmed-Bajá-Bey, para felicitar al emperador de los franceses, así por su advenimiento al trono imperial como por su matrimonio. Se anuncia tambien que para el próximo mes de abril volverá á visitar á la Francia el soberano de Túnez, sin duda para adquirir y llevar consigo nuevos gérmenes de civilizacion y prosperidad, y tambien para imponer el último sello á las relaciones que unen á entrambos países, que es el afecto personal de los dos príncipes que los gobiernan.

Pero fuera dejar desconforme é imperfecto el retrato de Ahmed-Bajá-Bey si,

como términos y accesorios del cuadro, no señalásemos algunas noticias y curiosidades sobre el estado que rige y los hombres que gobierna. Para conocer bien á un príncipe es fuerza no desconocer el país que obedece sus leyes, los recursos con que cuenta, los usos y costumbres de los habitantes.

Los estados de Túnez pueden ajustarse á los confines que en tiempo de los romanos comprendian las provincias llamadas la *Bizancena*, el Africa propiamente dicha y parte de la Numidia interior. Su longitud, desde los límites de la Argelia hasta las fronteras de Trípoli, podrá estimarse en ciento ochenta leguas, si bien su latitud no es de fácil computacion, por los desiertos y arenales que inutilizan aquellas regiones. Sin embargo, los viajeros mas entendidos consideran que abraza aquel estado seis mil leguas cuadradas, comprendiendo en él una poblacion de tres millones de habitantes turcos, moros, árabes, judíos y renegados. Estas gentes, ó razas por mejor decir, hablan tres idiomas diversos, el turco, el árabe y la lengua franca, que, como decia Cervántes (1), es una reunion de todas las lenguas para poder entenderse. En Túnez predomina el elemento italiano, en Bona las raíces francesas y provenzales, y en la costa de Argel y Marruecos es una jerga de italiano, español y vocablos berberiscos. La lengua turca se usa comunmente para los actos oficiales. El árabe que se habla en las ciudades suena harto desfigurado por las muchas palabras extrañas que le han hecho adoptar y por el trato y comunicacion con turcos y francos. No recordándose en los estados de Túnez la antigua distincion de las provincias romanas, divídese hoy el territorio en solo dos grandes regiones, que llaman el cuartel de invierno y el cuartel de verano. Llámanse así porque el Bey en esas dos épocas del año sale con un cuerpo de tropas á recoger los tributos de los moros del campo. El 14 de julio sale la expedicion de verano, y recorre toda la parte del oeste del estado hácia la Argelia, y regresando á Túnez, vuelve á salir á mediados de noviembre para visitar las provincias meridionales, pasa el Atlas, penetra en el Desierto, dando la vuelta por las fronteras de Trípoli. Los árabes de los campos, sin mansion fija, indómitos, y retraidos siempre en el cumplimiento de toda obligacion, no se rinden al pago de sus tributos sino con el aparato de la fuerza, y á estas expediciones anuales se reduce por la mayor parte el servicio militar de las tropas de Túnez. Estos tributos consisten en trigo, dátiles y aceite, ganados, caballos y alguna parte en dinero. El Bey posee además dominios y haciendas considerables, que le procuran entradas cuantiosas, además de los derechos que á su buen juicio establece sobre las mercancías que salen y entran por los puertos y fronteras. Pero la mas importante de las rentas del Estado se cifra en las sumas que paga anualmente cada alcaide, que es á un mismo tiempo el gobernador y cogedor de las rentas de cada distrito. Estos jefes, además de mandar las tropas, tienen á su cargo todo el gobierno y la administracion interior. Para llenar el cupo que se han em-

(1) *El Amante liberal.*

peñado en satisfacer al recibir su nombramiento, se ponen en juego las multas, las vejaciones, y si ello no basta, se echa en prisiones á toda persona rica por cualquier pretexto. Y como ningun alcaide puede estar seguro en conservar su puesto si, además de su situado obligatorio, no ofrece al Bey dentro del año algunos cuantiosos regalos, tales extorsiones suben de punto. Pero en ellas es fuerza que el alcaide tenga gran pulso y discrecion en el método y tanto de sus sangrías, porque en pasando de cierto punto, puede estar seguro de que la queja se llevará al Bey, que por poco plausible y fundamentada que sea, la estima en el momento, porque en ella tiene el interés de recibir de pronto el regalo del querellante, el presente del alcaide comparecido, y las creces que ha de dar á su situado en el caso de ser repuesto. Tal manera de administrar la justicia y de gobernar el país es monstruosa por cierto; pero en cambio no se paga contribucion territorial ni gabela alguna por gremios ni oficios ó por la industria que se ejerza. Están libres pues de la arbitrariedad de los intendentes, del amaño de los repartidores, de la injusticia de los peritos y de la iniquidad de los recaudadores. El fisco por todas partes es el mismo, aunque sus trazas sean diversas. Por lo demás, y como ya hemos indicado, los tributos de Túnez, como en la mayor parte de los estados musulmanes, se reducen al diezmo de los frutos y ganados, computado á un 2 por 100 de los productos.

No le ha sido posible á viajero alguno el señalar, si no con exactitud, al menos con cierta probabilidad, el importe de todas las rentas de este estado. Ya sea porque tales rentas entran y se cobran en especie, ó ya porque el Gobierno tiene interés en no descubrir los verdaderos recursos del Estado, ello es cierto que no es dable averiguar este punto. Sin embargo, los hombres investigadores que han permanecido por muchos años en el territorio de Túnez calculan sus rentas en 100.000,000 de reales poco mas ó menos. Estos ingresos, que parecerán mezquinos para nuestros gobiernos dispendiosos de Europa, son suficientes, sin embargo, para satisfacer las obligaciones de aquella administracion y gobierno sencillísimo, y para pagar á la fuerza armada, quedando después de todo sumas considerables, que entran en el tesoro particular del Bey. Este ha perdido sin duda algunos emolumentos por haber acabado la piratería y el cautiverio; pero en cambio ha crecido el comercio y la comunicacion con los estados de Europa, lo cual debe haber indemnizado con creces tales pérdidas.

Del territorio de Túnez se exporta trigo, aceite y legumbres secas, recibiendo en cambio sederías, paños, efectos coloniales y lanas, de ellas españolas en mucha parte, que después se hilan finísimamente por las mujeres del país, famosas por su destreza y singular habilidad en tal labor, que se trasforma después en telas exquisitas para uso de la gente mas rica. Fabrícanse tambien esos bonetes moriscos de Toledo, tan famosos en otra época, y cuya industria ha prosperado extremadamente en Túnez. De allí se sacan, ya por mar, ya por las caravanas, para llevarlos de una parte á Fez y á Marruecos, y de la otra á todo el Levante y

hasta la Arabia. Los comerciantes franceses é ingleses gozan el privilegio de no pagar mas que el 3 por 100 sobre el valor de las mercaderías que importan, cuando los naturales de las otras naciones han de satisfacer el 5 por 100. Este privilegio, sin embargo, se limita á las mercaderías que vienen directamente del país del comerciante, pues si el francés ó el inglés quieren introducir mercaderías de España ó de otro país, se miran ya obligados á satisfacer el 5 por 100. El vino, el aguardiente y los licores espirituosos tienen prohibida la introduccion, y si se logra un privilegio, es forzoso pagarlo con bastante sacrificio. En cuanto á la exportacion, hay mucha mayor dificultad, sin que nacion alguna goce de ningun privilegio. Cada permiso para la extraccion de este ó el otro artículo, además de exigir una reclamacion particular, cuesta crecidos derechos, que, no teniendo tarifa señalada, dependen exclusivamente del arbitrio del Bey.

Además de este movimiento mercantil, todos los años llega una caravana de Fez, que llaman la caravana de los moghrebinos : se compone de mas de cien camellos; trae bermellon, oro, albornoces para las mujeres, y azófar ya fabricado, llevando en cambio bonetes, sedas y otras mercaderías. Otras dos caravanas llegan del reino de Faizan, en el interior del Africa, que traen polvos de oro, negros y marfil, y que llevan especerías, corales y objetos de cristal. Por último, otras dos caravanas salen anualmente para la Meca, llevando dijes de coral y bonetes de Túnez, y trayendo muselinas, café de Moca y telas ricas de la India.

Y ¿qué dirémos de los usos y costumbres de este país? Túnez es en el Mediterráneo la Constantinopla de Levante. Aquí como allá se encuentran y confunden los usos mas contrapuestos y extraños, y se apartan y destacan para distinguirse y ponerse en contraste las costumbres y los trajes, las fisonomías y los idiomas, las razas y las naturalezas mas diversas, creando todo un conjunto el mas variado, el mas inexplicable, el mas caprichoso que imaginarse puede. Bien se deja entender, sin embargo, que en el modo de vivir, en las vestiduras, en las ceremonias y en el trato familiar ha de hallarse gran semejanza con los demás países musulmanes. La intolerancia, el fanatismo, el aborrecimiento á los cristianos, la astucia del judío, la perfidia del moro y el engaño de todos, reinan aquí como en toda el Africa. Pero el espíritu de comercio y la comunicacion con tantos extranjeros han derramado cierta tolerancia y cierta facilidad en el trato, imposibles de encontrar en otra parte de aquel continente; tolerancia que cada dia gana mas terreno, por la prudencia y la ilustracion benigna de Ahmed-Bajá-Bey. Los europeos discurren por la ciudad sin sufrir insultos ni malos tratamientos, y cualquier queja que llevan al Bey ó á sus delegados se escucha con atencion y benevolencia. En el círculo aborrecible de hierro con que encierra la creencia musulmana á sus secuaces, no les es permitido el disfrutar de los placeres legítimos del espíritu ni de los halagos de la civilizacion. Ni los espectáculos ni los saraos ni los banquetes les son cosas permitidas, viviendo cada familia, y casi cada individuo, en un aislamiento y desconfianza, que predisponen los ánimos de todos á odios inextinguibles y á

venganzas sangrientas. Las tres razas que viven en el país, los turcos, los moros y los judíos, conservan siempre los caractéres que los distinguen y apartan. Los primeros son mas nobles, conservan mejor su palabra, y el hábito de la autoridad y el convencimiento de la superioridad suya les dan cierta dignidad, que no conciben siquiera las otras dos razas inferiores. Entre los turcos es necesario contar para esta apreciacion á los renegados, chusma compuesta de los naturales de todo el litoral del Mediterráneo, que van á buscar su fortuna, y que suelen encontrarla frecuentemente con solo abjurar su religion, aprovechándose de los conocimientos que llevan adquiridos y de la mayor confianza que inspiran al Gobierno. A estos renegados y turcos se les confia exclusivamente el mando de las tropas y el gobierno del Estado, pues los moros no tienen entrada para ello. Tal fué la política que estableció Sinan-Bajá, y que se ha observado constantemente, por ser el medio mas adecuado para excusar el que los naturales del país cayesen en la cuenta de sacudir el yugo y de hacerse independientes; pero esta política ha variado en mucha parte, singularmente desde la rebelion de los turcos en 1811, sofocada por Hamuda; y andando el tiempo, y cogiéndose el fruto de las medidas saludables de Ahmed-Bajá-Bey, no será extraño el que la raza mora recobre sus antiguos derechos. Si llega á este punto porque la enseñanza y la educacion la endoctrine y la haga hábil para el gobierno, caminando en las vias de la civilizacion, no habrá nadie que deje de aplaudir esta especie de emancipacion, interesándose en ello sobre todo las naciones que ocupan las costas europeas del Mediterráneo.

La poblacion mora puede dividirse en dos clases : la primera, que tiene su mansion en las ciudades, se aplica casi exclusivamente al comercio y á la industria, no pudiendo darse nada mas entendido en la negociacion. En cuanto á los moros del campo, beduinos, como labradores son poco inteligentes, y como poblacion pastoril no hacen sino vagar de una parte á otra; pero todos son igualmente miserables, andando casi desnudos, envueltos en sus jaiques, que les sirven de única vestidura.

En las casas de la gente principal suele notarse alguna riqueza en las alfombras, tapices, divanes y otros muebles de oriente; pero de ningun modo aquellos objetos que significan el gusto de las artes y la aficion por las comodidades de la vida. En las familias menos ricas, y mucho mas en la gente comun y del campo, todo el ajuar se reduce á algunas esteras ó retales de tapices y á poco menos rica vajilla. En verdad que la frugalidad y la parsimonia llegan al último extremo en todos aquellos habitantes. El alcuzcuz es el alimento general de la poblacion de las ciudades, y en cuanto á los beduinos, el sustento es mas miserable todavía, reduciéndose á harina de cebada desleida en agua y algo de aceite, cuya especie de polenta la toman con una avidez repugnante. La gente mas acomodada se suelen servir algun ave por todo regalo. Tal sobriedad, ó por mejor decir tanta miseria, es indudablemente una rémora para los progresos de la civili-

zacion en aquel país. Ni las artes encuentran alimento en las necesidades del pueblo, no habiendo medio de despertar la indolencia de los naturales, que no hallan motivo en nada para salir de su aislamiento é incomunicacion. Si el desconocer todos los goces de la vida y del espíritu puede hallar cumplido desquite reduciéndolo todo á los entretenimientos y placeres del harem, es cierto que los turcos y moros de Túnez pueden darse por satisfechos, considerando la belleza y los encantos de las mujeres tunecíes. La sangre africana, cruzada allí con la alianza de los turcos y renegados de toda nacion, de todo país, presta á la fisonomía y al continente de los naturales, singularmente á las mujeres, rasgos notables de hermosura y gentileza. Con efecto, las damas tunecíes son por lo comun bellas por extremo. El color mas ó menos blanco, pero al trasluz de una tez delicada y tersa, fascina por su esplendente animacion. Los ojos, llenos de expresion y de vida, ó revelando la languidez y la molicie, dan al gesto, bien cortado y en linda proporcion, un encanto irresistible, y los cabellos, copiosos, negros como el ébano, columpiándose por las espaldas ó sujetos con listones ó cintas en la cabeza, ponen el sello á la pintura, con pié pequeño y cintura breve, á la andaluza. Para aumentar el poder de sus atractivos, alhéñanse y retócanse de negro las cejas y los ojos, pareciendo así mas grandes y mas poderosos. El aseo en que traen á su persona, á nada iguala. Se bañan diariamente, tomando tal recreo comunmente por las tardes ó por las noches, frecuentando al paso las tiendas de los mercaderes de joyas ó perfumes, ó visitando á sus amigas. En el baño pierden horas enteras; las esclavas les queman aloes y otras maderas olorosas, se perfuman y empapan los cabellos de esencias, derramándolas tambien sobre sus alcandoras y vestidos: armas todas empleadas menos para cautivar un amante, cosa allí desconocida, que para destronar y avasallar á sus rivales.

Los hombres por lo general son de constitucion enjuta, y en la fisonomía se les nota mucha significacion y altivez. La frugalidad con que se tratan y la vida tranquilamente ejercitada que traen, alejan el gran número de los hombres enfermizos, disformes y contrahechos, que afean la poblacion de las naciones civilizadas. Por lo comun alcanzan dilatada vida.

Pero el sello particular de aquellas gentes es sin duda el modo de administrar la justicia. Los cadíes tienen esta por principal entre las demás atribuciones que desempeñan. Cada cual de las partes defiende su causa sin abogados ni procuradores, sin términos, trámites ni dilaciones; pero el Bey conoce, sin embargo, de todos los asuntos que á su fallo someten las partes, y considera aquel príncipe esta facultad por tan sustancial para su autoridad y supremacía, que todos los dias se sienta en audiencia desde la mañana hasta el mediodía, rodeado de escribanos y hombres de ley, para administrar justicia. Muertes, robos, litigios, injurias, todo entra en su jurisdiccion, escuchando á las partes con tal paciencia y atencion, que deja conocer la importancia que atribuye á tal oficio. Si el asunto es grave ó dificultoso, aplaza la decision para otra audiencia, adquiriendo en tanto

noticias sobre el hecho, ó estudiando la dificultad; con que la resolucion sea atinada y justa. Este ejercicio les da tal sagacidad y perspicacia, que raras veces puede la malicia, la astucia ó la dificultad del caso resistirse á la destreza de sus pesquisas, á lo atinado de sus interrogatorios y á la sutileza y acierto de sus consecuencias. La bastonada entra por poderoso antídoto para este método sencillo de descubrir la verdad; pero la molestia de los remedios no debe ser parte para quitar el mérito á la medicina. Ciertos adagios y refranes, que pasan como añejas y autorizadas verdades entre aquellas gentes, manifiestan el poder de tales costumbres. *No permita Dios*, dice el deudor, *que yo confiese la deuda antes de la bastonada, porque pronto me quedaria pobre.* Y los jueces añaden : *Haz apalear al inocente, para hacer que confiese el criminal;* dando, con el ejemplo de muchas historias que cuentan y sucesos que citan, grave fundamento y mayor autoridad á tan singular cuanto edificante doctrina.

Una de estas historias la cuentan por la manera siguiente. A un joyero de Túnez le encomendaron para su venta desde Constantinopla diez sortijas de valor inestimable, así por los diamantes y rubíes que las adornaban como por el primor y curiosidad del engaste. Después de haberse recreado mucho tiempo en admirar aquellas joyas, las encerró cuidadosamente en su cofre. ¡Cuál no seria su sorpresa y estupor cuando, al ir á sacar las sortijas al dia siguiente, se encontró con una de menos! El joyero practicó inmediatamente registro y requisa del modo mas escrupuloso en el equipaje y persona de sus sirvientes y esclavas; pero todo fué en vano. Las sospechas no podian recaer mas que en el esclavo mas antiguo de la casa, famoso en todo el barrio por la fidelidad con que siempre habia servido en la casa; pues era el solo que habia estado presente al exámen de las sortijas con la hija del joyero, muchacha de diez ú once años. A pesar de todo, creyó el joyero que su esclavo habia delinquido, y que en este trance la tentacion habia podido mas que la antigua fidelidad, y condujo al esclavo á la presencia del Bey, llevando tambien á la hija, como único testigo del caso. El Bey interrogó, amenazó, y el pobre esclavo limitaba su defensa á sus lágrimas y suspiros, y á recordar su antigua fidelidad, jamás desmentida; á lo que replicaba su amo que el robo era cierto, y que no podia ser delincuente sino él, que habia estado presente al recibo y exámen de las sortijas; que estas habian sido diez lo aseguraba la muchacha hija del joyero. No parecia fácil descubrir la verdad entre aseveraciones tan decisivas y negativa tan redonda; por donde el Bey, que parecia perplejo y como anegado en un mar de confusiones, de pronto salió de su silencio y dijo imperativamente : «Propino desde luego quinientos palos en forma de bastonada, que se distribuirán equitativamente entre las dos partes, salvo que se adjudicarán alternativamente en tandas de á cincuenta por cabeza».

La ejecucion de la sentencia tuvo principio por el pobre acusado, que tomó posesion de sus cincuenta palos, protestando siempre de su inculpabilidad, y conjurando al Profeta para que manifestase su inocencia y justificacion.

Los cincuenta palos siguientes pertenecian de derecho al joyero acusador. Ya los sayones lo tenian empuñado, ya puesto boca abajo lo arreglaban en disposicion recipiente, y ya, en fin, se miraba enarbolado el baston ó palo, cuando la muchacha, adelantándose y arrojándose á los piés del Bey, sacó de la boca la sortija que guardaba allí, é hizo presente con palabras y ademanes infantiles al Bey, que un capricho, una tentacion irresistible, le habia sugerido el maligno pensamiento de ocultar la sortija del padre.

El Bey no podia despegar del pobre esclavo los cincuenta palos recibidos; pero aplicando el correctivo de la ley oriental, le adjudicó la sortija como por retribucion y pago de perjuicios, y para que no quedasen baldíos y sin aplicacion los cuatrocientos cincuenta palos restantes, y como por saldo de cuenta, ordenó por via de aclaracion y comentario el que se aplicasen al joyero que, por su acusacion inconsiderada, habia puesto á la administracion de justicia á pique de condenar á muerte á un inocente. Como el joyero era muy rico, ya se deja entender que redimiria la bastonada mediante una buena multa, que sirvió para pagar al Bey el esfuerzo de sagacidad y de perspicacia á que tuvo que acudir su ingenio para salir airoso de tan difícil trance.

A pesar de que los fallos del Bey suelen ser demasiado acerbos ó caprichosos, como se deja ver, con todo prefieren aquellas gentes acudir á su jurisdiccion que no someterse á las decisiones de los cadíes y hombres de ley: corre entre ellos otro adagio, que puede traducirse con estas palabras: « Vale mas la tiranía del turco que no la justicia del árabe. »

Las ejecuciones causan tambien honda impresion en el ánimo del europeo, por su terrible sencillez, que vence en mucho al efecto del sorprendente aparato de los suplicios mas famosos de otros países. El rasgo que vamos á copiar, tomado de un viaje hecho á Túnez por un misionero trinitario redentor á los fines del siglo pasado, presentará en notable relieve y con mas fidelidad que con otro relato cualquiera, los pormenores de aquel acto sangriento y espantoso. Dice así:

« Era la plaza que llaman del Emperador, porque es fama que en aquel sitio se levantaron los pabellones de Cárlos V cuando en 1535 sentó sus reales sobre Túnez. El ámbito mirábase cubierto de hombres de todos los países, y los trajes mas extraños y peregrinos cruzábanse de una parte á otra, y los mercaderes, los marineros, los curiosos, los jefes de caravanas, el hebreo, el levantino, el europeo, el turco, el soldado, el arráez y el beduino se agrupaban en corros, contrataban, negociaban, y se dividian después para entablar nuevos tratos y ajustes, con prurito de incansable actividad; porque tal es el sello que distingue á los modernos tunecinos, como queriendo igualar, si no vencer, el instinto poderoso de comercio de sus antepasados los cartagineses. Aquel movimiento bullicioso no fué parte en verdad para dejar de notar cierto grupo que, saliendo de la cárcel, cruzaba por la plaza, sin que por ello nadie fijase la atencion en él. Era un judío con su ropon turquí y su turbante negro, que caminaba paso á paso, ceñido

un cordel á la cintura, cuyo extremo lo sujetaba un sayon de torva traza, que iba en pos de él como á tres varas. Otro sayon le asia el brazo derecho con cierto ademan insinuante y halagoso, y al siniestro lado marchaba algo en zaga un atleta de faz siniestra y sombría, que á primera vista dejaba entrever el terrible oficio que ministraba. Su estatura era de jayan; el zaragüel, que solo bajaba hasta la rodilla, dejaba ver la musculatura mas formidable, y los brazos, membrudos y de textura elástica y poderosa, resaltaban mas y mas, tostados y duros como eran, por la rica grana profusamente bordada de oro, que, cobijándole las espaldas, no le vestia, sin embargo, sino el muñon hasta el codo, como si de otra manera le embarazase el horrible juego de aquellos fornidos miembros. La actitud, el ademan contracto y amenazador de aquel brazo, recordaban irremisiblemente la imágen de un arco poderosamente tendido ó la de un arcabuz amartillado. Aquel infeliz iba condenado á muerte por haber entrado en la morada de una parienta suya, asesinándola por robarla un bolsillo de dinero, habiendo sido cogido casi *in fragranti*. Sin mas aparato ni otro acompañamiento caminaba aquel horrible grupo para el suplicio. Así como llegó á sitio menos embarazado por los yentes y vinientes, el reo, presumiendo tocar ya á su fin, volvia el rostro desatinadamente y con ojos traspuestos á encontrar la vista del fiero ejecutor, que, mirando al frente sin cuidarse de nada, y como si tuviera su pensamiento fuera de aquel terrible trance, caminaba siempre silenciosamente, el brazo izquierdo recogido, sosteniendo con aquella mano el alfange ancho y corto contenido en la vaina ancha, forrada en terciopelo carmesí, y abierta y falla por su parte interior, como para sacarse con mayor empuje y facilidad; la mano derecha empuñaba la guarnicion por manera poderosa y maestra, frisándose con ella casi su oreja izquierda el verdugo. El reo volvia siempre los ojos hácia su ejecutor entre suspiros y alaridos, y el sayon que le cogia el brazo, con palabras blandas le distraia, persuadiéndole que aquel no era todavía el sitio del suplicio. Al paso, y siempre que le prodigaba tales persuasiones, el sayon le pasaba la suya en suave friccion por la mano del condenado, deteniéndola sobre la palma y halagando las extremidades de los dedos, porque es doctrina asentada entre aquellos terribles ministros de la muerte que esta friccion y halago distrae al reo, le asegura el ánimo, le hace ver mas léjos su cercano fin, proporcionando así un átomo de tiempo, un instante fugaz que facilite al cuchillo fatal que siegue aquel cuello vacilante. La curiosidad irresistible que me aguijaba, á pesar de mis sentimientos de compasion, me hacia seguir con los ojos y el espíritu cualquier movimiento, para fijar y apreciar el tremendo momento; pero, así para mí como para el pobre hebreo, este instante fué inesperado. Solo recuerdo que vi como pasar la sombra de una ave negra y de mal agüero, oir como que rugia ó se rasgaba alguna tela ó lienzo, y al fijar la vista, miré al verdugo, que tenia ya envainado su alfange; que el sayon trasero soltaba el cordel, dejando suelto el otro ministro el brazo de un bulto, no que de un hombre. De aquel bulto surgian dos

saltadores de sangre que subian en alto, y corvamente caian, formando la figura en su caida de dos efes de imprenta. Aquel bulto, digo, prosiguió procediendo algunos pasos, primero casi serenamente, luego como vacilando ó como hombre tomado de mareo en alguna embarcacion; los brazos sueltos, y moviéndose descompuestamente, semejaban las mangas perdidas de un gaban, hasta que al fin toda aquella máquina ya informe y truncada, vacilando luego y trabucando al fin, dió espantosamente en el suelo. La cabeza rodó por algunos pasos, como si ella misma tomase fuerza para aquel giro espantoso. Al parar bisbisaban cárdenos los labios, estridaban los dientes, frunciánse horriblemente los rasgos todos de aquella fisonomía, y los ojos y párpados batíanse rápida y temerosamente, deteniéndose de pronto, como si aquel infeliz quisiese darse cuenta de lo que le pasaba, para volver de nuevo á su giro convulso. Por tres veces renovó aquella cabeza sus horribles estremecimientos, hasta que al fin en otro estremecimiento supremo quedó inmóbil, fijos empero los ojos y abiertos espantosamente hácia la luz del sol. Los mercaderes y cambistas en tanto ni aun habían caido en la cuenta de la terrible escena que á su lado se cumplia.»

Tal es el cuadro que nos ofrece Túnez con su territorio, sus habitantes y con su príncipe Ahmed-Bajá-Bey. Su pasada historia con su crónica presente, sus reminiscencias púnicas y romanas con sus anales agarenos, revueltas con tantos recuerdos españoles, nos enseñan que aquel rincon de la tierra siempre fué célebre, siempre lleno de animacion, representando figura en los grandes acontecimientos que en tantos siglos han conmovido á la familia humana. Y en el lienzo que para representarse á sí propia prepara la historia futura, indudablemente han de llenar términos muy notables los acontecimientos que la Providencia prepara para aquellas regiones y el interior del Africa. No es posible señalar el tiempo, apuntar los medios, y mucho menos anunciar ciertamente la inteligencia y el brazo que hayan de traer á realidad tan estupendos sucesos; pero ha de contentar suficientemente á las almas generosas el saber que la corriente de las cosas camina inevitablemente á tal resultado. Ni menos es dable pronosticar la parte que á España ha de caber en esta maravillosa trasformacion: casi puede asegurarse que será mudo testigo de todo, sin embargo de contar con importantes posesiones en Africa, porque ese es el papel reservado necesariamente á las naciones que, olvidando la mision que les dan su historia y sus tradiciones, descontentándose de sí mismas y remedando las veleidades de otros países, han de asistir en estatua solamente al gran drama de los acontecimientos del mundo. La civilizacion de la costa septentrional de Africa es cierto que llegará á lograrse, y es mas cierto todavía que de tal suceso no retirará útil alguno la España; pero al cumplirse trasformacion tan maravillosa, recordarán los políticos entendidos que españoles fueron los príncipes y hombres de estado que concibieron el pensamiento de implantar en el Africa, con las creencias de la Europa, todos los bienes de la civilizacion. Tesoros inmensos y raudales de sangre

costaron á la España aquellas empresas, que, estériles para ella, han de ser fecundas en su imitacion para otros pueblos mas afortunados. Pero en las cosas arduas es suficiente título de gloria haber dado los primeros y mas peligrosos pasos; la fortuna y sus favores no pueden rebajar los quilates del primitivo pensamiento y de la noble inspiracion. Bástenos pues, como á españoles generosos, y adelantándonos á la corriente de los años, viendo en el porvenir la prosperidad de Túnez y de sus importantes provincias y regiones, decir: «Hé ahí el pensamiento que tuvo la España en los siglos de su grandeza, y hé ahí tambien el buen fruto de la elevada inteligencia y de los esfuerzos de Ahmed-Bajá-Bey.»

Serafin E. Calderon.

Madrid, 31 de marzo de 1853.

Creemos muy á proposito el estampar aquí la sucesion cronológica de los deyes y beyes de Túnez, señalando el año de su advenimiento y el de su caida ó muerte. Como no son conocidas hasta ahora tablas cronológicas de estos príncipes, creemos ser provechosa para los curiosos y eruditos la publicacion de tales noticias, tomadas de los preciosos manuscritos que sobre Túnez posee la Real Academia de la Historia. Hubiéramos querido incluir solo en la serie los príncipes que, ya con la denominacion de dey ó ya con la de bey, ejercieron respectivamente el supremo mando; pero, como esto ofrecia grave dificultad, segun se deja entender por el relato de la historia, ha parecido conveniente el estamparlas íntegras una y otra, porque así se cumple con la verdad y la exactitud mas esmeradamente.

TABLA CRONOLOGICA DE LOS DEYES DE TUNEZ.

NOMBRES DE LOS DEYES.	Años de la egira.	Años de la E. V.
I. *Ibrahim*. Subió al poder en. . . .	999	1591
Fué depuesto en.	1001	1593
Murió en Ródas, su patria. . . .	1009	1600
II. *Musa*. Subió al poder en.	1001	1593
Fué depuesto en.	1002	1594
III. *Cara-Otzman*. Subió al poder en. .	1003	1595
Murió en el mes de regeb. . . .	1019	1610
IV. *Yusuf*. Subió al poder en.	1019	1610
Murió en regeb en.	1047	1637
V. *Estamurad* ó *Murad I*. Subió al poder.	1047	1637
Murió á 18 de rabia I en.	1050	1640
VI. *Ahmed-Joxa*. Subió al poder.. . .	1050	1640
Murió en el mes de giumada de. .	1057	1647
VII. *Hagi-Mohammed-Laz*. Subió en. .	1057	1647
Murió en 23 de xaval de.	1063	1653
VIII. *Hagi-Mustafá-Laz*. Subió en. . .	1063	1653
Murió en 19 de dzulhegia de. . .	1075	1665
IX. *Hagi-Mustafá-Caracús*. Subió en. .	1075	1665
Fué destronado en dzulcada de. .	1077	1667
Murió encerrado en su casa, calle del Vazir, á 20 de dzulhegia de.	1077	1667
X. *Hagi-Mohammed-Hagi-Ogli*. Subió al poder en..	1077	1667
Fué desposeido por insensato en.	1080	1669
Murió encerrado en su casa, enteramente loco.	1081	1670
XI. *Hagi-Xaban-Joxa*. Subió al poder en 14 de ssafar de.	1081	1670
Renunció y fué desterrado en 14 de dzulhegia.	1082	1671
Murió en Zaguan.	1083	1672
XII. *Hagi-Mohammed-Menchali*. Subió al poder en 14 de dzulhegia.. .	1082	1671
Fué depuesto y desterrado á Zaguan en dzulcada de..	1083	1672
XIII. *Hagi-Alí-Laz*. Subió al poder en 17 de dzulcada de.	1083	1672
Fué depuesto en 15 de ssafar. . .	1084	1673
Fué desterrado á Hamamat, y allí asesinado.	1084	1673
XIV. *Hagi-Mohammed-Gimel*. Subió. .	1084	1673
Fué destronado en 18 de ssafar de.	1087	1676
XV. *Hagi-Mohammed-Bisara*. Subió al poder en dzulhegia en.. . . .	1087	1676
Fué depuesto, desterrado á Rasisbel y asesinado allí en.. . . .	1087	1676
Hagi-Mohammed-Gimel. Segunda vez subió al poder en ssafar de..	1087	1676
Se retiró en.	1088	1677
XVI. *Ussum-Ahmed*. Subió al trono en 27 de rabia el II de.	1088	1677
Reinó solo tres dias, y murió siendo ahogado, en giumada de. . .	1088	1677
XVII. *Mohammed-Tabac*. Subió al poder en 30 de rabia el I.. . . .	1088	1677
Fué depuesto y ahogado en ramadhan de..	1093	1682
Hagi-Hasan-Zaquizeli-Dey, competidor de Mohammed-Tabac, nombrado por Mohammed-Bey.. . .	1088	1677
Murió en una batalla en muharram de.	1089	1678
XVIII. *Ahmed-Chelebi*. Subió al trono en 2 de xaval de.	1093	1682
Fué depuesto y ahogado en regeb de.	1097	1686
XIX. *Hagi-Bactas-Joxa*. Subió en regeb.	1097	1686
Murió en su cama, segun algunos envenenado, en.	1099	1688
XX. *Ali-Arraez*. Subió al poder en.. .	1099	1688
Huyó á Levante en 26 de dzulcada..	1105	1694
XXI. *Ibrahim-Joxa*. Subió al poder en 27 de dzulcada de.	1105	1694
Fué depuesto y desterrado á Susa.	1106	1695
XXII. *Mohammed-Joxa* I. Subió al poder.	1106	1695
Fué depuesto, después de trece dias de reinado.	1106	1695
XXIII. *Mohammed-Tatar*. Subió al poder en 8 de rabia el II de.	1106	1695
Fué depuesto y muerto á escopetazos..	1106	1695
XXIV. *Yacub-Rabaa*. Subió en 14 de ramadhan.	1106	1695
Fué depuesto por anciano en. . .	1107	1696
XXV. *Hagi-Mohammed-Joxa II*. Subió al poder en 6 de rabia el I de. .	1107	1696
Fué depuesto y desterrado á Zaguan..	1110	1699
XXVI. *Dali-Mohammed*. Subió en 13 de ramadhan.	1110	1699
Fué depuesto en.	1113	1702
XXVII. *Caguachi-Mohammed*. Subió en.	1113	1702
Fué depuesto en..	1114	1703
XXVIII. *Ibrahim-Xerif*. Subió al trono.	1114	1703
Fué depuesto en.	1117	1705
Murió asesinado en.	1118	1706
XXIX. *Mohammed-Joxa III*, el *Axcar* ó el Rojo. Subió al poder en rabia el I de.	1117	1705
Fué depuesto y asesinado en ramadhan de.	1117	1705
XXX. *Cara-Mustafá*. Subió al poder en 18 de ramadhan de.	1117	1705
Murió en.	1138	1726
XXXI. *Hagi-Ali-Joxa*. Subió al poder en.	1138	1726

CUADRO CRONOLOGICO DE LOS BEYES DE TUNEZ.

NOMBRES DE LOS BEYES.	Años de la egira.	de la E. V.
Mohammed I. Fué preso y muerto por Cara-Otzman en.	1017	1608
Ramadhan I (contemporaneo de Otzman-Dey). Murió en.	1021	1612
Murad I. *Ramadhan II.* *Hasan I.* *Giafar.* *Mustafá I.* } Beyes bajo la mano de Ramadhan II.		
Soleiman I Bey, hijo de Ramadhan II.		
Regeb, hijo de Soleiman.		
Soleiman II (contemporaneo de Ahmed-Joxa).		
Mohammed II Bajá, su sucesor.		
Ahmed I (contemporáneo de H. Mustafá-Laz).		
Hamuda I Bajá. Murió en.	1076	1666
Murad II. Subió al poder en.	1076	1666
Murió en.	1086	1675
Mohammed III. Subió al poder en. . .	1086	1675
Fué muerto en 7 de rabia el I. . .	1108	1697
Ali I. Subió al poder en..	1086	1675
Fué muerto en 27 de regeb. . . .	1097	1686
Mohammed IV, el Hafssi. Subió al poder y renunció en..	1086	1675
Murió en Levante en xaban de.. .	1091	1686
Ramadhan III. Subió al poder en. . .	1108	1697

NOMBRES DE LOS BEYES.	Años de la egira.	de la E. V.
Fué muerto en.	1110	1699
Murad III. Subió al poder en 14 de ramadhan de..	1110	1699
Murió en un combate en 13 de muharram de.	1114	1702
Ibrahim-Xerif-Bajá-Bey-Dey. Subió al poder en 14 de muharram de.. .	1114	1702
Fué depuesto en..	1117	1705
Hasan II Ben-Ali. Subió al poder en rabia el I de.	1117	1705
Fué desposeido y muerto en. . .	1148	1735
Ali II Bajá-Bey. Subió al poder en. . .	1148	1735
Mohammed V. Subió al poder en.. . .	1169	1756
Reinó hasta.	1172	1759
Ali III Bey. Reinó desde.	1172	1759
Hasta.	1196	1782
Hamuda II. Reinó desde.	1196	1782
Hasta.	1229	1814
Otzman. Subió al trono y fué muerto en.	1229	1814
Mahmud. Reinó desde.	1230	1814
Hasta.	1239	1824
Husein. Reinó desde..	1249	1824
Hasta.	1251	1835
Mustafá II. Reinó desde.	1251	1835
Hasta.	1253	1837
Ahmed II Bajá-Bey. Reina desde. . .	1253	1837



Lit. de Martinez, Madrid

FRANCISCO V. DUQUE DE MODENA.

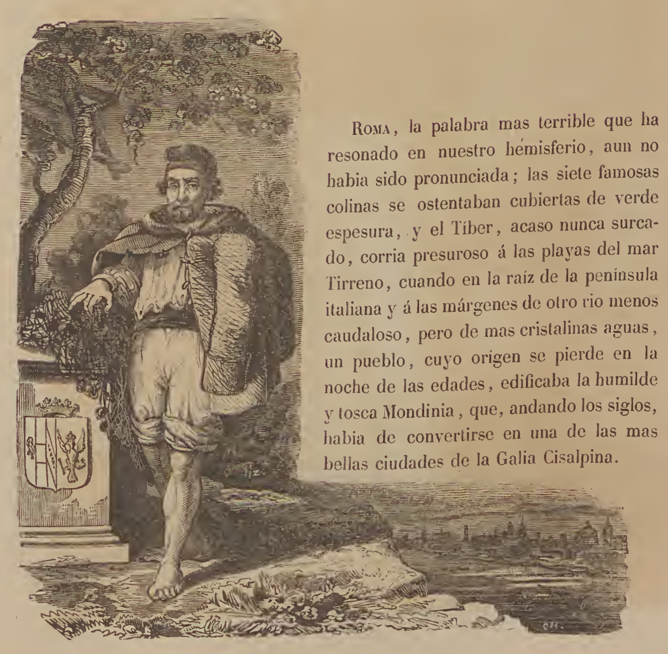




MÓDENA.

FRANCISCO V.

I.



Roma, la palabra mas terrible que ha resonado en nuestro hemisferio, aun no habia sido pronunciada; las siete famosas colinas se ostentaban cubiertas de verde espesura, y el Tíber, acaso nunca surcado, corria presuroso á las playas del mar Tirreno, cuando en la raíz de la península italiana y á las márgenes de otro rio menos caudaloso, pero de mas cristalinas aguas, un pueblo, cuyo orígen se pierde en la noche de las edades, edificaba la humilde y tosca Mondinia, que, andando los siglos, habia de convertirse en una de las mas bellas ciudades de la Galia Cisalpina.

Los umbrios, que así llama la historia á los fundadores de esta poblacion, vivieron largos años ocupados en rústicas faenas, y teniendo á gran fortuna ser los habitadores de una comarca fructífera y deliciosa, respirar un ambiente suave y hallar siempre ante sus ojos alegres y despejados horizontes.

Pero los encantos de esta patriarcal existencia no podian ser duraderos: el Asia vomitaba sin cesar belicosas tribus sobre la Europa; y así como las aguas, precipitadas de peña en peña y arrastrando consigo los mansos arroyuelos, vienen luego á formar en el valle lagos de limpia y serena superficie, de la misma manera aquellos pueblos salvajes, derramándose por la faz del mundo, arrollando los fuertes á los débiles y fundiéndose unos en otros, caminaban sin saberlo en pos de una civilizacion refinada. Conquistar ó ser conquistados, entonces mas que nunca era la ley de los pueblos.

Inquietos y bulliciosos los toscanos, mal avenidos con sus tareas agrícolas, y engrosando su número de dia en dia, hasta el punto de vivir oprimidos en el territorio donde sus abuelos encontraron holgado hospedaje, traspasaron la extensa cordillera de los Apeninos, y cayeron á guisa de lobos hambrientos sobre sus pacíficos vecinos los umbrios, que, sorprendidos por tan inesperada agresion, harto hicieron defendiendo palmo á palmo, aunque con floja resistencia, el territorio que ocupaban. Satisfechos y engreidos los toscanos con la próspera fortuna de sus campañas, dieron cima gloriosa á sus intentos extendiendo sus conquistas hasta hacerse dueños, por una y otra orilla del Póo, de todo el vasto territorio que mas tarde llevó el nombre de Lombardía. Los fieros instintos de estos dominadores fueron poco á poco amortiguándose, y al verse dueños de la mayor parte de la Italia y señores de sus mares, procuraron con sabia política, mas que dilatar las fronteras de su imperio, asegurar la posesion de los países conquistados administrándolos benignamente y enlazándose y confundiéndose con los vencidos; para lo cual fundaron muchas colonias, siendo Mondinia una de las poblaciones que adquirió mas incremento con esta medida, pues á ella trasladaron su domicilio muchos habitantes de Fiesol y de Lun, ciudades notables en aquellos dias.

Contentos al cabo ó resignados los umbrios con sus conquistadores, tomaron parte en todas las empresas militares de estos; y unidos con los habitantes de Bolonia, llamada entonces Felsinia, atacaron algunas ciudades insurrectas y las impusieron el yugo de la servidumbre.

No muchos años después de estos sucesos desembarcó Enéas en Italia, incendiada ya Troya, y si hemos de dar entero crédito á las sublimes narraciones de su cantor inmortal, convendrémos en que al venir á las manos con los rútolos, le aconsejó Evandro que reforzase sus huestes procurando alistar en ellas á la poderosa gente toscana.

Sed tibi ego ingentes populos opulentaque regna,
Jungere castra paro.

Acudieron prontamente estas naciones al glorioso llamamiento, y no tuvo Enéas por qué arrepentirse de haberlas unido á sus escuadrones; antes bien recibió de ellas socorro en bravas y peligrosísimas ocasiones. Es verdad que los toscanos combatian por causa propia, y volaban á la guerra animados por un espíritu de venganza contra su tirano rey Mesencio, que años atrás habia sido expulsado de Toscana por sus odiosas crueldades, y que á la sazon militaba en las filas de los rútolos. Esto acontecia cuatrocientos veinte y cuatro años antes de la fundacion de Roma.

Sacudido el yugo del tirano, instituyó esta gente para su gobierno un magistrado, cuya eleccion correspondia á un consejo de ancianos. Dábase el nombre de Lucomon al que tan alta dignidad ejercia; era siempre escogido entre las mas nobles y ricas familias del Estado, y confirmábase su nombramiento con ceremoniosa pompa y grandes fiestas nacionales. Duraba al principio un solo año su gobierno, y al resignar el mando, se le sometia á un riguroso juicio, en el que todos sus actos civiles y políticos eran escrupulosamente examinados. Cosa es esta que tal vez no estaria consignada en código alguno, pero que se cumplia irremisiblemente con todos.

Bajo un gobierno tan benéfico, y exceptuando algunas breves centellas de insurreccion, que pronto eran apagadas, vivieron luengos años los habitantes de Mondinia y su comarca, sin que el estruendo de invasores armas les obligase á abandonar sus labores agrícolas ni turbase la paz y la dicha de sus hogares.

Corria el año 157 de la fundacion de Roma, cuando Ambigato, rey de los celtas, príncipe dotado de altas cualidades y favorecido por la fortuna, adivinando por sus propios deseos los de su pueblo, llamó á las armas á los jóvenes mas vigorosos de aquel país. Así formó dos fuertes ejércitos, confiando el mando de uno á Belueso, y el del otro á Segueso, grandes capitanes y deudos suyos. Víctimas sin cuento fueron sacrificadas, antes de la partida, en los bosques sagrados para tener propicias á las divinidades, que además fueron consultadas acerca de los caminos que convendria siguiesen las falanges. Tocó al primer general invadir la Germania, y Segueso con su ejército penetró en la Italia, ocupando desde luego la Insubria, que hoy conocemos con el nombre de Milanesado.

Grande espanto se apoderó de los toscanos al verse estrechados en su propia casa por gente extranjera y belicosa; pero no fué el terror tan colmado, que les impidiese abandonar la reja y el cayado para esgrimir la enmohecida espada. Allegaron buen golpe de soldados, y renaciendo en sus corazones el antiguo aliento, fueron en busca de los celtas, trabando con ellos recia pelea á orillas del Tessino. La Providencia, que habia marcado fin al poder toscano, nególes la victoria, y rotos y dispersos, tuvieron que abandonar el campo á los celtas vencedores. Pero como la esperanza de libertar la patria no muere nunca en los pueblos esclavizados, sino que antes por el contrario, se trasmite de generacion en generacion como una sagrada reliquia, los toscanos no se resignaron á sufrir la co-

yunda que siglos atrás habian sabido imponer á los umbrios, y retirándose á las montañas, comenzaron á molestar á sus huéspedes con la fatigosa guerra de sorpresas y escaramuzas; impidiendo por espacio de cerca de doscientos años que los celtas afirmasen quieta y pacíficamente su dominio en el vasto territorio que luego llevó el nombre de Galia Cisalpina.

Tuvo al fin que cumplirse el destino de aquellas razas, y ambos pueblos se amalgamaron; siendo los habitantes de Mondinia los que mas pronto se avinieron con sus conquistadores, ya porque recordasen el orígen de los toscanos, y no les fuese del todo sensible su derrota; ya, y esto es lo mas probable, porque los celtas tenian su mismo carácter laborioso, eran inclinados á la agricultura y trataban con piedad á los vencidos.

Esta humana conducta tiene fácil explicacion, sabiendo que aquellos bárbaros profesaban la siguiente máxima, puesta en olvido por muchos gobiernos que se dicen ilustrados: *Es mas poderoso el menos aborrecido.*

II.

Despedia viva luz sobre gran parte de la Italia la estrella de Roma. Los hijos de la ciudad eterna pugnaban por ensanchar los límites de su república á costa de la independencia de las naciones circunvecinas. Derramados los celtas por toda la Insubria, constituian la vanguardia de los pueblos de Europa, y debian sufrir antes que las demás naciones el rudo embate de las haces romanas. Así aconteció en efecto, comenzando entre celtas y latinos aquella prolongada y crudísima guerra que debia decidir los destinos de Europa, y en la cual ayudaron siempre á sus últimos conquistadores los habitantes de Mondinia, peleando con arrogante brio, aunque con varia fortuna. Arrollados al fin los celtas por las invictas centurias del Lacio, tuvieron que pasar de dominadores á siervos, en tanto que con sus ricos despojos se engalanaba Roma, haciendo particular aprecio de Mondinia, que en adelante deberémos llamar Mutina.

Desde este punto, amarrada la ciudad de los umbrios al carro de la señora del mundo, se presenta á nuestros ojos falta de accion propia y desnuda de historia, á menos que por tal se repute la del pueblo romano, que es la de todo el antiguo mundo. Creemos que nuestro deber de compendiadores históricos solo exige en este lugar un breve apuntamiento de aquellos sucesos que mas de cerca atañen á Mutina durante el período de la dominacion romana.

Los ligurios, pueblo confinante con la Toscana, hicieron una excursion en el territorio de la gran república y se apoderaron de Mutina; pero al año siguiente de esta loca invasion, Roma cayó con tremenda furia sobre sus enemigos, arrebatándoles la ciudad y despedazando ocho mil ligurios dentro de sus murallas.

Agradecida esta comarca á los romanos por el favor que de ellos habia recibido, viéndose libre de la desoladora plaga de ligurios, procuró por cuantos medios tuvo á su alcance demostrar á su señora una adhesion constante y una lealtad á toda prueba. Así se nota que en las campañas contra el intrépido y sagaz Anníbal los mutinenses, fieles á la obligacion que se habian impuesto, derramaron con profusion su sangre, auxiliando siempre á Roma en aquella guerra de diez y seis años.

Por su parte la república premió mas tarde servicios tan eminentes, honrando á Mutina con el título de colonia romana; calificacion mas honorífica que oportuna para las ciudades que la recibian, pues como municipios se gobernaban por sus propias leyes y primitivas usanzas, mientras que como colonias tenian que remedar á la metrópoli en su constitucion, por mas que esta repugnase á la índole de algunos pueblos.

Molesta vecindad debia ser la de los ligurios, cuando tuvo Roma que llevar por segunda vez sus vencedoras armas contra estos bárbaros, que, poco escarmentados con la pasada leccion, habian entrado por tierras de Mutina, talando los campos y esparciendo universal desolacion do quiera que imprimian sus huellas. Al postre tuvieron los de Liguria que olvidar sus ínsulas de conquistadores, tornando abatidos y diezmados á sus hogares.

Después de la muerte de Sila puso sitio á Mutina Pompeyo, queriendo apoderarse de Bruto, que se habia refugiado en esta ciudad.

El fiero Espartaco turbó tambien la paz de sus moradores y les ocasionó males sin cuento cuando en las cercanías de esta poblacion vino á las manos con Cayo Casio.

Muerto César, abrió Mutina sus hospitalarias puertas á los fugitivos, viniendo á guarecerse en ella Decio Bruto, grande enemigo de Marco Antonio. Este, ardiendo en deseo de capturar á Decio, tomó la vuelta de Mutina al frente de aguerridas legiones, y puso formal y estrecho cerco á la colonia. No desmayaron sus habitantes á la vista del poderoso contrario, antes bien sostuvieron por largo tiempo y con heróica firmeza los asaltos y batidas del sitiador, hasta que vino á socorrerlos Octavio Augusto; quedando la ciudad muy trabajada, pero con renombre de invicta. Bajo el poder de este emperador y pacificador del mundo disfrutó Mutina largos dias de calma y de ventura, desarrollándose en su comarca los gérmenes de prosperidad que los calamitosos siglos anteriores habian tenido en disolucion perpetua.

Anunciada á los pueblos la verdad desde el Calvario, y esparcidos los celosos discípulos del Redentor por la faz de la tierra, tuvo la dicha Mutina de hospedar en su recinto al humilde Pescador, que derramó en ella la luz del Evangelio cuando yacian aun en vergonzosas tinieblas mayores y mas populosas ciudades del continente europeo. Presto se erigió Mutina en silla episcopal, y el primer varon que sustentó en sus manos el cayado apostólico de aquella cristiana grey

hizo construir en la ciudad un templo, que tomó la advocacion de San Pedro.

Tan venturosa edad no podia ser duradera, porque la Providencia habia decretado la ruina y confusion del mundo antiguo, para sacar de sus escombros mas inteligentes y vigorosas las generaciones futuras. La tiranía de los emperadores, que se convirtieron en azote del cristianismo, llenó de sangre y luto la Italia, haciéndose sentir mas que en parte alguna en Mutina, que selló mas de una vez sus creencias religiosas con el martirio de sus hijos.

En el año 312 de nuestra era Constantino Magno se apoderó de Mutina y sembró la desolacion en toda la provincia, que, fiel al legítimo emperador Majencio, no se prestaba de buen grado á reconocer al usurpador. No tardó Majencio en atacar á su competidor, arrancando de sus garras este bello territorio.

Mas dura suerte estaba reservada á Mutina bajo el imperio del tirano Máximo, que en 387 la redujo á misérrimo estado, esclavizando á sus habitantes y apoderándose de los bienes de estos. Huyó con su anciano obispo á las montañas gran parte de estos infelices ciudadanos, prefiriendo hacer causa comun con las fieras á vivir bajo el férreo yugo de Máximo; pero este, comprendiendo al fin que no le era provechoso imperar en ciudades desiertas, escribió al papa Siricio, anunciándole que en lo sucesivo no pondria obstáculos á la práctica del culto cristiano. Reanimados un tanto los mutinenses con esta promesa, regresaron á su ciudad querida, la cual no volvió á adquirir la riqueza y esplendor que habia alcanzado en mas bonancibles tiempos.

Derramados ya los bárbaros hijos del Vístula y del Danubio por toda la Europa, herian en esta sazon con sus rudas y feroces manos el corazon del imperio. Alarico, paseando sus huestes por la Italia, cayó sobre Mutina, arruinándola enteramente en el año 409, segun refiere Marco Quazzo, único historiador que da noticia de este suceso, mientras que los escritores de aquel siglo guardan el mas absoluto silencio sobre tan espantosa fechoría.

Las hordas del feroz Atila invadieron esta comarca en el año 456, sin fijar en ella los rastros de sangre y fuego con que en otras provincias habian dejado perenne y odiosa memoria de su barbarie. Debióse este milagro á Geminiano, santo varon, que, intercediendo por la ciudad, aplacó la cólera del indómito caudillo.

En tanto el imperio de Occidente caminaba á su postrero dia, invocando con el estertor de la muerte una mano piadosa, aunque enemiga, que le diera el golpe de gracia. La púrpura de Augusto, de Tito y de Trajano, arrastrada por una ebria soldadesca, era suspendida en los hombros de algunos capitanes, cuyo mando podia contarse casi por horas. De esta manera rodó la corona imperial hasta caer sobre la cabeza del imbécil Augusto, llamado por desprecio Augústulo. Destronado este por Odoacrio, rey de los erulos, acabó el imperio romano, llevando su último poseedor el nombre del primero: extraño accidente de grandes y famosas dinastías, así en Roma como en Egipto, así en España como en el Perú.

Citábamos al rey de los erulos, antes de esta breve digresion, con el propósito

de decir que fué, en 476, el último destructor de la malaventurada Mutina, asolada tres ó cuatro veces en el espacio de ciento y sesenta años.

Reparada la ciudad en breve tiempo, pasó al dominio de los ostrogodos, sirviendo de teatro á considerables disturbios durante setenta y dos años, hasta que Narseto, haciendo venir á Italia á los lombardos, fué causa de que Mutina experimentase por espacio de dos siglos el pesado yugo de estos nuevos señores.

Llegamos á los maravillosos dias de Carlo-Magno, la mas alta figura de toda la edad media. Nacido este conquistador en 742, se vió dueño absoluto del trono de Francia en 771, por muerte de su hermano Carloman. A poco tiempo resplandecieron sus invencibles armas en el corazon de la Germania subyugando á los sajones, y después en Italia domeñando á los lombardos, cuya monarquía se dilataba desde el pié de los Alpes hasta la Calabria. En diciembre del año 800 Carlo-Magno, reconstructor de un imperio desmoronado tres siglos antes, ciñó á su frente el laurel de los Césares. Cupo á Mutina la misma suerte que á las demás ciudades de la Italia central, pasando á formar parte del vasto reino de Carlo-Magno, á cuya piedad, así como á la de sus sucesores, debieron los mutinenses ricas dotaciones en beneficio de sus iglesias.

En la partija que este emperador hizo de sus estados entre sus hijos, tocó á Bernardo la corona de Lombardía y de Italia. Así puede decirse que el mismo Carlo-Magno vió, antes de descender á la tumba, dividido el imperio y caminando á su descomposicion y aniquilamiento. No era la monarquía universal la forma política que convenia á aquella civilizacion nueva. Volvió á existir, porque, asi como Atila fué el azote de los hijos de Neron, Carlo-Magno debia serlo de los hijos de Atila. Ejecutado el designio de la Providencia, hundióse este imperio, sirviendo á los siglos su luminosa aparicion de punto divisorio entre la obra destructora y la edificadora.

Nada mas lastimoso que el estado de la region cuya historia compendiamos, en el transcurso del siglo IX. Los húngaros pasando á sangre y fuego la Lombardia, los pueblos rebelados unos contra otros, los soberanos legítimos sin fuerzas para enfrenar los bandos, y ejerciendo al propio tiempo la mas dura tiranía sobre un puñado de vasallos sumisos; el pillaje, la traicion, todas cuantas calamidades pueden afligir á la humanidad se habian dado la mano y trabajaban de consuno para hacer deplorabilísimo el estado de estas ciudades.

Comprendiendo al fin algunos pueblos que el orígen de sus desastres no era otro que la carencia de representacion política á que estaban condenados, y como indispensable consecuencia de este mal, el abandono, la debilidad, la inercia en que yacian sus medios de defensa y sus elementos de prosperidad, pensaron seriamente en poner coto á aquellos desmanes confiando la custodia de sus mas caros intereses al brazo de un hombre poderoso.

Ningun candidato se presentaba adornado de mas altas cualidades para desempeñar este cargo que el conde Sigiberto ó Sigifredo, que residia en Mutina,

ciudad á la cual llamarémos en adelante Módena, por corrupcion de los nombres antiguos. Era este conde oriundo de Luca, varon de preclara estirpe, recto de corazon, de juicio sano, y rico señor de vastas propiedades en Módena y Reggio. Presto se pusieron de acuerdo estas dos ciudades con Parma, y las tres confiaron su gobierno á Sigiberto, comenzando un nuevo y mas feliz período en la historia de Módena con la exaltacion de este conde, que, aunque no llevó el apellido de sus descendientes, fué tronco de la ilustre, rica y serenísima casa de Este.

III.

Correspondió Sigiberto á la confianza que en su carácter y pericia habian depositado los modeneses, rigiendo sus estados y defendiéndolos de sus enemigos, hasta el año 944, en que ocurrió su muerte.

Recayó el cargo de Sigiberto en su hijo Azo, que contrajo matrimonio con Hildegarda, la cual aportó en dote el marquesado de Toscana. Este príncipe, de carácter belicoso, y tal como lo requerian aquellos borrascosos tiempos, tomó parte en las guerras de Italia, y acaudillando tropas germanas, peleó contra los secuaces del papa Juan XII, niño de diez y ocho años, elevado al pontificado por intrigas de su regio progenitor. En 964 murió Azo, dejando tres hijos: Gotifredo, obispo de Brescia; Sigiberto ó Alberto, marqués de Este, y Tebaldo.

Poco tiempo disfrutaron Sigiberto II y su sucesor Gerardo la herencia paterna, puesto que en 870 poseia ya Tebaldo los condados de Módena y Reggio. El papa Juan XIII decoró tambien á este príncipe con una amplísima investidura, en beneficio de toda su descendencia, sobre Ferrara, en cuya ciudad levantó de cimientos Tebaldo una inexpugnable fortaleza, destinada á servir de abrigo á los miembros de su familia en circunstancias apuradas. Recibió este monumento el nombre de Castel-Tebaldo, y en él radicó la silla de los nobilísimos príncipes de Este. Demolida mas tarde esta fortaleza, Pablo V edificó en su lugar una ciudadela. Alcanzó Tebaldo señalados favores del emperador Oton, que le nombró vicario del imperio en las provincias italianas que tenia aquel á su devocion, y le confirió el título de marqués de la Marca Trivigiana. Con estas honras logró Oton que Tebaldo le sirviese de instrumento en todos sus designios y le acompañase á Roma, donde llevó á cabo una fiera y traidora venganza, cuyos pormenores no pertenecen á esta historia, limitándonos á decir que tal hazaña valió al César el sobrenombre de Sanguinario. Habia tomado por esposa Tebaldo á la duquesa Valilia ó Guilida, hija de Federico, conde palatino del Rhin. De este matrimonio nacieron Teobaldo, obispo de Arezo; Bonifacio, que sucedió á su padre, y Conrado, progenitor de la familia Canosa y tambien de la ilustre casa de Malaspina. En los últimos años de su vida fundó Tebaldo un monasterio y dió otras mues-

tras de religiosa piedad. Dejó á sus hijos un rico tesoro; y poco después de haber declarado al segundogénito, Bonifacio, heredero de sus dignidades, por ser estas incompatibles con el sagrado ministerio de Tebaldo, acabó sus dias en el año 1007, á una edad avanzada.

Desde los principios de su gobierno dió Bonifacio muestras de hábil político y príncipe valeroso. Después del glorioso tránsito á mejor vida del emperador de Alemania S. Enrique, en 1024, suscitáronse en Italia, y con especialidad en Milan, disturbios, que el nuevo emperador Conrado se propuso apaciguar, tomando la vuelta de las provincias alborotadas al frente de un numeroso ejército. El marqués Bonifacio hallábase á esta sazon bastante embarazado con la rebelion de Parma, que se habia levantado fuerte y animosa contra su natural señor. Este acontecimiento no sirvió de obstáculo para que Bonifacio se presentase con deslumbradora magnificencia al emperador Conrado, ofreciéndole su ayuda y acompañándole en su excursion, rodeado de mas pompa y riqueza que todos los príncipes italianos y alemanes.

Cuando Bonifacio creyó haberse captado la estimacion del César, lamentóse con él en oportuna ocasion de la rebeldía de Parma, y le pidió auxilio para someterla á su obediencia. El Emperador acogió gustoso esta demanda, y puso la mitad de su ejército á disposicion de Bonifacio, que no tardó en sitiar y recuperar á Parma. Apaciguada la Italia, y revestido Conrado con las insignias del imperio por mano del Pontífice, regresó á Alemania, no sin haber concedido antes á Bonifacio el vicariato del imperio en la península italiana, elevándole al propio tiempo á la dignidad de duque, segun opinan algunos historiadores, y colmándole de otras mercedes.

Las continuas revueltas de aquellos tiempos facilitaron á Bonifacio en 1032 una ocasion de demostrar con hechos á Conrado la profunda gratitud que le debia. Llamado por este emperador en muy difíciles y angustiosas circunstancias, alistó apresuradamente bajo su bandera cuantos soldados pudo extraer de sus dominios, y voló con ellos en socorro de su imperial protector. Este dió á Bonifacio el baston de general, logrando vencer con su ayuda á los borgoñones y reducir á la obediencia otras turbulentas provincias del imperio. Alcanzadas estas victorias, Bonifacio tomó la vuelta de Italia.

En el año 1037 murió Riquilda, princesa de nobilísima alcurnia, que desde 1013 estuvo casada con Bonifacio, sin que hubiesen nacido hijos de este matrimonio. Queriendo Conrado premiar esta vez los leales servicios de Bonifacio, mas como amigo que como emperador, otorgóle la mano de su hija la princesa Beatriz Matilde, que fué recibida en los estados de su esposo con inusitada pompa, celebrándose el consorcio entre fiestas y regocijos, que se repitieron en los natalicios de los tres príncipes, Federico, Beatriz y Matilde, hijos de estas segundas nupcias.

Gozó al postre Módena algunos años de tranquilidad, hasta el de 1052, en que

tuvo que llorar el trágico fin de su soberano; lastimoso suceso, acaecido de esta manera: siete años antes de la fecha citada habíase descubierto en Brescia una conspiracion urdida con el objeto de proscribir la dinastía de los príncipes de Este, comenzando por asesinar á Bonifacio. Los conjurados, al ver fallidos sus intentos y puesto el hilo de su trama en manos de la justicia, procuraron evadirse, y por desgracia lo consiguieron; mas, perseguidos sin tregua de villa en villa, viéronse constreñidos á buscar un refugio en la intrincada aspereza de los montes, aceptando la vida de bandidos, y practicándola con sobrada aficion. Uno de los mas osados y perversos conspiradores tenia por nombre Escarpeta Canevari. Viejo ya Bonifacio, no se curaba mas que de la salvacion de su alma, y para redimir sus pecados dispuso una peregrinacion á los Santos Lugares. Mandó construir á este efecto una nave, y mientras se ejecutaba la obra, queriendo esparcir el ánimo, ordenó una partida de caza hácia el rio Oglio. Inflamada su cabeza con el estrépito de la batida, y sintiendo renacer en su pecho el ardor juvenil, dió rienda suelta al caballo en pos de una fiera, apartándose de su servidumbre hasta el punto de no oir los cuernos de caza ni los ladridos de la jauría. Rendido al cansancio, echó pié á tierra en un ameno valle, y se recostó á la fresca sombra de un árbol. No léjos de este sitio habia un matorral espeso, en el cual hallábase oculto aquel traidor Escarpeta, que, lleno de infernal júbilo al reconocer á Bonifacio, determinó realizar el proyecto frustrado siete años antes. Caminando á paso lento, logró estrechar la distancia que le separaba de su soberano, y cuando juzgó seguro el golpe, tendió sobre la cuerda de su arco una flecha envenenada, con la que atravesó el corazon del malaventurado príncipe. Así terminaron los dias de Bonifacio; corriendo por toda la Italia la relacion de su alevosa muerte, escrita con caractéres de sangre.

Bajo la tutela de la marquesa viuda Beatriz, inauguróse el brevísimo reinado del adolescente Federico, que sólo sobrevivió dos años á su padre; y como en vida de este habia muerto la princesa Beatriz, pasó la rica herencia de Bonifacio á su última hija, llamada por los historiadores la famosa condesa Matilde.

A instancias del pontífice Leon IX, la viuda de Bonifacio, que deseaba compartir con algun poderoso aliado la penosa carga del gobierno, dió mano de esposa á Gotifredo el Barbudo, duque de Lorena, haciendo al propio tiempo contraer esponsales á Matilde, niña entonces de seis á ocho años, con Gotifredo el Jiboso, hijo del expresado duque. Halagüeñas esperanzas fundó el pueblo modenés en su jóven marquesa, que daba á cada paso muestras de abrigar en su seno un corazon de reina y de heroina. Era Matilde de Este hermosa y expresiva en su semblante, fornida de miembros, y de apostura gallarda y majestuosa; daba cultura á su entendimiento con el estudio de algunas ciencias; pero mas que todo, inspirábanle un vivo entusiasmo los marciales ejercicios de aquella edad ruda. Atenta á sus belicosos instintos y á las lecciones de un valiente general de su padre, dió crecido vigor á su cuerpo con ensayos de gimnasia, acostumbróse al

manejo de las armas, y supo tener á raya los escarceos del troton mas brioso. Cuando frisaba en trece años tuvo que resignarse á la consumacion de su matrimonio con Gotifredo, cuyo carácter y proporciones físicas eran diametralmente contrarios á los de la varonil marquesa. Deforme, como su apodo lo indica, y de mermada estatura, era además este príncipe débil y tímido, si bien de natural sencillo y bondadoso. Los levantados pensamientos de Matilde no podian avenirse con las limitadas concepciones de Gotifredo, y la paz de ambos consortes solo estaba garantida por la reciprocidad de intereses. Ardia nuestra amazona en deseos de probar sus armas, cuando la invasion del principado y ciudad de Capua, en 1060, por Ricardo el normando, le allanó los medios de hacer ostentoso alarde de sus brios. Despojada de suaves linos y vestida de hierro, púsose á la cabeza de veteranas falanges lombardas y toscanas, y salió al encuentro del invasor enemigo; pero este, menos ataviado para la batalla que prevenido para el pillaje y merodeo, abandonó el campo, tornando presuroso á sus dominios. Limpio el territorio de Capua de normandos, volvió Matilde á su corte, siendo recibida en los pueblos del tránsito con universal júbilo y contemplada con respeto supersticioso. Ocurrió á poco aquel escandaloso cisma en que el mundo católico dividió su obediencia entre Alejandro II, pontífice romano, y su antagonista Honorio II. La princesa Matilde, con quien contaba Alemania para entronizar á este último, se declaró resuelta partidaria de Alejandro, y su poderosa decision influyó mucho en el ulterior desenlace de estos acontecimientos. Engreido, no obstante, Honorio con el apoyo de sus parciales, y ansiando vivamente desalojar á su competidor del solio pontificio, adelantóse con escogida hueste por Italia y puso sitio á Roma. En duro conflicto hubiérase visto Alejandro, si la animosa Matilde no corriera á ampararle, embistiendo por la espalda á los sitiadores, que, rotos y dispersos, tuvieron que encomendar su salvacion á la fuga. Convienen graves historiadores en que aquel dia nuestra condesa maravilló á ambos ejércitos por su serenidad en el combate y su destreza en el manejo del corcel. Remuneró mas tarde el Papa tan singulares servicios, honrando á su salvadora con los títulos de hija de S. Pedro y tutora de la santa Iglesia.

Tuvo Matilde en 1076 que llorar la muerte de su madre y de su esposo; poco despues contrajo matrimonio con su primo Azo de Este, de quien se divorció mas adelante. No podemos, sin embargo, asentar con seguridad estos hechos, porque algunos reputados historiadores niegan que Matilde casase con su primo, y amontonan citas para dar peso á esta opinion.

Habiendo vuelto á levantar su cabeza la hidra del cisma, Matilde reconoció al papa romano Gregorio VII y fué su mas ardiente defensora. Empresa grande seria la de reseñar todas las proezas de esta singular mujer en las guerras que mantuvo entonces con poderosísimos adversarios. Baste á nuestro propósito apuntar uno solo de sus rasgos de valor y pericia militar. Invadida en 1084 la Italia central por fuerzas muy superiores á las de Matilde, tuvo esta que replegarse,

dejando franca la marcha al enemigo, que llegó sin tropiezo alguno hasta el castillo de Sorbara, situado á corta distancia de Módena y custodiado con fuerte presidio. Vió con dolor Matilde cercada aquella fortaleza, y no pudiendo atacar á su contrario de dia y en campo abierto, dispuso hábilmente su plan, caminando con su pequeño ejército de noche y en silencio hasta topar con las trincheras enemigas. Al grito de *¡San Pedro!* cayó como un rayo sobre los sitiadores, sembrando por do quiera el espanto, y haciendo horrible carnicería en aquellos soñolientos escuadrones. Cuando la aurora difundió sus luces, Matilde cubria sus sienes con el laurel de la victoria.

Empleó los últimos años de su vida esta magnánima señora en cicatrizar las heridas de su pueblo, cimentando la paz y concordia, y abriendo anchas vias á la riqueza pública. Hermoseó las ciudades con fuentes y edificios, construyó caminos y puentes, y erigió y dotó magníficos monasterios. Habia hecho testamento, nombrando herederos de sus estados á Gregorio VII y á sus sucesores en la silla apostólica. Esta institucion no fué del agrado de Guelfo V, duque de Baviera, con quien parece que Matilde habia celebrado segundas ó terceras nupcias. Pasó á eterno descanso esta famosa heroina en 1115, y su cuerpo fué sepultado en una urna de alabastro.

A fuer de entusiastas admiradores de la condesa Matilde, solo nos complace enaltecer su memoria; pero la severidad histórica exige de nosotros que consignemos en este lugar algunos errores de su política. Demostró siempre demasiado apego á las cosas de Roma, posponiendo con frecuencia los intereses de su pueblo á los del soberano Pontífice; y su disposicion testamentaria, aunque conforme con el derecho de gentes de aquellas edades, fué nociva á sus súbditos y les acarreó males sin cuento. Queriendo algunos autores explicar las desavenencias de Matilde con sus esposos, han reconocido en esta princesa un casto deseo de consagrar á Dios su pureza, en tanto que sus implacables enemigos no han vacilado en asegurar que mantenia ilícita correspondencia con Gregorio VII. Vírgen en concepto de unos, y manceba de un papa en opinion de otros, ha sido esta esclarecida mujer, hasta que la posteridad, despreciando la cándida lisonja y condenando la calumnia infame, ha explicado á Matilde por su misma grandeza.

Inaugurada una de las mas brillantes épocas de Módena con la encumbracion del ilustre Sigiberto, sostenida por el valiente Azo, el piadoso Tebaldo y Bonifacio el Magnifico, quedó dignamente cerrada por la gloriosa Matilde, último vástago de la primera dinastía de Este.

Mas de lo que á nuestro propósito conviene nos hemos detenido bosquejando la historia de estos príncipes; pero lo reclamaba así la importancia de un estado que, abarcando dentro de sus límites á Módena, Ferrara, Mantua, Verona, Luca, Plasencia, Parma, Pisa, Espoleto, Ancona y la Toscana, fué por aquel tiempo, si marquesado en el nombre, en rigor dilatada monarquía. En adelante nuestra narracion deberá ser mas sucinta.

IV.

El testamento de Matilde fué, como se deja presumir, la manzana de discordia arrojada en el corazon de la Italia. El soberano de Roma no tardó en lanzarse sobre su presa, y el emperador aleman se la disputó acaloradamente en todos terrenos, sosteniendo que aquellos feudos, emanados de su corona, no podian pasar á extraño señor por la simple voluntad de la última poseedora. Cada cual tomó lo que pudo, y todo fué en aquellos siglos confusion, miserias y furiosas parcialidades. Los pequeños príncipes de Italia se devoraban unos á otros en continuas reyertas, los emperadores se impacientaban sin poder avenir á estos Régulos; rabiosos bandos de güelfos y gibelinos aniquilaban las fuerzas de la península, las codiciadas ciudades resolvian por sí propias la cuestion de pertenencia, erigiéndose en repúblicas independientes, y el Vaticano fulminaba á diestro y siniestro sus temibles rayos.

A través de tan nebulosos dias vemos, hácia el año de 1196, un marqués de Este, llamado Azo, que residia en Ferrara, y supo granjearse hábilmente el afecto del Pontífice y del Emperador, debiendo á la amistad de tan poderosos favorecedores un aumento en sus estados con la posesion de la marca de Ancona. Sucedióle su primogénito Aldobrandino I, que solo tuvo una hija, y dejó el marquesado á su hermano Azo. Este fué un príncipe bastante ilustrado, y espléndido protector de los trovadores: sus hijas y él se citan á menudo como modelos de virtud y cortesía en los cantos de aquellos poetas. Larga fué la vida de Azo; pero no tan bonancible como deseara, pues careciendo de legítima descendencia masculina, sus hermanos y sobrinos, ganosos de recoger tan rica herencia, le suscitaron graves disgustos, llevando la impaciente ambicion hasta el extremo de arrojar de Ferrara á Azo, que volvió á recuperar su corte, no sin grande fatiga. Indignado con la conducta de sus deudos, nombró heredero á su nieto Fulco, de bastarda procedencia, posesionándole él mismo de sus estados para asegurarle el amor y fidelidad de sus súbditos.

Corto y turbulento fué el gobierno de Fulco, porque á la muerte de Azo, ocurrida en 1308, sus tios Reinaldo y Obizo, auxiliados por el Papa, invadieron el marquesado y pusieron cerco á Ferrara. En vano alcanzó Fulco el amparo de los venecianos, que no pudieron hacer triunfar la causa de su protegido contra la de los ambiciosos príncipes. Señoreados estos de Ferrara, dividieron entre sí el mando; pero Obizo sobrevivió á su hermano, y dejó numerosa prole, habida en una favorita, con la cual contrajo al fin matrimonio.

Aldobrandino II, primogénito de Obizo, gobernó sin contradiccion el marquesado, y á su muerte debió sucederle otro Obizo, hijo suyo; pero Nicolás, herma-

no de Aldobrandino, príncipe osado, que tenia conquistadas las voluntades de muchos magnates ferrareses, arrebató á su sobrino la corona, y empuñó con firme diestra las riendas del gobierno. En distintas ocasiones trataron algunos descontentos privarle del mando y entronizar á Obizo; pero todas las tentativas fueron infructuosas, todas se estrellaron contra la cautela y decision de Nicolás.

Tal es la serie de príncipes que en el trascurso de dos siglos rigieron el mutilado imperio de sus ilustres antepasados. El desórden y general trastorno de la época influian poderosamente en las sucesiones, y así la usurpacion era título bastante para disfrutar del mando. Solo quedó en pié un antiguo principio: el derecho de familia. Nadie que no sintiese circular por sus venas la sangre de Este se atrevia á disputar el poder á los nietos de Sigiberto. En adelante aparece el derecho de sucesion mas regular y mejor cimentado. Al propio tiempo la genealogía de los soberanos es mas perceptible, y deja la historia de estar expuesta á cometer errores al consignarla.

Nicolás III, que así le llaman las crónicas, entró á regir los estados de su padre, del mismo nombre, en 1393, y cuando solo contaba nueve años de edad. La minoría de este príncipe, por excepcion de la regla general, fué próspera y sosegada, debiéndose tal milagro á la circunstancia de haber tomado Venecia bajo su proteccion la seguridad interior y exterior del marquesado. Las relevantes prendas de Nicolás le dieron cierta preponderancia sobre los príncipes circunvecinos, y habiendo aceptado una parte muy activa en las continuas guerras de Italia, logró dar algun ensanche y esplendor á sus estados, reuniendo en su persona los títulos de marqués de Este y de Ferrara, señor de Módena, Forli, Reggio y la Romanía. Muerta su primera mujer, Cecilia de Carrara, contrajo matrimonio con Parisina Malatesta. En 1425 asombró á Italia Nicolás con un terrible acto de justicia: mandó decapitar á su hijo natural Hugo y á Parisina, convictos de incestuoso adulterio. Después del trágico fin de su segunda esposa, celebró Nicolás terceras nupcias con Ricarda, hija de Tomás III, marqués de Saluces. De estos matrimonios nacieron Lionel, Borso, Hércules y Segismundo, que fundó la casa de los marqueses de San Martin. Algunos autores solo tienen por hijos legítimos de Nicolás á los dos últimos nombrados.

Lionel sucedió á su padre en 1441, y murió sin descendencia, aunque estuvo dos veces casado. Su hermano Borso, que no falta quien tenga por hijo de Lionel, heredó los estados de Este, y fué el primer duque de Módena; dignidad que le confirió su amigo el emperador Federico III, á la vez que el pontífice Pablo II le hizo gracia del mismo título para sus posesiones de Ferrara. Asienta ligeramente un reputado historiador que estas honrosas mercedes fueron otorgadas á Borso por el papa Sixto IV, sucesor de Pablo II; pero nosotros, confrontando fechas, nos hemos convencido de que tal aserto es infundado, porque la creacion de estos ducados data de 1470, y no ocupó Sixto IV el solio pontificio hasta el siguiente año de 1471, que fué tambien el de la muerte de Borso. Mereció este las altas

honras que se le dispensaron, porque fué un príncipe animoso, liberal, aficionado á las letras y protector nato de los que las cultivaban. Poco tiempo disfrutó de su nuevo rango; y habiendo muerto célibe, pasaron á Hércules, tercer hijo de Nicolás, sus florecientes estados.

Compartió Hércules el brillo de su corona ducal con Leonor de Aragon, hija de Fernando, rey de Nápoles. No fué tan dichoso en el mando como su antecesor, porque el papa Sixto IV y los venecianos miraban con ojeriza el incremento de estos ducados, y no perdonaban ocasion de hostilizar al que los poseia. La suma prudencia de Hércules tuvo á raya á tan envidiosos enemigos, y cuando en 1505 falleció este príncipe, dejó en próspera fortuna sus dominios.

Entre los hijos de Hércules merece especial recordacion Hipólito, que vistió la púrpura cardenalicia. Desde su infancia manifestó una inclinacion invencible al estado eclesiástico, y su tio materno, Juan, cardenal de Aragon, que habia tomado á su cargo la educacion del Príncipe, le designó el obispado de Estrigonia, cuando Hipólito contaba de ocho á nueve años; mas tarde le hizo merced del capelo el pontífice Alejandro VI. Dedicó Hipólito los mejores dias de su vida á profundos estudios científicos, y adquirió universal renombre de sabio, obteniendo la amistad de los mas esclarecidos príncipes de su época y los elogios de innumerables escritores. Recorrió gran parte de Europa, y murió en el año de 1520.

Alfonso I, primogénito de Hércules, entró á regir los estados de su padre, dando desde luego inequívocas muestras de poseer una indomable fuerza de voluntad y un carácter activo y belicoso, pues hallando tranquilos sus ducados, fué á buscar la guerra al extranjero, comprometiéndose en la de los florentinos, cuyas tropas tuvo á sus órdenes en 1508. Viudo Alfonso de Ana Esforcia, hija de Galeazo, duque de Milan, logró adquirir un poderoso aliado, casándose con una hija del papa Alejandro VI, la célebre Lucrecia Borgia, cuyas anécdotas han servido de pasto sabroso á novelistas y dramáticos. Nada tuvo que temer Alfonso durante los pontificados de Alejandro y de su sucesor Pio III; mas á la muerte de este último fué encumbrado á la cátedra apostólica Julio II, el cual se propuso derrocar la dinastía de los príncipes de Este, y dió comienzo á su obra arrebatando al duque Alfonso los estados de Módena y Reggio. Confió á las armas el despojado soberano la reivindicacion de sus feudos; pero siendo incontestable la superioridad de su enemigo, depuso los guerreros alardes y se resignó á presentarse en Roma para solicitar con humildad fingida la devolucion de sus ducados. Poco cuerdo anduvo al entregarse indefenso á su rencoroso contrario, el cual se apoderó de su persona y le retuvo en calidad de prisionero; mas por fortuna halló Alfonso medio de burlar la vigilancia de sus alcaides, y evadiéndose de Roma, tornó á Ferrara. Muerto Julio II, concibió Alfonso la esperanza de recobrar sus dominios; pero las vió presto desvanecidas, por haber sido sublimado al trono pontificio Leon X, heredero y perfeccionador de la política de Julio. Harto hizo nuestro duque custodiando el pedazo de tierra que le quedaba, y eludiendo los artifi-

ciosos lazos que le tendia el Papa con el objeto de hacerle pagar cara la gloria que conquistó años atrás al frente de las tropas florentinas. Vacante al fin la Santa Sede por muerte de Leon X, supo Alfonso aprovecharse del interregno, y rescató con las armas en la mano á Reggio, Rubiera y otras plazas importantes. Para solemnizar su triunfo mandó acuñar una medalla, en la cual estaba representado un hombre sacando un cordero de las garras de un leon, con estas palabras en el exergo : *De manu leonis*. Afirmó su poder el Duque en las ciudades recuperadas, sin que le molestara Adriano VI, pontífice de carácter bondadoso y corazon evangélico, cuyo reinado fué corto por desgracia. Clemente VII, sucesor de Adriano, restableció la interrumpida política de sus predecesores; y Alfonso, que vió acercarse la amenazadora tormenta, y como práctico sabia que sus fuerzas no eran bastantes á conjurarla, recurrió al mas poderoso amparo de aquella época, al grande emperador Cárlos V, que se prestó gustoso á socorrerle, porque esta alianza refluia en beneficio de ambos y en daño del enemigo comun. Tranquilo aguardó el pertinaz Alfonso la ocasion de recobrar á Módena, y no tardó su estrella en deparársela, al tener sitiado á Clemente en el castillo de Santo Angelo las victoriosas tropas imperiales. Las reconquistas del Duque fueron sancionadas en el tratado de paz ajustado entre Cárlos V y Clemente VII, estableciéndose que el Pontífice daria á Alfonso la investidura de Ferrara, y que además poseeria á Módena y Reggio como feudos del imperio. Cárlos ofreció tambien á su aliado la mano de una de sus hijas y la fortaleza de Novi; pero entonces, como siempre, vióse la distancia grande que media entre la promesa y la dádiva, pues la princesa austriaca no pareció por Ferrara, y solo adquirió Alfonso la expresada fortaleza dando por ella sesenta mil escudos. La buena amistad de estos príncipes no sufrió alteracion alguna, y el duque de Módena, mostrándose siempre reconocido á su protector, le prestó eminentes servicios en las guerras de Alemania. Sobrevivió Alfonso de Este á Lucrecia Borgia; y habiéndose enamorado de una bellísima ferraresa, hija de honrada pero oscura familia, llegó á tal punto su pasion, que no vaciló en dar secretamente mano de esposo á Laura Eustoquia, que así se llamaba la afortunada doncella. En 1524 sorprendió la muerte á Alfonso, que dejó imperecedero renombre de capitan valeroso y perseverante, así como de príncipe inteligente y capaz de regir mas dilatado territorio.

Barrenando el luminoso principio de que la genealogía de los reyes no es sino un átomo de la historia de los pueblos, nos habiamos propuesto, para abreviar nuestra narracion, limitarla á una reseña de las vicisitudes de la casa de Este; pero al llegar á este punto nos detiene la elevada sombra de un personaje que fué glorioso ornato de la corte de Alfonso I. No es Ariosto el único genio que el ducado de Módena ha dado al mundo, pero Ariosto es dueño de nuestras simpatías, y esto basta para que le consagremos un especial recuerdo : algo se ha de tolerar al afecto exclusivista del narrador.

Nació Ludovico Ariosto en la ciudad de Reggio el año de 1474, y comenzó á

estudiar jurisprudencia en la universidad de Ferrara en el de 1490; mas no pudiendo aficionarse al fárrago legal, abandonó esta carrera y dedicóse al estudio de los clásicos latinos. Sus primeras poesías le valieron el patrocinio de aquel cardenal Hipólito de Este que mas arriba hemos mencionado, el cual le colocó á su lado en calidad de gentilhombre. Cuando Alfonso I huyó de las garras de Julio II, encomendó á Ariosto el peligrosísimo cargo de pasar á Roma para templar las iras del Pontífice. Obedeció nuestro poeta el mandato de su soberano con harto sentimiento, porque hacia algunos años que solo vivia en un mundo de paladines: escribia su *Orlando furioso*. El resultado de la embajada fué tal como se deja presumir; Julio trató con poco miramiento á Ariosto, y aun le habló de arrojarle al mar. Prestamente tomó Ariosto la vuelta de Ferrara, donde continuó su obra inmortal, que por primera vez dió á la estampa en 1516. Inmensa popularidad alcanzó este libro, tan bello en su forma y tan acorde en su espíritu con la civilizacion que paulatinamente iban elaborando las naciones.

En 1518 cayó Ariosto en desgracia con el cardenal Hipólito por haberse negado á acompañarle á Hungría, fundándose en muy atendibles razones. «Es harto elevada mi estatura para que yo sepa poner y quitar botas y espuelas,» decia Ariosto recordando con ira las exigencias del prelado. Quiso Alfonso I reparar la injusticia de su hermano, y dió cabida en su palacio á Ariosto, enviándole mas tarde de gobernador á Garfañana, una de las provincias que á la muerte de Leon X habia recuperado. Haciendo una lastimosa pintura de este territorio, dice Ariosto lo siguiente: «La pantera y el leon lo tuvieron alternativamente entre sus garras.» ¿Seria de Ariosto el pensamiento de la medalla que acuñó Alfonso de Este?

Pasó este insigne poeta en Ferrara los últimos años de su vida, ocupándose en limar su *Orlando* y en hacer representar las comedias que habia bosquejado en su edad juvenil. Murió en 1533. Funcionario probo, amigo leal, y tutor celoso de sus nueve hermanos huérfanos, debia ocupar un puesto en la tabla de los buenos ciudadanos: sus versos levantaron su nombre hasta el templo de la inmortalidad.

V.

Tres hijos hubo Alfonso I en Lucrecia Borgia, su segunda mujer: Hércules, que heredó los ducados de su padre; Francisco, marqués de Massa, é Hipólito, que, á imitacion de su tio del mismo nombre, siguió la carrera eclesiástica; fué cardenal, y por efecto de la relajada disciplina de aquella época, reunió en su persona los arzobispados de Milan, de Auch, de Arlés y de Lion, el obispado de Autun y la abadía de Flaviñi; pudiendo decirse de este prelado que era

todo un concilio. Hermano de estos príncipes y único hijo de Laura Eustoquia fué Alfonso de Este, marqués de Montequio.

Pugnó Hércules II por sacudir la tutela de los papas, y defendió durante largo tiempo la plena soberanía de sus estados; mas al fin tuvo que humillar su cabeza ante la imperiosa voz de Roma, y en 1539 aceptó la investidura renovada á su favor por el pontífice Pablo III. Casó con una hija de Luis XII, rey de Francia, y nacieron de este matrimonio los príncipes Alfonso y Luis. Siguiendo la costumbre adoptada con los segundogénitos de la casa de Este, Luis fué dedicado á la Iglesia, y es conocido en la historia por el título de *cardenal de Ferrara*. Obtuvo el arzobispado de Auch, uno de los que su tio habia poseido, y debió el capelo á Pablo IV. Hizo dos viajes á Francia con el carácter de legado apostólico, y asistió en 1578 á las juntas de Blois. Uno de los mas veraces escritores de aquella época llama á Luis tesoro de los pobres y ornamento del sacro colegio.

Alfonso II ciñó la corona ducal de su padre en 1558. Este fué el príncipe que condenó á un encierro al divino Tasso por haber dejado traslucir que amaba con fortuna á Leonor, hermana de Alfonso. Achaque de poetas ha sido siempre la indiscrecion, por mas que en castigo de esta falta hayan tenido muchos que sufrir su Ponto-Euxino. Murió Alfonso II en 1597, instituyendo heredero de sus ducados á César de Este, hijo de Alfonso, marqués de Montequio, y nieto de la bella Laura Eustoquia.

Roma, que no cejaba en su propósito de cercenar los dominios de la casa de Este, y que buscaba ansiosa un pretexto para cohonestar los desafueros de su ambicion desmesurada, valióse de la circunstancia de pertenecer el nuevo duque á una rama nacida de un matrimonio clandestino, y negó á César la investidura del ducado de Ferrara. No se limitó el pontífice Clemente VIII á protestar contra el testamento de Alfonso II, sino que, acompañando al amago el golpe, invadió el territorio de Ferrara y lo unió á los estados de la Iglesia. César hubo de contentarse con el ducado de Módena y Reggio, cuya investidura le fué concedida sin escrúpulo alguno por el emperador Rudolfo II. Trasladó su corte á Módena, y disfrutó su pequeño estado treinta años, hasta el de 1628, en que tuvo lugar su muerte. Del matrimonio de este príncipe con Virginia de Médicis, hija de Cosme I, gran duque de Florencia, nacieron Alfonso, sucesor de César; Eloisio, marqués de Montequio; Laura, duquesa de la Mirandola, y Borso, á quien dió numerosa sucesion su mujer la princesa Hipólita, hija de su hermano Eloisio.

Alfonso III tomó las riendas del gobierno con harta repugnancia, efecto de una incurable melancolía que se habia apoderado de su alma. Este soberano estuvo enlazado con Isabel de Saboya, hija del duque Cárlos Manuel, princesa de relevantes prendas y acrisoladas virtudes, que en 1626 arrancó la muerte de los brazos de su esposo. El dolor de Alfonso no tuvo límites; en balde le sonrió el poder dos años despues y le prodigó la lisonja cortesana su mas refinado incienso: el afligido príncipe separaba los ojos de la tierra para clavarlos en la eterna mo-

rada de su esposa. Abdicó por último la corona de sus mayores, vistió el sayal de capuchino, en memoria de Isabel, que con igual ropaje habia sido sepultada, y trocó el ilustre nombre de Alfonso III por el humilde de Fr. Juan Bautista. Murió á la edad de cincuenta y tres años, en el de 1644.

Francisco I, hijo de Alfonso y de Isabel de Saboya, recogió en 1629 la despreciada corona. Este duque conservaba los sentimientos piadosos de su padre y la intrépida arrogancia de sus ascendientes mas remotos. Las guerras que á mediados del siglo xvii conmovieron la Italia, le abrieron camino para hacer ver á la Europa que aun no se hallaba extinguido el aliento de los príncipes de Este. Mostróse en un principio adicto á la causa de España, mas luego la abandonó; lo cual le valió una leccion severa por parte de esta potencia. Dejó, no obstante, bien sentada su reputacion de general prudente y valeroso, cuando al frente de tropas francesas puso cerco á Valencia del Póo, donde hubo copiosos laureles para sitiados y sitiadores. Del matrimonio de Francisco I con María Farnesio, hija del duque de Parma, nacieron Alfonso, que heredó el estado de Módena; Isabel y María, que casaron sucesivamente con su primo el duque de Parma; Amauri, muerto en el famoso sitio de Candía, y Leonor que tomó el velo de religiosa en un convento de carmelitas. Contrajo segundas nupcias Francisco I con Victoria Farnesio, hermana de María; y muerta esta, pasó á celebrar un tercer enlace con la princesa Lucrecia Barberin, de la cual tuvo á Renaldo.

Por muerte de Francisco I recayó el ducado de Módena en Alfonso IV, que siguió la senda trazada por su ilustre padre, y acaudilló en Italia los ejércitos franceses. No rigió este príncipe mas que cuatro años sus estados, habiendo fallecido en 1662. De su esposa la duquesa Laura, hija de Jerónimo Martinozzi y de Margarita Mazarino, hermana del famoso cardenal Mazarino, hubo Alfonso IV dos hijos: Francisco, que heredó la ducal diadema, y María Beatriz, que casó con Jacobo II, rey de Inglaterra.

Francisco II solo tenia dos años cuando ocurrió la muerte de su padre, por lo que la duquesa Laura Martinozzi tomó á su cargo el gobierno del Estado durante la menor edad de su hijo. Este escogió por esposa en 1692 á Margarita Farnesio, hija del duque de Parma, y murió en 1694 sin dejar sucesion.

Renaldo, tio del malogrado Francisco II, habia recibido el capelo en 1686; pero renunció su dignidad después de la muerte de su sobrino, y tomó posesion del ducado de Módena. Adhirióse á la casa de Austria, casándose en 1695 con Carlota, hija de Juan Federico, duque de Hannóver, y hermana política del emperador José. Frutos de esta union fueron Benedicto, que murió de corta edad, Francisco, Juan, Amelia y Enriqueta. En las guerras de Italia, nuevamente encendidas por la sucesion del trono de España, militó Renaldo en las filas austriacas, y en 1702 puso la fortaleza de Bersello en manos de los imperiales; pero tuvo que sufrir al siguiente año la venganza de los franceses, que le despojaron de sus dominios. Los posteriores descalabros de Francia favorecieron los intereses de este

duque, y en 1706 logró recobrar el gobierno de sus estados. Comprendiendo después de la paz de Utrech cuánto le importaba sustentar buenas relaciones con el trono de Francia, pidió y obtuvo para su heredero Francisco la mano de la princesa Carlota de Valois, hija del duque de Orleans, regente de aquel reino durante la menor edad de Luis XV. Afirmó por entonces este matrimonio la paz del ducado; pero destruyó la del Duque, á causa de ciertas desavenencias entre este y su hijo, ocasionadas involuntariamente por la princesa Carlota. No debieron ser de escasa entidad tales disturbios, puesto que á su consecuencia salieron de Módena los jóvenes esposos, recorrieron varias ciudades de Italia, y no regresaron á la capital del ducado hasta la muerte de Renaldo.

Francisco III entró á regir los estados de su padre en una época de inquieta ansiedad, precursora de los calamitosos dias que no tardaron en sobrevenir, agoviando de nuevo á la infortunada Italia. La muerte del emperador Cárlos VI en 1740 fué la señal que aguardaban impacientes muchos príncipes, unos para disputar el imperio á la niña María Teresa, otros para arrancar alguna presa al águila austriaca. Francisco III tomó parte en estas contiendas, y en 1743 desempeñó el cargo de generalísimo de los ejércitos españoles en Italia. Desposeido de sus estados, tuvo que refugiarse en Venecia, donde permaneció hasta que el tratado de Aquisgram le restituyó en 1748 el ducado de Módena, aumentado poco después con el señorío de Novellara, por la extincion de la familia de los Gonzagas. En 1754 aceptó el cargo de gobernador de la Lombardía, que le fué conferido por el archiduque Leopoldo, y pasó á Milan, donde residió hasta su muerte.

Hércules III sucedió á su padre, y dió tambien ensanche al territorio de Módena por causa de su matrimonio con María Teresa, heredera de Alberico II, de la casa de Cibo Malaspina, último duque de Massa y príncipe de Carrara. Nació de esta union la princesa María Beatriz, vástago postrero de la casa de Este. Los parmesanos concibieron el proyecto de enlazar á María Beatriz con su duque Fernando de Borbon, constituyendo así los estados de Módena y Parma una respetable monarquía en la Italia central; pero el Austria, interesada siempre en la division de aquella península, puso en juego todas sus artes, apoderóse del débil corazon de Hércules III, y logró frustrar el designio de los buenos italianos, casando en 1769 al archiduque Fernando, hijo de la emperatriz María Teresa, con la heredera de Módena.

El primer estallido de la revolucion francesa colmó de espanto á los príncipes italianos, que no habian sabido dar á sus tronos la sancion popular, base firmísima de toda clase de gobiernos en dias de peligro. La coalicion anglo-sardo-austriaca molestó bastante á la república francesa desde 1793 á 1795; pero el genio de Bonaparte estaba destinado á aniquilar aquellas fuerzas en una breve y gloriosa campaña. Las rápidas conquistas de las armas republicanas obligaron á la Cerdeña y al Austria á pedir la paz, que les fué concedida y ratificada en 1797 por el tratado de Campo-Formio; dándose á la Italia nueva forma, y construyén-

dose con los despojos de los estados invadidos dos grandes repúblicas : la mas importante llevó el nombre de Cisalpina y la segunda el de Liguriana. Hércules III, que habia cifrado toda su esperanza en el próspero estado de su tesoro, y que en 1796 habia celebrado un armisticio con la república francesa, pagando por tal merced diez millones de francos, vió con harto pesar la desaparicion de su ducado, embebido en el territorio de la república Cisalpina, y reuniendo apresuradamente los restos de su fortuna, marchó á refugiarse con su esposa María Teresa en los dominios venecianos : allí le alcanzó tambien la mano de Bonaparte, que le arrebató una suma de doscientos mil cequíes. Sin corona, sin tesoro y abrumado de penas, finó Hércules III en Venecia el año de 1803, habiendo traspasado algun tiempo antes sus derechos á su hija María Beatriz y á su yerno el archiduque Fernando.

Entre tanto Napoleon habia dado en 1802 distinta forma á las repúblicas citadas, y Módena entró á constituir parte de la que se llamó república italiana ; pero este órden político solo duró hasta el año de 1805, época de la creacion del vasto reino de Italia, cuya corona se ciñó el capitan del siglo, dividiendo esta monarquía en seis distritos militares y veinte y cuatro departamentos, que encomendó al gobierno del príncipe Eugenio Beauharnais, virey de Italia. En el mismo año de 1805 fué segregado de Módena el territorio de Massa-Carrara, y unido al de Luca, formándose así un ducado que erigió Napoleon en favor de su hermana Elisa Bonaparte, casada con Félix Baciochi.

El archiduque Fernando recibió, en indemnizacion del perdido ducado de Módena, el condado de Brigau, en Alemania, y lo poseyó hasta el 24 de diciembre de 1806, en que ocurrió su muerte. Su hijo Francisco José Juan de Austria-Este disfrutó el nuevo estado; pero viendo acercarse la hora del descenso de Napoleon, y aspirando á ceñirse la corona de Italia, ó al menos la del Piamonte, contrajo matrimonio en 1812 con la hija mayor del rey de Cerdeña Víctor Manuel, y entabló vivas gestiones en la corte de su primo y cuñado el emperador de Austria. Sus esperanzas salieron fallidas, pues, al eclipsarse en 1814 el astro de la Francia, solo adquirió en la nueva particion de estados el ducado de Módena, que entró á regir, con el nombre de Francisco IV, en 8 de junio de 1815.

El artículo 98 del acta general del congreso de Viena, al mismo tiempo que concedia á este príncipe los ducados de Módena, Reggio y la Mirandola, creaba un pequeño estado para la archiduquesa María Beatriz de Este, con el ducado de Massa, el principado de Carrara y los feudos imperiales de la Lunigiana; estableciendo el derecho de reversion en favor de la corona de Módena á la muerte de la Archiduquesa. Este hecho tuvo lugar en 14 de noviembre de 1829, adquiriendo Francisco IV un considerable aumento de riqueza con esta agregacion; pues aunque los estados de su difunta madre no encierran mas que veinte y nueve mil habitantes en ocho leguas y media de superficie, su situacion á orillas del mar en la embocadura del golfo de Génova constituye un elemento de prospe-

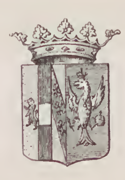
ridad para Módena, que sin la posesion de este territorio careceria de puertos.

La situacion, que afirmaron los rancios diplomáticos de 1815, estaba garantida, mas que por la fuerza de los gobiernos, por la debilidad de los pueblos, desangrados; su duracion debia ser la del sueño que sigue al combate. Ya en 1821 brotaron en Módena chispas revolucionarias, que apagó prontamente el gabinete austriaco; pero la verdadera explosion no tuvo lugar hasta el año de 1831. El primer grito de la revolucion francesa de 1830 difundió la esperanza y la alegría por toda la península italiana, que creyó llegado el momento de exterminar á sus opresores, contando para ello con el auxilio de la Francia. Organizáronse las sociedades secretas, urdiéronse tramas, y por todas partes se fomentó el espíritu de rebelion. El centro principal de los conspiradores era Bolonia, y á esta ciudad dirigió aviso en 1.º de febrero de 1831 el jefe de los patriotas modeneses, Ciro Menotti, anunciando que en la noche del 5 del mismo mes se verificaria el alzamiento de Módena. No quisieron los boloñeses hacer causa comun con sus vecinos, fundándose en que estos trataban de dar á la revolucion un carácter monárquico-constitucional, mientras que los principios de aquellos eran puramente democráticos. En efecto, se ha hablado mucho de relaciones íntimas entre Menotti y el duque Francisco IV, que soñaba todavía con la corona de Italia, por mas que sus sienes no fueran capaces de sustentarla. Es muy probable que el duque y el ciudadano se engañasen mutuamente, que el uno echase mano del otro como de un instrumento, y que ambos aguardaran el dia del triunfo para sacrificar á su aliado. Como quiera que ello fuese, aconteció que en la noche del 3 se apoderó Francisco IV de Menotti y de sus compañeros, y los sepultó en oscuros calabozos. Este suceso causó viva agitacion en Bolonia; y aprovechándose los descontentos de la flojedad del Gobierno, por hallarse vacante la silla apostólica, dieron el grito de rebelion en la noche del 4, al mismo tiempo que llegaba un correo de Roma con la noticia de la eleccion del pontífice Gregorio XVI. No tardó Francisco IV en saber estos acontecimientos, y poseido de terror, abandonó su capital en la noche del 6, dirigiéndose á Mantua, y llevando consigo al desventurado Ciro Menotti. A la mañana siguiente el pendon tricolor fué enarbolado sobre los muros de Módena: abriéronse los calabozos á los liberales, la municipalidad tomó á su cargo el régimen político de la poblacion, instituyóse una guardia nacional; y finalmente, el dia 9 se instaló un gobierno provisional, compuesto de un dictador y tres cónsules. Desde este momento la revolucion se extendió por los pequeños ducados y por los estados de la Iglesia como un impetuoso torrente; sublevóse toda la Romanía, cayó Ancona en poder del coronel Sercognani, la bandera itálica ondeó en Otricoli, á quince leguas de Roma, y la ex-emperatriz María Luisa huyó de Parma y Plasencia, insurrectas.

El principio de *la no intervencion*, proclamado en Francia por los hombres de julio, fué escrupulosamente observado por los liberales de Italia, que permanecieron inactivos y aislados, al paso que Metternich, mofándose de la Francia y de

D. Valdivieso dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon Madrid



ADELGONDA AUGUSTA

DUQUESA DE MÓDENA.

VI.



sus principios, ponia en movimiento los escuadrones austriacos. Invadieron estos el territorio de Ferrara en los primeros dias de marzo; restablecieron á Francisco IV en sus dominios el dia 9, después de una corta resistencia del anciano general modenés Zucchi; colocaron á María Luisa en su trono el dia 13, y pasando luego á la Romanía, extinguieron completamente el foco de aquella revolucion. El duque de Módena solemnizó su triunfo mandando decapitar al infortunado Menotti, y el Austria supo una vez mas que no es difícil vencer á la moderna raza itálica.

Algunos años después de estos acontecimientos comenzaron á surgir dificultades sobre la manera de dar cumplimiento estricto á lo preceptuado en el acta general del congreso de Viena respecto á las reversiones de distintas provincias de la Italia central. El artículo 102 del acta referida declaró reversible el ducado de Luca al gran ducado de Toscana después de la muerte de María Luisa; acreciendo, para entonces, al de Módena varios distritos luqueses y toscanos. Este juego de territorios producia una confusion que aun en las cartas geográficas asombra, y no era posible marcar las fronteras de los estados, habiendo provincias de unos enclavadas en otros. Para orillar estos inconvenientes, Toscana y Parma propusieron á Módena un arreglo definitivo; pero Francisco IV, que temia perder en un nuevo trasiego, se negó á tratar del asunto, hasta que en 1843, ya por evitar complicaciones á sus descendientes, ya por obedecer alguna órden del Austria, entró en ajuste con sus vecinos, celebrándose el tratado de Paris, por el cual la única herencia de algun valor que se dejaba á Módena era el territorio de Fivizzano.

En 21 de enero de 1846 murió Francisco IV, á los sesenta y seis años de edad y treinta y uno de reinado. Este príncipe, que años atrás habia inspirado temores á las grandes potencias europeas por sus opiniones liberales, se convirtió después en partidario acérrimo de la tiranía y en azote cruel de los demócratas. En el lecho de muerte dirigió á su hijo estas palabras: «Jamás dés treguas á los liberales; persígueles á todo trance; no te apartes del Austria; sé su mas fiel vasallo...» Y espiró.

VI.

Francisco V, Fernando, Geminiano, archiduque de Austria-Este, príncipe real de Hungría y de Bohemia, duque de Módena, Reggio, Mirandola, Massa, Carrara y Guastalla, contaba veinte y siete años de edad cuando sucedió á su padre Francisco IV; hallándose unido en matrimonio, desde 1842, con la bella y bondadosa princesa Adelgonda Augusta, hija de Luis, rey de Baviera. Oriundo de Austria, educado en Austria y jefe de un regimiento de infantería del Austria,

Francisco V ha tenido que ser austriaco, siguiendo la política de su antecesor, si bien con las modificaciones que le sugiere su noble y recto corazon.

Los primeros acontecimientos en que tuvo que intervenir el duque reinante fueron ocasionados por la cesion que en 1847 hizo de sus estados el soberano de Luca en favor del de Toscana. Precipitado este suceso, que necesariamente habia de ocurrir algunos meses mas tarde, el duque de Módena reclamó la incorporacion á sus dominios del territorio Fivizzano; mas los habitantes de esta comarca, que se consideraban felices bajo el paternal gobierno de Leopoldo II, gran duque de Toscana, pidieron á su soberano que no les retirara su amparo ni les sometiera á un nuevo señor: la causa de los fivizzaneses encontró eco en toda la Toscana, y Leopoldo no sabia cómo resolver aquella cuestion delicadísima. Entre tanto Francisco V instaba por que se le pusiera en posesion del territorio que le correspondia; y notando que no era oida su demanda, envió un cuerpo de tropas á ocupar el Fivizzano. El jefe de la expedicion se hizo dueño de la comarca por sorpresa, atropelladamente y desatendiendo las protestas de las autoridades toscanas. Tan grave escándalo hubiera producido un choque formal entre los dos ducados á no mediar el Austria, que dispuso quedase definitivamente unido el Fivizzano á Módena, retirando este estado su peloton de hombres armados, y posesionándose nuevamente de la provincia en mas legal y pacífica manera.

Ya por estos dias era vicario de Jesucristo el inmortal Pio IX; su amnistía y sus reformas llenaban de júbilo á los italianos, que por un momento reconocieron en el Pontífice al pacífico salvador de los pueblos esclavizados. Imitando su alto ejemplo, prestaron oido los príncipes á las justas exigencias de sus súbditos, y les otorgaron garantías constitucionales; pero de repente vino á dar distinto sesgo á los asuntos de la península la revolucion francesa de febrero de 1848. La tea republicana de Francia esparció sus reflejos sobre las masas liberales de Italia, y conociendo los monarcas de este país que para mantener su prestigio necesitaban heróicos esfuerzos, se obligaron á consumar la obra de regeneracion, conquistando la independencia de la patria. Contribuyeron todos los príncipes italianos á la formacion de esta cruzada, y el magnánimo Cárlos Alberto desnudó su espada en los campos de Lombardía. Nada bastó, sin embargo, para contener el torrente revolucionario, y los tronos comenzaron á hundirse, cayendo primero, como mas débiles, los de Parma y Módena. Francisco V, que habia seguido á remolque la marcha de sus vecinos, tuvo que salir de sus estados en abril de 1848: poco después se incorporaron los modeneses al reino sardo. Por esta parte no fué muy duradero el triunfo de los liberales, porque Radectzky avanzó con sus austriacos, fortificó los puestos de mas importancia, y sometió muchas ciudades. En 8 de agosto ocupó á Módena el príncipe Lichtenstein, y la puso á disposicion de Francisco V. Este, desviándose de las sangrientas huellas de su padre, quiso que á su regreso precediera un acto generoso, y publicó una amnistía. Al hacer su entrada en Módena, una mano traidora y cobarde le disparó

un pistoletazo, pero la Providencia salvó de la muerte al jóven príncipe. Así terminó la última revolucion de Módena, sin que los sucesos de 1849 se refieran en manera alguna á este ducado: los tumultos de Roma, el cañon de Novara y el *¡ay!* de Venecia pertenecen á otra historia.

El ducado de Módena, tal como se encuentra hoy constituido, está enclavado entre el reino lombardo-veneto, el ducado de Parma, el gran ducado de Toscana y los estados de la Iglesia; su poblacion, segun el censo de 1850, asciende á 586,458 habitantes; sus rentas han tenido en estos últimos años un aumento desde cinco hasta ocho millones y medio de francos; la fuerza armada consta de 14,656 hombres, pero deduciendo de este número tres regimientos de reserva, quedan solo en activo servicio 3,500 soldados de todas armas, que constituyen un ejército en miniatura; las altas funciones del Estado están confiadas á cinco ministros y quince consejeros; la Iglesia católica tiene por pastores los cinco obispos de Carpi, Guastalla, Massa-Carrara, Módena y Reggio. La tierra es fertilísima, aunque húmeda en demasía, y una de las principales riquezas del país consiste en la produccion y elaboracion de la seda. La ciudad de Módena está circuida de murallas, sus calles son rectas y la mayor parte están adornadas de hermosos pórticos; el palacio ducal, situado en una anchurosa plaza, es un edificio de bastante mérito artístico, y contiene una rica galería de pinturas; en la catedral, que es un antiguo templo de mármol, se eleva una torre cuadrada, de las mas altas de Italia; al pié de esta torre se conserva una gran cuenca de madera, que en la época de las repúblicas italianas de la edad media fué objeto de una guerra entre boloñeses y modeneses; estos últimos la han guardado como un trofeo de victoria. Tassoni ha inmortalizado este leño en su poema del *Secchia rapita*. Contiene tambien Módena un teatro, excelentes baños y algunos establecimientos de instruccion pública; su poblacion no llega á 30,000 almas.

Francisco V continúa adherido á la casa de Austria y apegado á los principios absolutistas; sus hermanas, María Teresa y María Beatriz, han contraido enlaces conformes á estas ideas: la primera está casada con el conde de Chambord, y la segunda con D. Juan de Borbon, ex-infante de España.

En estos dias ha sido descubierta en Módena una conspiracion que tenia ramificaciones en varias ciudades de Italia y Alemania: este suceso debiera poner en guardia al Duque reinante y hacerle adoptar una política menos reaccionaria. Reconocemos su impotencia para sacudir el yugo austriaco; pero es evidente que, aun dentro de su círculo de hierro, puede aliviar la suerte de sus súbditos. Si no le es permitida la concesion de instituciones representativas, nómbrese á sí propio representante de su pueblo y satisfaga sus necesidades. Cosa llana es el gobierno de medio millon de almas; y á la vista tiene el ejemplo de otros príncipes que, no pudiendo hacer grandes á sus pueblos, se contentan con hacerlos felices. Francisco V logrará fácilmente captarse el aprecio de los modeneses, porque le ayuda en esta empresa su aspecto bondadoso y la rectitud de su corazon; mas si

persiste en su fatal política, llegará á ser blanco de un odio, tanto mas temible cuanto mas débil es el que lo abriga. Recuerde, por último, que, mezclada con la austriaca, circula por sus venas la heróica sangre de Este; y tan preclaro orígen le impone la obligacion de imitar el civismo de Sigiberto, la magnanimidad de Matilde, la sabiduría de Borso, la piedad de Alfonso III y el valor del primer Francisco.

Nada dirémos del pueblo italiano, porque no nos gusta insultar la desgracia. Hable por nosotros un historiador milanés, decidido campeon de la independencia de su pátria, el cual, después de referir los acontecimientos de 1831, se expresa en estos términos: «La tea revolucionaria encendida en Bélgica y en Polonia era de un carácter mas serio, y daba á conocer que no seria tan fácil sofocarla. Los polacos tenian en su apoyo voluntades generosas, aquel poder que dimana de los sacrificios, el uso en el manejo de las armas, y aquella nombradía de esforzados que los italianos no poseen.» Esto confiesa César Cantú en su *Historia de cien años*.

Comprendan de una vez los italianos que la libertad es un don del cielo, y que para adquirirla, lo primero es merecerla.

Madrid, 30 de abril de 1853.

Enrique de Cisneros.



REYES CONTEMPORÁNEOS.

B. Blanco dibº y litº

Lit. de J. Donon Madrid

PIO  IX.





ESTADOS PONTIFICIOS.

PIO IX.

I.



Roma, la ciudad eterna, es la expresion y el emblema de cuanto grande y memorable ha sucedido en el mundo después de mas de mil quinientos años, ya por la espada, ya por las armas, aun mas poderosas, de la fe, viendo durante tantos siglos inclinarse el universo y los pueblos de todas las zonas ante su suprema majestad.

Asentada la Italia sobre dos mares, defendida, como el paraíso de la Europa, por las cimas y los precipicios de los Alpes; refrescada y fertilizada por grandes y caudalosos rios, por

mil arroyos, sombreada con espesos bosques, dotada de una atmósfera deliciosa, su clima solo hubiera bastado para darle una grande importancia. Así salió de las manos del Creador; empero de las manos del hombre recibió las obras maestras de las artes, que han hecho de ella la reina del universo.

Roma es moderna en la historia de los pueblos del mundo y aun en la de la antigua Italia.

Los primeros pueblos que abren la escena se presentan en la extremidad occidental del Asia, en los lugares donde la tradicion colocó el paraíso terrenal, hácia aquel punto ignorado donde debia un dia aparecer el Salvador del mundo.

Nemrod fundó la monarquía de los asirios, que debia durar catorce siglos. Rodeaban este nuevo imperio los hebreos, los fenicios, los árabes. La China existia ya, y el Egipto habia alzado sus gigantescas pirámides.

Ya la Siria contaba cien poderosas ciudades, ya Nínive habia ostentado sus soberbias murallas, y Babilonia sus famosos pensiles, cuando la Europa, cubierta de lagunas y bosques, no ofrecia sino miserables tribus salvajes viviendo de la caza, sacrificando víctimas humanas y bebiendo en el cráneo de sus enemigos vencidos.

Aun pasan algunos siglos, y crecen las repúblicas comerciantes de la Fenicia! El Mediterráneo lleva con orgullo las escuadras y las riquezas de Tiro; las canteras de Arad se abren, los talleres de Sidon prosperan, y un pueblo de marineros, de pilotos, de mercaderes viene bien pronto á llevar la civilizacion á la España, á la Italia, á la Galia. La Grecia, que apenas acaba de nacer, y que debia colocarse un dia á la cabeza de las naciones; la Grecia habia ya recibido del Egipto los dioses y las fábulas con que habia rodeado su cuna.

Roma no existia aun; solo cuando el vasto imperio de la Siria se dividió es cuando la Grecia ostenta su poder, y entonces Roma aparece en el segundo ó tercer año de la sexta olimpiada, 754 años antes de la venida de Jesucristo.

A la fundacion de Roma asisten los etruscos, los latinos, los rútulos, los samnitas, los troyanos, los volscos, y otra multitud de pueblos, formando estados mas ó menos poderosos. La civilizacion les habia venido necesariamente del Oriente, que habia dado al Egipto y á la Grecia sus leyes y sus dioses.

Los romanos, pueblo de bandidos en un principio, colocaron su cuna en la confluencia de todas estas sociedades, y de ellas tomaron su dignidad reál, su senado, sus dioses, sus usos y su órden mitológico.

La historia de Roma comienza por la fábula, como la historia de todos los pueblos, y Roma desde su nacimiento hasta su caida no inventa nada, sino que se sirvió hábilmente, primero para establecerse, después para conquistar y avasallar el universo, de los usos, de las artes, de las ciencias, de las creencias y hasta de las virtudes mismas de los pueblos vencidos. La violencia del carácter romano marca sus primeros pasos en la escena del mundo, desarrolla desde el principio el genio que le es propio, y esta facultad bárbara ayuda poderosamente durante

todo el curso de su historia á ese genio de imitacion, que no hubiera bastado por sí solo para someter el mundo. Pertenecia al destino de Roma dominar la tierra.

Tu regere imperio populos, Romane, memento. (Virg.)

Roma es por excelencia la ciudad pontifical. Roma, de todos los pueblos del mundo, es la que mas ha permanecido fiel á su antigua tradicion. Su fundador es á la vez rey y pontífice; y sus cónsules, sus emperadores, y cuantos han dominado en Roma han sido revestidos del poder pontifical desde su orígen hasta la caida completa del politeismo. Desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias, ora aparezca la invasion de Mahoma, ora la reforma del protestantismo, la capital del universo cristiano continúa sobre la Europa y sobre una gran parte del Asia, del Africa y de la América, esa autocracia fundada en otro tiempo por los dioses, por las conquistas y por la política del Capitolio.

Así, cuando algunas veces verémos ceñir la tiara y la espada á los pontífices de Cristo, entonces Roma es cuando mas se aproxima á su antigua historia.

Roma comienza, como la sociedad humana, por un fratricidio. Este crímen le da sus reyes, como otro crímen, la violacion de Lucrecia, le dió la libertad; y en este intervalo el robo de las sabinas, la destruccion de Alba, la traidora incorporacion de los albanos, la de los latinos, las muertes de muchos reyes, la de Servio, aconsejada por su hija, que hace pasar su carro sobre el cuerpo ensangrentado de su padre; la usurpacion de Tarquino: todo esto prueba la violencia innata del carácter romano. Ese pueblo de bandidos reunidos por Rómulo no debe disimular su orígen. Rómulo tiene por madre una vestal, por nodriza una loba; fué expuesto sobre un rio como Moisés; fué el fundador de Roma, y cuando desaparece en medio de una tempestad es divinizado bajo el nombre de Quirino.

Numa le sucede, y funda la religion y las leyes bajo la inspiracion de la misteriosa Egeria. Levanta un templo á Jano, cuyas formidables puertas debian quedar abiertas durante la guerra y cerradas durante la paz. Los escudos sagrados caen del cielo; bajo el reinado de Tulio Hostilio el combate de los Horacios da el imperio de Alba á Roma, y el vencedor mata á su hermana. El corintio Tarquino se hace nombrar rey, levanta las murallas de la ciudad, que Rómulo habia solo trazado con un surco de arado, y construye las cloacas. A ejemplo de Efeso, se edifica un templo á Diana. Tarquino II, yerno y asesino de Servio, recibe por su tiranía el nombre de *Soberbio* en lugar del de *Parricida;* da su hija á un descendiente de Ulíses y de Circe, somete por traicion los latinos y los gabios, y abre los cimientos de un templo á Júpiter sobre el Capitolio. Quiere arrojar los dioses que Tacio habia introducido; empero los *auspicios* se oponen á la marcha del dios *Término*, y ese prodigio asegura la estabilidad del poder romano. Otro garantiza su grandeza. Una cabeza humana perfectamente conservada se encuentra en la tierra, y los adivinos etruscos y romanos declaran que Roma será la capital del mundo. El supersticioso Tarquino envia á dos de sus hijos á consultar el oráculo de Délfos; su sobrino

Junio Bruto, reputado por insensato, los acompaña. El oráculo les responde que el poder supremo se hallaba destinado al que de ellos primero abrazase á su madre. Los príncipes parten diligentes á Roma; Bruto el insensato se deja caer, y abraza la tierra, madre comun de los mortales. La muerte de Lucrecia deja cumplido el oráculo. Bruto jura, sobre el puñal con que se ha atravesado el corazon la casta matrona, arrojar á los Tarquinos; funda la libertad, y en su inflexible justicia hace caer delante de él la cabeza de sus hijos y de sus sobrinos, y los reyes desaparecen para siempre de los anales del pueblo romano (año 509). La monarquía habia durado doscientos cuarenta y cuatro años.

La prueba material de los tiempos de la monarquía, escrita está en las piedras de los monumentos que á despecho del tiempo se han conservado, á fin de que nada pereciese de lo que podia un dia atestiguar la naciente grandeza de la ciudad eterna. Nosotros hemos visto, á las orillas del Numico, el sitio que ocupara la tumba de Rómulo. Nosotros hemos bebido el agua que corre aun hoy cerca de los muros de Roma, en la fuente de Egeria, la divina compañera de Numa. Hemos andado el camino donde la impía Tulia pasó con su carro sobre el ensangrentado cuerpo de su padre, que aun hoy se llama la via *Scelerâta*. Hemos entrado en la inmensa cloaca de Tarquino el antiguo, conservada después de tantos siglos sin degradacion ninguna. Hemos visto el sepulcro de los Horacios, y otros monumentos, testigos eternos de su antigua nobleza!!!...

II.

La constitucion de Roma durante la monarquía llevaba el sello de las costumbres griegas. Rómulo compartió el gobierno con el Senado, quien á su vez compartió con el pueblo el poder legislativo. Dividió el pueblo en patricios, que eran la nobleza hereditaria, y la plebe, que eran los clientes; creando un cuerpo de caballeros, que era una clase intermedia entre el patriciado y la plebe. El pueblo fué dividido en seis clases, no segun el nacimiento, sino segun la fortuna. El derecho de llevar las armas solo se concedia á los propietarios. Las leyes se hacian en las asambleas del pueblo por curias, tribus ó centurias.

Los romanos fundaban colonias en los países conquistados, y los principales ciudadanos del pueblo subyugado obtenian el derecho de la ciudad de Roma.

Extinguida la monarquía, consumada la obra de Bruto, los patricios, sobre quienes principalmente pesaba la tiranía de Tarquino, toman la iniciativa de este gran movimiento, y lo convierten en provecho suyo. Dominados hasta entonces por los reyes, cuya política era apoyarse en el pueblo, se encontraron á la vez en posesion de la autoridad, no solamente por medio del Senado, que componian solos, y de los comicios curiados y de la jurisdiccion, de la religion y del patronato y la

riqueza, sino tambien por la institucion de una nueva magistratura, exclusivamente para ellos. Se crearon dos cónsules con todas las insignias monárquicas, y doce lictores. Á los dos cónsules se delegaron las atribuciones de los reyes; empero el uno vigilaba al otro, y siendo anual su potestad, daban su nombre al año, y no podian nunca atentar á la soberanía pública.

Los cónsules eran responsables de sus actos, y su poder puramente civil. En los casos de guerra una ley del pueblo les concedia el mando de las tropas, *imperium*.

Para interesar al pueblo en esta revolucion aristocrática se declaró la soberanía popular, y las fasces consulares se inclinaban delante del pueblo, que era el legislador y el supremo juez, pudiéndose apelar á él. Los honores, las riquezas, la influencia permanecieron en los patricios; el pueblo vió bien pronto que con la abolicion de la dignidad real habia perdido su único protector. El Senado preparaba los decretos, y los augures podian suspender y disolver los *comicios* ó asambleas populares cuando las cosas no iban á gusto del patriciado. Para los plebeyos eran los peligros, el desprecio y la miseria si no tenian con que vivir en medio de las continuas guerras que suscita el establecimiento de la república. De aquí la rebelion de la plebe, y el establecimiento para vencerla los patricios, de la *dictadura* (496). Esta era una magistratura absoluta, revestida de una autoridad ilimitada, sin apelacion, que podia durar seis meses. El dictador era elegido por uno de los dos cónsules de entre los consulares, por órden del Senado. Así los patricios comprometian la libertad para salvar la supremacia de su órden. Por largo tiempo no tuvo inconvenientes la dictadura. Cuatrocientos años pasan sin que ningun dictador rehuse dar cuenta de su administracion, y se aproveche de sus victorias y de la admiracion de sus conciudadanos para prolongar su poder mas allá del término legal; empero la dictadura, que tantas veces salvó la república bajo Camilo, Emilio y Cincinato, debia bajo Mario, Sila y Julio César perderla un dia y concluir con la libertad.

La dictadura aplaca las primeras conmociones de la plebe; pero nuevas vejaciones de los patricios y el rigor que muestran contra sus deudores hacen que esta abandone la ciudad y acampe con sus estandartes sobre el monte Sacro y sobre el monte Aventino.

Era una segunda Roma, una Roma plebeya, que se alzaba enfrente de la otra, que se ponia en guerra con ella. Preciso fué ceder. Magníficas fueron las promesas, pero el pueblo sabia lo que valia, para contentarse con ellas. Exigió y obtuvo que los comicios nombrasen inmediatamente dos tribunos. Ningun patricio podia obtener este cargo (493). Esta dignidad era inviolable y sagrada, tenia el VETO para anular á los cónsules, al Senado y á la Asamblea. El pueblo, hasta entonces sin jefe, tuvo en lo sucesivo guias que su interés personal y el de la plebe animaron á emprenderlo todo. Magistratura defensiva en su orígen el tribunado, no pudo menos de convertirse en agresiva. En poco tiempo arranca-

ron á los patricios todos sus privilegios, y conquistaron la admision del pueblo á todos los cargos públicos, sin exceptuar el consulado.

Como tribunos dominaron mas tarde el universo los emperadores, porque con la dignidad de tribunos eran inviolables.

Coriolano es la primera víctima de los tribunos. Niégase á comparecer ante ellos, y no obstante sus servicios, es condenado á perpetuo destierro. La historia de este soberbio patricio forma una de las grandes páginas de los anales de los romanos. Refugiado entre los volscos, viene con un ejército enemigo, sembrando el terror y la muerte, hasta las puertas de Roma. En vano la ciudad, consternada, le envia varios embajadores demandándole la paz; en vano los senadores y sacerdotes vienen á suplicarle : nada puede doblegar su altivez. En tanta angustia, su madre Veturia y su mujer Volumnia, acompañadas de todas las damas romanas, se presentan ante él. Enternecido por las lágrimas, ante las que desfallece su corazon varonil, consiente Coriolano en levantar el sitio. Roma se salva, empero Coriolano muere asesinado por los volscos, que creian entrar ya en la ciudad eterna.

Los romanos, nacidos para la guerra, no podian vivir sino por la guerra; y así, la hicieron eterna. En el espacio de setecientos veinte años no pudieron cerrar mas que tres veces el templo de Jano.

Como el pirata normando de la edad media, que en su barca apenas cerrada, cubria los tempestuosos mares del Norte y abordaba en el punto adonde le impelia el viento, así todos los veranos salian los romanos de la ciudad para ir al norte y al sur, al este y al oeste, á segar armados los campos de sus vecinos. Sus progresos fueron lentos. Al cabo de trescientos años apenas poseian algunas leguas de territorio; empero lo que una vez habian hecho era para siempre. No abandonaban una ciudad hasta después de haberla borrado del suelo; un pueblo, hasta después de haberlo quebrantado y exprimido, á fin de que nunca mas pudiese levantarse y servirse de sus brazos contra ellos. Así es que el nido del águila estaba rodeado á lo léjos de escombros y de ruinas, entre las que rastreaban los vencidos que habian obtenido licencia para vivir. Roma mantenia y halagaba á los que creia vencidos para siempre; de esta suerte, avanzando paso á paso, sin dejar nunca un enemigo á sus espaldas, domó sucesivamente todos los pueblos de la Italia, y después todo el mundo.

La ciudad del hijo que la loba habia amamantado; la ciudad del soldado que, sin mas bandera que un puñado de heno atado á la punta de una pica, habia entregado á Amulio á una venganza terrible, aparece desde luego con una gravedad y con una rudeza que le da un carácter particular. Al conocer su vida por sus primeras palpitaciones deja comprender que ambicionará otros esfuerzos y otra gloria que las glorias y los esfuerzos de los hijos de Homero, de los contemporáneos y sucesores de Perícles. Deja ver desde su cuna que la humanidad va á levantarse con ella bajo una nueva faz.

Una sorda envidia excita á todos los pueblos vecinos; casi todos los dias hay

una nueva lucha, una nueva guerra; pero Roma realizará lo ideal de su sueño, morirá y se batirá desesperadamente. Roma sale siempre triunfante de todos sus combates, nada la detiene; muestra tanta audacia, despliega tanta perseverancia en la ejecucion de sus designios, que en breve domina la parte mas remota de la Etruria hasta el mar Jónico, desde el mar de Toscana hasta el mar Adriático. La ciudad de Rómulo, sin embargo, no habia tenido que conjurar grandes peligros de parte de los pueblos de la Italia; habia tenido, sí, que defenderse contra sus propios hijos.

Sus conquistas en el norte de la Italia la ponen en lucha con los galos; llega Breno hasta las puertas de la ciudad de Roma; el terror pánico se apodera de la poblacion é impide al Senado pensar en la defensa de la ciudad; la multitud se dispersa, los guerreros mas intrépidos se retiraron al Capitolio. Sin el graznido de unos gansos hubieran sido sorprendidos de noche por los galos. La ciudad fué entregada á las llamas. Está á punto de perecer su inmortalidad, teniendo que trasladarse á Veyes; empero el genio de Roma prevaleció al fin (389). Manlio, Capitolino, Camilo vencen á los bárbaros. Camilo reedifica la ciudad, y recibe de su gratitud el renombre de segundo fundador de Roma!

Después de haber abatido así á los latinos, los galos, los samnitas, los tarentinos y al valiente Pirro, Roma se acuerda de un pueblo con el que habia en otro tiempo hecho un tratado de alianza cuando tuvo necesidad de afirmar su libertad republicana. Ese pueblo, los cartagineses, le incomodan hoy porque tienen un pié en la Sicilia, y Roma jura conquistar á la Sicilia (266).

Setenta y cinco años duraron estas guerras, y esta es la época mas gloriosa en que brillan las virtudes guerreras y cívicas que constituyen el poder de Roma. Una fuerza invencible impelia á los grandes pueblos occidentales de la antigüedad á medirse unos contra otros.

El cónsul Apio Claudio atraviesa el estrecho de Mesina, y consigue una gran victoria sobre los siracusanos y cartagineses (264-242). Al año siguiente los dos cónsules Valerio Máximo y Octacilio Craso someten setenta ciudades y obligan á Hieron á pedir la paz. Al tercer año se apoderan de Agrigento á vista y presencia de cincuenta mil cartagineses, que no pueden hacer nada para impedirlo. Aun esto no bastaba. Cartago es una potencia marítima; Roma hace construir una flota de ciento veinte grandes buques de guerra, y Duilio gana el primer combate naval. Poco después que Cornelio Escipion arroja á los cartagineses de Córcega y de Cerdeña, Cayo Atilio Régulo Serrano obtiene una segunda victoria naval junto á las islas de Lipari. No se contenta aun Roma, y quiere llevar la guerra al Africa, al territorio mismo, al corazon de sus enemigos. En la batalla de Ecnomo los cónsules Manlio Vulso y Marco Atilio Régulo deshacen la escuadra de Hamílcar y Hannon sobre Cartago; pero Roma no se satisface con nada sino con el exterminio total de su rival.

Esta es la escena mas grande del drama antiguo de esas tres terribles guerras

púnicas, en que son actores dos tan grandes pueblos, escrito en los fastos inmortales de la historia.

Victoriosa en un principio Roma por el valor de Régulo, no tiene sino reveses en la segunda guerra púnica. Aníbal pasa los Alpes, derrota á Escipion sobre el Tesino, al temerario Sempronio sobre el Trebia, coloca los ligurios y los galos en sus filas, penetra por los Apeninos en la Etruria, encuentra á Flaminio cerca del lago Trasimeno, dispersa su ejército, degüella cerca de cuatro mil romanos ó aliados, y se adelanta para ir á atravesar con su espada el corazon de los dioses que guardan el Capitolio. Roma se estremece esta vez con la primera convulsion de angustia que causa siempre el sentimiento de una existencia amenazada; empero Roma se parece á un hombre fuerte y seguro de sí mismo, á quien nada le desconcierta cuando está firme en una resolucion con toda la plenitud de sus fuerzas. Así, bien pronto se levanta mas terrible que nunca: se la creia abatida, y casi al mismo tiempo hace frente á Cerdeña, á Italia y sus islas, á España, á Macedonia, á Siracusa, á Sicilia, á la Grecia; obliga á Aníbal á concentrarse en el Brucio y algunas plazas de la Lucania; fuerza á Cartago á que llame aquel formidable general, á despique de sus maldiciones contra él mismo, contra los dioses, contra los hombres y contra el suelo italiano, donde su genio y su odio habian soñado tanta carnicería, tanta mortandad (218 ó 202). En la batalla de Zama hace pedazos á su rival sin escuchar sus quejas. Evoca las divinidades de Cartago para que pasen á Roma, la entrega á las divinidades del averno; y después de esta imponente ceremonia religiosa, destruye á Cartago á fuego y sangre, y ha cumplido aquel fatídico clamor de Caton: *Delenda est Carthago* (146)!

Roma, sin embargo, aun no se hallaba satisfecha. Apenas habia concluido con la mas alta nacionalidad del Africa occidental, cuando vuelve á la España y á la Lusitania. Los españoles, que habian acogido á los romanos como libertadores, y no como sucesores de los cartagineses, apenas conocen sus verdaderos designios, corren á las armas, y abrigados detrás de sus montañas, resisten su dominacion; mas los españoles, no menos valientes que los galos, se hallaban, como ellos, divididos en una multitud de tribus aisladas ó rivales. Roma tenia así que combatir, no una gran nacion, sino una serie de poblaciones, que unidas hubieran sido seguramente invencibles.

El primer período de esta terrible lucha se extiende desde 197 á 178; tal fué entonces la energía de los españoles en defender su libertad, que ni Caton, ni Paulo Emilio, ni Flabio Nobilior, ni las sangrientas derrotas de Olipa, de Toledo, de Calagurri, del Ebro y del Contrebia no bastan á arrebatársela. Roma victoriosa se vió obligada á no imponerles sino un ligero yugo, y su simulada sumision sirvió solo para manifestar lo que hubieran podido hacer si al valor y á sus montañas se hubiera reunido la fuerza inmensa que da la union y la disciplina. Hasta el año 153 no hay mas que revoluciones locales, fácilmente comprimidas. Entonces los lusitanos se sublevan (149), levantándose entre ellos Viriato, des-

pués de la destruccion de Cartago y de Corinto, ocupando ocho años los ejércitos romanos, y escapado al asesinato de treinta mil lusitanos que Galva habia hecho asesinar, no pudiendo vencerlos. Este jóven pastor huye á las montañas, y su odio le convierte en activo general. Vencedor en todos los encuentros, subleva á los celtíberos; y mientras que estos, en lugar de unir sus fuerzas á las suyas, se hacen batir por Marcelo, obligaba aquel al senado romano á tratar de igual á igual con un pobre pastor (141). Roma tenia que temerlo todo de tal enemigo, y entonces se valió del asesinato. Su muerte quebranta, en efecto, la resistencia de España; sus compañeros fueron transportados sobre las orillas del Mediterráneo, y la Lusitania se sometió, no quedando á la libertad española otro asilo que la ciudad de Numancia.

Numancia, defendida por cuatro mil hombres, detiene por catorce años á muchos generales romanos, y fuerza á las legiones á una capitulacion tan vergonzosa como las que habian sufrido en la guerra de los samnitas. Numancia no podia ser sometida sino por Escipion mismo. El hambre, habiendo reducido sus habitantes á la desesperacion, les quitó todas las posibilidades de combatir. Escipion, el vencedor de Cartago, fué el destructor de Numancia. Sus habitantes, extenuados por el hambre, pusieron fuego á la ciudad, se precipitaron á las llamas : solo cincuenta, desfigurados por los largos sufrimientos, pudieron adornar el triunfo de Emiliano; los demás quisieron mejor morir á sus propias manos.

Con Numancia y Viriato sucumbe la España, á excepcion de algunas poblaciones que habitan las grandes montañas del norte, y que no fueron sometidas hasta el tiempo de Augusto (145 á 133).

Durante este período los romanos adquirieron la posesion del Asia menor. Attalo, rey de Pergamo, murió sin herederos; deja á los romanos el reino de sus padres y los estados que habia dado el Senado á uno de sus abuelos. Esta donacion fué funesta con el tiempo á la república, porque desde aquel tiempo las antiguas virtudes romanas lucharon sin éxito contra la voluptuosidad y las riquezas del Asia.

Aquí se detiene el primero y gran período de las conquistas romanas. Casi siempre tranquila en su interior, Roma consagra dos siglos al cumplimiento de la profecía del Capitolio. Sus resultados son manifiestos : el dios Término jamás retrocede, y avanza rápida y prodigiosamente. Dueña solamente del Lacio y de algunas ciudades vecinas en 343, Roma somete desde luego la Italia (343-265), y con ella á todos los pueblos. En el Oriente la Iliria (229-168), la Macedonia (215-147), la Grecia (146), las islas, y reune en seguida el reino de Pergamo (199-129); en el Africa las provincias de Cartago (265-146); en el Occidente la Galia Cisalpina (238-163), la Istria (221-177), la España (218-133), y sobre el mar las islas de Sicilia (265-211), de Cerdeña (238-178), de Córcega (238) y las Baleares (224). Así, el mar Mediterráneo es la propiedad de los romanos, es un lago italiano, y comienzan á llamarle desde entonces *mare nostrum*.

III.

Tal es el poder de Roma, que no necesita de su presencia para dominar; así es que, aunque sus inmensas posesiones no forman un imperio compacto, y hay estados intermedios, todos los príncipes del Oriente y del Africa son sus vasallos, sus protegidos y sus tributarios. Ningun pueblo bárbaro piensa en atacarla; empero en todas partes se siente la opresion, la miseria y la despoblacion que han llevado sus armas. Colocadas bajo el gobierno absoluto de un procónsul ó de un pretor, las provincias no tienen nada que les pertenezca en propiedad, ni sus tierras, que redimian por un impuesto considerable; ni sus leyes, que violaban; ni aun las personas, á pesar de pagar una fuerte capitacion como permanente rescate. Así lo quiere el derecho romano : *Erga hostes æterna auctoritas esto!...*

En esta miserable condicion de las provincias lo mas cruel es el concurso de todos los magistrados romanos, procónsules, pretores, cuestores, publicanos, oficiales, para saquearlas, siendo ellos tanto mas ávidos cuanto su autoridad es mas pasajera, y les ha costado comprar del pueblo la eleccion. Verdad es que las provincias tenian el derecho de reclamar al Senado, de los censores y de los tribunales mismos, *de pecuniis repetundis...*

Además, de las provincias vienen los aliados y los que vivian bajo el derecho italiano y latino. Roma les protege y les garantiza sus numerosos privilegios, teniendo cuidado de variarlos al infinito, porque su sistema era dividir para reinar. Nada podian estas garantías legales contra el orgullo y la arbitrariedad de los magistrados romanos. De aquí los grandes esfuerzos de los italianos y de los latinos para llegar á la ciudad romana, para deslizarse en ella obteniendo sus derechos legales, hasta el extremo de no retroceder ante la esclavitud, porque sabian que todo esclavo libertado por un ciudadano romano es ciudadano como él, y nada les detiene para adquirir este codiciado título.

Tiberio Graco, tribuno del pueblo, nieto de Escipion el Africano, pide la distribucion de los tesoros del rey de Pergamo, y propone limitaciones al número de las posesiones que cada ciudadano tiene derecho de conservar. Las antiguas leyes que ponian límites á la posesion territorial habian caido en desuso; la nueva ley agraria heria los intereses de muchos ciudadanos, mostraba á los pobres cómo podian obtenerla, y coartaba á los ricos la fuerza con que poder protegerla. El tesoro público, privado desde la reforma de Paulo Emilio de los recursos del impuesto, tenia necesidad de los tesoros de Attalo para subvenir á los gastos del Estado sin agobiar á las provincias.

Por primera vez presencia Roma la decision de las cuestiones políticas por la violencia. Tiberio Graco da lugar á ella, haciendo expulsar del tribunado á uno

de sus colegas mas moderado, que se oponia á conceder á todos los pueblos de la Italia el derecho tan codiciado de *ciudadano*. Persuadido el Senado de que esta medida aumentaria la preponderancia de la multitud, se opone á ella con todas sus fuerzas. Escipion Nasica se pone al pié de la escalera del Capitolio y llama á su lado á cuantos quieran salvar la patria. Los senadores, la mayor parte de los caballeros y un gran número de plebeyos se colocan á su lado, y Tiberio perece en el tumulto.

Cayo Graco renovó diez años mas tarde (122) los proyectos de su hermano Tiberio. Propone á la deliberacion del pueblo que ningun ciudadano romano pueda poseer mas de quinientas yugadas de tierra; que toda la Galia Cisalpina se reuniese á la Italia y gozase de sus privilégios; que el trigo se vendiese al pueblo á precio muy módico, y que se admitiesen seiscientos caballeros mas en el Senado, trasladándose las funciones judiciales de los senadores á los caballeros; leyes todas que tendian á destruir el equilibrio que servia de vínculo á la Constitucion. Las turbaciones excitadas por Cayo costaron la vida á tres mil hombres en las luchas que sostuvo.

La aristocracia romana triunfaba, y lo probó, no solamente por la proscripcion de los amigos de los Gracos, por la confiscacion de sus bienes y por la insolente dedicacion de un templo á la *Concordia*, sino, sobre todo, por la supresion de la ley agraria, por la del derecho de ciudadano, y por la usurpacion impune de las tierras distribuidas. Una sola ley de las llamadas *leyes sempronias* subsistió, *la ley frumentaria*, sobre la venta mensual del trigo, en razon á que podia servir para dominar y corromper al pueblo. Al morir Cayo Graco habia dicho al Senado: *¡Aunque me mateis no arrancaréis de vuestro costado el hierro que he clavado en él!...*

No, la obra de los Gracos no desapareció sino imperfectamente, á pesar de todas las venganzas de los grandes: habia dado un nuevo giro á las ideas, y sobre todo, lo que no se podia destruir, un grande ejemplo. Habian revelado al mundo el poder del tribunado y la debilidad de la aristocracia, y sus imitadores no debian olvidarlo.

Apenas Cayo habia muerto, cuando casi de sus cenizas se levanta el primero de sus imitadores, Cayo Mario; empero ¡cuán distinto de los Gracos! Tan extranjero á la ciudad como á la civilizacion griega, sin elocuencia, Mario no es mas que un soldado ambicioso; enemigo de los nobles, porque él no lo era; amigo del pueblo, porque allí veia el instrumento de su grandeza. Desde los Gracos comienza la era de los ambiciosos; entonces desaparecen insensiblemente las relaciones que unian las diferentes clases de ciudadanos. El pueblo no quiso obedecer; solo dominaba el dinero, y todo era venal; ningun crímen, ningun desórden parecia vergonzoso si conducia á la riqueza. Las vejaciones de los procónsules anonadaban la agricultura y la industria. Los débiles y los pobres temian solo á los tribunales, los criminales opulentos vivian tranquilos en la impunidad. Los asesinatos y envenenamientos fueron sucesos ordinarios. Se introdujo la mo-

da de llevar puñales debajo de la toga. La reina del mundo, embriagada con la sangre de las naciones, comenzó á destrozar sus propias entrañas.

La guerra de Numidia sirve á la exaltacion de Cayo Mario. Los cimbrios, los teutones, pueblos germánicos de las orillas del Báltico, precursores de esas grandes invasiones que habian de cambiar un dia la faz del mundo romano, acababan de abandonar sus hogares. La Italia tembló delante de los bárbaros que habian batido á los cónsules Carbon, Silano, Scauro, Casio y Manlio. En aquel momento de angustia nadie solicitaba el consulado. Mario, el vencedor de Yugurta, rey de Numidia, lo pretende, y es nombrado. Mario hace prodigios : destruye los cimbrios y los teutones ; pero el estremecimiento que su empresa habia comunicado al Norte no cesa con su derrota ; hácese sentir desde el Rin hasta el mar Negro. Las fronteras romanas fueron atacadas por otras tribus salvajes.

¡Mario recibe el título de tercer fundador de Roma (113-101)! Ya Camilo habia merecido este título como vencedor de los galos.

Al lado de Mario se levantaba el crédito del patricio Sila. Un odio mortal bien pronto los divide; odio cuyos efectos habian de sumergir á la república en todos los horrores de la guerra civil y de la tiranía.

Los retarda un instante la guerra social ó de los aliados (91). Aprovechándose de las guerras de la república, y fundándose en las promesas de los Gracos, los pueblos de la Italia mandan al Senado una diputacion que reivindique la ejecucion de estas promesas. Fué desechada con desprecio, y el tribuno Druso, que sostenia sus pretensiones, fué asesinado públicamente por los patricios. Mario abraza entonces la causa del patriciado. Sufre Roma numerosos reveses, y jamás la guerra se hizo con mas furor, con mas crueldad y mas mala fe. Trescientos mil hombres perecieron en esta lucha, que duró dos años, en que el Senado sucumbió concediendo el derecho de *ciudadano*, primero á todos los que no habian tomado parte en la insurreccion, y después á todos los demás (90-86).

Mitridates, después de asesinar ochenta mil romanos en un mismo dia y á una misma hora en todas las ciudades del Asia menor, hace sostener al pueblo romano una guerra de veinte y cinco años. Se habia apoderado de la Grecia. El Senado da á Sila el mando del ejército; pero Mario, envidioso de la preferencia concedida á su rival, hace que el pueblo le confiera el mismo mando. Sila se refugia en medio de su ejército, vuelve á Roma, y proscribe á Mario con todos sus parciales.

El vencedor de los cimbrios y teutones huye perseguido por los soldados de Sila, anda errante por el Africa, y se sienta sobre las ruinas de Cartago, aquella ciudad otras veces tan temida, que habia experimentado, como él, las mas crueles vicisitudes de la fortuna. Aun de allí le destierra el Senado; á cuyo mensajero, que le exigia una contestacion, *¡Responderás*, le dijo, *á quien te ha enviado, que has visto á Cayo Mario desterrado, fugitivo, sentado sobre las ruinas de Cartago!!!...*

Precisado Sila á combatir contra Mitridates, tuvo que abandonar la Italia.

El cónsul Cornelio Cinna fomenta nuevas divisiones en Roma. Octavio, su cole-

ga, le arroja de la ciudad; pero Cinna, apoyado en los habitantes de las ciudades italianas que acababan de obtener el derecho de ciudadanía, forma un ejército numeroso, con el que hizo temblar al Senado. Vuelve á prevalecer el partido popular. Se llama á Mario de su destierro, y entra en Roma como en una ciudad conquistada, en medio de las proscripciones mas horribles, muriendo á los pocos dias, después de haber sido nombrado cónsul por la sétima vez (85).

Sila, ansioso de tornar á Roma para vengarse de sus enemigos, deja incompleta la ruina de Mitridates, obligándole solo á hacer la paz. Vuelve á Italia, la que anega en sangre, y bajo el título de dictador perpetuo ejerció un poder absoluto. Jefe del partido aristocrático, debilitó la democracia por todos los medios posibles.

Seis meses duraron las terribles proscripciones, no solo en Roma, sino en la Italia y en las provincias, donde se hacian matanzas en masa á pretexto de purificarlas. No solo se persiguió á los vivos, sino al cadáver de Mario, que fué arrojado al Annio.

¡Apartemos la vista de esta horrible proscripcion, que no perdonó ni á los hijos ni á los nietos de los proscriptos!...

Salvóse á fuerza de instancias un jóven de diez y ocho años, sobrino de Mario y yerno de Cinna. Ese jóven era Julio César. Rehusó repudiar á su mujer y huyó á los montes. Sila ordena su muerte; empero tan grandes personajes intercedieron por él, que consintió al fin en perdonarle. *Está bien*, dijo, *le dejaré la vida; pero sabed que en ese niño hay muchos Marios*. Si Sila sigue sus inspiraciones, ¡cuán otra hubiera sido la suerte del mundo y de la ciudad romana!!!...

Sila muere consumido por el abuso de los placeres, después de haber abdicado la dictadura para vivir en la vida privada, sin que nadie se atreviese á pedirle cuenta de la mucha sangre que hiciera derramar.

Sila intentó anonadar la democracia; obra atrevida, que hizo retrogradar tres siglos la constitucion romana; pero que no podia mantenerse desde que desaparece el terrible genio de Sila, que la protegia. La aristocracia, á que el terrible dictador habia dado el gobierno del mundo, era un cuerpo mutilado, sin virtudes y sin fuerza, y que no tenia ni el prestigio de la tradicion, porque no representaba ya el verdadero patriciado romano, ni el ascendiente de la victoria, porque Sila solo habia logrado galbanizar al Senado, acostumbrado á temblar delante de los Gracos ó delante de Mario.

Todos los partidarios de la democracia no habian sucumbido en las proscripciones de Sila. Sertorius, antiguo amigo de Mario, se refugia en España, forma en derredor de su persona una nueva Roma, y durante diez y ocho años sostiene una encarnizada lucha, cuyo éxito pudiera haber sido funesto á la república romana si Pompeyo no hubiese puesto á precio su cabeza, y el traidor Perpena no lo hubiese asesinado (72).

La aristocracia se salvó aun esta vez; pero mientras el partido de Mario sufre esta derrota en España, en poco estuvo que el nombre mismo de Roma

desapareciese á manos de los mas viles enemigos, los esclavos y los gladiadores, cansados de obedecer y servir cobardemente á los placeres del populacho romano. El gladiador Spartaco reune cien mil esclavos, abate el orgullo del pueblo rey, y el Senado no se avergüenza de enviar contra él á los dos cónsules, que fueron completamente batidos. La indisciplina de este ejército causa su ruina. El pretor Craso derrota á Spartaco, que muere heróicamente.

Cinco mil de sus soldados quieren seguir entonces el plan que Spartaco les habia indicado: dirigíanse á la alta Italia; pero Pompeyo, que volvia de España, los encuentra y los bate completamente.

En vano se alegra la aristocracia romana de la derrota de Sertorius y de Spartaco. Entra Pompeyo en Roma, y reina como un rey, á pesar de la modestia aparente con que viene á tomar asiento entre los caballeros. Para completar esta soberanía destruye la obra de Sila.

Pompeyo gana el favor popular restituyendo á los tribunos sus antiguos privilegios. Trabajaba él mismo por los que habian de contribuir á su caida. Su destino quiso que á la vez se prescindiese de las fórmulas legales para elevarle y para perderle. Nombrado cónsul, destruye en cuarenta dias los piratas que hacia quince años infestaban las costas del Mediterráneo (67). Embriagada Roma de júbilo, da á Pompeyo el nombre de *Magnùs*, el Grande; título mas difícil de conservar que de adquirir. Vió en él al solo hombre capaz de libertarla del terror que la causaba Mitridates. Siempre venturoso, liberta á los romanos de tan poderoso enemigo.

Desde las llanuras de la Scitia hasta las murallas de Jerusalen recoge el fruto de las conquistas y de los trabajos de sus predecesores. La Siria, la Cilicia y la Judea fueron convertidas en provincias romanas (62).

En el momento en que los partos veian con inquietud los progresos de las legiones romanas, Roma estaba á punto de perecer por una conspiracion interior.

Un jóven que habia representado un horrible papel en las proscripciones de Sila, que habia añadido á sus crímenes el asesinato de su mujer, de su hijo y de su cuñada, y escandalosas concusiones, viendo que la aristocracia se hallaba sin fuerza y la democracia sin jefe, osó presentarse como candidato al consulado en tres años consecutivos (66-63). Rechazado, no ve mas recurso que una revolucion; reune á sí los veteranos de Sila y á los que tenian necesidad, como él, de destruirlo todo para vivir. Cuatro ejércitos, un cónsul y un pretor llegan á ser los cómplices de Catilina. En vano Marco Tulio Ciceron, cónsul de Roma, dos veces amenazado por el puñal de Catilina, después de tomar todas las medidas para salvarla, lanza en el Senado contra el enemigo de la patria su primera *Catilinaria*. Tal era la impotencia de los magistrados romanos, que Ciceron no pudo hacer mas, y Catilina abandonó libremente la ciudad, amenazándola. La fuga de Catilina confirma al pueblo la verdad de la conjuracion, y Ciceron hace arrestar á los principales conjurados. Hizo mas: sin cuidarse de los riesgos del porvenir, se atrevió á darles muerte en secreto sin formacion de causa. El pueblo romano oyó

de boca de Ciceron el terrible monosílabo que salvó la patria, ¡VIXERUNT! (vivieron). Ciceron fué este dia un gran ciudadano.

Restaba reducir los ejércitos que se habian reunido en muchos puntos á la voz de Catilina. Catilina fué derrotado en Etruria, y desapareció su partido. No bastaba esto para salvar la república. ¡Después de Catilina aparece Julio César!

Le hemos visto resistir al poder de Sila; pero justifica los presentimientos de dictador, uniéndose á Pompeyo para la abolicion de las leyes de Sila. Nombrado gran pontífice, á pesar de su ateismo y el desarreglo de sus costumbres (64), acrecienta su poder en el consulado de Ciceron, sosteniendo las empresas de Catilina, protegiendo á sus cómplices y proponiendo las medidas mas populares. No triunfa, pero despopulariza á Ciceron y á la aristocracia, presentándose como el solo heredero de los Gracos y de Mario. Cuando Ciceron, al terminar su consulado, quiso presentar al pueblo un cuadro magnífico de sus servicios, César, por medio del tribuno Metelo Népote, le hace callar bajo pretexto de que, no habiendo permitido defenderse á los acusados, no debia hablar él tampoco. Ciceron, reducido al silencio, exclama: *¡Juro que he salvado la patria!...* Estas bellas palabras excitan el entusiasmo, y Caton de Utica hace que el Senado le decrete el título de *Padre de la patria.*

Los peligros de la república son mas inminentes que nunca: Pompeyo, vencedor de Mitridates, encuentra envidiosos enemigos de su poder. Vióse forzado á apoyarse en el crédito que César habia adquirido por sus cualidades, y el opulento Craso por su oro. César necesitaba de los votos de Pompeyo y de Craso para obtener el consulado y el mando que ambicionaba. Craso, en fin, no podia nada sin César y Pompeyo; lo podia todo con ellos. Estos tres ilustres ciudadanos se compartieron el poder y formaron lo que se llama el primer *triunvirato.* Juraron todos tres servirse mutuamente (59). Julia, hija de César, se casa con Pompeyo y es el vínculo de esta union. César es nombrado cónsul y recibe el mando de las Galias, á fin de encontrar ocasion de hacer la guerra, primero por cinco años, después por diez. Propone antes de marchar una ley agraria, contra la que en vano lucha el cónsul Bíbulo, su colega Caton, Lúculo y Ciceron. Su resistencia solo sirve para hacer mas odiosos á los senadores y mas populares á los triunviros.

Cada dia llegaba á Roma la noticia de una victoria de César, que permaneció en las Galias diez años, y venció pueblos bárbaros de que apenas se conocia el nombre. Penetró mas allá del Rin y hasta en los bosques de la Germania (55). La Bretaña, que, semejante á un bajel dormido sobre sus áncoras, podia contar con el mar para detener á los vencedores, vió por primera vez penetrar en su recinto las águilas romanas.

Pompeyo queda en Roma y es enteramente dueño del Senado, con quien, por la conformidad de principios y miras políticas, hace alianza. Ciceron se lisonjeaba de que los servicios que habia hecho á la república le darian una grande autoridad en el Senado y en el pueblo. Por abatida que estuviese la aristocracia romana,

habia dos hombres, que el uno por la firmeza de su carácter, y el otro por el irresistible ascendiente de su elocuencia, podian levantarla. El tribuno Clodio, principal ministro de César ausente, se desencadena contra Ciceron. En vano los senadores, los caballeros y todos los buenos ciudadanos se unieron para proteger al vencedor de Catilina. ¡Tuvo que salir desterrado á cuatrocientas millas de la ciudad que habia salvado!

La conducta del inflexible Caton no se prestaba á acusacion alguna; se le alejó á pretexto de tomar posesion del reino de Chipre á nombre del pueblo romano.

Los triunviros quedaron dueños de Roma. Sus tres voluntades parecian no formar mas que una sola. Estuvieron de acuerdo mientras tuvieron enemigos comunes que vencer. Desde el dia en que estos tres ambiciosos se hallaron solos sobre las ruinas de la república, cada cual pensó para sí en usurpar el poder de los otros. Alzaron el destierro de Ciceron, humillando á Clodio, asegurándose así el apoyo del grande orador (56).

La guerra civil estaba en el fondo de esta aparente concordia. *Concordia discors!*

Craso, que habia ido á la Siria, muere allí peleando contra los partos. Personaje poco importante por sí mismo, sus inmensas riquezas le daban gran poder, y se le consideraba necesario para mantener el equilibrio entre Pompeyo y César. Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, muere prematuramente, y se rompe el nudo que unia á estos dos grandes hombres.

Desde entonces César y Pompeyo quedan frente á frente y se disputan el dominio único del mundo romano.

Para desembarazarse de César, se opone Pompeyo á que continúe por mas tiempo en el gobierno de las Galias, expidiendo un decreto para que dimita aquel mando. En vano César, en vano los tribunos Longino y Marco Antonio protestan contra esta dictadura de Pompeyo, contra esa inmerecida degradacion del vencedor de las Galias.

El Senado se obstina, Pompeyo amenaza, y los tribunos se salvan refugiándose al campo de César. César conoce el mágico poder de las palabras sobre la multitud: exhorta á sus soldados, les presenta los tribunos fugitivos, y emprende la guerra civil para defender la libertad y los derechos de los tribunos del pueblo.

Vacila un momento al llegar á las orillas del Rubicon; empero triunfa su ambicion, y atraviesa ese pequeño rio, que formaba el límite de la Italia, y que ha inmortalizado el atrevimiento de César. Ninguno al volver de una expedicion guerrera podia pasarlo con las armas en la mano sin permiso del Senado, bajo pena de ser entregado á los dioses infernales. Ese arroyo casi imperceptible era el último límite de las dependencias de la ciudad eterna. ¡Allí venian á concluir y comenzar dos caminos, célebres monumentos de los primeros siglos de Roma: la *via Emiliana*, y la *via Flaminia*, que conducia el carro del triunfador hasta el pié del Capitolio!!!...

IV.

César se lanza en el camino de Roma, en medio de las aclamaciones de la Italia. La terrible noticia del paso del Rubicon cae como un rayo sobre los enemigos de César. Pompeyo y sus partidarios se retiran de Roma con la firme resolucion de recurrir á las armas. César entra vencedor en Roma, despliega la mayor clemencia, ejerce durante once dias la dictadura, que Lépido habia hecho le confiriese el pueblo, y marcha á Grecia en la persecucion de Pompeyo.

Tenia Pompeyo todas las ventájas en su favor; empero le fué contraria la fortuna. Su ejército quedó enteramente derrotado en las llanuras de Farsalia el 9 de agosto del año 48 antes de la venida de Jesucristo.

Huye Pompeyo solo al Pireo, en donde se embarca para Mitilena, y después para Egipto. Comprende César, después de hacer cesar la matanza de esta terrible batalla, que su victoria seria incompleta si escapa de sus manos el jefe de los vencidos. Vuela en su persecucion, y al llegar delante de Alejandría le presentan la cabeza de su rival de órden de Tolomeo, rey de Egipto, que esperaba así captarse su benevolencia. César aparta sus ojos, y llora sobre aquella ensangrentada cabeza, que completaba la obra de Farsalia. Quita á Tolomeo el reino, le obliga á matarse, y corona reina de Egipto á la hermosa Cleopatra, hermana de este monarca (47).

El vencedor del mundo se olvidó de todo después, durante tres meses, á los piés de Cleopatra, y no salió de la embriaguez del amor sino á la noticia de los progresos alarmantes y amenazadores que hacian en España los hijos de Pompeyo, en Africa Caton y en Asia Farnacio, el hijo de Mitridates, y en Roma sus enemigos. Comienza por el Asia, donde en cinco dias y en una sola batalla derrota al indigno hijo del gran Mitridates. Entonces anunció su victoria en aquellas tres memorables palabras: *Veni, vidi, vici!* ¡Vine, vi, vencí!

De allí pasa á Roma, donde es nombrado dictador, cónsul por cinco años y tribuno perpetuo. Durante su corta permanencia en Roma, al licenciar la décima legion, que se habia insubordinado, César los reune, y los despide diciendo: *Ite, Quirites;* Marcháos, caballeros. Esta palabra parece tan injuriosa á la legion, que le suplica humildemente la retracte. ¡Se ofendian de ser llamados ciudadanos, caballeros; querian ser soldados vencedores, compañeros de César!... Este rasgo es la mas elocuente pintura de Roma.

Los republicanos no habian mirado la derrota de Farsalia como la ruina definitiva de la república, y cambiando solo de teatro, llevan sus armas y sus esperanzas á Africa. Caton y otros célebres romanos los mandan; apoyados por las

poderosas falanges de Numidia. César se lanza atrevido sobre el Africa con tres mil ciento cincuenta soldados (46). Una victoria le basta para reducir de nuevo el partido pompeyano, cuyos jefes todos perecieron.

Caton, encerrado en Utica al aproximarse César, piensa que los dioses se han retirado de Roma, y se prepara friamente á la muerte. Pide su espada, y se la trae un niño. *¡Soy libre!* dice, y se traspasa el corazon. Caton no podia vivir. Representante de las virtudes y de las ideas de otra edad, era un anacronismo vivo entre sus degenerados contemporáneos...

El Senado acumula sobre la cabeza de César honores sobre honores. Los hijos de Pompeyo protestan aun en vano contra la ruina de la república; empero ni sus doce legiones, ni el esfuerzo de Sabieno y de Varo, ni su escuadra, salvaron la república espirante. La victoria de Munda (ciudad situada á cinco leguas de Málaga) arruina de un solo golpe su empresa, y perecen todos, á excepcion de Sexto Pompeyo, que se salva errante en los Pirineos.

Desde este dia data un nuevo poder. César deslumbra al pueblo con magníficos juegos y por el espectáculo de cuatro triunfos extranjeros, sobre Farnacio, el Africa, el Egipto y la Galia, y por primera vez presencia tambien Roma otro triunfo por la guerra civil. César fué nombrado dictador perpetuo, *Imperator*, príncipe del Senado... Querian ir mas léjos; empero César rehusó. César meditaba nuevas conquistas, y pensaba en convertir en un hecho permanente la situacion que él habia creado, nombrando por heredero á un jóven de diez y nueve años, hijo de su hermana Julia.

El 15 de marzo se presenta César en el Senado para proponer la grande expedicion que preparaba contra los partos; algunos dicen que para reclamar el título de rey. En vano algunos amigos avisan á César del peligro que corre su vida. Creia que Roma estaba mas interesada que él mismo en conservarla. A su llegada todos los senadores se levantaron, en señal de honor; empero Bruto, á quien amaba como un hijo, da la señal. Todos los senadores se lanzan sobre él con los puñales, y su cuerpo, atravesado con veinte y siete puñaladas, cae á los piés de la estatua de Pompeyo, que él mismo habia hecho levantar en aquel sagrado recinto. ¡El puñal del primer Bruto puso fin á la monarquía de los reyes; el puñal del último Bruto, que mató á César, va á dar nacimiento al imperio!!!...

¡Estos dos Brutos aparecen sangrientos en las dos mas grandes épocas de la historia de Roma, como dos espectros vengadores, bajo los que debia nacer y morir su libertad!!!...

Para que la monarquía hubiese podido desaparecer con el tirano era preciso que los conjurados hubiesen tenido un plan combinado, aprovechando el asombro que causara el asesinato de César; pero apenas cae César sin vida, sus matadores, trémulos, irresolutos, solo piensan en huir y encerrarse en el Capitolio, sin escuchar á Ciceron, que les aconsejaba la actividad y energía. Los amigos de César vuelven en sí. Lépido ocupa la ciudad. El cónsul Antonio conmueve al pue-

blo presentándole la túnica ensangrentada del dictador, á quien el Senado no osó declarar tirano.

Bruto y Casio tuvieron que huir de Roma con los principales conjurados, y se refugiaron á Grecia.

Se hicieron á César magníficos funerales. Cuando el pueblo vió su cuerpo al colocarse en la inmensa pira, en el foro, atravesado con tantas puñaladas; cuando Antonio leyó su testamento, en que colmaba al pueblo y á sus asesinos mismos de beneficios, irritados los soldados, no pudiendo hacer justicia de sus asesinos, se consolaron incendiando sus casas y la Curia Hostilia, donde se habia reunido el Senado, donde habia perecido el héroe!...

El poder supremo quedó al pronto en Marco Antonio, soldado lleno de energía y de destreza, que lo ejerció con la mas grande moderacion. Respetuoso con el Senado, indulgente con los conjurados, pide la abolicion de la dictadura; empero al mismo tiempo reparte profusamente los tesoros del Estado á la tropa. Invoca sin cesar el testamento de César, que el Senado habia aprobado completamente. *Mortuo servimus*, decia Ciceron. Este muerto era el cónsul Antonio, que añadia diariamente al testamento de César cuanto queria ejecutar.

Despreciando Antonio la juventud de Octavio, á quien César habia instituido su heredero, trata de retener el poder supremo. Octavio no tenia ni elocuencia ni valor, pues tenia miedo hasta de la noche y de los truenos; pero á esta pusilanimidad natural reunia una grande audacia, presencia de espíritu y profundo disimulo. Se presentó en Roma á reclamar la herencia de su tio, contando con el prestigio de su nombre, con el odio que inspiraba Antonio, y con el estado de Roma, que no aguardaba sino un nuevo señor (44).

Octavio engaña á los patricios para derrotar á Antonio. Atrae con lisonjas á Ciceron, á quien aparenta consultar en todo dócilmente, llamándole su padre y su maestro. Con Ciceron se asegura una fuerte mayoría en el Senado, donde tanto prestigio tenia este elocuente orador, que con sus *Filípicas* obliga á Antonio á huir de la ciudad. Los senadores triunfaban, y les alentaban las prósperas noticias que recibian de Bruto y Casio, últimos representantes del partido republicano, que habian juntado en Grecia un poderoso ejército.

El Senado no veia en el heredero de César sino un jóven cuyo nombre podia serle útil para conciliarse el ejército, y que podria quebrar, después que hubiese servido para destruir á Antonio, como un instrumento inútil. Octavio mostró duramente á los senadores que no eran sus señores, sino sus víctimas. Arroja la máscara, se hace nombrar cónsul á la fuerza, apoyado en las legiones; distribuye el dinero á los soldados, y hace condenar solemnemente por los tribunales á los autores y cómplices del asesinato de César. Por poderoso que fuese el heredero de César, tuvo bastante tacto para conocer que aun no habia llegado la hora de la monarquía.

Existia aun en la Grecia un gran ejército republicano. Antonio tenia un nume-

roso ejército á sus órdenes. Lépido, aunque hombre insignificante, era un hombre poderoso por sus riquezas. Octavio hizo lo único que entonces podia hacer, proponiendo su amistad á Antonio y Lépido.

De aquí nace el segundo triunvirato (43), bajo el nombre de *Triunviri Reipublicæ constituendæ*.

Los triunviros constituyentes se abrogaron el poder consular, el derecho de disponer de todos los empleos y de hacer las leyes.

Octavio se reserva el gobierno de Occidente; Marco Antonio toma para sí el Oriente, y dejan á Lépido en Roma, en donde no habia elementos ningunos de resistencia. Octavio lee á las tropas este programa, y las tropas lo reciben con entusiasmo.

Antes de destruir los enemigos armados, los triunviros se proponen concluir con sus enemigos particulares. ¡Jamás propósito alguno fué mejor cumplido! ¡Ni Mario ni Sila vertieron tanta sangre en sus proscripciones!... Trescientos senadores, dos mil caballeros fueron desde luego proscriptos, añadiéndose innumerables víctimas que inmolaron los resentimientos particulares y la codicia de apoderarse de sus bienes. No sirvieron entonces ni los vínculos de la amistad ni los del parentesco. Los triunviros se abandonaron recíprocamente sus amigos y sus parientes. Los mas ilustres proscriptos fueron el hermano mismo de Lépido, Lucio César, tio de Antonio; Cayo Toranio, tutor de Octavio, y Ciceron, su íntimo amigo, cuyas *Filípicas* no podian permanecer impunes. La cabeza del grande orador romano fué clavada en la columna Rostral, desde donde tantas veces habia hablado al pueblo, y Fulvia, la mujer de Antonio, lleva su bárbara venganza hasta entretenerse en picar con una aguja de oro la lengua de Ciceron, el padre de la patria, el salvador de la república romana!...

Lo que no habian podido lograr ni Mario ni Sila ni Pompeyo ni César, van á conseguirlo fácilmente sus débiles herederos. Las circunstancias suplen su falta de genio. El tiempo conspira con su ambicion; y Roma, agobiada, y el mundo cansado, solo aspira á vivir tranquilo bajo la dominacion de un señor, que debe surgir de este funesto triunvirato.

Los romanos no tenian ya las virtudes varoniles ni la energía de su edad heróica, que en medio de los mas grandes desastres de la patria les hacian no desesperar de ella ni de sí mismos. El tiempo de los Decios, de los Camilos, de los Escipiones habia pasado. Hollaban con indiferencia la memoria y el polvo de estos grandes ciudadanos. Habian amarrado los reyes al carro de su triunfo; empero con las costumbres, los usos, los placeres de los pueblos afeminados que habian vencido, habian traido los altares, los misterios impúdicos de las divinidades lascivas del Asia; devoradores despojos que, como la túnica de Nesso, debian consumir y abrasar á los vencedores!...

Octavio y Antonio marchan á Grecia, donde los matadores de César, con un ejército de cien mil hombres, habian rechazado á todos sus tenientes. Llegan á

las manos en las famosas llanuras de Filipos, donde se deciden de nuevo los destinos del mundo con la derrota de Bruto y Casio, que apelan al suicidio para no caer en manos de sus vencedores (42).

Octavio y Marco Antonio se muestran mas unidos que nunca; eliminan sin resistencia del mando á su compañero Lépido, y se dividen entre sí el mundo.

Antonio queda en Asia, donde se entrega á todos los vicios, mostrándose en público bajo los atributos de Baco, disipando en locas orgías todas las riquezas que habia prometido á sus soldados. Fascinado, como César, por los encantos de la belleza de Cleopatra, olvida á Roma, á Octavio y su gloria. Descuida la guerra de los partos, y no piensa mas que en reunirse á Cleopatra, á cuyo lado lo olvida todo.

Octavio acusa á Antonio de querer desmembrar la república en provecho de una extranjera. Marcha contra Antonio. Duda este si presentar la batalla por mar ó por tierra; pero Cleopatra se decide por el mar, para asistir al triunfo ó tener mas facilidad para salvarse. Octavio le derrota en la batalla naval de Accio, el 2 de setiembre (21); batalla que se prolongaba sin resultado decisivo, cuando de repente sesenta bajeles se alejan del centro de la escuadra, dirigiéndose á toda vela hácia el Peloponeso. Eran los buques de Cleopatra!... A su vista Antonio no ve ya ni el imperio ni los que por él morian; sigue los pasos de Cleopatra, y se deja llevar por ella á las playas de Egipto, mientras que la jornada de Accio se terminaba con un horrible desastre. El ejército de tierra en vano aguarda por siete dias la vuelta de Marco Antonio. Al saber su cobarde defeccion se pasa al partido de Octavio, y aumenta su ejército con el de su rival.

Antonio en tanto, abandonado de sus aliados, vivia como un hombre que no aguardaba sino la muerte. Lo habia perdido todo; pero le quedaba una cosa que valia para él mas que el imperio del mundo: ¡el amor de Cleopatra! No envidiaba á su vencedor, á quien le pide solo el permiso de vivir como simple particular. Su desgracia llega á colmo cuando ve que Cleopatra reune sus tesoros y se entrega á Octavio, colocándose al lado de la fortuna. Entonces no quiso mas que morir, y se suicidó, amando siempre á la que le habia perdido (30). ¡En vano Cleopatra entrega á Octavio el cadáver de Antonio; en vano pone en juego las seducciones de su hermosura y de su amor, que habian subyugado sucesivamente á César y Antonio! Segura de no obtener nada y de servir de adorno en Roma al triunfo de su vencedor, por evitar tanta humillacion se hizo morder su blanco seno por un venenoso áspid, y al dia siguiente de su triunfo la encuentra Octavio muerta sobre su lecho de oro (30).

Doscientos noventa y tres años después de la muerte de Alejandro el Grande, el reino de Egipto se convirtió en una provincia romana.

Octavio queda así dueño del mundo; restaba solo el modo de hacer la transicion de la república á la monarquía: ó por un medio brusco, como lo habia intentado Julio César, ó por una lenta insinuacion, como lo habian hecho muchos tiranos de la Grecia.

Octavio reune en su cabeza todas las magistraturas. Cónsul, presidia el Senado y era el primer magistrado de Roma en el poder ejecutivo, Con el título de tribuno podia, no solo suspender el efecto de todas las decisiones relativas á la administracion, á los negocios públicos y judiciales, sino aun castigar con la muerte al que turbase la tranquilidad pública ó atentase á su persona. Con la calidad de censor, reunida entonces al consulado, era la fuente de los honores, podia averiguar la vida de todos los ciudadanos, y elevar ó abatir libremente á sus enemigos. Como pontífice, dirigia la supersticion de su tiempo, y como emperador, tenia á su disposicion todas las fuerzas de mar y tierra. Cambia su nombre por el de *Augusto*, que le habia decretado el Senado; cuyo nombre adopta, mostrando así al universo que rompia con su pasado, que comenzaba una nueva era.

El mundo tuvo paz; y decaido enteramente el genio de los ciudadanos romanos, se limitaron únicamente á pedir dos cosas, segun la elegante expresion de Juvenal : *¡Pan y espectáculos!!!*

......Nam qui dabat olim
Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se
Continet, atque duas tantum res anxius optat
PANEM, ET CIRCENSES.

(SATIRA X.)

Augusto triunfó de sus enemigos, venció sus pasiones, dió al mundo la paz. Victorioso por mar y tierra, cerró el templo de Jano.

¡La posteridad ha perdonado al bienhechor del mundo la cruel ambicion del triunviro!

V.

El imperio romano habia llegado al apogeo de su poder. Como un vasto coloso, extendia sus inmensos brazos del Danubio al monte Atlas, del Océano al Eufrates. Roma habia terminado una santa mision que le impusiera la Providencia. Era preciso que con la espada de las legiones, pasando el nivel sobre el mundo, derribase todas las nacionalidades, que alzaban invencibles barreras entre los pueblos. Era preciso que hiciese de todas aquellas naciones, hostiles unas á otras, un solo pueblo, con unas mismas leyes y una misma civilizacion; sociedad uniforme, sobre la que fué á extenderse el cristianismo. Roma fué el pueblo de la unidad política.

Roma no pudo nunca completar la unidad religiosa. Esa mision estaba reservada á otro pueblo, un pueblo oscuro, que se conserva contra todas las probabilida-

des humanas en medio de las mas extraordinarias circunstancias, hasta que, segun la célebre profecía de Jacob, *viniese el que debia ser enviado.* ¡Ese pequeño rincon de la tierra, pobre, infecundo, batido por todo el viento de las miserias humanas, se llamaba la Judea, provincia romana desde la conquista de Pompeyo! A ella encargó la Providencia el extender la unidad religiosa, que negara á la poderosa Roma. Roma, al cumplir la terrible mision de someter á su freno todos los pueblos del mundo, exponia á sus dioses, por la fuerza de las cosas, á medirse á cada instante contra los dioses de los pueblos vecinos. Se exponia ella misma á ver sus mas fuertes y atrevidas resoluciones amenazadas en su éxito por el sentimiento mas enérgico que existe en el corazon del hombre: el sentimiento religioso. Roma no titubeó en transigir con los dioses extranjeros; los aceptó, los toleró todos. ¿Cómo los hubiera aceptado ó tolerado tan fácilmente si hubiese llevado en el fondo de su alma una fe viva, una fe ardiente en cualquiera doctrina, en cualquiera enseñanza sacerdotal?...

Roma no concibió jamás el principio religioso en su sentido normal. Su estado primitivo debia traer el politeismo. Su politeismo y su ambicion debian traer una tolerancia universal, y con ella una negacion absoluta de todo principio religioso, de toda vida espiritual, de toda vida realmente social. Esta confusion de ideas, este sistema de escepticismo, se reasume en Ciceron, que fué uno de sus mas brillantes representantes.

Mientras Roma y el mundo reposan bajo el imperio de Augusto en una comun esclavitud, léjos, muy léjos de Roma, en un oscuro pueblo de la Judea, en Belen, nacia el Salvador del género humano.

Hubo en toda la tierra como un gran silencio para oir la voz que iba á resonar en el Calvario y que debia dar á los hombres la paz moral y una nueva civilizacion.

Nace Jesucristo, es verdad, en un pesebre, en un establo; pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el mas bello de todos los siglos, después del de Perícles. Nuevos Orfeos, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tibulo, Fedro y otros muchos dulcifican la ferocidad del tirano, y la grandeza romana se levanta como Tébas á los acentos de sus poéticas liras. Roma se embellece bajo el dominio de Augusto, y después de cuarenta y cuatro años de gobierno deja el dominio del mundo á su hijo adoptivo Tiberio, el año 14 del nacimiento de Jesucristo.

(14 á 37.) Los romanos, señores del mundo, fueron la posesion tranquila, los esclavos y víctimas de emperadores miserables, incapaces de haber desempeñado el mas vil empleo de un estado. Tal fué sin exageracion Tiberio, que comienza al principio á gobernar con el mismo celo y con el mismo éxito que Augusto; pero que después se abandona á la mas caprichosa tiranía y crueldad, bajo la influencia de su ministro Sejano. Todo lo grande por sus talentos, por sus virtudes, todo lo que podia inquietar al Emperador, todo lo que no obedecia silenciosamente, fué proscripto, y la ley terrible *de majestate* hizo que un sombrío terror pesase sobre

el imperio. Tiberio abandona á Roma (año 26 de Jesucristo) para ocultar á los romanos el espectáculo de su vejez y de sus vergonzosos desórdenes.

Encerrado en la isla de Caprea, vive en medio de los placeres libremente, gobernando por cartas el mundo, que diezma cada dia su furor, y que no osa ni aun en secreto formar el deseo de un libertador. ¡Tal era la servidumbre de Roma y del mundo, que esos insolentes mensajes de un viejo corrompido eran recibidos con veneracion y cumplidos con sumisa docilidad!...

Con asombro del mundo, con estupor de las poblaciones todas, á los ojos mismos de los ministros del César de Caprea aparece Cristo, que habia nacido de una Vírgen, en un establo, en el tiempo de Augusto, y que no habia escapado á la proscripcion de Heródes el infanticida sino por la huida de su Madre á Egipto. Cristo proclama en los pueblos, en las calles de Jerusalen, que todos los hombres eran hermanos, que la caridad era el vínculo del cielo con la tierra, que era preciso perdonar á sus enemigos, abandonar la ley antigua por la nueva, pagar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; ¡que los ricos eran duros y avaros, y que de los pobres seria el reino de los cielos! Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son mas que una sola y única familia.

¡Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina mas general ni mas consoladora: el alma era igual al alma, el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina extendieron al universo entero este grito santo de libertad, de igualdad y de emancipacion!!!... Sus virtudes, sus actos prueban aun mejor que sus palabras la divinidad de su mision, y predican elocuentemente tan divina doctrina. Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos que lo que Cristo proclamó hace diez y nueve siglos.

Esta doctrina saludable, que regeneraba las naciones, fué el principio de un nuevo culto. Doce pobres pescadores, discípulos de Cristo, fueron llamados al apostolado, y reciben la mision de someter el mundo entero sin mas arma que su palabra, para hacer abrazar una religion incomprensible en sus dogmas y severa en su moral. Cristo da al mundo tres grandes pruebas de su divinidad: ¡un hecho, un libro y una institucion!

¡El hecho son sus milagros, el libro es el Evangelio, la institucion es la Iglesia!

La Iglesia es bajo una forma exterior y visible la constitucion viva del mundo de las inteligencias. Es el mundo de las almas en la tierra. Cristo establece su Iglesia, estableciendo en ella una jerarquía, fundando todo su edificio sobre Pedro, á quien constituyó cabeza de la Iglesia, al decirle: TU ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARE MI IGLESIA. A pesar de los lictores de Tiberio, de los sacerdotes de Moisés, Jesus de Nazaret entra triunfante en Jerusalen, proclamado por el pueblo y por los centuriones mismos. Jamás presenció el mundo una escena mas imprevista y mas interesante que la muerte en una cruz del reciente triunfador; y esta muerte, de que dió testimonio mismo la naturaleza, fué casi igno-

rada de Roma, que no percibia en su horizonte la venida de esa ley, de ese evangelio que iba á cambiar el universo. Algunas palabras del inmortal historiador Tácito hacen saber con indiferencia á sus contemporáneos que en aquel tiempo un nazareno fué condenado á muerte y ejecutado en Jerusalen por crímen de sedicion.

En efecto, el Nazareno pereció crucificado; empero el instrumento de esta muerte infame se convirtió repentinamente en el faro á cuya luz debian reunirse todas las naciones, debiendo la cruz tener un dia sus Césares, como el Capitolio, y ser la ciudad de Rómulo el templo del novador que pereció en tiempo de Tiberio.

Afectado este emperador con los detalles que le dirigia Poncio Pilato, gobernador de Judea, de las virtudes y milagros de Jesus, hizo al senado romano la proposicion de colocar á Cristo en el número de los dioses. ¡Idea singular en un hombre como Tiberio!...

Los misterios de la redencion se habian cumplido, la promesa que Jesus habia hecho á sus discípulos se habia realizado. El Espíritu Santo habia venido sobre los apóstoles, y los discípulos se esparcen para predicar la nueva religion y combatir la depravacion de las costumbres, los hábitos de antiguos principios, las preocupaciones del nacimiento y de la educacion, la supersticion de los pueblos, el orgullo de los filósofos, el poder de los emperadores, la crueldad y el furor de los verdugos, el crédito y los esfuerzos de los sacerdotes de los ídolos. Para vencer tan grandes obstáculos no cuentan con medio humano alguno; son de un nacimiento oscuro, de un estado vil y grosero á los ojos de los hombres; pobres, rústicos, ignorantes, no tienen ni talentos ni riquezas ni crédito ni proteccion. ¿Qué ofrecerán ellos para convencer á los idólatras? ¿Cómo osarán hablar en las tribunas de Roma, de Aténas y de Corinto? Cómo podrán, sobre todo, convencer á los latinos, á los griegos, los que no conocen sino el idioma del país que los vió nacer? A todas estas preguntas no hay mas que una sola respuesta que dar : están animados por el Espíritu Santo, hablan por su boca y obran por sus inspiraciones. Al ejemplo de Jesucristo, resucitan los muertos, dan vista á los ciegos, curan todas las enfermedades. Llega el momento en que deben terminar su apostolado, en que deben sellar con su sangre las augustas verdades de la religion que Jesucristo habia enseñado sobre la tierra. Los verdugos se adelantan, todos los tormentos se agotan. El cristianismo va á revestir la ropa ensangrentada del martirio hasta que, libre por su sangre, fuerce á los Césares mismos á tomar por estandarte, por símbolo de su poder, la cruz del Mesías.

¡Tres siglos va á durar esta gran lucha del genio romano y del genio cristiano, y por tres siglos va á continuar el ejercicio extraordinario de esa violencia con que Roma desde su cuna habia ensangrentado y esclavizado la tierra!!!...

Asesinado Tiberio por la impaciencia de Calígula (37), á quien habia nombrado sucesor al trono, se entrega este al mas desenfrenado despotismo. Borra los úl-

timos vestigios de la libertad romana, que Augusto habia conservado, que Tiberio, formado en cierto modo en la escuela de su padre adoptivo, no habia osado anular. Chereas libró la tierra de este monstruo en el año 41, á los tres años y diez meses de su imperio.

Dolor es que se haya perdido la parte de los *Anales* de Tácito que contenian su reinado. Chereas no se habia armado solo para matar al emperador, sino el imperio. El Senado creyó poder proscribir la memoria de los Césares; empero la guardia pretoriana hace expiar con la muerte á Chereas su generosa empresa, y eleva al trono al imbécil Claudio, tio de Calígula, cuando, oculto por huir de los asesinos de su sobrino, aguardaba la muerte.

Afable y justo ínterin consolida su poder, despliega igual crueldad que Calígula. Trece años reinó dominado enteramente por su mujer, la impudente Mesalina, que, cubierta con la púrpura imperial, convida á todos los hombres á embriagarse con el vino de la prostitucion, y corrompe de tal modo las costumbres, que no hubo ya desde entonces mujer que pudiese levantar su frente casta en Roma. Agripina, con quien queria casarse, le envenena el año 54 de Cristo, el 63 de su edad, para colocar en el trono á Neron, hijo de Cayo Domicio, su primer esposo.

(54 á 68.) Neron sube al trono imperial con perjuicio de Británico, hijo del emperador Claudio y de Mesalina, á los diez y siete años de su edad. Se propone al principio por modelo el reinado de Augusto, y se granjea el amor del pueblo, teniendo á su lado los dos mas grandes filósofos de su siglo, Séneca y Burrho. Deseaba no saber escribir cuando se trataba de firmar una sentencia de muerte. La adulacion degradó su majestad: abandonó los negocios del Estado y deberes de un emperador, para presentarse en un teatro á disputar á los histriones la indigna gloria del canto y la declamacion. ¡Desgraciado entonces el que no se extasiaba ante el imperial artista! En poco estuvo que no pereciese Vespasiano, que un dia debia ser emperador, por haberse dormido mientras Neron se hallaba en la escena. Hecho despreciable, se hizo odioso. Un gran número de muertes, el parricidio, falsas acusaciones, vergonzosos desórdenes, devastacion de las provincias, y el incendio de la capital, manifiestan cuán malvado y execrable puede ser un monstruo revestido con la soberanía. Se jactaba de tantos atentados, vituperando la conducta de sus antecesores, que, segun él, no habian conocido la extension de su poder: *Negavit quemquam Principum scisse quid sibi liceret*. Su madre Agripina, el filósofo Séneca, el poeta Lucano, cayeron víctimas de su crueldad. En el primer año del reinado de Neron nace el inmortal historiador Tácito. ¡Aparece detrás de los tiranos para castigarlos, como el remordimiento detrás del crímen!

El cristianismo, que habia seguido hasta entonces su marcha tranquila, dulce y progresiva en Roma y en todas partes, sufre la *primera* persecucion de las *diez* que iban á pesar sobre él. Los cristianos en un principio forman una sola familia. Para hacer desaparecer entre ellos toda diferencia, para borrar la distincion entre

el pobre y el rico, habian puesto todos sus bienes en comun. Vendíanse todos los bienes, y se entregaba su producto á los apóstoles, que proveian á todas las necesidades y distribuian el alimento á sus hermanos. Acrecentado rapidísimamente el número de los cristianos, no bastaron los apóstoles para desempeñar estas funciones, que los distraian de la predicacion, que era la principal mision que habian recibido de Jesucristo. Los apóstoles viajan en la vasta extension del imperio, y convierten una multitud de hombres de diversas naciones, estableciendo en ellas sociedades cristianas, que, no teniendo ni templos, ni estatuas, ni santuarios, ni sacrificios de víctimas, sino el incruento del pan y del vino, parecian mas una secta filosófica que una nueva religion. Los romanos conservaron en un principio á los cristianos los privilegios concedidos á los judíos, de que aun no se distinguian. En Antioquía, donde primero habia fijado su cátedra el primer pontífice de Cristo, Pedro, se verifica la excision completa con el pueblo judío y la toma de posesion del nombre de *cristianos;* nombre que crea para en lo sucesivo una nacion nueva sin patria, y la dispersion de sus conquistadores por todo el universo.

Los apóstoles eran pobres, despreciados por los judíos; menester fué que los cristianos viniesen á Roma á buscar al César, ya que el César no se ocupaba de los cristianos de Jerusalen y de Antioquía.

Desde el segundo año del reinado de Claudio, Pedro, pobre pescador de Galilea, habia llegado de los lagos de Palestina y entrado desconocido en Roma con su báculo de peregrino: pobre báculo de palo, que debia trocarse en un cetro esplendente de oro, adorado por los reyes y por las naciones en el porvenir, y que debia de hacer mas por la civilizacion y la libertad del género humano, bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los divinos emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas. Roma, purificada por el cristianismo, debia ser aun bajo los sucesores del pescador de Judea, la señora del universo.

Los emperadores, cualesquiera que hubiesen sido sus vicios y su ferocidad, habian olvidado ó despreciado á los cristianos. Multiplicados estos considerablemente, porque el proselitismo era su vida, eran conocidos en la corte, y no podian escapar á la crueldad de Neron, azote de la humanidad entera. Pedro, que habia traido nuevas virtudes sobre la tierra con el nombre de Dios, que las enseñaba, perece en un suplicio infame, á que le condena la barbarie de Neron (67); pero funda para Roma una nueva soberanía, sin igual en el mundo, y esta vez eterna. La ciudad del Senado y de los Césares se habia convertido en la ciudad de los Papas.

Cuando reinaban los primeros Césares ya circulaba al pié de su trono en la muchedumbre el desconocido sacerdote que debia reemplazarlos en el Capitolio. La jerarquía eclesiástica comienza. Lino sucede á Pedro, Clemente á Lino, y esta cadena de pontífices herederos de la autoridad apostólica no se interrumpe ni un instante durante diez y nueve siglos, y nos une á Jesucristo.

¡Doscientos cincuenta y nueve pontífices han ocupado la silla pontifical desde S. Pedro hasta Pio IX!

Con los primeros pontífices, que recibian en el fondo de las catacumbas la corona, que les arrancaban bien pronto los verdugos para trocarla por la palma del martirio, se levantaba una fuerza desconocida, irresistible, sobrehumana, al rededor del trono deshonrado de los emperadores. Sin armas, sin riquezas, los verémos extender su influjo y recibir la obediencia de pueblos y naciones desconocidas ó rebeldes á los señores del universo. Esta influencia marchó lentamente hácia su apogeo. Perseguidos y mártires, ó favorecidos por los emperadores, los papas dominan en Roma, cuyo poder temporal mas adelante debia cederles y abandonarles Constantino, y mas tarde Carlo-Magno.

Sergio Galba, gobernador de España, se insurrecciona, y trata de libertar el imperio de la tiranía de Neron. Los pretorianos se declaran entonces contra él, y Neron, cuya cobardía iguala á su barbarie, se refugia en casa de uno de sus libertos, donde, sabiendo que el Senado le ha condenado á muerte y declarado enemigo público, se vió reducido á darse á sí mismo la muerte el año 68 de Jesucristo, el 13 de su imperio y 32 de su edad. *¡Qué artista va á perder el mundo!* fueron las últimas palabras de este monstruo, cuya muerte celebró el pueblo enarbolando el signo de la libertad y cubriéndose la cabeza con un gorro, como cuando se daba libertad á los esclavos.

Con Neron se extingue la familia de César. Este apellido de familia designa desde entonces y hasta hoy la dignidad suprema.

La fuerza sola va á decidir del imperio, al que se habia sucedido hasta entonces por medio de adopciones. Galba (68), Oton (69), Vitelio (69), usurpadores del trono, aparecen un momento en él, manchan el mundo con sus iniquidades, perecen por el puñal de los asesinos, y franquean el camino á los tres príncipes de la dinastía Flavia : Vespasiano, Tito y Domiciano.

(69 á 79.) Cuando las legiones romanas, ocupadas en el exterminio de la Judea, rebelada contra Neron, supieron la muerte de Oton y la eleccion de Vitelio, celosas de ver que las demás legiones disponian á su arbitrio del imperio, proclamaron emperador á su general Flavio Vespasiano. Forzado á admitir la púrpura imperial, manda una legion á Italia contra Vitelio, á quien sus propios soldados asesinaron. Vespasiano marcha á Roma, y deja á su hijo el cuidado de cumplir los decretos de la Providencia sobre Jerusalen. Un millon y cien mil judíos perecieron en aquel sitio, y doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta en lo restante de la Judea. El resto de la nacion judáica fué reducido á la esclavitud ó condenado á los trabajos públicos. Los judíos levantaron el famoso coliseo de Roma, que aun asombra al mundo. Otros fueron vendidos como esclavos en la Europa y en el Asia. La sangre del Justo se habia vendido por treinta dineros en Jerusalen, y el pueblo habia gritado : *Sanguis ejus super nos et super* FILIOS *nostros!* «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» ¡Voto horrible, súplica fatal, que fué tan rigorosamente oida, y cuyo cumplimiento pudo tener por testigos á muchos de los que le habian oido hacer!!!... La ciudad fué enteramente destruida, incendia-

do su templo, sin dejar vestigio alguno de sus ruinas. La reja del arado romano pasó sobre ellas. Cuando el arado romano se pasaba sobre una ciudad, no era permitido reedificarla sino por acuerdo del Senado. No quedó piedra sobre piedra. Así, en vano busca hoy el viajero algun testimonio de aquella antigua magnificencia que constituia á Jerusalen una de las primeras ciudades del Asia. Algo de divino hay en esta completa desaparicion de todo lo pasado. Roma, Aténas, Palmira y Tébas han conservado ruinas casi tan antiguas como su nacimiento. Jerusalen no ha podido conservar ni una ruina tan reciente como su muerte! Solo han quedado los montes que asentó á su alrededor la naturaleza; monumentos que jamás perderán nada de su terror, de su tristeza, de su sublimidad. ¡Aquella altura á que aun dan hoy sombra algunos olivos, es donde comienza la pasion del Redentor del mundo, donde se le presenta el cáliz con todas sus amarguras; aquella otra colina es el Gólgota, donde termina la obra de la redencion!

La nueva Jerusalen fué reedificada; empero solo ostenta hoy minaretes mahometanos, cúpulas de estaño, sobre las cuales brilla la funesta media luna. ¡Ciudad silenciosa y muerta, donde rastrean tímidamente viles judíos y turcos con un campo á lo léjos, muerto tambien y silencioso; porque en torno de la sepultura de Cristo, donde se han consagrado á la oracion algunos pobres religiosos de todas las naciones del mundo, y particularmente españoles, se necesitaba un gran luto, una inmensa soledad!!!...

Vespasiano reina nueve años y siete meses, y muere llorado de sus pueblos, que habian reposado bajo su imperio de la tiranía de sus antecesores. Un decreto conocido con el nombre de *senado-consulto Vespasiano* colocó el poder absoluto en manos de este príncipe.

(79 á 81.) Sube al trono Tito, su hijo mayor, á quien sus virtudes y su bondad le merecieron de su pueblo el glorioso dictado de *delicias del género humano*. Desgraciadamente estas delicias duraron poco. Tito espiró á los veinte y dos meses, envenenado por su hermano Domiciano. En su tiempo y en el de su padre Vespasiano, de vez en cuando corre tambien la sangre cristiana, porque todavía se hallaban en vigor las órdenes crueles de Neron, y los gobernadores las ponian en ejecucion cuando les delataban los cristianos que se hallaban ocultos. El pontífice Lino, que fué el primero que gobernó la Iglesia después de S. Pedro, pereció entre los mártires el 23 de setiembre del año 79.

(81 á 86.) Domiciano, hijo segundo de Vespasiano, sucede á Tito, y es uno de los déspotas mas crueles de que conserva memoria la historia. Entonces, segun Tácito, el nacimiento, las riquezas, los honores y las virtudes llegaron á ser crímenes. Mas cruel que Tiberio y que Neron, no se contentaba en ordenar los suplicios, asistia á ellos y gozaba con la agonía de sus víctimas. Abre la *segunda* persecucion de la Iglesia, y sus edictos contra los cristianos, mas rigorosos todavía que los de Neron, causaron martirios en todas partes y hasta en su propia familia. Los filósofos y los sabios fueron desterrados en masa como peligrosos. Do-

miciano tenia razon: la filosofía, la virtud y la ciencia no debian habitar la ciudad que desolaba su caprichosa tiranía. Fué asesinado, y su memoria condenada por el Senado, que estuvo á punto de perecer porque rehusaba la apoteósis de este monstruo.

Con su muerte termina el imperio que los historiadores llaman de los doce primeros Césares, y comienza el segundo siglo del principado y un largo período de tranquilidad y de ventura, célebre en la historia bajo el nombre de la época de los Antoninos.

(96 á 98.) El anciano Nerva, proclamado emperador por los asesinos de Domiciano, concilia, segun la elegante expresion de Tácito, dos cosas que parecian irreconciliables: el poder y la libertad. Solo ocupa un año el trono, adoptando á Trajano, legando así la felicidad al imperio, estableciendo la feliz costumbre de la adopcion, que suplió durante cien años á la ley regular de sucesion, que Augusto no habia osado promulgar.

Mientras imperó Nerva respiró algun tanto el cristianismo.

(98 á 117.) Trajano tenia cuarenta y seis años á la muerte de Nerva, es el primer extranjero que reinó en Roma, y Roma no tuvo jamás un emperador mas ilustre que este español. *Felicior Augusto, melior Trajano!* «¡Sé feliz como Augusto y virtuoso como Trajano!» Tal fué el voto que por mas de dos siglos usaba el Senado al felicitar á los nuevos emperadores. Trajano no vió en su reinado ninguna guerra civil. Extendió las fronteras del imperio mas allá de las fértiles llanuras y de las hermosas montañas de la Dacia. Domó las hordas del Cáucaso, que inquietaban el Asia. Los emires del desierto reconocieron su autoridad; envió bajeles hasta la India, disminuyó los impuestos públicos y perfeccionó la legislacion. Esta gloriosa administraccion del mundo romano no se desmiente un solo momento durante mas de diez y nueve años. Plinio el jóven hizo el panegírico de Trajano, Tácito le reservó la mas bella página de sus *Anales*, y una columna triunfal, aun en pié á despecho del tiempo y de los siglos, atestigua la admiracion de los contemporáneos.

¡Lástima grande que este hombre, que honra nuestra España, donde nació, haya manchado tan bellas cualidades suscitando la *tercera* persecucion contra los cristianos! De observar es que Neron y Domiciano no persiguieron á los cristianos porque fuesen los hombres mas malos de su tiempo, pues vemos que en el reinado de Trajano y de los Antoninos, de esos príncipes que por espacio de cerca de un siglo estuvieron labrando la felicidad de los romanos, el cristianismo sufrió una implacable y prolongada persecucion. Cuando desaparecieron de la tierra por la persecucion y por la muerte los primeros discípulos que habian visto con sus propios ojos á Jesucristo, que habian oido su doctrina, las herejías, que hasta entonces habian permanecido ocultas en las tinieblas, comenzaron á levantar la cabeza, y uniéndose á la persecucion, combatieron de un modo mas terrible el cristianismo, alterando sus divinas máximas. Los pontífices cristianos que regian

la Iglesia, S. Cleto (78-91), S. Clemente (91-100), S. Evaristo (100-109), S. Alejandro (109-119), combaten las herejías, fortalecen á los cristianos en el retiro donde ocultos celebraban los sagrados misterios, y sellan con su sangre su fe, recibiendo la palma del martirio.

(117-138.) Otro español, Adriano, sube al trono imperial por muerte de Trajano, y dirige toda su poderosa inteligencia á la organizacion del imperio. Excede en esto á su antecesor : en lugar de reanimar la libertad, como aquel, no tuvo mas pensamiento que centralizar el poder para consolidar mas y mas el que Augusto habia sacado de las ruinas de la república. Adriano forma el vínculo entre Diocleciano y Augusto; aun no es propiamente la *monarquía*, pero es algo mas que el *principado*. Recorre á pié las provincias de su vasto imperio, sin orgullo, sin fausto, deseando conocer por sí mismo sus recursos y sus necesidades. Así los pueblos, reconocidos, le apellidaron *el Restaurador del universo!* Nada faltaria á la gloria de este gran príncipe si hubiera sabido preservarse de la cólera y de la crueldad, que mancha todas sus acciones; empero en gran parte la culpa de esta falta es de la época en que vivió, y la extrema dificultad de no abusar alguna vez de su gran poder. A su advenimiento al trono reanimóse la persecucion contra los cristianos, y la sangre de estos corrió abundantemente en todo el imperio. S. Alejandro I recibe la corona del martirio después de haber gobernado la Iglesia diez y siete años, cinco meses y veinte dias (119). S. Sixto I le sucede : mártir, como su antecesor, gobierna la Iglesia cerca de nueve años, y es el primero que toma el título de obispo de los obispos (125).

(138-161.) Antonino, llamado *el Pio* por su bondad, sucede á Adriano, que le habia adoptado. No le igualó en actividad ni en genio; pero el encanto de su sencillez, su amor á la beneficencia, le valieron el amor de sus súbditos y la confianza de los pueblos vecinos. En su tiempo comienza la *cuarta* persecucion contra el cristianismo. Cuantos rehusaban renegar del nombre de Cristo eran inmolados por el puñal, crucificados, arrojados á las fieras, precipitados en medio de las llamas; no hubo castigo, por bárbaro y cruel que fuese, que no se les impusiera. Entonces fué martirizado S. Telesforo, el noveno sucesor de S. Pedro (139), que ocupa la sede apostólica nueve años. Su sucesor en el pontificado, Higinio, le sucede tambien en el martirio. El pueblo y el clero elegian los pontífices. Los siete sacerdotes suburvicarios fueron llamados mas tarde cardenales. La Iglesia, conturbada con la persecucion, se ve además desolada con la herejía de los marcionitas.

Justino el filósofo, al ver alzados por todas partes los cadalsos contra los cristianos, se convierte al cristianismo; no teme dirigirse al Emperador (150) con una atrevida y sabia apología del cristianismo, amenazándole con la venganza de Dios si continuaba derramando la sangre inocente de los cristianos. Esta primera apología de Justino causa tanto efecto, que suspende la persecucion, y Antonino Pio llega hasta dar algunos edictos favorables á los cristianos. La muerte de An-

tonino Pio va á renovar de un modo mas cruel y sanguinario la *cuarta* persecucion del cristianismo, comenzada por él, y suspendida después tambien por él mismo.

(161-180.) Marco Aurelio, llamado el filósofo, con la misma mano que escribe las bellas máximas que le dictaba su celo por la virtud, derrota á los germanos, que intentaban pasar las fronteras, y somete á los partos. Nueve años estuvo asociado con su hermano Lucio Vero; pero muerto este repentinamente (169), Marco Aurelio continuó solo su reinado. Renueva la persecucion de los cristianos, desoye una segunda apología de S. Justino, á quien da por contestacion la palma del martirio. Apolinario, obispo de Heráples, Athenágoras, de Aténas, escriben dos apologías, en que vindican á los cristianos de sus calumnias. Un milagro acaba de persuadir al emperador filósofo. En una de sus expediciones contra los bárbaros del Norte iba á perecer el ejército de sed: los cristianos doblan sus rodillas, elevan sus preces á Cristo, las nubes del cielo se rasgan y envian una benéfica y abundantísima lluvia, que los soldados reciben en los cascos, y apagan su devorante sed, mientras que una violenta tempestad descarga sobre los bárbaros, introduciendo en ellos la confusion y el desórden. Llamóse desde entonces á esta legion la *legion Fulminante*. Marco Aurelio confesó con ingenuidad, en una carta que escribió al Senado, que á los cristianos debia la victoria que habia obtenido; *Christianorum militum precationibus imbre impetrata*. En un bajo relieve de la *columna Antonina*, que se alza aun majestuosa en medio de la plaza principal de Roma, está consignado este hecho.

En tiempo de Marco Aurelio S. Aniceto (157-168) y S. Sotero (168-177) ocupan la silla de S. Pedro, y mueren por la fe de Jesucristo.

En este largo período la sociedad santa de los cristianos tomaba nueva fuerza, órden y estabilidad, no solo de la unidad inviolable de su doctrina, sino tambien de su disciplina y de su gobierno. Todos subian allí por grados hábil y sólidamente coordinados, desde el empleo mas humilde del ministerio eclesiástico hasta el de pontífice de Roma, que era la llave de la bóveda de aquel maravilloso edificio. Desde la muerte de S. Pedro su silla pontifical nunca habia estado vacante ni un momento: los mártires reemplazaban sin cesar á otros mártires, y en cierto modo no se sentaban en ella sino para ser precipitados por la mano del verdugo. ¡Diez son ya los sucesores de S. Pedro, desde S. Clemente, martirizado en tiempo de Trajano, hasta S. Sotero! Las persecuciones hicieron conocer la necesidad de un gobierno en la Iglesia, que habia vivido bajo un régimen puramente democrático; de un gobierno que sostuviese sus intereses contra los perseguidores, y que defendiese la pureza de la fe contra las herejías que destrozaban las entrañas de la Iglesia naciente. De aquí la jerarquía en la Iglesia; de aquí la reunion de los concilios, institucion admirable, en la que los fieles estaban verdaderamente representados, y conservaban ellos solos la imágen de la libertad, en medio de todos los sufrimientos que imponia al mundo romano el despotismo de los emperadores.

Con Marco Aurelio concluye la buena edad de Roma. La organizacion del Estado tenia el carácter de una monarquía moderada fundada sobre la libertad civil. En vida de Marco Aurelio no se habia conocido que la salvacion del Estado reposaba únicamente sobre él; empero apenas trasmite el cetro á su hijo Commodo, cuando al momento se relajan todos los resortes del gobierno.

(180-192.) Commodo fué un monstruo: apenas es emperador firma la paz con los bárbaros, y vuelve á Roma para entregarse á todas sus pasiones, á las de sus ministros y concubinas. Ultrajó las leyes mas sagradas de la naturaleza, excedió en crímenes y locuras á los demás monstruos que le precedieron, derramó á torrentes la sangre humana, se apoderó de los despojos de sus víctimas, para disiparlos en seguida en estravagantes prodigalidades. La principal pasion de Neron habia sido el teatro y la música; la de Commodo la caza y los combates de los gladiadores. Disfrazado de Hércules, combate él mismo mas de setecientas veces, teniendo cuidado, empero, de que sus adversarios luchasen con él con armas sin punta.

Su espantoso reinado ofrece una prueba mas de que las persecuciones contra el cristianismo eran enteramente independientes del carácter de sus perseguidores. Commodo no derrama la sangre de los cristianos, la Iglesia respira libremente, gobernada por S. Eleuterio quince años, á quien un rey de los bretones escribió el año 170 pidiéndole misioneros que llevasen la fe á las poblaciones británicas, como el monje Augustin, enviado mas tarde por Gregorio el Grande, predicó después el Evangelio á los sajones, vencedores de los bretones. La paz que disfrutó la Iglesia fué debida á una concubina de Commodo, la hermosa Marcia, á quien trataba como esposa legítima, y á quien habia concedido todos los honores de las emperatrices, excepto el fuego sagrado que se llevaba delante de ellas. Marcia era muy afecta al cristianismo, aunque lo comprendió muy mal. Durante los doce años que subsistió esta paz hubo muchas conversiones, hasta en las clases mas elevadas de la sociedad romana.

VI.

Con este príncipe concluye el feliz período de los Antoninos, y entramos en el de la anarquía militar (193-284); período que se divide en tres fases: la siriaca pura, hasta 235; la anárquica, hasta 268; y la de la restauracion, desde 268 hasta 284.

Las guardias pretorianas asesinaron á Commodo, y para justificar su atentado elevaron al trono imperial á *Pertinax*, anciano, aunque de oscuro nacimiento, de un valor y virtudes que le hacian acreedor á la púrpura. Se ve renacer en su corto reinado el gobierno de los Antoninos; pero á los tres meses

de regir el imperio fué asesinado por los mismos soldados, enemigos de la disciplina militar (192).

(192-211.) Su muerte fué el principio de una larga serie de inevitables calamidades. Didio Juliano obtiene de los soldados á fuerza de dinero la dignidad imperial, que los pretorianos habian sacado á pública subasta. El Senado, por temor, confirma su eleccion. Las legiones de la Iliria proclamaron á Septimio Severo, y las de Siria á Nigero. Severo vence á todos sus rivales, y Juliano, abandonado de sus soldados y condenado por el Senado, muere á los sesenta y seis dias de su reinado. Las legiones no habian olvidado que á la muerte de Neron habian dispuesto del imperio, y desdeñaron el señor que les daba la guardia pretoriana de Roma. Severo era un excelente capitan y un hábil político: detiene por un momento la ruina del imperio. Aunque habia jurado no dar muerte á ningun senador, se abandona á la mayor crueldad. La bárbara costumbre de proscribir, introducida por Sila, continúa en tiempo de los emperadores.

Fué en los principios favorable á los cristianos, y en los diez primeros años de su reinado el cristianismo se acrecienta, penetra entre las grandes y mas distinguidas familias de Roma, y se presenta mas floreciente que nunca. Entonces aparecen las brillantes lumbreras de la Iglesia, Serapion, obispo de Antioquía; Panthénes, salido de la escuela estóica para regir la célebre escuela cristiana establecida desde el tiempo de S. Márcos en Alejandría; Clemente, su sucesor, Orígenes y Tertuliano. En el décimo año del reinado de Severo cambian repentinamente sus disposiciones favorables al cristianismo, sea por las calumnias de sus enemigos, sea porque le asustase el extraordinario acrecentamiento de ellos. Fulmina contra la Iglesia de Cristo los mas rigorosos decretos, y en su imperio se verifica la *quinta* persecucion contra el cristianismo. Entonces escribe Tertuliano su *Apología*, ese admirable monumento, sobre el que está fundada su inmortal celebridad, y que es la mas elocuente defensa del cristianismo. Seguramente, si hubiera estado en los designios de Dios el que las persecuciones contra su Iglesia hubiesen durado menos tiempo, la *Apología* las debió haber hecho cesar; empero estaba dirigida á hombres á quienes el espíritu del mal habia cerrado los ojos, la boca y los oidos. Los cristianos, aborrecidos, saqueados, perseguidos, se multiplicaban en progresion siempre ascendente, y mas rápida cada dia. «Somos de ayer, exclamaba Tertuliano á la faz de Severo, y ya llenamos las ciudades, las fortalezas, las islas, las provincias, las asambleas del pueblo, el Senado y el palacio de los Césares; habiéndoos dejado únicamente los teatros y los templos.»

Tertuliano, sin embargo, cae en la herejía de Montan, y mas tarde es el padre de una nueva secta. ¡Antes de su perjurio habia dicho tan nobles palabras! El papa Ceferino le perdonó antes de morir. Sus errores no tuvieron consecuencia; solo quedó el bien que hizo.

S. Eleuterio (178-193), S. Victor I (197) y San Ceferino (205) ocuparon la cátedra de S. Pedro, y dieron tambien su vida por la fe de Jesucristo.

(211-217.) Severo muere haciendo la guerra á los bárbaros en Inglaterra, y deja el trono á sus hijos Caracalla y Geta, asociados por él al imperio un año antes. Comienza Caracalla su reinado asesinando con su propia mano, y en los brazos mismos de su madre Julia, á su hermano Geta. Los senadores mas ilustres caen bajo su terrible segur, entre ellos el célebre Papiniano, que no quiso hacer la apología de su fratricidio en el Senado. Superior á Séneca en iguales circunstancias, á quien Tácito denuncia á la posteridad como autor de la carta dirigida al Senado por el hijo y asesino de Agripina, prefirió la muerte á la deshonra de alabar un crímen. «Mas fácil es, dijo, cometer un fratricidio que justificarlo.» *Non tam facile parricidium excusari quàm posse fieri.*

Severo habia introducido los bárbaros en las guardias pretorianas; Caracalla acabó de hacer el mal, extendiendo el derecho de ciudadanos á todos sus súbditos. La sangre romana decayó de su nobleza, y por una suerte de igualdad democrática, todo súbdito, bárbaro ó romano, fué admitido á aspirar á la tiranía. Poco á poco las distinciones de ciudades libres, de colonias del derecho latino, del derecho itálico, se borraron. No se trataba de cuestion de libertad, sino de dinero; tratábase de libertar las masas, haciendo pagar á los individuos, como ciudadanos, las contribuciones que pesaban sobre estos.

Impenetrables son los designios de la Providencia en la propagacion y extension del cristianismo. Caracalla, que extiende su furor á todo el vasto imperio romano, asesinando y devastando por do quiera, no inquieta á los cristianos. Aquel tiempo fué para ellos una época de paz y prosperidad, en la que pudieron, no solo hacer prosélitos en el imperio, sino extender su fe á extranjeras y remotas regiones.

Entonces apareció la *Apología* de Minucio Félix (217-218). Macrino asesina á Caracalla, ocupa su trono, y es á su vez degollado con su hijo, porque los partidarios de su predecesor querian colocar en el trono á Eliogábalo, que pretendian ser hijo de Caracalla.

(218-222.) Eliogábalo sube al trono. Preciso era que todas las pasiones y todos los vicios tuviesen su asiento en el trono, á fin de que los hombres consintiesen en colocar sobre él la religion que condena todos los vicios y todas las pasiones. Todo lo que la tiranía tiene de mas cruel, todos los desórdenes mas vergonzosos, el lujo mas insensato, imperan en Roma, y con él juntamente todas las supersticiones del Oriente. Vestido de mujer, se hace llamar *Domina* é *Imperatrix;* prostituye los honores, y con el presentimiento de una corta vida, prepara, para matarse en momento oportuno, cordones de seda, puñales de oro, venenos encerrados en riquísimos vasos de cristal y pórfido, y hasta llega su insensatez á hacer en un patio un pavimento de piedras preciosas para precipitarse á él desde una altura. Todos estos recursos le faltaron cuando los pretorianos, avergonzados de tener semejante soberano, le quitaron la vida. Habia morado en lugares infames, y fué muerto en una letrina con su madre.

(223-235.) El mismo dia de la muerte de Eliogábalo sube al trono su primo

Alejandro Severo, á la edad de diez y siete años. El ejército lo recibe con entusiasmo. Dirigido por su madre Mamea, Alejandro Severo remedia las calamidades del Estado; los viles monumentos elevados en el último reinado al lujo extranjero y á la superstición asiática fueron enteramente destruidos. Desgraciadamente Alejandro no pudo destruir el mal que los tiempos habian hecho. Las legiones, sediciosas y ávidas, no podian ser reformadas sino por el acero de los bárbaros. En el cuarto año de su reinado acaece una revolucion en el Oriente, y la domina. La invasion de los cristianos sigue paralelamente á la de los bárbaros. Mamea, la madre de Alejandro, profesaba tal vez la religion nueva; al menos inspiró á su hijo un gran respeto por esta religion. Instruida por el ilustre Orígenes, hace que el jóven Emperador proteja á los cristianos. Entonces se vieron edificar las primeras iglesias que se levantaron después de la predicacion del Evangelio. Sin embargo, por una contradiccion que no debe admirar, adoraba en una capilla, entre sus lares domésticos, la imágen de Jesucristo entre la de Apolonio Tianeo, la de Abraham y Orfeo. A ejemplo de los cristianos, que publicaban los nombres de los sacerdotes y el de los obispos antes de su ordenacion, él publicaba los nombres de los gobernadores de las provincias, á fin de que el pueblo pudiese vituperar ó aprobar la eleccion imperial. Tenia por pauta de su conducta esta máxima. « *¡No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí!* » La hace grabar en su palacio y en los edificios públicos. Una sola palabra del Evangelio creaba un príncipe justo en medio de tantos príncipes inicuos; pero los jurisconsultos colocados en el Consejo y en los cargos públicos eran enemigos de los discípulos de la Cruz. Ulpiano, el mas célebre entre ellos, habia escrito el tratado de los deberes de los procónsules, en el cual estaban recopiladas todas las órdenes de los emperadores contra los adoradores de Jesus. Elevado á la dignidad de prefecto del Pretorio, persigue implacablemente á los cristianos.

Durante los reinados de Severo y de Caracalla, el papa S. Ceferino (202) sucede á Victor, mártir; S. Calisto I (219) á Ceferino, S. Urbano I (223) á Calisto, y S. Ponciano (230) á Urbano.

El hijo de Mamea habia reinado trece años y prometia vivir largo tiempo; pero los soldados, excitados por Maximino, le asesinaron en su propia tienda, con su madre, cuando apenas contaba treinta años de edad. Este crímen arrebató á los romanos y al cristianismo un inmenso porvenir de felicidad. El imperio perdió el resto de órden que existia. Guerras civiles, invasiones generales de los bárbaros, el territorio desmembrado, las provincias saqueadas, los generales dispuestos á apoderarse del imperio : tal es el cuadro que presentaba el mundo romano. Un estado que encierra en su seno el gérmen de la destruccion marcha aun y se sostiene si nadie toca á él, pero al menor choque se rompe; la ciencia consiste en verle marchar sin tocarle.

(235 á 237.) Entonces por primera vez ocupó el trono un bárbaro, y de esa raza misma que produjo el primer vencedor de Roma : Maximino, un simple

paisano de la Tracia, pastor en sus principios, soldado bajo Septimio Severo, comandante de las legiones de Alejandro. Este ambicioso bárbaro es el que sacrifica á su bienhechor. Cruel, aprovecha el momento de una conspiracion para hacer morir á todos los amigos de Severo y á la mayor parte de los cristianos, suscitando contra la Iglesia la *sexta* persecucion. Los romanos, vueltos en sí de su sorpresa, se sublevan, no pudiendo soportar la idea de ser gobernados por un godo, ciudadano en virtud del decreto general de Caracalla, como si sentase bien á los esclavos mostrar orgullo alguno.

(238-244.) Nombra el Senado á Gordiano y á su hijo; empero apenas son elegidos, el hijo de Gordiano muere en una batalla (236) y su padre se mata de desesperacion. Maximino marcha sobre Roma. El peligro inspira valor al Senado, y nombra á Balbino y á Papiano emperadores, confiando al uno la administracion interior y al otro la defensa del imperio. Maximino fué degollado por sus soldados. Sin embargo, el ejército, no pudiendo resolverse á reconocer los emperadores elegidos por el Senado, se preparaba á nuevas guerras, cuando las esperanzas que hace nacer Gordiano III, nieto del primer Gordiano, reunen tódos los partidos. Este príncipe, jóven de diez y seis años, sube al trono en una época en que pocos meses antes seis emperadores habian perecido por el puñal de los soldados. Gordiano deja en paz á los cristianos, y se sostiene seis años, gracias á la habilidad de Misiteo, su prefecto del Pretorio; pero á la muerte de este queda descubierta su nulidad y se eclipsa su fortuna. Un prefecto del Pretorio le habia sostenido en el trono, otro prefecto del Pretorio le derriba de él. Filipo le hace asesinar en las fronteras de la Persia (244) y usurpa la púrpura.

Al lado de las elecciones por la espada se continuaban otras elecciones pacíficas de otros soberanos que regian á Roma con el báculo. Muerto S. URBANO, tiene por sucesor á S. PONCIANO, que, desterrado á la isla de Cerdeña, abdica. SAN ANTERO le reemplaza, y su pontificado dura solo un mes, y S. FABIANO fué proclamado obispo de Roma en 11 de enero (236).

(244-249.) Filipo, un *árabe*, se sienta en el trono de los Césares mil años después de la fundacion de Roma. Filipo tuvo bien pronto la misma suerte que habia hecho experimentar al buen Gordiano. El cristianismo encuentra en su imperio la misma proteccion que habia hallado en tiempo del hijo de Mamea; es decir, que aunque los magistrados y el pueblo pudieran abusar de los antiguos edictos, los cristianos no fueron inquietados. Algunos historiadores reputan á este emperador por cristiano, empero sin osar á declararse tal.

(249-251.) A Filipo sucede Decio, príncipe notable, deseoso de ser para Roma un segundo Trajano; pero que no pudo conseguirlo, porque vió comenzar la grande invasion de los bárbaros, y al mismo tiempo se armó contra los cristianos, suscitando la *sétima* persecucion de la Iglesia. Impotente para rechazar á los unos y á los otros, no pudo hacer frente á los dos pueblos á quienes Dios habia entregado el imperio. Esta vez no se hizo morir á los cristianos de un solo golpe,

sino lentamente. Solo tres años dura su reinado, pero la sangre cristiana riega abundantísimamente todo el imperio.

Un jóven de la baja Tebaida, llamado Pablo, huye de la persecucion, se encierra en una gruta, y vive noventa años, siendo el primer ermitaño cristiano. El papa S. Fabian gobernaba la Iglesia, afligida con tantos martirios y con el dolor de ver separarse algunos fieles que apostataban de su fe. Augusto habia dividido á Roma en catorce cuarteles; Fabian la divide en siete, y otros tantos diáconos son encargados de velar sobre las necesidades de los fieles y alentarlos. Esta division dió orígen á los títulos de cardenales-diáconos, que aun hoy se conservan en la Iglesia, si bien aumentado su número. Fabian sufre el martirio, después de haber gobernado la Iglesia catorce años. La silla de S. Pedro queda vacante mas de diez y seis meses, porque la persecucion de Decio era cada vez mas cruel. A la muerte de Fabian, y antes de la eleccion de su sucesor, aparece un antipapa: fué el primero, y se llamaba Novaciano. Entonces comenzó tambien el primer cisma de la Iglesia. El clero habia elegido á Cornelio, hombre de gran firmeza; diez y seis obispos habian concurrido á su consagracion, confirmada por el pueblo. Los soldados de Júpiter hacian tiranos; los soldados de Cristo, santos. ¡Qué diferencia tan inmensa entre ambos imperios!

A pesar de la persecucion, que reinaba con violencia, se contaban en Roma en tiempo de S. Cornelio cuarenta y seis sacerdotes, á la cabeza de otras tantas parroquias; siete diáconos y siete subdiáconos, con mas otros ministros inferiores de la Iglesia. En un concilio romano, compuesto de sesenta obispos, Cornelio excomulga al antipapa Novaciano, sacerdote romano, pagano de nacimiento, cristiano por cálculo, y hereje por desesperacion.

(251-254.) La historia nada tiene que decir de Galo, de Volusiano y de Hostiliano, que en el espacio de dos años encontraron el camino del trono y el de la tumba. La Iglesia vuelve á respirar libremente después de la muerte de Decio; pero la prueba del martirio no se acaba. ¡Tres persecuciones debian aun ensangrentar la blanca túnica de la esposa de Jesus!

(253-260.) Valeriano es proclamado emperador. La calma parece un momento renacer con el ilustre Valeriano; empero ¡cuán poco dura! Mientras que sus tenientes rechazan penosamente los godos, los sármatas y los germanos, él decreta la *octava* persecucion contra la Iglesia. El papa S. Cornelio fué el primero que en Roma confiesa á Jesucristo: su ejemplo reanima á los pusilánimes hasta el extremo que todo el rebaño se reune á su pastor, y muchos de los que cayeron en tiempo de Decio se levantaron de su caida, y confiesan intrépida y valerosamente su religion; S. Cornelio muere desterrado en Centumelles, hoy *Civita-vechia* (252). La Santa Sede, vacante un mes y cinco dias, es ocupada por S. Lucio, que recibe tambien la palma del martirio á los cinco meses de su eleccion (253). San Esteban I le sucede en el pontificado y tambien en el martirio, habiendo gobernado la Iglesia por mas de cuatro años (257).

San Sixto II ordena que los cuerpos de los apóstoles Pedro y Pablo fuesen trasportados desde el lugar donde reposaban á las catacumbas, á fin de salvarlos de los furores de la persecucion. En aquellos subterráneos sagrados se reunian los fieles. Arrestado y conducido al suplicio, perece acompañado del insigne mártir español S. Lorenzo, su diácono querido (259).

San Dionisio le sucede, y arregla de una manera diferente las parroquias de Roma, restableciendo las instituciones, que se habian alterado por la persecucion de Valeriano.

Valeriano, á la par que persigue á los cristianos, marcha contra los bárbaros. La Escitia vomitaba pueblos sobre pueblos contra el imperio. Sapor I aspiraba nada menos que á reconstruir el imperio de Darío. Valeriano marcha contra él; pero, hecho prisionero, expía en su persona la vergüenza y la desgracia de tantos reyes humillados en el Capitolio. Encadenado y revestido de púrpura, sirve de escabel á Sapor cuantas veces iba á montar á caballo. Sapor, á su véz, creia hollar el poder romano; empero no era el imperio persa el que se habia elevado; era el imperio romano el que se habia abatido. Después de haberle dejado vivir diez años en tan degradante esclavitud, lo hizo desollar vivo, salar su cuerpo, y curtida su piel, teñida de color de púrpura, fué depositada en un templo para enseñarla á los embajadores de Roma, que enviaba continuamente el emperador Galieno.

(260-268.) Galieno miraba la desgracia de su padre como una abdicacion; toma la mitad de la púrpura que Valeriano le habia dejado, como puede tomarse la mortaja de un muerto. Dado á los placeres, no estima el poder sino como un medio de satisfacerlos. Durante su imperio se levantan una multitud de pretendientes al trono; el Estado presenta en esta época un espectáculo horroroso, pero singular. Los bárbaros invaden el Asia, la Grecia, la Italia y la Sicilia, sin que Galieno piense en rechazarlos.

Galieno muere asesinado, y entonces comienza la época impropiamente llamada de los treinta tiranos; la verdad es que no hubo mas que diez y nueve emperadores, casi todos notables, porque no se elegian sino hombres capaces de defenderse ellos mismos y á los que les confiaban su salvacion. El resultado de estas invasiones de los bárbaros y de esta anarquía fué que muy pronto no hubo verdaderamente imperio romano; cada provincia tuvo un jefe particular, que llamó emperador, y que se encargó de defenderla.

Parecia que todas las nacionalidades que Roma habia confundido bajo su irresistible dominio hacian entonces un esfuerzo para separarse, para desprenderse de los lazos con que los habia sujetado la unidad romana.

(268-270.) Después de la muerte de Galieno, el ilustre Claudio ocupa el trono. El Senado confirma la eleccion; el pueblo romano y el ejército conocian la necesidad de volver á la unidad del mando. Los tiempos marcados por la Providencia para la destruccion del imperio romano no habian llegado aun; pero en

las calamidades que le agobiaban, en ese movimiento incesante que le imprimen las nubes de bárbaros que vienen á lanzarse sobre sus provincias, y que las devastan, inundándolas con su propia sangre, satisfechos de poderse volver cargados de botin, y llevando delante de sí numerosas tropas de cautivos á la vida errante, grosera y brutal de sus bosques, observamos las vias impenetrables por que marcha la Providencia al complemento de sus grandes designios. Entre estos cautivos se hallaban santos obispos, cristianos llenos de celo y de fervor. Aquellos salvajes, hijos del Norte, se asombran al ver brillar en medio de ellos virtudes de que no tenian idea. Bien pronto se conmueven profundamente oyendo palabras que jamás habian oido. Los esclavos se convierten en amos. La religion de Cristo se eleva en aquellos ásperos contornos, donde tenia que luchar con menos corrupcion, con creencias idolátricas menos distantes de la tradicion verdadera, y en medio de triunfos mas rápidos y mas fáciles.

Claudio habia subido á un trono dispuesto á hundirse en el abismo. Los godos se lanzan desde el Ponto Euxino, y atravesando el Bósforo, iban á precipitarse por cuarta vez sobre las costas de Europa y de Asia. Claudio, que adquiere el sobrenombre de *el Gótico*, marcha á su encuentro; pero perece por el contagio, que desolaba el imperio, á los dos años de ocupar el trono.

(270-275.) Al morir, él mismo designa para emperador á uno de sus mejores generales, á Aureliano. Restablece el órden y la paz, rechaza á los bárbaros y se adelanta hasta los bosques de la Germania. Después de haber vencido á todos sus rivales, después de haber vencido á la célebre Cenobia, de Palmira, lleva á cabo tres empresas que solo un emperador victorioso podia acometer. Devuelve al enemigo la Dacia, mas allá del Danubio, para establecer una frontera natural en el imperio. Rodea á Roma de murallas para ponerla al abrigo de las vicisitudes de la guerra y para fortificar la sede de su dominacion. ¡Siglo y medio debia pasar aun antes que sufriese el yugo de los bárbaros, y ya Aureliano alzaba los inútiles muros que debian tomar por asalto!... Ciñe su cabeza con una diadema; novedad que Julio César no habia osado jamás verificar. Se hace llamar *Dios y Señor*. Extremadamente cruel, se jactaba de gobernar por derecho de conquista un imperio que habia salvado y subyugado. En su imperio tiene lugar, aunque de corta duracion, la *novena* persecucion de la Iglesia. El papa S. Felix I perece mártir con la firmeza que convenia á aquel que debia señalar el camino á los cristianos (273). San Eutiquio le sucede.

Valeriano muere de la muerte comun á los emperadores; Menesus, su secretario, conjurado en union con los principales del imperio, lo hace asesinar.

(275.) Un suceso extraordinario, de los mas raros en la historia del género humano, se verifica después de su muerte. Valeriano fué llorado de sus tropas y aborrecido del Senado. El ejército no quiso nombrar á ninguno de sus asesinos, y suplicó al Senado nombrase entre sus individuos al que juzgase mas digno de la púrpura imperial. El mundo permaneció siete meses sin señor. El Senado y el ejér-

cito se defieren recíprocamente la eleccion de un emperador: el uno abdicaba de su derecho, el otro de su fuerza. ¡Período admirable de una anarquía tranquila, comparable solo al que por espacio de un año experimentó la misma Roma en sus principios cuando desapareció su fundador y vino á ocupar el trono Numa, el filósofo sabino!

El Senado proclama á Tácito, el mas antiguo é ilustre de sus miembros. El consentimiento de las guardias pretorianas confirma esta eleccion. Anciano venerable de sesenta y cinco años, hace resplandecer sobre el trono las virtudes. Nieto del gran historiador Tácito, parecia temer el sello con que su abuelo habia marcado á los tiranos. Vive en la púrpura cual si estuviese en la presencia y temiese al pintor de Tiberio. Rechazó á los bárbaros que invadian el imperio, y murió en la ciudad de Tarso cuando marchaba contra los alanos; siendo llorado de todo el imperio, por cuya prosperidad habia trabajado durante seis meses y veinte dias.

(276-282.) Floriano, hermano de Tácito, se hace declarar Augusto en Asia. Probo, proclamado emperador por los soldados, escribe al Senado manifestándole ponia á su disposicion el título de Augusto que le habian conferido las legiones. El Senado, al ver un general pedir humildemente un cetro que poseia, no solo da unánime su consentimiento, sino que le confiere además el título de padre de la patria, con todas las magistraturas de la antigua república.

Probo, aunque de humilde nacimiento, se elevó al trono por su valor y sus bellas cualidades. Su vida es una conquista continuada. Es admirable en la rapidez de sus marchas, y el mas feliz en el número de sus victorias, á que no llegó nunca ninguno de los mas grandes capitanes de la antigüedad. Todas las naciones bárbaras se humillan ante él. Tan modesto como hábil guerrero, enviaba al Senado las coronas de oro que todas las ciudades de la Galia le habian decretado. No solo se ocupa de la guerra contra sus enemigos, sino tambien de hacer la felicidad de su pueblo, proyectando una paz perpetua y la reduccion del número de sus ejércitos. El genio de Aureliano y de Probo habian resucitado la gloria de las grandezas romanas; empero ambos sucumben bajo el puñal de los romanos, indignos de poseer semejantes jefes. Las tropas se amotinan en Sirmio, y lo asesinan á los cincuenta años de edad, seis y cuatro meses de su imperio.

(282-284.) Asesinado Probo, los soldados proclaman á Caro, hábil general, sin aguardar el consentimiento del Senado. La autoridad de este habia concluido con la del último emperador. Caro, padre demasiado indulgente, asocia al trono á sus hijos Carino y Numeriano. Entrega la administracion del Occidente á las pasiones de su segundo hijo Carino, el cual no conoce mas regla que su gusto por los placeres, y marcha con su primer hijo Numeriano á una expedicion contra los persas que habian invadido el Oriente. Penetra sin resistencia hasta los muros de Seleucia y Cesifon, y cuando se aprestaba á llevar mas adelante sus conquistas, muere repentinamente en su tienda, herido de un rayo en medio de una es-

pantosa tempestad. ¡Cuando la tierra, fatigada, cesaba de matar sus príncipes, el cielo se encargaba de ello!...

Los hijos de Caro, Carino y Numeriano, fueron emperadores poco tiempo. Poseido el ejército de un temor supersticioso, fuerza á Numeriano á volver á Europa, y después de ocho meses de marcha, es asesinado en su litera por Aper, prefecto del Pretorio, que intentaba apoderarse del trono. Oculta por algun tiempo su inicuo atentado haciendo custodiar el cadáver por sus parciales, y acompañándole asiduamente como si estuviera vivo; empero su crímen se anticipó demasiado á sus cálculos. El cadáver de Numeriano dentro de una litera cerrada descubre la pérfida alevosía de su asesino antes que este hubiese podido asegurarse el sufragio de los soldados. El crímen y la nada de las grandezas humanas fueron descubiertas por el olor pestilente del cadáver. Los soldados, que idolatraban á Numeriano, proclamaron emperador á Diocleciano, comandante de las guardias de palacio, el cual mata á Aper por su propia mano.

(284-305.) Carino, al saber la muerte de su hermano y la exaltacion de Diocleciano, sale un momento del letargo en que le tenian los placeres, marcha contra él, le alcanza en la Mesia y derrota sus tropas; pero en el momento en que perseguia á su enemigo fué asesinado por un tribuno, cuya esposa habia deshonrado, á los treinta y seis años de su edad y tres de su imperio. El pueblo se regocijó con la muerte de un monarca que reunia á las locuras de Eliogábalo la crueldad de Domiciano.

En el imperio de Numeriano, célebre por su elocuencia y por sus talentos poéticos, los cristianos son perseguidos con la mayor animosidad. El papa S. Eutiquio da sepultura con sus propias manos á mas de trescientos cuarenta mártires, y manda que ninguno fuese enterrado sin el *colobio* ó dalmática de color rojo; antes se les envolvia en un lienzo blanco teñido con su sangre. Once años gobierna la Iglesia. En su tiempo aparece una nueva herejía: el esclavo persa Mánes le da su nombre, el *maniqueismo*, mezcla impura de los dogmas mas elevados de la religion cristiana y de los sueños mas estravagantes del *dualismo* y del *antagonismo*. De todas las herejías, fué esta la mas monstruosa, la mas hipócrita y la mas viva que afligió jamás á la Iglesia.

Diocleciano, aunque hijo de un liberto, excede en su imperio á todas las glorias de sus antecesores. Semejante al hijo adoptivo de César, supo por su hábil política echar en cierto modo los fundamentos de un nuevo imperio. Hacia largo tiempo que la obra de Augusto se transformaba en manos de sus sucesores. Domiciano, Adriano, Septimio Severo, Aureliano, la habian singularmente modificado. El dálmata Diocleciano, hijo de un pobre liberto, la convirtió decididamente en monarquía franca. El Emperador no fué ni cónsul ni tribuno ni general, ni nada de lo que recordase las antiguas formas de la república; ejerció un poder particular, indefinido, propio. Hizo mas: los emperadores, después de asesinados, eran convertidos en dioses por la apoteósis, Diocleciano en vida hace que todo lo que

le rodea sea sagrado, que los senadores le adoren como dios; y así, su morada se llama *sacrum cubiculum*, su tesoro *sacræ elargitiones*, y al entrar y salir en el Senado los senadores le adoran como dios. Persuadido de que los talentos de un hombre solo no bastaban para gobernar una monarquía tan dilatada, asocia al imperio á su antiguo amigo Hércules Maximiano, estableciendo por ley que el poder residiese siempre en cuatro príncipes, los dos primeros con el título de *augustos*, los cuales eligieran dos colegas, que deberian estar á sus órdenes con el título de *césares*, y que después de la muerte de aquellos deberian reemplazarlos, estableciendo así una serie no interrumpida de emperadores. Diocleciano se lisonjeaba de que los dos césares aguardarian tranquilos la muerte de sus emperadores, aunque no fuese mas que por el temor de debilitar un poder que les estaba reservado. De este modo precavíanse tambien las traiciones continuas de los soldados, y se ponian á cubierto del furor de los usurpadores los cuatro soberanos que disponian de la fuerza militar; de suerte que ningun general podia osar vencer sucesivamente á cuatro poderosos rivales. En la administracion civil los emperadores ejercian en comun la autoridad indivisible de la monarquía, y las leyes, firmadas en su nombre, eran obedecidas en todas las provincias.

Este gobierno es lo que se ha llamado la *tetrarquía*. Los dos primeros césares fueron Constancio Cloro, por Maximiano, y Galerio por Diocleciano.

Los cuatro emperadores hicieron con tanto acierto la guerra contra los enemigos del imperio, que se coronaron de laureles, contando tantas victorias cuantos fueron sus combates.

La religion cristiana, que en medio de las guerras de sus predecesores no habia sufrido una persecucion regular, y que en el intervalo de cincuenta años habia adquirido un desarrollo mucho mayor que lo que sus mismos amigos podian atreverse á esperar, no fué perseguida en los primeros años de Diocleciano, fortaleciéndose en medio de estas circunstancias, y manifestando siempre á la vista de todos aquella bella y santa jerarquía, que constituia la mas perfecta de las sociedades. Los obispos en las provincias eran venerados por la multitud, considerados por los magistrados en todas las ciudades; y demasiado estrechas las antiguas iglesias para la multitud de fieles, se construyeron otras mas grandes y magníficas. Los cristianos, que alguna vez habian tenido entrada en los palacios imperiales, abundaron en ellos en el reinado de Diocleciano. La misma emperatriz Prisca y su hija Valeria habian abrazado la fe cristiana. Parecia que el cristianismo, con tan poderosos representantes cerca del emperador Diocleciano, debia aguardar su consolidacion en el imperio; mas, justamente alarmados de lo que pasaba los sacerdotes del paganismo y los sofistas, se coligan para mantener la idolatría, y redoblan sus esfuerzos. Maximiano no entendia de contemporizacion ni tolerancia; así es que inunda de sangre las Galias, adonde le habia destinado Diocleciano.

El Senado participó del abatimiento de las legiones, que ya no eran árbitras de

imponer un dueño al universo. Roma no volvió á ver casi nunca á sus emperadores. Residian en Tréveris, en Milan, en Nicomedia.

Diocleciano se daba á sí propio el nombre de *Júpiter* ó *Jovino*. En lugar de la corona de laurel, ciñó, como Aureliano, la diadema, y añadió al manto de púrpura las ropas de oro y seda. Exigió á los que se le presentaban que ante él doblasen la rodilla. Él y sus sucesores se hacian llamar *Vuestra Eternidad*, ¡y vivieron un dia! Sin duda se arrogaron los emperadores este título por derecho de herencia. ¡Roma se llamó siempre la *ciudad eterna!* El pueblo romano habia visto inmutable al dios Término, presagio de la duracion de su poder. Al usurpar los poderes políticos, los déspotas usurparon tambien los poderes religiosos.

En el mismo momento en que iba á triunfar, el cristianismo tuvo que sostener una persecucion general. El césar Galerio, excitado por su madre, adoradora de los dioses de las montañas, aldeana de una imaginacion ardiente, va á Nicomedia y exige de Diocleciano un decreto de exterminio contra los cristianos. Diocleciano resiste, y demuestra cuán deplorable seria atormentar al universo y derramar á torrentes la sangre que pedia, concediéndole solo arrojar á los cristianos del palacio y del ejército. Galerio insiste; Diocleciano vacila. Junta un consejo de magistrados y de guerreros para deliberar sobre tan grave negocio. Este consejo opina por la persecucion de los enemigos del culto público. Aun no cede Diocleciano á los votos de su consejo, y envia á consultar al oráculo de Apolo en Mileto. Apolo responde que los *justos*, esparcidos sobre la tierra, le impiden decir la verdad. La Pitonisa se queja de estar muda. Los arúspices declaran que los justos de que habla Apolo son los cristianos; y este emperador débil, no sabiendo resistir á sus amigos, al César y á Apolo, resuelve la persecucion. Se fija por época el dia de las fiestas del dios Término, por ser el último dia del año antiguo de Roma, para terminar tambien en aquel dia con la religion cristiana.

Este dia era el 23 de febrero, año 303 de Jesucristo y el 20 del imperio de Diocleciano; dia para siempre memorable, de luto y desolacion, y que iba á dar principio á la *décima* y última persecucion del cristianismo!

El ataque comienza por la demolicion de la basílica, edificada en Nicomedia sobre una colina, y rodeada de grandes edificios; todo se entrega al pillaje y á las llamas. La persecucion, local en un principio, se extiende á todas las provincias del imperio; el palacio del Emperador fué particularmente atormentado. Entonces se oyó en el mundo un inmenso grito de dolor, al que responde el canto de los ángeles, que bajan á confortar á los mártires con palmas cogidas en los cielos. La Iglesia, recien salida de las catacumbas y de los subterráneos, volvió á ellos enlutada para salvar las cosas sagradas de la profanacion y conservarse algunos miembros. ¡Ah, cuántas vergonzosas deserciones hubo en aquellos amargos dias! Valeria, hija de Diocleciano, y Prisca, su mujer, acusadas de cristianismo, apostatan y sacrifican á los ídolos; pero tambien ¡cuánto maravilloso valor se revela en los tormentos que inventa la tiranía! Doroteo, el primero de los eunucos del palacio; Gor-

gonio, Pedro y otros favoritos de Diocleciano sufrieron el martirio. La bajeza, como siempre, estuvo pronta para hacer la apología del crímen: dos filósofos escribieron al resplandor de las hogueras contra los cristianos. El martirio de una legion entera, la Thebea, asesinada por órden de Maximiano, pertenece á esta época; empero una mano, cuyos golpes eran inesperados, iba á herir á todos los perseguidores.

Diocleciano y Maximiano habian venido á triunfar á Italia, el uno de los egipcios, el otro de los pueblos del norte. Este fué el último triunfo auténtico que presenció Roma. Diocleciano descendió del carro de triunfo para subir en Nicomedia al tribunal en que debia hacer públicamente su abdicacion. El pastor Galerio, á quien habia elevado á la dignidad de césar, impaciente de reinar, y altamente irritado de la humillacion que Diocleciano le habia causado por haber sido derrotado en Mesopotamia, le intima la necesidad de abdicar, juntamente con el emperador Maximiano. Maximiano abdica en Milan, Diocleciano en Nicomedia; ambos tuvieron que ceder á la fuerza que les imponia el ingrato césar.

Los dos emperadores se despojaron de la púrpura: Maximiano con pesar terrible, que no disimula; Diocleciano aparentando la serenidad de un filósofo y retirándose á cultivar los jardines de Salónica. En los nueve años que Diocleciano vive en su retiro ve perecer miserablemente á su mujer y á su hija, sin poderlas socorrer, reconociendo la impotencia de un príncipe á quien no queda mas autoridad que la de las lágrimas. Diocleciano, emperador sin imperio, no duerme, no come, no sosiega, y espira en medio de los mayores sufrimientos (312).

(305-311.) Constancio Cloro y Galerio ocupaban las plazas de *augustos;* los dos nuevos *césares* eran Maximiano Daya y Severo; pero la Providencia tenia grandes designios sobre el hijo del emperador Constancio, jóven entonces de diez y ocho años. En vano Galerio, celoso del favor que los soldados le dispensaban, intenta por varios medios deshacerse de él. Constantino sale feliz de todas las pruebas. En vano intenta detenerle á su lado para hacerle perecer. Constantino huye, y á fin de no ser alcanzado por su enemigo, hace mutilar los caballos de posta por donde pasa, y logra llegar á la Gran Bretaña pocos dias antes de que su padre exhalase el último suspiro. Constancio muere en Yorck. Las legiones, sin aguardar la eleccion de Galerio, proclaman á Constantino emperador en nombre de las virtudes de su padre; de su padre, que siempre habia sido dulce y tolerante con los cristianos, y que en medio de sus triunfos no habia adquirido grande fortuna. Suídas le llama Constancio *el Pobre*, uno de los mas bellos sobrenombres que jamás puede obtener un príncipe absoluto.

El primer paso de Constantino fué pedir á Galerio la confirmacion del título de *augusto* que le habian dado las legiones; empero Galerio, que no habia querido un año antes nombrarle *césar*, no le concede ahora sino este último título; confiriendo á Severo el título de *augusto*, vacante por la muerte de Constancio Cloro. Constantino, con una moderacion admirable, baja sin murmurar del segundo puesto del imperio al cuarto (306).

La guerra civil debia estallar por otro punto. Galerio habia ordenado un censo en las propiedades á fin de fijar una contribucion exacta ; Roma se subleva, llama á la púrpura á Majencio, yerno de Galerio é hijo de Maximiano Hércules. El anciano emperador, que habia abdicado á su pesar, se reune á su hijo. Severo se refugia en Ravena, se entrega por capitulacion, y condenado á muerte, se abre las venas.

Maximiano se alía á Constantino, le da á Fausta, su hija, en matrimonio, y le nombra *augusto*. Galerio cae sobre la Italia con un poderoso ejército ; llega á Narni, y obligado á retroceder, eleva á Licinio, su antiguo compañero de armas, al rango que la muerte de Severo habia dejado vacante.

Maximiano Daya, César que gobernaba el Egipto, siente el aguijon de los celos, y se decreta á sí propio la dignidad de *augusto*. Seis emperadores se vieron entonces á la vez. Estalla la discordia entre Maximiano y Majencio, su hijo; Maximiano se retira á Iliria, después á las Galias, al lado de Constantino, su yerno; empero conspira contra él, y se apodera de su tesoro mientras Constantino rechaza á los bárbaros. Constantino vuelve, sitia á Marsella, donde se habia refugiado el imprudente anciano ; lo perdona aun ; pero, convencido de que intenta asesinarle, lo condena á muerte, dejándole la eleccion del suplicio.

La Iglesia, en medio de la persecucion y de las guerras civiles, producto de la ambicion de los emperadores; en medio de la cruda tormenta que la agitaba, conserva siempre su misma autoridad, su jerarquía permanece inalterable, y se observan severamente sus leyes y sus castigos canónicos contra los cristianos prevaricadores. La persecucion ofreció muchos mártires, pero tambien habia ocasionado apostasías, que habian llenado de luto y de dolor la Iglesia. Los que habian entregado las Escrituras santas, á quien la Iglesia reputaba como traidores ; los que habian adorado los ídolos, aunque fuese por solo debilidad, eran fuertemente castigados.

Los papas Marcelino, Marcelo y Melquiades gobiernan la Iglesia en tan difíciles circunstancias.

La hora de la persecucion iba á cesar. Dios iba á juzgar ya bastante depurada la religion establecida por su Hijo, para hacer que saliese de las catacumbas y de los subterráneos, donde habia vivido la mayor parte de los tres siglos, para dominar el mundo y para esparcir por él con sus benéficos rayos la libertad y la civilizacion.

Maximiano fué el primero que subió al cadalso de la justicia divina. Maximiano habia sido el primero de los perseguidores. Pronto Dios llama al infame Galerio. Por espacio de diez y ocho meses una úlcera, fruto de sus desórdenes, le devora ; todo su cuerpo no es mas que una hedionda llaga, y al fin espira en Sardica en medio de los mas atroces dolores, confesando en cierto modo sus crímenes con un edicto mandando cesar la persecucion, que, sin embargo, continúa.

Maximino Daya y Licinio se dividen sus estados; Licinio hace alianza con Constantino, Maximino con Majencio. Majencio tiranizaba á Roma y medita invadir las Galias. Constantino, decidido á anticiparse á su enemigo, marcha á libertar la capital del imperio; conoce, empero, la enorme desproporcion de las fuerzas con que tiene que combatir, é inquieto por el éxito de su empresa, se ve predispuesto á abandonar el culto de los dioses impotentes y á reconocer el verdadero Dios. Iniciado en los misterios de la religion por el célebre Osio, obispo de Córdoba, uno de los mas grandes hombres de la Iglesia, asegura la victoria en sus ejércitos. Susa, Milan, Verona, Aquilea, Módena intentan en vano detenerle. Derrota los ejércitos de Majencio, y llega á Roma. Majencio hace el último esfuerzo; pero, nuevo Faraon, perece con sus carros y sus jinetes en las ondas del Tíber. Constantino vió en el aire la figura luminosa de una cruz con esta inscripcion: *In hoc signo vinces*. Su ejército es testigo como él de tanto milagro. ¡Era sin duda la sangre de los cristianos, que habia germinado en la sombra, que habia subido como un rocío hasta el cielo, y que se desplegaba ahora bajo la forma de la cruz triunfante! ¡La religion cristiana iba á cubrir su doctrina con la púrpura, después de haberla cubierto durante tres siglos con su sangre!!

VII.

La batalla que ganó Constantino es del pequeño número de aquellas que, expresion material de la lucha de las opiniones, no son un simple hecho de armas, sino una verdadera revolucion. Dos cultos y dos mundos se hallaron frente á frente, y se combatieron con las armas en la mano en el puente Milvio, á las márgenes del Tíber, á la vista del Capitolio, el 28 de octubre del año 312.

Roma, la capital del paganismo, se convirtió en la capital del cristianismo. El pontífice S. Melquiades, oculto en las catacumbas, recibe para su morada el palacio imperial de Letran, llamado así por estar levantado sobre el lugar que ocupaba la casa de *Plaucio Laterano*, destruida en el imperio de Neron. En este palacio residieron los papas por espacio de *mil y treinta y seis años*, desde que Constantino se lo cedió en 312. A su lado levantó Constantino la magnífica basílica que indistintamente toma su nombre ó el de *San Juan de Letran:* basílica que ha atravesado tantos siglos; que ha visto pasar millones de generaciones, que se han dispersado como el ligero polvo que levanta el aire; que ha contenido en su sagrado recinto cuatro concilios generales, y en cuyo balcon, desde S. Silvestre hasta hoy, el pontífice romano da su soberana bendicion URBI ET ORBE, dos palabras que reasumen el poder inmenso de la fe y de la caridad cristiana. La iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma; en ella fijó el Papa su silla como obispo de Roma. Es la primera iglesia de los cristianos; así es que sobre

su fachada y sobre sus puertas se lee : *Basilica Lateranensis, mater et caput omnium ecclesiarum.*

Treinta y dos pontífices habian ocupado hasta entonces la silla de Pedro; todos ellos adquirieron la gloria del martirio en defensa de la fe por las fatigas y dolores de todo género que sufrieron, aunque algunos escritores atribuyan á algunos de ellos solamente el título de confesores, porque verdaderamente no murieron de muerte violenta.

Seis meses después de la victoria de Constantino, Maximino Daya quiere usurpar á Licinio la parte del imperio que gobernaba. Licinio le vence en Heráclea y le da la muerte. De los seis emperadores no quedan mas que Constantino y Licinio. Constantino, después de dos guerras civiles, vence á Licinio, lo destierra á Tesalónica, y mas tarde, á pretexto de que conspira, le hace dar la muerte.

Constantino reina solo : la cruz triunfa, los soldados de Cristo habian combatido durante tres siglos antes que los príncipes de la tierra se inclinasen delante de ella y doblasen su rodilla ante el Crucificado. Constantino se propuso nada menos que sustituir la religion cristiana al paganismo. Once siglos se levantaban amenazadores delante de Constantino; Constantino los hundió en la fosa donde yacian los cadáveres de los emperadores perseguidores de la Iglesia.

Roma fué cedida al pontífice cristiano, y una brillante capital se alzó en el Oriente.

Roma fué entonces á su vez lo que tantos otros pueblos habian sido con respecto á ella por muchos siglos. Dios habia hablado, las generaciones humanas no tenian mas que obedecer. La religion nacional se cambió sin sacudimientos, sin revolucion alguna. El politeismo, privado del apoyo de los emperadores, cayó por sí mismo, y sus débiles gemidos fueron sofocados por el grito universal de un ejército victorioso agrupado al rededor de la cruz, bandera de la libertad del mundo desde entonces hasta ahora, signo antes de oprobio y de vituperio. El cristianismo habia tenido que soportar las persecuciones del paganismo. Los papeles se cambian; el cristianismo persigue á su vez al paganismo, pero los paganos no se adhieren á su culto como los cristianos, no corren como ellos al martirio. El politeismo es una idea decrépita sucumbiendo bajo la idea verdadera y jóven de la unidad de Dios. La antigua sociedad no encontró para defenderse la energía que la sociedad nueva tenia para atacarla.

A la muerte de S. Melquiades (314) es elegido pontífice S. Silvestre I, el cual rige la Iglesia, que Constantino enriquecia con dones y protegia decididamente; así es que la paz triunfa de aquellos á quienes no habian podido conmover las persecuciones.

A los hermosos dias del cristianismo, en que permanece pura la Iglesia durante tres siglos, suceden las divisiones. Un hombre viene á turbar la alegría entre el Emperador y los pueblos cristianos, encendiendo la discordia en casi todas las provincias del Oriente. Este hombre es Arrio, cuya herejía vierte su veneno en

todas las iglesias, en todas las provincias, en todas las ciudades. El mundo se dividia en paganos y en cristianos; el cristianismo se dividió tambien. Nada mas terrible, nada mas propio para retardar indefinidamente la obra de Constantino, de progreso y civilizacion.

El papa Silvestre y Constantino, de acuerdo, se ocupan en combatir las herejías. Por primera vez, desde los dias de Moisés, el emancipador del hombre en medio de las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestacion divina del Sinaí. En medio de los idólatras aun en pié se convoca el concilio de Nicea para interpretar la suprema verdad del mundo: la esencia y la unidad de Dios. Allí se compuso el símbolo que los cristianos repiten después de quince siglos en toda la superficie del globo; símbolo que explica el de los apóstoles y el de sus discípulos, y que sirve como de palabra de órden y de union para reconocerse el cristiano en todos los puntos, bajo todos los climas. El concilio de Nicea (325) hizo cosas inmensas; proclamó la unidad de Dios y fijó todo lo que habia de probable en la doctrina de Platon. Aquel concilio fué un gran suceso en el mundo esclavo, fué una convencion universal reunida para reconocer el monarca eterno. Los héroes del martirio, los hombres mas doctos, tambien los mas justos por la ignorancia del corazon y la simplicidad de la virtud, asistieron, así como los veteranos mutilados de la última persecucion, ostentando las cicatrices de las heridas, sin reclamar su gloria; soldados de un inmenso y único ejército, que jamás se habian visto, que habian combatido sin conocerse, bajo todos los puntos del cielo, en una accion general, por la misma fe. Tambien los filósofos paganos acudieron á este grande asalto de la inteligencia, en que Arrio mismo, llamado á dar cuenta de su doctrina, es confundido por S. Atanasio.

En el siglo IV de la Iglesia las necesidades habian cambiado; la defensa de la Iglesia cambia tambien. Desde que Constantino sube al trono y toma el *Labarum* por su bandera, los cristianos no tenian necesidad de morir; lo que necesitaban era unidad perfecta, homogeneidad en sus creencias. Antes bastaba morir; ahora se necesitaba valor, y sobre todo ciencia, para defender la fe. Constantino se mezcla en las querellas religiosas, y después de haber desterrado á Arrio, lo vuelve á llamar, y destierra á su vez á Atanasio; pero Arrio espira repentinamente, arrojando las entrañas en el momento en que iba á ser conducido en triunfo por sus numerosos parciales.

Constantino se convierte momentos antes de morir, y recibe el bautismo, no pudiendo lograr sus deseos de ser bautizado en las aguas del Jordan, como Cristo, porque le faltó el tiempo.

Trescientos treinta y siete años habian trascurrido desde que la religion cristiana nació entre los pastores en un establo; Constantino la dejaba sobre el trono del mundo, de que ella no tenia necesidad.

San Marcos (336) habia sucedido á Silvestre, designado por Constantino. San Julio I ve la muerte de Constantino al principio de su pontificado. Constantino, fe-

liz como monarca, no escapó á la desgracia como hombre. Las calamidades que afligieron á la familia del primer Augusto pagano se reproducen en la familia del primer Augusto cristiano. Hizo perecer á su hijo Crispo, acusado por Fausta, su madrastra, que renueva la trágica aventura de Fedra (337-361).

Apenas Constantino cesa de vivir, cuando los palatinos se arrogan los derechos de los antiguos pretorianos. Excitados por Constancio, penetran en el palacio imperial, asesinan á dos hermanos y siete sobrinos de Constantino, y declaran que no quieren obedecer sino á los tres hijos de este príncipe, Constantino II, Constancio y Constante. Después de una guerra de doce años, Constancio queda solo dueño del poder, á la edad de veinte años. Constancio conoce que no es suficiente el genio de un hombre para gobernar tan vasta monarquía, y nombra primer césar á Galo, que, no contentándose con este puesto, se ve en la necesidad de hacerle perecer para prevenir una usurpacion. Después nombra á Juliano, su primo, á quien habia libertado de la catástrofe de Constantinopla el obispo Márcos.

Juliano, enviado á las Galias, conduce las legiones á la victoria, y triunfa de siete reyes alemanes. La desconfianza que manifiesta Constancio hácia Juliano sirve para elevarle al trono, proclamándole emperador sus soldados, que le adoraban. Juliano marcha con su ejército contra Constancio, que se niega á reconocerle. Constancio perece en la retirada que hace á Constantinopla, á los veinte y cinco años y cinco meses de su reinado.

La turbulencia y ligereza de este emperador arruinaban el imperio en convocaciones de concilios y en los viajes de los obispos en los carruajes y caballos de las postas imperiales. En lugar de emplear su autoridad en extinguir las disputas religiosas, las inflamaba por su manía de argumentar, y daba sentencias injustas, arrancando con la tortura mentiras que trasformaba en verdades.

El papa S. Julio I, que habia gobernado la Iglesia quince años, dos meses y quince dias, y su sucesor S. Liberio, se declararon sucesivamente en Roma por S. Atanasio, el grande atleta contra el arrianismo. Perseguido Liberio, se oculta en los cementerios cerca de la ciudad. De allí es arrebatado, conducido á Milan, interrogado por el Emperador y desterrado á Berea, en la Tracia. Constancio hace nombrar papa arriano á Félix, archidiácono de la iglesia romana. Las matronas romanas católicas se presentan al Emperador con toda la magnificencia de sus adornos, suplicándole devolviese al rebaño su pastor ausente. El Emperador conviene en llamar á Liberio, con tal de que gobernase la Iglesia en participacion con Félix. Esta resolucion fué leida al pueblo, reunido en el Circo. La multitud cristiana hizo oir esta exclamacion : « ¡ Un Dios, un Cristo, un obispo ! » En otro tiempo en aquel mismo circo gritaba la muchedumbre : « ¡ Los cristianos á los leones! » Liberio volvió libre á Roma. Por una vision de la Vírgen, confirmada por el milagro de la nieve de que se cubre el monte Esquilino el 5 de agosto, traza los fundamentos de la basílica Liberiana, que consagra (353), y que hoy se llama Santa María la Mayor.

San Liberio vuelve á ser otra vez desterrado, y muere en su destierro, después de haber gobernado la Iglesia catorce años, cuatro meses y dos dias (361-363).

Juliano sube al trono, y adquiere el renombre de *Apóstata* porque abandona la religion cristiana, persigue á los que la profesan y trata nada menos que de restablecer el paganismo. Suprime el *Labarum* en las legiones, y obliga á los oficiales á abandonar la fe ó su espada. Joviano y Valentiniano abandonaron sus espadas, que les dejaron las manos libres para poder empuñar mas tarde el cetro. La persecucion que sufre la Iglesia después de su triunfo, se distingue de las otras en que participa de una civilizacion mas avanzada. Tenia un cierto aire de impiedad literaria y burlona, muy semejante á la que después el filosofismo ha reproducido en el siglo XVIII. Ciento cincuenta años antes de Juliano, Plinio el jóven habia pensado que era imposible extirpar el cristianismo. La tentativa retrógrada de Juliano no hizo mas que apresurar el naufragio de los restos del paganismo. Juliano perece en un combate contra los persas, y emplea sus últimos momentos en disputar con los filósofos, que siempre le acompañaban, sobre la inmortalidad del alma. Veinte meses dura solo su reinado. Con Juliano queda extinguida la familia de Constantino, en la que el cristianismo habia encontrado el mas generoso defensor y el mas acérrimo y cruel de sus perseguidores!

VIII.

(363-364.) Joviano fué saludado emperador por los soldados después de la muerte de Juliano. Reinó solo lo necesario para salvar el ejército, que después de la muerte de Juliano tuvo que retirarse á Constantinopla. Los historiadores eclesiásticos le tienen por un confesor de la fe católica en el reinado anterior, en el que prefirió perder todos sus destinos primero que abandonarla. Educado en los sentimientos del cristianismo, lo hizo abrazar á todo el ejército, y el *Labarum* de Constantino volvió á desplegarse á la cabeza de sus legiones. En la retirada de Nisíbis á Antioquía anuncia á los pueblos el triunfo de la fe y la destruccion del paganismo; se echan por tierra los templos de los falsos dioses, y triunfa con toda su majestad el Evangelio.

(364-375.) Diez dias permanece vacante el trono después de la muerte de Joviano. Los oficiales civiles y militares del imperio proclaman unánimes á Valentiniano. Este asocia al trono á su hermano Valente y le confiere el gobierno de Oriente. Esta es la primera particion del imperio.

Valente, sumamente cruel al principio de su reinado, se convierte después en el padre de sus pueblos. Protege la religion cristiana con muchas leyes. La sangre de los emperadores paganos se encuentra en las crueldades de Valentiniano, el carácter de los emperadores cristianos en sus leyes.

Valentiniano dió á las ciudades defensores oficiales, especie de magistrados ele-

gidos por el pueblo; de modo que las iglesias se convirtieron en una especie de municipios, que tuvieron á su vez defensores, y se trasformaron en campeones de la libertad en la edad media. Valente, colocado en el trono de Oriente, deja ver un carácter bárbaro y cruel, unido á una desmesurada avaricia. Celoso partidario de los arrianos, persigue á los obispos católicos, dirigido por Eudosio, obispo arriano de Constantinopla. Después de haber concluido las guerras civiles, tuvo que sostener varias extranjeras, pereciendo en Andrinópolis en una batalla contra los godos.

Su hermano Valentiniano espira en un acceso de cólera. Al contestar á una embajada que le envian los cuados les habla con tal violencia, que se le rompe una vena: aquella fogosa cólera que habia costado la vida á tantos de sus súbditos se la arrebató á él mismo.

(378-389.) Valentiniano es reemplazado por sus dos hijos Graciano y Valentiniano II, de los que el uno tenia siete años y el otro cuatro. San Siricio, sucesor de S. Dámaso, gobierna la Iglesia por catorce años (384-398), y es el primero que se hace llamar PAPA exclusivamente; nombre en un principio comun á todos los sacerdotes. En su pontificado aparece el gran doctor de la Iglesia S. Agustin.

Hacia largo tiempo que la sociedad romana luchaba incesantemente contra los bárbaros, y las antiguas barreras del imperio se hallaban destruidas, cuando se supo con terror que de las llanuras centrales del Asia salian hordas nuevas. Eran los hunnos, pueblo feroz, repugnante, devastador, y que, arrojado de la Tartaria oriental, venia á buscar otras comarcas mas tranquilas y de mas ricos despojos. Su llegada conmueve á los pueblos bárbaros. Los hunnos se lanzan sobre los alanos, los alanos sobre los godos, y esta multitud de pueblos, amontonados unos sobre otros, se extiende desde el Báltico hasta el mar Negro, y hace sucumbir á los godos bajo sus golpes. Los hunnos reinaron entonces desde la Tartaria hasta el centro de la Germania.

Mientras que los pueblos se resignaban á sufrir sus leyes, una multitud de visogodos resuelve pedir un asilo á Valente. Valente trata de fortificar con ellos la línea del Danubio; recibe á los visogodos como si los hubiese vencido, y ellos á su vez vuelven las armas contra su desapiadada hospitalidad. En vano Valente trata de arrojarlos con las armas de los puntos donde los habia admitido. ¡Los visogodos vencen, y el Emperador perece miserablemente en la gran derrota de Andrinópoli!

Habia llegado la hora en que los bárbaros, tan largo tiempo contenidos, iban á tomar posesion del imperio, á renovar la faz del mundo.

El Occidente no era mas feliz bajo el imperio de Graciano y Valentiniano II, cuando fué nombrado por Graciano el conde Teodosio, como sucesor de Valente. Teodosio era español como Trajano y como Adriano. No solicitó el poder; le lleva al imperio su renombre, la necesidad. Se hallaba desterrado, y era hijo de un padre gran general, injustamente decapitado en Cartago. Deseaba la paz y una medianía,

y tuvo la guerra y las riquezas. Eleva la fortuna del imperio, obliga á los persas á pedir la paz, doma á los bárbaros por su habilidad y por su magnificencia, y los convierte en instrumentos de su poder, componiendo principalmente de visogodos sus ejércitos. Tranquilo en el Oriente, emprende pacificar el Occidente, donde Máximo, general del ejército romano en Inglaterra, aprovechándose de la inaccion de Graciano, se proclama emperador, trata de restablecer la idolatría, cae sobre las Galias, derrota á Graciano, que trata de oponérsele; fugitivo en Leon, fué asesinado (383), á los veinte y siete años de su edad y diez y seis de su imperio. Teodosio logra destruir á Máximo é igualmente al usurpador Eugenio (389), y victorioso, guarda para sí todo el imperio (389-395).

Por pesada que fuese esta carga, era digno de llevarla Teodosio, que era el ídolo de sus soldados, con quien compartia la gloria y los peligros de la guerra, marchando siempre á su cabeza. Protegió con el mayor celo la Iglesia, rivalizando con el grande Constantino, que, si fué el primero en tremolar el estandarte sacro de la cruz, su sucesor concluye con la herejía de Arrio, destruye el culto de los ídolos y hace arrasar sus templos en todo el imperio.

A S. Liberio sucedió en el gobierno de la Iglesia el español S. Damaso á la edad de sesenta y dos años. Rige la Iglesia durante la persecucion de Juliano, y á instancias de Teodosio convoca en Constantinopla el segundo concilio general de la Iglesia (381). En este concilio se decretó al obispo de Constantinopla el primado después del Pontífice romano; lo que no aprobó el papa S. Dámaso, demasiado previsor y demasiado hábil para conocer un peligro para el porvenir en esta declaracion.

Al papa S. Dámaso se le opuso Ursicino, antipapa, que apela á la sedicion repetidas veces para penetrar en Roma, de cuya ciudad le habia arrojado el Prefecto; de donde intenta hacer salir al verdadero papa y á su noble amigo y secretario el gran doctor de la iglesia S. Jerónimo.

(395-424.) A la muerte de Teodosio, acaecida en Milan, todos los peligros vuelven á aparecer. Sus dos hijos Arcadio y Honorio vuelven á dividirse el imperio. Se establece el uno en Milan y el otro en Constantinopla. Desde entonces permanecieron siempre separados estos dos imperios, no habiéndose jamás vuelto á reunir en una misma persona. El imperio cae en una de esas épocas desastrosas en que la vida de los pueblos no es mas que un largo error. El cetro es disputado mas de una vez. Un vil eunuco lo rige en nombre de sus señores. No se conocia otro culto ni otra moral que la de las dignidades, de la fortuna y de los goces groseros.

En tanto la Iglesia seguia acrecentándose, y robusteciéndose la autoridad de sus pontífices.

San Anastasio I, sucesor de Siricio, la gobernó tres años (398-401) con pureza de vida, abundancia de doctrina y vigor de autoridad eclesiástica. San Jerónimo dice (epístola 127) que Roma no conservó mas tiempo tal pontífice porque la ca-

beza del mundo no fuese herida en tiempo de semejante obispo. San Inocencio I le sucede, y gobierna quince años y dos meses (401-417). San Zozymo (417), San Bonifacio I (418-422) ocupan la silla apostólica. San Celestino I, pariente muy inmediato del emperador Valentiniano, gobierna con rectitud y firmeza cerca de diez años la Iglesia (422-432). Convoca en Efeso, ciudad antigua del Asia, el tercer concilio general, en que condenó la herejía de Nestorio. En su pontificado muere el gran S. Agustin, llamado *el doctor de la gracia.*

San Sixto III (432-440) confirma el concilio de Efeso y ensaya reconciliar las dos iglesias griega y latina.

Alarico con sus visogodos se dirige sobre Constantinopla; empero Arcadio tiene la odiosa habilidad de arrojarlo hácia el Occidente. En vano el ilustre Stilicon, que reinaba bajo la sombra de Honorio, intenta defender á la vez el Danubio y el Rin. Mientras que cierra el camino de Roma á Alarico, los alanos, los vándalos y los suevos inundan las Galias y la España. Honorio desconfia de Stilicon, á la vez su tio y su suegro. Manda matar al salvador del imperio (408), cuya gloria causa celos al indolente soberano, refugiado en Ravena. El asesinato de Stilicon acelera la decadencia, y deja abierto el camino de Roma á Alarico, arrastrado, segun decia él mismo, á la destruccion de Roma. Roma es entregada por seis dias al pillaje, y los godos la abandonan como asustados, y se esparcen en la Italia meridional. La muerte de Alarico trasmite á Ataulfo el mando de los visogodos. Ataulfo habia visto la civilizacion y la habia admirado; concibió el proyecto de hacerse su campeon y de rejuvenecerla, levantando el imperio romano con las fuerzas de la barbarie. Venció á los bárbaros de la Galia y de la España y á los numerosos usurpadores que se habian levantado en las provincias descontentas. Honorio muere sin hijos, encerrado en los muros de la ciudad de Ravena, ocupado en proscribir la herejía y completar la ruina del paganismo. Su muerte restablece la unidad del imperio.

(424-455.) Teodosio II, hijo de Arcadio, asociado al imperio con su hermana Pulqueria, gobierna con discrecion y prudencia. Confia el Occidente á su primo Valentiniano III, que recibe la púrpura imperial á la corta edad de seis años, imperando su madre Placidia treinta y cinco en su nombre, porque una vida disoluta y desarreglada le tuvo siempre reducido á la mayor degradacion y debilidad. ¿Qué podian un niño y una mujer en tan tristes circunstancias? Aecio se opone á la invasion de Atila, que da nacimiento en Italia á Venecia, esa ciudad comparable á los pájaros acuáticos, que hacen su nido en medio de las aguas; esa ciudad opulenta, misteriosa, voluptuosa, cuyos palacios van hundiéndose en el fango de las lagunas, de donde habian salido. Entonces aparece la colosal figura del papa S. Leon I, que, sin mas arma que su palabra, sale al encuentro de Atila, rey de los hunnos, que se llamaba á sí mismo *el azote de Dios*, y le obliga á retroceder, á retirar su ejército de la Italia. San Leon fué el primer papa que acreditó nuncios apostólicos cerca de las personas de los príncipes.

Cuando la muerte quebró la espada de Atila, el débil, el degradado Valentiniano saca por primera vez la suya y la sumerge en el corazon del último romano. Celoso de Accio, mató al que habia retardado por tan largo tiempo la caida del imperio. Valentiniano recibe el pago de su crímen siendo asesinado públicamente por dos bárbaros (354).

Ni Máximo, asesino de Valentiniano III, ni Avito, hechura del rey de los visogodos, bastan á levantar el imperio.

Los vándalos eran piratas hábiles y audaces: habian saqueado la Sicilia, devastado las costas de la Grecia; se aprovechan de esta anarquía, y Genserico se presenta á las puertas de Roma. Dios habia reservado otro triunfo al pontífice S. Leon. Sale al encuentro del vencedor, y no obtiene de Genserico lo que habia obtenido de Atila. La ciudad eterna fué entregada al pillaje durante catorce dias y catorce noches; pero el rey bárbaro habia prometido que no se cometeria ninguna depredacion ni hostilidad contra los que hubiesen buscado un asilo en las basílicas de San Juan, de San Pedro y de San Pablo. Los bárbaros se reembarcaron, y la flota de Genserico llevó á Cartago las riquezas de Roma, como la flota de Escipion habia traido á Roma las riquezas de Cartago. Entre el botin se encontraron los vasos de oro y plata y los ornamentos del templo de Jerusalen, conquistados por Tito, custodiados cuidadosamente hasta entonces, y que por olvido no se ocultaron en una de las basílicas perdonadas por Genserico. Alarico habia muerto á Roma; Genserico no habia hecho mas que despojar el cadáver!!...

En 451 S. Leon hizo celebrar en Calcedonia el cuarto concilio general, al que envió cuatro legados, y que presenció el emperador Marciano y la emperatriz Pulqueria. En él se condenó la herejía de Dioscoro, obispo de Alejandría, y la de Eutyches.

Máximo, al querer huir de Roma cuando los vándalos la invaden, fué hecho pedazos por el pueblo. Mayoriano es elevado al imperio (457-461). Mayoriano era uno de esos hombres que el cielo muestra un momento á la tierra en medio de la degradacion de las razas. Vendido por sus oficiales, abandonado por sus soldados, expió con una pronta muerte el honor de haber luchado contra su siglo, de no haberse detenido en el mundo ni en el trono sino el tiempo necesario para impedir la prescripcion contra la virtud.

Penosa es la agonía del imperio romano; los jefes de los bárbaros que habian salido de sus desconocidas regiones se repartieron desdeñosamente los miembros cadavéricos del coloso romano, que habian despedazado con su hacha. Livio Severo (461-467), Antemio (467-472), Olibrio (472), Glicerio (473), Julio Népos (474), ocupan alternativamente la púrpura (475-477).

El patricio Oréstes rehusa la púrpura; empero deja cubrir con ella los hombros de su hijo Rómulo Augustulo, á quien al año siguiente desposeen del trono, reduciéndolo á la vida privada.

El herulo Odoacro, general distinguido, fué proclamado unánimemente rey de la Italia el 23 de agosto del año 476.

El imperio romano habia durado quinientos siete años menos algunos dias desde la batalla de Accium. ¡Se contaban 1229 años de la fundacion de Roma!

Cuando Augustulo, el último sucesor de Augusto, abandonó los ornamentos imperiales, acabando con él el imperio romano, S. Simplicio, el cuarenta y nueve de los pontífices desde S. Pedro, ocupaba la silla del Apóstol, cuyo imperio habia comenzado bajo Tiberio, el heredero inmediato de Augusto. ¡Los herederos de Simplicio, después de mil trescientos setenta y siete años, reinan aun hoy en el palacio de los Césares!!...

IX.

Odoacro estableció su residencia en Ravena. Roma no hizo mas que cambiar de corona. En lugar del imperio material, que los romanos le habian tan penosamente conquistado, obtuvo la dominacion moral del universo. El Capitolio se abatió ante la Iglesia. Los papas sucedieron á los césares.

El nombre de *imperio de Occidente* fué suprimido por la modestia del usurpador Odoacro, que reinó bajo el simple título de rey de Italia, y la soberanía de Roma se transfiere por primera vez á las naciones septentrionales. El Capitolio abdica la dominacion del mundo, y envia por una solemne embajada las insignias á Cenon, emperador del Oriente. Cenon recibe en Constantinopla á los embajadores con severa frente, echa en cara al Senado la muerte de Antemio y el destierro de Julio Népos; « Aun vive Népos, dijo á los embajadores, y será hasta su muerte vuestro amo. » Este título de *tirano honorario*, entregado por Cenon á Népos, fué el último acto de la legitimidad de los césares.

La dominacion de Odoacro no introduce en Italia nuevas naciones bárbaras, sino que establece bajo un pié mas sólido los mercenarios extranjeros, que componian hacia mucho tiempo los ejércitos del imperio romano. El gobierno de los mercenarios y el reino de Odoacro duran diez y siete años. Fué el transito del gobierno romano al de los bárbaros. Odoacro tomó sobre sí la odiosidad de haber destruido el nombre aun reverenciado del imperio, y acostumbró á los italianos á mirar como su monarca uno de esos conquistadores septentrionales que hasta entonces habian mirado como enemigos ó como soldados á su sueldo.

(489.) Catorce años después de la coronacion de Odoacro, Teodorico, rey de los ostrogodos, entra en Italia con consentimiento de Cenon, emperador de Oriente, y emprende la conquista del reino de Odoacro, que termina, en 493, con la toma de Ravena.

Teodorico habia pasado su juventud en Constantinopla, y unia á las virtudes de los pueblos bárbaros los conocimientos de las naciones civilizadas. Los primeros conquistadores de la Italia se corrompen rápidamente. La dominacion de los go-

dos no duró sino sesenta y cuatro años, y los diez y ocho últimos años de su monarquía se emplearon en sostener una guerra terrible contra los griegos, guerra en que Belisario, y después Nárses, conquistan dos veces la Italia, y hacen perecer la mayor parte de una nacion que cincuenta años antes hacia temblar á la Grecia. Los godos fueron los primeros bárbaros que se incorporaron á la Italia. Las dos naciones, sometidas á los mismos dueños, estrecharon sus vínculos entre sí. Se olvidó el orígen septentrional de una de las dos, y los ostrogodos cesaron de formar un pueblo separado. Esta reunion no se hubiera tal vez completado bajo la dominacion de los griegos; empero estos no quedaron largo tiempo en posesion de la Italia. Nárses, que la habia conquistado, y que la gobernó con sabiduría durante diez y seis años, es llamado á Constantinopla por la celosa desconfianza de la Emperatriz. Este anciano general, al resignar su gobierno, confia el cuidado de su venganza al rey de los lombardos, Alboino, á quien llama secretamente á Italia (567).

En medio de estos continuos movimientos de los bárbaros, que devastan y asesinan, y que llenan una mision de venganza que los agobia y los hace caer bajo la misma espada que los ha elevado, la única que no varia jamás, la sola que subsiste siempre, es Roma, ó mas bien sus papas; porque ni los señores, ni el pueblo, ni el escudero imperial, que lleva el título de *duque de Roma*, figuran nada en la historia. El obispo de Roma lo es todo: él defiende la ciudad, él anima el valor, él levanta las murallas, y en las terribles y frecuentes circunstancias en que los bárbaros amenazaban saquear la ciudad, le hemos visto abrir las puertas y marchar al encuentro del enemigo. Los papas fueron una providencia para todos los pueblos. No se recomendaban al amor de estos solo por los beneficios, sino que, reconociendo la moral mas dulce que se ofreció jamás al mundo, es incontestable que por la naturaleza misma de su influencia no podian menos de atraer, aunque no fuese mas que por el contraste de las profundas y fuertes emociones, el favor de aquellos hombres cuyo solo objeto era la destruccion y el pillaje. El cristianismo era la religion de los desgraciados; así, era imposible que los papas y el clero no acreditasen mas y mas su doctrina en ánimos que habian sufrido la tortura del despotismo y una invasion. Fortalecido el cristianismo con las disputas que por tantos años sostuvo contra los arrianos, habia estrechado sus filas para hacer frente á la herejía, constituyendo la mas vigorosa unidad de organizacion, que sobrevivió al imperio. La Iglesia formaba efectivamente entonces un todo completo, armonioso; natural era que dominase, y dominó con efecto, sobre las instituciones y sobre todas las ideas desordenadas que la rodeaban. El órden no pierde jamás el derecho que tiene al respeto de los pueblos. Manifestaba además cualidades mas sólidas y brillantes que las que poseian en otro tiempo los individuos mas famosos del mundo civilizado; además de esto, tenia virtudes desconocidas fuera del cristianismo, y era naturalmente la iniciadora del mundo en la disolucion y anonadamiento de la autoridad imperial, porque ella sola poseia la perseverancia de accion y esa unidad de esfuerzos homogéneos que son precur-

sores de la victoria. Por eso los papas estaban en la cúspide de la sociedad. La Iglesia tenia además á los ojos del poder político los precedentes de la obediencia legal, que debian conciliarla mas y mas el favor con los gobernantes. Así los papas gozaban el favor del poder y el de los pueblos, porque eran tan útiles á los unos como á los otros; porque llevaban en la cabeza y en el corazon los solos elementos sociales que pueden hacer vivir el presente y el porvenir; porque ellos solos desplegaban en su santuario la bandera de la gloria, el estandarte de la libertad. Así, poco á poco este poder extraño, sobre todo en unos tiempos en que no tenia en sus manos nada de lo que constituye la fuerza de los hombres, fué elevándose al último punto que debia tener. Los pacíficos enviados de los papas invadieron el mundo bárbaro, y fueron árbitros de las grandes querellas que la espada no podia cortar, porque el pensamiento de un derecho superior á la fuerza se esparció en todas las naciones.

En tanto continúa sin interrupcion la sucesion de los pontífices de Cristo. San Felix III sucede á S. Simplicio (383-492). San Gelasio es nombrado papa (492-496), y muere el mismo año en que Clodoveo abraza en Francia la religion católica, teniendo una gran parte en este inmenso suceso del catolicismo. San Anastasio II (496-498) combate el arrianismo y felicita á Clodoveo, el único príncipe católico de Occidente.

San Simaco (498-514) ve manchar su eleccion con sangre, porque se hace elegir antipapa Lorenzo, fiado en la proteccion de Teodorico, rey de Italia, residente en Ravena. Este, aunque arriano, se decide en favor de Simaco; insiste Lorenzo, pero es condenado como antipapa en un concilio. No se aquieta con la sentencia; turba de nuevo la Iglesia, y apela á la calumnia contra Simaco. Entonces, con consentimiento del Papa, se vió una gran novedad en la Iglesia; se convocó un concilio, en el cual se reunieron ciento veinte obispos, para juzgar al Pontífice, cuya inocencia fué altamente reconocida, y además los padres solemnemente declararon que el obispo de la santa silla no era justiciable ante sus obispos inferiores. El antipapa Lorenzo fué enviado al destierro como hereje y calumniador. El decreto de este concilio se resistió en las Galias por los obispos, que encargaron á S. Avito, obispo de Viena, escribiese á nombre de todos, diciendo que no podian comprender cómo un superior, cómo un jefe de la Iglesia era justiciable ante sus inferiores.

San Hormísdas (514–523) deseaba enviar legados al emperador Justiniano para verificar la union de las iglesias griega y latina, treinta y cinco años hacia divididas por el cisma de Acacio. Hormísdas se presenta á Teodorico, y obtiene su consentimiento. Clodoveo, rey de los francos, le reconoce como verdadero vicario de Jesucristo, y le envia una corona de oro, prometiéndole mantener pura y sin mancha la fe católica, que habia recibido bajo el reinado de Anastasio II. En este tiempo (520) se estableció el órden de *benedictinos* por S. Benito; ¡esa órden que ha producido veinte y cinco pontífices y mas de cuarenta mil santos!

San Juan I (523-526) es llamado á Ravena por el rey Teodorico, quien lo envia á Constantinopla á pedir concesiones al emperador Justiniano, favorables al arrianismo. La marcha de Juan hasta Constantinopla es una marcha triunfal. Todos los pueblos salen á su encuentro con luces encendidas. El Emperador se presenta á la entrada de Constantinopla, se arrodilla, y le rinde los homenajes que hubiera rendido al mismo S. Pedro. Juan corona á Justiniano, y fué el primer pontífice que impuso sobre las sienes de un emperador la corona imperial, porque los otros emperadores no habian sido hasta entonces coronados sino por los obispos, después de haber profesado la fe católica por escrito. Justiniano, á su vez, reviste al Papa con los vestidos augustales, *vesti augustales*, concediéndole este uso para él y sus sucesores. Hace magníficos regalos al Pontífice, y este á su vez los entrega á las iglesias de San Pedro, San Pablo, Santa María y San Lorenzo; ejemplo que siguen los sucesores de Juan con los regalos que reciben de los soberanos. Juan debia encontrar los homenajes en el Oriente, la prision en Occidente. Apenas vuelve á Ravena, donde saben que no habia querido conseguir su impía mision, cuando Teodorico lo arresta y lo hace tratar con el mas bárbaro rigor. Juan, fatigado con el largo viaje, sucumbe.

Las razones secretas que habian obligado á prender á Juan I se descubren en la influencia que este príncipe quiere ejercer sobre la eleccion de los papas. Teodorico designa por sucesor á S. Félix IV. El clero romano respeta la voluntad del rey godo, á la que no podia oponerse. Así se evitó un cisma, empero la eleccion se hacia contra las leyes eclesiásticas. Esta manera de elegir duró por necesidad todo el tiempo que existieron en Italia los reyes godos. Después, en defecto de los reyes, los emperadores de Oriente usurparon este privilegio; así es que el clero hacia un estudio de elegir pontífices que fuesen agradables á los emperadores, siéndolo generalmente aquellos que habian sido *aprocrisarios* ó agentes políticos de los papas cerca de los emperadores.

San Bonifacio II (530-532) gobierna pacíficamente la santa sede, pero designa á Vigilio como su sucesor; acto desaprobado por una gran parte del clero, como contrario á los cánones y al derecho de las elecciones, y además muy peligroso, en vista de las exigencias de los reyes de Italia. Bonifacio se arrepiente de haber violado las leyes santas y juntamente los cánones de Nicea, oprimiendo la libertad de los comicios sagrados; reune un concilio, y él mismo quema por su mano el decreto que habia dado sobre esta eleccion.

A su muerte queda vacante la santa sede dos meses y quince dias. Es nombrado papa Juan II (532-535).

San Agapito I (535-536) resiste á Justiniano, que quiere someterle á los patriarcas de Constantinopla.

San Silverio (536-538) recibe el martirio antes que consentir en los deseos de Teodora, mujer de Justiniano, que pedia favoreciese la herejía de los *acéfalos*.

Vigilio (538-555) es el mismo que habia designado por su sucesor Bonifacio II,

legítimamente elegido, se opone á los deseos de Teodora, esa mujer de teatro, que, habiendo llegado á ser emperatriz y árbitra de los destinos del mundo, queria tambien influir en los negocios de la religion. Justiniano, para terminar las controversias entre la iglesia griega y latina, hace que el Papa convoque un concilio general en que el número de obispos latinos igualase al número de obispos griegos; empero el Emperador no cumple su palabra, y Vigilio se ve forzado á convocar el concilio el 5 de mayo de 553, sin aguardar la llegada de los obispos latinos. No habia en esto ni justicia ni dignidad, ni respeto á la Iglesia. Vigilio no asiste al concilio. Si fué débil en su convocacion, tuvo valor suficiente después para publicar una constitucion en que probaba que semejante concilio no tenia mas que un brazo y no podia entender en las cuestiones de los tres capítulos. Sin embargo, este concilio fué llamado el quinto concilio general. ¡Doloroso espectáculo el del jefe de la cristiandad, expuesto así á la animadversion de la iglesia griega en Constantinopla mismo, sin apoyo, sin consejo de nadie! Así es que Vigilio se sometió, y confirmó este concilio general.

En este tiempo Totila se apodera de la ciudad de Roma, la saquea y destruye sus murallas, que Belisario reedificó después.

Pelagio I (555-560), Juan III (560-574), Benito I (574-578), Pelagio II (578 á 590), rigen sucesivamente la Iglesia.

Los lombardos, que pasaban entre las naciones germánicas por uno de los pueblos mas valientes, altivos y libres, fundan en Italia un nuevo poder sobre los restos del reino de Teodorico y de la dominacion griega. La muerte prematura de Alboino, después de un reinado de tres años y medio, y la anarquía que le sigue pone un obstáculo á sus conquistas. Un pueblo fortificado antes en las lagunas de Venecia se habia escapado tambien al yugo de los lombardos. Roma, con su territorio, ó con su ducado, como se llamaba entonces, permanece fiel á los emperadores de Oriente, bajo la proteccion de los papas.

La conquista de los lombardos, cuya corte es Pavía, donde habia fijado su residencia Alboino, se extiende desde los Alpes hasta las inmediaciones de Roma. Esta conquista fué para la Italia la época del renacimiento de los pueblos. Se alzaron principados independientes, se erigieron repúblicas en todas partes, y un principio de vida animó aquellos contornos, largo tiempo sumidos en un sueño letárgico. La monarquía de los lombardos subsistió con gloria doscientos seis años (568-774). La raza de los lombardos prosperaba en Italia mientras que se extinguia gradualmente la de los romanos. La larga enemistad conservada entre los lombardos y los romanos ó los griegos fué la causa de la caida de su monarquía.

Los papas se veian siempre sitiados en su capital por los lombardos. Roma á la vez recibia los insultos del poder de los emperadores de Oriente, que no reinaban sino á la sombra de los vándalos, dueños del Africa; de los exarcas, que se creian con derecho de imponer leyes y no respetarlas, y de los lombardos, que preten-

dian ser los sucesores de los que se habian dividido el antiguo imperio romano.

En estas circunstancias, cuando una peste desolaba la ciudad de Roma, Dios envia á S. Gregorio I, renovando con su presencia las promesas de proteccion y de grandeza que se habian hecho á la Iglesia fundada con su sangre. Gregorio, dueño de una inmensa fortuna, funda seis monasterios, uno de ellos en su propio palacio de Roma, de la órden de S. Benito. Es elegido pontífice á pesar suyo. Huye, y descubierto milagrosamente, tiene que aceptar el pontificado. Este gran papa apacigua la peste con sus oraciones; escribe á los emperadores y les hace entrar en la obediencia que le es debida; conquista el Africa y la fortifica; confirma en España á los visogodos, convertidos al cristianismo desde que Recaredo el Católico acababa de entrar en el gremio de la Iglesia. Convierte la Inglaterra por medio del monje Agustino; reforma la disciplina; exalta á los reyes católicos sobre todos los reyes de la tierra; doma el orgullo de los lombardos; salva á Roma y á la Italia, á quienes los emperadores no podian ayudar; reprime el orgullo naciente de los patriarcas de Constantinopla, é ilumina toda la Iglesia por su doctrina; gobierna el Oriente y el Occidente con tanto valor como humildad, y da al mundo un público modelo del gobierno eclesiástico. Es el primero que se apellida humildemente *siervo de los siervos de Dios*, dictado que se conserva hasta nuestros dias, y cuya fórmula sigue Pio IX. Algunos obispos quisieron en lo sucesivo tomar este título, empero fué reservado siempre al Sumo Pontífice. Gregorio hizo datar los diplomas y bulas pontificales desde la encarnacion del Salvador. Fué tambien el primero que empleó los términos de hablar *desde lo alto de la cátedra*, EX CATHEDRA. Instituyó, finalmente, el *canto* llamado *gregoriano*. Gobernó la Iglesia trece años, siete meses y diez dias (590-604). Es uno de los doctores de la Iglesia, y el primer fundador del poder temporal de los papas.

A S. Gregorio el Grande sucede Sabiniano (604-607). Gobierna tres años y tres meses la Iglesia de Cristo, y es el autor de la invencion de las campanas en las iglesias, que algunos autores han querido atribuir á S. Paulino, obispo de Nola.

La sede apostólica quedó vacante once meses y veinte y ocho dias. Fácil es conocer que el clero de Roma cuando procedia á la eleccion de un pontífice deseaba ser agradable al emperador de Oriente. La distancia á la corte imperial; la mediacion, siempre interesada, de los exarcas y de los ministros imperiales, que, bajo diversos nombres, de tiempo en tiempo poseian el poder en Roma, dieron lugar á cabalas que forzaban á diferir el nombramiento definitivo del Pontífice. Bonifacio III fué al fin elegido papa, y merecia sin duda serlo, porque era el nuncio que S. Gregorio habia enviado á Constantinopla.

Bonifacio obtuvo del emperador Fócas lo que S. Gregorio no habia podido obtener del emperador Mauricio. El Emperador declara por un decreto que solo al obispo de Roma es á quien correspondia el título de *obispo universal*. Muere á los ocho meses, y le sucede Bonifacio IV (608-615), que, con consentimiento del emperador Fócas, consagra á la vírgen María el panteon elevado por Marco Agripa,

yerno de Augusto, uno de los monumentos mas hermosos de la Roma pagana.

San Adeodato (615-619) ocupa tres años la silla apostólica, y edifica por su caridad á Roma, devastada por una peste de lepra.

Bonifacio V (619-625) establece el derecho de *asilo* en las iglesias. Si el gran Gregorio habia comenzado ventajosamente á fundar el poder temporal de los papas, Bonifacio ve alzarse un pueblo ardiente para atacarlo y para destruirlo.

Mientras en el Occidente se penetraban los pueblos poco á poco del espíritu cristiano, en el Oriente se verifica una de aquellas grandes revoluciones que imponen á la multitud por falsos resplandores y que no dejan en pos de sí mas que un rastro de tinieblas. El héroe de esta revolucion fué un árabe. Desde el fondo de los desiertos, Mahoma, que habia nacido en una clase oscura, se alza, y ayudado de un pueblo bárbaro, trata de elevarse al imperio. Con la punta del alfange presénta el *Koran* á los pueblos sometidos á su dominacion. Apaga y extingue en torrentes de sangre la luz del Oriente, que habia destrozado. En un principio son cortos sus progresos. Se ve obligado á huir de su patria, y esta huida fué mas famosa que las mas célebres victorias; sirvió de época á los musulmanes para marcar el órden de sus anales, la *egira*. Profeta y tirano, Mahoma erigió el despotismo en sabiduría, destruyó la libertad del hombre para mejor anonadar la del ciudadano, mandó á la fe de los pueblos, la que no se atrevia á esperar de su resignacion. La rápida propagacion del islamismo se explica fácilmente por la debilidad de los primeros pueblos atacados, por la gran capacidad de los primeros califas, y por las repetidas victorias que alcanzaron. El mahometismo exálta la cabeza ardiente de los árabes, y después de haber devastado aquellos pueblos, los hijos del desierto partieron del mediodía, marcharon sobre el Africa septentrional, y apenas habian pasado cincuenta años, cuando con sus ligeros caballos hollaban toda la extension desde el Egipto hasta la Mauritania. Destruyeron los berberiscos, pueblo nómade que les disputaba el territorio, y queriendo plantar mas léjos la bandera del Walid, pasaron el estrecho y acometieron la España. Un español católico, un español ardiente, Pelayo, se retira al interior de las montañas de Astúrias, y detiene á los sarracenos en el momento en que iban á tomar el mediodía de Europa como punto de partida para una invasion general.

Honorio I (625-640) construye magníficas iglesias y restaura las que caen en ruinas. Lamenta al fin de su reinado los progresos del mahometismo; pero tiene el consuelo de ver la Croacia católica, y la cruz santa arrebatada á los persas por los ejércitos triunfantes de Heraclio.

Después de un interregno de año y medio, porque el emperador Heraclio no quiere aprobar la eleccion de Severino (640), que combate la herejía de los *monotelitas*, y que muere de pesar al ver saqueado por el exarca de Ravena y por el gobernador de Roma, de órden del Emperador, el tesoro de la Iglesia y el palacio de Letran, es nombrado Juan IV (640-642).

Teodoro I (642-649) es el primer pontífice á quien se llama públicamente *Sobe-*

rano Pontífice y el último á quien los obispos llaman *hermano*. La Europa comenzaba á dividirse en varios estados y era preciso un centro de unidad bastante importante para prevalecer sobre las divisiones nacionales; además, el nombre no añadia nada á lo que ya existia en realidad.

San Martin I (649-654) es elegido pontífice sin aguardar el consentimiento del Emperador, pero este, indignado, da órden para asesinarlo. El exarca Olimpio encarga á su escudero el crímen en el momento en que el Pontífice fuese en la iglesia de San Juan de Letran á darle la comunion. El Papa se adelanta con todos sus prelados para llevar la comunion al Exarca. Entonces los fieles recibian la comunion en el sitio en que estaban, y no al pié del altar. El escudero queda repentinamente como ciego, y no verifica su crímen. Olimpio implora el perdon del Papa; pero el emperador Constante, descontento de Olimpio, lo envia á Sicilia á combatir á los musulmanes, que ya habian penetrado en esta isla; nombra á Teodoro Caliopas y le encarga la ejecucion de sus criminales designios. La Italia, aunque sometida á diversos señores, no tenia sino un solo sentimiento para el papa S. Martin. Puro en sus costumbres, conciliador, simple y frugal en sus gastos, se habia conciliado el reconocimiento y veneracion de los cristianos, enviando á Sicilia sumas cuantiosas para rescatar los infelices habitantes que los sarracenos habian reducido á la esclavitud. Caliopas ataca el palacio del Pontífice, que se hallaba enfermo; S. Martin hace trasladar su lecho á la iglesia misma; empero, arrancado bárbaramente de ella, es conducido á Constantinopla, donde con una cadena al cuello es expuesto en la plaza pública al ludibrio de sus enemigos. El verdugo llevaba delante de él la espada con que debia degollarle, regando sus pasos con su sangre. Fué arrojado en una prision, y trasportado después á Kerson, lugar donde se depositaban los grandes criminales, muere allí de fatiga y de dolor.

Los romanos habian elegido papa á Eugenio I en vida de S. Martin, el cual, desde su prision de Kerson, habia aprobado la eleccion para que la santa sede no quedase vacante. Eugenio I rige la Iglesia como vicario durante la cautividad del Papa, y como su sucesor después en la silla apostólica (656-657).

San Vitaliano (657-672) ve renovar por el emperador Constante, que quiso abandonar á Constantinopla para restablecer en Roma la sede de su imperio, todas las violencias que habian cometido los godos y los vándalos. El Emperador, cuyo proyecto es combatido vivamente por los lombardos, aparece un momento en Roma, la saquea, y hace trasportar todo su inmenso botin á Siracusa. Semejante conducta no podia servir sino para fortificar mas y mas el poder de los papas.

Adeodato II (672-676) confirma á los venecianos el derecho de elegir los *dux*, prueba de la concordia que existia entonces entre Roma y Venecia. Los venecianos procuraron que su nueva constitucion tuviese una sancion sagrada que, al par que impusiese á una multitud tumultuosa, les diese un nuevo título para librarse de la servidumbre en que los tenian los emperadores de Oriente. Un pueblo libre,

viniendo á implorar la investidura que creia necesaria, declaraba que la autoridad temporal era en aquel tiempo una emanacion de la Iglesia.

San Domno I (676-678) ocupa la cátedra de San Pedro solo un año, y queda vacante por espacio de otro.

San Agaton (678-682) convoca á instancias del emperador Constantino un concilio general en Constantinopla, llamado *in trullo*, de la forma redonda de la bóveda del palacio en el cual se celebró.

San Leon II (682-684) gobierna la Iglesia solo diez meses y diez y siete dias. Queda vacante un año la silla apostólica; y le sucede S. Benedicto II (684-685), el que, amigo del emperador Constantino IV, consigue de él que la eleccion del Pontífice romano no tenga necesidad de la confirmacion del Emperador ni de la del Exarca. En vano por tan largo tiempo Roma habia solicitado esta mudanza; nunca la habia obtenido. Desgraciadamente no la gozó tampoco mucho.

Justiniano II, sucesor del piadoso Constantino, sin respetar la decision de su padre, renueva los mismos abusos, cometiendo al exarca de Ravena el derecho de confirmar á Juan V (685) y á Conon (687), á cuya eleccion se oponen dos antipapas, Pedro y Teodoro, sostenidos por las intrigas imperiales.

San Sergio I (687-701) rehusa aprobar algunos de los cánones del concilio de Constantinopla. Justiniano ordena públicamente á Zacarías, su escudero, que arrebate al papa de Roma y lo conduzca á Constantinopla; empero el pueblo romano toma las armas, la milicia del exarcado le secunda, y Zacarías tiene que refugiarse en el aposento mismo del Papa, ocultarse bajo su lecho é implorar de su generosidad la vida. Habian pasado los tiempos en que un emperador arrebatase cruelmente al papa S. Martin; estaban presentes los martirios de aquel digno pontífice, ¡y se sabia que Justiniano no era menos bárbaro que su abuelo Constante!! Esta es la vez primera que los italianos se opusieron al poder imperial en favor del de los pontífices.

Juan VI (701-705) encuentra igual proteccion en el pueblo de Roma, que resiste á las fuerzas del exarca de Ravena, encargado por el Emperador de hacerle marchar á Constantinopla. El poder de los exarcas comenzaba á declinar, el de los papas se iba acrecentando cada vez mas. Estos aprovechaban sus ventajas sin abusar, demasiado conocedores de lo poco que era de fiar el favor de las tropas.

Juan VII (705-708) recibe los Alpes Cotienses, llamados así del príncipe *Cotio*, que los poseia hacia largo tiempo bajo el emperador Octaviano Augusto; formaban la quinta provincia de la Italia y parte de la Liguria hasta los confines de la Galia. Los Alpes Cotienses, antes de la llegada de los lombardos, eran administrados por los pontífices de Roma; pero los lombardos usurparon estas provincias á pesar de las reclamaciones de diversos pontífices. Ariverto II, rey de los lombardos, hizo escribir con letras de oro un diploma, y en este documento reconoce la propiedad de la Santa Sede, que mas tarde debian confirmar otros reyes.

Sisinio solo gobierna la Iglesia veinte dias (708). Justiniano, que ocupaba toda-

vía el imperio, habia visto la repugnancia de Sergio y de Juan VI; muda de táctica, apela á los ruegos é invita á Constantino á que vaya á Constantinopla. Constantino, lleno de fuerza y de celo, no titubea y emprende este viaje en interés de la Santa Sede, dispuesto á sacrificar la vida si el tirano era bastante audaz para arrancársela. La marcha del papa Constantino fué un triunfo continuado. Un diploma imperial ordenaba que se le hiciesen los mismos honores que al Emperador. Al encontrarse con el Papa, Justiniano se prosterna y besa sus piés. Desde entonces los mas grandes príncipes de la tierra han dado este testimonio de respeto al jefe soberano de la Iglesia. Se abrazaron en seguida en medio de las aclamaciones del pueblo. El Emperador renovó los privilegios acordados por sus predecesores á la iglesia de Roma; y el Papa entró en su capital, al cabo de un año de ausencia, mas fuerte, mas poderoso, mas soberano que nunca. Habiendo sido asesinado Justiniano, el emperador Bardanes, que le sucede, quiere restablecer la doctrina de los monotelitas; Constantino resiste con nuevo valor.

X.

San Gregorio II ocupa la cátedra de San Pedro (715-741); y mientras el catolicismo producia tantos héroes en España y ofrecia tantos recursos materiales á Cárlos Martel, que gobernaba la Francia por Tierry II; mientras el obispo Bonifacio sometia al cristianismo la Alemania, el emperador Leon Isauriense, después de haber obligado á los sarracenos á levantar el sitio de Constantinopla, resuelve anonadar el culto de las santas imágenes y constituirse en reformador de la cristiandad; proclama que es un culto grosero, idólatra, el que se tributa á las imágenes de la Vírgen y de los santos, y que él, en su calidad de emperador, era el jefe de la religion, y que á él pertenecia reformar los abusos. En vano se le opone el obispo de Constantinopla, en vano los pueblos redoblan su celo y su piedad á medida que el Emperador redobla su furor *iconoclasta*; el Occidente entero se levanta y se separa de su obediencia. No podia el Oriente luchar con el genio católico de Occidente, porque este genio era el solo capaz de dominar la gran máquina que los bárbaros habian venido á edificar desde el mar Adriático hasta el Océano. Pelayo en España, Cárlos Martel en Francia, Bonifacio en Alemania, Gregorio III en Roma, eran los heraldos de una religion que habia padecido tantos dolores y tantos martirios. ¡Esta guerra fatal dura ciento diez y ocho años!

Dos resultados inmensos prepara sin saberlo la obstinacion insensata de Leon Isauriense: la independencia de los papas y el establecimiento del imperio de los francos.

Los lombardos, excitados por Leon, intentan ocupar á Roma. Las hogueras del ejército de Luiprant brillaban ya en el monte Mario cuando Gregorio, nuevo

S. Leon, sale á su encuentro, y Luiprant, que iba á apoderarse de la ciudad y destruirla, se postra á los piés del Pontífice, marcha á la iglesia de San Pedro, se arrodilla delante del sepulcro del príncipe de los apóstoles, y despojándose de sus vestiduras reales, deposita sobre él su espada y su corona de hierro. Pide perdon al Papa, Gregorio se lo otorga, y el Rey torna á su capital de Pavía. Inmensa fué la fuerza moral que consiguió el pontificado en todos los pueblos; quienes, á pesar de su ignorancia, veian la necesidad de obedecer al soberano Pontífice, á cuyos piés se habia postrado el mas formidable príncipe de Italia, cuando marchaba dispuesto á destruir el poder de Gregorio.

Roma tenia un duque nombrado por el Emperador: Marino desempeñaba este cargo; intenta asesinar á Gregorio, es arrojado por el pueblo, y el ducado romano, que aspiraba á gozar de una libertad mas segura, se somete voluntariamente al Pontífice. Desde esta época puede decirse que comienza en parte el dominio temporal positivo de los pontífices romanos; mas tarde los reyes Pepino y el emperador Carlo-Magno debian añadirle nuevas ciudades. Quince años, ocho meses y veinte dias gobierna Gregorio II la cristiandad.

Gregorio III, su sucesor (731-741), no solo no pide al Emperador la confirmacion de su dignidad, sino que separa de la Iglesia á todos los iconoclastas. Roma defendia con pasion á los pontífices, y con ellos las artes, atacadas por Leon Isauriense en las bellas obras de la escultura y de la pintura. Luiprant, á pesar de su sumision, vuelve á sus sentimientos hostiles y amenaza nuevamente á Gregorio III, que implora los socorros de Cárlos Martel, á quien da el título de *príncipe Cristianísimo*, que se ha conservado constantemente en los reyes de Francia. Envia nuncios, ministros de su potencia directamente soberana, para que le exciten á contener el ímpetu de los árabes, que habian penetrado en Francia. Abderraman es derrotado en la célebre batalla de Poitiers, donde Martel se presenta obedeciendo la voz poderosa de Gregorio III. La proteccion de Dios, en la batalla de Constantino contra Majencio, dió el triunfo al cristianismo; la misma proteccion en la batalla de Poitiers (732) liberta á la Europa de la irrupcion y del dominio de estos nuevos bárbaros.

Gregorio da á Cárlos Martel los títulos de *cónsul* y de *exarca;* los papas comienzan desde entonces á erigirse en dispensadores de las grandezas temporales.

La muerte de Cárlos Martel coincide con la del Papa.

San Zacarías (741-752), dejando el gobierno de Roma á Estéban, patricio y duque nombrado por la Santa Sede, marcha á Ravena para oponerse á los ataques de los lombardos, y desde allí á Pavía para ver al Rey, que no resiste á su elocuencia. Luiprant devuelve las ciudades y el territorio usurpado. La reconciliacion dura hasta el advenimiento de Astolfo, que, celoso de completar la conquista de la Italia, somete el exarcado y amenaza á Roma. Zacarías se dirige, como su predecesor, al jefe de los francos, á Pepino, hijo de Cárlos Martel.

A Zacarías sucede Esteban III (752-757), que estrecha la alianza del pontifica-

do y del poder real, marchando á Francia á consagrar á Pepino, con sus hijos, Cárlos, después Carlo-Magno, y Carloman, declarando á todos tres, así como á sus sucesores, patricios romanos, protectores y defensores de la Santa Sede Apostólica.

Pepino pasó á Italia, venció á Astolfo, y de sus conquistas cortó con su espada poderosa un reino, que entregó generosamente al sucesor de S. Pedro. Las llaves de las ciudades cedidas fueron depositadas por el vencedor sobre el sepulcro mismo del santo Apóstol. Este es el órden mismo con que se nombran, órden poco geográfico : *Ravena*, *Rimini*, *Pesaro*, *Fano*, *Cesena*, *Sinigaglia*, *Iesi*, *Forlimpopoli*, *Forli*, *Castell-Sussubio*, *Montefeltro*, *Acerragio*, *Monte di Lucaro*, *Cerra*, *San-Marino*, *Bobbio*, *Urbino*, *Cagli*, *Luceolo*, *Gubbio*, *y Comacchio*. Esta nomenclatura indica que el exarcado de Ravena se componia entonces de la legacion actual de Ravena, de la de Forli, de la de Pesaro y Urbino, y de una parte de la delegacion de Perugia, la que comprende los valles trasversales procedentes de la cadena principal de los Apeninos entre Rimini y Sinigaglia, hácia el mar Adriático.

Desde este dia el Papa, no solamente fué obispo, sino principe temporal. Intimos aliados los pontífices y los príncipes de la casa de Heristal, el catolicismo no tuvo misioneros mas activos ni poderosos que los príncipes de esta dinastía.

Estéban era tan amado del pueblo, que en el momento de su elevacion, lleno de entusiasmo, lo alza sobre sus hombros y lo lleva á la basílica de San Juan de Letran. Este fué el orígen mas tarde del uso de la *silla gestoria*, costumbre que aun se sigue hoy, y que da á las pompas de Roma ese aire de magnificencia y de brillo á que no puede igualar ninguna de las cortes soberanas, ni aun las mas espléndidas de Oriente.

San Pablo I (757-768) ve alzarse contra él un antipapa llamado Constantino, contra el cual el pueblo se subleva, lo aprisiona y le priva de la vista.

Esteban IV (768-772) es el mediador en las desavenencias domésticas de Carlo-Magno y de su hermano Carloman. Cuando Carlo-Magno hubo despojado á los hijos de Carloman, su hermano, y repudiado á la hija del rey de los lombardos, Didier I, este quiso obligar á Adriano I (772-795) á que consagrase los hijos de Carloman con la esperanza de producir una guerra civil que anonadase el poder de los francos. Adriano rehusa ; el Rey intenta arrojar al Papa de Roma; recurre este á Carlo-Magno, que sitia á Didier en Pavía y lo hace prisionero, confinándole á un monasterio de Francia, poniendo fin á la autoridad de los lombardos. Este reino habia subsistido doscientos seis años. El nombre de los lombardos no fué, sin embargo, enteramente extinguido con sus príncipes ; aun se llama Lombardía el país que poseyeron á los alrededores del Po. En esta revolucion perdieron enteramente los emperadores griegos la esperanza que habian conservado hasta entonces de recobrar el exarcado y la Pentápolis. Tambien se llamaba *Lombardía* el ducado de Benevento, ducado que en 773 Cárlos da á la Santa Sede, la cual aun lo posee, aunque enclavado en el centro del reino de Nápoles.

Tres veces recibió Adriano en Roma á Carlo-Magno. Obtuvo la paz con la Iglesia oriental. Terminó la lucha de los iconoclastas haciendo celebrar el sétimo concilio general, que comenzó en Constantinopla en 786 y terminó en Nicea en 787, en el que se restableció el culto de las imágenes. El reinado de Adriano fué mas largo que el de ningun otro de los pontífices desde S. Pedro. Reinó veinte y tres años, diez meses y diez y siete dias.

San Leon III (795-816) no solo confirma á Carlo-Magno el título de *patricio romano*, conferido por el papa Estéban III, y que le imponia la obligacion de defender la Iglesia, sino que le manda el estandarte de la Iglesia y las llaves de San Pedro. Carlo-Magno vuelve á Roma. El dia de Navidad del año de 800 es un gran dia para la cristiandad y para la historia del mundo; dia en que Carlo-Magno, adelantándose á pié, seguido de sus condes y de sus fieles, hasta el pórtico de San Juan de Letran, se postró delante del *servidor de los servidores de Dios*, recibiendo de él la corona imperial y confirmándole las donaciones que Pepino habia hecho. ¡Escena grande, imponente, digna de las dos grandezas de Roma, y que no podia verificarse sino en aquel inmenso teatro!... Carlo-Magno abandonó desde entonces el título de patricio, que le parecia como el de un oficial de los emperadores de Oriente y un título de dependencia, y recibió el de *emperador* y *augusto*. Leon III gobernó la Iglesia veinte años, cinco meses y diez y seis dias.

Las conquistas de los francos fueron consideradas por la Italia como una nueva invasion de los bárbaros; empero los talentos y virtudes de Carlo-Magno sirvieron de compensacion á la brutal impetuosidad de sus súbditos. El imperio de Occidente quedó restablecido, componiéndose de toda la Alemania, la Francia y la Italia. Carlo-Magno muere en 814.

XI.

A la muerte del conquistador su fuerte espada se quebró, y con ella cesan las conquistas, desaparece la unidad, y el imperio, obra humana, se descompuso como el cadáver del Emperador. El genio de Carlo-Magno habia dejado un gérmen vigoroso en la tierra, que acababa de remover; empero esta tierra, demasiado nueva, demasiado vírgen, demasiado fria aun, é impenetrable á los rayos del sol de la civilizacion, dejó perecer el gérmen. Carlo-Magno habia venido demasiado pronto al mundo. Así su familia no conserva sino setenta y tres años la poderosa monarquía que habia fundado.

Carlo-Magno fundó el imperio de Occidente por su genio militar, por su despótica firmeza. Su hijo Luis I, llamado el *Piadoso*, lo perdió por su debilidad, por su mal entendida devocion.

La Iglesia habia sido sucesivamente iglesia imperial bajo los emperadores su-

cesores de Constantino, iglesia independiente, y separada del poder temporal después de la invasion de los bárbaros; con el imperio de Carlo-Magno contrae una estrecha alianza con el poder civil, que el genio de Carlo-Magno habia hecho formidable. El poder civil cae con el hombre, la Iglesia vuelve á recobrar su supremacía, y se apresta á luchar con el feudalismo.

Mientras vivió el grande emperador, los papas permanecen obedientes á él. De aquí la regularidad, la unidad, la fuerza moral de las potestades espiritual y temporal. Cuando esta perece con Carlo-Magno, el feudalismo, móvil y anárquico, gérmen de divisiones y fraccionamientos, iba á anonadar el poder temporal, y hubiera sin duda destruido el poder espiritual, sin la actividad, la juventud y la fuerza dominadora del pontificado.

Esteban IV (816) no solicita ya el consentimiento de Luis el Piadoso, pero pasa á Francia para consagrarlo emperador.

San Pascual I (817-824) tampoco solicita la confirmacion de su eleccion; recibe del piadoso Luis la donacion de las islas de Córcega y Sicilia, y abre en Roma un generoso asilo á los griegos que la persecucion de los iconoclastas obliga á abandonar el Oriente. Corona por emperador á Lotario, á quien Luis el Piadoso por una rebelion se vió obligado á asociar al imperio.

Eugenio II (825-827) vence al antipapa Cincino, y le sucede Valentino, único de su nombre, que en vano resiste su elevacion á la silla apostólica, y á quien la muerte arrebata á los cuarenta dias.

Gregorio IV (828-844) toma una parte muy activa en las discordias que se suscitan entre el Emperador y su hijo, y compañero en el imperio, Lotario, apoyando las pretensiones de este. Luis se humilla y cede á la voz del vicario de Cristo (835).

A Gregorio IV sucede Sergio II (844-847). Lotario I se irrita de que no se haya obtenido su consentimiento; pero el Papa lo aplaca consagrando á su hijo Luis rey de Italia. Los sarracenos amagan á Roma.

Leon IV (847-855) ve llegar los sarracenos, que queman los arrabales mismos de Roma, primer ultraje que suscita en el pensamiento del pontificado la primera idea de las cruzadas. Leon IV combate como un soldado, hace reembarcar á los árabes, y levanta los muros derribados y rodea con una nueva ciudad la iglesia del príncipe de los apóstoles, llamándola la *ciudad Leonina*. Edificada fué con los tributos voluntarios que de todas partes de la cristiandad á porfía se le remitian; acudieron á trabajar los obreros de todas las partes del mundo, y el Pontífice mismo los animaba con su ejemplo y trabajaba entre ellos; tambien contribuyó la Roma pagana con la piedra de sus antiguos monumentos.

A Benedicto III (855-858), que combate y vence al antipapa Anastasio, sucede Nicolas I (858).

Lotario, rey de Lorena, nieto de Luis el Piadoso, habia repudiado á su esposa Teutberga con injustos pretextos, empero con la aprobacion de un concilio na-

cional, casándose en seguida con su concubina. Nicolás despacha dos legados que examinen el negocio, y pronuncien segun los cánones. Los legados reunen un concilio en Metz y confirman el divorcio y el segundo matrimonio. Indignado con la conducta de sus embajadores, convoca Nicolás un concilio en Roma, anula la sentencia é intima al Rey que arroje del tálamo real á su concubina. Lotario resiste, apela á subterfugios; entonces lanza su excomunion el Papa, y el Rey y los prelados, que habian manifestado el mayor desprecio por el Papa, se aterran, y solicitan humildemente la absolucion de la Santa Sede.

Esta es la vez primera que se usó solemnemente de la excomunion, el recurso mas popular de los tiempos de la fe. Así es que en aquella época en que los oprimidos en sus desgracias tendian sus manos hácia el pontificado, la excomunion lanzada por este venia á caer terrible como el golpe del rayo, y tenia el asentimiento de todas las almas, y convertia al excomulgado en una especie de proscripto, que llevaba estampada sobre su frente la señal de la justicia, de la reprobacion de Dios mismo. Magnífico y poético espectáculo es ver el efecto de una palabra sola del Pontífice, que separa á un hombre, aunque sea alto, poderoso, príncipe, rey ó emperador, de la comunion, de la sociedad, del trato de los otros hombres. La excomunion fué el arma mas terrible del pontificado en la edad media. La excomunion se funda en el derecho natural de toda corporacion que tiene leyes de existencia y de conservacion, como la facultad de expulsar de su seno á los miembros refractarios. El pontificado obedeció á la constitucion de la asociacion eclesiástica. El hombre que no obedece al principio de la comunion sale de la comunion. El anatema separaba del cuerpo de los fieles, y aun de su comercio, á aquel sobre quien se lanzaba. Un solo verso latino comprende todo lo que prohibia la excomunion:

Os, orare, vale, communio, mensa, negatur.

Con el excomulgado se prohibia la conversacion, las oraciones, el saludo, la comunion y el vivir con ellos. La excomunion fué ya usada entre los griegos, los romanos y los galos. ¡Era la interdiccion del agua y del fuego de los primitivos tiempos!

La excomunion, que solo alcanzaba á un pecador, y muchas veces á un pecador rebelde y empedernido, no era siempre eficaz. La Iglesia recurria entonces á un castigo mas general, al *entredicho*, es decir, á la suspension de los oficios religiosos en todo un condado, en toda una nacion, por la ofensa de un señor ó de un príncipe. Durante el entredicho, el mas terrible de los anatemas, se cerraban las iglesias, se suspendian los oficios divinos, y cesaba hasta la administracion de los sacramentos, excepto el del bautismo y la extremauncion. El entredicho fué una poderosa palanca con que el pontificado levantó al mundo. Ningun pueblo podia ver tranquilo la suspension de su culto, y casi retirada de él la mano de Dios por la culpa de sus príncipes. Así el entredicho precipitó del trono instantá-

neamente mas reyes que los ejércitos mas poderosos. En aquellos tiempos de ignorancia sí, pero de fe ardiente y de sumision á la Iglesia, grande fué el poder de los papas con estas armas, en medio de la anarquía que devoraba el imperio carloviginio. Esta autoridad la aumentó la reciente publicacion de un libro que hizo entonces gran ruido en la cristiandad; entonces aparecen las falsas decretales de Isidoro Mercator, en que se suponia en una coleccion numerosa de cánones y de cartas escritas por los primeros pontífices (desde 91 á 314), doctrinas favorables todas al pontificado, y que en aquel entonces adquirieron fuerza de ley. Sobre estas falsas decretales se levantó el grande edificio de la supremacía papal sobre las diferentes iglesias nacionales, edificio que aun hoy subsiste, después de haber caducado su cimiento. ¡Hace dos siglos que se llama falsas á las decretales de Isidoro Mercator!

Mientras el pontificado conquistaba el mas alto lugar en la historia de Occidente, la ambicion de un eunuco resuelve hacerse elegir patriarca en Constantinopla. Focio habia sido á la vez capitan de guardias del Emperador, embajador en Persia y su ministro. Aprovecha la ocasion de lisonjear las pasiones de Bardas, que regia el imperio en lugar del jóven Miguel, á quien habia de propósito embrutecido en los placeres. La Iglesia no podia consentir que, repudiando su mujer legítima, contrajese matrimonio con la viuda de su hijo. El patriarca Ignacio de Constantinopla le exhorta vanamente, le prohibe la entrada en la iglesia. Focio y Bardas se unen entonces, el uno para satisfacer su ambicion, el otro para que se apruebe su libertinaje. El orgullo de los griegos y su vanidad se hallaban humillados por la traslacion del imperio de Occidente á las manos de los reyes francos. El patriarca Ignacio fué desterrado; Focio es nombrado patriarca. El Oriente y el Occidente se presentan en lucha; Focio pide su confirmacion al papa Nicolás I, mas el Papa anatematiza á Focio. Bardas y el Emperador reunen dos concilios: en el primero devuelven al Papa el anatema, y se reunen para dar á Focio el título de *patriarca ecuménico;* en el segundo reiteran el anatema contra Nicolás; y como todo cisma necesita un pretexto, lo fundan sobre un punto de fe: proclaman que el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo. Esta gran division en el cristianismo dura aun. La ambicion de un individuo y el libertinaje de un príncipe la causó. La cristiandad quedó dividida desde entonces entre dos papas. Tal era la situacion del pontificado al llegar la inevitable disolucion del imperio de Carlo-Magno, imperio que termina con Cárlos el Gordo en 888.

Después de Carlo-Magno el imperio se desmembró. Los señores, contenidos hasta entonces bajo la espada del hijo de Pepino, se hicieron independientes. Los beneficios concedidos, usurpados ó adquiridos por las necesidades de la agricultura se transformaron en derechos, fueron hereditarios, y fueron en tan gran número, que casi toda Europa se vió cubierta de señores particulares, batiéndose y defendiéndose á su vez contra vecinos peligrosos ó mas ricos. La potestad real no fué nada. Entró la Europa plenamente en el régimen feudal. Este sistema, que se

levantó en medio de las antiguas monarquías, forma una jerarquía de señores y vasallos; une recíprocamente entre sí todas las clases, todos los individuos del Estado, desde el monarca, señor supremo, hasta el pechero, primero y último eslabon de la cadena. Con el feudalismo esa confederacion de pequeños déspotas desiguales entre sí y teniendo unos deberes y derechos, fueron revestidos todos en sus propios dominios de un poder casi absoluto, de un poder arbitrario y violento. Nacieron los odios de esta desigualdad de condiciones y los peligros que arrastra consigo el ejercicio del poder. El feudalismo, empero, encerraba en sí un principio de grandeza: apelaba al valor personal, y los peligros en que vivian los hombres requerian alma y corazon. Las armas eran su juego, los torneos su pasatiempo, su oficio la guerra, y la sociedad era para todos un verdadero campo de batalla. No habia mas que dos clases: señores y esclavos. Así vivian los hombres en una red de hierro donde entraban al nacer, y de donde no salian sino al morir. Vivian siempre en las alarmas, sin ningun cuidado de cultivar su entendimiento; así es que el feudalismo trajo consigo otra calamidad no menos funesta, la ignorancia, el desaparecimiento de las ciencias y de las letras, que se hubieran perdido totalmente si no hubieran hallado un asilo en el clero bajo la iniciativa del pontificado.

En medio de la anarquía que atormentaba la Italia los pontífices fueron menos libres que nunca. Por fuera los reyes y señores feudales, por dentro el partido republicano, los reducen casi á una dependencia.

A Nicolás I sucede ADRIANO II (867-872), que por dos veces habia rehusado el pontificado y que alza la excomunion lanzada contra Lotario, rey de Lorena, y condena la conducta de Focio.

JUAN VIII (872), atacado por los sarracenos, implora el socorro del rey de Francia Cárlos el Calvo; pero este falleció antes de haberle podido socorrer. Aprisionado por Lamberto, duque de Spoleto, que queria apoderarse de Roma, logra escaparse y se refugia en Francia, con cuyo auxilio logra recobrar el dominio de Roma. Atacado nuevamente por los sarracenos, recibió socorros del emperador de Constantinopla, Basilio. Consintió, agradecido á estos servicios, en considerar y reconocer al patriarca Focio; conducta que ocasiona gran escándalo á la cristiandad, que dió márgen á que la posteridad le acuse de débil, y á que sus contemporáneos dijesen que se dejaba dominar como una miserable mujer, dando orígen á la escandalosa fábula de la *papisa* JUANA, cuento absurdo y ridículo, consignado en algunas crónicas y muy explotado por los enemigos de la Iglesia. Refirieron estos que despues del papa Leon IV (855), y antes del advenimiento de Benedicto III, la silla pontificia habia sido ocupada dos años por una mujer llamada Juana, natural de Maguncia, que, habiendo adquirido grandes conocimientos y demostrado grandes talentos, recibe las órdenes sagradas bajo el nombre de Juan, y ocultando al mundo su sexo, recorre rápidamente las dignidades eclesiásticas y llega á ceñir su frente con la tiara pontifical, bajo el nombre de Juan VIII, muriendo de parto

en medio de una procesion, descubriendo así al mundo con escándalo su impostura. Todos los mas sabios historiadores demuestran lo absurdo de esta fábula, porque no hubo intervalo ninguno entre Leon IV y Benito XIII. Indignada la cristiandad de que Juan VIII reconociese á Focio, le llamaba en voz alta *débil como una mujer*. El pueblo, mas grosero en sus apodos, pero tambien mas preciso, le llamó la *papisa Juana*. De este sarcasmo se aprovecharon mas tarde los enemigos del pontificado, queriendo dar vida y existencia al grosero sarcasmo del populacho de Roma.

Martin II (882–883) y Adriano III (884), muy distantes de imitar la conducta débil y apocada de Juan VIII, sostienen con vigor y firmeza las decisiones tomadas contra Focio y las discordias de Constantinopla.

Esteban V (885-891) socorrió generosamente al pueblo durante una cruel escasez.

Formosa (891-896) condena nuevamente á Focio. Llama al rey de Germania, Arnulfo, para consagrarle emperador y para que pusiese término á la anarquía de Roma. Arnulfo viene, empero los italianos consideran á Formosa como un traidor, y después de su muerte se dió el funesto espectáculo de una venganza por parte del papa Estéban VI, que hace desenterrar su cadáver, formarle causa, decapitarlo por el verdugo, y arrojar su cuerpo al Tíber. Juan IX mas tarde rehabilita (898) su memoria.

XII.

Los papas cayeron bajo el yugo de los príncipes y de los señores italianos. Mientras que duró esta opresion, no solamente fué impotente el pontificado, sino que llegó hasta á envilecerse por las malas elecciones. No era el pueblo, no era el clero el que las hacia las mas veces, sino los señores que dominaban en los alrededores de Roma, como el marqués de Túsculo, con las dos célebres damas romanas Teodora y Marosia, célebres por su disolucion, que dispusieron de la tiara segun el capricho de sus pasiones. Entonces se vió un papa de menos de diez y ocho años, y el cáos de los siglos precedentes pareció renovarse en menor escala con las vicisitudes de las guerras civiles. Si el poder que Jesucristo dió á Pedro, y que este asentó en Roma con su muerte, y que reina y reinará por todos los siglos, hubiese sido de naturaleza perecedera, seguramente hubiera perecido en las indignas manos de algunos de los que empuñaron el cetro pontifical en esta época de degradacion y de envilecimiento. Extraños personajes hizo la eleccion romana y la eleccion imperial sentarse sobre el trono del príncipe de los apóstoles; parecia milagroso que pudiera trasmitirse por tan débil tejido la sucesion apostólica. Los cismas,

los escándalos, rodearon la cátedra de la justicia y de la verdad; empero algunas veces, aun en medio de degradacion tanta, vemos, cuando se trata de las decisiones dogmáticas, que estos hombres indignos, órgano sin saberlo ellos mismos de la voluntad divina, se levantan del fango de la carne para proclamar las órdenes infalibles de la Divinidad. Por un contraste extraordinario, mientras los papas se veian oprimidos dentro de Roma, mientras tenian que luchar con sus vasallos directos, mientras veian por ellos amenazada su vida, y algunos perecian á sus manos, eran respetados en los pueblos lejanos. Nosotros no harémos mas que mencionar á Bonifacio VI (896), que murió á los quince dias de su eleccion.

Esteban VI (896) asombra al mundo por su venganza contra Formosa, y excita el odio de los romanos, que se sublevan contra él, le cargan de cadenas y le dan garrote en su prision.

Romano (897) solo ocupa el trono del Apóstol diez meses, y siempre lo omiten en la cronología por su poca importancia algunos autores.

Teodoro II (898) solo dura veinte dias en la silla romana.

Juan IX (898) ocupa dos años el pontificado, fecundo en disturbios civiles.

Benedicto IV (900) gobierna con mucha sabiduría, y sostiene en varios concilios la pureza de la fe.

Leon V (903) es combatido por su criado Nicéforo, que habia creado cardenal, que se subleva como antipapa, lo vence, le encierra en una oscura cárcel, y muere, agoviado de pesadumbre, á los cuarenta dias de pontificado.

Sergio III (904) es el oprobio del pontificado; debe su eleccion á Marosia. Elegido por primera vez en competencia de Juan IX, fué vencido, y huyó á Toscana. Vuelve después á Roma en brazos de su partido. Fué el amante público de la célebre cortesana á quien debió su eleccion.

Anastasio III (911) gobierna santamente la Iglesia en medio de la corrupcion general y combate las facciones de Roma.

Landon I (913) debe la tiara á las intrigas de Teodora.

Juan X (914), amante de Teodora, madre de Marosia, fué hombre de gran valor; mas guerrero que sacerdote, arroja á los sarracenos de Nápoles y de Calabria, y aumenta con la conquista los derechos que sobre aquel reino tenian los pontífices. Marosia trama una conjuracion, se apodera del Pontífice y le hace extrangular en la prision. Después de tan sacrílego atentado, cometido con el auxilio de Guido, marqués de Toscana, quiso Marosia colocar en la silla de S. Pedro á un hijo espurio suyo, Juan; pero el clero y el pueblo se oponen, y nombran á Leon IV (928), hombre de santísimas costumbres; pero no pudo realizar las esperanzas que concibe la Iglesia, porque murió, como su antecesor, en la cárcel. Un solo dia quedó vacante la silla apostólica.

Esteban VIII (928) gobierna santamente la Iglesia dos años, un mes y quince dias, si bien en medio de las mayores perturbaciones y bajo la presion de Marosia. Logra esta colocar en la silla apostólica al hijo que antes habia rechazado el clero y

el pueblo, á Juan XI (931), cuando apenas contaba veinte y cuatro años de edad. Encerrado con su madre en el castillo de Sant-Angelo por Alberico, otro hijo de Marosia, que se habia apoderado de Roma, murió en la prision.

Brilla un momento de paz con la muerte de Marosia, y la eleccion del papa Leon VII (936) vuelve á hacer resplandecer en el trono del Apóstol las virtudes.

Esteban VIII (939) debe su eleccion á las exigentes indicaciones de Oton I.

Martino III (942) anima á los príncipes cristianos contra los sarracenos, que, después de la derrota que sufrieron por el valor del papa Juan X, habian vuelto á Italia con una poderosa escuadra.

Agapito II (946) en vano trata de reprimir la osadía de Alberico el hijo de Marosia, que tenia el poder de Roma, de concierto con su padrastro Hugo, que se llamaba rey de Italia.

Los papas se cansaron al fin de obedecer.

Juan XII logra ser elegido cuando solo tenia diez y ocho años (956), se dirige á Oton el Grande, como los papas anteriores contemporáneos de Pepino y de Carlo-Magno se habian dirigido á los príncipes franceses al verse atacados por Berenguer, rey de Italia. Oton acepta la oferta del imperio, que le hace el Pontífice; jura respetar los privilegios de la Iglesia de Roma, y somete á los señores que la tenian en perpetua guerra y anarquía; empero Oton, mas que el libertador, fué el señor del Papa, y en vano es que conspire este después contra los alemanes para deshacer lo que acababa de edificar. Viviendo aun Juan XII fué elegido Leon VIII (963) por la autoridad del emperador Oton, que quiso así vengar la defeccion del pontífice á quien antes tanto protegiera.

Benedicto V (964), que habia sido elegido por algunos cardenales después de la muerte de Juan XII, disputa la tiara al intruso Leon; pero fué preso en Hamburgo por órden de Oton, y muere allí víctima de la arbitrariedad del emperador de Alemania.

Los romanos y el concilio defirieron á Oton como á sus sucesores el derecho de nombrar el Papa, los arzobispos y los obispos. Oton ejerce este derecho soberano en favor de Juan XIII (965), que, víctima de turbaciones intestinas en Roma, fué preso en el castillo de Sant-Angelo. Fué libertado por Oton, á cuyo hijo consagró como asociado al imperio, y castigó severamente á los rebeldes.

Benedicto VI (972) fué destronado y constituido en prision por Franconio, antipapa con el nombre de Bonifacio VII. No pudo ser socorrido por Oton por haber muerto por aquel tiempo y hallarse su hijo ocupado en la guerra de Oriente y de Francia. Fué asesinado. Los pontífices encuentran desde entonces en los emperadores una proteccion igual á la que les habia dispensado Carlo-Magno.

Benedicto VII (975), pariente de Alberico, señor de Roma, tuvo que luchar, como su antecesor, con el antipapa Bonifacio.

Juan XV (985) recibe de S. Estéban I, rey de Hungría, la declaracion de hacerse tributario de la Santa Sede aquel reino, recien convertido al cristianismo.

Juan XVI (986) solo gobierna la Iglesia cuatro meses.

Gregorio V, sobrino de Oton III (986-996), debe á la proteccion y á las armas de este el someter al tribuno Crescencio, elevado por las ideas republicanas-aristocráticas, que dominaban en Roma. Crescencio aprovecha la indignacion popular que causan los asesinatos de Benito VI y Juan XIV, para hacer ahorcar del caballo de la estatua de Marco-Aurelio, en el Capitolio, al antipapa Franconio, Bonifacio VII, causa de tantos crímenes. Gregorio V era aleman, y deseando vengarse de los romanos, después de haberlos sometido y hecho decapitar á Crescencio, les quitó el derecho de elegir el emperador. Proclamó que la Alemania era el gran brazo del cristianismo, y atribuyó este nombramiento á siete príncipes de aquel país, reservándose el derecho de colocar la corona sobre la cabeza de los emperadores y declararlos augustos.

Los electores indicados, después de la muerte de Oton III, eligieron emperador á Enrique, duque de Baviera, que fué coronado por Benedicto VIII.

El catolicismo propagado por los príncipes germanos, como en otro tiempo lo habia propagado la dinastía de Heristal, reunió á las conquistas del cristianismo los reinos de la Escandinavia, la Polonia, la Bohemia y la Hungría.

Al paso que los papas estaban mas sometidos que nunca al poder imperial, su poder espiritual era cada dia mas grande, mas extenso. El pontificado fundaba monasterios, donde se conservaba el depósito del saber, y obispados en el fondo de la Alemania, civilizando los desiertos.

Silvestre II (999-1003), preceptor de Oton III, coloca sobre las sienes de su augusto discípulo la famosa corona de S. Estéban. Concibe la idea de una cruzada. Oton queria fijar la capital de su imperio en Roma; la muerte le impide verificar sus deseos.

A Oton III sucede en el trono Enrique II. Entonces se vió la piedad sólida y la religion sobre el trono de los emperadores.

Juan XVIII (1002), Sergio IV (1003), reciben su poderoso apoyo.

Benedicto VIII (1012-1024) tuvo por antipapa á Gregorio, que le obligó á salir de Roma; pero los alemanes vuelven á colocarle sobre el trono pontificio. Invadidos sus estados por los sarracenos (1016), se puso á la cabeza de las tropas cristianas y exterminó valerosamente á los enemigos.

Juan XIX (1024-1033) consagra á Conrado II sin condicion ninguna, y Benedicto IX (1033-1046) no se sostiene sobre el trono sino con el poderoso apoyo de la Alemania. Enrique III tiene que intervenir con las armas en la mano, y los excesos y la degradacion en que se encontraba Roma justifican su intervencion. Los romanos resuelven deponer al Papa, y nombran en su lugar á Silvestre III; eleccion nula y que rompe con las armas en la mano Benedicto IX, quien después negocia con la tiara en favor de Gregorio VI; empero en seguida se arrepiente y vuelve á colocarla sobre su cabeza. Roma dió entonces al mundo el escándalo de albergar en su recinto á tres pontífices igualmente indignos, elegidos á fuerza de

dinero, y de los que, uno residia en San Pedro, el otro en San Juan de Letran y el otro en Santa María la Mayor.

Enrique III viene á Italia, depone á los tres competidores, y designa al obispo de Bamberg, bajo el nombre de Clemente II (1046). Entonces se concedió á Enrique III el derecho expreso de nombrar los papas como el solo medio de sacar á la Iglesia de Roma del estado de envilecimiento y de corrupcion en que habia caido. Esta altísima prerogativa era personal; no debia trasmitirse á sus sucesores.

Enrique III ejerce con tanta prudencia y tino este importante derecho, que coloca en el trono del Apóstol á Damaso II (1048), que solo reina veinte y tres dias, y á S. Leon IX (1049) y á Victor II (1055), que hacen brillar en él todas las virtudes, la ciencia y la piedad.

Leon IX, prisionero de Roberto Guiscar, ve á sus piés á su mismo vencedor, que le suplica ratifique sus conquistas á título de feudos ó tributarios de la Santa Sede. Desde entonces el sur de la Italia fué considerado como vasallo de Roma. Los papas comienzan á distribuir las coronas, y la ambicion de los conquistadores favorece sus designios. Así, da la Sicilia al normando Roger como un feudo pontifical, y la Inglaterra á Guillermo.

Victor II (1055), consejero de Enrique III, recibe de él la tiara; hizo grandes esfuerzos para desarraigar la simonía, abriendo de este modo el camino del pontificado á Gregorio VII.

XIII.

En medio de este cáos, donde todo parecia libertad y donde todo no era mas que esclavitud; en esta vasta negacion de las luces y de la armonía, el clero, que antes habia dado grandes pruebas de virtudes sociales; el clero, que habia establecido en España el poder moral de la monarquía; el clero, que habia sido en Francia el poderoso auxiliar de Carlo-Magno en sus nobles resoluciones; el clero, sobre todo en Italia, habia caido de toda su grandeza primitiva en una parte de sus representantes mas elevados en dignidad. Ya no eran los obispos aquellos ancianos venerables que en otro tiempo instruian las poblaciones, tanto por su doctrina como por sus ejemplos; el desórden se habia deslizado entre estos cargos, donde no se debia encontrar sino la majestad católica, y la depravacion habia llegado á su último punto. Los destinos del clero los daban independientemente por sí los señores. La religion y la moral faltaban á la vez en una sociedad que se desorganizaba ella misma en la fiebre de la discordia y de las victorias brutales, en una sociedad cuyos miembros se batian como salvajes los unos contra los otros; que no sabian de dónde partia ni adónde iba. Diríase que el Occidente era un grosero

Hércules, cuya felicidad consistia en hollar cadáveres, para engolfarse después en el mas vergonzoso materialismo. En vano muchos escritores, muchos monjes, muchos obispos, puros en medio del contagio general, protestan; nada pueden. Lo presente se alzaba contra las virtudes de lo pasado. En esta situacion aparece un hombre que solo con su genio, solo con sus virtudes, solo con su dulzura, solo con su voluntad, iba á hacerse realmente el monarca y el regenerador de la Europa. Hildebrando, tan célebre mas adelante bajo el nombre de Gregorio VII; Hildebrando, natural de Saona, en Toscana, hijo de un pobre carpintero, como el Redentor del mundo, entra desde jóven en la órden de Cluni. Con su talento gobierna la Iglesia como cardenal bajo cuatro pontífices, Victor II (1055), Estéban IX (1057) y Nicolás II (1058).

Nicolas II (1058) es el primer pontífice de quien refiere la historia que se haya coronado. Devolvió á los romanos el derecho de elegir los papas, pero con una importantísima modificacion. Los cardenales-obispos, en número de siete, que, teniendo sus sillas en las inmediaciones de Roma, eran por consecuencia sufragáneos del Papa como metropolitano, debian hacer la eleccion del supremo Pontífice, sometiendo esta eleccion después á los cardenales-sacerdotes, cardenales-diáconos, y después á los legos. Hecha así la eleccion, debia ser presentada para su confirmacion á los emperadores que hubiesen obtenido personalmente este privilegio. Este decreto es la base del modo célebre de eleccion en el cónclave de los cardenales, que desde entonces ha determinado siempre el nombramiento del jefe de la Iglesia. Tendia, no solamente á excluir á los habitantes de Roma que se habian hecho indignos de conservar su primitivo derecho, sino tambien á preparar, en cuanto fuese posible, el medio de libertar enteramente el pontificado de la influencia imperial, no reservando á los emperadores sino una concesion precaria y personal, en lugar de la antigua prerogativa legal de confirmacion.

Alejandro II (1061-1073) rige la Iglesia bajo las inspiraciones de Hildebrando, cuyo pontificado comienza verdaderamente el dia en que obtiene en el consejo de los papas una influencia dominante. Después de haber, durante veinte y tres años, tratado los negocios de la Europa y juzgado su situacion, después de haber viajado por todos los países, examinado los pueblos y los reyes, sondeado el corazon humano, y visto con el ojo del genio los destinos del cristianismo, consintió á su vez en subir al trono pontifical bajo el nombre de Gregorio VII (1073), con su plan entero formado en la cabeza. El mismo ruega á Enrique IV que no consienta en su eleccion. Enrique la aprueba, á pesar de que le declara Gregorio que si el gobierno de la Iglesia queda en sus manos, no dejará impunes sus crímenes. Los crímenes del Emperador eran sus escandalosos desórdenes, sus abusos de poder, y el tráfico que hacia de las cosas santas. Moralizar la sociedad, sustituir el órden á la fuerza y á la anarquía, hacer de la Europa una república cristiana, constituyendo la monarquía universal de la Iglesia: tal era el proyecto gigantesco de Hildebrando, alimentado en el silencio del claustro y en el tumulto de los negocios, habiéndolo previsto

y abrazado todo con un arte, con una precision admirable, y dispuesto á ponerlo por obra con una voluntad de hierro, con una ley inexorable. El Vicario de Cristo, custodio de la verdad y guia de la moral, debia ser el primero de los hombres, debia ser tambien el mas santo y el mas digno de mandarlos. Tan grande resolucion necesitaba de una decision extrema, porque debia atacar todo lo que era poder en la sociedad: aristocracia, dignidad real y clero. Gregorio VII era un déspota enérgicamente constituido, un hombre del temple de Carlomagno, duro, astuto, impetuoso, infatigable, que comprendió mejor su siglo, y que hizo mas duradera su obra. Comienza por poner al clero bajo su dependencia absoluta, haciéndole salir del régimen feudal y quebrando todos sus vínculos terrestres, haciendo de los dignatarios eclesiásticos sus tenientes, y reservándose el derecho de convocar los concilios. Un concilio reunido en San Juan de Letran (1059) establece por ley el celibato, y desde este dia, en que la Iglesia vence las mas imperiosas pasiones de la naturaleza humana, pudo ya aspirar á vencerlo todo: su fuerza estuvo en su pureza. En aquel concilio tambien se condena la simonía, y se hace renunciar á los emperadores á la investidura que daban á los eclesiásticos por medio del anillo y del cayado. Una sublevacion general se organiza contra el Pontífice; el clero le trata de insensato, desgarra sus bulas y rechaza sus legados. Gregorio conocia toda su fuerza, y envia por toda Europa los monjes, enérgicos ejecutores de la reforma, que levantan en favor de ella un poder ignorado hasta entonces: la masa popular, sierva y oprimida, á la cual excitan contra los disidentes. Los príncipes intentan que los prelados al romper sus vínculos de vasallaje con ellos les abandonen los bienes inherentes al episcopado. Gregorio escribe á los príncipes que el oro es tan superior al plomo como la dignidad episcopal á la dignidad real, la primera establecida por la bondad divina, la segunda inventada por el orgullo humano. Cuando todos los poderes, conmovidos con su reforma, ceden, arroja á la Europa como programa un célebre escrito titulado *Dictatus Papæ*, las sentencias del Papa; libro que reasume perfectamente los deseos que le habian inspirado las calamidades de que habia sido testigo. El Papa se mezcla en las cuestiones de las familias, de los estados, de los hombres y de las cosas, y declara á los habitantes de la Cerdeña y de la Hungría vasallos de la Santa Sede; prohibe á los bohemios y á los rusos oficiar en lengua vulgar, porque la Iglesia guarda en su seno la lengua del imperio romano, la lengua de la civilizacion; huella todas las ideas aristocráticas, renovando los decretos sobre *la tregua de Dios*, prohibiendo los duelos y las pruebas judiciales, é intima á los reyes que su dignidad no debe ser una tiranía, sino una proteccion para los pueblos.

Ante este lenguaje inaudito Felipe de Francia se humilla; todos los demás soberanos se plegan ante esta nueva potencia, que no tiene ni soldados ni vasallos ni tesoros, pero que estaba sostenida por la opinion pública: potencia desobedecida en Roma, pero venerada léjos de ella; despotismo absoluto y universal, cimentado en la masa popular, cuya libertad abatia todo lo que estaba sobre

ella. Intima á Enrique IV, emperador de Alemania, que comparezca ante su tribunal para justificarse de los cargos que le hacian sus vasallos. Enrique reune en Worms una asamblea de obispos, y les hace dar una sentencia y deponer á Gregorio; este convoca á su vez un concilio en Letran, y hace excomulgar á Enrique, despojándole de sus reinos de Alemania y de Italia, dispensando á sus vasallos del juramento de fidelidad, y prohibiéndoles considerarle como su soberano. Enrique, furioso, concibe proyectos extravagantes de venganza; empero se ve abandonado de sus aliados y de sus vasallos, y reducido á implorar el perdon del Papa de la manera mas humillante, en Canosa, adonde el Papa le impone que se presente ante los señores alemanes para responder á las acusaciones que hicieran contra su conducta. Los lombardos fueron testigos del desprecio con que se trató á su rey. La condesa Matilde, hija de Beatriz, hermana del emperador Enrique II, y que poseia la mayor parte de la Italia, presenció tambien la humillacion de Enrique IV. Tres dias desde la mañana á la tarde, despojado de sus ornamentos imperiales y cubierto de un cilicio, sin guardias, sin comitiva, con los piés desnudos sobre la nieve, y con la cabeza descubierta, aguardó el perdon del Papa. Este acto de humildad, en lugar de hacerle amigos, le privó de los que le restaban, y las principales ciudades lombardas se dispusieron á deponerle. Los príncipes sublevados eligen entonces á Rodolfo, duque de Suavia, y Gregorio se apresura á reconocer la validez de esta eleccion, que comienza una nueva y poderosa dinastía. Hace mas; le envia una corona sobre la que estaba trazado este verso latino:

Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolpho.

Júzguese de la actividad prodigiosa de este Papa, de quien quedan mas de *diez y ocho mil* cartas, en las cuales se encierra todo el saber, toda la elocuencia, toda la historia de su tiempo.

La Italia y la Alemania ardian en guerrás. La Lorena y la Provenza se dividian entre los dos emperadores, y esta fué una ocasion para que los señores de ellas se hiciesen plenamente independientes. Enrique IV, el enemigo mas terrible de Gregorio, hace elegir un antipapa, Giliberto de Ravena, bajo el nombre de Clemente III; derrota y mata á su adversario Rodolfo, y vencedor por todas partes, penetra en Italia. El intrépido Hildebrando, amenazado de muerte, no abate en nada su altivez, obtiene de los alemanes que nombren otro emperador; depone á Boleslao, rey de Polonia, que habia muerto con sus propias manos un obispo, y prohibe á los prelados de aquel reino coronar en lo sucesivo á ningun príncipe sin órden de la Santa Sede; da la dignidad real al duque de Calabria, recibe la fe del conde de Provenza y otros muchos vasallos del imperio, y brinda á Guillermo el bastardo con el trono de Inglaterra. Para sostener sus mandatos envia por toda Europa sus cardenales, embajadores tan temidos como los de la antigua Roma, sin tener mas fuerza material que la que le daba Matilde, soberana de la mitad de la

Italia superior, que consagraba todos sus talentos, virtudes y riquezas á la realizacion de los progresos de la Santa Sede, y que á su muerte le legó todos sus bienes. ¡Extraño poder, que todo lo podia en otras partes, y tan poco dentro de la misma Roma!

A pesar de los esfuerzos de la heróica Matilde, Enrique IV llega con su ejército delante de Roma. El Pontífice, inalterable, intima al Emperador que renueve su penitencia si quiere obtener su perdon. Roma es tomada por asalto; Gregorio se retira al castillo de Sant-Angelo, y desde allí excomulga á los vencedores; llega la defensa que habia preparado la Santa Sede para los tiempos del peligro. Roberto Guiscar con sus normandos viene en su socorro, arroja á los imperiales, y arrebata al Papa del medio del peligro, dándole un asilo en Salerno. A los pocos meses Gregorio, agoviado, pero no abatido, resignado en su desgracia y constante en sus ideas, muere (1085) pronunciando estas palabras: *¡He huido la iniquidad y muero en la indigencia!...*

La Iglesia no ha tenido mas que un solo pontífice como Hildebrando. Sus sucesores, animados de la misma voluntad, siguen con igual fuerza la lucha en que habia sido vencido. El primero es Victor III, el amigo, el compañero de Gregorio, que no ocupa sino cuatro meses la cátedra de San Pedro, y que no cesa de luchar contra el antipapa. Le sucede Urbano II, digno de continuar la gran lucha del sacerdocio y del imperio: Gregorio VII lo habia apreciado bien, designándole como uno de los tres hombres mas capaces de reinar después de él. Urbano triunfa del antipapa, confunde al Emperador con la rebelion de sus hijos, excomulga al rey de Francia Felipe I, y al mismo tiempo lanza la Europa cristiana contra el Asia, proclamando la primera cruzada. La Europa cristiana se levanta para llevar al Africa y al Asia una guerra que en un período precedente el mahometismo habia llevado á la Europa; lucha animada, caballeresca, dramática, que se prolonga durante algunos siglos, y en que el cristianismo triunfa y se propaga por el sur y el oriente del mundo. Urbano prometió la dignidad imperial á Conrado, hijo de Enrique IV, que la influencia de Matilde habia armado contra su padre y colocado sobre el trono de Italia.

Pascual II (1099) no podia perdonar al Emperador la eleccion de cuatro antipapas, con quienes tiene que luchar y de quienes triunfa.

Conrado deja al morir un funesto ejemplo á su hermano Enrique, que deserta tambien las banderas de su padre, y emprende destronarle, después de haber obtenido del Papa la abolicion de su juramento. Así la guerra civil es doméstica, y se renuevan las escenas del tiempo de Luis el Piadoso; empero Enrique, aunque no tiene la debilidad de este príncipe, se ve abandonado de su ejército en el momento mismo del combate. Hecho prisionero en una entrevista con su hijo, tiene que despojarse de las vestiduras imperiales, y es amenazado de muerte si no abdica. Este desgraciado príncipe en vano intenta reunir algunos fieles vasallos en la orilla izquierda del Rhin; tiene que refugiarse en Lieja, y muere en la indigencia.

El rigor de sus enemigos le persigue aun después de su muerte, y no encontró sepultura este príncipe, que habia llevado tres coronas y ganado mas de sesenta batallas.

El hijo parricida de Enrique IV sucede á su padre bajo el nombre de Enrique V, indigno de la corona de que se habia apresurado á gozar. De esperar era que, debiendo su corona á la influencia pontifical, no desaprobase la causa que habia defendido contra su propio padre. El papa Pascual II le propone que renuncie á las investiduras antes de su coronacion; Enrique lo rehusa, y no lo acepta sino á condicion de que el clero restituya al imperio los feudos y derechos de las regalías reales que habian sido antes cedidos á la Iglesia. Pascual II consentia mejor en empobrecer la Iglesia que en dejarla sometida á la potestad secular. El clero se opone, y Pascual, para sutraerse mejor á los malos tratamientos del rey de los romanos, le concede las investiduras sin condiciones y lo corona emperador. Pascual habia cedido á la fuerza; así es que apenas Enrique V abandona la Italia, revoca la concesion hecha, y la guerra civil recomienza en Alemania. Una liga se forma contra el Emperador, en la que entran la mayor parte de los prelados y señores descontentos, dirigidos por el legado del papa, Teodorico. La anarquía que destroza el imperio se aumenta con la muerte de la gran duquesa Matilde (1115), que al morir lega sus inmensos bienes y estados á la Santa Sede; empero Enrique V los reclama todos sin distincion, los feudos como feudos del imperio, los alodiales en calidad del mas próximo pariente. Enrique arroja de Roma al Papa, y encarga á los cónsules de la ciudad el cuidado de sus intereses. Como si Pascual II no hubiese sido bastante para consagrarle emperador, y como si no hubiese sido legítima la consagracion, se hace coronar de nuevo por el antipapa Gregorio VIII. Pascual II huye á la Apulia, y muere, como Gregorio el Grande, en medio de los normandos (1118).

Gelasio II imita á Pascual, y huye, primero á Gaeta, después á Francia, antes que ceder al antipapa ni á Enrique V. Las persecuciones de los papas no son inútiles; aumentaban el prestigio de su santidad, y los pueblos en donde se refugiaban les tributaban una verdadera adoracion. El verdadero territorio de los pontífices eran las conciencias y los corazones; así es que su poder era impalpable, inmenso, seguro.

Calisto II (1119-1124) pone todo su conato en pacificar la cristiandad. Enrique V desafia la excomunion que le lanza; empero cuando ve los alemanes amenazadores, la Italia descontenta, los romanos unidos á su pontífice, y aprisionado el antipapa, vacila, quiere un arreglo, y tiene lugar el célebre concordato de Worms (1122), en que el Emperador renuncia á la investidura por la cruz y por el anillo, símbolos de la autoridad espiritual, y en que declara que las elecciones serian libres, pero que se verificarian á presencia del Emperador, y que si los votos resultasen divididos, á él le perteneceria el derecho de decidir. Estas dos cláusulas establecian una desigualdad entre las dos partes contratantes, y no po-

dian satisfacer ni al imperio ni á la Iglesia. Este es el último acto importante del reinado de Enrique V, cuya muerte en 1125 puso fin á la casa imperial de Franconia, que no habia cesado de luchar con mas constancia que fortuna contra dos fuerzas formidables: la potestad eclesiástica y el feudalismo. El concordato de Worms habia terminado la gran querella de las investiduras, pero no reconciliaba el imperio con la Santa Sede. El testamento de la princesa Matilde fué por muchos siglos una ocasion constante de debates entre los papas y los emperadores. Todas las agitaciones de los alemanes durante los reinados de Lotario II y de Conrado III no permitieron á estos príncipes emprender nada contra la corte de Roma.

Honorio II (1124) consigue de Lotario que renuncie al derecho de presidencia que los emperadores se habian conservado en las elecciones por el concordato de Worms, y ratificó la eleccion de los alemanes, que le elevaban al imperio.

Lotario no fué menos complaciente con Inocencio II (1130-1143); empero no supo defenderle contra el antipapa Anacleto II, sostenido por Rogerio II, rey de Nápoles. Inocencio tuvo que huir á la corte de Luis el Gordo, y la Europa, amenazada de un cisma, solo pudo conservar su unidad gracias á los esfuerzos, á la elocuencia y al saber de S. Bernardo, ese grande doctor del siglo XII.

XIV.

El trono de los alemanes habia caido en poder de la poderosa casa de Suavia. Conrado II es el fundador de esta dinastía; rehusa á los romanos establecerse en su ciudad, y los cuatro papas, Inocencio II, Celestino II (1143), Lucio II (1144) y Eugenio III (1145-1154), que se suceden durante su reinado, se emplean solo en luchar contra las audaces doctrinas de Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, que concibe el pensamiento de regenerar la Iglesia empobreciéndola. Arnaldo proclama las instituciones republicanas; y acusado de herejía, fué arrojado de Roma, teniendo que vagar largos años, conspirando siempre, por Francia, Suiza y Alemania. Vuelto á Roma en 1141, el papa Lucio II perece combatiendo contra él, y obliga á Eugenio III á buscar un refugio en Francia. Los republicanos buscaron un apoyo en el Emperador. Conrado III desecha las ofertas del pueblo, y su sucesor Federico Barbaroja abraza el partido de Adriano IV (1154-1159); rechaza rudamente las súplicas de los romanos, hace quemar al republicano; el Papa consagra á Federico emperador, y antes arroja al Tíber las cenizas de Arnaldo.

Adriano triunfa en Roma, reconquistada por Federico; pero no se le somete, y defiende los derechos de la Iglesia como Gregorio VII. La querella del sacerdocio y del imperio comienza entonces de nuevo bajo el nombre de *Güelfos* y *Gibelinos*, denominacion que ocupa un gran lugar en la historia. En Alemania habia dos casas poderosas. La una designada con el nombre de *Salica* ó de *Weiblingen*

del nombre de *Weibling*, castillo de la diócesis de Ausburgo; esa familia dió muchos emperadores. La otra casa, originaria de Altdorf, poseia la Baviera, y habia visto sucesivamente á su cabeza príncipes que llevaban el nombre de *Welf*. Los papas habian estado siempre en guerra con los *Weibling*, mientras que los *Welf* se habian declarado sus protectores. Era menester distinguir los amigos de los enemigos. La pronunciacion de estos nombres era difícil para los italianos. Cada partido los acomoda á la pronunciacion nacional. Los partidarios de los papas llamaron á sus amigos los *Welf*, *Guelfi*. Los adversarios del pontificado llamaron á sus amigos los *Weibling*, *Chibelini*, *Gibelinos*.

A Adriano IV sucede Alejandro III (1159). No menos celoso que su predecesor de los derechos de la Iglesia, busca aliados contra el Emperador. El Emperador aparece en Italia, y para mejor asegurar sus derechos hace celebrar una dieta en Roncaglia, en la que los jurisconsultos de la escuela de Bolonia deciden que el poder absoluto pertenecia á los sucesores de los césares. Las ciudades güelfas no se atienen á esta servil decision, y se preparan á la defensa, sostenidas por el papa Alejandro III. Así los papas, después de haber implorado el apoyo de los alemanes contra la Italia durante tanto tiempo, ahora se constituyeron en jefes del partido güelfo, del partido nacional. La Italia acuñó una medalla en honor de este pontífice con la siguiente leyenda : *Propugnator libertatis italicæ*.

La energía de Alejandro y el entusiasmo de los pueblos no triunfan, sin embargo, de Federico, porque Milan fué arruinado hasta en sus cimientos, y todas las ciudades lombardas, aterradas con este ejemplo, sucumbieron después de él. Alejandro abandona á Roma á los antipapas, y va á pedir á Luis VIII un asilo en Francia. Una confederacion de ciudades se formó en Venecia para la libertad de la Italia. Alejandro III vuelve á Roma, y los confederados edifican en su honor la ciudad de Alejandría, mientras que los milaneses comienzan á levantar sus murallas. El ejército imperial abandona la Italia. Federico envia al arzobispo de Maguncia á la cabeza de un ejército para ocupar la Toscana y la Romanía; este prelado fué derrotado en Ancona, y el Emperador mismo no pudo apoderarse de Alejandría. Dos años después viene á las manos con los milaneses, y pierde, con la batalla, la esperanza de restablecer su autoridad (1176).

Refugiado en Paris Federico, pide la paz al papa Alejandro; conclúyese una tregua en Venecia (1177), y se háce la paz definitiva en la dieta de Constánza (1182). Este tratado aseguró la independencia de la Lombardía, salvo la proteccion del Emperador. El partido güelfo triunfa bajo los auspicios de la Santa Sede.

Mientras que abatia así el orgullo del Imperio, Alejandro III combate al rey de Inglaterra con las armas espirituales de la excomunion por el asesinato del arzobispo Tomás Becket, que fué impiamente dado de puñaladas en la misma iglesia. Enrique II, rey de Inglaterra, herido de la excomunion del Pontífice, se humilla, y viene á hacer penitencia pública al pié de la tumba del mismo que habia manda-

do matar. Alejandro levanta su anatema, y le da la Irlanda como prenda de reconciliacion. Alejandro vence á los dos príncipes mas poderosos de la Europa del siglo XII, Barbaroja y Enrique II; levanta la fortuna de Venecia, donde habia encontrado un asilo, dando á sus *dux* el dominio del Adriático, y en memoria de esta célebre donacion toma Venecia el sobrenombre de *Dominante*, y celebra todos los años sus desposorios con el mar. Alejandro III es el primero que usa los *monitorios*, y que abole definitivamente la esclavitud. Murió admirado, temido y venerado (1181).

Su sucesor Lucio III convierte la tregua de Venecia en el tratado definitivo de Constanza. En su tiempo se levanta y adquiere grandes proporciones la herejía de los albigenses, teniendo que huir á Verona.

Federico I, vencido en la Lombardía, no renuncia á la posesion de la Italia. Entra en ella por medio del matrimonio de su hijo Enrique con Constancia, la heredera á las Dos Sicilias. La casa de Suavia se establece bien próxima á los estados del Papa.

Clemente III (1187-1191) y Celestino III (1191-1198) se ocupan mucho de las cruzadas.

Celestino III reconoce y constituye la autoridad del Senado en Roma; empero el pueblo, que habia largo tiempo demandado esta institucion, no tardó en reemplazarla por un magistrado extranjero y militar, que con mano fuerte reprimiese la ambicion de los nobles y de los señores del país. Este magistrado fué llamado *senador*: establecido en el Capitolio, resumió en sí todos los poderes del Senado. Bajo la administracion de uno de estos magistrados los romanos tomaron y destruyeron la ciudad de Tusculum y combatieron contra la de Tívoli.

XV.

Tal era la situacion de las cosas cuando Inocencio III sube sobre la silla pontifical (1198), y su gigantesca figura aparece la primera de todas en el siglo que él mismo inaugura. Inocencio III, considerado como príncipe temporal, es ya notable, porque reprime el espíritu republicano de los romanos y la turbulenta independencia de los señores feudales, mientras que ensancha á expensas de la sucesion de la princesa Matilde, y afirma la soberanía del reino de Nápoles; empero es preciso considerarlo sobre mas alta escala. Dotado de físico brillante, orador elocuente y fecundo, escritor sabio y ascético, buen poeta, como lo demuestra su magnifica elegía del *Stabat Mater*; grande y profundo jurisconsulto, cual debia serlo el juez supremo de toda la cristiandad, tenia todas las cualidades que podian ilustrar á un gran pontífice si hubiese gobernado la Iglesia en una época pacífica y fácil, ó si el gobierno de esta se hubiese limitado al cuidado de las cosas espi-

rituales. Mas alta mision le estaba reservada. Antes de subir al trono sacerdotal habia recorrido la Europa, y jóven aun, cuando estudiaba en la universidad de Paris habia ido en peregrinacion á Cantorbery, y ante la tumba del arzobispo mártir habia fortificado sus vivos deseos de ver un dia á la Iglesia libre; y al defender esta libertad suprema, defiende la constitucion de la Europa, su organizacion particular en aquella época de confusion; vela por la conservacion de todos los intereses de los pueblos, así como por el cumplimiento de todos los derechos y de todos los deberes. Diez y ocho años ocupa el trono del Apóstol, siempre manteniéndose á la altura de esta colosal mision, aunque sin cesar amenazado por sus propios súbditos, por los turbulentos habitantes de Roma; siempre dominando sobre la Iglesia, sobre el mundo cristiano, con la solicitud perseverante y minuciosa de un padre y de un juez. No hay una ley sola eclesiástica que se infrinja, que él no restablezca, ni una injuria hecha á un débil, que él no repare, ni una garantía legítima atacada, que él no proteja. Para él la cristiandad es un reino sin fronteras interiores, sin distincion de razas; de todos es el defensor y el juez. Por la sola persuasion de la autoridad, por la fuerza de su voluntad, hace que se inclinen ante él los reinos mas lejanos, como la Armenia y la Bulgaria. Tolerante con las personas, protege á los judíos contra las exacciones de los príncipes, contra las vejaciones de los cristianos. Luchando contra las herejías, que amenazan los fundamentos del órden social, predica á los católicos vencedores é irritados, á los obispos mismos, la moderacion y la clemencia. Intenta reunir la Iglesia separada de Oriente y de Occidente con la dulzura y la conciliacion, y cuando el suceso de la victoria de la cuarta cruzada destruye el imperio de Bizancio, y redobla así su poder, recomienda la dulzura con la Iglesia vencida, y rehusa asociarse á las inmoderadas manifestaciones de gloria y de triunfo de los vencedores, reprendiéndoles porque habian olvidado las leyes de la justicia y separádose de su empresa de conquistar el santo sepulcro de Cristo. Dulce y misericordioso con los débiles y los vencidos, fué inflexible con los poderosos y los orgullosos. Defendió la santidad del lecho conyugal contra Felipe Augusto, y protegió los huérfanos reales. Ofreció un asilo al pié de su trono al anciano Raimundo, conde de Tolosa, el mas antiguo y mas tenaz de los enemigos del catolicismo; defendió su causa contra los cruzados victoriosos, y señaló al hijo dos grandes provincias, para que el hijo inocente del culpable no fuese despojado de su patrimonio.

El valiente Pedro de Aragon no cree garantir mejor la independencia de su corona que atravesando los mares y depositándola á los piés de Inocencio, recibiéndola, como feudatario, de sus manos.

Juan Sin-Tierra, perseguido por la indignacion del pueblo inglés, se proclama él mismo vasallo de la Santa Sede, á quien habia cruelmente perseguido; seguro de encontrar en ella un refugio y un perdon que los hombres le rehusaban.

Además de estos dos reinos, los de Navarra, Portugal, Escocia, Hungría y Dinamarca, pertenecientes todos en cierto modo por un vínculo de proteccion es-

piritual á la Santa Sede, vieron prácticamente que el Pontífice respetaba tanto los derechos de los reyes con respecto á la Iglesia como los de la Iglesia con respecto á los reyes.

No con menos celo defiende los intereses de la religion, confundidos generalmente con los de su poder temporal. Además de la cruzada que dirigió hácia Constantinopla, envió socorro á los españoles, amenazados por los almohades; y esta cruzada obtuvo la gran victoria de las Navas de Tolosa (1212). La cruzada mas importante fué la de los albigenses, que libró á la Iglesia de un cisma temible. Injusto seria imputar al Pontífice las atrocidades que deshonraron esta larga lucha. Como sus ilustres predecesores, oponiéndose á la existencia del imperio en la casa de Suavia y sosteniendo la libertad de las naciones en Alemania, salvó esta noble nacion de la centralizacion monárquica, que hubiera alterado su naturaleza y sofocado todos los gérmenes de esa prodigiosa fecundidad intelectual, de que se envanece hoy con justo título. Restableciendo y defendiendo, como ellos, con gran constancia la autoridad temporal de la Santa Sede, garantiza á la vez la independencia de la Italia y de la Iglesia.

Inocencio III fué mas temible que ninguno de sus predecesores, y tal vez que ninguno de sus sucesores. Los rayos de Roma estallan sobre la cabeza de los príncipes por todas partes. Excomulga á Swero por haber usurpado la corona de Noruega. Sabe que el rey de Hungría puso preso á un legado que pasaba por sus estados, y le escribe amenazándole con que su hijo le sucederá en vida. El rey de Leon se casa con su prima la princesa de Castilla; Inocencio lanza sobre este reino su *entredicho*. El clero de Leon suplica que levante el entredicho, é Inocencio consiente en que el sacrificio divino se celebre á puerta cerrada; empero prohibe la sepultura de los muertos. El Rey concluye por someterse, y despide del tálamo real á su esposa. Felipe Augusto habia repudiado á Isemberga y contraido segundo matrimonio; Inocencio no titubea en hacer caer sobre el pueblo la pena de esta falta.

Esta vida tan hermosa, tan llena de sucesos, se termina por el célebre concilio general de Letran, que convocó y presidió. En él se abolieron los juicios de Dios, que habian degenerado en un bárbaro abuso de la fuerza brutal; en él se prescribió la comunion pascual, y en él, por último, se estableció ese procedimiento criminal, que sirvió de modelo á todos los tribunales seculares.

A fines del siglo XI las agitaciones que conmovieron la Italia agitaron tambien la organizacion de las inteligencias. La fundacion de la universidad de Bolonia dió orígen al descubrimiento de las *Pandectas* de Justiniano. En medio del entusiasmo y de las esperanzas por una inmensa reconstruccion legislativa que hizo nacer este descubrimiento, un monje se levanta y aparece en la Europa para poner fin á la confusion de leyes pertenecientes á godos, romanos y lombardos. Graciano compone su célebre decreto, bajo el título de *Concordia discordantium canonum*, que excita el entusiasmo público, y es enseñado en toda Europa, porque resu-

mia la mas alta inteligencia, la mas alta sabiduría social. Hasta entonces el derecho europeo habia sido representado en su mas lata expresion por el derecho romano, sin relacion al derecho espiritual; el decreto de Graciano subia á un orígen mas natural, rodeaba al hombre en toda su existencia. Así, este simple monje de Bolonia llevaba bajo su modesto hábito ideas con que completar una revolucion legislativa que condujese á las edades modernas á la libertad, á la dignidad cristiana, al espíritu de las naciones, mas ilustrado que nunca. Un simple monje arrancaba la explotacion de los pobres á la codicia de los ricos, sujetando unos y otros á las mismas obligaciones con el mismo señor y con el mismo Dios. El decreto de Graciano asienta ya en el siglo XII ideas que brillan hoy en los códigos modernos sin decir de dónde han sido tomadas; y estas ideas, que eran públicamente enseñadas por el clero, promovieron las grandes reformas llegadas á realizar por los dos gigantes del pontificado, Gregorio XII é Inocencio III.

Los hermosos dias de la dominacion de los papas se extienden desde el pontificado de Inocencio III hasta el de Bonifacio VIII inclusive. Roma inspiró entonces el terror de su antiguo nombre. Aun fué la señora del universo y tuvo reyes por vasallos. Honorio III, elegido á los dos dias de la muerte de Inocencio, sostiene con solo las fuerzas de la fe la lucha contra todos los recursos del poder humano. Después de un largo combate sostenido contra Federico II, á quien habia coronado él mismo (1220), arma á su costa y con sus propias rentas una cruzada, y confirma tres grandes órdenes religiosas en el catolicismo: los dominicos, los franciscanos y los carmelitas. La casa de Suavia se levantaba mas poderosa que nunca.

Gregorio IX continuó la lucha contra Federico II (1227-1241). Octogenario en el momento en que ciñe la tiara, muestra durante quince años de pontificado la mas indomable energía, como si la juventud se hubiese depositado en su cuerpo al par de la potestad delegada por el Eterno. Amigo de las ciencias, funda la universidad de Tolosa y ayuda poderosamente á S. Luis al establecimiento de la de Paris. Casi al tocar al límite de los cien años de edad, vencido y abandonado de los suyos, sitiado en Roma por Federico, coligado contra él con los romanos mismos, encontró en aquel momento terrible en el seno de la debilidad humana aquella fuerza que no pertenece sino á las cosas divinas. Saca de sus sepulcros las reliquias de los santos apóstoles, las pasea en procesion por las calles de Roma, excitando á los romanos para que defiendan con él aquel sagrado depósito. Los romanos juran morir con él. El Emperador es rechazado, y la Iglesia queda libre. En medio de estas angustias termina Gregorio IX su magnífica vejez (1241). ¡Vencido, pero indomable; oprimido, pero excomulgando á su enemigo!...

Celestino IV no reina sino diez y seis dias. Federico II, demasiado irritado y demasiado poderoso, trata de impedir una nueva eleccion deteniendo á los prelados que acudian al Cónclave. S. Luis sostiene la independencia de la Iglesia, y al cabo de veinte y dos meses consiente Federico en permitir la eleccion y reconocer á Inocencio IV.

Justifica este las prevenciones del Emperador. Hasta su eleccion habia sido el amigo, el partidario de Federico; apenas elegido, sacrifica su antigua amistad á la augusta mision que se le habia confiado, á la admirable unidad de miras que habia penetrado á todos sus predecesores hacia dos siglos. Encerrado entre las garras imperiales, que por el norte y por el mediodía, por la Alemania y la Sicilia hacen de Roma para él una prision, trata de escaparse. En vano Francia, Inglaterra y España le niegan un asilo. Vencido, despojado, abandonado de todos, no deja de ser el Vicario de Jesucristo. Todo su poder está en este título. Su desgracia misma aumenta la veneracion pública, duplica su fuerza. ¡Era á la vez papa y mártir! Bien pronto el mundo lo vió con asombro refugiado en Lion, cuya ciudad pertenecia á un arzobispo independiente, dirigir á la Europa una convocacion para un concilio general, y su voz es oida y obedecida como si hubiese residido en el Vaticano (1245). Inocencio reune en derredor de sí el concilio general, adonde acuden todos los obispos que pueden escapar del poder del tirano. Acuden tambien los cardenales, á quienes concede el Papa el sombrero rojo, las vestiduras de púrpura, para demostrarles que deben de estar siémpre dispuestos á verter su sangre por la Iglesia. En el seno de este tribunal supremo, que Federico mismo se ve forzado á invocar y reconocer, y delante del cual sus abogados defienden su causa, el Pontífice fugitivo fulmina contra el mas poderoso soberano del mundo la sentencia de deposicion como opresor de la libertad religiosa, expoliador de la Iglesia, hereje y tirano. Federico no podia creer en la ruina súbita, repentina de su alta fortuna. Lucha, y lucha en vano. Alemania elige dos anticésares; el norte y el sur de la Italia se sublevan contra él, y agoviado de dolor, muere algun tiempo despues, solicitando en vano á todo precio, á todo trance, la paz con el Pontífice, que, inflexible, se la rehusa (1250). La Europa fué entonces una teocracia. ¡El sueño del grande Hildebrando se habia realizado! La idea de Inocencio IV es extinguir la gloriosa casa de Suavia, que habia puesto á Roma en tan gran peligro. Conrado, hijo de Federico, y Conradino, su nieto, de edad de dos años, son los últimos vástagos de esta dinastía. Conrado murió en 1254, despojado de la Alemania y combatiendo por la corona de Nápoles, que el Papa habia concedido á Manfredo, hijo natural de Federico II. Inocencio habia hecho estipular que las coronas de Alemania y de Nápoles jamás se pudieran reunir sobre una misma cabeza. La actividad de Inocencio no se limita solo á la Europa, se extiende al Asia central, donde emprende la conversion del hijo de Gengiskhan.

La misma lucha se continúa entre los herederos de Federico y de Alejandro IV. Este pontífice (1254), de carácter pacífico, deja reinar en Nápoles tranquilo á Manfredo con perjuicio de Conradino.

Urbano IV (1264), hijo de un zapatero de Troyes, léjos de avergonzarse de su orígen, hace pintar sobre las vidrieras de la catedral de su patria á su padre ejerciendo su oficio, é inalterable en medio de los mas grandes peligros, muere sin saber dónde reposar su cabeza; empero legando á la Iglesia la proteccion del herma-

no de S. Luis, Cárlos de Anjou, y un reino á la Francia en la Sicilia. Las grandes cualidades de Manfredo no eran bastantes á borrar de su frente la mancha de usurpador. El Papa, no pudiendo oponerle la infancia del legítimo heredero del trono, Conradino, de una dinastía funesta al pontificado, ofreció la corona á Cárlos de Francia, duque de Anjou. Clemente IV (1265) confirma el ofrecimiento, y Cárlos se adelanta á su ejército, viene á Roma, recibe del Pontífice la corona del reino que iba á conquistar, y que consigue en la batalla de Benevento, donde Manfredo pierde el trono y la vida (1266).

Las exacciones y las violencias de Cárlos sublevan los espíritus. Los gibelinos preparan el restablecimiento de la casa de Suavia, llaman al jóven Conradino, de edad de diez y seis años, último vástago de aquella ilustre dinastía. Conradino viene; el Pontífice lanza sobre él la excomunion; combate, es vencido, y su cabeza, que debia ceñir la corona, cae en la plaza de Nápoles bajo el hacha del verdugo. Cárlos de Anjou, dueño de las Dos-Sicilias, jefe del partido güelfo, es el árbitro de la Italia. Aspira abiertamente al señorío de todas las ciudades lombardas, empero sus esfuerzos se estrellan en la resistencia de los milaneses. Su ambicion se dirige aun fuera de la Italia, toma parte en la segunda cruzada de S. Luis, hace tributario de su corona al rey de Túnez, y lleva sus miras hácia Constantinopla.

Cárlos de Anjou, al meditar tan vastas conquistas, olvidó todas las promesas que habia hecho á los papas.

Después de la muerte de Clemente IV vacó la silla apóstolica dos años, nueve meses y dos dias: tanta era la divergencia entre los cardenales electores. Al fin fué elegido Gregorio X (1268-1276.) Glorioso fué este pontificado. La Italia vió apaciguadas sus discordias civiles por su espíritu imparcial. El interregno del imperio quedó tambien terminado, eligiéndose un príncipe, Rodolfo de Habsbourg, que brilla en la guerra y en el gobierno, y fué el fundador de una de las mas poderosas dinastías de Europa. La iglesia griega aparece por un momento reconciliada con la iglesia latina. Las querellas entre el oriente y el occidente parecia que iban á concluir por un arreglo justo y honroso para ambas partes. Apaciguadas las disidencias de Italia, se celebra un concilio general en Lion (1274), al que asistieron quinientos obispos, setenta abades mitrados y mil religiosos; cuyo concilio, presidido por el Pontífice en persona, se ocupó de leyes útiles á la cristiandad y dignas de tan augusta asamblea. Convencido Gregorio de los males que las dilaciones de los cardenales para elegir pontífice causaban á la Iglesia, estableció que permaneciesen rigorosamente encerrados é incomunicados durante el Cónclave.

A la muerte de Gregorio X es elegido Inocencio V (1276), que solo ocupa la cátedra de San Pedro seis meses.

No es mas largo el pontificado de su sucesor Adriano V (1276), á quien á los tres meses sucede Juan XXI (1276), que tampoco gobierna la Iglesia sino siete meses.

Cárlos de Anjou, poseedor pacífico de Nápoles y de Sicilia, gobernador de Bolonia á pesar del Papa, y vicario imperial en Toscana, sin que ningun emperador

le hubiese deferido este título, reunia casi todo el poder de los antiguos reyes de Lombardía. Roma se hallaba como en medio de una red. NICOLAS III, de la familia de los Orsini, electo papa (1277), se dirige á Rodolfo de Habsbourg para pedir por un rescripto imperial la libertad absoluta de las provincias pertenecientes á la Santa Sede, y que antes dependian del Emperador.

MARTIN IV (1281) empleó todo su conato en contener el amenazante poder del duque de Anjou.

Un suceso imprevisto cambia la fortuna de Cárlos de Anjou. Una conspiracion urdida por Juan de Prócida, médico de Manfredo (1282), madurada en el silencio mas profundo, y llevada á cabo con una rapidez instantánea, estalla en Palermo el lúnes de Pascua. En el momento de sonar las campanas para llamar á los fieles á vísperas, Palermo entero se levanta, todas las ciudades, todos los pueblos de la Sicilia hacen lo mismo. En aquella misma hora todos los franceses, sin distincion de edad ni de clases, fueron asesinados; con ellos perecieron tambien cuantas mujeres sicilianas habian tenido relacion con ellos, y pudieran llevar en sus entrañas el fruto de sangre francesa. A esta matanza horrorosa se ha dado el nombre de *vísperas sicilianas*.

Desde este terrible suceso el reino de las Dos-Sicilias se encuentra dividido entre las casas de Anjou y de Aragon. La guerra mas implacable estalla entre estos dos príncipes rivales que mueren el mismo año sin haber visto su fin (1285). Sus sucesores, Cárlos II de Anjou y Jaime de Aragon, la terminaron. Roma, los doce años que duraron estas guerras que ensangrentaron la Italia, tomó partido por la Francia contra la Sicilia y Aragon, pero la raza de Capeto no pudo apoderarse nunca de la corona de Aragon, que le habia dado Martin IV.

HONORIO IV (1285-1287) libró los estados de la Iglesia de los bandidos que los infestaban; sostuvo en Sicilia el partido francés contra la casa de Aragon, y fué siempre un celoso defensor de las inmunidades eclesiásticas.

NICOLAS IV (1288-1294) manifestó, contra la costumbre de los papas, grande inclinacion al partido gibelino, y mandó misioneros que propagasen la religion cristiana hasta las regiones de la China.

A la muerte de Nicolás IV es tal la desunion del Cónclave para la eleccion de su sucesor, que acuerdan en solemne compromiso elegir un pontífice neutral, y aun de fuera del colegio de cardenales. Fué elegido Pedro Moron, bajo el nombre de CELESTINO V (1294), el cual habia sido antes benedictino, y fué fundador de una nueva órden que tomó su nombre. Vivia en un desierto, entregado á las mas duras austeridades, cuando los delegados del Cónclave se presentaron para ofrecerle la tiara. Ajeno á las pompas del mundo, era tanta su humildad, que al entrar en Nápoles resistió hacerlo ni en carroza ni á caballo, y entró montado en un humilde jumentillo, obstinándose, contra el parecer de todos los cardenales, en apartar de sí todo el lujo y toda la pompa oriental de que se hallaba revestido el pontificado. Conspiraron contra él, achacándole inexperiencia en los negocios mun-

danos, y diciendo que esto le hacia cometer muchas faltas. El cardenal Benedicto Cayetano no lo dejó tranquilo hasta que le obligó á dar un decreto estableciendo que los pontífices podian renunciar la tiara á imitacion de los demás prelados. Reunió á los cardenales en Nápoles, donde se hallaba; leyó él mismo este decreto, y en seguida, en cuanto terminó su lectura, hizo solemne renuncia del pontificado. ¡Primer ejemplar de la abdicacion de tan alta dignidad, verificado el 13 de diciembre del mismo año 1294!

A los diez dias fué elevado al solio pontificio el instigador de esta renuncia, el cardenal Benedicto Cayetano, bajo el nombre de Bonifacio VIII. Convertido ya Celestino V en Fr. Pedro Celestino, se trasladaba gustoso á la soledad y al retiro, cuando su sucesor, recelando que pudiera retractar, arrepentido, su abdicacion, lo manda prender, lo pone en una cruel prision en la fortaleza de Rocafulmon, y allí recibe un duro trato, del cual fallece al cabo de un año. ¡Mas tarde Clemente V lo inscribió en el número de los santos!

Bonifacio VIII era muy distinto del hombre á quien acababa de suceder, de quien habia arrancado á la fuerza su abdicacion, porque la dureza con que lo trató justifica este cargo. La instalacion de Bonifacio VIII fué la mas fastuosa é imponente que presenció Roma. El rey de Nápoles Cárlos II y el rey de Hungría llevaban las bridas de su caballo. Este papa instituyó el jubileo secular (1300), y se presentó en él haciendo llevar delante de sí dos espadas, emblema de su dominio espiritual y temporal. Prohibió decididamente que á ningun eclesiástico pudiese imponérsele gravámen ni contribucion alguna sin consentimiento de la Santa Sede. Esta bula no fué obedecida por Felipe el Hermoso, rey de Francia, su mas implacable enemigo, en cuyas manos se fundia entonces el absolutismo de los reyes. Bonifacio lanza una bula de excomunion contra el Rey, y encarga al emperador de Alemania su ejecucion. Felipe, en lugar de ir á buscar las valientes tropas del Emperador, va á atacar al Papa, que no tiene soldados. Felipe, además, habia citado al Papa delante de un concilio reunido en Lion, y ordena á Guillermo de Nogaret que, imitando los traidores ejemplos que antes daban los emperadores griegos con los exarcas bajo pretexto de negociaciones, se apodere de la persona del Pontífice y por fuerza le conduzca á Lion. Nogaret llega á Florencia, recibe gruesas cantidades, y de concierto con los Colonnas, señores romanos enemigos del Papa y jefes de los gibelinos, trama una conspiracion para apoderarse de Bonifacio, que vivia tranquilamente en Agnani. Colonna (1303), á la cabeza de trescientos caballos, levantados con el dinero que habia distribuido Nogaret, seguidos de un pequeño número de infantes, con el estandarte de la Francia, entraron en aquel pueblo dando voces de muerte al papa Bonifacio y vivas al rey de Francia. El Papa, al verse abandonado y á punto de caer en manos de sus enemigos, creyó que iba á ser degollado, y exclamó con magnanimidad: «Pues como Jesucristo voy á ser preso por traicion, debo morir y moriré como papa.» Se revistió el manto pontifical, colocó sobre su cabeza la corona de Cons-

tantino, y empuñando las llaves en forma de cruz, esperó tranquilo á los invasores, sentado en el trono. Sciarra Colonna le dirigió palabras insultantes, y Guillermo de Nogaret le amenazó de llevarle maniatado á Lion como un bandido, donde un concilio lo haria deponer y condenar. El Papa, tranquilo, sufrió con resignacion tan graves insultos, no siendo cierto, segun la crítica de los mejores historiadores, el bofeton que se dice haberle estampado en el rostro la mano sacrílega de Nogaret. El Papa permaneció arrestado tres dias, al cabo de los cuales, viendo los del pueblo de Agnani que los que lo habian invadido no eran un ejército, sino una faccion, se levantaron y lo pusieron en libertad. El dolor de esta afrenta fué tal, que Bonifacio VIII murió pocos dias después.

Benedicto XI (1303) sucede á Bonifacio, y su primer acto fué reconciliar al rey de Francia con la Santa Sede.

XVI.

La decadencia sensible del pontificado data desde Bonifacio VIII, que habia querido extender la autoridad papal mas léjos que ninguno de sus predecesores.

En el imperio del pontificado sobre el género humano no encontramos jamás una crísis, una revolucion marcada, terminante, como en la historia de los pueblos y de las instituciones políticas; es lentamente, como las aguas que se retiran, como la vejez, á la cual se llega con paso insensible, como este poder extraordinario en la opinion pública se ha ido debilitando en su dominacion temporal durante cinco siglos. Así como la retrogradacion del *dios Término* en el imperio de Adriano ofreció la primera prueba sensible de la debilidad del imperio romano y de la decadencia de su elevacion, así la sumision tácita de los sucesores de Bonifacio VIII al rey de Francia fué para la Europa como un signo de que su influencia comenzaba á decaer. Aprisionado, ultrajado, privado por una afrentosa pesadumbre aun de la vida, de resultas de la violencia de Felipe, príncipe excomulgado, que habia llevado hasta el exceso la audacia y el desprecio de las prescripciones pontificales, Bonifacio tenia todos los derechos posibles á la venganza de los herederos de su dominacion espiritual. Benedicto XI, al anular las bulas de su predecesor, al admitir á Felipe el Hermoso á la comunion sin exigirle reparacion ninguna, obraria con prudencia, con política mundana, pero dió un golpe de muerte, un golpe fatal á la autoridad temporal de la Santa Sede.

Benedicto XI, el mas dulce de los hombres, no vive sino algunos meses. La habilidad del partido francés dió márgen á la indecision del Cónclave, dividido en dos facciones, dirigida la una por el cardenal Gaetani, y la otra por el cardenal De Prato, partidario de la Francia. Nueve meses duran las incertidumbres y vacilaciones; empero al fin fué elegido papa el arzobispo de Burdeos, bajo el nombre de Clemente V (1305).

Este pontífice habia prometido residir en Francia, y los cardenales le siguieron. Después de haber errado por varias ciudades de aquel reino, Clemente V se estableció en Aviñon (1305), y esta ciudad fué por cerca de setenta años la metrópoli de la cristiandad. Roma cesó entonces de ser la señora del mundo cristiano, y los papas, colocados bajo la mano de la Francia, perdieron é la vez su independencia y su prestigio. Así es que se llama á esta gran calamidad la cautividad de *Babilonia*, el oprobio de la Sede Apostólica, el escándalo del mundo cristiano!

Durante este tiempo legados apostólicos residentes en Perusa gobernaban los estados de la Iglesia, ejerciendo sobre la capital del mundo cristiano una autoridad indirecta. Roma conservaba algunas instituciones republicanas, y su historia, durante la residencia de los papas en Aviñon, presenta el cuadro repugnante de motines y disensiones intestinas entre las diversas facciones de su nobleza. Los Orsini, los Colonna, los Savelli, se combaten en medio de las calles, se fortifican en los monumentos de la Roma antigua, y la ciudad presenta el aspecto de la anarquía, de un verdadero campo de batalla. A este desórden inmenso, á estas guerras civiles, se agrega la horrible peste que desoló la Europa á principios del siglo XIV. Clemente V, dócil instrumento de Feiipe el Hermoso, consiente en la abolicion, en el suplicio de los templarios, en el concilio de Viena. Citado por estos mártires ante el tribunal de Dios, muere en el mismo año (1314) que aquel monarca, que cometió aquel gran crímen para apoderarse de las inmensas riquezas de la órden del Temple.

Dos años queda vacante la cátedra de San Pedro. Grande era la desunion entre los cardenales en el Cónclave, hasta que, forzados por el rey de Francia, se comprometieron para la eleccion en el cardenal Jacobo de Osa; este se nombró á sí mismo el dia 7 de agosto de 1316. Rigió la Iglesia hasta su muerte (en 1334) bajo el nombre de JUAN XXII. Concedió al rey de Aragon D. Jaime II los bienes que tenian los templarios en el reino de Valencia, instituyendo con ellos la célebre órden militar de Montesa. Tuvo que luchar constantemente con el emperador de Alemania, que hizo nombrar en Roma el antipapa Nicolás V. Enriqueció considerablemente su tesoro con la invencion de la contribucion llamada *annatas* ó primeros frutos de los beneficios eclesiásticos. Estas *annatas* consistian en el valor de la renta de un año, segun la tarifa consignada en los libros de la cancelaría romana, y pagadera á los colectores del Papa en toda la extension de la Europa. Los reyes de Francia apoyaban estas exacciones, de las que disfrutaban gran parte y que se consumian en su reino.

BENEDICTO XI (1334), digno por sus virtudes de levantar el trono pontifical, en vano intenta librarse del yugo de la Francia y trasladarse á Roma. Concedió á Alonso XI de Castilla la tercera parte de los diezmos de sus reinos para hacer la guerra á los moros, siendo principio de las *tercias reales;* caudal inmenso, de que, para las necesidades del Estado, dispusieron los reyes de España hasta la abolicion de los diezmos en nuestros dias por las Cortes. Fué severo con sus ministros,

mandando ahorcar á uno de ellos por los abusos que cometia en la administracion.

Clemente VI (1342), Pedro Monstrio, francés, trata en vano de vencer la indocilidad de los romanos; la ciudad se veia agitada por los güelfos y gibelinos. En medio de esta anarquía y de las últimas clases del pueblo, se levantó un tribuno audaz, que intentó hacer revivir la antigua república y devolver á los romanos el dominio del mundo cristiano. Nicolás Rienzi habia sido enviado á Aviñon para suplicar al Papa su vuelta á Roma. El gran poeta Petrarca le acompañó. Clemente VI, asombrado de la elocuencia de Nicolás, le nombra notario de la cámara apostólica, le encarga anunciar que si la política se opone á su vuelta á Roma, concede á los romanos que el jubileo, antes secular, se celebraria cada cincuenta años. Rienzi al volver á Roma ve su patria en la anarquía, se apodera del gobierno, anuncia el restablecimiento de la república bajo el nombre de *Buen Estado*, y el pueblo y los nobles y las ciudades de Italia adoptan la nueva constitucion con entusiasmo. Somete á los nobles de Roma, anuncia á la Europa su gobierno; empero la razon del tribuno no resiste al vértigo que causa su improvisada elevacion. Osa citar á su tribunal al papa Clemente VI, al emperador Cárlos IV, á la reina Juana de Nápoles, y se erige en mediador de los reyes y de los pueblos. Una vanidad pueril, un orgullo plebeyo le hace adoptar todo el ornamento de los reyes, toda la pompa de los pontífices. El pueblo se cansó de su vanidad y de la farsa de este charlatan. Colonna subleva contra él al pueblo y le obliga á huir de Roma para salvar su vida (1347), á los siete meses de su altiva y ridícula dictadura.

Rienzi se refugia en Hungría, después en la corte del Emperador. Cárlos IV le entrega al Papa, que lo hace encerrar en las prisiones de Aviñon.

Inocencio VI (1352), francés, contempla desde Aviñon la anarquía de Roma, y emprende someterla, enviando al proscripto Rienzi á Roma, y detrás de él á su legado el cardenal arzobispo de Toledo, D. Gil Alvarez de Albornoz, hábil general y gran político, que permaneció activo en las inmediaciones de Roma organizando sus planes. Rienzi vuelve á Roma, y es recibido con entusiasmo momentáneo, para ser asesinado después á muy poco tiempo, arrastrando el pueblo por las calles el cadáver de su ídolo, del hombre que dos veces habia tratado de restablecer el órden y el reinado de las leyes en la capital del mundo cristiano. Albornoz restableció la autoridad del Papa en Roma, preparando así su vuelta (1359).

Urbano V (1362-1370), Guillermo Grisaco, francés, vuelve á Roma reconquistada; empero solo permanece en ella tres años, teniendo que volver á morir á Aviñon, por el ultraje que habia recibido en la persona de su legado el cardenal de Bedfort, á quien el duque de Milan, Barnabo Vizconti, hizo tragar los pergaminos de la bula de excomunion que el Papa habia lanzado contra él (1370).

Gregorio XI, Pedro Rogerio de Beaufort, aunque francés, vuelve á Roma, insurreccionada después de la marcha de Urbano V. Se hallaba Roma gobernada por trece abanderados ó representantes, portadores de las banderas de los trece cuarteles de esta ciudad. Estos abanderados dirigian las masas, como mas tarde

los verémos dirigirlas en tiempo de Pio IX, en nuestros dias! A su llegada los abanderados rinden á sus piés las banderas, y aunque su autoridad no es por esto completamente reconocida, muere en su palacio de Roma (1378) al año de haber restablecido en ella la Santa Sede, cabiéndole la gloria de haber terminado la funesta época conocida en la Iglesia por la cautividad de Babilonia!

XVII.

La residencia de los papas en Aviñon habia causado grandes males á la Europa! Estos males van á reproducirse en mayor escala, con mayor escándalo. A la muerte de Gregorio XI, los cardenales franceses, que componian la mayoría, quisieron elegir un papa francés. ¡Hacia tanto tiempo que estaban en posesion de esto!... El pueblo romano se levantó, rodeó el Cónclave, y exigió de los electores un papa *italiano ó la muerte!* Después de haber deliberado algun tiempo, los cardenales, intimidados, eligieron al arzobispo de Bari, Bartolomé Prómano, napolitano, que tomó el nombre de Urbano VI (1378). Su eleccion satisfizo al populacho y restableció la tranquilidad; empero de esta colision funesta salió un cisma, que dividió la Europa cristiana. Al pronto le prestaron obediencia todos los cardenales; pero al cabo de algunas semanas algunos cardenales disidentes se retiran á Agnani, protestan la eleccion de Urbano, lo declaran depuesto, y eligen papa al cardenal Roberto, francés, bajo el nombre de Clemente VII, el que se instaló en Aviñon.

Urbano fué reconocido por la Italia, el imperio, la Inglaterra y los pueblos del Norte. Clemente recibió la obediencia de la Francia, la España, la Escocia y la Sicilia. Afortunadamente para la Iglesia ninguna cuestion de fe religiosa intervino en este cisma; no hubo mas obstáculo para su término que la obstinacion y el interés particular de los partidos contendientes. Imposible era ponerse de acuerdo sobre los títulos valederos y primitivos de los pontífices. Así, el deseo de la Europa y de la cristiandad entera consistia en conseguir la abdicacion de los dos papas y verificar una eleccion nueva, valedera, incontestable. Sin embargo, los cardenales de la una y de la otra corte pontificia no desistieron de sus pretensiones, ni aun en las vacantes de los pontífices quisieron suspender la eleccion de un sucesor, lo que al menos hubiera evitado la mitad de los obstáculos.

Así, el cónclave de Roma coloca sucesivamente tres pontífices, Bonifacio IX (1389), Inocencio VII (1404), Gregorio XII (1406), sobre la silla de Urbano!

Así, los cardenales reunidos en Aviñon, después de la muerte de Clemente en 1394, eligieron al cardenal Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIII, célebre por su obstinacion é inflexibilidad en prolongar el cisma.

Desde las orillas del Tíber y de las márgenes del Ródano los dos pontífices combaten encarnizadamente, se lanzan y devuelven recíprocas excomuniones,

turban la sociedad y llenan de luto el catolicismo, y hubieran concluido, á ser posible, si no fuera imperecedera, segun la promesa de Jesucristo, con la autoridad de la Iglesia.

Gregorio XII y Benedicto XIII se habian obligado con juramento, al tiempo de su exaltacion, á abdicar cuando pareciese necesario. Los cardenales de ambas parcialidades, precisados por los soberanos y por los pueblos, tomaron sobre sí el convocar un concilio general en Pisa (1409).

Este concilio celebró veinte y dos sesiones. En la segunda citó á las puertas de la iglesia á Pedro de Luna (Benedicto XIII) y á Angel Corrario (Gregorio XII). No habiendo comparecido, se les citó de nuevo en la tercera, y por último se les declaró contumaces y depuestos de su dignidad. Se acordó que los cardenales creados por los pretendidos papas procediesen á una nueva eleccion bajo la autoridad del concilio, y eligieron unánimemente á Pedro de Candía, religioso franciscano, de edad de setenta años, y que habia sido mendigo en aquella isla; el cual tomó el nombre de ALEJANDRO V (1409). Esta nueva eleccion no extingue el cisma; España sigue firmemente adicta á Benedicto, y á Gregorio no le faltan parciales.

A la muerte de Pedro de Candía es elegido JUAN XXIII (1410), Baltasar Coza, el que tuvo que convocar en Constanza un nuevo concilio en 1414. Cuarenta y cinco sesiones tuvo este célebre concilio, en el que, no solamente toman asiento y votan los jefes de los monasterios, sino tambien los embajadores de todos los príncipes cristianos, los diputados de las universidades, una multitud de teólogos de rango inferior, y hasta doctores en derecho. Esta asamblea célebre marca una tendencia en la iglesia católica á convertirse de monárquica en representativa. Quiso con un golpe de escándalo establecer un nuevo sistema que hacia rápidos progresos. Depone al Papa; para ello se funda en la promesa que habia hecho de abdicar cuando fuese necesario. La deposicion de Juan, cuya legitimidad es incontestable, fué una medida extraordinaria, injustificada, pues ni aun se hizo un simulacro de proceso.

Juan XXIII rehusa someterse al concilio; disfrazado de postillon, huye y se retira á Schaffous; empero es descubierto, preso y conducido á un castillo.

El concilio de Constanza depone solemnemente al Papa, y hace proceder á nueva eleccion, elevando al trono pontificio al cardenal Colonna bajo el nombre de MARTIN V (1417). Esta es la primera vez que sube á la silla de San Pedro un cardenal perteneciente á esta casa, siempre tan poderosa en Roma. Su rival, la familia Orsini, habia ya dado un papa en la persona de NICOLAS III (1277), predecesor de Martin IV.

La tendencia del concilio de Constanza era altamente reformadora. El Papa y los cardenales no podian oponerse directamente á estas ideas, empero trataron de contrariarlas. Por un decreto de este concilio de Constanza debia reunirse un concilio general dentro de cinco años, otro segundo después de siete, y desde enton-

ces, periódicamente, un congreso de representantes de la Iglesia cada diez años. En este concilio se oyó á Juan de Hust y á Jerónimo de Praga, que, declarados herejes, relapsos y excomulgados, fueron entregados al brazo secular y quemados públicamente, lo cual dió orígen á grandes guerras y disturbios en la Alemania.

El español Pedro de Luna (Benedicto XIII), aragonés inflexible, rehusa abdicar; resiste al anatema de los concilios y de los papas, á la defeccion de los pueblos y de los reyes que antes le apoyaran; abandona á Aviñon, se retira á Peñíscola, y allí muere, reputándose pontífice hasta su muerte (1424), que restablece, aunque por poco tiempo, la unidad católica.

Martin V convoca, en cumplimiento del decreto del concilio de Constanza, otro concilio en Pavía, que la peste obliga á trasferir á Siena. Siete años mas tarde, después de grandes dificultades, convoca el concilio de Basilea, el cual no debia ver reunido por causa de su muerte.

Su sucesor, Eugenio IV (1431), Gabriel Condulmeno, veneciano, lo reune; viendo, empero, el espíritu hostil del concilio contra la corte de Roma, trata de disolverlo para reunirlo dentro de diez y ocho meses; mas se encuentra con una resistencia inesperada. Los padres del concilio establecen la superioridad de este sobre la Santa Sede. Invitan al Papa á que se presente en el concilio, y el Papa responde anulando sus trabajos. Insiste el concilio amenazando con apoderarse de la administracion de la Iglesia y considerar al Papa como no existente. Cuarenta y cinco sesiones sucesivas, que duraron doce años, tuvo este concilio. Eugenio ejerce su prerogativa trasfiriendo las sesiones del concilio á Ferrara; pero el concilio rehusa la bula de traslacion, declara cismática á la asamblea de Ferrara y continúa sus trabajos.

Eugenio reune tambien en Florencia un concilio compuesto de griegos y latinos, para tratar de la reunion de la iglesia griega con la latina, cosa que parecia entonces fácil y hacedera. En este concilio se firma la union de las dos iglesias; pero fué poco durable el triunfo de la verdad. Cuando los prelados griegos tornaron á Constantinopla encontraron al pueblo y al clero de aquella ciudad prevenidos contra esta union; intimidados por el desenfreno de las pasiones de sus conciudadanos, renunciaron á lo que se habia hecho en Florencia, y desde entonces (1439) el cisma ha continuado hasta nuestros dias.

Entre tanto el concilio de Basilea, aunque debilitado por la defeccion de los partidarios de Eugenio, continuaba sus trabajos, y queriendo dar un golpe de estado, depuso al Pontífice y se ocupó de la eleccion de uno nuevo, nombrando á Amadeo, duque de Saboya, á quien le enviaron veinte y cinco eclesiásticos, que fueron á encontrarle en su soledad, y á quien obligaron á aceptar la tiara bajo el nombre de Felix V (1439). Así renovaron el cisma. La obediencia de la cristiandad se dividió entre dos papas durante algunos años. El imperio de Alemania y la Francia observan una neutralidad singular, tratando á Eugenio como pontífice legítimo y al concilio de Basilea como concilio general. Inglaterra sostiene á Eu-

genio y se adhiere al concilio de Florencia. Aragon y otros estados reconocen á Félix. Eugenio IV murió (1447) después de diez y seis años de pontificado.

El concilio de Basilea se fué debilitando de año en año. Nicolas V (1449), Tomás Lucano, jenovés, obtuvo sin pena la abdicacion de Félix, que recibe el capelo de cardenal de mano de Nicolás con la misma humildad que habia recibido la tiara de mano del concilio de Basilea. Nicolás V triunfó del espíritu de reforma; y aunque el decreto que prescribia la convocacion de un concilio cada diez años no lo abrogó, lo dejó en desuso, y desde entonces la Iglesia católica solamente ha sido convocada una vez en Trento. El Renacimiento iba á hacer lo que habian intentado los concilios.

Nicolás V es el primero que echó los fundamentos de la magnífica iglesia y templo de San Pedro. Sometió á Roma, que quiso renovar las escenas de Rienzi, aclamando al noble Estévan Porcari, al cual hizo el Papa ahorcar, con nueve mas de sus cómplices.

En tiempo de este pontífice los turcos se apoderan de Constantinopla (1453): suceso desastroso para la cristiandad, y que hizo pensar seriamente en la paz de la Europa, para librarse del amenazador poder del creciente otomano.

Alfonso Borgia, arzobispo de Valencia, toma el nombre de Calisto III (1455). Este español prepara á su sobrino, muy jóven aun, el camino del pontificado.

Pio II (1458), Silvio Picolomini, manifiesta el mayor ardor en las cruzadas; quiere mandar él mismo en persona, y perece en las playas de Ancona en el momento mismo de embarcarse. Fué el soberano de su tiempo que poseia mas instruccion y mostraba mas buena fe y mas generosidad en sus acciones. Habia sido secretario del concilio de Basilea, y habia servido poderosamente en él la causa del pontificado.

Paulo II (1464), Pedro Barbo, veneciano, se muestra encarnizado perseguidor de los husistas, y promovedor infatigable de la guerra contra los musulmanes.

A Paulo II sucede Sixto IV (1471), Francisco de la Rovera, jenovés, y con él la larga serie de pontífices políticos. Hijo de un pescador, engrandece considerablemente su familia, elevando á sus sobrinos á la categoría de príncipes; persiguió á los Colonnas y produjo una guerra civil en Roma.

Inocencio VIII, Juan Bautista Cibo, jenovés, le sucede (1484-1492). Debe la tiara al cardenal Borgia, que debia reemplazarle. Excomulgó á Fernando, rey de Nápoles, y dió su corona á Cárlos VIII, rey de Francia. Después de algunos combates de poca importancia, se restableció la paz (1492).

XVIII.

Desde el fin del cisma los papas, comprimidos por el poder de los soberanos, no tuvieron ya la influencia temporal que antes; empero no abandonaron su política invariable como jefes supremos de la Iglesia. Hombres, en general, avanzados en edad, la mayor parte de ellos de las familias nobles de la Italia, hacian servir muchos el pontificado á la elevacion de sus parientes ó á los intereses de una faccion local, dando orígen á la palabra *nepotismo*, con que se designa la plaga del favoritismo con que afligieron á Roma, presa siempre de las facciones y parcialidades de las familias poderosas. Cuando Roma se hallaba en tan triste estado, cuando Cárlos VIII invadia la Italia, dando la señal de las grandes guerras del equilibrio europeo para arrebatar á la casa de Aragon el reino de Nápoles y la Sicilia, fué elegido pontífice Rodrigo de Borgia, sobrino de Calisto III, y nobilísimo español. Este papa, que amaba mucho á sus sobrinos, lo elevó á la dignidad de cardenal, no viendo tal vez en su crédula ternura los excesos de su juventud, ó esperando que la edad y su nuevo estado mejorasen sus costumbres, modificasen su carácter. Profundamente disimulado, cubria sus desórdenes con la reputacion de santidad; activo, incansable, trabajaba á veces toda la noche, y nunca abandonó los negocios por los placeres. Amigo de muchos reyes y príncipes, é inmensamente rico, no era difícil que se abriera paso al pontificado. Tomó el nombre de Alejandro VI (1492-1503). Este pontífice ha sido calumniado por los escritores protestantes, y aun escritores católicos han oscurecido sus buenas prendas por los muchos excesos de que le acusan, algunos de ellos fabulosos, mas propios de la época y de la sociedad en que vivió que del hombre. Elevó á la púrpura á su hijo César Borgia, que mereció por sus crímenes ser el modelo del *príncipe*, tal como lo pinta el triste genio del profundo Maquiavelo. En política fué, segun las circunstancias, enemigo de la Francia bajo Cárlos VIII, y su amigo y aliado en el reinado de Luis XII, á quien logró fascinar como cuando en su juventud habia fascinado á su tio el papa Calisto.

Cristóbal Colon habia descubierto un mundo nuevo para la España; Alejandro concede á Isabel y á Fernando la investidura de las tierras descubiertas en las Indias Occidentales. Trazó la famosa línea sobre el Ecuador, que distinguiese la conquista de los portugueses de la de los españoles. Concedió á los Reyes Católicos el Africa para que la conquistasen para su dominio y estableciesen la religion cristiana. Confirmó á Fernando y á Isabel el sobrenombre de *Católicos*, con que hasta hoy se honran los monarcas españoles, y que les habia concedido Inocencio VIII después de la toma de Granada: ese gran suceso, que vino á consolar á la cristiandad de la pérdida de Constantinopla. Aprobó la regla de la órden de

mínimos, y se ocupaba activamente en la reforma de la disciplina eclesiástica, que no pudo llevar á cabo por su muerte súbita (1503), segun unos de un veneno tomado equivocadamente, segun otros de enfermedad.

Este pontificado termina el siglo xv. Los desórdenes que se habian introducido en la Iglesia iban á producir sus funestos frutos. En el siglo xvi vamos á ver la desorganizacion de la Iglesia y de la cristiandad, la reforma de Lutero, las guerras civiles y los torrentes de sangre que por dos siglos iban á inundar al mundo.

A la muerte de Alejandro VI subió al trono pontificio Pio III, Picolomini, que solo reina veinte y cinco dias. El hijo de Alejandro VI, el infame César Borgia, ocupaba la Romanía; la Iglesia necesitaba un papa guerrero, y lo halla en Julio II, cardenal de la Rovera, jenovés (1503-1513). Mas capitan que prelado, al par que lleva sobre el trono las costumbres mas puras, los antecedentes mas honrosos, deja las llaves de Pedro y empuña la espada de Pablo. Arroja de la Romanía á César Borgia. Combate á los venecianos, que se habian apoderado de muchos pueblos del norte de la Italia correspondientes al patrimonio de la Iglesia. Forma contra los venecianos la famosa liga de Cambray (1508) con la Francia, la España y la Alemania, y humilla el orgullo de la altiva, de la poderosa Venecia. Vuelve después sus armas contra la Francia; empero esta marcha contra él. Luis XII reune al mismo tiempo un concilio en Pisa. Su ejército derrota al Papa en Bolonia y en Ravena (1511-1512), y el concilio le suspende de sus funciones. ¡La cristiandad vuelve á verse amenazada de un cisma! Julio II reune otro concilio en San Juan de Letran, en Roma, anula los actos del de Pisa, lanza sobre la Francia el *entredicho*, forma la Santa Liga con la España y la Alemania, y los franceses, vencidos, repasan los Alpes, y al morir este gran pontífice (1513) pudo exclamar contento: «¡Los franceses quedan fuera de la Italia!»

XIX.

A la muerte de Julio II el cardenal Juan de Médicis le sucedió en el trono de San Pedro, siendo coronado el dia del aniversario de la batalla de Ravena, en que fué prisionero por los franceses. Leon X es un hombre tan grande, una figura tan colosal en el siglo xvi, que produjo tantos grandes hombres, que solo él entre tantos impuso su nombre á su siglo!...

Llegamos á la época del Renacimiento. Después de las cruzadas, esa magnífica epopeya en que, poseida de un santo furor, se lanzó toda la Europa sobre el Oriente para conquistar el sepulcro de Cristo, se hicieron grandes mudanzas en la situacion política de los estados de Europa. La nobleza, toda guerrera, se habia empobrecido en aquella inmensa expedicion. Este empobrecimiento habia creado una clase mas arrogante que se habia enriquecido por el comercio, la industria y las

artes, y las diversas explotaciones á que dieron márgen las cruzadas. Esta clase comerciante trató de instruirse. El descubrimiento de la imprenta vino á estimular este deseo de instruccion. Hubo una gran fermentacion en todos los espíritus al ver aparecer como por encanto una multitud de obras desconocidas, que la invencion de la imprenta arrojó al ansia del espíritu humano, libre desde entonces de una inmensa traba. La destruccion de Constantinopla hizo que una multitud de emigrados llevasen consigo manuscritos que no se habia esperado encontrar hasta entonces. Estos manuscritos y estos emigrados son acogidos con transporte en todas partes. Cosme de Médicis, ese rico comerciante transformado en duque soberano de la bella Florencia, los acoge magnífica y generosamente. Leon X abre la Roma cristiana como un gran puerto á los restos de los náufragos de las artes. En ella encuentran un asilo honroso los ilustres fugitivos de Bizancio y de Aténas. Leon X favorece el genio de Miguel Angel, el triple gigante de la escultura, de la pintura y de la arquitectura; de Rafael, el pintor divino; de Andrea del Sarto, de Julio Romano, y hasta el del tan célebre como profano Ariosto. Alza el templo mas bello y magnífico que ha existido y existirá tal vez en el mundo. En esta época aparecen tambien tres hombres, que esparcen una monomanía de especulacion á lo pagano. En el órden político Maquiavelo sustituye el egoismo de los príncipes á la justicia ; en el órden filósofico Pomponacio separa la filosofía de la religion; en el órden religioso aparece Lutero, que, tomando pretexto de las indulgencias concedidas por el Pontífice en 1517 para construir la iglesia de San Pedro y hacer la guerra á los infieles, ataca la corte de Roma. Hizo mas : pasando de las opiniones á los actos, quemó públicamente sobre la plaza de Wittemberg la bula en que el Papa condenaba sus herejías (1520).

Lutero y la revolucion de su doctrina no fueron comprendidas en un principio por Leon X, que contestaba á los obispos, asustados con la audacia del novador, estas palabras, que marcan la bondad de su carácter : *Fra Martino a bellissimo ingenio, e coteste non sono che invidie fratesche...*

Este hombre superior, á quien admiraba el confiado Pontífice, no podia ser tratado como un aventurero. Reunióse una dieta en Worms (1521). Lutero obtiene un salvoconducto para ir á ella. Interrogado, amonestado á retractarse, rehusa abjurar sus errores. Proscripto, halla un asilo en el palacio de Wartbourgo, donde el elector de Sajonia le tuvo escondido cerca de un año. Desde allí lanza escritos en defensa de su reforma, mientras sus discípulos con el hierro y con el fuego arrasan y destruyen los altares y los templos. Al salir de su retiro recorre la Alemania; atrae á su partido príncipes poderosos, entre otros los de Succia, Dinamarca, Franconia, Hesse, el Palatinado, Brandemburgo, consiguiendo se otorgara á sus sectarios la libertad de conciencia en las dietas de Nuremberg (1524) y de Spira (1526). El movimiento de Lutero atacó solo á la religion, empero fué mas el instrumento de los príncipes que el defensor de la fe. Las innovaciones de Lutero se conformaban maravillosamente con la codicia y los fines políticos de los

príncipes seculares empobrecidos, y que ansiaban apoderarse de los inmensos bienes que en tantos siglos habia acumulado el clero. Cárlos V, heredero de los reinos católicos de España, habia sido nombrado emperador de Alemania. Desde lo alto de su posicion podia absorber toda la confederacion germánica. Los príncipes aprovechan la reforma de Lutero como un estandarte, que las poblaciones alemanas saludaban con entusiasmo, como símbolo de su independencia nacional, como el precursor de un cambio deseado, con tanto mas ardor cuanto que á la vez se dirigia al interés material, al orgullo nacional, humillado por el nombramiento del monarca español. Lutero, que proclama la reforma, osa casarse á la vista de todos con la monja Catalina Bora. Legitima la bigamia del landgrave de Hesse, que quiere separarse de su mujer legítima y casarse con Catalina de Saal. ¡Lutero, ese fraile tan ardiente que pretende salvar la moral, ese atleta esforzado que vomita torrentes de injurias contra el pontificado, da la sancion á una infamia de que se hubieran avergonzado de hablar al Papa.

Leon X hace la paz con el rey de Francia Luis XII, á quien habia excomulgado su predecesor. Poco tiempo después se declara enemigo de Francisco I, rey de Francia, y se une, para combatirle, con Sforcia, duque de Milan, y con los suizos. Francisco I vence en Marignan (1515), conquista el Milanesado. Italia es el campo de batalla donde Cárlos V y Francisco I se disputan el dominio del mundo. Se une á Cárlos V, que arroja á Francisco del Milanesado, y que en recompensa restablece la familia de Médicis en Florencia, y devuelve al Papa los ducados de Parma y de Plasencia.

La vida sublime del gran Leon X se pasa entre las magnificencias de un reinado de gloria y las tribulaciones de un pontificado lleno de dolores por el desgarramiento de la Iglesia. Murió Leon á los cuarenta años de su edad (1521), víctima de un veneno.

A su muerte fué elevado al trono pontificio (1522) Adriano VI, Adriano Florencio, aleman, el preceptor de Cárlos V, que solo reina un año; hombre de conducta irreprensible, piadoso, económico, activo, severo. Agregó perpetuamente á la corona de España los maestrazgos de las órdenes militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, aumentando así el poder de los monarcas españoles, poniendo en sus manos grandes rentas é inmenso poder.

Clemente VII le sucede (1523); era un Médicis florentino; deseaba hacer el bien, empero las circunstancias no favorecieron sus intenciones. Intentó librar á la Italia de la dominacion española, y se unió con Francisco I, con los príncipes de Italia y el rey de Inglaterra contra Cárlos V. Este venció. El rey Francisco I rindió su espada en Pavía, y vino á habitar prisionero la torre de Lujan de Madrid. El condestable de Borbon sitia á Roma, y aunque perece al asaltar sus murallas, su ejército penetra en ella, la saquea horriblemente, y se renuevan todos los horrores de Alarico, Totila, Genserico y los bárbaros. Aquellos habian respetado las basílicas de San Pedro, San Pablo y San Juan de Letran. Ahora nada fué sagrado para aquella soldadesca. ¡Dos meses duró el saqueo!

El Pontífice queda prisionero (1527) en el castillo de Sant-Angelo, mientras Cárlos V da al mundo el ejemplo hipócrita de hacer orar en todas las iglesias por la libertad del Pontífice prisionero, que podia conseguir con una sola palabra!...

El Papa logra fugarse, y retirado á las inmediaciones de Roma, sin mas que su fuerza moral obliga mas tarde á Cárlos V á doblar la rodilla delante de su víctima, y recibir de ella en la ciudad de Bolonia la corona del imperio. Clemente VII excomulga á Enrique VIII, rey de Inglaterra, que habia repudiado á Catalina de Aragon para colocar en el tálamo real á Ana Bolena, á quien suceden varias cortesanas que Enrique seduce con la apariencia del trono, á quienes castiga después con el cadalso. Esta fué la causa del cisma que separa desde entonces hasta hoy la Inglaterra de la Iglesia romana (1534). La reforma de Lutero toma incremento sin que basten á impedirlo ni los esfuerzos del Papa ni las armas de Cárlos V. ¡Tantos dolores, tantos pesares condujeron al sepulcro á este pontífice, bueno é ilustrado, empero menos fuerte que las circunstancias de su siglo!

Alejandro Farnesio, bajo el nombre de Paulo III, sube á la cátedra de San Pedro (1534) á la edad de sesenta años. Grandes cosas estaban reservadas á este pontificado. Intenta en vano atraer á Enrique VIII de Inglaterra, y le lanza una bula de excomunion después de su cisma. Forma con Cárlos V y Venecia una liga contra los turcos (1538). Se constituye mediador de la querella entre Cárlos V y Francisco I, que concluye en la tregua de Niza (1538). Aprueba el instituto de los jesuitas, que el español Ignacio de Loyola establece para acometer la reforma de las costumbres y abusos que en la Iglesia se habian introducido, y que muchos papas y una multitud de escritores habian demandado. A la reforma de Lutero quiere oponer una reforma legal y conveniente por la Iglesia misma, y convoca el concilio de Trento (1542), de acuerdo con Cárlos V, empero cuya apertura retarda, temeroso de no poder dominarlo. Este concilio es el último de los ecuménicos ó generales, tan largo y tan importante, que Sarpi lo llama *la Iliada* del siglo xvi. Dos puntos importantes fijaron la atencion de la augusta asamblea: la reforma en sí misma, es decir, la herejía de Lutero; y en seguida la reforma de los abusos de la corte de Roma y la revision severa de las leyes y de los reglamentos de la Iglesia, para conservar la fe y restablecer la disciplina. En este concilio, varias veces suspendido por los sucesos políticos y por la peste, y que dura catorce años, se halla resumido cuanto la Iglesia católica ha establecido en todos los demás concilios generales.

Julio III, Juan María del Monte, romano (1550), que habia sido presidente del concilio de Trento, hace que en su pontificado continúe sus útiles trabajos, y provee con toda prudencia á las necesidades de la Iglesia. Funda el colegio germánico, y da su direccion á los hijos de Ignacio de Loyola. Introduce reformas en la Dataría, é instituye una congregacion de seis cardenales, encargados de examinar y corregir los abusos que hubiese en la colacion de los beneficios. Dota abundan-

temente de aguas la ciudad de Roma, y hace en ella obras de verdadera magnificencia.

Marcelo II, Cervino, de Ancona (1555), solo reina veinte y dos dias, manifestando un singular horror al favoritismo.

Paulo IV, de la familia Caraffa, napolitano, favoreció extraordinariamente á sus sobrinos, á quien mas tarde quiso reprimir sus faltas, empero á la edad de ochenta y tres años no tenia la fuerza necesaria para ello. Se propuso restablecer en su pureza el catolicismo, y estableció la Inquisicion, ocupándose con toda eficacia en la reforma del clero. Sus sobrinos, á quienes habia elevado al poder, abusaron tanto de él, que Paulo, mas papa que pariente, los arrojó de Roma. En disidencia con Felipe II, que habia ocupado el trono de España cuando Cárlos V, cargado con tantas coronas, quiso humillar su frente retirándose al monasterio de San Yuste, tuvo que sostener grandes contiendas con aquel piadoso soberano, que llega hasta amenazarle en su propia corte por las tropas del duque de Alba, en sosten de las regalías de la corona. Introdujo en las iglesias una disciplina mas severa. Expulsó de la ciudad á los religiosos que no observaban buena conducta, y no quiso oir hablar de dispensas de matrimonio ni de otros abusos pecuniarios. Cada dia de la vida de este pontífice fué marcado por algun decreto concerniente al restablecimiento de la Iglesia á su pureza primitiva. El pueblo no comprendia estas reformas; las llevó á mal, no vió mas que la aparente dureza del Pontífice; y así, apenas muere, maldice con furor su memoria, destruye las estatuas y monumentos levantados en su pontificado, y los arroja al Tíber. La severidad de Paulo IV da lugar á una reaccion en el protestantismo. En su tiempo la Alemania, ese país que hemos visto conquistado al catolicismo por el obispo Bonifacio, pasa en su mayor parte á las creencias de Lutero.

A Paulo IV sucede Pio IV, Juan Angelo de Médicis, milanés. Cauterizó con la muerte jurídica de los dos Farnesios, sobrinos de Paulo III, la renaciente llaga del nepotismo (1559). Amable, bueno, dulce, tolerante, celebra en su pontificado la última mitad del concilio de Trento. Funda una órden de caballería, que se llamó la *órden de Pio*, la cual, después de tanto tiempo que no existia, acaba de ser restablecida por el actual pontífice Pio IX.

Pio V, fray Miguel Gislerio, dominico, milanés (1465), jamás habia intentado elevarse al pontificado, y vivió en él con la rigidez de un simple monje. La sola felicidad que experimenta es la meditacion ferviente y el sentimiento de cumplir exactamente con sus deberes. Si este pontificado hubiera durado largo tiempo, el pueblo romano hubiera sido el mejor y el mas feliz. A su admirable piedad reunió una severidad inflexible; de aquí sus castigos contra los impíos, su alegría en las conversiones y su proteccion á la Inquisicion. Seis años duró este pontificado, en los cuales se ven reformadas las costumbres de la corte de Roma, reducidos extraordinariamente los gastos del palacio pontifical, y predicadas por el ejemplo las doctrinas que emitia por la palabra y por la pluma. Prohibió á sus sobrinos la

entrada en el palacio. Llamó la atencion de la Europa sobre los progresos del inmenso poder de los turcos; la armó contra los infieles, y en su pontificado se dió el combate naval mas célebre de los tiempos modernos, la batalla de Lepanto, en que D. Juan de Austria, hermano de Felipe II, derrotó completamente el poder de la media luna. La Iglesia ha colocado á este pontífice en el número de los santos.

Gregorio XIII, Hugo Buonconpaño, de Bolonia (1572), tenia una tendencia pronunciada á la indulgencia y á la bondad. Se ocupa en proteger la educacion eclesiástica en toda su pureza, favorece considerablemente á los jesuitas, y añade á sus trabajos la reforma del calendario, que se llamó *gregoriano*, el que se sigue hoy en la mayor parte de la Europa. Fué uno de los jurisconsultos mas célebres de su tiempo, y asistió como tal al concilio de Trento. Murió de ochenta años (1585), á los trece de pontificado.

A su muerte ocupa el solio pontificio Sixto V, Fray Félix Perreti, franciscano, de Ancona, (1585). Su reinado es el de la firmeza del mando y de la fuerza de voluntad. Declara á su advenimiento al trono que quiere exterminar los bandidos que infestaban la Italia, y lo lleva á efecto con severidad excesiva. Ningun medio le repugna para conseguir sus fines; las cabezas caen á centenares en los estados de la Iglesia, y al cabo de un año todo tiembla ante esta voluntad de hierro. Habia encontrado las arcas del tesoro vacías, y las llena en términos de que una parte de sus tesoros, que ascendian á cinco millones de escudos en oro, se encontraron aun en el pontificado de Pio VI, y sirvieron para apagar la voracidad del directorio francés. Sixto V embelleció á Roma, poblándola de obeliscos magníficos y dotándola de grandes establecimientos. Fué respetado de todos los soberanos de Europa y tuvo una grande influencia en todos los sucesos de ella. Sixto V dividió en quince comisiones ó congregaciones el colegio de los cardenales, fijando su número cual hoy existe, y que habia sido hasta entonces sumamente variable, en el de setenta, en memoria de los setenta ancianos que Moisés escogió para su consejo en el gobierno de Israel. Sixto V, en un principio porquero, fué el mas notable de cuantos pontífices reinaron entonces.

Después de su muerte, hasta fines del siglo xvi, hubo cinco papas, cinco cónclaves; y lo importante de este período, que abraza diez años, no fué el reinado de los papas, sino los cónclaves, donde se agitaban las intrigas de las potencias europeas, mas fuertes, mas vivas, mas irritadas que nunca.

Urbano VIII (1590), Gregorio XIV (1590), Inocencio IX (1591-1592), vivieron apenas algunos meses después de su eleccion; y esta no era mas que una tregua, un medio de ganar tiempo, cuando no se estaba seguro de una victoria cierta, para poner en el trono del Apóstol un representante de las ideas políticas dominantes.

El protestantismo habia adquirido una existencia legal después del tratado de Ausburgo. En vano Felipe II, lleno de celo, combate la herejía en todas partes; lo que consigue es agotar los recursos de la nacion española; y por último, pierde

la mitad de los Países-Bajos á pesar de la severa inflexibilidad del duque de Alba.

Clemente VIII, Hipólito Aldobrandini, florentino (1592-1605), dedicó todos sus esfuerzos á restituir á la Iglesia toda su pureza. Condenó los desafíos; vió la célebre disputa de los dominicos y jesuitas, la que, para evitar escándalos, abocó á sí. En su tiempo apareció tambien la célebre doctrina del *molinismo*, que publicó el jesuita Luis de Molina con el título de *Concordia de la gracia y del libre albedrío.* La España, cuyo trono ocupaba la casa de Austria, y la Francia, eran á la sazon las dos potencias mas poderosas.

El papa Leon XI, de la familia de los Médicis, florentino (1605), solo ocupa un mes el pontificado. Paulo V (1605-1621), de la familia Borghesse, termina la iglesia de San Pedro, expulsa de Venecia á los jesuitas, construye el palacio Quirinal y deja dominar á sus parientes.

Gregorio XV, Alejandro Ludovisi, bolonés (1621), sigue una marcha contraria á su predecesor. Tuvo el nepotismo de los pobres, á quienes llamaba sus parientes, sus sobrinos. Ordenó que los votos del Cónclave fuesen secretos, para evitar las intrigas que los soberanos ponian en juego á cada eleccion para colocar en la silla de San Pedro á cardenales adictos á sus intereses.

El cardenal Barberini, florentino, es elegido (1623), y toma el nombre de Urbano VIII. Crea inmediatamente cardenales á sus sobrinos, y los Barberinis ejercen una grande influencia en Roma. Obliga á todos los obispos á residir en sus diócesis, y sin exceptuar ni á los cardenales (1625). El duque de Urbino, próximo á morir sin hijos, dona su ducado á la Santa Sede (1625), que antes habia poseido la Iglesia, y que habia salido de su poder hacia ciento cuarenta años. Trabajó constantemente por la paz de la Italia. Realzó el colegio de cardenales, concediendo á sus miembros el título de *eminentísimos* (1630), que dió igualmente á los tres electores eclesiásticos del imperio y al gran maestre de San Juan. Antes los cardenales solo tenian el título de *ilustrísimos*. Admiró por su caridad en la terrible peste de 1630. Suprimió una órden religiosa de mujeres que se llamaban jesuitesas y que tenian los mismos estatutos que los jesuitas (1632). En su tiempo se formó el famoso proceso del sabio Galilei (1633). En su tiempo aparece la herejía de Jansenio, que condena (1640), y que debia ocupar por largo tiempo la Europa. Fundó el célebre colegio de *Propaganda fide*, para extender á todo el mundo el cristianismo. Con este pontífice se celebró el primer concordato con la España en el reinado de Felipe IV (1634). Embelleció á Roma, y murió á los setenta y siete años de edad (1644), á los veinte y uno de pontificado.

Jamás la eleccion de un papa fué de mayor interés para los soberanos y para los pueblos que después de la muerte de Urbano VIII. La casa de Austria, debilitada por revueltas y pérdidas considerables en Alemania, iba perdiendo el dominio de la Italia. Felipe IV, gobernado por un favorito, veia todos los dias desmoronarse un pedazo de su vasta monarquía. La Francia, bajo la regencia de Ana de Austria, iba adquiriendo cada dia una autoridad superior en Europa; sin em-

bargo, cierta debilidad se dejaba ver aun en medio de su ventajosa situacion. Los electores, fatigados del eterno pontificado de veinte y un años, querian un pontífice de avanzada edad, y habia muy pocos en el Cónclave de esta posicion. Otros, viendo que la tiranía de las familias pontificales era detestada del pueblo, rehusaban la eleccion de un anciano decrépito, de quien pudiera apoderarse el intrigante mas listo, aprovechándose de las enfermedades y achaques del impotente soberano. El cardenal de Médicis, hermano de Cosme II, duque de Florencia, y los principales miembros del Sacro Colegio reformaron la constitucion del gobierno de Roma, restringiendo la autoridad administrativa temporal del Papa, y aplicándola al Sacro Colegio, dejando al Pontífice la representacion de su altísima dignidad y el gobierno absoluto de su vasta administracion espiritual en todo el universo. Los sobrinos del papa Urbano, los Barberini, formaban una fraccion considerable en el Cónclave. Otra la formaban los españoles con el Austria, y la tercera la componia el partido francés, condenado á una especie de silencio desde la batalla de Pavía. No podia excluir ni elegir á nadie; empero reuniéndose á los españoles ó á los Barberini era dueño de la eleccion. Los Barberini querian nombrar al cardenal Saqueti. Los embajadores de Madrid y Viena usaron de su derecho de exclusion. Tres potencias católicas tenian esta formidable prerogativa, que aun hoy conservan: la Francia, el Austria y la España.

Un mes y diez y siete dias dura el Cónclave, siendo nombrado el cardenal Juan Bautista Panfili, Inocencio X, romano (1644-1665). Despojó de sus estados al duque de Parma, acusado de haber mandado asesinar al obispo de Castro; desterró á los cardenales Francisco y Antonio Barberini. No pudo salvar, á pesar de sus esfuerzos, á Cárlos I de Inglaterra, cuya cabeza cayó en un cadalso por los puritanos, dirigidos por el feroz Cromwel. Condenó las cinco famosas proposiciones de Jansenio. Hizo un papel muy secundario en los negocios generales de la Europa, segun las vicisitudes de próspera ó adversa fortuna que experimenta la casa de Austria. Así es que en la guerra de treinta años, en esa lucha de religion, que conmovió profundamente el Occidente, y que se terminó por la paz de Westfalia, solo se halla la mediacion del papa Inocencio X, á quien defirieron las potencias católicas la noble mision de terminar sus diferencias. El tratado de Westfalia (1648) renovó la faz de Europa. La Francia se elevaba sobre la casa de Austria, y los papas sufrieron igualmente su influencia.

Muere Inocencio X, y tiene por sucesor á Alejandro VII, de la familia Chigi, romano (1655-1667). Siempre habia sido considerado como un hombre sabio y virtuoso: reformó muchos abusos, embelleció á Roma, aprobó la bula de su predecesor Inocencio X contra Jansenio, y prescribió el famoso formulario de 1656. Luis XIV reinaba en Francia; el duque de Crequi, su embajador en Roma, fué insultado por la guardia corsa; el Papa se vió obligado por Luis XIV á castigarla, y levantar en la ciudad una pirámide con una inscripcion que contenia el ultraje y la satisfaccion.

Clemente IX, Julio Rospigliosi de Pistoya (1667-1669), gobierna sabiamente la Iglesia, trabaja en reunir los príncipes cristianos, socorre á los venecianos que sitiaban á Candía, pero no pudo impedir la pérdida de esta importante plaza. Con el mayor celo, con el mayor fervor trató de restablecer la paz en la iglesia de Francia, agitada en las defensas de las libertades galicanas.

A su muerte, y después de un cónclave de cuatro meses y diez y nueve dias, en que era inmensa la divergencia de los sagrados electores, fué elegido el cardenal Emilio Altieri, romano, á la edad de ochenta años. Toma el nombre de Clemente X. Seis años rige la Iglesia (1670-1676). La debilidad propia de su edad no le permite hacer nada por sí mismo; el verdadero papa fué el cardenal Antonio Paluzzi.

Dos meses dura el cónclave que elige á Benito Odelcascki, lombardo, papa bajo el nombre de Inocencio XI (1676-1689). Habia sido primero soldado, y conservó en el pontificado un carácter severo, frecuentemente inflexible. Estuvo en desavenencia con la Francia con motivo de las cuestiones de las libertades de aquella iglesia, que defendia Bossuet; condenó los errores de Molinos, primer autor del quietismo (1687). Fué un sabio administrador de sus estados y socorrió á los pobres con mano pródiga. D.ª María Ana de Austria regia el trono de España durante la menor edad de Cárlos II. Don Fernando de Valenzuela, su favorito, es derrocado del poder por un tumulto popular, y tiene que buscar un asilo entre los regios sepulcros del Escorial. El duque de Medina-Sidonia y otros grandes profanan aquel asilo. El Papa lanza su excomunion contra ellos, y les obliga á hacer pública penitencia.

Cada dia se hacia mas difícil la eleccion de los pontífices en el Cónclave, por las intrigas de las potencias europeas. Dos meses y tres dias se tardó en la eleccion de Vito Ottobono, veneciano, que toma el nombre de Alejandro VIII y ocupa el trono de San Pedro á la edad de setenta años (1689-1691). Publicó una bula contra la declaracion del clero de Francia (1682) sobre las libertades de la iglesia galicana, negándose á expedir bula alguna á los prelados que habian firmado aquella declaracion. Dió grandes auxilios pecuniarios á Leopoldo VII, emperador de Alemania, y á la república de Venecia, para hacer la guerra á los turcos.

Cinco meses y doce dias queda vacante por su muerte la sede apostólica, porque cada dia eran mayores los esfuerzos de la Francia y del Austria para colocar un partidario suyo en el pontificado. El cardenal Pignateli, napolitano, es elegido, y toma el nombre de Inocencio XII. Fué rígido defensor de las costumbres. No llamó á los empleos ni á las dignidades sino al verdadero mérito. Fué el protector y el padre de los pobres. Tuvo la gloria de terminar las disidencias de Roma con la iglesia de Francia, haciendo ceder á Luis XIV de sus exageradas pretensiones. Puso tambien fin al célebre asunto del *quietismo*, y condenó la *Explicacion de las máximas de los santos*, de Fenelon, y este sabio obispo se sometió dócil á su autoridad, y nunca apareció mas grande que cuando retracta él mismo sus erróneas doctrinas.

XX.

Con la muerte de Inocencio XIII concluye el siglo XVII, siglo de fe y de obediencia. En el que le sigue, el Occidente, parecido á un jóven que largo tiempo ha estado retenido por un tutor severo, manifiesta el deseo de emanciparse para entregarse á todas las licencias, segun el espíritu del filosofismo. Durante este largo período el pontificado se debilita mas y mas, porque en Francia va á levantarse la filosofía en que Voltaire, Rousseau, D'Alembert, Grim, Holbac, Helvecio y otros van á proclamar las doctrinas en que todo se refiere á las sensaciones: siglo filosófico, siglo esencialmente antisocial. Al empezar este siglo, en el mismo año de 1700, un gran suceso viene á alterar la paz de Europa. Cárlos II, rey de España, espira á los treinta y cinco años de edad, y con él concluye la rama primogénita de la casa de Austria, que habia reinado en España hacia dos siglos. Por su testamento llama á suceder á Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, rey de Francia. Cárlos habia firmado á su pesar este testamento, que iba á colocar veinte y dos coronas sobre las de la Francia. El Austria y la Francia, eternas rivales, van á luchar por conquistar el hermoso trono de España.

Juan Francisco Albani, natural de Pésaro, es elegido pontífice y toma el nombre de Clemente XI (1700-1721). Se distinguia por una piedad sólida, mucho saber, gran sencillez de costumbres, carácter dulce, y gran experiencia en los negocios, que habia dirigido durante tres pontificados; prendas todas que le hacian muy necesario en la época difícil en que fué elevado al trono pontifical. La Italia fué el teatro de las disidencias y guerras suscitadas por los austriacos, que se preparaban á anular en los campos de batalla el testamento de Cárlos II. Milan y Nápoles reconocieron á Felipe V. El emperador Leopoldo se armó en favor de su hijo el archiduque Cárlos, competidor de Felipe; Nápoles se insurrecciona contra los franceses; pero la rebelion es prontamente sofocada, y el mismo Felipe V viene á Nápoles. Catorce años dura la lucha. La victoria permanece casi suspendida entre Felipe V y el archiduque Cárlos; mas la batalla de Villaviciosa en Castilla, la de Almansa en Valencia y la de Denain en Flándes, terminan la lucha, y el tratado de Utrecht, en 1713, completado el año siguiente por el de Rastadt, señalan la España é Indias á Felipe V; Gibraltar y Menorca á la Inglaterra; el Monferrado, una parte del Milanesado y Sicilia al duque de Saboya, con el título de rey; Milan, Mantua y Nápoles á la casa de Austria.

La primera parte del siglo XVIII, ese siglo eminentemente irreligioso, se ocupa en ardientes y palpitantes cuestiones de religion, renovándose la lucha del jansenismo y molinismo. En vano Clemente XI trata de apaciguarla, promulgando la bula *Vineam Domini*, que á nadie satisface, y que le obliga á lanzar la célebre bula

de *Unigenitus* (1713), en la que condena ciento y una proposiciones de un libro recientemente publicado por el P. Quesnel; bula que entonces llenó de agitacion el mundo; que causó disturbios en Francia y en otras partes, y en medio de cuyos desórdenes muere Luis XIV. Esa bula, que hoy leemos con la mayor frialdad, fué pues motivo de continua perturbacion casi por medio siglo.

Miguel Agustin Conti, romano, con el nombre de Inocencio XIII (1721-1724), no señala su pontificado sino por la elevacion al cardenalato de Dubois, ministro del duque de Orleans, regente de Francia durante la menor edad de Luis XV. ¡Débil condescendencia, que manchó la púrpura sagrada!

A su muerte permanece vacante la cátedra de S. Pedro por dos meses, hasta que es nombrado el cardenal De Gravina, de la familia de los Ursinos, religioso de Sto. Domingo y que tomó el nombre de Benedicto XIII (1724-1730). En su tiempo continuaron las guerras en Italia. Confirmó la bula *Unigenitus*, y aprobó por medio de un breve la doctrina de Sto. Tomás sobre la gracia y la predestinacion.

Cinco meses de debates cuesta al Cónclave la eleccion de Lorenzo Corsini, florentino, que toma el nombre de Clemente XII (1730-1740). A la edad de setenta y ocho años manifiesta el mayor vigor; disminuye los impuestos públicos, castiga ejemplarmente á los empleados de su antecesor que habian prevaricado en el ejercicio de sus empleos, y gobierna con sabiduría la Iglesia. En medio de las guerras de Italia se atreve á reclamar los ducados de Parma y de Plasencia; empero son desoidas sus reclamaciones. Consagra al infante D. Cárlos, hijo de Felipe V, rey de España, cuando aquel príncipe viene á Italia y conquista el reino de las Dos-Sicilias.

La eleccion de Clemente XII en tan avanzada edad habia sido una tregua á las encontradas pasiones del Cónclave; pero, como los cálculos humanos son falibles, su pontificado habia durado diez años; celebró con Felipe V un concordato para el arreglo de la iglesia de España en 1733.

A su muerte se renuevan las dificultades que entonces habian tratado de aplazarse. Las potencias europeas se disputan con teson el hacer triunfar su influencia, y al cabo de seis meses y once dias de cónclave el cardenal Próspero Lambertini, obispo de Bolonia y natural de aquella ciudad, es elevado al trono de S. Pedro y toma el nombre de Benedicto XIV (1740-1750). Con él se sientan en la cátedra de S. Pedro la virtud, la ciencia y la tolerancia; dotes tanto mas necesarias en medio de los rápidos progresos que hacia en Europa la filosofía francesa. Así calma las contiendas religiosas y dulcifica las persecuciones que se ejercian en cumplimiento de la bula *Unigenitus;* reforma á los jesuitas de Portugal, protege y cultiva la literatura y las ciencias, dejando un gran número de obras que testifican sus grandes talentos. Celebró con Fernando VI, rey de España, un concordato en 1753. El anterior concordato habia producido quince años de disputas y acaloradas negociaciones para su inteligencia. Este lo aclaró y arregló todo.

Cárlos Rezzonico, veneciano, con el nombre de Clemente XIII, es elegido papa (1758-1769). No menos virtuoso que su antecesor, fué menos tolerante. Hizo vanos esfuerzos para sostener á los jesuitas, que habian sido arrojados de Portugal en 1759, de la Francia en 1764 y de los dominios españoles por el rey Cárlos III en 1767. Renovó fuertemente sus pretensiones á los ducados de Parma y de Plasencia, y los príncipes de la casa de Borbon, tomando la defensa del duque de Parma, arrebataron al Papa, el rey de Nápoles el ducado de Benevento y el rey de Francia á Aviñon.

A su muerte es elegido Lorenzo Ganganeli, venerable franciscano, que ocupa el trono pontificio bajo el nombre de Clemente XIV (1769-1774), ya conocido en la Europa entera por su virtud, por su moderacion y por su tolerancia política y religiosa. Habia triunfado en el Cónclave el influjo de la Francia. Vivió en grande union con los soberanos de su época, Federico II, Jorge III, Catalina II, Cárlos III de España; y hasta el Sultan mismo manifestaba la admiracion que le causaban sus virtudes, tanto como los monarcas católicos. Los filósofos mismos que desde Francia esparcian sus doctrinas disolventes por el mundo, se admiraron de las virtudes de este papa y le prodigaron grandes elogios, siendo para él una causa de pesar estas alabanzas, porque no sometia nunca su conducta al deseo de captarse una vana popularidad. Los filósofos amaban en él la bondad y la tolerancia. Instado por muchos príncipes para que decidiese de la suerte de los jesuitas, que ya habian sido arrojados en el pontificado anterior de la mayor parte de los estados de Europa, se consagra al exámen de esta causa, y á pesar de la costumbre que tenia de despachar por sí mismo los negocios, nombra una comision de cinco cardenales para que le ayudasen en tan ímprobo trabajo; y después de cuatro años de estudio, de dudas y de investigaciones, firmó (en 1773) el decreto de disolucion de esta compañía, destinando á establecimientos de caridad y de religion las cuantiosas rentas que la supresion de esta órden dejaba en sus manos. Francia, reconocida, le devolvió Aviñon, y el rey de Nápoles á Benevento. Clemente firmó con terror este decreto, que le reclamaban casi todos los príncipes de Europa. «He hecho lo que debo, decia, y no me arrepiento; pero esta supresion me matará.» Al mismo tiempo en la estatua de Paschino se fijaba en Roma esta inscripcion : I., S., S., S. V. que se interpretó así : *In septembre serà sede vacante*. A los pocos meses, el 22 de setiembre de 1774, muere el Pontífice, de quien cuentan que al sentir los primeros dolores, no dudando un momento del cumplimiento del oráculo, exclamó : *Stilum romanum agnosco!* Su muerte, exactamente anunciada por el pasquin, ha sido generalmente atribuida al veneno.

XXI.

A Clemente XIV sucede Pio VI (1775-1800). Como jefe de la Iglesia este gran pontífice quiso oponerse á las reformas religiosas, que el gran duque Leopoldo patrocinaba en Toscana y el emperador José II en Austria; él mismo va en persona, empero vuelve á Roma de su viaje á Viena profundamente contristado, y convencido de que el Emperador no tenia mas consideraciones por el jefe espiritual de la Iglesia que por el soberano temporal de Roma. En vano sacrifica las simpatías personales que le inspiraba el órden de los jesuitas; en vano trabaja cuanto puede para hacer amable y respetable su reinado. Aplaudiendo sus concesiones inesperadas, el filosofismo no le perdonaba el ser papa, el espíritu de incredulidad se desarrollaba rápidamente, y Voltaire y Rousseau eran los apóstoles de esas nuevas doctrinas.

Tal era el estado de la Santa Sede cuando estalla la revolucion francesa, hija de los siglos que la habian precedido. Un largo grito de admiracion se esparce del uno al otro cabo del universo al anuncio de este formidable suceso. Luis XVI, rey de Francia, muere en un cadalso y se establece la república francesa. Los reyes sienten escaparse el cetro de sus manos, los pueblos se conmueven, la humanidad se estremece de temor y de esperanza á la vez. Las creencias, las leyes, las costumbres, los usos, los objetos de la veneracion de los siglos, todo se destruye. Una mies nueva de ideas debe producir bien pronto una nueva era de civilizacion y de libertad.

Pio VI era demasiado sabio para tratar de oponerse á la violencia, al desborde completo de las doctrinas filosóficas; trató de conciliar, empero la Francia no tiene en cuenta su conducta. La revolucion continúa, y el Papa recoge en sus estados los sacerdotes fugitivos. Bien pronto á la invasion de las ideas sigue la invasion de las armas.

La revolucion francesa contesta con la guerra á las amenazas de la Europa, lleva la guerra á la Italia, y desaparecen las antiguas repúblicas de Génova y Venecia. La Francia establece en el norte la república Cisalpina, en el Mediterráneo la república Partenopea. El embajador francés, Basseville, intenta, con desprecio del derecho de gentes, revolucionar el pueblo romano, y perece en el motin que él mismo excita, y que reprimen las tropas del Papa. Su muerte da márgen á una invasion de los franceses en los estados romanos. El general Bonaparte exige de Pio VI la retractacion de los breves en que habia condenado la constitucion civil del clero francés, y el castigo de los asesinos del embajador. Rehusa el Papa. Los franceses ocupan á Bolonia. En el tratado de Tolentino (1797) se impone al Papa la cesion de Bolonia, de Ferrara, Aviñon, y el pago de una contribucion de

guerra de treinta millones de francos. Apenas se restablece la paz, cuando, á consecuencia del asesinato del general Duphot en una conmocion popular, el general Berthier entró en Roma (15 de enero de 1798) y proclamó la república. Pio VI fué arrebatado de su capital y conducido, primero á Siena, después á Florencia, y en seguida á Valencia, en Francia, departamento de La-Drome, donde, agoviado de pesares, muere (1799) este pontífice casi nonegenario, después de un reinado de veinte y cinco años, el mas largo que ha obtenido pontífice alguno desde San Pedro.

El dominio temporal de los papas parecia haber desaparecido; pero sus cimientos son mas firmes y duraderos que los cálculos humanos. Dilatado fué el interregno y prolongado el cónclave reunido en Venecia. Todos desesperaban de la salvacion del poder de la Iglesia, cuando una liga providencial, una reaccion se manifiesta. La Inglaterra protestante, la Rusia cismática, la Turquía misma, cooperan á esta reaccion, protegen con su espada la urna católica en el cónclave de Venecia, de donde debia salir el nombre de Bernabé Chiaramonti, monje benedictino (1800), que toma el nombre de Pio VII. Papa admirable, que, á pesar de su adhesion á la autoridad de la Santa Sede comprendia los tiempos y los hombres entre quienes vivia.

Cuando las olas de la anarquía se retiraron en Francia, apareció Napoleon : rodeado de ruinas, las fecunda, hace salir de ellas un mundo regenerado. Su genio emprendedor y organizador, su poderosa voluntad, su amor á la gloria, la inmensa fuerza que la revolucion habia colocado en sus manos, hacen de él el hombre mas gigantesco de los tiempos modernos. Restablece el culto católico, que habia proscrito la revolucion; celebra con Pio VII un concordato (1801), le devuelve sus estados, y se proclama emperador de los franceses, y el Papa mismo marcha á Paris á consagrarle, como en otro tiempo habia ido el papa Zacarías á consagrar la familia de Carlo-Magno. Pio VII antes de abandonar á Roma para ir á consagrar al Emperador, firmó, lleno de prevision, una abdicacion condicional, á fin de que si Napoleon queria retenerle á su pesar, no tuviese entre sus manos sino un pobre monje, y la cristiandad pudiese elegir su cabeza visible. La nueva division de la Italia desaparece al establecerse el imperio francés, y cambia la república Cisalpina en reino de Italia, la Partenopea en reino de Nápoles, y crea en el centro el reino de Etruria, sobre el cual coloca al duque de Parma. En 1808, cuando el imperio francés tomó una extension gigantesca, que parecerá fabulosa á los siglos venideros, toda la Italia, hasta el reino de Nápoles, quedó incorporado á él. Venecia, Milan, Florencia, Parma, Roma fueron simples prefecturas del imperio francés.

Arrojada el Austria mas allá de las montañas del Tirol, veia con dolor escaparse de las manos aquella Italia que habia sido la política hereditaria de la casa de Ausbourg. Los estados pontificios fueron incorporados tambien al imperio francés (1809), á pretexto de que Pio VII se habia abstenido de hacer la guerra á los

ingleses, y entrar en el plan continental con que queria Napoleon anonadar á la Gran Bretaña, su poderosa rival. Pio VII responde con una excomunion á la expoliacion de sus estados. El general Radet lo arrebata de Roma (el 4 de julio 1809), lo traslada á Florencia, después á Alejandría, después á Aviñon y á Savona. Desde entonces el Pontífice fué prisionero del Emperador, empero resistiendo siempre en tan dura cautividad sus proposiciones. Sabia que treinta de sus predecesores se habian dejado martirizar antes que abandonar sus derechos divinos!...

Napoleon habia llegado al apogeo de su poder, cuando la España, que traidoramente habia invadido (1808), demuestra á la Europa en los campos de Bailen, de la Albuera, de Talavera, Arapiles, San Marcial, y cien batallas gloriosas, la posibilidad de vencer al triunfador de las coaliciones europeas. Antes de salir de Francia para la desastrosa expedicion de Rusia, el Emperador llama á Fontainebleau (1812) al ilustre Pontífice. A su vuelta, después del desastre de Moscou, vuelve á Francia, y los ejércitos aliados penetran por todas partes. La hora de su ruina habia sonado. Napoleon no quiere prolongar por mas tiempo el mas culpable abuso que habia hecho de su poder en los dias de su prosperidad, y da la libertad al Papa el 23 de enero de 1814. Pio VII vuelve lentamente otra vez á su ciudad de Roma. Napoleon, aquel grande hombre, conoció en su inmenso talento que el poder temporal de los papas era en el mundo ya un hecho inevitable. Por sus propias manos, sin aguardar el éxito de los sucesos que después le arrojaron sobre la roca de Santa Elena, destruyó el poderoso edificio por cuya construccion habia tanto combatido, se habia derramado tanta sangre!

Pio VII tuvo la generosidad de dar asilo en Roma á la familia de su perseguidor, cuando toda la Europa la rechazaba de sus estados. Restableció la órden de los jesuitas, que después de su supresion habia sido acogida por el emperador de Rusia en sus estados. Los soberanos de Europa, en el congreso de Viena (1815), fijaron el estado de las naciones. Dieron al Austria en Italia una posicion formidable, cual no la habia obtenido nunca. Mientras Italia gime comprimida bajo la influencia austriaca, Roma solo respira bajo el paternal gobierno de Pio VII. Ningun ciudadano tuvo que temer por sus opiniones religiosas ó políticas. El Papa meditaba hasta conceder una gran parte del gobierno y administracion del estado á los seglares; pero la muerte de Pio VII detuvo la ejecucion de tan generosos proyectos. El pueblo de la Romanía estaba tan satisfecho con su paternal gobierno, que cuando (1820) se proclamó en España la constitucion de 1812, ejemplo que siguieron rápidamente Nápoles y el Piamonte, el pueblo romano permaneció inalterablemente unido á su pontífice. Pio VII, después de veinte y tres años de un laborioso y tempestuoso pontificado, murió, dejando á la Sede Apostólica su reino temporal mas íntegro, su ciudad mas libre que lo habia sido nunca desde Carlo-Magno, sin mas armas que la oracion, la paciencia y la fe. El recibió del emperador de Austria Francisco I la dimision del título de *emperador de romanos*, que habian trasmitido hasta él los césares de Alemania.

A Pio VII sucede (1823), bajo el nombre de Leon XII, el cardenal Anníbal de la Genga, natural de Spoleto; este cardenal habia manifestado su tendencia á la reaccion, y su primer acto fué la separacion del cardenal Gonzalbi, el ministro perpetuo del inmortal Pio VII. A su poca propension por las reformas unia el nuevo papa sus simpatías por la casa de Austria. Los actos de su corto gobierno revelaron una reaccion pronunciada contra los de los gobiernos precedentes; y como al espíritu de reaccion los consejeros de Leon XII juntaron la incapacidad, de aquí es que el tesoro público se vió agotado, se aumentaron las contribuciones, y una sorda fermentacion comenzó á sentirse en los estados romanos. Muere este pontífice en 1829.

El cardenal Castiglioni le sucede bajo el nombre de Pio VIII. Anciano venerable, apenas vive para poder emprender la reforma de los abusos de que se lamentaban sus pueblos. Su muerte, acaecida en 1830, en las mas difíciles circunstancias políticas, cuando la Francia en las tres memorables jornadas de julio (1830) acababa por una imponente revolucion de arrojar del trono tres generaciones de reyes, cuando amenazaba llevar sus máximas de libertad á todos los puntos de la tierra, cuando por un golpe tan rápido como atrevido se habian apoderado de la ciudad de Ancona, colocó á los cardenales en una difícil posicion para elegir su sucesor.

La minoría de los cardenales deseaba un papa que siguiese la via de las reformas de Pio VIII; empero la mayoría estaba por la continuacion del gobierno de Leon XII. El cónclave se dilataba, el Sacro Colegio se hallaba embarazado por las exclusiones numerosas que las potencias pronunciaban directa ó indirectamente. La España excluia á Justiniani, nuncio que habia sido en Madrid; el Austria el cardenal Gregorio, reputado casi como español; el cardenal Machi, que hubiera podido ser nombrado, habia sido nuncio apostólico en Francia en tiempo de Cárlos X, y se creia que fuese desagradable á la Francia de Luis Felipe. El espíritu de la revolucion, alentado por el ejemplo triunfante de la Francia, se agitaba en Roma. Iba la revolucion á estallar el dia 2 de febrero de 1831. A la presencia del peligro, lo inminente del riesgo hizo que el Cónclave eligiese apresuradamente un papa. Recayó entonces la eleccion en el cardenal Mauro Capellari, de la órden de los camandulenses, que tomó el nombre de Gregorio XVI; hombre con quien no contaba ninguno de los partidos, y cuya eleccion tampoco agradaba al Austria. La revolucion estalló efectivamente en la misma tarde en que fué elegido el Papa; pero fué fácilmente reprimida. El cardenal Capellari, sabio teólogo, monje piadoso, ornato de su convento y de su órden, era nulo como hombre de estado. Habiendo pasado su vida en la obediencia pasiva del claustro, era un hombre extraño á las dificultades gubernamentales de la Europa. Las cuestiones de reforma y de libertad legal le parecian ser otros tantos caminos abiertos á la revolucion. En la guerra civil de España se decidió por D. Cárlos contra Isabel II, cuyo gobierno jamás reconoció. En las cuestiones dinásticas de Portugal, sostuvo á D. Mi-

guel contra D.ª María de la Gloria. Desplegó un celo ardiente é ilustrado en el gobierno de la Iglesia universal; pero, como jefe de los estados romanos, su gobierno fué mas reaccionario que el de Leon XII, fué mas inflexible que el del Austria misma. Sofocó con gran severidad las agitaciones liberales de la Romanía, y eligió por su ministro al cardenal Lambruschini, hombre de gran capacidad, pero rígido, severo, y que desplegó en su gobierno una marcha severa, rigorosa, intolerante, y que le ha concitado el odio de los revolucionarios. El Austria misma parecia mas condescendiente y tolerante que el gobierno pontifical; pero procedia de una manera doble, maquiavélica : mientras su inexorable política, por medio de su embajador, excitaba al ministro á desplegar nuevos rigores en la Romanía, se presentaba como favorable á las sabias reformas, y desaprobaba altamente por el órgano de sus agentes la conducta del gobierno pontifical. Hizo mas : después de haber vencido á la revolucion con la fuerza, sus soldados protegieron á los habitantes de Bolonia contra los agentes del poder pontificio, en tales términos, que cuando las tropas austriacas evacuaron la ciudad, los habitantes todos les dirigieron una representacion para que no dejasen á los habitantes de la legacion de Bolonia expuestos al resentimiento de sus enemigos. La política del gabinete de Viena en los negocios de la Romanía era hacer que el Papa tuviese un sistema constante de resistencia, comprimir las revoluciones y aparentar impedir las reacciones violentas, para captarse el afecto de los pueblos, tal vez para prepararse á que estos, comparando la situacion de los estados pontificios con la del reino lombardo-veneto, suspirasen por aquel gobierno.

XXII.

Tal era la situacion del mundo á la muerte casi repentina de Gregorio XVI (1846), á quien sucede el cardenal Mastai Ferreti, que toma el nombre de Pio IX. Habia nacido el dia 13 de mayo del año de 1792 en Sinigaglia, de la familia de los condes de Mastai, cuya nobleza se remonta al siglo XIII. Rápidos fueron los progresos que hizo en su juventud en la literatura, en la física y en las matemáticas. Fué guardia de honor en el ejército francés, y después de la caida del imperio de Napoleon titubeó un momento sobre la carrera que habia de seguir. El príncipe Barberini, comandante superior de los guardias nobles del Papa, rehusa admitirle entre los mismos por no conceptuar suficiente la robustez del jóven Mastai, y solo logra este la promesa de la primer vacante en los guardias de corps del Pontífice. Entre tanto Mastai visita diariamente el hospicio de *Tata Giovani*, donde se educan los huérfanos, los hijos de los pobres desvalidos. Un accidente epiléptico le pone un dia, al salir de este hospicio, á pique de ser atropellado, y es causa de que no pueda tampoco ser admitido en los guardias de corps. Las espe-

ranzas de Mastai para la carrera militar se acaban, y entonces decide consagrarse á Dios; recuerda tal vez el vértigo de S. Pablo, y pregúntase á sí mismo si cuando se agitaba en las piedras de la calle con la convulsion le habia hablado una voz, como habló diez y nueve siglos antes al apóstol de las gentes. Mastai renuncia al mundo y abraza el estado eclesiástico (1819). Forma parte de la mision que el Papa envia á Chile (América Meridional) para la solucion de las cuestiones del clero en aquellos países. Llega á Génova; recibe benévola hospitalidad de su arzobispo, el cardenal Lambruschini, el mismo que debia ser un dia su rival en el Cónclave para el pontificado. Una tempestad se levanta en el mar, le hace arribar á Palma de Mallorca, donde, por causa de la mision que lleva á la América insurreccionada contra España, es tenido por enemigo y reducido á prision, comenzando rudamente el aprendizaje de lo que puede la injusticia y la arbitrariedad, que un dia debia condenar él mismo sobre el mas bello trono del mundo. Cinco dias solo duró su prision, y continuó el viaje hasta su término; mas la mision á Chile no produjo resultados. Admitido en la prelatura romana á su vuelta á Roma, fué nombrado presidente del célebre hospicio de San Miguel, en Ripa Grande; y Mastai, que durante siete años habia vivido entre los infelices de la clase menesterosa, desplega en aquel gran teatro que se ofrece á su caridad inmensa las bellas cualidades que le habian atraido la admiracion de los pobres en Tata Giovani.

Leon XII lo eleva al arzobispado de Spoleto (21 de mayo de 1827). Cinco años rige esta iglesia, brillando en ella su conducta apostólica; y cuando (1830) la revolucion francesa conmovió la Europa, desarma allí la insurreccion y salva á los proscriptos. Es acusado al papa Gregorio XVI por haber entregado á las llamas los papeles que comprometian las familias mas principales de su diócesis; Gregorio XVI queda tan satisfecho de su conducta, que lo traslada á Imola (1832), ciudad menos importante que Spoleto, pero cuyo obispado conduce directamente al cardenalato: ¡Alejandro VII, de la familia de los príncipes de Chighi, Pio VII y Pio IX, han pasado desde el obispado de Imola á la cátedra de S. Pedro!...

En 1839 Gregorio XVI lo declara cardenal *in pectore*, y lo proclama con el título de San Pedro y San Marcelino en 14 de diciembre de 1840. A la muerte de Gregorio XVI un correo lo llama al Cónclave. Llega á Roma el 14 de junio de 1846; y el 16, elegido pastor de todas las iglesias del mundo, se ciñó la triple corona de padre de los príncipes, guia de los reyes sobre la tierra, y vicario de Jesucristo. Grande fué el entusiasmo del pueblo romano al saber su eleccion. Ninguna potencia habia influido en ella. Pio IX no necesita de la leccion tradicional de la quema de las estopas, que recuerda la vanidad de las grandezas humanas, pronunciando las célebres palabras de *Pater Sancte, sic transit gloria mundi*, para renunciar á las vanas pompas de su soberanía. Reduce los gastos personales á la mas estricta economía, y rechaza el nepotismo de los papas, esa plaga que tanto hemos visto afligir al pueblo romano; llevándolo tal vez á la exageracion, pues prohibe á su familia hasta establecerse en Roma.

El cardenal Lambruschini deja el ministerio; el Papa reserva por algun tiempo proveer este importante puesto de la gobernacion del Estado. Proyecta dar una amplia y completa amnistía; vence los obstáculos que se oponen para realizarlo; reune el Consistorio, y al ver el contrario voto de los cardenales, la publica por sí mismo. El 16 de julio de 1846, al mes justo de su eleccion, Pio IX publica este decreto y vuelve á millares de infelices á su patria. El decreto se fija en las calles á las siete de la noche. En el momento que el pueblo lo lee al resplandor de antorchas, lo recibe con frenético entusiasmo, y todas las gentes agrupadas marchan al Quirinal. Millares de voces piden la presencia del Papa; Pio IX se presenta en el balcon, y da la bendicion á su pueblo. Una gran muchedumbre vuelve á acrecentar la primera, otra á la segunda, y en aquella noche tiene el Papa que presentarse por tres veces á recibir los ardientes saludos, las bendiciones de su pueblo. Pio IX hace poner tambien en libertad á los presos por deudas, que paga de su patrimonio particular.

Las simpatías del pueblo se habian manifestado por el cardenal Gizzi, á quien antes de conocer á Pio IX hubiera deseado ver sobre la silla de S. Pedro. Gizzi fué nombrado ministro. El Soberano y el Ministro se dedican incansables á la mejora de los pueblos.

El 8 de setiembre al ir el Papa á visitar á nuestra Señora del Popolo, fiesta nacional en Roma, recibe una ovacion popular; pasa por un arco de triunfo levantado en su honor á expensas de una suscricion anticipada. Angelo Brunetti, llamado Cicerovacchio, fué uno de los que mas se distinguieron en la preparacion de este triunfo, hombre cuya existencia política comienza aquel dia, y que iba á representar un papel muy principal en las agitaciones del pueblo. Angelo pertenecia á la clase de pobres obreros; dotado de una fuerza atlética, grosero, sin instruccion, parecia uno de los soldados de Escipion el Africano. Con una sola palabra podia remover la ciudad eterna; rodeado siempre de una docena de hombres del pueblo de todos los cuarteles de la ciudad. Tres dias duraron las fiestas por la amnistía, y Roma entera obedeció á Cicerovacchio, que habia dado la señal de esta alegría.

El Papa da audiencia al pueblo á todas horas. Visita los hospicios, examina el pan de los soldados, nombra una comision para la formacion del código; su popularidad llega al último punto.

El pueblo se habia acostumbrado á reunirse y marchar en masa al palacio Quirinal á entenderse directamente con su soberano: habia un gran peligro en estas manifestaciones. ¡Las masas, hasta entonces tan sumisas, que llegaban al monte Quirinal á recibir postradas la bendicion del Pontífice, debian un dia venir á demandar la separacion de los dos poderes, la destruccion de la obra de Constantino y de Carlo-Magno!...

Una circular se publica, no sin preceder una fuerte discusion entre el Pontífice y su ministro, previniendo al pueblo que el Papa deseaba se evitasen estas manifestaciones.

El Papa, en las vacaciones de octubre, sale de Roma á visitar las ciudades inmediatas. Un mes dura su excursion, y á su vuelta, no obstante la circular sobre manifestaciones públicas, el pueblo en masa sale á su encuentro, lo recibe con palmas y entusiasmados vivas, y el Pontífice manifiesta el placer que experimenta al hallarse entre su pueblo. El pueblo le acompaña al Quirinal; empero el Papa no sale como antes, porque sostiene una lucha con su ministro Gizzi, que ve en la manifestacion del pueblo una desobediencia á sus órdenes, y que quiere castigarla con que el Papa rehuse su bendicion. La multitud se impacienta; el Papa consiente con sus deseos; cede, y se presenta en el balcon en medio de atronadores aplausos.

El trabajo excesivo del Papa en los negocios públicos llega á hacer temer al pueblo que se altere su salud, y en los paseos, en las calles, al par de las aclamaciones le gritaban las gentes: «¡Santo Padre, tened cuidado de vuestra salud!»

La escasez de granos, que amenaza el hambre, y una inundacion del Tíber el 10 de diciembre, dan gran pábulo á la caridad del Pontífice, que repara activo estos desastres. Ni se limita solo su caridad al pueblo de que es soberano, sino que socorre á la Irlanda con cuantiosas limosnas (1847).

La influencia moral del Papa se hace sentir en todos los pueblos; así es que reconcilia las dos ciudades de Narni y de Terni, divididas largo tiempo por enemistades políticas.

Trata de formar una estadística judicial. La gloria de su fama, salvando los confines de la Italia, hace que vengan á visitarle varios príncipes extranjeros, entre ellos los hijos de Luis Felipe, rey de los franceses; la reina de los Países-Bajos, con su hijo Alejandro; el príncipe Valentino, de Monaco; el príncipe Maximiliano, de Baviera, y la reina madre María Cristina, de España, á quien acoge el Pontífice con la mayor benevolencia, cuyo gobierno tenia tantos puntos de contacto con el suyo, porque comienza, como el Santo Padre, dando la amnistía, y concluye con la emigracion y la privacion del poder. No solo los príncipes de la cristiandad prestan homenaje á Pio IX; el sucesor de los califas, el descendiente de Mahomet II y de Soliman el Grande, envia á Roma un embajador que se presente á Pio IX, al sucesor de Urbano II, predicador de la primera cruzada, y de Pio V, que habia hecho coligar la Europa entera contra aquella potencia, reuniendo todas las marinas europeas en Lepanto... El 14 de junio el embajador de la Media Luna rinde un homenaje al Vicario de Jesucristo... Roma no habia visto un embajador turco en su recinto desde que Bayaceto (en 1490) mandó su embajador á Inocencio VIII para interesarle en favor de su hijo, prisionero de los caballeros de Malta. Acuerda con el Embajador el establecimiento de un patriarca en Jerusalen, y consagra él mismo por patriarca al misionero P. Valerga.

Forma una comision para ver el modo de establecer una municipalidad en Roma, y concede la libertad á la imprenta periódica, no obstante las reclamaciones

de los embajadores de Austria y de Francia, que representan al Papa los inconvenientes de una prensa sin garantías ni cauciones.

El movimiento y la efervescencia de los espíritus en Italia, ocasionado por la marcha progresiva del gabinete pontifical, inquieta al gabinete de Viena, siempre receloso y temblando por su reino lombardo-veneto. El Austria intenta una demostracion hostil que exaspera á Roma, y esta, en un momento de entusiasmo, quiere marchar en masa contra los austriacos. El cardenal Gabriel Ferreti, primo hermano del Papa, que habia sido elevado al cardenalato por Gregorio XVI (en 1839), pide al Papa el gobierno de las ciudades de Urbino y de Pesaro, las mas inmediatas á los austriacos.

El Papa mejora la condicion de los hebreos, permitiéndoles establecerse libremente en la ciudad y sacándoles del Gheto ó Contubernio hebráico, antiguo barrio, verdadera cárcel, donde estaban como aprisionados cuatro mil individuos. Estas ideas de tolerancia no estaban al alcance del fanatismo de los romanos, que se amotinan y tratan de concluir con la raza proscripta. Cicerovacchio aplaca el motin, y la conducta de Pio IX es elogiada por los israelitas esparcidos en todo el mundo. En la sinagoga de Constantinopla el sabio rabino Kasan entona en su honor, en lengua hebrea, un cántico digno de Moisés, de Isaías y de Simeon... El 14 de abril otorga el Papa la reforma mas importante, la Consulta de Estado, en que se establece una cámara de diputados, que era como el boceto de un congreso con todas las atribuciones de los gobiernos representativos. El pueblo marcha en masa al Quirinal para dar gracias al Papa por esta concesion.

Un año habia pasado apenas desde que Pio IX ocupara el trono de S. Pedro, y ya casi habia desaparecido el antiguo régimen por el cual se gobernaban los romanos. Se organizó un consejo de ministros en lugar del único ministro que regia hasta entonces los negocios del Estado. El 17 de junio, aniversario de la elevacion al pontificado de Pio IX, el pueblo marcha al Quirinal, formado en órden militar, con las banderas de los catorce barrios en que se divide Roma, y entonan delante del Pontífice el himno llamado de la bandera ó del *vexilo*. Iban á felicitarle por su elevacion, pero tambien á pedirle la formacion de una guardia nacional, formacion que de hecho tenian ya, porque en todas las manifestaciones que habian precedido cada barrio tenia su bandera, y estas banderas las llevaban los hombres mas populares y decididos de ellos.

El ministro Gizzi se opone al establecimiento de la milicia, que el Papa deseaba conceder precisamente para el aniversario del dia en que otorgó la amnistía. Nada pudieron para con el Pontífice las razones del Ministro, que viendo las armas en manos del pueblo, consideraba al Papa á merced de las turbas inconstantes; y que el dia en que, cansado de tantas exigencias, su conciencia le obligase á resistir alguna, seria arrojado de Roma por los mismos hombres á quienes iba á entregar los fusiles para defenderlo. ¡El tiempo se encargó demasiado pronto de justificar su prevision!...

Gizzi presentó su dimision, y fué nombrado presidente del Ministerio el cardenal Ferreti. La guardia cívica no aguarda el decreto del Papa para armarse. Reina en Roma la mayor agitacion, y se hace correr la voz de que los partidarios del antiguo régimen intentan anonadar las reformas del Papa; se procede á la prision de los que se designan como sospechosos, por el populacho; y este, dirigido por Ciccrovacchio en la noche de 15 de julio, llega hasta el extremo de presentarse, en el convento de Sant Andrea de la Valle, al P. Ventura, el ilustre orador de la Italia, el grande amigo de Pio IX, para que hable á este y les permita asesinar al cardenal Lambruschini, al gobernador de Roma y á otros. Pio IX salva en su mismo palacio á los perseguidos, y Roma, entregada á la anarquía, permanece sin gobierno bajo la direccion de Ciccrovacchio, el jefe del movimiento.

Llega de Pesaro el ministro Ferreti, y ansioso de una popularidad mal entendida, aprueba el armamento de las masas.

Los austriacos se apoderan de Ferrara, desoyendo las protestas del legado del Papa. Roma se exaspera, y ostenta un ardor guerrero que debian muy pronto desmentir los sucesos. El ministro cardenal Ferreti visita los cuarteles de la guardia cívica, procede activamente á su organizacion, y consiente las continuas manifestaciones al Quirinal, en que el pueblo, organizado por bandas, á título de felicitar al Papa, iba todos los dias á demandarle nuevas concesiones. Se aproximaba el tiempo en que no se retiraria de la plaza del palacio Quirinal satisfecho solo con la bendicion del Pontífice-Rey. ¡Eran la continuacion de los pretorianos de los Césares!...

Pio IX habia inaugurado, de acuerdo con el rey de Cerdeña, Cárlos Alberto, y el duque de Toscana, las bases de una liga aduanera italiana, el 2 de agosto. Esta medida, al parecer administrativa, debia influir mucho en la suerte de la Italia.

La agitacion se mantenia viva en Roma con los continuos escritos incendiarios y sediciosos que se fijaban en las esquinas para que los leyese gratuitamente el pueblo. Hasta los niños formaron un batallon bajo el título de *La Esperanza*, para significar que en ellos cifraba la patria las ilusiones del porvenir.

Pio IX concede á la guardia nacional el honor de que dé el servicio en su palacio, y la da un espléndido refresco el 5 de setiembre. Hasta entonces los vivas del pueblo romano se habian dirigido solo al Pontífice; ya en aquel dia se grita repetidas veces demandando una constitucion.

Las reformas políticas de Roma, la cabeza del mundo cristiano, hechas por el Pontífice conmovieron el mundo; iban á abrirse las esclusas de la revolucion, y sus devastadoras ondas á precipitarse sobre el universo entero.

El gran duque de Toscana adopta la política del Papa, y el 4 de setiembre da una constitucion á sus súbditos. El pueblo de Luca se levanta, demanda iguales instituciones, y las obtiene á la fuerza, obligando á abdicar su poder y su trono á Cárlos Luis de Borbon. Módena, Parma y Milan presentan síntomas marcados

de inquietud. Estos sucesos exaltan el ánimo de los romanos. El 8 de setiembre bendice el Papa á la guardia nacional. El 2 de octubre dota á Roma de un municipio que entienda exclusivamente en la administracion local. El 15 del mismo mes decreta la Consulta de Estado prometida el 14 de abril. El pueblo felicita al Papa y entona el himno de Pio IX, ese cántico nacional debido á la lira de Rosini, el cisne de Pesaro, que habia enmudecido por tanto tiempo.

La liga aduanera hizo suspirar por otra que asegurase la independencia de toda la Italia bajo una misma mano, y reuniese los veinte y dos millones de sus habitantes, devolviéndoles su antigua gloria y nacionalidad. Juzgaban unos que el llamado á tan alta empresa era Pio IX, iniciador de las reformas liberales; juzgaban otros que esta empresa estaba reservada á la espada de Cárlos Alberto.

El 15 de noviembre Roma se asimiló á las naciones constitucionales. Se verificó la apertura de la Consulta de Estado, y sus diputados marcharon en triunfo al Vaticano entre las mayores demostraciones de alegría. Se organizó un ministerio responsable, aunque eclesiástico aun.

El dia 1.º de enero del año 1848, el pueblo, segun su costumbre, quiso ir al Quirinal; pero la noticia de hallarse guarnecido de tropas le alarma, manifiesta su descontento, y el Pontífice cede, haciendo de mediador el senador Corsini entre su gobierno y el pueblo. El 2 de enero el pueblo presencia su victoria. Pio IX visita de uno en uno los cuarteles de la guardia cívica; y en medio de la plaza del Popolo Cicerovacchio salta sobre la trasera del coche y fija en ella una gran bandera blanca y amarilla en que estaba escrito : *Santo Padre, fidatevi del popolo!*

Atronadoras eran las aclamaciones que resonaban por todas partes. Pio IX se hallaba conmovido, y tuvo que suplicar al pueblo que calmase su entusiasmo, porque se sentia indispuesto. Su marcha, su paseo triunfal en la apariencia, no era su triunfo; era sí el del partido que la noche antes habia obligado á retirar las tropas del palacio Quirinal.

En medio de la agitacion del pueblo sobreviene la miseria, la falta de recursos, la escasez de numerario, que hacen recurrir á un empréstito. El populacho dominaba completamente.

El cardenal Ferreti se manifestaba eminentemente popular, porque nada es mas fácil que dejarse arrastrar de las exigencias; rebajándose hasta el extremo de sentar á su mesa muchas veces al agitador Cicerovacchio, llegando á sufrir y aun celebrar con risa los arranques patrióticos del grosero tribuno. El cardenal Ferreti, que tanto daño habia causado á Pio IX con su imprudente gobierno, demanda á su primo y soberano un poder absoluto y discrecional para mudar todos los empleados públicos. Pio IX, enemigo de reacciones, trata en vano de moderar el ardor de su ministro, le niega su demanda, y él hace su dimision, que le fué admitida el 20 de enero, marchando de legado á Ravena. El ministerio del cardenal Ferreti preparó los dolores y las tempestades que iban á descargar sobre

la cabeza tan clemente y venerable de Pio IX, esa cabeza que no es dado olvidar á los que han tenido la dicha de haberla visto y contemplado.

Palermo, la capital de la Sicilia, se subleva el 12 de enero. Palermo fué la primera ciudad de Italia que llevó mas adelante la revolucion, desplegando la bandera tricolor. Nápoles imita la conducta de Palermo, y obtiene una constitucion de su rey.

Roma celebra estos sucesos, y desplega tambien sobre el Capitolio la bandera tricolor de Italia. La agitacion se habia constituido en su estado normal. El Papa nombra el ministerio del cardenal Boffondi. Al dia siguiente el pueblo se pronuncia contra él, y lo hace cambiar. Lleno de júbilo el pueblo, marcha al Quirinal en demostracion de alegría; Pio IX le habla desde el balcon, y le bendice condicionalmente, exigiéndole que no le haga ninguna peticion contraria á la santidad de la Iglesia, *porque no podia, porque no debia, porque no queria admitirla.* El Papa al hablar al pueblo en esta ocasion no se presentó, como otras veces, acompañado de sus cardenales ni de prelados. En el gran balcon del Quirinal resplandecian solo con el reflejo de las antorchas los brillantes cascos y las blancas cimeras de los nacionales.

En el nuevo ministerio entran mitad eclesiásticos y mitad seglares, y se nombra una comision para que redacte una constitucion. Vemos cuán rápido, cuán progresivo era el movimiento de esta revolucion.

Intimidados los príncipes de Italia con las formas gigantescas que iban presentando los deseos y demandas de los pueblos, transigieron con estos y convinieron en otorgarles una constitucion. Los primeros que la otorgan son Fernando, rey de Nápoles, Cárlos Alberto, de Cerdeña, y el gran duque de Toscana.

La impaciencia con estos ejemplos era cada dia mayor por la publicacion de la Constitucion. El 20 de febrero el Papa reune todo el cuerpo de la guardia nacional y le dirige la palabra, quejándose de la injusticia de los que desconfiaban de su promesa, y recomendándoles la tranquilidad. Jamás Roma habia visto reunidas, después de muchos siglos, en tanto número las legiones de sus propios soldados.

Pio IX, asombrado de las gigantescas proporciones que su pacífica reforma habia tomado, trata de poner todo su cuidado en consolidar la paz universal. Nuevas circunstancias debian acrecentar la agitacion de los estados romanos. La Francia, que en las tres jornadas de julio habia levantado sobre el pavés revolucionario y aclamado por su rey ciudadano á Luis Felipe de Orleans, en tres dias del mes de febrero derroca en un movimiento popular el trono que habia alzado diez y ocho años antes, y proclama en su lugar la república.

La revolucion de febrero es la primera escena de un drama que debia continuarse después sobre diversos teatros, y cuyo final desenlace aguarda aun hoy la Europa entera..... Es el terremoto cuyas vibraciones debian sentirse á la vez en diversas naciones. A la revolucion de Paris responden inmediatamente Viena,

Berlin, el resto de Italia, Inglaterra, España. Solo estas dos últimas naciones resisten al impetuoso torrente de la revolucion.

La impaciencia se redobla en Roma por la publicacion de la Constitucion; las exigencias sobre esto son cada vez mas apremiantes. Los jesuitas predican contra las innovaciones y ocasionan un alboroto, y mas tarde su destierro de Roma. La Constitucion se proclama al fin el 14 de marzo.

El 21 llega á Roma una noticia de inmensa importancia. El 14 habia estallado en Viena la revolucion, que derribó el edificio colosal que Metternich habia sostenido con su poderosa mano por mas de medio siglo. El Emperador, abandonado, sitiado en su propio palacio, tuvo que buscar un asilo en una de las provincias fieles y lejanas, recibiendo la ley de las turbas amotinadas del pueblo.

La noticia de la revolucion de Viena, al atravesar las provincias sometidas al Austria, llevaba consigo la insurreccion, que estalla por todas partes. Trataban de anticiparse los pueblos al momento en que, por concesiones liberales, el Austria procurase amortiguar los esfuerzos de las poblaciones por su independencia. Este pensamiento, que era unánime, determina una sublevacion general desde el Tesino al Adriático, y provoca las dos revoluciones de Venecia y de Milan, que estallan casi simultáneamente.

Roma da suelta á su aversion contra el gobierno austriaco; atropella la casa del Embajador, arranca sus armas, las arrastra por las calles y las quema.

Fernando I, emperador de Austria, cedió ante la revolucion : prometió una constitucion, la libertad de imprenta, la organizacion de la guardia nacional ; y el pueblo de Viena, deponiendo toda rivalidad, le aclamó otra vez emperador. Esta noticia destruye muchas esperanzas, y los romanos disponen la movilizacion de su guardia cívica para ir á apoyar las revoluciones de la Italia. A la cabeza del movimiento italiano se coloca Cárlos Alberto, rey de Cerdeña. La revolucion se extiende á Prusia : Berlin se habia sublevado y batido contra las tropas del Rey.

La expulsion de los jesuitas anima la esperanza de los que deseaban ver extinguidas las órdenes religiosas; pero el Papa resiste la supresion de estas.

Todo sonreia por un momento á la causa de la independencia italiana, cuando Pio IX promulga un edicto el 30 de marzo en que invita á los fieles creyentes á atribuir únicamente á la providencia de Dios los sucesos actuales de la Italia. Aquel escrito fué recibido con universal júbilo y veneracion.

Los austriacos, de resultas de los movimientos revolucionarios, evacuan á Comacchio. Roma arma una legion polaca. El Papa seculariza los gobiernos de las provincias, dándolos á los seglares.

Se alza un clamor general en toda Italia, y se pide la liga italiana. Se nombran diputados por las provincias para reclamarla, y vienen á Roma ofreciendo colocar á Pio IX á la cabeza de esta liga. Querian que Pio IX, el vicario del Dios de paz, armase su brazo y saliese á combatir contra los austriacos; pero Pio IX

tenia dos deberes, dos existencias en su persona á que consagrarse: príncipe italiano, su corazon no podia menos de latir por la libertad; pontífice, su reinado se extendia sobre toda la tierra, y ministro de un Dios de paz, debia garantirla á todo el mundo. No podia separar la religion de la política; comprendió su mision divina.

Reunió el 20 de abril el consistorio de los cardenales para hablar de la guerra de Italia, esta guerra que intentaban que el Pontífice intimase legalmente. El Papa publica una encíclica que apenas se fija en Roma excita el mayor descontento; en ella rehusa declarar la guerra. Este documento es el mas importante de la historia de Pio IX. El ministerio da su dimision, la guardia cívica acude con fuertes exposiciones al Papa, se agita la ciudad, se cierran las puertas de ella, se apoderan los amotinados de la correspondencia de los cardenales á quienes acusan de traidores, y dirigen un mensaje al Papa insistiendo en la publicacion de la guerra.

Hasta entonces solo habian dado la cara en los movimientos populares los hombres del bajo pueblo, como Cicerovacchio y los jefes de los cuarteles; sentíase el brazo de la revolucion, pero no se veia el pensamiento de ella; en este dia se manifiesta ya y se revela bien á las claras. Era llegado el tiempo en que los que progresivamente habian dirigido las agitaciones de Roma recogiesen el fruto de sus tenebrosos trabajos. Ya se presentan á cara descubierta Terencio Mamiani, Pedro Sterbini y otros. La encíclica daba á conocer claramente las intenciones del Pontífice, sin que ninguno pudiese equivocarse sobre ellas. El 1.° de mayo hay una insurreccion popular; los cardenales huyen del pueblo, refugiándose en el Quirinal, y el Pontífice se ve obligado á llamar á Mamiani para que forme un ministerio. Mamiani queda enteramente dueño de Roma; sus inspiraciones son dócilmente obedecidas. El programa de Mamiani es franco, explícito, exclusivamente italiano: es un programa de guerra. Ordena la formacion de un cuerpo de reserva de seis mil hombres, hace venir oficiales extranjeros para instruir el ejército, pone de guarnicion en el castillo de Sant-Angelo á la guardia nacional. Las provincias imitan á Roma, se declaran contra la encíclica, y la ciudad de Pesaro mismo envia á los hermanos del Papa para que le inclinasen á la guerra. Entre tanto el cuerpo diplomático felicitaba á S. S. por la firmeza con que habia sabido resistir á los embates de la revolucion, y le ofrecia su apoyo.

En Nápoles el 14 de mayo debian reunirse las cámaras, y el 15 la disidencia en que se coloca el Monarca con los diputados hace estallar un movimiento en que queda vencedor el Rey; disuelve el Congreso y reprime completamente la revolucion. Un extraordinario estupor se apodera entonces de los agitadores romanos.

Cárlos Alberto habia cedido al impulso de la revolucion mas para salvar su corona que para adquirir otras nuevas, declarando la guerra al Austria. La victoria guia sus primeros pasos, las tropas imperiales huyen delante de él; pero los pueblos que acababan de proclamar su independencia, en lugar de reunir todos

sus esfuerzos para lanzar del suelo itálico al extranjero, consumen su ardor en mezquinas intrigas y rivalidades, y dan lugar á que los austriacos vuelvan á conquistar en breve lo que les habian arrancado en el primer momento de entusiasmo por la libertad.

El 5 de junio da principio á una nueva época política en Roma, abriéndose sus cámaras: Mamiani expone su programa en ellas, y es recibido con estrepitosos y furiosos aplausos.

En tanto Vicenza presencia el 11 de junio la derrota de la division romana que habia ido á apoyar la revolucion de Milan. Esta derrota consterna á los romanos. La Cámara propone el 28 de junio que el Pontífice convoque una dieta italiana, y que se constituya Roma en centro de su unidad.

La Francia, que después de su revolucion habia formado un gobierno provisional, asociando á él hombres apenas conocidos, entre ellos un obrero, inaugurando de esta manera la aristocracia del proletariado, habia desencadenado, tanto dentro de ella misma como en toda Europa, los elementos del desórden. La disolucion de la sociedad parecia inminente. De la misma necesidad de la defensa sale un gobierno mas enérgico, que comienza la obra de la reparacion. El general Cavaignac, rodeado de generales y de soldados á quienes habian respetado las guerras del imperio y de la Argelia, combate á los revoltosos en las calles de Paris, en medio de las imponentes barricadas teñidas con la sangre del santo arzobispo de Paris, que muere inmolando su vida por llevar palabras de paz y de conciliacion á los furiosos. Es investido de la dictadura, y finalmente restablece el órden. Este costoso triunfo se hizo sentir bien pronto en toda Europa, lo mismo que pocos meses antes se habia hecho sentir la revolucion de febrero.

Los austriacos invaden á Ferrara. La Cámara romana pide urgentemente la declaracion de guerra. A los diputados se mezclan los revoltosos de Roma en un tumulto popular, teniendo que suspenderse la sesion. El Papa rehusa declarar la guerra.

La situacion de Italia era muy triste. Cárlos Alberto, á quien la victoria habia sonreido en las primeras acciones, es rechazado del Mincio sobre el Oglio, del Oglio sobre el Adda, del Adda sobre Milan. El pensamiento de conservar la corona de hierro que levantara con la punta de la espada le obliga á cometer la imprudencia de retirarse sobre Milan, que de ninguna manera se habia preparado á la defensa. Cárlos Alberto se ve precisado á abandonar esta poblacion, y sale de ella entre las maldiciones del pueblo amotinado, que atenta á su vida llamándole traidor. Los austriacos entran inmediatamente en la ciudad; el viejo mariscal Radetzki toma sus posiciones, después de una campaña que honra tanto á su táctica como á su valor.

El rey de Cerdeña concluye un armisticio, preludio de un arreglo definitivo, que hace cambiar el aspecto político de la Italia y justifica la conducta pacífica y previsora de Pio IX.

El general Welden iba ya á penetrar en las legaciones pontificias, anunciando que era para restablecer el órden. El Austria desaprobó esta invasion, y separó del mando al general Welden.

El Papa se hallaba en desacuerdo con los ministros; estos querian la guerra. El ministro Mamiani hace su dimision cuando los austriacos habian entrado en Bolonia. El pueblo romano acude á la embajada francesa solicitando la intervencion de la Francia; la Cámara aprueba su peticion.

El 22 de julio el Papa reconoce el gobierno de la reina católica de España Isabel II, anudando las relaciones con la Santa Sede, quince años hacia interrumpidas. Las agitaciones continuas de Roma, y los peligros á que diariamente se hallaba expuesto el Pontífice, cuya firmeza le hacia resistir á las exigencias de las turbas, hicieron que apenas reconocida la reina de España se estacionase el vapor español de guerra *Lepanto* en las aguas de Civita-Vecchia. Preveíase ya por el gobierno español que podia llegar dia en que la demagogia arrojase de la ciudad santa á Pio IX.

El ministerio que nombró el Papa, á cuya cabeza puso al cardenal Fabri, fué un ministerio de transicion. Procuró recoger las armas del pueblo, pero encontró un grande obstáculo en la Cámara, que reclamó fuertemente, y de la cual el Papa no hizo caso alguno. Las sesiones de la Cámara fueron suspendidas y prorogadas hasta el 15 de noviembre.

Entonces coloca Pio IX á la cabeza del Ministerio al conde Rossi, que, aunque nacido bajo el bello sol de Italia, naturalizado en Francia, representante muchos años en Roma de aquella gran potencia, era mirado como extranjero, y en tal concepto fué el blanco de los tiros de los partidos. El ministro Rossi se consagra á reorganizar lentamente el Estado, ínterin Mamiani pasa á Turin á agitar la revolucion y hacer triunfar los planes que no pudo verificar en Roma. Bolonia, evacuada por los austriacos, queda entregada á una reaccion escandalosa durante la cual los revolucionarios asesinan públicamente y establecen el dominio del terror.

La revolucion habia hecho grandes progresos en Prusia y en Austria; empero á esto sucede una grande reaccion en ambas naciones.

Roma comenzaba á restablecer su tranquilidad, mientras Mamiani en Turin se coloca al frente de la confederacion italiana, se pone en comunicacion con todos los revolucionarios de la Península, y logra que estalle la revolucion en Liorna el 21 de octubre. Proclama la Constituyente italiana, y hace que se agite Civita-Vecchia; pero la llegada del ministro de la Guerra, romano, general Zucchi, la comprime. El 28 de octubre pasa en Roma, en la plaza de San Pedro, una revista al ejército, mas tiene que marchar el 10 de noviembre en posta para reprimir la fermentacion de Bolonia, en que el populacho, conservando las armas, después de haber arrojado á los austriacos, hacia pesar duramente sobre sus habitantes el mas bárbaro despotismo. Zucchi desarma las turbas de aquella legacion; pero su falta es funesta, fatal, en Roma, donde los clubs habian acordado el asesinato del

ministro Rossi. Este ministro habia hecho salir de Roma á los emigrados extranjeros, que eran un elemento perenne de desórden. Los clubs preparan la opinion contra el Ministro; la prensa aparece excitando sin rebozo al asesinato, y se prepara una exposicion á las Cámaras, que debian abrirse el dia 15, exposicion dirigida contra todo el Ministerio. Llega el dia 15, y los ídus de este mes fueron tan fatales para el conde Rossi como lo fueron en aquella misma ciudad los ídus de marzo para César!... Este pereció en el Senado; el Ministro en el umbral de la Cámara en el momento mismo en que iba á presentarse á ella y á desarrollar su programa. Los asesinos, después de cometer su horrendo atentado, marchan libremente por en medio de todo un pueblo, que les deja franco y expedito paso. Al saberlo la Cámara, manifiesta una horrible impasibilidad, y ni una sola voz se levanta para condenar el sangriento atentado que la profanaba. El Gobierno permanece como herido de estupor y en una completa inaccion. El Círculo Popular, donde se reunian los revolucionarios, se apodera del mando; hace una demostracion en honor del asesino de Rossi, á quien apellidan el nuevo *Bruto*, el salvador de la libertad. Llevan la barbarie hasta el punto de insultar á la viuda del desgraciado ministro con cánticos groseros. Las calles de Roma se cubren de pasquines insultantes á su memoria.

Mientras las turbas discurrian ebrias de vino y de entusiasmo por las calles, cuatro penitentes negros sacaban en silencio, á las dos de la noche, del palacio de la Cancillería, donde se reunian las cámaras, un cadáver, y lo conducian al cementerio para arrojarle en secreto á la fosa comun. Aquel cadáver era el de un mártir, el del conde Rossi, el del grande publicista; ¡y lo llevaban secretamente, como en otro tiempo los cristianos habian enterrado sus mártires, para no exponer sus restos á la profanacion de los revolucionarios!...

Al dia siguiente, 16, se dirige una gran demostracion, compuesta del pueblo, de la milicia nacional y de los diputados, para exigir del Papa la promulgacion del principio de la nacionalidad italiana, la convocacion de la Constituyente, la declaracion de la guerra y la adopcion completa de los programas de Mamiani, llevando designadas las personas que debian componer el nuevo gabinete de este. El Papa quiere tomarse tiempo para deliberar sobre tanta exigencia. Transmitida su respuesta, las turbas se agitan, y vuelven delante del palacio Quirinal á insistir en su demanda. El Papa se niega á contestar en el acto, y el pueblo se declara en abierta insurreccion. Sitian el palacio Quirinal, asestan contra él frenéticos los cañones que habian saludado la amnistía, queman una puerta del palacio, disparan los fusiles contra los balcones, y una de las balas penetra en uno de los aposentos del palacio y hiere en el corazon á Monseñor Palma, secretario latino del Papa. La guardia suiza, mas de magnificencia que de seguridad, esa guardia tradicional, que viste aun el pintoresco uniforme de los tiempos de Julio II, dibujado por Miguel Angel, logró, á pesar de su corto número de setenta hombres, contener las turbas y evitar el asalto del palacio.

El Círculo Popular se erige en centro de gobierno; reconócenle todas las autoridades y las tropas, y el Papa se ve abandonado de todo el mundo, hasta de aquella aristocracia romana, enriquecida y ennoblecida por los papas; la que figuraba, sea por debilidad, sea por miedo, al frente de los batallones nacionales, sin que ni uno solo de sus individuos se separase de sus filas y fuese á interponer su honor y su cuerpo entre la revolucion y Pio IX, noble romano como ellos mismos!... Una nueva diputacion insiste en la formacion del nuevo ministerio; y el Papa, abandonado de todos, sin defensa de nadie, cede al fin, no sin protestar pocos momentos después delante de los embajadores, que habian acudido á su lado desde el primer momento del peligro. El Papa cede para salvar la vida de esos pocos suizos que eran los únicos en Roma que habian permanecido fieles. Triunfó la revolucion porque no fué combatida por nadie. Un batallon solo hubiese hecho justicia de ella. El palacio del cardenal Lambruschini fué atacado, y solo debió la salvacion de su vida este prelado á refugiarse, disfrazado de dragon, en uno de los cuarteles.

Las turbas triunfaron completamente: recorrieron, celebrando su triunfo, las calles de la ciudad eterna, así como en otro tiempo la impía Tulia, al través de la sangre, de la muerte y del asesinato, con los cabellos tendidos y la imprecacion y la blasfemia en la boca, habia paseado por Roma su carro triunfal sobre el cuerpo de su padre!...

Génova y Liorna celebran la muerte de Rossi. La Francia y las demás naciones católicas reciben con indignacion la noticia de los sucesos de Roma, y la Francia proyecta una expedicion á Civita-Vecchia para proteger al Papa.

El Círculo Popular, verdadero gobierno de Roma, forma listas de proscripcion y las publica en las esquinas de la capital. Muchos diputados de la cámara romana, aterrados de la marcha de los sucesos, hacen imposible su reunion con las continuas renuncias, no pudiendo verificarse esta hasta el 21 de noviembre. El marqués de Potenciani propuso enviar una diputacion al Papa para asegurarle la fidelidad y lealtad de la Cámara; ésta, que no habia tenido una palabra de vituperio ni una expresion de reprobacion por el asesinato del ministro Rossi, cuya sangre manchaba su escalera, desechó la proposicion de esa fórmula de atencion y de cumplido. La mayor parte de los cardenales logra fugarse.

Mamiani, llamado por el Círculo Popular, llega á Roma el 22 de noviembre. Todas las medidas que con tanta impaciencia reclamaba la revolucion se hallaban suspendidas hasta su llegada. Mamiani quiere presentarse al Papa; pero no es recibido á pretexto de hallarse indispuesto. Sabia el Papa que la primera disposicion de Mamiani era presentar en la Cámara el proyecto de la Constituyente italiana.

El 24 el Papa, que habia hábilmente y con anticipacion preparado su fuga, sale disfrazado de noche, en un coche, del Quirinal y abandona la capital del cristianismo, y dirige sus proscriptos pasos á buscar un asilo hospitalario á la sombra de

una bandera católica, en donde pudiera reposar su venerable cabeza, huyendo de Roma, de aquella ciudad que habia llenado de paz y de caridad, y que le respondia con la sangrienta discordia de los demagogos. Todos los gobiernos, no solo los católicos, sino los protestantes, iban á disputarse el honor de ofrecerle una piadosa hospitalidad. La Italia merece su eleccion : el Papa, que habia concertado su fuga de antemano con los individuos del cuerpo diplomático, se dirige á Gaeta, acompañado del embajador de Baviera, conde de Spaur, y llega á esta ciudad, no sin haber tenido que atravesar en el camino grandes peligros.

Grande estupor causa en Roma la noticia de la fuga del Pontífice. La Cámara se declara en sesion permanente. El Ministerio y la Cámara dirigen proclamas al pueblo, en tanto que los fieles, consternados, acuden á las iglesias y hacen rogativas por la salvacion del Santo Padre. Mamiani afecta gran respeto por el Papa y le pide su vuelta, en tanto que el Círculo Popular se pone en comunicacion con los círculos de las provincias para llevar adelante la revolucion.

El Papa desde Gaeta protesta, el 27 de noviembre, contra la violencia inaudita y sacrílega que habia sufrido el dia 16; declara nulos todos sus actos, nacidos de la coaccion, y nombra una comision gubernativa que dirija los negocios durante su ausencia de Roma. La Cámara resuelve mandar una comision á Gaeta. El Ministerio manda tambien un delegado suyo; parte del Ministerio, aterrado con la declaracion del Papa, hace dimision.

La noticia de la fuga del Pontífice, apenas es conocida en Europa, causa una grande indignacion. España se apresura á ofrecerle sus auxilios. El general Cavaignac, presidente de la república francesa, manifiesta las mismas intenciones, á pesar de la protesta de la Asamblea Nacional.

Entre tanto en la cámara romana se presenta el proyecto de la Asamblea Constituyente italiana, desconoce la comision de Gobierno establecida por el Papa, y nombra una de su seno para gobernar á Roma. El general Zucchi en Bolonia contiene la revolucion y se declara en oposicion con el ministerio de Roma, impidiendo que Garibaldi con sus aventureros encienda la guerra civil. Entonces este marcha á Roma, donde es recibido con frenético entusiasmo. La Cámara misma queria entrar en conferencias con el cardenal Castracani, presidente del gobierno designado por Pio IX; empero el Círculo Popular, verdadero señor de Roma, se opone. El ministro Sterbini ataca violentamente al Papa en la Cámara, y se nombra una comision provisional de Gobierno, que recibe las felicitaciones de todos los círculos revolucionarios de las provincias, y las peticiones para establecer inmediatamente la Constituyente romana. El Papa protesta desde Gaeta, el 17 de diciembre, contra el establecimiento del Gobierno Provisional. Los hombres mas exaltados de las provincias de Italia marchan en auxilio del Círculo Popular. Hace este una demostracion al Ministerio para que convoque inmediatamente á la Constituyente italiana. El Ministerio vacila en dar este paso; entra en contestaciones con los revolucionarios, y no logra persuadirlos. Entonces el Ministerio apela á la mi-

licia nacional, cuya voluntad manda consultar. La milicia nacional no podia menos de contestar segun el espíritu de su institucion, y se declara por la Constituyente. Entonces Mamiani, el hombre antes tan popular, es objeto de la reprobacion del pueblo y da su dimision. Fórmase un nuevo ministerio de accion, de movimiento, el cual presenta inmediatamente en la Cámara el proyecto de la Asamblea Constituyente.

Los hombres en las revoluciones son como las olas de un mar agitado; las unas empujan y se precipitan sobre las otras, hasta estrellarse sucesivamente en las rocas. Mamiani pues se vió precisado á ceder el poder, casi tan odiado como dos meses antes lo habia sido por las turbas el desgraciado Rossi. El nuevo ministerio se unió á los de Toscana y de Cerdeña. Presenta en la Cámara, en la sesion del 26 de diciembre, el proyecto para la convocacion de la Constituyente. Después de una sesion acaloradísima los diputados abandonan la sesion sin votar. El Ministerio decreta entonces la Asamblea Constituyente y disuelve las cámaras. Los revoltosos proclaman la Constituyente romana desde el mismo Capitolio, depositando todas las banderas al rededor del pedestal de la estatua de Marco-Aurelio.

Pio IX habia dirigido por dos veces su voz á sus súbditos; ni una sola palabra de indignacion habian proferido sus labios; habia tolerado las injurias, los sarcasmos, los ultrajes, pero no podia consentir el despojo de la soberanía del pontificado; esta soberanía, propiedad de la Iglesia, ningun pontífice podia renunciarla ni dejarse despojar de ella. Usó pues de las armas que la Iglesia habia colocado en sus manos, y el dia 1.º de enero de 1849 fulminó contra los revolucionarios de Roma el rayo del Vaticano, separándolos de la comunion de la Iglesia. Las bóvedas del templo de San Pedro resonaron con los terribles acentos del anatema; iguales fúnebres ecos se repitieron en todas las iglesias de la ciudad eterna. La consternacion se apodera del ánimo de los fieles; pero los revolucionarios, antes de que la consternacion del pueblo se convirtiese en indignacion, promueven una asonada para intimidarle. Cicerovacchio con sus amigos asalta la casa del vicario de Roma, recoge los ejemplares de la tercera protesta del Papa, los arranca de las iglesias, y lleva la profanacion hasta arrojarlos á un lugar inmundo, poniendo la insultante inscripcion de: «Aquí yace la excomunion de Pio!!»

Los sucesos de Roma habian alarmado al mundo católico. Francia se habia preparado á recibir con respeto y veneracion, hasta con júbilo, al Pontífice-Rey si dirigiera allí sus pasos. Luis Napoleon, nombrado el 10 de diciembre presidente de la república francesa, se muestra no menos celoso que Cavaignac, apresta en Tolon una escuadra y un ejército que haga triunfar en Roma, entregada al furor de los asesinos, la causa de la religion y la libertad.

El 25 de abril desembarcan las tropas francesas en Civita-Vecchia, y al mismo tiempo se dirige á los estados del Papa una brillante division española al mando del general Córdoba, la cual desembarca en Gaeta el 27: fortaleza que recuerda las glorias españolas. El Papa bendice con entusiasmo estas brillantes tropas au-

xiliares. Los franceses se adelantan á Roma, ansiosos de coger por sí solos los laureles de la victoria. Todo hace creer al general Oudinot, general en jefe de las tropas francesas, que no iba sino á llenar una mision de paz, y que las puertas de la ciudad eterna se abririan sin resistencia ante sus tropas; empero los revolucionarios resisten la entrada del ejército francés, no preparado para un asalto, y tiene que retirarse, y aprestarse á un sitio formal.

El general francés declara que entraria en Roma á todo trance, comprometido ya el honor de sus armas. Hizo saber al mismo tiempo, para conservar su legítima influencia, que no admitiria ninguna cooperacion extranjera sobre el teatro principal de la accion. En vano el rey de Nápoles y la reina de España piden que sus tropas concurran materialmente al restablecimiento del Papa en su cualidad de soberanos católicos; la Francia no acepta su concurso sino como cuerpos de observacion ocupando los estados pontificios, mientras los franceses se reservan el tomar á Roma, para vengar la derrota que habian sufrido sus armas al presentarse con tan poca prevision ante sus muros. El ejército español impide que Garibaldi con sus tropas de aventureros penetre en el reino de Nápoles é insurreccione aquel país.

El 5 de febrero se habia reunido la Constituyente romana. El 9, deseosa de llevar á efecto sus trabajos, proclama la república en Roma, y declara abolido el poder del pontificado. Nombra un triunvirato de Mazzini, Armellini y Saffi.

El 1.° de julio el triunvirato de Mazzini, Armellini y Saffi, después de haber sido derrotados en varios encuentros, de haber llenado de escombros á Roma, y haber destruido magníficos edificios para una inútil defensa, deja el mando; se nombra uno nuevo, cuya principal mision es negociar un armisticio, que no obtiene, y Roma tiene que entregarse á discrecion, entrando en ella las tropas francesas el 3 de julio. Así termina á los cinco meses esta nueva república romana!

El 1.° de agosto se proclamó oficialmente el restablecimiento del gobierno pontifical, quedando encargada una comision de tres cardenales de gobernar en Roma en ausencia del Papa. Los cardenales comenzaron por anular todos los decretos del gobierno republicano, y restablecer la administracion tal como existia.

La Francia queria para Roma ciertas instituciones; lo que hizo conocer el presidente de la república francesa por medio de una carta que envió con su ayudante Edgardo Ney, en la cual pedia una amnistía general, la secularizacion de la administracion, el código Napoleon y un gobierno liberal. El Papa no habia querido volver inmediatamente á Roma, temeroso de las exigencias de la Francia, y por no estar directamente bajo el influjo de esta potencia. Aun hizo una concesion el 12 de setiembre: dió un *motu propio* prometiendo varias reformas administrativas y concediendo una amnistía, si bien con grandes excepciones. El Papa no volvia á Roma, á pesar de las instancias de la Francia, porque sus consejeros temian sin duda que no estuviese bastante libre su accion á la sombra de la bandera francesa. El Papa desde Gaeta habia ido á Portici donde habia perma-

necido hasta el 4 de abril. Consintió al fin en volver á su capital, siendo escoltado por el rey de Nápoles y por los generales que mandaban las tropas francesas, austriacas, españolas y napolitanas, que le habian restablecido en su poder temporal. Pio IX siguió el camino de Terracina, donde fue acogido con grande entusiasmo; continuó su viaje por Velletri, é hizo su entrada solemne en Roma el 12 de abril (1850). Cumplido ya su grande objeto, la division española regresó á su patria pocos meses después.

El Papa, para recompensar la hospitalidad que habia recibido del rey de Nápoles, le concedió el título de *Rey Piisimo*, y el privilegio, hasta entonces reservado solo á la Francia, al Austria y á la España, de *la exclusiva* en el Cónclave para la eleccion de pontífice: prerogativa importantísima, de que hemos hablado.

El 10 de setiembre organiza el Papa los ministerios, y crea un consejo de Estado y otro de Hacienda. La aplicacion de estas leyes orgánicas suscita dificultades en el Sacro Colegio, y la fraccion aristocrática, dominada por las antiguas tradiciones, y temiendo que estas instituciones, tan poco peligrosas en sí, pudiesen acarrear nuevas desgracias, ve con malos ojos la entrada de los seglares en los negocios del estado pontifical.

Mazzini entre tanto, refugiado en Lóndres, establece un empréstito, y en Roma se cogen numerosos agentes que circulaban estas acciones de veinte y cinco francos, destinadas á formar un capital para insurreccionar la Italia. Mazzini era uno de los miembros mas influyentes del Comité Central Democrático Europeo, establecido en Lóndres.

Concluye Pio IX los concordatos de España y Toscana, devolviendo á la iglesia de estos países una posicion por largo tiempo perdida. En España, después de la revolucion, la suerte del clero era precaria. El concordato español reconoce la religion católica con exclusion de toda otra; promete mantenerla perpetuamente con todos los derechos y prerogativas de que debe gozar segun la ley de Dios y las disposiciones canónicas: da una intervencion al clero en la enseñanza secular, colocándola bajo la vigilancia de los obispos y de los prelados; constituye la dotacion del clero, habiendo obtenido en favor de la Iglesia la confirmacion solemne de lo que posee y el derecho de poder adquirir, no pudiéndose hacer ninguna separacion ni reunion sin el consentimiento previo de la Santa Sede.

Los franceses permanecen aun en Roma, y no es fácil calcular, segun los sucesos que oculta el porvenir de Europa, cuánto tiempo durará esta ocupacion...

Pio IX presta toda su atencion á restablecer los elementos de su gobierno, destruidos por la revolucion, y á los grandes intereses de la cristiandad.

Doscientos cincuenta y nueve pontífices han ocupado el trono pontifical desde S. Pedro hasta Pio IX: cinco sirios, catorce griegos, dos dalmatas, dos africanos, dos sardos, cinco sicilianos, un portugués, dos españoles, Calisto II y Alejandro VI, ambos valencianos; un holandés, un inglés, siete alemanes, trece franceses, ciento y un romanos, y ciento y tres italianos.

Pio IX es digno, después de tantas ilustres cabezas, de ceñir en la suya la triple corona de la Iglesia...

¡Ojalá la conserve largo tiempo para alegría del mundo católico y para felicidad de sus súbditos!!!...

XXIII.

Hemos terminado la historia de los papas, y la de su soberanía temporal y eclesiástica, que es la expresion mas sencilla y mas alta de la unidad cristiana. Jesucristo edificó su Iglesia sobre Pedro, y prometió que las puertas del infierno no prevalecerian jamás contra ella. Hemos atravesado el discurso de diez y nueve siglos, hemos examinado grandes y terribles vicisitudes, y hemos visto comprobada esta eterna verdad. Desde los tiempos mas remotos hasta los que hemos presenciado en nuestros dias, en medio de todos los poderes humanos que se debilitan, en medio de los tronos que vacilan al viento terrible de las revoluciones, el pontificado permanece siempre fuerte, hoy como lo era hace diez y ocho siglos. El anciano que lo posee no tiene ni tropas que puedan imponer su voluntad ni oro que pueda comprar el voto de sus enemigos; y sin embargo, habla siempre sin temor, y millones de voluntades aguardan su decision para recogerla con amor, para someterse á ella con obediencia. Hombres que nunca lo han visto, que jamás lo verán, que no hablan su idioma, que habitan bajo otro cielo, allende los mares, en las extremidades de la tierra, acatan su ley, que ninguna fuerza material les impone. Podrá un dia faltarle todo apoyo humano, podrán arrancar esa corona que Carlo-Magno puso sobre la frente del pontificado; los hombres pueden hacer todo eso, y han intentado hacerlo; pero no podrán arrancarle la corona espiritual que Jesucristo ha colocado sobre su frente. Se ha visto á los pontífices arrojados en diversas épocas de Roma, y hemos presenciado dos veces esta catástrofe en nuestro siglo; empero el pontificado no perece por eso, porque este rey, que no tiene posteridad, á quien algunos sacerdotes pueden elegir en cualquier parte del globo, desde allí ejercerá su dominio con la misma plenitud, con la misma fuerza que si lo ejerciese desde Roma, y ningun mortal puede quebrar esa sede espiritual en que Jesucristo lo ha sentado y que la fe misma eleva sobre todas las conciencias cristianas.

El pontificado ha sido principio de accion, de vida y de unidad. El cristianismo no podria existir sin él. Si el cristianismo no fuese mas que una teoría, el cristianismo no seria nada. El cristianismo es una cosa real y permanente sobre la tierra por la autoridad que lo perpetúa, y el pontificado es el elemento visible de su existencia. Así es que donde quiera que se ha desconocido el pontificado, se ha desfigurado el cristianismo.

El pontificado, no solamente ha conservado la Iglesia, sino que ha constituido los estados cristianos. El pontificado ha levantado al hombre de su estado de humillacion exterior, así como el cristianismo lo habia levantado de su decadencia moral. En tiempo de los emperadores romanos reviste el manto de sangre y del martirio, y es el representante de la dignidad de los pueblos; sin mas fuerzas que la oracion y el sacrificio, conquista bien pronto la libertad del mundo. Colocado sobre el trono del mundo, en medio de los pueblos, por una donacion política que consagra su existencia exterior, su accion se encuentra mezclada entre las naciones y los reyes. Todos acuden al pontificado como al orígen supremo del poder, como á la sola regla soberana de la equidad.

Vemos en unos tiempos disponer al pontificado de las coronas; la razon de aquellos tiempos es la que les provocó al ejercicio de la monarquía suprema; no debe acusarse de esto al pontificado, no; los pueblos son los que acudian á él como el único consuelo que podian tener en tiempo del feudalismo.

Los papas protegen la Italia contra los emperadores de Alemania, después de haberla salvado de las manos de los bárbaros; así el poder eclesiástico, constituido por Carlo-Magno, fué el baluarte de la libertad.

Las cruzadas, que emprenden los papas con una admirable prevision, detienen la barbarie musulmana y salvan el cristianismo en la Europa, levantando un muro impenetrable. Gigantesca empresa, donde se quiebra la espada de Mahoma, se destruye el feudalismo y se prepara la civilizacion del mundo.

El pontificado constituye los reinos modernos, consagra las dinastías que reinan aun y sobre las cuales Dios no ha pronunciado aun su última sentencia...

El pontificado contribuyó á mantener las luces que en los tiempos de la barbarie parecieron completamente extinguidas. Cuando la Europa se agitaba en medio del conflicto terrible de los reyes entre sí, de los reyes con el feudalismo, y del feudalismo con los pueblos, ¿cuál hubiera sido su suerte si la sola autoridad reconocida entonces no hubiera tomado con mano fuerte las riendas de la civilizacion? No las tomó, no, para usurpar, sino, como el marinero que en la confusion de una tempestad se apodera del timon para conducir al puerto el bajel, ó como el soldado que en medio de una batalla y falto de jefes se apodera del mando y salva el ejército.

Los papas animaron las artes; y cuando Lutero pretendió romper la cadena con que estaba retenida cautiva la inteligencia humana, Leon X inmortalizaba su siglo con las obras maestras de las artes y de las letras, edificaba á San Pedro, y aparecian los milagros de Rafael y de Miguel Angel, realizando las maravillas de la antigua Roma y de Aténas. El siglo de Leon X es superior al de Pericles. Los sucesores de Leon X no dejaron extinguir este noble ardor por los triunfos del genio.

Los obispos soberanos pacíficos de Roma reunieron todos los preciosos restos de las edades pasadas. Allí admira aun el viajero las obras mas célebres de la

antigüedad; allí sobre los monumentos del paganismo, colocaron las imágenes cristianas. Así se conservan las Termas de Diocleciano, el Panteon y la columna Trajana, que no estaria de seguro en pié si no la coronara la estatua del apóstol S. Pedro.

Si de vez en cuando hemos visto con dolor algunos pontífices, indignos de representar á Jesucristo, ocupar la Santa Sede, el mal que hicieron desapareció con ellos. Solo ha quedado la influencia de los inmensos bienes que el mundo entero debe á la corte de Roma, corte que se ha manifestado siempre superior á su siglo. Así es que ella tenia ideas de legislacion, de derecho público, de economía, de bellas artes, de ciencias, de cultura, cuando todo se hallaba sumido en las tinieblas de las instituciones góticas. No se reservaba exclusivamente las luces; las esparcia á torrentes sobre todo el mundo, y hacia caer las barreras que las preocupaciones habian levantado entre las naciones; trataba de dulcificar las costumbres, de ahuyentar la ignorancia y de civilizar los pueblos.

Roma sin los pontífices no seria hoy el punto de cita del genio de todos los países del mundo, como no lo es ni Alejandría, ni Aténas, ni otras ciudades que han florecido en las ciencias y en las artes.

Carlo-Magno, adelantándose á los siglos, constituye el poder eclesiástico, y ningun poder político sobre la tierra puede igualar en legitimidad el poder temporal del Papa. Este poder del Papa es un hecho providencial, es una necesidad en el mundo, y cuenta diez y seis siglos de existencia.

La independencia del soberano Pontífice está bajo la salvaguardia de todos los católicos. Roma, con sus monumentos levantados á costa de los tesoros de la Europa entera; Roma, centro y cabeza del cristianismo, pertenece á los cristianos mas que á los romanos mismos. El mundo no podrá dejar nunca decapitar la cristiandad ni permitir que el jefe visible de la Iglesia deje de ser soberano. El mundo católico tiene derecho á exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente. Sus estados, demasiado cortos para ser temibles como potencia política, son los suficientes para asegurarle la independencia de todos los reyes y de todas las naciones, y sus estados hoy son los mismos que en tiempo de Luitprand y de Carlo-Magno.

Si el poder del pontificado desapareciese, seria porque la civilizacion del mundo habria terminado, ó esta civilizacion marcharia tal vez á situarse en otros puntos donde Dios hubiese tocado con su dedo para rejuvenecer el mundo: así hemos visto perderse y volver á aparecer la civilizacion.

El pontificado es el vínculo político de la Europa; por esta razon vemos que los reyes católicos y los reyes protestantes se han apresurado en tiempo de Napoleon Bonaparte á reorganizar ese poder.

El Pontífice, pastor general de la Iglesia, no solamente defiende á los fieles de la opresion, sino que marcha delante de las esperanzas y de los mas brillantes destinos. El mundo, degenerado, necesita una segunda predicacion del Evangelio. El

cristianismo se renueva y sale victorioso de los mas terribles ataques. En el dia nuevas naciones se agregan á él. En estos mismos instantes la China se agita en una gran revolucion con tendencias eminentemente cristianas.

Bajo la direccion del pontificado se verifica esta gran mision dada al mundo, que no se terminará sino cuando haya un solo pastor y un solo rebaño. Así como en otros tiempos partian del Capitolio las legiones invencibles que llevaban á Roma los despojos del universo, así ahora de siglo en siglo se adelantan desde la ciudad eterna nuevos conquistadores para sembrar en el mundo la palabra del Dios de verdad, para someter el universo á Jesucristo. La voz de Jesus, que dijo á sus apóstoles : « Marchad y predicad el Evangelio ; » esa misma voz es la que parte todos los dias del Vaticano, y todos los dias nuevas regiones de la Oceanía se fecundan con el sudor y la sangre de los misioneros católicos que van á predicar y morir en el puesto que les ha marcado el monarca espiritual de la cristiandad.

Terminarémos con las palabras con que hemos comenzado este epílogo. El dia en que desapareciese, que no desaparecerá, el pontificado, el cristianismo no seria mas que una teoría ; el pontificado es la piedra angular de la Iglesia, segun la expresion eterna de Cristo : TU ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARE MI IGLESIA. Si el cristianismo pudiese desaparecer, volveria la humanidad á comenzar su penosa carrera, caeria en la barbarie, se perderia la libertad de las naciones y la civilizacion del mundo !

Madrid, julio 1853.

EL CONDE DE FABRAQUER.

M. Iglesias dib.° y lit.°

Lit. de J. Donon, Madrid.



LEOPOLDO II GRAN DUQUE DE TOSCANA.





TOSCANA.

LEOPOLDO II.

I.



La parte de la Italia central que hoy se llama Toscana, y que comprende las provincias de Florencia, Pisa y Siena, en una superficie de cuatrocientas leguas cuadradas, tuvo varios nombres en la geografía antigua. Llamáronla los griegos Tirrenia, y tirrenos á sus habitantes; fué para los romanos Etruria, y sus moradores adquirieron gran celebridad en la historia primitiva de Italia con el nombre de etruscos, si bien ellos no aceptaron ninguna de estas denominaciones, y se daban la de

rasenas. Acerca del orígen de los rasenas ó etruscos no están conformes los historiadores, faltando, como faltan, datos para averiguarlo exactamente : así, unos los confunden con los pelasgos, procedentes de Grecia, otros los suponen originarios de Lidia, y hay historiadores y anticuarios que les dan un orígen galo, presentándolos como colonias enviadas de la Retia. Los monumentos encontrados en el país, con inscripciones hasta ahora indescifrables, arrojan muy poca luz sobre esta cuestion; su escritura de derecha á izquierda parece indicar su procedencia oriental, y las palabras griegas y celtas, descubiertas por algunos, demuestran al mismo tiempo que por lo menos los etruscos tuvieron comunicacion frecuente con los griegos y con los galos. Lo que parece mas averiguado es, que cuando llegaron al país se hallaba este ocupado por los umbríos, que, sin embargo, no eran sus primitivos moradores, pues que habia pertenecido antes á los pelasgos, los cuales indudablemente dejaron en él rastros de su idioma, de su civilizacion y de su industria. Los nuevos invasores, ya viniesen de Oriente, ya de la Galia Cisalpina, al penetrar en el país encontraron en el gran valle del Po tres pueblos, ó mas bien, tres naciones distintas : los ligurios, que ocupaban la parte occidental hasta el Tesino; los venetos, que dominaban la oriental hasta el Po; y los umbríos, que poseian el territorio central del valle de este rio y las comarcas situadas al otro lado del Apenino, y llamadas después Etruria y Umbría. El peso de su invasion cargó sobre estas últimas, cuyos habitantes hubieron de retirarse ante sus enemigos, no sin pelear primero valientemente en defensa de sus hogares; y tan porfiada debió de ser esta contienda, que los etruscos no pudieron terminar su conquista sino al cabo de cierto número de años, habiéndose establecido primero al norte del Apenino en el territorio de Bolonia, donde fundaron á Felsina, su capital. De todos modos, segun los cómputos mas autorizados, aunque tratándose de tiempos tan remotos y de naciones que han desaparecido los datos cronológicos no pueden aspirar á grande exactitud, parece que por el tiempo en que la colonia asiática, guiada por el héroe troyano, apareció en las costas del Lacio, los etruscos, en el apogeo de su poder, habian ocupado ya todo el país situado entre el Tesino y el Adigio, los Alpes y el Apenino.

Por lo demás, esta ocupacion debió de hacerse, con corta diferencia, como se han hecho en el mundo hasta ahora todas las conquistas de que tenemos noticia; es decir, exterminando ó esclavizando los vencedores á los vencidos, repartiéndose sus tierras, ocupando en un todo su lugar, y dejándolos sin derechos de ninguna clase. Después el curso y las vicisitudes de los tiempos traian la fusion ó la mezcla de las dos razas, hasta que una nueva invasion venia á nivelarlas á entrambas bajo el yugo de una opresion comun. Los etruscos se apoderaron en efecto de los bienes de los umbríos, que á su vez se habian hecho dueños de las posesiones de los pelasgos; sin embargo, la esclavitud que impusieron á las razas conquistadas no parece haber sido personal, sino solamente del terreno, tal como la vemos aun en nuestros dias practicada en Rusia y en Polonia entre los

súbditos del Autócrata; cosa que, considerada la época de estos sucesos, hace grande honor á los etruscos, los cuales, léjos de imitar á otros pueblos de Oriente y Occidente, establecieron en esta parte una organizacion de que aun habian de conservarse ejemplos treinta siglos después en la Europa civilizada. Tanto mas de notar es semejante moderacion en aquel pueblo, cuanto que no todos los individuos de la raza vencedora y libre tenian derecho á los empleos y al gobierno. Dividíanse, en efecto, los etruscos en doce tribus casi independientes una de otra, y gobernadas cada una por un jefe, asistido de un consejo de nobles, llamados *lucumones:* especie de federacion aristocrática, que en las grandes circunstancias solia elegir una autoridad suprema de entre los jefes particulares de las doce tribus. Solamente el soberano pontífice de su religion era nombrado por los votos de todos los pueblos; en los demás negocios, civiles ó militares, la decision correspondia al presidente de aquellas pequeñas repúblicas y á un senado compuesto tan solo de los principales ciudadanos.

Esta organizacion era hasta cierto punto conforme con las ideas religiosas de los etruscos, cuya mitología parece haber sido enteramente diversa de la oriental, y puede presentarse como tipo de las creencias occidentales, mas puras y elevadas que las de los griegos. En efecto, los etruscos reconocian un Dios supremo, el cual gobernaba el universo, valiéndose de la mediacion de doce génios superiores, seis de cada sexo, que formaban cerca de la divinidad una especie de consejo de Estado. Los lucumones eran los únicos ministros del culto y los solos intérpretes de las doctrinas religiosas, cuyos libros no salian de sus manos; doctrina escrita por Tages, y que pretendian ser el resultado de celestes visiones, como muchos siglos después pretendió Mahoma haber escrito su Coran bajo la inspiracion y el dictado del ángel Gabriel. La base de su ciencia religiosa eran, como en los pueblos orientales, los fenómenos celestes, cuya observacion les fué útil tambien para adquirir ciertos conocimientos aplicables á la medida del tiempo, habiendo llegado en esta parte á un grado de exactitud que los griegos y aun los romanos desconocieron en los mejores dias de su apogeo científico.

Los etruscos dividian el tiempo en dias, semanas y años, siendo el año de treinta y ocho semanas, y la semana de ocho dias; el dia noveno se destinaba al descanso, y los jefes del pueblo administraban públicamente justicia. Pero, además de estos períodos, tenian otros tres mayores, que se referian á su sistema cosmogónico: tales eran el gran dia, ó dia del mundo, compuesto de mil años, y que, segun ellos, era el término de la vida política de las naciones; la semana del mundo, compuesta de ocho grandes dias, ó sean ocho mil años, duracion de cada una de las creaciones ó grandes revoluciones del universo; y por último, el año del mundo, que comprendia treinta y ocho grandes semanas, ó sean trescientos cuatro mil años, duracion completa del mundo actual, y probablemente tambien de los dioses secundarios ó ministros del Ser Supremo, á quienes consideraban mortales. Esta cronología es la que ha permitido calcular la época del establecimiento de los

etruscos en la Italia central, partiendo del dato conocido de la extincion de su imperio en el año 666 de Roma, en que sus arúspices anunciaron haber llegado para su nacion el dia del mundo; de donde se ha deducido que el imperio etrusco debió de comenzar hácia el año 1180 antes de la era cristiana.

Los autores antiguos citan muy pocos hechos de la historia de este pueblo anteriores á sus guerras con los romanos. Después que expulsaron á los umbríos de las llanuras del Po, la primera mencion que de ellos se hace en la historia es contemporánea de la llegada de Enéas á Italia. Turno, rey de los rútulos, vencido por el jefe troyano, llamó en su socorro á Mezencio, jefe etrusco de Cære, el cual murió en el sitio de Lavinio. Por entonces muchos pueblos del Lacio eran tributarios de los etruscos, cuya historia se encuentra mezclada con la de Roma; tanto, que, segun los anales de Etruria, escritos por el emperador Claudio, el rey llamado por los romanos Servio Tulio era un etrusco apellidado Masarna, sucesor de otro jefe de la propia nacion, nombrado Celer Vibena. Por otra parte, todo lo que la historia cuenta del reinado de Tarquino el Mayor se refiere á la dominacion etrusca en Roma. En efecto, después de la expulsion de los Tarquinos, la familia proscripta, viendo frustradas sus tentativas para recobrar el poder, acudió al rey etrusco Pórsena, que parece haber sido en aquella época el jefe de toda la nacion, el cual, si bien no logró reponer en el solio á sus protegidos, consiguió ver reconocida su superioridad por la ciudad sitiada, que le presentó como homenaje de respeto las insignias reales.

Ya desde tiempos mas remotos sobresalian los etruscos entre todas las naciones de Italia, así por su poder como por su civilizacion é industria. Las murallas de sus antiguas ciudades, construidas con piedras colosales; los restos de edificios públicos encontrados en aquel país, y que no han podido ser arruinados sino por manos enemigas, demuestran los conocimientos que tenian en arquitectura; los monumentos que en Roma se erigieron durante la dominacion de los reyes etruscos fueron en su mayor parte obra de arquitectos de esta nacion; al mismo tiempo que los objetos hallados entre las ruinas en sepulcros y en campos prueban que los etruscos aprendieron de los pelasgos la belleza del dibujo y la elegancia en las formas. La agricultura, y especialmente el arte de dirigir las aguas, fueron perfeccionados por ellos hasta un punto desconocido en los demás pueblos de Italia; ellos sangraron el Po, formando diferentes canales, y trataron de desecar las lagunas de Atrea con el limo del rio; ellos establecieron el sistema de riegos aplicado entre el Tesino y el Adda, que convirtió aquel país arenoso en una llanura rica y fértil; ellos variaron el curso de las aguas por medio de obras cuyo recuerdo se conserva todavía; trabajos que no permiten dudar de los adelantos que habian hecho en las ciencias matemáticas, como lo demuestra tambien la invencion de los caractéres aritméticos, llamados números romanos; invencion debida á su ingenio, y mucho mas sencilla y fácil que el uso de las letras del alfabeto, adoptado por los fenicios y por los griegos.

Célebres eran tambien por su habilidad en el cultivo de las artes y por sus grandes riquezas, adquiridas en mucha parte por medio del comercio. Los autores antiguos hacen mencion de una via comercial, respetada de los pueblos que atravesaba, y que por una parte se extendia por la Galia hasta España, y por otra á la Italia y á la Grecia. En cuanto á la navegacion, si bien la aprendieron probablemente de los pelasgos, cultivándola con esmero lograron exceder á todos los pueblos y á tener una marina formidable, que les sirvió para establecer colonias en Córcega y Cerdeña, para conquistar la isla de Elba, arrasar las costas de Sicilia, dominar en el Mediterráneo, y llevar sus expediciones guerreras ó comerciales hasta el mar Egeo.

Y sin embargo, cuando Pórsena sitió á Roma hacia ciento cincuenta años que habian empezado para Etruria los reveses y el infortunio. Seiscientos años antes de la era cristiana, una numerosa emigracion de galos, conducidos por Beloveso, habia pasado los Alpes de Liguria, inundado las llanuras del Po, y después de una sangrienta batalla á orillas del Tesino, arrojó á los etruscos de los países que al otro lado del Apenino poseian, no dejándoles mas que Mantua, que se sostuvo hasta la conquista por los romanos, y Melpum, que fué tomada y arruinada el mismo dia de la toma de Veyes. Así se explica que los etruscos no apoyasen á Pórsena con tanta eficacia como pudieran haberlo sostenido en otro caso, y que, absteniéndose de atacar á Roma, abandonasen á esta ambiciosa república la supremacía del Lacio. Forzados, no obstante, por la presion de los galos á extenderse hácia el mediodía, ocuparon la Campania hasta Silaro, y dominaron el país de los volscos. Entonces sitiaron á Cúmas, y sufrieron una derrota naval que arruinó su marina, la cual fué destruida casi enteramente por la escuadra de los siracusanos.

Desde entonces fué en aumento su decadencia. Los samnitas, que habian llegado al apogeo de su poder, los obligaron primero á recibir una colonia en Vulturno, hoy Capua, y en breve les quitaron la Campania. Hácia aquella época comenzaron las guerras entre los romanos y los etruscos de Veyes, lucha de ochenta años entre potencias ya iguales, y señalada por la derrota de los Fabios en Cremera, y la presencia de los de Veyes ante los muros de Roma; pero al fin la ciudad etrusca sucumbió y fué arrasada; y sus aliados los demás miembros de la confederacion, atendiendo al provecho particular antes que al riesgo comun de la nacion, no se cuidaron de vengar su ruina. En vano los de Veyes dirigieron sus reclamaciones y súplicas al consejo federal, que se reunia en el templo de Vulturno; sus exigencias fueron desechadas y sus ruegos quedaron sin respuesta.

Nuevas calamidades afligieron á la nacion poco tiempo después, cuando los galos vencedores, atravesando el Apenino, penetraron casi en el corazon de Etruria, poniendo sitio á Clusio, á instancias de un lucumon desterrado de la ciudad á consecuencia de un movimiento popular; las demás poblaciones no pensaron siquiera en reunirse para hacer frente al enemigo comun, y los galos se habrian

establecido desde entonces en Etruria, á no haber llamado su atencion Roma, sobre la cual cayó el torrente que amenazaba sumergir á los etruscos.

Obligados los pueblos de Italia á mantenerse en constante observacion y vigilancia contra las invasiones de los galos, el peligro comun suspendió los efectos de las discordias intestinas, é hizo que se pasaran cuarenta años de paz entre los etruscos y los demás pueblos importantes italianos. Al cabo de este tiempo se encendió la guerra entre los romanos y los samnitas, guerra de la cual los etruscos permanecieron por espacio de treinta años frios espectadores, sin que los progresos temibles de Roma fueran parte para hacerles acudir al auxilio de sus vecinos, hasta que, reducidos estos al último extremo, concibieron la esperanza de sacar ventajas de la contienda apoyando al bando mas débil. Todos los pueblos de la confederacion etrusca tomaron las armas, y comenzaron la lucha con el sitio de Sutrio; pero Roma era ya demasiado poderosa; y mientras uno de sus ejércitos continuaba la guerra contra los samnitas, otro guiado por el cónsul Fabio penetró en Etruria, derrotó al ejército etrusco delante de Sutrio, siguió su alcance por algun tiempo, deshizo un nuevo ejército que le salió al encuentro cerca de Perusa, y obligó á los aretinos, perusinos y cortoneses á pedir la paz y separarse de la liga. Al año siguiente (308 antes de J. C.) los etruscos intentaron un nuevo esfuerzo, proclamando la ley *sagrada*, segun la cual todo ciudadano llamado á la guerra debia elegir un compañero de armas, y ambos prestar con las mas terribles imprecaciones el juramento de vencer ó morir. Encontráronse los dos ejércitos enemigos cerca del lago de Vademon, donde se dieron batalla: los etruscos pelearon con gran valor y pusieron al ejército romano en grave apuro; mas al fin se vieron obligados á pedir la paz y á sufrir la humillacion de obtener por todo favor una tregua de un año. Cinco años de hostilidades con varia fortuna siguieron á esta tregua, y dieron lugar á otra de dos años mas, hasta que, á propuesta de los samnitas, se formó otra liga formidable entre estos, los etruscos, los umbríos y los galos senoneses, reuniéndose en Umbría un poderoso ejército compuesto de guerreros de los cuatro pueblos. Roma, en vista del peligro, redobló sus esfuerzos, y logra poner sobre las armas cinco cuerpos de tropas, con el objeto de proteger su territorio, al mismo tiempo que invadia el de sus enemigos; no obstante, la fuerza numérica de estos, considerablemente superior, la habria abrumado bajo su peso, sin el talento militar de sus generales, que por movimientos estratégicos bien combinados lograron separar á los etruscos y á los umbríos de sus confederados, y derrotar á los galos y á los samnitas en la sangrienta y memorable batalla en que el cónsul Decio se sacrificó por la salvacion de sus legiones. Al año siguiente los volsinios, perusinos y aretinos se separaron de la liga etrusca, y el funesto espíritu de egoismo de las diferentes ciudades de Etruria, no menos que el poder romano, obligó á la nacion á someterse á las condiciones que Roma quiso imponerle.

La pérdida de la nacionalidad fué un mal para los lucumones ó nobles, únicos

que gozaban los privilegios del poder, de la autoridad y de la riqueza: gobernadores á un tiempo civiles, militares, eclesiásticos y judiciales, dueños á la vez de la hacienda, de la vida, de la honra y de la conciencia de los plebeyos; mas para estos fué gran ventaja, porque, sin empeorarse su situacion servil, ganaron en no verse obligados á tomar parte contra su voluntad en las contiendas intestinas de los lucumones. Así, la época de paz y de sumision que siguió á la conquista de los romanos, fué una época de ventura y reposo relativos para el pueblo; estado de que no pudo sacarlo la segunda guerra púnica, de la cual solo por breve tiempo fué teatro aquel país.

Pero estaban contados los dias de la existencia política de los etruscos, aun como pueblo conquistado por Roma: un siglo después, la opresion en que aquella ciudad tenia á sus esclavos promovió la insurreccion, capitaneada por Espartaco. Tratábase de conquistar la libertad, es decir, los derechos de ciudadanos romanos; cosa que interesaba algo mas á la mayoría del país que la defensa de unas instituciones que les negaban todo derecho; así, el número de los oprimidos que se unió á Espartaco fué grande, y los etruscos tomaron mucha parte en aquella guerra social. En los combates que siguieron no les faltó su antiguo valor, pero les faltó la fortuna; sucumbieron los últimos, pero al fin sucumbieron, llegando á ser objeto predilecto de las venganzas del sanguinario Sila. Entonces, decapitados los principales ciudadanos por el hacha del verdugo, despojada de sus tierras una gran parte de la poblacion, dispersada la otra ó reducida á la mas dura esclavitud, arrasados los campos, convertidas en ruinas las ciudades, se extinguió por completo la Etruria, y desapareció en el seno del monstruo que estaba destinado á tragarse en toda su extension el mundo conocido.

II.

Desde la época de Sila hasta la destruccion del imperio de Occidente la Toscana sigue la suerte de provincia de Italia, y su historia, como la de todos los pueblos de aquella península, va unida á la de los señores del orbe. La libertad romana, que oculta bajo su hermoso nombre la licencia de los potentados y la esclavitud del pueblo, encuentra en Caton de Utica y en Ciceron defensores dignos de mejor siglo y de mejor causa. La riqueza, la ambicion y la gloria, se conjuran contra ella en el triunvirato de Craso, César y Pompeyo; pero si sucumbe bajo el peso de esta triple influencia, no es sin protestar primero con la sangre de muchos mártires. Aun después de destruidas las ciudades de Etruria, los últimos restos de las bandas de Espartaco ponen á prueba el valor y la pericia de Pompeyo. Destruidas aquellas, surgen nuevas colisiones á consecuencia de la tenaz oposicion de los patricios y antiguos romanos, que se niegan á admitir á las ciuda-

des de Italia á la participacion de los privilegios que los romanos disfrutan. El cónsul del partido de Mario, Lucio Cornelio Cina, promete á los toscanos el título de ciudadanos de Roma; su colega Octavio, sostenido por el partido contrario, consigue expulsarlo de la ciudad; Cina junta un ejército italiano, entra vencedor en Roma, y señala su entrada con decretos de proscripcion y de exterminio, pensando mas en satisfacer su venganza personal que en atenerse al leal cumplimiento de la palabra dada.

Con las riquezas que Roma adquiere en los países conquistados del Oriente, con los esclavos que admite en su recinto, penetran tambien el lujo y las costumbres desarregladas de los vencidos. Roma es un foco de corrupcion: los patricios se entregan á los desórdenes mas extravagantes; á la antigua austeridad romana ha sucedido la licencia mas escandalosa y repugnante, y llega á ser posible el proyecto concebido por varios jóvenes libertinos, abrumados de deudas y podridos de vicios, para trastornar la república, tomar el poder y satisfacer su sed de goces y sus pasiones sanguinarias. Muchos de los oprimidos, por lo que podian ganar en la revuelta, mas bien que porque les importase que el poder fuera á otras manos, dado que no habia de pasar á las suyas, tomaron parte en la conjuracion de Catilina. En tal caso se hallaron los nobles de Toscana, que levantaron un ejército en apoyo del célebre conspirador, atrayendo de este modo sobre su país nuevos y lamentables desastres; porque, vencido Catilina en Pistoya, donde murió peleando, el procónsul Antonio se apresuró á ahogar en la sangre de los vencidos las semillas de la rebelion.

La libertad estaba condenada á muerte, y solo se detenia la ejecucion de la sentencia mientras la suerte de las armas designaba quién habia de ser su verdugo. César y Pompeyo se disputaban este triste honor, y los campos de Toscana volvieron á ensangrentarse durante la contienda, hasta que la victoria se decidió por César. Al saber quién era el vencedor, Caton se dió la muerte, considerando pérdida para siempre la libertad de Roma; Bruto y Casio confian, sin embargo, en salvarla asesinando al tirano. Vana esperanza: el tirano muere, mas la libertad no recobra su imperio; prueba de que no son los tiranos el solo obstáculo que dificulta el triunfo de la libertad. A los disturbios consiguientes á la muerte de César siguen los que ocasiona la rivalidad de Octavio y Marco Antonio; este sucumbe; su rival, dueño del mando, toma el título de emperador, y el Senado se apresura á ofrecerle el de Augusto, reservándole para después de su muerte los honores divinos. Suceden á Augusto, Tiberio, el feroz tirano de Caprea; Calígula, que hace nombrar cónsul á su caballo; Claudio, el marido de Mesalina, que á las pocas horas de haberla mandado dar muerte se sienta á la mesa y pregunta *cur Domina non venit;* Neron, el asesino de su madre, la cual á su vez habia asesinado á su marido. Durante el reinado de este monstruo se expide el primer edicto imperial de persecucion contra los cristianos, acusados por el Emperador de haber incendiado á Roma. S. Pedro y S. Pablo, apóstoles,

son condenados al patíbulo; el primero, como ciudadano romano, es decapitado; el segundo muere crucificado, como Jesucristo. Igual suerte cabe á muchos de los que en las provincias del imperio habian acogido con entusiasmo las nuevas creencias, consuelo de los oprimidos.

A Claudio sucede Galba, primer emperador elegido por los soldados, los cuales disponen ya única y exclusivamente de la suerte del imperio. La guardia pretoriana elige á Vitelio, y otras legiones nombran después á Vespasiano, á quien sucede Tito, y á su muerte, las tropas de Oriente elevan al solio á Domiciano. En todo este tiempo el senado de Roma, aquel cuerpo que se distinguia en otro tiempo por la importancia y madurez de sus deliberaciones, no se ocupa ni piensa en otra cosa mas que en decretar nuevos títulos honoríficos á sus señores, erigirles estatuas y discutir de cuando en cuando la especie de salsa con que ha de presentarse á la mesa imperial algun pez raro, pescado en lejanas costas y traido á Roma á fuerza de dispendios. Las provincias, entregadas á gobernadores crueles y rapaces, doblan la cerviz bajo el yugo, y poco á poco se acomodan á vivir en la atmósfera de corrupcion que todo lo invade.

Un siglo tuvieron de respiro; período que comenzó en el reinado de Nerva y terminó con la muerte de Marco Aurelio, y en que figuran además Trajano, Adriano y Antonino; mas el reposo de que el género humano gozó entonces se debió exclusivamente á la buena voluntad de estos emperadores, los cuales, si hubieran querido seguir las huellas de los que les habian precedido, no habrian encontrado obstáculo para su intento ni en el Senado, ni en el ejército, ni en el pueblo. Así es que, por mandato de Antonino, se dieron honores de divinidad á su mujer Faustina, segunda Mesalina; y durante todo este período continuaron, si bien no con tanto rigor, las persecuciones contra los cristianos. El Senado, distinguiéndose, en medio de la abyeccion universal, por una ignominia aun mas profunda, estaba acostumbrado á sancionar todas las iniquidades, á dar las gracias por todos los atentados y aun por todos los ultrajes que él mismo recibia, siendo una corporacion envilecida y vil durante el mando de todos los tiranos asegurados en el solio, y mas vil todavía cuando, consumada la ruina de aquellos, proscribia con solemne y ridículo furor al objeto de sus prolongadas adoraciones.

Esta abyeccion en que habia caido la sociedad romana explica el sufrimiento con que soportó á Cómodo, hijo y sucesor de Marco Aurelio, que se dejó llevar á los últimos excesos de depravacion, de crueldad y de locura. Así se explica igualmente cómo, muerto Cómodo, y asesinado tambien Pertinax por haber querido introducir un tanto de severidad en la disciplina militar, la guardia pretoriana puso la púrpura imperial en almoneda, y la adjudicó á Didio Juliano como mejor postor. Las legiones de Bretaña, de Siria y de Iliria, no aprobando la subasta, eligieron por su parte, á Albino la una, la otra á Niger, y la tercera á Septimio Severo, el cual se apresuró á ponerse en marcha para Roma, sabiendo que el primero que llegase habia de ser el vencedor. Al acercarse á la ciudad Sep-

timio, el Senado hizo degollar á Didio Juliano, cuya caida veia segura, á fin de congraciarse con el nuevo dueño, y este se vistió la púrpura imperial, logrando deshacerse al poco tiempo de sus otros dos rivales.

En el tercer siglo de nuestra era mas de sesenta personajes obtienen, conquistan ó usurpan sucesiva ó simultáneamente el título de emperadores romanos. Desde Septimio Severo hasta Diocleciano, una serie deplorable de intrigas oscuras, viles ambiciones, motines y tumultos militares, serie interrumpida apenas por el reinado del jóven y animoso Alejandro Severo, pone en consternacion á Roma y debilita el imperio. Introdúcense en Italia las formas vergonzosas del despotismo oriental y los dioses de Siria. En esta época reinan, entre otros monstruos, Caracalla, el asesino de Alejandría, llamado el destructor de los hombres; Heliogábalo, tirano cruel y extravagante, que entrega el imperio á histriones, confiere á los barberos los primeros puestos del Estado, y constituye un senado de mujeres; el godo Maximino, llamado *el Cíclope*, que decreta la quinta persecucion contra los cristianos; Decio, Valeriano y Aureliano, que lo siguen en esta senda. En este siglo, hasta la literatura, las ciencias y el idioma decaen; Apicio publica un tratado sobre el arte de cocina, y se funda la secta de los eclécticos, que tratan de conciliar las doctrinas del paganismo con los dogmas de la moral cristiana. Por último, la necesidad de defender el imperio contra las invasiones de los bárbaros da orígen á la tetrarquía de Diocleciano, que prepara la division definitiva del imperio.

El cristianismo durante este tiempo habia ido propagándose en medio de las persecuciones, que, léjos de debilitar las creencias, les daban mayor fuerza; tanto, que después de la feroz persecucion de Diocleciano, él solo ocupa casi toda la historia del siglo IV. Adoptado por Constantino, que cambió por este hecho el sistema político del mundo, atacado con habilidad y astucia por Juliano el Apóstata, defendido por Teodosio el Grande, á pesar de tantas vicisitudes, habia dado ya nacimiento á innumerables sectas. Mientras Apolinar decia que Jesucristo no era hombre, sino Dios, Arrio sostenia que era puramente hombre, Macedonio negaba la divinidad al Espíritu Santo, los pelagianos no querian admitir la necesidad de la gracia, los donatistas proclamaban que la eficacia de los sacramentos dependia de la fe con que eran administrados, los priscilianos mezclaban con las doctrinas del maniqueismo algunos sueños de los astrólogos y de los gnósticos; reuniéronse dos concilios ecuménicos ó generales, y para defender ó contradecir sus deliberaciones se escribieron en griego y en latin, en Roma y en las provincias del imperio, glosas, sermones, versos, invectivas, historias; brillando entre todos estos escritores S. Ambrosio, S. Jerónimo, y especialmente S. Agustin, de la iglesia latina; S. Atanasio, S. Cirilo, S. Basilio, S. Gregorio Nacianceno y S. Juan Crisóstomo, de la iglesia griega. Aproximábanse otros tiempos y otro órden de cosas, que debia originar la ruina completa del mundo antiguo. Constantino, fundando una nueva capital, dió el último golpe á la unidad del im-

perio, y Teodosio preparó el triunfo de los bárbaros, disponiendo del solio como de patrimonio suyo, y dividiéndolo entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, con los nombres de imperio de Oriente é imperio de Occidente.

III.

Aun estaban calientes las cenizas de Teodosio, que murió en 395, cuando los visigodos, á las órdenes de su jefe Alarico, invadieron las provincias europeas de Oriente, atraidos por el traidor Rufino. La batalla de Polencia en Liguria, ganada por Estilicon contra ellos, y las victorias que aquel ministro de Honorio obtuvo pocos años después sobre los suevos, que penetraron hasta Toscana, no pudieron salvar sino por poco tiempo un imperio que se desmoronaba; Honorio, que sucesivamente se habia casado con dos hijas de Estilicon, hizo dar muerte á su suegro, que dos veces habia libertado su trono; y no habia terminado el año 408 cuando el visigodo Alarico tenia puesto sitio á Roma. En el breve tiempo de doce meses sufrió esta ciudad tres sitios consecutivos, el último de los cuales tuvo por resultado la entrada de Alarico, primer jefe de los bárbaros, que habia penetrado en ella á mano armada, y primero de los muchos que en el curso de los tiempos habian de atraer sobre Roma la codicia del saqueo, la ambicion de gloria y el deseo de venganza.

Alarico se estableció en Italia; pero su dominacion fué corta, porque, cogiéndole la muerte en medio de los esfuerzos que hacia para afirmar su poder, le sucedió su hermano Ataulfo, el cual, habiendo tomado por mujer á Placidia, hermana de los emperadores, y convenido con ellos en ir á socorrer las Galias y la España, invadidas por los borgoñones, vándalos, alanos y francos, abandonó con sus visigodos las comarcas italianas, y marchó á otras tierras en busca de nuevos destinos; de donde se siguió que los vándalos perdiesen la Bética y se lanzaran sobre Africa, enseñoreándose de ella con su rey Genserico. Habia sucedido en este tiempo á Arcadio su hijo Teodosio, el cual, pensando poco en las cosas de Occidente, y aun entrando en pactos con los bárbaros, despertó la codicia de otras naciones, á quienes la facilidad de la conquista atrajo sobre las provincias occidentales. Los hunos, establecidos en la Panonia ó Hungría, y mezclados con otros pueblos, llamados zépidos, hérulos, turingios y ostrogodos ó godos orientales, se pusieron en movimiento en busca de nuevos países; y no pudiendo entrar en Francia, defendida por otros bárbaros, cayeron sobre Italia, á las órdenes de su rey Atila, á quien estaban subordinados Andarico, rey de los zépidos, y Velamiro, rey de los ostrogodos. Atila arrasó todo el país hasta el Po, dispersó á sus habitantes, y marchó en seguida contra Roma, ante cuyas puertas se detuvo por respeto al pontífice S. Leon, contentándose con un tributo que le pagó

el emperador Valentiniano, y retirándose después á Austria, donde murió.

Estas adversidades á que estaba sujeto el imperio occidental hacian que muchas veces los emperadores de Constantinopla concediesen á otros el mando de Occidente, como cosa llena de peligros y dispendiosa; y muchas veces tambien los romanos, viéndose abandonados, para defenderse se creaban un dueño, no siendo raras las ocasiones en que un hombre osado, favorecido por la fortuna, usurpaba el título imperial. Así sucedió á la muerte de Valentiniano, cuya mujer Eudoxia se vió obligada á casarse con el usurpador Máximo, asesino de su marido, no obstante la repugnancia que le inspiraba este enlace por no ser Máximo de sangre imperial. De aquí vinieron grandes desastres para los pueblos inocentes de Italia; porque, deseando Eudoxia vengarse de su nuevo esposo, llamó secretamente á Genserico, rey de los vándalos, mostrándole la facilidad con que podria apoderarse de Italia; y Genserico, estimulado por aquel cebo, se lanzó sobre la presa que se le ofrecia, cayó de improviso sobre Roma, la saqueó por espacio de catorce dias, destruyó una multitud de poblaciones italianas, y harto de sangre y cargado de botin, se volvió al Africa, llevándose cautivas á la Emperatriz y á sus hijas.

No habian transcurrido veinte años desde la invasion de Genserico, cuando una nueva irrupcion vino á asolar la Italia. Después de la muerte de varios emperadores, habia caido el imperio de Oriente en manos de Cenon, y el de Occidente en las de Oréstes y Augustulo, su hijo, los cuales se habian apoderado fraudulentamente del mando; y mientras procuraban sostenerse en él por la fuerza, los hérulos y tos turingios, que á la sazon ocupaban la Panonia, ligados entre sí y á las órdenes de Odoacro, su capitan, penetraron en Italia, dejando á los longobardos ó lombardos, pueblos tambien septentrionales, los países que ellos abandonaban.

Odoacro venció y mató á Oréstes cerca de Pavía, é hizo huir á Augustulo, después de cuya victoria, queriendo acabar de una vez con el imperio, le quitó hasta el título, y se hizo llamar rey de Roma, siendo entre los invasores que recorrian entonces el mundo, el primero que definitivamente y con ánimo deliberado se estableció en Italia; pues los demás, ó por temor de no poderla conservar, ó por otras razones, la habian abandonado después de saquearla y arrasarla, marchando á establecerse á otras tierras.

En estas circunstancias, poseyendo los ostrogodos la Mesia y la Panonia, los visigodos la Gascuña y la España, los francos y borgoñones la Galia, y los hérulos y turingios la Italia, Teodorico, nieto de Velamiro y rey de los ostrogodos, escribió al emperador Cenon que parecia á los suyos cosa injusta, siendo superiores en valor á los demás pueblos, serles inferiores en poder; y que, siendo imposible contenerlos dentro de los límites de la Panonia, le anunciaba su resolucion de tomar las armas, á fin de que adoptara sus disposiciones para cederles un país cualquiera donde pudiesen con mayor comodidad vivir. Cenon, en parte por miedo, y en parte por el deseo que tenia de arrojar de Italia á Odoacro, cedió á Teo-

dorico las provincias italianas; el cual, partiendo inmediatamente á tomar posesion de ellas, venció á Odoacro en Aquilega, y á su ejemplo, tomó el título de rey, poniendo su capital en Ravena, como sitio mas á propósito para poder acudir en caso necesario á la defensa de sus nuevos estados.

Se ha granjeado Teodorico alabanzas entre los historiadores por haber dado alguna tranquilidad á la Italia después de tantas agitaciones, y de trastornos tan violentos y deplorables como desde la época de Honorio habia sufrido. En efecto, los pueblos italianos en aquel período, no solo habian variado violentamente de gobierno, sino de leyes, de costumbres, de modo de vivir, de religion, de lengua, y hasta de nombres; habíanse arruinado muchas ciudades, como Aquileya, Populonia, Fiesole; se habian edificado otras nuevas, como Venecia, Siena, Ferrara, Aquila; y habian cobrado aumento algunas hasta entonces de poca nota como Florencia, Génova, Pisa, Milan, Nápoles y Bolonia; agregándose á esto la destruccion y reedificacion sucesiva de Roma y de otras muchas, y la variacion de nombre, no solo respecto de las provincias, sino tambien de los lagos, rios, montes, mares, y hasta de los hombres. Y si en medio de todo, los cristianos hubiesen estado unidos, el mal habria sido menor; pero, léjos de existir esta union, reinaba la discordia mas completa entre las sectas heréticas y ortodoxa, y aun entre las diversas iglesias; de modo que los hombres, abrumados de tantas miserias, carecian hasta de los consuelos de la religion, por no saber la mayor parte qué doctrinas seguir ni á qué dios encomendarse.

Así pues, Teodorico, con dar treinta y ocho años de paz á los pueblos, proteger las artes, organizar el gobierno á su manera, repartir las tierras entre sus vasallos, construir fortalezas en las fronteras y hacerse respetar en el exterior, hizo sentir á la Italia cuánto habia perdido con su muerte. Atalarico, su nieto y sucesor, murió tambien en breve, y quedando el reino en manos de su madre Amalasunta, fué esta asesinada por órden de su primo Teodato, á quien habia llamado para que la ayudase á gobernar sus pueblos. Este hecho, enajenando á Teodato la voluntad de los ostrogodos, dió á Justiniano la esperanza de echarlo de Italia, el cual envió á Belisario por capitan de aquella empresa. Belisario ocupó primero la Sicilia, desde allí pasó á Nápoles, y se apoderó de Roma y de la Toscana; visto lo cual por los ostrogodos, mataron á Teodato y nombraron en su lugar á Vitiges, que, despuésde varios combates, fué sitiado y hecho prisionero en Ravena. En estas circunstancias, destituido Belisario, los ostrogodos, cobrando ánimo, eligieron por rey á Ildovaldo, y muerto este, á Totila, el cual derrotó á las tropas de Justiniano, mandadas por generales inhábiles, y recobró la Toscana y Nápoles; pero Justiniano envió después por general de sus tropas al eunuco Narses, hombre muy experto en las cosas de la guerra, el cual venció, primero á Totila, y luego al nuevo rey Zeya, que con las reliquias de su ejército se habia refugiado en Pavia; con cuyas victorias se extinguió totalmente el nombre de los ostrogodos en Italia, á los sesenta años de la entrada de Teodorico.

Mas, tan luego como los pueblos italianos se vieron libres de los ostrogodos murió Justiniano, y su hijo Justino, destituyendo á Narses, envió en su lugar á Longínos, que dió al gobierno de Italia nueva forma, tomando el título de exarca y poniendo gobernadores en cada ciudad y territorio de importancia, á los cuales llamó duques; division que facilitó la ruina del país, y dió ocasion á que con mayor celeridad lo ocupasen los lombardos. Llamados estos por Narses, en venganza de los ultrajes recibidos, y guiados por su rey Albuino, hombre temerario y feroz, ocuparon en breve á Pavía, Milan, Verona, toda la Toscana y los países que hoy se llaman Romanía. Asesinado Albuino, los lombardos eligieron por rey á Clef, que continuó la conquista; pero habiendo muerto este tambien, escarmentados sus vasallos de las crueldades que los jefes hasta entonces habian cometido, no solo contra los vencidos, sino contra sus soldados mismos, no quisieron tener mas reyes, y en su lugar eligieron treinta duques; disposicion que les impidió ocupar toda la Italia, porque en breve cada duque se hizo independiente; é introduciéndose la discordia entre ellos, retardó primero el curso de sus victorias, y los arrojó por último del país.

Por aquel tiempo comenzaron los pontífices á adquirir grande autoridad en Italia, robusteciéndose su poder á medida que el de los emperadores se debilitaba, y entrando en tratos con los invasores, segun lo exigian la necesidad de los pueblos ó los intereses del pontificado. Ocupado este por Gregorio III, Aistolfo, jefe de los lombardos, se apoderó de Ravena, contra lo pactado con el Papa, el cual, no confiando ya en el emperador de Constantinopla, por ser débil, ni en la fe lombarda, que muchas veces habia sido quebrantada, acudió á Pepino, que, de señor de Austrasia, en Brabante, habia llegado á ser rey de Francia, no tanto por sus méritos, cuanto por los de Cárlos Martel, su padre, y Pepino, su abuelo. Los francos penetraron pues en Italia, vencieron á los lombardos, tomaron á Ravena, y sin la anuencia del Emperador, la cedieron al Papa, con todas las demás tierras dependientes del exarcato de Roma, mas las de Urbino y la Marca. Muerto Aistolfo, Desiderio, duque de Toscana, pretendiendo la supremacía entre los lombardos, se ligó con el Pontífice, el cual le ayudó á conseguirla; mas habiendo ocupado la silla pontificia Teodoro I, y puéstose en discordia con Desiderio, el duque toscano sitió al Papa en Roma, y el Papa hubo de acudir pidiendo auxilio á Carlo-Magno, sucesor de Pepino. Carlo-Magno atravesó entonces los Alpes, sitió á su vez á Desiderio en Pavía, lo envió prisionero á Francia con sus hijos, y pasó á visitar al Papa, el cual, agradecido, le dió el imperio de Occidente.

Queriendo el nuevo emperador reorganizar la Italia, permitió á los lombardos que viviesen en los países que entonces habitaban; dió el nombre de Romanía á toda la parte inmediata á sus territorios, y nombró á su hijo Pepino rey de Italia, cuya jurisdiccion se extendia hasta Benevento, dejando lo demás al emperador griego, con el cual habia entrado en pactos. Mudó pues en parte la Italia de forma y de organizacion, teniendo el Papa mas autoridad temporal, cambiándose

los nombres de duques, introducidos por Longínos, en los nombres francos de condes y marqueses; estableciéndose el régimen feudal y haciéndose aquellos títulos, de electivos, hereditarios. Un siglo tuvo el imperio la raza de Carlo-Magno, al cabo del cual, no solo lo perdió, pasando este á la casa de Alemania, sino que perdió tambien el reino de Italia; porque los lombardos, habiendo cobrado fuerzas, molestaban al Papa, á quien tampoco amaban demasiado los mismos romanos; y no sabiendo aquel adónde acudir en busca de proteccion, creó por necesidad rey de Italia á Berenguer, duque del Friul. Berenguer contuvo la invasion de los hunos, mientras Alberico, duque de Toscana, elegido capitan de los romanos, salvaba á Roma de los sarracenos, los cuales se establecieron después en el monte Gargano, desde cuyas fortalezas dominaban la Pulla y la Calabria, y amenazaban al resto de Italia. Así continuaron por muchos años los italianos, bajo el gobierno de tres sucesivos Berengueres, combatidos del lado de los Alpes por los hunos, y del lado de Nápoles por los musulmanes; en cuyo tiempo el Papa se vió en los mayores conflictos, no teniendo en quién apoyarse, por la desunion de los príncipes occidentales y la impotencia de los orientales. Los sarracenos destruyeron en aquella época la ciudad de Génova y asolaron las tierras inmediatas, dando así orígen á la grandeza de la ciudad toscana de Pisa, en la cual se refugiaron muchos de los genoveses expulsados de su patria. Por aquel tiempo el desórden habia llegado á su colmo en Italia; los reyes tiranizando á sus súbditos, los duques y marqueses imitando á los reyes, y Teodora y Marozia, cortesanas ambiciosas, capitaneando las facciones, llegando á disponer hasta de la silla de S. Pedro. El duque-marqués de Toscana, Guido, aspirando á dominar en Roma, tomó por esposa á Marozia, y unido á ella, apeló á todo género de violencias contra el papa Juan X, hasta el punto de encerrar á aquel pontífice en una prision y hacer asesinar á su hermano en su propia presencia. A la muerte de Guido contrajo Marozia nuevo matrimonio con Hugo, rey de Italia, que aspiraba á la corona imperial; pero Alberico, hijo de su primer matrimonio con el marqués de Camerino, la encerró con su hermano el papa Juan XI en el castillo de Sant Angelo. De esta manera acosaban á Italia las desgracias, sin dejarle apenas tiempo de respiro.

Los papas, que habian llamado al trono italiano á los príncipes del Friul, se cansaron presto de su tiranía; y habiendo sido nombrado emperador de Alemania Oton, hijo de Enrique y de Matilde de Sajonia, el pontífice Agapito le ofreció la corona. Los estados italianos se hallaban entonces organizados de este modo: Berenguer III y Alberto, su hijo, reinaban en Lombardía; la Toscana y la Romanía eran gobernadas por un ministro del emperador occidental; la Pulla y la Calabria obedecian, parte al emperador griego y parte á los sarracenos, y en Roma se creaban cada año dos cónsules con un prefecto, asistidos de un consejo de doce individuos, teniendo el Papa allí, como en toda Italia, mas ó menos autoridad, segun el favor de que gozaba con los emperadores ó potentados. Mar-

chó pues Oton á Italia, quitó el reino á los Berengueres, y restituyó sus dignidades al Pontífice. Uno de sus sucesores, llamado tambien Oton, y tercero de este nombre, restituyó en su silla al papa Gregorio V, expulsado por los romanos, el cual, para vengarse, les quitó la facultad de nombrar emperador, y se la concedió á seis príncipes de Alemania. Nicolás II, no menos resentido que su antecesor Gregorio V, les privó por su parte del derecho que tenian á contribuir á la eleccion de papa, y estableció que en adelante fuese esta hecha tan solo por los cardenales. A su muerte suscitóse un gran cisma en la Iglesia, porque el clero de Lombardía no quiso prestar obediencia á Alejandro II, elegido en Roma, y nombró en su lugar á Cadolo, de Parma. El emperador Enrique II, que odiaba el poder de los pontífices, intimó al papa Alejandro que renunciase al pontificado, y á los cardenales que creasen un nuevo papa aleman; Alejandro, en contestacion á esta exigencia, reunió un concilio en Roma, y declaró á Enrique destituido de la dignidad imperial; y como varios pueblos italianos apoyasen esta resolucion, y otros varios sostuviesen al Emperador, se originaron de aquí las facciones de los güelfos ó partidarios de la silla apostólica, y gibelinos ó defensores del imperio; facciones que por tan largo tiempo ensangrentaron la Italia, y muy especialmente la Toscana.

Era la Toscana por aquella época feudo del imperio, y á la muerte de la princesa Matilde, que en su testamento nombraba heredera de todos sus bienes á la Santa Sede, el emperador Enrique V pretendió esta sucesion. De aquí se originó una guerra entre el sacerdocio y el imperio, que duró hasta el concordato de Worms, y afligió sobremanera los países de Toscana, la cual por entonces se dividió en repúblicas, constituyéndose separadamente la de Florencia, Pisa, Siena y Pistoya.

IV.

Ya era muy entrado el siglo XIII, y aun no habian cesado los violentos furores que dividian entre sí desde un siglo antes á las principales familias de Toscana; enemistad que, habiendo principiado por rencillas particulares, llegó á tomar color político desde el momento en que cada partido procuró granjearse el apoyo de un auxiliar poderoso. Así es como penetraron en Florencia las facciones de los güelfos y gibelinos. Federico, emperador de Alemania, deseando afirmar su influjo en Toscana, favoreció á estos últimos, los cuales con su auxilio expulsaron á sus enemigos; pero en 1250, muerto el Emperador, se verificó una reconciliacion entre los dos partidos, y deseando todos dar una organizacion á su república, dividieron la poblacion en seis partes, nombrando para cada una de ellas dos ciudadanos que la gobernasen, á los cuales llamaron ancianos; y fuera

de este cuerpo, eligieron dos jueces, llamados, el uno capitan del pueblo y el otro *podesta*. Al mismo tiempo, para proveer á la defensa exterior, crearon veinte compañías, cada una con su bandera, entre las cuales distribuyeron la juventud en estado de llevar las armas, y con este órden fundaron en Florencia la libertad; de suerte que en breve llegó á ser aquella ciudad de las mas poderosas é importantes de Italia. Aunque las costumbres de la época se resentian de la ignorancia y de la falsa ciencia, no siendo mas puras y generosas las clases inferiores que las dominantes en palacios y castillos, todavía hubo comentadores italianos que se hicieron célebres dando á conocer las mejores obras que en medicina, en química, en farmacia, habian escrito los musulmanes. El florentino Brunetto Latini, uno de los maestros del Dante, escribió su manual general de estudios, titulado *Tesoro*, y la coleccion de preceptos morales llamada *Tesoretto;* el pintor Cimabue recibió en su taller la visita de Cárlos de Anjou, rey de Nápoles, mientras los florentinos, con gran pompa y al son de instrumentos de música, se disponian á llevar su cuadro de la Vírgen á la iglesia de Santa María la Nueva, y Leonardo de Pisa fué el primero que inició á los cristianos en los conocimientos algebráicos.

Entre tanto los disturbios continuaban, y las diversas repúblicas de Toscana, algunas veces amigas, con frecuencia se combatian, ostentando pretensiones rivales. Así en las guerras que los genoveses sostuvieron con los de Pisa, Florencia se declaró por los primeros, y en 1243 una liga formada con Génova y Luca puso en peligro la existencia de los pisanos.

Los gibelinos de Florencia, no contentos con la parte que tenian en el gobierno del Estado, y aspirando á dominarlo por completo, entablaron negociaciones secretas con Manfredo, rey de Nápoles, el cual, habiéndoles enviado tropas auxiliares, se posesionó del territorio y lo mantuvo en su obediencia por diez años, expulsando de él á los güelfos; pero en 1266, cuando el papa Clemente, deseando librarse de la tiranía de Manfredo, llamó á Cárlos de Anjou, ofreciéndole aquel reino; como en la guerra que siguió, los güelfos de Florencia, unidos al Papa, recobrasen fuerza y aliento, los gibelinos juzgaron necesario atraerse con algun beneficio el afecto del pueblo, y devolverle, por tanto, parte de aquellos honores y autoridad que, apoyados de Manfredo, le habian quitado. Dividieron pues á Florencia en gremios, y á cada gremio dieron un magistrado que administrase justicia á los suyos. Fueron al principio estos gremios doce, siete mayores y cinco menores, y luego se aumentaron los menores hasta catorce, viniendo á componer el número de veinte y uno.

Pero en estas circunstancias, queriendo los gibelinos imponer una contribucion para pagar los soldados de Nápoles, y no prestándose el pueblo á satisfacerla, trataron de retirarle las concesiones hechas, de donde resultó gran tumulto y refriega, que vino á parar en la expulsion de los gibelinos. Dueño luego Cárlos de Anjou del reino de Nápoles, el Papa lo nombró vicario de la Toscana, con el intento de conservarla á su devocion, dominada por los güelfos; lo cual no fué obs-

táculo para que su sucesor Gregorio X excomulgase á Florencia por no querer admitir en su seno á los gibelinos y reconciliarse de nuevo con ellos, como aquel pontífice pretendia: cosa que se efectuó después en tiempo de Nicolás V sin necesidad de excomuniones.

En tales alternativas vivieron los habitantes de Toscana, y especialmente los de Florencia, hasta últimos del siglo XIII. En aquella época las guerras exteriores y la paz interior habian extinguido los partidos güelfo y gibelino, confundiendo en gran parte los intereses; y como si los ciudadanos no pudiesen vivir sin discordias, comenzó á suscitarse la enemistad entre los nobles y los plebeyos, queriendo estos que por todos se respetasen y obedeciesen las leyes, y no prestándose aquellos á respetarlas y obedecerlas en todos los casos, como era justo. Por tanto, los magistrados de los gremios, deseando remediar estos males, acordaron nombrar un alférez mayor de la ciudad, elegido entre el pueblo, que tuviera á sus órdenes mil hombres, divididos en veinte compañías, con las cuales pudiese acudir á sostener las leyes cuando por ellos ó por el capitan del pueblo fuese llamado. De esta manera se sobrepuso en Florencia el pueblo á la nobleza, y aquella fué la época mas feliz que gozó la ciudad; la cual, además de las grandes riquezas que reunia en su seno, podia poner treinta mil hombres sobre las armas con solo la poblacion que tenia dentro de sus muros, y otros treinta mil con los habitantes del territorio, obedeciéndola, por otra parte, como amigas ó como tributarias, las demás ciudades de Toscana. Con tal poder y fuerza nada tenia que temer de los extranjeros; pero el daño que estos no pudieron hacerla, se lo hicieron en breve sus disensiones interiores, promovidas por las facciones llamadas de los Negros y de los Blancos.

El hijo de una familia rica de Pistoya, jugando con otro perteneciente á una poderosa familia de Florencia, le hirió levemente, y habiendo ido á pedir perdon del hecho al padre del herido, este le hizo cortar la mano por sus criados. La familia del mutilado tomó las armas para vengar su agravio, y por llamarse Blanca la mujer del jefe, sus partidarios tomaron el nombre de Blancos, lo cual hizo naturalmente á sus enemigos adoptar el de Negros. Estas dos facciones rivales llenaron de luto á Florencia por espacio de muchos años, renovando el encarnizamiento de los güelfos y gibelinos, á pesar de los esfuerzos del Papa y de sus legados, hasta que el temor de verse dominados por Castruccio Castracani, señor de Pisa y Luca, hombre feroz y afortunado, que se habia puesto á la cabeza de los gibelinos de Toscana, introdujo algun espíritu de union entre los florentinos. Pidieron estos auxilio al hijo de Roberto de Nápoles, el cual les envió un refuerzo de 2,000 caballos; pero no habrian podido librarse de la tiranía de Castruccio, si este, en medio de triunfos, no hubiera muerto. La muerte del príncipe napolitano emancipó al mismo tiempo á los de Florencia del dueño que habian elegido por librarse del que les amenazaba.

Pero sobreviniendo luego nuevas discordias, Gauthier de Brecia, duque de

Aténas, se aprovechó de ellas para obtener el título de capitan del pueblo, y después el de señor por toda su vida, viniendo á caer los florentinos de este modo en poder del mas cruel y mas avaro de los tiranos. Afortunadamente su mando no duró mas que un año; porque, cansado el pueblo de su dominacion, tomó las armas y lo arrojó de la ciudad, recobrando por este hecho el partido popular su antiguo ascendiente.

Fué el siglo XIV, á que pertenecen estos sucesos, un siglo de controversias religiosas, de no pocas persecuciones del mismo género, y de lustre para la Toscana por los escritores artísticos que florecieron en ella. La ignorancia y la superstición dominaban, sin embargo, demasiado los ánimos de la generalidad. En aquel siglo se prohibieron expresamente los estudios anatómicos; entonces fué cuando unos monjes griegos, creyendo en sus meditaciones verse rodeados de una aureola luciente, promovieron la reunion de cinco concilios en su país, los cuales declararon que aquella luz era la misma que rodeaba á Jesus en el monte Tabor; entonces, mientras los frailes se dividian en disputas sobre el color, la forma y la materia de sus hábitos, mezclándose los papas en estas miserables contiendas, y haciendo quemar á los que se rebelaban contra sus voluntades, los turcos conquistaban las provincias griegas del Asia; entonces fué entregado á las llamas en Florencia el poeta Cecco de Ascoli por las herejías que se le atribuian en su obra titulada *Sesta Rima*, miscelánea de física, historia natural, filosofía moral y visiones astrológicas; entonces, en cambio, apareció la *Imitacion de Jesucristo*, atribuida á Kempis, consuelo de las almas sensibles y religiosas, y entonces florecieron Dante, cuya *Divina Comedia* es el monumento mas antiguo de que con razon se envanece la literatura italiana; Malaspina, el primero de los historiadores de Florencia, cuya narracion continuó después Dino Compagni; los tres Villani, honor de la Toscana; Petrarca, que contribuyó á resucitar en Europa la literatura clásica, sepultada hacia mil años; Bocacio, cuyo *Decameron*, que se resiente de las costumbres poco severas de su época, nos describe con tan vivos colores la peste de Florencia en 1348; el arquitecto Giotto, discípulo de Cimabue, y mas célebre como pintor; el hábil escultor Juan de Pisa, el pintor Juan de Siena, y otros muchos.

A principios del siglo XV los florentinos, después de haber sostenido una larga guerra con el duque de Milan, Juan Galeazo, que terminó en la muerte de este, acometieron á Pisa y se apoderaron de ella. Pocos años después una nueva guerra con el rey de Nápoles les dió la posesion de Cortona, y á la muerte de este dominaban sobre los territorios citados y los de Arezzo, Liorna y Monte Pulciano: poder inmenso si se considera que pocos años gozaba Florencia de completa calma, y cuán raro era no verla ocupada en guerras exteriores ó lacerada por discordias intestinas.

Por aquel tiempo empezó á ejercer influencia en la suerte de la Toscana la familia de los Médicis. Era Juan de Médicis ciudadano particular de Florencia, virtuoso y acaudalado, tan caritativo y afable, que mereció el título de padre de los

pobres. No solamente daba limosna á todo el que se la pedia, sino que buscaba él mismo á los necesitados para socorrerlos; amaba y elogiaba á los buenos, y se compadecia de los malos; ajeno á toda clase de intrigas, siempre procuró el aumento de la república; y así, aunque jamás solicitó honores, los obtuvo todos. A su muerte, en 1429, pasaron sus cuantiosos bienes á su hijo Cosme, el cual acrecentó por su parte, no solo las riquezas que su padre le habia dejado, sino la fama y gloria de su familia, mostrándose en sus virtudes y liberalidades digno sucesor de aquel. No se vió, sin embargo, como su padre, exento de enemigos; pero su partido, siendo numeroso, logró siempre restablecer su influencia cuando por algun accidente se perdia. Sus sucesores, Pedro, Julian y Lorenzo, llamado el Magnífico, procuraron calmar las agitaciones de Florencia para hacerle gustar los frutos de la libertad, del culto de las leyes, de la industria y de las letras. En el tiempo de la influencia de esta familia florecieron en Toscana grandes artistas y maestros, y el arquitecto Brunelleschi fomentó el estudio de los monumentos antiguos de Roma, dió el plan de construccion de Santa María de las Flores y del palacio de Pitti en Florencia, y dirigió la de la ciudadela de Milan y los diques de Mantua. En la misma época la Italia dió asilo á los fugitivos de Constantinopla, tomada por los turcos, y así penetraron en aquel país los monumentos de la antigua literatura griega. Los Calcondylos, los Lascaris, Juan Andrónico y Teodoro Gaza, de Tesalónica; Juan Argiropoulos de Constantinopla, revelaron á sus discípulos de Milan, Florencia y Roma los autores clásicos de la antigüedad, y encontraron solícitos é ilustrados protectores en Cosme y Lorenzo de Médicis, á quienes Florencia debió además su Academia y su preciosa biblioteca. Marcelo Ficino, platónico griego, enseñó su doctrina en aquella ciudad, y Francisco Filelfo en Bolonia y en Siena se dió á conocer como un brillante profesor de filosofía.

Por lo demás, no siempre la familia de Médicis logró su deseo de ver á Florencia en paz, y aun varios de sus miembros hubieron de ser víctimas de las discordias intestinas y de las enemistades suscitadas por enemigos exteriores. El papa Sixto IV, unido á la familia de los Pazzi, poderosa tambien, urdió contra ellos una conjuracion, que dió por resultado el asesinato de Julian de Médicis en una iglesia; y su hermano Lorenzo, expulsado de Florencia, tuvo que sostener una guerra contra la Santa Sede. En tiempo del sucesor de Sixto IV, Alejandro VI, que espantó á la Iglesia y al mundo con la audacia inaudita de sus crímenes, fueron los Médicis expulsados de nuevo de la ciudad á consecuencia de las predicaciones del fraile dominico Jerónimo Savonarola, enviado expresamente para este objeto por el Papa, el cual, á pesar de este servicio, lo sacrificó después, haciéndole perecer en la hoguera.

Al tomar posesion de la silla pontificia Julio II, restableció en Florencia el influjo de aquella familia, la cual lo ejerció de un modo ya mas absoluto por medio de Julian y Lorenzo, segundos de su nombre. Este último dejó un hijo natural llamado Alejandro, que sucedió á su madre, y mantuvo vacilante su poder desde



[illegible] falta [illegible] á todo el [illegible] la pérdida, [illegible] á los [illegible]; [illegible] de los males; [illegible] de intrigas, [illegible] de la república; y [illegible] 1429, [illegible] á su hijo Cosme, el cual [illegible] por su parte, no solo [illegible] [illegible] Bruni [illegible] Florencia [illegible]

[illegible] de Florencia [illegible] como un hábil [illegible] de Florencia.

[illegible]

[illegible] de la [illegible] Florencia [illegible]

C. Legrand dibº, litº

Lit. de J. Donon, Madrid.

MARIA ANTONIETA ANA



GRAN DUQUESA DE TOSCANA.

el año de 1519 hasta el de 1527, en que él y sus partidarios fueron otra vez expulsados. Era entonces la Italia teatro de las sangrientas luchas entre Cárlos V y Francisco I de Francia; y habiéndose acogido Alejandro al amparo de Cárlos, puso este sitio á Florencia. Los florentinos defendieron su libertad y sus hogares con valor por espacio de un año; pero al cabo de este tiempo hubieron de ceder y admitir dentro de sus muros, con el título de duque, al mismo que habian expulsado cuatro años antes. De esta manera, un hijo de la misma familia que tanto habia contribuido á la gloria y á la libertad de su patria, vino á ser el que dió el golpe de gracia á las instituciones que por tanto tiempo la habian gobernado.

Fué el siglo XVI para la Italia, y en especial para la Toscana, un siglo de desastres y desventura. En medio de la guerra asoladora, cuyos desmanes tuvo en gran parte que sufrir, desgarraron tambien su seno las contiendas religiosas. El gasto que exigia la construccion de la iglesia de San Pedro en Roma hizo que el papa Leon X, gran fomentador de las artes y de las letras, pensase en obtener recursos por medio de la venta de las indulgencias; y oponiéndose á este comercio un fraile aleman, llamado Lutero, se encendieron las disputas, viniéndose á tratar puntos de dogma ajenos á la primitiva cuestion. Este fué el principio de una revolucion en la cristiandad, de cuyos males tocó no pequeña parte á la agitada Italia.

No obstante, la Toscana recobró por este tiempo su unidad, y después de la muerte de Alejandro y de su sucesor Cosme, se constituyó bajo el título de gran ducado que hoy tiene, y bajo el dominio de FRANCISCO MARÍA DE MEDICIS.

V.

Por todo el siglo XVII y hasta principios del XVIII estuvo la dinastía de los Médicis gobernando á Toscana, aunque siempre como feudo del imperio; su dominacion enervó la actividad y energía de aquellos pueblos, sin darles, por otra parte, la ventaja que pudieran haber sacado de la unidad. Sin embargo, el genio de los toscanos no dejó de producir algunos frutos. Galileo, natural de Pisa, se atrevió á desarrollar y confirmar con nuevos experimentos las doctrinas de Copérnico; Toricelli, su discípulo, inventó el barómetro; el papa Urbano VIII, toscano tambien, de la familia de los Barberini, cultivó y protegió las letras; y el cardenal Leopoldo de Médicis fundó en 1657 en Florencia la academia llamada del Cimento, que, protegida por él, contribuyó en gran manera al desarrollo de las ciencias naturales.

A la muerte de Juan Gaston de Médicis, ocurrida en 1723, no habiendo heredero directo al trono de Toscana, vino el gran ducado á poder de la dinastía de Austria Lorena, actualmente reinante. Francisco de Lorena, marido de la empe-

ratriz María Teresa, fué el primer gran duque de esta dinastía, el cual tomó posesion del país como feudo del imperio; pero solo lo visitó una vez con su esposa, deteniéndose un mes en Florencia, Pisa, Liorna y Siena. Sin embargo, no descuidó tanto la administracion de sus pueblos, que no tratase de corregir los diferentes abusos que durante la dinastía anterior se habian introducido. A él debe la Toscana la desvinculacion de las propiedades, la extirpacion de los últimos restos del feudalismo y la reorganizacion de la administracion. Es verdad que concentró en sus manos la potestad legislativa, la judicial y la eleccion de los empleos; pero Leopoldo I, que le sucedió en 1765, conociendo que ni el bien de los pueblos, ni la gloria de los príncipes, consistian en poner obstáculos á la libertad por medio de numerosos cuerpos de tropa y policía, modificó cuanto en esta parte creyó desacertado, con lo cual adquirió una gloria imperecedera, que refleja todavía sobre sus sucesores. Leopoldo, en efecto, reformó la legislacion, publicó una nueva ley de procedimientos, encomendó á distinguidos jurisconsultos la redaccion de un código, y abolió la pena de muerte, los privilegios personales, el tormento, la confiscacion de bienes, las delaciones secretas y la condena en rebeldía; disponiendo al mismo tiempo que del fondo de multas se destinara una cantidad para indemnizar á los que injustamente fueran presos. En materias económicas hizo reformas igualmente importantes: desde luego proclamó la libertad comercial, sustituyendo á las trabas y gabelas que oprimian á la industria un impuesto único, y facilitando el tráfico por medio de nuevos caminos y canales. Como consecuencia de estas medidas abolió los gremios, los servicios corporales y los privilegios exclusivos; repartió á censo enfitéutico las propiedades comunes; y tanto hizo prosperar al país, que, no solo llenó el vacío que al principio dejó en el tesoro la supresion de tantas rentas, sino que obtuvo un sobrante, que le permitió reducir la deuda pública, de 340 millones de reales, á 96.

No contento con esto, y con gastar todas sus rentas particulares en hermosear la capital y sitios reales, adoptó el sistema de publicidad en materias de hacienda, dando cuenta de sus actos en un libro titulado: *Gobierno de la Toscana bajo el reinado de Pedro Leopoldo;* y pensó en dar á su pueblo una constitucion bastante amplia, de la cual se hizo un experimento en 1777.

Entre tanto suprimió el Gran Duque la inmunidad de los bienes eclesiásticos, disolvió 2,500 cofradías que habia en Toscana, y muchos conventos de frailes, suspendió la admision de monjas en los conventos, mandó que no se diesen curatos sino por oposicion, y redujo el fuero clerical á las causas puramente eclesiásticas. Habíale sugerido estas medidas el obispo de Pistoya, Escipion Ricci, el cual, para llevar adelante su plan de reforma eclesiástica, convocó un sínodo en Pistoya, en que se adoptaron las cuatro proposiciones de la iglesia galicana, y se hicieron una multitud de declaraciones contrarias á las pretensiones de la Santa Sede y tambien al espíritu que dominaba en la parte mas numerosa y menos instruida de la poblacion. Así es que Ricci, después de haber tenido que renunciar

su mitra á consecuencia de la conmocion popular y de la oposicion que encontró en varios cabildos, se vió obligado á desdecirse cuando el Papa condenó como heréticas, cismáticas, calumniadoras y maliciosas gran parte de las proposiciones del sínodo.

De esta manera gobernó Leopoldo sus pueblos hasta el año de 1790, haciéndolos tan felices, que por muy rara casualidad se veia á un toscano establecerse fuera de su patria. La Toscana adquirió en aquella época gloria, poder, riqueza, ilustracion, costumbres suaves y civilizadas; y habria llegado á un grado de esplendor incalculable si las vicisitudes de los tiempos no hubieran detenido el curso rápido de su prosperidad y de su gloria.

Muerto Leopoldo I en 1790, le sucedió Fernando III, su hijo, el cual siguió la senda que por su padre se encontró trazada, siendo un príncipe humano, benéfico, popular, amigo de las artes, de las letras y de las ciencias, enemigo de la ostentacion y dechado de domésticas virtudes. A su advenimiento al trono acababa de estallar la revolucion francesa; pero, como hecha en nombre de reformas que en gran parte se habian verificado ya en Toscana, tuvo por entonces poca influencia en aquel país, hasta que, invadida la Italia por Napoleon, hubo de variar su suerte. Napoleon brindó á los italianos el brebaje infecto del despotismo en la copa brillante de la unidad y de la libertad, y los que, fiados en sus promesas, se apresuraron á unirse á sus banderas, probaron en breve un amargo desengaño. Las repúblicas Cisalpina, Liguriana, Partenopea, se convirtieron pronto en provincias francesas, en reino de Nápoles, en reino de Italia; en vano el gran duque de Toscana quiso mantenerse neutral, á fin de salvar á sus pueblos de la invasion y de la rapiña: Napoleon la trató como conquistada; Fernando III se vió obligado á huir, y el déspota organizó, desorganizó y tornó á organizar el país segun cuadraba á sus ambiciosos designios, ó quizá tambien á sus veleidosos caprichos. Así se vió la Toscana convertida primero en reino, bajo el pomposo nombre de Etruria, y dada al infante Luis, de la rama española, otra de las víctimas de la perfidia de Bonaparte; así, al cabo de seis años, fué quitada al infante español y reunida al imperio, para ser dos años mas tarde entregada como en dote á Elisa Bonaparte, con el título de gran ducado.

Durante este período el país se empobreció, no bastando nada para saciar la codicia del vencedor y de sus satélites. Pero en 1814 tornó á ver mejores dias, siendo restaurado Fernando III en el trono; el cual, á ejemplo de los demás príncipes restaurados, restableció las cosas en el ser y estado que tenian antes de la invasion francesa; disposicion que, si para otros países fué poco cuerda, y para muchos tiránica, tratándose de la Toscana no se puede tachar de retrógrada, pues que el estado de cosas que se restablecia era el que consignaban las leyes llamadas *leopoldinas*, dadas por Leopoldo I.

Desde 1814 hasta 1824, salvo el corto período de agitacion en que Murat, traidor primero á Napoleon, fué después traidor á las potencias aliadas, ocupando

á Roma, y entrando luego en Módena, cuando su cuñado se fugó de la isla de Elba, Fernando III de Toscana gobernó en paz su gran ducado, sin temor de agitaciones ni sublevaciones, sin deseo de hacer sentir el peso de su cetro, sin que lograse conmover su trono en lo mas mínimo la revolucion de España, que tanta influencia tuvo en algunos países de Italia. A su muerte, en 1824, ciñó la corona el gran duque actual Leopoldo II, que á la sazon tenia 23 años. Este príncipe se manifestó desde luego dispuesto á continuar la política liberal y tradicional de su familia; y sus disposiciones de carácter, su dulzura y amabilidad le granjearon el afecto de los toscanos; así fué que cuando en 1831 la Italia se conmovió al sentir el impulso de la revolucion francesa de 1830, el golpe, poderoso en Lombardía y en los estados pontificios, vino á morir humilde á orillas del Arno.

En 1847, cuando la Italia parecia dispuesta á una trasformacion feliz, y cuando Pio IX iniciaba las reformas desde la silla de San Pedro, Leopoldo II fué, entre los príncipes italianos, el primero que se preparó á seguir el camino abierto por el jefe de la Iglesia; y proclamando la libertad de imprenta, fijó en una ley liberal las bases del ejercicio de este derecho. Dado este gran paso, siguió adelante, estableciendo la milicia nacional, preparando un código penal en armonía con las necesidades de la época, y proponiéndose verificar una reforma mas liberal de la instruccion pública. Un año después el eco de la revolucion de Francia se hizo sentir en Liorna, y Leopoldo, no solo se apresuró á conceder una representacion nacional con dos cámaras, sino que, habiendo sido arrojados los austriacos de Milan, y resonando en todas partes el grito de independencia italiana, publicó en marzo de 1848 una proclama excitando á sus pueblos á no permanecer en un ocio vergonzoso mientras se decidia tan santa causa, y á volar al socorro de sus hermanos lombardos.

Al año inmediato de 1849 las fuerzas austriacas habian ya recobrado en parte su ascendiente; sin embargo, al abrir Leopoldo II las cámaras se declaró de nuevo dispuesto á la guerra con Austria, y consintió en que se tratase de enviar representantes á la asamblea Constituyente italiana, convocada en Roma á consecuencia de la fuga del Papa.

Pero Pio IX desde Gaeta fulminó sus armas espirituales contra los que tomaran parte en la Constituyente, ó de cualquier modo coadyuvasen á que se reuniera; y entonces Leopoldo, el 5 de febrero, se retiró de su país, dejando el poder en manos de un ministerio, compuesto de Guerrazzi, Montanelli y Mazzoni. Guerrazzi, hombre ilustrado é influyente, manejó con habilidad y firmeza los negocios á fin de evitar la union de la Toscana á la república proclamada en Roma; esta, sin embargo, llegó á resolverse, aunque no á verificarse, porque mientras Roma era combatida por un ejército francés y los austriacos vencian en Novara, una insurreccion popular hizo restablecer en Toscana el trono de Leopoldo. No impidió este acontecimiento que los austriacos entraran en Florencia, y que poco después se hiciese un tratado (22 de abril de 1850), por el cual se obligó al pueblo

por tiempo indefinido á mantener diez mil hombres de tropas austriacas de guarnicion en su territorio. Por aquel tiempo hizo Leopoldo un viaje á Viena, y á su vuelta desaparecieron el estatuto constitucional, la guardia cívica, la libertad de imprenta. Ya Guerrazzi y varios otros acusados estaban reducidos á prision, y en ella han gemido mientras se sustanciaba la causa, hasta el año de 1853, en que escribimos. El tribunal ha condenado á Guerrazzi á quince años de presidio, y á los demás á penas análogas, aunque menores.

El actual soberano de Toscana ha visto aumentado su territorio con el de Luca, que pasó á incorporarse á sus dominios en 1847, por abdicacion de su príncipe Cárlos Luis.

Leopoldo II, gran duque de Toscana, príncipe imperial de Austria, príncipe real de Hungría y de Bohemia, tiene hoy 56 años de edad. Viudo, en 24 de marzo de 1832, de María Ana Carolina, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia, casó en segundas nupcias en 7 de junio de 1833 con María Antonia, hermana del rey de las Dos Sicilias, princesa ilustre y virtuosa, que cuenta hoy 39 años de edad. Del primer matrimonio tiene á Augusta Fernanda Luisa, esposa hoy del príncipe Leopoldo de Baviera, y del segundo cuenta cinco hijos, tres varones y dos hembras. La primogénita de estas, María Isabel, casó en 1850 con el conde de Trápani. El príncipe heredero de Toscana ha cumplido ahora los 18 años; se llama Fernando Salvador María Jose, y revela ya altas prendas morales, que realzan mucho su posicion elevada y que inspiran para el porvenir las mas risueñas esperanzas. Pero bástales á los toscanos el presente para ser felices.

A las ventajas de un gobierno paternal como el del Gran Duque, reune Toscana otras no menos estimables, de que es deudora al cielo. País de limitada extension, pues su superficie no pasa de 396 leguas cuadradas, y de poblacion reducida, pues apenas llega á 1.300,000 habitantes, no excita la codicia de sus vecinos ni la ambicion de las naciones poderosas. Su clima es tan delicioso como el del paraíso de nuestros primeros padres; el invierno es allí tan suave como el carácter de su monarca, y el aire que se respira es en extremo saludable. Los célebres Apeninos atraviesan en varias direcciones la Toscana, así como un gran número de canales y de rios, de los cuales son los principales el Tíber, el Arno, el Ombrono y la Serchia. Las producciones del reino mineral consisten en cobre, mármol, alabastro, plomo, mercurio, hierro, granito, cal y yeso. Su suelo es de una gran fertilidad, y produce cereales y vinos excelentes, criándose hermosos caballos y ganado de todas especies. La cria de la seda se practica allí con un éxito brillante, y la industria y el comercio, bastante florecientes, encuentran alimento á su actividad en la sedería, las fábricas de papel, los terciopelos, las flores artificiales y los sombreros de paja.

Llama generalmente la atencion del viajero la elevada estatura de los toscanos, cuyas formas, á veces hercúleas, presentan un notable contraste con la dulzura de sus costumbres, la finura de sus maneras y la noble franqueza de su carácter.

Particularmente las mujeres toscanas son, en su mayor parte, tipos perfectos de belleza y cautivan pronto el corazon del extranjero, que, despues de tratarlas algun tiempo, no sabe si enamorarse mas de la belleza de su alma que de la de su cuerpo : tan buenas y virtuosas son en su mayoría. Añadamos, para concluir, á todos estos encantos los de la pronunciacion y los del idioma, pues Toscana es sin disputa el país de Italia donde se habla con mas pureza la lengua del Dante y del Petrarca. Florencia es la capital del gran ducado y la residencia del Gran Duque. Su poblacion es de 80,000 almas. Silla arzobispal, posee además esta ciudad, famosa en la historia de las artes, una universidad, tres academias, ricas bibliotecas, una ciudadela, palacios magníficos, entre otros el *Palacio Vechio*, antigua morada de sus soberanos; y el *Palacio Pitti*, habitado hoy por el Gran Duque, y donde admira el observador la galería llamada *de Florencia*, que tiene cuatrocientos piés de longitud y encierra en su seno los cuadros y las esculturas mas preciosas y estimadas. La *biblioteca de los Médicis* es tambien bellísima bajo el aspecto artístico, así como la catedral. Florencia cuenta en su recinto grandes manufacturas de seda, de tafetan, de saten, de damasco; fábricas de tabaco, de porcelana y de sombreros de paja.

El carácter verdaderamente paternal del gran duque Leopoldo, su amor inextinguible y ardiente á la justicia, su espíritu sinceramente liberal, y el cariño con que siempre ha tratado á sus pueblos, nos hacen esperar con confianza que, calmadas un tanto las pasiones, se dejará llevar una vez mas de los sentimientos de su corazon noble y generoso, y rompiendo con valor patriótico los lazos políticos que hoy ligan su voluntad, devolverá á su pueblo las instituciones que en el siglo XIX no pueden negarse á ninguno que tenga la conciencia de su dignidad y el convencimiento de su valer como país civilizado. El pueblo toscano, por su índole, por sus costumbres y por su ilustracion, se ha mostrado al nivel de los mas dignos y de los mas cultos. Leopoldo II así lo reconoce y lo proclama; dé un paso mas en esa senda, de que le separan los enemigos de la libertad de Europa y del mundo; y fundando de este modo un poder sólido y duradero, la historia, siempre imparcial, le hará justicia, y la posteridad bendecirá, reconocida, la época de su mando paternal y benéfico.

Madrid, agosto de 1853.

Francisco de Paula Madrazo.

10

Valdivieso lit.º

Lit de Martinez, Madrid

SULTAN ABDUL-MECHID  Y EMPERADOR DE LOS OTOMANOS.





TURQUIA.

ABDUL-MECHID, ó MEDJID.

I.



La inmensa porcion de terreno que conocemos hoy con el nombre de Turquía, y cuya historia no empieza á ser verdadera hasta el siglo XIV, se halla repartida entre la Europa, el Asia y el Africa. La parte de Europa lleva el nombre de Turquía europea, la de Asia el de Turquía asiática, y la de Africa comprende el Egipto y los estados berberiscos, que solo nominalmente dependen del emperador de Turquía ó emperador de los otomanos, nombre que han adoptado los sucesores del conquistador Othman, fundador de este estado.

Muchas de las diversas fracciones que hoy constituyen el imperio otomano formaban por sí solas en la antigüedad reinos distintos é independientes, célebres todos ellos en la historia, y teatro de importantísimos acontecimientos. La Dacia, hoy parte de la Hungría, de la Transilvania, de la Valaquia y de la Moldavia, que, después de quince años de heróica resistencia, tuvo al fin que rendirse al emperador Trajano en el año 103 de la era vulgar, y que fué la primera provincia del bajo imperio que invadieron los bárbaros; la Mesia, que comprende hoy la Servia y la Bulgaria, invadida por primera vez por Curion, contemporáneo de Ciceron, y sometida al fin por el mismo Trajano, que la unió á la Dacia por medio de un puente sobre el Danubio, el cual destruyó su sucesor Adriano por envidia; la Tracia, hoy la Romelia ó Rumanía; la Macedonia, que, después de haber contado en el número de sus reyes á Alejandro y Filipo, perdió su libertad y su independencia en la batalla de Pydna, en la cual Perseo, hijo de Filipo IV y descendiente de Antígono, general de Alejandro, fué vencido y hecho prisionero por Paulo Emilio; la Iliria, que dió su nombre á todas las provincias romanas situadas al lado de oriente, y que, sometida por Augusto, fué en el siglo VI la puerta por donde invadieron el imperio las colonias eslavas, que mas tarde fundaron los reinos de Dalmacia y de Croacia; el Epiro ú Osiria, en cuyos catorce cantones créese que habitaron primitivamente los molosos, y que, después de la muerte de Alejandro II, su último rey, hijo del célebre Pirro, fué ocupado por los romanos, y desde el siglo XV pertenece á los turcos, quienes han formado de su territorio los distritos de Chimara ó Canina y de Arta, en la Albania; la Tesalia, hoy la Tiscala, una de las provincias que en el siglo XI formaban el imperio de los búlgaros; la Grecia, en fin, que, después de haber ensayado en sus distintas ciudades todas las clases de gobierno, fué subyugada por las armas romanas, y sometida después á la tiranía de los turcos, que la gobernaron despóticamente, hasta que en nuestros mismos dias la hemos visto sacudir el yugo de sus opresores, ayudada por otros opresores de nueva especie, que le han concedido una independencia y una dinastía puramente nominales. Es imposible encontrar otro país tan rico en recuerdos; y sin embargo, su historia data de ayer, su nacionalidad es muy reciente, y aunque la mayor parte de las provincias que acabamos de mencionar dan separadamente y cada una de por sí materia abundante de estudio al historiador y al filósofo, aunque han sido teatro de acontecimientos que han hecho cambiar la faz del mundo, como cuerpo y parte del imperio otomano cuentan una historia de cuatro siglos solamente. Verdad es que esta historia, aunque tan reciente, es acaso la mas variada y la que mas episodios puede suministrar á un escritor profundo y reflexivo. Hasta el siglo XIV habíanse contentado los otomanos con ser señores independientes de algunos territorios aislados, y su existencia en el mundo político inspiraba pocos cuidados á las potencias que les rodeaban. Todo el objeto que llamaba la atencion de los príncipes que armaron las cruzadas y de los políticos que las dirigian, era la conquista del Santo Sepulcro, presa de los sarracenos, y

contra estos era contra quienes iban encaminados sus esfuerzos. Ocho expediciones de este género habian salido ya de Europa, y todavía la Tierra Santa permanecia en poder de los infieles; aunque parte de ella habia sido subyugada en varias ocasiones y por distintos capitanes, habia vuelto de nuevo á caer en su cautiverio, y el hecho es que en 1291 toda la Palestina habia sido definitivamente perdida para los cristianos. Ocho años después vemos á Othman declararse independiente del Sultan, á quien servia como emir, y á los pocos años ya mandaba como rey absoluto sobre multitud de jefes poco antes compañeros suyos. Revestido una vez del poder supremo, procura cada dia ensanchar el círculo de sus dominios, y este sistema, trasmitido á sus descendientes y continuado por ellos, tanto por cálculo político como por fanastimo religioso, es la base principal del imperio de los turcos. Los súbditos de Othman se habian hecho musulmanes por su trato continuo con los sarracenos, y ellos le habian enseñado que el mayor mérito á los ojos del Profeta era el difundir su dogma aun por medio de la espada, seguros como podian estar los que muriesen en la demanda, de obtener los mayores bienes reservados en la otra vida á los buenos creyentes. Merced á estas ideas, pudieron los sultanes arrastrar millares de soldados á los combates, y explotando este fanatismo, lograron conducir silenciosos y resignados para secundar sus planes ó miras ambiciosas numerosos batallones, que les conquistaron un trono independiente y respetado de sus vecinos.

Es ciertamente un hecho extraño y digno de profundo estudio el establecimiento de este reino infiel en medio de tantos otros cristianos, cuando todavía era tan grande el fervor religioso, y cuando la mitad del Occidente habia visitado ya el Oriente con la cruz al pecho y la espada en la mano para propagar su fe. Tambien debe sorprender cómo no se coligaron al momento todos los soberanos cristianos para expulsar á esos invasores, que los ponian á todos ellos en un mismo peligro comun. Este fenómeno han tratado de explicarlo algunos por el descrédito en que habian caido las cruzadas, dimanado del poco fruto que hasta entonces habian producido, merced á la rivalidad de sus jefes; otros han creido que, como la sustitucion de los otomanos á los seljucidas no alteraba ni afectaba en nada á los intereses de la Europa, puesto que unos y otros eran enemigos de la religion en cuyo nombre se combatia, acaso entraria en la política de los príncipes cristianos el dejar luchar y destruirse entre sí á sus rivales comunes, pues que de la destruccion de cualquiera de los dos el resultado seria igualmente ventajoso para ellos. Si así lo creyeron, equivocáronse completamente. Los nuevos huéspedes de Europa iban á reemplazar á una nacion muelle y afeminada, é incapaz, por tanto, de causar la menor inquietud en el estado político del mundo; mientras que ellos, llenos de vida y de porvenir, lanzábanse en la nueva via que el destino les brindaba, con todo el ardor que anima siempre á un pueblo aventurero y lleno de ilusiones. A pesar de estas cualidades, que podian desde luego dar á entender de parte de quién quedaria en último resultado la victoria, todavía hoy se repite, y viene re-

pitiéndose desde poco después del entronizamiento de la casa de Othman, que el imperio turco está en la agonía, que su existencia es efímera y precaria, y que su inmediata caida seria el resultado del menor acuerdo que sobre ello tomaran las potencias del continente. Esta fatídica profecía cuenta mas de tres siglos de antigüedad, y sin embargo, la Turquía subsiste en el mismo estado que tenia de mucho tiempo atrás; y aunque abandonada á sus solas fuerzas por la paz de Viena, y excluida de los demás acomodos hechos recíprocamente entre las naciones signatarias de aquel tratado, el hecho es que este imperio subsiste; que hoy se notan en él síntomas de progreso en su administracion; que el poder del Sultan, que se extiende desde el Nilo hasta las riberas del Danubio, es obedecido de sus súbditos y respetado de sus vecinos; y que en nuestros mismos dias hemos visto desvanecerse una de las mas terribles tormentas que han amenazado descargar sobre este imperio, prestándose su al parecer invencible rival á entrar en vias de acomodamiento, que no dudamos concluyan por anudar las buenas relaciones que, al menos en apariencia, ha habido hasta aquí en ambas naciones. ¿Qué fundamento tenian pues aquellos sombríos vaticinios que hace poco hemos citado, y que nos pintaban á la Turquía en la víspera de su completa ruina? ¿No seria aventurado repetir por la centésima vez esa fatal profecía, cuando vemos que, léjos de realizarse, el imperio otomano subsiste, y no solo subsiste, sino que es muy difícil que llegue á desaparecer, no tanto por falta de elementos que provoquen su ruina, cuanto por los trastornos y dificultades que habrá de suscitar necesariamente el reparto de tan rico botin? Para resolver estas cuestiones necesario es valerse de las luces que nos suministra la historia, buscar en ella los gérmenes de la grandeza ó decaimiento de este imperio, seguir las fluctuaciones que ha tenido en su importancia política, y explicar cómo, después de haber producido en su orígen tanto horror y aversion, ha concluido por ser un estado protegido y patrocinado por las mismas naciones que tan interesadas parecian en otro tiempo en su pronto exterminio.

Antes, empero, de analizar esos detalles, veamos cómo se formó el imperio otomano, y cuál era el orígen de los fundadores de este estado.

II.

La historia de Turquía, entendiendo por este nombre todo el territorio dominado hoy por los turcos, va unida á la del imperio romano, del cual formó parte hasta su fraccionamiento; pero remontándonos todavía mas, y estudiando con detenimiento los anales de Oriente, encontramos que mucho antes de que la historia de Roma se ocupe de ellos, eran ya célebres en el fondo del Asia. Confundidos con las demás tribus predestinadas á ser el azote del resto del mundo, diósele en un principio el nombre de escitas, con cuyo apodo genérico se designaba

tambien á sus hermanos los hunos, los avaros, los mongoles y los tártaros. Todos estos pueblos, que, segun la opinion comun, tenian un mismo orígen y podian llamarse miembros de una misma familia, pueden decir con orgullo que apenas habrá en nuestro hemisferio país en que no hayan entrado como vencedores ó dominado como amos absolutos. Todas ó casi todas las naciones que se han formado en el antiguo continente tienen que reconocer su descendencia de aquellas hordas derramadas como un torrente de lava sobre el mundo, hordas que por de pronto agostaron el terreno sobre que hicieron alto, pero que mas tarde contribuyeron á que en ese mismo terreno germinasen, mas vigorosas y lozanas, nuevas generaciones, fecundadas con su limo, lleno de savia. Tarea difusa y casi imposible seria la de investigar el sitio que ocuparon los ascendientes de la tribu de donde salió el imperio que hoy tratamos de bosquejar, pues es tal la oscuridad que reina en los principios de su historia, que apenas habrá dos autores acordes entre los infinitos que han emprendido esta tarea. Por lo mismo, dejarémos á un lado cuanto nos dicen de fabuloso las crónicas y leyendas locales sobre su orígen anterior á los tiempos históricos, y solo tratarémos de bosquejar en las menos palabras posibles los principios de este imperio hasta el momento en que adquirió una nacionalidad y una dinastía propias.

Los escitas, que para trasmitir á la posteridad sus hazañas no tuvieron ni curetos ni bardos ni druidas, y cuya historia primitiva nos es, por consiguiente, del todo desconocida: los escitas son, como hemos dicho, los ascendientes de los pueblos que inundaron esta parte del antiguo continente. En el momento en que sus anales presentan algun viso de verosimilitud hallamos, si se ha de dar crédito á las narraciones de Herodoto, Diodoro Sículo, Estrabon, Pomponio Mela, Justino y otros, que sus costumbres eran toscas y salvajes; que mas de una vez se trató de domeñarlos para evitar sus depredaciones, pero que en vano lo intentaron varios reyes de Persia y aun el mismo Alejandro. A propósito de estas guerras, y para pintarnos su carácter, refieren los mencionados historiadores que, habiéndoles enviado Darío un mensaje pidiéndoles tierra y agua como signo de vasallaje, contestó el rey escita que no reconocia otro superior que Júpiter, su antepasado, y que para hacerle conocer su arrogancia le enviaba cinco flechas, un pájaro, una rana y un raton. El orgulloso rey de los persas, para quien era un enigma semejante mensaje y tal regalo, le interpretó desde luego en sentido favorable á su persona; pero ¿cuál no seria su sorpresa al oir de boca del general ateniense Chabrias la siguiente explicacion? «Las cinco flechas indican las cinco tribus reunidas á la del rey de los escitas, y los persas no podrán librarse de ellos sino levantándose por los aires como pájaros, sumergiéndose en el agua como ranas, ó escondiéndose debajo de tierra como ratones.» Esta atrevida respuesta provocó, como no podia menos, la guerra: sostuviéronla los turcos con teson y con buen éxito, estando reservada la gloria de vencerlos para Filipo II de Macedonia, llamado el Grande, y á su general Atheas.

III.

De las narraciones de los escritores y geógrafos antiguos que hemos citado dedúcese tambien que los turcos debieron ocupar primitivamente las montañas que forman el centro, y puede decirse la sima, del Asia; cordillera que, situada á igual distancia del mar Caspio, del mar Glacial, del mar de la China y del de Bengala, toma el nombre de Imaüs, de Caf y de Altai, segun el idioma de las diversas naciones que atraviesa. En los valles de estas montañas, ricas en todo género de minerales, los turcos, la porcion mas despreciada entre los esclavos del gran kan de los geongenos, ocupábanse en explotar y fundir hierro, y forjar las armas que aseguraban su servidumbre; situacion que se prolongó hasta que un caudillo esforzado y elocuente les excitó á sacudir sus cadenas. De allí, y en mucho mayor número que todos los demás invasores oriundos del Asia, descendieron primeramente hácia el mediodia, fijándose al norte de las provincias chinas de Chan y de Cheutí, no léjos del monte Yn-chan. Para perpetuar la memoria de su emancipacion y del principio de su independencia instituyeron una fiesta reducida á caldear todos los años un trozo de hierro y á ser martillado sucesivamente por el Rey y por los magnates. Hemos dicho por el Rey. Con efecto, el caudillo que los sacó de sus montañas recibió un trono en premio de su empresa, y á las órdenes de este caudillo pasaron á las nuevas posiciones conquistadas, en las cuales llevaban una vida tosca y errante, alimentándose y vistiéndose con los productos de sus rebaños, sin escritura y sin nombres propios ni de familia, y menospreciando á todo el que no ostentaba robustez de cuerpo y energía de alma; cosas en que hacian consistir el verdadero mérito. Creian que el fundador de su imperio habia sido, como Rómulo, amamantado por una loba, y esta creencia, unida á la circunstancia de llevar los turcos pintado este animal en sus banderas, dió acaso orígen al epiteto de *ti* (perros), que les daban los chinos.

No abandonaron los turcos en su nuevo territorio las ocupaciones de sus montañas originarias. A lo largo de los rios buscaban pastos para sus rebaños, su única riqueza; muy pocos eran los que tenian residencia fija y se ocupaban en la agricultura. Su principal ejercicio era la caza y la guerra con los vecinos. Si salian vencedores no se retiraban hasta haber exterminado al último de los combatientes, cuyos despojos heredaban; si vencidos, dispersábanse en retirada, sin que tuvieran á deshonra la fuga, durante la cual muchas veces se rehacian, cayendo sobre sus perseguidores con mayor furia y encarnizamiento : táctica que por fuerza habia de ser funesta para tropas disciplinadas, porque, después de haber agotado su denuedo y su pericia en preparar la victoria, encontrábanse á lo mejor sin enemigos, todos los cuales habian desaparecido en los desiertos, sin ser posible su persecucion, so pena de morir de hambre ó en alguna emboscada.

Uno de los primeros pueblos con quien naturalmente tuvieron que chocar fueron los chinos, que, como vecinos suyos muy inmediatos, excitaban su envidia y aguijoneaban su supersticion. Ya uno de los reyes de esta tribu, si tal nombre puede darse al caudillo de una banda, cada uno de cuyos individuos se creia de tanto valer, si no mas, que quien los mandaba, obtuvo en matrimonio á una jóven de la casa imperial; pero este matrimonio no consiguió establecer una paz sólida entre los orgullosos hijos del sol y los esforzados huéspedes que acababan de conquistar su libertad y su existencia civil. Verdad es que entre un imperio débil por las personas que lo regian, y otro imperio fuerte y vigoroso, con toda la vida que tiene un pueblo en el momento de su formacion, no cabia paz ni alianza duradera. A cada ocasion propicia que les proporcionaban los trastornos y rebeliones del grande imperio, apresurábanse los turcos á complicar la situacion con alguna excursion atrevida ó con la sorpresa de alguna ciudad mas ó menos importante; y en estas luchas parciales, en que unas veces salian vencedores, otras vencidos, siempre les quedaba el beneficio de limar poco á poco sus costumbres, como sucede siempre con el trato de gentes mas adelantadas en cultura y saber.

Este estado de cosas duró hasta que, enervados los turcos con el lujo y las comodidades que les proporcionaban sus relaciones con los chinos, aprovecharon estos ocasion tan propicia para libertarse de una vez de tan inconstantes vecinos. Exhortaron á las naciones vencidas á recobrar su libertad, y el reinado de los turcos desapareció á los dos siglos de su fundacion, para no reaparecer sino en una época bien distante y en las comarcas meridionales del Asia. Los turcos del mediodía invadieron la Persia, dominada á la sazon por los monarcas sarracenos. Al principio los rechazaron; pero, convencidos luego de la utilidad que podian sacar de ellos, admitiéronlos á su servicio y hasta les confiaron la guardia de sus personas: arriesgada confianza, que al fin tuvo por resultado la ruina de los protectores.

IV.

Otra parte de los turcos que escaparon de la cuchilla de los chinos se dirigió al oeste: probablemente serán estos los que los antiguos designaban con el nombre de viguros de la Siberia, para distinguirlos de los viguros que se encaminaron al Oriente. Invadieron el país situado entre el Sioun y el Dgioun, cuyo último rio franquearon, y adelantáronse, costeando el mar Caspio, hácia el Bósforo de Tracia y el Danubio. En sus rápidas y sangrientas conquistas subyugaron la nacion de los ogoros y de los bauchonitas, establecidos en las márgenes del Til, llamado el Negro por el color de sus aguas y lo sombrío de sus bosques. Sus victorias estre-

charon á los avaros sobre el imperio romano, que los confundió y tuvo por un solo pueblo; y léjos de rechazar los turcos esta calificacion, aceptáronla gustosos porque á la sombra del terror que el nombre de los avaros inspiraba, creian, y con razon, que ese error era un don que les deparaba la fortuna para ver mas prontamente realizados sus proyectos. Siguieron pues las márgenes del Volga, que les eran conocidas, y llegaron por último al pié del Cáucaso, donde por primera vez llegó á sus oidos el nombre del pueblo romano. Las singularidades que oyeron de este pueblo, y las noticias que les llegaron de su poderío y de su corrupcion, llamaron vivamente la atencion de estos bárbaros, para quienes era poco menos que un prodigio todo cuanto oian; y llenos de curiosidad tanto como de admiracion, resolvieron ponerse en relaciones con un estado que tantas novedades les ofrecia. Para ello aprovecharon la ocasion de los males que causaban las invasiones de los verdaderos avaros; y creyendo ya inútil alimentar la equivocacion que los confundia con ellos, solicitaron la mediacion de los alanos, á fin de que les pusiese en direccion de la sede del imperio. El gobernador de Lazyca accedió á sus deseos; les franqueó el mar de Euxino para el paso de la flota que conducia la embajada, y presentados ante Justino, que á la sazon dirigia los destinos del imperio, hiciéronle presente cuán indecoroso era para el pueblo romano el aliarse con un puñado de bandidos y rebeldes como eran los avaros, y cuán conveniente seria el aceptar la alianza de su kacan, la cual le proporcionaria aliados fieles y recursos abundantes para cualquier apuro.

Este nombre de kacan, con que la embajada de los turcos designaba á su rey, fué adoptado por primera vez por el kan de los turcos orientales en 552, cuando habiéndole negado un kan de los icon á su hija, á quien habia requerido en matrimonio, le declaró la guerra y le venció, después de haber obtenido por esposa á la hija del emperador de los goei. Llamábase este vencedor Tou-Men, y se decia descendiente de Ogus-Kan, contemporáneo de Abrahan, á quien los turcos atribuyen el orígen de su civilizacion y poderío. Suponen que Ogus-Kan tuvo que declarar la guerra á su padre por motivos religiosos, y que habiendo atacado á Jassy, capital del Turkestan, dominó este país por completo. A su muerte repartióse el imperio entre sus tres hijos, de lo cual resultó la division de turcos orientales y occidentales, y cada uno de ellos fué padre de cuatro hijos, á quienes reconocen por jefes las veinte y cuatro familias mas ilustres de los turcos.

La llegada de los embajadores bárbaros á la corte de Bizancio excitó la mas viva curiosidad entre los súbditos del imperio: chocábales su traje, que en el fondo era el mismo de los hunos, aunque cargado de cintas y adornos, pero á través de ese traje rudo y grotesco vió el gobierno imperial unos guerreros que en circunstancias dadas podian serle de utilidad suma. Acogióles pues con benevolencia, llenáronlos de dádivas y regalos, y hasta les acompañó á su campamento, situado á la falda del Cáucaso, uno de los dignatarios imperiales, llamado Valentiniano.

Celebróse á consecuencia de esto un tratado de paz y alianza entre ambas naciones, pero Constantinopla no estaba tranquila con sus nuevos aliados: estos no podian olvidar tan fácilmente su vida y hábitos antiguos; continuaban en sus correrías y depredaciones; y como su destruccion ó su engrandecimiento ofrecia igual resultado para el imperio, resolvió emplearlos en combatir á sus propios enemigos. Esta propuesta, tan conforme con sus inclinaciones, fué acogida con entusiasmo. Sin pérdida de tiempo pusiéronse en marcha, y en menos de diez años plantaron sus tiendas en las márgenes del Danubio y del Volga, después de haber exterminado á varias tribus de búlgaros y de esclavones.

Esta paz y alianza celebrada por los turcos con el imperio romano no era tan sólida y cordial como unos y otros se esforzaban en ponderar. A pesar de las embajadas recíprocas que de una y otra parte se enviaron, á pesar de las muestras de deferencia que á porfía se prodigaban, no faltaron ocasiones en que estuvieron á punto de venir á las manos. Lastimábales á los turcos esa táctica astuta y calculada á que, en defecto de fuerza, se refugiaba la corte de Bizancio para sacar el mejor partido posible de los acontecimientos; y á la diplomacia imperial le parecia indecoroso el contemplar y tener miramiento hácia una gente que en último resultado iba ingiriéndose paso á paso en el riñon del imperio, y que cada dia hacia nuevo alarde de su fuerza y de su arrojo. Pero, en medio de todo, conocia su impotencia para combatir cara á cara, y apeló al medio tan comun de crear un nuevo enemigo al enemigo para ella tan temible; para lo cual le ofrecian buena ocasion las revueltas civiles que á la sazon affigian al reino de Persia con motivo de la muerte de Kobad y de la alteracion que antes de morir hizo en la ley de sucesion al trono, llamando en primer lugar á su hijo tercero Cosroes ó Nurhisvan, y postergando á los dos primogénitos. Este Cosroes era el mismo que, á fin de robustecer su poder, habia propuesto al emperador Justino que le adoptara, que fué desairado en su empresa cuando ya estaba en camino de Constantinopla para la ceremonia solemne, y que guardó por ello toda su vida un odio mortal al imperio. Contra este, pues, aconsejó la corte de Constantinopla á los turcos que dirigieran sus armas, segura como estaba de que muy pronto habia de medir con ella las suyas propias, y por cierto no con muy buen éxito, pues no ya las provincias lejanas y desguarnecidas, sino hasta la misma sede del gobierno se vió amenazada por el orgulloso rey de los siete climas, cuya denodada ambicion hubiérase visto satisfecha, á no venir precipitadamente el vencedor de Italia, Belisario, quien, después de haber vencido á los bárbaros en tres distintas batallas, habia devuelto al imperio toda la Sicilia y hasta la misma Roma. Con un ejército indisciplinado y sin pagar, propúsose este caudillo tomar la iniciativa contra los persas, á quienes arrebató la fortaleza de Sisorana, y no sabemos hasta dónde hubiera llevado sus armas victoriosas si no hubiera faltado á su consigna, y hecho por consiguiente fracasar sus planes, Arethas, jefe de una division de árabes, encargado por el General en jefe de hacer una excursion extermina-

dora por el lado de la Asiria. El plan, sin embargo, habia dado sus mas importantes resultados: Cosroes volvió precipitadamente á defender sus estados, pasó nuevamente el Eufrates; y Belisario, después de haber recibido con una modestia afectada á los embajadores, ó mas bien los espías, del rey de los persas, y ostentado ante ellos un aparato de fuerza que realmente no tenia, hizo como que se oponia á la retirada de sus enemigos, quienes, temiendo mayores males, se alejaron precipitadamente, justificando así la prevision y sagacidad del *último general de los romanos*, á quien tantos y tan grandes desengaños aguardaban en pago de su lealtad y denuedo.

V.

Todas estas guerras y trastornos no fueron estériles para los turcos. Ya obrando en combinacion con las fuerzas del imperio, ya peleando por cuenta propia, en la época en que nos hallamos de nuestra narracion los vemos señores independientes de varios cantones de la Siria y de la Mesopotamia, desde donde no se descuidaban en sacar todo el partido que podian de su situacion. Ora alistándose como auxiliares de los diversos pueblos que les rodeaban, ora peleando por cuenta propia para ensanchar sus dominios, vémosles continuamente en lucha con los persas, con los árabes, con los restos del imperio bizantino; en una palabra, contra todos y en favor de todos los que se creian con derecho á la herencia del mundo antiguo, en cuyo litis servian de abogados las mazas y las espadas, y cuyos adjudicadores habian de ser el valor y la constancia. Esta herencia, sin embargo, estaba ya harto fraccionada: los árabes eran dueños absolutos de la península de su nombre, habiendo conquistado su independencia á la voz de «No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta», salida de la aldea de la Meca y oida en la mitad del Asia antigua; los persas, subyugados primero por los sucesores del Profeta, y emancipados luego en virtud de celos y rivalidades, cohonestados con un cisma religioso nacido entre los califas y sucesores de Mahoma, habíanse creado en los turcos seljucidas una dinastía propia é independiente, que se tenia por única sucesora legítima del fundador del islamismo y depositaria de sus tradiciones. El imperio de Oriente veia desprenderse cada dia un nuevo jiron de su antiguo poderío, y arrastraba en la agonía una existencia pronta á extinguirse al menor sacudimiento. No podia darse pues situacion mas adecuada para que un caudillo denodado y experto pudiera impunemente apropiarse una parte del botin que tantos otros se disputaban; y esto fué lo que hizo el fundador del imperio de cuyo bosquejo nos ocupamos, y cuya historia verdadera vamos desde luego á abordar.

Ya hemos dicho que los turcos seljucidas habian ocupado la Persia y la go-

bernaban como despótas absolutos. Esta dinastía habia degenerado hasta un punto increible por los excesos é indolencia de sus monarcas; los empleados de palacio disponian á su arbitrio de la suerte del Estado, y á su ejemplo, los tenientes y gobernadores de las provincias abandonaban el cuidado de la cosa pública, puesta á su cargo, y solo se ocupaban de pasar una vida muelle y afeminada en el fondo de sus palacios, ó de consolidar su dominacion y evitar el castigo de sus depredaciones. Animados con la impericia y mala administracion del gobierno central, pensaron luego en hacerse independientes, tomando á su vez el título de califas; pero no bien hubieron realizado sus proyectos, incurrieron en el mismo desórden que les habia servido de pretexto para rebelarse, y á su vez tambien tuvieron tenientes rebeldes que los derrocaran y se sustituyeran en lugar suyo. Entre varias de estas tribus osadas y aventureras, la historia del Asia nos habla, aunque de una manera confusa, de los gasnevidas, de los seljucidas y de los otomanos, célebres estos últimos sobre todos los otros por la duracion de sus conquistas, que lograron erigir en reino independiente, y cuya familia todavía hoy ocupa el trono del país á que dió nombre.

Después de la retirada de Gengis-Kan, el sultan Gelaledin habia vuelto de la India para atender á la defensa y gobierno de sus estados de Persia; y tras una serie no interrumpida de victorias sobre sus numerosos enemigos, murió gloriosamente en las montañas del Curdistan, peleando contra los mongoles. A su muerte se dispersó su ejército, en el que se contaban multitud de hordas turcomanas, de las cuales unas se ocuparon en hacer correrías y depredaciones, y otras se alistaron al servicio de Aladino, sultan de Iconio. Intentó este sultan hacer una de sus acostumbradas incursiones en los estados de sus vecinos, y confió parte del ejército encargado de esta empresa al valiente Soliman-Shah; pero, habiéndose ahogado al pasar el Eufrates, apoderóse del mando su hijo Orthogrul, el cual se estableció con cuatrocientas tiendas ó familias á las márgenes del Sangar y en las montañas de la Anatolia. Un servicio importante que hizo casualmente á un príncipe indígena le valió una concesion de terreno, en que dominó por espacio de cincuenta y dos años con el modesto título de emir, nombre honorífico que se daba á los descendientes de Mahoma, y á su muerte dejó á su hijo primogénito por sucesor en el emirato y en el terreno donde hasta su muerte habia dominado.

Llamábase aquel sucesor Othman, Othoman ú Osman, pues de todas tres maneras lo nombra la historia. Ya en vida de su padre habia dado muestras de poseer todas las virtudes de un soldado; y el vulgo, que donde quiera que encuentra un hombre superior á sus alcances, no se detiene en suponerle un orígen y una existencia sobrenatural, el vulgo, decimos, rodeó la cuna de Osman con las narraciones mas pomposas y extraordinarias. Antes de nacer, vió su padre en sueños brotar de su casa un manantial puro, crecer rápidamente, y cubrir luego con sus aguas toda la tierra. En otra ocasion el mismo Osman vió en éxtasis

un árbol que, prendido en su seno, cubria con sus ramas el universo. Todas estas leyendas y cuentos demuestran la superioridad del personaje á que se referian. Educado Osman en la religion de Mahoma, á la cual, como hemos dicho, se habian convertido los turcos por su trato frecuente con las tribus nómadas de los sarracenos, y adornado de todas las cualidades que constituyen un perfecto guerrero y un hábil apreciador de los tiempos y de las circunstancias, aprovechó la coyuntura que le ofrecia cierta abolicion de franquicias que de antiguo gozaban los moradores de varios distritos del imperio griego. Estos moradores, vecinos contiguos del emirato de Othman, habian obtenido aquellas franquicias en cambio de la obligacion de defender la frontera del imperio. La corte de Bizancio, al suprimir los privilegios, se encargó de la defensa, pero no tardó en ver abandonados los desfiladeros, y abierta en sus estados una brecha, que tarde ó nunca habia de cerrarse. El 27 de julio de 1299 de la era vulgar puso el pié Othman en el distrito de Nicomedia, y su historia desde esta fecha no es mas que una serie no interrumpida de incursiones y de victorias. A medida que ensanchaba el círculo de sus conquistas, trasladaba su corte á los puntos recien adquiridos; y con el fin de acostumbrar á sus tropas á la vida de las ciudades, y desviarlas poco á poco de la vida errante y aventurera que hasta allí habian llevado, reparaba las fortificaciones que adquiria, y dejaba en ellas competentes guarniciones que las defendieran. Como su ejército, por otra parte, aumentaba cada dia, érale muy difícil llevar á cabo el plan de ocupacion que habia formado, y muy poco antes de morir tuvo la satisfaccion de verse dueño de un dilatado territorio, del cual hizo metrópoli y sede de su gobierno á Brusa ó Prusa, ciudad del Asia Menor, comprendida hoy en la provincia de Anatolia, adquirida por los esfuerzos y constancia de su hijo Orkhan, y que desde la derrota de Mitrídates habia formado parte del imperio romano.

El buen éxito de las empresas acometidas hasta entonces por el jóven Orkhan excitó su vanidad y estimuló su ambicion. Su principal idea desde entonces fué la de alzarse con toda la herencia de su padre; y no bien habia cerrado este los ojos, en 1316, hizo ahogar á sus dos hermanos primogénitos, en los que veia otros tantos acreedores á la comun sucesion. Estas escenas bárbaras y repugnantes han sido muy frecuentes desde entonces en la corte otomana, en cuya historia mas de una vez hallarémos ejemplos parecidos, provocados, ora por rivalidades del serrallo, ora por temor de disturbios futuros, siempre funestos para cualquier estado, pero todavía mas para el que nos ocupa, por la índole especial de su organizacion social y política. Los sultanes se han considerado siempre como los dueños absolutos de las vidas y de las propiedades de todos sus súbditos. Estos, por su parte, se han creido siempre esclavos de aquel, é incapaces de oponerse á su menor capricho. Semejante estado de dependencia, que ha durado hasta hace muy poco tiempo, hacia imposible toda especie de resistencia de parte del oprimido contra el opresor; pero tambien daba lugar á que un caudillo arrojado,

escudándose con el carácter sagrado que le imprimia su calidad de descendiente de los califas, arrastrara esas turbas de esclavos ciegos y fanáticos, y lograra poner en riesgo la existencia ó la integridad del imperio con una guerra civil entre los miembros de una misma familia. De cualquier modo, ello es que ese ejemplo no ha dejado de tener imitadores, aunque no por eso ha estado exento el trono de Turquía de usurpaciones y regicidios, ya de hermanos contra hermanos, ya hasta de hijos contra sus mismos padres.

VI.

Volviendo, empero, á la narracion histórica que por un momento hemos interrumpido, puede decirse que la ocupacion de Prusa fué para los otomanos el verdadero principio de su imperio. Embellecida por el jóven conquistador, y siguiendo en ella sus antiguos moradores, merced á un tributo de treinta mil escudos de oro con que compraron su seguridad, hizo de esta ciudad un centro mercantil y literario, que bien pronto rivalizó con las mas famosas de Oriente. No solo se ocupó Orkhan del embellecimiento material y religioso de su residencia, sino que quiso organizar el estado de que se veia jefe, y crearse una corte modelada por la de los seljucidas, ya vasallos suyos. Creó el cargo de visir en favor de su hermano Aladino; publicó leyes suntuarias, por virtud de las cuales distinguíanse los habitantes de la ciudad y los del campo; fundó una universidad y un hospital, y antes de mucho la pobre y reducida aldea de Prusa vióse convertida en una verdadera capital mahometana.

En medio de estos cuidados, no olvidaba Orkhan la organizacion de su ejérto. Compuesto este en un principio de pelotones indóciles de caballería turcomana, sin soldada ni disciplina, aunque en varios encuentros habian dado la victoria á su jefe, no llenaban, sin embargo, los deseos de este, que queria mandar tropas regulares y bien organizadas. Para ello dividió sus tropas en activas y de reserva, á cuya última clase destinó un gran número de jóvenes que se habian alistado en clase de voluntarios, y á quienes daba un sueldo pequeño; y al cabo de poco tiempo consiguió revistar una division de veinte y cinco mil soldados, pertrechados de todas las máquinas y utensilios, que le proporcionaron la toma de Nicea, Nicomedia y otras plazas no menos importantes, hasta el punto de verse dueño de todo el reino de Bitinia hasta las orillas del Bósforo. La clemencia que usó respecto de los vencidos, á quienes permitió marcharse con sus familias, aunque con la condicion de dejarle las viudas de los que habian muerto en el campo de batalla, le aseguró la obediencia de sus nuevos súbditos, y contribuyó á consolidar su dominacion; y como por otra parte, las potencias mas inmediatas á su reino eran, por un lado el imperio griego, reducido á Constantinopla y sus inme-

diaciones, y por otro los principados que dependian de los turcos seljuncidas, poseedores hacía dos siglos de los despojos de los Comnenos en Asia, vióse florecer el nuevo imperio turco y adquirir cada dia mayor importancia y esplendor.

A esto contribuyeron muy poderosamente las discordias y guerras intestinas de los griegos. Ocupaba á la sazon el trono de Constantinopla el emperador Juan Cantacuceno, que, después de haber implorado en vano el auxilio de sus correligionarios y aliados para defender su vida y su honra, puestas una y otra en peligro por las frecuentes incursiones de los emires turcomanos de la Lidia y de Jonia, se vió reducido á recurrir á los implacales enemigos de su país y de su religion. Uno de ellos, el príncipe mismo de Jonia, no fué sordo á sus ruegos; pero habiéndo muerto defendiendo á su nuevo aliado, vióse privado nuevamente de su auxilio, y Orkhan aprovechó esta circunstancia para contraer con aquel príncipe, poco hace enemigo suyo, una alianza que mejorara su situacion política en el mundo. Tenia el emperador Juan Cantacuceno una hija llamada Teodora, á la que Orkhan requirió en matrimonio; y en la necesidad de complacer á quien tanto debia, ó acaso aguijoneado por la ambicion, consintió aquel en semejante union, ofensiva igualmente para la dignidad imperial y para pureza de la religion, y cuyos detalles se encargó él mismo de referir. La nueva Emperatriz pasó á poder de su esposo sin que interviniera ninguna de las ceremonias del culto cristiano; pero, como en las capitulaciones se habia estipulado que ella podria seguir profesando libremente su religion en el haren de Brusa, mantúvose fiel al culto de sus mayores, y obtuvo por ello grandes elogios de su padre.

El casamiento de Orkhan habia sido una combinacion política mas que un asunto de familia, y así fué que no le impidió aliarse mas tarde con los enemigos de su suegro, cuando esta union le pareció mas ventajosa. Merced á estas alianzas accidentales pudo pasar el Helesponto, ó sean los Dardanelos, y la toma de Galípolis, en la embocadura del mar de Mármara, abrió á sus sucesores las puertas de Europa, y puso en sus manos una de las llaves de la Turquía actual. Ya habia consolidado su conquista de la Bitinia, donde era reconocido como señor independiente, y sin embargo, no renunció á su antigua vida guerrera y de aventuras. Al recobrar los griegos la ciudad de Constantinopla, accidentalmente perdida, habian conservado los genoveses, por un tratado especial, el barrio de Galata, como vasallos del imperio, en señal de cuya sumision hacian sus podestás, antes de entrar en el desempeño de su cargo juramento de fidelidad al imperio, ofreciendo auxiliarle en caso de guerra con cien galeras y la mitad de los gastos. Prevalidos de la debilidad de los emperadores, y fuertes por su número, obtuvieron que se les permitiera fortificar su cuartel : desde él dirigian sus caravanas y sus buques, y llegaron á adquirir tal importancia, que al subir al trono el emperador Cantacuceno eran ellos los verdaderos dueños de Constantinopla. Llevaron su osadía hasta bloquear y atacar la capital misma, y desde entonces tuvo principio una no interrumpida serie de combates y treguas entre genoveses y

griegos, que en último resultado no hacian mas que precipitar hácia su ruina el ya harto vacilante imperio de los segundos. Complicóse esta situacion con la presencia de un nuevo enemigo, que por sus actos de valor, que, á no ser por el buen éxito que obtuvieron, pudieran calificarse de temeridad, puso el colmo á las desdichas de los sucesores de Constantino. Los catalanes, que en sus continuas guerras con los moros invasores de España, no sabian vivir sino en medio de los combates y aventuras, llevaban con impaciencia la inaccion á que los reducia la paz en que se hallaban con sus vecinos. Unos cuantos de estos emprendedores se incorporaron á las tropas del rey de Aragon, destinadas á arrebatar la Sicilia á los angevinos, y cuando concluyó esta campaña quiso Fernando hacerles volver á sus hogares. Ellos, empero, le contestaron que eran libres; y después de haber asolado la isla por cuenta propia, entregáronse á la piratería y á servir á quien mejor les pagase. Tenian por jefe á Roger de Flor, hijo de un noble de la corte de Conradino, caballero templario en la época de la toma de San Juan de Acre, y en la ociosidad á que la carencia de ejércitos permanentes reducia la paz á los ejércitos que se formaban accidentalmente y para un fin dado, resolvió continuar sus correrías en las provincias de oriente, ora en pro, ora en contra del Gobierno, pero siempre por quien mejor les atendiera. Presentóse, pues, en el puerto de Constantinopla con diez y ocho galeras, cuatro navíos de alto bordo y ocho mil compañeros de hazañas, precisamente en el momento en que los genoveses eran, puede decirse, los señores de la capital del imperio de oriente, y cuyo gobierno carecia de la necesaria fuerza para reprimirlos. Por lo mismo que los genoveses eran los enemigos mas temibles, los catalanes se declararon enemigos suyos; pero á poco hicieron liga con ellos. Roger fué reconocido como jefe de estos aliados; obtuvo un palacio por alojamiento, por esposa una sobrina del Emperador, y por recompensa los títulos de gran duque de la Romanía, de almirante del imperio, y hasta de César. Sus pretensiones crecian á medida que se creian necesarios: en mas de una ocasion consiguieron la victoria sobre los enemigos del imperio; pero estos triunfos redundaban mas que nada en provecho de los expedicionarios, los cuales habian obtenido una soldada cuádruple que las demás tropas, y sobre todo, se creian los verdaderos protectores y conservadores del trono de Oriente. Andrónico conoció harto tarde que habia mimado mas de lo conveniente á sus nuevos huéspedes; é impotente para volver atrás, apeló á los medios tan frecuentemente empleados por los cobardes. Un alano asesino quitó la vida á Roger en presencia de la misma Emperatriz; y la muerte del jefe intimidó á sus compañeros de armas. Todavía una turba de mil quinientos aventureros, escapados de la proscripcion y de los puñales, lograron refugiarse en Galípolis, ondearon en el castillo la bandera de Aragon, y propusieron un combate de diez ó de cien guerreros contra igual número de enemigos, para vengar á su general; mas Andrónico prefirió destruirlos por el número, y todavia necesitó treinta mil infantes y trece mil caballos para domeñar este puñado de valientes, no por la fuerza, puesto que cuantas veces midieron con ellos

sus armas fueron vencidos, sino arrasando el país que les rodeaba y obligándoles á alejarse del Bósforo para no perecer de hambre.

En estas luchas combatian los turcos unas veces al lado de los griegos contra los servios, otras contra los primeros en union de los genoveses y catalanes; de un modo ó de otro hacian su botin, y lo que es peor todavía, se enteraban á fondo de los pocos elementos que para su conservacion y defensa quedaban al imperio de Oriente, que desde algunos años atrás podia decirse se hallaba en la agonía. Ellos fueron los que ayudaron al siciliano Facciolati, almirante de la flota griega, á entregar á Cantacuceno la metrópoli de su reino, ocupada á la sazon por su competidor Juan Palóslogo, y los que contribuyeron á la paz que puso término á la guerra civil en que se hallaban uno y otro competidor, conviniendo en que reinarian los dos juntos; pero tambien fueron ellos los que mas tarde, en union de los genoveses y venecianos, obligaron á Cantacuceno á abdicar la corona en favor de su cólega, y á retirarse á un monasterio, donde todavía vivió veinte años, ocupado en ejercicios devotos y literarios, y principalmente en escribir la historia de los cuarenta años transcurridos desde la insurreccion de Andrónico el jóven hasta su propia abdicacion.

Así como para las reformas políticas y sociales habia tenido Orkhan por consejero y auxiliar á Ala-edin, primero que llevó el título de bajá, para las conquistas y guerras encontró un digno general en la persona de su propio hijo Soliman. Con la ayuda del primero estableció leyes é instituciones duraderas, publicando el *Kaumranie* ó libro canónico, en que se hallan compilados el *Koran*, ó palabra de Dios; la *Sunna*, ó palabra del Profeta, las decisiones de las cuatro grandes *imanes* ó patriarcas del islamismo, y los *Urfi*, ó decisiones del poder temporal, en cuyos cuatro tratados se comprende el derecho civil, político y eclesiástico de los turcos. El brazo del segundo le sirvió para la mayor parte de las conquistas que llevó á cabo, y para extender sus relaciones internacionales con los demás estados; en sus empresas acreditó ser tan hábil general como diestro negociador, y mas de una vez hizo suscribir á la corte de Constantinopla tratados tan vergonzosos como el que fijaba en sesenta mil escudos al precio de la evacuacion del Quersoneso de Tracia, ocupados por Soliman sin mas derecho que el que da la fuerza. Esta reunion de cualidades hacian de Soliman el príncipe mas apto para suceder á su padre en el mando de las vastas posesiones que ya tenia bajo su mano. Por su valor, y acompañado de solo ochenta guerreros, tuvo lugar la toma de Galípolis, en cuya temeraria empresa parece que hasta los elementos se conjuraron en su ayuda, pues un terremoto derribó parte de las murallas de la ciudad, y los osados aventureros se apoderaron de ella casi sin dificultad, estableciendo allí una colonia que les servia de punto de apoyo en Europa. En el mismo año apodéranse de otros cuatro puestos militares dependientes del emperador griego, sin que sirvieran de nada las reclamaciones de Cantacuceno contra esta nueva violacion de los tratados. Soliman continuaba la serie de sus triunfos, en medio de los cuales

le sorprendió la muerte ocasionada por una caida de caballo en ocasion de hallarse ejercitando en lanzar el djerid. Esta desgracia repentina y de consecuencias tan graves para el Estado afectó tanto al anciano Orkhan, que murió á su vez antes de transcurrir un año, dejando señalado para sucederle á su otro hijo, Murad-Khan ó Amurates I.

VII.

Es indudable que las circunstancias ayudaron mucho en su obra á los fundadores del imperio otomano; pero estériles hubieran sido esas ventajas, si los jefes del nuevo pueblo no hubieran sabido aprovecharse de ellas para extender el círculo de sus conquistas y afianzar su dominacion. Hace poco mas de medio siglo, un puñado de aventureros se declara en abierta rebelion contra su jefe, y léjos de ser exterminados y castigados, tenémosles ya dueños de una extension de terreno casi igual á la que en el dia poseen; han organizado un estado infiel en medio de otros muchos que conservaban vivas su fe y sus tradiciones cristianas; y aun mas, hallamos reconocido su nuevo poderío y su independencia por las potencias mismas que parecian ser las primeras interesadas en negarles toda especie de posicion legal. Semejante incremento es debido, mas que nada, á la pericia de los jefes primeros de la casa otomana y al valor de las tropas que mandaban. Ya hemos indicado algunas de las reformas que Osman y Orkhan habian introducido en su ejército; pero nada hemos dicho sobre el modo con que se formó ese ejército, y ciertamente merece que nos detengamos un momento para dar á conocer su orígen y organizacion.

Solo cuatrocientas familias obedecian primitivamente á la voz de Ortogrul, y aun suponiendo que todos los varones fuesen soldados, acaso no pasaria de ciento el número de personas aptas para llevar las armas. Con tan escaso ejército no hubiera podido Osman acometer ninguna de las empresas que llevó á feliz término, si no hubiera contado con la cooperacion y ayuda de los naturales del país invadido; y esto nos da derecho para creer que el número de sus súbditos se aumentó por la anexion de las tribus vecinas. Estas tribus no daban un contingente fijo y periódico de soldados; á cada expedicion que se preparaba, á cada golpe de mano que habia que dar, enviábase el competente aviso á unos caballeros turcomanos, llamados *ekindji* ó andarines, y ellos hacian sus enganches parciales para acudir donde su jefe comun los necesitaba. Semejante modo de alistamiento, que tantos puntos de semejanza tiene con el que estaba en uso en la Europa feudal, pudo muy bien ser allí introducido por los cruzados; de todas maneras, conocióse que era muy lento y dispendioso, y en su lugar estableció Orkhan un cuerpo de tropas permanentes de infantería, llamadas *piadé*, que reci-

bian un *aktché* diario de soldada, y que estaban divididos en pelotones de diez, ciento y hasta mil hombres, siempre disponibles. La falta de disciplina y las pretensiones de esta tropa produjo su disolucion muy en breve, y en su lugar creó el Emir una nueva milicia llamada *ienitcheri*, nombre que los europeos han transformado en el de genízaros, que, aunque en su orígen superó las esperanzas de su fundador, hízose luego temible á sus mismos amos, y llegó á constituir una especie de guardia pretoriana que derrocaba y elevaba emperadores á su capricho.

Si bien Orkhan fué el verdadero creador de los genízaros, su sucesor Murat ó Amurates I fué el que los organizó definitivamente. Reclutáronse primero entre los cristianos jóvenes pagados por tributo ó hechos prisioneros en la guerra; medida política muy trascedental, pues separándolos de su patria y de su familia para inspirarles afecto únicamente á su bandera, creaba en medio de los súbditos cristianos de la Puerta una casta puramente militar con hábitos é intereses especiales. Hacian ondear en su estandarte una media luna de plata y la espada de dos filos de Omar, y manifestaban su descontento ó aprobacion congregados en derredor de la marmita comun. Orkhan quiso dar á la institucion de esta tropa un carácter religioso. Un jeque venerable hizo la ceremonia de bendecir la nueva milicia y de darles nombre. Puesto á la cabeza de sus filas, extendió la manga de su vestido sobre la cabeza del soldado que estaba mas cerca, y le dió su bendicion en estos términos: «Llámense genízaros ó soldados nuevos: brillarán siempre por su valor; su brazo será temible, su sable estará siempre afilado; ¡ojála sus flechas alcancen siempre á la cabeza de sus enemigos, y vuelvan blancos ó ennoblecidos de todas sus empresas!» En conmemoracion de esta ceremonia llevaban los genízaros en el turbante un pedazo de fieltro colgando por detrás y representando la manga del santo derviche. Tal es el orígen de este cuerpo formidable, terror de los extranjeros y espanto de los mismos sultanes, de cuya vida han dispuesto en mas de una ocasion, y que, compuesto en su orígen de solos mil hombres, fueron aumentándose sucesivamente sus plazas, hasta llegar á componer, en tiempo de Mahomet IV, el número de veinte mil. No puede menos de causar extrañeza el que con una organizacion semejante hayan sido los genízaros el principal instrumento de las conquistas de los turcos, y que se hayan identificado con sus tradiciones hasta el punto de ser una rémora permanente contra cualesquiera reformas políticas y sociales. Sin duda eran un recurso permanente para los soberanos turcos, soldados, como los genízaros, consagrados absolutamente á la defensa de su señor, y ajenos por su orígen y naturaleza de toda simpatía con el pueblo; mas de una vez contribuyeron á consolidar el poder de la nueva dinastía y á sofocar las insurreciones de los vasallos del imperio; pero esa misma importancia de que se hallaban revestidos era un aliciente continuo que aumentaba sus pretensiones. Hubo un momento en que llegaron á ser omnipotentes; mas de un emperador sucumbió al filo de sus puñales ó fué elevado en medio de sus orgías; y muchos, para tenérselos propicios, recurrieron al

medio impolítico de hacerles distribuciones de dinero, que ellos hicieron forzosas para ciertas ocasiones solemnes. De este modo se relajó completamente su disciplina, los privilegios que gozaban fueron aumentándose progresivamente, obtuvieron el monopolio de los molinos de café, cuya bebida, tan general entre los turcos, solo podia venderse en un punto dado de toda la ciudad; y por último, llegó á tal grado su insolencia, que el Gobierno tuvo que pensar seriamente en su reforma. Ya á fines del siglo pasado no se reclutaban entre los jóvenes robados á los cristianos, sino entre los hijos y familias de los mismos genízaros, lo cual aumentaba entre ellos el espíritu de cuerpo; pero en cambio vivian sobre el país, como todo el resto del ejército, y á excepcion de doce mil, que eran los únicos que en tiempo de paz recibian una pequeña paga, los demás tenian que sostenerse con el trabajo de sus manos; lo cual les ponia en íntimo y continuo contacto con el pueblo, y hacia mucho mas temible su cooperacion en cualquiera asonada. Por eso no bien subió al trono el emperador Mahamud II, se ocupó de la definitiva reorganizacion de este cuerpo: empezó por crear tropas por el sistema europeo, y cuando conoció que tenia fuerza para desprenderse completamente de los genízaros, los extinguió por medio de un *firman* expedido en 1826; librándose con ello, y quitando á sus sucesores, ese continuo foco de revueltas y disturbios que entorpecia la marcha del Gobierno bajo cualquier pretexto, y ponia á cada paso en peligro la seguridad y hasta la vida del jefe del Estado.

VIII.

La inesperada muerte de Soliman en medio de sus triunfos abrió el camino del trono al hijo menor de Orkhan, llamado Murat ó Amuráies I. No bien habia cerrado los ojos su padre, en 1360, á la edad de 75 años, se apoderó del imperio, y sus primeras miradas se dirigieron hácia Europa, conforme en esto con las ideas de su difunto hermano. El débil y moribundo imperio de Oriente ofreciale ocasion oportuna para aumentar sus dominios: y poco tiempo necesitó para verse dueño de toda la Romanía y de la Tracia, desde el Helesponto hasta el monte Hémus. Los hermosos caballos de que abunda este país sirviéronle para reponer su caballería, y en seguida marchó sobre las razas esclavonas que habitaban entre el Danubio y el Adriático: hizo de Andrinópolis la segunda capital de su imperio, y se erigió en protector de los ragusos, gobernados á la sazon por los podestás ó jefes de las repúblicas italianas. Hablando de este protectorado, dicen los historiadores que los ragusanos, no fiándose mucho de las palabras del que amenazaba avasallarlo todo al filo de su espada, quisieron asegurar por medio de un tratado las bases de su sumision: redactóse el convenio á gusto de ambas partes, y no faltaba ya mas que firmarlo para quedar ultimado. Pero

Amuráles no sabia escribir; trajéronle el tratado extendido, y no sabemos si sus astutos rivales contaban con esta circunstancia, y quisieron atraer el rídiculo sobre el orgulloso soldado que en un acto oficial se veia precisado á confesar su ignorancia; mas se encontraron burlados si así lo pensaron. Amuráles metió su mano derecha en el tintero, estampóla en el papel, y dejó cortados y suspensos á los mismos que quisieron ridiculizarle. Esta ocurrencia fué muy celebrada en el palacio imperial; estudiáronse los rasgos y el contorno de aquella mancha, y los sultanes la adoptaron á manera de firma, después de haber sido embellecida por los calígrafos, enlazando en ella el nombre del Príncipe.

La nueva residencia adoptada por Amuráles no podia menos de producir vivas alarmas en Constantinopla. Hasta ahora habia sido atacada sucesivamente esta capital, durante el transcurso de diez siglos que contaba de existencia, por los bárbaros de los dos extremos del globo; pero nunca se habia visto, como ahora, completamente rodeada de enemigos. Juan VII Paleólogo no encontró para conjurar el peligro otro medio que acudir al papa Inocencio IV, ofreciéndole, si acudia en su ayuda, someter su iglesia á la de Roma, y reconocer la supremacía de esta. No podia haber ideado el Emperador griego mejor medio de interesar en su causa á la Silla Apostólica. Prometióle el Pontífice suministrarle veinte buques de guerra con quinientos caballos y mil peones; pero los príncipes con quienes contaba para el cumplimiento de su oferta eludieron bajo mil pretextos la reclamacion de Inocencio, y solo el conde Verde, con cuyo nombre era conocido Amadeo VI de Saboya, se puso á la cabeza de un ejército que batió á los turcos y recobró á Galípolis; en reconocimiento de cuyo servicio llevó su gratitud el Príncipe griego hasta á excusar embajadores y encaminarse en persona á Roma, reconociendo el dogma y la supremacía de la iglesia latina. La muerte del Papa rompió, sin embargo, el curso de las negociaciones; y Paleólogo se vió abandonado de tal manera, que sus acreedores le detuvieron en Venecia, donde permaneció hasta que su hijo Manuel vendió para rescatarle lo poco que de su pasada magnificencia quedaba al imperio de Oriente.

Semejante estado de postracion no era el mas á propósito para disminuir la influencia de los emperadores otomanos. Amuráles mandaba como amo en Constantinopla, daba órdenes á su capricho al Príncipe griego, y no sabemos cómo con tales elementos no concluyó por apoderarse de aquella ciudad, que un siglo después habia de ser la sede del gobierno de sus sucesores. Pero el hecho es que, en vez de acometer esta empresa que á cinco siglos de distancia nos parece muy fácil y sencilla, dirigió sus armas contra los esclavones, y la batalla de Cassova extinguió la liga y la independencia de esas tribus mandadas por los príncipes de Servia, Bosnia, Erzegowina y Albania, confederadas con los valacos, los polacos y los húngaros. La victoria, sin embargo, costó cara á los turcos: ocupado Amuráles en examinar los cadáveres, pues le habia sorprendido que la mayor parte fueran adolescentes, salió de en medio de ellos Milosch Kobilovitch,

soldado servio, que de propósito se habia escondido, se abalanzó á él y lo hirió de muerte; por cuyo hecho se ha perpetuado entre los de su nacion el nombre del regicida, invocado en los cantos populares como el libertador de su patria.

IX.

A pesar de que los triunfos y conquistas de los otomanos habian hecho cambiar por completo y de una manera alarmante sus relaciones políticas con el resto de la cristiandad, y no obstante que la actitud de los nuevos invasores en las fronteras de la Alemania fuera para aquella un peligro mas inminente aun que las correrías transitorias de los tártaros, no se adoptó respecto á ellos resolucion alguna definitiva. Bayaceto I, sucesor de Amuráter, y llamado el rayo por la violencia de su carácter y la rapidez de sus marchas, siguió el mismo sistema de conquistas que su antecesor: apoderóse de todas las ciudades que quedaban á los seldjucidas, y tomó á Filadelfia, último punto que poseyó en Asia el imperio griego. Aunque decíase celoso partidario de la religion del Profeta, lo mismo atacaba á los príncipes cristianos que á los emires mahometanos, á los cuales indistintamente despojaba de sus estados; y para asegurar sus comunicaciones entre el Asia y Europa, que hasta entonces habian sido difíciles y arriesgadas, estableció en Galípolis una escuadra crucera que barria el Helesponto é interceptaba cualesquiera auxilios que los latinos pudieran enviar á Constantinopla. Obligó á sus soldados á observar la mas rigorosa disciplina; infundió la confianza entre sus súbditos, dotando competentemente á los cadís ó encargados de administrar justicia, para poder luego castigar severamente su venalidad, y trató de purgar el país de los malhechores que lo infestaban. Todavía, sin embargo, traia muy poca fecha la creacion del imperio, y la principal atencion de sus jefes habia de dirigirse hácia la guerra. Fuerte con sus numerosos triunfos, y pareciéndole ya demasiado humilde el título de emires, que habian llevado hasta entonces los jefes de la casa otomana, crecieron sus pretensiones y solicitó del Califa, que todavía conservaba en Egipto una sombra de soberanía, se lo cambiase por el mas sonoro y magnífico de sultan. Accedió á la demanda el Califa; y deseoso Bayaceto de merecer su nuevo dictado, llevó la guerra á Hungría, teatro ordinario de las victorias y derrotas de los turcos. El rey Sigismundo, empero, hizo un llamamiento á toda la cristiandad para defenderse á sí propio. Como hijo y hermano que era de los emperadores de Occidente, levantó á su voz lo mas selecto de los caballeros franceses y alemanes, y cien mil guerreros que se jactaban de si el cielo se caia poder sostenerlo con sus lanzas, encontráronse reunidos con la cruz al pecho para repeler á los turcos; mas los príncipes cristianos no formaban liga real ni tenian el sentimiento del peligro que habia traido esa coalicion. Resultado de esto fué que su valor, desprovisto de prudencia, sufrió un cruel descalabro en

la batalla de Nicópolis : el mayor número de los caballeros pereció en el campo al filo de la espada, otros se ahogaron en el Eufrates, y el mismo Rey húngaro, después de haber expuesto su vida y su corona, se refugió por el mar Negro á Constantinopla, y de allí, dando rodeos, regresó á su reino desolado. En seguida Bayaceto amenaza embestir á Buda y invadir la Alemania y la Italia, vanagloriándose de que muy pronto echaria á su caballo un pienso de avena en el altar de San Pedro del Vaticano. Un ataque repentino de gota le impidió, sin embargo, hasta el intentar semejante sacrilegio, y esta indisposicion pasajera de un solo hombre evitó acaso desgracias sin cuento, y no sabemos si la ruina del antiguo mundo civilizado. Pero no le impidió ella abusar inhumanamente de la victoria: hízose llevar á su presencia á todos los prisioneros, y después de haber reservado al conde de Nevers, hijo del duque de Borgoña, conocido mas tarde con el nombre de Juan Sin Miedo, y á otros veinte y cuatro príncipes ó señores de cuya alcurnia y opulencia se informó por medio de sus intérpretes, mandó degollar á todos los otros, que no quisieron abjurar de su fe por la ley del Profeta, en venganza, decia, de los prisioneros turcos degollados por los franceses la víspera de la batalla. Uno de los pocos que quedaron con vida obtuvo de Bayaceto permiso de ir á Francia para contar esta lamentable historia y promover el rescate de sus compatriotas, á los cuales entre tanto llevó consigo en sus marchas, sirviéndole de trofeo en Asia y Europa, y luego los encerró en Brusa, mientras él aguardaba la respuesta en su capital. La relacion de sus infortunios no pudo menos de excitar las mas vivas simpatías. Imposibilitados los franceses de vengarlos con las armas, apresuráronse á enviar á Bayaceto presentes para interesarle en favor de sus prisioneros. El rey de Francia, Cárlos VI, envió una coleccion de aves de rapiña amaestradas para la caza, que fué muy del gusto del Príncipe otomano; Lusiñan, conde de la Marca y de Angulema, presentóle un salero de oro, cuya mano de obra excedia en valor al de la materia; otros señores remitieron piezas de tela color de grana, imitando la púrpura imperial, y tapices fabricados en Arras, en los cuales se habian dibujado las batallas de Alejandro. Pero Bayaceto concluyó por aceptar dos mil ducados por el rescate del conde de Nevers y de los barones que habian quedado con vida, á todos los cuales puso en libertad, después de haberse asegurado del pago de aquella suma con la garantía de unos traficantes genoveses, que afianzaron por un quíntuplo el importe de ella. Antes, empero, de partir los prisioneros, en vez de hacerles jurar que jamás tomarian las armas en lo sucesivo contra su vencedor, como se habia estipulado en el convenio, dijo en tono arrogante al presunto duque de Borgoña: «No te exijo el juramento pactado de que no harás armas contra mí; eres jóven, y quizás tengas el designio de vengar tu pasada afrenta. Reune pues tus fuerzas militares, haz un nuevo llamamiento á toda la cristiandad; pero está seguro de que siempre hallarás á Bayaceto pronto á ofrecerte el desquite, y á aprovechar la ocasion de obtener una nueva victoria.»

X.

Tal fué el éxito de la última cruzada, levantada mas por intereses y relaciones de familia que por celo é interés religioso; y así fué que el éxito de las armas mahometanas ejerció muy poca influencia en los gabinetes de Europa, y ninguna simpatía excitó la perdida de una ciudad imperial y cristiana. En vano cuatro emperadores visitaron sucesivamente el occidente europeo, mendigando socorros para poner un dique á las armas de los turcos, que amenazaban aniquilar la cristiandad toda ; las cruzadas habian caido en un total descrédito, y nadie se interesaba ya en unas empresas en que no veia mas resultados hasta entonces que infinitas pérdidas de hombres y de riquezas. El imperio griego excitaba, por otra parte, muy pocas simpatías en el resto de la cristiandad; sus relaciones con el Occidente habian sido cada dia mas escasas desde que el gran cisma del siglo xi habia roto la antigua comunidad de creencias. Su aislamiento geográfico, unido á su idioma extraño, contribuyeron á que de mucho tiempo atrás fuera considerada Constantinopla casi como si no formara parte de la sociedad europea; y la misma conducta débil y vacilante de sus emperadores, tan pronto á unirse con los infieles contra los cristianos, como á estos contra aquellos, contribuia á aumentar el desprecio con que eran tratados. Ya hemos dicho que los emperadores de Oriente habian sucumbido hasta el punto de consentir enlaces entre su familia y las de los príncipes otomanos ; en mas de una ocasion habian enviado los sultanes á sus hijos á educarse en la corte de Bizancio, y tambien mas de una vez habian sido recibidos y obsequiados por los infieles varios príncipes cristianos; hasta habian obtenido los turcos de los césares que les permitieran construir una mezquita en medio de su corte. Todas estas concesiones, aunque fueran arrancadas por el derecho del mas fuerte, no habian hecho mas que aumentar la indiferencia de la Europa cristiana hácia ellos. Entre tanto el poder otomano crecia con una regularidad y una constancia de que no hay ejemplo en las naciones orientales. Aunque el paso de los turcos de Asia á Europa hubiera podido cuando menos retardarse con solo defender el paso de los Dardanelos, cosa que podria hacer el imperio griego, pues los turcos no tenian armada ni conocian el arte de la navegacion, dejóseles cruzar, sin embargo, el Helesponto con los buques que pudieron adquirirse, y el paso del estrecho no era ya mas que un incidente ordinario de sus correrías. El emperador Juan Paleólogo, por su parte, después de haberse sustraido de un tutor exigente, fué por espacio de treinta y seis años frio espectador de la ruina de su imperio. A virtud de las estipulaciones contraidas con los otomanos, tuvo que acompañar á Amurátes en la expedicion que organizó para subyugar á los seldjucidas de la Romanía. Su hijo mayor Andrónico, aprovechando esta ausencia, tramó una conjuracion con Saoudji

(Contuza), hijo de Amuráteś, para derrocar cada cual á su padre respectivo; pero, habiendo abortado la trama, costó la vida á Saoudjí, y Andrónico fué condenado á quedar vizco por medio de la accion del vinagre hirviendo, y á ser encerrado en la fortaleza de Anema. Desde aquí hizo llegar sus quejas á los oidos de Bayaceto, el cual voló en ayuda del recluso : derribó del trono á su padre y á su hermano Manuel, á quien se habia asociado en el imperio, y los encerró en Anema, sustituyéndolos con Andrónico. Dos años mas tarde pudo escaparse Juan y su hijo con la ayuda de un monje acusado de magia, y habiendo logrado excitar de nuevo la guerra civil, fué necesario para obtener la paz repartir todavía el insignificante fragmento á que habia quedado reducido el mundo romano, que todo él no tendria mas que unas cincuenta millas de largo por unas treinta de ancho. Este giron, apénas comparable á uno de los mas ínfimos principados de la Alemania, conservaba, sin embargo, una inmensa importancia por la sombra que le daba su capital : dejóse esta en el reparto á Juan y Manuel, y Andrónico y su hijo se establecieron en Selimbria, desde donde mandaba y gobernaba el resto. Satisfecho Juan con la fastasma de poder que se le dejaba, entregábase sin freno á su pasion por las mujeres, que le dominó toda su vida, sin avergonzarse de la servil dependencia en que se hallaba. Una vez quiso fortificar un punto de la ciudad; mas Bayaceto le intimó destruir las obras, y tuvo que obedecer dando en rehenes como garantía de su enmienda á su propio hijo Manuel, que fue encerrado en la torre de Brusa; y aunque sea hacerle demasiado honor el atribuir su muerte al sonrojo de esta nueva humillacion, el hecho es que desde entonces fué visiblemente decayendo su salud, y sucumbió al fin en 1391.

No bien supo Manuel la muerte de su padre, se fugó de Brusa, y acudió á posesionarse del imperio, reducido á la ciudad de Constantinopla; pero Bayaceto le envió el siguiente mensaje : «Con ayuda de Dios, nuestra invencible cimitarra ha sometido á nuestra obediencia casi toda el Asia y una buena parte de Europa, en la que esta enclavada Constantinopla ; nada te queda fuera de su recinto ; sal, pues, de ella, ponla en nuestras manos, contrata tu recompensa, y considera las funestas consecuencias que tu negativa ha de atraer irremisiblemente sobre tí y sobre tu pueblo.» Los mensajeros, sin embargo, llevaban instrucciones reservadas para dulcificar el rigor de esa nota. Bayaceto pensó en un principio enseñorearse de la ciudad, pero á las indicaciones de su visir, que le hizo comprender que semejante empresa podia concitar una liga de las potencias cristianas en contra suya, varió de dictámen : dió á su enviado órden de que entrara en arreglos, y treinta mil escudos de oro anuales fueron el precio de una tregua de diez años que se dignó concederles su arrogante vencedor. Pactóse además que se estableceria en la ciudad un tribunal de cadís y se erigiria una mezquita para dar públicamente culto al dios de Mahoma. Esta última cláusula afligia sensiblemente á los cristianos; y Bayaceto, por su parte, no observaba la tregua con toda la buena fe que fuera de desear. Declaróse protector del príncipe de Selimbria, que sostenia una guerra

continua con Manuel, y con ese pretexto llegó á tener enteramente bloqueada la ciudad. Inútiles fueron los auxilios enviados por el rey de Francia, á quien se dirigió Manuel en semejante apuro : el mariscal Boucicault logró, es cierto, levantar el sitio de Constantinopla; pero al cabo de un año tuvo que marcharse por falta de víveres, y para no dejar á su protegido expuesto á los insultos del Sultan, ofreció á Manuel llevarle á la corte de Francia, donde por sí mismo podria proporcionarse auxilios de hombres y de dinero, aconsejándole al mismo tiempo que, á fin de hacer cesar la guerra civil, cediese el trono á su primo. Aceptó Manuel la propuesta, instaló en Constantinopla al príncipe de Selimbria, y se creyó ganancioso con haber permutado la diadema por el destierro. En vez de regocijarse Bayaceto por el éxito de su protegido, reclamó de él, como propiedad suya la ciudad de Bizancio; el Emperador se negó á entregársela. Sitióla de nuevo y mas estrechamente el Sultan, y es probable que su caida en poder de los infieles se hubiera anticipado cincuenta años, á no haber sobrevenido un incidente que ocupó por mucho tiempo la atencion de Bayaceto, y que para él terminó con la pérdida del trono y de la vida.

XI.

Demir ó Timour, que en lengua turca significa hierro, y de cuyo nombre, unido á la terminacion *beg*, distintivo de un gran señor ó príncipe, ó á la de *lenc*, cojo, han formado los europeos el de Tamorlan, descendia de Carashat Nevian, visir que habia sido de Zagatai, en el reino de Transoxiana, comprendido entre las conquistas de Gengis-Khan. Nació en la Gran Bucaria, cerca de Samarcanda, célebre en otro tiempo por haber residido en ella el terrible Mohamed-Aladino, y arrebatada luego á los turcos por las tropas de Gengis. La historia de los primeros años de Tamorlan está envuelta en mitos y leyendas : píntanlo las crónicas de gallarda apostura, instruido en el persa, en el turco y en el mongol, y fervoroso sectario del islamismo. Segun ellas, el deseo de propagar la religion de Mahoma y engrandecer el imperio de Zagatai, le hizo empuñar las armas cuando apenas tenia doce años, y después de haberse creado algunos partidarios en las selvas y en las llanuras del Asia, acometió la empresa de libertar á su país. El prestigio que le daban su valor y sus prendas personales engrosaron sus filas extraordinariamente; y como el estado de anarquía á que se hallaban reducidas las provincias sometidas antes á Zagatai, prestaba cómodo aliciente á sus instintos y á sus proyectos, pudo conseguir que en una de tantas revueltas como asolaban la comarca se le reconociera y proclamara khan con el titulo de Saheb-Keran, ó señor de los cuernos de Oriente y Occidente, aludiendo quizá á la media luna de su enseña. Ceñida ya la diadema régia, jura á sus tenientes emprender la conquista del mundo entero, en el cual no de-

bia haber mas que un rey, así como un solo Dios rige el universo todo; y el éxito hizo ver que semejante juramento no era una simple fanfarronada. Antes de morir habia añadido veinte y seis coronas á la de Zagatai; millares de ciudades de Persia, de Tartaria y de la India habian doblegado su cuello al yugo del invencible *Khan*, título que habia tomado después de tantas victorias; y habiéndolas celebrado en su corte de Samarcanda con toda la munificencia propia de príncipes orientales, resolvió volver sus armas contra otros enemigos, anunciando una expedicion de siete ejércitos sobre el Asia occidental.

Acampado á las orillas del Gánges, supo Tamorlan los disturbios suscitados en los confines de la Georgia y de la Anatolia, la rebelion de los cristianos y los ambiciosos proyectos de Bayaceto. Empezó por atacar á los segundos, forzándolos á optar entre la esclavitud y el islamismo; y á su vuelta envió al Sultan de los turcos un mensaje concebido en estos términos: «Vil hormiga, engreida por unas cuantas victorias obtenidas contra los cristianos: ¿cómo te atreves á irritar á los elefantes y á provocar el rayo suspendido sobre tu cabeza?» Bayaceto no fué mas dulce en su respuesta: «Las flechas del desierto, decíale, no pueden compararse con los sables invencibles de mis genízaros:» y el sobre ó direccion de esta carta decia así: «Al ladron del desierto, vencedor por su perfidia y por los vicios de sus enemigos.» Con tales cumplidos no era natural que se evitara la guerra. Circulaban en el ejército otomano las mas siniestras relaciones sobre la crueldad de Timour-Leng: ora se referia que habia hecho levantar torres vivientes con los cuerpos de los prisioneros puestos unos sobre otros á guisa de sillares, y unidos con acilla y cal; en otras partes habian sido arrojados los prisioneros de diez en diez, atada la cabeza entre las piernas, en anchos fosos que luego se cubrian con tierra y tablas. Todos estos rumores probaban cuando menos el terror que producia la aproximacion de Tamorlan. Bayaceto habia despreciado en un principio sus amenazas, y hasta habia acometido por segunda vez el sitio de Constantinopla; pero la toma de Siwa ó Sebasto le despertó de su letargo; y dejando la vida muelle y afeminada del serrallo corrió en busca de su mortal enemigo. Ebrio de poder y de presuncion, y ufano de sus victorias precedentes, sale al encuentro de Timour-Leng, y le alcanza en una llanura cerca de Angora (*Ancyra*), la misma en que Pompeyo habia vencido á Mitridates. Cuatro hijos del Khan tártaro y cinco del Sultan otomano tenian un mando en el ejército de sus padres. Timour habia cubierto el frente de su ejército con una línea de elefantes cargados de torres llenas de arqueros y de fuegos griegos, cuyas evoluciones, unidas á la superioridad de la caballería tártara, introdujeron muy pronto el desórden en las filas de su enemigo. Empezó el combate á las seis de la mañana y duró hasta el anochecer. En vano Bayaceto hizo durante toda la jornada prodigios de valor; abandonado por las tropas de Aidui, que reconocieron á su Príncipe entre las filas contrarias, el esforzado Sultan á la cabeza de sus diez mil genízaros, rechazó durante todo el dia los ataques del enemigo; pero habiendo surgido una nueva sedicion entre sus tropas, y agobiados aquellos valien-

tes bajo los dardos de los tártaros, no quedó á Bayaceto mas recurso que apelar á la fuga. Perseguido en ella por el kan titular de Zagatai, cayó del caballo y fué hecho prisionero. Cuéntase que en esta batalla, la primera en que los turcos habian medido sus fuerzas con los tártaros en una lucha general, perecieron cuatrocientos mil hombres. De los cinco hijos del Sultan que asistieron á la pelea, tres lograron escaparse, otro desapareció sin que se supiera mas de él, y el quinto acompañó á su padre en su cautiverio. Conducido Bayaceto á presencia de su vencedor, fué acogido con todas las atenciones debidas al valor desgraciado. Informado de que el Sultan prisionero se hallaba á la puerta de su tienda, sale á su encuentro, hácele sentar á su lado, y en vez de encerrarlo en una jaula de hierro, como han supuesto algunos historiadores, se contentó con reconvenirle en términos blandos y corteses por haberse empeñado en contrariar los decretos del destino. Animóle en seguida á llevar con resignacion su desgracia, y le alojó á él y á su hijo en un magnífico pabellon, en el que fueron custodiados con respeto, aunque con vigilancia. Ni estas atenciones, ni la formal promesa que le hizo Timour de restablecerlo en el trono de sus mayores, fueron bastantes á dulcificar su situacion desgraciada, y atacado de una profunda melancolía, murió en Aksheh el 9 de marzo de 1403, al año de su derrota. Su vencedor se mostró generoso con su cadáver: hízole trasladar pomposamente al mausoleo que habia hecho construir en Brusa, puso en libertad á su hijo Muza, que habia sido su compañero de infortunio, colmóle de presentes, y hasta le entregó una patente roja que le declaraba soberano de la Anatolia.

XII.

La muerte de Bayaceto fué para el imperio otomano el principio de una era de anarquía y de desórdenes, que le pusieron otra vez al borde del precipicio. Después de haber recorrido Tamorlan en triunfo toda el Asia Menor, habíase retirado, ya septuagenario, á su corte de Samarcanda, desde donde saboreaba la larga serie de sus conquistas y meditaba nuevas empresas. Pero la ausencia del terrible vencedor hizo despertar entre los otomanos, y principalmente entre los emires subyugados y derrocados por Bayaceto, el deseo de ocupar sus antiguas posesiones. Dícese que, previendo esto mismo Tamorlan, habia antes de su partida sembrado los gérmenes de la guerra civil entre los hijos del último Sultan. De los cuatro hijos de Bayaceto solo Soliman reinaba en Europa; los otros tres se disputaban las provincias de Asia, y como ninguno de ellos reunió todos los poderes del Estado, el espacio de once años que duraron estas disensiones intestinas es considerado por los historiadores como un interregno. Cada uno de los cuatro pretendientes fué saludado como sultan en el punto donde se hallaban á la muerte de su padre. Soliman lo fué en Andrinópolis, donde se habia retirado, y desde

allí pasó á Brusa, de cuya ciudad se apoderó; luego recobró muchos de los puntos tomados por las tropas de Tamorlan; pero en medio de su carrera perdió el trono y la vida á manos de su hermano Muza ó Iza, el cual á su vez fué depuesto y muerto por su otro hermano Muhammet ó Mahometo, que al fin logró ceñir solo el sable del Profeta. En medio de esas luchas fratricidas no se habian descuidado los griegos en implorar auxilios para mejorar su suerte. Ya hemos dicho que al encaminarse á Europa el emperador Manuel II, habia dejado en Constantinopla á su sobrino el príncipe de Selimbria, con cien hombres de armas francos, otros tantos escuderos y algunos ballesteros, por toda defensa; y que él, siguiendo los consejos del mariscal de Boucicault, habia emprendido una peregrinacion cerca de todos los monarcas de Occidente, impetrando su ayuda para reconquistar el trono de sus mayores. Pero lo único que sacó de su viaje fué una acogida favorable y el señalamiento de una pension por el emperador Cárlos V. Las ciudades de Venecia, Milan, Paris y Lóndres hiciéronse sordas á sus súplicas; y viéndose de este modo desamparado, regresó á Constantinopla, destituyó á su sobrino, y empuñó de nuevo las riendas del Estado, aunque solo para tomar partido, ya por uno, ya por otro de los hijos de Bayaceto, en vez de dedicarse á la reorganizacion y aumento de su agonizante reino. Llevó su complacencia hácia Mahomet hasta el extremo de admitir la tutela de sus hijos, que al morir le confiara. Asegurada así por este lado su influencia, y contando con el ascendiente que contaba entre las tropas, pudo Mahomet reponer poco á poco su patrimonio, y consiguió, á fuerza de constancia y de política, trasmitir el reino á su sucesor Amurátes, tan fuerte y tan vigoroso como lo era antes de la batalla de Angora. El completo restablecimiento de un estado casi extinguido es un acontecimiento que no tiene compañero en la historia; para conseguirlo bastó á Mahometo el tiempo de solos diez años, y por ello mereció que un escritor musulman le llamara «el Noé que salvó el arca del imperio, amenazado por el diluvio de los tártaros».

La cláusula del testamento de Mahomet, en que confiaba la tutela de sus hijos al Emperador griego, fué mirada por los otomanos como una ofensa á su dignidad y á su religion; y el divan decidió que no se podia abandonar la educacion y hasta la vida de sus príncipes á un infiel. Ofendido Manuel de este desaire, reune á sus consejeros, y decide, después de haberlos oido, poner en libertad á un cierto Mustafá que, con verdad ó con engaño, se habia hecho pasar por el hijo de Bayaceto, perdido desde la batalla de Angora, y á quien la corte de Constantinopla retenia en rehenes ó en cautiverio, recibiendo por ello del Sultan una pension de trescientos mil aspros. Como precio de su soltura estipularon los emperadores que les devolveria á Galípolis; mas no bien se vió Mustafá dueño de la Romanía, olvidó sus juramentos, y declaró que mas queria que se le tuviera por perjuro, que tener que dar cuenta de la entrega de una ciudad musulmana en manos de los infieles. De este modo Manuel atrajo sobre sí la enemiga de ambos rivales,

y victorioso Amurátes de su competidor, aprestóse para el sitio de Constantinopla.

Todavía, sin embargo, no habia llegado la hora de dar cima á esta empresa, tantas veces acometida y siempre abandonada. Doscientos mil turcos emprendieron esta nueva cruzada, ávidos unos de riquezas y de placeres, ansiosos otros de alcanzar la corona del martirio en defensa y propagacion de su fe; pero los muros de Constantinopla se mantuvieron firmes : sus defensores resistieron todos los asaltos, y las apariciones y otros sucesos maravillosos vinieron á infundirles mayor brio y denuedo. Al cabo de dos meses de sitio, una insurreccion, promovida por los griegos, obligó al Sultan á retirarse precipitadamente á Brusa donde se ensañó con la sangre de su hermano, y esta súbita marcha proporcionó á Bizancio otros treinta años de reposo precario.

Pero Manuel no cedia en sus instancias cerca de los papas : á trueque de obtener auxilios para poner su residencia á salvo de otro golpe de mano como el que acababa de amenazarle, ofrecia hacer ciertas proposiciones : el Pontífice, por su parte, se negaba á ultimar toda especie de acomodo, si no le precedia una completa y solemne abjuracion de sus errores religiosos y la sumision espiritual del Emperador á la Sede apostólica : el sitio de Constantinopla habia reducido á Manuel á reconocer casi paladinamente la doble procesion del Espíritu Santo, y el celo de una parte y el infortunio de la otra trajeron las cosas á negociaciones de paz y caridad. Bajo las muestras de celo, sin embargo, era fácil reconocer que todo era una pura falsía de parte de la corte y de la Iglesia griega. Segun que el peligro era mas ó menos inminente, precipitaba ó daba largas el Emperador á las conferencias, hasta que de último estado se le obligó á formular sus reclamaciones. Tres eran los puntos sobre que sucesivamente estaban los griegos dispuestos á abrir negociaciones, en esta forma : que darian un auxilio de hombres y dinero, que se celebraria un concilio, y por último, que se verificaria su reunion á la Iglesia de Occidente. Los latinos eludian el segundo, y querian que el primero fuera solo una consecuencia y como una recompensa del cumplimiento del tercero. Por ciertos documentos relativos á la historia secreta de la corte de los Paleólogos se sabe el doblez con que Manuel procedia en este asunto, del cual queria sacar partido, ora favoreciendo los deseos de los papas, ora alimentando las esperanzas de los sultanes. El hecho es que las cosas quedaron en tal estado ; que Manuel consiguió eludir la reunion del concilio, y que conservó tranquilamente su reino hasta la edad de setenta y ocho años en que murió vestido con hábito religioso, dejando su harto reducido reino presa de las ambiciones de sus cinco hijos, que encarnizadamente se disputaron aquellos miserables despojos de la antigua soberanía de los Césares.

La abdicacion de Amurátes cuando se hallaba en el apogeo de su gloria, cuando acababa de deshacer con su acero la cruzada promovida por Ladislao, rey de Polonia y de Hungría, que murió en la demanda, secundada por el famoso Juan Hu-

niade, y cuando habia agregado á sus dominios vastos territorios y quitado á la república de Venecia la plaza importantísima de Tesalónica, fué atribuida por algunos al pesar que le causó el infructuoso sitio que sostuvo contra la capital de Albania. La poca edad de su hijo y sucesor obligóle, sin embargo, á abandonar muy pronto el asilo á que se habia retirado. Una sublevacion de los genízaros y la renovacion de las hostilidades por parte de los húngaros le hacen ponerse de nuevo á la cabeza del gobierno, y su sola presencia es bastante para disipar el terror que se habia apoderado de los musulmanes: otra vez los condujo á la victoria contra el fogoso Huniade, y cinco años después murió de un ataque de apoplegía en una isla cerca de Andrinópolis en medio de los placeres de un festin.

XIII.

A pesar de lo efímero de su poder, el emperador Juan Paleólogo, hijo mayor de Manuel y sucesor del señorío de Constantinopla por cesion de los otros hermanos, no pudo menos de experimentar un vivo placer al ver disputarse su amistad por todas las potencias cristianas de Occidente, mezcladas en el gran cisma de Aviñon. Los padres del concilio de Basilea aspiraban á la gloria de volver los griegos y los bohemios al redil de la Iglesia, y unos emisarios, enviados al efecto, hicieron ver al Emperador y al patriarca de Constantinopla la conveniencia de que tomaran parte en una asamblea depositaria de la confianza de todas las naciones de Occidente. No disgustó enteramente á Paleólogo la propuesta: concluyó por aceptarla, y después de zanjadas ciertas dificultades sobre la ciudad en que se celebraria su entrevista con el Papa, designóse á Ferrara como punto para la conferencia, y se dieron las órdenes para la traslacion de los obispos reunidos en Basilea. La escuadra veneciana destinada para su trasporte apénas pudo librarse del almirante Romano que recibió órden de atacarle; y esta noticia alarmó á Juan sobremanera. Ya Segismundo le habia hecho mil instancias para que no emprendiera el viaje de Ferrara: el mismo Amurátes, á quien pidió consejo sobre ello, trató de disuadirle, comprometiéndose, sin embargo, á respetar inviolablemente á Constantinopla durante su ausencia si al fin se decidia á emprender el viaje. Emprendiólo en efecto, y celebróse el convenio; pero el clero no quiso ni acceder al derecho de union ni admitir en sus cargos eclesiásticos á los firmantes del convenio: por todas partes se manifestó un sentimiento unánime de repugnancia hácia el concilio de Florencia; y los monjes, únicos árbitros y dueños de la conciencia del populacho, hiciéronle tomar parte á favor de los que rechazaban la union. Dos partes abrazaba este tratado: una puramente religiosa y otra política. Respecto de la primera, decidióse que la Iglesia griega admitiria el uso del pan azimo en la Eucaristía, la naturaleza del Purgatorio, la supremacía del Papa y la doble procesion del Espíritu Santo. La cuestion

política se resolvió conviniendo el Papa en pagar todos los gastos de la vuelta de la corte de Constantinopla, en sostener en todo tiempo dos galeras y trescientos soldados para la defensa de esta ciudad, en suministrarle diez galeras por tiempo de un año, ó veinte por espacio de seis meses, cuando lo exigieran las circunstancias, en solicitar, en caso de apuro, la asistencia ó ayuda de los soberanos de Europa, y en que los buques que trasportaran peregrinos á los Santos Lugares hicieran escala en el puerto de Bizancio. Para ratificar la parte religiosa celebróse una misa solemne por el rito latino en la catedral de Florencia, á la que asistieron con toda pompa y en sus respectivos tronos los sucesores de San Pedro y de Constantino; y en seguida el Papa colmó de presentes á los griegos y los despidió de vuelta para su ciudad con las demostraciones de amistad, al parecer, mas sinceras y afectuosas.

Pero todas esas demostraciones eran falsas y afectadas. No bien se separaron el Papa y el Emperador, vino por tierra todo el edificio de su union : los habitantes de Constantinopla esperaban que la paz con la iglesia de Occidente aliviaria por lo menos la deplorable suerte á que se veian reducidos; mas al tomar tierra el Emperador en Corfú y en Lesbos, quejáronse en alta voz los latinos de la pretendida union que, segun ellos, no servia mas que para proporcionar un nuevo instrumento á la tiranía. Este mismo eco se repitió hasta dentro de los muros de Constantinopla, cuyo fanatismo religioso se habia exacerbado durante la ausencia del Príncipe por los consejos y sermones de los monjes. Paleólogo tuvo miedo : por un lado, temia perder la sombra de poder que le quedaba : su hermano Demetrio, por otro, amenazaba ponerse al frente de los que él llamaba ortodoxos; y para colmo de apuros el sultan Amuràtes manifestaba públicamente su repugnancia á la union de las dos iglesias. En medio de esta lucha, Juan quiso sostener su obra á pesar de habérsele amenazado de anatema si continuaba comulgando con los latinos; estos fueron perseguidos en todas partes : gran número de los que se habian adherido á la union fueron forzados á retractarse; y en medio de esta anarquía murió el Emperador, al parecer, de muerte natural, aunque la precipitacion con que se hizo su entierro suscitó mas de una sospecha de regicidio. La muerte de Juan despertó las pretensiones rivales entre dos de sus hermanos, que se creian con igual derecho á sucederle. Demetrio intentó revestirse la púrpura; pero vióse sin partidarios ni defensores; y tanto por esto cuanto por el apoyo que Amuràtes daba á Constantino, que en realidad era el hermano predilecto de Juan, abandonó aquel sus pretensiones, y dejó á su hermano el triste é inenvidiable placer de cerrar la lista de los emperadores de Oriente.

XIV.

Aunque la situacion del imperio era tal que á nadie podia sorprender su completa caida, y aunque por la rápida reseña que hemos hecho de su agonía ha podido notarse cómo habia ido debilitándose dia por dia aguardando exhalar el último suspiro, todavía es un espectáculo sorprendente el de los últimos momentos de este coloso, á quien ya tenemos con las convulsiones de la muerte, pero cuyos sacudimientos asustan aun, no de otro modo que examinando un gigante moribundo recelamos que se reanime y repita los golpes que en su lozanía le hicieron tan temible. Como si el imperio griego se hallara en disposicion de mostrarse liberal y desprendido, cede Constantino la Morea á dos hermanos suyos, á cuyo precio compró su amistad; y como si estuviera seguro de que la genealogía de los Césares habia de dilatarse mas allá de su persona, su primer cuidado fué el de contraer matrimonio. Propúsosele primero á una hija del dux de Venecia, pero los magnates no hallaron conveniente este enlace, y desairóse á la candidata; parte en seguida una embajada en busca de esposa entre las familas reales de Georgia y de Trebisonda, en cuyo mensaje se gastaron los últimos escudos que quedaban al imperio; y cuando el enviado se hallaba en la última de esas cortes, ocurrió la muerte del sultan Amurátes, á consecuencia de la cual su viuda María, cristiana é hija del déspota de Servia, se volvió, aunque con honroso cortejo, á casa de sus padres. La reputacion de talento y hermosura de María hizo que el embajador fijara en ella los ojos para compartir el trono de su amo; pero tampoco la corte encontró prudente este enlace, y la infortunada viuda sofocó su pesar en el claustro de un convento, donde tomó el hábito de religiosa. No sabemos si este desaire contribuyó á que empezaran las desavenencias entre Constantino y Mahometo: ello es indudable que este no pudo ver con buen ojo que así se tratase á la que, cristiana ó no, habia sido al fin esposa de su padre; y aunque por sí solo no fuera un motivo suficiente para producir un rompimiento definitivo, bien pronto la corte de Constantino le suministró una causa grave y harto racional para romper sus relaciones.

Habia llevado Mahometo su complacencia hácia el Emperador hasta el punto de hacerle concesiones de tierras y un donativo de 300,000 aspros, imponiéndole la única obligacion de que custodiara ó tuviera prisionero á Orkhan que, con verdad ó con engaño, pasaba por hijo de Bayaceto. Quejóse la corte griega, con razon ó sin ella, de la tardanza que experimentaba el pago de la pension, y hasta llegó á amenazar con poner en libertad al prisionero si no le entregaba en un corto plazo el doble de aquella suma. Mahometo no creyó digno de su posicion el acceder á semejantes exigencias, persuadido de que no llegaria el caso de cumplirse tales

amenazas; pero Constantino tuvo la imprudencia de llevarlas á cabo, y soltó al príncipe Orkhan. Entonces el Sultan se cree libre de sus antiguos compromisos; permitió á sus tropas el hacer incursiones en el territorio griego y llevar á pastar allí sus caballos, y habiéndose permitido Constantino prender á los invasores, Mahometo le declaró formalmente la guerra, cumpliendo así el último deseo manifestado por su padre, y sin levantar mano se ocupó en hacer los preparativos para el sitio de Constantinopla.

Bayaceto habia hecho construir, como hemos dicho, un fuerte en la orilla asiática del Bósforo por el sitio en que su canal era mas estrecho. Mahometo proyectó construir otro enfrente y en la opuesta orilla y hacerse así dueño del paso del mar Negro. Mil operarios recibieron órden de estar prontos para empezar los trabajos. En vano el Emperador puso en juego todos los resortes imaginables para hacerle desistir de su empresa : contestó á sus enviados que aquella obra tenia por único objeto el cumplimiento de un voto hecho por su padre; y que, por otra parte, siendo, como era, dueño de la orilla asiática, porque la poseian los musulmanes, y de la europea, porque los cristianos no sabian defenderla, nadie tenia derecho á impedir ni á entorpecer sus proyectos. Aumentáronse luego los trabajadores hasta el número de seis mil; el mismo Emperador dirigia en persona los trabajos, aunque protestando siempre que no era su ánimo asaltar ni atacar la ciudad; pero bien conocian sus habitantes que esas protestas no eran mas que un velo con que pretendia encubrir sus futuros designios. Acabado el fuerte en menos de tres meses, hízolo artillar con piezas fundidas en Andrinópolis bajo la direccion del húngaro Orban, y de tal alcance, que algunas enviaban sus balas de una orilla á otra. Aturdido Constantino con estos preparativos, no sabia qué partido tomar : unos le aconsejaban hacer nuevas concesiones á su orgulloso vecino; otros, mas bravos, y á los cuales se inclinaba mas el Príncipe griego, eran de dictámen de vender caras sus vidas y morir matando, si es que en los libros del destino se hallaba escrito que habia de caer en manos de los infieles el último baluarte de su nacionalidad. En medio de estas perplejidades llega á noticias de la corte que las bandas musulmanas trataban á los habitantes de la campiña de la manera mas brutal, que cada dia llevaban á cabo ó un incendio de sus cosechas ó una nueva exaccion de tributos, y que la seguridad personal y la propiedad estaban completamente al capricho de los que tantas palabras de amistad y benevolencia daban en sus relaciones oficiales. En medio de su aturdimiento idearon encerrarse dentro de los muros de su ciudad y defenderla, caso de un ataque, barrio por barrio y calle por calle, hasta que pereciera el último de sus habitantes; pero la escasez empezóse á sentir, y hubo que abrir nuevamente las puertas para buscarse alimentos. Mahometo entre tanto seguia con invencible teson el hilo de sus proyectos : encerrado en su palacio de Andrinópolis, sin salir de él mas que á deshoras y disfrazado para espiar el cumplimiento exacto de sus órdenes, entreteníase en los pocos ratos de ocio que le quedaban en hacerse repetir las profecías y augurios que los imanes

hallaban en los libros santos aplicables al éxito de su empresa. Todos ellos concordaban en que seria venturoso, y ya no tuvo reparo en poner de manifiesto sus intenciones. Empezó por intimar su sumision á las pocas ciudades que todavía obedecian á la voz de los griegos, y todas ellas se rindieron á discrecion, menos Selymbria, única que mereció los honores de un sitio ó de un bloqueo. Por fin, á mediados del mes de abril de 1453 apareció bajo las murallas de la ciudad una flota de trescientas velas conduciendo un ejército, que algunos hacen subir á trescientos mil hombres, y el mismo Sultan en persona enarboló su estandarte frente á la puerta de San Roman.

Al ver estos preparativos no dudaron ya los griegos de la suerte que les esperaba; en vano habian invocado en su agonía el auxilio del mundo entero : su suerte excitó muy pocas simpatías; en vano acudieron al Papa haciendo un nuevo acto de sumision política y religiosa, y en union de los latinos asistieron á una misa solemne en que comulgaron con pan ázimo. En el momento supremo del peligro surgieron mas vivas aun las antipatías entre los latinos y disidentes, cada uno de los cuales atribuia la calamidad presente á un castigo del cielo por su union con los contrarios. Las mismas vírgenes consagradas á Dios, puras como ángeles y orgullosas como demonios, segun la frase de un historiador, rebeláronse contra el acta de la union, y abjuraron toda especie de liga con los asociados presentes ó futuros de la Iglesia latina, cuyo ejemplo siguió la mayor parte del clero y del pueblo. Ya no hubo quien se prestara á auxiliar á los moribundos en su última hora ni quien rezase por los difuntos las preces de ritual. La Iglesia de Santa Sofía estaba desierta, mirabásele como un templo judío ó pagano : los cristianos eran mas odiados aun que los heréticos y los infieles, y declaróse en alta voz que era preferible ver dueños de la ciudad á los musulmanes á verla siquiera defendida por los impuros azimitas. El emperador Constantino, único que en tan críticas circunstancias manifestaba el valor de un héroe y el entusiasmo de un verdadero patriota, vióse á su vez abandonado de sus súbditos, y secundado por el genovés Giustiniani, hizo esfuerzos verdaderamente sobrehumanos en defensa de su trono y de su fe. Los medios de defensa, empero, comenzaban á escasear : apenas quedaba ya pólvora para cargar los cañones de pequeño calibre, únicos que podian resistir las murallas próximas á desplomarse, y los sitiadores estrechaban cada vez mas el bloqueo. Como la ciudad era inexpugnable por el lado del mar, pues se habia cerrado su puerto con una cadena de hierro extremadamente gruesa, recurrió Mahometo á un medio, que pareceria fabuloso si no lo viéramos consignado en los escritos de los cronistas contemporáneos. Formado el puerto por un golfo que penetra por entre la ciudad y el barrio de Galata, concibió el Sultan el proyecto de trasladar allí sus buques ligeros, y para ello mandó abrir un camino de cuatro millas de largo, formado de tablas de pino, untadas de sebo y grasa, para hacer rodar por ellas ochenta galeras y setenta gabarras, que con el auxilio de ciertas máquinas y á fuerza de brazo habia dispuesto que se sacasen

del estrecho. Toda esta maravillosa maniobra se llevó á cabo en una sola noche, con todas las velas al descubierto y al estruendo de las músicas militares. Separada así la ciudad de su escuadra, crece en ella la confusion : los víveres y municiones escaseaban mas cada dia, y los sitiadores se aprestan para el asalto que, segun las observaciones astrológicas de Mahometo, debia darse, para que fuera propicio, el dia 29 de mayo : prepáranse los musulmanes con ayunos y abluciones para la empresa, y el Sultan ofrece el gobierno mas rico al primero que suba á la brecha, doble paga á los soldados sin perjuicio del botin, y declara que por su parte no se reserva mas que las murallas y los edificios. A la una de la madrugada empieza el ataque : las primeras balas de los sitiadores hicieron mas ruido que verdadero daño, pero esparcieron el terror por toda la ciudad. En vano los cristianos confesaban á grandes gritos sus pecados, y sacaron en procesion á la Vírgen María para que intercediera por la salvacion de su metrópoli, librada ya otras veces del yugo de los infieles por su amoroso patrocinio; en vano Constantino hacia mas de lo que parecia posible en el momento del supremo peligro. A las ocho de la mañana parte de Constantinopla era ya presa del enemigo : habian entrado en ella los otomanos por una puerta que los sitiados no se habian cuidado de cerrar, y su presencia en las calles fué una sorpresa mas para los desdichados griegos. Ya habian perdido á su valiente general Giustiniani, muerto en lo mas recio de la pelea. En tan críticas circunstancias Ducas reune los pocos defensores que aun le quedaban : dirígese con ellos á la iglesia de Santa Sofía, reciben todos el Viático, abrázanse anegados en llanto, y juran morir con el último baluarte de su nacionalidad. A la cabeza de ellos cae el Emperador sobre los sitiadores : al contemplar la agonía de su patria pide á grandes voces que le dén la muerte sus mismos cristianos, ninguno de los cuales se presta á ello, y en el colmo de la desesperacion lánzase en medio de la pelea, y cae acribillado de sablazos. Reconocido luego su cadáver por sus botas de púrpura sembradas de águilas de oro, pasean su cabeza en la punta de una pica, y desde este momento cesa como inútil toda resistencia. Ricos y pobres, vírgenes y matronas, religiosas y sacerdotes, monumentos y bibliotecas, todo fué abandonado á la codicia y brutalidad de la soldadesca; y cuando á los tres dias entraba Mahometo en la ciudad, admirado de tanta magnificencia y sobrecogido de un asombro involuntario al ver saqueado y manchado de sangre el palacio de los Césares, no pudo menos de exclamar : «La araña ha tendido su tela en la morada de los reyes, y la lechuza ha cantado bajo las bóvedas de Efraciab.» Esta reflexion filosófica sobre la instabilidad de las cosas humanas no le impidió entregarse luego á toda la embriaguez de su triunfo ni á excesos de crueldad. Al llegar al Hipódromo llamó su atencion la famosa columna de tres serpientes, y para hacer alarde de su fuerza derribó de un golpe con su ferrada maza la cabeza de uno de esos reptiles gigantescos que los turcos tomaban por ídolos ó dioses tutelares de la ciudad. Pero estos rasgos de verdadera barbarie queria reservárselos para sí solo : al apearse del

caballo delante de la gran puerta de Santa Sofía, vio á un musulman que en medio de su fanatismo estaba haciendo pedazos el pavimento de mármol, y dándole una cuchillada le hizo recordar que si les habia concedido el saqueo, él se habia reservado para sí los edificios.

De su antigua grandeza no quedaba á Constantinopla mas que su admirable posicion que la designaba y designará como la metrópoli de un grande imperio. Andrinópolis y Brusa no fueron ya sino unas capitales de provincia. Mahometo estableció su residencia y la de sus sucesores en la hermosa colina que habia elegido Constantino, y que parece dominar la Europa y el Asia. En cumplimiento de la capitulacion, dejó á los griegos sus iglesias con la facultad de celebrar en ellas su culto: libertad en que estuvieron hasta el tiempo de Selim, nieto de Mahometo; y con el fin de atraer nuevamente á los que habian abandonado la ciudad, devolvió á Genadio la cruz y el báculo pastoral, atributos de su cargo de patriarca de Constantinopla, y dispuso que desde la puerta del Serrallo fuera conducido por sus visires y bajaes al palacio que le destinaba. Al mismo tiempo dedicó al culto musulman los templos arrebatados á los latinos; hizo destruir los fuertes de Galata, adonde estos podian retirarse, reparó los muros de la ciudad y construyó el castillo de los Dardanelos que le aseguraban el señorío del Helesponto.

XV.

La toma de Constantinopla introducia, es cierto, en Europa un estado bárbaro; pero aumentaba muy poco los dominios de Mahometo, dueño ya de todo el territorio que hoy forma su imperio. Vencedor de Scanderberg, que con el nombre de soldado de Cristo y jefe de una liga formada por los príncipes latinos se habia atrevido á hacerle frente, dispónese á cumplir el terrible juramento hecho al consagrar la mezquita de Constantinopla, y apodérase sucesivamente de la Bosnia, de Trebisonda, de la Morea y de todas las ciudades, aun las mas insignificantes que todavía obedecian ó eran propiedad de los príncipes hermanos de Constantino, que aun no se sonrojaban de llamarse herederos del imperio de Oriente. Sus repetidas victorias en Asia y Europa produjeron en la cristiandad mas espanto que la toma de la misma capital del imperio griego: nadie se creyó ya al abrigo de su cimitarra, y muchos reyes se sometieron á la dura necesidad de rendirle vasallaje. La misma Roma y Viena temieron por su seguridad, y hasta entonces no se empezaron á sentir los efectos del poco interés que habian tomado por la defensa de Constantinopla. El papa Nicolás V, que tuvo la triste suerte de que durante su pontificado se hubiera perdido ese baluarte contra los infieles, se apresuró á publicar una cruzada. Su sucesor Calisto III dispuso que mientras estuviera en peligro la cristiandad se tocase al medio dia la campana llamada de los Turcos.

Es posible que si esta chispa eléctrica hubiera inflamado todos los corazones y producido la union de los buenos creyentes, hubiérase podido reparar al menos parte de esas pérdidas; pero ni las dietas convocadas por Federico III ni el entusiasmo guerrero de Felipe, duque de Borgoña, que exhortó á la flor de su nobleza reunida en Lila á imitar á sus mayores, fueron bastantes á resucitar la fe y el valor de los tiempos pasados. Solo fray Juan de Capistrano, canonizado luego en 1690 por el papa Alejandro VIII, lleno de confianza cuando toda la Europa yacia en la postracion, se puso á la cabeza de una nueva cruzada compuesta, no ya de nobles y caballeros, sino de gente del pueblo, estudiantes, artesanos, jornaleros y frailes, armados de hondas y mazas de hierro; y habiendo obtenido de Juan Huniade, baivode de Transilvania, que se pusiera á la cabeza de ese extraño ejército, adelantóse en desórden contra los infieles á la voz de *¡Jesus!* y pudo retardar por algunos años la toma de Belgrado. Pero á los pocos dias murieron uno y otro campeon, y ya no quedaba mas que la flota pontificia para defender las islas. Pio II hizo esfuerzos inauditos para unir á los cristianos contra los turcos; pero no fué mas afortunado que sus predecesores. Desesperado de que los príncipes europeos, ocupados en la consolidacion de sus dominios, se hacian sordos á sus excitaciones, intentó el último esfuerzo, cruzándose él mismo, no para ponerse al frente de un ejército, sino para orar implorando la misericordia divina en favor de su rebaño, mientras sus soldados esgrimian la espada contra los infieles. Llegado que hubo á Ancona, vió con dolor que solo habian acudido algunos húngaros, griegos y venecianos; y aunque verificaron su embarque y emprendieron el camino de Oriente, á poco murió el Papa, y las discordias que surgieron entre los italianos desbarataron esta cruzada, aumentando con ella el valor y el orgullo de Mahometo.

Este seguia incansable el sistema de guerras y conquistas, que mas de una vez fueron manchadas con actos de la mas repugnante barbarie. Habiéndose apoderado de la Caramania, de Caffa y de Amastrech, que quitó á los genoveses, no le quedaban otros enemigos temibles que los caballeros de San Juan, los cuales no habian cesado de batallar contra los musulmanes, y que, enriquecidos por los despojos de los templarios, eran además señores de la isla de Rodas, cuya adquisicion ambicionaba el Sultan. De vuelta su escuadra de las anteriores correrías, dirigióla hácia la Isla, gobernada á la sazon por Juan Bautista Orsino, XXXVIII gran maestre de la de Malta, el cual para su defensa hizo un llamamiento á todo los caballeros de las ocho lenguas en que se hallaba dividida la órden. El almirante turco Mesid-Bajá embiste á Rodas con ciento sesenta velas y cien mil hombres de desembarco; pero los caballeros se mantuvieron firmes, y merced á su heróica defensa pudo la Isla sustraerse por entonces á la dominacion de los infieles, aunque para caer definitivamente en su poder un siglo mas tarde. Este descalabro, en medio de tantas victorias, llenó de rabia al orgulloso otomano, que para vengarle no pensó nada menos que en llevar la guerra al mismo corazon del cristianis-

mo. Deshecha como otras tantas la coalicion formada contra el islamismo entre Fernando de Nápoles, el rey Juan de Aragon, Venecia, Milan, Florencia, los duques de Módena y de Ferrara, los marqueses de Mantua y Monferrato, el duque de Saboya y las repúblicas de Siena y Luca, coalicion frustrada tambien por rivalidades entre los capitanes y la muerte de su comun jefe el papa Paulo II, quedó Venecia, única que habia sostenido dignamente su bandera, expuesta á toda la furia del vencedor. El castigo de esta república enemiga dábale á Mahometo ocasion plausible de llevar á cabo el plan que hacia tiempo meditaba; y sin pérdida de tiempo se aprestó á invadir la Italia. La poca resistencia que podia hacerle Venecia, ocupada á la sazon en las guerras de Fernando el Católico, le afirmó en su propósito, para el cual tomó por pretexto la devolucion de varias ciudades de la Pulla y de la Calabria á que pretendia tener derecho como parte integrante que en otro tiempo fueron del imperio de Oriente, cuyo cetro empuñaba. Entra, pues, en el reino de Nápoles, y tras diez y siete dias de sitio apodérase de la plaza de Otranto, á cuyo Gobernador, así como al Obispo, hizo dar muerte en medio de los mas crueles tormentos, y doce mil de cuyos habitantes fueron pasados á cuchillo para lavar la afrenta sufrida delante de las murallas de Rodas. Todavía quiso intentar por segunda vez esta empresa; mas cuando se ocupaba con mas entusiasmo de sus preparativos, sorprendióle la muerte el dia 3 de mayo de 1481, y solo ella pudo hacer volver á la Europa y al Asia del espanto que las tenia sobrecogidas.

No se contentó Mahometo con hacer conquistas, sino que quiso tambien organizar el imperio otomano: después de haber conquistado á Constantinopla, fundó cuatro mezquitas, y dedicó á la religion musulmana ocho de las iglesias en que pocos dias antes se tributaba culto al verdadero Dios. La mas célebre de las construcciones erigidas por el conquistador es el templo que lleva su nombre, sostenido por columnas de mármol y granito, revestidas sus paredes de tablas de jaspe de diferentes colores, y en la que luego se depositó el cadáver de su fundador. En el interior del santuario se encuentra la primera biblioteca que los musulmanes fundaron en la metrópoli; y todo él se halla rodeado de escuelas, en donde gratuitamente se da enseñanza y aun habitacion á multitud de musulmanes pobres. Mahometo hablaba el griego, el árabe, el persa, entendia algo de latin y tenia algunas nociones de dibujo, de geografía y de matemáticas. Dando ejemplo con el estudio, dedicáronse á él con ardor muchos visires y bajaes, algunos de los cuales hiciéronse célebres por su saber y sus escritos, y entre ellos eligió los que él llamaba sus maestros. Con ayuda de sus luces publicó un *Kanoun* ó *Código*, dividido en tres partes: en la primera trata de la jerarquía civil y religiosa; en la segunda explica los ritos y el derecho consuetudinario, y en la tercera define los delitos y sus penas. Este código, de grande veneracion aun entre los turcos, fué la primera sancion legal del despotismo de los sultanes, que todavía hoy existe de derecho. El gran Señor es el jefe supremo de la religion, de la justicia, de la hacienda, del

gobierno y de la milicia otomana, y ante su voz enmudece la de todos sus vasallos por muy alta que sea su categoría. Dueño así de la vida, de la propiedad y hasta de la conciencia de cuantos de él dependen, empezando por sus mujeres y sus propios hijos, puede abusar impunemente de su poderío, para moderar el cual no hay nada que se interponga entre el amo y el esclavo; y si repetidas veces tenemos que lamentar en la historia de Turquía escenas de arbitrariedad y hasta la barbarie por parte de los sultanes, hay que considerar que todos los príncipes se educan imbuidos en la idea de que desde que ciñan el sable del profeta son como califas de este los verdaderos representantes de Dios en la tierra, y que todo cuanto hagan lleva un sello sagrado, que les pone á cubierto de toda responsabilidad.

Nos hemos detenido de intento en este gran período de la historia turca, que fué el que verdaderamente aseguró la nacionalidad y la independencia de este pueblo. Su engrandecimiento progresivo no produjo ningun cambio notable en sus relaciones con el Occidente. Los proyectos de Mahometo sobre Roma, revelados por su actitud sobre el Danubio y por la toma de Otranto, no pudieron menos de conmover la Europa toda y ponerla en alarma; pero cuando sus descalabros delante de Rodas y su derrota ante los muros de Belgrado hicieron ver que sus armas no eran invencibles, calmóse la ansiedad, y nuevas cuestiones políticas y religiosas que surgieron en los gabinetes europeos hicieron olvidar por algun tiempo los males que se temian de los ejércitos otomanos.

XVI.

El hijo mayor de Mahometo, llamado Mustafá, habia muerto en el sitio de Boz-Bazardjik, y esta desgracia habia hecho recaer el derecho de sucesion en su hermano inmediato Djem ó Zizim, gobernador de Karamania y de Amasia. Bayaceto, otro hermano menor, adelantóse sin embargo, hízose proclamar sultan, y Djem, para asegurar su vida, promovió una guerra civil. Vencido al fin por su hermano, tuvo que apelar á la fuga, y de país en país llegó á Rodas, donde el gran maestre le tomó bajo su proteccion. Matías Corvino, rey de Hungría, Fernando el Católico, Fernando de Nápoles, los mamelucos de Egipto y otros príncipes musulmanes le reclamaron con el fin de tener un pretexto para declarar la guerra al Sultan; pero Bayaceto se adelantó á sus planes, envió al Papa magníficos presentes, entre ellos la lanza de Longinos, y Alejandro VI consiguió que le entregaran á Zizim, asegurando iba á ponerlo á la cabeza de una cruzada que meditaba, pero se contentó con encerrarlo en una honrosa prision en el Vaticano, hasta que el rey Cárlos VIII de Francia le obligó á cedérselo, y murió á poco tiempo envenenado, segun se dijo.

Poseedor tranquilo del reino Bayaceto, invadió la Moldavia y extendió sus conquistas hasta las embocaduras del Danubio y del Nieper. Vuelve en seguida sus armas contra la Anatolia y la Siria, que pretendia arrebatar al Sultan de los mamelucos de Egipto; pero rechazado de esta provincia por dos veces con gran pérdida, tuvo que hacer la paz. Dirígese desde allí sobre la Albania, que tomó y saqueó por completo, á pesar de la defensa que hicieron las tropas del Dux, y bajo pretexto de socorrer á Luis Esforcia, duque de Milan, apodérase de Lepanto, Coron y Modon en la Corea, obligando con ello á la misma Venecia á entrar en negociaciones. Obtenidos todos estos triunfos, tuvo que ocuparse en sofocar las revueltas de sus propios súbditos, que estimulados por los genízaros y capitaneados por el príncipe Selim, le obligaron al cabo á abdicar el trono en favor de este. El hijo rebelde llevó aun mas léjos su iniquidad: hizo dar á su padre un veneno, y este parricidio le adelantó el principio de su reinado. Ceñida ya la corona, manda quitar la vida á dos hermanos suyos, en quienes veia otros tantos acreedores al trono, y en seguida abre una nueva campaña contra el soldan de Egipto Campson-Gaurí. Obtiene sobre él una victoria cerca de Alepo, en cuya batalla perdió la vida; marcha en seguida Selim contra el que se habia hecho proclamar sucesor del difunto: atácale cerca del Cairo, lo derrota en dos encuentros sucesivos, y hácese de este modo dueño de todo el Egipto, cuyo reino redujo á provincia imperial, poniendo fin á la dominacion de los mamelucos, que habia durado doscientos sesenta años. Esta serie de rápidas conquistas le valió la estimacion de las potencias extranjeras. Hungría y Venecia renovaron sus antiguos tratados; el príncipe de Rusia estipuló con él la libertad del comercio de Azoff y de Kaffa. Solo el sultan de Persia se negó á felicitar á Selim. Ofendido este por la ausencia de este enviado, declárale la guerra para vindicar el desaire, con el cual se queria encubrir el odio religioso que de muy antiguo se profesaban entrambas naciones. Pero tambien en esta ocasion el fervoroso Sunní, nombre con que se distinguian los otomanos, y que equivalia á ortodoxo, tuvo la suerte de vencer á su rival *chí* ó cismático: apoderóse de las ciudades de Tauris y Keman, y obligó al shak á celebrar una alianza. Prepárase en seguida á regresar á Constantinopla, con ánimo de emprender la guerra contra los cristianos; sin embargo, asáltale la muerte en el camino, y fallece en el mismo paraje que habia hecho envenenar á su padre.

Los historiadores orientales cuentan de este príncipe los rasgos mas diversos y hasta contradictorios. Aparte del parricidio que unánimemente le imputan, refieren actos de una barbarie y crueldad inauditas. En una ocasion hace matar á dos visires consecutivos, porque no fueron bastante diestros en adivinar los medios de ejecutar una órden que les habia dado, por cierto no muy clara; en otra hace ahorcar á cuatro mil mamelucos y sesenta beyes en represalias de la muerte dada á un enviado suyo cerca del sultan del Cairo. En otros pasajes de su vida aparece sobrio, liberal hasta la esplendidez, aficionado al estudio, poeta y va-

liente hasta rayar en temeridad. En medio de este conjunto de cualidades buenas y malas, fué siempre mirado con horror por sus vasallos; pero hay que convenir en que, como Rey, no desdijo en nada de sus predecesores. Bajo su cetro siguió la Turquía la senda de engrandecimiento que ya venia trazada, y cada dia cimentaba mas el imperio otomano su posicion como estado independiente. Durante su reinado tuvo lugar, ó principio cuando menos, la gran cuestion entre España y Francia, suscitada por celos y rivalidades de poderío y de influencia en Italia. La invasion del reino de Nápoles por Cárlos VIII fué la señal del rompimiento entre ambas monarquías; y el progreso ó decaimiento de sus tropas la señal del aumento ó disminucion de su poderío en el país que se litigaba. Los estados de Europa empezaron á agruparse en derredor de estos dos centros políticos de la cristiandad, y cuestiones de mas actualidad y de interés mas inmediato hicieron que poco á poco se fuera perdiendo el odio que en un principio inspiraban los musulmanes. En esta mudanza de opiniones no tuvieron poca parte ciertamente las excisiones religiosas que por este tiempo surgieron en el seno mismo de la cristiandad. Martin Lutero habia enarbolado el estandarte de la reforma, primero aparentando corregir los abusos de la corte de Roma, pero en realidad despechado de que se hubiera herido su vanidad en lo mas vivo. Después de haber introducido el cisma en las creencias, consiguió suscitar la guerra en el terreno político y poner en combustion á todo el Occidente. Como los nuevos infieles eran por todos conceptos mas temibles que los antiguos, olvidóse á estos para ocuparse preferentemente de aquellos; y los musulmanes, menos expertos sin duda que los disidentes en cuestiones dogmáticas y metafísicas, pero tan hábiles como ellos en la ciencia del mundo, no dejaron escapar el reposo que le ofrecian las luchas de sus rivales, y fueron organizando su vasto imperio, consiguiendo que se los mirara con respeto y no se tratara de perjudicar su independencia. Pero todavía este imperio no habia sido reconocido oficialmente. Algunos príncipes habian, es cierto, invocado el auxilio de los turcos y habian hecho con ellos pactos mas ó menos importantes; mas el imperio, como tal imperio, no habia entrado á formar parte de ninguno de los protocolos firmados por las potencias continentales ni habíase celebrado con él ninguna alianza amistosa y durable. Este fué uno de los hechos mas dignos de atencion en el reinado del sucesor de Selim.

XVII.

Soliman I, el grande, el magnífico, el ilustre, el legislador, epítetos todos con que es conocido en la historia, ciñó el sable del Profeta el dia 21 de setiembre de 1520, el mismo año en que nuestro rey Cárlos I ceñia la corona imperial en Aquisgran. Hay épocas en que la Providencia parece como que se compla-

ce en hacer alarde de su inagotable poder, enviando al mundo caractéres de tal temple, que nadie dude de que el alma del hombre es un destello de su divinidad; y esto sucedió precisamente en el siglo xvi. En Francia reinaba el caballeroso Francisco I, el restaurador de las letras, el príncipe, en fin, que no tuvo á deshonra el ser vencido en la batalla de Pavía, habiendo sido su vencedor el único digno de medir con él su espada; en España empuñaba el cetro el dichoso rival de ese caballeroso rey, que, cansado de que la fortuna le fuera siempre propicia, le volvió él mismo la espalda y cambió las pompas y vanidades del mundo por la estrecha celda de un religioso; en Inglaterra dominaba el orgulloso Enrique VIII, que por satisfacer un pueril capricho no se asustó de envolver á su país en un cisma religioso, cuyos resultados fueron sustraer el Reino-Unido de la obediencia del padre comun de los fieles, pero que inauguró la preponderancia de ese mismo reino y su extension é influencia por todo el mundo conocido; y al frente de todos ellos brillaba el pontífice Leon X, ese protector de las artes y al mismo tiempo campeon esforzado de la Iglesia, que lo mismo atendia á exterminar los infieles y herejes por el acero como á reformar su grey por medio de concilios y sabias disposiciones. Al lado de ellos figuraba, y no por cierto en último término, el magnífico Soliman, á quien, segun sus contemporáneos, no le faltaba para ser un príncipe completo sino el ser cristiano. Dotado de esa penetracion y grandeza de miras que constituyen los hombres eminentes, en los cuarenta y ocho años que duró su reinado dió pruebas de ser tan diestro general como hábil hombre de estado. Trece campañas emprendió, y le dieron por fruto la definitiva conquista de Belgrado, intentada en vano por uno de sus predecesores, y la muchísimo mas importante de la isla de Rodas, á cuyo gran maestre trató con todos los miramientos y distinciones debidas á la ancianidad desgraciada. Fijó los límites de su imperio por el Oriente hasta el Gwan, por el Occidente hasta el Gran, por el Mediodía hasta la Nubia. La fama de sus conquistas y de sus prendas influyó en el ánimo de muchos soberanos para solicitar su amistad; la cristiandad toda se escandalizó al saber que la nueva dinastía otomana habia sido reconocida por los demás estados independientes, y para colmo de extrañeza súpose que el tratado habia sido negociado en Constantinopla por un caballero de la órden de San Juan, y que contenia un artículo provisional, á fin de que el Papa pudiera entrar en la liga. Viena, sitiada dos veces por las tropas musulmanas y salvada en ambas casi por milagro, vió por primera vez en su recinto á un enviado de la Puerta; y el emperador Fernando, reprimiendo su orgullo, tuvo que adoptar por padre á Soliman, y como amigo y protector al favorito Ibraím, griego que, después de haber sido vendido como esclavo por unos corsarios y admitido en palacio para perfumar las uñas del Sultan, ganó su confianza hasta tal punto, que le nombró gran visir y beylerbey de Romelia.

La Turquía entró en el sistema europeo con una aureola de gloria y una actitud triunfante. No era ya solo una potencia de primer órden, sino que á excepcion

del imperio de Alemania, era el mas fuerte de los estados que se disputaban la supremacía. Persuadidos de su fuerza los sultanes, creíanse inmensamente superiores á todos los príncipes de Occidente; y Soliman, en un rapto de altiva arrogancia, vanagloriábase de que los reyes de Francia, de Polonia y de Transilvania y la república de Venecia podian creerse felices con ampararse bajo su sombra. El primer embajador de Austria en Constantinopla fué censurado por haber dado á su Señor un epíteto majestuoso, y fué puesto en prision con el mayor descaro. Arreglado este asunto, en el que, al fin, intervinieron las armas, adopta Soliman una política mas expansiva, y vió llegar á su corte embajadores acreditados de varias potencias. La reina Isabel de Inglaterra y los Países-Bajos enviaron representantes á las orillas del Bósforo, y aunque la influencia directa de los turcos no fuera todavía muy considerable, el hecho es que eran temidos y que se procuraba su amistad aun por los estados que mas antipatías debieran tener hácia los nuevos huéspedes de Bizancio.

Solo el imperio de Alemania continuaba siendo objeto de las incursiones de Soliman. Sus continuos ataques á lo largo del Danubio y del Theis tenian en continua alarma al Gobierno germánico, y considerando á Cárlos V solo como rey de España, no habia querido comprenderle en los tratados, porque se titulaba emperador. Con semejantes vecinos la defensa del imperio exigia ser puesta en manos de un monarca residente; y aunque las recientes victorias de Cárlos V contra los infieles probaban que todavía las armas de Oriente podian ser vencidas por las de Occidente, con todo, esas victorias habian costado inmensos sacrificios; los alistamientos se habian hecho á duras penas; y conociendo Cárlos cuán precarios y dudosos eran esos medios contra la ambicion del Sultan, que ya habia hecho penetrar sus tropas hasta al fondo de la Estiria, le decidieron á abdicar la púrpura imperial en favor de su hermano Fernando, postergando á su hijo. El establecimiento de los turcos en Constantinopla le dió pretexto para asegurar la corona de los Césares en una familia alemana, excluyendo á la española, y puso con ello los cimientos de la gran monarquía austriaca. Resultado de esta combinacion fué que Fernando, con mas fuerza que sus predecesores, logró fundar un reino contiguo al de los musulmanes, que pudiera hacer frente á sus incursiones, y que después de haber incorporado á sus dominios la Hungría, hizo de Praga, de Buda y de Viena otros tantos centros de accion de su gobierno, desde los cuales pudo organizar y tener en pié de guerra un ejército permanente frente á los turcos.

Otro hecho que probaba la influencia de la Puerta fué el establecimiento de los estados berberiscos en las costas septentrionales del Africa. Los dos hermanos Ourondj y Khaireddin Barbaroja habian entrado al servicio del sultan Afsido de Túnez: el primero murió después de haber sido el terror de las costas de Europa y Africa; y el segundo, habiendo fallecido el sultan de Argel, se apoderó de su reino y del de Tlemecen, que sometió en feudo al imperio otomano. Soliman supo con júbilo este acontecimiento, con el cual, al paso que aumentaba sus recursos, adquiria

un medio de extender su influencia en el Mediterráneo en perjuicio de las potencias cristianas. Pero el Sultan destronado habia impetrado el auxilio de Cárlos V, el cual se lo concedió como un medio de recobrar su perdida autoridad en las costas del Africa, y dispúsose á hacer frente á Barbaroja, quien, después de haber recorrido impunemente los mares armado en corso, habia invadido la España por el lado de Andalucía, deseoso, segun sus palabras, de librar á sus correligionarios de la intolerancia española. Cárlos le puso en frente á Andrés Doria con una escuadra de quinientas velas y treinta mil hombres de desembarco, procedentes de los antiguos tercios españoles, publicando siempre que solo queria habérselas con Barbaroja, cuya declaracion, segun los contemporáneos, tenia por objeto evitar el venir á las manos con Soliman en Hungría, teatro en que no contaba por segura la victoria. El jefe berberisco fué derrotado junto á Túnez, cuya ciudad fué tratada con el rigor mas sanguinario; y restablecido en el trono Muley-Hassan, se reconoció vasallo de la España y entregó los puertos al Emperador. Soliman no pudo mirar de buen ojo que tan mal hubiera librado su protegido de la empresa, y que su descalabro le cerrara una de las puertas por donde creia hacer mas extensiva la influencia otomana; mas su política le obligó á disimular por entonces, y hasta concluyó tratados de paz con los venecianos y los austriacos, á los cuales se adhirieron luego el Papa y el rey de Francia.

Estos tratados produjeron una especie de armisticio general, que Soliman aprovechó para regresar á Constantinopla y ocuparse seriamente de la organizacion de sus vastos dominios. No es este el lado por que menos brilla la fama del hijo de Selim I. Como la mayor parte de las campañas en que sus tropas alcanzaron tantas conquistas habian sido dirigidas por él en persona, el trato que estos continuos viajes le proporcionaron con las demás naciones fué una leccion viva, que aprovechó cuidadosamente el héroe otomano. Lo primero que hizo fué ocuparse de la reforma de su ejército, que regimentó bajo nuevas bases: fijó en cuarenta mil el cuadro de tropas permanentes, aunque sin perjuicio de aumentarlas, como en efecto se aumentaron hasta doscientos cuarenta mil; ensanchó el cuadro de los genízaros hasta veinte mil hombres, quitándoles empero la custodia del serrallo, que confió á un nuevo cuerpo creado por él. Los bienes de la corona producian cinco millones de ducados, con cuyo auxilio construyó gran número de edificios civiles y religiosos, entre ellos, como hemos dicho, la célebre mezquita que lleva su nombre. A su sombra florecieron las artes y las letras: muchos poetas ensalzaron sus proezas, y los remuneró con mano pródiga. Reformó la legislacion criminal, suavizando las penas establecidas por Mahometo; y por último, publicó reglamentos para asegurar la policía y buen gobierno de sus ciudades y evitar, aunque no pudo conseguirlo, la venalidad y corrupcion de los jueces y empleados públicos. En medio de estas reformas, le sorprendió la muerte el 5 de julio de 1566, el mismo dia que llegó la noticia de la toma de Gyula por sus tropas.

XVIII.

Con Soliman el *Magnífico* concluye la larga serie de conquistadores que por espacio de dos siglos ocuparon el trono de Osman. Su hijo y sucesor Selim II llevó á cabo la ocupacion de la isla de Chipre; pero al año siguiente perdió la famosa batalla de Lepanto, primer descalabro formal que habian llevado los sultanes desde que se titulaban emperadores. Este príncipe, que, segun la expresion del gran visir Mustafá Kiuperly, abre la serie de los emperadores que desde Soliman no han merecido otro nombre que el de locos ó tiranos, debió el trono á una intriga de su madre Rojelana, á quien el Sultan anterior habia elevado de la condicion esclava á su favorita y esposa. Soliman tenia un hijo mayor que Selim, llamado Mustafá, el cual se parecia á su padre, no solo en la parte física, sino tambien en las cualidades morales é intelectuales que tanto le distinguieron. El pueblo le miraba como un don de la Providencia, y esperaba que su reinado no seria mas que la continuacion del de Soliman. Pero Rojelana logró inspirar amor al Sultan, y no descansó hasta asegurar la sucesion del trono en favor de uno de sus hijos y en perjuicio de Mustafá. La Sultana, madre de este, relegada á uno de los departamentos mas recónditos del serrallo, consolábase de su desgracia con la presencia de su hijo, á quien imbuia en saludables máximas, y previendo una catástrofe, le aconsejaba incesantemente el guarecerse de las asechanzas de su afortunada rival. Rojelana, ayudada por el gran visir Rusthen, á quien habia dado una hija suya en matrimonio, y dueña ya del corazon del Emperador, empezó por nombrar para los puestos mas importantes á hechuras suyas, y procuró por medio de dádivas y liberalidades crearse un partido consagrado enteramente á su devocion. Hace circular en seguida entre ellos la especie de que si Soliman llegaba á morir, Rusthen impediria á Mustafá venir á Europa, y todos aguardaban que la muerte del Sultan seria la señal de la guerra civil entre dos hermanos consanguíneos. Engañáronse, sin embargo. La celosa Sultana logró introducir en el corazon de Soliman la desconfianza hácia su primogénito: en vano este hacia alarde de mantenerse alejado de la corte; en vano hizo un estudio de no dirigir sus miradas ni aun al sitio en que la corte residia, segun su propia expresion. Soliman fué informado de que ese príncipe, que era para su pueblo un íris de esperanza, habia tramado con los persas una conjuracion, cuyo resultado seria derribarlo del trono y acelerar el principio de su reinado. Esto bastó para que se pronunciara su sentencia de muerte. Bien pudo haberla evitado apelando á la fuga, pero su ayo le habia enseñado que la felicidad eterna era preferible á la dominacion sobre todo el universo: presentóse en palacio; apoderáronse los mudos de su persona, y á una señal de Soliman, que los veia á través de una cortina, fué estrangulado, y quedó satisfecha la ambicion de la pérfida Rojelana.

A esta sangrienta intriga debió el trono Selim II, y por cierto que ni aun los resultados justificaron como en Mahometo II los medios, si justificacion pueden alguna vez tener actos tan contrarios á la naturaleza y á los sentimientos innatos en el hombre. Su hermano menor Bayaceto, estimulado con el ejemplo que Selim le habia dado, promuévele la guerra, pero muy pronto fué vencido, y tuvo que buscar hospitalidad cerca del monarca de Persia; y ni aun aquí pudo ponerse á cubierto de las intrigas y asechanzas de la Sultana madre, cuyos sicarios obtuvieron del Schah que les permitiera introducirse cerca del fugitivo, y le estrangularon en la prision en que se hallaba.

Ya hemos dicho que en la persona de Selim empieza una serie de príncipes turcos afeminados é incapaces, que dieron á conocer la decadencia próxima del imperio otomano. Sin embargo, á fuer de imparciales, hay que convenir en que en vida de Soliman se notaron los primeros síntomas de esa decadencia. No bien se apoderó de su corazon la astuta rusa, con quien acabó por compartir el trono, dejó de presentarse en el divan ó consejo supremo, al cual no asistió ya sino cuando se trataba de declarar la guerra: á las demás sesiones asistia detrás de una cortina, como los antiguos déspotas de Oriente. Confirió las primeras dignidades del imperio á favoritos, que á fuerza de adulaciones é intrigas lograron asaltar los mas altos empleos sin pasar por los intermedios. Excitó el lujo y la vanidad de sus grandes visires señalándoles sueldos excesivos; y cuando estos no fueron bastantes para cubrir sus gastos, les permitió vender los empleos públicos. Estas causas de decaimiento eran ya conocidas en tiempo de Soliman, y por ello se lamentaban amargamente los pocos escritores contemporáneos, cuyas obras han llegado hasta nosotros. Sus sucesores exageraron estas causas y añadieron otras nuevas. Los primeros sultanes llevaban consigo á sus hijos cuando iban á la guerra, ó bien les confiaban expediciones parciales en las que adquirian conocimientos militares y políticos, que les eran muy útiles para cuando la muerte de su padre les llamaba á ocupar el trono: desde Soliman se fué perdiendo poco á poco esta saludable costumbre, y los príncipes fueron educados por un bajá, que tenia encargo de vigilarlos incesantemente y mantenerlos alejados de su padre, bien en el palacio mismo de su preceptor, bien encerrados como un prisionero hasta que les llegaba el momento de reinar. Esta educacion muelle y afeminada les quitaba la energía necesaria para ocupar dignamente el poder supremo; y al ascender al trono quedaban á merced de los genízaros ó de favoritos, que ó los sacrificaban ó reinaban en lugar suyo. Sin duda algunos de los sultanes sucesores de Selim manifestaron nobles cualidades; pero eran sofocadas desde muy luego por los que temian que su desarrollo produjera inevitablemente su ruina; y á fuerza de adulaciones y de hacerles creer que sus mismos excesos eran otras tantas inspiraciones divinas, lograron excitar su orgullo y tenerse por unos semidioses.

A todas estas causas de decadencia hay que añadir la que mas que ninguna corroia el corazon del imperio. Habíase este formado por la agregacion sucesiva de

los países que se iban conquistando: todos ellos llevaban á la masa comun sus hábitos, sus costumbres, sus creencias; y ningun medio de asimilacion se puso en práctica para uniformarlos con el núcleo del imperio. Generalmente cada provincia era confiada á un bajá ó gobernador, que con tal de que hiciera ingresar en el tesoro del Sultan la suma en que se habia presupuesto su feudo, tenia carta blanca para hacer cuantas otras exacciones le pluguieran, y para mandar sin otra norma que su capricho. No conociendo los habitantes al gobierno imperial sino por las depredaciones de sus delegados, reprimian en silencio, es cierto, su odio hácia los nuevos dominadores; pero por lo mismo que era oculto, hacíase mas intenso, y cada dia esquivaban con mayor ahinco su amalgama con la raza vencedora. Semejante estado produjo una absoluta separacion de intereses y sentimiento entre unos y otros, y ella se ha trasmitido de generacion en generacion hasta nuestros dias. Añádase á esto la pluralidad de religiones que se profesan entre los súbditos del Gran Señor. En la Turquía europea hay, por ejemplo, tres millones de musulmanes, y el resto de la poblacion hasta siete millones y medio de que consta son, ó cristianos, que figuran por cuatro millones y medio, ó judíos y cismáticos. Los vencedores por su parte, aunque muy inferiores en número, pero fuertes por el vínculo que pone sus vidas á merced de un hombre solo, han logrado mantener bajo su tiránico yugo á los vencidos; mas nada han hecho por asimilarse los países que sucesivamente iban conquistando. No sabemos lo que seria hoy la Turquía si Soliman ó alguno de sus sucesores hubiera intentado esta fusion entre las dos razas. Por lo menos puede creerse con fundamento que la encontraríamos á la misma altura que cualquiera de las otras naciones formadas en derredor suyo, en que gobiernos previsores han procurado extinguir poco á poco los odios que no puede menos de llevar consigo el paso de una dominacion á otra. Pero precisamente la prevision es lo que menos se encuentra en los pueblos esclavos: puede decirse que la imprevision constituye el fondo de su carácter. Imposibilitados de hacer llegar sus quejas hasta el trono y de poner por sí mismos remedio á sus dolencias, mientras sus amos solo piensan en desviar los obstáculos que puedan debilitar su dominacion, abandónanse ellos á los azares del destino, en la esperanza de que un nuevo verdugo los vengue de sus degolladores. Entre los turcos, los únicos que podian hacerse justicia de los desmanes de los soberanos eran los genízaros, únicos esclavos que tenian medios de resistencia. Mas de una vez esgrimieron el puñal ó administraron la pócima á sus augustos emperadores; pero no se crea que semejantes venganzas tuvieron por objeto castigar alguno de los muchos desmanes del Gobierno. Un aumento de salario, el vengar algun acto de energía contra cualquiera de sus compañeros, la promesa de gratificaciones á nombre de un ambicioso impaciente, tales eran ordinariamente los grandes móviles que agitaban el brazo de estos sicarios para consumar el regicidio. Muerto natural ó violentamente el Sultan, el pueblo esperaba con ansia el advenimiento de su sucesor, porque con sus instintos generosos creia que con el

Príncipe difunto se cerraria la lista de los tiranos, y se acabaria de una vez con la perniciosa oligarquía formada en derredor del trono. Mucho tiempo han tenido que aguardar antes de que sonara la hora de la reforma; pero entre tanto la obra de Soliman y de Selim produjo, como no podia menos, sus naturales frutos. Veamos cuáles fueron estos, y en este exámen tratarémos de compendiar la historia política de la Turquía hasta los tiempos presentes.

XIX.

Al principio del siglo xvii las grandes potencias de Europa, ó estaban en paz con el déspota turco, ó habian contraido con él alianzas positivas. Ya nadie pensaba en proscribir á los infieles solo porque no fueran cristianos; esta idea solo se trasmitia tradicionalmente por los caballeros de San Juan, cuyo principal instituto perpetuaba la memoria del exterminio jurado en otro tiempo á los musulmanes. Tan solo la Hungría y la Alemania eran teatro de algunas expediciones parciales por parte de los turcos, en las que, unas veces vencedores, otras vencidos, consumian sus fuerzas y sus recursos pecuniarios. Cuando Amuráte's III salió de Constantinopla para combatir á Rodulfo II, los embajadores de Francia y de Inglaterra formaban parte de su comitiva. En sus relaciones políticas no se conducian ya los otomanos como unos bárbaros, y su respeto hácia los tratados era igual, por lo menos, al de las demás naciones europeas, las cuales no siempre habian manifestado toda la buena fe que debia esperarse de sus sentimientos religiosos y de su mayor grado de civilizacion. Amuráte's III habia hecho la guerra á los persas con buen éxito, segun sus cronistas, aunque después de leer sus relatos no se sabe si su victoria compensaba las grandes pérdidas que sufrió. Su sucesor Mahometo III, dominado por la sultana Sofía Beffo, su favorita, quiso hacerse protector de la Transilvania contra Rodulfo II; pero su tentativa tuvo funestos resultados, y se vió en la precision de pedir la paz, que le fué negada, y solo pudo obtenerla su sucesor Achmet I después de otros diez años de guerra.

En todas estas transacciones pudo conocerse la decadencia progresiva de la Turquía; todas ellas en su contexto y en sus resultados probaban que ya no se miraba á los otomanos con el mismo terror que un siglo antes, y acaso pudo ocurrir la idea de levantar una nueva cruzada para su completo exterminio. La desorganizacion que reinaba, por otra parte, en el gobierno interior del nuevo imperio daba lugar á que se ensayara esa tentativa. Amuráte's III y Mahometo III, después de haber manchado el principio de su reinado con la muerte de sus hermanos, para evitar, como sus consejeros decian, ulteriores contingencias, y después de los descalabros sufridos al frente de sus tropas, habíanse retirado al fondo de sus serrallos, abandonando el gobierno en manos de eunucos y favoritos, que cada dia

abusaban de su posicion. Mustafá I, hermano y sucesor de Achmet I, no disfrutó el trono mas de cuatro meses, al cabo de los cuales fué depuesto y encerrado en una prision por los genízaros, que ciñeron la corona á las sienes de su otro hermano Osman II, el cual á su vez fué destronado para reponer en el trono á Mustafá, y Osman fué encerrado en su misma prision. Creyendo Mustafá que la presencia del destronado pudiera dar pretexto á una nueva rebelion, manda darle muerte en el mismo calabozo donde se hallaba; pero el fratricidio no le libró de una nueva caida, y aun mas ignominiosa, puesto que, montado sobre un asno, fué paseado por las calles de Constantinopla, y después de haber sufrido los ultrajes del populacho, fué ahorcado en el castillo de las Siete Torres.

Fácil es de adivinar el efecto que esos escándalos producirian en el resto del imperio. Baste decir que ya á Mustafá no se concedieron los obligados elogios con que después de su muerte era encomiada la historia del predecesor del Sultan actual: todos deploraban la situacion á que la indolencia ó la incapacidad de los emperadores habian traido al Estado, y todos temian un funesto desenlace. Por fortuna para ellos las potencias cristianas tenian harto en que ocuparse por los disturbios suscitados por las disidencias religiosas, y gracias á esta lucha interior, pudieron conservar los turcos sin alteracion sus relaciones diplomáticas contraidas medio siglo antes. Amuráles IV y Mahometo IV, príncipes menos corrompidos que sus antecesores, devolvieron algunos dias de brillo al imperio. El primero arrebata á Bagdad del poder de los persas, y el segundo apodérase de la isla de Candía y llega á sitiar á la misma Viena, que ya estaba á punto de caer en poder de los infieles, si no hubiera sido oportunísimamente socorrida por el rey de Polonia Juan Sobieski, que selló con su sangre el pacto que aseguraba la independencia de su patria en cambio de haber salvado á la Europa de un cataclismo universal. Pero todas estas ventajas momentáneas no curaban la herida de muerte que llevaba en su seno el imperio turco. A poco tiempo de vencer en Candía un ejército musulman de cuarenta mil hombres, fué derrotado por los cosacos y polacos unidos: en Mohat sufrieron los turcos otro descalabro contra las fuerzas coligadas del emperador de Austria, del rey de Polonia y de la república de Venecia, á cuya derrota siguió la pérdida del Peloponeso, mucho mas importante aun que la isla de Candía. Estos continuos reveses disgustaron sobremanera al pueblo y al ejército: los soldados pedian á gritos la deposicion del Sultan, y á pesar de sus anteriores conquistas, tuvo que descender del trono para apaciguar la desenfrenada multitud. El jefe de los amotinados, Siavouk, fué recompensado de su traicion con el empleo de gran visir por el nuevo sultan Soliman, cuya debilidad aumentó la osadía de los genízaros. Ya no tuvieron límites las exigencias de estas hordas pretorianas: los mismos ulemas y el pueblo se vieron precisados á tomar las armas para reprimir sus desmanes, y entre tanto los cristianos se aprovechaban de esas calamidades para cercenar la dominacion de los infieles. Cuatro sultanes habian ocupado el trono en el discurso de diez y seis años, sin haber

podido sacar al imperio de su postracion, pues aunque en 1699 consiguió el sultan Mustafá II firmar la paz de Carlowitz con el Austria, la Polonia, la Rusia y Venecia, esta paz, que fué muy pronto violada, privó á la Puerta de su influencia moral en los negocios de Occidente y tuvo que dejar su actitud amenazadora. No contribuyó poco á esto la variacion hecha por acuerdo del Divan en el personal de la diplomacia otomana. Los turcos, por su carácter y por sus preocupaciones religiosas, eran poco hábiles para los cargos diplomáticos, en el desempeño de los cuales manifestaban mas violencia que astucia. Así es que hicieron fracasar mas de un acomodo á punto de terminarse, y su rudeza y falta de flexibilidad eran siempre un obstáculo para ultimar las transacciones internacionales. Para evitarlo acordó el Divan que en lo sucesivo se emplearan en las negociaciones políticas á súbditos griegos, que, intrigantes y diestros, eran los mas aptos para esta clase de empleos. Sin duda esta resolucion fué un bien para el imperio; pero no pudo menos de cambiar su situacion para con las demás potencias que, apreciando en su valor esta confesion de la impotencia de los turcos, les probaba que su proverbial arrogancia empezaba á declinar.

XX.

En la paz de Carlowitz habia tenido una parte muy principal el emperador de Rusia Pedro el Grande, el cual habia sacado tambien su porcion en el reparto del Continente. El antagonismo de este imperio con el de los turcos databa ya de antiguo, pues que á mediados del siglo xvii, Alexo, el segundo de la dinastía de los Romanoff, que habia reemplazado á la de Ivan, propuso levantar una cruzada para acabar con los musulmanes. Esta propuesta, que no se llevó á cabo porque su reino no se hallaba aun en situacion de ejecutarla por sí solo, prueba que desde muy antiguo se miraban de mal ojo los dos últimos estados que se hicieron lugar en Europa. La Turquía se hallaba debilitada por efectos de las anteriores guerras: hallábase además desacreditada para con las demás potencias continentales, que se habian acostumbrado á no tenerle miedo; y las continuas escenas de anarquía interior que ofrecia al mundo á cada paso aumentaron el desden que á todos inspiraba. El sultan Mustafá II, después de haber reinado ocho años, dando pruebas de sensatez y acierto, no supo ó no pudo hacer frente á una insurreccion de los genízaros, fué depuesto y vióse obligado á abdicar en su hermano Achmet III. Este á su vez fué tambien destronado para que en lugar suyo entrase su sobrino Mahamud I. Este estado de abyeccion no era el mas á propósito para granjearse las simpatías de las demás potencias; pero los progresos incesantes de la Rusia hicieron que aquellas modificasen su modo de pensar respecto del imperio turco. Por esta época la influencia de la Turquía sobre el sistema europeo hallábase casi limitada

á los estados del Norte : el Divan estaba muy poco al corriente del curso de los negocios de Europa, y aunque en algunas de sus determinaciones se reconocieran las sugestiones secretas de la Francia, solo en las márgenes del Vístula y del mar Caspio se hacian sentir los resultados de las luchas otomanas. Así fué que el Divan, aunque cada vez estuviera mas accesible á los manejos y combinaciones de la diplomacia, miraba con indiferencia todo lo que no se refiriera al norte europeo, ó sean los reinos de Rusia, Polonia, Prusia, Suecia y Dinamarca, y ni tomó parte en la guerra de sucesion española ni en ninguno de los grandes debates del centro de Europa.

Pero en 1705 habia empezado de nuevo sus hostilidades contra Venecia, á cuya república quitó en cien dias la Morea, y el príncipe Eugenio pudo decidir al emperador de Alemania Cárlos VI á que tomara parte en la contienda. Al efecto reunió en Hungría un ejército de sesenta mil hombres, que concluyó por derrotar á los musulmanes y hacer capitular á Belgrado. Ya estos habian roto la paz de Carlowitz cuando derrotado Cárlos XII, rey de Suecia, por Pedro el Grande, habia buscado un asilo en el territorio turco. Después de la batalla de Pultawa habíase refugiado el héroe sueco en Bender; y el Sultan, á pesar de reconocer la inferioridad del vencido relativamente á su vencedor, no le negó la hospitalidad que le reclamaba, y tuvo suficiente valor para desafiar al arrogante ruso. La victoria que obtuvo sobre el Pruth justificó que con razon habia tenido confianza en sí mismo : Pedro fué completamente derrotado, y aunque este triunfo influyó muy poco en la suerte de Cárlos XII, hizo ver que los turcos habian vuelto de su postracion. La mediacion de la Inglaterra hizo, sin embargo, que no se prolongara la guerra : púsola término la paz de Passarowitz, y tanto la Rusia como la Turquía convinieron en que era mejor para ambas ensanchar sus conquistas á expensas de la Persia, cuyas turbulencias le daban ocasion propicia para ello. No es esto decir que los turcos dejaran de mirar con ojo receloso el engrandecimiento rápido de sus vecinos : al contrario, cada dia era mayor su aversion; mas los buenos oficios de los embajadores extranjeros lograron evitar por entonces un rompimiento, que todo el mundo recelaba no se haria esperar mucho. Con efecto, el formidable Nadir-Shah habia logrado reparar las pérdidas sufridas anteriormente, y obligó á los dos invasores de su reino á firmar la paz y á devolver las provincias de que se habian apoderado. Esta intimacion llegó á Constantinopla en el momento en que el viejo Ibrahim, gran visir de Adunet III, celebraba nuevas bodas en medio de los jardines. alumbrados por millares de lámparas de cristal. El contraste que formaba este lujo con los padecimientos de sus hermanos acuchillados y humillados en Persia hizo estallar el descontento, y se llegó hasta acusar al Sultan por la paz de Passarowitz, concluida, segun decian, con el único objeto de abandonarse en el ocio á las mujeres y á su sed de riquezas, que era su pasion dominante. Dos hombres del pueblo, trapero el uno, y frutero el otro, amotinaron la muchedumbre, que, siguiendo el ejemplo de otras asonadas, comenzó por pedir la destitucion del gran visir, y acabó por obtener la abdicacion del Sultan.

Harto trabajo costó á su sucesor Mahamud I sofocar la sedicion; ora haciendo concesiones á unos, ora castigando á otros, logró al fin restablecer su autoridad. Aplacó á los sediciosos rompiendo el tratado que habia dado pretexto al motin; pero en seguida tuvo que salir á campaña, pues el orgulloso Nadir-Shah envió un ejército para apoyar sus reclamaciones. Ambos soberanos, sin embargo, deseaban la paz: vencedores y derrotados sucesivamente los persas, firmaron varios arreglos y treguas, todos ellos con la intencion de violarlos al dia siguiente. En una de estas agresiones mandó el Gran Señor á Kublan-Guerai, khan de los tártaros de Crimea, que con un ejército de súbditos suyos pasase á Persia, sujetando al paso los pueblos del Cáucaso septentrional, no muy dóciles respecto de Constantinopla desde que los rusos habian llegado hasta Derbent en los límites de la Persia occidental. La emperatriz moscovita Ana aprovechó esta ocasion para declarar la guerra á los turcos y detener la marcha del khan. El gabinete de Moskow, reanimado con la energía que le inspiraba su Soberana, satisfizo el deseo que hacia tiempo abrigaba de batirse con los turcos; dió órden para que veinte mil rusos de tropas regulares invadiesen las etapas de la Ukrania y de Crimea, las cuales incendiaron y saquearon: estas llanuras estaban ocupadas por los tártaros nogais, restos de la terrible Horda de oro, que, después de haber mantenido en la servidumbre á la Rusia y á la Polonia, era el plantel de donde la Turquía, después de haberla subyugado, sacaba los soldados mas aptos para batir á los rusos, á los polacos y á los húngaros. La Rusia, á quien un diplomático francés contemporáneo nos la pinta en una situacion miserable y muy próxima á caer de nuevo en la barbarie, llevaba su orgullo á tal punto, que se atrevia á disputar la antigua preeminencia francesa. Deseaba someter á los tártaros nogais, porque así hubiera dominado en el mar Negro, objeto de sus continuos esfuerzos, y dado leyes á la hace poco orgullosa Turquía. La guerra duró desde 1735 á 1739: para hacerla con mas éxito, la Rusia se alió con el Austria; pero la incapacidad de los generales de estas dos potencias y la disciplina de los turcos, mandados por el conde de Bonneval, les hicieron dueños de la campaña, de cuyas resultas la Puerta entró de nuevo en posesion de Belgrado, y adquirió la Servia y la Valaquia austriaca, sacrificando así el mejor fruto de las victorias del príncipe Eugenio. La Rusia por su parte tuvo que demoler la fortaleza de Azov; abandonó sus pretensiones en el mar Negro, objeto de la guerra, en el cual se obligaba á no tener buques; en cambio obtenia para su czarina el título de emperatriz, lo cual equivalia á reconocer á la Rusia como igual á la Puerta, y destruia los obstáculos que la paz del Pruth habia puesto á su ambicion.

Estas negociaciones fueron dirigidas por los consejos del marqués de Villeneuve, embajador de Francia, el cual á su vez concluyó con la Puerta un tratado de comercio, que desde entonces ha quedado como regla de las relaciones internacionales de ambas potencias. La desembarazada posicion en que de sus resultas quedaba el Divan le proporcionaba oportuna ocasion de intervenir como árbitro

en los asuntos del Austria, comprometida en la guerra de sucesion; pero fiel á su antigua política, si tal nombre merece una mezcla extravagante de altanería, de ignorancia y de desden, no tomó parte en la lucha que debilitaba á sus antiguos adversarios, contentándose con ofrecerse como mediadora desinteresada entre las partes beligerantes, y dió espontáneamente á la corte de Viena testimonios de amistad y benevolencia. Otra nacion hubiera aprovechado ansiosa la contienda de sus dos enemigas para acrecentar su influencia á expensas de ambas : la Turquía se contentó con ser fria espectadora de la lucha, y ya pudo verse con claridad la rápida pendiente por que esta nacion caminaba á su ruina. Los súbditos del imperio llevaban muy á mal que no se recuperasen las provincias conquistadas por los imperiales, y en Constantinopla no se gozaba de tranquilidad. Los genízaros obligaban á cada paso al Sultan á cambiar de ministros : un incendio, que redujo á cenizas gran parte de la capital, puso colmo al descontento. Mahamud quiso ponerse al frente de sus tropas para sofocar la rebelion; pero este último acto de denuedo agravó la fístula, que muchos años hacia no le permitia montar á caballo, y murió de sus resultas el 13 de diciembre de 1754, á los veinte años de reinado.

Poco fruto sacó la Turquía de la buenas dotes naturales de su último Emperador. Si á ellas hubiera reunido la energía necesaria para reprimir los abusos de su gobierno y las exigencias de sus tropas, acaso hubiera evitado que la Turquía diera un nuevo paso por la senda de postracion por que tiempo hacia caminaba. Muerto Mahamud, sucedióle Osman III, que, encerrado en el serrallo por espacio de cincuenta y cuatro años, vió entonces por primera vez otras caras que las de los eunucos y odaliscas. Deslumbrado por el brillo de su inesperada elevacion, divertíase como un niño en observarlo todo; se entregaba á las mayores ligerezas y absurdos, y en los tres años que duró su reinado no ejerció el poder mas que para derrocar y elevar ministros, que se sucedian con una rapidez lastimosa. Pero no se turbó la paz durante ellos. Las relaciones diplomáticas tampoco se alteraron, y terminó su mando haciéndose llevar moribundo al kiosco que se eleva delante de la puerta del serrallo para recibir el último saludo de su escuadra.

XXI.

No fué por cierto tan pacífico el reinado de su sucesor Mustafá III. Apenas habia ocupado el trono, súpose en Constantinopla que la caravana que se dirigia á la Meca habia sido profanada y saqueada por los beduinos, irritados de que el emir se hubiera negado á pagarles el tributo que los sultanes toleraban se diera á esas hordas para asegurar el paso de los peregrinos. El pueblo, sobrecogido de temor supersticioso, miraba aquel sacrilegio como un presagio funesto de calami-

dades futuras. Semejante ansiedad no pudo calmarse sino haciendo divulgar que el hecho habia ocurrido todavía en vida de Osman, pero ya se miró su reinado de mal agüero como iniciado con semejante calamidad, y los acontecimientos vinieron á comprobar tan funestos vaticinios.

La oligarquía polaca habia sido el estado mas poderoso del norte de Europa hasta que las rivalidades de la Suecia, de la Turquía, de la Rusia y de la Prusia le habian hecho perder parte de sus provincias. Disturbios interiores, mezclados con cuestiones religiosas, perturbaban tambien su sosiego, y habiendo abierto una vez la puerta á los candidatos para aspirar al poder supremo, quedó libre el campo á toda clase de intrigas y manejos, que, al fin, concluyeron con la monarquía. Augusto III, príncipe generoso y amigo de las artes, aunque acusado de excesos de despotismo y libertinaje, sostuvo por mucho tiempo la paz, y cuando marchó á Suecia, donde le aguardaba la muerte, dejó á la desdichada Polonia enervada en sus fuerzas belicosas y presa de todos los desórdenes que traen consigo todos los interregnos en una monarquía electiva. Augusto III habia vivido siempre supeditado á la Rusia; no bien se supo la muerte del Rey, una de las facciones que luchaban por asaltar el poder apeló á la emperatriz Catalina para que influyese en pro de su candidato, pero la astuta Soberana formó al momento su resolucion. Los dos partidos que se disputaban el mando estaban acordes en rechazar á un rey extranjero; mas era un punto menos que imposible el concertar mas de mil opiniones en favor de una sola persona. Después de innumerables reuniones y conferencias, en que á falta de razones se apeló á las estocadas, quiere la Emperatriz aparecer como mediadora invocando el protectorado que habia concedido á uno de los bandos rivales; y después de deplorar hipócritamente la dificultad de ponerse de acuerdo en un rey nacional, insinúa que es preferible la sumision á un príncipe extranjero á que continuase el desconcierto y la anarquía en que se hallaban. Esta indicacion fué acompañada de una órden para que sesenta mil rusos se adelantaran hácia las fronteras; otros diez mil acampaban ya á las puertas de Varsovia; multitud de soldados turcos, húngaros y prusianos llenaban las galerías del edificio, y con tales garantías de libertad el resultado de la eleccion no podia ser dudoso. Estanislao Poniatowski, descendiente de una familia italiana, noble, aunque poco poderosa, fué elegido rey de Polonia; y mas adicto que á sus nuevos súbditos á la corte de Moskow, con cuya soberana le unian, al decir de los contemporáneos, vínculos mas estrechos aun que el de la gratitud, muy pronto descontentó á los polacos, que veian en él un peligroso reformador de sus costumbres y aun de sus creencias religiosas. Pero al fin concluyó por enajenarse tambien el favor de su augusta protectora, cuyos continuos consejos le parecian equivalentes á una absoluta dominacion. Como á estas luchas políticas se habia dado además un colorido religioso, los disidentes, ó sean los que no profesaban la religion del jefe del Estado, que era la cristiana, invocaron el auxilio de la Rusia, que los tomó bajo su proteccion. Su embajador tomaba todos los dias el lenguaje de un amo orgulloso, y hasta

hizo poner presos á los obispos de Cracovia y de Kiev, como tambien al general de la corona, á los cuales hizo conducir á Silesia. El orgullo nacional temblaba de rabia al presenciar estas humillaciones; los magnates veian vilipendiada su autoridad, é impotentes cara á cara contra la fuerza exterior, pensaron recurrir al pueblo haciéndole entender que la Rusia y la Prusia querian acabar con la fe católica, y era preciso defenderla con las armas en la mano. Este lenguaje inflamó los ánimos; y la nacion, aunque sin ejército organizado, respondió al llamamiento de sus señores.

En esta lucha se habia de ver necesariamente envuelta la Turquía. Ya hacia tiempo que la Puerta, por sugestiones de la Francia y de la Prusia, se habia declarado protectora de la independencia polaca, con cuyo carácter pidió con insistencia que se retiraran las tropas rusas desparramadas en el reino de Polonia, y como los sucesos posteriores habian hecho tomar distinta actitud á la permanencia de esas tropas, no pudo menos de declararle abiertamente la guerra. Las campañas que sucedieron á esta declaracion demostraron cuánta locura habia en semejante paso. Aunque la Rusia, no creyendo tan próximo el rompimiento de las hostilidades, se habia descuidado en reforzar su ejército por la parte amenazada, y habia sufrido por ello algun revés, muy pronto reparó aquella falta, y el número y disciplina de sus tropas hicieron cambiar el aspecto de las cosas, penetrando casi sin obstáculo en la Moldavia y Valaquia y extendiendo sus conquistas hasta el Danubio. Estas victorias despertaron en el corazon de Catalina vastos proyectos. Ayudada con los consejos del mariscal Munich, y confiando en la espada del conde Romanzoff, resuelve hacer despertar en los griegos su amor á la independencia y á su antigua religion; despacha algunos emisarios hábiles para la empresa, dispone al mismo tiempo que una escuadra rusa se dirija al Mediterráneo para recibir allí instrucciones, y su repentina aparicion alarmó, como no podia menos, á los turcos. Ya entre los griegos habian empezado á surtir efecto los manejos de Papas-Oglon, á quien se habia encargado la espinosa mision de sublevarlos; pero unos y otros se engañaban sobre las fuerzas de su respectivo aliado. Los unos creian que toda la poblacion griega se habia levantado en masa para reconquistar su independencia, y los griegos esperaban ver desembarcar un ejército formidable que garantiera en cualquier evento el éxito de su insurreccion. Sin embargo, los primeros solo llevaban ochocientos hombres de desembarco; los segundos no reunieron mas que unos cuatro mil hombres disciplinados, cuyo escaso número sorprendió á los extranjeros invasores, y unos y otros vieron desvanecidas sus ilusiones. La escuadra rusa tuvo que refugiarse al puerto de Navarino para aguardar nuevos refuerzos, y aunque esta tentativa no tuvo el éxito que se prometian sus autores, abria una nueva via á los manejos de la Rusia para tener en continua alerta al resto del Continente europeo.

Mientras todos esos sucesos tenian absortos á los gabinetes del centro de Europa, el Norte era testigo del acto de depredacion mas vituperable que han presen-

ciado las generaciones pasadas y presentes. Las tres naciones mas poderosas del Continente, el Austria, la Prusia y la Rusia resolvieron que la Polonia dejara de figurar como nacion en el mapa, y se repartieron sus pedazos como una banda de foragidos pudiera repartirse los efectos de una familia asaltada en medio de un camino público. Este acto de piratería, ejecutado después de haber hecho correr en los campos de batalla la sangre mas pura y noble de la nacion polaca, hizo temer á la Turquía que le cupiera igual suerte cuando la fortuna de las armas le fuera adversa, y excitó por primera vez el interés de la cristiandad en favor suyo; el Austria y la Prusia, herederas en parte de la difunta Polonia, tuvieron celos de su compañera, para la cual comprendieron que quedarian todas las ventajas del nuevo reparto, y la Inglaterra y la Francia hicieron llegar al gobierno de Catalina las mas enérgicas reclamaciones. El sultan Mustafá apenas podia creer que con tanta impudencia se conculcaran todas las leyes de la moral y del decoro. La emperatriz de Rusia habíale asegurado que las tropas enviadas á Polonia no tenian mas objeto que asegurar la libertad de la eleccion y de la religion: ¿cuál no seria, pues, su indignacion al saber el verdadero desenlace de aquel drama que terminó por un tratado inicuo, á cuya cabeza, para añadir el sacrilegio á la maldad, se invocaba el nombre de la Trinidad sacrosanta, como si el Dios de los cristianos pudiera aprobar un acto de que se avergonzaria la secta mas degradada? Así fué que, no obstante la inferioridad de sus recursos, se vió precisada, como hemos dicho, á declarar la guerra, en la cual le acompañaban las simpatías de todas las almas generosas. Catalina por su parte rechazó con orgullo toda especie de mediacion, y contando con la superioridad y disciplina de sus tropas, quiso sostener por sí sola la campaña. Ya hemos indicado que esta fué fatal para los turcos: la milicia musulmana tuvo que ceder ante las hordas numerosas del Don, y la desdichada Turquía tuvo que suscribir las cláusulas del tratado de Kainardji; que colocaba las fronteras de la Rusia en las orillas de Bug.

Este tratado, primero en que se estipuló el engrandecimiento de la Rusia á expensas de los infieles, fué concluido en 21 de julio de 1774, cuando ya habia muerto Mustafá III y le habia sucedido su sobrino Abdoul-Hamid, príncipe de buen carácter, pero ignorante y débil. Catalina no habia concluido la paz sino para reponerse y empezar de nuevo la guerra, con la cual amenazaba siempre que presumia la menor oposicion á sus exigencias, cada vez mayores. Unas veces hacia desterrar á los funcionarios que no la eran bastante adictos; otras hacia deponer bajaes y generales que habian sabido resistir á sus insinuaciones corruptoras, y los reemplazaba con otros vendidos completamente á sus intereses. Con estos y otros medios análogos proseguia la corte de Rusia en su sórdido plan de usurpacion, y sus embajadores propalaban la rebelion por todas partes. De repente apodérase de la Crimea, notificando á los gabinetes de Europa que por amor al buen órden y á la tranquillidad pública habia tenido que agregar ese país á su imperio para sostener la paz y la felicidad. Este nuevo escarnio de todo sentimiento de justicia y de moralidad,

unida á la inscripcion arrogante «Camino de Constantinopla», grabada sobre una de las puertas de Kherson, exasperaron á los otomanos, todavía valientes, é hicieron encender de nuevo la guerra. El Divan con una energía inesperada de su estado de postracion y guiado por los consejos de la Inglaterra y la Prusia, que le suministraron ingenieros y artilleros, pidió que se destituyese al cónsul ruso de Moldavia, fautor de las revueltas, que las tropas se retirasen de la Georgia y que los buques rusos que pasasen el estrecho quedaran sometidos á la visita. Todos estos actos, unidos á la prision del ministro ruso, llenaron de alegría á Catalina, pues le proporcionaban ocasion de romper la paz de Kaihardji y entrar de nuevo en campaña. Rompiéronse, pues, las hostilidades. El Austria, á pesar de que ningun agravio tenia que vengar de la Puerta, alióse con la Rusia en la esperanza de extender sus posiciones por el Danubio; y con efecto, al principio de las hostilidades consiguió apoderarse de Belgrado. A poco tiempo, sin embargo, vió invadidas la Transilvania y el Banato, y tuvo que cejar en sus proyectos. En medio de estos sucesos murió Abdul-Hamid, designando para sucederle en el trono á su sobrino Selim III.

XXII.

Este príncipe, que empezaba á reinar á los veinte y siete años, hizo concebir á los otomanos las mas risueñas esperanzas de que los sacaria del estado de humillacion á que los habia reducido una larga serie de sultanes de edad avanzada. Los primeros cuidados de Selim fueron mejorar su ejército y su armada para continuar la lucha emprendida con los rusos y los austriacos, y púsose en campaña después de haber concluido un tratado de alianza con la Prusia, la Polonia, la Suecia, la Inglaterra y la Holanda, la primera de cuyas potencias se obligó además á declarar la guerra á los dos rivales comunes. Pero Leopoldo II, que sucedió en el imperio de Austria al belicoso José, manifestó deseos de paz. La revolucion francesa habia llevado la alarma á todas las cortes, y todas quisieron acabar sus diferencias parciales para habérselas solo con el enemigo de todas. Por eso, no obstante el éxito favorable que para las dos naciones contrarias á la Turquía habia tenido el principio de la campaña, una y otra se avinieron sucesivamente á entrar en negociaciones pacíficas, las cuales dieron por resultado el tratado de Szitova con el Austria en 1791, cuya potencia, tomando por base el *statu quo* de 1788, se obligaba á devolver sus conquistas, especialmente la Valaquia y la Moldavia, y la paz de Jassy, celebrada con la Rusia en 1792, por la cual se la cedia todo el país situado entre el Bug y el Dniester.

Estos tratados, provocados por los peligros que á toda Europa hizo concebir la revolucion francesa, libraron á la Turquía de un riesgo inminentísimo. Ya los primeros pasos de los ejércitos rusos y austriacos dieron á conocer la inferioridad de

los otomanos respecto de sus enemigos; y aunque el Divan habia logrado interesar en favor suyo á las cortes de Lóndres y Berlin, es muy dudoso el éxito que tendria la campaña seguida en el mismo territorio turco, sobre el cual habian de vivir los dos ejércitos beligerantes. Por eso la paz de Jassy fué recibida con alegría por todos los gabinetes de Europa, quienes abandonaron sus vias tradicionales ; las mismas causas que habian sustraido á los musulmanes de tomar parte en las grandes luchas del siglo XVIII la aseguraron una inmunidad igual en las tormentas revolucionarias que iban á cambiar el antiguo órden de cosas, y así es que la vemos tomar una parte solidaria en todos los sucesos del continente europeo.

El jóven Sultan, en los seis años de tregua que le dejaron los anteriores tratados, ocupóse en reparar sus fortalezas de la frontera y á mejorar su administracion, introduciendo en ella algunas de las reformas que su trato con las otras potencias le habian dado á conocer. Sus primeros cuidados fueron para su ejército de mar y tierra y á todo lo que con ellos tenia relacion. Edificó cuarteles con arreglo á los planos dados por los ingenieros franceses, montó su artillería á la europea y estableció almacenes provistos de municiones. Para hacer adoptar todas estas novedades tuvo hasta que valerse de la fuerza para sofocar no pocas sediciones de las demás tropas, que veian en ellas un peligro de que tuvieran término sus exigencias y privilegios abusivos. Mas no eran sus rutinarios súbditos los únicos que entorpecian los proyectos del Sultan. La corte de Rusia, á pesar de las numerosas ventajas que le habia dado la paz de Jassy, no cejaba en sus pretensiones cerca de la Puerta. Públicamente se discutió en presencia suya el proyecto de restablecer en Constantinopla el imperio griego en favor de un príncipe de su familia, al cual se habia dado el nombre significativo de Constantino. Supóse en esto la organizacion de la escuadra que Bonaparte aprestaba en Tolon, cuyo objeto, de todos ignorado, creyó Selim seria el de sublevar á sus súbditos del Epiro y de la Morea ; pero al saber que el ejército francés, después de haber ocupado á Alejandría, se encaminaba á la célebre ciudad del Cairo, no fué dueño de reprimir su indignacion y hizo encerrar en el castillo de las Siete Torres al encargado de negocios de Francia. El temor de este nuevo peligro hizo olvidar los odios antiguos; apresuróse á contraer una alianza con Rusia é Inglaterra, cuyas escuadras, combinadas con las de los otomanos, debian ocuparse en combatir al enemigo comun ; y al mismo tiempo que se combatia por los ejércitos de tierra, la Rusia y la Turquía emprenden una expedicion marítima para arrebatar á la Francia las islas Jónicas, que poseia desde el tratado de Campo-Formio. La derrota de los franceses que defendieron las islas apenas fué compensada por las victorias de Bonaparte sobre los mamelucos, y estas victorias y reveses recíprocos hicieron hacer proposiciones de paz. Firmóse esta, con efecto, en 21 de marzo de 1800, entre el Emperador turco y la república francesa , pero no tardó mucho en renovarse la guerra.

La Francia con su súbita agresion sobre el Egipto rompió la alianza de dos siglos y medio que tenia con la Puerta, y el protectorado que desde entonces ejercia pasó á manos de la Inglaterra. Esta potencia solo á fuerza de reclamaciones evacuó la plaza de Alejandría y otros puntos que ocupaba, y cada dia procuraba ensanchar mas su influencia á costa de su rival. El mariscal Brune habia sido enviado, como embajador francés, cerca del Sultan y recibido con las mayores muestras de deferencia. Desde su llegada dedicóse á reanudar las antiguas y cordiales relaciones que de antiguo habian tenido ambas naciones. Al mariscal Brune sucedió en 1806 el general Sebastiani, el cual llegó á Constantinopla en el momento de que una insurreccion de los genízaros y de la guarnicion ponia en peligro el cetro y la vida de Selim. No sabemos si su influencia obtuvo del Sultan alguna de las concesiones que apaciguaron el tumulto; el hecho es que consiguió que la Puerta declarara nuevamente la guerra á la Rusia, sin duda para vengarse de la nueva coalicion continental formada contra el emperador Napoleon. Mientras la Rusia atacaba por tierra al imperio otomano, una escuadra inglesa fuerza el paso de los Dardanelos, cuyas fortificaciones estaban casi abandonadas, á pesar de las continuas instancias del enviado francés, y llena de espanto á los débiles miembros del Divan. Opinan estos por que se accediera á las exigencias de la Gran Bretaña, se hiciera la paz con Rusia y se dieran sus pasaportes al representante de Francia. Niégase este á obedecer mientras no le presenten una órden firmada del Sultan; los habitantes de la capital, léjos de participar del miedo de los ministros, manifiestan un entusiasmo extraordinario y acuden armados á defender las murallas. Aprovéchase Selim de este entusiasmo para reparar las fortificaciones, y encarga de la defensa de su corte al mismo general Sebastiani, á quien habia querido expulsar el ministerio. El embajador inglés, que se habia refugiado en su escuadra, intenta abrir negociaciones al ver el estado formidable de defensa en que, como por encanto, se habia puesto Constantinopla, y cede en sus exorbitantes pretensiones; el Sultan, sin embargo, se niega á toda especie de convenio mientras los ingleses no repasen los Dardanelos, y la escuadra, temiendo mayores males, tuvo que levantar el áncora en medio de los gritos de alegría de toda la poblacion, que habia acudido á la orilla á presenciar la retirada de los enemigos.

Esta tentativa, y la que con igual resultado hicieron los ingleses en Egipto, produjeron un rompimiento formal de la Puerta con la Gran Bretaña; el gabinete de San James, sin embargo, no contestó á esta declaracion de guerra, y al contrario, para aplacar al gran Señor, alejó sus buques de las costas de Siria y del Archipiélago y adoptó todas las medidas oportunas para que cesaran las hostilidades. Libre ya la Puerta de este enemigo, apréstase para combatir á la Rusia, que al principio de la campaña habia invadido la Moldavia y la Valaquia, y para poder hacerlo con éxito, trató de dar nueva organizacion á su ejército de tierra. Semejante tentativa habia producido ya mas de una revuelta en el imperio oto-

mano, cuyos altos funcionarios se oponian á toda especie de reforma para no perder las ventajas que reportaban del desquiciamiento en que se hallaba la administracion toda; y como los instigadores encontraban siempre debilidad en el Gobierno, dábalos esto osadía, y á la menor sospecha de innovaciones renovaban el tumulto. El 24 de mayo de 1807 estalla en Constantinopla una sublevacion militar, pretextada con un cambio de uniformes que queria hacerse en la tropa; dos dias de degüello continuo hicieron correr por la ciudad arroyos de sangre, y débil el Sultan en las primeras exigencias fué arrollado por la sedicion hasta el punto de hacerle abdicar el trono y encerrarlo en una oscura prision, donde al cabo de un año fué asesinado por recelos de que sus partidarios quisieran reponerlo en el imperio.

Proclamado emperador por los revolucionarios Mustafá IV, sobrino de Selim, era una consecuencia forzosa que se anulasen todas las reformas é innovaciones que habian servido de pretexto para derrocar á su antecesor. No se pensó mas que en continuar la guerra contra la Rusia ; pero la noticia del cambio de monarca no habia sido acogida por el ejército del Danubio con la alegría que esperaban sus hermanos de la capital. El general Mustafá-Bajá fué depuesto ; esta mudanza paralizó el curso de las operaciones ; el ejército ruso se replegó detrás del Dnierter para reponerse, librándose así de que los otomanos vengaran sus antiguos agravios, y teniendo que atender á la guerra que sostenia con Napoleon, se avino á firmar un armisticio. Tambien la Inglaterra encargó á sir Arturo Paget que entrase en negociaciones secretas con los ministros otomanos, y ya estaba á punto de lograr su intento cuando el general Sebastiani, instruido de estos manejos por el dragoman de la Puerta, hizo tales amenazas, que asustó al Divan, y se rompieron las negociaciones. Celebrada, empero, la paz de Tilsitt, fueron reanudadas de nuevo , mas en medio de su curso fué asesinado el Sultan por su porta-estandarte, el cual, prendiendo luego fuego á un almacen de pólvora, se sepultó bajo sus ruinas juntamente con los jefes de la conjuracion.

XXIII.

Mahamud II, hermano y sucesor de Mustafá IV, habia permanecido hasta la edad de veinte y dos años bajo la tutela de las mujeres del serrallo y de los ulemas, segun la antigua costumbre observada respecto de los futuros sultanes ; pero las continuas conferencias que tuvo con Selim, durante el cautiverio de este, suplieron en él las lecciones que no le habian dado ni sus viajes por el extranjero ni la experiencia práctica de los negocios. Después que hubo ceñido el sable otomano con las ceremonias de costumbre en la mezquita de Eyub, empezó á tomar noticias del estado de su imperio, y se asustó al ver en cuán lamentable situacion

se hallaba. La Persia, antigua enemiga suya, habia inducido á la rebelion al bajá de Bagdad; la Siria y la Arabia se hallaban en poder de los wahabitas; los ejércitos rusos cubrian las márgenes del Kuban y del Danubio; la Servia y la Bosnia se habian amotinado, y el bajá de Janina, favorecido por la Gran Bretaña, intentaba quitarle la Albania y las islas Jónicas. El tesoro estaba exhausto, el ejército desorganizado y los genízaros en completa rebelion. No bien ocupó Mahamud el trono, manifestó un despejo superior á lo que de su educacion podia esperarse y una inclinacion decidida en favor de las costumbres europeas. Para ello su primer deseo fué el de poner en paz y tranquilidad á su imperio, pues mientras durasen las guerras y sediciones mal podria entregarse á reformas políticas. Después de tres nuevas campañas contra los rusos, en las cuales el éxito de las armas fué por lo general favorable á las tropas de Alejandro, que cada dia extendian mas sus posiciones en la Georgia, firmóse al fin la paz en Bucharest el 28 de mayo de 1812. Este tratado, que señalaba el Pruth como límite de ambos imperios, fué aprobado con disgusto por el Sultan, que en las apuradas circunstancias en que se hallaba el Czar, obligado á defenderse con todas sus fuerzas de un enmigo mas temible, creia haber podido obtener mayores ventajas. Mientras los rusos se veian obligados á abandonar el territorio otomano para acudir á otro peligro mas inminente, llegaba á Constantinopla el embajador francés Andreossy con la mision principal, entre otras, de persuadir á la Puerta de que no se separase de Napoleon y se pusiese en guardia contra el influjo de la Inglaterra. Andreossy no pudo conseguir esta parte de su cometido segun deseaba el gobierno de París, pero predispuso mucho al Divan en favor suyo, y en el momento que supo la abdicacion de Napoleon y el advenimiento al trono de Luis XVIII, estrechó sus antiguas relaciones con Francia y dispensó los mayores obsequios á su nuevo enviado.

Mahamud celebró con júbilo la vuelta de la paz europea, pues ella le dejaba tiempo para ocuparse de las grandes reformas que hacia tiempo meditaba. Secundado por la fortuna en los primeros años de reinado, habia recuperado las llaves de las ciudades santas de la Arabia, comprimido las rebeliones de los turbulentos bajáes de Widdin y de Damasco é introducido la disciplina en su ejército. Los mamelucos, sin embargo, que hacia tiempo dominaban el Egipto, en donde ejercian una especie de señorío feudal, no estaban muy dispuestos á someterse á una obediencia y á una disciplina regulares. Cuando los ingleses abandonaron el Egipto, después de la ocupacion francesa, debió incorporarse de nuevo á los dominios de la Puerta, la cual envió un nuevo bajá, llamado Kosrew, con órdenes de exterminar á todo trance á los mamelucos; pero los beyes, después de varias derrotas, se rehicieron á la voz de Mehemet-Alí, oscuro vendedor de tabaco de la Cabala, en Macedonia; y habiéndose presentado en el Cairo como jefe de arnautas, milicias locales de la Romelia, se puso sucesivamente al frente de una ú otra faccion, y después de haber derrotado á Kosrew, fué proclamado goberna-

dor de la ciudad por las tropas y el pueblo, y la Puerta se vió obligada á reconocer los derechos de este rebelde, que pocos años mas tarde habia de declararse señor independiente del mismo territorio, cuyo gobierno se habia confiado á su lealtad.

Este ejemplo de impunidad no dejó de tener imitadores. Impotente la Puerta para reprimir la rebelion, tenia que hacer concesiones á cada paso, y por todas partes brotaba el descontento. Los wahabitas, secta fundada en 1730, turbaban las conciencias anunciando que la religion musulmana se hallaba degradada, y que ellos se proponian regenerarla cortando los abusos que la oscurecian. Frecuentes incendios anunciaban el descontento general, y para todos era manifiesta é irremediable la decadencia del imperio. Esta decadencia debia parecer favorable á la regeneracion de la raza heleno-eslava, pueblo dos veces vencido, pero nunca sometido, á quien la religion, el lenguaje, las tradiciones, las costumbres, todo le mantenia alejado de la raza conquistadora. Estas continuas protestas contra el yugo que los oprimia daban á entender que lo sacudirian tan pronto como el azar les ofreciese ocasion favorable para ello. Poco después de la toma de Constantinopla fueron conquistados por los turcos los países que ocupa esta raza : la constitucion de Mahometo II respetó la Iglesia griega, en la cual se continuaban eligiendo canónicamente las dignidades, y el patriarca ecuménico de Constantinopla presidia el santo Sínodo permanente, compuesto de diez ó doce obispos, y además conocia en apelacion de las sentencias de estos. Era tambien protector de los griegos cerca de la Puerta, y por último, conocia de las causas contra los clérigos con facultad de imponer penas de prision y galeras, sin que el Soberano pudiese anular la sentencia ni indultar al reo, á no ser que este abrazase el islamismo. Cansados los turcos de luchar con gentes pobres é indómitas, dejáronles vivir bajo sus propias leyes, conservando el uso de sus armas á condicion de pagar un ligero tributo; y cuando fueron sometidas las llanuras de la Tesalia, retiráronse en gran número á las montañas, desde las cuales caian sobre los turcos y griegos, despojando indistintamente á unos y otros, lo cual les valió el nombre de cleftas. En esta forma y sometidos al régimen municipal vivieron cerca de tres siglos; apenas tenian sacerdotes ni iglesias, pero el clero ejercia sobre ellos mucha influencia; y á no ser por la mala inteligencia que se trasmitia tradicionalmente entre los griegos cismáticos y los cristianos, pudiera decirse que toda la nacion helénica no era mas que un solo hombre. Los patriarcas, empero, favorecian á sus sectarios y desacreditaban á los papistas, como se llamaba á los cristianos. Los griegos eran unos auxiliares necesarios para los turcos, los cuales desde el dia primero de la conquista habian tenido que valerse de ellos para los diversos cargos de la administracion pública, y algunas familias griegas privilegiadas del barrio de Constantinopla, llamado el *Fanar*, de donde les provino el nombre de *fanariotas*, dirigian la diplomacia y la hacienda. Prevalido de esta influencia el metropolitano Gerasimo, obtuvo del Sultan en 1717 un *hatti-scherif* ú

órden imperial, en que se prevenia á los católicos se reunieran á la Iglesia cismática de Alepo; esto dió lugar á conflictos, en los cuales alguna vez llegó á correr la sangre, y produjo en Constantinopla una especie de inquietud y fermentacion sorda, que anunciaba grandes disturbios. Los rusos fomentaban la agitacion de los griegos, y la Inglaterra por su parte hablábales de religion, de emancipacion, de nacionalidad, excitándoles á que se rebelasen contra la Turquía. En medio de estas agitaciones Alí, natural de Tebelen, dedicado desde su infancia al robo y al pillaje, y unido con el bajá de Deloin, rebelado tambien contra la Puerta, y cuya hija habia obtenido en matrimonio, concibió la idea de hacerse dueño de la Albania y acaso de toda la Grecia. Con un gobierno tan débil y venal como el turco, y con el valor y osadía que le acompañaban, muy pronto dióse á conocer Alí: tuvo partidarios, y conocidas ya en el Divan sus miras ambiciosas, dale órden para que dejando el bajalato, que habia obtenido en recompensa del asesinato del bajá de Epiro, sospechoso de connivencia con los cristianos, se presentase ante el muftí, so pena de excomunion. Alí, que conocia la suerte que le esperaba, desobedece las órdenes del Sultan, y auxiliado por los ingleses con armas y dinero, se declara en abierta rebelion contra el gobierno de Constantinopla. El Sultan dispone se dirijan contra los insurgentes todas las tropas griegas, y á fuerza de ejecuciones y de crueldades consiguió comprimir el movimiento, pero no sofocarlo. En 1821 estalla de nuevo la insurreccion en muchos puntos de la Morea; sublévanse la Laconia, la Messenia, la Arcadia y la Beocia; las islas de Hidra, de Spezzia y de Ipsara equipan una escuadra de ciento ochenta velas, y la insurreccion penetra como un rayo por todo el Archipiélago. Mahamud forma un nuevo ministerio que con su energía haga frente á la situacion espinosa en que se hallaba; el embajador ruso, desaprobando la conducta de los rebeldes, reclama el derecho de intervenir en la Valaquia y la Moldavia, presas tambien del contagio revolucionario, y pide que á los raias griegos solo se les castigue después de un proceso formal y no de una manera arbitraria. Estas reclamaciones fueron motivadas, al parecer, por las ejecuciones del patriarca Gregorio, del arzobispo de Andrinópolis, del obispo de Efeso, de otros varios prelados y de un cierto número de griegos distinguidos, ahorcados ó degollados por sospechas de complicidad con los rebeldes; pero el Divan contestó que el Gobierno era dueño de castigar á los culpables como mejor le pareciera; y estas contestaciones, cada vez mas agrias, producen al fin la retirada de Strogonoff y la suspension de relaciones entre la Rusia y la Puerta.

Los griegos entre tanto eran víctimas de todos los horrores de la guerra civil y de la anarquía. Los maniotas, enemigos irreconciliables de los otomanos, dejan las cavernas del Taigeto, y guiados por Mauromicali y Colocotroni, se cebaron en la sangre de los turcos. Pero no eran estos los únicos enemigos con quien tenian que combatir. Un senado, á cuya á cabeza se puso el primero de aquellos jefes, anuncia á Europa la sublevacion helénica, é hizo un llamamiento á todo el mundo

civilizado. Multitud de jóvenes griegos, alemanes, polacos, franceses, rusos é italianos corren á alistarse bajo la bandera blanca con la cruz roja. Al lado de la confederacion terrestre formóse otra marítima, cuyo mando se confió á Jacobo Tombusis con el título de archinauta, y dispónense á resistir los ejércitos del Sultan. Este habia proclamado la guerra santa contra los griegos; tres ejércitos otomanos habian sido derrotados por los insurgentes; los bajáes eludian las órdenes del Divan, y los gabinetes europeos interpusieron su influencia para que dejara de correr la sangre y se entrara en conferencias. Costábale, empero, á la Puerta gran trabajo deshacerse de tan rico floron de su corona, y se negaba á toda especie de acomodo. El Austria le animaba en su negativa, y al fin hubo de venirse de nuevo á las manos, no ya entre el Señor y sus súbditos rebeldes, sino entre las fuerzas con que las potencias extranjeras ayudaban á sus respectivos protegidos. La cuestion se decidió el 20 de octubre de 1827 en las aguas de Navarino; las tres escuadras combinadas de Francia, Inglaterra y Rusia derrotaron á la flota turca, fuerte de mas de setenta velas, y aseguró la independencia de la Grecia y su pérdida definitiva para el imperio otomano.

Pero los mismos vencedores se asustaron muy pronto de su triunfo. La Francia y la Inglaterra concibieron temores de que todas las ventajas de la victoria cedieran exclusivamente en beneficio de los rusos. El gabinete de Lóndres calificó de suceso desgraciado la batalla de Navarino, y trató de que sus resultados fueran todo lo menos ventajosos que pudiera á su rival. Por el tratado de Lóndres de 6 de junio de 1827 ofrecieron las tres potencias combinadas su mediacion para terminar la guerra entre la Puerta y los griegos, y por un artículo adicional convinieron en que si aquella se negaba á suspender las hostilidades, la obligarian á ello por la fuerza de las armas. Como el Sultan habia desechado estas proposiciones, y la batalla de Navarino habia decidido la cuestion en favor de la independencia griega y en contra de los turcos, la Rusia se presentó con exigencias mas arrogantes, fundadas en el protectorado que se habia atribuido sobre las márgenes del Danubio, y exigiendo formalmente que se respetaran sus derechos en la Valaquia y la Moldavia y que se les dejara gobernarse por sus antiguos hospodares, los cuales pagarian á la Puerta el tributo convenido. Esta cuestion, que se inició poco después de la emancipacion de la Grecia, ha sufrido multitud de vicisitudes, y casi puede decirse que aun no se halla resuelta. A consecuencia de la retirada del embajador ruso de Constantinopla, el emperador Nicolás, que habia sucedido á su hermano Alejandro en el trono de todas las Rusias, declara la guerra á la Puerta, hace que sus ejércitos pasen el Pruth, y apodéranse sin resistencia de Jassy y de Buckarest. El objeto ostensible de esta invasion le granjeaba las simpatías de los liberales de Europa; pero la Francia y la Inglaterra, que conocian los resultados que podia tener la expedicion, trataron de asegurar la triple alianza y constituir la Grecia, sin entrar en las diferencias entre la Rusia y la Puerta. Con este objeto convinieron en la parte que en la obra de emancipacion tocaba desempeñar á cada una de

las potencias contratantes; pero entre tanto el ejército ruso seguia su marcha, y no paró hasta llegar á Andrinópolis, segunda capital del imperio turco. La aparicion de las tropas del Czar bajo los muros de esta importante plaza desconcierta al Divan, y creyéndose ya irremisiblemente perdido, accede á la emancipacion griega y firma en 14 de setiembre de 1829 el tratado de Andrinópolis, en virtud del cual se renovaron los antiguos convenios con la Rusia, se le concedia la navegacion por el mar Negro y se indemnizaba á su comercio de las pérdidas sufridas, á condicion de que se reconociera y respetara la integridad de su territorio en Europa y Asia. La Turquía era además reintegrada en los principados de Moldavia y Valaquia, aunque concediendo á los hospodares la facultad de arreglar los asuntos interiores bajo el protectorado de la Rusia; recobraba tambien las provincias de la Romelia y de la Turquía asiática, á excepcion de cinco plazas, que se reservó como en rehenes, y se señaló nuevamente el Pruth como el límite de los dos imperios.

XXIV.

Este tratado, desde cuya celebracion puede decirse que la Valaquia y la Moldavia no pertenecen al imperio otomano, dejó libre á Mahamud de los cuidados de la guerra y en disposicion de dedicarse enteramente á sus proyectos de reforma. Ya hemos indicado mas arriba que su primer deseo al ascender al trono habia sido el de extinguir á los genízaros, especie de guardia pretoriana, cuyo espíritu era contrario á toda especie de progreso, y cuyas exigencias tenian en un continuo estado de alarma la sede del Gobierno y hasta la morada misma del Sultan. El sitio de Misolongi, aunque terminado de una manera favorable para las armas otomanas, habia puesto de manifiesto su inferioridad respeto de sus enemigos; desde entonces se decidió Mahamud á reformar su ejército de modo que guardara armonía con las tropas europeas; pero siempre encontraba una rémora incesante en el cuerpo de los genízaros, los cuales conocian que de llevarse á cabo las reformas ideadas por su amo, ellos serian los primeros sobre quienes recaerian sus medidas. El gran visir Muhammed-Selim-Bajá provoca en casa del muftí una reunion de los primeros funcionarios del Estado, ante la cual expuso con energía los males que á todos podria traer la falta de represion de los desmanes de esas hordas, que ni conocian disciplina ni freno; todos convienen en lo urgente de la reorganizacion, y los mismos jefes de los genízaros presentes á la conferencia ofrecen coadyuvar á la empresa por cuantos medios les sugiera su celo é inteligencia. Decrétase en su virtud la formacion de un cuerpo regular de tropas en activo servicio, sacado de las cincuenta y una *ortas* de los genízaros, y á los pocos dias empiezan los oficiales á instruirse en las maniobras de la táctica europea.

Pero estos mismos oficiales que se habian comprometido á secundar la reforma fueron los primeros en manifestarse hostiles á ella, y en desacreditarla á los ojos del público. En una nacion tan enemiga de todo progreso como la turca, fué muy fácil el que el vulgo tomara parte en esas hablillas, y pocos esfuerzos fueron necesarios para prepararlo en contra de los proyectos del Gobierno. En vano este se apresuró, *para cortar con las tijeras de la amenaza las lenguas de esos perniciosos habladores*, á publicar proclamas justificando sus medidas; esta misma confesion exaltó los ánimos, y se decidieron á resistir por medio de la fuerza. Una turba de los conjurados dirígese de noche á casa del agá de los genízaros, sospechoso de tener participacion en los nuevos proyectos; no le hallan en ella, y de rabia echan abajo sus puertas y le prenden fuego. Esta fué la señal de una insurreccion general; espárcense los genízaros por la ciudad gritando la muerte y el exterminio de los innovadores, y al poco tiempo el movimiento se habia comunicado á todos los barrios. Las autoridades, sin embargo, estaban sobre aviso, y todas ellas acudieron á su puesto para defender al gobierno. El Sultan mismo quiso ponerse al frente de sus tropas para combatir á los sublevados, aunque no lo llevó á cabo cediendo á las reflexiones de los ministros. Muchos particulares se incorporaron á los soldados para contribuir al restablecimiento del órden, y desde entonces pudo conocerse que la jornada era perdida para los rebeldes; en vano estos advirtiendo su derrota, trataron de pedir gracia pretextando que habian sido engañados; ya habia sido forzado el último barrio adonde se habian acogido y parapetado; el incendio consumió el último reducto de los insurgentes, y todos ellos fueron muertos ó aherrojados.

La gran mayoría de los habitantes de la capital vió sin pesar, antes con júbilo, la derrota de los genízaros, y el momento no podia ser mas favorable para su extincion. Mahamud lo conoció; decreta la disolucion del cuerpo, y al cabo de muy pocos dias quedó realizado su deseo. Cinco ó seis mil de ellos habian muerto en la última batalla; quince mil fueron desterrados al Asia, y el resto obtuvo permiso de quedarse entre sus familias después de haber dado garantías de buena conducta para lo sucesivo.

Mahamud recibió por la extincion de los genízaros felicitaciones de todos los altos dignatarios del imperio y personas distinguidas, á quienes contestó que las recibia con tanto mayor gusto cuanto que esa victoria le libraba de los obstáculos que siempre habia encontrado para sus planes innovadores. Con efecto, sin perder un momento comienza á expedir una serie de órdenes aboliendo abusos inveterados; hizo crear escuelas, introdujo los buques de vapor y la imprenta periódica, y en todas las dependencias de su Gobierno trató de introducir reformas á la europea. Hasta los trajes fueron modificados en el mismo sentido, y pudo presenciarse mas de una recepcion de los altos dignatarios imperiales en que se trató de imitar afectadamente los usos de los bailes y tertulias europeas, de que algunos viajeros le habian hablado. Sin embargo, los mismos que elogiaban á Mahamud

como reformador, conocian que ni la época ni la manera que adoptó para sus innovaciones eran las mas adecuadas para regenerar á un pueblo degradado como lo estaba el turco. Todas las reformas de este Sultan iban encaminadas á destruir lo antiguo, pero sin sustituirlo con nada nuevo: al mismo tiempo que se creaban periódicos, gabinetes de lectura y hasta un teatro en el barrio de Pera, se olvidaba preparar la juventud para la nueva vida que se desarrollaba ante su vista; los libros eran cada dia mas raros, y no se veia á ningun hombre que, superior á las medianías que formaban el Gobierno, pudiera imprimir al movimiento innovador el sello de prevision reflexiva, tan necesaria para reconstituir un pueblo. Asífué que en Turquía se perdian las cualidades originarias sin adquirir las extranjeras. Los verdaderos musulmanes miraban á Mahamud como un apóstata. Habiendo ocurrido en medio de estas innovaciones la conquista de Argel por los franceses, los fanáticos propalaron que esto era un castigo del cielo por los atentados que se hacian contra sus inveteradas costumbres, atentados que ellos calificaban de otros tantos sacrilegios. De este modo se creaba una oposicion sorda á todas las medidas del gobierno de Constantinopla, y cada cual en el círculo de su influencia trataba de entorpecerlas, ya que no anularlas por completo.

XXV.

En medio de estas ocupaciones llegó al Divan la noticia de la sublevacion de Egipto. Su virey Mehemet-Alí era el símbolo en que se personificaba la opinion de los que ansiaban una regeneracion musulmana. Ya hemos indicado que al evacuar los ingleses este país, después de la breve ocupacion francesa, debió ser restituido á la Puerta, pero que los mamelucos, tiranuelos feudales, que solo cuando les acomodaba obedecian al bajá enviado por el Sultan, habian recuperado su poder aprovechándose de la postracion de los otomanos. Resuelta la Puerta á acabar con estos súbditos molestos, encargaba á sus bajáes que por todos medios procuraran su exterminio, y aun el mismo Mehemet-Alí, gobernador impuesto al Divan por una sublevacion, recibió instrucciones análogas á las de sus predecesores legítimos. Cuando el Egipto fué conquistado por el árabe Amrou, confirmó la Puerta las concesiones de tierras que habian hecho los beyes, pero obligando á los poseedores á pagar al tesoro imperial una pequeña retribucion en reconocimiento del derecho de dominio, que le daba la conquista. Esta costumbre siguió bajo el mando de los califas y de los mamelucos, hasta que el sultan otomano Selim I, con el propósito de destruir á los nobles, incorporó al fisco las tierras concedidas por los príncipes; de cuyas resultas los antiguos poseedores quedaron como simples usufructuarios, revertiendo de nuevo las tierras por muerte de ellos al Sultan, á menos que los herederos del difunto las comprasen de nuevo, como su-

cedia comunmente y por un precio arbitrario. El sultan Soliman II regularizó estas concesiones estableciendo un comisario *desfterdar*, que llevase el registro de todas esas tierras bajo la inspeccion del bajá del Cairo, el cual daba al nuevo concesionario un título provisional, que debia renovarse cuando entrara un nuevo poseedor. El usufructuario no podia vender su tierra, cuya libre disposicion se reservaba el Gobierno, y si el poseedor contraia deudas, caia en comiso la tierra. Las que quedaban en poder del Gobierno eran labradas por colonos, llamados *fellahs*, haciéndose el cultivo bajo la direccion del *maimur* ó inspector agrícola de cada canton, y recolectada la cosecha, se depositaba en los almacenes cantonales el sobrante, después de haber sacado lo necesario para alimentar á los habitantes, y se vendia al Gobierno por un precio determinado. El labrador libre podia disponer de sus cereales pagando un cánon. Por muerte sin herederos de algunos *fellahs* y por cesion de otros que estaban imposibilitados de labrar las tierras, habian muchas de estas pasado á poder de las aldeas, y otras habian sido aplicadas á establecimientos públicos y piadosos. La administracion de estas tierras estuvo confiada á los coftos hasta su extincion : cuando la ocupacion francesa secuestráronse los bienes de los que habian emigrado, pero respetaron las propiedades de las personas inofensivas, abolieron los impuestos vejatorios é introdujeron el derecho de sucesion mediante el pago de un impuesto de registro.

En tiempo de Mehemet-Alí, á medida que iban extinguiéndose los mamelucos, recaian sus propiedades en el Príncipe; luego incorporó al fisco los bienes de las mezquitas y establecimientos públicos, con obligacion de presentarle sus títulos posesorios, y de este modo llegó á hacerse único propietario del suelo, y aunque á algunos colonos repartió tierras eriales, hízolo únicamente con exencion de pagar impuestos por cierto número de años; señalóles el cultivo á que habian de destinarlas, y puso así el monopolio del terreno en manos del Virey, en favor del cual venian á resultar exclusivamente en último término todas las ventajas. Mehemet-Alí vióse, pues, como el verdadero dueño del país; ya dueño material del terreno, quiso mandar sin dependencia alguna de la Puerta, y habiendo procurado captarse la voluntad de los que ya miraba como esclavos suyos difundiendo la instruccion, creando escuelas y academias y introduciendo todas las mejoras de los países civilizados, decidió rebelarse contra el Sultan y declararse independiente. La provincia sobre que primeramente debian dirigirse sus miradas era la Siria, cuyo orígen, lengua y tradiciones están de tal modo enlazadas con el Egipto, que parecen llamadas á estar siempre bajo un solo cetro. Unas diferencias que, á propósito de la extraccion de maderas del Líbano, habian surgido entre el Virey y el bajá de Acre, Abdallah, dió pretexto al primero para acudir al Sultan en demanda de una autorizacion para vengar sus agravios. Mahamud, temiendo que su súbdito abusase de la victoria, habíale concedido el permiso solicitado, con la condicion de que el ejército egipcio marcharia bajo las órdenes del Kapudan-Bajá y de que las dos escuadras obrarian en combinacion; pero habiéndose detenido

aquel en el puerto de Rodas, al saber los estragos que el cólera hacia en Egipto, aprovechó esta tardanza el Virey para hacer que su hijo Ibraim-Bajá tomara el mando del ejército, y al cabo de un mes de marcha victoriosa, en la cual, como de paso, se apoderó de Gaza, Jaffa y Kaiffa, acampó bajo los muros de San Juan de Acre. La noticia de esta rápida marcha puso de manifiesto á los ojos del Sultan los proyectos de su ambicioso súbdito. Intímale que en el acto suspenda las hostilidades, y que lo mismo que su rival sometan sus altercados á la decision de la Puerta, prometiéndoles pronta y recta justicia; pero Mehemet se rie de esas órdenes; hace que su hijo apriete el asedio de San Juan, y consigue que al cabo de seis meses caiga en poder suyo una ciudad contra la que el mismo Napoleon se habia estrellado. En vano Mahamud declara rebeldes al bajá y á su hijo; niéganse á hacer acto alguno de sumision mientras no se le diese la investidura del nuevo territorio, y encontráronse frente á frente dos ejércitos turcos, disciplinados á la europea. Dos derrotas de las tropas del Sultan dieron á conocer la buena organizacion de la milicia egipcia, la cual, dueña ya de Damasco, ningun obstáculo encontraba en su marcha sobre la capital del imperio. Ya hemos dicho que los verdaderos creyentes miraban en Mehemet-Alí al regenerador del islamismo, degenerado, segun ellos, por las reformas de Mahamud; esta idea le animaba al bajá en su empresa. Ya se ocupaba de los preparativos de marcha, pero el Gobierno francés, á pesar de la repugnancia del Sultan, interpuso su mediacion con ánimo de reconciliar los dos partidos beligerantes; y con efecto, consiguió que se suspendieran las hostilidades y se abrieran negociaciones pacíficas.

Mas cuando iban á empezar las conferencias, apareció una escuadra rusa en el Bósforo para sostener al Gran Señor, y desbarató todo el proyectado arreglo. El general Muravieff ofreció al Sultan los ejércitos del Czar, y le dijo estaba encargado de trasladarse á Alejandría para inducir al bajá á que se sometiese; Mahamud en su vista se negó á toda especie de acomodo con los rebeldes; pero asustado por los triunfos de Ibrahim, que acababa de ganar la victoria de Koniah, admitió las ofertas del emperador Nicolás y declaró que aprobaba la mision de Muravieff cerca del Virey. En esto interpusieron su mediacion los representantes de Francia y Austria, y después de mil conferencias pudieron conseguir que se firmase la paz de Kutayeh el 14 de mayo de 1833. Este tratado, léjos de consignar la sumision del súbdito rebelde que se habia levantado contra su señor, envolvia implícitamente la confesion de la impotencia del Divan y la victoria del bajá. La Siria quedó reconocida como bajalato independiente unido al vireinato de Egipto, y aunque Mehemet-Alí se declaró vasallo del Gran Señor por el nuevo feudo que adquiria en detrimento suyo, es notorio á todas luces de parte de quién quedaba la superioridad en la cuestion, y que no habia hecho mas que aplazarse la demanda.

Mahamud aprovechó esta tregua para proseguir en su sistema de reformas; estableció colegios militares, acreditó embajadores cerca de las potencias aliadas,

y á semejanza de algunos monarcas europeos, quiso tambien visitar sus dominios. El tratado de 8 de junio de 1833 firmado con la Rusia, en que se estipuló una alianza ofensiva y defensiva por ocho años, y la obligacion de cerrar los Dardanelos á todas las naciones que estuvieran en guerra con el Czar, alarmó á los gabinetes de Francia é Inglaterra, que hicieron todos los esfuerzos imaginables por neutralizarlo. Aunque las reclamaciones iban acompañadas de imponentes amenazas, no se pasó á vias de hecho, y el Sultan destinó parte de su escuadra á la reconquista de Trípoli, de cuya ciudad se apoderó el jefe de la expedicion Nedjid-Bajá en mayo de 1835, y puso término á la dinastía de los Karamandi, que hacia dos siglos reinaban en esta comarca. Algunos políticos sospecharon que alguna gran potencia enemiga de la Francia habia aconsejado á la Puerta aquella expedicion, pues apoderándose primero de Trípoli y luego de Túnez, ponia una barrera entre las recientes conquistas de los franceses y los dominios del virey de Egipto, y evitaba que pudieran prestarse mutua ayuda, caso de necesidad. El 11 de setiembre evacuaron las tropas rusas la plaza de Silistria, en la orilla derecha del Danubio, una de las llaves del imperio otomano, y que habia quedado en poder del Czar como garantía de la indemnizacion de guerra que le debia la Puerta; este suceso, que podia mirarse como el último reato de la cuestion suscitada con la Rusia, dejaba completamente á Mahamud libre para ocuparse con toda su atencion en los planes de gobierno y administracion, que eran su pasion favorita. Pero cuando mas ocupado se hallaba en estas reformas, un buque de vapor que llegó á Constantinopla el 15 de junio de 1838, llevó la noticia de que Mehemet-Alí en una nota pasada á los cónsules de Inglaterra, Austria, Francia y Prusia habia declarado que en lo sucesivo no pagaria tributo alguno á la Puerta otomana, y que se miraba como soberano independiente del Egipto, de la Arabia y de la Siria. El Sultan, en un rapto de indignacion, quiso que inmediatamente se pusieran en marcha sus ejércitos para contener y castigar al orgulloso Virey; cedió, sin embargo, á las instancias de los agentes extranjeros, y la noticia que tuvo de la llegada de un millon de thalares, que enviaba Mehemet-Alí á cuenta de los atrasos que debia al Tesoro imperial, pareció calmar realmente los ánimos. A pesar de ello, en marzo de 1839 el Sultan habia vuelto á sus antiguos propósitos contra su vasallo, y aunque el Gobierno francés se ofreció como mediador entre Mahamud y el Virey, no fué admitida su oferta, y al fin se rompieron las hostilidades. Para este caso, nada imprevisto por cierto, la Puerta habia entrado en negociaciones con la Rusia, á fin de que le ayudara en su lucha con el Virey, y el 21 abril de 1839 pasó el Eufrates la primera columna del ejército otomano á las órdenes de Hafiz-Bajá, serasquier del imperio. Ibrahim-Bajá, que tenia órdenes de evitar hasta donde le fuera posible una batalla, reconcentró sus tropas en Alepo, punto muy adecuado para su sistema, pues dejaba asegurada su izquierda por los desfiladeros de Paias y de Beilan. Hafiz-Bajá, por su parte, al posesionarse del Eufrates, le dejaba en disposicion de tomar la Siria por la espalda, y al mis-

mo tiempo le permitia trasladar la guerra á Damasco, donde contaba con sublevar á los descontentos drusos del Líbano, los montañeses de Naplusa en la Samaria, los Honazos que se extienden entre el Eufrates y el Hauran y hasta la misma Damasco y sus cercanías. Pero, en esta situacion hostil de ambos ejércitos se interpuso otra vez la diplomacia europea, y después de varias intimaciones, que fueron eludidas con respuestas capciosas, el almirante francés y el embajador de Inglaterra notificaron al Divan que sus respectivas escuadras se opondrian á una colision entre las fuerzas otomanas y egipcias.

Llegó en esto á Constantinopla la noticia de un ligero combate y la toma por los otomanos de varios pueblos del bajalato de Aintad. Al saberlo el Austria y la Rusia, unen sus reclamaciones á las de Francia é Inglaterra en favor del mantenimiento de la paz. Contesta el Sultan con una nota llena de dignidad y de energía, en que recapitulando los desafueros de su indomable vasallo, concluia asegurando que si este no se sometia á sus proposiciones, reducidas á la reposicion de los guardianes del sepulcro del Profeta elegidos por el Sultan, la supresion de los abusos introducidos en algunas ciudades santas por varios decretos del Virey, el pago regular de los tributos y la renuncia de todo derecho de majestad y soberanía que no viniese de una delegacion formal del Emperador, decidiria la guerra. A este despacho siguió á poco tiempo un decreto, por virtud del cual el Virey y su hijo quedaban privados de todos los empleos y dignidades que hasta entonces habian disfrutado, y se nombraba á Hafiz-Bajá para reemplazar á Mehemet-Alí en el gobierno de Egipto. Mehemet-Alí, por su parte, declaró ante los cónsules de las cuatro grandes potencias que en adelante se veria obligado á repeler la fuerza con la fuerza, pero que todavía aguardaba á que las tropas del serasquier entrasen en el territorio egipcio. El 12 de junio hízose á la vela la escuadra otomana con rumbo á la Siria para secundar á Hafiz-Bajá en su empresa; ya estaba extendida la declaracion de guerra, pero las dolencias de Mahamud, exacerbadas á la sazon, impidieron que por entonces se publicara, y su muerte, que sobrevino á poco, hizo tomar á los sucesos diverso giro.

Sin embargo, los dos grandes cuerpos de los ejércitos turco y egipcio estaban bastante cerca uno de otro en el distrito de Aintad, y no era de presumir que permanecieran por mucho tiempo inactivos. Ibrahim-Bajá recibió instrucciones de su padre para tomar la ofensiva, puesto que las tropas del Sultan habian violado la integridad de la Siria. Conformándose con estas instrucciones, sale Ibrahim de su cuartel general el 22 de junio, y alcanza sobre los otomanos una completa victoria cerca de Nezib. La noticia de esta derrota llega á Constantinopla el 8 de julio para aumentar la consternacion que allí reinaba por la muerte del Sultan, ocurrida ocho dias antes. Este suceso no impidió que continuara la guerra; pero antes de referir sus detalles y resultado, justo es que nos detengamos algunos momentos sobre el Príncipe que sucedió á Mahamud y que ocupa todavía hoy el trono de Turquía.

XXVI.

Abdul-Medjid-Khan, padischah ó emperador de los otomanos, nació el dia 20 de abril de 1824, correspondiente al año 1238 de la Egira, y por consiguiente, tenia poco mas de quince años cuando el fallecimiento de su padre, ocurrido el 1.º de julio de 1839, le abrió el camino del trono. No era esta edad la mas á propósito para ponerse al frente de un estado tan trabajado como estaba la Turquía por tantas cuestiones interiores y exteriores; pero el hecho es que hasta hoy ha contenido la ruina de su imperio, y que los años que lleva de reinado no desdicen en nada de los de cualquiera de los demás soberanos del mundo. Abdul-Medjid encontraba su reino harto quebrantado por las guerras casi continuas que habia tenido que sostener, pero en realidad en una via de progreso, que seria injusto desconocer. Su padre Mahamud habia inaugurado una era de regeneracion y de reformas, que, aunque miradas de mal ojo por los fanáticos y por los rutinarios, anunciaban, sin embargo, una nueva vida para la Turquía, y eran recibidas con aplauso por todas las personas sensatas. ¿Quién no habia de aplaudir, por ejemplo, que al sistema de inmoralidad en el gobierno y de brutal despotismo en las autoridades sustituyera otro sistema de órden y justicia, de regularidad en el reparto y percepcion de los impuestos públicos, en el reclutamiento y disciplina de los ejércitos, en la instruccion pública, en la definicion de los delitos y en la aplicacion de las penas? Quién no se habia de alegrar de que su persona y sus propiedades no estuvieran ya á merced de un intrigante adulador ó de un bajá sin freno para quien todo era lícito, con tal que depositara en el tesoro imperial una parte de sus depredaciones y tuviera habilidad bastante para impedir que los clamores de sus oprimidos esclavos llegaran á oidos del único que tenia en su mano el remedio de sus cuitas? Mahamud hizo mas de lo que debia esperarse de un príncipe educado como se educaban los príncipes de la corte de Constantinopla; conoció la época en que vivia, y tuvo el valor suficiente para romper con las preocupaciones de sus súbditos y arrostrar la impopularidad del vulgo ignorante para atender á los consejos de los hombres ilustrados. No sabemos lo que hoy seria del imperio otomano si todavía viviera el padre del actual Sultan: la cabeza que concibe un plan es la única capaz de llevarlo á debida ejecucion, y solo ella puede dar en todos los resortes de la máquina administrativa el impulso que ha de producir el éxito del conjunto. Mahamud II hizo mucho por la regeneracion de su pueblo, pero dejó de hacer lo principal. Mas que reformas políticas y administrativas necesita la Turquía de reformas sociales, que hagan de ella un verdadero cuerpo de nacion en lugar de una aglomeracion de pequeñas fracciones sin cohesion ni lazo entre sí. Todavía

no ha llegado la hora en que los súbditos del Sultan se llamen nada mas que turcos ú otomanos, en lugar de llamarse croatas, montenegimos, árabes, valacos y eslavos; en cada provincia del imperio se recaudan las contribuciones de un modo diferente; en cada una ha habido un sistema aparte de gobierno interior á gusto solo del bajá que accidentalmente se hallaba á su cabeza. Hasta las diversas religiones que se profesan en el imperio son un obstáculo permanente para que llegue á verificarse la fusion de ese pueblo consigo mismo. De los treinta y cinco millones de súbditos que obedecen al Sultan, veinte millones quinientos cincuenta mil son musulmanes, novecientos mil son católicos, y los catorce millones restantes son sirios, maronitas, jacobitas, judíos, turcomanos, drusos y caldeos. No es posible que con elementos tan heterogéneos se pueda formar una nacion unida y compacta, y todavía es menos posible hacer que esas diferencias desaparezcan en poco tiempo y por medidas coercitivas. Recuérdese lo que sucedió en nuestra España desde que los Reyes Católicos se propusieron fundir en un solo centro los diversos reinos en que habia estado dividida la monarquía. Y eso que ya en su tiempo no habia que tropezar con el grande obstáculo de la diversidad de creencias, pues que los únicos que disentian de la religion cristiana eran ya en tan corto número, que fué posible extinguirlos por la muerte ó el destierro en virtud de una simple pragmática. Pues si todavía, á pesar del trascurso de tres siglos, no está consumada la obra de aquellos Reyes; si todavía en la última ley constitutiva del Estado ha habido que consignar el principio de que unas mismas leyes regirán en toda la monarquía, con lo cual se ha querido evitar que continúen las legislaciones locales, vigentes aun en algunas provincias y comarcas; si la continua mudanza de empleados y el establecimiento de un idioma oficial para las escuelas y documentos públicos no ha podido borrar todavía esos dialectos provinciales, símbolo con que el pueblo perpetúa tradicionalmente su derivacion genealógica; si todo esto no ha sido bastante para que al cabo de trescientos años desaparezcan los signos característicos de que nuestra nacion, como todas las que conocemos, se ha formado por la anexion sucesiva de pequeñas fracciones, en otro tiempo reinos tambien independientes, ¿podrémos admirarnos de que en la Turquía haya tantos elementos de incohesion cuando nada se ha hecho hasta hoy para reunir sus diversos girones en un centro de unidad y de vida comun? Este es el primer obstáculo con que hubieron de estrellarse las reformas de Mahamud, continuadas por su hijo Abdul-Medjid, para que tuvieran el resultado que ambos se proponian. Un pueblo no se regenera en algunos años: las tradiciones de un país no se borran con un simple real decreto; por muy perniciosas y lamentables que sean, su sola práctica, por tanto espacio de tiempo como cuenta de vida el imperio otomano, es, sin necesidad de otra causa, una rémora constante para desarraigarlas, y solo lentamente y con medidas parciales es como se puede introducir la mudanza para que sea recibida por el comun de las gentes casi sin advertirlo. Los dos últimos sultanes

han puesto la primera piedra de la obra ; sigan en ella con perseverancia ; una vez esparcidos ciertos gérmenes, es imposible anularlos del todo, y ¡quién sabe si con los medios de comunicacion material é intelectual que proporciona la actual civilizacion, antes de mucho no se consiga realizar lo que en otras circunstancias no podia ser sino la obra lenta de los siglos !

XXVII.

Cuando Abdul-Medjid sucedió á su padre, se veia amenazado de perder el trono á manos del virey de Egipto, preponderante por sus últimas victorias. La Rusia, por su parte, miraba con antipatía á la nueva raza que amagaba sustituir á la otomana en la Turquía, y que, dando nueva vida á los súbditos de la Puerta, pudiera prolongar la conquista de Constantinopla, que eran sus sueños dorados : la Inglaterra miraba con horror á un nuevo émulo frente á sus posesiones de Asia, y el Austria temia que si se empeñaba la lucha, diera ella ocasion á la Rusia para intervenir como mediadora. A fin de evitarlo, declaró el gabinete de Viena que queria se separase del imperio turco todo el menos territorio posible, y ofreció adherirse á cualquier tratado en virtud del cual se formara un imperio, ora turco, ora griego, pero que tuviera fuerza para sostener su integridad é independencia. Aceptaron las grandes potencias esa propuesta, y resultado de ella fue el protocolo de Lóndres de 15 de julio de 1840 entre la Rusia, la Inglaterra y el Austria, por el cual se convino en que Mehemet-Alí quedara como señor hereditario del Egipto, pero con obligacion de devolver la Siria, de pagar al erario imperial cierta suma cada año y de admitir en su gobierno ciertas limitaciones, que demostraran su dependencia de la Puerta. De este convenio fué excluida la Francia, que, indispuesta ya con las otras cortes por los asuntos de España, Grecia y Portugal, se vió burlada en sus cálculos, y no tuvo noticia del convenio hasta que estuvo ultimado. Para reducir á Mehemet-Alí á que lo aceptara, hubo de apelarse á la fuerzá por las potencias signatarias, y solo á la fuerza se resignó tambien á evacuar la Siria, donde contaba perpetuar su dominacion.

Este protocolo fué tanto mas agradable para el Sultan cuanto que, ocupado en secundar la obra empezada por Mahamud, habia á los pocos meses de su advenimiento al trono (3 de noviembre de 1839) publicado en los jardines del palacio imperial de Top-Kopou, conocidos con el nombre de Gul-Khané, el Khatti-cherif ó gran carta, que, con el Koran y el *sunna* ó tradicion y Comentarios del Koran, constituye hoy la base de la legislacion política, social y administrativa del imperio. El Koran es una coleccion de fórmulas políticas en estilo muy vago, por lo cual se presta mucho á la interpretacion. En medio de su vaguedad pueden reconocerse en él dos principios fundamentales : el reconocimiento de la unidad

de Dios y la monarquía mas ó menos limitada en favor de los sucesores de los califas. Tambien encuéntrase consignado el principio de la igualdad de todos ante el jefe del Estado, principio que, si no lo vemos aplicado á todas las provincias del imperio, dimana de que los turcos al tiempo de la conquista no destruyeron desde luego la organizacion de los países que subyugaban. Así vemos que entre los cristianos de la Bosnia ha subsistido el sistema feudal, mientras el Montenegro constituye una pequeña república teocrática, administrada por un obispo, dependiente de un gobernador hereditario, cuya autoridad está limitada por un Senado. Entre los musulmanes no existe propiamente Iglesia; el Koran es para ellos lo mismo que la Biblia para los protestantes, una coleccion de principios, cuya interpretacion es lícita á todo el mundo. Aunque el Sultan es el jefe de la religion, no existe en la monarquía otomana ni una sombra de teocracia, y ningun dominio ejerce el Príncipe sobre las conciencias. Ya Mahamud en el último período de su vida habia decretado una completa tolerancia en favor de los cristianos, prohibiendo que se les persiguiera solo por sus creencias, lo cual le valió la censura de los verdaderos musulmanes. Acusábanle de destructor de las instituciones de sus padres, de conculcador de los preceptos del islamismo, de infiel, y le vaticinaban las mayores calamidades sobre él y sobre su pueblo. Pero al ver que su sucesor, léjos de retroceder en ese camino, que ellos calificaban de herético, continuaba en él y aun añadia mayores novedades, tales como la de autorizar que se expusiera á la veneracion pública su propia efigie y proclamar que las mismas inmunidades que otorgaba á sus súbditos mahometanos tendrian todos los otros, ora fuesen cristianos, ora armenios, griegos y de cualquiera otra comunion, su escándalo llegó al colmo, pues uno de los dogmas de su creencia habia sido siempre la intolerancia. Por eso miraban todos al virey de Egipto Mehemet-Alí como el Mesías destinado á regenerar el islamismo; pero tampoco este se valia para consolidar su poder de los elementos nacionales, y aunque trataba de poner su feudo á la altura de las naciones civilizadas, no hallaba para ello otros medios que su voluntad y la fuerza. Con estos medios, y la organizacion política y social que impuso al Egipto, logró sin duda aumentar en un séxtuplo los ingresos de su erario; pero la poblacion disminuyó una tercera parte, y el resto ofrecia el mas triste espectáculo de ignorancia y de degradacion. Nada de esto consideraban los fanáticos y los interesados en la continuacion del antiguo órden de cosas. La raza conquistadora habia establecido una barrera profunda entre ella y la raza conquistada, á la cual en su feroz orgullo no miraba sino como esclava y tributaria. De aquí habia resultado que los principios tutelares consignados en el Koran no eran aplicados sino á los miembros musulmanes de la sociedad otomana, fuera de la cual no se creian obligados á observarlos, y los cristianos habian sido en mas de una provincia víctimas de depredaciones, de usurpaciones y de violencias de todo género, creidos como estaban los turcos de que esto era una derivacion natural de sus leyes fundamentales. Hasta allí

nadie se habia atrevido á variar ese estado de cosas ni á proclamar que en nada era conforme con los dogmas del islamismo, por miedo de que se le tuviera por infiel ó apóstata. Abdul-Medjid ha tenido el valor suficiente para decirlo en las siguientes palabras, que sirven de preámbulo á la carta de Gul-Khane. «Todo el mundo sabe que en los primeros tiempos de la monarquía otomana los gloriosos preceptos del Koran y las leyes del imperio eran una regla siempre venerada; por virtud de ellas crecia el imperio en fuerza y esplendor, y todos los súbditos sin excepcion habian adquirido en muy alto grado el bienestar y la prosperidad. Hace ciento cincuenta años, sin embargo, que por una no interrumpida serie de accidentes y causas diversas se han dejado en olvido el código sagrado de las leyes y los reglamentos que de ellas derivan, y la antigua fuerza y prosperidad se han cambiado en postracion y empobrecimiento. Con efecto, un imperio pierde toda su solidez cuando en él dejan de observarse las leyes.» Para conseguir su regeneracion asegura el Sultan, lleno de confianza en el Todopoderoso y en la intercesion del Profeta, que espera encontrar en instituciones nuevas una buena administracion del imperio, y para ello consigna como base de su obra los tres principios siguientes: 1.º seguridad completa para sus súbditos, todos, de sus personas, honra y propiedad; 2.º regularidad y uniformidad en la imposicion y cobro de las contribuciones; 3.º regularizacion en el reclutamiento de soldados y en la duracion de su servicio. «En su consecuencia, añade, la causa de todo reo será juzgada públicamente, conforme á nuestra ley divina, previa denuncia y exámen, y mientras no recaiga una sentencia solemne, ninguno podrá pública ni privadamente hacer morir á otra persona por medio del veneno ni por otro género de suplicio. Nadie podrá atacar el honor de otro individuo, sea quien fuere. Cada cual poseerá sus bienes, de cualquier género que sean, y dispondrá de ellos con toda libertad, sin que nadie pueda ponerle en ello obstáculo. Así, por ejemplo, los herederos inocentes de un criminal no serán privados de sus derechos legales, y nunca se impondrá la confiscacion de bienes. Como todas estas concesiones son extensivas á todos nuestros súbditos, sea cual fuere la religion ó secta á que pertenezcan, gozarán de ellas todos sin excepcion, pues á todos los habitantes del imperio les concedemos una completa seguridad en sus personas, honra y propiedad, segun lo exige el texto sagrado de nuestra ley.»

XXVIII.

Este hatti-scheriff, con los reglamentos posteriores que en cumplimiento de lo en él mandado se publicaron, constituye lo que en Turquía se llama el *Tanzimat*, nombre con que se designa el sistema reformista. En la ejecucion de la obra habia sido ayudado el Sultan por Reschid-Bajá, antiguo embajador en

Lóndres y en Paris, en cuyas cortes se habia aficionado al régimen gubernamental de esos países, y que, dotado de talento y de instruccion, procuraba el progreso de su pueblo, sin que quisiera en medio de ello hacerle perder su carácter originario. Pero como no todas las partes del imperio se hallaban en una situacion igual respecto del Gobierno central, las dificultades para la introduccion de la reforma eran mas ó menos graves, segun que era mayor ó menor el grado de independencia en que vivian y los elementos de vida que encerraban. Así, vemos que el Egipto ponia en tela de juicio si el *Tanzimat* era aplicable á su territorio, pues no obstante que, segun los tratados, Mehemet-Alí y su descendencia debian gobernarlo con sujecion á las leyes establecidas en el imperio otomano, el virey veia en algunas de sus disposiciones un menoscabo de sus privilegios, y trataba de eludirlo por todos los medios. La Servia con su príncipe hereditario y su Senado, con quien comparte la autoridad, se gobierna como un estado independiente, y puede hacer ilusorias cualesquiera disposiciones emanadas del poder imperial. La Valaquia y la Moldavia, provincias mas rusas que turcas, no atienden mas que á sus leyes y autoridades especiales, y miran con indiferencia las órdenes de Constantinopla. El Montenegro forma en medio de la Turquía una pequeña república teocrática, dirigida por un obispo, que á su vez depende de un gobernador civil y de un Senado compartícipe del poder. Con semejante organizacion política se comprende fácilmente cuántos medios de resistencia pueden suscitarse contra el Gobierno central y cuánta constancia y firmeza ha necesitado emplear este para que no fracase su obra. Al principio hubo peligro de que venciesen los antireformistas. En 1841 consiguieron derribar á Reschid-Bajá, que era el alma de las innovaciones, y obtuvieron la derogacion de algunas de las medidas recientes, aunque protestando que aceptaban como punto de partida la carta de Gul-Kané. Pero las insurrecciones de varias provincias, la indignacion producida por la ejecucion de tres cristianos, condenados á muerte por haber vuelto á su religion después de haber abrazado el islamismo, y otras muchas señales de descontento que en diferentes puntos surgieron, debieron advertir á los fanáticos que no convenia llevar tan léjos la reaccion. El mismo Sultan se apercibió de que aquellas medidas tendian á anular su propia obra, y llama otra vez á su lado á Reschid-Bajá en 1845, confiriéndole á poco tiempo la dignidad de gran visir, desde cuya época no ha dejado de progresar la reforma, y cada dia ha podido notarse una nueva medida política ó administrativa que acredite el completo triunfo que ha obtenido el *Tanzimat*.

A poco de haberse sometido el Egipto, los encargados de negocios de Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y Turquía firmaron, con fecha 13 de julio de 1841, un tratado, declarando que los Dardanelos permanecerian cerrados en tiempo de paz á todo buque de guerra extranjero, y que ya no tenia objeto el protocolo de Lóndres, puesto que habian cesado las causas que lo motivaron. Esta declaracion era una advertencia á la Francia por si trataba de vengar el desaire que habia

sufrido cuando á sus espaldas se celebró el tratado de 1840, y aunque después conoció el error que habia cometido, lo cierto es que tuvo que experimentar estas dos humillaciones antes de recuperar su puesto en la política europea. Pero aunque se sometió el Egipto, estaba muy léjos de haberse pacificado el Levante, cuyas provincias después de la evacuacion de Mehemet-Alí no volvieron á la Puerta, sino que fueron presa de la anarquía mas desenfrenada. Hay motivos para sospechar que esta agitacion era sostenida por la Rusia, que, fundada en los tratados de Kainardji, Buckarest y Andrinópolis, ocupa el triángulo del Danubio con sus lazaretos, convertidos en otras tantas fortalezas, desde las cuales acecha el momento de arrojarse sobre la presa, que tanto tiempo hace codicia, y cuya dilacion se le va haciendo insoportable. En vano M. Guizot se esforzaba en decir muy alto ante la cámara de los Pares que la Francia, léjos de dar impulsos á la insurreccion de los cristianos de Oriente, deseaba se conservase y respetase la integridad del imperio otomano; esto no pasaba de ser un rasgo de buen sentido, expresado con buenas palabras y con dignidad, aunque ninguna consecuencia habia de tener en el fondo de la cuestion. La Rusia habia conocido desde el siglo anterior que sus proyectos sobre la Turquía serian siempre ilusorios si no era dueña de la Valaquia y de la Moldavia, y como hasta entonces no le habia sido posible adquirirlas á mano armada, emprendió la tarea de fomentar y proteger las insurrecciones de estas provincias, en las cuales entró como libertadora en 1827. Organizadas después de la paz de Andrinópolis bajo una nueva forma y aprobada su constitucion en la corte de San Petersburgo, empezaron sus jefes ú hospodares á ser elegidos por una asamblea compuesta de cincuenta notables ó boyardos de la primera clase y setenta de la segunda, de los obispos, de treinta y seis diputados de las ciudades y de veinte y cinco representantes de los gremios de la capital. El jefe del Estado comparte el poder con la asamblea permanente, que preside un metropolitano, y que se compone de veinte y cinco boyardos y de diez y ocho diputados; y aunque privados de ocuparse de asuntos políticos, cuyo exámen está reservado á la Rusia y á la Turquía, han abolido la esclavitud y declarado la aptitud de todos los valacos para adquirir tierras y por este medio llegar á ser nobles.

En la Siria, donde doce mil mahometanos tenian avasallados á novecientos mil cristianos, se propagó tambien el fuego de la insurreccion; levantáronse á principios del siglo excitados por Jorge el Negro; por muerte de este púsose al frente del movimiento el príncipe Milosch, á quien la Puerta reconoció en 1833 como jefe independiente, reservándose la ciudadela de Belgrado. El rigor que demostró, aun para restablecer las mejoras y reformas que introdujo, excitó una sublevacion, de cuyas resultas fué depuesto y sustituido con su hijo Miguel, que ha tratado de dar vida y nacionalidad á su país, sustrayéndolo hasta donde le ha sido posible de la influencia de la Rusia.

Tambien en el Líbano habia cundido la insurreccion, ó para hablar con mas propiedad, no se habia conseguido apagar la efervescencia que de dos siglos atrás

agitaba estos países. Ya hemos dicho que al someterse Mehemet-Alí habia evacuado la Siria y renunciado á cualesquiera derechos que sobre esta provincia pudiera alegar. En esta obra no habian tenido poca parte los drusos y los maronitas, que, habiendo tomado las armas contra el virey de Egipto, apresuraron su retirada y sirvieron de auxiliar muy poderoso á las tropas extranjeras, que se presentaban como libertadoras; pero al recobrar los turcos sus antiguos dominios, cometieron tales actos de crueldad y barbarie, que los representantes de las potencias europeas se vieron obligados á intervenir, aunque en vano: la Puerta incitó á los drusos á degollar á los maronitas; repitiéronse las escenas de ferocidad, y todavía hoy reina impunemente el asesinato y el saqueo, sin que haya sido posible al Gobierno central devolver la paz y tranquilidad á esta parte tan importante de su imperio.

Los habitantes de Tesalia y Macedonia querian obtener las mismas franquicias y derechos que los griegos; sublevάronse los bulgaros contra las depredaciones de los gobernadores turcos, y los nuevos bajáes enviados para someterlos continuaron en el mismo sistema, sin que la Puerta pudiera impedir tales desmanes ni las matanzas que les subsiguieron.

La Albania, que tan útil auxiliar habia sido para la Turquía en la guerra helénica, se dejó seducir en 1828 por las sugestiones de la Rusia. Abandonada luego por sus fingidos libertadores y víctima de la opresion de los delegados del Sultan, sublevóse en 1835, enarbolando la cruz y pidiendo su anexion á los griegos sus hermanos. Las potencias europeas se opusieron á ello, y desde entonces no ha sido posible reducirlos por completo á su antigua obediencia.

Tambien los bulgaros se conmovieron al saber la insurreccion griega; pero en lugar de declararse en favor de la Rusia, trataron solo de conquistar su independencia. En 1841 se sublevó el Balcan, indignado por la violencia de que habia sido objeto una doncella del país, y confiados los bulgaros en una profecía que anunciaba su restablecimiento, comenzaron una guerra de desolacion, que todavía no ha terminado. A fuerza de dinero ha podido la Puerta atraerse á varios traidores, y hoy se ven asediados por las sugestiones de los rusos, impacientes por extender su omnímoda dominacion sobre este país.

Desde los tiempos de Pedro el Grande trabajaba la Rusia por excitar al Montenegro contra la Turquía, y habian protegido con este fin á los refugiados greco-eslabos, que sucesivamente habian tenido que abandonar su patria. Estos emigrados introdujeron allí las ideas jacobinas, y todavía no han podido establecer una Constitucion regular, á pesar de los esfuerzos del Uladika ú obispo Pedro, el mismo que luchó contra Napoleon, y que murió en 1840. Su sucesor Pedro II introdujo en el gobierno diferentes reformas; se emancipó de la Rusia y del Austria, y sus habitantes, valientes hasta rayar en ferocidad, continúan en su vida de azares y aventuras, sin que la Puerta haya logrado hacerles aceptar su yugo, á pesar de los esfuerzos que con este fin hace cada dia.

XXIX.

Tal era la situacion de la Turquía cuando terminó la guerra de Egipto, y tal, con muy pocas alteraciones, ha continuado hasta el presente. Ahora no se extrañará que á cada paso nos encontremos con insurrecciones de uno ú otro de esos pueblos, que, solo porque á la fuerza obedecen las órdenes del Sultan, pueden llamarse miembros de la comunidad otomana, pero que son tan extraños entre sí y respecto del centro del gobierno turco como pudieran serlo estando al otro extremo del globo. Ni el idioma, ni la religion, ni las costumbres, nada, en fin, hay de comun entre ellos que constituya un centro de nacionalidad, y por lo mismo se cuidan poco de la prosperidad ó infortunio de sus vecinos, no atendiendo mas que á lo personal y á lo que exclusivamente les interesa. En 1841 se sublevan los búlgaros; en 1842 levántase la Siria indignada de los malos tratamientos que sufrian los cristianos por parte de los bajáes y de la poca proteccion que encontraban para sus personas y propiedades, y cuando á consecuencia del tratado concluido en diciembre de ese año, por virtud del cual debian evacuar la Siria las tropas albanesas, creian todos que sucederia la calma y la justicia para esta cuna del cristianismo. El embajador de Inglaterra Sir Stratford Caning pasó una nota á la Puerta, reclamando enérgicamente la abolicion de los bárbaros castigos para los cristianos, pues que parecia declarar sus creencias una especie de crímen capital. Todo el mundo aguardaba resultados mas importantes de esa negociacion en vista del aparato con que la siguió la Inglaterra; pero escasos y todo, ya era una ventaja el haber hecho confesar al Divan que adoptaria las medidas necesarias, á fin de prevenir en lo sucesivo la ejecucion capital de los súbditos apóstatas.

El gabinete presidido por Reschid-Bajá habia sido, sin embargo, impotente para reprimir los desmanes que se seguian cometiendo en el Líbano. Los esfuerzos humanitarios de la Francia habian sido ilusorios, y en muchos casos los agentes y marinos franceses tuvieron que aplicar por sí mismos severas medidas para reprimir tales desafueros. La Francia habia llegado á conseguir que en todos los distritos en que estuvieran mezcladas las razas y las religiones, los cristianos estarian sometidos para sus contiendas á la jurisdiccion exclusiva de un magistrado de su creencia, sin consideracion á los derechos feudales ni á la antigua jurisdiccion de los jefes drusos; esta declaracion dejaba sin efecto la irrealizable administracion mista, ideada por el Austria en 1842, en virtud de la cual los drusos estaban sometidos á un magistrado druso, y los maronitas á un magistrado cristiano; y como la reforma despojaba á los primeros de toda autoridad sobre sus vasallos, fomentaron la insurreccion y dió orígen á las crueldades de que hablábamos hace poco. La política europea trabaja desde entonces en establecer en

estos países una sola administracion cristiana, que bajo su benéfica influencia haga desaparecer poco á poco esas escenas de barbarie, que impedian el desarrollo de todas las medidas civilizadoras; y siguiendo con perseverancia en este sistema, no dudamos que logrará ver realizados sus proyectos.

En medio de estas luchas sobrevino la revolucion de 1848, drama cuyo desenlace se aguarda todavía, y aunque sorprendida la Rusia, no creyó, sin embargo, oportuno tomar desde luego frente á la Europa en combustion una situacion agresiva, prefiriendo aguardar el curso de los sucesos. La idea dominante del Czar fué la de representar frente á la idea reformadora el sentimiento conservador y cristiano, y limitóse á declarar que protegeria la inviolabilidad de sus fronteras, aspirando solo á sostener su indisoluble union con la *Santa Rusia*. Al lado de estas protestas no se descuidó en ponerse sin ruido bajo un buen pié de paz armada, y así continuó puesta en acecho hasta el momento en que estalló la *inocente* revolucion de Buckarest. Por el tiempo en que nos hallamos creyóse en la Moldo-Valaquia y en la Servia que en el estado en que se hallaba la Europa era muy posible un nuevo rompimiento entre la Rusia y la Turquía; y en esa idea, los valacos, que eran los que mas tenian que lamentarse de las consecuencias del protectorado ruso, quisieron tomar la delantera y hicieron una revolucion contra su hospodar, cubriéndose con el nombre del Sultan. Este á la verdad no pudo ver con malos ojos un movimiento que empezaba por aclamar su señorío sobre el territorio; pero no hubiera querido que se llevaran tan léjos las cosas, pues el estado de la Europa no era el mas á propósito para entrar en una lucha con la Rusia. Los sucesos posteriores vinieron á justificar los recelos de Abdul-Medjid. Aunque el ejército otomano bastaba para reprimir cualesquiera excesos, caso de haberlos, el Emperador ruso no quiso dejarle este privilegio; y contando con que ninguna resistencia hallaria en su proyecto de intervencion, declara, en 31 de julio de 1848, que la Rusia estaba de acuerdo con la Sublime Puerta para restablecer el órden en los principados danubianos, y que deseando evitar la formacion de un reino dacio-romano que los valacos querian erigir, intervenia, á fin de que no perjudicara en lo mas mínimo la integridad del imperio otomano, hoy mas necesaria que nunca para el sostenimiento de la paz general.

A esta manifestacion siguió inmediatamente el envio, brigada por brigada, de un ejército de setenta mil hombres. Con ello, no tanto se proponia la Rusia conservar su influencia sobre una parte del imperio otomano, cuanto tomar una posicion ventajosa frente á la revolucion húngara, cuyo principal foco estaba en la Transilvania. Impotente la Turquía para resistir á la ocupacion, despachó inmediatamente comisionados que se entendieran con las tropas invasoras en Buskarest, y merced á sus buenos oficios y al mejor comportamiento de las tropas otomanas, consiguióse firmar en Balta-Liman, con fecha 1.° de junio de 1849, un tratado, por virtud del cual se estipuló que el gobierno de la Valaquia y Moldavia se conferiria por el Sultan, con anuencia del Czar, á príncipes que ejercerian el mando por

espacio de siete años, aunque de un modo provisional, y que, instalados que fueran los nuevos príncipes, evacuarian las tropas rusas los principados.

No salieron, sin embargo, tan pronto como habia derecho á esperar. A poco de celebrado el convenio de Balta-Liman, varios enviados de los húngaros magyares acudieron al Sultan en solicitud de que tomara parte en las cuestiones que tenian con el emperador de Austria, lo cual le daba ocasion muy buena para vengar los antiguos agravios que habia recibido de la corte de Viena. La Rusia tuvo conocimiento de estas proposiciones, y demoró la salida de sus tropas hasta saber la determinacion que tomaba la Puerta. En el estado de conmocion en que se hallaba esta parte de Turquía hubiérale sido fácil al Sultan hacer un llamamiento á todos sus súbditos, cristianos y musulmanes, y promover una sublevacion general contra los rusos; tuvo, empero, la suficiente cordura para no hacerlo, aunque en cambio protegió con dignidad la vida y la seguridad de los refugiados que se habian acogido á su territorio. A pesar de esto, que concluyó por suspender las relaciones de ambas potencias con la corte musulmana, el Divan continuó inflexible la línea de conducta que se habia trazado; puso en libertad á la mayor parte de los refugiados, no reteniendo mas que á ocho, entre ellos Kosuth y el conde de Battyani, y aun á estos no indefinidamente, sino solo hasta 1.º de setiembre de 1851.

La concentracion de las fuerzas otomanas sobre las provincias danubianas suministró á la Puerta una buena ocasion de reprimir la insubordinacion de los beyes. El general en jefe del ejército del Sultan, Omer-Bajá, se encargó de imponer las nuevas disposiciones relativas á los impuestos y á los alistamientos militares. Los beyes excitan á la rebelion, y la Puerta, antes de domeñar á sus súbditos, ha tenido que sostener con ellos una lucha encarnizada. Al fin la victoria se decidió en favor del Gobierno central, y hoy se ejecutan en Bosnia las levas de hombres y dinero con la mayor calma y regularidad, y son obedecidas y acatadas las autoridades que con arreglo al *Tanzimat* envia la corte de Constantinopla.

Pero no era solo en la Bosnia donde esas leyes habian encontrado resistencia. En Alepo tampoco habia sido posible hacer observar la reforma, y la fermentacion que por ello reinaba en los ánimos estalló bajo un pretexto que nadie aguardaba. Vivia en Alepo un personaje, llamado Abdullah, á quien el vulgo tenia por santo y que por lo mismo tenia sobre el pueblo mucha influencia. Abdullah se habia atrasado en el pago del tributo que debia al Gobierno, y el Bajá le habia amenazado con ponerlo preso si no satisfacia su deuda, y el piadoso varon quiso hacerle ver que no impunemente se arrollaba á un personaje de sus circunstancias. Convoca en Alepo á todos los musulmanes de la comarca para hacer una manifestacion pacífica en favor suyo, y ni uno solo faltó al llamamiento. De sus resultas Alepo se vió por algunos dias entregada al saqueo y al degüello; y el Bajá, que imprudentemente habia dado lugar á aquellos desmanes, no tuvo para reprimirlos otro recurso que el pedir auxilio á Constantinopla. El Sultan aconséjase de sus ministros, y hace partir al general Kerim-Bajá para restablecer el órden. Consíguelo

después de haber muerto á seiscientos insurgentes y enviar á la corte á los principales jefes para ser allí juzgados; y Abdul-Medjid aprovecha sin demora la victoria de su ejército para someter esta provincia á las reglas generales del *Tanzimat*, que desde entonces rige allí en toda su plenitud.

Tampoco el Egipto, á pesar de su sumision, obedecia con la debida regularidad las órdenes del Gobierno supremo. Olvidado de los últimos tratados, el Egipto no habia promulgado el *Tanzimat*, y aunque Abbas-Bajá, nieto y sucesor de Mehemet-Alí, habia reconocido su dependencia y sumision al Sultan, este acto de vasallaje no habia producido todas sus naturales consecuencias. Abdul-Medjid temió que la continuacion de semejante estado de cosas se atribuyera á debilidad, y se creyó lastimado en su amor propio. Muchos súbditos del Bajá habian elevado sus quejas al trono contra los desmanes de Abbas, y como gran parte de la familia de este residia en Constantinopla, llegó á creer que ellos eran otros tantos espías cerca del Gobierno, del cual esperaban la nueva investidura del bajalato hereditario. Para prevenirse contra las consecuencias de esas sospechas envió al Gran Visir una especie de justificacion, en que declaraba que creia tener enemigos en la corte, y temia que sus derechos peligrasen. El Divan se vió sorprendido agradablemente con esta nota, y conoció todo el partido que de ella podia sacar. Sin pérdida de tiempo contesta al Virey que no se trataba de manera alguna de despojarlo de su derecho hereditario, pero que se alegraria mucho de ver proclamado en Egipto el *Tanzimat*. A esto replica Abbas que los principios contenidos en la reforma son incompatibles con las costumbres del país, y en estas contestaciones pasó el año de 1850, sin que se adoptara ninguna resolucion definitiva. En 1851, empero, presentóse al Sultan una ocasion muy oportuna para seguir en su antiguo propósito de sujetar el Egipto. Contra las bases del protocolo de 1841, en que se estipuló que el Virey hubiera de obtener el consentimiento de su soberano para resolver todos los negocios importantes, Abbas-Bajá habia concedido buenamente á una compañía de ingleses permiso para construir un ferro-carril, que, atravesando el Egipto, pusiera en contacto el Nilo con el mar Rojo. No es posible que se proyectara una medida mas trascendental para el Egipto bajo el aspecto político, económico y mercantil; en el cual Abbas no vió mas que un proyecto que le era útil, y por sí y ante sí dió el permiso, sin consultar mas que á sus intereses. Pero la Puerta, que conoció todas las consecuencias de este paso, no se durmió, sino que dirigió una nota contundente reclamando los derechos que respecto al territorio del Virey le correspondian y exigiendo el fiel cumplimiento de los tratados. La Inglaterra misma no pudo menos de reconocer la justicia de estas reclamaciones, é inclinó el ánimo del Bajá á que pidiera la autorizacion, que le fué concedida sin dificultad.

No eran estos, sin embargo, los únicos asuntos que después de la revolucion de 1848 han ocupado al Sultan y á su Gobierno. Cuestiones interiores y de administracion han puesto tambien á prueba su discrecion y energía. En 1851 insur-

reccionóse la isla de Samos, á cuyos habitantes era insoportable el mando del gobernador nombrado por la Puerta, y para cuya sumision fué necesario establecer un bloqueo completo y rigoroso. En Antioquía fué asesinado un misionero capuchino, llamado el padre Basilio, en las mismas gradas del altar de su iglesia : crímen que se atribuyó al alcalde musulman de aquella villa, Emuer-Effendi, célebre por su odio hácia los cristianos. Multitud de cuadrillas de facinerosos asolaban las cercanias de Esmirna cometiendo robos y asesinatos. La mayor parte de estos crímenes quedaba impune, ora por la interposicion de los agentes diplomáticos extranjeros, que trataban de cubrir con su pabellon á los compatriotas suyos complicados en ellos, ora por miedo de que la severidad en los castigos produjera mayor irritacion en los ánimos. Abdul-Medjid tuvo que ceder mas de una vez á estas bastardas consideraciones, privado como estaba de medios para obrar con mas decision. El negocio de los Santos Lugares, que, habiendo empezado como un punto puramente religioso, habíase convertido en una cuestion política y de influencia sobre el Divan, y que nos reservamos para tratarla con todos sus detalles á la conclusion de este artículo, este negocio, decimos, se vió complicado con la crísis financiera, que tambien en Turquía se hizo sentir como en el resto de Europa. Para hacer frente á ella, el Sultan quiso ser el primero en adoptar economías, empezando por reducir los gastos de la casa imperial; además dispuso que se redujeran á dinero las condecoraciones de su uso particular, algunas de las cuales eran de un valor considerable; pero, como es de suponer, estos rasgos de generosidad fueron insuficientes, y se creyó necesario recurrir á un empréstito, cuya negociacion cometióse al príncipe de Calimaki, embajador en Paris. Cuando ya estaba contratado y aun hechas las primeras entregas, súpose que el Sultan lo habia desaprobado cediendo á las instancias de los antireformistas, que consideraban punto menos que un sacrilegio que el sucesor del Profeta contrajese compromisos pecuniarios con infieles, y tuvo que reintegrar precipitadamente los adelantos hechos por los capitalistas franceses é ingleses, imponiendo para cubrir su importe nuevas contribuciones extraordinarias y pidiendo una anticipacion del tributo al virey de Egipto. A esta falta siguió muy de cerca otra, tambien de funestas consecuencias. Los buques extranjeros fueron excluidos de navegar por el Bósforo, y se prohibió la circulacion de monedas de otros países. Estas medidas, tan opuestas al sistema ilustrado de reformas en que hacia algunos años habia entrado el gobierno del Gran Señor, no pueden explicarse sino por las instancias y manejos del partido retrógrado, que incesantemente asediaba al Divan. Un gobierno que emprende las innovaciones que hemos referido, que además hace cerrar el mercado de esclavos de Constantinopla, costumbre tan encarnada en los hijos de Oriente, que no hay ramo de la administracion en que no ponga mano, que crea escuelas, que instituye academias científicas y literarias, que hasta se ocupa de construccion de caminos de hierro, que hace reparar los edificios públicos y religiosos en medio de la penuria que le ahogaba, un gobierno que hace todo esto no puede dar al mismo

tiempo, sino arrancadas por sorpresa, disposiciones tan contrarias á los buenos principios como las que hemos criticado. Esa sorpresa se concibe muy bien cuando se sepa que el centro de todas las intrigas es el hermano mismo del Sultan, Abdul-Acis, á quien, contra lo establecido por la costumbre y hasta por la ley fundamental del imperio, ha dejado con vida Abdul-Medjid en detrimento de sus hijos, los cuales quedarán por ello privados del trono. A esta gracia sin ejemplo ha correspondido el Príncipe declarándose abiertamente el adversario de su hermano, que ya cada momento teme hasta por su vida. Grandes amarguras ha debido causar en el bondadoso ánimo de Abdul-Medjid esta desleal conducta; cuando después de haberse consagrado desde el primer dia de reinado á la regeneracion de su pueblo, cuando todos sus afanes se han dirigido á sacar á la Turquía de la postracion en que hace dos siglos se halla sumida, se ve reducido á vivir encerrado en su palacio y á rodearse de precauciones como un tirano, sin encontrar en su misma casa otra persona en quien depositar sus cuitas que su propia madre, la cual mientras vivió ha llevado su desinteresado cariño hasta el punto de dormir todas las noches atravesando con su cama la puerta de la cámara imperial, para que su cuerpo sirviera á su hijo de égida contra cualquier tentativa de asesinato. Reflexionando sobre todas estas circunstancias, causa admiracion que se haya podido hacer en Turquía lo que se ha hecho en los últimos veinte años, y todavía admira mas que no haya decaido el espíritu del Sultan y retrocedido ante los peligros que le rodean.

Entre las cuestiones que la revolucion de 1848 habia legado á la Turquía hemos hablado de los refugiados húngaros, zanjada solo á medias, pues la Puerta habia declarado que la internacion de Kossuth y sus compañeros no se prolongaria mas allá de cierto término, y se preparaba á ponerlos en libertad en todo el año de 1851. La Francia y la Inglaterra no se oponian á ello, y los Estados-Unidos habian abierto negociaciones cerca del Divan para que les permitiera trasladar á su territorio al caudillo magyar. La Puerta accedió á los deseos de esta potencia después de haber exigido á Kossuth formal promesa de dirigirse á América en derechura; mas en cuanto á los otros refugiados estaba resuelta á ponerlos en libertad sin ningunas restricciones. Para oponerse á la soltura, invocaba el representante de la corte de Viena varias notas pasadas entre ambos gabinetes, cuyo espíritu, segun aquel diplomático, debia entenderse en el sentido de que restablecida que fuera la tranquilidad en Hungría, la Puerta, antes de poner en libertad á las personas de que se trataba, se entenderia amistosamente con el Gobierno imperial, cuyo asentimiento previo trataría de obtener. Partiendo de esta interpretacion, el enviado austriaco deducia que á la internacion debia preceder un convenio nuevo entre ambas potencias, y como este convenio habia de celebrarse cuando en las provincias del imperio estuviera la tranquilidad á cubierto de cualesquiera disturbios, cuya apreciacion solo podia hacerla la misma Austria, de aquí concluia que cuando ella estuviera segura de que no peligraba el órden público avisaria oportunamente á la

Puerta, y no se opondria á que quedaran en libertad los refugiados, y que de no hacerlo así, consideraria la soltura como un rompimiento entre ambos gabinetes. El Divan no se asustó de estas amenazas: el ministro de Estado Alí-Bajá contestó con una nota mesurada y digna, la cual terminaba asegurando se hallaba resuelto el Sultan á cumplir sus compromisos; y en efecto, el 10 de octubre de 1851 Kossuth y sus compañeros se embarcaron en un buque anglo-americano y hicieron rumbo hácia los Estados-Unidos. El Austria no llevó á cabo sus amenazas, y el asunto no tuvo mas consecuencias, aunque no faltó quien creyera que, para vengarse del desaire que habia sufrido, fomentó la insurreccion del Montenegro, que tanto ha ocupado á la prensa periódica en estos últimos meses.

Para presentar en su conjunto el orígen y detalles de la cuestion de los Santos Lugares, que en el momento en que escribimos estas líneas amenaza resolverse con una guerra europea, hemos sustraido de la narracion histórica de la Turquía todo lo relativo á ella, á riesgo de cortar la ilacion cronológica que desde un principio habiamos adoptado, seguros de que nuestros lectores nos perdonarán esta licencia en cambio de tener reunido y sin interrupcion toda la historia y todas las vicisitudes por que ha pasado este ruidoso asunto, que se llama cuestion de Oriente. Y para proceder con el órden debido empezarémos por dar una ligera idea de los sitios que ostensiblemente forman el objeto de la disputa, ó sea una noticia de los llamados *Santos Lugares*.

XXX.

Dase el nombre de *Santos Lugares* á las iglesias erigidas en los sitios en donde pasaron los principales misterios de la vida de Jesucristo, y especialmente los de su Pasion y muerte. En toda la Tierra Santa se cuentan los siguientes monumentos:

En el recinto de Jerusalem: 1.° La iglesia del Santo Sepulcro: 2.° El monasterio de Deirul-Auroud ó San Salvador, sus pertenencias y dependencias. 3.° El sepulcro de Jesucristo, que está en medio de la iglesia del mismo nombre. 4.° La grande y pequeña cúpula forrada de plomo que cubre á una y otro. 5.° Las bóvedas y columnas que le rodean hasta las rejas de hierro, puestas para señalar el sitio en que empieza la parte de iglesia que pertenece á los griegos; de estos arcos, que son diez y siete, poseen once los católicos, y seis los armenios, cuyas respectivas propiedades se hallan divididas por una tosca pared. 6.° Las galerías y habitaciones de los religiosos latinos, situadas sobre las mismas bóvedas y columnas. 7.° La gran bóveda sobre que descansa la cúpula que hay encima de las dichas rejas de hierro. 8.° La sala que está al extremo de la pared de dicha gran bóveda. Estos tres objetos fueron quemados en el incendio de la cúpula,

ocurrido en 1808, y no han sido después reparados. 9.° Los candeleros puestos por el rey de Francia bajo esta misma gran bóveda. 10. La piedra llamada de Santa María Magdalena y todo el espacio que hay desde el escalon de la sacristía de los religiosos franceses hasta los escalones de la puerta de la Cisterna, y desde la base de las columnas hasta las gradas de la capilla Católica. 11. La parte superior de los siete arcos, llamados los arcos de Santa María, cuatro de los cuales ocupan los griegos. 12. La parte inferior de los mismos arcos. 13. El altar pequeño que hay debajo de dichos arcos. 14. Todo el sitio que media desde la piedra de Santa María Magdalena hasta la gran puerta que hay al lado de la puerta de la capilla de los Griegos, y desde la pared de la misma capilla hasta la pared de la iglesia del Santo Sepulcro. 15. La parte inferior de la gruta de la Invencion de la Santa Cruz, la cual se llama tambien la capilla de Santa Elena, y solo nominalmente pertenece á los latinos, pues casi siempre está invadida por los griegos. 16. La mitad del Monte Calvario, llamada de la Crucifixion. 17. Las cuatro bóvedas del Monte Calvario en la parte lateral de la iglesia del Santo Sepulcro. 18. Sus dos altares. 19. La silla de apoyo de mármol, que ya no existe. 20. La piedra de la Uncion, que es comun á los griegos y latinos. 21. Todo el espacio que hay desde las gradas del Monte Calvario hasta la base de la arcada, que poseen los armenios, y desde la pared de la capilla de los Griegos hasta el escalon de la puerta del templo del Santo Sepulcro. 22. La capilla llamada el Calvario exterior, situada en lo alto del templo, á la cual se sube por una escalera de piedra.

En el valle de Josafat: 1.° Una gruta, que sirve de iglesia, donde está el sepulcro de la Vírgen María. 2.° Las dos capillas de San Joaquin y Santa Ana y de San José, con una sala ó sacristía, usurpadas por los griegos en 1757. 3.° Una gruta, que está al lado de la primera, inmediata á los jardines. 4.° El campo en que se hallan los enterramientos de los religiosos y extranjeros que mueren en Jerusalem, cuyos sepulcros pertenecen á su respectiva nacion.

En la aldea de Belem: 1.° El convento de Belem, del cual no tienen ya los latinos sino la tercera parte, correspondiendo el resto á los armenios ó á los griegos. 2.° Los jardines del convento. 3.° La iglesia de Santa Catalina. 4.° La gruta de San Jerónimo, los altares de San Pablo, Santa Eustoquia, San José y de los Inocentes. 5.° La iglesia llamada la gran Iglesia de Belem, usurpada por los griegos en 1757. Los armenios quitaron luego á los griegos el coro de esta iglesia, en la cual habian conservado los latinos una puerta y el derecho de hacer una procesion cada dia; pero habiendo los armenios tapiado esa puerta en 1849, cesó desde entonces la procesion. 6.° El interior de la gruta en que está el pesebre en que nació Jesucristo. 7.° En la misma gruta los dos altares de la Natividad y de la Adoracion de los Magos, el primero de cuyos altares ha sido usurpado por los griegos y por los armenios. 8.° El Pesebre. 9.° Los dos jardines pertenecientes á la capilla del Pesebre, y de uno de los cuales se apoderaron los griegos en 1757. 10. El sitio

llamado de las Columnas y el pasadizo de la grande iglesia, llamada tambien iglesia de las Columnas. 11. La capilla llamada el Molino Viejo en el pasadizo de la misma iglesia. 12. La continuacion de dicho pasadizo hasta la puerta de salida á la calle ó á la plaza. Tambien de estos tres objetos se apoderaron los griegos en 1757. 14. La ruina llamada Bed-el-Sultan. 14. El gran jardin que sirve de cementerio á los religiosos extranjeros y á los individuos de sus naciones, del cual hace pocos años se han puesto en posesion los griegos, y ya no sirve para sepultura latina. 15. El campo en que está la Gruta de los Pastores. 16. La pared llamada Muralla Romana. 17. La Cisterna y el Monte de Olivas, llamado de Belem. Estas tres últimas propiedades han sido donadas á los griegos por un firman reciente.

En la aldea de San Juan : 1.° El convento llamado de San Juan. 2.° La iglesia llamada de la Natividad de San Juan. 3.° Los dos jardines del convento. 4.° La ruina llamada de la Visitacion de Santa Isabel en la montaña inmediata y frente al convento de San Juan. Los latinos conservan íntegras sus posesiones en la aldea de Judá, ahora de San Juan.

En Palestina : 1.° El convento de Rama (Arimatia), sus jardines y pertenencias. 2.° El convento de Jaffa (Joppe) y sus pertenencias. 3.° El convento de Aere (Tolemaida) y cuanto de él depende. 4.° El convento de Nazareth, sus jardines, pertenencias, capilla, ruinas del monte Tabor y otros lugares frecuentados en Galilea. 5.° El convento de Seyde (Sidon) y sus dependencias. 6.° El convento de Damasco en Siria y cuanto de él depende. Es de notar que en Palestina han sido hasta ahora respetadas todas las posesiones de los latinos.

Además de estos lugares hay otros que han sido destruidos, como la iglesia de la Samaritana en Sichem, sobre los pozos de Jacob, y de la Transfiguracion en el monte Tabor, ó que están poseidos y trasformados en mezquitas por los musulmanes, como la de la Presentacion y la de los Apóstoles en Jerusalem, la de la Ascension en el monte Olivete, y la de la Degollacion en Sebasto. Entre las que aun subsisten ya hemos visto que unas pertenecen exclusivamente á los griegos ó á los latinos, y otras que pertenecen á la vez á ambas comuniones, como la de Belem, la de la Tumba de la Vírgen y la mas célebre de todas, ó sea la del Santo Sepulcro. Esta última, para hablar con exactitud, es mas que un templo una aglomeracion de santuarios y de conventos construidos sin órden ni simetría, y habitados por religiosos de diferentes naciones, griegos ó católicos, latinos, armenios, coftos, sirios, abisinios y griegos. Los católicos poseen exclusivamente la gruta y la iglesia de la Anunciacion en Jerusalem, la iglesia en que San Pedro recibió de su Maestro su potestad en Tiberiade, la de la Flagelacion en el sitio del palacio de Pilatos, y la gruta de la Agonía en Gethsemani; los griegos poseen tambien exclusivamente la iglesia en donde Cristo cambió el agua en vino en Canaam. Los lugares que exclusivamente pertenecen á los latinos están servidos por religiosos franciscanos italianos y españoles; y en las diferentes capillas de la iglesia del Santo Sepulcro ofician los religiosos de las diversas naciones á que respectivamente

pertenecen, haciéndose constar la posesion por el derecho de poner un tapiz sobre el altar y encender en él cierto número de luces. Pero aunque en esta iglesia tuvieran participacion otras comuniones, siempre los latinos conservaban en ella el primer puesto, pues de las cuarenta y cuatro lámparas que constantemente arden en derredor de este monumento sagrado, tenian ellos por sí solos hasta treinta. No era este, sin embargo, el único privilegio que tenian los latinos : eran dueños de las llaves de todos los santuarios, cuya conservacion y reparacion era de ellos exclusivamente, y las personas de los religiosos y de los peregrinos estaban garantidas contra cualesquiera violencias y vejaciones de parte de los turcos y aun de los mismos griegos. ¿Quién era y es, empero, el monarca cristiano en cuyo favor se hicieron esas concesiones, y que tiene la honrosa prerogativa de hacerlas efectivas?

XXXI.

Este es un punto histórico de muy difícil esclarecimiento. Ninguna de las naciones que han tomado parte en la cuestion del protectorado de los Santos Lugares ha presentado títulos que corroboren su pretendido derecho, y todas toman por punto de partida un hecho que les sea favorable, y de él quieren deducir su supremacía sobre las otras.

Los franceses suponen que el califa de Damasco Aroun-al-Reschid envió á Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro y le hizo donacion de los Santos Lugares, sin contar con que ni los califas ni los soldanes de Egipto, sus jefes, dejaron de poseer estas provincias sino en los cortos intervalos en que mandaron en algunas de ellas los jefes de las Cruzadas, hasta que las conquistaron los árabes primero, y luego los turcos; y añaden que cuando Jerusalem cayó en poder de Saladino, en 1187, los reyes francos estipularon el libre ejercicio de la religion cristiana en los Santos Lugares y la autorizacion para sostener sacerdotes franceses cerca del Santo Sepulcro. Pero este tratado, por muy auténtico que sea, no consigna el derecho del patronato que hoy se invoca.

A los treinta años de ese convenio pasó á Palestina deseoso del martirio San Francisco de Asis, llevando consigo algunos religiosos de su órden, los cuales por su ilustracion y virtudes adquirieron en el país grande influencia, hasta el punto de cedérseles la mayor parte de los santuarios, que tanta sangre habia costado el disputarlos por la fuerza de las armas. El buen éxito de la empresa excitó el fervor de otros hermanos de su órden, y aumentóse considerablemente el número de los misioneros, entre los cuales abundaban mas los franceses, y de ahí dan por sentada su mayor influencia.

Hubo de decaer luego esa superioridad de los franceses, y expuestos los mi-

sioneros á los malos tratamientos de los musulmanes, enviaron emisarios á todos los monarcas cristianos en demanda de proteccion, sin la cual no podian ya sostenerse. Roberto, rey de Sicilia, los acogia con benignidad; hízose campeon de la empresa, y á fuerza de constancia y de sacrificios, pudo obtener del soldan de Babilonia, en 1342, la posesion de los Santos Lugares y el título de rey de Jerusalem para sí y sus sucesores, confiando la custodia de aquellos á la misma órden seráfica. El rey Roberto hizo mas: obtuvo la confirmacion de la cesion hecha en 1185 por Soliman á favor de Guy de Lusiñan, como marido de Sibila, viuda del marqués de Monferrato, de la iglesia del Santo Sepulcro, y fué declarado él y sus descendientes poseedores legítimos de este templo y sus pertenencias.

Este es el único título auténtico que los monarcas cristianos tienen para sostener sus derechos sobre los Santos Lugares; y antes de examinar las razones que todos ellos alegan en pro de su causa, debemos dejar consignado que ni por la capitulacion de 1342 ni por ninguna otra de las posteriores se ha concedido á ninguno de los reyes de la comunion católica el protectorado absoluto sobre los Santos Lugares tal como luego ha querido entenderse. Es mas: creemos que es imposible se concediera por sultan ninguno. En la contienda que desde principios del siglo pasado viene agitándose entre los campeones de las iglesias griega y latina, se tomó primero por pretexto el interés que á cada cual inspiraban sus respectivos correligionarios; de aquí la parte que en ella tomaron los emperadores de Alemania, los reyes de Francia, España, Portugal y Polonia, la república de Venecia, y sobre todo la Santa Sede, que, como cabeza visible de la Iglesia latina, se creia con títulos incontestables sobre todos los concurrentes. Los reyes de Francia alegan la donacion hecha á Carlomagno; los monarcas españoles se presentan como descendientes de D.ª Sancha, esposa del rey Roberto de Sicilia; los jefes de esta nacion se lo apropian como sucesores del primitivo donatario; pero ¿en cuál de ellos radica la verdadera sucesion del rey Roberto? Esto es lo que no se ha justificado por ninguno, aunque todos dan por resuelta la cuestion en favor suyo, y han obrado y obran como si su superioridad fuera incuestionable.

Los sucesores de Roberto y Sancha continuaron tranquilos en la posesion de los Santos Lugares, para cuya custodia y servicio sostenian religiosos francos ó franceses. Conquistada Jerusalem por Selim I, los georgianos, que, ora por condescendencia, ora por corrupcion de los bajáes, habian obtenido pocos años antes la mitad del Monte Calvario, le pidieron su confirmacion. Para dar una apariencia de justicia á su despojo, aseguraban que desde 1200 tenian un firman, dado por Omar, que garantia su posesion, como si, aunque fuera cierta la existencia de ese firman, pudieran los actos ilegales de un gobernador codicioso ligar la palabra de los sultanes ni variar lo convenido en los tratados anteriores. Pero el hecho es que tal firman no se presenta, y que los griegos, que á poco de conquistada

Jerusalem se sustituyeron á los georgianos, comprándoles sus derechos á precio de oro, se limitan á invocar aquel documento, sin exhibirlo ni indicar el sitio en que se halle el original.

Los derechos de los latinos fueron confirmados nuevamente en 1564 y 1565, cuando el sultan Admed desestimó las gestiones de los griegos, que solicitaban la gruta é iglesia de Belem; pero la lucha entre ambas comuniones no cesó por ello. A principios del año de 1528 tenian los franceses sobre el monte Sion, al lado de la iglesia del Santo Cenáculo, un convento de franciscanos : un santon musulman pudo fraudulentamente introducirse en la iglesia, en la cual hizo oracion; y como, segun la religion mahometana, todo lugar en que ora un santon se trasforma en santuario, despojaron de su morada á los frailes. Estos acudieron á Francisco I para que hiciera que se les devolviese; pero como ni aun el mismo Sultan tiene poder para convertir en iglesia cristiana una mezquita, no tuvo efecto la devolucion, si bien es verdad que en una carta escrita por Soliman al rey de Francia, á mediados de setiembre de aquel año, le asegura que, á excepcion de los sitios consagrados á la oracion, en todos aquellos que se hallan en poder de los cristianos, ninguna persona, durante su reinado, podrá incomodar á los que los habitaban, los cuales podrian celebrar con toda seguridad los ritos y ceremonias de su religion.

En tiempo de Enrique II se concedió completa seguridad á los peregrinos, tanto franceses como amigos y aliados suyos, que fueran á visitar los Santos Lugares; y tal debia ser la influencia que los reyes de Francia adquirieran para con los sultanes, que en 1581, al renovarse las antiguas capitulaciones entre ambas potencias, el sultan Amuráte III concedió á los embajadores franceses la preferencia sobre los demás ministros extranjeros, y daba á sus cónsules en las plazas de Levante la misma superioridad sobre los demás cónsules europeos ; pero sus promesas habian sido ilusorias en la mayor parte de las veces que se habia exigido su cumplimiento, y el rey Enrique IV quiso consignarlas en un pacto internacional. Celebróse en su consecuencia, en 20 de mayo de 1604, entre aquel rey y el sultan Amuráte III un tratado, que aseguraba la supremacía de Francia sobre las demás naciones, y garantia la libertad y seguridad de los peregrinos franceses y aliados suyos, permitiéndose á los religiosos que servian la iglesia del Santo Sepulcro hacer casas y repararlas, con intervencion del embajador del Rey Cristianísimo, cuyos súbditos, legos ó eclesiásticos, no serian perturbados en el ejercicio de su ministerio ni en la práctica de su religion.

A principios del siglo XVII los armenios habian cometido nuevos actos de expoliacion en los santuarios de Belem y Jerusalem : los cristianos veíanse despojados de muchos lugares, de que los primeros se habian apoderado, corrompiendo á los ministros de la Puerta. El rey Luis XIII envió un embajador especial, y obtuvo una satisfaccion cumplida. Osman II expidió un firman, en 6 de mayo de 1621, mandando devolver á los latinos todos los lugares usurpados por los armenios y

otras sectas; hizo quitar las lámparas, cirios y la piedra de uncion puestas por ellos; prohibió se hiciera en ello innovacion alguna; se reintegró á los franceses en sus antiguos derechos, y se apercibió al obispo armenio para que en lo sucesivo no molestase á los religiosos de aquella nacion.

La ejecucion de esta órden ofreció serias dificultades: los griegos encontraban siempre empleados venales para entorpecer los preceptos del Gobierno, y cansado ya de dilaciones el nuevo enviado francés, M. de Marcheville, quiso zanjar de una vez la cuestion, reclamando para su soberano el protectorado único sobre las iglesias de Oriente. Semejante pretension, que se presentaba entonces al Divan por primera vez, fué considerada como una ofensa por el Austria, cuyo enviado, secundado eficazmente por los griegos, logró que la reclamacion no tuviera ulteriores consecuencias; pero en cambio resfrió las relaciones entre la Puerta y la Francia hasta el punto de pedir sus pasaportes el embajador. Los griegos, que siempre estaban alerta, aprovecharon inmediatamente este estado de los ánimos; invocaron el supuesto firman de Omar, y fundados en él, apoderáronse de una de las llaves de la iglesia de Belem, y tomaron posesion de la cuna del Mesías. Tambien usurparon la piedra de uncion en el Santo Sepulcro, cuyo despojo, así como los anteriores, quisieron sancionar por medio de un firman. Arrancáronlo en efecto; pero bien pronto, el mismo Sultan que lo suscribió, derogó su mandato, y por medio de un decreto auténtico, cuyo original se conserva en los archivos de la Tierra Santa, dispuso se devolvieran á los latinos los santuarios usurpados, que consistian en la gruta de Belem con sus llaves, los dos jardines pequeños que le rodean, la piedra de Uncion, la mitad del Calvario, los siete arcos de Santa María y las dos cúpulas de plomo, grande y pequeña, y que solo quedasen como pertenecientes á los griegos y armenios el convento de San Salvador en Jerusalem y las iglesias y monasterios de Nazareth.

No bien fué conocida esta resolucion, recurrieron los griegos á sus antiguos medios, y obtuvieron del califa de Damasco un atestado, en que se les reconocia la posesion del Santo Sepulcro y de la gruta de Belem. Los latinos, empero, recurrieron á Constantinopla, y en dos distintos firmanes consignóse otra vez el ningun derecho de los griegos. Sin embargo, en estas luchas y fraudes habíanse perdido varios santuarios, y el rey de Francia se propuso conseguir su restitucion. Ya en 1649 habíase apropiado Luis XIV, por una simple real órden, el protectorado de los Santos Lugares; á los pocos años envió un embajador extraordinario cerca del Sultan para que le reconociera su nuevo título y los derechos que se creian inherentes á él: la reclamacion se hacia en la inteligencia que, de no accederse á ella, produciria un rompimiento de relaciones; y la Puerta suscribió en 1673. El intérprete del Divan, sin embargo, que era griego é influyente, redactó un firman contrario á este pacto, y pudo prolongar por algunos mas años la usurpacion de sus correligionarios, hasta que á su muerte, y reconocidos sus papeles, se demostró la superchería y se hizo justicia á los latinos. Este convenio, sin embargo,

léjos de ser tal como lo habia propuesto Luis XIV, no hizo mas que consignar y repetir las cláusulas del de 1604; y aunque en el convenio ajustado tres años mas tarde con la Polonia se estipuló que los cristianos podian ejercer libremente su religion en el territorio que adquirian los turcos, y que se devolviera á los religiosos franciscanos la custodia del Santo Sepulcro, nada se habló de protectorado ni aun se determinó la nacion á que pertenecian los nuevos adquirentes.

Pero en el mismo año 1676, y con fecha de 25 de enero, habian obtenido los griegos la custodia del mismo Santo Sepulcro, y los latinos fueron en su virtud desposeidos de las llaves, de las alfombras y de los candelabros de Jerusalem, cuyos objetos pasaron á poder de los griegos, mediante el pago de un tributo para la conservacion de la mezquita de Mahometo. Ya se concibe cuán difícil seria, con semejante sistema de debilidad y de falacia, que las potencias cristianas sostuvieran buenas relaciones con la Puerta. Aunque la Francia era la que por su mayor crédito cerca del Divan obraba como jefe de estas negociaciones, la España y aun el Austria interpusieron sus sugestiones para obtener á su vez el protectorado. Los religiosos franciscanos pidieron al Emperador que pusiera sus derechos á salvo y quedaran garantidos en el tratado que iba á celebrarse; mas el enviado turco obtuvo que solo se consignara en el tratado de Carlowitz una proteccion genérica y la renovacion de los antiguos privilegios. Tampoco se atendieron las súplicas de los religiosos en las conferencias que precedieron á la paz de Passarowitz: por esta razon se dirigieron al rey de Francia, Luis XV, y este, por medio de su embajador extraordinario, el marqués de Bonnac, obtuvo de Achmet III, en 1720, un firman declarándole protector del Santo Sepulcro y el derecho de reparar los edificios del culto cristiano en Jerusalem. Esta concesion se pagó con la libertad de ciento cincuenta prisioneros otomanos y con la intervencion de Francia para que la escuadra de Malta respetase la marina turca en las aguas del Mediterráneo.

Lo único que pudo conseguir el Austria por la paz de Belgrado, celebrada en 1739, fué que á sus súbditos católicos se hicieran extensivos los privilegios otorgados por el convenio de Passarowiz. La Rusia fué mas atendida: por primera vez se concedió á los súbditos del Czar el libre ejercicio de su religion en todo el imperio otomano y la residencia de un embajador en Constantinopla; y desde esta fecha puede conocerse la influencia que dia por dia ha adquirido en el gobierno del Sultan. En 1740 habia obtenido la Francia la renovacion de sus antiguas capitulaciones con la Puerta y la confirmacion de su protectorado sobre los Santos Lugares; y ya en 1774 por el artículo 7.° del tratado de Kainardji, arranca la Rusia de la Puerta la obligacion de proteger la religion y las iglesias cristianas y el derecho para sí de gestionar cuanto crea conveniente en pro del nuevo templo que habia de erigirse en Constantinopla y de los ministros que sirvieran en él. Esta cláusula sirve hoy de pretexto al Czar para reclamar un tratado que garantice la independencia de toda la poblacion griega de Oriente, aunque solo se referia á la

iglesia especial de Constantinopla; y como en aquel tratado no especificaba los santuarios á que cada comunion tenia derecho, ni los latinos presentaban títulos que les concediesen todos los santuarios sin excepcion, pretendióse entonces, y preténdese todavía hoy, que cada nacion debia justificar los que exclusivamente le pertenecian. Sin embargo, todas las potencias cristianas abandonaron este asunto, sin saberse la causa, y solo quedó Francia como jefe y defensora de los latinos. Sus deseos y sugestiones se limitaron á hacer reintegrar á los últimos, en 1802, de la gruta de Gethsemani, y así siguieron las cosas hasta el año de 1808, en que un suceso desgraciado vino á resucitar las pretensiones de los griegos y á remover esta cuestion tan profundamente, que hoy amenaza resolverse, como hemos dicho, por medio de una guerra europea.

XXXII.

Un horroroso incendio, ocurrido en ese año, redujo á cenizas una parte de la iglesia del Santo Sepulcro. En el estado de confusion en que por las supercherías de los griegos se hallaba el asunto de los Santos Lugares, aquel accidente no pudo menos de excitar su alegría, y contando con la penuria de los latinos, propusiéronse especular con su desgracia. Como en Oriente el hecho de la posesion y los derechos de refaccionario son por sí solos títulos que se diferencian muy poco de la propiedad, apresuráronse á ofrecer su dinero á los latinos, y estos no pudieron librarse del lazo que se les tendia. Empezaron, pues, á hacer por sí solos las obras de reparacion; y no obstante que la Francia reclamó tres años después una declaracion expresa de que los reparos hechos por los griegos en nada menoscababan los derechos de los latinos, de hecho se apoderaron aquellos del monumento del Santo Sepulcro, de la Gran Cúpula, que reconstruyeron, de la piedra de Uncion y de los siete arcos de la Vírgen. En una capilla situada sobre el Monte Calvario existian los sepulcros de Godofredo y de Balduino, á los cuales no tocó el fuego, pero que fuéron abiertos y profanadas sus cenizas por los griegos, con la piadosa intencion de suprimir esta protesta viva contra sus usurpaciones, las cuales no se limitaron á Jerusalem, sino que se repitieron tambien en Belem y Gethsemani. Semejante estado de cosas no podia menos de producir conflictos á cada paso: mas de una vez habian ocurrido luchas á mano armada al pié del sepulcro mismo de Cristo entre los individuos de las dos comuniones sobre quién celebraria primero en los santuarios comunes, y cuánto tiempo podian estar orando en cada uno de ellos; y pensóse seriamente en un acomodo. En tiempo de la Restauracion abriéronse negociaciones simultáneas en Paris, Constantinopla y San Petersburgo; pero cuando ya estaban cangeadas las bases del convenio, ocurrió la revolucion helénica, y no se pasó adelante. Desde esta época han ido en progresiva de-

cadencia los intereses de los católicos. Aunque en 1841 obtuvieron los latinos un firman para que pudieran reparar algunas partes del Santo Sepulcro, no llegó á ejecutarse; y ya no poseen estos mas que dos capillas del Santuario. Aun en los lugares que todavía poseen privativamente se ven todos los dias insultados y escarnecidos por los griegos. En 1844, cuando los latinos celebraban la misa pontifical el Viérnes Santo, dejaron caer las lámparas sobre los celebrantes. En 1846, mientras oraban en la capilla del Calvario en igual dia, bajo pretexto de que habian tocado á la alfombra de los griegos, opusiéronse estos á que tendieran sus ornamentos, promovieron un altercado escandaloso, y llegó hasta derramarse sangre. En julio de 1847 robaron una tapicería que los católicos tenian cubriendo una columna de la capilla de los Magos en la iglesia de Belem, y á fuerza de dinero consiguieron se declarara que habian obrado bien. En la fiesta de la Ascension del mismo año, cuando los latinos se preparaban para celebrar los oficios divinos del dia en el santuario del Monte Olivete, quisieron los griegos poner dos velas dentro del santuario, contra lo estipulado en favor de los latinos; y viendo que esta tentativa no les habia salido bien, á fines de octubre siguiente robaron la estrella de plata, incrustada en la piedra que hay en la iglesia de la Natividad, monumento cuya inscripcion latina era un testimonio vivo de la posesion de los occidentales, y que incomodaba por lo mismo á las sectas rivales suyas.

La mayor parte de estos atentados habia quedado impune por la venalidad de los que hubieran debido reprimirlos. El Occidente y el centro de Europa tenian harto que hacer con sofocar y combatir la lucha social que las desgarraba interiormente, y nadie se ocupó de los Santos Lugares ni de la suerte de los cristianos latinos de Levante hasta que, á fines de mayo de 1850, el general Aupik, ministro plenipotenciario á la sazon de la República francesa en Constantinopla, presentó una nota diplomática, en la cual pedia que, con arreglo á lo pactado en el artículo 30 del convenio de 1740, se restituyesen á los religiosos latinos los santuarios que les habian quitado los griegos. Los representantes de las otras potencias católicas apoyaron la peticion del de Francia, pero á poco se retiraron todas, á excepcion de la España, por celos y rivalidades que cuesta trabajo referir.

La Puerta no ponia en duda el tratado que se invocaba; léjos de eso, reconoció que el compromiso contraido por Mahamud I estaba en su pleno vigor, y que en nada habia sido modificado; pero como el asunto era mas difícil de lo que á primera vista parecia, por falta de documentos precisos que consignasen el derecho de cada una de las partes, el nuevo ministro de Francia, marqués de Lavallette, obtuvo se nombrase una comision mista para que clasificase los santuarios que á cada comunion pertenecian. Componíase esta junta de cuatro individuos, dos por parte de Francia, M. Botta, cónsul general de Jerusalem, y M. Schefer, segundo intérprete de la embajada, y otros dos por parte del Gobierno turco, Emin Efendi, subsecretario de Estado, y M. Logotheti, dragoman del patriarcado griego. Ante este jurado expuso cada cual sus pretensiones. La Francia alegaba un resú-

men de los Lugares, encontrado en un claustro de religiosos latinos, segun el cual habia santuarios griegos. Estos, por su parte, reclamaban la libre y omnímoda posesion de sus santuarios, y pedian algunas mas prerogativas en los que eran comunes, aunque se negaban á presentar documentos algunos si previamente no se examinaba el supuesto firman de Omar de 1200, que, como hemos dicho, habia sido declarado falso repetidas veces. Los comisionados franceses se negaron á esta exigencia, porque solo se trataba de la posesion de los santuarios en 1740, época del tratado; y viéndose perdidos irremisiblemente los griegos, acudieron al emperador de Rusia, interesándolo á que tomara parte en la cuestion á favor de sus correligionarios. La estratagema produjo el efecto que se apetecia: cuando el resultado de las primeras conferencias de la junta hacia esperar un arreglo amistoso y pacífico, recibióse en Constantinopla una carta del Czar, en que pedia al Sultan conservase el *statu-quo* en Jerusalem. Esta carta rompió la negociacion, disolvióse la junta; y el Sultan, para salir del compromiso en que le ponian el tratado de Francia por un lado, y las bayonetas rusas por otro, no encontró otro medio que el de proponer que todos los santuarios fuesen comunes. Semejante paso equivalia á concluir con la influencia latina en Oriente y á hacer á los cismáticos dueños absolutos de los Santos Lugares, pues por su número, su posicion y sus riquezas muy pronto, á no dudarlo, se suplantarian á todas las demás comuniones. Protestaron, de consiguiente, contra el proyecto, no solo el Ministro francés, sino los jefes eclesiásticos latinos, y en su virtud consiguió el primero que se le hicieran algunas concesiones, si bien no todas las que tenia derecho á reclamar y consignar en un tratado solemne.

Obtenido este algo, y sin aguardar á su ejecucion, marchóse M. Lavallette de Constantinopla. No bien se habia marchado, consiguen los griegos del Sultan un firman, por el que se sancionaban sus usurpaciones y se calificaban de injustas las pretensiones de los latinos. En este documento ocultaba cuidadosamente el Divan los preliminares acordados con el Ministro francés y el nombramiento de la comision calificadora de los respectivos títulos; referíase solo á informes dados por los ulemas y otros empleados vendidos á la Rusia, y tenia, por consiguiente, en sí propio todas las pruebas de haber sido arrancado por miedo ó por corrupcion. Por lo mismo, todos creian que la Francia interpondria enérgicamente su influencia, y se creyó mucho mas cuando vieron regresar á M. Lavallette. Pero lo único que obtuvo fué que el firman no se leyera en Jerusalem, sino en casa del Bajá y á presencia solo del patriarca griego. En seguida trató de que se ejecutase lo poco que se habia concedido á los latinos, para lo cual envióse á la Ciudad Santa un comisario de la Puerta, llamado Afif-Bey; este, sin embargo, se encontró rodeado de dificultades, y abandonó su encargo sin haber hecho mas que entregar á los latinos una llave de la grande iglesia de Belem, reponer la estrella de plata en el santuario de la Natividad, y declarar que alternativamente con los demás cultos podrian celebrar el oficio divino en la iglesia del sepulcro de la Vírgen, aunque

sin servirse de lámparas ni imágenes, y que tendrian la preferencia sobre los demás cultos en la celebracion de la misa en la capilla del Monte Olivete.

Con esto no se zanjaba la dificultad sino á medias. Latinos y griegos quedaron disgustados del arreglo, y los segundos enviaron á Constantinopla comisionados para obtener una concesion mas explícita. Los primeros no tenian mas apoyo que el emperador de Francia. A poco de haber sido investido Luis Napoleon con la púrpura imperial, habíase declarado protector de los Santos Lugares, y para justificar su nuevo título encargó á su representante cerca del Sultan que gestionase para conseguir el restablecimiento de los privilegios de los latinos. En su consecuencia, M. de Lavallette reclamó de nuevo ocho santuarios que antes habia pedido, y después de muchos debates consiguió su objeto, mandándose devolver los siguientes: 1.° La Grande Cúpula y la iglesia del Santo Sepulcro. 2.° La Cúpula Pequeña y el Sepulcro de Cristo. 3.° La piedra de la Uncion. 4.° Los siete arcos de la Vírgen. 5.° El Sepulcro de la Vírgen. 6.° La gran iglesia de Belem. 7.° El altar de la Natividad. 8.° La Gruta de la Aparicion del Angel á los pastores.

XXXIII.

La cuestion, que en un principio se creyó sencilla y fácil de arreglarse de un modo amistoso, tomó con este paso colosales proporciones. El emperador Nicolás se ofendió altamente de las concesiones hechas á la Francia, y anuncia en Lóndres que consideraba necesario enviar á Constantinopla un representante especial para obtener la confirmacion de las concesiones hechas á la Iglesia griega en los Santos Lugares, concesiones que, segun decia, no habian sido respetadas. No especificaba, sin embargo, la clase de garantía que deseaba, ni entraba en detalles sobre las instrucciones dadas á su embajador; y como el Gran Visir temia que el asunto tuviera ulteriores consecuencias, pidió consejos al coronel Ross, y este reclamó la presencia de una escuadra inglesa en los Dardanelos. Este paso, aunque no produjo por entonces resultado alguno, hizo á la Inglaterra tomar una parte activa en la cuestion. Lord Strafford, embajador de la reina Victoria en Constantinopla, facilitó mucho el curso de las negociaciones; mas á lo mejor súpose que el almirante príncipe Menschikoff, ministro de Marina del Czar, acompañado del hijo del conde Neselrode, presidente del Consejo de Ministros y canciller del imperio, marchaba á la capital de Turquía con una mision, cuyo objeto se ignoraba, pero para cuyo desempeño llevaba amplísimos poderes. Esta noticia no pudo menos de alarmar al Divan, que necesitaba toda su atencion para las negociaciones entabladas á la sazon con el representante del Austria sobre la insurreccion de la Bosnia. Al mismo tiempo se supo que en la frontera de Moldavia se concentraban considerables fuerzas rusas y que en todos los puertos del mar Negro se

hacian grandes armamentos, á consecuencia de órdenes llegadas de San Petersburgo. El mando de todas las fuerzas destinadas al parecer á invadir la Turquía se dió al mismo enviado, cuya mision era todavía un misterio, que cada cual resolvia á su antojo. La prensa periódica inglesa veia con satisfaccion que se acercase la descomposicion pacífica del imperio turco, cuya existencia no podia ya prolongarse; otros suponian que no haria mas que protestar contra las últimas concesiones hechas á la Francia en el asunto de los Santos Lugares; y algunos creian que su objeto era obtener mas garantías para los súbditos del Gran Señor que profesaban la religion griega. Un periódico inglés anuncia que ni la Inglaterra ni la Francia consentirian en que se accediese á tamañas exigencias. Todo, en una palabra, era cálculos y profecías; á peticion del Gran Visir las escuadras francesa é inglesa se aprestaban para acercarse á los Dardanelos, y con este motivo empieza á hablarse de division y reparto del imperio otomano. Tales eran los rumores que acompañaron á Menschikoff en su viaje á Constantinopla. Su llegada á la capital del imperio produjo una recrudescencia tal de las pasiones religiosas, que á cada paso se temia una colision entre los súbditos mismos del Sultan. Hízose circular una profecía antigua, segun la cual el islamismo debia acabar en Constantinopla en 1853. A cada momento presentábanse numerosas turbas de griegos delante de la casa del embajador ruso, gritando «¡viva nuestro emperador Nicolás!» A todo daba pábulo la altanera conducta del Príncipe ruso y la debilidad que manifestaba el Divan. Habiendo anunciado Menschikoff que no trataria con el ministro de Estado turco, Fuad-Effendi, porque le suponia autor de la concesion de que el Czar se quejaba, esta indicacion bastó para que hiciese dimision el Ministro, á la cual siguió muy pronto la del jefe del Gabinete, aunque para volver muy pronto otra vez á su puesto.

El emperador Nicolás se ha propuesto familiarizar á la Europa con el espectáculo de la debilidad turca, y su representante en Oriente secundaba maravillosamente sus miras. A la visita que hizo al Gran Visir presentóse en un traje no muy conforme con la etiqueta, y aunque el Sultan le habia autorizado para ir á palacio siempre que gustase, pero añadiéndole que para tratar de negocios se dirigiera á sus ministros, á estos no los visitó sino por delegacion, y llevaron este nuevo desaire. Todos estos incidentes daban á conocer que al fin el enviado ruso seria atendido en todas sus exigencias, pero nadie sabia cuáles eran estas, porque sus pasos iban envueltos en el mas profundo misterio. Al anunciar Menschikoff su nombramiento á las embajadas de las demás potencias, manifestábales que abrigaba la esperanza de que no se interrumpirian las buenas relaciones entre el Emperador y los otros soberanos; mas nada les decia acerca de sus pretensiones, las cuales habia ya entregado al Divan, con fecha 16 de marzo, en una que él llamaba nota verbal, en la cual recapitulaba las quejas que la Rusia decia tener contra la Puerta, y con ella enviaba una proposicion, que titulaba «Arreglo estable y definitivo que no puede invalidarse por actos posteriores siempre revocables»; y

pedia su aceptacion por la Puerta. Esta misma proposicion, bajo la forma de un proyecto de convenio, fué reproducida en 22 de marzo; pero no habiéndose contestado por el Divan á una ni á otra, el enviado ruso repitió por tercera vez su gestion, con fecha 19 de abril, en una nota llamada tambien verbal, en la que reducia sus reclamaciones á los cuatro puntos siguientes, formulados luego en un proyecto de convenio, que le era adjunto : 1.° Un firman redactado de comun acuerdo acerca de la llave de la iglesia de Belem y la estrella de plata colocada sobre el altar de la Natividad en la gruta de este mismo santuario. La posesion de la gruta de Gethsemani por los griegos, admitiendo á los latinos á ejercer su culto, pero conservando siempre aquellos la precedencia y la prioridad para la celebracion de los oficios divinos en este santuario. Todo lo relativo á la posesion comun de los griegos y latinos en los jardines de Belem. 2.° Una órden imperial para la reparacion inmediata por el Gobierno otomano del templo del Santo Sepulcro, con intervencion del patriarca griego y con independencia de los ministros de los demás cultos. 3.° Otra para tapiar las claraboyas que dan vista á este santuario, y para la demolicion de los harems contiguos á la cúpula, siempre que la demolicion sea posible. 4.° Un *sened* ó convenio para el mantenimiento de *statu-quo* estricto de los privilegios del culto católico greco-ruso de la iglesia de Oriente y de los santuarios consagrados á este culto, ya exclusivamente, ya en comunion con otros ritos en Jerusalem.

El Sultan contestó á estas notas expidiendo dos firmanes, á fines de abril y principios de mayo, accediendo á cuanto habia exigido el embajador de Rusia. Se manda restaurar la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro y tapar las ventanas de los edificios contiguos; declárase que, á pesar de haberse dado á los latinos una llave de la iglesia de Belem, no tendrian derecho mas que á pasar por dicha iglesia, pero no á celebrar en ella ningun acto del culto; se manda no hacer novedad acerca de la estrella de Belem usurpada por los griegos en 1847; y por último, se consigna en favor de los griegos la preferencia y precedencia sobre todos los demás cultos; luego les seguirian los armenios, y solo quedaba para los latinos el último lugar. Hasta que se publicaron estos firmanes no se tuvo conocimiento exacto de las pretensiones de la Rusia que hasta entonces habian seguido siendo un misterio. Primero se anunciaron sus bases como producto de un convenio, y este rumor no pudo menos de alarmar á la cristiandad toda; extrañábase que el embajador de Francia hubiera suscrito á un tratado que reducia á la nulidad los derechos de los latinos; pero luego se supo que habian sido concedidos los firmanes sin contar con ninguno de los agentes diplomáticos extranjeros. Lo mas singular del caso fué que ni aun al mismo Menschikoff satisfacieron. Este, en su nota de 19 de abril, habia exigido que la supremacía de los griegos sobre los latinos se consignase en un tratado solemne, y sobre esto nada decian los firmanes. Resuelto como estaba á conseguir el todo de sus pretensiones el Príncipe ruso, el mismo dia que tuvo noticia de aquellos decretos, dirigió al Divan una nota formal, acompa-

ñando un proyecto de tratado en que se regularizaba el *statu-quo* reclamado por la Rusia, y anunciando que de no recibirse contestacion antes del 10 de mayo, se consideraria este silencio como una falta de deferencia hácia el gobierno del Czar, que impondria á este las mas duras obligaciones.

Creemos oportuno dar aquí una idea detallada de este proyecto de convenio, porque habiendo llegado á ser el punto culminante de donde parte el rompimiento que ha sobrevenido entre la Rusia y la Puerta, conviene tener una idea exacta de las últimas reclamaciones hechas en esta cuestion.

En el artículo primero se dice en sustancia que no podrán introducirse cambios en los derechos, privilegios é inmunidades de que han gozado ó que poseen *ab antiquo* las iglesias, las instituciones religiosas y el clero ortodoxo en la extension de los dominios de la sublime Puerta, la cual se comprometeria á conservarlos sobre la base del *statu-quo* estricto que hoy existe. Esta era la verdadera base del proyecto, y en la cual ponia todo su empeño el Embajador ruso. Los otros cinco capítulos no eran sino ampliaciones de ese principio. Estatuíase en ellos que si se concedian nuevos privilegios á otras iglesias, la de Oriente entraria *ipso facto* en el goce de ellos; que entre tanto se conservaria el *statu-quo* en Jerusalem lo mismo para los griegos que para los latinos; que el Sultan confirmase los dos firmanes últimamente expedidos; que se permitiese la construccion de una iglesia y de un hospital en Jerusalem para uso especial y exclusivo de los religiosos y peregrinos católicos y protestantes; y en fin, que por el nuevo convenio no se considerarian derogados los tratados existentes entre ambas potencias.

Aunque el contenido de esta nota modificaba considerablemente las primeras pretensiones del Embajador ruso, el gobierno del Sultan no creyó político ni aun decoroso acceder á reclamaciones hechas en términos tan inusitados y amenazadores. Prefirió el papel de víctima al de cobarde, y contestó, en 10 de mayo, con una nota rechazando las proposiciones contenidas en el último despacho del Ministro ruso. La Puerta no se niega á hacer á la Rusia las concesiones que sean razonables; pero no admite las demandas del Czar que hieran su honor y su independencia. Está dispuesta á conceder al emperador Nicolás la fundacion en Jerusalem de la iglesia, convento y hospital que desea, con tal que deje intactos sus derechos de administracion interior, y después de una madura deliberacion entre ambos gabinetes; mas se resiste á consignar en un tratado pactos que, como el que se solicita, implicarian una abdicacion de la soberanía sobre los súbditos pertenecientes á la comunion á que se concediera. Hé aquí confirmado lo que hace poco deciamos: el derecho de protectorado, tal como hoy se quiere formular, no ha existido nunca ni podido existir, ni en favor de Francia, ni en favor de cualquiera otra nacion. Los súbditos del Gran Señor, latinos, griegos, protestantes, armenios, no dejan de ser súbditos suyos, aunque profesen cualquiera de esas religiones, y como tales súbditos no pueden menos de estar sujetos á las leyes generales del país á que pertenecen. En buen hora que los soberanos extranjeros

procuren evitar toda clase de vejaciones á sus respectivos correligionarios; hasta deber suyo es garantirlos de cualquier desman que pudiera producirles la sola diversidad de creencias; pero entre esto, que seria lícito y aun laudable, y querer que los súbditos de un monarca, sin mas que porque profesan tal especie de culto, se entiendan exentos ellos y sus iglesias de las leyes de policía y demás que emanen del gobierno central, hay una distancia inmensa que no es posible superar, á menos de olvidar todas las nociones de independencia y de decoro nacional.

El ministerio ruso habia anunciado de la manera mas terminante á todos los gabinetes de Europa que la mision del príncipe de Menschikoff solo se referia á la cuestion de los Santos Lugares, y de ningun modo tenia por objeto causar una nueva humillacion á la Turquía. Por eso en un principio se dió al asunto muy poca importancia, y solo se conocieron los proyectos del Czar por el contexto de los despachos de su enviado. Conocidos ya, y resuelto el Divan á resistir á sus exigencias á todo trance, contesta en la forma decorosa, pero enérgica, que hemos indicado, y á esta comunicacion acusó el recibo el Príncipe con una nueva nota, redactada en términos poco conciliadores. El Divan creyó necesario responder á ese despacho con otro, que debia entregarse al Príncipe en una conferencia á que se le habia invitado, y á la cual tambien debian asistir el Gran Visir, los ministros de Estado y de la Guerra y otros altos dignatarios de la Puerta. Menschikoff habia ofrecido hallarse al dia siguiente á la una en casa del Gran Visir; pero á la hora convenida vieron con sorpresa todos los asistentes que la fragata rusa, ondeando el pabellon de la embajada, sin detenerse en el palacio, donde se le aguardaba, se dirigió á la morada del Sultan, ante el cual se quejó amargamente de la resolucion tomada por el Gobierno contra los consejos de su amigo y aliado, y le suplicó la revocara, considerando las graves consecuencias que podia producir. Sorprendido el Sultan con este lenguaje, hace llamar al Visir y al ministro de la Guerra para decirles que no queria romper sus relaciones con el emperador de Rusia, aunque tampoco queria ponerse completamente en sus manos; sus leales ministros, á quienes el lenguaje de Abdul-Medjid, revelaba cuanto acababa de pasar con Menschikoff, asegúranle que no habia otro medio de salvar la independencia y decoro del imperio que el de resistir á las exigencias de Rusia; sin embargo, el Sultan insistia en que se buscase un término medio que satisficiera á su honor y á la Rusia, y en su vista no quedó al ministerio otro recurso que el de presentar su dimision. Al momento fueron reemplazados con Beschick, Tasch, Mustafá, Rifaat y Reschid-Bajá, pertenecientes todos al partido reformista ó liberal. Esta crísis ministerial se creyó impuesta, ó cuando menos provocada, por Menschikoff, el cual hasta que fueron nombrados los sucesores se mantuvo frente al palacio, presenciando así todos estos cambios; pero al saberse los nombres de los nuevamente elevados al poder, sospechóse que la influencia rusa habia sufrido algun descalabro. El nuevo ministerio reunia los hombres de estado mas emi-

nentes de Turquía, todos ellos hostiles á la Rusia, y los únicos que pudieran arrostrar la espinosa situacion por que pasaba el imperio otomano. Así fué que desde las primeras conferencias estuvieron conformes en aconsejar al Sultan que su dignidad estaba interesada en que se rechazara el *ultimatum* de Menschikoff, y que si la cuestion no podia zanjarse sino á cañonazos, se resignaban á lo que el destino les tuviera reservado. El cuerpo diplomático extranjero residente en Constantinopla y toda la prensa liberal de Europa aplaudió esta energía manifestada cuando se anunciaba la inmediata invasion del imperio por los cosacos. Sin embargo, para proceder con todo aplomo, el Gabinete turco solicitó un plazo de dos dias para contestar al último despacho del representante ruso; en este intervalo los embajadores de Francia, Inglaterra, Prusia y Austria, hicieron en vano varias tentativas para conseguir un acomodo pacífico. Menschikoff no cedia un ápice de sus reclamaciones, y no admitia mas dilema que aceptarlas ó rechazarlas en su totalidad. Pasados los dos dias señalados como último plazo, anuncia Menschikoff oficialmente su marcha. Sabedor el Sultan de esta resolucion, convoca un nuevo gran Consejo, al que asistieron todos los antiguos visires del imperio, todos los bajáes residentes en Constantinopla y todos los ulemas, ante los cuales hizo una exposicion detallada de todo lo ocurrido; y después de haber manifestado todas las gestiones que su Gobierno habia hecho para traer las cosas á un terreno conciliatorio, reasumió su discurso en las siguientes frases: «Hemos hecho cuanto dependia de nosotros para satisfacer á la Rusia y evitar un rompimiento con ella; si no lo hemos conseguido no es nuestra la culpa. He debido salvar mis derechos de soberano; conozco mis deberes, y sean cuales fueren las circunstancias graves que puedan sobrevenir, sabré llenarlos; tened confianza en mí, cual yo la tengo en vosotros.»

Este discurso digno y mesurado excitó en la reunion el mas vivo entusiasmo; todos juran sacrificarse en defensa del Emperador y del imperio. Pero todavía se quiso dar un último paso conciliatorio. Reschid-Bajá, á nombre del Gobierno, dirigióse á casa de Menschikoff para darle á entender que la Puerta consentia en celebrar un convenio especial para la construccion de una iglesia rusa, de un hospital y un convento en Jerusalem, y asegurar además á los religiosos y peregrinos rusos todos los privilegios de que gozan las otras naciones. En cuanto á la conservacion del *statu-quo* en Palestina, podria dirigirse una nota igual á los embajadores de Francia é Inglaterra, obligándose la Puerta á no tomar en adelante ninguna resolucion sin conocimiento suyo. Y por último, el Divan declararia que el Gobierno turco, léjos de disminuir las inmunidades concedidas á la Iglesia griega, como se sospechaba, se reservaba, por el contrario, el darles mayor extension en caso necesario. Pero todos estos esfuerzos fueron estériles. Menschikoff permaneció inflexible; sin aguardar la notificacion oficial del Divan, dirigió al ministro de Negocios Extranjeros una nota anunciando que su mision estaba terminada, y que se veia en la necesidad de salir de Constantinopla, llevando consigo

todo el personal de la legacion rusa, y declarando además que todo acto contrario al mantenimiento del *statu-quo* de la iglesia de Oriente seria considerado como una infraccion de las estipulaciones vigentes entre ambos gobiernos, infraccion que obligaria al emperador Nicolás á valerse de medios á que no deseaba recurrir. Sin embargo de esta nota, Reschid-Bajá envió confidencialmente á Menschikoff la resolucion acordada en el Consejo: este paso produjo otro análogo por parte del Príncipe, en que deploraba la resolucion de la Puerta, supeditada por las naciones extranjeras, y se lisonjeaba de que todavía el Gobierno otomano tomaria una determinacion mas discreta y conforme á los deseos del emperador Nicolás. Pero entre tanto seguia haciendo sus preparativos de marcha, y en la noche del 20 al 21 de mayo salió de Constantinopla á bordo de un vapor de su nacion.

En el momento de su partida supo Menschikoff que la Puerta, con objeto sin duda de desarmar al Gobierno ruso, habia pensado conceder á todas las potencias casi lo mismo que él pedia exclusivamente para la suya. A fin de prevenir las consecuencias de este paso, expidió una protesta, fechada en Buynkdere á 21 de mayo, en la que decia que cualquiera declaracion que, sin perjuicio de los derechos puramente espirituales de la iglesia ortodoxa de Oriente, tendiese á menoscabar los demás derechos, privilegios é inmunidades concedidas al culto ortodoxo y á su clero desde tiempos remotos, y de que gozan todavía, seria considerada por el Gobierno imperial como un acto hostil á la Rusia y á su religion. Esto equivalia á plantear la cuestion á su estado primitivo y resucitar de nuevo el asunto del protectorado. Véanse si no los derechos que queria hacer resucitar el Ministro ruso y que queria someter al *statu-quo*. El patriarca de Constantinopla es hoy el jefe de la Iglesia griega en Turquía; preside el sínodo, decide sin apelacion todos los negocios civiles y religiosos que se le someten, y está exento, lo mismo que los doce metropolitanos que de él dependen, del pago del impuesto llamado capitacion. Estos metropolitanos son, por razon de su cargo, miembros del consejo municipal. Los arzobispos, los obispos y el patriarca presidian el Consejo en que se fijaban las cantidades que por contribuciones públicas debian pagar sus correligionarios. Los alcaldes y gobernadores turcos estaban obligados á ejecutar los decretos dados por el patriarca ó por los arzobispos en sus respectivas diócesis; estaban tambien obligados á auxiliar con fuerza armada al clero griego para que pudiera hacer efectivas las contribuciones de los griegos. El patriarca y los obispos tenian la décima de todos los negocios en que intervienen, y pueden además imponer penas de prision, destierro y otras corporales.

Muchos de estos privilegios habian sido abolidos por varias leyes del *Tanzimat*, y los griegos veian con pena que iban á concluirse todos y á secarse el manantial de que sacaban muy opimos frutos. Esto explica el empeño y tenacidad con que el clero los defendia y la benévola acogida que encontraban en el Czar, para quien eran un foco de influencia perpetua; pero tambien justifican por sí solos la repulsa del Sultan, pues que solo redundaban en menoscabo de sus prerogativas

de soberano. Por lo mismo, la retirada del Ministro ruso, aunque suceso grave y preñado de consecuencias, no hizo toda la sensacion que en otro caso hubiera producido, siendo, como era, una cosa por todos prevista. Pero aunque todos aguardaban este desenlace, en vista del sesgo que habian tomado las negociaciones, nadie sabia si el rompimiento de la Rusia produciria una declaracion de guerra. Para este caso, nada remoto por cierto, la Turquía comenzó sus preparativos con una actividad increible; en todas las provincias del imperio se han hecho reclutamientos extraordinarios con la mayor regularidad y entusiasmo, y el virey de Egipto ha suministrado su contingente de hombres y dinero para secundar la empresa. Al mismo tiempo las escuadras de Francia é Inglaterra, á las que se ha incorporado la marina egipcia, se acercan á los Dardanelos; y todo anuncia que la lucha, caso de empeñarse, será encarnizada. Sin embargo, casi al mismo tiempo que se tuvo noticia de estos sucesos, empezóse á decir que no habria guerra, y todavía hoy se sigue diciendo que todo se arreglará pacíficamente. No sabemos, empero, cómo pueda suponerse esto después del extremo á que han llegado las cosas. El emperador Nicolás, al mismo tiempo que ha aprobado todo lo hecho por su representante el príncipe de Menschikoff, hace intimar al gobierno de Turquía que la no aceptacion de las notas de su Ministro en el término de ocho dias seria considerada como un principio de las hostilidades. Ni los buenos oficios del embajador de Austria, que por segunda vez ofreció su mediacion pacífica, pudieron atenuar en un ápice la forma de esta intimacion, ni la mision extraordinaria de Alí-Bajá á San Petersburgo fué mas atendida por el Czar. El Divan, viéndose ya en la imprescindible necesidad de sostener con las armas la dignidad del imperio otomano, ha pasado á todas las potencias una circular, en que explica detalladamente cuál ha sido su conducta en esta cuestion y las razones que le asisten para oponerse á las exigencias del emperador Nicolás. Este ha contestado con otra, disculpándose de los cargos que se le han hecho por las Cámaras y prensa europeas, y asegurando que la ocupacion de los principados del Danubio, para la cual habia ya dado órden á sus tropas, no significaba un rompimiento definitivo de las hostilidades, sino solo una medida de precaucion para prevenir ulteriores resultados. En medio de estas negociaciones, el Sultan, para que en ningun tiempo pueda tachársele de violador de los tratados, expidió, con fecha 7 de junio, un decreto confirmando todos los privilegios estipulados ó concedidos á las diversas comuniones que poseen edificios y santuarios en el imperio otomano; y después de este acto, último con que puede decirse se cierra la cuestion de los Santos Lugares, todo el mundo aguarda con ansia el éxito de este negocio, cuya conclusion guerrera ó pacífica puede afectar tanto á la suerte de todos los demás estados de Europa. En la oscuridad y confusion con que se reciben las noticias de Oriente, es difícil prever el término de estas diferencias. Ya se nos anuncia que los ejércitos beligerantes están á punto de venir á las manos; al otro dia se dice que se han abierto negociaciones pacíficas de comun acuerdo; quién cree

inevitable la guerra ; cuál otro afirma que la misma Rusia, á pesar de su poder, tenia miedo de comenzar la lucha, y que concluirá por entenderse amigablemente después de haber hecho sufrir á la Turquía una nueva humillacion. En medio de tan encontrados pronósticos, nosotros nos inclinamos á creer que todavía está muy léjos el desenlace de este terrible drama. El imperio turco contiene sin duda mil gérmenes de disolucion; pero todavía no juzgamos que esos gérmenes hayan madurado hasta el punto de esperar su caida el dia de mañana. Léjos de ser así, hemos notado en estos últimos tiempos unas señales de vida, que, francamente lo confesamos, no han podido menos de sorprendernos. No estamos muy distantes de creer que la postracion en que desde hace tres siglos hemos visto sumido el imperio otomano depende casi exclusivamente de los malos príncipes que, con muy pocas excepciones, lo han gobernado. Su educacion, sus creencias, su sistema de vida, la nulidad y codicia de sus ministros le incapacitaban para conocer los males que aquejaban á su pueblo, y no podian ni aun pensar en los medios de curarlos. Tan seguros estamos en esta creencia, cuanto que lo ocurrido desde el advenimiento de los dos últimos sultanes viene á demostrárnoslo con evidencia. Hace treinta años se nota en Turquía una vida y un movimiento, que hasta á sus mismos moradores sorprende. Multitud de abusos han sido reformados; las artes y las costumbres de los pueblos cultos han empezado á introducirse en este país, que se creia inaccesible á toda idea de civilizacion y progreso. El sultan Abdul-Medjid hace cada dia un nuevo esfuerzo para ponerse á nivel de los demás soberanos de Europa. Hasta ha emprendido la tarea mas difícil de cuantas podian ofrecerse á sus luces y á su tacto. Ha inaugurado para con sus súbditos un lenguaje, que hasta ahora no habia oido de boca de ningun monarca ni autoridad; les ha hablado de dignidad personal, de garantías para sus propiedades y de seguridad para su honra y estimacion. Este es, á nuestro juicio, el único medio, si hay alguno, de reconstituir la Turquía. Cuando los súbditos del Sultan se acostumbren á ser tratados con los miramientos á que son acreedores séres dotados de razon é inteligencia, empezarán tambien á conocer los beneficios que puede traerles el libre ejercicio de esas dotes, y saldrán de la apatía que hasta hoy los ha caracterizado. Ese mismo sentimiento de dignidad puede contribuir á hacerles perder tantas preocupaciones como estorban el progreso de este pueblo, y ¿quién sabe si tambien contribuya, ó por lo menos prepare, la fusion de ese pueblo consigo mismo para aparecer luego mas lozano y vigoroso? Todas estas conjeturas, sin embargo, no pueden verse realizadas sino á fuerza de constancia y de tiempo. Abdul-Mejid ha puesto, á nuestro juicio, la primera piedra del edificio. Si en los arcanos del destino está escrito que la Turquía no sucumba en la crísis por que actualmente está pasando, no desesperemos de verla reconstituirse algun dia. El Sultan actual, fuerte con la fuerza que da el derecho y la justicia, y contando, como cuenta, con las simpatías de todos los hombres ilustrados que sinceramente desean el buen éxito de la obra que ha emprendido, continuará, no lo dudamos, por el camino

que con tanta gloria ha inaugurado; y si la Providencia lo ha destinado para presenciar la disolucion de su imperio, puede morir siquiera con el consuelo de haber hecho cuanto humanamente podia para que no concluyera en él la dinastía de la casa otomana, y de que la historia le reservará en sus páginas un lugar mas brillante que el que comunmente destina para los soberanos que cierran la lista de los reyes de una nacion.

Nota. En el momento de entrar en prensa el ultimo pliego de nuestro artículo, consta de una manera oficial que, á consecuencia de la ocupacion de los principados del Danubio por las tropas rusas, las escuadras francesa é inglesa han pasado los Dardanelos á excitacion del Sultan, y que declarada solemnemente por este la guerra, se han roto las hostilidades con la batida de un destacamento ruso por una columna de soldados otomanos.

Francisco de P. Diaz y Mendoza.

Madrid, noviembre de 1853.



ABBAS-PACHA VIREY DE EGIPTO.

ABBAS-PACHA VIREY DE EGIPTO.

EGIPTO.

ABBAS-BAJA.

I.



El Egipto es una de las monarquías mas antiguas del mundo. Su nombre recuerda la cuna de las ciencias y las artes, el poder de los Faraones, la riqueza de los Ptolomeos, las conquistas de Alejandro y la esterilizadora dominacion de la raza otomana. Con la idea del Egipto se asocian involuntariamente en la imaginacion los maravillosos recuerdos de Tébas y de Menfis, del lago Meris y de Alejandría, del laberinto y de las pirámides, de los monólitos y de los obeliscos, de Moisés y del primer ensayo de organizacion política del pueblo escogido de Dios. Varia ha sido su suer-

te en la larga sucesion de las vicisitudes que han atravesado todas las naciones de la tierra. Conquistadora y guerrera bajo los Faraones, poderosa y rica bajo los Ptolomeos, invasora y feroz bajo los Saladinos, esclava y rebelde bajo los sultanes de Stamboul, sabia ó inculta, reina de la civilizacion ú odalisca del Serrallo, arca cerrada de los misterios de la ciencia ó víctima estúpida del acero de la cimitarra, la region del Nilo ha sido siempre uno de los puntos privilegiados, que han atraido en todos los tiempos sobre sí las miradas constantes de la humanidad. Situada entre los 22 á 32 grados de latitud boreal, y entre los 45 á los 52 de longitud oriental; bañada al Norte por el Mediterráneo, y al Este por el mar Rojo; reuniendo todos los frutos de los climas equinocciales con todas las producciones de la Zona Templada; comunicando por el istmo de Suez con las inmensas y riquísimas comarcas de la India Oriental, y regada en toda su travesía longitudinal por el misterioso Nilo, el rio de los antiguos mitos y de los arcanos sagrados, el perenne é inagotable fecundador del Heptanómide y el Delta, esa singular region fué en lo pasado, es hoy y será siempre el punto de interseccion de los tres continentes del antiguo hemisferio, el centro comun de las relaciones europeas con el Africa y el Asia, el lazo natural de las especulaciones comerciales del Oriente y el puente de comunicacion entre las naciones occidentales y el vasto Océano, que baña las comarcas en donde nace el sol.

El Egipto se divide en tres regiones, á saber : en bajo Egipto ó *Delta*, en Egipto medio ó *Heptanómide* y el alto Egipto ó *Tebaida*. La superficie total de su suelo se evalúa en 367,000 millas cuadradas. El Nilo lo recorre de Norte á Sur; y la zona territorial, que anualmente inundan sus crecientes periódicas, ofrece el aspecto de un largo valle, encajonado entre las colinas laterales ó bordado en ambas orillas por arenales ardientes. La faja de tierra cultivable es una *oasis* en medio del desierto. Los campos ofrecen anualmente tres cuadros enteramente distintos. En el equinoccio de primavera, recolectadas ya las cosechas, no dejan ver sino una tierra pardusca y pulverulenta, llena de profundas grietas por todas partes. En el equinoccio de otoño esos mismos campos son un inmenso lago de agua rojiza, de cuyo seno salen las palmeras, las aldeas y los estrechos diques construidos para las comunicaciones ; á medida que las aguas se retiran, se va descubriendo el terreno negro y fangoso. Pero en cambio, el invierno trasforma la decoracion, y la tierra de Egipto despliega entonces toda su esplendidez y magnificencia. La frescura y la fuerza de la vegetacion, la pujanza y la riqueza de las mieses exceden á cuanto se observa en otras partes. El Delta, y sobre todo el Egipto medio, se asemejan á un jardin interminable, y el alto Egipto parece un país encantado. El clima es generalmente muy sano, si se exceptúa el período de la retirada de las aguas, cuya estagnacion da orígen frecuentemente á la peste.

El bajo Egipto ó Delta comprende quince distritos ó divisiones administrativas, á saber : el Kairo, Kelyoub, Belbeys, Chibeh, Mitcamar, Mansourah, Damieta,

Mehallet-el-Kebir, Fantah, Melig, Menou, Negyleh, Fouah, Damanhour y Alejandría. El medio y el alto Egipto solo tienen diez divisiones : Djyzeh, Atfyg, Beni-Soueyf, Fayoum, Minyeh, Montfalout, Syout, Djirdjeh, Kené y Esné. En estas tres divisiones existen dos mil y quinientas entre ciudades, villas y aldeas. Además la autoridad del virey de Egipto se extiende sobre diferentes oasis y en la Nubia, el Kordofan, la Abisinia, la Arabia y la Siria.

Pero antes de dar á conocer la situacion política y administrativa del Egipto bajo la dominacion de sus últimos bajaes ó vireyes, séanos dado remontarnos á los primeros orígenes y describir en breves páginas la compendiosa reseña histórica de un pueblo, que, después de haber eclipsado la gloria de los mas célebres imperios y conquistado bajo Sesostris una gran parte del mundo antiguo, ha venido á ser la fácil y sucesiva presa de los persas, de los griegos, de los romanos, de los árabes y de los turcos. ¡Triste suerte de los grandes imperios, que no llegan al apogeo de su poder y prosperidad sino para decaer gradualmente hasta desaparecer del todo en la incesante corriente de los siglos!

Probablemente vinieron del Sennaar ó de la Abisinia las primeras tribus que poblaron el valle del Nilo. Los egipcios antiguos tenian grandes rasgos de semejanza con los habitantes actuales de la Nubia. Los coptos del dia no se parecen á la antigua poblacion egipcia. Raza mista, simple resultado de la confusa mezcla de todas las naciones que han dominado sucesivamente el Egipto, es un error vulgar creer que los coptos actuales reproducen los genuinos caractéres de la primitiva raza, desaparecida ó trasformada radicalmente hace algunos siglos. Como quiera que sea, es indudable que los primeros pobladores arribaron á Egipto en estado de *nómades*, como los actuales beduinos. Privados de artes, de ciencias y de formas estables de civilizacion, el trabajo de los siglos y el influjo de las circunstancias modificaron progresivamente las condiciones de su vida errante y los sujetaron á las tareas agrícolas, que son las que determinan la necesidad de un establecimiento fijo y permanente. Entonces nacieron los escasos grupos de habitaciones ó aldeas, que por el creciente desarrollo de la civilizacion llegaron á ser mas adelante grandes y poderosas ciudades. Las primeras fundaciones se verificaron en el alto Egipto, como Tébas, Esné, Edfou, y las demás situadas mas arriba de Dendera. En seguida se pobló el Egipto medio, y el último fué el bajo Egipto, que por causa de las grandes inundaciones periódicas del Nilo, que anegan todo el Delta, no pudo ser habitable sino á fuerza de gigantescos trabajos, ejecutados por la mano del hombre, lo cual supone desde luego cierto progreso social en los habitantes del Egipto alto y medio.

En la cuna de su civilizacion los egipcios fueron gobernados por los sacerdotes. La teocracia ha sido casi siempre la forma primitiva del gobierno en la infancia de las naciones. Los sacerdotes administraban cada canton de Egipto bajo la direccion del gran Pontífice, el cual daba sus órdenes en nombre del mismo Dios, así como los primitivos hebreos eran regidos por sus inspirados profetas y los

árabes veneraban como leyes todas la voluntades de los primeros califas. Pero aquella forma de gobierno llegó á ser, como siempre, opresora, violenta y poco compatible con los progresos de la civilizacion. La teocracia habia dividido la nacion en tres clases ó partes distintas: los *sacerdotes*, los *guerreros* y el *pueblo*. Pero solo este trabaja, y el fruto de sus sudores era devorado por los sacerdotes, que pagaban sueldo á los guerreros para tener sujeto al pueblo. La verdadera fuerza pública estaba vinculada, por consiguiente, en la clase militar, y el mas fuerte acaba siempre por apoderarse del mando. Los guerreros se cansaron al fin de obedecer á los sacerdotes; estalló una revolucion, y un jefe militar llamado Meneï se hizo jefe del país, estableció el gobierno monárquico y trasmitió el poder á sus descendientes en línea directa. Desde entonces el Egipto fué gobernado por reyes. Tébas quedó siendo la capital; pero el rey Meneï y su hijo y sucesor Athothi pusieron los primeros fundamentos de Menfis, de la cual hicieron una plaza fuerte y la segunda capital del reino. A Meneï sucedió una larga serie de reyes; diversas familias ocuparon el trono, y la marcha de la civilizacion fué adelantando de siglo en siglo. Durante la tercera dinastía se construyeron las pirámides de Dahschur y de Sak Karah, los monumentos mas antiguos en el mundo conocido. Las célebres pirámides de Ghizeh son los sepulcros de los tres primeros reyes de la quinta dinastía, llamados Souphi I, Sensaouphi y Mankeri. En el largo trascurso de tiempo en que se sucedieron estas dinastías unas á otras, nacieron y se desarrollaron gradualmente las ciencias y las artes, y el Egipto llegó á ser una nacion poderosa y fuerte. No es posible hacer la historia seguida de esas remotas edades. A fuerza de las mas profundas y laboriosas investigaciones invertidas en la comparacion y explicacion de los antiguos monumentos y de los vestigios fragmentarios de una antiquísima civilizacion, apenas se han podido recoger datos aislados sobre la sucesion y número de las dinastías, cuanto menos sobre los de los reinados respectivos. Como quiera, la monarquía egipcia, no solamente se arraigó con solidez en el interior durante esos ignotos períodos, sino que llevó sus armas al exterior, realizando grandes empresas y expediciones militares en los países circunvecinos, señaladamente en los reinados de los reyes llamados Sesokhris, Ameneme y Amenemof, de cuyos hechos y hazañas no se conserva ningun detalle histórico, á causa de que, despues de los reinados de esos príncipes, ocurrió el gran trastorno que acabó la paz del Asia, y de cuyas resultas una nube de pueblos bárbaros cayó sobre Egipto, talándolo y arrasándolo todo á su paso; todas las obras de la civilizacion desaparecieron, y Tébas quedó arruinada desde sus cimientos.

Esta catástrofe se verificó dos mil ochocientos años antes de la egira musulmana, es decir, mil quinientos sesenta y nueve años antes del nacimiento de Jesucristo. Una parte de los invasores se estableció en Egipto, dominándolo tiránicamente por espacio de muchos siglos y deteniendo con sus exacciones y rapiñas el progreso tan felizmente iniciado en las épocas precedentes. Los bárbaros eli-

gieron en ellos un jefe, que tomó el título de *Faraon*, nombre con que se designaban en aquellos tiempos todos los reyes de Egipto; y en el reinado del cuarto de estos príncipes extranjeros fué que Jussuf (José), hijo de Jakub (Jacob), llegó á ser primer ministro y atrajo á Egipto á toda la familia de su padre, la cual formó el tronco primitivo de la nacion hebrea.

Andando empero los tiempos, los oprimidos egipcios empezaron á emanciparse por partes, poniéndose á la cabeza de la resistencia los príncipes descendientes de los antiguos reyes destronados. La lucha se empeñó en el alto Egipto, y se continuó con suerte varia hasta que uno de esos príncipes, Amosis, reunió por fin fuerzas bastantes para atacar á los bárbaros en el bajo Egipto, en donde estaba el núcleo principal de su dominacion al abrigo de plazas de guerra, entre las cuales se contaba la de Aouara, inmenso campamento fortificado, que Amosis sitió sin llegar á tomarlo por haber muerto durante el sitio. Su hijo y sucesor Amenof lo continuó con facilidad, y forzó á los bárbaros á una capitulacion, en cuya virtud evacuaron el Egipto. De este modo reunió Amenof, primero de este nombre, á todo el Egipto bajo su dominacion y levantó de nuevo el trono de los Faraones de la primitiva raza egipcia.

Amenof fué el jefe de la décimaoctava dinastía. Su reinado entero y el de sus tres inmediatos sucesores, Tuthmosis I, Tuthmosis II y Meris-Tuthmosis III, se consagraron á restituir el gobierno, á levantar la nacion de su abatimiento y á cicatrizar las llagas abiertas por tantos años de servidumbre. Esos monarcas ilustres restablecieron el órden en todo el reino, reconstruyeron los canales y los diques, fomentaron la agricultura y las artes, reedificaron las ciudades arruinadas, levantaron de nuevo los edificios consagrados al culto de los dioses y erigieron una gran parte de los monumentos que todavía se admiran en las márgenes del Nilo. Futhmosis III, llamado tambien Meris, fué el que hizo las mayores cosas. A él se deben los dos obeliscos de Alejandría, otras grandes obras monumentales y sobre todas ellas el célebre lago *Meris*, llamado hoy *Birket-Karun*, gigantesca construccion que ha sobrevivido á todas las vicisitudes de los siglos, y la cual, á fuerza de incalculables trabajos y á beneficio de multiplicados canales y exclusas, forma un maravilloso depósito destinado á mantener, en favor de todo el país bajo, un perpetuo equilibrio entre las inundaciones demasiado escasas ó demasiado fuertes del Nilo.

Entre tanto, varios pueblos del Asia habian alcanzado en esa época cierta medida de civilizacion, y sus crecientes progresos podian amenazar el reposo y la independencia del Egipto. Meris y sus sucesores apelaron frecuentemente á las armas, ora para establecer en ellos la dominacion egipcia, ora para talarlos y debilitarlos con miras de asegurar el reposo propio. Entre esos conquistadores se cuentan Amenof II, hijo de Meris, que hizo tributarios á Siria y al antiguo reino de Babilonia; Tuthmosis IV, que invadió la Abisinia y el Sennaar; y Amenof III, que acabó la conquista de la Abisinia y extendió sus expediciones al Asia.

Este Amenof III fué el que hizo edificar el palacio de Sohleb en la alta Nubia, el prodigioso palacio de Lougsor y toda la parte sud del gran palacio de Karnac en Tébas y los dos grandes colosos de Kourna. Su hijo Horus continuó los trabajos de su padre; pero los dos hijos de aquel, sucesores ambos en la corona, no heredaron las virtudes viriles de sus progenitores, y en su tiempo decayó sensiblemente la preponderancia de Egipto. Pero este período de decadencia fué transitorio. El rey Menephtha I tornó á elevar el poder y la gloria del país, llevando sus armas victoriosas á Siria, á Babilonia y hasta al norte de la Persia. A su muerte se levantaron de nuevo los sometidos pueblos; mas su hijo y sucesor, Rhramsés el Grande, castigó la insurreccion, renovó todas las conquistas de su padre, las extendió hasta la India, se apoderó de las riquezas de los países vencidos y enriqueció al Egipto con los despojos del Africa y el Asia.

Este ilustre conquistador es el que se conoce en la historia con el nombre de *Sesostris.* Bravo guerrero y profundo político, empleó los despojos de los países subyugados en la ejecucion de inmensos trabajos de utilidad pública ; fundó nuevas ciudades, elevó el terreno bajo de algunas, rodeó de fuertes terraplenes el de otras para preservarlas de las inundaciones del Nilo, abrió nuevos canales, intentó el de la reunion del Nilo con el mar Rojo y cubrió al Egipto de magníficas construcciones, de las que existe todavía un gran número, como los monumentos de Ibsamboul, Derri, Guirché-Hanan y Ouadi-Esseboua en la Nubia, y en Egipto los de Kourna, El Medineh y la gran sala de columnas del palacio de Karnac, que, al decir de Champollion y de los mas instruidos viajeros, es la construccion mas grandiosa y atrevida que ha elevado la mano de los hombres. Si las obras públicas le merecieron tan esmerada solicitud, no fué menos acucioso en promover y perfeccionar el régimen civil y administrativo del reino, dictando todo linaje de leyes encaminadas á proteger la propiedad y todos los derechos de sus súbditos, y á ensanchar por todos los medios y en todos los ramos posibles el círculo de la prosperidad y el poder de la nacion. En el reinado de Sesostris fué cuando el Egipto alcanzó el punto culminante de su gloria militar, de su poder político y de su grandeza interior.

Escogerémos, pues, este interesante período de su historia para trazar con ligerísimas pinceladas el cuadro de su situacion interior y exterior, que nos hará formar una idea aproximada de lo que fué el antiguo Egipto bajo el triple aspecto político, civil y económico, ó sea con relacion á su gobierno, su administracion y su riqueza.

II.

El cetro de los Faraones contaba entonces bajo su dominacion, como súbditos ó tributarios, á los pueblos siguientes. —1.° El Egipto. —2.° La Nubia.—3.° La Abisinia.—4.° El Sennaar.—5.° Varias comarcas del Africa Meridional.—6.° Las tribus errantes en los desiertos del oriente y del occidente del Nilo.—7.° La Siria. —8.° La Arabia.— 9.° Los reinos de Nínive y Babilonia.—10. Una parte del Asia Menor. —11. La Isla de Chipre y otras del Archipiélago.—12. Una parte de Persia.

El imperio egipcio se comunicaba con la India, y existia entre ambos países un comercio activo y floreciente, como lo prueban los recientes descubrimientos hechos en los sepulcros de Tébas, en los que diariamente se encuentran telas de fábrica indiana, muebles de madera de la India y piedras duras talladas en la forma que allí se acostumbra. Por otra parte, no pueden explicarse el asombroso número y la magnífica suntuosidad de los antiguos monumentos egipcios sin reconocer en un vasto comercio el orígen de las riquezas necesarias para levantarlos. Y ¿con quién, sino con la India, podia el Egipto mantener esas relaciones comerciales en una época en que todos los pueblos europeos y la mayor parte de los asiáticos eran completamente incultos y bárbaros? Menfis y Tébas fueron sin duda grandes centros comerciales antes de Tiro y Sidon, antes que Babilonia y Alejandría, antes que Palmira y Bagdhad.

En esta propia época florecieron en Egipto las ciencias y las artes, las industrias particulares y la policía civil. Un código completo de leyes escritas regia al país, el cual estaba dividido en treinta y seis distritos ó departamentos, gobernados por diversos grados de funcionarios. La poblacion total, evaluada de seis á siete millones de habitantes, estaba dividida en cuatro castas, que merecen una mencion especial, por cuanto separadas invenciblemente entre sí por las fuertes barreras de la ley, de la opinion, de los hábitos y de las preocupaciones, constituyen una de las mas notables singularidades sociales del antiguo Egipto.

La primera era la *casta sacerdotal*, que se componia de los individuos consagrados al estudio de las ciencias y de las artes y de los que estaban encargados de las ceremonias del culto, de la administracion de la justicia, del establecimiento y recaudacion de las contribuciones y de todos los demás ramos de la gobernacion del país. Las principales funciones de esta casta eran ejercidas, dirigidas ó presididas por miembros de la familia real.

La segunda era la *casta militar*, destinada á velar por la tranquilidad interior y la defensa exterior de la nacion. Esta casta constaba de numerosísimas familias, dotadas y mantenidas á expensas del erario público, y en las que, con exclusion

de las otras castas, se verificaban los alistamientos, conscripciones ó quintas de soldados. El ejército constaba regularmente de ciento cincuenta á ciento ochenta mil hombres, y se dividia en caballería é infantería. La primera constituia una parte relativamente pequeña del ejército, y combatia en carros tirados por dos caballos, no conociéndose allí la caballería, propiamente dicha. La segunda se componia de los cuerpos de diferentes armas, á saber : tropas de línea armadas de una coraza, un escudo, una lanza y la espada; y tropas ligeras, como los archeros, los honderos y lcs cuerpos armados de hacha ó de hoz de batalla. Todas estas tropas se ejercitaban en diferentes clases de maniobras, se adiestraban á moverse en línea por legiones y por compañías, y ejecutaban sus evoluciones al son del tambor y de las trompetas. El mando del ejército y el de los diferentes cuerpos ó divisiones era confiado regularmente por el rey á los príncipes de su familia.

La tercera clase de la poblacion formaba la *casta agrícola*. Sus individuos se ejercitaban en el cultivo de las tierras, ora como propietarios, ora como arrendatarios. Bajo ambos conceptos, los productos les pertenecian en toda propiedad, salva la porcion que se destinaba á la manutencion del rey y de las privilegiadas castas de los sacerdotes y los guerreros, que, alejados de las labores agrícolas y los oficios industriales, era forzoso que viviesen á costa de las clases productivas. Esa porcion constituia el principal y mas seguro ramo de las rentas del Estado, y con los tributos pagados por los pueblos y naciones sometidas por las armas egipcias y la contribucion proporcional impuesta á la clase industrial formaba todo el sistema tributario, sobre el que estaba basada la hacienda pública.

Esa última clase se llamaba la *casta industrial*, y la componian los mercaderes ó comerciantes, los artesanos y los obreros de toda especie, que con su trabajo y su industria concurrian á la riqueza como á las cargas del Estado. Es indudable que el alto grado de esplendor y prosperidad del Egipto se debió en su mayor parte á los productos de la casta industrial. Todas las artes prácticas fueron en efecto cultivadas con mas ó menos suceso por los antiguos egipcios. Sus ganados y sus caballos les producian grandes utilidades. Sus telas de lino y sus tejidos de algodon igualaban por la finura y la perfeccion del trabajo á cuanto en este género se ejecuta hoy en Europa y en la India. Bien que el territorio de Egipto carezca de minas, sus habitantes se proveian de metales sacados de los países tributarios ó adquiridos por cambio de sus productos propios en las naciones independientes; y trasformados luego en sus talleres en armas, en instrumentos, en utensilios y en objetos de lujo y adorno, vivamente solicitados por todos los pueblos vecinos, reducidos entonces á la infancia de las artes, aumentaban progresivamente la masa de la riqueza general. De esta exuberancia de productos manufacturados nació el vasto comercio del antiguo Egipto, que exportaba granos y ganados, todo género de vidrios y de esmaltes, obras de escultura y de talla, tejidos de varias clases y en general objetos y artefactos de diversas materias. El

Egipto proveia, en fin, á las naciones vecinas del célebre *papyrus* (papel), que estaba formado de las películas interiores de una planta, que los árabes antiguos llamaban *berd*, y que hace algunos siglos que ha desaparecido enteramente de Egipto.

El sistema monetario de los egipcios era diferente del nuestro. Para el comercio de detalle tenian una moneda puramente convencional; pero para las ventas considerables, lo mismo que para todo linaje de grandes transacciones, usaban de anillos de oro puro y de anillos de plata. Cada uno de estos tenia su peso, su ley, su diámetro y su título fijos y determinados, y por su medio se regulaban los precios, se ajustaban los negocios y se verificaban los pagos.

Tambien tenian los egipcios *marina militar* y *mercante;* y bien que carezcamos de nociones suficientes relativas á la una y la otra en tan remota época, sabemos por lo menos que la primera se componia de grandes galeras, que andaban con remo y vela á la vez. En cuanto á la marina mercante, es fuerza concebir que debia de haber hecho los progresos compatibles con el atraso en que estaban entonces la geografía, la astronomía, la náutica y el arte de las construcciones hidráulicas. Como quiera, es punto averiguado que el comercio y navegacion de largo curso se hacian casi exclusivamente por un pequeño pueblo tributario de Egipto, que le servia de corredor ó arriero para la exportacion como para la importacion, y cuyas principales ciudades eran Sour, Saïde, Beirouth y Acre. La agricultura y la industria eran los grandes elementos de la prosperidad egipcia, como lo atestan los multiplicados objetos que cotidianamente se descubren en los sepulcros de Tébas y de Sakkarah, y cuyo trabajo perfeccionado demuestra que ese pueblo conocia todos los goces del lujo y todos los refinamientos de la vida civilizada. Esta prosperidad data de los últimos reyes de la décimaoctava dinastía, á la que pertenece Rhamsés el Grande ó Sesostris, cuyas sabias y numerosas instituciones permitieron á sus sucesores gozar en paz de sus felices resultados y aun extender sus conquistas, como lo hizo el cuarto de ellos, Rhamsés-Méiamoun, que construyó en Tébas el bello palacio de *Medinet-Habou*, en cuyos muros se ven todavía hoy esculpidas y pintadas sus campañas y batallas en el Asia, el sitio y la redencion de muchas ciudades y las ceremonias de su triunfo al regreso de sus lejanas expediciones.

Los Faraones, que reinaron después de este conquistador, fueron monarcas pacíficos y consagrados mas bien á mejorar y perfeccionar el régimen interior de su reino y promover el adelanto de las artes y de la industria que á fomentar el espíritu invasor y guerrero, que habia animado al país en los reinados precedentes. La exclusiva atencion al fomento interior perjudicó, empero, á la dominacion exterior, que de siglo en siglo fué decayendo y circunscribiéndose á proporciones cada vez menores por un efecto mismo del progresivo adelantamiento de la industria, del comercio y de la civilizacion del Egipto. La razon de este fenómeno es de fácil y natural explicacion.

Las naciones incultas relacionadas con el Egipto, ora por una efectiva dependencia, ora por los tratos é intereses del comercio, no podian menos de recibir profundas modificaciones en el órden político, administrativo, industrial y científico con el contacto de una civilizacion mas adelantada. El progreso es comunicativo por su naturaleza, y no es posible concebir un pueblo que avanza en la senda de las ideas y de las mejoras sociales sin que los vecinos experimenten, en mayor ó menor dosis, el influjo inevitable de su benéfica accion. Las regiones dominadas ó ligadas con el Egipto principiaron á civilizarse, y desde este momento no fué dado á la potencia dominadora mantenerlas bajo su dependencia sin desplegar una suma de fuerzas militares desproporcionada con sus recursos y medios disponibles. Los discípulos se volvieron contra el maestro; y en tanto que la civilizacion egipcia se infiltraba con el ejemplo y la práctica en la existencia pública y privada de las naciones inmediatas, un nuevo mundo político se formaba en derredor del Egipto.

La Persia, constituyendo su nacionalidad con la reunion de sus diseminados pueblos, amenazaba á los reinos unidos de Nínive y Babilonia, los cuales á su turno amenazaban al Egipto, halagados con la idea de arrebatarle los mas importantes ramos de su comercio. Con este designio le disputaban la posesion de la Siria y se servian de las tribus árabes para inquietar sus fronteras. Durante estos conflictos, los fenicios, naturales corredores del comercio de ambas naciones, pasaban alternativamente de uno á otro bando, segun su conveniencia propia y el interés del momento. Así se sostuvo, sin resultado definitivo por una ni por otra parte, esa larga y empeñada lucha, en que nada menos se trataba que de la existencia comercial de esos dos poderosos imperios. En vano los Faraones Chechonk y Osorkon, su hijo, apelaron al antiguo medio de las invasiones; en vano recorrieron uno y otro con sus huestes victoriosas la mayor parte del Asia Occidental y mantuvieron por algun tiempo la supremacía del Egipto. Nuevos cuidados llamaron su atencion hácia el Mediodía, por cuyo rumbo se avanzaba una invasion de etíopes ó abisinios guiados por su rey Sabacon, el cual se apoderó de la Nubia, pasó la última catarata y conquistó todo el Egipto después de una sangrienta lucha, en que pereció su Faraon Bok-Hor.

La dominacion etiópica fué dulce y humana, bien que corta. Apenas tres ó cuatro monarcas de esta raza ciñeron la corona. La dinastía extranjera fué arrojada del país, y una familia egipcia ocupó el trono de los Faraones y formó la vigésima-sexta dinastía llamada *Saita*, á causa de que su jefe *Stephinathi* habia nacido en la ciudad de Sai, en el bajo Egipto. Esta dinastía se propuso el noble objeto de devolver á la patria su pasada influencia y su preponderancia comercial, harto abatidas por un efecto de los anteriores trastornos. Uno de sus reyes, Psammetik I, franqueó á los comerciantes extranjeros todos los puertos de Egipto, y entre ellos el de Rakoti, en que se fundó con posterioridad la ciudad de Alejandría; formó alianza con la Jonia y con la Caria, colonias griegas establecidas en Asia; permi-

tió á sus negociantes establecerse en Egipto, les concedió tierras y privilegios y coronó el catálogo de estas mercedes con la enorme falta de tomar á sueldo un cuerpo considerable de tropas jonias y carias, y de conferir á estos extranjeros los primeros puestos y mandos del ejército. La susceptibilidad de la casta militar, en la que estaba exclusivamente vinculada la prerogativa de combatir por la patria, se irritó al contemplar confiada la defensa del país á extranjeros, que los egipcios llamaban bárbaros, á fuer de menos civilizados. Organizóse un vasto complot: casi toda la casta militar tomó parte en él; mas de cien mil soldados egipcios se separaron de las guarniciones, y abandonando su patria, pasaron las cataratas y se establecieron en Etiopia.

Privado súbitamente de casi la totalidad de sus defensores naturales, el Egipto decayó rápidamente y llegó á ser inevitable la pérdida de su independencia política. Los monarcas de Babilonia aprovecharon la ocasion propicia. La Siria fué el teatro de los sangrientos é incesantes conflictos de los dos pueblos. Neko, hijo de Psammetik, repelió á los babilonios hasta sus fronteras naturales; y queriendo abrir nuevas vias al comercio, hizo salir una flota del mar Rojo, que reconoció y exploró todo el litoral del Africa, dobló el cabo mas meridional que llamamos hoy de Buena-Esperanza, arribó al estrecho de Gibraltar y retornó por el Mediterráneo á Egipto. Ese mismo Rey ejecutó grandes trabajos para adelantar el canal de comunicacion entre el Nilo y el mar Rojo; pero el fin de su reinado fué desgraciado: el Rey de Babilonia, Nebucad-Nesar, desbarató los ejércitos egipcios y los expulsó de la Fenicia, de la Judea y de toda la Siria. Su hijo Psammetik II quiso en balde recobrar las provincias arrancadas al imperio egipcio; mas feliz su sucesor Ouaphré logró reunirle de nuevo los pueblos de Sour y de Saide y la isla de Chipre; pero su fortuna se estrelló en Africa en una expedicion contra la ciudad de Cirine. Este revés acabó de exasperar los restos de la casta militar egipcia. El odio contra el Faraon Ouaphré, rodeado siempre de tropas griegas, hizo al cabo su explosion; los soldados egipcios se insurreccionaron; colocaron la corona sobre la cabeza de un magnate llamado Amasis; marcharon contra Ouaphré, y lo vencieron en Mariouth, en donde el infortunado monarca perdió la batalla, el cetro y la vida. ¡Triste y merecido fin de una dinastía, que, elevada al solio por el voto y los esfuerzos de sus compatriotas, prefirió encomendar sus destinos á la ayuda mercenaria de los extranjeros antes que al valor y al patriotismo de sus súbditos!

III.

El reinado de Amasis, que duró doce años, fué tranquilo y dichoso. Refloreció el comercio, revivieron las industrias y las artes de la paz; las riquezas tornaron

á afluir en Egipto, y sus habitantes empezaban á olvidar los disturbios y calamidades pasadas. Mas ¡hay! en medio de tanta bienandanza y apacible serenidad se formaba la tempestad que debia acabar para siempre con la independencia del Egipto, como en un dia claro de verano se carga de súbito en la atmósfera la nube que ha de arrebatar con las mieses las esperanzas del labrador. ¿Cómo se verificó tan gran catástrofe? Cómo sucumbió, sin haberse vuelto á levantar de su perdurable servidumbre, la nacion egipcia, la antigua reina de las artes, el emporio del comercio, el centro de la primera civilizacion, la iniciadora de los primeros ensayos del progreso humano?

Dos causas distintas, bien que inseparables siempre, constituian la superioridad del Egipto sobre las naciones de la remota antigüedad: la fuerza y la riqueza. La primera consistia en la vigorosa organizacion de la casta militar, especie de sacerdocio guerrero, capaz de las mas inauditas hazañas en fuerza de la disciplina y á favor de los privilegios; la segunda provenia de su adelantada civilizacion, que le permitia ejercer el monopolio del comercio, de la industria y de las artes. El imprudente llamamiento de tropas griegas para la guardia de los Faraones y para la defensa del reino, junto con la subsecuente emigracion de la mayor parte de los soldados á la Etiopia, desnaturalizó la institucion, aflojó los vínculos de casta, apagó el entusiasmo de cuerpo, borró las tradiciones de familia y convirtió en mercenaria y vulgar una profesion hereditaria y casi sagrada, que marchaba á la par con las prerogativas de la real familia y del órden sacerdotal. A la vez que de esta suerte se debilitaba el elemento principal de la fuerza, iba decayendo por grados el de la riqueza con la diminucion progresiva del monopolio industrial y mercantil ejercido hasta entonces por el Egipto; porque los pueblos comarcanos habian adelantado en ambos conceptos, y de dia en dia les apremiaba menos la necesidad de recurrir á las riberas del Nilo para surtirse de armas, de ganados, de granos, de instrumentos y de utensilios de todo linaje. En el aislamiento en que vivian las naciones de la antigüedad, en el profundo antagonismo que las dividia, no eran concebibles las doctrinas modernas sobre la utilidad de los cambios recíprocos. Eso mas ganancioso se reputaba un país cuanto menos necesitaba comprar á otros, cuanto mas se bastaba á sí mismo con sus propios recursos.

A estas causas internas de decadencia se allegaban otras exteriores, cuya accion, no por ser mas distante era menos disolvente y deletérea. Los diferentes pueblos de la Persia habian llegado á formar por aquel tiempo un solo imperio gobernado por el gran Ciro, cuyas conquistas se extendian por una considerable parte del Asia y amenazaban todos los tronos de las naciones inmediatas. Ciro atacó impetuosamente la Asiria y terminó en breve tiempo su conquista con la rendicion y toma de Babilonia. La caida de la antigua rival de Tébas y Menfis hizo extremecer en sus cimientos la debilitada monarquía de los Faraones, y desde ese momento previó Amasis su inevitable y próxima ruina. La última guerra civil habia desmoralizado los restos de un ejército harto desmembrado y desorganizado

por la impolítica conducta de sus predecesores, y no podia contar con la fidelidad de las tropas griegas retenidas á su sueldo, sujetas solo por el interés del momento y propensas á ponerse siempre del lado del viento de la fortuna. Amasis, empero, fué bastante feliz para no ver la última catástrofe. Después de un reinado próspero, bajo el punto de vista de la paz interior, murió en los precisos momentos en que principiaban á moverse los ejércitos persas para caer sobre el Egipto.

Su hijo y sucesor, Psammetik III, fué la víctima señalada por el destino para sucumbir juntamente con la independencia de su patria. No bien se habia sentado en el paterno solio cuando le fué preciso correr á Pelusa, la plaza mas fuerte de Egipto por el lado de la Siria. Allí reunió cuanto habia quedado de la antigua casta militar, agregándole las tropas extranjeras que tenia á sueldo; los persas, conducidos por su rey Cambises, hijo del gran Ciro, y auxiliados además por los árabes, atravesaron el desierto fronterizo entre el Egipto y la Siria y se situaron enfrente del ejército de Psammetik, acampado bajo los muros de Pelusa. La masa invasora era inmensa; la batalla fué larga, encarnizada, terrible; los persas tenian á su favor el número, los egipcios el derecho. El segundo cedió al primero, la abstraccion moral á la realidad física. ¡Cuántas veces no sucede lo mismo en este mundo entregado al lamentable juego de las pasiones humanas! Todo el dia duró el combate; á la caida del sol flaquearon las masas egipcias, triunfó Cambises, y la independencia nacional se perdió para siempre.

Aprovechando hábilmente los resultados de la victoria, Cambises tomó por asalto á Menfis, entró en Tébas, entregó ambas capitales al saqueo, llevó á todas partes la destruccion y la muerte. Bárbaros todavía, los persas demolieron y devastaron la mayor parte de los bellos monumentos que atestiguaban la civilizacion y la grandeza de la nacion vencida. Las ciencias y las artes desaparecieron casi del todo del hermoso suelo de su nacimiento; y la poblacion, encorvada su cerviz bajo el yugo de la dominacion extranjera, fué víctima de la tiranía y de las depredaciones de los Sátrapas establecidos por los reyes de Persia. En vano las continuas sublevaciones eran otras tantas protestas del malestar y de la impaciencia del pueblo sometido; en vano, llenos de patriótico ardimiento, lograron varios jefes egipcios arrancar momentáneamente de la servidumbre á su patria; estos generosos esfuerzos parciales, locales, transitorios, se agotaron muy pronto contra el formidable y cada dia mas creciente poder del imperio persa, cuya dominacion duró tanto como el imperio mismo fundado por el ilustre Ciro y extendido por sus sucesores hasta las mas remotas extremidades del Asia.

Pero á este grande imperio le sonó su hora tambien. De un rincon de la Europa, del pequeño reino de Macedonia, surgió la nube que habia de sorberse en breve tiempo la inmensa monarquía de los adoradores del sol, bien así como de un oscuro é imperceptible punto del horizonte se levanta en el cabo de las tempestades el tremendo huracan que en breves horas asola los continentes y las islas del Océano índico.

Heredero del valor y de la prudencia, de la gloria y de los designios de su padre, Alejandro (llamado por los orientales *Iskander*), rey de Macedonia, dominador de la Grecia por la fuerza de las armas ó por las artes de la política, convirtió las primeras contra el imperio persa, devolviendo al *rey de reyes* el antiguo agravio de la invasion de Jerjes. A semblanza de la liga helénica para el asedio de Troya, toda la Grecia concurrió con sus contingentes respectivos á reparar la afrenta aun no suficientemente vengada en los campos de Maratón y en las aguas de Salamina. A la cabeza del ejército greco-macedonio invadió Alejandro el imperio de Darío, derribó la dominacion persa en el Asia y se hizo dueño del Egipto, que respiró al fin bajo las cadenas, mas suaves y llevaderas, de su nuevo señor. Las elevadas concepciones de aquel gran conquistador restituyeron á Egipto una parte de su antiguo esplendor y prosperidad. Fundando la ciudad de Alejandría, cuya admirable posicion geográfica la destina á ser siempre uno de los principales centros del comercio del mundo, aseguró á la nacion egipcia un nuevo elemento de riqueza y de influjo, cuya prolongada duracion desde aquellos tiempos hasta nuestros dias, al través de las situaciones mas desesperadas y de las mas humillantes vicisitudes, atesta irrevocablemente el acierto y prevision del ilustre discípulo del Stagirita.

A la muerte de Alejandro, sus generales se repartieron entre sí sus inmensas conquistas. ¿Quién, sino el grande hombre, podia llevar sobre sus hombros el peso del mundo entonces conocido? Uno de aquellos capitanes, Ptolomeo, se declaró rey de Egipto y fué el jefe y fundador de la *dinastía griega*, que gobernó el reino por un período de cerca de tres siglos. Durante la larga sucesion de los monarcas de esa dinastía, que llevaron todos el nombre de *Ptolomeo*, florecieron las artes y el comercio; y la ciudad de Alejandría, justificando las previsiones del grande Alejandro, llegó á ser la escala y depósito universal del comercio del Asia y del Africa con la Europa, que á la sazon contaba ya con un considerable número de pueblos civilizados. Hácia fines, empero, del tercer siglo de la dominacion griega, los Ptolomeos habian degenerado del brioso temple de sus antepasados. La tiranía, las exacciones, los desórdenes y el libertinaje de los últimos reyes griegos auguraban la próxima ruina de su dominacion en los momentos críticos en que Roma tocaba al apogeo de su poder y en que, atados al carro triunfal de sus cónsules y generales, entraban por las puertas de la Ciudad-Reina los monarcas de las mas apartadas regiones de la tierra.

Reinaba por entonces en Egipto Ptolomeo XI (llamado Auletes), y al morir dejó por sucesor á Ptolomeo XII, su hijo, el cual, conforme á la ley egipcia, debia casarse con su hermana Cleopatra y compartir con ella el cetro y el poder. Mas adelantada en edad que su infantil hermano y esposo, creyó Cleopatra poderlo encadenar á sus voluntades y dominarlo á su albedrío; pero encontró al leon en el que reputaba manso cordero. Ptolomeo se propuso excluir del trono á su ambiciosa hermana, y la obligó á retirarse á Siria, en donde aquella levantó un ejér-

cito para sostener y vindicar sus derechos. Así andaban las cosas en Egipto precisamente en los momentos en que se terminaba la gigantesca lucha de César y Pompeyo; el vencido de Farsalia buscó asilo en la corte de Ptolomeo, rey aliado del pueblo romano, y encontró la traicion y la muerte en las playas inhospitalarias de Egipto. La cabeza del ilustre Pompeyo fué ofrecida á su victorioso enemigo, cuya grande alma rechazó indignada tan horrendo holocausto y descargó toda la explosion de su cólera contra el desleal monarca. Acaso en ese momento lució en su alma el rayo de un presagio funesto, y á su siniestra luz divisó en lontananza el puñal asesino que sus amigos descargaron mas tarde contra él en medio del Senado romano.

Por una prudente y previsora política, Ptolomeo Auletes habia nombrado al pueblo romano por tutor de sus hijos. En calidad de dictador se avocó César el conocimiento de la contienda de los dos hermanos. Comparecieron ambos ante el supremo árbitro, que ratificó la voluntad paterna, ordenando que ejerciesen conjuntamente el poder real. El jóven Ptolomeo, inconforme con esta decision, apeló á las armas y se atrevió á sitiar á César en su mismo palacio de Alejandría. Muy pocas tropas tenia consigo el vencedor del mundo en situacion tan crítica; sin embargo, se mantuvo firme, y con algunos socorros venidos de la Siria atacó á su turno á un enemigo bastante osado para tomar las armas contra Roma personificada en el César. La batalla fué decisiva; el ejército egipcio fué derrotado, y el hijo de Ptolomeo Auletes pereció al atravesar el Nilo en una barca demasiado cargada de prófugos. De este modo quedó Cleopatra sin competidor en el trono, bien que César, para salvar las apariencias en el cumplimiento de la antigua ley egipcia, hizo que aquella diese su mano á su otro hermano menor, Ptolomeo, niño de diez á once años.

En el trascurso de estos acontecimientos, las gracias y el talento de Cleopatra habian hecho honda impresion en el pecho de César. La primera vez que se presentó ante él fué al principio de los disturbios con su difunto hermano y cónyuge. Queriendo ver á su juez sin ser conocida, se tendió á lo largo en un paquete de fardos atados con una correa, que Apolodoro de Sicilia cargó sobre sus hombros, entró en el palacio y lo llevó hasta la habitacion de César, que admiró el artificio y la resolucion de la heroina. Así tuvo principio la pasion de aquel grande hombre. No era, sin embargo, Cleopatra una belleza acabada; pequeña de cuerpo, menuda de formas, trigueña de color, su hermosura distaba mucho de los elegantes y desarrollados contornos de los tipos griegos y romanos; pero aquella abreviatura de mujer era un compendio inefable de gracias. Movible y ágil como la mariposa, ligera y tierna como la gacela del desierto, no parecia dejar una postura encantadora sino para tomar ótra mas muelle y delicada todavía. Su espíritu tenia las mismas condiciones de su cuerpo. Versada en los conocimientos de aquel tiempo, hablando todas las lenguas, flexible, suave, llena de variedad y dulce abandono, poseia el difícil arte de aparecer siempre nueva. El refina-

miento de su increible lujo, la rara elegancia de sus maneras, la voluptuosidad infinita de sus hábitos deslumbraban los ojos, seducian la imaginacion y encadenaban insensiblemente los corazones. El divino Julio César no pudo resistir á tantos hechizos, y el dueño del mundo se hizo el esclavo de la beldad. El fruto de sus amores fué un hijo, que se llamó Cesarion.

En tanto, vencidos y dispersos los restos del partido de Pompeyo, volvió César á Roma, adonde lo siguió Cleopatra con su jóven esposo, siendo alojados ambos en el palacio mismo del dictador, con cuya proteccion fueron ambos declarados amigos y aliados del pueblo romano. Y no contento César con tales distinciones, llevó su amorosa embriaguez hasta el extremo de colocar una estatua de Cleopatra frente á la de Vénus en el templo que hacia construir á esta diosa, de quien pretendia descender la familia Julia. Esa apoteosis de la reina de Egipto, erigida en rival de la diosa de la Belleza por la pasion y la voluntad de César, irritó á la soberbia Roma, hirió la dignidad del Senado y del pueblo y fué bastante causa para obligar á Cleopatra á retornar á las orillas del Nilo, en donde envenenó al simulacro de marido que le habia impuesto la voluntad omnipotente del dictador.

La hora fatal de este se acercaba en tanto. Abrigábanse todavía en el Senado romano corazones republicanos, que sobrellevaban impacientes el yugo de la dictadura y la pérdida de la antigua libertad. Bruto y Casio se pusieron á la cabeza de la conspiracion, y el divino Julio cayó asesinado por el puñal homicida en el seno mismo de la augusta asamblea. Sabidos son los combates que se siguieron y el desastroso fin de los matadores de César. Surgieron sospechas y hablillas, que atribuian á Cleopatra participacion ó connivencia con Bruto y Casio; y cuando marchó Marco Antonio á someter á los Partos, ordenó á la reina de Egipto que compareciese en Cilicia á justificar su conducta. Avezada á mayores triunfos por el poder irresistible de sus encantos personales, no dudó un momento Cleopatra de su absolucion. ¿Cómo resistiria Marco Antonio, en la completa madurez de la belleza y en la plena posesion del arte de seducir, á la misma que, tierna jóven y poco amaestrada en el ejercicio de la amorosa seduccion, habia encadenado la voluntad del señor de la tierra? Cleopatra compareció en Tarso, y su triunfo fué instantáneo. Su juez se trasformó en su esclavo. La voluptuosa reina de Egipto se apoderó enteramente del fiero soldado; se volvió soldado ella misma para dominarlo mejor; las impúdicas frases de cuartel no costaban nada á su pudor; se entregó sin reserva al juego, á la caza, á los placeres de la mesa, á todos los ejercicios predilectos de Antonio. Alejandría era el teatro en que brillaban unidos el maravilloso lujo y la inmensa cadena de deleites prodigados por la Reina junto con la degradacion moral y el inconcebible abandono del triunviro, en los propios momentos en que su cólega y competidor Octaviano Augusto se preparaba á disolver el triunvirato y absorber con la integridad del imperio la dominacion del orbe, vengando al mismo tiempo los agravios de su hermana Octavia, esposa de

Antonio, y abandonada por este en el delirio de su loca pasion. Increible parece el exceso de demencia que se apoderó del héroe romano. Reunió toda la poblacion de Alejandría, y desde lo alto de un tribunal de plata, colocando á Cleopatra en un trono de oro, la proclamó sin pudor reina de Egipto, de Chipre, de Lidia y de la baja Siria, colmó de favores á Cesarion y confirió el título de *reyes de reyes* á los hijos adulterinos, frutos de su amor con Cleopatra. Les dió guardias de honor, les adjudicó provincias romanas, les cedió reinos que aun no estaban conquistados. No satisfecho con prodigar á su amante las distinciones soberanas, le tributó los honores divinos, y Cleopatra aparecia en público revestida con el traje y los atributos de la diosa Isis.

Herido Augusto en su honor por la conducta de Antonio con su hermana Octavia, referia en Roma y en el Senado los monstruosos desvaríos de su cólega, mientras que aprestaba los preparativos de la lucha, cuyo éxito habia de decidir cuál de los dos, Antonio ó Augusto, seria el señor del mundo aprisionado bajo las garras de las águilas romanas.

La famosa batalla naval de Actium resolvió la contienda. Ambas flotas peleaban con encarnizamiento, y fluctuaba dudosa la victoria de uno á otro campo cuando huyó aterrada Cleopatra, arrastrando tras ella en su fuga sesenta bajeles. Este golpe hizo flaquear á Antonio, que, afeminado ya con los placeres é incapaz de ninguna resolucion viril en vista del cobarde desatino de su amada, la siguió á Egipto, en donde recomenzaron ambos su voluptuosa existencia anterior, bien que matizada después de su derrota con estudiados tintes de fúnebre melancolía. Los dos fugitivos de Actium abolieron las antiguas sociedades de placer que habian creado en dias mas dichosos, y formaron otra en su lugar con el triste título de *Sociedad de los que quieren morir juntos*. Cleopatra en tanto ensayaba los venenos que matan mejor y mas pronto, mientras que Antonio despachaba embajadores á Octaviano pidiéndole la sola facultad de vivir ignorado con su amante en un rincon del mundo. El vencedor fué inexorable, y avanzó á Alejandría. Entonces Cleopatra se preparó á morir é hizo edificar cerca del templo de Isis un monumento, en que ocultó sus tesoros, y lo destinó para su sepulcro. ¡Tan imperiosa era entre los antiguos egipcios la necesidad de eternizar sus cenizas!

Al presentarse César Augusto en las puertas de Alejandría, Cleopatra se enterró viva en el fúnebre monumento é hizo correr la noticia de su muerte. Antonio, que con su valor acostumbrado y con probabilidades de éxito defendia la ciudad, no bien oyó la fatal nueva, perdió el ánimo y resolvió morir, no creyendo posible sobrevivir á la que amaba. Allí mismo se atravesó el pecho; mas no bien se habia herido llegó Diómedes á anunciarle que todavía vivia Cleopatra. Antonio rogó que lo llevasen á su presencia para morir, como habia vivido, en sus brazos. El moribundo fué introducido por medio de cuerdas en una de las ventanas de la anticipada tumba de la Reina, cuyo dolor fué indescriptible; se arrancó los cabellos, se despedazó la cara, llamó á Antonio su amante, su señor,

su marido, su emperador. En medio de la agonía, Antonio le aconsejó que procurara aplacar la cólera del César, y le añadió: «No me quejo de la fortuna; he sido todopoderoso en el mundo; me has amado tú: si muero vencido, muero valientemente, como un romano, que solo otro romano ha podido vencer.» Y diciendo estas palabras espiró.

Octaviano dejó el cuerpo de Antonio á Cleopatra, que hizo enterrar con indecible magnificencia al hombre que tanto habia amado y que por ella habia perdido el supremo poder y la vida. Sabedora luego de que el César la destinaba para adornar su triunfo en Roma, aquella mujer altiva no pudo soportar la idea del cautiverio. Pidió por favor que le permitiesen ofrecer los últimos sacrificios á los muertos; pasó á la tumba de Antonio, lloró y oró; su plegaria era la expresion de un amor inmenso y de un inconsolable pesar; esparció flores sobre la tumba querida, regresó luego á su morada, se encerró con dos de sus mujeres, Irás y Charmione, y se hizo llevar una cesta de higos, bajo los cuales se ocultaba un áspid. Luego que lo aplicó á sus venas, escribió al César, quien inmediatamente envió gentes para salvarla. Pero ya era tarde. Cuando llegaron los emisarios encontraron muerta á la Reina magníficamente vestida y recostada en un lecho de oro. Irás estaba á sus piés sin vida, y Charmione, trémula, azogada, y sosteniéndose apenas, retenia la diadema sobre la frente lívida de Cleopatra. ¡Bello espectáculo! exclamó uno de los emisarios del César. ¡Bello, replicó Charmione, y propio de la descendiente de la raza de tantos reyes! Y cayó muerta tambien á los piés del cadáver de la Reina y de su compañera.

Así acabó una de las mujeres mas ilustres que se han sentado en el trono. Sus grandes calidades, como sus grandes defectos, la han hecho y la harán siempre una de las figuras mas interesantes de la historia. De su nombre y de sus gracias, de su magnificencia y de sus desdichas se han apoderado alternativamente la poesía y la elocuencia, la historia y la moral, la paleta del pintor y el buril del estatuario. El nombre de Cleopatra es un emblema de belleza, de gracia, de saber, de ingenio, de sagacidad, de ligereza, de sensibilidad, de prodigalidad y de todas las calidades mas contrapuestas del espíritu y del corazon; es un nombre popular, simbólico y antonomástico; es un nombre imperecedero. Con ella y en ella se extinguió la dinastía de los Ptolomeos, que habia reinado en Egipto desde la muerte del grande Alejandro hasta la rendicion de Alejandría y ocupacion de todo el reino por las armas de Octaviano Augusto.

Desde ese momento el Egipto fué una provincia romana, y siguió la buena ó mala fortuna del imperio de que dependia. Gobernado por procónsules, pretores y otros funcionarios romanos, fueron desapareciendo sucesivamente los principales rasgos de su antigua fisonomía, los caractéres mas marcados de su civilizacion primitiva. La legislacion, el culto y la administracion del Lacio se sustituyeron por grados á los códigos, las ceremonias y las tradiciones escrupulosamente observadas desde la remotísima época de los primeros Faraones. Cuando por la muerte

del gran Teodosio se dividió el imperio romano entre Arcadio y Honorio, la provincia de Egipto fué comprendida en el imperio de Oriente, cuyas vicisitudes son bien conocidas. La division del imperio romano en dos grandes fracciones, destruyendo el gran resorte de la unidad, precipitó la decadencia del antiguo espíritu, que habia dado á Roma el cetro del universo. Bisancio no podia ser otra Roma, á pesar de todos los senado-consultos y decretos cesáreos, que la titulaban *Roma Nueva*. La sutileza griega y la molicie oriental inficionaron la sangre de los descendientes de Scipion y de Camilo. Constantinopla era la metrópoli de las argucias, de los sofismas, del libertinaje, de la corrupcion, de la venalidad, de las conspiraciones y de todos los vicios que engendran la insustancialidad del espíritu y la disolucion de las costumbres. Las provincias gemian fatigadas con la tiranía y las innumerables exacciones de la corte imperial, y mas que las otras, por su mayor riqueza y feracidad, se sentia oprimido el Egipto por el insoportable peso del yugo bizantino, cuando en el año de 622 de la era cristiana apareció en el Oriente la estrella de Mahoma, destinada á cambiar la faz del Asia y á introducir un nuevo culto, un nuevo régimen y una nueva civilizacion en una gran parte del mundo conocido.

Como Cambises, como Alejandro, como Augusto, el Profeta habia querido tambien conquistar el Egipto, esa tierra de abundancia y fabulosa fertilidad, esa tierra que en todos los tiempos se habian disputado los judíos y los árabes, los babilonios y los persas, los griegos y los romanos. Pero no fué dado al fundador del islamismo connumerar á la region del Nilo en el catálogo de sus conquistas; —la suerte reservaba esta gloria al tercero de sus sucesores en el califado. Esta época, fatal para el Egipto, cambió enteramente su fisonomía social, sus condiciones religiosas y sus relaciones políticas y civiles. A los ritos misteriosos de Isis, al risueño culto de Vénus, al dogma santo de la Cruz se sustituyó el absurdo código del Koran; la mezquita reemplazó al templo, la cimitarra á la toga, la barbarie á las artes; retrocedió todo progreso científico, artístico, industrial y mercantil, y las sutiles elucubraciones de la filosofía alejandrina se hundieron bajo las cenizas de la biblioteca de los Lágidas, incendiada por el califa Omar.

La historia antigua de Egipto acaba con la dominacion romana, que habia sucedido á la griega, la que reemplazó á la persa, que habia absorbido la primitiva independencia egipcia y usurpado con las armas el antiquísimo cetro de los Faraones. Con la conquista musulmana empieza la historia moderna de Egipto, que vamos á referir brevemente en sus principales y mas notablos rasgos.

IV.

Gemia por ese tiempo el Egipto, como arriba dijimos, bajo el yugo de la corrompida corte de Bizancio; yugo sin dignidad ni vigor, yugo de afeminados palaciegos y de inmundos eunucos, tan mezquino por falta de elevacion como implacable por sobra de debilidad. Su poblacion se dividia en dos fracciones distintas, los coptos y los griegos; estos gobernaban á aquellos; los primeros sufrian todo el peso de los tributos y gabelas, al paso que los segundos monopolizaban todas las dignidades del Estado y todos los goces del lujo. Así, cuando Amru-Ben-el-Aas, lugarteniente del califa Omar, invadió el Egipto á la cabeza de un ejército fanatizado con la doctrina y las victorias del Profeta, la resistencia fué débil y ficticia; Menfis, Tébas y todas las antiguas ciudades egipcias capitularon ó se rindieron á los primeros amagos de sitio. Solo Alejandría resistió; Alejandría, ciudad mas bien griega que copta, orgullosa con su corona literaria y animada con los recuerdos de su glorioso fundador. Catorce meses duró el asedio de la ciudad, hija del grande Alejandro, corte de los Ptolomeos, segunda silla del Príncipe de los Apóstoles, cuna y centro principal de la filosofía neo-platónica, que sucedió á las antiguas escuelas de la Grecia. Veinte mil musulmanes perecieron ante los muros de la ciudad, que habia jurado sepultarse entre sus ruinas. Pero al cabo venció la media luna. Amru-Ben-el-Aas se apoderó á la fuerza de la disputada perla de Oriente; y si bien su conducta fué generosa y clemente con las personas, se mostró implacable y exterminador con los productos del espíritu humano. Por órden del Califa mandó quemar la célebre biblioteca de Alejandría, reunida con infinitos afanes y gastos por la sucesiva serie de reyes Ptolomeos en tiempos en que la falta de imprenta dificultaba extraordinariamente la adquisicion de libros. Estos eran tantos en la biblioteca Alejandrina, que durante seis meses se calentaron con ellos todos los baños de la ciudad. ¡Impío holocausto, en el que la ignorancia era el Dios, la espada el sacrificador, y los fastos del ingenio humano la víctima!!!

Conquistado el Egipto, Amru lo reorganizó á la usanza musulmana, fundó la ciudad de Fostat, la hermoseó con palacios y mezquitas, y construyó el canal de union del Nilo con el mar Rojo. A pesar de tan gloriosos servicios, el nuevo califa Othman destituyó á Amru y dió el gobierno de la comarca á Abd-Allah, que la oprimió sin medida y dejó sembrada la semilla del odio á los musulmanes. Entre tanto se extinguió la dinastía de los califas con la deposicion y la muerte de Alí; los nuevos califas, llamados *ommiades*, se acordaron del viejo Amru, y lo rehabilitaron en el gobierno de Egipto, de que gozó poco tiempo, por haber muerto apenas fué repuesto. El país siguió tranquilo y sometido durante la dominacion

de los califas ommiades, cuya dinastía conservó cerca de un siglo la suprema dignidad del islamismo. A la dinastía de los *ommiades* sucedió la de los abásidas. Ni una ni otra mejoraron fundamentalmente la precaria situacion del Egipto. La una como la otra se limitaban á enviar gobernadores revestidos de facultades discrecionales y escoltados por una numerosa guardia pretoriana. Para precaver las tentaciones de independencia y usurpacion tenian buen cuidado de relevar frecuentemente á los titulares. Estas continuas mudanzas, si acertadas á veces, mas comunmente perjudiciales y ocasionadas á mas graves vejaciones, entregaban los destinos del país á la zozobra de crísis intermitentes. A un gobernador humano y bien intencionado sucedia otro ávido, interesado, cruel, que volvia inútiles los beneficios dispensados por su predecesor. En el incesante afan de acrecer el producto de las contribuciones, no habia industria, oficio ó profesion, por insignificantes que fuesen, que se libertasen de tributos ingeniosamente calculados y siempre crecientes en proporcion de la frecuencia con que se multiplicaban los gobernadores. El obrero vaciador de ladrillos, el fellah vendedor de legumbres, el conductor de camellos, el sepulturero, hasta el mismo mendigo, fueron sometidos á un derecho de capitacion. Algunos califas hubo, como Mohammed-el-Mahadi, el Mamun, y sobre todo el gran Harun-el-Raschyd, príncipes ilustrados y generosos, que señalaron sus reinados respectivos con obras y empresas memorables; pero estas ventajas no trascendieron al desgraciado Egipto, que una política suspicaz y recelosa habia destinado á un sacrificio eterno. Los supremos jefes del islamismo presentian acaso el momento en que los grandes vasallos se rebelarian contra su autoridad y abririan el primer período descendente del califado que debia perecer por lo que perecen todos los grandes imperios, por el desmembramiento y la rebelion.

Ese temido momento llegó al fin. Habia en Bagdad, corte y residencia de los califas, un hombre llamado Ahmed-Ben-Toulun, hijo de un liberto, nacido en la pequeña Bukaria y jefe de la guardia encargada de la custodia personal del soberano. En esta posicion, semejante á la de los genízaros en Constantinopla, dictaba la ley á su señor, y quitaba y ponia los jefes á su albedrío. Ahmed-Ben-Toulun fué enviado á Egipto el año 254 de la egira (868 de la era cristiana) en calidad de gobernador. Apenas instalado, empezó á obrar á guisa de soberano, á veces por la fuerza, mas comunmente por la astucia: eliminó á todos sus rivales; se creó los elementos de una posicion independiente, y no considerando á la antigua capital, Fostat, bastante bien situada para su defensa, improvisó un nuevo Fostat (*el Katayah*) á un cuarto de legua del Nilo, y lo embelleció con palacios, mezquitas, baños, mercados, talleres, tiendas y caravanseras ó paradores públicos. Todavía hoy, al cabo de cerca de mil años, la mezquita construida por Toulun, y que lleva siempre su nombre, es la mas vasta, como la mas antigua del Cairo. Al propio tiempo extendió su solicitud á otras varias fundaciones útiles, como acueductos, fuentes, canales, nilómetros, hospitales y obras de defensa, que situó en

varios puntos de Egipto. En todo procedia como si fuese soberano, como si el país no perteneciese á una lejana autoridad.

Alarmado por tan ambiciosas tendencias, el califa El-Muafey lo amenazó con la guerra. ¡Tardía remembranza! El dictador del Nilo no podia recibir la ley del débil califa de Bagdad, que al fin hubo de ajustar paces con el poderoso vasallo prometiéndole completo olvido y duradera amistad, con lo que quedó de hecho reconocida la independencia del gobernador de Egipto. Poco tiempo, empero, le duró este último triunfo. Una enfermedad aguda lo condujo al sepulcro después de diez y siete años de gobierno. Al morir, su poder rivalizaba, si no superaba, al de los califas. Su tesoro rebosaba de numerario; sus reservas de armas y municiones eran numerosas, y contaba por suyos treinta y un mil esclavos y un incalculable número de caballos, mulas y camellos. Aunque apenas llegaba á cincuenta años su edad, dejó Ahmed-Ben-Toulun treinta y tres hijos, diez y siete varones y diez y seis hembras. ¿Quién, atendidas las probabilidades ordinarias, no hubiera augurado una larga duracion á tan numerosa descendencia? Sin embargo, veinte y dos años mas tarde se habia ya extinguido la dinastía toulónida. La guerra, la discordia intestina y las revoluciones de palacio acabaron con la obra de Ahmed en tan corto espacio de tiempo.

El Egipto volvió á formar parte del vasto imperio de los califas abásidas, pero esta reversion fué precaria y corta. El gran cisma del año 269 de la egira (882 de la era cristiana) habia dividido la religion del Profeta en dos grandes sectas ó bandos: el primero comprendia á los que acataban al califa de Bagdad como verdadero sucesor de Mahoma; el segundo era el de los fatimitas, así llamados porque pretendian que la soberana autoridad legítima del islamismo solo residia en los descendientes directos del Profeta por su única hija Fátima, cuya sucesion habitaba en la tribu de Koramah acampada en la cadena occidental del monte Atlas. El cisma era religioso y político á la vez como el culto, que de sus resultas quedó excindido en dos grandes sectas. Vencedores los fatimitas por las armas ó por el proselitismo, fundaron un poderoso imperio, que abrazaba todo el litoral africano desde Fez hasta Kairouan, desde las columnas de Hércules hasta los arenales de Barkah. El poder de la nueva autoridad musulmana fué muy pronto superior en fuerza y en recursos al de los abásidas, encerrados en Bagdad por las revueltas y defecciones parciales de sus súbditos. Los habitantes del valle del Nilo llamaron á los califas fatimitas, y Djouhar, su general, marchó sobre Fostat, cuyas puertas le fueron abiertas en el mes del ramadan el año 358 de la egira y 969 de nuestra era. En el mismo dia de su entrada la oracion pública se dijo en todas las mezquitas de Fostat segun el rito de los fatimitas, y quedó fundado definitivamente el reinado de su dinastía.

Sus principios fueron felices. Se mejoró la situacion financiera, se fijó la contribucion territorial y se repartieron mas equitativamente los demás impuestos. Para hacer mas solemne y señalada la exaltacion de la nueva dinastía, los fati-

mitas resolvieron fundar su capital como los abásidas y los toulónidas habian fundado la suya, y el mismo conquistador Djouhar trazó el plan de la nueva ciudad, que debia de llamarse *Mers-el-Kahirah* (la capital victoriosa), de donde los europeos hemos hecho el nombre de Kairo. Hecho tradicional era en Egipto esa sucesion de capitales. En el mismo valle del Nilo en que iba á construirse la capital fatimita, la Tébas de los primeros reyes egipcios habia sido destronada por la Menfis de sus descendientes; esta lo fué por la Babilonia de los persas, la cual cedió su capitalidad á la Alejandría de los Ptolomeos, que luego fué reemplazada por la Fostat de Amru, y esta por el *Katayah* ó la Fostat de los toulónidas. El Kairo era, pues, la sétima capital en la historia conocida de Egipto y la tercera despues de la invasion del islamismo.

Djouhar trazó un plan grandioso, cuyo recinto abrazaba las tres antiguas ciudades edificadas en el mismo terreno. Todas las construcciones marcharon con la mayor actividad; se levantó un palacio para el califa fatimita Moez-le-Dyn-Illah, que vino á habitarlo despues de concluido, trayendo consigo inmensos tesoros en barras de oro y plata y en otras materias preciosas. Con los fatimitas vino tambien al Kairo toda la cohorte de ciencias, de artes y de refinados gustos, que la civilizacion morisca habia introducido en el Occidente de Europa. El Kairo tuvo bibliotecas, colegios, cátedras de gramática, de literatura, del estudio del *Koran*, de jurisprudencia, de medicina, de astronomía, de matemáticas y de historia. En su célebre colegio se juntaron en poco tiempo cerca de doce mil alumnos, procedentes de todos los puntos civilizados del globo. La antigua gloria y prosperidad egipcia renacian bajo la inteligente tutela del califado fatimita.

Muerto Moez-le-Dyn-Illah, le sucedió su hijo El-Azyr-Ben-Illah, que continuó la gloriosa y reparadora política de su padre; pero sus dos inmediatos sucesores, El-Hakem y El-Mostanser, degeneraron completamente de sus ilustres antecesores. El primero llevó la demencia hasta el extremo de proclamarse dios y exigir de sus súbditos el reconocimiento y adoracion correspondiente; el segundo se sometió cobardemente á la voluntad de su guardia turca, que le disputó el poder á la guardia negra, compuesta de etíopes. El-Mostanser reinaba solo en el nombre; su autoridad era nula en las provincias como en el Kairo. La milicia turca reinaba hasta en su mismo palacio, cuyos muebles, decoraciones y tesoros se repartian entre los pretorianos. En medio de estos desastres, una hambre repentina y horrible vino á reagravar su acerbidad y consumar la desolacion del país. Fueron tales sus espantosos resultados, que en el Kairo se comian los habitantes los unos á los otros: los niños, las mujeres, los hombres mismos eran arrebatados en medio de las calles, llevados por fuerza á las casas y devorados por sus famélicos raptores.

De este lamentable estado de abyeccion y miseria sacó al Egipto y al Califa el gobernador sirio Bedr-el-Gemaly, que redujo á la obediencia la milicia turca, castigó ejemplarmente su insolente conducta y rehabilitó la autoridad califal, impunemente hollada por una soldadesca sin freno ni disciplina.

Durante los reinados de los sucesores de El-Mostanser los mezquinos odios dinásticos y las periódicas sublevaciones pretorianas callaron temerosos y aterrados ante un peligro mayor, que, á semblanza de un torrente impetuoso, venia de las regiones en donde se oculta el sol. La Europa habia resuelto las cruzadas; el Occidente marchaba contra el Oriente. Balduino I se habia apoderado de Faramah, degollado sus habitantes y entregado á las llamas sus mezquitas. Esto sucedia por el año 1118 del nacimiento de Cristo, el 511 de la egira musulmana. Sin la muerte súbita de Balduino acaso hubiera sido inevitable la sumision del Egipto. Pero estaba en sus destinos el caer bajo la férula de un novísimo conquistador antes de ser pisado su territorio por los ejércitos de la cristiandad. El Atabek *Nour-ed-Dyn* (que es el *Noradino* de nuestros antiguos autores), soberano muy poderoso en el Asia, vino á socorrer, ó mejor dicho, á anticiparse á arrebatar la presa codiciada por los guerreros de Occidente. Nour-ed-Dyn se encontró con Amauri, jefe de los cruzados, pero no combatieron, sino transigieron. El Egipto quedó en poder del Atabek, ó mas propiamente, en el de *Salah-ed-Dyn* (el *Saladino* de nuestras crónicas y romances), sobrino del primero, que le habia confiado la mision de posesionarse de la conquista. El delegado hizo lo que tantos otros en iguales circunstancias: se apropió la autoridad delegada, se declaró independiente y fundó la dinastía de los ayubitas. El último califa fatimita, El-Adedd, fué desposeido sin obstáculo, y el Egipto tornó á la unidad del primer rito musulman y de las creencias representadas por el primitivo califado.

El Atabek Nour-ed-Dyn bien quiso, mas no pudo, impedir la flagrante usurpacion de su sobrino. Anciano y amenazado por todas las fuerzas de los cruzados, faltáronle las fuerzas y los medios para reducir á la obediencia al usurpador. Mas feliz este, no solo conservó la soberanía independiente de Egipto, sino que, muerto su tio, recogió por herencia sus estados feudatarios, la Siria, la Arabia, el Asia Menor y la Mesopotamia. Indómito y orgulloso con la reunion de tan vastos estados, hizo la guerra á los príncipes musulmanes de Mossul y á los generales de los ejércitos cristianos; á los primeros los sometió, y á los segundos les fué quitando una á una casi todas las plazas que habian conquistado en Siria, Jerusalem, Gazah, Jaffa, San Juan de Acre. Cuando murió era tan extenso su imperio, que pudo dividirlo entre sus tres hijos mayores, y crear así las tres líneas ó dinastías ayubitas de Damasco, de Alepo y de Egipto.

Este último tocó en el repartimiento á Melek-el-Azir, al cual sucedió Melek-el Adhel-Seyf-ed-Dyn, y á este Melek-el-Kamel-Charf-ed-Dyn, que nuestros cronistas llaman Meledino.

En el reinado de este último parecieron por primera vez los francos delante de la plaza de Damieta, y después de trece meses de sitio se hicieron dueños de ella en el año de 1219 (616 de la egira), bien que muy luego hubieron de abandonarla por haberlos cercado y estrechado con fuerzas enemigas superiores. Pero muerto aquel sultan y sucediéndole Melek-el-Saleh, tornaron los cruzados al pro-

pósito no abandonado de conquistar el Egipto. El rey de Francia, Luis XI, en 1248 y 646 de la Egira, se presentó en las bocas del Nilo con una numerosa flota que trasportaba cincuenta mil guerreros, á cuya cabeza figuraba la flor de la nobleza francesa. El Sultan ayubita se hallaba á la sazon fuera de Egipto, dirigiendo personalmente el sitio de Emessa. Su primer ministro y lugar-teniente, el emir Fakhr-ed-Dyn (del que los antiguos autores han hecho Facardino), se opuso en vano al desembarco del ejército francés: en vano tambien intentó socorrer á la plaza de Damieta: el emir se vió obligado á librar la célebre y sangrienta batalla de Mansourah, en la cual pereció. Esta importante jornada hubiera entregado todo el Egipto al rey de Francia sin la llegada de una reserva de mamelukos, que acudió en tiempo á sostener el grueso del ejército musulman. Por desgracia no supo Luis XI aprovecharse de sus ventajas, continuándolas. Mientras gozaba de su triunfo en una peligrosa inaccion, el jóven sultan Toman-Chah, hijo de Melek-el-Saleh muerto delante de Emessa, tuvo tiempo de rehacer su ejército y conducirlo á una accion decisiva, en que los franceses perdieron al conde de Artois y treinta y dos bajeles. Una segunda batalla, mas funesta todavía, tuvo lugar cerca de Fareskour: segun afirman los historiadores árabes, treinta mil cristianos quedaron tendidos en el campo de batalla, y veinte mil fueron hechos prisioneros junto con el rey de Francia, sus príncipes y sus caballeros.

De tan brillante victoria, la primera víctima fué el mismo vencedor Toman-Chah. Su propia guardia, compuesta de los terribles mamelukos, lo asesinó en el campo, testigo de su triunfo; y en él y con él se estinguió la dinastía de los sultanes ayubitas. Entonces comenzó, bajo el nombre de dinastía de los mamelukos-baharitas, el monstruoso y anárquico reinado de la milicia destinada á guardar la persona de los sultanes en su palacio. Dábase el nombre de mamelukos á lo mas selecto y florido de los esclavos sujetos al servicio y disciplina militar, gente dócil al principio, con el tiempo turbulenta, y á la postre déspota y absoluta. Los sucesores del gran Salah-ed-Dyn (Saladino) no tuvieron la energía y firmeza necesarias para resistir á las usurpaciones de esos pretorianos, que, á la muerte del penúltimo sultan, Melek-el-Saleh, desempeñaban las funciones mas graves del gobierno y ocupaban las fortalezas mas importantes del pais. El último sultan pereció á sus manos, como hemos visto, en medio de los alegres cantos de la victoria; y la guardia mameluka quedó en posesion de la absurda y bárbara prerogativa de elevar y derrocar los sultanes á su albedrío.

La dinastía baharita tuvo dos soberanos célebres; Beybars y Melek-el-Nasser. El primero combatió á los tártaros y á los caballeros de Eduardo, príncipe real de Inglaterra; libertó á la Armenia y purgó el mundo de la terrible secta de los Asesinos, que durante dos siglos habia sido tan misteriosamente formidable. El segundo tuvo un destino mezclado de reveses y de gloria: en la llanura de El-Safer, cerca de Damasco, venció y destrozó las tropas mongolas mandadas por el emperador Kazan-Khan: poco despues de su triunfo fué destronado por un gefe

nombrado Beybars II; y tuvo que apelar á los mayores esfuerzos para reconquistar su corona y entrar á mano armada en el Kairo. Instruido desde entonces en la escuela de la desgracia, solo pensó en devolver al pais la paz y el cultivo de las artes útiles. Un gran número de fundaciones y establecimientos importantes datan de esa época. Un canal, siete puentes, un observatorio, una mezquita, un palacio de justicia (*dar-el-adel*), varios colegios, una multitud de fuentes y la conclusion del magnífico hospital del Moristan; tal fué la serie de los trabajos ejecutados durante el largo y benéfico reinado de Melek-el-Nasser.

Despues de su muerte se sucedieron una multitud de sultanes oscuros, que prolongaron por el espacio de medio siglo el reinado de la dinastía baharita, la cual se estinguió al fin el año de 1341 de nuestra era y el 741 de la Egira. El emir Bargug, gefe de la guardia circasiana, fué el que le dió el golpe de gracia.

La guardia circasiana habia sido creada por los sultanes baharitas como un contrapeso á la guardia mameluka. Idéntica á esta por su índole constitutiva, no podia menos de conducirse por las mismas inspiraciones y arribar á los propios resultados. Al principio fué un apoyo y una fuerza; luego se convirtió en un embarazo y un peligro. El término era inevitable: el término fué usurpar el trono mismo que habia salvado. Por lo demás la dinastía circasiana, si se esceptúa la diferencia de su orígen, no hizo mas que continuar la de los baharitas. Su sistema político fué el mismo. El trono pasaba de mano en mano de los turbulentos emires, que se disputaban el poder en cada vacante, y por lo comun la creaban ellos mismos por medios anárquicos y violentos á fin de que el mas hábil ó el mas feliz arrebatase mas prontamente la códiciada presa. En el periodo de la dinastía circasiana invadió al Egipto, y fué felizmente rechazado, el famoso Fymur-Lenk (*Tamerlan*), que entonces llenaba al mundo con la celebridad de su nombre y el ruido de sus conquistas. Decaída la preponderancia mongola con la muerte de Fymur-Lenk, otro peligro mas cercano é inminente surgia por otro lado para el Egipto. El poder otomano tocaba á su apogeo y se apresuraba á absorver, con la suprema investidura del kalifado, el cetro de todos los paises que acataban la ley del Profeta.

V.

Reinaba á la sazon en Egipto el sultan Qayt-Bay, que por una generosidad fatal habia dado asilo en su corte al príncipe Zizim (*Djem*), competidor de Bayaceto II (*Bayazyd-Ben-Mohammed*). Esto produjo contestaciones y ódios de funesta trascendencia en un cercano porvenir. Con efecto, muy pronto sus dos sucesores Qansuh y Tuman-Bey tuvieron que defenderse contra todas las fuerzas del Selim, que habia sucedido á Bayaceto el año de 1517 de nuestra era y el 923 de la ma-

hometana. Despues de combates porfiados, en que la victoria favoreció casi siempre al estandarte otomano, hizo Selim su entrada triunfal en el Kairo: y desde ese dia el bello reino de Egipto, gobernado despues de tantos siglos por dinastías estranjeras, pero harto feliz enmedio de tales vicisitudes para conservar incólume y vivo el principio de su nacionalidad, perdió definitivamente esta última esperanza de salud, quedando reducido á no ser mas que una provincia del imperio otomano.

Selim residió largo tiempo en el Kairo á fin de proveer por sí mismo á la organizacion civil y militar de su importante conquista. Aleccionado por la esperiencia acerca de los peligros de depositar la omnímoda autoridad en una sola mano y de ofrecer así tentaciones de rebelion y de independencia á sus delegados, introdujo un organismo bastante ingenioso para la gobernacion de su nueva provincia. Erigió al Egipto en un Bajalato, equilibrando la autoridad del bajá con la de un gefe militar encargado del mando de la fuerza armada. Estos dos gefes, por la índole misma de sus atribuciones respectivas, debian vigilarse y contrapesarse recíprocamente, en tanto que un tercer funcionario, titulado el Emir de los mamelukos, gozaba del derecho de modificar y dirimir los conflictos de las otras dos potestades. Esta organizacion tenia en sí misma tales condiciones de duracion que, á pesar de las distancias, á pesar de los hábitos de insubordinacion de las autoridades mahometanas, á pesar de la no interrumpida serie de conspiraciones, el Egipto permaneció durante tres siglos vasallo sumiso de la Sublime Puerta.

No nos proponemos emprender la sucesiva enumeracion, larga y fastidiosa por demás, de los bajás que siguieron gobernando el Egipto bajo la soberanía de los sultanes de Constantinopla. Esos funcionarios, hombres por la mayor parte desprovistos de mérito personal y de verdadera importancia, meros agentes de la Puerta, ora obedecidos, ora desdeñados, no eran en rigor mas que unos simples arrendatarios de una granja política que, por todos los medios y por todas las vias imaginables, fuesen ó no lícitas y permitidas, solo procuraban reembolsarse del costo de los magníficos presentes con que habian comprado su investidura, pagar las anualidades á que se comprometieran con la Puerta, y hacer su fortuna con el sobrante de las terribles exacciones, con que esprimian el último jugo del desafortunado pais.

El equilibrio distributivo del poder, esa sutil creacion del conquistador Selim, comenzó sin embargo á flaquear por su parte vulnerable con el trascurso de los años. Preciso era que á la postre la verdadera fuerza, la fuerza material, la fuerza de las armas dominase á las otras potestades rivales. Meros soberanos de paso, los bajás vieron amenguarse gradualmente su autoridad y su influjo por el concurrente mando de los *beyes*, gefes de las milicias, y sobre todo del *Cheyk-el-Beled*, el mas autorizado y poderoso entre los beyes. ¡Qué repugnante espectáculo ofrecia la administracion de Egipto en ese lamentable período! Irrisorio simulacro de autoridad, el bajá residia en la ciudadela del Kairo: allí firmaba cuanto le pre-

sentaban los beyes: allí dictaba las órdenes que ellos le imponian: allí transigia con sus señores de hecho para que las iniquidades y depredaciones cometidas en su nombre le reportasen algun lucro: allí se resignaba, impotente y humillado, á esa vida de cobardía y deshonor, de robo y de infamia, de condescendencia y vileza, que era el resultado indeclinable de la índole de su poder y de los vergonzosos medios con que lo habia alcanzado. Y luego sus mismos bajás, espirado el término de su autoridad, tan tímidos como viles, tan ineptos como codiciosos, se entregaban indefensos á la Puerta, que los despojaba, los desterraba, ó les enviaba el fatal cordon con uno de los mudos del serrallo.

Entre esos gobernadores sin gloria y sin dignidad, hubo con todo algunos que supieron adquirir un poco de la primera y conservar bastante de la segunda. Uno de ellos fue Ismayl-Bey, hombre justo, generoso y bienhechor, que murió asesinado. Fueron tambien notables Ibrahim-Kiaya, Ibrahim-Rodouar, Khalyl-Bey, y sobre todo el célebre Aly-Bey, cuyos famosos hechos reveló Volney por la primera vez á la Europa. Aly-Bey fué el primero entre los Cheyks-el-Beled, que hizo sentir á la Puerta Otomana hasta qué punto podia el Egipto considerarse independiente de su jurisdiccion. Vencido tres veces, tres veces reintegrado, hábil y prudente, guerrero y político, hombre de cabeza y de corazon, una de las organizaciones orientales mas privilegiadas que ha visto el siglo XVIII. Aly-Bey no solo se atrevió á desobedecer á la Puerta, no solo osó combatirla con las armas en la mano, no solo la venció en mas de una batalla, sino que, asumiendo sin disfraz ni contemplaciones los atributos de la soberanía, hizo acuñar moneda con su busto y su nombre, y obligó al Sheriff de la Meca á proclamarlo *Sultan, rey de Egipto y dominador de ambos mares*. El bello ideal de su ambicion era crear una potencia como la que habian constituido los toulonidas, los ayubitas y los primeros sultanes mamelukos. Con este designio aspiró á formar alianzas con las naciones europeas; se dirigió á la república de Venecia; procuró ingerirse en la corte de Rusia haciendo proposiciones al almirante Orloff. La traicion y la muerte lo sorprendieron enmedio de sus ensueños. Su general Abu-Dahab se rebeló contra su amigo, su bienhechor y su señor, lo desposeyó y lo hizo asesinar. Poco gozó el traidor del fruto de su perfidia: herido de muerte súbita, le sucedió Ismayl-Bey, en cuyo tiempo diezmó al Egipto la espantosa peste conocida por su nombre.

A este sucedieron Ibrahim y Murad-Bey, á quienes ha dado tanta celebridad la espedicion francesa á Egipto. Estos dos beyes habian concitado sucesivamente contra sí la cólera de la Francia republicana, que les imputaba todo linage de estorsiones y escesos cometidos contra los estranjeros, especialmente franceses, domiciliados ó traficantes en Egipto. Desde el año tercero de la república (1795), se habian dirigido diferentes peticiones colectivas al gobierno francés por conducto del cónsul Magallon: peticiones, sobre cuyo contenido no habian permitido tomar ninguna resolucion eficaz los peligros y embarazos que rodeaban á la repú-

blica. A su regreso á Paris despues del tratado de Campo Formio, las encontró y leyó el general Bonaparte, cuya penetrante mirada divisó en ellas el mas especioso y plausible de los pretestos para dar principio á la ejecucion de los grandes designios que bullian en su cabeza.

Una campaña lejana en el Oriente; una campaña que hermanaba la poesía de lo maravilloso con la grandeza altamente patriótica de su objeto; una campaña que resucitaba hasta cierto punto el período heróico de las cruzadas y los recuerdos imperecederos de la gloria adquirida por las armas francesas en la antigua cuna de la civilizacion europea; una campaña semejante, decimos, á la par que halagaba la opinion pública de la Francia y los secretos deseos del débil Directorio, sobrado solícito por deshacerse de escelentes fuerzas militares por lo comun peligrosas durante la paz en las sociedades democráticas, servia al mismo tiempo á las miras del ambicioso general, cuyo vasto genio y devorante actividad hacian sombra al gobierno nacional compuesto de impotentes y tímidas mediscridades. La espedicion de Egipto convenia á todos; parecia estar en el voto público de todos, y concordaba con el deseo secreto de muchos. Bonaparte la solicitó, la hizo decretar y la llevó á cabo. Veamos como se realizó ese brillante episodio de la revolucion francesa, ese nuevo anillo eslabonado á la larga cadena de las calamidades del infortunado Egipto.

VI.

Medio siglo ha que se escribe y se disputa sobre las verdaderas causas determinantes de la espedicion de Egipto. Proyectos de invasion en el Asia; amenazas de aparato contra las posesiones inglesas de la India; venganza de las injurias inferidas al honor nacional: todas las hipótesis se han agotado. Nosotros no pretendemos dirimir la contienda: incompetentes para dar el fallo, tampoco lo necesitamos para el propósito de nuestro compendio. Nos limitamos á considerar la espedicion de Egipto, no como un cálculo, sino como una inspiracion; no como el resultado de maduros planes, sino como la espontánea tentativa de una política aventurera. Creemos que esa espedicion fué un error y una desgracia para la Francia; una calamidad momentánea y un gérmen estable de resurreccion para el Egipto. Creemos mas todavía: creemos que esa propaganda militar y científica, que esa peregrinacion de un ejército de soldados y de sabios que iban á llevar á los pueblos orientales nuestra nueva civilizacion y pedirle noticias de su civilizacion antigua, envolvia una mision providencial. La semblanza de las huestes romanas, que señalaban doquier la huella de su paso con vias enladrilladas, circos y arcos de triunfo, las legiones francesas iban á dejar en el valle del Nilo, junto con sus obras de fortificacion y defensa los rudimentos de nuestras artes y el ejem-

plo de la táctica europea, en tanto que sus académicos, alumnos pacíficos de Minerva, acampados bajo las tiendas de los hijos de Marte, escudriñaban los secretos de ese mismo valle impregnado de los recuerdos de sus faraones y sus gerofantes; copiaban su misteriosa historia grabada en las paredes de sus monumentos; preguntaban á sus geroglíficos el arcano de sus impenetrables caractéres, y situaban su morada enmedio de los inmensos recintos y de las gigantescas ruinas de sus ciudades, y al pié de las altivas pirámides y prodigiosos obeliscos, muda á par que elocuente personificacion de las edades estinguidas, cuyo eco se prolonga, grave y solemne como la muerte, hasta las generaciones de nuestros dias.

¡Cuántos recuerdos, cuántos nombres de indeleble remembranza ofrecidos á la infatigable curiosidad del espíritu francés, á las demás elucubraciones de la historia y de la arqueologia! Tebas, Menfis, Alejandría, Menés, Sesostris, los Faraones, los Ptolomeos; todo el antiguo Egipto; la primera estacion de la descendencia de Abraham; la alternativa señora y sierva de las naciones; la tierra de las pirámides y de los monólitos; imperio sucesivamente egipcio, persa, griego, romano, árabe y turco; cuna antigua del mundo, que conservaba sin duda la fecha remota de su nacimiento y el secreto, no descubierto hasta entonces, de sus tradicciones primitivas!!! ¿Podia brindarse un campo mas vasto y fecundo á las investigaciones retrospectivas de la ciencia y aun al progreso mismo de los conocimientos actuales, cuando el uno y las otras eran dirigidas por sabios como Monge, Bertollet, Denon, Geoffroi Saint-Hilaire, Girard, Dubois, Dolomieu, Say, Delille, Devilliers, Dutertre, Jacotin, Rosieres, Parseval, y tantos otros hombres distinguidos en sus diversas especialidades, consagrados al descubrimiento de los arcanos encerrados en la tierra egipcia, marchando unidos á la peligrosa conquista de la clase de sus enigmas y volviendo á Europa con su precioso botin á tan duras penas recogido para metodizarlo, clasificarlo y ponerlo al alcance de todas las inteligencias? Y hé aquí por qué pensamos que la espedicion de Egipto, pura inspiracion humana, mera obra de mezquinas pasiones y de intereses transitorios, deplorable error bajo el doble punto de vista político y estratégico fué, sin embargo, en el órden de la providencia, un acontecimiento fausto y fecundo en resultados útiles á la ciencia en particular como á la civilizacion y al progreso de la humanidad en general. La sabiduría del Ser infinito se complace en guiarla de este modo sobre la tierra, así como hace fermentar y pudrirse en su seno el grano, de cuya médula brotará el árbol vigoroso y lozano cargado en su dia de encendidas flores y perfumados frutos.

Volvamos á la espedicion. El mando de ella se confió al general Bonaparte, á cuyas órdenes fueron destinados los generales Desaix, Reynier, Lannes, Berthier, Dumas, Murat, Junot, Davoust, Eugenio Beauharnais, Bertrand, Leclerc, Lefebvre y otros varios, que en esta campaña iniciaron ó continuaron su gloria. El ejército espedicionario constaba de cuarenta mil hombres trasportados en cua-

trocientos buques mayores y menores. En el mes de mayo de 1798 salió la flota de la rada de Tolon, ignorante de su destino, confiada empero en la estrella de su jóven gefe. A su paso conquistó á Malta, ocupó sus inespugnables fortalezas, y abolió la antigua órden nacida en los mas bellos tiempos de la cristiandad. Sin detenerse continuó su rumbo á Egipto, desembarcó y se apoderó de Alejandría. De aquí, el 8 de julio del mismo año, salió el ejército para atacar á los mamelukos, que no habian sabido defender el litoral de su patria. Las fuerzas enemigas se habian situado en órden de batalla: era preciso vencer su vanguardia y destruir su flotilla antes de empeñar la accion en la llanura de Embabeh, en la cual, el 21 del propio mes, enfrente de las pirámides que dieron su nombre á la célebre batalla, y despues de leida á las tropas una de esas breves y poéticas proclamas, cuyo secreto parece haberse llevado Napoleon á la tumba, el ejército francés recibió y sostuvo el choque de la caballería mas valiente del mundo, la dispersó, la arrolló sobre el Nilo y la precipitó en sus aguas. Al dia siguiente abria el Kairo sus puertas al ejército francés: el Egipto pertenecia á la Francia.

Menos feliz en sus esfuerzos la escuadra francesa, no compartió los triunfos del ejército. El almirante Brueys, que la mandaba, cometió el yerro de acoderarla en la rada abierta de Aboukir, en donde Nelson la atacó el 1.° del mes siguiente, rompió la línea y echó á pique ó apresó los bajeles que la componian. Este desastre cortaba toda comunicacion: los cruceros ingleses reinaban sin rivales en el mar: una barrera insuperable se levantaba entre el ejército y la Francia. ¡Adios toda esperanza de regreso, ni de refuerzos de la Metrópoli! Fuerza era contar únicamente con sus propios recursos, obrar solitariamente en el pais conquistado y organizarse para una larga posesion. Bonaparte supo hacerlo. Declaró desde luego que solo habia venido á Egipto para sustituir á los mamelukos que usurpaban la soberanía de la Sublime Puerta; afectó un profundo respeto por esta; colmó de honores y distinciones al Kiaya, funcionario representante del Sultan de Constantinopla; contemporizó con todas las preocupaciones y prácticas religiosas del pais: el culto indígena fué respetado; la oracion continuó en las mezquitas; desde lo alto de sus galerías aéreas, no interrumpieron los muezzines su cotidiaño llamamiento religioso á los creyentes, y el grande Scheriff de la Meca recibió y devolvió las mas amistosas demostraciones del jóven conquistador.

Al mismo tiempo se propuso organizar el gobierno de los indígenas por los indígenas mismos, y estableció en Egipto un divan, bosquejo ó trasunto imperfecto de una representacion nacional, en el cual fueron admitidas las notabilidades mas principales del Kairo y de las provincias: instituyó jueces civiles y decretó un sistema de impuestos, que debian ser percibidos en la forma hasta entonces acostumbrada con el auxilio de los agentes coptos.

Entretanto las armas completaban la conquista del pais. Los batallones recorrian todo el Egipto de Alejandría á Suez, de Damieta á Phila; y las lanchas cañoneras surcaban incesantemente el Nilo. Se reprimian las rebeliones parciales;

se percibian y se regularizaban las contribuciones; se sujetaban á principios fijos y á reglas conocidas todos los detalles de la administracion. El pais, que habia esperimentado la fuerza de los conquistadores, empezaba á reconocer tambien su justicia. Ni por parte de los mamelukos, ni por la de los egipcios era posible ninguna agresion que no fuese apoyada por un ataque esterior. Este ataque se preparaba.

La Puerta Otomana no podia prestarse á la singular ficcion inventada por Bonaparte para captarse las simpatías, ó si quier, la neutralidad de las masas egipcias: la Puerta Otomana no podia creer de buena fé en la equívoca é indefinible soberanía, que voluntariamente le reconocia ese estraño vasallo occidental: la Puerta Otomana no podia tolerarlo en Egipto bajo el mismo pié que á los mamelukos, y vió desde luego en él un enemigo declarado. El enviado de Bonaparte al gran Señor fué encerrado en las Siete Torres: se hicieron armamentos en la Anatolia y en la Siria: Djezzar, pacá de Acre, formó la vanguardia de las tropas; Bonaparte preferia en todo la iniciativa, y se anticipó á la agresion.

La espedicion de Siria fue resuelta. Un cuerpo de trece mil franceses atravesó el desierto, se apoderó al paso de El-Arych, de Jaffa y de Gazah, y vino á acamparse delante de San Juan de Acre, ciudadela de Djezzar, puesto avanzado de la Sublime Puerta, en donde palideció la propicia estrella de la Francia. Harto sabida es la serie de faltas é imprevistos accidentes, que impidieron la rendicion de la plaza. Los socorros de los cruceros ingleses, el yerro imperdonable de confiar la artilleria de sitio á los azares de la mar y los estragos de la peste superveniente se unieron á la revuelta de las poblaciones circunvecinas que, contenidas un momento por la brillante victoria del monte Taber, volvieron de su pánico y se tornaron audaces y agresivas en vista de la angustiada situacion de sus enemigos. El desaliento sucedió al entusiasmo en el ejército francés: una reaccion deplorable se verificó en el ánimo del soldado: brotaron las murmuraciones, y el ascendiente moral del gefe perdió toda su eficacia al aspecto de tantos sufrimientos y desastres. La retirada era una necesidad y un deber. La campaña de Siria habia fracasado irrevocablemente.

El ejército recuperó su energía y su fuerza en esa admirable retirada. En diez y siete dias de marcha anduvo ciento diez y nueve leguas y vino á acamparse á las puertas de la capital de Egipto, el cual habia permanecido tranquilo durante la campaña de Siria. Desaix habia batido en diversos encuentros á los mamelukos y á los Mekkinos sus fanáticos aliados, destacado las vanguardias á la Nubia, pacificado el doble litoral del Nilo y estendido su marcha hasta los últimos límites de la antigua dominacion romana. Ya no era posible pasar adelante. El revés de la campaña de Siria, y la imposibilidad de recibir recursos de la Metrópoli por la interrupcion de las comunicaciones, encerraban necesariamente al ejército francés en el valle del Nilo.

Entonces conoció Bonaparte que nada tenia que hacer ya en Egipto. Limitada

á su solo territorio, la conquista habia perdido para él las proporciones de grandeza que lo habian seducido. Su ambicion insaciable, mas propensa á multiplicar que á conservar sus adquisiciones, se encontraba estrecha en un rincon del Oriente, y desde ese momento formó su plan, esperando solo la oportunidad de realizarlo sin que se le pudiese imputar á desercion enfrente del enemigo. La ocasion se presentó muy pronto. Los turcos desembarcaron en Abukir: Bonaparte corrió á su encuentro, y el 25 de julio de 1799 hizo pedazos ese ejército sin táctica, mató ó hizo prisioneros mas de quince mil hombres, volvió triunfante y glorioso al Kairo, y solo se detuvo en él los dias necesarios para preparar su regreso á Francia.

Partió, y su partida ha sido objeto de opiniones contradictorias, de aprobacion y de censura. No es de nuestro propósito resolver esta polémica. Partió, y dejó el mando al único hombre capaz de sufrirlo, á Kleber. El primer movimiento de este fué la sorpresa, el segundo el desaliento. Se creyó sacrificado: sospechó traiciones: perdió la cabeza. Desconfiando de sí mismo y de los demás, perdiendo toda fé en el porvenir de la conquista, mirando las cosas por su aspecto mas sombrío, dirigió despachos sobre despachos á Francia, trasmitiendo en ellos sus impresiones. Hizo mas: lanzó una acta de acusacion contra su antecesor; acta, que por uno de esos frecuentes juegos de la fortuna no habia de llegar á manos del Directorio, sino á las del primer cónsul.

La conducta de Kleber en el mando correspondió á estas tristes prevenciones de su espíritu. Abrió conferencias, en cuyo curso mostró la mas marcada indecision y falta de tacto. Intimidado con la inmensa responsabilidad que sobre sus hombros pesaba, aterrado ante la idea de un revés militar con fuerzas tan diminutas como las suyas, firmó una transaccion onerosa, entregó el Egipto al ejército del gran Visir, y solo por una feliz inspiracion retuvo al Kairo hasta la solucion de algunas dificultades supervenientes. Consistian estas en que el comandante de la escuadra británica del Mediterráneo, el almirante Keith, se negaba á cumplir el convenio, aceptado por su mismo agente, en lo relativo al transporte de las tropas francesas. Kleber habia caido en un lazo. Cuando todo el Egipto habia sido entregado á los Osmanlis, el ejército francés se vió privado de los medios de trasladarse á Francia, que era la condicion bajo la cual habia sido devuelto el pais á la Sublime Puerta.

Tan insigne mala fé sublevó los nobles instintos del honrado Kleber. El ultrage le devolvió su fuerza. Inmediatamente marchó contra los turcos situados en Heliópolis: con una fuerza de doce mil hombres batió sesenta mil otomanos: recuperó el Kairo, que habia caido bajo el poder de los spahis, y vengó en un solo dia todos los agravios sufridos en un largo período de debilidad. Desde entonces fué Kleber otro hombre: la segunda fase de su mando rescató los errores de la primera. Ya no se consideró como el gefe supletorio sacrificado por su antecesor. El Egipto era su conquista, era su gloria, era su obra. Debia preservarla, defen-

derla, consolidarla. La victoria habia bautizado su derecho en la llanura de Heliópolis, distante solo diez leguas del campo de batalla de las Pirámides. Su investidura no era ni menos bella, ni menos costosamente comprada que la de su predecesor Bonaparte. Segundo conquistador de Egipto, la colonizacion de la conquista quedó desde entonces resuelta en su espíritu, y al punto empezó á establecer sus primeras bases, continuando una parte de las ideas de su antecesor.

Imitando á su gefe y recobrando la perdida confianza, el ejército se resignó á un destierro tranquilo y glorioso. Hubiérase dicho que el uno como el otro solo aspiraban á conservar para Francia una tierra pagada con sangre francesa. ¡Hermoso sueño que muy luego desvaneció el puñal de un asesino! Kleber fué herido de muerte en su propio jardin por un fanático llamado Suleyman, y la colonizacion egipcia fué sacrificada en su cuna. ¡Un mismo golpe habia destruido la obra, inmolando al autor!

La ley de la gerarquía y la razon de la antigüedad, daban el mando al general Menou, y jamás hubo hombre menos á propósito para la mision encomendada por el destino. General por los años y no por las campañas, tan pródigo de frases como impotente para la accion, retórico y cobarde, formulista é inepto, resolviendo por los principios de la burocracia los problemas de la estrategia, Menou no supo retroceder ante su notoria incapacidad: aceptó el mando del ejército para disolverlo; la direccion de la empresa para arruinarla.

No supo oponerse al desembarco de las tropas inglesas, encerrándose en el Kairo con sus mejores batallones. Siempre indeciso, titubeando siempre, dividió sus fuerzas: atacó á los ingleses con solo una parte de ellas: sacrificó sus mas valientes tropas en inútiles y comprometidas escaramuzas: abandonó á su suerte la division de Belliard amenazada á la vez por los escuadrones Osmanlis y los batallones británicos: la dejó capitular sin intentar una reunion, sin atraer al enemigo á una accion general y decisiva, sin probar una vez siquiera la fortuna, que acaso pudo ser propicia al valor contra el número. Sitiado en Alejandría, esperando en vano los prometidos socorros de Francia, apremiado por mar y por tierra hasta sus últimos atrincheramientos, reducido á una guarnicion de seis mil hombres afligidos por el hambre y por todo linage de sufrimientos, el imbécil sucesor de Bonaparte y de Kleber se vió forzado á firmar una capitulacion mas onerosa que la del desgraciado Belliard, y se embarcó el último de todos para Francia, enfermo, atacado de la peste, humilde como todos los vencidos, aterrado como todos los culpables.

Asi concluyó, el 15 de octubre de 1801, esa campaña de Egipto, que habia durado tres años y tres meses; campaña mezclada de gloria y de reveses, que tiene muy pocas rivales en la historia de los pueblos modernos; magnífica epopeya de una época tan fecunda en acontecimientos portentosos, que acaso aguarda á un nuevo Homero capaz de cantar en versos inmortales á los héroes que enrojecieron con su sangre los muros de las Pirámides, las arenas de Heliópolis, las

aguas de Abukir y las desnudas rocas del monte Tabor. Todos los obstáculos, todas las calamidades se dieron la mano simultánea ó sucesivamente para impedir la consumacion de la obra inspirada por el genio civilizador de la Francia: hoy el mar, mañana la tierra; aquí el sable mameluko, allí el cañon británico; primero la insurreccion, despues la peste, la optalmia y el escorbuto para terminar esta cadena de desastres en la miseria y el hambre. Sin embargo, sin la partida de Bonaparte y el asesinato de Kebler, Egipto hubiera sido colonía francesa, y devuelto á la civilizacion, marcharia hoy por la indefinida senda del progreso que recorren las naciones modernas.

Como quiera que sea, la espedicion no ha sido inútil bajo el punto de vista del adelanto humano en general. Los sabios franceses recogieron bella y copiosa miés en las orillas del Nilo. La arqueología, la filología y la historia se han enriquecido con numerosos é importantes descubrimientos. El Egipto ha revivido con su antigua fisonomía monumental, con sus templos, con sus divinidades misteriosas, con su fecundo Nilo y con su emblemática lengua. En cambio los trabajos de todo género, así estratégicos como científicos é industriales, que en pós de sí dejó la trienal ocupacion de la Francia, han estampado en el país una huella inmortal comprobada por los monumentos, consignada en los tratados é imperecedera en la memoria de las poblaciones. Si está en los destinos de Egipto el despertar un dia del letargo de tantos siglos; si la tierra de los Faraones, esa cuna primera de la sabiduría antigua, ha de asimilarse los elementos de la moderna civilizacion por medio de un renacimiento político y social, no podrá disputarse nunca á la Francia la primacía en la iniciativa de la regeneracion; y la historia de las edades futuras, si quiere ser justa, habrá de confesar que la espedicion republicana de 1798, sean cuales fueren sus verdaderas causas ocasionales y determinantes, ha sido la primer aurora de la rehabilitacion egipcia, el gérmen primero de la reforma llevado al Nilo para ser fecundado por su limo, la primera cruzada moderna que ha enseñado al Oriente, con la palabra y con el ejemplo, todos los recursos de una civilizacion, que el Oriente habia desdeñado hasta entonces.

VII.

Evacuado el Egipto por el ejército francés, tornó nuevamente á la dominacion de la Sublime Puerta, que lo hizo administrar por un bajá. En tanto se acercaba la época en que el Sultan de Constantinopla habia de cambiar su soberanía directa y absoluta por la suzerania feudal, esto es, por una soberanía nominal y puramente honorífica. El autor de tan trascendental mudanza habia empezado su carrera durante la ocupacion de Egipto por los franceses. Mercader de profesion,

habia abandonado el comercio por las armas. La naturaleza lo habia dotado de algunas de las grandes calidades, que constituyen al guerrero, al legislador y al fundador de imperios: la creciente debilidad del poder otomano le allanaba el camino de la independencia: las circunstancias y su ambicion hicieron el resto.— Ese hombre era Mehemet-Alí.

Signo fatídico parece ser el de todas las razas y dinastías, que en los antiguos como en los modernos tiempos han conquistado sucesivamente al Egipto, que sus mismos delegados sean los que rompan los vínculos de sumision á la potencia conquistadora y promuevan la independencia de la region confiada á su guarda. La geografía esplica este fenómeno de la historia. Rodeado de un doble desierto, el desierto del mar y el desierto de la tierra, Egipto es una region aislada, que por su estrema feracidad y la variedad de productos de su benigno clima se basta á sí misma. Independiente en su principio, conquistador en tiempos posteriores, las circunstancias y la fuerza lo han sujetado en las épocas subsiguientes al dominio de naciones mas poderosas, de pueblos mas guerreros, de razas mas fuertes y emprendedoras, que han tenido que delegar su poder en manos de agentes investidos de una autoridad latísima. Distantes estos delegados del centro de la dominacion principal, y aislado el pais por razon de su topografía, no bien alcanzaban cierto desarrollo sus medios de prosperidad interior y de riqueza propia, cuando los estímulos de la autocracia en los gefes y de la independencia en los naturales obraban de consuno para sacudir el yugo de metrópolis lejanas y, por punto general, indolentes á la vez que opresoras. Así acabamos de ver por la historia que ni los persas, ni los griegos, ni los romanos, ni los árabes, ni los turcos han logrado perpetuar su dominacion sobre el Egipto. Este se les ha escapado por los mismos medios destinados á conservarlo. Los agentes del conquistador han acabado casi siempre por alzarse con la mision y proclamar la independencia del pueblo conquistado. Esto fué lo que, á principios de este siglo, intentó y estuvo á punto de conseguir el célebre Mehemet-Alí.

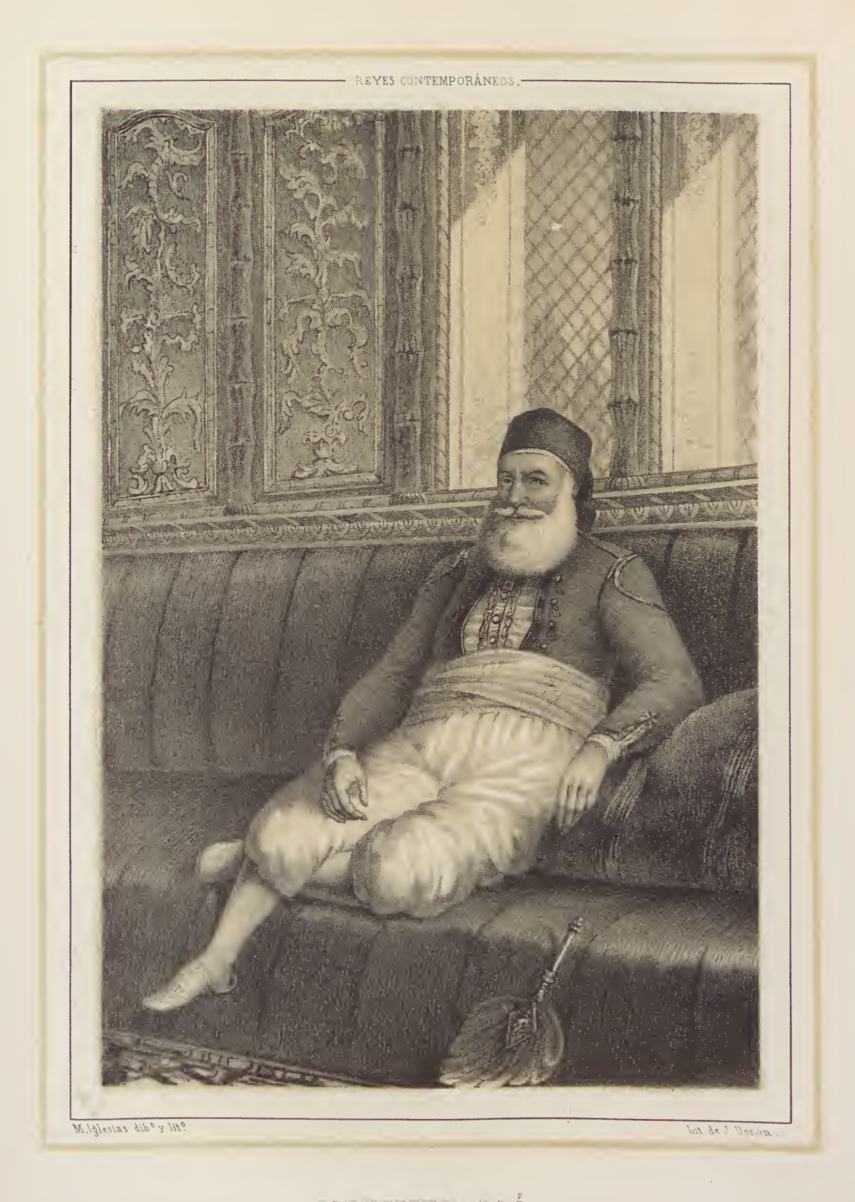
No presagiaron sus humildes principios los brillantes destinos que le aguardaban. Mehemet-Alí nació en 1769, en Kavala (Rumelia ó antigua Macedonia), y su padre fué el agá Ibrahim. Desde sus primeros años mostró una rara inteligencia y una destreza asombrosa en todo linage de ejercicios corporales. Huérfano en temprana edad, el Gobernador de Kavala se encargó de su educacion, le proporcionó un destino y lo casó con una rica heredera. Para saber lo que pudo ser aquella educacion, baste decir que Mehemet-Alí no aprendió á leer y á escribir hasta la edad de cuarenta y cinco años. Principió su carrera en el comercio, comprando y vendiendo tabaco, á lo que acaso deben atribuirse los gustos y hábitos mercantiles que lo dominaron toda su vida. Muy pronto, empero, abandonó los negocios por el tumulto de las armas, partiendo con un cuerpo de albaneses á combatir á los franceses en Egipto, en donde se distinguió en la famosa batalla de Abukir. Nombrado en 1800 bajá de dos colas, volvió á distinguirse en



[illegible] por las armas. La naturaleza le había dotado de algunas de las grandes cualidades, que constituyen al guerrero, al legislador y al fundador de imperios: la [illegible] [illegible] de su poder [illegible] le allanaba el camino de la independencia: las circunstancias y su ambicion hicieron el resto. — [illegible]

Como fatídico parece ser el destino [illegible] que en los antiguos como en los modernos tiempos han conquistado [illegible] al Egipto, que sus agentes delegados sean los que rompan los vínculos de sumision á la potencia conquistadora y proclamen la independencia de la region [illegible] á su mando. La geografía explica este fenómeno de la historia: [illegible] el desierto del mar y el desierto de la tierra, Egipto es una region aislada, que por su extrema fecundidad y la variedad de productos de su [illegible] en su principio, [illegible] lo han sujetado en las épocas [illegible] de pueblos más guerreros, de razas más [illegible] que han tenido que delegar su poder en manos de agentes [illegible] del centro de la dominacion [illegible] de su [illegible] idea alguna [illegible] medios de prosperidad interior y de riqueza propia, cuando los instintos de [illegible] de los [illegible] y de la independencia en los naturales [illegible] y, por punto general, [illegible] Así se [illegible] que ni los persas, ni los griegos, ni los romanos, ni los árabes, ni los turcos han logrado perpetuar su dominacion sobre el Egipto. [illegible] mejor dispuestos á reconocerla [illegible] con lo mismo y [illegible] del [illegible] fue lo que [illegible] á causa de [illegible] el célebre Mehemet-Alí.

[illegible] Mehemet-Alí nació en 1769 [illegible]



MEHEMET-ALÍ,

Abuelo del actual Virei de Egipto.

el combate de Ramanieh contra el general Lagrange; lo que le valió que el capitan Bajá, testigo de su bizarro valor, le confiase eminentes funciones, en cuyo desempeño supo captarse el afecto de las tropas albanesas.

Despues de la evacuacion del Egipto por el ejército francés en 1802, adquirió Mehemet-Alí nueva gloria en la larga guerra que contra los mamelukos tuvo que sostener el Bajá, el cual hubo al cabo de alarmarse con la celebridad y creciente ambicion de su general. Juzgó prudente, por tanto, alejarlo de Egipto, y le confirió el gobierno del bajalato de Salónica. ¡Vano y tardío remedio! La influencia de Mehemet-Alí era superior á todas las precauciones de Khosrew-Bajá, que gobernaba el pais en nombre del Gran Señor. La poblacion del Kairo se sublevó al saber la partida de su gefe favorito: los Ulemas y los Cheiks enviaron una diputacion estraordinaria al Divan para significarle que Mehemet-Alí era el único, entre todos los servidores del imperio, capaz de restablecer en Egipto el órden y la tranquilidad tan gravemente perturbados por la despótica administracion del Gobernador. No contentos con esta apelacion á la Sublime Puerta, depusieron al Bajá y llamaron á Mehemet-Alí para sucederle. El astuto Bajá de Salónica, en tanto que aparentaba resistir la aceptacion de aquella investidura, objeto secreto de sus mas ardientes deseos, hacia moverse en Constantinopla todos los resortes de la sagacidad y de la intriga para obtener el nombramiento legal, que legitimase su ansiada elevacion. Obtúvolo al fin, y el Sultan otomano lo nombró Gobernador general de Egipto y le confirió la alta dignidad de bajá de tres colas en el año de 1806.

Mas no bien se habia instalado en su gobierno, que la Puerta, ora arrepentida, ora cediendo á las sugestiones de la Inglaterra, designó para sucederle al mameluko Elfy-Bey. Esta inconsecuencia precipitó la realizacion de los designios del ambicioso gobernador, que habia aprovechado el corto tiempo de su administracion para organizar el pais y disciplinar las tropas. Desobedeció abiertamente el firman de su relevo, echó del Egipto á los ingleses que desde el año de 1807 se habian apoderado de Alejandría, y obligó á los mamelukos á permanecer sumisos y obedientes. Pasaron así cuatro años, al cabo de los cuales, desesperando Mehemet-Alí de disciplinar y moralizar aquella temible milicia, los hizo degollar ó fusilar á todos en el Egipto el 1.° de marzo de 1811. Dueño así de toda la autoridad, sin rivales en el poder, sin temor de ningun linage de resistencias, soltó todos los frenos á su ambicion; se apoderó del alto Egipto, cuya investidura se apresuró á conferirle la Sublime Puerta; pasó á la Arabia, y allí exterminó á los Wahabitas despues de seis años de reñidos combates, en que tomó parte muy activa su hijo Ibrahim; sometió á su dominio todo el Hedjaz, y envió á uno de sus hijos Ismael-Bajá, á la Nubia, en donde conquistó las provincias de Dongolah, Chendi, Sennaar y Kordofan, pereciendo asesinado enmedio de sus triunfos.

Durante el curso de estos sucesos, se ocupó asiduamente Mehemet-Alí del bienestar y de la prosperidad del Egipto. La civilizacion europea era su modelo. A

semejanza de las naciones cultas del Occidente organizó el ejército y la marina, la administracion militar, la construccion de las fortalezas y todos los medios defensivos. Estableció telégrafos: empleó cohetes á la congreve: asignó sueldos á los Ulemas: fomentó la agricultura, la industria y el comercio: prodigó estímulos á los viageros y ventajas de todo género á los europeos que se estableciesen en el país: envió jóvenes egipcios á distintas naciones de Europa para que en ellas formasen relaciones útiles al Egipto: abrió el canal de Mahmud entre Alejandría y el Kairo: hizo grandes plantaciones de olivos y moreras á fin de aclimatarlos y asegurar al país estas nuevas fuentes de riqueza: fundó fábricas de azúcar, manufacturas de salitre, fundicion de cañones: adoptó el régimen precautorio de las cuarentenas, favoreció la introduccion de la vacuna, y en general trabajó cuanto pudo por infiltrar y connaturalizar en Egipto todas las mejoras, métodos y procederes, á que deben hoy las naciones europeas su prosperidad y riqueza.

En la iniciativa de todas estas reformas como en la serie de todas las agregaciones territoriales que hemos referido, aparentaba obrar Mehemet-Alí como feudatario de la Puerta, como gran vasallo del Sultan, como súbdito del Kalifa Otomano y gefe de los creyentes. Soberano de hecho, reconocia en el Sultan Mahmud el soberano de derecho, el legítimo sucesor de la autoridad del Profeta. Las fórmulas oficiales de la sumision disfrazaban su independencia efectiva, y el Divan de Stambul recibia homenages puramente nominales del autócrata de Alejandría. Un suceso previsto despues de algunos siglos, un suceso inherente al órden providencial de las cosas humanas, vino á estrechar por algunos años los vínculos harto debilitados entre la Puerta y su poderoso vasallo.

La Grecia levantó en 1821 el estandarte de su independencia. ¿Qué corazon generoso no latió entonces al grito de la tierra, de la poesía y de las artes, al clamor de la patria de Solon y de Sócrates? Cuanto habia de noble y elevado, de ilustrado y sensible en Europa simpatizó con el heróico arranque de la raza helénica, y los pueblos y los gobiernos de Occidente volvieron sus miradas protectoras á las esclavizadas márgenes del Eurotas y á las derruidas columnas del Partenon. Las sombras de los héroes de Maraton y de las Termópilas acosaban del sagrado suelo á los turbantes y á las cimitarras: los ditirambos de Píndaro acallaban el monótono soliloquio del Muezzin: las Musas volvian al Pindo y al Helicona: la Grecia resucitaba: la Europa batia las palmas á los nombres de Kolocotroni y de Missolonghi. El descendiente del Profeta sentia escapársele por grados la esclava mas bella de su harem, y urgía redoblar los esfuerzos para hacer imposible su rescate.

En su angustia invocó el auxilio del poderoso dominador del Nilo, que acudió presuroso á segundar con su poder las armas del Sultan. Ciento sesenta y tres velas egipcias se aproximaron á la Morea, y la Península fué invadida por su hijo Ibrahim, que devastó el pais desde 1824 hasta 1827, y envió una gran parte de sus habitantes á Egipto para ser vendidos allí como esclavos. Pero la estrella de

la Grecia no podia eclipsarse: el aliento de la humanidad le devolvia por momentos el brillo empañado con los reveses. La célebre victoria de Navarino, alcanzada por las escuadras combinadas de la Inglaterra, la Francia y la Rusia, aniquiló completamente la flota de Mehemet-Alí en 20 de octubre de 1827, é Ibrahim se vió obligado á evacuar la Morea en virtud del tratado firmado en Alejandría el 8 de agosto de 1828.

El bajá egipcio habia ayudado activa y eficazmente en el conflicto á la Puerta Otomana, y para remunerarlo le cedió esta la isla de Candia. Pero el insaciable virey queria mas: queria añadir la Siria: aspiraba á destronar al sultan, si se ha de juzgar por los sucesos. Rompiendo abiertamente con la Puerta, á la que hasta entonces habia guardado las apariencias de la sumision, hizo entrar en 1831 en la Siria, bajo los mas frívolos pretestos, un poderoso ejército mandado por su hijo Ibrahim, que en poco mas de un año consumó la conquista de la provincia, despues de haber alcanzado sobre los turcos las dos grandes victorias de Homs y de Konich. Su marcha triunfal sobre Constantinopla era inevitable á no haberlo impedido la intervencion europea empeñada en detener la caida definitiva del imperio de los Osmanlis; intervencion, que, sin embargo, no impidió que por el tratado celebrado entre el sultan Mahmud y Mehemet-Alí en Kutayeh el 14 de mayo de 1833, quedase el segundo en posesion de la Siria y del distrito de Adana.

Seis años de paz siguieron al tratado de Kutayeh, al cabo de los cuales, arrepentido Mahmud de las importantes ventajas cedidas al virey por la fuerza de las circunstancias, retractó sus concesiones y formuló la pretension de recobrar las provincias de la cuestion. Inmediatamente se puso Mehemet-Alí bajo el pié de guerra: su ejército salió á campaña; y la brillante y decisiva batalla de Nezib, ganada por su hijo Ibrahim el 24 de junio de 1839, franqueó al ejército egipcio la via de Constantinopla, y colocó al sultan á la merced de su vasallo vencedor.

El momento era crítico. Las miradas del Oriente se fijaban en Mehemet-Alí. Sus grandes calidades, el ascendiente de su carácter, el prestigio de sus victorias, la prosperidad de su gobierno y el entusiasmo de las poblaciones, parecian destinarlo á derribar la dinastía reinante del sólio de Stambul, y arrogarse, en nombre de las genuinas tradiciones muslímicas holladas por el sultan Mahmud con sus proyectos y tentativas de reformas á la europea, la doble investidura de Kalifa y Padiska, de gefe de los creyentes y emperador de los osmanlis. Tales eran las creencias, y acaso los votos, de la mayor parte de los musulmanes de Europa y Asia. A su juicio era Mehemet-Alí el restaurador de la verdadera fé muslímica, el inteligente intérprete de las prácticas del Koran, el único digno de suceder en la supremacía política y religiosa delegada por el Profeta á los kalifas. Si en aquellos momentos el victorioso ejército de Ibrahim se hubiese presentado á los puertas de Constantinopla, la aclamacion universal hubiera colocado en la frente del mercader de Kavala la diadema imperial de Selim y Bayaceto.

Pero la Europa entera estaba allí, detrás de los contendientes, á la espectativa de los hazares de la lucha: la Europa estaba allí con sus escuadras, con sus diplomáticos, con sus cónsules, con su inmenso influjo sobre los atrasados y desidiosos pueblos del Oriente: la Europa no quiso permitir, no permitió que el dictador del Nilo asentase el trono de su dominacion en las orillas del Bósforo. La coalicion europea interpuso su inflexible *veto*. La Inglaterra, la Rusia, el Austria y la Prusia cubrieron con su escudo el vacilante trono de Mahmud, y Mehemet-Alí se vió apremiado á renunciar al fruto de sus victorias. Sola entre las grandes potencias, la Francia rehusó asociarse á la interdiccion prohibitoria intimada por sus co-aliadas al victorioso Pachá de Egipto. Mas ¿de qué utilidad podian servir á este una desaprobacion muda, una estéril simpatía y una actitud indecisa ó neutral?

Por consecuencia de la coalicion de las cuatro potencias signatarias del tratado de 15 de julio de 1840, vió Mehemet-Alí batido su ejército en Siria; Alejandría bloqueada, y tomados por asalto Beyrout, Séid y San Juan de Acre. Su energía y sus recursos no bastaban á hacer frente á las dificultades de su situacion, ni á balancear la superioridad de las fuerzas aliadas. Preciso era ceder, y cedió. Restituyó al sultan la Siria, el Hedjaz y la isla de Candia: le devolvió la escuadra turca, que le habia sido entregada por el mismo almirante que la mandaba: en compensacion de estas forzadas restituciones obtuvo, sin embargo, por el firman de 13 de febrero de 1841, para sí y sus descendientes, el gobierno perpétuo y hereditario de Egipto bajo la suzeranía de la Sublime Puerta. Desde entonces, renunciando á sus hábitos guerreros y á sus tendencias conquistadoras, solo se ocupó de regir en paz los estados, que le aseguró el tratado de 15 de julio. Atacado en 1847 de una enfermedad incurable, permaneció durante dos años en un verdadero estado de enagenacion mental, y murió en Alejandría en 1849.

Mehemet-Alí ha sido sin disputa una de las figuras notables del siglo actual tan fecundo en notabilidades de todo género. Elevado por sus propios méritos desde las mas humildes ocupaciones al rango de virey y dictador de Egipto, quiso unir á estos títulos los de libertador y regenerador. Como Saladino, se sustrajo á la dominacion de la Puerta y erigió su bajalato en una potencia independiente, conquistadora y respetada por las naciones europeas: como los Ptolomeos, protegió las ciencias y las artes, favoreció la agricultura y el comercio, infiltró en sus súbditos los hábitos de la industria y el gusto de la civilizacion. Tan hábil en el gobierno como en la diplomacia, no menos apto para la administracion que para la guerra, reconoció desde el principio todas las ventajas y toda la superioridad de la ciencia y de la disciplina europeas, y venciendo las mas vivas resistencias, introdujo en su ejército nuestra organizacion y nuestra táctica; fundó escuelas especiales, militar, médica, politécnica y otras varias: envió jóvenes á Europa, y especialmente á Francia, para instruirse y difundir á su vuelta los conocimientos útiles. Igual solicitud, bien que errada en los medios y manchada con el

borron de la codicia, le debieron la agricultura, el comercio y la industria de Egipto. Para fomentar estos ramos de pública prosperidad, tanto como para enriquecerse á sí mismo, comenzó Mehemet-Alí por apoderarse del dominio directo de todas las propiedades territoriales y reservarse el monopolio de los productos mas lucrativos, como el algodon, el arroz, el opio, el trigo, el maiz, el tabaco y otros artículos de consumo universal. No contento con monopolizar los mas importantes frutos del trabajo agrícola, se reservó tambien el beneficio de las mas productivas manufacturas, á cuyo fin estableció por su cuenta una multitud de fábricas. Hizo, en suma, con los productos de la tierra y con los artefactos de la mano del hombre lo que en menor escala hacemos nosotros con la sal y con el tabaco. El Egipto fué un grande estanco, un estanco universal. De este modo la dictadura tiránica de Mehemet-Alí realizó en cierto sentido los delirantes ensueños del socialismo. El estado, es decir, el dictador era dueño de todos y de todo: todos trabajaban para el todo, salvo el percibir cada cual la mezquina pitanza que le fuera lícito recoger en la masa general de los productos individuales. ¡Tan cierto es el vulgar axioma de que los estremos se tocan! El sistema económico del mas esclusivo de los déspotas y la idea fundamental de la mas anárquica de las escuelas, partiendo de dos principios contradictorios como de dos polos opuestos, venian á encontrarse asimilados en un mismo é idéntico resultado. Este, si bien favorable al monopolizador, no pudo serlo, como no lo será nunca, á la generalidad de los habitantes del país. El virey se enriqueció, quedando pobre el Egipto: medraron los agentes y los partícipes del monopolio, no estendiéndose á las demás clases este aumento de riqueza. Aparte de este grave error, los esfuerzos de Mehemet-Alí para regenerar y civilizar el Egipto son dignos de admiracion y alabanza: los resultados que obtuvo, demuestran una vasta y superior inteligencia unida á una voluntad enérgica y perseverante. El dorado ensueño de toda su vida fué la independencia del Egipto y la creacion de un imperio poderoso, capaz, si no de absorber, de equilibrar por lo menos el rango y el poder de los sultanes de Constantinopla. Lo primero lo obtuvo á fuerza de victorias y de habilidad, logrando vincular en su descendencia el poder hereditario bajo una vana fórmula de sumision nominal á la Puerta: lo segundo lo hubiera conseguido tambien sin la coalicion europea, que detuvo su marcha triunfante sobre Constantinopla, en donde le esperaba el trono de los kalifas, suprema representacion del poder civil y religioso para los pueblos del Oriente, que acataban en Mehemet-Alí el restaurador de la disciplina y verdaderas tradiciones muslímicas. Su nombre tendrá un gran lugar en la historia de este siglo; y tendríalo mas puro y glorioso, si la intriga, la traicion y el asesinato no hubieran marcado con un odioso estigma los primeros pasos de su brillante y dilatada carrera.

VIII.

La muerte de Ibrahim-Bajá habia precedido á la de su padre Mehemet-Alí, cuyo título debia de heredar, y cuyo poder ejerció de hecho por formal investidura de la Sublime Puerta desde que se declaró la demencia del virey. Ibrahim nació en Kavala el año de 1786; se instruyó bajo la direccion de su padre en el doble arte de la guerra y de la administracion; lo segundó activamente en la reorganizacion de su ejército y en el propósito de disciplinarlo á la usanza europea; dirigió de 1816 á 1818 la espedicion contra los wahabitas; sometió en seguida el Sennaar y el Darfur: en 1824 fué encargado por el Sultan de reducir á la morea sublevada, en donde el arribo de las tropas auxiliares francesas lo obligó á abandonar el país en 1828, despues de haber hecho una guerra de exterminacion: invadió en 1831 la Siria por órden de su padre; se apoderó rápidamente de Jaffa y Kaiffa; tomó por asalto á San Juan de Acre despues de seis meses de sitio; batió al ejército turco primeramente en Homs, despues en Konieh, y se aprestaba á marchar sobre Constantinopla y aun habia avanzado ya hasta Kutayeh, cuando lo detuvo la intervencion de las potencias europeas. Entonces le confió Mehemet-Alí el gobierno y administracion de las provincias que habia conquistado, y en ellas desplegó tal rigor y severidad, que dió lugar á violentas sublevaciones. Cuando en 1839 se declaró la guerra entre el Sultan y Mehemet-Alí, volvió á tomar Ibrahim el mando del ejército turco, y alcanzó el 24 de junio del mismo año la célebre victoria de Nezib, que le franqueó de nuevo las puertas de Constantinopla, como arriba digimos. Dos veces el destino habia puesto al Sultan á la merced de su afortunado vasallo: dos veces la coalicion europea le habia arrancado de las manos el fruto de sus victorias. No habia ya ilusion posible: era fuerza abandonar las conquistas ante el *veto* de la Europa coligada. Ibrahim tornó á Alejandría, en donde lo atacó la tísis pulmonar, para cuya curacion pasó á Francia en 1846 á tomar las aguas de Vernet, que solo le proporcionaron un alivio momentáneo. De allí siguió á París, y recibió de Luis Felipe y su córte la mas brillante y agasajadora acogida, muriendo poco despues de su regreso á Egipto. Ibrahim administró el Egipto durante la demencia de Mehemet-Alí, y el Sultan le confirió la autoridad vice-régia interina el 16 de agosto de 1848. El vencedor de Konieh y de Nezib, es sin disputa el mejor general que han tenido los musulmanes en este siglo.

Ibrahim-Bajá murió en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1849, y la noticia de su fallecimiento causó en Turquía una sensacion profunda; porque, durante la vida de tan insigne general, la Puerta Otomana podia considerar al ejército egipcio como un escelente cuerpo de reserva, y vivir menos inquieta con las codiciosas y mal disimuladas pretensiones de la Gran-Bretaña. El Divan se reunió in-

mediatamente; se examinaron los tratados y convenciones de 1840, y por acuerdo unánime se reconoció que el derecho hereditario correspondia incontestablemente á Abbás-Bajá, nieto de Mehemet-Alí. Sobre la marcha se despachó una fragata de vapor para llevarle la solemne investidura del vireinato de Egipto, consistente en un *berat* (diploma) y un *nichan* de un grado igual al de Gran Visir. Abbás-Bajá partió para Constantinopla en los primeros dias del año siguiente á dar las gracias y ofrecer su pleito homenage al gefe de los creyentes y Vicario del Profeta.

Si el advenimiento de Abbás al gobierno de Egipto no era bastante por sí solo para engendrar complicaciones y dificultades en el Oriente, no por eso dejaba de ser un acontecimiento de gravedad suma para el país, que recibia en su persona un nuevo dueño. La grande obra, emprendida por Mehemet-Alí y por Ibrahim, y confiada en lo adelante á las juveniles manos de su sucesor, parecia superior á las fuerzas de este, ora se considerasen sus cortos años, ora se atendiese á la índole especial de las cuestiones interiores agitadas en el país.

Estas eran de dos especies distintas. La una versaba sobre el mismo derecho hereditario del nuevo virey: la otra concernia á la naturaleza de las reformas é innovaciones ensayadas por su ilustre antecesor. La primera era una cuestion de sucesion: la segunda era una cuestion de gobierno interior.

Dos príncipes se habian disputado la difícil herencia de Mehemet-Alí, á saber: Said-Bajá, hermano menor de Ibrahim, y el mismo Abbás-Bajá. Said-Bajá, durante la vida de su padre, habia ocupado el primer puesto en la marina, que le debió grandes progresos y un incremento considerable de disciplina y de fuerza. En concepto de muchos, esta eleccion era preferible á la de su sobrino. Pero Abbás-Bajá era nieto de Mehemet-Alí como hijo de Yossun-Bajá, primogénito de aquel, y el cual habia perecido, hacia algunos años, en una espedicion contra las tribus árabes del alto Egipto. La razon de estado y la conveniencia política parecian estar del lado del hijo menor de Mehemet-Alí: la ley de sucesion y el derecho de primogenitura inclinaban la balanza en favor de su nieto, y así lo reconoció el Divan decerniéndole la investidura.

Se temió por consiguiente en un principio la esplosion de la guerra civil á causa de estas encontradas aspiraciones y del conflicto de intereses que respectivamente creaban; sin embargo, la devocion ejemplar de Abbás-Bajá, su minuciosa observancia de los ritos muslímicos y la influencia que siempre se empeñó en ejercer sobre su abuelo contra Ibrahim, cuyas ambiciosas miras censuraba en secreto, lo habian hecho muy popular en Egipto. Su advenimiento fué aceptado con notable aplauso, sobre todo por las clases bajas que, abrumadas por diez años de trabajos excesivos y de onerosos impuestos, habian llegado al último grado de la miseria. El fallo del país, unido á la consagracion de la Sublime Puerta, deshaució irrevocablemente las pretensiones de Said-Bajá, cuya resignacion tuvo todo el mérito y toda la gracia de la voluntaria sumision. Pero todavía quedaba en pié la dificultad mayor.

Despues de la muerte de Ibrahim-Bajá, no se habian alterado la calma y el sosiego de Egipto; mas esa aparente tranquilidad ocultaba una situacion profundamente deplorable. Mehemet-Alí, y despues Ibrahim, se habian apropiado sucesivamente todos los manantiales de la produccion, todas las fuentes de las rentas del país. Comercio, industria, agricultura, todo estaba en manos del virey: todo pertenecia á su personal y esclusiva dominacion. La tiranía del privilegio, la presion del monopolio, habian llegado á constituir el estado normal de la administracion egipcia. El sistema de la intervencion ó, mas propiamente hablando, de la autocracia del estado, ese sistema proclamado como un progreso por el socialismo europeo, habia producido en Egipto sus frutos naturales é inevitables, el embrutecimiento y la miseria. La absorcion de todas las fuentes de la riqueza por el gobierno habia llegado á ser funesta al gobierno mismo. No era posible continuar tan insensata esplotacion. La serie de los sucesos hasta hoy nos dirá hasta qué punto ha podido satisfacer la administracion del jóven virey las imperiosas necesidades nacidas de la situacion en que se encontraba el Egipto al momento de recibir aquel la investidura de la Puerta; situacion hasta tal punto exacerbada durante la corta administracion de Ibrahim que no dudamos afirmar que, á su fallecimiento, estaban poco menos que desatendidos, si no casi desorganizados, todos los servicios públicos.

El Egipto es acaso, entre todas las regiones sujetas hoy á su dominacion, la que opone mas obstáculos de una naturaleza particular á las buenas intenciones del gobierno turco. El despotismo oriental, aclimatado despues de tantos siglos en las fecundas riberas del Nilo, y llevado hasta sus consecuencias mas extremas por Mehemet-Alí y por Ibrahim, no podia conciliarse fácilmente con las reformas políticas, civiles y administrativas introducidas en el imperio por el célebre Mahmud y consignadas en principio en la famosa carta conocida con el nombre de Hati-Sheriff de Gul-Hané.

Esta especie de acta constitucional, ¿podia, ó no, ser aplicada á Egipto? Hé aquí la primera, la fundamental cuestion que debia resolver el jóven virey como base preliminar de todas las mejoras reclamadas por la triste situacion del país. Bajo el punto de vista del derecho, la solucion no podia ser dudosa. Segun el tenor de los tratados estipulados entre Mehemet-Alí y el Sultan, y garantidos por las grandes potencias europeas, el primero y su descendencia deben gobernar el Egipto conforme á las leyes generales establecidas en el imperio otomano. Sin embargo, Mehemet-Alí é Ibrahim habian diferido, durante su vida bajo diversos pretextos, la promulgacion del acta de Gul-Hané. El Sultan fluctuaba entre los extremos de un comprometido dilema. Si, por un lado, tardaba mas tiempo en exigir la promulgacion del *tanzimat* ó acta en cuestion, aparecia á los ojos de sus súbditos y de la Europa como tímido ó dudoso en el ejercicio de las prerogativas de su soberanía; y si, por otro, se decidia á imponer obligatoriamente esa misma promulgacion á Abbás-Bajá, se esponia á herir su orgullo y darle pretexto

para que clamase contra la violacion de sus privilegios. Felizmente para la autoridad de la Puerta, el mismo virey proporcionó al Divan la ocasion de resolver el conflicto en el sentido de la energía y del vigor.

Abbás-Bajá no parece vivir en muy estrecha concordia con sus parientes, los príncipes de su familia, que hacen frecuentes y prolongadas residencias en Constantinopla. Y como estas coincidian á veces con las quejas de sus súbditos que llegaban á oidos del Sultan, se imaginó que sus deudos deponian contra él con el designio de suplantarlo en sus derechos hereditarios. En tal suposicion, se creyó obligado á dirigir al gran Visir una especie de justificacion de su conducta, y este incidente ofreció al Divan ocasion propicia de significarle que no era la intencion de la Sublime Puerta desposeerlo de los privilegios que le conferia su primogenitura; pero que era preciso proclamar el *tanzimat* en Egipto á fin de uniformar de una vez su legislacion general con la del resto del imperio: que era indispensable reconocer y respetar como inviolables los derechos de la propiedad individual: que debian abolirse las confiscaciones y los castigos de palos: que debian cesar todo género de arbitrariedades y espoliaciones: que era ya tiempo de que una provincia dependiente de la soberanía de la Puerta, como lo era el Egipto, dejase de ofrecer una anomalía opuesta á la unidad del imperio y pugnante con los principios tutelares y civilizadores, que la sabiduría del Sultan habia adoptado en el memorable Hatti-Sheriff de Gul-Hané para el gobierno de sus súbditos.

Esta intimacion alarmó á Abbás-Bajá, que comprendió al punto el doble resultado que tendria para él la promulgacion del *tanzimat* en Egipto, á saber: la solemnizacion de un acto de vasallaje respecto del Sultan y la abolicion del poder discrecional y arbitrario que ejercia en el Egipto. Bajo el imperio de estas recíprocas preocupaciones, principió la negociacion entre el Divan y el Virey. Instructivo y curioso á la vez, este debate merece contarse con algunos pormenores, que al propio tiempo que nos hagan comprender la índole complicada de la cuestion y la trascendental importancia de su desenlace, nos darán una idea aproximada de la actual situacion política de Egipto, y nos ayudarán á formar algun juicio de lo que debe esperar ó temer en un porvenir mas ó menos cercano.

IX.

La respuesta de Abbás-Bajá reveló desde luego la firme resolucion de no ceder á las exigencias del Divan. Le representó, le enumeró, le exageró los inconvenientes que tendria en Egipto la ejecucion del *tanzimat*: procuró demostrarle que su constitucion especial, diversa en muchos puntos esenciales de la de las otras provincias del imperio, era incompatible con una gran parte de las prescripciones

de la nueva ley; que no le sería dable mantener el órden y cohibir el espíritu de rebelion, si se le privaba de la autoridad irrestricta é irresponsable ejercida por sus inmediatos predecesores; y finalmente, que los hombres no podian ser gobernados sino del modo, por los medios y con el método que resumía la antigua y tradicional fórmula del Oriente. En estas contestaciones y sus incidencias se pasó el año de 1850.

En el año siguiente adquirió nueva recrudescencia la cuestion, empeñándose á la vez sobre dos puntos que, si bien parecian aislados, no eran en el fondo, sobre todo el segundo, mas que dos distintas fases de la cuestion misma.

Deseosa la Inglaterra de allanar las dificultades, que opone el Istmo de Suez á la rapidez de sus comunicaciones y al mayor desarrollo de su comercio con las colonias de la India oriental, habia formado una compañía que propuso y obtuvo de Abbás-Bajá la facultad de construir un ferro-carril desde el Nilo hasta el Mar Rojo. Esta concesion vulneraba harto sensiblemente la soberana prerogativa del Sultan; implicaba una demostracion harto esplícita de independencia para que la Puerta la pudiese consentir sin reclamar la estricta observancia del *firman* de 1841, constitutivo del derecho hereditario de la familia de Mehemet-Alí, uno de cuyos mas esenciales artículos declara que el Bajá de Egipto, como gran feudatario de la Puerta, debe solicitar el consentimiento de su *Suzerano* para todos los negocios graves y decisiones importantes. El gran vasallo habia faltado á todas las consideraciones, decidiendo por sí mismo y por su cuenta un negocio que, por su importancia y gravedad, entraba en la categoría de aquellos que no pueden ser resueltos sin la autorizacion del Sultan.

Por una nota categórica, fecha en 4 de setiembre de 1851, hizo valer la Puerta con energía y vigor su derecho de ser consultada en este caso; y la Inglaterra, que en todo el curso de la negociacion habia representado la doble comedia de reconocer la justicia de las pretensiones del Sultan en Constantinopla, y de combatirlas astutamente en Alejandría, se vió precisada al fin á determinar al Bajá á que solicitase la autorizacion, que le fué acordada sin ulteriores altercados.

Pero otra cuestion mas árdua y mas espinosa habia surgido en el intermedio de este debate; cuestion vital y decisiva para el mantenimiento de las futuras relaciones entre la Sublime Puerta y el gran feudo de Egipto; cuestion que envolvia en el fondo, no obstante de plantearse por separado, la cuestion misma del *tanzimat*. Se trataba de saber si el Sultan poseia el poder legislativo y el poder judicial en Egipto. Si se resolvia afirmativamente, el rescripto de Gul-Hané era la ley general del Egipto; si negativamente, la dependencia del Bajá era un vano simulacro, la *suzeranía* del Sultan una decepcion pueril. El Divan comprendió la trascendencia del problema: veamos cómo se manejó para facilitar una solucion adecuada á las circunstancias especiales de los dos poderes en conflicto.

Cuando el sultan Abdul-Medjid proclamó la carta ó rescripto de Gul-Hané, com-

prendieron claramente sus ministros que los principios, esencialmente reformadores y hasta cierto punto liberales de esa declaracion de derechos, no podian aplicarse sino lenta y sucesivamente á cada provincia del imperio. En algunas se encontraba el formidable obstáculo de las costumbres y del apego á las tradiciones inmemoriales: en otras era preciso empezar por una operacion preliminar, es decir, la exterminacion sucesiva de los *beyes* ó señores feudales, que dominaban y oprimian sin freno el país. En Egipto el obstáculo era de otra naturaleza. La feudalidad musulmana habia desaparecido de Egipto desde la dictadura omnipotente de Mehemet-Alí: las individualidades dominantes se habian abatido bajo la segur niveladora de un comun despotismo: la degollacion simultánea de los mamelukos habia ahogado toda pretension de preeminencia personal, que no derivase del beneplácito del virey; y solo este, por tanto, investido de una autoridad absoluta y discrecionaria sobre sus súbditos, solo este, volvemos á decir, podia mirar con receloso descontento la introduccion de unos principios, que limitaba su omnímoda autoridad.

Estrechado, empero, por las apremiantes notas de la Puerta, Abbás-Bajá las eludia con excepciones dilatorias, con escusas de circunstancias y con todo género de medios evasivos. El privilegio que mas le dolia perder, era el derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, sin el cual no creia posible el ejercicio del poder. El Sultan insistió con doble empeño; y Abbás-Bajá, en un momento de intimidacion y pavor, reunió á todos los cónsules extranjeros residentes en Alejandría, y les declaró que no respondia del órden y de la seguridad del país, si se le privaba de la suprema jurisdiccion civil y criminal. Pero las potencias extranjeras conocian harto bien la situacion deplorable y precaria de Egipto para alentar al Bajá en su resistencia. Dejáronlo solo debatir la cuestion con la Puerta, la que por otra parte hubo de contentarse con las simpatías que aquellas le manifestaron en favor de su derecho, guardándose, sin embargo, de llamarlas á tomar parte en la contienda con su recalcitrante vasallo.

Bajo la impresion de ese mismo sentimiento de desconfianza respecto de las grandes potencias europeas, sentimiento indudablemente justificado por la persuasion de su debilidad rebativa, se decidió por fin la Puerta á enviar en el mes de abril de 1852 á Fuad-Effendi en mision extraordinaria á Alejandría. Fuad-Effendi es uno de los primeros hombres de estado, uno de los mas hábiles negociadores del imperio otomano. Por su flexibilidad y discretos manejos se concluyó en mayo del mismo año el importante arreglo, por el cual Abbás-Bajá se ha comprometido á introducir en Egipto los principios del *tanzimat* con todas las consecuencias que de él se derivan, y á no ejecutar las sentencias de muerte sino despues de consultadas y aprobadas por el Sultan. Aunque este resultado era realmente el triunfo de sus reiteradas exigencias, la Puerta Otomana hubo, sin embargo, de conceder á Abbás-Bajá el privilegio de llevar á efecto las condenaciones capitales en todos aquellos casos en que las sentencias de muerte fuesen la con-

secuencia de la acusacion ó accion criminal intentada por la familia de la víctima, es decir, siempre que la familia, segun la costumbre oriental, reclamase *sangre por sangre.*

El desenlace de tan ardiente cuestion ha sido interesante y satisfactorio bajo dos aspectos. En primer lugar, el Egipto recibe un grandísimo beneficio en sustraerse al castigo vergonzoso de los palos; á las ejecuciones capitales arbitrarias, y á ese lamentable sistema de depredaciones y violencias que han sido hasta ahora el carácter marcado, el signo distintivo y la razon suprema de la política oriental. En segundo lugar, la Puerta Otomana reasume el ejercicio de sus derechos de alta dominacion feudal ó *suzerania* sobre esa magnífica porcion del imperio, que hace apenas trece años estuvo á punto de escapársele de entre las manos.

A la vez que la Turquía y el Egipto, han ganado tambien la civilizacion y la política: aquella, porque con la introduccion de los principios de la Carta de Gul-Hané, ley civilizadora en cuanto modera las bárbaras penalidades y absurdos procederes de la legislacion tradicional de los pueblos orientales, se aproxima cada vez mas la época en que á la situacion estacionaria y á la estéril inmovilidad de las poblaciones egipcias sucedan la actividad progresiva y el fecundo movimiento de los pueblos modernos: esta, porque ahorrándose, con el arreglo negociado por Fuad-Effendi, una segunda intervencion europea para dirimir las diferencias entre el Gran Señor y su poderoso feudatario, se ha evitado ó alejado, al menos por tiempo indefinido, uno de los peligros mas graves, una de las mas temibles complicaciones de esa inmensa é insoluble cuestion de Oriente, que pesa como un manto de plomo sobre los futuros destinos de la Europa.

Esa cuestion, que tiene tantas fases diferentes, que depende de tan distintas contingencias, y que puede retardarse ó precipitarse por tan gran número de causas diversas, acaba de reproducirse en estos dias bajo uno de sus aspectos mas formidables. El Czar de las Rusias ha dado un nuevo paso en la senda indicada por Pedro el Grande é inaugurada por la gran Catalina: ha añadido un nuevo eslabon á la larga cadena de humillaciones y sufrimientos que oprime al lánguido imperio de los Osmanlis. En los momentos mismos en que trazamos estas líneas, pretende el Czar, so color de preservar de todo ataque y menoscabo al culto griego ortodoxo, arrogarse el protectorado espiritual ó religioso sobre los dos tercios de los súbditos del Sultan. La Europa entera se ha conmovido con esta pretension présaga de una conflagracion universal. En tanto que se agita la diplomacia, se cruzan las notas, se multiplican las conferencias, y se agotan todos los medios de conciliar intereses incompatibles, las dos partes mas inmediatamente interesadas se aprestan al combate, y los demás gobiernos europeos calculan en silencio las eventualidades de la paz ó la guerra para revindicar, segun los casos, la parte de gloria que les alcance de una solucion pacífica, ó el contingente proporcional del botin que ha de repartirse en caso de que la temida contienda, arrastre en pos la disolucion y el fraccionamiento del vacilante imperio otomano.

Sea, empero, cual fuere el desenlace de la cuestion del dia, es indudable que la raza otomana ha entrado desde fines del pasado siglo en el fatal período de su decadencia y degeneracion. Todos los signos precursores de la caida de los imperios anuncian hoy unánimes la del en otras épocas omnipotente Califado de Stambul. La paz y la guerra, el progreso y el estacionamiento, la civilizacion y la barbarie, la iniciativa de las reformas y la continuacion del ciego despotismo tradicional, le son igualmente funestas. Es el enfermo condenado á morir en las manos del médico ó de la enfermedad.

Cuando llegue el momento, no muy lejano acaso, de realizarse estas fatídicas é inevitables previsiones, ¿cuál será la suerte del Egipto? ¿Recobrará su antigua independencia, formando un estado aparte con el acuerdo de las grandes potencias europeas ó bien quedará atado al carro victorioso de la Gran Bretaña como la clave maestra de su comercio con el próximo y con el estremo Oriente? Este es el secreto del porvenir.

Sea como quiera, nos parece fuera de disputa que, ora árbitro y regulador de sus propios destinos, ora anexado á una de las mas adelantadas y progresivas naciones de la tierra, al desmoronarse el imperio de los Osmanlis sacudirá el Egipto sus miembros entorpecidos con el letargo de tantos siglos. Si: la hora de la resurreccion sonará entonces, y Lázaro se alzará de su tumba, arrojando las inmundas sábanas con que yacia amortajado.

Ese pueblo, que ha sido acaso el mas grande entre los pueblos de la tierra por las ciencias y por las artes; ese pueblo, que construyó á Menfis y á Tebas, la de las cien puertas, y los palacios, y los templos, en que los rayos del sol jugueteaban al través de millares de columnas de pórfido y de granito rosa; ese pueblo, cuyos escultores tallaron las maravillosas efigies de sus dioses en el bronce como en el mármol, y recostaron en el umbral de sus templos esas esfinges colosales, cuya asombrosa magnitud hace meditar y entristecerse á las generaciones sucesivas, recordándoles con sus restos fragmentarios el inevitable destino de todas las grandezas humanas; ese pueblo, que tenia por columnas miliarias ó límites una série de gigantescos obeliscos, y que, para facilitar el comercio, habia abierto comunicaciones entre el mar interior y el mar de las Indias, enlazando así las tres partes del mundo entonces conocido; ese pueblo que, amenazado por los vientos y las arenas del desierto que esterilizaban sus fértiles valles y cegaban los canales creados por su industria, detuvo las arenas y los vientos, levantando contra los unos y las otras esas pirámides que han resistido á la accion lentamente destructora de cuarenta siglos, y á la accion mas rápida y destructora todavía de incultos y bárbaros invasores; ese pueblo, cuyo misterioso rio, depositando periódicamente en las orillas su fecundante limo, cuenta las edades del mundo; ese pueblo, que comprendió el movimiento de los astros y creó la astronomía, y de cuyo seno se lanzaron tantos conquistadores hácia las ignotas regiones de la India, ese eterno objeto de la ambicion de los gobiernos guerreros y de la codi-

cia de las naciones comerciantes; ese pueblo, que vió pasar triunfantes á Cambises y Alejandro; que asistió al asesinato de Pompeyo y á la fuga de Marco Antonio; que ha sido sojuzgado por los romanos, los árabes y los turcos, invadido por la Europa, disputado por la Inglaterra y la Francia, y al cual solo quedan de su esplendor pasado las ruinas que diariamente le arrebatan los arqueólogos y los viageros, los mutilados cadáveres de sus ciudades sepultadas bajo la arena, y una poblacion relativamente escasa de miserables *fellahs*, que ni siquiera comprenden la grandeza de sus antepasados; y bien: ese pueblo muerto á la civilizacion, muerto á la vida política y social, hélo que empieza á palpitar desde que ha sido tocado con la vara galvánica de la industria. Entre los desastres de la invasion y el estruendo de las armas, Napoleon y Mehemet-Alí le han administrado el bautismó de la civilizacion moderna, iniciándolo en los misterios de la industria, esa reina del mundo actual destinada á trasformar la sociedad, y llevarla por nuevos y desusados caminos al cumplimiento de sus destinos providenciales. La industria ha principiado ya su pacífica conquista del Egipto. Su itinerario está trazado en la índole misma de sus condiciones geográficas: la industria egipcia marcha forzosamente al Asia por la ruta que señaló el grande Alejandro. Desde la ciudad edificada por el inmortal discípulo del Estagirita ha seguido el canal de Mahmudié, atravesado el brazo occidental del Nilo sobre un puente flotante, cortado el Delta, adelantádose á Tantah, pasado el Nilo oriental en un puente suspendido, entrado en el Bajo Egipto y asentado su fecunda dominacion en Benha y en el Kairo de donde en breve habrá de lanzarse á las orillas del Mar Rojo. Mas poderosa que Sesostris, mas rápida que Alejandro, mas civilizadora que los Ptolomeos, la industria marcha por el Egipto hácia la India con las alas del vapor. El Occidente paga su atrasada deuda al Oriente. La antigua sabiduría del Asia y de la India, del Zend-Avesta y de los Vedas, de los Magos de Zoroastro y de los sacerdotes de Brahma, trasplantada á Egipto en remotos siglos y cuidadosamente guardada en la profunda oscuridad de sus misteriosos templos, llena hoy de nueva luz y de inmarcesible vida, retorna por el mismo Egipto á las apartadas regiones de su cuna con el noble acompañamiento de los progresos materiales y morales, con que el flujo, siempre creciente de las ideas, ha confirmado, modificado, enriquecido y consolidado el venerable depósito de las inspiraciones primitivas. Así, ahora como antes, en los tiempos fabulosos como durante las épocas históricas, en los períodos guerreros como al ingreso de la era industrial, el Egipto habrá sido el canal de comunicacion entre el mundo oriental y el mundo occidental en la larga sucesion de los siglos. Así, la humanidad presente, heredera y solidaria de las evoluciones sucesivas de la humanidad pasada, despeja la senda y prepara el misterioso palenque en que habrán de realizarse las insondables y providenciales trasformaciones de la humanidad futura.

Madrid, enero, 1854.

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.



C. Legrand dibº. y litº.

Lit. de J. Donon, Madrid.

FEDERICO FRANCISCO

GRAN DUQUE DE MECKLENBURGO.



GRAN DUCADO DE MECKLEMBURGO.

MECKLEMBURGO-SCHWERIN.

FEDERICO FRANCISCO,

[illegible]

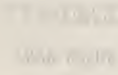
MECKLEMBURGO-STRELITZ.

JORGE FEDERICO [illegible]

[illegible]

I.

[illegible]





GRAN DUCADO DE MECKLENBURGO.

MECKLENBURGO-SCHWERIN.

FEDERICO FRANCISCO,

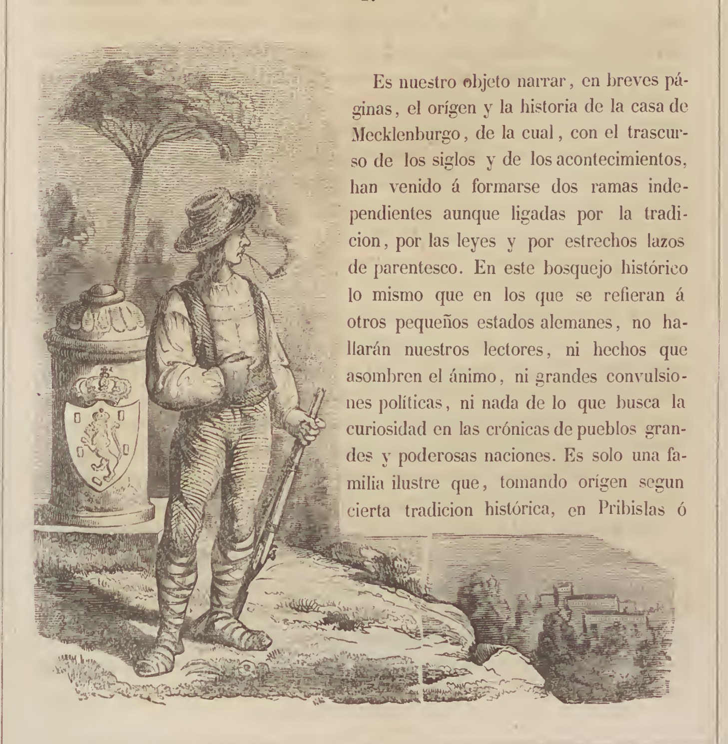
GRAN DUQUE.

MECKLENBURGO-STRELITZ.

JORGE FEDERICO CARLOS,

GRAN DUQUE.

I.



Es nuestro objeto narrar, en breves páginas, el orígen y la historia de la casa de Mecklenburgo, de la cual, con el trascurso de los siglos y de los acontecimientos, han venido á formarse dos ramas independientes aunque ligadas por la tradicion, por las leyes y por estrechos lazos de parentesco. En este bosquejo histórico lo mismo que en los que se refieran á otros pequeños estados alemanes, no hallarán nuestros lectores, ni hechos que asombren el ánimo, ni grandes convulsiones políticas, ni nada de lo que busca la curiosidad en las crónicas de pueblos grandes y poderosas naciones. Es solo una familia ilustre que, tomando orígen segun cierta tradicion histórica, en Pribislas ó

Pribislao, último de los obotritas, con obstáculos que vencer unas veces, casi sin esfuerzo propio las mas, ha venido propagándose á través de los tiempos y de las circunstancias hasta llegar al estado que hoy tiene. Y como la division de esta familia en dos distintas ramas no ha impedido que bajo el aspecto político sean una misma, no puede tratarse de ninguna de ellas separadamente. Así hemos de estudiarlas á un tiempo.

El Mecklenburgo es un pequeño territorio de Alemania, situado á la parte del Norte de la misma, sobre las costas del Báltico, entre el reino de Prusia, el de Hannover y el de Dinamarca. Su historia primitiva, como la de casi todos los demás señoríos y principados alemanes es tan incierta, que en vano pretenderíamos recorrerla sin caer en el cuento ó en la fábula. Los historiadores, dejando en esta materia la duda y la oscuridad, buscan el orígen de la familia soberana de Mecklenburgo en Pribislas, último rey de los obotritas, segun atrás decimos; y, sea ó no verdadero, que semejante monarca haya sido el orígen de esta casa, nos es forzoso aceptarlo como tal, puesto que así se halla consignado generalmente y no es, ni puede ser nuestro objeto, detenernos en profundas y laboriosas investigaciones acerca de este punto. Refiérese que derrotado Pribislas en el campo de batalla por Waldemar, hijo del rey Canuto de Dinamarca, y por el duque de Sajonia Enrique *el Leon*, coligados al efecto, el desdichado rey de los obotritas hubo de dejar este alto título por el de duque de los Vándalos, obligado por los príncipes vencedores. Corria entonces el primer tercio del siglo XI; y poco despues de las paces, para asegurarlas mas, tuvieron que abrazar el cristianismo los habitantes de Mecklenburgo, á causa de haber erigido su territorio en obispado, como si fuera feudatario ó vasallo, el duque de Sajonia. Sufrió con pena semejante humillacion Pribislas ó Pribislao, y murió dejando por heredero á su nieto Enrique, el cual tenia el título modesto de *Señor*, hácia el año 1054 de nuestra era. Tuvo Enrique, de su casamiento con Sofía, hija de Cárlos VII, rey de Suecia, tres hijos. De estos, Juan apellidado el *Teólogo*, se supone que es ya el tronco directo de la actual familia. Pero es el caso que muerto Enrique no pudieron sus hijos contener los ímpetus anárquicos de los obotritas mecklemburgueses, ni de los demás pueblos slavos y venedos, y el pais fué un caos hasta que recayó la soberanía en Canuto, duque de Sleswic y sobrino de Enrique, á quien al parecer se la otorgó Lotario II como señor de todo el imperio. No fué muy larga tampoco la soberanía de aquel príncipe, porque á poco de haber recibido el gobierno, Magnus, príncipe de Dinamarca y primo carnal suyo, lo asesinó con ánimo de heredarle en sus estados; y sublevando á los mecklenburgueses contra la autoridad del imperio, persiguió la religion cristiana y cometió otros muchos escesos no menos graves que impulsaron al emperador Lotario á acudir al castigo. No bien se presentó Lotario en armas contra el príncipe rebelde y usurpador, fué este obligado á demandar la paz, á reconocer el vasallage del imperio y á restablecer el cristianismo.

Tan insignificantes y oscuros sucesos no merecen que nos detengamos en ellos: pasemos por alto algunos años, y nos encontramos con que el emperador Federico I eleva el obispado de Mecklenburgo, lo mismo que los limítrofes erigidos por Enrique el *Leon*, á la categoría de Principado eclesiástico. Entonces todos los príncipes slavos que habian estado sometidos á la obediencia de Enrique el *Leon*, recobraron algunas de las libertades que en tiempos antiguos disfrutaban. Unos fueron ascendidos á príncipes del imperio, con el título de duques de Pomeramia: otros que eran, á lo que se dice, descendientes de Juan el *Teólogo*, fueron nombrados condes de Schwerin ó de Mecklenburgo, pero quedando sujetos al poder del duque Bernardo de Anhalt que habia obtenido el ducado de Sajonia despues que Enrique el *Leon* fué depuesto. Así el Mecklenburgo fué gobernado mas eclesiástica que civilmente, con obispo, señor y conde, hasta que Canuto VI, rey de Dinamarca elevado al trono en 1184, conquistó aquel territorio y los limítrofes, segregándolos del imperio. De este modo fué el condado de Mecklenburgo y Schwerin vasallo de Dinamarca, hasta que Waldemar II hijo y sucesor de Canuto, lo perdió por sus liviandades. Fué el caso, que habiéndose enamorado aquel príncipe de la esposa del conde Enrique, no correspondiéndole ella, usó de la mas negra perfidia, y obtuvo de por fuerza lo que no le habia sido dado obtener por el beneplácito de la princesa. Entonces el marido juró tomar venganza. Tendió una celada al rey de Dinamarca y le hizo prisionero, y luego levantando en armas el territorio se declaró libre de aquel vasallage, poniéndose de nuevo al amparo del imperio. No pudo el de Dinamarca lograr la libertad sin perder el dominio de aquel territorio; y el conde Enrique que con su valor lo habia sustraido del yugo extranjero recogió en sus manos todo el gobierno y soberanía, sin otra sujecion que la que al Emperador naturalmente debia. Este Enrique debió ser el príncipe á quien llamaron Enrique de *Jerusalen*, por haber sido del número de los caballeros y señores que acompañaron á San Luis á Palestina, donde cayó prisionero y vino á poder de los soldanes soberanos de Egipto, permaneciendo cautivo hasta que, apoderándose del gobierno un renegado que habia conocido á su padre, por consideracion á este, le concedió la libertad. De vuelta en sus estados se dedicó á reparar los daños que habian sufrido en su ausencia, y despues de someter á su dominio la ciudad de Wismar, falleció dejando por heredero á su hijo Enrique, apellidado tambien *el Leon*, á causa de su mucha fiereza.

II.

El nuevo príncipe habia manifestado desde los primeros años aficion á las armas: apenas se vió dueño de los estados de su padre y con tropas que sacar á la pelea, movió guerra á Juan, Marchgrave de Brandenburgo, so pre-

testo de que le negaba el dote de su muger Beatriz, hija del Marchgrave Alberto, y con efecto, despues de vencido en campo le obligó á entregarle el territorio de Stargard. Tuvo otras cuestiones con sus vecinos, en las cuales salió siempre vencedor, adquiriendo muchas tierras; y Cristobal, rey de Dinamarca, le dió á título de feudo Guvia, Schwan y sus dependencias, así como Rostock que es hoy cimiento del ducado de Strelitz, donde está establecida la segunda rama de esta casa. Murió Enrique (1329), dejando dos hijos: que se repartieron sus dominios, Alberto I príncipe de Mecklenburgo, y Juan señor de Stargard.

Ambos á dos prestaron socorro y ayuda al emperador Cárlos IV en las circunstancias en que mas lo necesitaba, y no contentos con esto le ofrecieron sus estados en feudo. En pago de tanta fidelidad, y de tan buenos servicios fueron elevados por el Emperador al rango de príncipes y duques del imperio, en la dieta de Praga. Alberto tuvo que sostener muchas guerras con sus vecinos, y merced á su prudencia y valor consiguió siempre señaladas victorias. A Luis el *Romano*, elector de Brandenburgo que le declaró la guerra por recobrar el señorío de Stargard, al cual se creia con derecho, despues de obligarle á desistir de sus pretensiones, por si, sus hijos y sucesores le hizo firmar la paz con la cláusula de que el elector tomaria por esposa á la hija de Alberto, y que esta llevaria por dote solamente la ciudad de Lintzen, que está situada á orillas del Elba. Los duques de Pomeramia habian arrebatado á su primo Nicolás de la familia de Werla, la ciudad de Grim, y á pesar de todas las reclamaciones del príncipe desposeido, se negaron los duques á devolverle aquella ciudad, amenazándole todavia con nuevas violencias si persistia en su justo empeño. No bien llegó á noticia de Alberto tal injusticia, sabedor por otra parte de las escasas fuerzas con que contaba su primo para sostener sus derechos, marchó á socorrerle á la cabeza de un pequeño ejército que ordenó en breves dias: puso sitio á Grim, cuya ciudad recuperó instantáneamente, y destruyó despues á pesar de la resistencia que le opuso el duque de Sajonia Lawenburgo, cierto castillo, guarida eterna de ladrones, en los condados de Witenburgo y de Ratzenburgo. Tuvo luego otras contestaciones acerca de las fronteras con los duques de Pomeramia, y no pudiendo venir á buen arreglo trabóse de nuevo la guerra entre los duques y Alberto; y sin embargo de ser las tropas de este menores en número consiguieron sobre las enemigas tan gran victoria cerca de Wolgast, que huyeron desconcertadas y sin el menor deseo de tornar á combatir. Por el propio tiempo, Magno Torcuato, duque de Brunswic, trató de aprovecharse de las ocupaciones de Alberto, para arrebatarle las posesiones que tenia sobre el Elba. Corrió Alberto á su encuentro rápidamente, y presentándole batalla lo venció y obligó á cejar, persiguiéndole hasta los límites de su territorio. La muerte de Alberto ocurrida en 1380 puso término á esta serie de triunfos y de victorias que contribuyeron mucho al engrandecimiento de Mecklenburgo. Alberto fué sentido y llorado por todos sus súbditos, y bien puede decirse que él ha sido el príncipe mas ilustre de su familia. Dejó tres hijos llamados

Alberto, Magno, y Enrique. Sucedióle el primero con el nombre de Alberto II; pero este habiendo contraido nupcias antes del fallecimiento de su padre con Ricarda, hija de Othon, conde de Schwerin, fué llamado á muy poco al trono de Suecia por los estados de aquel reino. Al partir para sus nuevos dominios encargó interinamente del gobierno de Mecklenburgo á su hermano Enrique, el cual se consagró á la administracion pública y construyó buenas carreteras y caminos, poniendo particular empeño en el esterminio de los bandidos que devastaban el pais. Muerto Enrique en 1382, le sucedió Alberto III, su hijo. Ya en este punto la interinidad se habia hecho verdadera posesion y dominio: Alberto II gobernó como dueño y señor; y á su muerte, no dejando sucesion, pasaron los estados á manos de su tio Magno, hermano de su padre y de Alberto II. Este órden de sucesion tan vario, se hace todavia doblemente estraño cuando se ve que por muerte de Magno entraron á reinar conjuntamente su hijo Juan, segundo de este nombre, y Alberto IV, su primo, hijo de Alberto II rey de Suecia. Era entonces el año de 1415. Los dos príncipes gobernaban en buena armonía, cosa de suyo rarísima, y adelantaron mucho la prosperidad de sus estados. Entre otras cosas se debe á aquellos príncipes la fundacion de la universidad de Rostock. Juan II y Alberto VI se vieron obligados á prestar homenage al elector de Brandenburgo en virtud del derecho llamado de *espectativa* que ya pretendia tener esta casa sobre el Mecklenburgo.

Murió Juan II en 1423 dejando dos hijos, de los cuales Juan III que era el primogénito, no tardó en seguirle al sepulcro y quedó toda la herencia para su hermano Enrique apellidado el *Gordo*. No se sabe lo que fué de Alberto IV ni si tuvo ó no herederos, y toda suposicion en este punto seria gratuita. Enrique el *Gordo* comenzó á gobernar solo sin intervencion de otro alguno. En tiempo de este príncipe terminaron las diferencias que las pretensiones del elector de Brandenburgo sobre el Mecklenburgo mantenian vivas de muchos años antes. Pretendia ahora la sucesion en el principado de Wenden ó de Gustrow, que hasta allí habia poseido bajo la dependencia del electorado, una rama de la casa de Mecklenburgo, y que los electores querian reunir á su dominio á manera de feudo abierto. Concluyóse un tratado entre ambos príncipes mediante el cual, el duque de Mecklenburgo quedó con la posesion del principado en cuestion, y el de Brandenburgo obtuvo que se le reconociese el derecho de sucesion eventual sobre todos los estados de Mecklenburgo á la extincion ó á falta de varones en esta casa. El tratado fué confirmado en Francfort por el emperador Federico III, y adquirió todas las formas del derecho público aleman, recibiendo la aprobacion y consentimiento de todos los electores. Con semejante arreglo y pacto, parece que debian cesar todas las cuestiones; pero aun hubo mas tarde que acudir á nuevos arreglos y tratados. Enrique el *Gordo*, único que quedaba de su familia, habiendo fallecido el duque Guillermo, postrer vástago de la rama de Werle, vino la posesion de Gustrow, Plauen, Parchim y Marchim. Además por muerte de Ulrico señor

de Stargard, adquirió el dominio de estos estados; y así al tiempo de su fallecimiento ocurrido en 1477, se halló el Mecklenburgo con estas y otras agregaciones, mas dilatado y poderoso que habia estado antes y que haya estado despues. Dejó Enrique el *Gordo* tres hijos: Alberto V, que murió á poco sin sucesion; Baltasar que siendo obispo de Schwerin, por espacio de diez años aunque renunció este cargo para poder casarse, no tuvo hijos; y Magno II que fué quien sucedió en los estados. A pesar de las buenas prendas que adornaban á este príncipe, de su carácter dulce y contemporizador, no fué su reinado de los mas apacibles y tranquilos. Cierto decreto por el cual se establecia un cabildo de canónigos en la iglesia de San Jacobo de Rostock, dió orígen á una conmocion popular; y como se negase el príncipe á revocarlo, se sublevaron abiertamente los magistrados y la nobleza y vulgo de aquella ciudad, y despues de asesinar al Preboste y encarcelar al Dean, arrojaron del templo á los canónigos. Dispuesto el duque á hacer respetar sus mandatos, marchó al frente de algunas tropas á Rostock y comenzó á hostilizarla, pero los habitantes hicieron una heróica defensa. Y fatigadas las tropas de adentro y las de afuera despues de muchos combates inútiles se terminó el asunto por un arreglo en el cual se estipuló que los canónigos serian restablecidos en su iglesia; que el pueblo pagaria al Duque los gastos de la espedicion; que aquellos habitantes espulsados de la ciudad durante las revueltas, serian repuestos en sus bienes y honores; y que los ciudadanos puestos en armas, podrian conservar los títulos, empleos y honores con que se hubiesen condecorado durante la defensa, con otras ventajas, garantías y olvido de todo lo pasado. Tal fué el resultado del levantamiento de Rostock. Asegurada así la tranquilidad pública en sus estados, pudo Magno dedicarse á hacer algunas mejoras en la administracion, y morir, como murió, sentido y llorado de todos. Sus dos hijos, Enrique y Alberto, partieron entre sí los castillos y bailiatos poseyendo en comun la jurisdiccion sobre la nobleza y las ciudades. Pero no bien ambos príncipes habian tomado posesion del gobierno, sobrevino una guerra ocasionada por la mas insignificante de las causas, pero que tuvieron que sostener, ya empeñada y promovida, sin su culpa. Fué el caso que tres mecklenburgueses, ébrios, motejaron con injuriosas palabras á dos pescadores de Lubec. Estos, sin ofenderse, asieron á dos de los agresores y los llevaron á beber de nuevo para divertirse con sus provocaciones; mas el tercero que pudo escapar, esparció la alarma por las tierras vecinas de Mecklenburgo haciendo creer que se trataba de asesinarlos. Salieron armados en gran número los de Mecklenburgo á defender á los suyos, y no tardaron en verlos llegar sanos y alegres; pero en el entretanto sabido en Lubec el armamento de sus vecinos, salió un trozo de caballería contra ellos, el cual, aunque no halló con quien combatir, cometió algunos desórdenes en las posesiones de uno de los principales señores de Mecklenburgo. Entonces los paisanos de este país volvieron á tomar las armas, y destrozaron á los caballos de Lubec, de modo, que pocos volvieron salvos de todo punto á aquella ciudad. En seguida los de Lubec quemaron

muchas casas y saquearon las tierras de los de Mecklenburgo, y de una y otra parte se dió por declarada la guerra. Por pequeños que parezcan estos principios, ello es que hubo no poca sangre derramada antes de poderse restablecer la paz. Los mecklenburgueses sitiaron la plaza de Urella, que era de los de Lubec, con un pequeño ejército, y de una y otra parte, tanto sitiados como sitiadores, mostraron gran empeño en el cerco. Viendo entonces los príncipes vecinos los males que estaba ocasionando aquella desdichada cuestion, se presentaron como mediadores, y despues de algunas contestaciones de las partes beligerantes y de ciertas garantías y seguridades que se prometieron, quedó restablecida la paz.

Esta guerra la habia sostenido Enrique solo, porque su hermano Alberto no se ocupó mas durante su vida que de los negocios de Dinamarca; y murió de poca edad dejando dos hijos; Juan Alberto y Ulrico, que emprendió la carrera eclesiástica. Enrique por su parte, obtenida la tranquilidad en sus estados, abrazó el luteranismo y murió tambien corriendo el año de 1552, dejando un solo hijo llamado Felipe, incapaz para el gobierno, así por su pequeñez de espíritu como por otras cualidades que afeaban su carácter. Vino, pues, á parar toda la herencia en su primo Juan Alberto que con el título de *primero* tomó posesion de los estados. Era este luterano como lo fué su tio Enrique y tambien su padre y hermano, de donde se le ocasionaron no pocos disgustos con motivo de las turbulencias en que ardió la Alemania, á un tiempo solicitada y combatida, de católicos y protestantes. Pero quien mas disgustos le causó á Alberto fué su hermano Ulrico, obispo ya de Schwerin. Apenas se habia dedicado á dictar buenas leyes para su pueblo, Ulrico, que como luterano se habia casado, le reclamó parte de la soberanía. No quiso consentir el Duque, y aquel apeló á la fuerza poniendo de su parte á Enrique, duque de Brunswick, con cuyo socorro se apoderó del señorío de Boitzemburgo. Juan Alberto demandó el apoyo de los nobles; pero estos so pretesto de que no podian tomar armas contra uno de sus príncipes, se negaron á obedecerle, con que se halló sin medios de resistencia. Mediaron entonces negociaciones entre los príncipes hermanos; y por un tratado de paz que celebraron quedó establecido que el Duque y el Obispo partirian entre sí el Ducado que su padre y su tio les habian legado, así como las abadías y los otros bienes eclesiásticos; que Juan Alberto rendiria cuentas á Ulrico de los tesoros y de los bienes muebles de su tio, haciéndolo Ulrico por su parte de lo que correspondia al obispado de Schwerin; y por último, que los estados provinciales y los magistrados de Rostock se encargarian de las deudas de los dos príncipes. Con esto se dió por terminado el asunto.

Algunos años despues los habitantes de Rostock se levantaron contra sus magistrados; y Juan Alberto castigando severamente á los culpables, restableció la paz. Murió este príncipe en 1576; y de sus dos hijos Juan y Segismundo Augusto, el primogénito gobernó algun tiempo en compañia de su tio Ulrico; pero ambos hermanos murieron á poco, no dejando sucesion sino el primero de ellos.

Antes de mucho falleció tambien su hijo Ulrico, y la herencia toda se repartió entre los dos hijos de Juan Alberto, Adolfo Federico I y Juan Alberto II, de los cuales se formaron dos ramas, la de Gustrow y la de Schwerin; solo que como la primera no tardó en extinguirse, trataremos á un tiempo de ambas. Formáronse estas dos ramas, porque en la particion de bienes y estados que se hizo entre los hijos de Juan Alberto, obtuvo Adolfo Federico el país de Schwerin, y Juan Alberto el de Gustrow, quedando ambos bajo la tutela de su tio Cárlos, obispo que habia sido de Ratzeburgo.

No bien llegados á mayor edad (1620), comenzó la guerra famosa de los 30 años que tanto daño causó en toda la Alemania y de tanta afliccion llenó á sus príncipes, y cierto que ni el país de Mecklenburgo ni sus príncipes fueron los que menos tuvieron que llorar las consecuencias del furor religioso y de las ambiciones políticas. Ya hemos dicho que el Mecklenburgo era luterano, porque lo habian sido todos sus príncipes, desde Enrique y Ulrico. Los imperiales habiendo entrado al principio de la guerra en la baja Sajonia, se derramaron tambien por las tierras d' Mecklenburgo y todas las comarcanas, cometiendo inauditas violencias y destrozos. Las quejas de los súbditos mecklenburgueses, que eran de los que mas padecian, no pudieron menos de hallar eco en los jóvenes duques, los cuales despacharon un comisionado á Tilly con las convenientes reclamaciones. La respuesta del general del imperio, lejos de ser satisfactoria, vino escrita en términos tales, que ofendidos los príncipes mecklenburgueses, se alistaron en la Union Evangélica y enviaron cuanto pudieron reunir de gente y socorros al elector Palatino, fortificando sus plazas. Entonces el emperador Fernando II, declaró unidos, por un simple decreto, al imperio los ducados de Mecklenburgo, exonerando á sus poseedores de esta alta dignidad, con la cual condecoró á su general Wallenstein, que solicitaba á toda prisa recompensas, al propio tiempo que le nombraba gran Almirante del Sacro imperio. No contento con esto Fernando II, ocupó con tropas suyas las principales plazas de Mecklenburgo y situó en el puerto de Wismar, que era de ellas, una escuadra compuesta de quince naves de línea para imposibilitar la navegacion de los holandeses en los mares Báltico y de Alemania. Todas estas disposiciones, así como todos los proyectos del emperador en la materia, fracasaron al cabo. La escuadra situada en Wismar fué completamente deshecha, y con la llegada de Gustavo Adolfo que arrojó á los imperiales de la Pomeramia y de todo el Norte de la Alemania cambió la faz de los negocios. Los duques de Mecklenburgo, aprovechando tan feliz coyuntura, entraron al punto en posesion de sus estados: solo las plazas de Rostock, Wismar y Doemitz quedaron en poder de los imperiales hasta la rota de Leipzig, que entonces volvieron todas las plazas á su legítimo dueño, aunque ocupada Wismar por tropas suecas. Así continuaron las cosas sin ser mas molestado el territorio de Mecklenburgo durante aquella larga guerra, hasta que los príncipes se reconciliaron con el emperador, asintiendo al tratado de Praga, con el cual terminó la primera

parte, la parte alemana y civil de la guerra de los 30 años. Algun tiempo despues en la dieta de Ratisbona se terminaron las disidencias que mediaban entre las casas de Pomeramia, de Wurtemberg, Baden, Hesse y Mecklenburgo, sobre el rango y la preferencia que cada una de ellas pretendia tener en el imperio por su antigüedad, servicios y nobleza. Convinieron despues de largos debates y de discusiones acaloradas en alternar en el puesto en cada una de las sesiones de la Dieta, y tornar, en toda preferencia, con arreglo á un programa que se estableció allí, y se ha observado por mucho tiempo. En el ínterin, corriendo el año de 1636, Juan Alberto, hermano de Adolfo, bajó al sepulcro. Dejó un hijo á quien habia puesto por nombre Gustavo Adolfo en memoria de su libertador, el cual sucedió á su padre en el ducado de Gustrow, cuando apenas tenia cumplidos los tres años. Su madre pretendia la regencia, y obtuvo al efecto un decreto de la corte imperial; pero el tio del príncipe, Adolfo Federico, se opuso á ello, se apoderó de la tutela y crió al sobrino contra la voluntad de su madre, que era uno de los motivos de disidencia, en las doctrinas de la confesion de Augsburgo. Por la paz de Westphalia que se concluyó poco despues, los duques de Mecklenburgo, así como los otros príncipes del imperio, envueltos en las desdichas de la casa Palatina y en las proscripciones pronunciadas por la corte imperial, y que habian sido turbados en la posesion de sus dominios ó exonerados de sus títulos y honores, fueron restituidos sin demora ni menoscabo en todos ellos. El Mecklenburgo cedió la ciudad de Wismar; pero en cambio los obispados de Schwerin y de Batzenburgo fueron erigidos en Principados seculares con dos votos en la Dieta; obteniendo además las encomiendas de las dos órdenes militares de Nemerow y de Mirow; los deanatos de Doemitz y de Roitzenburgo; cuatro canongías seculares distribuidas, una en Halberstad, otra en Magdenburgo, y las restantes en Strasburgo; y la exencion, por último, de contribuir á los gastos del imperio hasta la suma de 200,000 escudos. Muerto Adolfo Federico en 1658, dejó tres hijos varones que llevaban por nombre Cristiano, Federico, y Adolfo Federico.

III.

Sucedióle por derecho de primogenitura Cristiano, el cual llevándose mal con su esposa Margarita de Gustrow, la repudió y contrajo segundo matrimonio con la duquesa viuda de Chatillon, en Francia, donde abjuró el luteranismo en 1663, tomando el nombre de Luis y obteniendo del Papa una declaracion mediante la cual quedaba exento del lazo que le unia á su primera esposa la princesa Margarita. Por haber dado su mano á la duquesa viuda, obtuvo además del rey de Francia el cordon azul; y tanto por esto como por otras honras que en

aquella corte se le dispensaron, pasó en ella la mayor parte de su vida. Quiso la suerte, sin embargo, que Luis ó Cristiano irritado cierto dia con su esposa profiriese ciertas espresiones injuriosas contra ella; lo cual sintió tanto el rey de Francia que lo redujo á prisiones, sin tener en cuenta su soberanía, y no salió de ellas hasta poco antes que la guerra estalló de nuevo entre el imperio y la Francia en los últimos años del siglo XVII. A consecuencia de esto le ordenó el Emperador que abandonase aquel país enemigo, sopena de perder sus Estados; y él entonces se retiró al Haya, donde murió en el mismo año de 1692, sin dejar ningun hijo de sus dos matrimonios. Adolfo Federico, su hermano menor, que vivia, aun pretendió heredarle, sustentando que allí no regia el derecho de representacion, y que si bien quedaban dos sobrinos hijos del segundogénito Federico, él en concurrencia con ellos debia ser preferido. Pero á pesar de sus pretensiones entró en la herencia del ducado de Schwerin Federico Guillermo, que era el mayor de los sobrinos. Y como falleciese de allí á poco el duque de Gustrow, Gustavo Adolfo, sin dejar herederos varones, sobrevino nueva disputa entre tio y sobrino cada vez mas empeñado el primero en no tener en cuenta el derecho de representacion. Pero esta vez la cuestion fué al emperador Leopoldo, el cual falló en favor del sobrino, encargando de la ejecucion de su sentencia al conde de Eck. No cedió por eso Adolfo Federico: halló medio de interesar en su favor á los directores del círculo de la Baja Sajonia, y la contienda llegó á términos de amenazarse mútuamente con las armas. Al cabo pudo venirse á buen concierto por medio de una transacion celebrada en Hamburgo, por la cual Federico Guillermo quedó con la sucesion de Gustavo Adolfo, indemnizando á su tio con una renta de 40,000 escudos anuales, y cediéndole el principado de Ratzenburgo con todas sus prerogativas, el señorio y territorio de Stargard con sus dependencias, y las Encomiendas de Mirow y de Nemerow, y asegurándole además de 9,000 escudos anuales sobre el deanato de Boitzemburgo y una gran suma de dinero para construir un castillo donde pudiera fijar su residencia. Mas con tales sucesos se acabó el siglo XVII, y á contar desde el año de 1701 comienza una nueva era para el Mecklenburgo. A consecuencia del pacto que celebraron Adolfo Federico y su sobrino Federico Guillermo, se dividió la casa en dos ramas diferentes, la una con el nombre de Mecklenburgo-Schwerin, y la otra con el de MecklenburgoStrelitz; siendo tronco de la primera Federico Guillermo, y de la segunda Adolfo Federico, su tio. Esta division se ha conservado hasta nuestros dias; pero como ni la importancia de los sucesos lo exige, ni son tantos que su narracion tenga que ir separada, seguiremos ocupándonos de ambas casas á un tiempo, segun convenga á nuestro propósito.

Federico Guillermo se habia visto impulsado por la nobleza de su pais, con reiteradas instancias, á ajustar el arreglo que ocasionó la separacion del Mecklenburgo en dos ramas diferentes, y á la verdad si este arreglo era en algo perjudicial al duque, debíase á la prisa con que lo reclamaban sus súbditos nobles. Mas

por haberles prestado olvido y haber obrado con entera sujecion á sus deseos, logró en vez de agradecimiento que se menguase su prestigio, y que aquella misma nobleza, mas tarde, le negase la mayor parte de los derechos que como á Príncipe soberano le estaban reconocidos. Llegaron hasta oponerse al pago de las contribuciones públicas. Habian conocido que era el príncipe débil y abusaban de su debilidad. Mostró Federico Guillermo cuán grande fuese esta, cuando en vez de hacer respetar su autoridad á los nobles obligándolos al cumplimiento de sus mandatos, sometió el asunto á la decision de la corte imperial; y cuando á consecuencia del fallo de esta se resignó á percibir una mezquina suma, un tributo insuficiente para el sostenimiento de su alto rango y de las públicas obligaciones. Entretanto el nuevo rey de Prusia que hacia tiempo fijaba sus miradas ambiciosas sobre el Mecklenburgo para asegurar el derecho, y mas que el derecho la probabilidad de entrar en la sucesion de este Ducado, pidió en matrimonio á Federico Guillermo la Princesa su hermana, y aceptada por este la propuesta se celebraron los contratos matrimoniales. Establecióse en ellos que el rey de Prusia entraria en posesion del Ducado á la estincion de las dos ramas de Schwerim y de Strelitz, y que él por su parte daria en dote á la Princesa el ducado de Cleves con perpétuo dominio. Aceptadas por ambas partes las condiciones y celebrado el casamiento, el rey de Prusia añadió al escudo de sus armas reales las del ducado de Mecklenburgo. Poco tiempo despues y á consecuencia de los disgustos que le procuraba la nobleza con detrimento de su prestigio y de su autoridad, murió Federico Guillermo cuando iba á tomar las aguas medicinales de Slangenbach el 15 de julio de 1713. Despues de muerto fué cuando se echaron de ver las buenas prendas que, aparte su debilidad, adornaban á este Príncipe. Sentido y llorado por todos sus súbditos altos y bajos, su memoria vivió mucho tiempo en el corazon de los mecklenburgueses. Si, como político, cometió por su debilidad grandes yerros, en lo demas mostró gran sabiduría y prudencia, y ninguno le aventajó en obras de caridad y beneficencia.

Sucedióle Cárlos Leopoldo, su hermano, el cual lejos de continuar en la política de aquel, se propuso desde el principio devolver á la autoridad el prestigio perdido. Ya duraba cerca de un siglo la contienda entre los duques de Mecklenburgo, y la nobleza y los estados de sus provincias sobre el derecho de hacer impuestos. Federico Guillermo habia cedido en todo; pero Cárlos Leopoldo en vez de intimidarse como su hermano y acudir á estraño arbitraje, comenzó á ejercer el disputado derecho, y no contento aun se abrogó el de mantener guarnicion en Rostock, puesto tambien en duda por los habitantes durante mucho tiempo. Acudió en queja la ciudad al Consejo Aulico, y este expidió en favor suyo dos cartas de proteccion y amparo, encargando su cumplimiento á una comision compuesta de los directores del círculo de la Baja Sajonia. El Duque ahogó en su pecho la ira que pudo causarle semejante fallo, y concibió un proyecto, merced al cual se prometia mas tarde ó mas temprano sacar victoriosas sus determinaciones. Cárlos

Leopoldo vivia en gran desacuerdo con su esposa Sofía Edwige, hija de Enrique Casimiro, príncipe de Nassau-Dietz y Stadhouder de los Frisones, y habiéndose separado por último de ella, imaginó contraer nuevo matrimonio con una sobrina de Pedro el Grande, emperador de Rusia, al cual se dirigió pidiéndole la mano de la princesa. Era su intento si se llevaba á cabo el matrimonio solicitar y obtener socorros del tio, y oponer sus fuerzas colosales al elector de Hannover, rey de Inglaterra, y al de Brunswick-Wolfenhutlel, directores del círculo de la Baja-Sajonia, si insistian en ejecutar las órdenes de amparo que habia dictado el Consejo Aulico. Favoreció la suerte este intento: Pedro el Grande consintió en el matrimonio, dando á Cárlos Leopoldo la mano de su sobrina. Y envalentonado con esto Cárlos Leopoldo, exigió tributos á la ciudad de Rostock sin autorizacion del Senado de ella, segun estaba en uso; y porque protestaron los Cónsules y Senadores, prendió á tres de aquellos y varios de estos, y los amenazó con tremendos castigos, todo bajo el amparo de las numerosas fuerzas que habia ya introducido en los muros. Reiteró el Emperador sus órdenes de que respetase los antiguos privilegios y restableciese en Rostock las cosas en el punto en que estaban anteriormente; y Cárlos Leopoldo rechazó las órdenes, no ya con indignacion, sino hasta con menosprecio. Entonces las tropas de Hannover y de Brunswick ocuparon todo el territorio sin que Cárlos Leopoldo pudiera evitarlo, porque la Rusia, contra todos sus cálculos, no le dió ayuda alguna. Quedaron de administradores los Electores, y Cárlos Leopoldo se retiró á Dank. Muerto el elector de Hannover, rey de Inglaterra, fué nombrado administrador de Mecklenburgo, Cristiano Luis, hermano de Cárlos Leopoldo; y en su tiempo no queriendo las tropas invasoras evacuar el país hasta que quedase garantido el cobro de sus pagas, cometieron algunos desórdenes y dieron lugar á que los habitantes tomasen las armas y se preparasen á la resistencia. Al punto Cárlos Leopoldo entró en sus dominios resuelto á morir peleando por sus súbditos y por su corona ducal, pero el Emperador obró enérgicamente; separó de la administracion á Cristiano Luis, naturalmente inclinado á su hermano, y puso en su lugar de nuevo al duque de Brunswick-Wolfenhutlel, asociándole en este cargo á la regencia que gobernaba el Hannover. Hubiese podido Cárlos Leopoldo reconciliarse con el Emperador renunciando á sus pretensiones; pero se mantuvo inflexible negándose á reconocer todos aquellos mandatos y protestando contra ellos, bien que decaido el ánimo de sus súbditos irritados, ó no queriendo que él volviese al gobierno, hubiesen ya dejado las armas y el propósito de pelear con los invasores. Asombró la noble conducta de Cárlos Leopoldo á la corte de Viena; pero no quiso el Emperador ceder por su parte, y todo lo que hizo fué devolver la administracion del ducado á su hermano Cristiano Luis, al cabo de algun tiempo, con el título de Comisario imperial encargado de ejecutar los decretos del Consejo Aulico. Murió Cárlos Leopoldo en su retiro en 1747, y su hermano Cristiano Luis fué proclamado Gran Duque sin que en su tiempo hubiese cosa notable.

Entretanto la rama de Mecklenburgo-Strelitz se continuaba en cabeza del mismo Adolfo Federico II, hasta el año de 1749 en que bajó al sepulcro. La vida de este príncipe no ofrece tampoco ningun suceso que merezca llamar la atencion. Merced á la paz y tranquilidad que reinó en su gobierno y que él supo conservar con gran tacto y prudencia, pudieron desarrollarse, aunque lentamente, los gérmenes de riqueza con que la naturaleza ha dotado aquel país. Lo propio puede decirse de su sucesor, que lo fué su hermano Cárlos Luis Federico, príncipe que apenas llevaba tres años de herencia cuando la muerte le cortó sus dias en 1752. Dejó tres hijos, uno varon y dos hembras, de las cuales la menor fué llamada años adelante al trono de Inglaterra. Recogió la herencia el hijo varon, Adolfo Federico IV, y por una série de transaciones, cambios y cesiones que frecuentemente tenian lugar entre las diversas casas alemanas, vino á poseer además de Strelitz, el principado de Ratzeburgo, el señorío de Stargard, Brode, Weuske, Fildberg, Webeufer, Furlenberg, Nesi, Brandenburgo, Fudeland, Valdeek, y las encomiendas de Mirow y de Nemerow. Veinte y nueve años disfrutó de su herencia Adolfo Federico IV, y tampoco durante ellos ocurrió nada importante en esta parte del Ducado. No menos estéril en sucesos la parte de Mecklenburgo-Schwerin, vió pasar el gobierno de las manos de Cristiano Luis, muerto en 1756, á las de su hijo Federico que lo tuvo hasta 1785, y de las de este á las del gran duque Federico Francisco que ha vivido hasta 1831. Mecklenburgo-Strelitz, desde Adolfo Federico IV, vino á poder de su hermano Luis Federico, y desde Luis Federico al hijo de este, Jorge Federico Cárlos, nacido en 1779, y que sucedió á su padre en 1816. Es de notar que por su apartamiento del teatro de los sucesos en las guerras de la revolucion, nada perdió el Ducado, y ganó algo al principio del siglo presente cuando toda la Alemania estaba trastornada.

En virtud de un acuerdo de la diputacion del Imperio en 1803, siete ciudades lubeckesas enclavadas en el territorio de Mecklenburgo, fueron incorporadas al ducado en indemnizacion de dos canongías de la catedral de Strasburgo, cuya espectativa poseia él como uno de sus derechos desde la paz de Osnabruck. Tambien adquirió el Mecklenburgo-Schwerin por la suma de 1.200,000 thalers, la ciudad de Wismar y las bailias cedidas á la Suecia en la paz de Westphalia. En 1807, Francisco Federico y Luis Federico, entraron en la confederacion del Rhin; pero sin modificar por eso la constitucion de sus estados, sino respetándola mas cada dia. En 1813, se separaron de la confederacion, con la fortuna de que ninguno de aquellos cambios les ocasionase disgustos ni desdichas. Al fin vinieron los tratados de 1816 y la paz general. La Alemania fué definitivamente constituida, y los príncipes de Mecklenburgo obtuvieron ambos la dignidad de Grandes Duques, con que hoy se distinguen, ocupando el décimo cuarto lugar en la Dieta germánica. Francisco Federico siguió disfrutando la dignidad de Gran Duque; Luis Federico no tuvo tiempo para ello, dejando como hemos dicho sus estados á su hijo Jorge Federico, que hoy vive todavia.

IV.

Terminadas las guerras y los tratados que dieron una nueva faz á la Alemania, los Grandes Duques se dedicaron esclusivamente á administrar sus dominios. Allí como en los grandes estados del continente, se sentia el desnivel de los gastos y de las rentas producido por los anteriores sucesos. La dotacion militar votada por los estados ó cámaras del país en 1809, no bastaba para sostener el contingente militar que la confederacion exigia. Aquella dotacion ascendió á 300,000 escudos por la primera vez, y 100,000 escudos anuales, y aun eso lo concedieron con dificultad los estados. Necesitaban prolongar la dotacion y aumentarla, y esto dió lugar en 1818 á muy sérias contestaciones entre los Grandes Duques y los representantes del país. Al fin la nobleza concedió los 100,000 escudos por sí sola y 60,000 las ciudades; pero los Grandes Duques tuvieron que consentir en que sus propias posesiones entrasen á contribuir como las demás. Esto muestra cuanto poder alcanzaban aquellos estados tan antiguos como la familia soberana, constituidos ya en una verdadera cámara sin sentir, y á impulsos de las circunstancias. La revolucion política se habia hecho por sí sola, y desde los antiguos Estados, hermanos de los parlamentos franceses y de las cortes españolas de la edad media, nos hallamos ya trasportados á examinar un verdadero órden constitucional. En el mismo año de 1818, los estados discutieron una ley de reemplazos para el ejército, haciendo desaparecer toda exencion y estableciendo solo el derecho de sustitucion para que pudieran ejercitarlo las familias acomodadas. Tambien se acordó estender el servicio militar á los judios, á pesar de la oposicion de los príncipes, que no querian tener por soldados á los individuos de aquella raza desdichada. El año de 1819 señala un completo desenvolvimiento constitucional en Mecklenburgo. La cámara votó que fuesen públicas sus sesiones, y abolió la servidumbre personal, haciendo oportunos regiamentos para que los antiguos siervos pasaran á ser propietarios sin menoscabo de los intereses de la nobleza. Todo esto se hizo en paz y de comun acuerdo entre los príncipes y los representantes del país. El año de 1819, fué tambien notable, porque la Prusia, contra todas las tradiciones de su política, cedió al gran ducado de Mecklenburgo-Strelitz, un pedazo de territorio, endosado en los dominios de este, en el camino de Strelitz á Fustenberg. En 1821, la cámara mecklenburguesa votó una porcion de leyes importantes; la llamada ley de familia que arreglaba las sucesiones, la ley sobre jurisdiciones patrimoniales y otras fundando escuelas y asilos de mendicidad en beneficio público.

Así corrieron los años tranquilamente hasta mayo de 1842, en que el gran duque de Mecklenburgo-Schwerin, Pablo Federico, murió á la edad de 41 años, muy sentido de todos por sus buenas prendas. Sucedióle con arreglo á la ley de

1821, su hijo Federico Francisco, que hoy vive todavía, nacido en 28 de febrero de 1823. El nuevo Príncipe dirigió una proclama al país dispensando á los funcionarios públicos de renovar el juramento de fidelidad por estar convencido sin eso de la lealtad de todos; y al propio tiempo en otra proclama firmada por su ministro Lutzou, prometió á sus súbditos dedicarse con el mayor celo y afan á procurar sus beneficios. Federico Francisco ha sabido cumplir sus promesas en los once años que hace que tiene en sus manos las riendas del gobierno. En 1845, autorizó la construccion de un ferro-carril que partiendo de Rostock y acercándose á Wismar, fuese á buscar á Schwerin y Hagenon al Mediodia, entroncándose luego con la línea de Berlin á Hamburgo. En 1847, ajustó un tratado de comercio y navegacion con Suecia. Y juntando con estas, otras medidas semejantes encaminadas al bien general, ha logrado ser Federico Francisco uno de los mas amados príncipes que haya habido en aquellos paises. La cámara ha continuado prestándole su cooperacion para todo; y de esta suerte, gracias á los esfuerzos comunes, se logró que el año de 1848 pasase casi desapercibido. Hubo alguna agitacion en los ánimos, como en toda la Alemania, pero el país está tan bien gobernado que no podia pedir nada en justicia, y no se vió por lo mismo el menor tumulto. Solo hubo que deplorar las resultas de la intervencion del contingente militar de Mecklenburgo en Baden, cuando las tropas de la confederacion ocuparon aquel Ducado. Los mecklenburgueses unidos con los prusianos, se condujeron perfectamente en cuantas ocasiones se presentaron de mostrar esfuerzo y disciplina. Pocos meses ha, en medio del campo de ejercicios, cerca de Schwerin se comenzó un monumento á los valientes mecklenburgueses muertos en 1848 y 1849, en aquella espedicion. El 4 de junio último tuvo lugar su inauguracion y bendicion, favorecidas por un tiempo delicioso y gran concurso de gente. El monumento está situado sobre una pequeña altura que presenta la mas hermosa perspectiva sobre Schwerin y sus alrededores; y consta de un bloque sencillo y cuadrilongo de granito, con un yelmo colosal de diez piés de altura, en cuyos lados se leen dos inscripciones. La primera dice: *A los guerreros mecklenburgueses muertos en Schwerin y Baden, durante las campañas de 1848 y 1849, sus compañeros.* Y la segunda: *Tuvieron una muerte gloriosa*; á continuacion están los nombres de los cuarenta y siete guerreros venerados por la sencilla y pacífica gente del contorno.

El territorio de Meklenburgo-Schwerin cuenta cuatrocientos cuarenta y dos mil habitantes, de los cuales tres mil ciento son judíos; cuarenta y una ciudades, once villas y dos mil cien aldeas. El Gran Duque posee muchas tierras en su dominio particular, las cuales encierran hasta nuevecientas noventa aldeas. Mas de quinientos propietarios rurales componen la nobleza del país, de los cuales uno lleva el título de Príncipe, veinte y siete el de conde y doscientos sesenta y tres los de baron y noble. A esta nobleza pertenece la mayor parte del territorio del país, con mil doscientas sesenta y nueve aldeas ó caseríos. Las rentas ascienden á 2.300,000 florines; la deuda pública, comprendida la de Mecklenburgo-Strelitz, llega á 9 1/2

millones de florines. Schwerin, capital y ciudad principal del Gran Ducado, tiene dos mil seiscientos treinta habitantes. El Mecklenburgo-Schwerin tiene dos de los votos de la Dieta germánica en asamblea plena. Su contingente de tropas á la confederacion se compone de tres mil infantes, quinientos caballos y ochenta artilleros con cinco cañones. Mecklenburgo-Strelitz tiene un solo voto en la Dieta, y su contingente no es mas que de setecientos diez y siete hombres. La poblacion es de setenta y nueve mil setecientos habitantes, y reune 500,000 florines de renta. Su capital Nuevo-Streliz es ciudad de cinco mil ochocientos habitantes. En su biblioteca se encuentran antigüedades obotritas y gran número de piedras y monedas antiquísimas de alta importancia histórica halladas en las escavaciones últimamente practicadas en el país. Desde 1815 ambos príncipes llevan el título de Gran Duque, segun dejamos atrás consignado, y ocupan el décimocuarto lugar en el consejo gubernativo de la Dieta germánica. Tienen armas comunes, y se llaman del mismo modo grandes duques de Mecklenburgo, príncipes de la Vandalia, de Schwerin y de Ratzenburgo, condes de Schwerin y señores de Rostock y de Stargard. Para determinar mas la union y la identidad que hay entre ambos estados á pesar de estar gobernados por diferentes príncipes, los diputados de los pueblos y ciudades del país no forman mas que un cuerpo, segun la antigua costumbre. Hay una sola cámara, y ante esa cámara dos gobiernan independientes. La religion es la luterana. Tal es la organizacion extraña de estos estrechos países, de estudio poco importante para medir la situacion de la Europa y averiguar sus condiciones, pero curioso por su singularidad. Debajo de tan extraño gobierno duplo y uno á un tiempo, los mecklenburgueses son de los ciudadanos mas felices de Europa. Sus príncipes, alejados del torbellino de la política general, no piensan mas que en hacer libres y felices á los pueblos. ¡Dichosa aunque extraña organizacion, y mil veces dichosa pequeñez, que á cambio de las vanidades del poder y de la gloria da al Mecklenburgo tanto reposo, tanta alegría doméstica y tanta prosperidad verdadera!

Madrid, Enero de 1854.

JUAN BAUTISTA HERRERO.



C. Legrand dib.º y lit.º

Lit. de J. Donon Madrid.



LUIS III GRAN DUQUE

DE HESSE.

FEDERICO GUILLERMO I.

I.





DE HESSE.

HESSE.

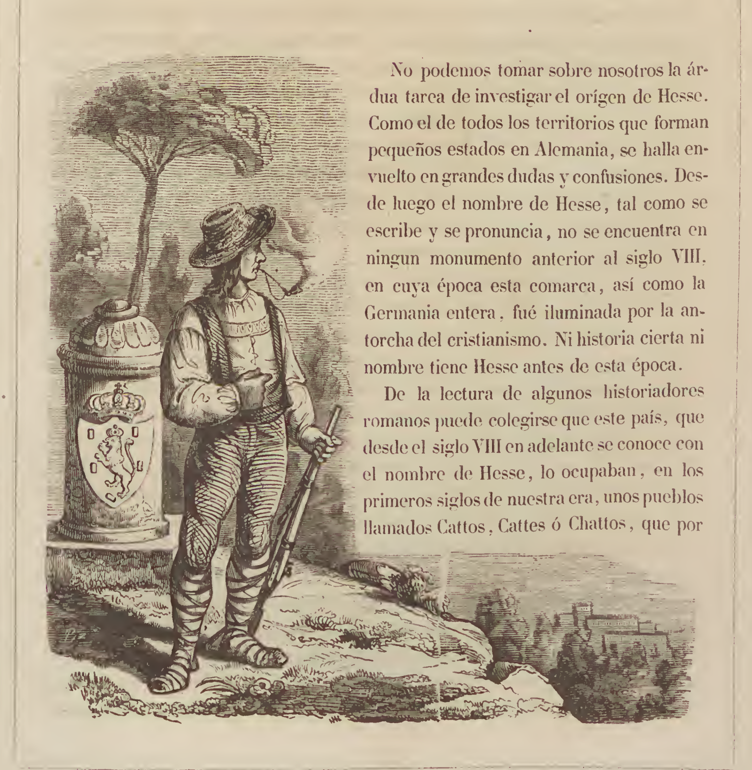
HESSE-ELECTORAL.

FEDERICO GUILLERMO I.

HESSE-GRAN DUCAL.

LUIS III, GRAN DUQUE.

I.



No podemos tomar sobre nosotros la árdua tarea de investigar el orígen de Hesse. Como el de todos los territorios que forman pequeños estados en Alemania, se halla envuelto en grandes dudas y confusiones. Desde luego el nombre de Hesse, tal como se escribe y se pronuncia, no se encuentra en ningun monumento anterior al siglo VIII, en cuya época esta comarca, así como la Germania entera, fué iluminada por la antorcha del cristianismo. Ni historia cierta ni nombre tiene Hesse antes de esta época.

De la lectura de algunos historiadores romanos puede colegirse que este país, que desde el siglo VIII en adelante se conoce con el nombre de Hesse, lo ocupaban, en los primeros siglos de nuestra era, unos pueblos llamados Cattos, Cattes ó Chattos, que por

tan varia manera se los distingue, al cual no pudieron nunca sujetar las águilas imperiales. Eran estos cattos, á lo que se supone, además de intrépidos y fuertes, de asperísimas costumbres, de instintos feroces é idólatras en el culto.

En el siglo IV toda esta parte de Alemania, donde se cree que residian los cattos, fué incluida en el territorio francés, y á fines del siglo V formó una provincia de la poderosa monarquía de Clovis. Del mismo modo la Turingia, vecina del futuro Hesse, sucumbió y se hizo tributaria de la nacion francesa. Eran los turingianos gente de singular valor y destreza en el manejo de las armas, y amaban con heróico frenesí su independencia; pero no pudieron resistir al superior poder de sus enemigos. A la muerte de Clovis, Thierri, su hijo, que entró á sucederle, partió la Turingia entre él y los Sajones, y antes de mucho se trabó una guerra sangrienta entre franceses y sajones, siendo teatro de ella el territorio de Turingia y el de Hesse, que por este motivo padeció grandes calamidades. Vencidos al fin, y subyugados los sajones por Pepino, no tardaron en levantarse de nuevo, arrastrando en su favor á los resentidos turingianos y hesseses. Entonces vino Carlomagno al frente de poderoso ejército, y despues de castigar cruelmente la rebelion, hizo en sajones y hesseses horrible matanza por no querer ellos someterse al cristianismo. Debian los naturales haber abandonado este culto despues de recibir el bautismo, porque consta que el papa Gregorio II, para atraer á los naturales de aquellas regiones al dogma católico, envió allá, bajo su proteccion y la de Cárlos Martel, á un reverendo padre llamado Bonifacio, que comenzó por los años de 720 á 730 la predicacion del Evangelio. El suceso fué como sigue:

Llevaba el padre Bonifacio la firme resolucion de morir como mártir ó convertir los habitantes de Hesse á la fe de Jesucristo. Comenzó su predicacion con buen éxito; pero no faltó un pagano docto que, ejerciendo grande influencia en el ánimo de aquellos infelices moradores, se emplease en destruir por su parte la obra del ministro de Dios. Así sucedia que, al paso que unos naturales doblaban su rodilla ante la cruz y pedian á Dios el perdon de sus culpas, otros continuaban ejerciendo cada vez con mas fe las prácticas de la idolatría. Bonifacio, sin embargo, perseverante en su intento, iba adelantando poco á poco en su empresa, y para darla cima en un momento imaginó echar por tierra el principal ídolo de los hesseses. Era el ídolo una vieja encina que habia en Geismar consagrada al Dios Thor ó á Júpiter tonante. El plan que formó Bonifacio y la manera que tuvo de realizarlo fueron estos. Por lo general se hallaba siempre la vieja encina rodeada de gran parte del pueblo que la veneraba y custodiaba. Convino Bonifacio con algunos hesseses convertidos en asistir cierto dia al sitio del ídolo, y llegado que fué, con la ayuda de aquellos y su determinacion heróica, logró derribarlo sin que nadie se opusiera á su inténto. La mansedumbre y sufrimiento de los hesseses idólatras, cuando se esperaban por lo menos grandes quejas, tenia una esplicacion satisfactoria. Aquellas gentes confiaban en que el rayo del cielo vengaria instantáneamente tan atroz atentado como les parecia la destruccion del ídolo; mas viendo que quedaba impu-

ne y que nada les sucedia á los que lo habian hecho, despertaron de su error, y si al principio se mostraron solamente frios y tranquilos al espectáculo, luego con unánimes gritos pidieron el bautismo. En premio de tan señalados servicios á la fe católica, recibió Bonifacio del Papa la investidura del pálio y el arzobispado de Maguncia. Comenzaron entonces á edificarse iglesias, conventos y monasterios, que sucesivamente fueron multiplicándose, así en la Hesse como en el resto de la Germania. Pero el cristianismo en un principio no suavizó de tal manera las costumbres de este pueblo que no tuviese Gregorio III que revestir á Bonifacio de una grande autoridad sobre él, recomendándole ciertas disposiciones que convenia plantear para que ni el padre matase á los hijos, ni estos á él, ni los hermanos á los hermanos, ni continuasen otras prácticas no menos bárbaras que las antiguas costumbres habian sancionado y que por sí solas ponen de manifiesto cuál era el verdadero estado de la Hesse en el octavo siglo. Esto hizo mas tarde forzosa la espedicion y el castigo de Carlomagno de que antes hablamos.

Pero apartándonos ya de estos siglos oscuros y tenebrosos, acerca de los cuales vaga el historiador y se pierde en hipótesis y congeturas, diremos que los hesseses, así como los demás pueblos de la Franconia ó Francia oriental, sirvieron con valor y lealtad á Luis el Germánico en sus guerras, al propio tiempo que se abstuvieron de tomar la menor parte en las turbulencias que alteraron el corto y desdichado reinado de Cárlos el *Gordo*. Despues de la muerte de este Príncipe (880), los hesseses se adhirieron á Arnout, hijo natural de Corlomagno, rey de Baviera y nieto de Luis el Germánico, y continuaron bajo la obediencia de su hijo Luis IV, apellidado el *Niño*, porque habia sucedido á su padre en tiernos años. Aprovechándose de la minoría del Príncipe, Adalberto, conde de Bamberg, y sus hermanos entraron en la Hesse trayendo consigo la desolacion y la ruina. De esta invasion resultó muerto á manos del propio Adalberto, Conrado, conde de Hesse y hermano del obispo de Wurtzbourg, quien sabedor del horrendo crímen que se habia perpetrado en la persona de su hermano, citó á Adalberto ante la dieta de Tribur, cerca de Maguncia, donde aunque no comparecio fué condenado por el clero á muerte. Poco tiempo despues, cogido á traicion por el arzobispo de Maguncia, hizo este que rodase su cabeza y quedó cumplido el fallo de la Dieta. Apenas repuestos los hesseses de los infortunios que les habia traido Adalberto, tuvieron que habérselas con otro enemigo mas formidable. Fué este un ejército de hunnos que invadió el país y contra el cual la Hesse se puso en armas, llamando en su ayuda á la Alemania entera, interesada como ella en oponerse al torrente que amenazaba destruirlos á todos. Presentada la batalla, los hesseses y sus aliados fueron completamente derrotados, costando la vida, entre otros á Burchard, duque de Turingia, de cuyas resultas fué suprimido este ducado y dada esta provincia por el emperador Luis IV, á Othon, duque de Sajonia. Luis IV murió célibe, y con él se extinguió en Alemania la raza de los Carlovingios.

Aseguran los historiadores que ya por entonces habia en la Hesse una forma

de gobierno determinada. Su comarca tomó la misma extension que la que se conoce hoy con el mismo nombre, y comprendia entero el principado de Marbourg y una parte de la Weteravia. Fritzlar se consideraba como la capital. Todo este territorio estaba gobernado por condes, los cuales aunque en un principio solo tenian el encargo de administrar justicia, mantener el órden en tiempos de paz, y mandar cada cual las tropas de sus provincias en tiempo de guerra, poco á poco y á medida que la autoridad imperial se fué debilitando, lograron hacer hereditarios sus cargos. Por lo general, á la cabeza de cada provincia habia un duque, al cual estaban subordinados los condes, escepto algunos de ellos que directamente dependian del Emperador. Es dudoso si la Hesse tenia á su cabeza alguno de aquellos duques ó si dependia del ducado de Turingia ó del de Franconia; pero aunque no hay ningun dato que lo acredite, toda vez que la Hesse, segun resulta, formó siempre parte de la Franconia, puede deducirse que los condes de de esta provincia dependian de los duques de aquel nombre. Estos eran tan poderosos que su autoridad infundió recelos en los mayordomos de palacio, que tan pronto como usurparon la autoridad real, suprimieron aquella dignidad, la cual no fué restablecida hasta la muerte de Conrado, conde de Hesse, el que fué asesinado por Adalberto. Restablecióse á favor de los hijos de Conrado el ducado de Franconia, de suerte que el primogénito de este, reunió á la dignidad de duque de Franconia la de conde de Hesse, y cuando los sufragios de los grandes de Germania lo elevaron al trono imperial, hizo cesion de aquel ducado en favor de su hermano Ebérhard, y del condado de Hesse en favor de Othon, otro de sus hermanos. Con semejante arreglo, esta familia que poseia además una gran extension de tierras vino á ser la mas poderosa de la Franconia y de la Hesse. Ella suponia, que traia orígen de Begon, conde de París, casado con Alpaïde, hija de Carlomagno, pero nada hay que lo acredite ni que pueda persuadir que así fuese.

Hallábase dividida la Germania en dos grandes facciones, ambas igualmente poderosas y rivales. La de Franconia que además del poder que alcanzó con la elevacion de Conrado al trono imperial, contaba ahora con todos los pueblos sometidos antes á la dominacion francesa, y la de Sajonia que tenia sus leyes propias y un idioma que le era peculiar. Cada una de estas facciones ó familias, tendia á elevar al trono del imperio un príncipe de su sangre. Conrado, cuando todavía no habia sido reconocido como gefe del imperio, queriendo avasallar á la casa de Sajonia, se aprovechó de la muerte de Othon para poner de su parte á la nobleza que debia obedecer á Enrique el *Cazador*, hijo y heredero de aquel Príncipe. Esto produjo guerras sangrientas en las cuales fué vencido Conrado y por gran manera maltratada la Hesse. El conde Ebérhard, hermano del Emperador, fué completamente derrotado por Enrique el *Cazador*, al propio tiempo que Arnout, duque de Baviera y celosísimo partidario de la casa de Sajonia, arrastró tras sí á los húngaros, y llevó con ellos el estrago y la desolacion desde el Danubio hasta Bresnia. Murió Conrado (1032), y subió al trono del imperio Enrique el *Cazador*, bajo

cuyo reinado disfrutó de paz y de tranquilidad la Hesse. A Enrique sucedió Othon I, su hijo, apellidado el *Grande*; y en su tiempo Ebérhard, duque de Franconia, envidioso del poder de los sajones, invadió á Elmashausen, ciudad que redujo á cenizas, haciendo una horrible carnicería en todos sus habitantes, sin otra causa ni pretexto que su enemiga contra la casa de Sajonia. Tan horroroso atentado no quedó impune. Despues de vérsele obligado á deponer las armas, Ebérhard fué destituido, y nombrado duque de Franconia su sobrino Conrado, apellidado el *Sabio*.

Desde el año de 1052, al de 1040 en que tuvieron lugar estos acontecimientos, y durante los cuales la corona imperial pasó sucesivamente sobre las cabezas de Othon II, Othon III y Enrique II, todos tres príncipes sajones, hasta venir á parar en Conrado II, duque de Franconia, la Hesse disfrutó de una paz envidiable, sin tomar parte en las contiendas dinásticas ó de sucesion al imperio que habian mantenido aquellas dos casas, á pesar de los lazos de familia que unian á Othon con la última. Pero como estas reyertas se apaciguaban solo por cierto espacio de tiempo, mientras el vencido reunia elementos con que volver á levantar la cabeza, despues de la muerte del emperador Conrado II, y de la de su hijo y sucesor Enrique III, á la elevacion del príncipe heredero Enrique IV, ocurrieron nuevas turbulencias por parte de los sajones, enemigos irreconciliables de la casa reinante. No tardaron en formarse por todas partes ligas contra el jóven Emperador como quisiese repudiar á su esposa, habiendo prometido al arzobispo de Maguncia, si se ponia de su parte, los diezmos de toda la Turingia, protestaron contra semejante medida los pueblos de esta provincia, sostenidos por Luis, hijo primogénito de Luis el *Barbudo*, el cual defendió con las armas su causa. La muerte del Emperador apaciguó los ánimos, y la Hesse, que habia sido teatro de la contienda, quedó tranquila, aunque deplorando los males que tantos sucesos le habian ocasionado. Siguió á este otro período, no menos largo de acontecimientos importantes, en los cuales no tomó ninguna parte la Hesse. Fué el caso que, habiendo muerto sin sucesion el emperador Enrique V, hijo de Enrique IV, y los dos pertenecientes á la casa de Franconia, volvieron nuevamente á la contienda las dos familias rivales. Los sajones, ayudados del arzobispo de Maguncia, pretendian colocar sobre el trono á Lotario, duque de Sajonia, con perjuicio de Leopoldo margrave de Austria, de Federico, duque de Saboya, y de Conrado, duque de Franconia, los tres hijos de Agnes, hermana del difunto Emperador que habia casado con Rodolfo, duque de Saboya. Conrado, el mas digno de suceder á su tio, sublevó contra Lotario á muchos príncipes de Alemania, y con su apoyo pasó á Italia y se coronó Emperador en Milan. Lotario por su parte, queriendo recompensar á los que le habian prestado ayuda, elevó á Luis Schanenbourg, hijo de Luis el *Barbudo*, á la dignidad de landgrave de Turingia, con la aprobacion de los estados del imperio.

No se sabe á punto cierto cuál fuera por este tiempo la suerte de la Hesse, ni

quién la gobernase á la sazon. Durante siglo y medio en que tuvieron lugar los sucesos que ligeramente hemos apuntado, apenas hablan los historiadores sino como cosa incidental de la Hesse. Parece, sin embargo, que Luis Schanenbourg, además de las recompensas que recibió de Lotario por su adhesion, obtuvo los bienes alodiales que la casa de Franconia poseia en la Hesse y en el condado de la Lalme, viniendo á poseer por tal manera la mayor parte de la Hesse en su extension natural. Muerto este, Luis dejó el landgraviato de Turingia para su primogénito Luis II de este nombre, y los grandes dominios que poseia en la Hesse, para su segundo hijo llamado Enrique Raspon. Nada se sabe tampoco de este Príncipe ni de sus herederos, y para hallar nuevamente al poseedor de estos estados, necesitamos recorrer la cronología de los príncipes que se sucedieron en el landgraviato de Turingia, que habia heredado, como dejamos dicho, el primogénito de Luis Schanenbourg, bajo el nombre de Luis II (1168). Este Príncipe, que mereció el dictado de *Hierro* por la opresion y la tiranía que ejerció en sus estados, tuvo de su matrimonio con Judit, hermana del emperador Federico, tres hijos: Luis, que fué el tercer Landgrave de este nombre; Herman, que fué elevado á la dignidad de conde Palatino de Sajonia, y Federico, que murió sin hijos. No habiéndolos tenido tampoco Luis, entró Herman en posesion del Landgraviato; y de su casamiento con Sofía, hija del conde Palatino de Sajonia, tuvo dos hijas, de las cuales la primera, llamada Judit, casó con Thierri, margrave de Misnia, y fué madre de Enrique el *Ilustre*; y de su segundo matrimonio con una hija de Othon de Witelspach, Herman tuvo á Luis, mas tarde apellidado el *Santo*, á Enrique Raspon y á Conrado. Recogió la herencia del Landgraviato (1215) Luis, que contrajo nupcias con Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, y de la cual tuvo tres hijos, Herman, Sofía, que casó con Enrique duque de Brabante, y otra hija que entró en un convento haciéndose religiosa. Murió Luis el *Santo* en Otranto á punto que se disponia á embarcarse para la Palestina, y entró á sucederle su primogénito Herman II, que muriendo muy jóven y sin hijos, dejó toda la herencia para que se la repartiesen entre sí á sus tios Raspon y Conrado, hermanos de Luis el *Santo*. En las particiones que hicieron estos príncipes, la Turingia tocó á Enrique, y á Conrado la Hesse. No fué muy duradero tampoco este arreglo. Fatigado Conrado de sus largas querellas con el arzobispo de Maguncia, se hizo sacerdote y entró en la órden Teutónica, dentro de la cual llegó á ser Gran Maestre, y por semejante cambio de estado, Enrique Raspon, su hermano, reunió en sí todos los bienes y pertenencias de su casa. Cediendo las excitaciones reiteradas del Papa Inocencio IV, enemigo implacable del emperador Federico II, Enrique, despues de muchas dudas y vacilaciones, consintió en ser elegido Emperador; pero como á la eleccion solo habia asistido el clero, quedó con el título burlesco de *Rey de los clérigos*. Entonces Enrique quiso mantener con las armas la dignidad á que habia sido elevado: derrotó á Conrado, rey de los romanos é hijo de Federico, en batalla campal, y en muy poco tiempo se hizo

dueño de una gran parte del imperio. Poco constante le fué, sin embargo, la fortuna. Derrotado á su vez en un nuevo encuentro que tuvo con Conrado, murió á poco tiempo de resultas de las heridas que habia recibido, sin dejar ningun hijo, siendo de esta suerte el último vástago de la casa de Turingia. Aconteció su muerte en el año de 1242.

Sobrevinieron despues notables trastornos con motivo de la sucesion á sus estados; y por último, cada una de las provincias que reconocian á Enrique por su soberano, formó un estado independiente. Eran estas la Hesse, que se erigió en principado, el landgraviato de Turingia y el condado Palatino de Sajonia. Entre todas habian formado en el centro de Alemania el estado mas grande, mas fértil, y mas poblado que hubiese á la sazon. Pero hay que advertir que el palatinado de Sajonia y el landgraviato de Turingia pertenecian á los nobles del imperio, y que una vez vacantes, tenian que ser conferidos por el Emperador, siguiendo las leyes y las costumbres del mismo. La mayor parte de la Hesse y una gran parte de la Turingia, consistian en tierras *alodiales*; las cuales, con arreglo á las leyes civiles, debian pasar como bienes propios al pariente mas cercano del difunto Enrique, sin reconocer otra dependencia que la del imperio. Habia, por tanto, en la Hesse dos sucesiones de diversa naturaleza; la del feudo y la de los allegados ó parientes. Relativamente á estos, no ofrecia el caso ninguna dificultad, porque debian pasar á Sofia, hija de Luis IV, último de los landgraves de Turingia, que habia dejado posteridad. Sofia, segun atrás dejamos dicho, habia casado con Enrique, duque de Brabante, apellidado el *Magnánimo*, de cuyo matrimonio habia tenido un hijo llamado Enrique el *Niño*, que fué el fundador de la casa de Turingia. Despues de Sofia venia Enrique el *Ilustre*, margrave de Misnia, habido en el matrimonio de Judith, hija de Herman I; seguia Herman, conde de Henneberg, habido en el segundo matrimonio de Judith con un conde desconocido. Venia detrás Enrique II, príncipe de Anhalt, y por último, iba Sigifredo su hermano, conde de Ascania, ambos habidos en el matrimonio de Irmengarda, hija del landgrave Herman I, con un príncipe de Anhalt.

Sofia tenia, pues, derechos incontestables á los estados de Hesse, y es, por decirlo así, el tronco de la familia que desde entonces hasta nuestros dias ha venido poseyéndolos. Surgieron, como era natural, disputas y desavenencias sobre la sucesion, pero al cabo Sofia, el duque de Brabante su esposo, y Enrique su hijo, tomaron posesion de los estados de Hesse, donde fué reconocido por señor el jóven Príncipe, que á la sazon contaba tres años. Del mismo modo los estados de Turingia le reconocieron por legítimo heredero y señor de los bienes *alodiales* que le correspondian de esta casa. En posesion ya de sus estados y de todos sus derechos el jóven Enrique I, surgió una disputa entre Enrique el *Ilustre* y el conde de Anhalt, sobre á cuál de los dos pertenecia el landgraviato de Turingia; y fiada la resolucion á las armas, la victoria, que quedó por Enrique el *Ilustre*, le dió tambien la posesion del Landgraviato. En esto murió el duque de Brabante, y So-

fia, que gobernaba el estado durante la minoría de su hijo, no tuvo reparo en confiar los intereses de este á la tutela de Enrique el *Ilustre*. Pero si el Landgrave en un principio administró bien los estados de su pupilo, no tardó en concebir el designio de despojarle de ellos. Favoreciéronle las circunstancias por la ausencia de Sofía y por la autoridad ilimitada que la Duquesa le habia dejado. Comenzó por apropiarse la parte de Turingia, devuelta al jóven Príncipe á título de bienes *alodiales*, y cuando volvió Sofía, se negó completamente á entregar los estados cuyo gobierno le habia confiado interinamente.

Indignada la Duquesa, pidió socorro á Alberto de Brunswick, guerrero esforzado y de grande esperiencia, el cual se prestó muy gustoso á la defensa de los derechos del jóven Príncipe, y entrando á la cabeza de un ejército en el landgraviato de Turingia, lo llevó todo á sangre y fuego, haciendo lo propio con la Misnia. De parte de Enrique el *Ilustre* se puso el arzobispo de Maguncia con un buen número de soldados. Trabóse la guerra, y Alberto salió victorioso, tratando despues como á país conquistado las poblaciones y tierras del enemigo. Esto último hizo muy odiosa la conducta de Alberto, el cual, si se hubiera limitado á castigar la rapacidad de Enrique el *Ilustre*, como á poco que hizo lo consiguió, habria hecho un gran bien á la Duquesa viuda y á los derechos del Príncipe su hijo, y no hubiera traido sobre sí propio los males que le sobrevinieron. Pero fué el caso que una vez empeñado en la guerra y resuelto á cometer toda clase de escesos, llevó el estrago y la desolacion por todas partes, dando ocasion á que, levantándose los turingianos bajo el mando del hijo del Landgrave, y yendo hácia él en gran número y con grandes fuerzas, le acometiesen en batalla campal, donde fué vencido y hecho prisionero. Tan desgraciado golpe de fortuna hizo que se perdiese todo lo ganado, y que así como por su libertad le pedian á Alberto sus contrarios grandes sumas de plata, exigiesen del jóven príncipe de Hesse y de la Duquesa viuda una renuncia formal de los bienes que poseian en la Turingia por sí, sus hijos y sucesores. Uno y otros no pudieron menos de aceptar este pacto despues de sérias dificultades y largas discusiones, verificándose un arreglo mediante el cual se comprometió Alberto por su parte á entregar ocho mil marcos de plata en cambio de su libertad, y á ceder en favor de Sofía y de su hijo, y como recompensa de lo que por otra parte dejaban de poseer, ocho castillos con sus respectivos distritos, que forzosamente habia de segregar de sus estados, renunciando á ellos para siempre. Con semejante pacto y con la paz que, como consecuencia de él, quedó establecida, se fijó la suerte definitiva de la Hesse y de la Turingia, quedando en quieta y pacífica posesion del primero de estos estados Enrique I (1264), desde entonces y para en adelante. Mas ya por este tiempo habia llegado el jóven Príncipe á su mayor edad, y la Duquesa viuda resignó en él el gobierno que con tanto celo como acierto habia regentado desde la muerte de su esposo.

II.

Desde sus mas tiernos años habia manifestado Enrique I grandes cualidades de mando, principalmente mucha aficion á las armas, para cuyo ejercicio contaba con las mejores condiciones militares, como son el valor, la constancia y la firmeza. Todas estas prendas que concurrian en el Príncipe hacian falta para la administracion y gobierno de los estados de Hesse, despues de tantos años de luchas y de guerras y cuando todavía puede decirse no se miraban á cubierto de temibles adversarios y enemigos. Por eso, lo primero que hizo Enrique I fué celebrar un tratado de amistad y alianza con el margrave de Misnia, ya poseedor por entero de la Turingia; tratado, que con el tiempo dió orígen á dos pactos de confraternidad y sucesion que se han conservado por mucho tiempo. Libre ya de este antiguo adversario, así por el tratado que acababa de celebrar como por el pacto de sucesion que poco antes habia firmado la Duquesa viuda, iba á consagrarse á la administracion de sus pueblos, cuando un nuevo enemigo vino á estorbárselo. Fué este el obispo de Paderborn, prelado intrigante, guerrero y ambicioso, que haciendo valer quejas pasadas tomó las armas contra el Landgrave, y fué á presentarle batalla. Por dos veces fué el obispo derrotado por Enrique haciéndole humillar la cerviz; pero este ejemplo del valor y esfuerzo del príncipe de Hesse no intimidó lo bastante al arzobispo de Maguncia que se creyese incapaz de imponerle respeto, llamando en su ayuda á los condes de Ziegenhaya y de Battenberg á fin de volver á luchar con Enrique. Cúpoles la misma suerte que al obispo de Paderborn y fueron obligados á demandar la paz bajo condiciones muy duras que les otorgó el Príncipe, amenazándoles todavía con graves penas si en lo sucesivo se levantaban de nuevo en armas contra su persona. Por estas y otras victorias, que Enrique I consiguió contra todos los enemigos de su casa, logró hacerse respetar de sus vecinos. El resto de su vida hubiera sido pacífico y tranquilo si algunos de los señores de sus estados, confiando mas de lo que debian en la fuerza y en la situacion de sus castillos, no hubieran rehusado prestarle homenage, pretendiendo no depender sino del emperador. No contentos con esto, alteraron la tranquilidad pública, ejecutando en los pueblos las mas odiosas exacciones y dando otros motivos no menos graves á la indignacion del Príncipe que, ardiendo en cólera, marchó contra ellos, y castigando á unos primero, luego á otros, les obligó á reconocer su autoridad. El órden y la tranquilidad quedaron restablecidos; y no teniendo Enrique ya nada que temer ni de sus vecinos ni de sus vasallos, trabajó con tanta habilidad como ardor por conseguir el título de príncipe del Imperio, al cual se creia con derecho, así por su nacimiento como por su poder. Obtúvolo (1292) de el emperador Adolfo de Nassau y de los estados de

Alemania, concediéndosele además el derecho de sufragio en la Dieta; pero como para revestirse de semejante título le hacia falta necesariamente poseer algun feudo que dependiera inmediatamente del imperio, Adolfo de Nassau, en el mismo diploma por el cual le creaba príncipe del Imperio, le dió la investidura del castillo de Boinebourg y la de la ciudad de Efchwege con su territorio.

Cuando Enrique llegaba al término de su carrera y se consideraba libre en sus estados, de tantos acontecimientos y de tantos sucesos como habian alterado su espíritu durante su vida, la suerte, que no dejaba de ofrecerle ocasiones en que probar su resignacion y sufrimiento, quiso que el primogénito de sus hijos y de su propio nombre se sublevase contra su autoridad y provocase una guerra civil. Pero esta vez venia la ofensa de parte de un hijo, y mas que de un hijo del Príncipe heredero, y le fué forzoso mostrar cierto género de templanza que no habia usado con nadie ni en ninguna ocasion durante su vida. Mediando el emperador Adolfo, padre é hijo llegaron á reconciliarse, no sin promesa formal de este de que jamás daria otro motivo de queja á su anciano y virtuoso padre. El primogénito Enrique murió á poco; y su hermano segundo llamado Othon, hijos ambos del primer matrimonio del Landgrave con Adelaida, hija de Othon, duque de Brunswick, debia quedar por legítimo y universal heredero de todos los estados de Hesse. Pero Enrique I habia casado en segundas nupcias con Matilde, hija de Thierri, conde de Cleves, y de este matrimonio habia tenido dos varones; Juan y Luis, el primero de los cuales, en vida aun de su padre, promovió disputas con Othon, pretendiendo participacion en los estados. No quiso ceder, como era natural, Othon; y solo el ascendiente que tenia Matilde en el ánimo de su esposo, pudo recabar de este la injusta medida de que Othon saliese de la Hesse y de que Juan fuese asociado á la regencia. Vivió Enrique I todavía algunos años, y murió en el de 1308, á los sesenta y tres de edad. No bien llegó á noticias de Othon el fallecimiento de su padre, volvió á la Hesse; y no guardando ya rencor ninguno á su hermano Juan, ni este á él, compartieron entre sí la herencia, haciéndose reconocer Othon por landgrave de la Alta Hesse, y Juan, de la Baja Hesse, con el título tambien de Landgrave. El primero fijó su residencia en Marburgo, y el segundo en Cassel. En cuanto al otro hijo de Enrique I, llamado Luis, sábese que abrazó el estado eclesiástico y que llegó á ser obispo de Munster; y en cuanto las hijas que tuvo de su segundo matrimonio con Matilde y que casaron con grandes príncipes y señores, refiérese de una de ellas la interesante anécdota que vamos á contar. Llamábase esta, Sofía, princesa que por su extraordinaria belleza llamaba la atencion de cuantos la conocian. Entre los muchos que se presentaron á solicitar su mano, fueron los mas tenaces los tres condes de Waldeck, hermanos y coherederos, sucediendo que los tres se hallasen á un tiempo enamorados de la Princesa. Pues aconteció que, lejos de disputársela los hermanos por manera ágria y belicosa, convinieron en dejarla á ella la libertad de elegir, y prometieron, no solamente desistir de toda tentativa y propósito los que no saliesen favorecidos, sino toda-

vía ceder al que saliese la parte que en la heredad comun les tocaba á los tres. Elevado el caso á la resolucion de Sofía, quiso la suerte que eligiese al menor de ellos; y sus hermanos, fieles á su palabra y compromiso, le hicieron completa cesion de todos sus derechos. Tal fué el resultado de esta curiosa cuestion que llamó por entonces la atencion de todos los príncipes y estados del imperio.

Antes de pasar adelante en nuestra narracion, conviene que hagamos memoria de un hecho importantísimo, por lo que pueda interesar en el curso de nuestra reseña al engrandecimiento de la casa de Hesse. Como el duque de Brabante, al contraer nupcias con Sofía, hija de Luis IV, el último de los landgraves de Turingia, llevaba dos hijos de su primer matrimonio, antes de morir se formaron de ellos dos ramas. La primera, de los duques de Brabante, cuyos estados pasaron á los dos hijos de su primera esposa; y la segunda, de los landgraves de Hesse, que recayó, como no podia menos, en el hijo de Sofía, su segunda esposa y heredera de estos estados. Por tal manera, los príncipes de Hesse debian ser legítimos herederos de la casa de Brabante en el caso que los príncipes de esta rama llegaran á extinguirse.

Othon y Juan, landgraves de la Alta y de la Baja Hesse, vivieron en buena inteligencia sin recordar sus pasadas querellas, y unidos ambos recuperaron por la fuerza algunas tierras y muchos castillos, que se habian atribuido en perjuicio de ellos varios príncipes vecinos. Murió Juan sin hijos, y Othon se hizo reconocer como landgrave de toda la Hesse, á cuya administracion se consagró con un celo é inteligencia que le grangearon el amor y el cariño de todos sus súbditos. Fué Othon uno de los mejores príncipes que hayan tenido el gobierno de estos estados. Aleccionado con la experiencia y convencido de que hacia falta establecer bajo reglas fijas el derecho de sucesion, que en sus primeros años le habia costado á él, no ya un destierro, sino la division de una herencia que en justicia le tocaba entera, quiso apartar estos males de sus hijos y sucesores fijando el derecho de primogenitura, con el cual no habria lugar á nuevas disputas y contiendas entre los príncipes de la casa. Acordólo así y dejó mandado tambien que al primogénito se le diese el título de *Landgrave, muy bondadoso señor,* y á los otros el de *Landgraves, bondadosos y nobles,* para alejar todo temor de que ninguno se creyese con tantos títulos ni derechos como el Príncipe heredero. Arreglado de tal manera el derecho de sucesion, y reformada la administracion del país con acertadas disposiciones que adoptó este buen Príncipe, tuvo que habérselas en sus últimos años con el conde Enrique de Waldeck, que le disputaba la ciudad de Buraburgo, sostenido por el abad de Fuld, el mas injusto, el mas intrigante y el mas cobarde de los hombres. Al propio tiempo le inquietaban Pedro y Matías, sucesivamente arzobispos de Maguncia, y como tales tenaces enemigos de su casa, quienes mas de una vez llevaron su piadoso furor al seno de la Hesse aprovechando la coyuntura de verla gobernada por un anciano. Pero quiso la suerte que ya por este tiempo el primogénito de Othon, Príncipe valeroso y de grandes prendas, pudiese hacerse

cargo de la defensa de su padre; y tanto los arzobispos como los otros enemigos de su casa, salieron vencidos cuantas veces intentaron alterar la tranquilidad de la Hesse. Murió Othon, y su tumba fué regada de abundantes lágrimas por todos sus súbditos. De su matrimonio con Adelaida de Baveusberg dejó cuatro hijos y dos hijas. Enrique II, apellidado de *Hierro*, que le sucedió en el landgraviato (1328), Luis, Othon y Herman. De estos tres, Othon fué elevado á la dignidad de obispo de Magdenburgo por el papa Juan XXII; Herman vivió y murió célibe, y Luis tuvo dos hijos, que andando el tiempo vinieron á ser los herederos de la Hesse.

Durante sus primeros años, aprovechando la paz que disfrutaban sus estados, Enrique II se consagró al ornato, ensanche y fortificacion de Cassel, de cuya poblacion queria hacer una capital de importancia. No tardó, sin embargo, el arzobispo de Maguncia en distraerle de estas ocupaciones; solo que Enrique, como buen guerrero, lejos de perder con tales desavenencias, logró ensanchar sus estados y adquirir nuevos dominios, obligando, por último, al arzobispo á demandar la paz con condiciones muy onerosas (1348). Por estas victorias, así como por la sabiduría de su gobierno, adquirió Enrique tan justos títulos, como su padre el aprecio de sus súbditos. El Landgrave habia tenido dos hijos; Othon y Enrique, que á poco murió. Othon desde sus primeros años habia mostrado grande aficion á las armas, y tuvo ocasion de señalarse en las guerras de su padre contra el arzobispo de Maguncia. Por estos servicios, así como por su talento, determinó Enrique II asociarlo al gobierno; pero no se sabe por qué motivo se rompió la buena inteligencia entre el padre y el hijo. Entonces Othon, en cuyo pecho ardia un escesivo amor á la guerra, discurrió el proyecto de ponerse al servicio de alguna corte extranjera que estuviese empeñada en armas. Opúsose Enrique á este designio; pero Othon no hizo caso del consejo, marchó de incógnito y se puso al servicio de Thierry de Cleves, Príncipe esforzado, que tenia una hija de extremada y singular belleza. Othon estuvo de incógnito en aquel país prestando grandes servicios sin que nadie sospechara lo que era, aunque sí lo tuviesen todos por jóven valeroso y de distinguido nacimiento. Su valor y heroismo merecian de contínuo las mas públicas alabanzas, hasta que cierto dia que por casualidad un hesses entró en la ciudad y le reconoció, divulgando su nacimiento, le dió á conocer como Príncipe heredero de Hesse. Asombrado del descubrimiento el conde de Cleves, le hizo tributar los mas grandes honores y le dió en matrimonio á su hija, á quien Othon habia amado hasta entonces como simple caballero.

Othon volvió á Hesse con su bella esposa, y murió á poco tiempo en Spaugenber, al parecer emponzoñado por el abad de Fuld. Afligióle tanto mas á Enrique II esta pérdida, cuanto que ella era doblemente irreparable, no teniendo mas que aquel hijo. Llamó entonces á Herman, sobrino suyo é hijo de Luis su hermano, lo casó con Juana de Nassau y lo asoció al gobierno. Opúsose á ello Othon, duque de Brunswick y nieto de Enrique, por el casamiento de Isabel su hija con el príncipe Ernesto, y quiso hacer valer por las armas su derecho. Empeñóse la guerra, y

Othon pidió y obtuvo el auxilio de otros príncipes, al paso que Enrique II interesó por su parte al margrave de Misnia y al landgrave de Turingia, celebrándose un pacto de familia entre estas tres casas, mediante el cual habian de entrar á sucederse recíprocamente en lo sucesivo por defecto de herederos en todos sus bienes, derechos y dominios. En este pacto, que aun hoy dia se conserva, se habla del comun enemigo de las tres casas, que era el duque de Brunswick. Enrique II sobrevivió poco á este tratado, y murió cubierto de gloria y muy llorado por sus súbditos.

Herman I, apellidado el *Docto* por el impulso que dió á las universidades y por su amor á las ciencias, apenas tomó las riendas del gobierno, tuvo que luchar con su sobrino y rival Othon de Brunswick, el cual, poniendo de su parte á la nobleza de Hesse, esperaba por este medio la posesion de los estados. La nobleza no tuvo reparo en seguirle, porque se prometia con él una especie de independencia que no esperaba del Landgrave, y una autoridad ilimitada sobre el pueblo; pero este, que todo lo ponia en Herman y que confiaba en su proteccion, estaba resuelto á morir por su Príncipe. El caso fué que unos y otros llegaron á las manos, y que Herman por dos veces tuvo que castigar la audacia de la nobleza, á la cual con constancia y firmeza venció en el campo. Restablecida la tranquilidad y cuando el Landgrave se preparaba á reparar los males que habia ocasionado en sus estados la anterior guerra civil, sobrevinieron una série de acontecimientos en los cuales hubo de mostrarse parte, y que tuvieron principio en las pretensiones á la iglesia de Maguncia, que dos á la vez sustentaban. Herman se declaró contra Adolfo, que era uno de ellos, y que fué precisamente quien entró á ocupar la vacante, y no tardó en sentir el encono y el resentimiento del nuevo prelado. Este, no contento con excomulgarle, encendió otra vez la guerra civil en sus estados, que tuvo que apagar con enérgicas medidas el Landgrave. Despues hubo guerras entre los estados vecinos, en las cuales sufrió, como no podia menos, la Hesse; y por último, en las contiendas del Pontificado entre Benito XIII y Gregorio XII, tomó Herman la defensa de este contra aquel, ayudando al emperador Roberto. Poco tiempo despues murió Herman, dejando de su segundo matrimonio con Margarita, hija del burgrave de Nuremberg, á Luis que le sucedió; á Ines que casó con Othon, duque de Brunswick, y á Margarita que casó con otro Príncipe de esta casa.

Luis I tomó las riendas del gobierno (1415) á la edad de once años, bajo la tutela del duque Enrique de Brunswick-Lunebourg, esposo de una hermana de Herman, y con consentimiento de los estados de Hesse. Luis, que mereció por su bello carácter y su amor á la tranquilidad, el dictado de *Pacífico*, fué frio espectador del cisma que dividió á la Iglesia por entonces, y de los demás acontecimientos del Imperio. Casó con Ana, hija de Federico, margrave de Misnia, con cuya union se estrecharon mas si cabe los vínculos que unian ya á ambos estados. Corrian los años de 1434.

La casa de Hesse, como atrás vimos, tenia derechos indisputables sobre la de Brabante, por el casamiento de Sofia con el Duque de este nombre, de cuyo matrimonio nació Enrique I. A la muerte de Juan III, último vástago de aquella casa, Enrique II, apellidado de *Hierro*, nieto de Enrique I, fué privado de esta sucesion contra las leyes del reino, por Juana, hija del último Duque que habia casado con Wenceslao, duque de Luxemburgo y hermano del emperador Cárlos IV. Juana murió sin hijos, y por segunda vez fué postergada la casa de Hesse, entrando en la sucesion del Brabante Margarita, otra hija de Juan III casada con un conde de Flandes, de cuyo matrimonio nació una niña que fué luego casada con Felipe, duque de Borgoña y hermano de Cárlos V, rey de Francia. Felipe, aunque sin derecho alguno, hizo por la fuerza que le reconociese el Brabante por su señor y duque á Antonio Rhetel, su segundo hijo, el cual no dejó posteridad. Entonces los estados de Brabante se dieron á un hijo de Juan, hermano mayor y primogénito de Antonio, llamado Felipe el *Bueno*, duque de Borgoña, que por su fallecimiento trasmitió todos sus estados al célebre Cárlos el *Temerario* su hijo. María, hija menor de este Cárlos, á su vez los trasmitió á la casa de Austria por medio de su matrimonio con Maximiliano I, de manera que el derecho evidente de la casa de Hesse sobre el Brabante, fué desconociéndose de época en época por la fuerza, hasta el reinado de Luis I. Este Príncipe, aunque reconociendo la justicia de sus derechos, no se atrevió por entonces á disputarlos, y llevado de su carácter pacífico, legó esta mision á sus sucesores y á tiempos mas favorables. Fué Luis I el mediador y arreglador de todas las contiendas y desavenencias de los estados vecinos, mereciendo por esto la estimacion de todos los príncipes del imperio. Para alejar todo temor respecto á que se quebrantase la buena armonía que reinaba entre su casa y la de Misnia, renovó con el Landgrave y los príncipes de esta casa el pacto antiguo, estableciendo una alianza perpétua y hereditaria, á la cual accedió poco tiempo despues la casa de Brandenburgo. Antes de morir Luis I, agregó á sus estados los condados de Ziegenhaya y de Nidda, el castillo y señorío de Gleichen, las dependencias de la ciudad de Blunberg, y otras muchas tierras que ensancharon en gran manera sus dominios. Falleció á la edad de 56 años, siendo muy llorado por súbditos, parientes y estraños, y dejando de su matrimonio con Ana de Sajonia á Luis y Enrique, que le sucedieron; á Herman, que fué luego elector de Colonia y obispo de Paderborn; á Federico, que murió siete años despues que él, y á Isabel, á quien habia casado con Juan, conde de Nassau.

Encargóse Luis II de las riendas del gobierno por los años de 1458, y Enrique III, su hermano, pretendió que le diese parte en él. En vez de acceder á esto y por evitar las consecuencias de una guerra civil, Luis le concedió la Alta Hesse y el condado de Nidda, reteniendo en su persona solo la Baja Hesse y el condado de Ziegenhaya. No se pasó mucho tiempo sin que las desavenencias de los dos hermanos, hicieran necesaria la intervencion de los príncipes y los estados vecinos.

Luis II murió en la flor de su edad, dejando de su matrimonio con Matilde, hija de Luis II, conde de Wurtemberg, dos hijos que entraron á sucederle. Eran estos Guillermo I y Guillermo II. Habia sido encomendada su tutela por Luis II á su esposa Matilde; pero Enrique III no respetó semejante disposicion y se encargó por su sola voluntad del gobierno de la Baja Hesse durante la minoría de sus sobrinos. Enrique por su casamiento con Ana, hija única y heredera de Felipe, conde de Catzenellebogen y de Dietz, se hizo dueño de todos estos vastos dominios agregándolos á sus estados; y de esta manera su hijo Guillermo III de su nombre, recibió la Hesse en estado mas floreciente que hubiese tenido nunca. Enrique III dejó otras dos hijas Matilde y Isabel, de las cuales, la primera casó con Juan duque de Cleves, y la segunda con Juan, conde de Nassau.

Guillermo III entró á reinar, bajo la tutela de sus dos primos Guillermo I y Guillermo II. Bien pronto se desunió tambien entre estos dos hermanos la buena armonía. Pretendia el primero que el otro se contentára con una simple renta renunciando al gobierno; y Guillermo II alegando en su apoyo la costumbre observada desde lo antiguo, sostenia que debian gobernar conjuntamente. Mas no pudiendo hacer prevalecer en el ánimo de su hermano tales argumentos, acudió al archiduque Maximiliano, rey de romanos, el cual obligó á Guillermo I á que consintiese en ceder á Guillermo II la mitad de sus estados. En esto Guillermo I emprendió un viaje á la Palestina, y á su vuelta, teniéndosele por demente fué obligado á ceder sus estados á Guillermo II, conservando solo una renta con que atender á su subsistencia y la de su familia. Tenia Guillermo tres hijas de su matrimonio con Ana de Brunswick: Isabel que casó en primeras nupcias con el conde Palatino de los dos Puentes, y en segundas con Jorge, conde Palatino de Sinmern; Matilde casada con un conde de Tecklenburgo, y Catalina esposa de Adan, conde de Beicklingen.

Entretanto Guillermo III habiendo venido á mayor edad, se habia encargado del gobierno de sus estados y con tan buen tino y acierto, que muy poco despues habia ya adquirido la mitad del señorío de Epstein en la Weteravia. Por este tiempo y mientras que Guillermo III, se ocupaba en los intereses de su landgraviato, Maximiliano elevado al imperio, celebró en Worms la famosa Dieta que estableció en Alemania el órden y la paz, y de la cual resultó el nombramiento de un tribunal bajo el nombre de Cámara Imperial, para decidir las diferencias que ocurriesen en lo sucesivo relativamente á la sucesion y repartimiento de los estados. Esto, sin embargo, vemos qne al poco tiempo Eurico, duque de Brunswick y Guillermo II, se declararon la guerra por motivos que bien pudieron dilucidarse en la Cámara Imperial establecida en Francfort.

En tanto un accidente imprevisto, vino á mudar la faz de las cosas en Hesse. Guillermo III, de resultas de la caida de un caballo, estando de caza, murió á los tres dias sin sucesion y pasaron sus estados á Guillermo II su primo, que reunió por tanto todo el landgraviato en su persona á la par que los condados de Catzenellebogen

y de Dietz, adquiridos por Enrique III como heredero de Ana su esposa. Disputáronle este derecho Juan duque de Cleves, y Juan conde de Nassau, pretendiendo que sus respectivas esposas eran las parientas mas próximas del difunto Guillermo III. Guillermo rehusó darles contestacion y el hecho fué que se promovió un pleito que duró 57 años, sin que nada resultase al cabo en ninguna de las partes. Aprovechándose Guillermo de otras contiendas semejantes que habia entre algunos señores del Imperio, adquirió muchas otras plazas tales como Homburgo, Bickenbach y Umstadt, y las agregó á sus ya muy estensos dominios, y despues se consagró á la reparacion de los males que afligian á sus súbditos, murió á la edad de cincuenta y cinco años en el de 1509, dejando de su segundo matrimonio con Ana, hija de Magno, duque de Mecklenburgo, un hijo llamado Felipe que entró á sucederle en la temprana edad de cinco años.

Y en este punto comenzamos á narrar aunque brevemente el período histórico mas importante que haya habido en la Hesse. Muchas cosas concurrieron juntas para hacer de este período el mas importante de todos. En primer lugar la grandeza del Príncipe que veremos ponerse á la cabeza del gobierno, sus cualidades políticas y militares, su ambicion y su deseo de conquistar gloria y renombre. Despues, las contiendas entre católicos y protestantes que ofrecieron ancho campo á la discordia y á la desunion de todos los estados y príncipes del Imperio, ocasionando ligas y coaliciones que llevaron la guerra de uno á otro confin de Alemania. Y por último, las disputas de familia y de sucesion que en esta parte del continente europeo, mas que en otra alguna tenian lugar, así por la variedad de estados y de príncipes que allí habia, como por la diversidad de intereses y de derechos que andaban puestos en lucha. Todas estas causas, como mas tarde observaremos, influyeron de consuno en el gran desarrollo de acontecimientos y de sucesos que ofrece la Hesse bajo el reinado de Felipe I. La misma minoría de este Príncipe produjo tales disturbios y desavenencias, que puede decirse que su vida, desde la cuna hasta el sepulcro, fué una série no interrumpida de sucesos borrascosos, de alarmas y guerras, así interiores como exteriores, que tuvieron en contínuo desasosiego la tranquilidad de la Hesse.

Guillermo II en su testamento habia dejado la tutela de Felipe á su esposa Ana de Mecklenburgo, nombrándola regente, y asociado á la regencia con el título de curadores á varios señores de la nobleza de Hesse. Guillermo I que vivia aun, impelido por su esposa Ana de Brunswick quiso mostrarse parte en la herencia de los estados, reclamando los que él habia poseido en sus primeros años. Pero dió tales muestras de su incapacidad mental, aunque sus partidarios imaginando sacar partido, pretendian que estaba ya curado, que el emperador Maximiliano, prévio acuerdo de los electores congregados en la dieta de Colonia, resolvió el asunto ordenando que Guillermo I no tuviese derecho alguno sobre los estados de Hesse, los cuales habian de pertenecer íntegros al jóven Príncipe, percibiendo solo Guillermo I una renta proporcionada á su alta categoría y elevado rango. Así quedó

terminado este incidente que á no ser por el buen juicio del gefe del Imperio prometia ser largo y complicado.

Educábase Felipe I bajo la direccion de sábios profesores encargados de su instruccion y enseñanza, y los sucesos, sin dar algun espacio al tiempo, venian aproximándose de manera, que tan jóven y todo el Príncipe, hubo mas de una vez de impacientarse por no tener en sus manos las riendas del gobierno. Se exaltaba su ánimo al considerar los ímpetus tiránicos de los nobles por una parte, y el desbordamiento del pueblo por otra, y no podia ver con calma la falta de respeto á la autoridad de su madre, puesta en medio de aquellos dos grandes enemigos, que sin cesar conspiraban el uno contra el otro. La regente sufrió hartas humillaciones y tuvo que ahogar grandes resentimientos principalmente de la nobleza, cada dia mas audaz, cada vez mas provocativa. Esta situacion tan triste y el considerar el Emperador que, lo que al Príncipe faltaba en años, le sobraba en talento y disposicion para el gobierno, le obligaron á declarar su mayoría á los catorce años de edad. Las esperanzas que habia hecho concebir Felipe no salieron defraudas, y un año despues de haberse encargado de la administracion de sus estados, los escesos de nobles y plebeyos estaban reprimidos, la tranquilidad asegurada y el principio de autoridad tan alto como convenia á la dignidad del Príncipe. Consagróse con decidido celo Felipe I al gobierno de sus pueblos, y cuando los miró ya obedientes y sin temor de que por nadie pudiera turbarse su reposo, comenzó á esgrimir las armas con las cuales tanta gloria habia de ganar mas tarde. Lo primero que hizo fué tomar parte en la guerra que se hacian entre sí los príncipes de la casa de Brunswick; guerra cuyos motivos se ignoran, pero que la mayor parte de los historiadores atribuyen á las intrigas y al dinero de Francisco I, que aspirando al trono Imperial, pretendia hacerse un partido entre los príncipes del Imperio. Los príncipes de Brunswik, á los cuales Felipe I prestó su apoyo, tuvieron la desgracia de ser vencidos el mismo dia de la elevacion al trono de Cárlos V, pero á pesar de aquel desdichado trance y de la declaracion del nuevo Emperador en favor de los vencedores, no se desconcertó el ánimo del jóven landgrave de Hesse, que mas decidido que nunca, se propuso hacer triunfar la causa de sus protegidos. La guerra encendida por todas partes, iba causando graves males, á causa principalmente de un tal Sicknigen, que partidario celoso de la doctrina de Lutero, hacia servir á la religion de pretexto á sus hostilidades. Este aventurero que hasta allí solo habia sido gentil hombre del Palatinado, entró en los estados del elector arzobispo de Treveris y desoló todas sus posesiones. No bien llegó á noticia de Felipe que desde niño guardaba rencores á Sicknigen porque durante la regencia de su madre habia entrado en la Hesse y cometido todo género de excesos, se ofreció (1523), á socorrer al Arzobispo para vengar de paso aquellas ofensas, y lo consiguió de tal manera y con tanta fortuna, que despues de vencer á su contrario en distintas ocasiones, fué todavía á buscarle á una fortaleza que defendia, donde no paró hasta ocasionarle la muerte. La fama del Landgrave se divulgó por todas partes, y sus súbditos, al recibirle con

víctores, de vuelta en sus estados, le suplicaron que contrajera matrimonio á fin de que se perpetuase la familia de tan ilustre soberano. Accedió gustoso Felipe, y al poco tiempo (1524), dió su mano á Cristina de Sajonia, hija del duque Jorge.

Entretanto la doctrina de Lutero, alcanzando cada dia mas boga, y cada dia adquiriendo nuevos prosélitos al son de la libertad religiosa, y de la libertad política, iba esparciendo el grito de guerra por todas partes, levantando los pueblos y conmoviendo los tronos. El pueblo de Hesse escitado por los vecinos se levantó contra su Príncipe en demanda de aquellas libertades y fué preciso que Felipe I saliese contra los rebeldes y reprimiese su osadia, castigando la série de crímenes que á la sombra de tales principios se habian perpetrado. Pero todavía el mal estaba en su principio, y Felipe en su alta prevision conoció que debia estar preparado para nuevos acontecimientos. No se hicieron estos esperar mucho. Los naturales de la abadía de Hirfchfeld, sublevados contra sus magistrados, se apoderaron de esta ciudad, invadieron los estados del abad de Fuld, y tomaron la ciudad de Vacha que pertenecia á la Hesse. La destruccion y la carnicería señalaron su paso por esta provincia; mas los paisanos hesseses, lejos de oponerse á los foragidos que tantos daños les causaban, lo que hicieron fué alistarse y engrosar sus filas, al propio tiempo que la Turingia se veia desolada por otro ejército de rebeldes. Felipe I con su ordinaria energia y firmeza les salió al encuentro á los revoltosos, les presentó batalla y los derrotó de tal manera, que en pocos dias logró que desapareciesen de todo el territorio invadido. Mas los partidarios de la nueva doctrina continuaban su obra, y sus gefes predicando de pueblo en pueblo, iban adquiriéndose nuevos prosélitos. Munser que sin ser partidario de la reforma era uno de los principales caudillos de la rebelion, entró en la Turingia, y allí comenzó á explicar la moral de Lutero. Los naturales de los campos seducidos por su voz, desolaban y robaban el país interpretando los principios de igualdad y de comunidad que Munser les habia enseñado. No contento con esto Munser, pensaba dirigirse á continuar sus tareas por los estados vecinos, y Felipe I conociendo la gravedad de los sucesos, provocó una liga á la cual se adhirieron el elector de Sajonia, el duque Jorge su primo, y el duque Enrique de Brunswick. El Landgrave á la cabeza de todos marchó en busca de los rebeldes, y al primer encuentro que tuvo con ellos, deshizo sus fuerzas persiguiéndolos encarnizadamente, y, despues de esterminarlos á casi todos, redujo á prision á Munser de la cual fué llevado al tormento para que declarase sus designios y sus cómplices. En él reconoció el funesto caudillo sus errores y confesó sus crímenes, pero suplicó á los príncipes que á sus partidarios los tratasen con mas clemencia que á él, como único medio de que pusieran la razon de su parte. Munser fué condenado á muerte y llevado al suplicio, donde se ejecutó la sentencia.

La principal gloria de haber reducido á los rebeldes y de haber restablecido el órden en la Hesse y en la Turingia, no puede negarse que pertenecia á Felipe; pero hay que advertir que si el Landgrave tomó las armas con tan decidido empeño, no

fué por atacar la nueva doctrina, sino por defender sus derechos y la integridad de su territorio que veia amenazados. La carta que el papa Clemente VII, dirigió al Landgrave, dándole las gracias por sus servicios á la fe, y tratando á Munser y sus compañeros de partidarios de Lutero, se resentia en sus dos extremos de error. Dejamos explicado el primero, y es, que Felipe no peleó por la fe; y en cuanto al segundo, tampoco era cierto que Munser fuese partidario de la reforma. La tomó por pretexto; se valió de ella para poder desarrollar sus principios revolucionarios, pero no para otra cosa. El Landgrave no tuvo reparo en hacer público el móvil que le habia impulsado á tomar las armas despues de la manifestacion del Papa, y desde entonces comenzó á tenérsele por partidario de la reforma. Felipe, con efecto, se inclinaba á ella mas que todo, porque detestaba la intolerancia y porque conocia que llevando esta al extremo que pretendia llevarse podia comprometer la paz y seguridad de los estados. El Landgrave leyó los escritos de Lutero y leyó las objeciones de sus contrarios, y produjera ó no convencimiento en su interior la nueva doctrina, en lo cual no es fácil pronunciar un fallo, el caso es que la razon política, la razon de conveniencia le impulsaban á abrazar la reforma. Abrazóla, en efecto, pero sin imponerla á sus súbditos. Y para ponerse al abrigo de los tiros de sus contrarios, concertó un tratado de alianza con el elector de Sajonia, de defensa recíproca, al cual se adhirieron mas tarde muchos príncipes del Imperio.

Por este tratado declararon el Landgrave y el elector de Sajonia, que en vista de las confederaciones y ligas que se formaban contra ellos, así como de los inmensos preparativos que se hacian para mantener antiguos abusos, oscurecer la verdad y oprimir á los que la manifestaban, se creian obligados ante Dios y ante sus conciencias á proteger á los inocentes, á rechazar toda violencia que se imaginase contra ellos ó contra sus súbditos, y á defenderse recíprocamente contra los que bajo el nombre de la fe ó cualquiera otro pretexto viniesen á inquietarlos. Clemente VII lanzó contra estos príncipes terribles anatemas, y Cárlos V por su parte, desde Madrid les dirigió graves reconvenciones, amenazándoles para el caso de desobediencia.

Posteriormente en la Dieta celebrada en Spira en 1526, y que presidió el archiduque Fernando, para tratar de mantener la religion y el culto, tanto Felipe I como el elector de Sajonia, defendieron con calor el nuevo dogma; y como no hubiese avenencia entre las partes, se acordó que al año siguiente se reuniria un concilio nacional para que cada uno emitiese sus opiniones, y que en el entretanto cada cual obrase como mejor le pareciese con la obligacion de justificar su conducta ante Dios y ante el Emperador. Felipe, sin embargo de los debates de la Dieta y de las pretensiones de los católicos, introdujo la nueva doctrina en sus estados, reemplazando á los pastores católicos con predicadores luteranos, y á su ejemplo otros príncipes hicieron lo mismo. El Landgrave suprimió todos los ritos de la Iglesia católica, acabó con los conventos, monasterios y demás lugares sagrados, empleando los bienes y rentas que estos poseian en fundar cuatro hospitales, un colegio, una universidad en Marburgo y otros establecimientos de utilidad pública.

El progreso de la doctrina de Lutero era evidente y habia causado ya, como no podia menos, honda impresion en la corte de Roma y en todos los soberanos católicos. Por un artículo expreso del tratado celebrado en Madrid, el emperador y el rey de Francia se comprometieron ambos á impedir á todo trance la propagacion de la nueva doctrina y á perseguir y castigar á sus partidarios, valiéndose de toda clase de medios hasta conseguirlo. Otra nueva Dieta, reunida en Spira por órden del Emperador no ofreció mejores resultados que la antecedente. Para asistir á ella uno y otro partido hicieron grandes preparativos de guerra; tanto, que el archiduque Fernando, que habia tambien de presidirla, fué á ella seguido de trescientos caballeros, y el Landgrave por su parte, para que no se le cogiese desprevenido, llevó doscientos. Bajo estos auspicios se abrieron los debates de la Dieta. El Emperador de antemano habia anulado el decreto, por el cual la primera de estas Dietas declaró la libertad de conciencia en aquellas palabras de que *hasta la próxima asamblea cada uno pensase y obrase de la manera que quisiese, pero con la obligacion de justificar su conducta ante Dios y el Emperador*. El Archiduque hizo presente, antes de principiar los debates, cuáles eran los deseos y las intenciones del gefe del Imperio, y cuál, por último, su voluntad firme y decidida. Callaron todos menos Felipe que, tomando la palabra, protestó á nombre de todos los evangélicos contra el decreto del Emperador. Las palabras del Landgrave, dichas con entonacion grave y solemne, produjeron grande efecto en los protestantes; pero á pesar de ellas y despues de un acalorado debate, se expidió un decreto mandando que los que hubiesen observado el edicto de Worms continuasen de la propia manera hasta que llegase la época del concilio nacional que Cárlos V habia prometido reunir; y que los que hubiesen yá hecho algunas innovaciones en sus estados las suspendiesen, estableciéndose además que no podria abolirse en ningun punto la celebracion de la misa y consignándose la pena de muerte contra los *anabaptistas*. Este decreto causó muy honda impresion entre los luteranos, é irritó principalmente á Felipe I, el cual, en compañía del elector de Sajonia, Jorge de Brandenburgo, los duques Ernesto y Francisco de Luneburg y un príncipe de Anhalt, firmó una violenta protesta, á la cual se adhirieron catorce ciudades imperiales. Dirigieron además estos príncipes una *Memoria* al Emperador, comprensiva de los motivos que tenian para proceder de aquella manera, y de los medios que pensaban poner en práctica para sacar victoriosa su causa. Retardó Cárlos V la contestacion, y pasado algun tiempo convocó el concilio nacional que tenia ofrecido para el 8 de abril de 1530 en Augsburgo, prometiendo que en él se deliberarian pacíficamente los negocios de la religion y del culto.

Esta convocacion fué comunicada á los príncipes y estados del Imperio con la cláusula de precisa asistencia. Felipe por su parte hubiera tomado el partido de no asistir; pero encontrando decidido á ello al elector de Sajonia y accediendo á sus ruegos, varió de propósito. Dirigióse á Ausgburgo con gran escolta para estar prevenido contra sus enemigos y porque dudaba de las verdaderas intenciones del Em-

perador. La llegada de este no se hizo esperar mucho, y dieron principio las sesiones de la Dieta. El partido católico era muy superior en número al de los protestantes; pero estos, sin embargo, no pudieron ahogar la voz de los partidarios de la reforma. El venir á buen arreglo era cosa harto difícil, porque el rencor que unos á otros se tenian no dejaba lugar á razones ni argumentos. Sucedió, pues, lo que se esperaba, que no pudieron avenirse; y el Emperador cortando disputas y declarando que estas debian dejarse para cuando no hubiese enemigos y extraños que combatir, como á la sazon los habia en los turcos, abiertamente declarados en guerra contra el Imperio, manifestó hallarse dispuesto á cerrar las sesiones de la Dieta. Los príncipes protestantes se opusieron á ello, declarando que no tomarian parte en ningun asunto del Imperio hasta que quedase resuelta la cuestion religiosa. Al efecto presentaron un escrito apologético en defensa de su doctrina y en justificacion de su conducta, cuya lectura, á pesar de los esfuerzos en contrario de los católicos, tuvo el Emperador que permitir y poner á discusion, dando esta prueba de imparcialidad para templar los ánimos. El debate fué largo; pero como no podia menos de suceder, siendo la mayoría de católicos y estando como estaba con ellos el Emperador, la resolucion fué que los protestantes, sin mas dilaciones ni protestas, volverian á reunirse á la Iglesia, de la cual Cárlos V queria y debia ser defensor y protector. Seria tarea prolija la de enumerar uno por uno los acontecimientos que siguieron á esta declaracion. Felipe I por su parte, que habia entrado en Augsburgo secretamente, no bien se enteró de ella, dió órden á sus ministros y delegados para que se retirasen de la Dieta, dejando al elector de Sajonia la defensa de la causa comun. Irritóse el Emperador con la conducta del Landgrave y prohibió á los otros príncipes retirarse hasta que él declarase por terminadas las sesiones de la Dieta. Contraviniendo á esta órden, el elector de Sajonia imitó la conducta de Felipe, dejando, sin embargo, para que lo representasen, á sus ministros, los cuales permanecieron en ella hasta que se terminó.

Nada se habia adelantado; y el estado de las cosas, lejos de ofrecer una solucion pronta y pacífica, amenazaba agravarse á medida que pasaban dias, y crecia la irritacion en los ánimos. Al cabo los católicos ajustaron una liga para combatir á los protestantes, y el Landgrave por su parte celebró otra con los suizos, á la cual no tardó en seguir la célebre liga de Smalcalda (1531), en la que trabajaron con grande ardor el elector Palatino y Felipe, para atraerse á muchos príncipes protestantes, que andaban remisos sobre á cual de los dos partidos inclinarse. La duracion de esta nueva liga ó coalicion habia de ser de seis años, y se convino que si sobrevenia la guerra, hasta que se restableciese la paz, serian admitidos en la confederacion todos los estados que quisieran entrar con tal que de antemano hubiesen abrazado la doctrina evangélica. El rey de Dinamarca, el duque de Mecklenburgo, la ciudad de Lubec y muchas otras se escusaron bajo diferentes pretextos de entrar en la liga y contra las instancias del Landgrave, los aliados rehusaron recibir entre ellos á los cantones suizos con los cuales Felipe acababa de ce-

lebrar un pacto. Fundábanse para esta negativa en que dichos cantones sustentaban sobre la Santa Cena una opinion distinta de la de Lutero. Pero todo esto acontecia cuando mas empeñado se miraba el Emperador en la guerra contra los turcos; y hubiera tenido que abandonarla Cárlos V si los gefes protestantes no hubiesen señalado una tregua á los católicos, mediante la cual cesaron las hostilidades. El Landgrave prestó socorros al Emperador para su jornada contra los turcos, y así quedaron las cosas. Mas cuando parecia asegurada la tranquilidad vino un suceso á cambiar la faz de los negocios. Ulrico, duque de Wurtemberg, que por la violencia y la dureza de su carácter se habia granjeado el odio de sus súbditos, fué arrojado de sus estados por la nobleza de Suabia, protegida por Guillermo, duque de Baviera, que pertenecian á la liga católica, obligándole á refugiarse en el condado de Montbelliard, desde donde llamado por Felipe, se refugió en sus dominios. Poco contentos los católicos con lo que habian hecho desposeyendo á Ulrico, vendieron sus estados á Cárlos V, el cual los cedió despues á su hermano Fernando. El Landgrave tomó la defensa del proscripto Duque, y reunió un ejército de diez y seis mil infantes y cuatro mil caballos, con el cual se puso en marcha hácia Wurtemberg. Cárlos V y Fernando publicaron manifiestos, diciendo que antes que á las armas debia someterse el negocio de la reposicion de Ulrico á los tribunales del Imperio; pero Felipe, sin parar mientes en ello, pasó adelante y se presentó en el Wurtemberg. Gobernábalo en nombre de Fernando, Felipe el *Belicoso*, príncipe Palatino, célebre por su valor y por las victorias que habia alcanzado sobre los turcos. Presentada la batalla, el Palatino fué completamente derrotado por el Landgrave, que, cubierto de gloria, entró y restableció en sus estados á Ulrico, marchando despues hácia los estados vecinos de Suabia, con ánimo de invadirlos, para forzar al Emperador á establecer una paz sólida y segura. Y así sucedió, con efecto, celebrándose un tratado de paz, que aseguró al duque de Wurtemberg la posesion de sus estados.

Posteriormente celebraron los católicos la confederacion conocida bajo el nombre de Santa Liga, y descubrió Felipe el proyecto que habian concebido de hacerle asesinar; para librarse de su valor, y tanto por aquel pacto como por este infame proyecto, juró tomar venganza. Ocurrió en esto la muerte del duque de Sajonia al cual sucedió Enrique su hermano. Este Príncipe habiéndose declarado por la nueva doctrina no tardó en establecerla en la Misnia y la Turingia; de manera que contra los esfuerzos del Papa y del Emperador, la doctrina de Lutero iba ganándose cada dia nuevos prosélitos. Convocábase á la sazon otra Dieta en Spira para asistir á la cual fueron invitados Felipe y el elector.

Pero Felipe se habia enamorado de una señorita llamada Margarita de Saal perteneciente á la servidumbre de la duquesa Donairiere de Sajonia. Este sentimiento amoroso que llegó á tomar el carácter de una pasion vehemente, obligó á Felipe á repudiar á su antigua esposa Cristina de Sajonia, pretestando para ello que le inspiraba un disgusto invencible y que no podia permanecer en esta situacion por

mucho tiempo sin faltar á los preceptos de la religion. Movido por estas consideraciones y aconsejado por Lutero, Felipe dió su mano á Margarita de Saal, celebrándose el matrimonio públicamente. Esparcióse la nueva de este suceso que no pudo menos de producir una grande alarma en todos los ánimos. Mediaron de sus resultas contestaciones entre el duque de Brunswick y Felipe; pero muy poco tiempo despues nadie hablaba ya del negocio y quedó repudiada Cristina de Sajonia. Posteriormente Felipe dió la mano de su hija Inés á Mauricio de Sajonia, hijo del duque Enrique, que poco tiempo despues heredó los estados.

En esto (1541) llegó la dieta de Ratisbona y el Landgrave fué tan bien recibido del Emperador, como no lo fué nunca ninguno de los príncipes asistentes; aun esta vez Cárlos V se mostró menos exigente relativamente á los asuntos religiosos que nunca se hubiese mostrado. Despues de esta Dieta, en 8 de abril de 1544 fué convocada otra nueva que tuvo lugar en Spiro. Presidíala el Emperador, y sea por el deseo de paz que á la mayor parte animaba, sea por los buenos oficios de aquel, tanto católicos como protestantes, no usaron sino palabras de paz, tolerancia y reconciliacion que era lo que hacia falta en aquellas circunstancias para contrarestar á los turcos y á los franceses que amaban cada cual por su parte la seguridad del Imperio. Al grito de la patria y del peligro, á la voz de la conveniencia y del deber, todos escondieron sus resentimientos, rencillas y enemistades y acogieron con entusiasmo aquellas palabras de union y fraternidad. Entonces el Emperador expidió un decreto mandando cesar, con arreglo á lo acordado, las hostilidades que tuviesen por orígen motivos religiosos, dando una tregua de tres años en los cuales serian indistintamente llamados á ejercer todos los cargos y empleos de la cámara imperial los miembros de las dos comuniones, y prohibiendo al propio tiempo que nadie se alistase en las banderas enemigas y menos en el ejército de los franceses. Pero este decreto tan favorable á todas las opiniones, y que tanto debia halagar á todos los asistentes á la dieta de Spiro, lo habia dictado el Emperador forzadamente, y solo por la naturaleza de las circunstancias, pasadas las cuales, el Emperador pensaba volver las cosas á su primitivo estado, desposeyendo á los protestantes de la igualdad que les concedia respecto á los católicos. Y la conducta del Emperador, por hábil que parezca, no pudo hacer que desapareciera la desconfianza en los protestantes. Entre estos habia algunos, como el landgrave de Hesse que se habian apercibido de las intenciones de Cárlos V y de su política, así como de que todas aquellas promesas no eran mas que vanas esperanzas y pretextos plausibles para obtener un apoyo que despues despreciaria. A medida que pasaron dias, este recelo, estendiéndose por todos los protestantes, fué tomando cuerpo y despertando los mismos ódios y rencillas que en vano se habia intentado apagar. Y como por otra parte los católicos miraban con desconfianza á sus contrarios, en unos y en otros ardian los mismos deseos de tornar á sus antiguas luchas y contiendas.

El Landgrave y el duque de Brunswikc que se profesaban un ódio terrible habian

tenido dos años antes ciertas desavenencias, de las cuales resultó, que Felipe, por fuerza de armas consiguió arrojar de sus estados al Duque. Terminada la dieta de Spiro, solicitó este que se le entregasen sus dominios nuevamente, y habiendo decretado el Emperador que se mantuviesen en secuestro hasta tanto que se resolviese el asunto con la meditacion y el tiempo necesario, el duque de Brunswik protestó contra semejante determinacion. Y pidiendo socorro al rey de Francia, entró con numeroso ejército por el condado de Tecklenburgo, llevándolo todo á fuego y sangre, y despues pasó á tomar posesion de su ducado. Mas yendo tras de él el Landgrave y el elector de Sajonia coaligados, y empeñándose la batalla, fué derrotado el duque de Brunswikc y reducido á prision por Felipe.

Despues de este suceso, Felipe continuando en sus sospechas, imaginó que habia tratos secretos contra los protestantes, entre el Papa y el Emperador. Semejante recelo, lejos de aminorarse, adquirió mayores proporciones con noticia de los preparativos que se hacian por parte de Cárlos V. Felipe, á su vez, comenzó á ordenar sus tropas y á hacer los demás aprestos necesarios para cuando llegase el momento de recurrir á las armas. En esto recibió una invitacion del Emperador, instándole á que asistiese á la nueva Dieta que habia de tener lugar en Ratisbona; para lo cual el Emperador le esperaria en Spiro. No tuvo inconveniente en acudir Felipe, sin embargo de los temores que tenia, y se puso en marcha hácia el lugar de la cita. Cárlos V, siempre afable y disimulado, aunque en su pecho escondiese los mas terribles proyectos, recibió cordial y afectuosamente al Landgrave colmándole de distinciones. En la creencia de que Felipe venia dispuesto para asistir á la Dieta, le invitó á que le siguiese; pero el Landgrave que dudaba tanto de la verdad de aquel aprecio que le mostraba el Emperador, se escusó manifestándole que asuntos de suma importancia reclamaban su presencia en la Hesse. Esta misma escusa fueron dando la mayor parte de los príncipes protestantes que se guiaban por los consejos y la conducta de Felipe; mas todos escepto el Landgrave enviaron á la Dieta representantes con el encargo de hacer presente cual habia sido, era y debia ser en adelante su conducta, y de declarar que en observancia de los tratados no deberia ejercerse ninguna violencia por causa ó motivos de religion, demandando al propio tiempo la reforma de la cámara imperial.

Abierta la nueva Dieta, los católicos se separaron por primera vez de los protestantes, deliberaron entre ellos y acordaron manifestar al Emperador que se remitian en todo al concilio de Trento, exhortándole á que tomase su defensa y obligase á los protestantes á someterse. Los protestantes, por su parte, pidieron la paz, la reforma de los tribunales, y que se sometiesen á un concilio imperial las diferencias de religion, ó bien á una Dieta del Imperio. Pero mientras que así deliberaban católicos y reformadores, Cárlos V, mas activo, preparaba la ruina de estos últimos. Habia reunido de antemano numerosas tropas al mando de buenos generales y jefes esperimentados á quienes habia hecho venir secretamen-

te, y con tales aprestos, se prometia terminar de una vez las rencillas y cuestiones religiosas conforme á sus principios y á la fé que profesaba. Asustados con estos preparativos los protestantes, enviaron dos diputados al Emperador para saber si aquellos aprestos estaban destinados contra ellos. El Emperador que no queria descubrir todavía cuales eran sus verdaderas intenciones, contestó, que sabiendo, como sabian, su amor á la paz, y conociendo, como debian conocer, sus deseos de restablecer el órden y la union, los que no obedeciesen sus mandatos nada tendrian que temer, si bien los que no le obedeciesen sufririan todo el rigor de su implacable justicia. Al propio tiempo escribia el Emperador á las ciudades de la liga protestantes advirtiéndoles, que estaba resuelto á castigar á los príncipes rebeldes, y que la religion no tenia ninguna relacion en esta medida. Estas cartas infundieron el terror y el espanto en todas partes menos en Strasburgo, cuya ciudad contestó á Cárlos V en términos fuertes y enérgicos sobre el objeto de su determinacion. Católicos y protestantes, comenzaron al punto á hacer preparativos de guerra, y muy poco tiempo despues, los ejércitos de uno y otro bando se miraban en movimiento. El primero de todos fué el del Papa, el cual vino á tomar posiciones acampándose en los Alpes y el Tyrol. Los aliados de Felipe y el Elector, les escribieron de todas partes intimándole lo que debian hacer; mas creyendo los dos príncipes que no era ocasion de recibir consejos, siguieron en todo el plan que se habian trazado, y despues de una breve deliberacion, sobre que Felipe queria que uno solo mandase en gefe los ejércitos, y el Elector opinaba porque se dividiesen en dos mitades; el Landgrave se puso á la cabeza de todas las tropas de la Alta Alemania y el Elector del resto, componiendo entre ambos un ejército numeroso que al punto se puso en marcha para combatir al enemigo.

A la primera noticia de este movimiento, el Emperador fulminó una sentencia rigorosa contra los dos príncipes, y despues marchó hácia Ratisbona, punto que debieron anticiparse á tomar los príncipes coaligados y que les hubiera proporcionado una gran superioridad sobre sus contrarios, pero que descuidaron, entretenidos con la publicacion de proclamas y manifiestos. Así que, cuando llegaron encontraron esta importante ciudad ocupada por las tropas imperiales y guarnecida además con seis mil españoles. Los dos ejércitos se hallaban igualmente animados y decididos; pero eran desiguales en fuerza, y sobre todo en inteligencia en el arte de la guerra. El del Emperador, compuesto de gente aguerrida y disciplinada, se hallaba mandado por el gran duque de Alba, de quien el Emperador esperaba la victoria; el de los protestantes, inferior en número, se hallaba compuesto en su mayor parte de gente visoña, no acostumbrada al ejercicio y manejo de las armas. Con tal desventaja iban á luchar el Landgrave y el Elector. Pero una perfidia de Mauricio de Sajonia se anticipó y estuvo para destruir por sí sola la causa de los príncipes protestantes. Mauricio se habia vendido al Emperador, obligándose á ejecutar el decreto de proscripcion contra el Elector y el Landgrave, mediante los des-

pojos del primero, que le serian otorgados en su caso. Y desconociendo las muestras de afecto que habia recibido del Elector durante su minoría, como tutor que fué de su persona, y olvidando que el Landgrave era su padre político, el pérfido Mauricio tuvo la osadía de escribirles que iba á ejecutar la odiosa comision de que se habia encargado, en provecho propio. Inútiles fueron las cartas de Felipe, tan enérgicas como dignas, para apartarlo de tan vil propósito. En poco tiempo se hizo dueño de la mayor parte del electorado. Esta invasion imprevista esparció la consternacion entre los aliados y echó por tierra todos sus planes. El Elector, obligado á volar á la defensa de sus estados, se separó del ejército de operaciones con las tropas de su mando, que eran la mayor parte, con lo cual apenas quedaron nueve mil hombres á los confederados: el duque de Wurtemberg, que hasta entonces se habia mostrado celosísimo por la confederacion, se apartó de ella sometiéndose al Emperador despues de implorar su clemencia; la mayor parte de las ciudades de la liga hicieron otro tanto, y Felipe, solo contra tan poderoso enemigo, no desmayó por eso sin embargo. Príncipe de corazon y de energía, creia poder contrarestar con sus débiles fuerzas los ejércitos de Cárlos V; y aun trató de ver si podia atraerse al pérfido Mauricio. Desdeñólo este, pero tanto el Elector, ayudado por las tropas de Felipe, no solo recuperaba sus estados, sino que persiguiéndolo y estrechándolo, se apoderó de todas las plazas del ingrato Príncipe, excepto de Dresde y Leipzig. Victorioso el Elector, y habiendo derrotado en Rochlitz á un ejército considerable mandado por Alberto de Brandenburgo á quien hizo prisionero, infundióse naturalmente nuevo aliento en los protestantes. Bien poco constante les fué, sin embargo, la fortuna. Reuniendo Cárlos V en Bohemia el grueso de su ejército con el de su hermano Fernando, penetró en la Sajonia, donde se hallaban reunidas todas las fuerzas de la liga de Smalcalda, y en la jornada célebre de Mulberg fué vencido el Elector, su ejército disperso, y para colmo de desdichas, él mismo privado de su electorado y de su libertad. Esta cruel sentencia del Emperador fué ejecutada sin que pesasen en su ánimo las instancias de los príncipes de su comitiva, terminándose el asunto por medio de una capitulacion, en virtud de la cual renunció el Elector, por sí y por sus sucesores, á la dignidad electoral y á todos los dominios que le pertenecian, trasfiriéndolos al ingrato Mauricio, sin que le quedase otra cosa que la ruinosa y desmantelada ciudad de Gotha para su residencia, y aun esto bajo la vigilancia del Emperador ó de Felipe, su hijo.

El terror que infundió á todos los miembros de la liga protestante la desgracia del Elector, hizo, como no podia menos, doble efecto en el Landgrave, que preveia igual suerte para sus estados. El mejor partido para Felipe era el de seguir los consejos de Mauricio, en concepto del cual no debia ni podia medir sus armas con un enemigo tan poderoso. Aceptólos el Landgrave, y fué hasta Leipzig para arreglar las condiciones de su sumision; pero cuál no fué su sorpresa al saber que el Emperador solo le concederia su perdon, rindiéndose á discrecion él, sus pla-

zas, fortalezas y artillería. A tan duras proposiciones, Felipe contestó volviéndose á sus estados, dispuesto á morir antes que suscribir á ellas; y aunque tuviese despues que aceptar la paz, no lo hizo bajo condiciones tan humillantes. Mas ya la desgracia perseguia á Felipe, y sin sospecharlo, porque en su alma grande y generosa no cabian tan mezquinos pensamientos, fué hecho prisionero en el acto de ir á rendir el debido homenage de respeto y vasallage al Emperador, acompañado por Mauricio de Sajonia y el ministro Granvella. Descansaba el Landgrave en la moderacion del Emperador y en la buena fe de los que le conducian á su presencia cuando se cometió con él tan atroz perfidia. Felipe quedó prisionero en la casa del duque de Alba con dos centinelas de vista, y allí tuvo que reprimir la cólera y ahogar el sentimiento que le causó el procedimiento de los mismos á quienes habia considerado amigos suyos. Estos se esforzaron en asegurarle que su prision no seria perpétua, que el Emperador se proponia muy en breve concederle su libertad; pero pasaban dias y mas dias, y semejante oferta no se veia cumplida, continuando prisionero el ilustre Príncipe. Entonces los electores de Sajonia y de Brandenburgo se dirigieron al Emperador en demanda de la libertad de Felipe, y despues de una larga conferencia que tuvieron con Granvell, enviaron á decir al Landgrave que estaba libre. Con esto solicitó el Landgrave un salvo conducto para volver á sus estados; pero lejos de otorgársele recibió órden del Emperador para seguirle. En vano los príncipes del Imperio que observaban ya con ceño la conducta del Emperador, representaron contra el rigor escesivo que empleaba con Felipe. Cárlos V inflexible les contestó que á poco mas que le importunasen sobre el asunto enviaria al prisionero á España. El Landgrave bajo la custodia de un capitan español tuvo que seguir al Emperador, y despues de pagar las sumas que por su libertad le habian sido pedidas, y de destruir sus fortalezas, y clavar su artillería que eran otras de las condiciones que le habian sido impuestas, vió con asombro que no por tales sacrificios mejoraba su suerte. En esta triste situacion no era solo sin embargo Felipe. Compañero de desgracia, así como lo habia sido de fortuna, iba con él sufriendo las mismas humillaciones el ilustre Juan Federico, antes elector de Sajonia. Los dos príncipes lloraban amargamente en su interior la derrota y la infidelidad que los habia conducido á tan atroz cautiverio; pero en los semblantes manifestaban grande ánimo y entereza, como indicando que todavía no eran aquellos bastantes sufrimientos para disminuir sus brios ni la energía de sus almas. Juan Federico y Felipe I, habian nacido grandes, y grandes habian de ser hasta la muerte. Aun vivia en ellos la esperanza y con mas ó menos resignacion aguardaban la llegada de un dia en que reparar tantas desdichas.

En esto Cárlos V habia reunido en Ausgburgo otra Dieta (1548), y en ella el nuevo elector de Sajonia, el de Brandenburgo, los diputados de Cristina, esposa de Felipe, sus hijos y los estados de Hesse, presentaron amargas quejas sobre la mala fe con que se habia procedido con el Landgrave en su arresto, y sobre la am-

nera indigna con que se le trataba en su prision, sin tener en cuenta su clase y gerarquía. Estas quejas causaron honda sensacion en la Dieta y mas tarde en el público, viéndose obligado el Emperador para destruir su efecto á publicar un manifiesto en justificacion de su conducta. El nuevo Elector y los otros príncipes que tan ingratos habian sido con el Landgrave, arrepentidos de su negra perfidia, querian lavar la mancha que les cubria, y unas veces protestando, otras replicando al Emperador, trabajaban con grande anhelo por la libertad de Felipe. Mas nada era bastante para hacer menos sensible la suerte del ilustre Príncipe ni de su compañero Federico. Tratábanlos con mayor dureza cada dia, principalmente al Landgrave á quien por mortificar mas su espíritu, se le puso incomunicado sin permitirle ver, no ya á su familia y á sus amigos, sino ni aun á su médico, su secretario y servidumbre. Esta medida de rigor, tuvo fundamento al parecer, en que habiéndo enviado Cárlos V á uno de sus consejeros con órden expresa de recogerle todos sus papeles, y principalmente los relativos á los pactos ú obligaciones de los dos electores, contestó el Landgrave que estas piezas ó protocolos se hallaban en poder de sus hijos y de sus ministros á los cuales les tenia muy terminantemente encargado que nada deliberasen ni hiciesen hasta que él saliese de su cautiverio.

Mauricio de Sajonia cada vez mas empeñado en favor del Landgrave, trató de ver si por mediacion del primogénito del Emperador podia conseguir algo en favor del ilustre prisionero. Dióle Felipe muy buenas esperanzas, pero tan poco sinceras, que acaso hizo todo lo contrario de lo que le habian pedido. Debemos renunciar á describir los padecimientos que por esta y otras causas empeoraban de dia en dia la suerte del soberano de Hesse. Solo en medio de su desgracia le servian de algun consuelo los afanes y desvelos que por él manifestaban de lejos su mujer y sus hijos. Jóvenes estos aun, no podian tomar la defensa de su padre; y Cristina de Sajonia que á pesar de haberla repudiado Felipe, le amaba tanto como el primer dia, no hubo medio que no pusiese en juego por obtener la libertad de su esposo. Entretanto la salud del Landgrave iba quebrantándose y amenazaba un fin funesto en la opinion de los facultativos. Esta nueva desgracia que agravaba la situacion de Felipe, la pena de no poder evitarla, y el no esperar que tales desdichas tuviesen término, llenaron de tal amargura y dolor á Cristina, que no pudiendo resistir por mas tiempo, murió en Cassel, llorada de sus hijos y sentida de todos los hesseses. Cuál fuese en sabiendo esta pérdida el sentimiento de Felipe; de qué manera obrase esta noticia en su espíritu, dícelo el estado de postracion en que cayó que fué tal, que si no anhelaba la muerte, era porque le interesaba la suerte de sus hijos y queria dejarlos en quieta y pacífica posesion de sus estados.

Pero en esto se reunió una segunda Dieta en Ausgburgo, y los diputados enviados por los dos electores desaprobaron completamente la conducta del Emperador con los protestantes. No fué esto solo, sino que á muy poco Felipe recibió una carta de su hijo político Mauricio, manifestándole que estaba dis-

puesto á perder vida y fortuna por su libertad. Y así era realmente. Al efecto celebró un pacto con Enrique II, rey de Francia, sin que llegasen á saberlo los ministros del Emperador; y para justificar su pensamiento de guerra á los ojos del pueblo, solicitó, en union con el rey de Dinamarca, los electores de Brandenburgo y Palatino, los duques de los dos Puentes, el de Mecklenburgo y el de Baden, la libertad de Felipe. No habiéndose ni aun por esto otorgado, Mauricio se puso á la cabeza de un numeroso ejército, y reuniéndolo al del príncipe Guillermo, hijo del Landgrave, puso su campamento en Donawert, orillas del Danubio. A consecuencia de este levantamiento y viendo el Emperador el principio de otra guerra, celebró el tratado de Passau, cuya principal condicion fué la de que el Emperador daria libertad inmediata á Felipe. Demoróse, sin embargo, este acontecimiento, y Felipe no salió de la prision hasta el 4 de setiembre de 1552 despues de una cautividad de cinco años, dos meses y quince dias.

Felipe entró en sus estados en medio de las mayores aclamaciones de júbilo y de entusiasmo, y al punto se dedicó á reparar los males que habian causado en ellos los trastornos anteriores; hermoseó sus capitales, levantó de nuevo sus fortalezas, construyó nuevas vias de comunicacion y protegió la agricultura, para que todos estos elementos reunidos hiciesen la felicidad de sus súbditos. Despues de esto, coaligado con Mauricio y el duque de Brunswikc, marchó contra el margrave Alberto de Brandenburgo, quien, despues del tratado de Passau, habia desolado la Alemania en una série no interrumpida de vejaciones, saqueos y escándalos. Dióse la célebre batalla de Sivertshauzen, en la cual, aunque victorioso Felipe I, tuvo que lamentar la pérdida de Mauricio, cuyo cadáver ensangrentado regó con sus lágrimas. De ambos ejércitos quedaron en el campo muchos muertos y heridos. Volvió Felipe á sus estados cubierto de gloria para consagrarse solo á la buena administracion de ellos; y despues de obtener la libertad de conciencia, por la cual habia trabajado tantos años, murió en Cassel, á los sesenta y tres de edad, el 31 de marzo de 1567, siendo llorado por todos sus súbditos, por la mayor parte de los príncipes del Imperio, y sentido aun por sus propios enemigos, que, aparte de todo, no podian menos de reconocer en él un alma grande, una actividad incansable, un talento superior, así para la política como para las armas, amor á las ciencias y á las letras, celo por el bien de sus súbditos y sobre todo una tolerancia sin ejemplo. Sus hijos lloraron la pérdida de un padre que tan digno se habia hecho de serlo por sus virtudes y por el interés con que les abrió las puertas del porvenir, legándoles la Hesse en un estado de prosperidad y grandeza que no habia tenido nunca.

Felipe dejó cuatro hijos de su matrimonio con Cristina de Sajonia, todos ellos herederos de sus virtudes y de las demás cualidades que le distinguian. Eran estos Guillermo, Luis, Felipe y Jorge, que entraron á sucederle en sus estados. Dejó además otros hijos, fruto de sus amores con Margarita de Saal, á quien se unió legalmente despues de la muerte de Cristina de Sajonia. A fin de evitar el que tu-

viesen que recurrir á la piedad de sus hermanos, ó temiendo que estos les despreciasen, dejóles el condado de Dietz y los señoríos de Lisberg y de Bickenbach á partir entre ellos. La prevision de Felipe I se vió justificada. Los hijos de su primer matrimonio rehusaron reconocer á los otros como rama legítima y como condes del Imperio, y los tildaron con los nombres de bastardos y usurpadores, por lo cual sobrevinieron grandes altercados y contiendas entre los hijos de Cristina y los hijos de Margarita. Al cabo el resentimiento de estos murió con ellos, y solo los cuatro príncipes del primer matrimonio entraron en la sucesion de los estados. Dejó Felipe en el testamento á su hijo Guillermo IV, así por ser el primogénito, como por una prueba de reconocimiento y gratitud á sus buenos servicios, y principalmente por lo que hizo para alcanzar su libertad, la mitad de sus estados, esto es, la Baja Sajonia con el condado de Zegenhain, el señorío de Itter y la jurisdicion de Smalcalda. A Luis IV el condado de Nidda y el principado de la Lahn, que constituia la cuarta parte de la sucesion, y la otra cuarta parte en mitades iguales á Felipe II y á Jorge I el *Piadoso*, que tal sobrenombre mereció despues, tomando el primero la parte baja del condado de Catzenellebogen, y el segundo la alta. Pero habiendo muerto sin dejar posteridad Luis y Felipe, heredaron sus estados Guillermo IV y Jorge I el *Piadoso*, los cuales formaron dos grandes ramas; el primero la de Cassel, que mas tarde se subdividió en otras dos, y el segundo las de Darmstad y de Honburgo. Desde entonces la Hesse no es un solo estado, y será preciso tratar de cada una de estas ramas separadamente hasta llegar á nuestros dias.

C. Legrand dibº y litº.

Lit. de J. Donon, Madrid.





GRAN DUQUESA

DE HESSE.

III.

[illegible]



DE HESSE.

III.

Tócanos tratar de la Hesse-Electoral ahora.

Los estados que Guillermo IV heredó de su ilustre padre en el repartimiento que se hizo, fueron los de Hesse Cassel, que componian la parte mas rica y dilatada del antiguo landgraviato. Estos estados, como veremos en la narracion de los sucesos, obteniendo aumentos unas veces, otras sufriendo disminuciones, se conservaron, sin embargo, mas extensos siempre que los otros en que sucesivamente fué subdividiéndose el landgraviato, y representan el primer papel en los consejos y en las dietas del Imperio, por lo que respecta á la casa de Hesse.

Guillermo IV, guerrero como su padre, y tan celoso como aquel habia sido del bien de sus súbditos, es el tronco de esta primera rama. En la historia de este buen Príncipe, podrá no hallarse tanto de dramático como en la de Felipe I; pero en cambio tampoco se hallará una sola cosa que directa ó indirectamente pudiera influir en daño ó perjuicio de sus estados, á cuya administracion se consagró con tanto celo y actividad, que en muy poco tiempo llevó á cabo una serie de reformas importantísimas y que de mucho tiempo antes venia reclamando el estado del país. Guillermo IV estuvo conceptuado en su época como el Príncipe mas sábio y entendido de todos, así por la gran extension de sus conocimientos, como por las felices aplicaciones que hizo, no solo en bien de sus estados, sino en provecho y para bien de toda la Alemania. Dedicado este Príncipe desde sus mas tiernos años al estudio, logró hacerse notable, así en la filosofía como en el derecho, así en las ciencias morales y físicas como en las matemáticas; y de tal manera consiguió sobresalir y brillar, que los historiadores no vacilan en apellidarle el Ptolomeo de la Alemania. Su dictámen, su opinion y parecer en los grandes consejos del Imperio, eran tan solemnemente escuchados y seguidos, que bien puede decirse que fué el árbitro durante su vida de todos los negocios políticos y familiares del mismo, y el juez supremo que decidia todas las cuestiones entre la córte y los príncipes y estados soberanos. Tal es el imperio del saber y de la virtud. Jamás tuvo él en sus estados que apelar á la fuerza para hacer triunfar la razon, para hacer valer su autoridad y sus derechos, y del propio modo evitó que en otras partes se hiciesen cuestiones de fuerza las cuestiones que podian resolverse por los términos de la prudencia y del derecho. Guillermo IV, consultado por los soberanos extranjeros acerca del derecho público, por los artistas é industriales sobre la física y la astronomía, por doquier atendido y escuchado,

representa un papel mas grande que su padre, aunque por diversa manera y concepto. Hizo en la Hesse lo que Francisco I en Francia, y lo que hicieron despues el gran Federico en Prusia, y Pedro I en Rusia. Tolerante con todas las sectas, magnífico y desprendido, jamás fué oneroso á su pueblo, y con la economía que en medio de su grandeza procuraba en los gastos públicos, construyó diez soberbios castillos, que fueron por entonces la admiracion de todos los príncipes y estados del Imperio. Con esto y con algunas posesiones que heredó de las casas de Plesse, Hoye y Henneberg, legó á su hijo Mauricio sus estados mas extensos que los habia recibido, y en mas próspero y mejor estado de fortuna. Murió tan buen Príncipe en 1592, siendo llorado por todos sus súbditos, y cuatro años despues le siguió á la tumba su hermano Jorge I, tronco de la rama de Hesse-Darmstad.

El landgrave Mauricio, merced á la brillante educacion que habia recibido, logró que no se echase de menos la falta de su padre. El jóven príncipe poseia no menos notables conocimientos que aquel, así en las ciencias como en las artes; habia cultivado las lenguas muertas por aficion, y las lenguas vivas por necesidad, para no abandonar nunca sus intereses á la ignorancia ó mala fé de los intérpretes. Solo una vez tomó las armas, y esa lo hizo para prevenir los males que pudieran ocasionarse á sus estados de la ocupacion de la Westphalia por los españoles, en la guerra de los Países Bajos. Envió socorros á los wesphalianos; pero la inexperiencia de sus oficiales dió tiempo á los españoles para que hiciesen su retirada sin el menor obstáculo que vencer. Mauricio se mostró parte en la sucesion de Luis de Hesse Marburgo, su tio, el cual habia dispuesto en su testamento que entrasen á heredarle sus sobrinos. El Landgrave, apoyándose en esta disposicion, pretendia tener derecho á la mitad de los estados de Luis, dejando la otra mitad para sus primos los hijos de Jorge. Pero estos, que eran Luis de Hesse Darmstad y Federico de Hanburgo, se negaron á que se hiciese tal particion. Mauricio, sin embargo, se apoderó de Marburgo y otros dominios. Pero como por una cláusula del testamento de su tio podia ser desheredado el sobrino que tratase de cambiar la religion católica, de la cual era él celosísimo partidario, y Mauricio habia abolido en sus estados el culto de las imágenes, estableciendo la comunion de Génova, y abrigaba el proyecto de suprimir el catolicismo, aunque al cabo no lo hiciese, Luis de Darmstad acudió al Emperador en demanda de que hiciese ejecutar aquella cláusula testamentaria. Atendió el Emperador á la reclamacion de este Príncipe, y por medio de un juicio solemne, desheredó (1623) á Mauricio de la parte que reclamaba y se habia apropiado, concediendo á su primo Luis para él, sus hijos y sucesores, el Marburgo y las dependencias que le eran anejas. Para ejecutar la sentencia, marchó hácia Cassel, residencia de Mauricio, un ejército de tropas imperiales con el encargo de emplear la fuerza en el caso de resistir el Landgrave. Mas este Príncipe de poco ánimo, y poco versado en las cosas de la guerra, no bien tuvo noticia de la aproximacion de los imperiales, abdicó en favor de su primogénito Guillermo V, quien al punto tomó las riendas del gobierno. Mauricio dejó todavía otro hijo lla-

mado Ernesto que formó una segunda rama de esta familia con el nombre de Hesse-Rhinfels.

Muy al contrario de su padre, Guillermo V no temia la guerra; y sin provocarla, porque esto no se avenia con sus principios de prudencia, tampoco se resignaba, á someterse á las fuerzas de ningun enemigo por grande y poderoso que fuese. Anhelaba este Príncipe la gloria, y queria seguir las huellas de su ilustre visabuelo. No se hicieron esperar mucho los sucesos que habian de ofrecerle ocasiones en que probar su valor y firmeza. La venida de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, en defensa de la libertad germánica, por cuya defensa se afanaban en vano muchos príncipes y estados del Imperio, y principalmente el elector de Sajonia, puso en el compromiso á Guillermo de decidirse por uno de los dos partidos. El Landgrave dudó algun tiempo si permanecer ó no neutral en esta gran lucha; pero viendo la conducta que observaban Wallenstein y el conde de Tilly, generales de las tropas imperiales, y con noticia de la horrorosa suerte que habia cabido á Magderburgo, se inclinó á abrazar el partido del rey de Suecia.

Por último, le obligó á tomar las armas una órden que recibió del general bávaro Tilly, por la cual le amonestaba á declararse en favor del Emperador, mandándole licenciar sus tropas, y que permitiese la entrada de las imperiales en Cassel, donde habia de proveerlas además de víveres y de dinero. Guillermo, no bien recibió esta doble amonestacion y mandato, contestó al bávaro por escrito en tales términos:

«No soy amigo ni enemigo de Gustavo; pero tampoco lo soy del Emperador. »Yo no recibiré guarnicion imperial ni en Cassel ni en mis demás dominios, por»que mis soldados son suficientes para guardar mis plazas; pero al mismo tiempo no »los licenciaré, porque los necesito para mi defensa. Lo que sí haré es defenderme »de cualquier enemigo que me ataque, el cual me hallará siempre pronto á reci»birle. Estoy resuelto á no dar víveres, municiones ni dinero al conde de Tilly; »pero de darle algo, será únicamente el buen consejo de que vaya á pedir todas »estas cosas á Munich (córte del duque de Baviera), donde reina la abundancia. »La Hesse es pobre. Y si el conde de Tilly osa entrar en ella, será porque no de»see ni estime la paz.»

Cuando el conde de Tilly recibió esta carta, su carácter cruel y vengativo sintió tales ímpetus de rabia y furor, que hizo juramento de hacer con la Hesse lo que habia hecho poco antes con Magdenburgo. Pero la aproximacion de Gustavo Adolfo hácia aquellas partes, hizo que el conde se dirigiese por otros sitios y no castigase, como esperaba, la osada respuesta del landgrave de Hesse. Estas amenazas, el resentimiento que Guillermo guardaba al Emperador por haber desposeido á su padre de la parte de herencia que creia pertenecerle, y otras causas no menos importantes para él, decidieron su ánimo á ponerse de parte de los suecos. Al efecto celebró un pacto con el rey de Suecia, mediante el cual este se comprometió á prestarle socorro y proteccion si alguna vez llegaba á

necesitarlo, comprometiéndose además á no celebrar paz alguna con el Emperador ni con la liga católica, ínterin que el Landgrave fuese molestado ó no se respetasen sus derechos; á defender sus conquistas y adquisiciones tanto como los dominios que á la sazon poseia, y á darle, en fin, tropas, que el mismo Guillermo mandaria cuando él en persona no pudiese venir á socorrerle. El Landgrave por su parte se comprometió, en justa reciprocidad, á todos los deberes de un buen aliado. Acordóse además que el tratado se solemnizaria con dos victorias por parte de Gustavo Adolfo, y con dos conquistas por la de Guillermo. Este eligió por teatro de sus operaciones, primeramente el condado de Henneberg, y comenzó á ejecutar sus proyectos. Despues de poner sitio á la ciudad de Vach, y de tomarla por asalto, hizo degollar á la mayor parte de los imperiales que la custodiaban. Siguiendo sus correrías, iba á situarse frente á Munden; pero noticiosos sus habitantes del ejemplo de Vach, acordaron rendirse, y tanto ellos como la guarnicion, fueron mejor tratados que los de aquella plaza. Esparcida la nueva por Westphalia, todos los estados, llenos de terror, se apresuraron á enviarle sumas de dinero y á solicitar la benevolencia del Príncipe, el cual, sin embargo, entró por todos ellos, y de conquista en conquista fué apoderándose de Dortmund, de Recklingshausen, de Borcken, de Dorsten, de Cofsfeld, de Ludwigshausen, de Paderborn, de Wezel, de Lippsladt, de Soest, de Ham, de Lemen y de otras varias plazas. Además, tuvo parte en la conquista de Hameleu y en la derrota de los imperiales, que para socorrer esta plaza habian venido á las órdenes del general Merode. Así concluyó el año de 1634. Al siguiente, Guillermo juntó sus fuerzas con las de Jorge, duque de Luneburgo. Así estaba en el interés de ambos príncipes; pero no tardó la ambicion en dividirlos. Pretendian los dos el mando en jefe de las fuerzas, y esta discordia, que daba respiro á sus enemigos, estuvo á punto de serles funesta. Cedió Guillermo, sacrificando así su amor propio á los intereses de su poderoso aliado el rey de Suecia. Y era tal su admiracion hácia este héroe, que despues de la batalla de Nordlingeu y de la paz de Praga, en que los suecos se vieron abandonados de todos los príncipes alemanes, Guillermo solo les permaneció fiel. Despues de otras campañas no menos gloriosas, y cuando se proponia continuarlas, la muerte cortó sus dias en 1637, al parecer emponzoñado por el general Melander. Fué Guillermo V uno de los príncipes mas valientes y decididos del imperio. De gran ánimo y nobleza de espíritu, prefirió siempre perder su vida á faltar á una palabra que hubiese dado, ó á un compromiso que hubiese contraido. Ahí está si no su conducta para con Gustavo Adolfo, cuya muerte lloró tanto ó mas que si hubiera sido su hijo.

Sucedió á Guillermo V su primogénito del mismo nombre, pero en muy corta edad. Afortunadamente la viuda Amalia Isabel, princesa dotada de un gran talento, de una discrecion y de una habilidad poco comunes en las mujeres, se encargó del gobierno durante la minoría de Guillermo VI su hijo. Diestra en el manejo de los negocios, no pasó mucho tiempo sin que diese pruebas de ello. Corrian ya los

años de 1640, y Amalia Isabel, rodeándose de buenos ministros, se decidió, con su acuerdo, á continuar la guerra contra el Imperio, engrosando sus tropas los ejércitos franceses al mando del conde de Guebriaut. Hallábase el general Lamboy (1642) con las tropas enemigas atrincherado cerca de Kempen en el electorado de Colonia; y esperando como esperaba la llegada del ejército de los bávaros mandado por Hasfeld, podia aguardar en tal posicion un ejército mas formidable que era el compuesto de franceses y hesseses. Los mas entendidos en el arte de la guerra juzgaban para estos sumamente difícil el acercarse al campamento de Lamboy; pero Guebriaut, merced al ardor belicoso que animaba á los franceses, secundados por los hesseses, no menos resueltos para el combate, se puso en marcha contra el enemigo; y por uno de esos acontecimientos milagrosos en los cuales pone la fortuna la mayor parte, los retrincheramientos que servian de defensa á los imperiales fueron forzados, y dos mil de ellos pasados á cuchillo. Lamboy, Mercy, Landrou, todos los coroneles y cinco mil soldados depusieron las armas y huyeron, abandonando la artillería, bagajes, provisiones y demás pertrechos de guerra. Tan gran victoria solo costó al ejército unido de franceses y hesseses la pérdida de sesenta hombres, que perecieron en el combate. El resto del enemigo, sin general, sin coroneles y sin nadie, en una palabra, que se encargase de su direccion, tuvo que huir sin que pudiera favorecer su retirada el general Hazfeld con los suyos, que se habia aproximado. Por el contrario, Hazfeld, se vió precisado tambien á huir, mientras que Guebriaut, apoderándose de Nuys y de Kempen, extendia sus cuarteles por todo el electorado de Colonia. Pero donde tuvieron mas ocasion de distinguirse los hesseses, fué en el combate de Allersheim en 1645. Roto el flanco, que mantenian los franceses y su mariscal Grammout en poder del enemigo, la victoria iba á decidirse en favor de los bávaros, cuando los hesseses, precipitándose con gran furia y denuedo sobre los vencedores, se hicieron dueños del campo de batalla apoderándose de Walchstad.

En el ínterin, ocupada Amalia Isabel con los negocios de sus aliados, no atendia á los suyos propios que se agitaban en aquellos momentos con motivo de la continuacion del pleito sobre la sucesion del Marburgo. Este pleito, aunque habia sido fallado anteriormente y en contra de su casa por el Emperador, habia seguido nuevos trámites, y á la sazon se miraba mas complicado que nunca. Y viendo Amalia Isabel que tambien por esta vez era su causa perdida, abandonando la via del derecho, apeló á la de la fuerza. Eligió al efecto de entre sus tropas victoriosas un cuerpo de ejército, que, bajo las órdenes del general Mortagne, envió á sitiar á Marburgo. El sitio, lejos de hacerse largo, ofreció brevemente, como la Regente se prometia, buenos resultados. La ciudad se entregó; y despues de algunos otros sitios y combates, en uno de los cuales fué muerto Mortagne, los hesseses se hicieron dueños de todo el condado de Catzenellebogen. A consecuencia de estos sucesos y descalabros, la rama de Darmstad se vió obligada á demandar la paz, que le fué concedida por mediacion de Ernesto,

duque de Sajonia, aunque bajo la condicion de que la casa de Cassel poseeria la parte baja del condado de Catzenellebogen con la jurisdiccion y ciudad de Smalcalda, así como una parte de la sucesion de Marburgo con 5,000 florines de renta, además de la ciudad y castillo de Marburgo; y que de la otra parte se pagaria á la casa de Darmstad la suma de 60,000 florines, abandonando el Landgrave el resto de la sucesion si aquella no bastaba á cubrirla. Satisfecha Amalia Isabel con este resultado, no quedándole ningun enemigo á quien combatir dentro de su familia, empleó todas sus fuerzas en combatir á los que le restaban en el Imperio. La córte, á consecuencia de los anteriores descalabros de sus tropas, se ocupaba en hacer nuevos aprestos de guerra mas decidida que nunca á terminar esta campaña. Reforzado nuevamente el general Lamboy, avanzó hácia el ejército aliado, dispuesto á recuperar el ducado de Juliers; pero apostados cerca de Grevenburgo los hesseses, bajo las órdenes del general Grifs, por mas que fuesen inferiores al enemigo, tuvieron la osadía de atacarlo. La fortuna protegió su audacia; y aunque al primer choque quedó rota el ala de los hesseses y abandonada su artillería, la impaciencia de la infantería de Lamboy, por apoderarse de los despojos de los vencidos, motivó un gran desórden en sus filas, aprovechándose del cual el general Grifs, rehizo sus fuerzas, y acometiendo al enemigo con gran arrojo, se hizo dueño del campo, de treinta banderas y de once piezas de artillería. Huyó Lamboy con el conde de Furstenberg y el general Sparr, dejando dos mil de sus soldados tendidos en el campo y como dos mil seiscientos en poder de los hesseses.

Pero en esto ya habia llegado á la mayor edad Guillermo VI, y tomó las riendas del gobierno de manos de su madre Isabel, que con tanta gloria suya como provecho del Estado, habia desempeñado la regencia. Guillermo VI reinó trece años, durante los cuales nada hizo de notable ó que merezca contarse. Murió en 1663, dejando de su matrimonio con Edvigia Sofía de Brandenburgo, cuatro hijos; el primogénito del mismo nombre, que murió en sus mas tiernos años, Cárlos, que le sucedió, Felipe y Jorge, de los cuales murió tambien el último á los pocos años de haber nacido.

Cárlos I entró á gobernar debajo de la tutela de su madre. Este Príncipe, desde sus mas tiernos años, habia manifestado grande aficion á las artes y á la guerra. Sus ojos, segun cierto historiador, se animaban de fuego divino al contemplar las obras de un gran maestro ó al escuchar la narracion de una batalla. Cassel le debe su acueducto y las principales obras de ornato público que hoy se admiran en esta ciudad. Cuando en edad de esgrimir las armas anhelaba seguir las huellas de sus antecesores, tomó parte en las guerras del Imperio, pero no en favor de los franceses, á los cuales se mostró muy enemigo, sino en ayuda de los imperiales, en cuyos ejércitos se mostró superior á sus iguales por su sabiduría, y á los soldados por su valor. Sería tarea prolija la de enumerar una por una las acciones en que se halló este buen Príncipe y que le han hecho tan memorable en la historia de Alemania. Al terminar sus dias se encontró cubierto de gloria, queri-

do de su pueblo, estimado del Imperio y aun de los estados mismos á quienes su bravura habia sido tan funesta. Murió Cárlos Federico el 23 de Marzo de 1730. Pródiga la fortuna con él, así en bienes como en distinciones, hasta le concedió la dicha de ver ascender al trono de Suecia á su hijo Federico. Este Príncipe, heredero de las virtudes de su padre, fué quien mandó en jefe el ejército de las provincias unidas. Casó en 1700 con Luisa Dorotea de Brandenburgo, princesa que falleció cinco años despues sin dejarle posteridad, y por lo cual, pasado algun tiempo, dió su mano á Ulrica Eleonora, hermana de Cárlos XII, rey de Suecia. Admirador Federico de las heróicas empresas de su hermano político, no le envidió, sin embargo, la gloria de verter la sangre de los hombres. Filósofo, protector de las artes, amigo del género humano entre todos los príncipes sus antecesores, cuyas historias habia leido, prefirió la sabiduría y el temple de alma de Guillermo IV, y á él tomó por modelo. Despues de la muerte de Alejandro del Norte, Ulrica Eleonora heredó la Suecia, y con consentimiento de los estados asoció al trono á su esposo Federico. No tardó este Príncipe en dar muestras de su carácter benigno y amigo del bien, cediendo la mayor parte de las conquistas de Cárlos XII para consagrarse esclusivamente á la felicidad de la Suecia. Federico encontró el reino tan despojado de hombres como de dinero, porque ciertamente las expediciones de su hermano político habian sido mas funestas para su patria que para los enemigos á quienes habia combatido. Para reparar estos males inauguró su gobierno con una serie de medidas importantísimas de administracion, merced á las cuales y á la proteccion que dispensó á las artes y al comercio, creció la poblacion y se aumentó la riqueza hasta un punto que no se habia conocido en Suecia. No por esto echó en olvido Federico á la Hesse ni descuidó el bien y la felicidad de sus primeros y naturales súbditos. Antes para que fuesen mejor gobernados y estar por su parte mas al corriente de los negocios, creó un consejo de regencia cerca de su persona, al cual hizo venir algunos ministros hesseses, y cuya presidencia dió á su hermano Guillermo. Constante en sus principios de paz, Federico no se mostró parte en las revueltas de Alemania. En 1744 accedió á la liga de Francfort, pero solo en su cualidad de landgrave de Hesse por no desagradar á los estados de Suecia. Murió en 1751, sentido y llorado de todos sus súbditos, y ciertamente que se habia hecho digno del general sentimiento.

No habiendo dejado Federico ningun hijo, sucedióle Guillermo VIII su hermano en el landgraviato de Hesse-Cassel, en cuyo tiempo se aumentó la Hesse con el territorio de Hanan. Desgraciadamente la guerra de los siete años, de la cual puede decirse que fué teatro la Hesse, atrajo sobre estos estados un cúmulo tal de males, que estuvieron para ocasionar su total ruina. No era tampoco Guillermo VIII un Príncipe de tales prendas y condiciones, que supiese prevenir en tiempo y razon los males que amenazaban á sus dominios, y lególos á su hijo Federico II en el mas lastimoso estado de miseria y de pobreza.

El nuevo Príncipe los encontró, sin embargo, en paz. Pero cuando se dis-

ponia á reorganizarlo todo, volvieron de nuevo los franceses á ocupar la Hesse en 1760, y continuaron en ella hasta la paz de Huberstburgo, causando los mismos estragos y vejaciones que antes. Federico II abrazó la fé católica, creóse una córte brillante, aumentó su ejército, y despues de haberlo uniformado y concertado en buena disciplina, lo vendió á los ingleses para ser empleado en las guerras que estos mantenian á la sazon en América. Así que, desde el año de 1776 hasta el de 1784, este inmoral tráfico llevado á cabo con muchos miles de hombres, le valió la suma de 21.276,778 thalers. De este modo fué como Federico pudo fundar el gran patrimonio que hoy posee su familia. Murió Federico II dejando por su sucesor á Guillermo IX, Príncipe que entró á gobernar bajo la tutela de su madre, hija de Jorge II de Inglaterra, por cuyo motivo apenas se encargó de la administracion de sus estados, tomó parte como aliado de la Gran Bretaña en las guerras de la revolucion francesa. Posteriormente Guillermo, suscribió en union con la Prusia, á la paz de Bale que se celebró en 1795, y como indemnizacion de las pérdidas que habia sufrido por estas y otras negociaciones, obtuvo en 1803 muchas ciudades y bailías que habian pertenecido antes al electorado de Maguncia. El aprecio con que el Emperador miraba los servicios de Guillermo, valieron á este ser elevado á la dignidad electoral, con el nombre de Guillermo I. Sobrevino en esto nueva guerra entre la Francia y la Prusia, y la Hesse fué llamada á presenciar grandes acontecimientos. Guillermo, comprometido por una parte con la córte de Berlin, tanto por relaciones de familia, como por el título de feld-mariscal que le habia concedido el monarca prusiano y que él habia aceptado, y temiendo por otra á Napoleon, creyó poder salir airoso de la situacion en que se miraba colocado, empleando una política prudente y circunspecta. Todo fué en vano sin embargo. Comunicósele por el encargado de negocios del Emperador en nota de 31 de Octubre de 1806 la voluntad de su soberano, que no era otra que anular su neutralidad. Y con efecto, el mariscal Mortier, á la cabeza de un numeroso ejército, ocupó á Cassel y desarmó todas sus poblaciones. El electorado fué incorporado al nuevo reino de Westphalia y al gran ducado de Francfort, pasando en consecuencia al dominio de Gerónimo Napoleon, el cual fijó su residencia en Cassel.

Mientras que este usurpador regía los destinos de Hesse, Guillermo habitaba en sus posesiones de Bohemia, de las cuales no regresó hasta el año de 1813, en que así el nuevo reino de Westphalia, como los demás reinos que Napoleon habia creado para sus hermanos, dejaron de existir. Por la paz de 1814 fué obligado á ceder muchos de sus territorios el elector de Hesse, resarciéndose de ellos con la adquisicion de una gran parte, acaso la mejor, del ducado de Fuld. Guillermo, una vez en sus estados, comenzó por no reconocer ninguno de los actos del gobierno intruso, y se dedicó á reconstituir todas aquellas cosas que habian sido destruidas por Gerónimo Napoleon en su reinado. La reunion de una asamblea de los estados en 1815, donde aparecieron ya grandes chispazos de liberalismo, fué para Guillermo una nueva contrariedad, á que hubo de resignarse. Murió el 27 de

Febrero de 1821, á consecuencia de un ataque de gota que le duró tres dias, dejando por sucesor á su hijo Guillermo II, que habia nacido el 28 de Julio de 1777, y á la época de su advenimiento se consideraba como inevitable un cambio de sistema en el gobierno. El mismo dia que murió su padre tomó posesion de los estados por un rescripto en el cual se calificaba, siguiendo la costumbre de sus antepasados, de elector y landgrave soberano de Hesse, gran duque de Fuld, etc., y publicó un manifiesto anunciando que desde aquel dia en adelante todos sus desvelos los consagraria al bien de sus súbditos, á los cuales concederia todas las libertades que fuesen compatibles con los derechos de su soberanía. Estas palabras las recogieron los hesseses como una promesa de reforma constitucional en sentido liberal, y en consonancia con las constituciones políticas que habian obtenido ya entonces otras naciones y estados de Europa. Pero, sin embargo, no fueron mas que vanas promesas que el tiempo se encargó de desmentir. La reforma es cierto la llevó á cabo, pero hé aquí en qué términos.

Dividió sus estados en cuatro provincias para su mejor régimen y gobierno. Una se componia de la Baja Hesse, otra de la Alta, la tercera de Fuld y la cuarta de Hanan, subdivididas en círculos menores. Creó cuatro ministerios para el despacho de los negocios del estado. Los ministros solo eran responsables ante el Príncipe, y en cuestiones reglamentarias la mayoría de votos decidia en Consejo de Ministros. Creóse además un Consejo privado de Estado y otro de Gabinete. Un contralor general desempeñaba ó hacia las veces de ministro de Hacienda. Se reorganizaron los tribunales y la justicia quedó declarada independiente. Se creó un tribunal supremo compuesto de dos salas; la una para lo civil y la otra para lo criminal. Para terminar la obra se creó una direccion de policía, independiente del ministerio, y á las órdenes inmediatas del soberano. Tal fué la reforma: nada que cambiase la organizacion política: nada que diese la participacion conveniente en el gobierno á los pueblos por medio de sus legítimos representantes. De tal manera inauguró su gobierno Guillermo II. Posteriormente dió el elector su mano á la condesa de Lesviutz, hermana de Federico Guillermo II rey de Prusia, cuyo casamiento fué para el estado de consecuencias tan graves como tendremos ocasion de analizar. El disgusto que esto produjo; un atentado cometido contra el Príncipe heredero el 21 de Enero de 1822, del cual nada pudo averiguar la policía; unas cartas anónimas escritas al Elector en los dos años siguientes, y los rumores de revolucion que circulaban, dieron que sospechar sobre la existencia de sociedades secretas que se ocupaban en alterar la tranquilidad de los estados, y el Príncipe adoptó sérias disposiciones.

No comprendia Guillermo II, que el pueblo lo que queria era mas legalidad, instituciones mas liberales, un sistema de gobierno, en fin, en el cual tuvieran los estados una intervencion que no tenian y que deseaban tener. Lejos de eso, comenzó á gobernar por su capricho, desoyendo el grito de la opinion, y de arbitrariedad en arbitrariedad fué caminando hasta el punto de encender la descon-

fianza y la fermentacion en los ánimos, desconfianza y fermentacion que traian orígen desde los tiempos de su padre Guillermo I, y que en vano podia calmarse con medidas de rigor y castigo. El pueblo, cada vez mas tenaz y resuelto, trabajaba sordamente por su libertad y preparaba un levantamiento, que obligando á ceder al Príncipe, le asegurase para lo futuro sus derechos políticos y civiles. Guillermo, sin embargo, permanecia sordo á las quejas de los hesseses, y tenia resuelto no cejar un punto á menos que no se le obligase por la fuerza. Semejante situacion, así por la actitud del Príncipe, como por la de los súbditos, no podia ser duradera, y los hechos no tardaron en demostrarlo. Nuevas medidas de rigor empleadas para destruir los comités y reuniones secretas, produjeron tal irritacion en los ánimos, que Guillermo conoció que si no de voluntad de por fuerza se le iba á imponer el régimen constitucional que tanto aborrecia; pero firme en su propósito de no consentir en ello, cuando vió llegado el momento de la rebelion, tomó el partido de retirarse con su esposa á Hanan. Tan imprudente retirada aseguró el triunfo del pueblo y justificó á los ojos del mundo la revolucion. El 9 de Setiembre de 1830 el pueblo en masa dió la señal de libertad. Armáronse los ciudadanos para asegurar por este medio el triunfo de la revolucion; y cuando el desconcierto y la anarquía habian llegado, como sucede en tales casos, á su último punto, el Elector expidió un decreto desde su residencia (19 de Setiembre) convocando los antiguos estados hesseses para el 17 de Octubre.

Esta resolucion de Guillermo apaciguó los ánimos y restableció la tranquilidad. La lucha desde este momento comenzó en el terreno legal, y los jefes de la revolucion, trabajando é influyendo en el ánimo de los diputados que habian de venir á la asamblea, prepararon el triunfo de su causa, que era el triunfo de la libertad. Llegó el 17 de Octubre, y los estados, sin la presencia del Príncipe que continuaba ausente, se dieron por constituidos en asamblea. Al siguiente comenzaron las sesiones, y en breves dias se presentó á la discusion un proyecto de Constitucion política. Los debates fueron largos, y hasta el 8 de Enero no fué aprobada la constitucion que en su espíritu y tendencias se igualaba á las demás cartas políticas y fundamentales que habian recabado ya por este tiempo una parte de las naciones de Europa. El 9 del mismo la Constitucion fué promulgada en medio de las mayores demostraciones de júbilo y de entusiasmo, celebrándose con fiestas y regocijos públicos por espacio de algunos dias. Pero Guillermo siguió viviendo en Hanan con la condesa de Lessviutz su esposa, y esta ausencia despues de promulgada la Constitucion, no podia menos de despertar recelos y temores en el ánimo público. Para calmarlos fué á rogarle su vuelta una diputacion de los estados, y á persuadirle la necesidad de su presencia en el centro del gobierno. Todo fué en vano. Guillermo renunciaba á su pueblo antes que á su esposa, por la cual, hacia mucho tiempo, que se hallaba completamente dominado. La diputacion se retiró poco satisfecha, y el Elector despues de despedirla, en la necesidad de resolver algo, dió la regencia al príncipe elector Federico Guillermo, el cual desde enton-

ces añadió á sus títulos el de co-regente. Esta resolucion fué tomada el 30 de Setiembre de 1831 y autorizada por una ley. Con tales inconvenientes y obstáculos tropezaron los hesseses para obtener sus libertades y derechos. Pero puestos una vez los príncipes en el camino del desacierto, no lo abandonan por mas que en ello vean comprometida su propia soberanía; y en la Hesse sucedió que, despues de planteado el sistema constitucional, lo hacia completamente nulo la conducta del gobierno. Fuera por el ascendiente que tenia la condesa de Lessviutz en el ánimo de su esposo, el cual sus menores consejos los consideraba como órdenes; fuera porque Guillermo odiaba el mismo sistema; fuera, en fin, porque no estuviese conforme con él el Príncipe co-regente, el hecho es que apenas planteado el nuevo sistema, habia venido á ser una burla del soberano y sus ministros. El parlamento funcionaba, es verdad; pero á la menor hostilidad al gobierno se cerraban sus sesiones. Así sucedió con la legislatura de 1832, porque no bien abierta, se levantó el diputado Jordan á pedir con energía el cumplimiento de la Constitucion, y con las de 1833 en que la mayor parte de los diputados se declararon de oposicion. En otras legislaturas abiertas en Febrero de 1834, 6 de Enero de 1835, Agosto de 1837, en la cual fué acusado el ministro Hasenpflug por su conducta contra el sistema constitucional; 28 de Abril de 1838 y 29 de Noviembre de 1839, la efervescencia política cedió un poco, y los debates versaron sobre el estado de la Hacienda, sobre las exigencias de la dieta Germánica, sobre la sucesion del condado de Rothenburgo y sobre la ley municipal en la cual se hicieron notables mejoras. Pero esto, sin embargo, y á pesar de la preferente atencion que se consagró á los asuntos económicos, la hacienda y el comercio de Hesse se miraban en completo abatimiento. Habiéndose adherido el soberano en 1828 á la asociacion comercial de la Alemania central, mudó de pensamiento cuatro años despues, y se decidió por la de Prusia. Entonces las dos compañías establecidas bajo los auspicios de la Sajonia y de Wurtemberg, perdieron una parte de su apoyo, y antes de irse á fondo se unieron á la gran asociacion dirigida por la Prusia.

El Príncipe co-regente era, como hemos tenido ocasion de observar, de tendencias tan absolutistas como su padre; y preocupado en la política y en buscar medios de ensalzar su soberanía con mengua de las libertades públicas, tenia en completo olvido la administracion de los estados. El empobrecimiento de Hesse cada dia se fué haciendo mas palpable, y los diputados, intérpretes de las quejas del pueblo, en vano se esforzaban en reclamar medidas protectoras para el comercio y la agricultura. Lejos de obtener leyes benéficas y medidas para el fomento de la riqueza, crecian y se aumentaban los tributos hasta el punto de dejar exánimes á los pueblos. Tan mal sistema de gobierno, como sucede siempre, produjo en los últimos años del Elector la emigracion de muchos hesseses á tierras extrañas donde iban á buscar medios de subsistencia. Murió S. A. R. Guillermo II en 1847 á los 77 años de edad; y su fallecimiento pasó tan completamente desapercibido como hubiera podido serlo el de cualquiera súbdito oscuro y sin nombre. Este Príncipe no habia

contraido otros méritos durante su vida que los que prestó durante la guerra de la independencia como oficial prusiano. En 1821 entró en la posesion de sus estados; y desde estos no tuvo otro fin ni otro objeto que tiranizar á sus súbditos, á los cuales dejó en 1847 sumidos en la mayor miseria y abatimiento. Ni una reforma, ni una medida de gobierno que redundase en beneficio de los pueblos. Apartado de los negocios desde 1831, miraba impasible la suerte de su patria cada vez mas precaria, cada vez mas triste por la funesta administracion del Duque co-regente. Y este Príncipe en quien el pueblo tenia que depositar sus esperanzas, en quien cifraba su porvenir, desconociendo el espíritu de la época, las tendencias liberales de todos los pueblos, y sobre todo el estado de los ánimos al encargarse de la regencia, se propuso tambien una política opuesta á los deseos de sus súbditos y á sus propios intereses. Federico Guillermo fué llamado en 1831 á la regencia por la revolucion, y es censurable que apenas se viese elevado á la soberanía tratase de amenguar las libertades públicas, y que haya seguido despues usando del mayor rigor con sus súbditos, muchos de los cuales han tenido que expatriar y buscar en tierra extraña el sosiego y la calma que se les niega en el país que los vió nacer.

El Elector de Hesse ocupa el octavo lugar en la Dieta de la confederacion germánica, y tiene en ella tres votos. Su contingente que es de 5,679 hombres, forma parte de la segunda division del octavo cuerpo del ejército. El Elector y su familia pertenecen á la religion reformada, y de los habitantes del electorado 336,850 pertenecen á la misma: 140,150 son luteranos; 102,850 católicos; algunos menuonitas, y 5,200 judíos: el total de habitantes asciende á unos 600,000, repartidos en 62 ciudades; 33 villas; 1,062 lugares, y 725 aldeas. La capital es Cassel con 26,000 habitantes. ¡Triste país al cual le están reservadas grandes crísis en lo futuro por la ceguedad de sus gobernantes! ¡Triste país que tiene puestos en cuestion sus mas altos, mas esenciales intereses, los intereses del órden y de la libertad!

IV.

Vamos á tratar ahora del Hesse Gran Ducal.

Digimos en su lugar correspondiente al hablar del repartimiento de los estados de Hesse entre los hijos de Felipe I, que á Jorge I solo le habia tocado un octavo de la sucesion, ó lo que es lo mismo, la parte alta del condado de Catzenellebogen, así como otro octavo, ó sea la parte baja á su hermano Felipe, que murió al poco tiempo; y que por fallecimiento de este y de su hermano Luis, conde de Nidda, se habia repartido entre Guillermo IV el primogénito y mayor de ellos, y Jorge I, que era el menor, la herencia de los príncipes difuntos, formando el primero la rama de Hesse-Cassel, y el segundo las de Darmstad y Homburgo.

Vamos, pues, á entrar ahora á referir los sucesos de la casa de Darmstad de la propia manera que acabamos de hacerlo con la de Hesse-Cassel.

Jorge I en vez de entrometerse en los asuntos del imperio y de tomar parte en ninguna de las guerras y convulsiones que por entonces lo agitaban, se consagró exclusivamente á sus estados, protegiendo la industria y el comercio y haciendo notables mejoras en sus ciudades y fortalezás. Así pasó la mayor parte de su vida, y así pudo merecer el aprecio de sus súbditos que lloraron estremadamente su muerte ocurrida en 1596, cuatro años despues que la de Guillermo IV su hermano. Dejó tres hijos llamados Luis, Felipe y Federico, de los cuales habiéndose ahogado el segundo estándose bañando, se repartieron los estados los otros dos, tocándole al primogénito Luis, el Darmstad que era lo principal, y á Federico el Homburgo, desde cuyo tiempo se formó esta nueva rama.

Luis V fué parte actora en el famoso pleito de que hemos dado ya cuenta, con la casa primogénita de Hesse, sobre la sucesion del Marburgo, á consecuencia del testamento que otorgó en favor de sus sobrinos Luis de Hesse Marburgo, hijo de Felipe I, y hermano, por tanto, de Guillermo IV y Jorge I, el cual murió sin sucesion. Luis V, apoyado en una cláusula del testamento de su tio que excluia de la herencia al Príncipe que tratase de innovar la religion del estado, exigió su cumplimiento, y obtuvo del Emperador una declaracion mediante la cual quedó en quieta, pacífica y absoluta posesion del Marburgo. Esto ocasionó que se ju-

rasen ódio eterno las dos ramas, y que durante veinte años no disfrutasen un momento de tranquilidad sus respectivos súbditos.

En 1606, Luis introdujo el órden de primogenitura en su casa; y dedicándose á proveer á las necesidades de su pueblo, así en el órden material como en el intelectual, fundó al año siguiente la universidad de Giessen, y llevó á cabo otras mejoras no menos importantes. Mas sea porque conociese los límites de su poder, bien escasos para tomar parte en las cosas del Imperio, sea por un sentimiento de gratitud hácia el Emperador, de quien habia recibido grandes favores, el caso es que se mantuvo siempre de su parte, y que no imitó la conducta de su sobrino Guillermo V de Hesse-Cassel, que con tan tenaz insistencia ayudaba á Gustavo Adolfo en sus empresas. Por esta conducta de constante adhesion, Luis mereció del Emperador el dictado de *Fiel*, y una proteccion decidida en todas sus contiendas contra el Elector palatino. Y sin embargo, sorprendida su capital por las tropas de Federico V, del conde de Masfeld y del margrave de Baden, Durlach, no pudo contrarestar á tan terribles enemigos, y fué hecho prisionero con uno de sus hijos. Por fortuna, mientras le duró la cautividad, el Emperador le colmó de distinciones y le indemnizó despues largamente por aquella desgracia. Murió en 1626, dejando á su primogénito Jorge II, las posesiones de Darmstad; y á Juan, su segundo hijo, las de Breubach. Federico, que era el tercero, habiendo abrazado la religion católica, llegó á ser cardenal y obispo de Breslaw.

Jorge II, siguiendo el ejemplo de su padre, rehusó aliarse con los enemigos del Emperador. Lo que sí hizo fué trabajar con harto celo y ardor por restablecer la paz, yendo de una córte á otra para templar las pasiones y calmar los espíritus, sin que reportase otro fruto de la neutralidad en que habia mantenido su país, y de los servicios que á todos habia prestado, que el de ver cometer en su territorio miles de excesos, así á las tropas imperiales como á las suecas, de vuelta de la batalla de Heilbroun. Afortunadamente para él, Fernando II, conocedor y apreciador de sus servicios, le confirió una parte del país de Isenburgo en justa reparacion de las pérdidas que habia sufrido. Pero como la mala suerte cuando se deja venir sobre un estado no abandona tan pronto su terrible saña que no haya tenido tiempo de destruirlo todo, sucedió que cuando mas tranquilo se creia Jorge, el mariscal de Turena apareció en esta parte de la Hesse al frente de un numeroso ejército. Despues de varios sucesos, obligó por las armas á Jorge á hacer notables sacrificios. Fueron estos, que habia de entregar todas las posesiones que habia recibido durante la guerra, por cesion del Emperador, tales como el Palatinado, Solms é Isenburgo. La paz de Westphalia confirmó en todas sus partes esta transacion.

Sucediόle Luis VI, Príncipe avaro y poco aficionado á la guerra, pero grande amigo de las artes y de las ciencias; y á este, Luis VII su hijo, que apenas reinó un año, pasó á mejor vida, entrando á sucederle su jóven hermano Ernesto Luis, bajo la tutela de su madre, princesa de Sajonia Gotha, la cual tomando

parte en todas las empresas del Imperio contra la Francia, legó este ejemplo á su hijo, así como un ejército disciplinado y aguerrido para que pudiera continuar la obra que ella habia comenzado. De esta manera vino á ser este país el teatro de la guerra. En el propio estado continuó bajo su sucesor Luis VIII por haberse declarado contra el rey de Prusia. Pero este Príncipe obtuvo mejor éxito en las empresas que acometió, que habian obtenido su padre y su abuelo. Así fué que se hizo dueño del condado de Hanan-Lichtemberg, situado en la Alsacia, y de otros territorios considerables. Siguióle Luis IX, el cual gobernó sus estados con prudencia y sabiduría. Admirador constante, hasta el fanatismo, de las instituciones militares prusianas, y principalmente del gran Federico, quiso poner sus tropas bajo igual pié de disciplina y organizacion, y en eso invirtió una gran parte de sus dias. Su hijo primogénito Luis X, en mal hora envuelto en las catástrofes políticas de fines del siglo pasado, perdió en las guerras de la revolucion sus posesiones transrhinianas. Y no solo esto: en 1803 tuvo que ceder una gran parte de sus estados al gran duque de Baden y al príncipe de Nassau-Ussingen, bien que fué completamente indemnizado con la adquisicion del ducado de Westphalia, de las ciudades de Worms y de Fnidberg, y de otras muchas pequeñas tierras en el palatinado y en el electorado de Maguncia. La fortuna siguió siéndole próspera despues de aquellos primeros reveses, y la creacion de la confederacion del Rhin concurrió todavía á su engrandecimiento, así como los tratados que hizo sucesivamente con la Francia y Baden. En 1806, Luis X mereció por sus servicios el título de gran Duque, y tomó el nombre de Luis IV. No estuvo mucho tiempo Luis en posesion de su fortuna. Por los acontecimientos de 1815 y 1816, perdió el ducado de Westphalia; pero como él se habia pasado á los aliados en Noviembre de 1813, se le indemnizó con un territorio considerable comprendido entre la Mosella y el Rhin.

Terminadas estas contiendas exteriores, el gran Duque tuvo que luchar con el torrente revolucionario que habia invadido á sus estados. El pueblo de Hesse-Darmstad, como el de Hesse-Cassel y como casi todos los pueblos y naciones de Europa, suspiraba por su libertad y exigia de su Príncipe soberano una Constitucion política en consonancia con las necesidades y con el espíritu de la época. Luis I sin negarse, puesto que así lo ofreció por un rescripto de 18 de Febrero de 1815, retardaba todo lo que podia el cumplimiento de su promesa, y antes con sus medidas tendia á menguar las libertades que los hesseses de muy antiguo venian poseyendo, que á extenderlas con una latitud razonable. Miraba por esto el pueblo con desconfianza á su Príncipe, y comenzó á fraguar proyectos que nunca hubiera intentado á no ser por la tenacidad que Luis mostraba. La política se hizo la ocupacion ordinaria de nobles y plebeyos, y á semejanza de lo que acontecia en otras partes de Europa, tuvieron principio los comités y las reuniones secretas. Un edicto relativo á la amortizacion de las Dietas comunales, cuando en tal disposicion se hallaban los ánimos, anticipó á nuestro modo de ver la revolucion. Eleváronse

quejas al gran Duque, y prorumpiéronse amenazas contra sus ministros que tan mal uso hacian de la confianza del soberano. El paso, sin embargo, estaba ya dado, y la menor concesion, por parte de Luis I, habia de obligarlo á otra porcion de concesiones mas tarde. Quiso mantenerse firme, pero al cabo modificó el edicto en términos que pudiera agradar á la mayoría de sus súbditos. Contra sus esperanzas, si bien como era de esperar, esta concesion alentó á los revolucionarios, y diversos diputados de las bailías reunidos en Grinsberg el 23 de Agosto de 1818, trataron de oponerse á un nuevo impuesto, fundándose en que amenazaba de muerte las libertades y los privilegios de los comunes. A este motivo de disgusto se reunió otro no menos importante, que fué el desarme del landsverr ó reservas provinciales, que parecia anunciar el retardo de la Constitucion prometida por el rescripto de 1815. Multiplicáronse los comités y las reuniones compuestas en su mayor parte de abogados y estudiantes, y el gobierno, temiendo por el órden y la tranquilidad de los estados, publicó un edicto el 1.º de Marzo de 1819, prohibiendo todos los comités y reuniones que tuviesen carácter político sin su permiso, y dictando severas disposiciones para los contraventores, con facultad las autoridades de usar de la fuerza armada para disolverlos. Pero el espíritu de oposicion habia hecho ya tales progresos, que no podia fácilmente destruirse con tal género de medidas. Continuaron los comités; siguieron las peticiones en demanda de un gobierno constitucional; publicáronse manifiestos, y el desórden sobrevino de tal manera, que el gran Duque declaró rebeldes á los autores de las proclamas, y reuniones ilícitas, y momentáneamente todo fué deshecho por la fuerza. Luego sin atender á tales exigencias, Luis I procedió por sí y ante sí en las cuestiones mas graves de política y administracion que pueden ofrecerse en un estado; pero al cabo y á consecuencia de la terrible oposicion que hallaba en las cámaras, las cuales reclamaban el derecho que las habia quitado de votar los impuestos, se amansó en cierto modo preparándose á entrar en una senda constitucional. Presentó ante las Cámaras primeramente, un proyecto sobre la responsibilidad ministerial en 1820, y accedió á la pretension de las mismas sobre la publicidad de sus sesiones. Despues el 5 de Agosto presentó un proyecto de constitucion política, estableciendo que las Cámaras intervendrian en la formacion de las leyes; que habria igualdad ante ellas de todos los ciudadanos, y que al propio tiempo todos disfrutarian unos mismos derechos civiles y políticos. Libertad de las personas y de las propiedades sin otras restricciones que las que determinasen las leyes; seguridad individual y prohibicion de ser juzgada ninguna persona sino por el tribunal competente y en los casos previstos por las leyes; justicia independiente é inamovible; facultad de votar los impuestos y contribuciones públicas; un Senado compuesto de senadores hereditarios y senadores vitalicios nombrados por el Príncipe, y una cámara de diputados compuesta de seis mandatarios nobles, uno por cada una de las ocho ciudades principales, y treinta y cuatro representantes por las bailías y distritos; hé aquí las mas importantes disposiciones de la nueva

Constitucion. El 14 de Octubre se presentó á las cámaras por el consejero privado del gran Duque, Hossmann, y fué recibido con grandes vivas de aclamacion. Por último, y despues de serios debates en el consejo de ministros, S. A. R. tuvo á bien sancionar el 21 de Diciembre la nueva Constitucion.

La alegría que esto causó en el pueblo, solo puede concebirse si se tiene en cuenta lo mucho que habia suspirado por el nuevo régimen, y las persecuciones que habia sufrido hasta conseguirlo.

Desde entonces comenzó á reinar la mejor armonía entre el pueblo y el gobierno; y tanto en la legislatura de 1821, como en las de 1823, 24 y 25, nada turbó el reposo y tranquilidad de los debates, aprobándose en este último año un empréstito con la casa de Rostchild de 6.500,000 florines, al 4 por 100 de rédito anual, para ocurrir á las grandes atenciones que pesaban sobre el estado.

Pero aunque establecido el gobierno representativo, el nuevo gran duque Luis II, Príncipe de escasa inteligencia política, no tardó, con una imprudencia sin ejemplo, en entrar en la via reaccionaria. Despues de deshacer violentamente, á la primera votacion que le fué desfavorable, la oposicion legal, disolviendo la cámara de los representantes, procedió á unas nuevas elecciones, y por medio de la corrupcion y de las mayores violencias, consiguió traer una cámara sumisa y obediente que sancionase aquel golpe de Estado. Desde entonces Luis II comenzó á gobernar por su capricho y sin detenerse ante consideraciones de ningun género. Verdad es que la cámara de representantes así votaba los impuestos, como todas las leyes que presentaba á su aprobacion el Príncipe. Hasta tal punto se hallaba envilecida. Esto, sin embargo, y á pesar de la poca proteccion que el gran Duque les dispensaba, las artes, la agricultura, la industria y el comercio, dieron algunas esperanzas de vida y progreso, sobre todo despues del establecimiento del nuevo sistema de aduanas en 1828, y de los últimos tratados con la Holanda. En 1842, el gobierno de Luis II presentó á las cámaras un proyecto sobre construccion de ferro-carriles por cuenta del Estado, que fué aprobado por una gran mayoría. Y en 1845 el grande Duque se ligó con la mayor parte de los príncipes de la confederacion germánica en la cruzada política contra los reformadores católicos. Tres años despues bajó al sepulcro y entró á sucederle, el 16 de Junio de 1848, su hijo Luis III, el actual gran Duque reinante que habia nacido el 9 de Junio de 1806.

V.

Pocas palabras vamos á decir de estas tres ramas de la casa de Hesse, cuya historia dejamos bosquejada á grandes rasgos en las páginas que anteceden. La mas antigua de las tres es la Hesse-Homburgo, que trae su orígen de Federico, hijo de Jorge I, y nieto del gran Felipe I apellidado el *Magnánimo*. Desde entonces hasta nuestros dias ha venido esta familia dilatándose, pero sin tomar parte alguna ni ejercer la menor influencia en las cosas de Alemania. En 1817 este pequeño estado que solo posee tres bailías en el círculo de Magdebourg, y bajo la jurisdiccion superior de la Prusia, fué incorporado á la confederacion germánica. Su poblacion es de 20,000 almas, y el Landgrave tiene un voto en la Dieta. La sucesion de esta familia no podemos buscarla antes de Federico Luis que falleció por los años de 1820. Este Príncipe tuvo tres hijos, y los tres han venido sucediéndose en el gobierno. El primero de ellos, llamado Federico José, nació en 1769; el segundo, llamado Luis, en 1770; y el tercero, Fernando Enrique Federico, en el de 1783. Este último es el que habiendo recogido la herencia en 7 de Setiembre de 1848, se halla hoy al frente de la Hesse-Homburgo.

En cuanto á las otras dos casas de Hesse-Philippsthal, y Hesse-Philippsthal-Barchfeld, no hay mas que decir sino que la una ha nacido de la otra, y que el orígen de ambas no se remonta mas allá de principios del siglo pasado. Al frente de la primera se halla el landgrave Cárlos que nació el 22 de Mayo de 1803, y sucedió á su padre en 25 de Diciembre de 1849, casado en 1847 con Gertrudis, condesa de Schaumbourg; y al de la segunda, Cárlos Augusto Felipe Luis, que nació en 27 de Junio de 1784, y que está casado en segundas nupcias con Sofía Carolina Paulina, princesa de Beutheim-Beutheim y Beutheim-Stenfourt. Ninguna de estas dos casas ejerce poder soberano, ni tienen ninguna importancia política. Unicamente poseen el lustre y nombre de príncipes de la antigua y noble casa de Hesse, cuya historia concluimos en este punto.

Madrid, Febrero de 1854.

Emilio Cánovas.



M. Iglesias lit.

Lit. de J. J. Martinez Madrid



FEDERICO

Gran Duque



LUIS.

de Baden.

BADEN.

I.



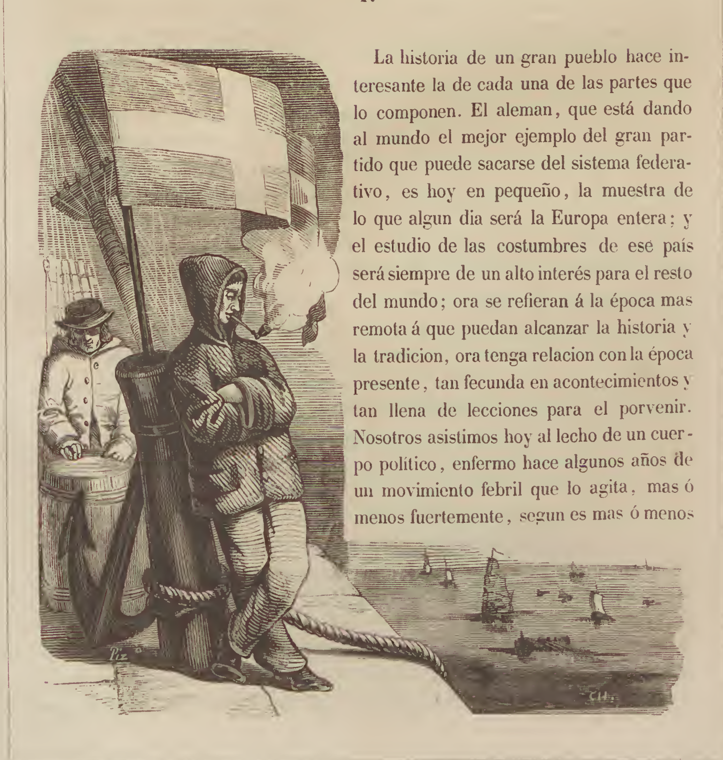


BADEN.

LUIS, GRAN DUQUE.

REGENCIA DEL PRINCIPE FEDERICO GUILLERMO LUIS.

I.



La historia de un gran pueblo hace interesante la de cada una de las partes que lo componen. El aleman, que está dando al mundo el mejor ejemplo del gran partido que puede sacarse del sistema federativo, es hoy en pequeño, la muestra de lo que algun dia será la Europa entera; y el estudio de las costumbres de ese país será siempre de un alto interés para el resto del mundo; ora se refieran á la época mas remota á que puedan alcanzar la historia y la tradicion, ora tenga relacion con la época presente, tan fecunda en acontecimientos y tan llena de lecciones para el porvenir. Nosotros asistimos hoy al lecho de un cuerpo político, enfermo hace algunos años de un movimiento febril que lo agita, mas ó menos fuertemente, segun es mas ó menos

crítico el período por donde pasa; y seguramente que si los pueblos no estuvieren hoy ligados unos á otros por el sólido lazo del interés comun, la mas pequeña de las convulsiones que los sacuden, bastaria para reproducir las escenas sangrientas que tanto han retardado los progresos de la civilizacion y tanto se han opuesto á mejorar la condicion de los hombres. La Alemania, como hemos dicho, da además el modelo de union federativa de los estados, así como el de las formas bajo las cuales pueden organizarse esas reglas que dictan el interés comun y el bienestar de cada uno de los pueblos. La historia, pues, de ese país confederado será siempre del mayor interés; interés que se reflejará sobre la de cada una de las comarcas que lo componen.

En este caso se halla la del gran ducado de Baden, uno de los estados componentes de la confederacion germánica cuya historia se halla estrechamente ligada á la de la Alemania entera: su estudio será objeto de nuestro trabajo; pero para que los que nos lean puedan formarse una idea cabal de la que es peculiar al gran ducado á que nos referimos, describirémos la porcion del territorio germánico que hoy compone aquel estado, y que fué en otro tiempo parte de los mayores que han llevado diferentes nombres segun las épocas y las variadas vicisitudes que han pasado por las generaciones que les han dado vida.

El territorio del gran ducado está compuesto de todo cuanto bañan las aguas vertientes que desde la Selva Negra bajan hasta el Rhin; así como todas las márgenes orientales del mismo rio desde Basilea hasta mas allá de Manheim, y algunos distritos al Norte y Oeste del lago de Constancia. Linda por el primero, con el gran ducado de Hesse, y al N. E. con la Baviera; al E. con el reino de Wurtemberg y los principados de Hohenzollen; al S. E. con el lago de Constancia; al S. con la Suiza, y al Oeste con la Francia, de la cual, así como de la República helvética, se halla separada por el Rhin.

La historia antigua de este país, como la de todos los del Norte de la Europa, se resiente de su alejamiento de los focos de civilizacion situados desde las eras mas remotas en las zonas templadas del hemisferio boreal. La luz del saber no penetró en ellos hasta muy entrada la era cristiana, y el historiador se ve en la necesidad de recoger lo que sobre sus costumbres y territorio han dicho los autores de otras naciones, con la poca seguridad del que cuenta sin ser testigo ocular de lo que dice ó puede acreditarlo con datos fehacientes.

Lo que parece mas averiguado es que sus primeros habitantes fueron originarios del Asia, y lo demuestran á pesar de los tiempos, ciertos rasgos de semejanza entre los idiomas de los unos y los otros; sin embargo de que, en fuerza de la verdad, debemos decir no ser estos muy caracterizados, no obstante el buen deseo de los que lo afirman.

Parece asimismo cierto, que el primer nombre que llevaron fué el que hoy conservan, es decir, el de *Teutsch* ó *Teutones*, derivado del de la divinidad protectora del país á quien llamaban Téut. Los galos y romanos que tuvieron noticias de este

pueblo cuando ya se habian diseminado sobre el vasto territorio que ocupaba, no le conocieron por ese nombre, y dieron á las diferentes tríbus de que se componia el de germanos, de la palabra *ger* ó *gerr*, que significaba guerra, y casi lo dice en nuestros dialectos, y el sustantivo *man* que hoy significa hombre; es decir, *hombres de guerra*. Esta denominacion basta para indicar las costumbres de aquella raza, cuando el poder de Roma tuvo que detener sus conquistas en la barrera que le opuso un pueblo, tan ageno de civilizacion y cultura, como dotado de valor y sentimientos de independencia.

Las tríbus en que se dividió el pueblo teuton ó germano, tomaron varios nombres, y se situaron en diferentes partes de su territorio. La que ocupaba la orilla derecha del nacimiento del Rhin y las cabeceras del Danubio, es decir, el país que comprenden el gran ducado de Baden, el Wurtemberg y otros estados, fué la de los alamanes ó alemanes, cuya etimología parece indicar mas bien la reunion de las gentes de varias tríbus que la denominacion de una sola, si se considera que la palabra *all* significa *todo*, y la de *man*, como digimos antes, *hombre*.

Estos pueblos, mas espuestos que otros á las vejaciones de los romanos, tanto por ser los mas inmediatos á las Galias como los mas fronterizos de la Germania, que tanta resistencia les ofrecian cuando querian invadirlos, fueron objeto de una atencion particular de parte de aquellos conquistadores; así mas tarde tuvieron cuidado de sembrar su territorio de fortificaciones cuyos restos se distinguen hoy sobre una parte del gran ducado. Los romanos consideraron de mucha importancia precaverse contra las frecuentes invasiones de las tríbus germánicas del interior, y arrojaron de la frontera natural constituida por el Rhin á los marcomanos y otros pueblos de la misma raza, dando entrada solamente á los que quisieron vivir sometidos á ellos, sujetos en señal de vasallage á un tributo ó cánon que hizo llamar á toda aquella comarca el *Campo de los diezmados*.

La pluma del historiador habria de detenerse mucho si hubiera de seguir en todos sus pormenores las vicisitudes de estos pueblos durante la dominacion romana, porque tendria que hacer relacion de todos los movimientos militares que tuvieron lugar durante muchos siglos en aquella frontera. Pero dejaria de ser la de un cronista fiel si omitiese hablar de aquellos rasgos de la historia que son peculiares al pequeño territorio cuyo pasado reseña, sin que por ello se aparte del propósito de no entrar en los prolongados pormenores de las interminables y no fructuosas luchas de los latinos contra el pueblo germánico.

La historia de las batallas del célebre guerrero Ariovisto contra los galos y romanos, merece de nuestra parte que nos detengamos en ella, porque se halla en aquel caso. Era este valiente soldado hijo de aquel territorio que hoy ocupa el centro de nuestro gran ducado. Los pueblos que le vieron nacer llenaban la comarca que se halla casi cerrada entre el Danubio, el Rhin y el Necker. Por los años 70, antes de la era cristiana, este que mas tarde conquistó con su valor la corona de los suevo-marcomanos sus compatriotas, era un hombre de armas á quien ni su

nacimiento ni sus riquezas habrian podido elevar sobre sus compañeros, porque tales distinciones no se conocian entre aquellos pueblos. No así la del valor, que bastaba entre sus tríbus guerreras para sacar de la oscuridad al mas olvidado de sus individuos. Ariovisto supo grangearse el renombre de valiente entre los valientes, y bien pronto se vió al frente de un ejército con el cual atravesó el Rhin y puso á contribucion á los pueblos borgoñones, cuya feracidad excitó su codicia á punto de asegurar su posesion con una batalla que trabó con los naturales en *Magetobria*, llamado hoy *Montbeliard*.

Las hazañas de este rey debieron ser de tanto tamaño y tan repetidas, que los diferentes capitanes romanos que llegaron con sus conquistas hasta las fronteras de los pueblos dominados por él, hubieron de parar allí el paso victorioso de sus banderas. El mismo Julio César, henchido de orgullo por las fáciles victorias que habia obtenido sobre los menos aguerridos pueblos del Mediodia, llegó no mas que hasta la raya del reino de Ariovisto.

El deseo de conquista que inflamaba á César le hizo abrazar con calor las quejas que los ribereños de la orilla izquierda del Rhin le dieron contra el monarca suevo, y con la arrogancia con que estaba acostumbrado á tratar á los vencidos, lo emplazó para que viniere á sus reales á conferenciar con él sobre aquellos asuntos. La respuesta de Ariovisto no fué menos arrogante que la órden del jefe romano; pues sus emisarios le contestaron de parte del teuton, «que cuando él necesitára de César le iria á buscar; pero que pues César por el contrario queria verle, viniese á su campamento; que era además inútil que César ni el pueblo romano se mezclasen en lo que él hacia en el gobierno de sus pueblos, cuya posesion habia adquirido por derecho de conquista.»

No es para sorprender poco la moderacion de la réplica que le hizo el célebre rival de Pompeyo, pues se contentó con decirle «que pues no habia querido venir á la cita, le hacia solamente saber que en lo sucesivo ningun germano hubiese de pasar el Rhin, y que se volvieren á los *galos* los rehenes que conservaba el suevo, cesando desde aquel momento de hostilizarlos; que si lo ejecutaba así le aseguraba para siempre la paz entre los dos pueblos y la amistad del mismo César; pero que de otro modo entendiera que no le seria posible sufrir la opresion de los pueblos que ocupaba militarmente.»

Despreció Ariovisto la amenaza, y contestó con razones que tomaban su apoyo en el derecho de las armas y en el ejemplo que daban por todas partes los mismos romanos; añadiendo que en cuanto *á sufrir ó no la opresion de los pueblos que ocupaba militarmente*, tuviese entendido César á su vez, que hasta entonces nadie le habia atacado sin arrepentirse bien pronto de su temeridad; y que si el general romano queria hacer por sí mismo la prueba, en breve sabria que el soldado germano era invencible; mucho mas cuando como los suyos estaban tan acostumbrados á las fatigas de la guerra que durante catorce años no habian dormido una sola vez bajo el abrigo de un techo.

Lenguaje semejante, solo puede usarse por un héroe, habituado á verse respetado y temido por todas partes, y solo cuando podia contar con la espada de guerreros que tenian por costumbre no entrar jamás en lugar cubierto mientras el país cuya conquista hacian no quedaba completamente sometido. Y seguramente hubiera intimidado tanta firmeza á cualquier otro adversario menos entero que el capitan de aquel siglo; pero César no podia sufrir un rival ni en el mismo Roma, mucho menos lo toleraria por consiguiente en el campo de batalla. Encendido en ira, ardió ya solo en deseos de medirse con Ariovisto, y echándose sobre *Vesontio* lo tomó y ocupó, arrojando á la frente de su temerario competidor un guante que por fuerza tenia que recoger.

Pero casi estuvo á pique de arrepentirse de su arrojo tan pronto como lo cometiera; porque la fama de la fuerza y valentía del germano era tal, que luego que César dió el grito de guerra, los pueblos huyeron amedrentados y comunicaron á su ejército un pánico que casi estuvo á punto de dejarle aislado en el pueblo conquistado.

De los aliados, ni uno solo dejó de abandonarle; y tal era la exageracion del miedo de los galos, castigados sin duda con frecuencia por las armas germánicas, y las descripciones que hacian los mercaderes que cruzaban los dos países, que llegaron á herir profundamente la imaginacion de los soldados mismos de las legiones romanas, y hacerles mirar como imposible resistir á tanto valor, tanta fuerza y tanta ferocidad. Los voluntarios abandonaron sus banderas, y los que no lo eran se dejaron abatir hasta el punto de no salir de sus tiendas, derramando lágrimas de dolor como si estuviesen en vísperas de una muerte inevitable. El campamento entero se ocupaba exclusivamente en hacer testamentos y en maldecir la temeridad de un general que así esponia su ejército á tan seguro peligro.

César, tan valiente capitan como hábil político, hubo de necesitar de todo su talento y toda su elocuencia para persuadir á sus principales oficiales que ni la guerra era inevitable, porque Ariovisto no se negaria á escuchar la voz de la razon; ni aun cuando así fuese, y el bárbaro ávido de sangre no quisiese mas que entrar en batalla, todavía era menester no olvidar las veces que las armas romanas habian salido victoriosas de sus encuentros con los cimbrios y otros pueblos de la Germania; y que por último, si ni aun haciendo estas reflexiones habia quien quisiera seguirle, estaba resuelto á marchar solo al encuentro del enemigo, á donde esperaba que le siguiera la décima legion cuya fidelidad le estaba probada. Este llamamiento produjo su efecto, porque la legion citada como modelo de subordinacion se apresuró á manifestar su deseo de acreditarla, y las demás tomaron á empeño no desmerecer en el concepto de su jefe, y tal vez en el del mundo entero.

César no dilató su marcha, y salió al encuentro de Ariovisto, con el cual tuvo una infructuosa entrevista. Los dos generales parecian estar dispuestos á combatir, y ambos querian evitar el encuentro. El germano, á pesar de tener una posicion

tal que podia con ella cortar la retirada al romano, pasaba los dias sin dar la señal de ataque. Por su parte el contrario, ni comprendia lo que aquello fuese, ni se decidia á romper las hostilidades, hasta que, avisado secretamente de que la tardanza de los germanos en atacar no era efecto de la casualidad, sino que, por el contrario, consistia en que siendo mujeres las que empleaban en sus descubiertas, las cuales hacian al mismo tiempo el papel de augures, habian estas vaticinado que si el ataque se daba antes de la nueva luna, sería desgraciado para los germanos. El general romano no vaciló mas en aprovecharse de aquella coyuntura que tanto disminuia la fuerza moral de sus contrarios, y se presentó ante las puertas del campo enemigo para provocarlo, de modo que Ariovisto no pudo esquivar por mas tiempo la pelea. Acometiéronse los dos ejércitos, con éxito tan igual, que el ala izquierda de cada uno fué rota por la derecha de su enemigo; pero en breve la suerte se decidió en favor de la disciplina, porque el ala rota de los marcomanos se puso en completa huida, mientras que la de los mas aleccionados latinos, rehecha, tras de ia victoriosa, hizo completo el triunfo de César, obligando á las huestes vencidas á pasar á nado el Rhin, dejando el campo y las aguas del rio teñidas en sangre alemana: Ariovisto mismo no escapó á tal carnicería sino dejando muertas sus dos mujeres, cadáver una hija y prisionera otra, porque era costumbre entre aquellos guerreros llevar sus familias á participar de los peligros que corrian. César, sin embargo, no parece que consideró este triunfo tan completo como á primera vista pudiera creerse, pues que se contentó con la gloria de haberlo obtenido, sin intentar llevar sus armas á la orilla derecha del Rhin. ¡Tal era la reputacion de indomables que se habian adquirido aquellos pueblos!

II.

Terminada esta lucha, y despues de reseñarnos la retirada que hizo Marbot, rey de los marcomanos del territorio que tan bien habia defendido Ariovisto, la historia no nos menciona particularidad alguna que sea referente al pueblo cuyos hechos trazamos, hasta que mas tarde *Clovis* ó mejor dicho Ludwig, ó como hoy decimos Luis, que nuestros historiadores han llamado Clodoveo Gilderico, príncipe Franco, resolvió extender sus dominios ya bastante considerables, y despues de arrebatar á sus deudos y amigos lo que no le pertenecia sirviéndose, primero

de sus armas para vencer á los extraños y deshaciéndose despues de los otros por medio del hierro ó del veneno, dirigió luego sus miras hácia los que, mas fuertes, habrian resistido su espíritu invasor, si no hubiese reunido bajo su dominacion todo el reino de los Francos; poder muy superior á las fuerzas con que ellos hubieran podido contrarestarlo.

Con aquel objeto se encaminó hácia el lugar fortificado *Sygdunum*, donde residia *Syagrius*, general romano, al cual venció desposeyéndole de todo el país que mandaba, que se extendia hasta el Loira. Desde allí, y siendo por los años de 485, pasó á la frontera de Germania por la parte habitada por los alemanes, y que antes de ahora hemos dicho ser la que hoy es objeto de este trabajo. Aquellos pueblos guerreros habian irritado á su poderoso vecino invadiendo el país de los Francos-Ripuarios. Tuvo lugar el combate entre francos y alemanes en Tolbiac, con tanta bravura y tenacidad por ambas partes, que hizo dudar de la victoria. La suerte parecia inclinarse hácia los alemanes cuando Clodoveo, postrándose en tierra, hizo el voto de abrazar la religion cristiana si la fortuna le ayudaba. Así sucedió, porque entusiasmados los suyos con la esperanza del socorro divino, doblaron su esfuerzo, y el rey, en cumplimiento del voto hecho, pasó á Reims, donde recibió el bautismo, con mas de tres mil de los suyos, el dia mismo que la iglesia celebra el nacimiento del Salvador. La conversion de Clodoveo, llevó consigo la de sus súbditos, y le adquirió para sí y sus sucesores el título de Rey Cristianísimo que los monarcas de Francia han conservado hasta nuestra época.

Siguió el pais á que contraemos nuestra historia bajo la dominacion de los Francos, el cual, despues de Clodoveo y debilitada la de los Merovigianos, obedeció á los *Mayordomos ó mayores de palacio* (*Maires du Palais*). Los brillantes hechos de armas del valiente Cárlos Martel, y la debilidad de los monarcas, que ni tomaban parte en las guerras, ni prestaban su consejo en los negocios, ni en fin, halagaban al pueblo con su presencia, manteniéndose en clausura como tímidas vírgenes, lo predispusieron para arrancar la corona de las sienes de sus legítimos soberanos, y colocarla sobre la de los hijos de sus criados.

El de aquel guerrero, Mayordomo tambien, llamado Pipino como su abuelo, despues de hacer al Papa Zacarías la consulta, tal vez convenida de antemano, de quien deberia llevar la corona, si aquel que tenia en sus manos toda la autoridad del soberano ó el que solo llevaba el nombre; y despues que el complaciente Pontífice le contestó á su gusto, hizo arrancar materialmente la corona de la frente de Childerico III, último rey de los Merovigianos, despues de cortarle el cabello y de haberle encerrado en un convento en Soissons: en seguida se hizo consagrar como rey de los Francos.

Sus sucesores, incluso el célebre Carlo Magno, no hicieron alteracion alguna sobre el país que hoy corresponde á Baden hasta que los hijos de Luis el *Benigno*, repartiéndose los estados que heredaron de su padre, establecieron por aquel

lado la línea divisoria entre la Alemania y Francia ; division que hoy subsiste y se halla formada por la barrera natural del Rhin.

Mas tarde, Enrique I de Alemania, llamado el *Pajarero,* erigió en Margraviado lo que hoy es gran ducado de Baden, y la historia nos da como primer tronco de la familla que desde 1111 ha poseido hoy aquel señorío, á Bertoldo, duque *Zaeringen* , cuyo orígen se alcanza hasta Aldarec por los años de 800. Este primer señor dejó dos hijos y legó al primero el ducado, tocando en parte al segundo, llamado Herman, el señorío de Baden. Autores hay que opinan que este fué el primer poseedor por haberlo heredado de su mujer Judith, despues de lo cual se retiró al monasterio de Cluni, dejando el Margraviado á su hijo Herman I. El de este, Herman II, que tomó por primera vez el título de marqués de Baden, fundó la abadía de Backnau que destinó á la órden regular de canónigos de San Agustin, despues de lo cual en el año de 1130 asistió á la Dieta de Basilea, con el título de marqués.

Herman III, sucesor inmediato del anterior, no tuvo las mismas inclinaciones pacíficas que sus antecesores, siguiendo el partido de Conrado III cuando tuvo que reducir con las armas á su famoso competidor Enrique el *Soberbio* , duque de Sajonia y Baviera, y señor de una multitud de estados de Alemania é Italia, y su rival en la candidatura al Imperio. Los derechos que alegaba Enrique para pretender que la eleccion recayese en él, se fundaban, no solo en el mayor poder de su casa en aquella época, sino en la alianza que habia contraido con la hija de Lotario, predecesor de Conrado; y ser además el jefe de la casa de los Welfos ó Güelfos, entonces ya muy poderosa. Encerrados al fin en Wisemberg Enrique el *Soberbio* y sus partidarios, los sitió y los redujo Conrado, acompañándole en aquel sitio Herman III, marqués de Baden. Este fué el célebre asedio del cual cuenta la historia que fueron salvados los principales partidarios de los Güelfos por sus mujeres; porque habiéndose rendido la ciudad, y preparándose los vencedores para el saqueo, las mujeres pidieron á Conrado les permitiese salir, llevando consigo sus alhajas, y fué tan generoso que graciosamente les otorgó este don, limitándolo sin embargo á lo que pudieran llevar encima. Algunos momentos despues, no fué poca la sorpresa de los vencedores al ver desfilar por las puertas á las mujeres de los vencidos llevando sobre sus hombros á sus maridos, hijos ó padres. Este rasgo de virtud encantó de tal manera al Emperador, que otorgó un perdon general á todos los sublevados. Desde entonces datan los eternos ódios entre Güelfos y Gibelinos, cuyas denominaciones vienen, la primera del nombre de familia de la casa que dió los principales jefes al partido que llevaba aquel nombre; y la segunda nacida de la corrupcion del nombre de un castillo Wiblíngen, que poseia la casa de los Hohenstaufen, rival de la primera, en las inmediaciones de Manheim, y que hoy conserva el mismo nombre.

Herman de Baden habia sido el compañero fiel de Conrado en toda aquella campaña, y le hubiera seguido á Italia, donde llamaban al Emperador la situacion

de sus relaciones con aquellos estados y el poco respeto de que allí se hizo alarde en lo que era relativo á su dignidad imperial; pero las noticias llegadas de Palestina hicieron cambiar aquel y cuantos proyectos pudieron formarse entonces en Europa.

Los infieles habian estrechado de tal modo la parte donde aun imperaba la Cruz, que el Papa Eugenio III llamó á todos los Príncipes cristianos al socorro de aquellos Santos Lugares. Bernardo, abad de los célebres Benedictinos de Clairvaux, recorrió toda la Europa predicando con tanta elocuencia y celo en favor de la santa causa, que una multitud de guerreros se hicieron cruzar por él. Tal fué el efecto que produjo su fervorosa facundia delante de Luis VII de Francia, que no solamente el Rey y su mujer Leonor se alistaron en la cruzada, sino que el número de los que tambien lo hicieron en aquel acto fué tan crecido, que el abad Bernardo tuvo que cortar en menudos pedazos el hábito de que estaba revestido para poderles dar la insignia que los señalaba como soldados de Cristo. Incansable en su propósito el Benedictino, pasó á Alemania con objeto de conquistar á Conrado para la expedicion; pero los negocios de este Monarca hacian necesaria su presencia en el Imperio, de modo que por evitar las persecuciones del misionero, se fugó, por decirlo así, á Spira, dejando al monje en Francfort. Pero el tenaz Bernardo le siguió allí y le estrechó en términos, que predicándole un dia, Conrado se puso en pié, y exclamó bañado en llanto: «Reconozco la diestra poderosa del Altísimo y todas las bondades que de ella emanan; no quiero, pues, diferir por mas tiempo el consagrar mi brazo á su servicio.» El Abad se apresuró entonces á cruzarlo, y le puso en las manos el estandarte de la Cruz que ondeaba sobre el altar. La mayor parte de los Príncipes alemanes que se hallaban con el Emperador le imitaron, y entre ellos Federico, su sobrino, que fué despues el primero de este nombre, Enrique el *Soberbio*, jefe de los Güelfos, y Herman, marqués de Baden, con cuyo socorro consiguió el Emperador reunir un ejército de 70,000 combatientes.

No parece, sin embargo, que el cielo miró esta empresa con ojos de piedad, porque apenas se puso en marcha en 1147, cuando llovieron sobre ella una multitud de desgracias. Acampado delante de Constantinopla, sobre las márgenes de un riachuelo, y con un tiempo perfectamente sereno, sobrevino una lluvia repentina, y el riachuelo se convirtió en torrente, inundando los terrenos sobre que estaba situado el ejército cristiano, é hizo en él un destrozo que difícilmente hubieran podido igualar sus enemigos. Embarcados luego para pasar el estrecho, fueron engañados sobre el punto en que debian tomar tierra, y lo ejecutaron en un país que acababa de ser asolado por los infieles; de manera que la armada no encontró cosa alguna para su sostenimiento, y hubo de consumir las provisiones que llevaba de repuesto. A cuantas ciudades se acercaban en el tránsito, otras tantas les cerraban las puertas; de modo que, para pedir algo, tenían que suplicar á los que guarnecian las murallas recibiesen el dinero y bajasen con cuerdas lo que

deseaban, esponiéndose á que en mas de una ocasion no les trajesen cosa alguna, ó lo que era peor, á que cuando parecian oir la súplica y querer complacerlos, les ofreciesen alimentos adulterados con mezcla de cal, yeso, ceniza y otras materias; por lo que morian unos de hambre y otros envenenados con tan infernales comidas. No menor era el número de los que perecian por el alfanje infiel, porque la caballería lijera turca no les permitia ni un solo momento de descanso: sin venir tampoco á un encuentro formal, como hubieran apetecido los impacientes cruzados.

Despues de tantos trabajos y fatigas, hubo de llegar Conrado al término de su viaje con la décima parte de la gente que sacó de sus estados; de suerte, que aunque quiso poner sitio á Damasco, fué infructuosamente; habiendo tenido que volverse á Europa despues de dos años de tribulaciones y disgustos, que no sirvieron mas que para abreviarle la vida, que perdió al fin en Bamberg.

Herman de Baden no fué menos buen amigo de Federico I, sobrino y sucesor de Conrado, que de este último; así fué que cuando aquel Príncipe atravesó los Alpes en 1155 para ir á poner coto á los excesos de la Lombardía, y mas particularmente á los de Milan, su capital, Herman fué uno de los Príncipes alemanes que se apresuró mas á poner á disposicion de Federico los socorros con que pudieron contribuir sus estados. De vuelta, el Emperador hubo de necesitar de su consejo cuando en Ausburgo tuvo que decidir en juicio la contienda pendiente entre el obispo de Freising y Enrique el *Leon*, poderoso sucesor de Enrique el *Soberbio*, duques ambos de Baviera, Sajonia y otros estados. Por último, cuando Federico Barbaroja hubo de marchar por segunda vez sobre Italia, Herman fué de los pocos Príncipes alemanes que le acompañaron, porque la insalubridad del clima y las disidencias intestinas del Imperio, hacian que fuesen pocos los que quisiesen correr con él aquel riesgo; por este servicio recibió de Federico el marquesado de Verona.

Herman IV, que poseyó el señorío de Baden desde 1160 hasta 1190, abrazó en 1164 el partido del duque de Baviera contra Hugo, conde palatino de Turingia. Asistió asimismo al tratado que hizo en Constancia el emperador Federico con las ciudades de Lombardía, que acababa de reducir; y en 1189 imitó á su padre alistándose como soldado de la Cruz en la espedicion emprendida por Federico Barbaroja.

La lealtad de Herman y su carácter belicoso, nos obligan á seguirle á Palestina, donde le llevaron estas buenas cualidades. Por aquellos tiempos los caudillos cristianos se habian conducido en la Tierra Santa con menos prudencia que valor; menos cordura que arrojo. Muerto Balduino V de la horrible lepra que lo habia devorado, los principales jefes, y entre ellos Reinaldos, príncipe de Antioquía, apoyaron la eleccion de la hermana del Rey, que fué proclamada Reina, y dió por consiguiente la corona á su esposo Guy de Lusiñan. El carácter atrevido de Reinaldos creció con el ascendiente que le procuraba su influencia en un reino

que casi era obra suya. Así fué, que dió en no respetar ni Rey ni ley; quebrantando á cada momento el derecho de gentes, y burlándose del respeto á sus principios. Él atacaba en plena paz cuantas caravanas le venian á la mano, y recorria el territorio musulman sin reparo alguno. Saladino le habia hecho saber que habia jurado de la manera mas solemne matarle por su propia mano, porque estaba cansado de su arrogancia y desvergüenza; pero Reinaldos se reia de las amenazas del soberbio é intrépido guerrero, hasta el punto de repetir sus agresiones, entre otras veces, una contra un convoy en que iba la madre del Sultan, á quien hizo prisionera. Por mas que el ofendido Príncipe reclamó; por mas que rogó; por mas, en fin, que alegó los sagrados derechos de las treguas violadas, Reinaldos se hizo sordo, y no escuchó mas que la voz de un interés mal entendido. Saladino entonces, lleno de furor, reunió un ejército de 90,000 hombres, y pasando el Jordan por Tiberiada, dió sobre los cristianos, y los puso en completa derrota. La victoria de Saladino fué tan inesperada para los Príncipes cristianos, que hubieron de caer en sus manos el mismo Rey, Godofredo, su hermano, el gran Maestre de los Templarios y otros muchos jefes, entre ellos Reinaldos de Chatillon, motivo de aquel desastre, y á quien buscaba hacia tiempo con ánsia. El terrible juramento de Saladino se cumplió, degollando á su enemigo por su propia mano. Los Hospitalarios y Templarios fueron tambien víctimas de su furor, concediendo además permiso á cada uno de sus Emires para matar un caballero cristiano. El Rey y los demás jefes principales fueron, por el contrario, recibidos con benevolencia, ofreciéndoseles la copa hospitalaria, como una muestra del completo perdon que se les otorgaba. La victoria de las armas infieles las llevó bien pronto hasta las puertas del templo de Jerusalen.

Las noticias de este desastre arrastraron al sepulcro al Pontífice romano; pero su sucesor Clemente III no omitió persuasion alguna para ligar á tan santa causa á cuantos Príncipes cristianos permanecian inactivos en Occidente. Los Templarios fueron los primeros que corrieron hácia Oriente, y los italianos se alistaron bajo las banderas de los Arzobispos de Rávena y Pisa. Normandos, daneses, flamencos, los ingleses con Ricardo, apellidado *Corazon de Leon*, su rey, y los franceses con el suyo, Felipe Augusto, todos acudieron al llamamiento.

El noble y caballeroso Federico no era posible que se quedase atrás, cuando aquella fiebre de entusiasmo agitaba toda la cristiandad. Reunió un ejército de 150,000 hombres, y acompañado de la mas florida nobleza del Imperio, partió en Mayo de 1189. Aleccionado por la experiencia desgraciada que habia adquirido cuando acompañó á su tio y predecesor Conrado, cuarenta años antes, habia tomado la precaucion de no consentir que se alistasen bajo sus banderas mas que los hombres aguerridos, que pudiesen sostenerse además durante dos campañas, y la de explorar de antemano el ánimo de los pueblos por donde habia de pasar. El rey de Hungría, el emperador de Constantinopla y el sultan de Iconium habian recibido embajadores que llevaban la mision de poner á cubierto á

Federico de un mal recibimiento á su tránsito por los dominios de aquellos soberanos. Pero estas sábias precauciones no fueron bastantes para evitar la mala fé, tan comun en aquellos tiempos. El emperador Isaac, el *Angel*, temió al aproximarse los cruzados á Constantinopla, que tan numeroso ejército no quisiese vengar los ultrages que acababa de hacer á la cristiandad celebrando alianza con su poderoso enemigo Saladino, y fundando mezquitas musulmanas en la capital de su Imperio. Determinado á hostilizar la cruzada, se arregló de modo que no hallasen víveres en todo el tránsito por sus estados; obligándolos de ese modo á procurárselos á mano armada, y consumir los que llevaba el ejército. Sus armas les dieron al fin las provisiones que habian menester, y pudieron pasar adelante. Luego que pisaron el territorio del sultan de Iconium, sus soldados lijeros, separadamente, y el mismo Sultan con una fuerza considerable, vinieron á perturbar la marcha de los cristianos, á pesar de las promesas que habia hecho á los embajadores. Federico tocaba ya al término de su viaje, y habria comenzado sus trabajos militares, cuando la muerte vino á cortar su carrera.

El dia 10 de Junio de 1190, saliendo su ejército de Seleucia, hubo de pasar un puente sobre el *Cydnus* ó *Seleph*. Su hijo Federico, encargado de la vanguardia, no pudo sin duda pasar el puente con toda la celeridad que hubiera deseado el impaciente Barbaroja, y á pesar de sus años, que no eran menos de 71, se arrojó á caballo al rio, en donde halló una muerte que le evitó ver mas tarde el malogrado fruto de su expedicion. Nuestro héroe Herman IV tuvo la gloria de perecer al mismo tiempo que su amigo y Soberano, y la de gozar del mismo lugar de descanso para sus cenizas en la catedral de Antioquía.

Herman el *Piadoso*, que heredó el marquesado de Baden en 1190, cedió en 1226 el Condado de Dagsburgo al Obispo de la vecina diócesis de Strasburgo, á la orilla opuesta del Rhin, que divide los dos Estados; pero esta desmembracion de su territorio fué mas que suficientemente compensada por la compra que hizo al Emperador en la suma de 2,300 marcos de plata, de Etlingen, Durlach, Louffen, Eppengen y Sunneshem. La cualidad distintiva de sus predecesores, la lealtad, brilló en él en ocasion en que, hallándose el emperador Federico II, nieto de Barbaroja, haciendo la guerra á los infieles, y habiendo dejado á su hijo Enrique el gobierno de sus Estados, éste se sublevó contra su padre, y desoyendo la voz de la naturaleza y los consejos de la prudencia, hizo pública su rebelion atacando á los que habian querido permanecer fieles á su Soberano. Los Estados de Herman el *Piadoso* fueron de los mas maltratados, y hubieran sido completamente destruidos si Federico no se hubiera apresurado á dejar la corona de Jerusalen sobre el cojin de donde la habia tomado para ceñírsela por su propia mano, y no hubiese vuelto precipitadamente á recobrar su reino, ya dominado por el hijo traidor. La presencia de Federico salvó de una ruina cierta al fiel marqués de Baden, y dió trágicamente fin á la imprudente y criminal aventura tentada por el malhadado Príncipe, que expió la ofensa que habia inferido á la autoridad pater-

na y la magestad de la Soberanía, en una prision en que terminó sus dias.

Heredó Herman VI el Marquesado en el año de 1243, y aumentó el lustre de su noble casa con el enlace que contrajo en 1248 con Gertrudis, hija del emperador Enrique, heredera de Federico el *Belicoso*, duque de Austria, que habia muerto sin hijos: Gertrudis era además viuda de Uladislao, marqués de Moravia. No disfrutó largo tiempo el sesto de los Hermanes de Baden de la felicidad que hubiera podido gozar en su matrimonio, porque dos años despues dejó en la horfandad el fruto que habia tenido de aquel enlace.

El desgraciado Príncipe, de cuya historia damos una breve noticia, heredó el señorío de Baden en 1250, y tenía un año, cuando, como hemos dicho, perdió á su padre. ¡La estrella de su fortuna le fué fatal desde su nacimiento! A la desgracia de perder tan temprano al autor de sus dias, se le fueron agregando las que no eran mas que consecuencias de aquella. La debilidad de una minoría, cuya tutela se tiene que encomendar á la administracion poco fuerte de una mujer, es por lo comun de funestas consecuencias. La que hubo de ponerse en manos de su madre le trajo la pérdida del ducado de Austria, cuyos Estados proclamaron á Otocario, hijo de Wenceslao III, rey de Bohemia, por haberse casado este con la princesa Margarita, hermana del duque Federico el *Belicoso*. Otocario perdió á su vez este Ducado en 1276, pero sin fruto para la casa á quien verdaderamente correspondia.

No bastó á la cólera divina dejar sin padre al tierno heredero del marquesado de Baden, sino que cinco años despues completó su horfandad arrebatándole la madre; por manera que hubo de ser recogido por su tio segundo Luis el *Severo*, duque de Baviera. Esta circunstancia, que parecia ser feliz para Federico, por e mejor porvenir que hubiera prometido la educacion que pudiera haber recibido del duque su tio, fué, sin embargo, fatal para el jóven Marqués. La benevolencia de que estaba dotado Luis, á pesar del sobrenombre de *Severo* que llevaba, hizo que este diera asilo al jóven Conrado, nieto de Federico II: así fué que los dos Príncipes, á quienes la casualidad habia unido, no tardaron en estrechar su amistad, estimulados por la desgracia que sobre uno y otro pesaba, y la generosidad de sentimientos que ambos poseian en alto grado; por manera que hubieron de seguir juntos una misma suerte.

El nieto de tantos Emperadores, y último vástago de la familia de los Hohenstaufens, *Conradino*, á quien llamaron así los italianos por haber perecido siendo todavía niño, perdió sus estados hereditarios de Nápoles y Sicilia, que en su nombre administraba su tio Manfredo, en calidad de Regente, por haber este usurpado el título de Rey, que solo al descendiente directo correspondia. Clemente IV, enemigo irreconciliable de la casa que habia capitaneado siempre al partido Gibelino, opuesto al que él seguia de los Güelfos, llamó al duque de Anjou, que para atacar á Manfredo, se puso en marcha á la cabeza de un poderoso ejército, reforzado por un gran número de aventureros que iban sedientos de botin. El usurpa-

dor del trono de Conradino, que habia tenido la desgracia de perder la flota con que esperaba evitar el desembarco de los invasores, fué derrotado en Benevento el 26 de Febrero de 1266, á consecuencia de haberle hecho traicion una parte de los suyos, que se pasó al lado del de Anjou. La pérdida de la batalla fué seguida de la de la vida de Manfredo, quien visto el desastre, se arrojó sobre los hierros enemigos, donde encontró la muerte. Sus hijos fueron aherrojados en una prision hasta que la muerte tuvo piedad de ellos.

El yugo extranjero pesaba sobre los Estados doblemente usurpados á Conradino, cuando entrado este en su décimo sesto año, se indignó de la inaccion en que se hallaba, y se propuso recuperar por fuerza, lo que por fuerza se le habia quitado. Los Gibelinos, en gran número, le llamaban de Italia; y aconsejado tal vez por su no mas juicioso amigo Federico, partieron ambos, á pesar de las repetidas excomuniones que sobre ellos lanzára el Santo Padre, no obstante las cuales, fueron recibidos en Roma triunfalmente despues de retirarse aquel á Viterbo. Conradino se vió á la cabeza de una fuerza bastante á hacer frente á su competidor, que no tardó en salirle al encuentro en las inmediaciones de Tagliacozzo. Con mas experiencia en el arte de la guerra, la buena causa hubiera triunfado; porque desde el primer momento la victoria se declaró por el legítimo dueño de los Estados que se disputaban; pero mal dirigido su ejército, se desbandó, llevado por la codicia de saquear las bien provistas tiendas del de Anjou. Conradino mismo y su inseparable compañero se desarmaron para descansar á la sombra, creyendo completo su triunfo; pero el avisado francés cayó con su retaguardia sobre aquella desbandada tropa, y la deshizo completamente. Conrado y su amigo Federico tuvieron que huir hácia el mar, con objeto de encaminarse á Pisa, y ya subian á bordo de un buque, cuando fueron alcanzados y conducidos á presencia de su vencedor. El cruel Cárlos tuvo la bárbara complacencia de prolongar el suplicio de aquellos desgraciados jóvenes, que apenas salian de la infancia, haciéndolos asistir á sus propios funerales, preparados en una capilla tendida de negro. En ella, despues de una solemne misa de difuntos, se les hizo escuchar una plática llena de invectivas y anatemas; concluida la cual, fueron llevados lenta y con grandísimo aparato al cadalso, situado en la plaza del mercado de Nápoles, donde les esperaba el verdugo.

Isabel de Baviera, hija de Othon, que fué gran duque de aquel señorío, madre de Conradino, habia hecho cuanto estaba de su parte por ablandar la severidad de Cárlos de Anjou; pero ni la intercesion de los Príncipes amigos, ni los ofrecimientos que aquella triste madre le hizo de sumas capaces de tentar un corazon tan ambicioso como el del guerrero francés, bastaron para doblarle.

Las víctimas subieron por fin al cadalso, donde Conradino se dirigió al pueblo protestando contra la sentencia que iba á sufrir, y arrojando su guante en la plaza, lo dedicó á la diestra que le quisiera vengar. ¡Quién sabe si el primer golpe que se descargó poco despues en las terribles Vísperas sicilianas partió de

la mano que lo alzó en aquel dia terrible! Concluida su protesta, el jóven mártir se volvió hácia su compañero y amigo, ó mejor dicho, hermano en el martirio, Federico, y le pidió perdon de haberle arrastrado á su pérdida; pero Federico se arrojó en sus brazos y no le dejó continuar, cubriéndole el rostro de caricias; y como para animarlo y dar fin á aquella terrible escena, se precipitó sobre el espantoso tajo: un momento despues saltó su cabeza separada del cuerpo. Conradino la levanta entre las manos, la besa cariñosamente, la riega con sus lágrimas, y abrazado á ella exclama: «¡Oh madre mia, cuán cruel dolor te va á causar mi muerte!» ¡Como si el que él experimentaba en aquel momento por la de su amigo le pintase el de una tan tierna madre! Sin vacilar presentó luego su cuello al verdugo, que le dividió de un solo golpe. Corria la desventurada Isabel cargada de riquezas para rescatar aquellas preciosas cabezas, pero supo antes de llegar que era ya tarde, y en señal de su dolor hizo empavesar de negro los buques que la conducian, haciéndoles poner asimismo velas del mismo color, y con tan lúgubre aparato continuó su viaje.

La temprana muerte del heredero directo de la casa de Baden hizo recaer el título y los Estados en su tio Rodolfo I, segundo hijo de Herman el *Piadoso*, de quien hemos hablado, el cual hizo la guerra sin éxito al Emperador del mismo nombre, y mas tarde tomó tambien las armas contra Conrado de Liechtemberg, arzobispo de Strasburgo, guerra que no duró menos de siete años. Por tercera vez, y con no mas brillo, hizo armas contra otro príncipe, Burcardo, conde de Hohemberg. Rodolfo no quiso morir sin acabar de privar á su debilitada casa de la poca preponderancia que le habian dejado las desastrosas guerras en que la habia comprometido, y para ello el medio que halló mejor fué el de partir sus Estados entre sus cuatro hijos.

El primero se llamó Herman, como la mayor parte de sus predecesores, y disfrutó del título con la denominacion de VI, desde 1288 hasta 1291; el segundo, nombrado como su padre, con el dictado de el *Jóven*, conservó el Marquesado desde el último de aquellos años hasta el de 1295; Heson, el tercero de los hijos, lo tuvo hasta 1317; y por último, Rodolfo III, el cuarto de los hijos del primero, que abrazó la causa de Federico de Austria, y al cual apellidaron el *Viejo*, fué marqués de Baden hasta 1332.

III.

Los Rodolfos IV y V, llamado este último el *Wecker*, y Federico, hijo del primero, con Rodolfo el *Largo*, se fueron sucediendo en el órden en que los hemos nombrado, hasta Bernardo, sin que haya nada que mencionar de ninguno de ellos; porque tocándoles, como á los que de cerca les siguieron, la época de la

decadencia del Imperio aleman, no los vemos unidos á ninguna empresa que merezca ser contada.

Bernardo y Rodolfo, que siguieron al anterior, convinieron en partir los Estados; pero la muerte del segundo reunió de nuevo en Bernardo la partida herencia. Tambien alcanzó á este Príncipe la mala suerte de formar parte del Imperio aleman en su peor época; así podemos decir poco de sus acciones, á pesar de sus excelentes cualidades. Entre las varias veces que tomó las armas, fué una en union de otros Príncipes para destruir una horda de *nobles* que habian formado una asociacion con el objeto de pillar, robar y matar, y á la cual habian dado el nombre de *Schlegel:* la destruccion de esta terrible banda de *nobles ladrones* se consiguió al fin en 1396.

Despues de la deposicion del emperador Wenceslao y el asesinato de su sucesor el jóven Federico, duque de Brumswik, acaecidos ambos casi al mismo tiempo en el año de 1400, el nuevo emperador Rodolfo confirió á Bernardo la investidura del margraviado de Baden, aunque muy pronto despues se malquistó con él por contestaciones sobre el derecho de peaje al atravesar el Rhin. Unido contra el mismo al duque de Orleans, y atacado por todas partes, Bernardo estuvo en peligro de ser completamente arruinado, si benévolos mediadores no hubieran conseguido reconciliarle con el Emperador en 1403. No tardó en ponerse de nuevo en pugna contra su enemigo, formando parte de la confederacion de *Marbach* con el arzobispo de Maguncia, el conde de Wurtemberg y las ciudades de Suabia, confederacion que duró hasta la muerte del emperador Roberto en 1412. Este Príncipe, despues de haber tomado parte en gran número de contiendas armadas, en que dió muestras de un talento superior, falleció el 5 de Mayo de 1431, con la reputacion mas cumplida y la fama de ser el Príncipe mas cabal de su época. De su matrimonio con Ana, hija del conde Luis de Oëtingen, tuvo á Jacobo, príncipe prudente, que fué padre de Cárlos, que le sucedió en 1453.

Despues de haberse distinguido en la guerra que su cuñado Federico III, mientras era todavía rey de los romanos, hizo á los cantones suizos, se volvió contra este mismo Príncipe, y fué vencido por él entre Heidelberg y Manheim; y preso por mas de un año en la ciudadela de la primera de las dos ciudades, pereció al fin en la peste de 1475.

Cristóbal, primogénito del que precede y de Catalina, hija de Ernesto, llamado de *Hierro*, archiduque de Austria, y hermana del emperador Federico III, tomó parte en la expedicion que el dicho emperador Federico III emprendió para libertar á Nancy, capital de la Lorena, cuyo Duque era aliado suyo, de los ataques del impetuoso Cárlos el *Temerario*, duque de Borgoña. Sus servicios en aquella y demás guerras en que sirvió al Imperio debieron ser de mucha importancia cuando le vemos premiado con el Toison de Oro por el hijo de Maximiliano, Felipe el *Hermoso*, archiduque de Austria y despues rey de España, á consecuencia de su matrimonio con la heredera de los reyes católicos, Juana, conocida mas tarde

con el dictado de la *Loca*. Este mismo margrave de Baden obtuvo en juicio el marquesado de Hochberg, que tanto lustre ha dado á esta casa; y falleció al fin despues de haber perdido la razon en 1527.

El margrave Cristóbal, que acabamos de mencionar, repartió sus estados entre sus hijos, correspondiendo la rama principal de Baden-Baden á Bernardo, cuya sucesion seguiremos, hasta que mas tarde la veamos confundirse con la de Ernesto, á quien tocó la de Baden-Durlach, y que con Bernardo partió la del tercer hermano Felipe, que murió sin posteridad.

Del matrimonio de Bernardo con Francisca de Luxemburgo, quedó Filiberto, que aunque alcanzó un fin honroso sobre el campo de batalla de Moncontour, dejó tristes recuerdos sobre su consecuencia en materias religiosas y políticas, porque habiendo tomado las armas para defender á sus correligionarios, murió peleando contra ellos, seducido por las arterías de la astuta Catalina de Médicis. Su primogénito Felipe murió sin sucesion.

Cristóbal, hijo segundo de Bernardo, y su heredero en el margraviado de Baden por fallecimiento de los hijos de Filiberto, tuvo de Cecilia, hija de Gustavo I, rey de Suecia, entre otros hijos el que le sigue en el señorío, Eduardo, apellidado el *Afortunado:* sobrenombre que suponemos irónico, ya sea porque jamás se ocupó en cosa alguna de provecho, llegando su abandono hasta el punto de hacer necesaria la intervencion del Emperador, que hubo de hacerle administrar sus bienes por los duques de Baviera y Lorena, sus parientes; ó bien fuese por la trágica muerte que tuvo rompiéndose el cráneo al bajar una escalera.

Sucedióle su hijo Guillermo en 1600, prometiendo su buena disposicion que habria de dar mas lucimiento al Margraviado que su afortunado padre. Despues de haber hecho devolver al marquesado de Baden los bienes que se le habian quitado por el de Baden-Durbach, mereció la confianza del emperador Fernando II en ocasion que la mayor parte de los Príncipes álemanes le habian hecho traicion.

Las disidencias religiosas habian sembrado por toda Alemania la simiente de la discordia, de tal modo, que los pueblos se batian con los pueblos, el compatriota con su compatriota, el hermano en fin, con el hermano. Una gran parte de los Príncipes habia levantado el estandarte que se llamaba de los *evangelistas*, en oposicion al del Emperador, que seguia, con otra parte de la nacion, los principios de la iglesia de Roma. Nuestros lectores no ignoran, sin duda, que algunos años antes, Martin Lutero proclamó su profesion de fe, que ofreció sostener en la dieta de Ausburgo. Asistió á esta solemne reunion en virtud de un salvo-conducto que obtuvo del emperador Cárlos V de Alemania y I de España. Declarado herege y perseguido Lutero, hizo mas prosélitos que antes de su persecucion; por manera que sus doctrinas, cuya propagacion no pudo impedirse con las armas de la elocuencia, fueron atacados con las de la milicia armada. Los Emperadores, desde el mismo Cárlos, trataron de obligar á los pueblos á seguir las creencias que ellos

profesaban; y esta conducta produjo la resistencia que era consiguiente. Pero como el poder de aquellos era superior al de los pequeños Estados que los combatian, hubieron de apelar á la intervencion de un jóven héroe, fervoroso partidario de la iglesia reformada, y mas aun, deseoso de hallar ocasion de ensayar en grande el genio que el cielo le habia dado para la guerra. Gustavo Adolfo, rey de Suecia, entró en Alemania con el designio aparente de protejer la reforma; pero no sin ambicion de sacar su reino de los límites que por aquel lado le habia puesto la naturaleza, y redimirlo de la oscuridad en que sus antepasados le tenian sumergido.

Fernando le opuso á uno de sus mas valientes generales, el conde de Tilly, y al mismo tiempo envió á Guillermo de Baden para guardarle las posesiones del círculo del Rhin, amenazadas por Gustavo. Tilly arrasó casi á la vista de Gustavo la ciudad de Magdeburgo, con mas severidad que cuidado de su fama.

Destruido Magdeburgo, el rey de Suecia y Tilly, que deseaban medirse, vinieron á encontrarse en Breitenfeld, cerca de Leipsik, donde el primero, con quince mil suecos y algunas tropas sajonas de poca confianza, hizo frente á las fuerzas muy superiores del segundo. Llevaba el general del Imperio una gran confianza, mas que en el número y acreditado valor de sus tropas, en su experiencia y fortuna, que le hacian alabarse de no haber perdido jamás combate alguno; pero Gustavo le opuso una nueva táctica que dejó burlada la estrategia del viejo militar. En lugar de formar sus escuadrones en masas enormes de fondo profundo, los extendia de modo, que oponiendo al enemigo un frente prolongado, la artillería contraria solo hallára tres ó cuatro caballos sobre que hacer su estrago. La infantería, dispuesta del mismo modo, ofrecia mas medios de ofender y menos de ser ofendida. Así fué que cuando Tilly rompió las líneas sajonas colocadas en el ala izquierda y creyó tomar en flanco el ejército sueco, Gustavo no hizo mas que darle el frente con una parte de su extenso centro y quedar cubierto, sorprendiendo tanto á su adversario, que desde aquel momento no supo ya qué hacer: la toma de la artillería imperial decidió el éxito de la batalla. Continuó Gustavo de victoria en victoria adelantándose triunfalmente sin que Tilly pudiera hacerle oposicion, mientras conservó la vida, pues murió poco despues herido por una bala de cañon. Wallenstein no hubiera tampoco detenido en sus triunfos al monarca sueco, si en la batalla de Lutzen su poca vista y demasiado arrojo no le hubieran hecho meterse encima de un batallon de imperiales y recibir allí la muerte. Poca fué la ventaja que sacaron los que despues del héroe sueco continuaron la guerra, y Guillermo pudo volver al reposo y quieto goce de sus estados. Sus servicios le hicieron nombrar plenipotenciario en la Dieta de Ratisbona en 1640; en 1652 ser elegido presidente de la cámara imperial, y por último, en 1665 obtener de la Dieta el título de serenísimo para sí y sus descendientes.

Su hijo Federico Maximiliano tuvo la desgracia de morir temprano de un tiro de arcabuz que recibió en una cacería, sin dejar de su matrimonio con Luisa Cris-

tina, hija de Tomás, duque de Saboya, mas que el hijo único que heredó los estados de sus abuelos.

Fué este, Luis Guillermo. Discípulo del célebre Montecúculli, no es extraño que se distinguiese en cuantas acciones tomó parte. Cuando despues de la paz de Vossen ajustada en 1673, entre la Francia, el Austria y Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, se convocó en Ratisbona una nueva Dieta para tratar de asuntos relativos á la seguridad de los estados diferentes que la guerra pudiera poner en peligro; el Emperador se irritó de ver que el enviado francés empleaba las malas artes de la seduccion para con los príncipes del imperio, y sin formalidad alguna, le intimó la órden de salir de sus estados en el término de setenta y dos horas; ejecutado lo cual, no tardó en seguirse una nueva declaracion de guerra. En esta contienda tomó parte nuestro guerrero Badés, y bajo las órdenes de Montecúculli, hostilizó al ejército francés hasta el año de 1675.

El célebre Turena entró en la pelea por aquella parte de los estados alemanes que corresponde al actual Gran Ducado. Montecúculli le salió al encuentro, pero uno y otro median prudentemente sus pasos, porque se conocian mutuamente, y sabian cuan difícil era tomar ninguno de ellos ventajas sobre la pericia de su adversario. Turena, como buen francés, quiso romper la valla de prudencia que los mantenia el uno frente al otro, y el 27 de Julio de 1675, se decidió á atacar á Montecúculli, en el campo cercano al pueblo de Salzbach, donde ya reconocia las posiciones enemigas, cuando una bala de cañon le arrancó del caballo que montaba y decidió la campaña por aquel punto. El desventurado Turena, espiró al pié de un nogal que hoy se enseña; y donde, aunque tarde, se le ha elevado un monumento, que no por ser poco adecuado al objeto, deja de honrar la ilustracion de un gobierno que así tributa un homenage á la virtud, por mas que haya tenido abrigo en pecho extraño. ¡Si es que la virtud puede tener señalados límites para su nacionalidad! El ejército francés se retiró perseguido por Guillermo de Baden. El sitio de Filisburgo, le dió ocasion en 1677 de dar pruebas de su valor, que repitió en Viena cuando fué sitiada por los turcos en número de doscientos mil el 14 de Junio de 1683. Desde la segunda jornada la artillería de Kasa-Mustafá, batia en brecha las murallas de la ciudad, y las minas destruian poco á poco los baluartes; pero los sitiados reparaban durante la noche los daños que recibian en el dia que precediera. La tenacidad de tan numeroso ejército, hizo que en el mes de Setiembre estuviera al pié de la misma muralla con un baluarte volado, el de Burgo, que al saltar dejó abierta una brecha de mas de quinientas toesas ensanchada el dia 10 del mismo mes, con otra mina que acabó de volarlo, de modo que un batallon entero podia entrar de frente.

El peligro era tan inminente, que los habitantes se creyeron perdidos, esperando el asalto de un momento á otro; pero á las cinco de la tarde de aquel mismo dia conocieron, por el movimiento del enemigo, que la ciudad era socorrida por sus esperados correligionarios. En efecto, Juan Sobieski y varios príncipes alemanes,

y entre ellos el margrabe de Baden, Cristóbal, llegaban á escape. El Gran Visir se retiró, y Viena se vió libre del azote que la amenazaba.

Lanzado ya en el torrente de las guerras de Alemania en aquella época, el Margrave puede decirse que no descalza la espuela ni un solo momento. En Buda contribuye á la toma de aquella plaza como jefe que era de la caballería imperial; en la batalla de Mohatz, ganada á los turcos, manda el ala izquierda; en Ternavisa consigue sobre el mismo enemigo una victoria; al declararse nuevamente la guerra á la Francia en 1689, se encuentra solo para hacer frente á los turcos, y el 24 de Setiembre del mismo año obtiene una victoria memorable cerca de Nissa, en la Servia; el 6 de Octubre los vuelve á batir en Widdin de Bulgaria. Arroja á Tekeli de la Transilvania; vence de nuevo á los infieles en Salenkemen; de vuelta á la frontera del Rhin le arranca á los franceses la ciudad fuerte de Heidelberg y otras importantes del Palatinado, y conservando hasta la paz de Ryswick el mando de las fuerzas, cubre aquella frontera. Al empezar la guerra célebre de sucesion, el Margrave aceptó el mando de una parte de las tropas imperiales, á pesar de tener quejas del emperador Leopoldo por su mal comportamiento, despues de tantos beneficios recibidos y tantos servicios no pagados. Pasa el Rhin en 1701; se apodera, en fin, de varias plazas francesas, y entre otras de la de Landeau, cuyo castillo tomó por asalto; último favor de la fortuna, porque dos dias despues fué batido por Villar, y poco tiempo despues murió en Rastadt á los cincuenta y dos años de edad. Este príncipe es sin duda alguna la figura que descuella entre las que hasta ahora hemos reseñado. El hizo veinte y seis campañas; mandó veinte y cinco sitios; dió trece batallas, y por último construyó las famosas líneas fortificadas de Stolhofen.

Su sucesor Luis Jorge se ve en la necesidad de abandonar sus estados y refugiarse en Baviera por la inseguridad que aquellas prestaban, invadidos contínuamente por los ejércitos franceses, y muere en 1761. Augusto Jorge, su hermano, mas belicoso que su antecesor, toma el mando de la caballería imperial para dirigirla contra los prusianos, y hace en 1765 un tratado de sucesion mutua con Cárlos Federico, marqués de Baden-Durlack, con el objeto de heredarse mutuamente en el caso de morir uno ú otro sin posteridad; tratado que tuvo efecto por fallecer sin sucesion Augusto Jorge, que fué por tanto el último de los descendientes de la rama de Baden-Baden.

Heredó Cárlos Federico, marqués de Baden-Durlac, en 1771 los estados y dignidades del anterior, á virtud del convenio que hemos mencionado, y esta feliz union acrecentó el poder de la casa, haciéndole adquirir mas tarde el rango que hoy ocupa en la moderna Alemania.

IV.

El torrente de las armas francesas, fuera de madre á consecuencia de la gran revolucion con que empezó el siglo XVIII, se llevó de encuentro la débil barrera del Rhin, haciendo de aquel hermoso país el teatro de escenas sangrientas y la comarca menos segura para esperar las vicisitudes de una guerra cuando tan cerca tenia el enemigo. Así fué, que luego que el Austria acosada, retiró sus fuerzas para reconcentrarlas, y que el país se vió sin apoyo, tuvo el Margrave que pactar con el general Moreau, particularmente, una especie de neutralidad que pusiese á cubierto á sus vasallos de las depredaciones de un enemigo demasiado poderoso para ser resistido con fruto.

Cuando en 9 de Febrero de 1801 se ajustó la paz de Luneville, los derechos del Margrave no fueron mas respetados que los de todos aquellos que se hallaban en el mismo caso, y sus posesiones de la orilla izquierda fueron anexionadas á la Francia. Verdad es, que al mismo tiempo que se les privó de aquellas posesiones, se señaló la indemnizacion que se les habia de dar, y se nombró una comision que bajo la mediacion de la Francia y de la Rusia arreglára el derecho de los interesados. Los trabajos de esta comision duraron desde 24 de Agosto de 1802, en que fueron abiertas sus conferencias, hasta el 10 de Mayo del siguiente año, dando por resultado para nuestro Margrave de Baden la adquisicion de los dominios que hasta entonces habian pertenecido al arzobispo de Constanza, y contenian mas de 62 millas cuadradas; dándole además el electorado de Baden para sí y sus descendientes.

El Emperador de los franceses, que ya entonces preveia el engrandecimiento de la casa de Baden, que consideró su antigua nobleza, y que aspiraba á ilustrar á los individuos de su familia, consiguió enlazar á su hija adoptiva Estefanía Luisa Adriana de Beauharnais con el inmediato sucesor de Cárlos Federico. Esta alianza habia de traer, como consecuencia necesaria, desprender al que la contraia del carcomido tronco que sostenia la corona imperial de Alemania, para unirle al nuevo y frondoso árbol que llevaba la de Francia, de cuya familia empezaba á ser parte. Así fué, que en 12 de Julio de 1806, y en union con los nuevos reyes de Baviera y Wurtemberg, el gran duque de Ratisbona, el landgrave de Hesse-Darmstadt, el duque de Cleves y de Berg, los príncipes de la casa de Nassau y otros de Alemania, se separó el de Baden del Cuerpo germánico, y bajo la proteccion de Napoleon formó con los demás una Confederacion que llamaron *de los Estados del Rhin*, con el objeto de protejerse mutuamente, estipulando un tratado de alianza y garantía perpétua. Allí fué autorizado á cambiar el título de Margrave por el de Gran Duque, con el derecho de soberanía independiente sobre sus pueblos: dere-

chos que conservó aun despues de la caida del Emperador francés y de la consiguiente disolucion de aquella Confederacion. Este pacto, que merece la mas severa censura de parte de los escritores del centro de la Alemania, no es para el historiador que se desnuda de toda pasion y escribe á la luz que pueden prestarle la filosofía y la observacion de lo pasado, otra cosa mas que una consecuencia forzosa de las circuustancias. Sin tomar en cuenta las relaciones de familia, ni la presencia en esa Confederacion de miembros como el duque de Cleves, que no eran mas que lo que Bonaparte habia querido hacerles, no podia prescindirse de considerar la posicion particular de aquellos países situados en la frontera de una nacion que parecia tener en una mano la espada de Belona, y con la otra sujeta la rueda de la fortuna; cuando por otra parte la caduca anciana que los habia protegido hasta entonces, se replegaba á sus atrincheramientos y se consideraba muy dichosa si se salvaba á sí propia en tan recio temporal. ¿Qué partido podian tomar los que ningun otro camino de salvacion veian abierto?

El nuevo gran duque de Baden disfrutó pocos años de su reciente felicidad, porque despues de haber instituido una nueva Orden, intitulada *del Mérito militar*, falleció en 1811, dejando asegurado á su familia un porvenir de brillantes esperanzas.

Cárlos Luis Federico perdió á su padre trágicamente desde el año de 1801; así fué que hubo de suceder á su abuelo. Su juventud no podia menos de arrastrarle tras la corriente guerrera, que se dirigia tan pronto á una como á la otra parte. Hizo con Napoleon la campaña de Prusia, y participó de las glorias que las armas francesas recojieron. Con él atravesó las gargantas de la Turingia, desde la Suabia, donde se hallaba el ejército francés, hasta el norte de aquellos montes que ocupaba el prusiano; con él asistió al encuentro de Saalfeld, donde vió morir al desdichado príncipe Luis Fernando de Prusia; con el mismo tomó parte en Yena, donde contempló el fin trágico de otro príncipe bizarro, el general prusiano duque de Brunswik; con él entró en Berlin; le siguió al Vistula; venció en Eyleau, y con él por último sitió y rindió á Dantzig.

Mas tarde, cuando el grande hombre del siglo XIX dobló la cerviz acosado, mas que por las armas de la Europa entera, por el oro que minó sus filas; los tronos que se habian levantado á su sombra se desplomaron con muy raras excepciones: entre ellas contó Cárlos Luis el suyo, que lejos de padecer, se engrandeció en Viena con la adquisicion del ducado de Dos Puentes y otras posesiones, tomando asiento en el mismo Congreso en su calidad de Soberano independiente.

De resultas de lo acordado en este mismo Congreso, formó parte de la nueva Confederacion germánica, con voz y voto en ella, y promulgó el 22 de Agosto de 1818 una Constitucion que estaba en armonía con las necesidades de la época, y en todo semejante á la de Wurtemberg. En ella se organiza un gobierno representativo, compuesto de dos cámaras; la primera constituida por veinte miembros; los Príncipes de la sangre que tienen asiento en ella y los Senadores que el

SOFIA  DUQUESA

de Baden.



de Baden.

gobierno quiere nombrar para aumentar el número de sus individuos: la segunda compuesta de los Diputados de las ciudades y bailías, en número de sesenta y cinco.

Murió Cárlos Luis Federico en 1818, dejando solamente tres hijas, que por la ley de sucesion fijada de antemano por su abuelo, se hallan excluidas del trono, y recayó la corona en su tio Luis Augusto Guillermo, que la poseyó en un período de calma y quietud en que la Europa reposaba de sus agitaciones pasadas.

Sucedió á esta época de tranquilidad otra de inquietud, precursora de la terrible que hemos presenciado en estos últimos tiempos. Cuando las luces de la civilizacion empezaron á hacer conocer, que uno de los mayores males que pueden afligir á los pueblos, es la guerra; que sus consecuencias son tan fatales para el vencido como para el vencedor; y que por último, los pueblos mismos que no toman parte en ella, sienten su funesta influencia en la dominacion de la riqueza pública, los gobiernos trataron de evitar á toda costa el rompimiento de los unos con los otros; ya estableciendo pactos como el de la Confederacion Germánica, que somete á juicio las cuestiones que antes eran causa de guerras interminables; ya evitando, sin pactarlo de antemano, todo motivo de desavenencia. Pero si esto pudieron hacer los gobiernos con las guerras que partian de ellos mismos, no les fué posible evitar las que salieran de un orígen opuesto. El pueblo, á quien el feudalismo habia tenido sometido á la condicion de ilota, haciéndole tomar las armas, cuando era la voluntad de su Señor, para correr á la muerte por cuestiones en que ningun interés tenia, y que se vió respetar en sus intereses mas caros, tuvo por debilidad lo que era prudencia, por opresion la ley, y por codicioso cálculo, el propósito de asegurarle un estado tranquilo que pudiera hacer su felicidad: único medio de que los que mandan sean tambien grandes y poderosos.

V.

En tal coyuntura subió las gradas del trono el hijo tercero de Cárlos Federico, Leopoldo Cárlos Federico, y tomó posesion del Gran Ducado en 1830, cuando las barricadas de París inauguraban una nueva era de trastornos políticos para la Francia y para una gran parte de Europa con las jornadas de Julio.

La Alemania, si entonces no reprodujo las mismas escenas, no dejó de aplaudir el estrépito con que se hundió el trono de Cárlos X. Las sociedades secretas, arraigadas de tan antiguo en Alemania, volvieron á llamar á sus *scheffers*, á recibir *iniciados* sobre *la tierra roja;* á nombrar sus *freischœfers;* á pronunciar la

sentencia del *Graf*, y por último, á ejecutar la señal de la *Feine* para que se supiese de qué mano partia aquel acto de terrible justicia; y peor que todo, cambiaron el objeto de aquellas instituciones, que no tuvieron al principio, como despues, el de trastornar el órden establecido en el Estado.

Leopoldo tuvo el talento de saberse manejar de modo que él habria pasado sin conflicto el período febril de la revolucion si las convulsiones que mas tarde trastornaron todos los tronos de la Europa, no hubieran hecho sentir sus efectos en el de Baden. A su ilustracion no podia ocultarse, que una Constitucion que acababa de ser sancionada con el beneplácito y concurso comun del pueblo y del Monarca, debia ser la base de un buen gobierno que hiciera la felicidad de todas las clases. Así fué, que luego que la corona pesó sobre sus sienes, llamó á su lado para ayudarle á sostenerla á los mismos autores de esa Constitucion, y separó á aquellos cuyo poco apego á ella habia hecho impopulares. Puesto á la cabeza del gobierno el digno Reitrenssein, que mucho tiempo hacia se hallaba alejado de la escena política, hizo concesiones á todas las clases y se aplicó á robustecer el sistema constitucional, que le debia las formas de que estaba revestido. Su pensamiento era esperar preparado la tormenta revolucionaria que se oia bramar en lontananza, y cuyo amenazador aspecto hacia temer un estallido mas ó menos próximo, mas ó menos temprano.

Sin embargo, toda prevision fué vana, toda cautela poca. Llegó el momento de la explosion, y el estampido del bronce de los inválidos resonó en Carlsruhe. Desgraciadamente los corifeos de la revolucion se habian dado cita sobre el territorio de Baden, tal vez no agenos al temor de algun percance y alentados por la proximidad del foco revolucionario que los habia estimulado. Las opiniones mas insensatas, las doctrinas mas antisociales, las manifestaciones, en fin, mas anárquicas, todo tuvo lugar en aquel desgraciado país. En vano quiso Leopoldo hacer nuevas concesiones, como la de la libertad de la prensa y otras, porque el pueblo estaba demasiado excitado por las predicaciones demagógicas de Hecher, Struve, Mieroslawki, etc., y no tuvo otro recurso que huir para poner su cabeza á cubierto, y esperar que los excesos mismos de aquellos enemigos de la libertad, consumaran el suicidio que ellos llevaban por tan buen camino. La fuga del gran duque fué la seña del desbordamiento general de las pasiones revolucionarias. La proclamacion de la República, hecha en *Larrach* por Streve, da una idea de aquellas; así decia: — «*Llamamiento dirigido al pueblo aleman*: — El combate del »pueblo contra sus opresores, ha dado principio. En el mismo Francfort, donde »reside el impotente poder central y la constituyente habladora, la metralla ha »diezmado al pueblo. El hierro solo puede salvar la Alemania. Si triunfa la reac»cion en Franfort, la patria sufrirá un yugo mas pesado que el que pudiera resul»tarle de una guerra sangrienta. — ¡A las armas, pueblo aleman! — La República »solo puede conducirnos al fin deseado.— ¡Viva la República alemana!—A nom»bre del gobierno provisional. — Struve.»

Como consecuencia forzosa de estos excesos, la Prusia, que en medio de aquel trastorno, podia aun contar con un ejército en el cual la disciplina no hubiera desaparecido, se dió prisa á sofocarlos con la fuerza, mandando las que creyó necesarias á las órdenes del general Hoffman. Por su parte, los revolucionarios no perdieron tiempo, organizando cuerpos francos, cuyo mando dieron á Mieroslawski, con órden de salir al frente á las tropas prusianas que entraban por el Palatinado. Un primer encuentro en Heppenheim, y dos derrotas consecutivas, facilitaron al ejército pacificador el paso del *Necker* y la ocupacion de Manheim. La destruccion completa de las fuerzas revolucionarias hizo que cayesen bien pronto en manos del general prusiano las ciudades de Carlsruhe y Rastadt, y se consumase la fuga precipitada del gobierno provisional, que con los cabecillas de la revolucion se refugiaron en el territorio de la República Helvética. La reaccion que experimentó toda Alemania, y mas que nada, el restablecimiento de la Dieta de Francfort sobre sus antiguas bases, pacificaron completamente el país, y permitieron á Leopoldo ocuparse en reparar los daños que aquel habia sufrido, tanto en lo moral como en lo físico. Para ello hubo menester conservar algun tiempo una guarnicion prusiana, que no dejó de influir en la independencia del gobierno; pero luego que la organizacion de las fuerzas del Gran Ducado se lo permitió, despidió tan molestos huéspedes: que siempre es molesto el soldado extranjero, por mas que haya entrado en nuestra casa para protejernos.

El fuego de las pasiones que aun hervian en toda Alemania, y mas principalmente en aquel trabajado país, hicieron al gobierno Badés apartarse por algun tiempo de la senda ordinaria de la ley y apelar al estado de sitio, que hubo de mantener hasta el año de 1851. Entre tanto pudo recuperar el terreno perdido en el camino de las concesiones forzosas, y estableció órden y regularidad en el gobierno; por manera, que cuando la muerte vino á sorprenderle en 1852, su sucesor pudo apenas apercibirse que Baden habia pasado por la terrible prueba de una revolucion espantosa.

VI.

Legó la herencia de su soberanía á su hijo primogénito Luis, hoy gran Duque, pero una desgracia harto lamentable para su pueblo, ha hecho incompletas las facultades intelectuales de aquel Príncipe, y ha obligado á nombrarle un Regente, conforme á las leyes fundamentales del país. Esta regencia es ejercida por el inmediato sucesor su hermano Federico Guillermo Luis, jóven que apenas ha

cumplido 27 años, y abunda, como es consiguiente en esa edad, en mas brios y fogosidad que conviene á las deliberaciones del gobierno de un Estado. No es nuestro ánimo atribuir al jóven Príncipe parte alguna en las que puedan ser de lamentarse en el gran Ducado; si no es aquella que hubiera de venirle por la menos acertada eleccion que haya hecho de los consejeros de la corona que las dicten.

No es dificil comprender que hacemos referencia á las desgraciadas medidas que el gobierno Badés ha adoptado y sigue adoptando contra el clero católico del gran Ducado. Ninguna persona sensata podrá aplaudir las intromisiones de los ministros de un Estado; pero si no hay razon para que semejante abuso se tolere, ¿qué se dirá del Estado que sin que esto suceda promueve un conflicto entre la autoridad y los sacerdotes del culto casi general del pais?

Las desavenencias entre el gobierno y el clero católico de Baden, son de tanta gravedad, tienen un fondo tan marcado de pasion, y ofrecen tanto campo á consecuencias ulteriores desagradables, que faltariamos á nuestro deber de historiadores imparciales, si omitiésemos hacer mencion de ellas.

A la muerte del gran duque Leopoldo, acaecida como hemos dicho en 1852, el gobierno Badés, pidió al primado la celebracion de oficios fúnebres del rito católico. Sabido es que desde la extincion de la línea principal de Baden, los soberanos de aquel estado han dejado de pertenecer á la Iglesia de Roma: los de la rama de Baden-Durlach han sido todos protestantes. Esta circunstancia obligó al obispo de Friburgo á negarse á las pretensíones del mal aconsejado ministerio. Este fué el orígen de la disidencia entre el gobierno y la Iglesia de la mayor parte de sus súbditos. Entonces principiaron las contestaciones entre aquellos cuerpos de estado, que ha venido á parar en una persecucion que empieza á no ser solo del clero, sino de los seculares que quieren tener parte en lo que siempre es considerado por el pueblo como un martirio.

Los sacerdotes que obedeciendo á su primado han leido desde el púlpito la pastoral del Arzobispo, son metidos en prisiones ó abrumados con multas que frecuentemente se convierten en embargos y ejecuciones que ponen en conflicto al gobierno, porque el pueblo no ofrece precio alguno por los objetos confiscados, haciendo de ese modo una resistencia pasiva á la ley, y dando inequívoca prueba de sus simpatías en favor de los perseguidos pastores. Ese mismo pueblo en mas de una ocasion ha manifestado su descontento y ha sufrido la tortura de las cárceles: tormento que cuando es padecido por motivos que pueden suponerse de persecucion religiosa, siembran en los pueblos la mas fatal simiente de discordia. ¿Cuál será, pues, la terminacion de semejante conflicto? No lo podemos preveer: cualquiera que ella sea será fatal para el gobierno. ¿Obligará acaso por hambre al clero católico á ejecutar lo que le prohiben los cánones? No es posible. ¿Transigirá con él, tal vez, cediendo en la cuestion? Dificil nos parece. ¿Arrojará por último á los ministros de Jesucristo del territorio del gran Ducado, privando á sus

súbditos del pasto espiritual? No es creible. Ninguno de esos extremos presenta una solucion satisfactoria, y confesamos que no la vemos. Alguna calma en los primeros pasos habrian ahorrado á unos y otros multitud de desagradables consecuencias.

Venturosamente para la historia no siempre se ve privada de tributar elogios justos; así puede hacerlos la que desempeñamos en cuanto á los demás actos de la administracion de la regencia del Gran Ducado en todo lo que tiene relacion con los intereses materiales. Los caminos de hierro, las vias ordinarias de comunicacion, el ornato de las ciudades, todo, en fin, ha recibido un notable adelanto durante el corto período en que se ha ejercido aquella. La agricultura, la industria, las artes, todo ha prosperado, y la última adquisicion que estas han hecho es digna de elogio; mas aun que por su mérito artístico, por el pensamiento que encierra como homenaje tributado á un grande inventor descuidado hasta ahora por el mundo entero; sin embargo de serle deudor de uno de los mas portentosos descubrimientos. El Príncipe Regente acaba de erigir un monumento en la plaza Agustina, de la ciudad de Friburgo, en el Gran Ducado. La inauguracion tuvo lugar el 30 de Noviembre del año próximo pasado de 1853, poniendo de manifiesto una bellísima estatua de Bertoldo Schwarz.

Friburgo tiene derecho de ostentar con orgullo la efigie de uno de los mas grandes hombres que la humanidad tiene inscrito en las páginas que dedica á sus bienhechores. Pocas invenciones hay que excedan en importancia á la de la pólvora; mas que por sus sorprendentes efectos, por sus inmensos resultados para el adelanto de la civilizacion y el alivio de la humanidad. Sin ella la guerra tendria el carácter de animosidad que hacia inextinguibles los ódios que engendraba; sin ella la mortandad espantosa de los antiguos combates, que hoy nos parece fabulosa, se reproduciria cada vez que cualquier fatal circunstancia colocára dos pueblos, el uno frente al otro, para dirimir al arma blanca las contiendas, que de ese modo se hacian personales; sin ella, en fin, las naciones no hubieran aprendido en la escuela de la experiencia los graves inconvenientes de la guerra, que la pérdida material de las escuadras y fortalezas les ha enseñado, engendrando esa necesidad, que cada vez se siente mas, de un equilibrio universal, al abrigo del cual prosperen las artes y las ciencias, y con ellas la industria, el comercio y la agricultura.

Nació Bertoldo en Friburgo hácia el fin del siglo XIII, y su gusto por el estudio de las ciencias le hizo preferir, al bullicio del mundo, el recogimiento de un cláustro en la Orden de los Franciscos. Su particular aficion á la química, hizo que progresase en ella de una manera notable, y el deseo de adelantar sus conocimientos le estimuló á repetir los experimentos, que en esta mas que en ninguna otra ciencia guian al descubrimiento de la verdad. Uno de sus ensayos le condujo á hacer el hallazgo mayor de los que hasta entonces se habian hecho. Sea por acaso ó de hecho pensado, Schwarz mezcló en tan buenas proporciones los ingredientes que

constituyen la pólvora, que bastó una chispa para volar con la tapa del mortero una parte del edificio donde tuvo lugar la esplosion. Para un hombre vulgar, semejante acontecimiento no hubiera servido mas que para hacerle mirar con horror la causa ocasional de aquella desgracia; pero un genio sublime supo sacar partido de ella, repitiendo el ensayo y dando al mundo el invento con el verdadero carácter que tenia. La pólvora produjo bien pronto despues sus estrepitosos efectos en el sitio que los venecianos pusieron á Chioza en la República de Génova, circunstancia que hizo dar á las piezas que la disparaban el nombre de *lombardas*, que llevaban los primeros que hicieron uso de ella.

No deja de disputarse á Schwarz el mérito de la invencion de tan importante secreto. Suponen algunos que los chinos conocian mucho antes la composicion de la pólvora, y que los misioneros que volvieron de aquellas regiones en 1295 pudieron traer el secreto. Otros alegan, que medio siglo antes que Bertoldo, otro fraile de su misma religion, el célebre Rogerio Bacon, habia dicho en su *Opus Majus* terminantemente, que «con salitre, azufre y carbon se podia imitar el trueno y el relámpago;» pero unos y otros pierden de vista, que si lo que no es mas que una suposicion en cuanto á la primera, fuese una verdad comprobada, medio siglo trascurrido desde la época en que se cree haber venido á Europa el secreto, habria debido hacerlo olvidar como poco importante; pues que sus poseedores no lo habian siquiera revelado en ningun escrito, y que por consiguiente era difícil que Schwarz lo conociese; que en cuanto á lo segundo, si Bacon habia trazado en el siglo anterior, las palabras que hemos trascrito de su *Opus Majus*, tambien es verdad que se sabe que aquella obra fué redactada para entregarse directamente al Papa Clemente IV, y que perseguido por sus doctrinas fué sumergido en una prision, condenado como mago, y sus escritos prohibidos; lo cual no permite creer que los conociese un inferior de otro convento, sobre todo cuando la imprenta no habia dado aun los medios de eludir con facilidad estas prohibiciones: no consideran, por último, que siendo cierto todo lo supuesto posible, no seria menor el mérito de la invencion de la utilidad del secreto, que la del secreto mismo.

Tan eminente ciudadano, que tanta ilustracion hace reflejar sobre la Alemania entera, merecia bien que su país natal, al menos, honrára su memoria, y así se ha hecho colocando su estatua en hábito monacal sobre un elegante pedestal, en el cual están consignados en adecuados medallones las circunstancias de su vida que pueden interesar á la posteridad. El del frente representa al químico junto al mortero en el momento de la esplosion y en la actitud de la mas viva sorpresa. El conjunto es de buen efecto, y si la riqueza del monumento no es del todo adecuada á la memoria de tan ilustre varon, su ejecucion acredita siempre que el Duque-Regente no echa en olvido el deber de un pueblo agradecido.

No merecen menos nuestros elogios los esfuerzos del gobierno Badés por cruzar el gran ducado con una extensa línea férrea que, como una gran artéria, lleve la vida desde su extremo meridional hasta sus límites opuestos, atravesando de Ba-

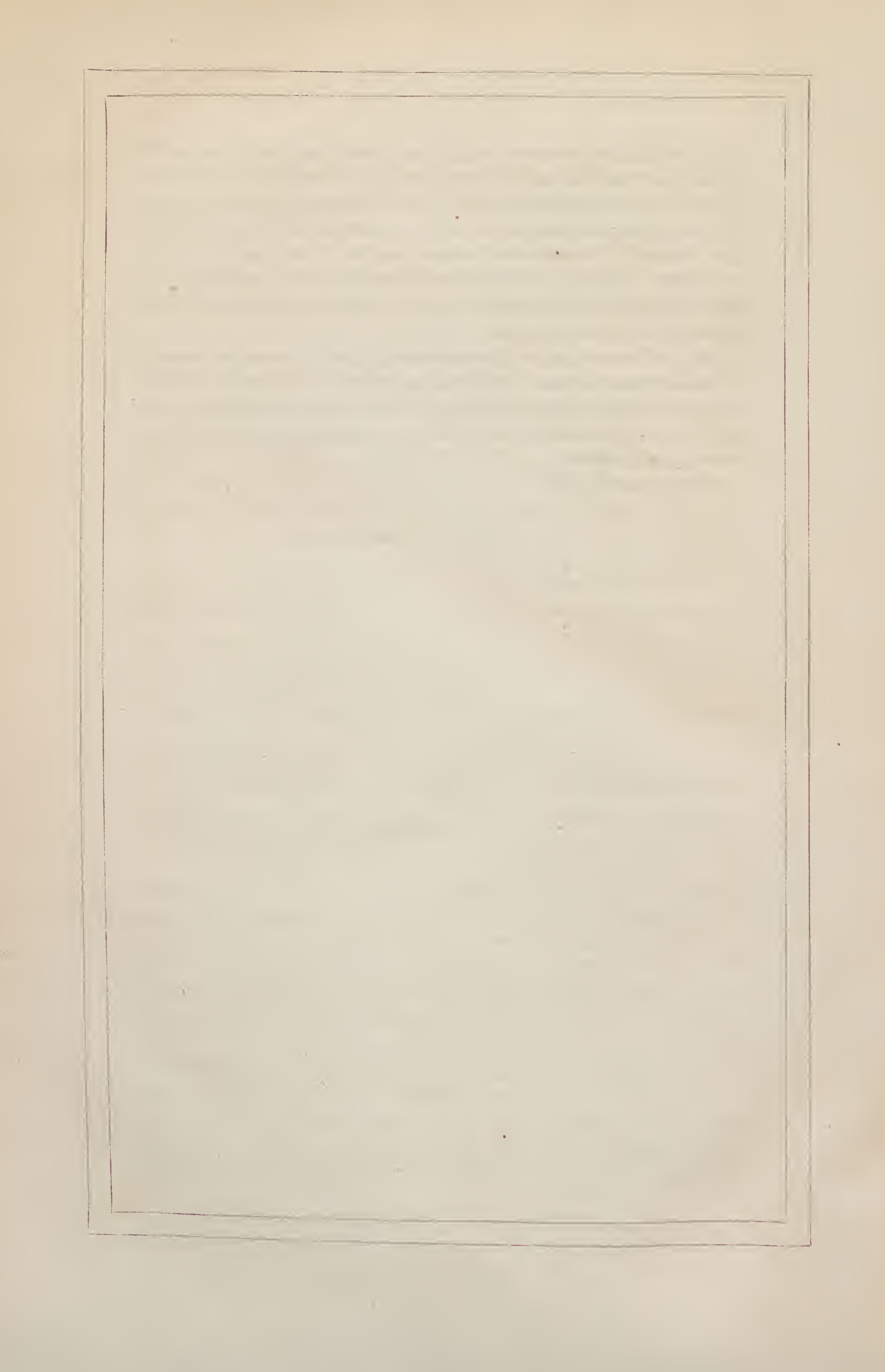
silea á Francfort, y poniendo en contacto las ciudades mas importantes del gran ducado. Con él quedarán unidas: Friburgo tocará por un lado con la frontera Suiza, y por el otro con Offenburgo; esta ciudad vecina entonces de Baden, se unirá á su vez á Carlsruhe, tampoco se hallará separada de Heildelberg, Manhein, Spira, Darmstad y Francfort. Las ventajas que procurará este camino á un pueblo cuya situacion le priva de los beneficios del comercio marítimo, se dejan bien conocer. Esta via principal se ramificará y pondrá á Baden en comunicacion fácil con sus vecinos de levante y poniente.

¡Siga el gobierno de Luis de Baden premiando el mérito, recompensando la virtud, promoviendo las artes, alentando la agricultura, y sobre todo, emplee los medios de conservar la paz interior y exterior de su reino, y los pueblos bendecirán la mano bienhechora de donde les venga la ventura y prosperidad que son sus necesarias consecuencias!

Madrid, Marzo de 1854.

A. Rodriguez Biezma.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



INDICE

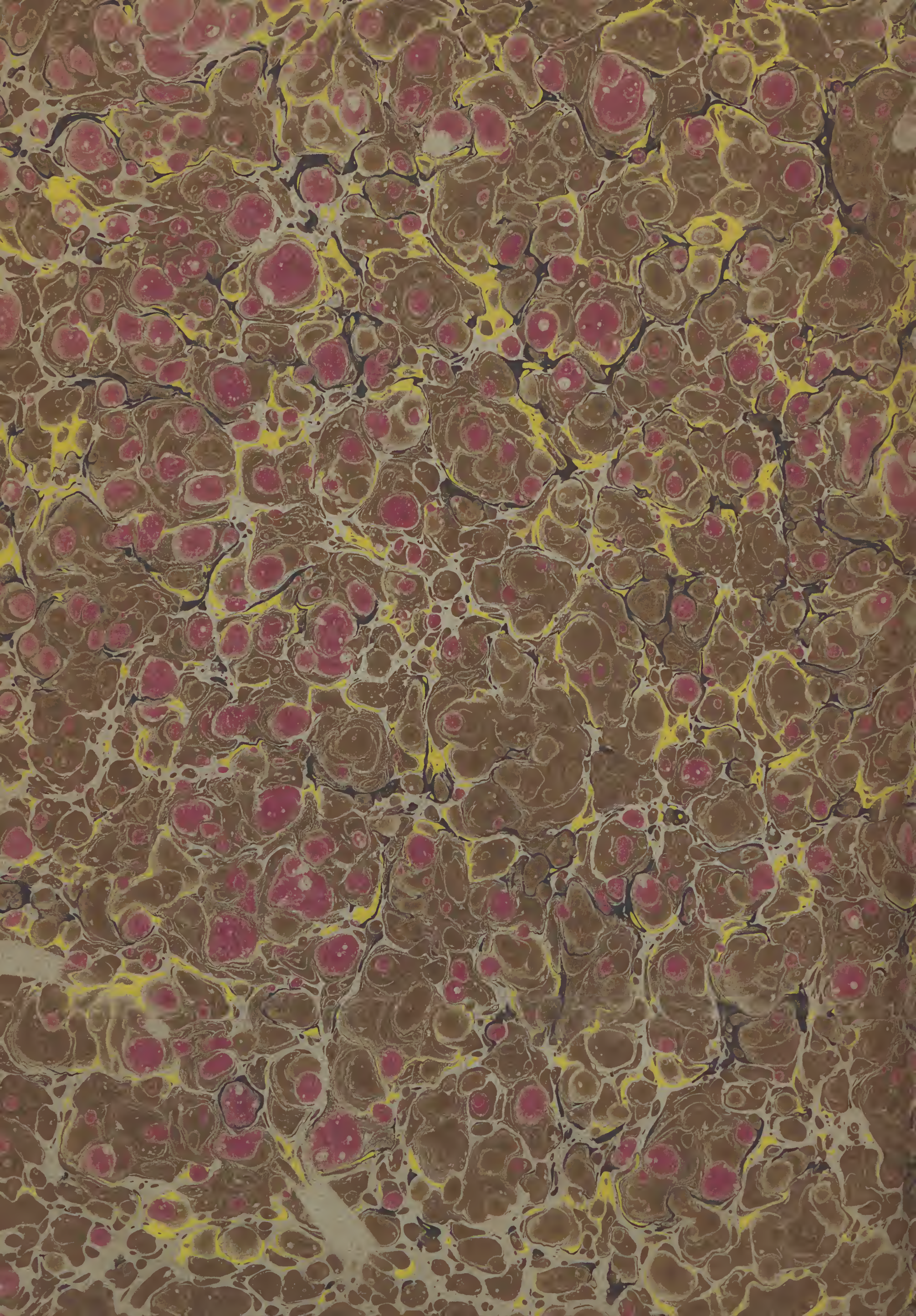
DE LOS PAISES QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

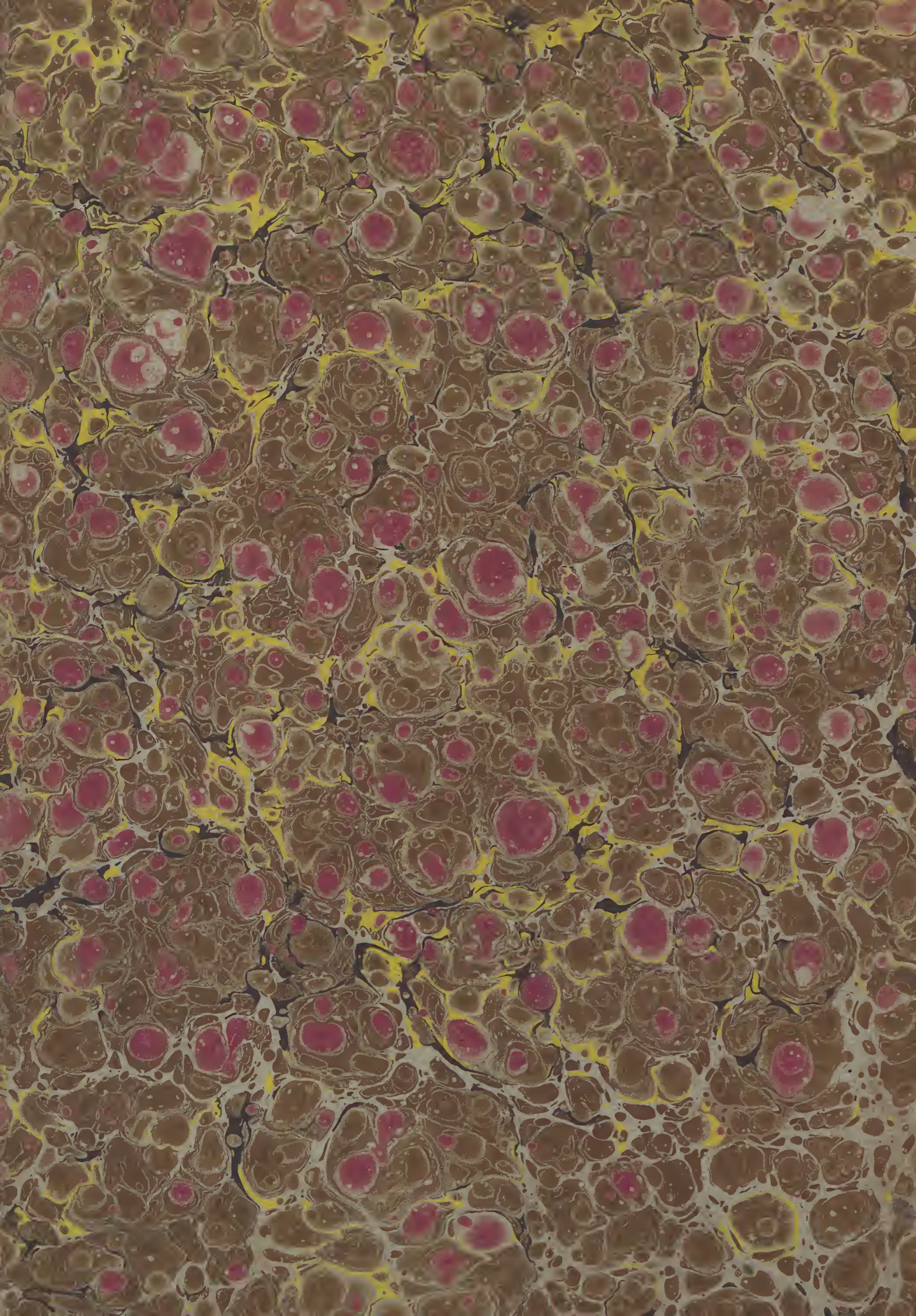
Sajonia, por Don Francisco Millan y Caro. 1
Tunez, por D. Serafin E. Calderon. 59
Módena, por Don Enrique de Cisneros. 145
Estados Pontificios, por el conde de Fabraquer. 171
Toscana, por Don Francisco de P. Madrazo. 309
Turquía, por Don Francisco Diaz Mendoza. 355
Egipto, por Don Francisco Muñoz del Monte. 441
Mecklenburgo, por Don Juan Bautista Herrero. 491
Hesses Electorales, por Don Emilio Cánovas.. 507
Baden, por D. A. Rodriguez Biezma. 577

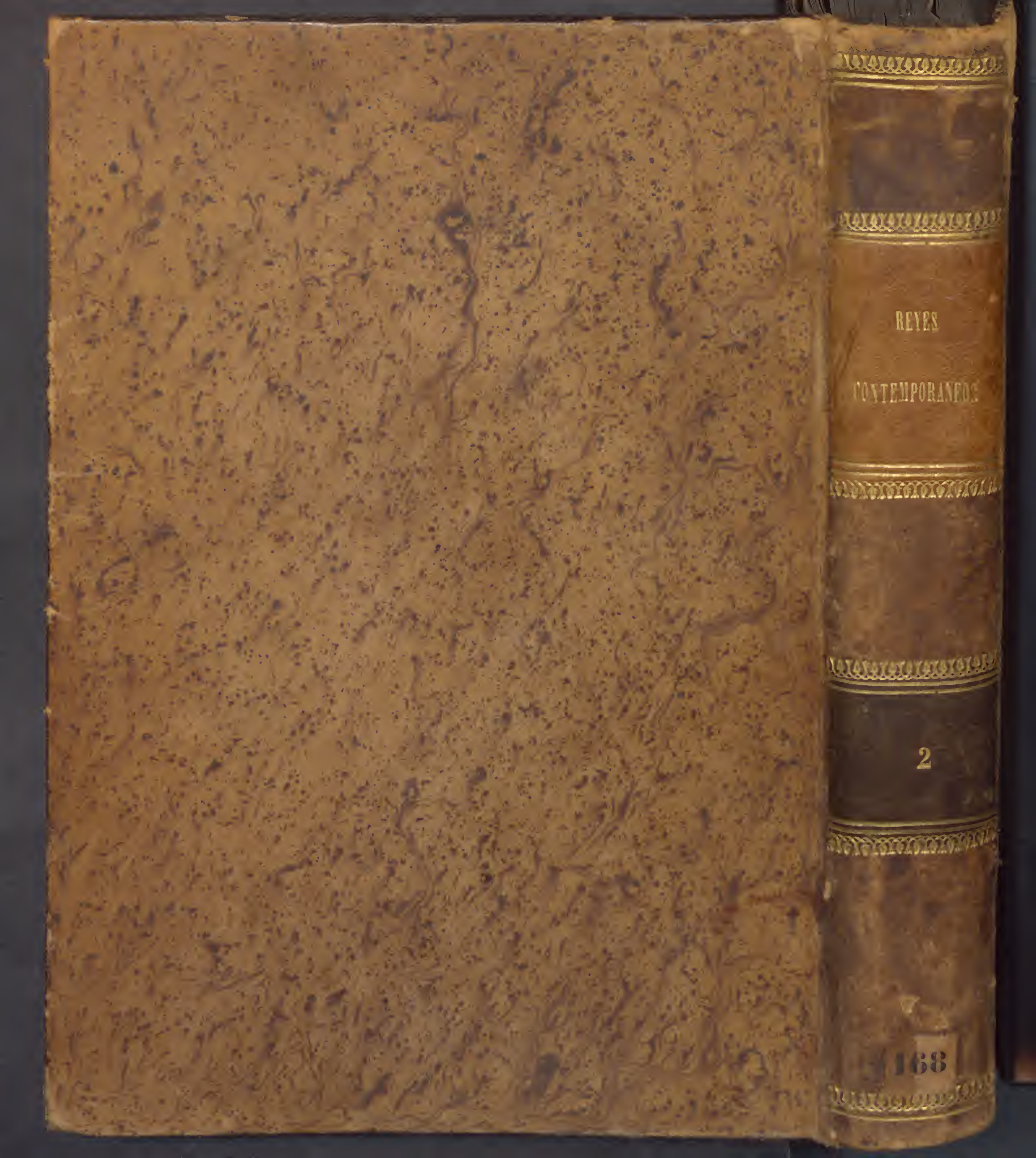
PAUTA

PARA COLOCAR LOS RETRATOS PERTENECIENTES AL TOMO SEGUNDO.

S. M. El Rey de Sajonia. 1
S. M. La Reina de id. 40
S. A. El Príncipe heredero de id. 56
S. A. Ahmed-Bajá, Bey de Tunez. 59
S. A. El Gran duque de Módena. 145
S. A. La Gran Duquesa de id. 167
S. S. Pio IX. Estados Pontificios. 171
S. A. El Gran Duque de Toscana. 309
S. A. La Gran Duquesa de id. 329
S. A. El Sultan Abduh-Mechil. Turquía. 335
S. A. Abbas-Bajá, Bey de Egipto. 441
S. A. Mehemet-Alí, abuelo del actual Bey. 476
S. A. El Gran duque de Mecklenburgo. 491
S. A. El Gran Duque de Hesse. 507
S. A. La Gran Duquesa de id. 537
S. A. El Gran Duque de Baden. 555
S. A. La Gran Duquesa de id. 577






REYES
CONTEMPORANEOS
2
168